



LA CRUZ DE SAN JUAN PABLO II

Asociación para la Canonización
de Ismael de Tomelloso

DEDICATORIA

La Asociación para la Beatificación y Canonización del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso dedica este libro a los jóvenes del mundo entero y, en particular, a los que se van a reunir en Cracovia para celebrar la XXXI JMJ del 25 de julio al 1 de agosto de 2016, presididos por LA CRUZ DE SAN JUAN PABLO II y por su sucesor, el Papa Francisco.

LA CRUZ DE SAN JUAN PABLO II tiene su origen en el Año Santo Extraordinario de la Redención de 1983-1984, que inspiró a la Asociación el documento “IN LAETITIA...”, cuya dedicatoria dice lo siguiente:

“A los jóvenes de todo el mundo desde un lugar de La Mancha, cuna de Don Quijote y Sancho Panza, para que conozcan y se contagien de la alegría con la que el Siervo de Dios, Ismael de Tomelloso, abrazó la Cruz durante su vida; para que gocen de la paz que transmitió a pesar de que su vida aconteció en la primera mitad del siglo XX, entre las dos guerras mundiales y la guerra civil española, en la que murió prisionero a los 21 años”.

La Cruz visitó la tumba del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso el día 29 de noviembre de 2010 (clic: [pág. 19](#)).

El Siervo de Dios Ismael de Tomelloso ingresó en Acción Católica el Año Santo de la Redención 1933-1934, por lo que en el Capítulo II se contienen Retazos de la Vida del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso (clic: [pág. 35](#)), en donde aparecen sus ansias de ir al cielo (clic: [págs. 47 a 54](#)).

El Epílogo (clic: [pág. 875](#)) canta la Antífona

¡HOSANNA EN EL CIELO!

LACRUZ DE SAN JUAN PABLO II



LA CRUZ DE SAN JUAN PABLO II

CARISSIMI GIOVANI, AL TERMINE DELL'ANNO SANTO, AFFIDO A VOI IL SEGNO STESSO DI QUEST'ANNO GIUBILARE: LA CROCE DI CRISTO. PORTATELA NEL MONDO COME SEGNO DALL'AMORE DEL SIGNORE GESÙ PER L'UMANITÀ, E ANNUNCIATE A TUTTI CHE SOLO IN CRISTO, MORTO E RISORTO, C'È SALVEZZA E REDENZIONE.

MY DEAR YOUNG PEOPLE, AT THE CONCLUSION OF THE HOLY YEAR, I ENTRUST TO YOU THE SIGN OF THIS JUBILEE YEAR: THE CROSS OF CHRIST. GARRY IT THROUGHOUT THE WORLD AS A SYMBOL OF CHRIST'S LOVE FOR HUMANITY, AND PROCLAIM TO EVERYONE THAT IT IS ONLY IN CHRIST, WHO DIED AND ROSE FROM THE DEAD, THAT SALVATION AND REDEMPTION ARE TO BE FOUND.

TRÈS CHERS JEUNES, À LA FIN DE L'ANNÉE SAINTE, JE VOUS CONFIE LE SIGNE DE CETTE ANNÉE JUBILAIRE: LA CROIX DU CHRIST. PORTEZ-LA DANS LE MONDE COMME SIGNE DE L'AMOUR DU SEIGNEUR JÉSUS POUR L'HUMANITÉ ET ANNONCEZ À TOUS QU'IL N'Y A DE SALUT ET DE RÉDEMPTION QUE DANS LE CHRIST MORT ET RESSUSCITÉ.

LIEBE JUGENDLICHE, ZUM ABSCHLUSS DES HEILIGEN JAHRES VERTRAUEN ICH EUCH DAS SYMBOL DIESES JUBILÄUMSJAHRES AN: DAS KREUZ CHRISTI. TRAGT ES DURCH DIE GANZE WELT ALS EIN ZEICHEN FÜR CHRISTI LIEBE ZUR MENSCHHEIT, UND VERKÜNDET ALLEN, DASS WIR NUR IM TOD UND IN DER AUFERSTEHUNG CHRISTI HEIL UND ERLÖSUNG FINDEN KÖNNEN.

QUERIDOS JÓVENES, AL CLAUSURAR EL AÑO SANTO OS CONFIO EL SIGNO DE ESTE AÑO JUBILAR: LA CRUZ DE CRISTO. LLEVADLA POR EL MUNDO COMO SIGNO DEL AMOR DEL SEÑOR JESÚS A LA HUMANIDAD Y ANUNCIAD A TODOS QUE SOLO EN CRISTO MUERTO Y RESUCITADO HAY SALVACIÓN Y REDENCIÓN.

UMIŁOWANI MŁODZI, U KRESU ROKU ŚWIĘTEGO POWIERZAM WAM ZNAK TEGO ROKU JUBILEUSZOWEGO: KRZYŻ CHRYSZTUSA. NIEŚCIE GO W ŚWIAT JAKO ZNAK MŁOŚCI, KTÓRA PAN JEZUS UMIŁOWAŁ LUDZKOŚĆ I GŁOŚCIE WSZYSTKIM, ŻE TYLKO W CHRYSZTUSIE UMARŁYM I ZMARTWYCHWSTAŁYM JEST RATUNEK I ODKUPIENIE.

GIOVANNI PAOLO II

ROMA, PASQUA 1984

CHIUSURA DELL'ANNO GIUBILARE DELLA REDENZIONE

Placa en el madero vertical de la Cruz de San Juan Pablo II y el símbolo de la fe de los cristianos.



El Papa San Juan Pablo II en la primera aparición pública tras su elección el 16 de octubre de 1978.

Índice

Presentación de Monseñor don Antonio Algora, Obispo Prior de Ciudad Real	17
I. INTRODUCCIÓN	19
II. RETAZOS DE LA VIDA DEL SIERVO DE DIOS ISMAEL DE TOMELLOSO	35
III. PRIMERA VISITA APOSTÓLICA DE SAN JUAN PABLO II A ESPAÑA, 9 de noviembre de 1982	61
IV. JORNADAS MUNDIALES DE LA JUVENTUD	69
1. Antecedentes (1983-1985)	71
2. Presididas por San Juan Pablo II (1986-2004)	77
I JMJ. Roma, 23 de marzo de 1986	77
<i>Tema: “Siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere” (1 Pe 3:15)</i>	
Homilía en San Juan de Letrán	78
Ángelus en San Juan de Letrán	82
II JMJ. Buenos Aires, 11 y 12 de abril de 1987	85
<i>Tema: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios tiene y hemos creído en él” (1 Jn 4:16)</i>	
Mensaje	85
Vigilia de Oración	89
Homilía en la Avenida 9 de julio	96
Consagración a Nuestra Señora la Virgen de Luján	104
Ángelus en la Avenida 9 de julio	106
Discurso de despedida en el Aeropuerto de Ezeiza	107
III JMJ. Roma¹, 27 de marzo de 1988	109
<i>Tema: “Haced todo lo que Él os diga” (Jn 2:5)</i>	
Mensaje	109

1. Todas las JMJ celebradas en Roma, salvo que se diga lo contrario, son en la Plaza de San Pedro.

Homilía	112
Ángelus	116
IV JMJ. Santiago de Compostela, 15 al 20 de agosto 1989	117
<i>Tema: “Yo soy el camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14:6)</i>	
Mensaje	117
Discurso de bienvenida en el Aeropuerto Labacolla	122
Discurso del Peregrino	124
Oración en la tumba del Apóstol Santiago	128
Discurso a enfermos y minusválidos en el Seminario Mayor	129
Vigilia de Oración en el Monte del Gozo	132
Homilía en el Monte del Gozo	144
Ángelus en el Monte del Gozo	151
V JMJ. Roma, 8 de abril de 1990	155
<i>Tema: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos” (Jn 15:5)</i>	
Mensaje	155
Homilía	159
Ángelus	163
VI JMJ. Czestochowa, 15 al 20 de agosto de 1991	165
<i>Tema: “Vosotros habéis recibido un espíritu de hijos” (Rom 8:15)</i>	
Mensaje	165
Saludo en el Santuario de Jasna Góra	170
Vigilia de Oración en Czestochowa	172
Homilía en Czestochowa	177
Consagración a la Virgen de Czestochowa	184
Discurso de despedida en el Santuario de Jasna Góra	187
VII JMJ. Roma, 12 de abril de 1992	189
<i>Tema: “Id por el mundo predicando el Evangelio” (Mt 16:15)</i>	
Mensaje	189
Homilía	194
Ángelus	196
Viaje Apostólico de San Juan Pablo II a Santo Domingo, V Centenario del Descubrimiento de América, 12-X-1992	199
Discurso en el Aeropuerto Las Américas	199
Homilía	202
VIII JMJ. Denver, 10 al 15 de agosto de 1993	211
<i>Tema: “Yo vine para dar vida en abundancia” (Jn 10:10)</i>	
Mensaje	211
Discurso de bienvenida	216
Discurso en la Fiesta de Acogida en Mile High Stadium	220
Homilía en la Catedral de la Inmaculada Concepción	227
Homilía en McNichols Sports Arena	232
Vigilia de Oración en Cherry Creek Park	237
Homilía en Cherry Creek Park	248

Ángelus en Cherry Creek Park	255
Discurso de despedida	256
IX JM.J. Roma, 27 de marzo de 1994	259
<i>Tema: “Como me envió el Padre , así os envió yo” (Jn 20:21)</i>	
Mensaje	259
Discurso del Encuentro con Jóvenes	264
Homilía	268
Ángelus	271
X JM.J. Manila, 10 al 15 de agosto de 1995	273
<i>Tema: “Como me envió el Padre , así os envió yo” (Jn 20:21)</i>	
Mensaje	273
Discurso de bienvenida	278
Homilía. Delegados del Foro de los Jóvenes	281
Videomensaje Vía Crucis	284
Meditación. Vigilia en Rizal Park	286
Homilía en Rizal Park	295
Ángelus en Rizal Park	302
Discurso de despedida	302
XI JM.J. Roma, 31 de marzo de 1996	307
<i>Tema: “Señor, ¿a quién acudiremos? Tú eres el único que tiene palabras de vida eterna” (Jn 6:28)</i>	
Mensaje	307
Discurso a los jóvenes	311
Homilía	316
Ángelus	319
XII JM.J. París, 19 al 24 de agosto de 1997	321
<i>Tema: “Maestro, ¿dónde vives? Ven y verás” (Jn 1:38-39)</i>	
Mensaje	321
Discurso. Encuentro con el Presidente	327
Discurso. Fiesta de Acogida en Campo de Marte	329
Meditación en Campo de Marte	333
Mensaje. Vigilia en Notre-Dame	337
Homilía. Beatificación del Siervo de Dios Federico Ozanam	341
Discurso. Encuentro de Oración en la Catedral de Évry	345
Mensaje a los Jóvenes Prisioneros	347
Mensaje. Via Crucis	347
Homilía. Delegados del Foro Internacional en la Iglesia Saint Etienne du Mont	349
Vigilia de Oración en el Hipódromo de Longchamp	353
Homilía en el Hipódromo de Longchamp	359
Ángelus en el Hipódromo de Longchamp	364

Saludo. Nunciatura Apostólica	367
Discurso de despedida en el Aeropuerto de Orly	368
XIII JMJ. Roma, 5 de abril de 1998	371
<i>Tema: "El Espíritu Santo les enseñará todo" (Jn 14:26)</i>	
Mensaje	371
Discurso en la Plaza de San Juan de Letrán	378
Homilía	381
Ángelus	384
XIV JMJ. Roma, 28 de marzo de 1999	387
<i>Tema: "El Padre os ama" (Jn 16:27)</i>	
Mensaje	387
Discurso a los jóvenes	394
Homilía	401
Ángelus	403
Jubileo Año 2000	404
XV JMJ. Roma, 15 al 20 de agosto de 2000	405
<i>Tema: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1:14)</i>	
Mensaje	405
Discurso. Fiesta de Acogida en San Juan de Letrán	410
Discurso. Fiesta de Acogida en la Plaza de San Pedro	413
Homilía en Castelgandolfo	419
Discurso. Vigilia en Tor Vergata	421
Homilía en Tor Vergata	426
Ángelus en Tor Vergata	431
XVI JMJ. Roma, 8 de abril de 2001	435
<i>Tema: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Lc 9:23)</i>	
Mensaje	435
Homilía	439
Ángelus	442
XVII JMJ. Toronto, 23 al 28 de julio de 2002	445
<i>Tema: "Vosotros sois la sal de la Tierra... sois la luz para el mundo" (Mt 5:13-14)</i>	
Mensaje	445
Discurso de Bienvenida en el Aeropuerto de Toronto Pearson	449
Saludo. Fiesta de acogida en Exhibition Place	451
Discurso. Fiesta de acogida en Exhibition Place	452
Ángelus en Morrow Park	456
Saludo. Vigilia en Downsview Park	456
Vigilia de Oración en Downsview Park	458
Homilía en Downsview Park"	461

Ángelus en Downsview Park	464
Discurso de despedida en Morrow Park	466
XVIII JMJ. Roma, 13 de abril de 2003	467
<i>Tema: “He ahí a tu Madre” (Jn 19:27)</i>	
Mensaje	468
Discurso a los jóvenes	472
Homilía	477
Ángelus	479
XIX JMJ. Roma, 4 de abril de 2004	481
<i>Tema: “Quisiéramos ver a Jesús” (Jn 12:21)</i>	
Mensaje	481
Discurso a los jóvenes	485
Homilía	488
Ángelus	490
Domingo de Ramos, 20 de marzo de 2005.	
<i>Texto de San Juan Pablo II</i>	<i>492</i>
3. Presididas por el Papa Benedicto XVI (2005-2012)	493
XX JMJ. Colonia, 16 al 21 de agosto de 2005	493
<i>Tema: “Hemos venido a adorarle” (Mt 2:2)</i>	
Mensaje	493
Discurso de bienvenida en el Aeropuerto Colonia/Bonn	500
Discurso. Fiesta de acogida en el embarcadero Poller Rheinwiesen	503
Saludo en la Catedral	508
Saludo a la Comunidad Judía en la Sinagoga	511
Discurso. Encuentro con Seminaristas en la Iglesia de San Pantaleón	514
Discurso. Encuentro Ecueménico en el Arzobispado	518
Discurso. Encuentro con la Comunidad Musulmana en el Arzobispado	523
Vigilia de Oración en Marienfeld	526
Introducción a la Misa en Marienfeld	530
Homilía en Marienfeld	530
Ángelus en Marienfeld	535
Discurso. Encuentro con Obispos	537
Discurso. Despedida en el Aeropuerto Colonia/Bonn	545
XXI JMJ. Roma, 9 de abril de 2006	549
<i>Tema: “Para mis pies antorcha es tu palabra, luz para Mi sendero” (Sal 118 [119], 105)</i>	
Mensaje	549

Discurso a los jóvenes	553
Introducción a la Misa	564
Homilía	564
Ángelus	568
XXII JMJ. Roma, 1 de abril de 2007	571
<i>Tema: “Amaos los unos a los otros, como yo os he amado” (Jn 13:34)</i>	
Mensaje	571
Homilía a los jóvenes	576
Homilía	579
Ángelus	582
XXIII JMJ. Sídney, 15 al 20 de julio de 2008	585
<i>Tema: “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos” (Hch 1,8)</i>	
Mensaje	585
Conferencia de Prensa en el vuelo a Sídney	594
Discurso de bienvenida en el Palacio de Gobierno	598
Discurso. Fiesta de acogida en el Muelle Barangaroo	601
Discurso. Encuentro Ecuménico en la Cripta de la Catedral de Santa María	608
Discurso. Encuentro con representantes de otras religiones en la Sala Capitulada de la Catedral de Santa María	611
Discurso. Encuentro con jóvenes en la Universidad de Notre Dame	615
Homilía en la Catedral de Santa María	618
Vigilia de Oración en el Hipódromo Randwick	623
Homilía en el Hipódromo Randwick	631
Ángelus en el Hipódromo Randwick	637
Discurso. Encuentro con los organizadores	639
Saludo a los voluntarios en Domain	640
Discurso de despedida a las autoridades en el Aeropuerto Kingsford Smith	641
XXIV JMJ. Roma, 5 de abril de 2009	645
<i>Tema: “Hemos Puesto nuestra esperanza en el Dios vivo” (1 Tm 4,10)</i>	
Mensaje	645
Homilía	651
Ángelus	655
XXV JMJ. Roma, 28 de marzo de 2010	659
<i>Tema: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? (Mc 10,17)</i>	
Mensaje	659
Homilía	665
Ángelus	671

XXVI JMJ. Madrid, 18 al 21 de agosto de 2011	675
<i>Tema: “Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe” (Col 2,7)</i>	
Mensaje	676
Conferencia de prensa en el vuelo hacia Madrid	685
Discurso de bienvenida en el Aeropuerto Madrid-Barajas	689
Saludo. Fiesta de acogida en la Plaza de Cibeles	692
Discurso. Fiesta de acogida en la Plaza de Cibeles	696
Saludo. Encuentro con religiosas en el Patio de los Reyes en San Lorenzo de El Escorial	699
Discurso. Encuentro con profesores universitarios en la Basílica del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial	700
Vía Crucis en la Plaza de Cibeles	703
Homilía. Encuentro con Seminaristas en la Catedral de Santa María la Real de la Almudena	705
Declaración de San Juan de Ávila Doctor de la Iglesia	709
Discurso. Encuentro con el Comité Organizador en la Nunciatura Apostólica	710
Discurso en la Fundación Instituto San José	711
Vigilia de Oración en Cuatro Vientos	713
Introducción a la Misa en Cuatro Vientos	718
Homilía en Cuatro Vientos	718
Ángelus en Cuatro Vientos	721
Discurso. Encuentro con Voluntarios en el Pabellón 9 Feria de Madrid	725
Discurso de despedida en el Aeropuerto Madrid-Barajas	727
XXVII JMJ. Roma. 1 de abril de 2012	731
<i>Tema: “Estad siempre alegres en el Señor” (Flp 4,4)</i>	
Mensaje	731
Homilía	740
Ángelus	744
 4. Presididas por el Papa Francisco (2013-2016)	 753
XXVIII JMJ. Río de Janeiro, 22 al 28 de agosto de 2013	753
<i>Tema: “Id y haced discípulos a todos los pueblos” (Mt 28,19)</i>	
Mensaje	753
Conferencia de Prensa en el vuelo a Brasil	762
Discurso de bienvenida en los Jardines del Palacio de Guanbara	766
Homilía en la Basílica del Santuario de N ^a Sra. Aparecida	768
Palabras improvisadas desde la Basílica de N ^a Sra. Aparecida	772
Discurso en el Hospital San Francisco de Asís de la Providencia	773
Discurso final de la visita al Hospital San Francisco de Asís	775

Bendición de las banderas olímpicas	775
Discurso a la Comunidad Varginha	775
Discurso. Encuentro con jóvenes argentinos en la Catedral de San Sebastián	778
Saludo. Fiesta de acogida en el Paseo Marítimo de Copacabana	780
Homilía en el Paseo Marítimo de Copacabana	782
Ángelus desde el Palacio Arzobispal	784
Vía Crucis en el Paseo Marítimo de Copacabana	786
Homilía en la Catedral de San Sebastián	788
Discurso. Encuentro con la clase dirigente de Brasil en el Teatro Municipal	792
Discurso al Episcopado Brasileño en el Arzobispado	795
Entrevista. Radio de las Arquidiócesis de Río de Janeiro	807
Vigilia. Oración en el Paseo Marítimo de Copacabana	808
Homilía en el Paseo Marítimo de Copacabana	813
Ángelus en el Paseo Marítimo de Copacabana	816
Discurso. Encuentro con el Comité CELAM en el Centro “Sumaré”	817
Discurso. Encuentro con voluntarios en Río Centro	825
Discurso de despedida en el Aeropuerto Galeao	826
Conferencia de prensa en el vuelo de regreso	828
XXIX JMJ. Roma, 13 de abril de 2014	847
<i>Tema: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5,3)</i>	
Mensaje	847
Homilía	853
Ángelus	854
XXX JMJ. Roma, 29 de marzo de 2015	857
<i>Tema: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5,8)</i>	
Mensaje	857
Homilía	863
Ángelus	866
XXXI JMJ. Cracovia, 25 de julio a 1 de agosto de 2016	867
<i>Tema: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5,7)</i>	
Mensaje	867
V.EPÍLOGO	875

PRESENTACIÓN

Una vez más estamos de enhorabuena, esta vez por la feliz idea de la “Asociación para la Causa de Beatificación y Canonización de Ismael de Tomelloso”, de unir la Cruz a la que se abrazó nuestro Ismael de Tomelloso con la Cruz de los Jóvenes que nos regaló San Juan Pablo II. Inspiración del Espíritu Santo que ha mantenido la tensión apostólica y evangelizadora no sólo en nuestros jóvenes sino en toda la Iglesia entre los acontecimientos puntuales que son la Jornadas Mundiales de la Juventud.

Tenemos entre nuestras manos una obra a través de la cual se puede seguir ese “continuo” que es la Vida de Jesucristo en la Iglesia, inserta en el tiempo y el espacio de cada momento histórico. Espero que se convierta en un manual de referencia para los que desde el Mundo de la Juventud están en la maravillosa tarea de formar las generaciones que constituyen ya un pasado, y también un presente y un futuro de la Comunidad Eclesial.

En este Año Jubilar de la Misericordia que nos ha regalado el Espíritu Santo por medio del Papa Francisco, la Delegación de Juventud de Ciudad Real ha hecho de la Cruz, réplica de la de las Jornadas Mundiales de la Juventud, la mejor Puerta de la Misericordia que anda de parroquia en parroquia, peregrinando por la Diócesis.

Los maravillosos apuntes biográficos del Capítulo II, en el comienzo del libro, constituyen el mejor Prefacio, pues es experiencia vivida, resumen de todo lo que los Papas han desplegado en su abundante Magisterio y que ya constituye un valioso Patrimonio de la Iglesia en muchas de las Vocaciones y Estados de Vida protagonizados por los jóvenes que han participado en las Jornadas Mundiales y que hoy son ya firmes cimientos eclesiales.

Gracias pues por el esfuerzo editorial que se ha de extender, sin duda, en fructuoso agradecimiento cada vez que hagamos memoria de las propias experiencias tenidas acompañando unos a los Jóvenes en tan hermosos acontecimientos y otros participando activamente con su

energía vital y volvamos al libro para penetrar más profundamente en el Misterio de la Misericordia entrañable de nuestro Dios, en su Amor que nos hace, a todos los miembros de la Iglesia, ser misericordiosos con todas las personas de nuestro Mundo en momentos tan especiales de la Historia Humana.

Dios es buen pagador. Esta iniciativa ayudará sin duda y muy eficazmente a ver culminada la razón de ser de la Asociación con la deseada Beatificación del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso.

† **Antonio Algora**
Obispo Prior de Ciudad Real

I. INTRODUCCIÓN

La Asociación para la Causa de Beatificación y Canonización del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso publicó el 9 de noviembre de 2010, para preparar la JMJ Madrid 2011, un documento titulado “*IN LAETITIA...*”, con motivo de la buena noticia de que la Cruz de la JMJ y el icono de la Virgen María venían a Tomelloso a visitar la tumba del Siervo de Dios, lo que sucedió la tarde del 29 de noviembre de 2010. Como era la primera vez que la Cruz y el icono de la Virgen entraban en un cementerio después de haber viajado por todo el mundo, se editó una estampa conmemorativa con la oración para la devoción privada del Siervo de Dios.

Bajo una lluvia suave y persistente se reunieron más de dos millares de personas en el cementerio, y recorrieron las calles, la plaza de la parroquia de la Asunción de Nuestra Señora, la calle de la Feria, el Hospital-Residencia de Ancianos y la parroquia de Santo Tomás de Villanueva donde se celebró la Eucaristía de Acción de Gracias, presidida por el Obispo Prior, Monseñor Antonio Algora Hernando.

Publicamos el documento “*IN LAETITIA...*” para informar a los jóvenes españoles y del mundo entero de la breve historia de “La Cruz de San Juan Pablo II”, conocida como “Cruz Peregrina”, “Cruz del Jubileo”



Por la señal de la Santa Cruz, de nuestros enemigos libranos,
Señor, Dios nuestro, en el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu
Santo y de la Virgen María. Amén.

ORACIÓN

Señor, Dios nuestro, que por medio de la Santísima Virgen María otorgaste a tu Siervo Ismael de Tomelloso la gracia de servir a la Iglesia entre jóvenes y ancianos desamparados con alegría y entrega. Dignate glorificar a tu Siervo Ismael y concédeme por su intercesión el favor que te pido... (pidase). Así sea.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Estampa conmemorativa de la visita de la Cruz de los Jóvenes a la tumba del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso el 29 de noviembre de 2010.

y “Cruz de los jóvenes”, y del icono de la Virgen María. Se recogieron algunas palabras pronunciadas por los Papas San Juan Pablo II y Benedicto XVI.

La Asociación edita este libro con el título *La Cruz de San Juan Pablo II* para rendir homenaje al creador e impulsor de la JMJ, con ocasión de la próxima JMJ de julio de 2016, que va a celebrarse en Cracovia, muy cerca de Wadowice donde nació San Juan Pablo II, ciudad en donde fue ordenado sacerdote, obispo y arzobispo, hasta que fue elegido Papa el 16 de octubre de 1978.



En el cementerio, con la tumba del Siervo de Dios al fondo.



En las dos fotos superiores, camino de la Parroquia de la Asunción de N^a S^a, donde el Siervo de Dios visitaba al “AMO”, como llamaba a Jesucristo; en las inferiores, Hospital-Asilo, donde Ismael visitaba con su madre a los ancianos desamparados.

En este libro homenaje vamos a transcribir íntegramente los Mensajes, las Homilias y los Discursos de los Papas San Juan Pablo II, hasta su marcha al cielo el 2 de abril de 2005, Benedicto XVI, hasta su renuncia el 13 de febrero de 2013, y los de su sucesor, el Papa Francisco, hasta el Mensaje de la JMJ de Cracovia. Porque dichos textos tienen una riqueza de incalculable valor y transmiten resumida y fielmente la doctrina católica. Resumen las enseñanzas del Concilio Vaticano II, el Catecismo de la Iglesia Católica y las palabras que pronunciaron y publicaron los Papas dirigidas a los jóvenes.

También vamos a transcribir las palabras del Primer Viaje Apostólico a España del Papa San Juan Pablo II en Santiago de Compostela, el 9 de noviembre de 1982 que aparecen en el Índice, bajo el Capítulo III, por la importancia y actualidad del discurso pronunciado hace treinta y tres años (pág. 61). Y las palabras pronunciadas en el Viaje Apostólico del Papa San Juan Pablo II a Santo Domingo, entre las JMJ VII y VIII, para conmemorar el V Centenario del Descubrimiento de América el 12 de octubre de 1992 y la implantación de la Cruz en el continente americano (pág. 199).



Eucaristía en la Parroquia de Santo Tomas de Villanueva.

El impacto de la Cruz de San Juan Pablo II en los meses previos de la JMJ de Madrid, agosto 2011, en su visita a los pueblos de la Diócesis Prioral de Ciudad Real fue tan importante que a los cinco años, durante los primeros meses del año 2016 y ante la próxima JMJ de Cracovia, julio 2016, la Pastoral de Juventud de la Delegación Diocesana de Ciudad Real, ha hecho circular de nuevo por los pueblos de la Diócesis una réplica de la Cruz de aquella JMJ y, como dice el Obispo Prior Monseñor Antonio Algora en la presentación de este libro, es la mejor Puerta de la Misericordia que anda de parroquia en parroquia, peregrinando por la Diócesis.

Seguidamente vamos a ver un ejemplo en la galería fotográfica de la réplica de la Cruz y los jóvenes de Tomelloso.



Réplica de la Cruz de San Juan Pablo II en la Parroquia de San Pedro, enero 2016.



Parroquia de Nuestra Señora de Los Ángeles, enero 2016.



Colegio de Santo Tomás de Aquino.



Réplica de la Cruz de San Juan Pablo II en la Parroquia de Santa María "La Blanca" de las Lagunas de Ruidera, enero 2016.

*Escultura de San Juan Pablo II y la Virgen Inmaculada en el Parque de Madrid que lleva su nombre.
(Escultor: Juan de Ávalos).*



La Cruz ha estado presente en el mundo a lo largo de veinte siglos, pero su presencia ha sido especialmente notable en el siglo XX: dos grandes guerras mundiales, numerosas guerras nacionales, regionales y locales, que han provocado cruentas persecuciones y ataques a Dios y a la Iglesia, y los numerosos martirios de cristianos en los primeros años del siglo XXI.

Como contrapunto, en el siglo XX también ha tenido lugar un acontecimiento de importancia capital: el Concilio Vaticano II, convocado por inspiración al Papa San Juan XXIII, nacido el 25 de noviembre de 1881, en Sotto il Monte un pueblo rural de Italia, bajo el signo del “aggiornamento”: “para revelar a Dios al mundo y reunir a todos los cristianos y a todos los hombres en un encuentro de oración con Dios y con María”.

Al Papa San Juan XXIII le sucedió el Papa beato Pablo VI, que continuó con arduos esfuerzos, con grandes contradicciones y sufrimientos los trabajos del Concilio, con la colaboración de los Cardenales Albino Luciani y Karol Wojtyła, hasta su finalización el 7 de diciembre de 1965.

En el discurso de clausura del Concilio Vaticano II, el beato Pablo VI dijo, entre otras cosas, lo siguiente:

...

«Y si recordamos, venerables hermanos e hijos todos aquí presentes, cómo en el rostro de cada hombre, especialmente si se ha hecho



San Juan XXIII y San Juan Pablo II, canonizados el 27 de abril de 2014.

transparente por sus lágrimas y por sus dolores, podemos y debemos reconocer el rostro de Cristo (cf. Mt. 25,40), el Hijo del Hombre, y si en el rostro de Cristo podemos y debemos, además, reconocer el rostro del Padre celestial: “Quien me ve a mí –dijo Jesús– ve también al Padre” (Jn 14,9), nuestro humanismo se hace cristianismo, nuestro cristianismo se hace teocéntrico; tanto que podemos afirmar también: para conocer a Dios es necesario conocer al hombre.

¿Estaría destinado entonces este Concilio, que ha dedicado al hombre principalmente su estudiosa atención a proponer de nuevo al mundo moderno la escala de las liberadoras y consoladoras ascensiones? ¿No sería, en definitiva, un simple, nuevo y solemne enseñar a amar al hombre para amar a Dios? Amar al hombre –decimos–, no como instrumento, sino como primer término hacia el supremo término trascendente, principio y razón de todo amor, y entonces este Concilio entero se reduce a su definitivo significado religioso, no siendo otra cosa que una potente y amistosa invitación a la humanidad de hoy a encontrar de nuevo por la vía del amor fraterno, a aquel Dios “de quien alejarse es caer, a quien dirigirse es levantarse, en quien permanecer es estar firme, a quien volver es renacer, en quien habitar es vivir”. (San Agustín, Solil. 1,1,3: PL 32,870)».



Beato Pablo VI el 27 de septiembre de 2014.

El Siervo de Dios Juan Pablo I (1978) asumió los nombres de sus predecesores y su Pontificado duró solamente 33 días, pero su proceso de canonización ha sido felizmente iniciado.

San Juan Pablo II fue elegido su sucesor y ha vivido el segundo Pontificado más largo y fecundo de la Historia de la Iglesia (1978-2005); y no exageramos si afirmamos que cargó con el peso de la Cruz, especialmente visible en los últimos años de su Pontificado, como pudimos comprobar por las imágenes que nos transmitían los medios de comunicación.

El 19 de abril de 2005 fue elegido Papa Benedicto XVI, que había desempeñado durante los veinticuatro últimos años el cargo de Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe; colaboró estrechamente con San Juan Pablo II; sufrió mucho y fue considerado intransigente e intolerante por defender la doctrina revelada por Dios. Poco tiempo después de haber sido elegido Papa todo el mundo, empezando por los más críticos e ilustrados, cambiaron de opinión a la vista de su preclara inteligencia, su afabilidad, su entrega, su humildad y su santidad; virtudes muy reconocidas por los miembros de las diferentes confesiones religiosas.

Nos ha dejado numerosas pruebas y testimonios de santidad y sabiduría; sus obras sobre Jesús de Nazaret: la Infancia de Jesús desde el



El Siervo de Dios Juan Pablo I, y San Juan Pablo II.

Bautismo a la Transfiguración y desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección, son libros para saborear y meditar: “...desde el punto de vista histórico es muy lógico pensar que la grandeza de Jesús de Nazaret reside en su origen y su figura ha hecho ocultar todas las categorías disponibles y solo se le ha podido entender a partir del misterio de Dios”, dice Benedicto XVI en la presentación de los libros.

Su acertada aproximación entre la fe y la razón se puede explicar con Mateo 11, 19: “*Los hechos dan la razón a la Sabiduría de Dios*”.

Entre sus últimas palabras recogemos las que con cierto tono confidencial dirigió en el Pontificio Seminario Mayor el 8 de febrero de 2013, cinco días antes de su renuncia al Pontificado, a los hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocios:



El papa Benedicto XVI. Abajo, dos momentos de su renuncia.

«... Dios ha querido que nazca en una familia católica, que haya conocido desde el comienzo a Jesús».

El 13 de febrero de 2013 renunció al Pontificado, dejándonos tres lecciones: paz, pureza y pobreza, que se corresponden con tres virtudes que ha practicado durante su vida para enseñarnos a combatir los pecados más frecuentes de hoy.

Tras la renuncia de Benedicto XVI fue elegido el Papa Francisco que, en la primera aparición pública en el balcón de San Pedro, dirigió un sencillo y cariñoso saludo:

«¡Buenas tardes!

Sabéis que el deber del Cónclave era dar un Obispo a Roma. Parece que mis hermanos Cardenales han ido a buscarlo casi al fin del mundo..., pero aquí estamos. Os agradezco la acogida. La comunidad Diocesana de Roma tiene a su Obispo. Gracias. Y ante todo, quisiera rezar por nuestro Obispo Emérito, Benedicto XVI. Oremos todos juntos por él, para que el Señor lo bendiga y la Virgen lo proteja.

Y ahora, comenzamos este camino: Obispo y pueblo.

Este camino de la Iglesia de Roma, que es la que preside en la caridad a todas las Iglesias.

Un camino de fraternidad, de amor, de confianza entre nosotros.

Recemos siempre por nosotros el uno por el otro.

Recemos por todo el mundo, para que haya una gran fraternidad.

Deseo que este camino de Iglesia que hoy comenzamos y en el cual me ayudará mi Cardenal Vicario, aquí presente, sea fructífero para la evangelización de esta ciudad tan hermosa.



El Papa Francisco en su primera aparición pública después de su elección, el 13 de marzo de 2013.

*Y ahora quisiera dar la Bendición, pero antes, os pido un favor:
Antes que el Obispo bendiga al pueblo, os pido que vosotros
recéis para que el Señor me bendiga:*

*La oración del pueblo, pidiendo la Bendición para su Obispo.
Hagamos en silencio esta oración de vosotros por mí».*

Inclinó la cabeza y permaneció en silencio el tiempo de rezar el “Padre Nuestro...”; el silencio más largo y emocionante que haya sido guardado jamás por una multitud tan grande: dos mil millones de personas seguían la ceremonia en todo el mundo, según los medios de comunicación.

* * *

La Asociación para la Canonización y Beatificación del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso (1917-1938) es la promotora de la Causa de este joven de Acción Católica nacido entre las dos guerras mundiales del siglo XX y fallecido, como soldado que fue hecho prisionero en la guerra civil española, en Zaragoza, el 5 de mayo de 1938; Ismael vivió y murió abrazado a la Cruz en silencio y con alegría, entregando su vida a Dios por la Iglesia y por la paz entre los hombres.

En silencio, con alegría y con esperanza.



Benedictus PP XVI



Francisco



Francisco y Benedicto XVI rezan juntos en silencio, en Castelgandolfo, el 23 de marzo de 2013.



Se saludan en el interior del Vaticano, donde ambos residen.

En silencio: el primer biógrafo de Ismael, el jesuita Padre Florentino del Valle, tituló “Ismael Molinero Novillo. La lección de su silencio”, por lo que titulamos su biografía, “*IN SILENTIO...*”, con la palabras tomadas del profeta Isaías (30-15): “*In silentio et in spe erit fortitudo vestra*” – “*En el silencio y en la esperanza se fundará vuestra fortaleza*” –: *silencio para entrar en sí mismo, escuchar a Dios y esperanza y fortaleza para vivir y morir con la alegría de Ismael*².

Con alegría: la que nos inspiró el documento “*IN LAETITIA...*”, porque: “*El camino de nuestra santificación personal pasa, cotidianamente, por la cruz: no es desgraciado ese camino, porque Cristo mismo nos ayuda y con Él no cabe la tristeza. In laetitia, nulla dies, sine cruce!, me gusta repetir; con el alma traspasada de alegría, ningún día sin Cruz*”³. La alegría con la que vivió y murió Ismael no tiene una explicación humana, en medio de tantos sufrimientos como padeció.

Y con esperanza: la esperanza, semilla y fruto del silencio y de la alegría de la Cruz, que no se puede explicar, solamente se puede vivir heroicamente, como la vivió Ismael con la ayuda de la gracia y los deseos de ir al cielo.

* * *

Una observación para terminar:

Hemos titulado este libro homenaje *La Cruz de San Juan Pablo II* porque ha sido el Papa que ha recibido la inspiración de iniciar la nueva evangelización bajo el signo de la Cruz. Declaró Año Santo Extraordinario de la Redención el año 1983, porque era el 1950 Aniversario de la muerte de Jesús en la Cruz; como el libro lo hacemos por inspiración del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso, que ingresó en Acción Católica en el Jubileo de la Redención (1933-1934), XIX Centenario de la muerte de Jesucristo en la Cruz, vamos a dar a conocer, a continuación, algunos Retazos de la Vida del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso, porque sirven para mostrar a los jóvenes del siglo XXI que la fe está fundamentada en la razón y en la experiencia de la vida, y si cuesta esfuerzo aceptarla y comprenderla es por el peso del pecado.

2. Biografía del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso, “*In Silentio...*”. Ed. Soubriet. 2010.

3. Homilía pronunciada por Josemaría Escrivá de Balaguer el 15 de agosto de 1961, “Es Cristo que pasa”, núm. 176. Beatificado y Canonizado por San Juan Pablo II el 17 de mayo de 1992 y el 6 de octubre de 2002, respectivamente.

II. RETAZOS DE LA VIDA DEL SIERVO DE DIOS ISMAEL DE TOMELLOSO

El Siervo de Dios Ismael Molinero Novillo nació en Tomelloso el 1 de mayo de 1917 durante la Primera Guerra Mundial, unos meses antes de que estallara la revolución en Rusia que ha dividido a Europa y al mundo en dos bloques enfrentados en guerra, hasta el 9 de noviembre de 1989 que fue derribado el muro de Berlín.

Recibió el bautismo el 6 de mayo de 1917, de manos del párroco de la Asunción de Nuestra Señora, don Vicente Borrell Dolz, mártir de la guerra civil, junto a sus dos coadjutores. Ismael era el quinto de once hermanos; su padre, Francisco Antonio, herrero, y la madre, Ángela María Francisca, sacaron adelante heroicamente a la numerosa familia con una abnegación y entrega admirables.

La madre era muy piadosa y enseñó las primeras oraciones a sus hijos. A los seis años lo llevaron al colegio de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac y allí, bajo la mirada de la Virgen de la Medalla Milagrosa, aprendió a leer y a escribir, y lo prepararon para hacer la primera confesión y la primera comunión, que recibió a los ocho años, el día del Corpus Christi del año 1925, también de manos de don Vicente Borrell; y fue confirmado por el Obispo Prior Monseñor Narciso Estenaga y Echevarría, mártir y hoy Beato.

Ese año vinieron en Misión a Tomelloso los padres jesuitas, al frente de los cuales estaba el Padre Rodríguez. A sus charlas asistían chicos y grandes que llenaban la Iglesia y hasta la plaza, con gran provecho espiritual.



Ismael.

Ismael solía ir con su madre a visitar a los ancianos desamparados del Hospital Asilo de Tomelloso y, según ha declarado la Madre Superiora, dejaba traslucir Ismael una simpatía, una alegría y una entrega extraordinarias.

Las necesidades económicas de la familia eran tan grandes que los padres tuvieron que sacarlo de la escuela para colocarlo a trabajar como dependiente en un comercio de la localidad para alimentar a la prole.



Obispo Prior Beato Narciso Estenaga Echevarría⁴.

4. El Obispo Prior de las Órdenes Militares Monseñor Narciso Estenaga y Echevarría nació en Logroño el 29 de octubre de 1882 en una familia de humildes y sencillos trabajadores. Fue ordenado sacerdote en 1907 y consagrado Obispo en la Iglesia Basílica de la Virgen Milagrosa de los Padres Paúles de Madrid el 22 de julio de 1923, haciendo su entrada solemne en Ciudad Real como Obispo Prior de las Órdenes Militares el 12 de agosto de 1923. El 1 de marzo de 1934 empieza a publicar el Boletín Oficial de la Acción Católica, en cuyo nº 1 dice "... la Acción Católica de la Diócesis-Priorato es una institución magnífica y de magníficos frutos y lo será mucho más cada día", destacándose en su pontificado por su empeño en vigorizar el seminario diocesano, la "niña de sus ojos", fomentar las vocaciones eclesíásticas, y por su interés en organizar la Acción Católica en la diócesis. En la mañana del 22 de agosto de 1936, junto con su capellán, don Julio Melgar Salgado, fueron asesinados en la orilla del río Guadiana, después de que el Señor Obispo bendijera a sus asesinos y les dirigiera palabras de perdón antes de ser fusilado (Mártires de Ciudad Real. Francisco del Campo Real. Edibesa).



Hospital-Asilo de Tomelloso antes de la Guerra Civil

En 1933, el Papa Pío XI convocó el Jubileo de la Redención y lo declaró Año Santo para conmemorar el XIX Centenario de la Redención, pasión, muerte y resurrección de Jesús.

Este año, un amigo y vecino de Ismael, Miguel Montañés, Presidente de Acción Católica, le presentó al sacerdote Consiliario, don Bernabé Huertas, que había fundado la Juventud de Acción Católica en Tomelloso y fue mártir en la guerra civil; le enseñó el Centro, las mesas de juego y la biblioteca; todo impresionó favorablemente a Ismael que prometió menudear las visitas y en una de ellas habló con el Consiliario.



Don Bernabé Huertas sentado, y de izquierda a derecha Pedro Cuesta, Miguel Montañés e Ismael.



Año Santo de la Redención de 1934. Grupo de Acción Católica de la Mancha en el Coliseo Romano.

Poco a poco, aunque con algunas resistencias y esfuerzo que fue venciendo, empezó a ver al cura, asistir a los círculos y comprendiendo que su vida alejada de Dios era menos feliz que junto a Él. Comparaba a los amigos que frecuentaba con los que encontraba en el Centro. Y así fue renunciando a ciertas cosas del mundo que se había creado alrededor suyo. Empezó frecuentando la confesión con el Consiliario al que tomó como Director Espiritual con el propósito de ir mejorando su vida.

En abril de 1934 el grupo de Acción Católica de la Mancha peregrinó a Roma para celebrar el Año Santo de la Redención. También asistió don Bernabé Huertas, que en una de las tres misas que se celebraron en las catacumbas, en la cripta de Santa Cecilia, dirigió unas palabras en las que exhortó «*a seguir el camino de Santa Cecilia, sufriendo, si preciso fuera, el martirio*».



Año Santo de la Redención de 1934. Grupo de Acción Católica de la Mancha en la Basílica de San Pedro, Vaticano.

El año 1934, dentro del XIX Centenario del Jubileo de la Redención, Ismael dio la respuesta afirmativa a la llamada; un sí esperanzado y fecundo que acabó renovando en los últimos días de su vida, entre las palabras que confió al capellán de la prisión:

“Soy de Dios y para Dios; si muero seré totalmente de Dios en el cielo, y si no muero... ¡quiero ser sacerdote!”

Se había producido el nuevo nacimiento de Ismael, cuando tenía 17 años. Su vida había quedado armonizada con la música y las estrofas del himno de Acción Católica.

Desde que ingresó en Acción Católica no cambió de vida, pero ayudaba más en la parroquia, en el Colegio de la Milagrosa y en el Hospital Asilo; recitaba poesías, montaba obras de teatro, organizaba cabalgatas de Reyes, fiestas y bailes para los más jóvenes y para los ancianos a los que entretenía con la guitarra, bailes y canciones. Era más alegre y divertido aún que antes.

...

«Cuantos le trataron coinciden en reconocer esa delicadeza de alma de artista de Ismael. Es lo que más resaltaba; era lo que todos veían y con lo que muchos gozaron. Era sumamente habilidoso para tocar cuantos instrumentos musicales caían en sus manos y sin maestro, ni escuela: una especie de instinto para arrancar el secreto de las cuerdas, para combinar sonidos, para hacer el fondo grave y armonioso al canto religioso y para acompañar movidamente la jota.

En la declamación cosechó muchos aplausos. En las frecuentes veladas literario-musicales que preparaban los muchachos de Acción Católica, el número indispensable era el de Ismael; sobre todo como declamador. No hay uno que le conociera que no lo repita en dulce evocación de ratos buenos: ¡qué bien declamaba!

Cuando subía a las tablas para recitar una de sus poesías predilectas, aquellas que le llegaban al alma, las que sentía como si las hubiera compuesto, mantenía sin respirar al auditorio. Comprendía al poeta de la besana extendida y el campo sereno, del Vaquerillo y el Ama, y el Embargo y los Mendigos. Con esta última, sobre todo, y con el “Viático”, de Pemán, se crecía y lloraba y hacía llorar.

En veladas más solemnes, preparaban alguna comedia o zarzuela y en más de una de ellas cargó Ismael con el papel de protagonista, como en la famosa de “Los Mendigos”, que se vieron obligados a repetir, por halago del público, en el teatro más capaz de Tomelloso. Con esta ocasión se destaparon otras cualidades artísti-

cas de Ismael; su valer como director de escena, ya que preparó la obra en todos sus detalles de interpretación, además de ejecutar maravillosamente su papel; y de tramoyista y de pintor, por lo menos de brocha gorda: aquel hermoso telón de fondo, con una esbelta palmera, indispensable para la obra, que en unas pocas horas diseñó y pintó y que fue la admiración de los espectadores, es otro de sus éxitos que no olvidan sus amigos, como recuerda Pedro, por estar maravillosamente pintada.

En caracterizar personajes iba ya ganando fama; eran muchas sus exhibiciones triunfales. Un día, en plena calle, le pidió limosna un muchachillo pordiosero, sucio, hambriento; Ismael tuvo una idea genial para dar de comer a aquel arrapiezo; le cogió por su cuenta, le lavó quitándole la mugre de tiempo muy atrasado, le vistió un traje chillón, y terciada al hombro, con garbo, una manta de las que acababan de recibir una buena remesa para el comercio y querían los dueños despachar pronto, metió al muchacho en el escaparate, poniendo en sus manos una guitarra para llamar a atención de los transeúntes con el sonido de sus cuerdas; y ante la aparición tan singular, hubo todo el día multitud de curiosos contemplando en el escaparate la transformación de “Carrañaca”, y el reclamo dio un resultado halagüeño y los dueños del comercio se lo premiaron⁵».

Miguel Montañés, Presidente de Acción Católica de Tomelloso, dice:
«... como sencillo, no había otro. Todo lo hacía por Cristo, para ganarle cuantas almas pudiese; como Javier que ganó las almas de sus contrincantes, ganando, a veces, una partida de ajedrez. Un caso más demuestra que trabajaba por Dios y no por exhibirse: cuando el día de Reyes del año 1936 preparó maravillosamente la Adoración de los Magos en la Iglesia Parroquial, y toda aquella “corte” se retrató, él no quería aparecer en la fotografía y lo “forzaron a ponerse en el grupo familiares de los actantes, en agradecimiento a lo bien que había trabajado”.

Sus cualidades estaban al servicio del Señor. “A Ismael se le hubiera mandado rodar por cosas de Acción Católica –dice Montañés– y habría rodado”. ¡Es que él quería ser bueno y obedeciendo, era!⁶».

5. Biografía del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso, “In Silencio...”. Ed. Soubriet. 2010.

6. *Ibid.*



A la izquierda, Ismael, marcado con una cruz, con una pandilla de amigos en San Isidro. Abajo, grupo musical; Ismael es el cuarto por la izquierda, en la fila superior. En la parte inferior, "Carrañaca", e Ismael, señalado con una cruz, con los Reyes Magos en enero de 1936.



En la Semana Santa de abril de 1935, Ismael hizo Ejercicios Espirituales en el Seminario de Ciudad Real. Cuenta don José Ballesteros, que entonces era seminarista y luego sacerdote, que vivió con fidelidad su ministerio sacerdotal muy unido a Ismael: *“Ismael era vivaracho e inquieto, alegre y festivo a todas horas... Era una alegría espontánea y natural, como nacida de un corazón que se siente feliz y se derrama por todo su ser... Me admiraba verle en la capilla en las horas libres con un recogimiento especial, de rodillas ante el Sagrario”*. El Padre Sánchez-Olivas, jesuita, que predicó los Ejercicios Espirituales, sorprendió a todos al terminar los Ejercicios, cuando se despidió de Ismael poniéndose de rodillas delante de él y le besó los pies.

A la vuelta de los Ejercicios Espirituales Ismael continuó su vida de piedad más ordenada: misa a las 7:30, oración, rosario, visita al Santísimo, mortificaciones, etc., etc., entregándose más aún a la Iglesia, a los jóvenes y a los ancianos desamparados del Hospital Asilo con actos heroicos de desprendimiento que sorprendieron a las religiosas y a sus



Por la izquierda, don José María Mayor, su madre, Miguel Montañés y sus hermanas Consuelo y Lola, sentado don Bernabé Huertas y su hermana Rosario, don Vicente Borrell, Ismael –marcado con una cruz– y don Amador Navarro. Los cuatro sacerdotes fueron mártires en la guerra civil.

amigos. Tenía una gran devoción a San Luis Gonzaga y a San Juan de Dios, a quienes quería imitar, porque eran sus santos preferidos por el amor con el que trataban a los pobres y a los enfermos.

En junio de 1936, estalló la Guerra Civil e Ismael fue testigo de las atrocidades que se cometieron: quema de las imágenes de la iglesia parroquial y asesinatos, porque en La Mancha, y concretamente en Ciudad Real, la Iglesia fue perseguida y azotada por el terror; unos trescientos sacerdotes, religiosos y laicos fueron torturados y asesinados solamente por ser católicos.

Su carácter extrovertido y su profunda fe cristiana le proporcionaron serios disgustos. Por ejemplo, se enfrentó a los que pretendían conseguir herramientas en la fragua de su padre con el fin de quemar las imágenes de la ermita de San Francisco cercana a su casa por lo que, ante las amenazas que le hicieron, su padre, sabiendo que no amenazaban en balde, lo escondió algunas semanas en un caserío cerca de las Lagunas de Ruidera, en el verano de 1936.

Regresó a Tomelloso en septiembre de 1936 y el 18 de septiembre de 1937 es movilizado por el ejército republicano. La víspera de su marcha al frente fue a despedirse del Presidente de Acción Católica, que tenía escondidas en su casa a dos Hermanas Hijas de la Caridad, que habían sido profesoras del Colegio de la Milagrosa. Una de ellas ha dejado escrito que Ismael pidió una medalla de la Virgen Milagrosa que él mismo la cosió entre las telas del chaleco. Durante todo el tiempo que estuvo en el ejército el ambiente ateo y contrario a la religión le hizo sufrir mucho



Caserío cercano a las Lagunas de Ruidera, donde los padres escondieron a Ismael en agosto de 1936.

en silencio, pero le acompañaba siempre la medalla de la Milagrosa y un rosario hecho de cuerda y con nudos. Tomó parte en la famosa batalla de Teruel y fue hecho prisionero en la batalla del Alfambra, en la que, según cuenta su biógrafo, el Padre Florentino del Valle, jesuita, “*Ismael se ofrece en holocausto*”:

«...tiró el fusil, se quedó de pie, apretó entre sus manos la medalla de la Virgen y comenzó una invocación febril y confiada. Las balas silueteaban siseantes su cuerpo; huían sus compañeros blasfemando o caían pesadamente al suelo, mortalmente heridos. Él, erguido como una estatua orante, esperó hasta que oyó la voz imperiosa de ¡manos arriba! Y de entregarse.

Este final era un símbolo de su vida toda de frente. Más tarde evocará aún con estremecimiento, el martirio de aquellas jornadas infernales entre profesionalismo ateo y soez; en las que el manto de la Señora le protegió como un escudo...

Le cogieron prisionero y le trataron con dignidad⁷».

Según los estudios recientes realizados por el profesor Alberto Ayuso García, que se incorporan a la 3ª edición de la biografía “*IN SILENTIO...*”, podría afirmarse que la batalla del Alfambra fue el principio del fin de la guerra civil:

...

«... Alfambra fue el punto de inflexión de la batalla de Teruel, ya que reorganizó el frente nacional, hundió la moral republicana antes de la propia toma de la ciudad de Teruel y, además, fue esencial para la recuperación de la misma.

... desde una óptica global de la guerra, la importancia de la batalla del Alfambra es crítica para entender el resultado final de la misma.

Curiosamente la importancia estratégica de la Batalla del Alfambra contrasta con la escasa mortandad en ambos bandos durante los tres días de combates y la escasez de choques extremadamente violentos.

... El Alfambra es una batalla desconocida para muchos sobre la que se ha escrito muy poco y, sin embargo, por todo lo comentado, de una relevancia enorme en la evolución de la guerra⁸».

7. Biografía del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso, “*In Silentio...*”. Ed. Soubriet. 2010.

8. Conferencia “Batalla de Teruel”, Alberto García Ayuso. Universidad San Pablo CEU, octubre 2013.



Línea del frente en Alfambra, donde Ismael fue hecho prisionero.



Arriba, estado en que descubrimos el 27 de septiembre de 2009 las parideras de ganado de Santa Eulalia del Campo, donde condujeron a Ismael prisionero, y abajo, según las encontramos el 23 de marzo de 2014.

Durante más de veinte kilómetros llevaron a pie a los prisioneros hasta Santa Eulalia del Campo. A un lugar destinado a parideras de ganado, y allí, junto con los demás prisioneros, hacinados, porque no cabían en los cobertizos, y con una temperatura de veinte grados bajo cero, oculta su condición de miembro de la Acción Católica, que habría supuesto su liberación inmediata. Y comienza el misterioso martirio del silencio como una promesa agradable a Dios para que terminara la guerra y llegara la paz entre los hombres.

Cuentan sus biógrafos, y lo han confirmado los testigos:

...
«Él no se avala; con nada se disculpa. Allí mismo había un capitán de su pueblo, conocido y amigo suyo, y se oculta y no busca su protección. ¡Calla! Descubrir sus ideales y su personalidad en la Acción Católica, lo hubiera libertado; pero Ismael estruja el corazón que llora sangre, que agoniza de torturas ¡y calla!, calla con aquel silencio santo y sublime que lo ató al sacrificio y al dolor.

¡Qué difícil es callar, para padecer!...

*Ismael calla y sufre. Un relato sencillo de sus padecimientos en el frente, que pueden declarar ser verdad los demás prisioneros que como él se hallaron, puede ponerle en libertad; sin embargo él calla, “**porque quería sufrir** –son sus palabras– **por Dios, por las almas y por España**”⁹.*

...

El 14 de febrero de 1938 es trasladado al Campo de Concentración de San Juan de Mozarrifar, cerca de Zaragoza. Allí vivió en el silencio hasta que, próximo a la muerte, el 18 de marzo de 1938, rompió el silencio para pedir la confesión al Capellán del Campo de Concentración, don Ignacio Bruna, quien ha declarado lo siguiente:



Campo de concentración de San Juan de Mozarrifar.

«Una hora aproximadamente duró su confesión. El

9. Biografía del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso, “In Silencio...”. Ed. Soubriet. 2010.

sigilo sacramental no deja correr mi pluma; me he de limitar a narrar la conversación habida después de la confesión.

—¡Qué feliz me siento, Padre mío! Hábleme de sufrimiento, de tribulaciones y de cruces, porque son mi sueño dorado y fueron realidad viva en mí, principalmente desde que comenzó la guerra. ¡Qué bien comprendo ahora, Padre, las palabras que tantas veces nos repetía nuestro Consiliario de Acción Católica: “Hijos míos, sabed que los bienes inmensos de Dios no caben sino en corazones vacíos y solitarios”. ¡Y qué solitario está el mío! Ni padres, ni amigos, ni honores, ni riquezas, ni consuelo humano alguno... No obstante, ¡soy feliz!

Como le augurara un futuro halagüeño, si Dios quería salvarle, se incorporó en el lecho, miró al crucifijo que presidía el local, apuntó con el dedo y dijo:

—No quiero nada con el mundo. Soy de Dios y para Dios; si muero seré totalmente de Dios en el cielo y si no muero... ¡quiero ser sacerdote!

—¿Qué dices, Ismael? Tú deliras, pequeño.

—Padre, no deliro. ¿Tampoco tendré la satisfacción de que usted me crea? Sí, quiero ser sacerdote y de los buenos, de los que sirven a Dios de balde, ni mercenario, ni asalariado. Quiero vivir absorbido en Él, perdido en la inmensidad de Él y a Él totalmente entregado. Ni egoísmos, ni dinero, ni comodidades, ni familia, ni honores, ¡sólo Cristo!

Cerró los ojos, no para dormir, sino para meditar; yo los abrí para llorar emocionado y le dije:

—¿Acaso ignoras que ser sacerdote es vivir crucificado en todo momento?

—¡Ah!, ya. Pero dígame; aunque no se vea su trabajo, aunque no aparezca el fruto, aunque se critique su actitud, ¿lo hace por Dios?

—Claro que sí.

—Entonces, todo está bien.

Yo, sacerdote, con varios años de ministerio, quedé admirado, y avergonzado del espíritu de aquel joven, muy superior al mío. Él continuó hablando:

—Mañana, cuando comulgue, consumiré la obra de desprendimiento que hace días empecé y no he podido terminar. En Cristo dejaré mis caprichos, mis gustos, las exigencias de mi flaca naturaleza.

—¿Por qué no te diste a conocer y te hubiera favorecido dentro de la disciplina que lleva consigo el régimen penitenciario y te hubiera traído lo necesario, te hubiera sacado a mi habitación algún rato y, sobre todo, te hubiera consolado? O, ¿acaso no me has visto nunca?

—Sí, padre; le he visto. Entraba usted en nuestra celda con mucha frecuencia; le escuchaba con muchísimo gusto y cuando marchaba le besaba la sotana sin que usted ni mis compañeros se enterasen. Poco me hubiera costado mejorar mi situación, hablando a usted; y alguna vez tuve el propósito de hacerlo que, gracias a Dios, rechacé, como una tentación, puesto que así hubiera perdido la preciosa ocasión de sufrir en silencio por Dios y por España. Hoy cuento a usted todas estas cosas, porque voy a morir y ya nada puede hacer en mi favor... Me encuentro fatigado, ya continuaremos hablando después.

La respiración fatigosa del enfermo y la tos débil, seca, pero frecuente, movieron al sacerdote a alejarse, aún cuando la conversación sublime de aquel muchacho le clavaba junto a su cabecera para escuchar extasiado.

Cuando volvió el Capellán encontró a Ismael mirando el crucifijo que presidía la enfermería. Suavemente volvió su cabeza, para fijar su vista en el interlocutor y acogerle con una sonrisa.

—¿Cómo te encuentras, Ismael?

—Soy feliz, Padre. ¡Que felicidad tan grande siento! ¿Es posible este consuelo que Dios me da? ¿Qué será el cielo, si aquí me siento tan feliz? ¡Oh Padre! ¡Cuántos hombres viven sumidos en la lóbrega oscuridad, atados con las cadenas del vicio, porque no tienen una mano amiga que les saque de tan funesto estado! ¡Cuantos se lanzan al arroyo que hubieran sido santos, si en su camino hubieran encontrado otros santos...! La Providencia fue pródiga conmigo. Aunque educado cristianamente, me hubiera perdido sin remedio. Mi carácter fogoso, mi espíritu agitado y violento me empujaban con fuerza irresistible hacia los placeres del mundo, en los que me habría revolcado, si otro joven de mi pueblo no se hubiera puesto a mi lado para ejercer conmigo la tutela del ángel. Él fue la primera célula de la Juventud de Acción Católica que el Consiliario fundó en el pueblo. Él nos buscó; él empezó a formarnos, él nos enseñó a conocer el valor del sacrificio; él, en fin, nos preparó para el martirio. Y si todos no derramamos la sangre por Jesucristo, fue porque el Señor no quiso concedernos esta gracia tan grande. To-

dos la ofrecimos generosamente; ni uno huyó, y los que murieron, lo hicieron valientemente. Yo le pedía al Señor me diera fortaleza para beber el cáliz del martirio; pero... la fruta no estaba madura para entrar tan pronto en el cielo; no ceñí la corona, ni empuñé la palma y esto fue para mí más duro que el mismo martirio.

Y continuaba.

—¡Hacen falta santos! Nuestro asesor religioso nos animaba los jóvenes a serlo. Él murió como un santo, murió mártir. Poco tiempo antes nos decía: “la tempestad ha roto el dique de la disciplina social, el león de la revolución ruge, porque faltan manos santas que atusen sus melenas. Hay sobrado materialismo en nuestra época, porque faltan santos. Hay que prepararse a morir como el Maestro; nuestra sangre no será infructuosa”. Después pude comprobar en el ejército y en las trincheras, el desconocimiento horrible de la religión en las masas, la falta de fe, el odio a Cristo. Ya le hablaré de esto, cuando haya descansado un poquito... ¡Qué cerca tuve la palma! ¡Qué martirio para mí no haber sido mártir! ¡Qué envidia me dan los jóvenes de Acción Católica que han muerto mártires! ¡Se hizo la voluntad de Dios, bendito sea!

En otro rato de respiro habló de la Virgen; Ismael la quería con delirio.

—¡La Santísima Virgen del Pilar! ¡Dos meses en la España de Franco, en la España de la Virgen sin besar el santo Pilar! Es horrible. Hábleme del Pilar, ya que no puedo ir yo, visítela en mi nombre... Padre, como recuerdo de estas cosas que me ha dicho querría que me diese un escapulario de la Virgen Santísima del Pilar.

“A falta del escapulario del Pilar, y de escapularios pequeños del Carmen —dice el Capellán— le puse uno de tamaño grande, que no habría dado a nadie en el mundo, era un recuerdo de mi santa madre que llevaba siempre conmigo. Lo puse sobre su pecho y me lo agradeció con un tierno y cálido beso...”

—Serviré a España en el anónimo, ofreceré a Dios todas las molestias de mi enfermedad y lo penoso de mi sacrificio. Quise el martirio y al fin lo he conseguido. No el derramamiento de sangre por la fe, pero sí el abandono, el lento sufrir, la angustia de morir con la ausencia de mi santa madre.

“Lloraba emocionado —agrega el capellán—, limpié sus lágrimas, estampé un beso en su frente de ángel y me retiré”.

Don Ignacio Bruna elogia así al buen Ismael:

«He visto muchos que ostentan sobre sus pechos medallas y condecoraciones; caballeros mutilados; caballeros de España y los contemplo con cariño, porque todos ellos aportaron grandes sacrificios por la salvación de la Patria. En Ismael no vi condecoraciones, ni medallas, ni cruces y conste que las tenía. ¿Cuáles eran sus cruces? Semejantes a las del Crucificado. Llagas en todo su cuerpo, carencia de todo, privación del consuelo humano¹⁰».

Su estado de salud se agravó tanto que aquella tarde del 18 de marzo lo trasladaron al Hospital Clínico de Zaragoza donde nada más llegar volvió a romper su silencio:

...

«-Quiero comulgar mañana. Estoy muy mal. Decidlo al Padre capellán de aquí».

...

«Vino la noche. Ismael no descansaba. Con la felicidad de pensar en tener a Jesús, dentro de unas horas, en la intimidad de su corazón se olvidaba de los dolores.

Antes de apuntar el alba del día 19, San José, ya estaba despierto. Oraba... Por la galería llegaba el tintineo de la campanilla que anunciaba que venía Jesús.

Por allí, cerca de su lecho (sobre el que pendía la ficha de prisionero) pasa el capellán. ¡Al fin, después de dos años iba a tener la dicha de albergarlo en su alma!

El capellán pasó junto a él, pero siguió adelante y salió de la sala.

Él pudo pedir, llamar la atención, manifestar sus ardientes deseos de comulgar; pero comprendió que hasta eso le pedía el Señor, y generoso y sublime se lo ofreció. Solamente unos días más tarde se le escapó esta queja, como un suspiro, que deja entrever su alma:

-El Señor me quiso privar de este consuelo para mí tan grande.

Hubo una enfermera, muchacha valiente y caritativa, de A.C., evadida de Barcelona roja, que se llamaba Aurora Álvarez, prestó sus servicios en el Clínico. Ella fue quien se impresionó con la conducta de Ismael y así anota su impresión:

10. Biografía del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso, "In Silentio...". Ed. Soubriet. 2010.

“El 19 de marzo de 1938, al entrar en la sala 17, llamó mi atención un enfermo recién ingresado que ocupaba la cama n° 6. Pasé toda la mañana ocupándome de los demás enfermos; como él no me pedía nada, no me acerqué a su lecho. Por la tarde seguía lo mismo y pronto pude observar que apenas hablaba con sus compañeros. Extrañada de tan misterioso silencio me preguntaba a mí misma: ¿Será uno de tantos rojos que no está contento de estar a nuestro lado? Por otra parte, aquel semblante tan dulce y aquella mirada de bondad, que expresaba la inocencia de su alma, no me dejaban suponer que pudiese ser cómplice de tantos crímenes, ni que sus manos estuviesen manchadas de sangre. ¿Sería bueno? Y ¿por qué no lo decía?»¹¹.

...

Aurora Álvarez, cuando descubrió su identidad, admirada del heroísmo de Ismael, escribió un testimonio que unido al que escribió don Ignacio Bruna, se lo entregó al Operario Diocesano don Clemente Sánchez Sánchez, que confirmó la fama de santidad de Ismael en un pequeño trabajo que publicó en la Revista Mística dominicana, “La Vida Sobrenatural”, con el título “Ismael Molinero Novillo: El Miliciano Santo”. Aurora logró que Ismael le contara algunas de las pruebas que había vivido en el frente y en el Campo de Concentración y le preguntó:

«-¿Qué hacía durante aquellas horas largas de encierro en la prisión?

-Me retiraba a un rincón y por los dedos rezaba varias partes del Rosario para que España triunfase. No me arredraba el sufrimiento físico, pero me abrumaba la tristeza de no encontrar entre tantos prisioneros alguno que pensara igual que yo. Tan sólo cuando nos sacaban a trabajar y veía a algún sacerdote, sentía deseo de burlar la vigilancia y lanzarme a él y echarme en sus brazos y abrirle mi corazón. Me contenía. Un día habíamos ido a trabajar a la ciudad, muy junto al Pilar. ¡Ay, mi Virgen del Pilar a la que no he visitado! Acabábamos de montar en el camión de regreso; vi a un sacerdote, sentí que mi corazón saltaba del pecho y que todo mi cuerpo me exigía saltar a la tierra y hablar a aquel representante de Dios. Fue tan grande la excitación, que para dominarme me tapé con la manta la cabeza y arrancó el camión... y lloré amargamente ¡pero también aquel día resistí!

11. Biografía del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso, “In Silentio...”. Ed. Soubriet. 2010.

–Pero, ¿por qué no dijo usted quien era y hubiese evitado el sufrimiento?

Ismael se resistía a contestar a esto; pero ante la insistencia de la enfermera, respondió sencillamente:

–**¡Dios me pedía este sacrificio y con su ayuda he podido consumarlo!**»¹².

...

Un hecho singular vino a traer consuelo y alegría a Ismael: don José Ballesteros, el seminarista que había coincidido con Ismael en Ciudad Real en los ejercicios espirituales en 1935, llegó herido al mismo hospital y, en la entrevista publicada en el “*Guion del Militante*” de Ciudad Real de 20 de mayo de 1956, año IV nº 6, entre otras cosas, dijo:

«Tuve mi primer contacto con Ismael hacia el año 1935. Estaba yo entonces cursando mis estudios en el Seminario de Ciudad Real, y él a su vez hizo en dicho Seminario unos Ejercicios Espirituales. ..., noté en él su carácter expansivo y alegre, de un optimismo innato y que era un muchacho que por todas partes iba dejando amigos ya que como después pude comprobar, tenía un corazón de los que hacen entrega total con todos y para todos».

«Después no volví a encontrármelo ya hasta que ambos coincidimos en el Hospital de Zaragoza, yo herido de un balazo que recibí en el frente y él con su terrible enfermedad bastante avanzada. Allí fue donde sostuve con él bastantes charlas en las que pude darme cuenta del verdadero espíritu de santidad y de sacrificio que había en este joven, y que no le abandonó hasta su muerte».

«Lo que más me impresionó en él fue su alegría ante el sufrimiento y la seguridad que tenía de ir al Cielo en sus últimos momentos.

Recuerdo que en una de mis conversaciones con él en el Hospital, envidiaba mi suerte de poder llegar a ser algún día sacerdote, y él por el contrario morirse sin haber llegado a hacer nada útil en la vida, diciéndome que por lo único que sentía morir era por no poder llegar a ser cura, como yo lo sería algún día»¹³.

...

«En el Hospital Clínico de Zaragoza, serían las nueve de la noche o algo más, empezó a toser y tuvo una gran hemoptisis. Cada

12. Biografía del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso, “In Silentio...”. Ed. Soubriet. 2010.

13. *Ibid.*

vez que tosía, salían de su pecho deshecho pedazos de sus pulmones y en aquel trance amarguísimo mandó llamar a don José con la Hermana de vela. Estaba demacradísimo y con rostro de agonía, pero entre las sombras con que el dolor difuminaba su cara, amanecía una paz serena con la aurora de una sonrisa resignada.

–¿Qué te pasa, Ismael? –le preguntó don José.

–**Quédate conmigo; esta noche me muero.**

–No digas eso, hombre.

–**Sí, sí; llama al capellán. Ya he recibido el Viático y quiero la Extrema Unción. Me siento morir.**

Ya se liaba entre las manos descarnadas el Rosario de la Virgen, apretándolo muy fuerte. También Ella había sufrido mucho y precisamente el día siguiente, la Iglesia celebraba la fiesta de sus dolores.

Don José fue a llamar al capellán, quien se apresuró a asistirlo.

Incorporose Ismael un poco, como pudo, en su lecho y contestó lo que supo, dándose cuenta de todo. Quedose un buen rato el capellán, animándolo, dictándole jaculatorias, y viendo que no presentaba síntomas de agonía, retirose a descansar con la advertencia de que, si se agravaba, lo llamase don José.

Vino entonces el momento dulce de las intimidades entre él y don José. Con una sonrisa que brotó nueva y sin sombra de dolor a sus labios sangrientos, dijo:

–**¡Qué! ¿Quieres algo para la Virgen?, que me muero esta noche. Mañana es viernes de Dolores, fiesta de la Virgen. ¡Mañana con Ella en el Cielo...!**

–No digas eso, Ismael –le contestó don José, para animarlo.

–**Ya verás, ya verás; me muero esta noche. ¡Pero qué contento estoy!**

Esa alegría, era reflejo de la paz y tranquilidad de su alma. Olvidándose de la gravedad empezó a bromear:

–**Mañana cuando llegue al Cielo, si San Pedro no me deja entrar, porque he sido un diablejo, le tiro de las barbas o le engaño y me cuelo. ¡Mañana en el Cielo...!**

Mediada la noche, pareció serenarse y mejorar un poco. Rogó a don José fuese a descansar. A la mañana siguiente, cuando éste llegó otra vez a su cama, le dijo con verdadero sentimiento:

–**¡Estoy más triste...! ¡No me he muerto! ¡Con los planes que yo tenía preparados!»¹⁴.**

14. Biografía del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso, “In Silentio...”. Ed. Soubriet. 2010.

...

«Otra vez dijo:

–Quiero que, cuando muera, me amortajen con la sotana de la Compañía de Jesús.

–¡Vaya ocurrencia! Y, ¿por qué con la sotana de jesuita?

–Sí, porque yo tenía deseo de ser de la Compañía y ya que no he podido ser, por lo menos que me entierren vestido como uno de ellos, como murió S. Luis Gonzaga».

Los primeros días del mes de mayo «iba ya terminando la lista de encargos antes de partir de este mundo y sin perder su buen humor decía:

–¡Qué poco voy a dar a los gusanos! –decía algo humorísticamente, mirando sus brazos huesosos y esqueléticos.

El día 5 de mayo comulgó fervorosamente, como solía, y en la acción de gracias se despidió de Jesús hasta pronto. Se sentía acabar.

Aquel día D. José no iba a visitarlo.

Recibió la Extremaunción con pleno conocimiento. Con voz débil, alternada con la respiración, acompañada de gemidos dolorosos, contestó el enfermo a las frases del ritual.

Al despedirse el Capellán, con cierta preocupación le rogó Ismael que quedase a su lado, pues no quería morir solo. Temía esta soledad y aún presentía que Dios le iba a purificar más con esta última prueba. La enfermera aquel día había quedado en su casa por enfermedad. El Capellán le dijo algunas jaculatorias que Ismael repetía, más con la mente que con los labios. Con todo, hasta última hora y con voz apenas perceptible, salían de sus labios resecos:

–¡Madre mía del Pilar, sálvame! ¡Dios mío, misericordia! ¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos...

Y expiró».

...

«Ballesteros, al dar la triste nueva a sus padres, testimonió sobre los últimos momentos de Ismael.

“Siento darles tan triste nueva, pero me veo en el deber de hacerlo por ser ésta la voluntad de su santo hijo, quien con sumo interés me encargó antes de morir que así lo hiciera... Siento doble pena por la pérdida de uno de mis mejores amigos y por adivinar la que proporcionará a su corazón dolorido de padres. Sírvales de consuelo, la consideración de que el Señor le tendrá cerca de su trono, adonde, por quererlo mucho, le llevó; era como un ángel y murió como lo que era. Preparado como un santo le llegó la muerte, y como un santo

abandonó este lugar de miserias... El día 5 de mayo de este año, a las diez de la noche, expiró en la paz del Señor...”».

A los amigos íntimos de Ismael escribió: «Era el día 5 de mayo, mes consagrado a la Virgen, cuando este ángel de pureza y de santidad había de unirse al número de los Bienaventurados».

Fue enterrado en el cementerio de Torrero, en Zaragoza.

«Al término de la guerra civil en 1940 la Asociación de Jóvenes de Acción Católica organizó aquella formidable peregrinación al Pilar de Zaragoza. Más de 20.000 flores de la Juventud llenaron la hermosa Basílica y la plaza que tiene delante. Un bosque de banderas blancas se mecía al arrullo de la brisa maña. Aquello era sublime. Jamás lo olvidaré. Yo era chiquito y estudiaba en un colegio de aquella recordada y querida ciudad. Allí se juró defender, aun con la muerte, la Asunción de Ntra. Señora a los cielos en cuerpo y alma. Alguien allí públicamente, aclamó como modelo de joven de Acción Católica a nuestro Ismael. Yo nada sabía, ni aún oí esto.



Sepultura de Ismael en Zaragoza con sus hermanos sor María de la Cruz y Luis, entre otros amigos. A la derecha, cruz de la sepultura.

Entre aquellas filas se hallaban su hermano Luis y un compañero íntimo de Ismael (Miguel Montañés). Subieron a Torrero. En el cuadro 52, sepultura 401, encontraron el lugar donde dormía el sueño de los justos. Estaba lleno de flores y ellos le ofrendaron más. Ismael florecía»¹⁵.

A finales de noviembre de 1942, su madre, María Francisca, «fue en visita callada a orar sobre la tumba de su hijo. Iría con la preocupación de las Santas mujeres Jerosolimitanas hacia el sepulcro del Nazareno; ¡si le fuera dado quitar la tierra del sepulcro, para amortajar a su gusto al hijo y adornar después la sepultura! El corazón maternal sufrió un grato desengaño: “¡Qué hermoso me lo han puesto!”. Las exigencias maternas quedaban satisfechas».



María Francisca, madre de Ismael (primera por la derecha), en 1942.

15. Biografía del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso, “In Silentio...”. Ed. Soubriet. 2010.



Traslado de los restos de Ismael desde Zaragoza a Tomelloso. En el centro don Francisco Izquierdo Molins, a su derecha Jesús Barco y Jesús Cobeta; a su izquierda Primitivo Pemán, Pedro Cuesta y Luis Molinero, entre otros.



Traslado del féretro desde la Parroquia de la Asunción de Nuestra Señora al cementerio, presidido por el Obispo Prior Monseñor Emeterio Echevarría y autoridades provinciales y locales.

Mostró deseos de que trasladaran los restos de su hijo al cementerio de Tomelloso “*para tenerlo más cerca*” y, cuando regresaba del viaje, en Madrid, la noche del 1 de diciembre de 1942, mientras dormía en la pensión Aurora, en la calle Espoz y Mina, se reunió con su hijo para siempre.

El 13 de mayo de 1950, festividad de la Virgen de Fátima, para cumplir la voluntad de su madre, fueron trasladados los restos de Ismael desde Zaragoza a Tomelloso, y en los pueblos donde paraba el tren se celebraba una fiesta más que un funeral: misa en la estación de Atocha de Madrid (fue la primera Eucaristía que se celebró en la estación de Atocha y en Madrid, por el Siervo de Dios), concentración de los jóvenes de Acción Católica en la estación de El Romeral, paradas y responsos en Alcázar de San Juan, Cinco Casas y Argamasilla de Alba hasta que, por fin, el día 15 de mayo, descansaron los restos en el panteón construido por suscripción popular en el cementerio de Tomelloso¹⁶.

En el homenaje que celebraron en Tomelloso las Juventudes de Acción Católica el 20 de mayo de 1956, asistieron más de 20.000 jóvenes, según publicó el periódico Signo de 26 de mayo de 1956:



Jóvenes en la tumba del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso, 20 de mayo de 1956.

16. Biografía del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso, “In Silentio...”. Ed. Soubriet. 2010.



Miguel Montañés, Pedro Cuesta y otros miembros de Acción Católica, rezando en la tumba del Siervo de Dios.



Tumba del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso en la actualidad.

«Don José comenzó besando la tumba, para recordar aquel 23 de marzo de 1938, cuando se encontraron en el Clínico de Zaragoza. Luego hizo una síntesis de los recuerdos.

–Ofrece tu muerte por mi vocación, por todos los jóvenes de la Mancha –le pedí.

Y estoy seguro de que lo ha hecho. Yo palpo en muchos momentos su intercesión maravillosa. Jamás le he rezado un padrenuestro. Sería un crimen. Estoy seguro de que no lo necesita. Mi oración es darle con los nudillos en el sepulcro y decirle: “¡Ismael, no te olvides de lo que has prometido!”.

Muchos presentes no pudieron contener sus lágrimas. La Naturaleza, como sumándose al homenaje, abrió sus nubes. Pero no fue una lluvia melancólica, tristoná, que hubiera desentonado. Fue un llover alegre, deportivo, por ráfagas, que nos hizo correr y reír. Sabíamos que todo esto le gustaba a Ismael»¹⁷.

El silencio sobre Ismael ha sido guardado más de cincuenta años, hasta el mes de mayo de 2006. El 17 de diciembre de 2006 se constituyó la Asociación para la Causa de Beatificación y Canonización de Ismael de Tomelloso.

17. Biografía del Siervo de Dios Ismael de Tomelloso, “In Silentio...”. Ed. Soubriet. 2010.

III. PRIMERA VISITA APOSTÓLICA DE SAN JUAN PABLO II A ESPAÑA

9 DE NOVIEMBRE DE 1982

El Papa San Juan Pablo II realizó su primer viaje Apostólico a España del 21 de octubre al 9 de noviembre de 1982. Visitó Madrid, Ávila, Alba de Tormes, Salamanca, Cáceres, Toledo, Segovia, Sevilla, Granada, Loyola en Guipúzcoa, Javier en Navarra, Zaragoza, Montserrat, Barcelona, Valencia y Santiago de Compostela. Rezó a Santa Teresa de Jesús, a Nuestra Señora de Guadalupe, a Nuestra Señora de la Fuencisla, a la Virgen de los Reyes, a la Virgen de las Angustias, a San Ignacio de Loyola, a San Francisco Javier, a Nuestra Señora del Pilar, a Santa María de Montserrat, a la Sagrada Familia, a Nuestra Señora la Virgen de los Desamparados y al Apóstol Santiago, en cuya Catedral el 9 de noviembre de 1982, presidió el Acto Europeo ante representantes de órganos y autoridades europeas, en el que pronunció un discurso que por su inspiración, actualidad, acierto y trascendencia, vamos a transcribir íntegramente a continuación.

«1. Al final de mi peregrinación por tierras españolas, me detengo en esta espléndida catedral, tan estrechamente vinculada al Apóstol Santiago y a la fe de España. Permitidme que ante todo agradezca vivamente a Su Majestad el Rey las significativas palabras que me ha dirigido al principio de este acto.

Este lugar, tan querido para todos, ha sido en el pasado un punto de atracción y de convergencia para Europa y para toda la cristiandad. Por eso he querido encontrar aquí a distinguidos representantes de Organismos europeos, de los obispos y Organizaciones del continente. A todos dirijo mi deferente y cordial saludo, y con vosotros quiero reflexionar esta tarde sobre Europa. Mi mirada se extiende en estos instantes sobre el continente europeo, sobre la inmensa red de vías de comunicación que unen entre sí a las ciudades y naciones que lo componen, y vuelvo a ver

aquellos caminos que, ya desde la Edad Media, han conducido y conducen a Santiago de Compostela –como lo demuestra el Año Santo que se celebra este año– innumerables masas de peregrinos, atraídas por la devoción al Apóstol.

Desde los siglos XI y XII, bajo el impulso de los monjes de Cluny, los fieles de todos los rincones de Europa acuden cada vez con mayor frecuencia hacia el sepulcro de Santiago, alargando hasta el considerado “*Fines terrae*” de entonces aquel célebre “Camino de Santiago” por el que los españoles ya habían peregrinado. Y hallando asistencia y cobijo en figuras ejemplares de caridad, como Santo Domingo de la Calzada y San Juan Ortega, o en lugares como el santuario de la Virgen del Camino.

Aquí llegaban de Francia, Italia, Centroeuropa, los Países Nórdicos y las Naciones Eslavas, cristianos de toda condición social, desde los reyes a los más humildes habitantes de las aldeas; cristianos de todos los niveles espirituales, desde santos, como Francisco de Asís y Brígida de Suecia (por no citar tantos otros españoles), a los pecadores públicos en busca de penitencia.

Europa entera se ha encontrado a sí misma alrededor de la “memoria” de Santiago, en los mismos siglos en los que ella se edificaba como continente homogéneo y unido espiritualmente. Por ello el mismo Goethe insinuará que la conciencia de Europa ha nacido peregrinando.

2. La peregrinación a Santiago fue uno de los fuertes elementos que favorecieron la comprensión mutua de pueblos europeos tan diferentes, como los latinos, los germanos, celtas, anglosajones y eslavos. La peregrinación acercaba, relacionaba y unía entre sí a aquellas gentes que, siglo tras siglo, convencidas por la predicación de los testigos de Cristo, abrazaban el Evangelio y contemporáneamente, se puede afirmar, surgían como pueblos y naciones.

La historia de la formación de las naciones europeas va a la par con su evangelización; hasta el punto de que las fronteras europeas coinciden con las de la penetración del Evangelio. Después de veinte siglos de historia, no obstante los conflictos sangrientos que han enfrentado a los pueblos de Europa, y a pesar de las crisis espirituales que han marcado la vida del continente –hasta poner a la conciencia de nuestro tiempo graves interrogantes sobre su suerte futura– se debe afirmar que la identidad europea es incomprendible sin el cristianismo, y que precisamente en él se hallan aquellas raíces comunes, de las que ha madurado

la civilización del continente, su cultura, su dinamismo, su actividad, su capacidad de expansión constructiva también en los demás continentes; en una palabra, todo lo que constituye su gloria.

Y todavía en nuestros días, el alma de Europa permanece unida porque, además de su origen común, tiene idénticos valores cristianos y humanos, como son los de la dignidad de la persona humana, del profundo sentimiento de justicia y libertad, de laboriosidad, de espíritu de iniciativa, de amor a la familia, de respeto a la vida, de tolerancia y de deseo de cooperación y de paz, que son notas que la caracterizan.

3. Dirijo mi mirada a Europa como al continente que más ha contribuido al desarrollo del mundo, tanto en el terreno de las ideas como en el del trabajo, en el de las ciencias y las artes. Y mientras bendigo al Señor por haberlo iluminado con su luz evangélica desde los orígenes de la predicación apostólica, no puedo silenciar el estado de crisis en el que se encuentra, al asomarse al tercer milenio de la era cristiana.

Hablo a representantes de Organizaciones nacidas para la cooperación europea, y a hermanos en el Episcopado de las distintas Iglesias locales de Europa. La crisis alcanza la vida civil como la religiosa. En el plano civil, Europa se encuentra dividida. Unas fracturas innaturales privan a sus pueblos del derecho de encontrarse todos recíprocamente en un clima de amistad; y de aunar libremente sus esfuerzos y creatividad al servicio de una convivencia pacífica, o de una contribución solidaria a la solución de problemas que afectan a otros continentes. La vida civil se encuentra marcada por las consecuencias de ideologías secularizadas, que van desde la negación de Dios o la limitación de la libertad religiosa, a la preponderante importancia atribuida al éxito económico respecto a los valores humanos del trabajo y de la producción; desde el materialismo y el hedonismo, que atacan los valores de la familia prolija y unida, los de la vida recién concebida y la tutela moral de la juventud, a un “nihilismo” que desarma la voluntad de afrontar problemas cruciales como los de los nuevos pobres, emigrantes, minorías étnicas y religiosas, recto uso de los medios de información, mientras arma las manos del terrorismo.

Europa está además dividida en el aspecto religioso: No tanto ni principalmente por razón de las divisiones sucedidas a través de los siglos, cuanto por la defección de bautizados y creyentes de las razones profundas de su fe y del vigor doctrinal y moral de esa visión cristiana de la vida, que garantiza equilibrio a las personas y comunidades.

4. Por esto, yo, Juan Pablo, hijo de la nación polaca que se ha considerado siempre europea, por sus orígenes, tradiciones, cultura y relaciones vitales; eslava entre los latinos y latina entre los eslavos; Yo, Sucesor de Pedro en la Sede de Roma, una Sede que Cristo quiso colocar en Europa y que ama por su esfuerzo en la difusión del cristianismo en todo el mundo. Yo, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, desde Santiago, te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad espiritual, en un clima de pleno respeto a las otras religiones y a las genuinas libertades. Da al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. No te enorgullezcas por tus conquistas hasta olvidar sus posibles consecuencias negativas. No te deprimas por la pérdida cuantitativa de tu grandeza en el mundo o por las crisis sociales y culturales que te afectan ahora. Tú puedes ser todavía faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo. Los demás continentes te miran y esperan también de ti la misma respuesta que Santiago dio a Cristo: “lo puedo”.

5. Si Europa es una, y puede serlo con el debido respeto a todas sus diferencias, incluidas las de los diversos sistemas políticos; si Europa vuelve a pensar en la vida social, con el vigor que tienen algunas afirmaciones de principio como las contenidas en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, en la Declaración europea de los Derechos del Hombre, en el Acta final de la Conferencia para la Seguridad y la Cooperación en Europa; si Europa vuelve a actuar, en la vida específicamente religiosa, con el debido conocimiento y respeto a Dios, en el que se basa todo el derecho y toda la justicia; si Europa abre nuevamente las puertas a Cristo y no tiene miedo de abrir a su poder salvífico los confines de los estados, los sistemas económicos y políticos, los vastos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo (cf. *Insegnamenti di Giovanni Paolo II, I* (1978) 35 ss), su futuro no estará dominado por la incertidumbre y el temor, antes bien se abrirá a un nuevo período de vida, tanto interior como exterior, benéfico y determinante para el mundo, amenazado constantemente por las nubes de la guerra y por un posible ciclón de holocausto atómico.



Juan Pablo II fue el primer papa que entró en la Catedral de Santiago como peregrino y practicó el ritual del abrazo al Apóstol, 1982.

6. En estos instantes vienen a mí mente los nombres de grandes personalidades: hombre y mujeres que han dado esplendor y gloria a este continente por su talento, capacidad y virtudes. La lista es tan numerosa entre los pensadores, científicos, artistas, exploradores, inventores, jefes de estado, apóstoles y santos, que no permite abreviaciones. Estos constituyen un estimulante patrimonio de ejemplo y confianza. Europa tiene todavía en reserva energías humanas incomparables, capaces de sostenerla en esta histórica labor de renacimiento continental y de servicio a la humanidad.

Me es grato recordar ahora con sencillez la fuerza de espíritu de Teresa de Jesús, cuya memoria he querido especialmente honrar durante este viaje, y la generosidad de Maximiliano Kolbe mártir de la caridad en el campo de concentración de Auschwitz al que recientemente he proclamado santo. Pero merecen particular mención los Santos Benito de Nursia y Cirilo y Metodio, Patronos de Europa. Desde los primeros días de mi pontificado, no he dejado de subrayar mi solicitud por la vida de Europa, y de indicar cuáles son las enseñanzas que provienen del espíritu y acción del “patriarca de Occidente” y de los “dos hermanos griegos”, apóstoles de los pueblos eslavos.

Benito supo aunar la romanidad con el Evangelio, el sentido de la universalidad y del derecho con el valor de Dios y de la persona humana. Con su conocida frase “ora et labora” –reza y trabaja–, nos ha dejado una regla válida aún hoy para el equilibrio de la persona y de la sociedad, amenazadas por el prevalecer del tener sobre el ser.

Los Santos Cirilo y Metodio supieron anticipar algunas conquistas, que han sido asumidas plenamente por la Iglesia en el Concilio Vaticano II, sobre la inculturación del mensaje evangélico en las respectivas civilizaciones, tomando la lengua, las costumbres y el espíritu de la estirpe con toda plenitud de su valor. Y esto lo realizaron en el siglo IX, con la aprobación y el apoyo de la Sede Apostólica, dando lugar así a aquella presencia del cristianismo entre los pueblos eslavos, que permanece todavía hoy insuprimible, a pesar de las actuales vicisitudes contingentes. A los tres Patronos de Europa he dedicado peregrinaciones, discursos, documentos pontificios y culto público, implorando sobre el continente su protección, y mostrando a la vez su pensamiento y su ejemplo a las nuevas generaciones.

La Iglesia es además consciente del lugar que le corresponde en la renovación espiritual y humana de Europa. Sin reivindicar ciertas posi-

ciones que ocupó en el pasado y que la época actual ve como totalmente superadas, la misma Iglesia se pone al servicio, como Santa Sede y como Comunidad católica, para contribuir a la consecución de aquellos fines, que procuren un auténtico bienestar material, cultural y espiritual a las naciones. Por ello, también a nivel diplomático, está presente por medio de sus Observadores en los diversos Organismos comunitarios no políticos; por la misma razón mantiene relaciones diplomáticas, lo más extensas posibles, con los Estados; por el mismo motivo ha participado, en calidad de miembro, en la Conferencia de Helsinki y en la firma de su importante Acta final, así como en las reuniones de Belgrado y de Madrid; esta última, reanudada hoy; y para la que formulo los mejores votos en momentos no fáciles para Europa.

Pero es la vida eclesial la que es llamada principalmente en causa, con el fin de continuar dando un testimonio de servicio y de amor, para contribuir a la superación de las actuales crisis del continente, como he tenido ocasión de repetir recientemente en el Simposio del Consejo de las Conferencias Episcopales Europeas (Cfr. IOANNIS Pauli PP. II *Allocutio ad Consilium Conferentiarum Episcopaliū Europae* habita, die 5 oct. 1982: vide supra, pp. 689 ss.).

7. La ayuda de Dios está con nosotros. La oración de todos los creyentes nos acompaña. La buena voluntad de muchas personas desconocidas artífices de paz y de progreso, está presente en medio de nosotros, como una garantía de que este Mensaje dirigido a los pueblos de Europa va a caer en un terreno fértil.

Jesucristo, el Señor de la historia, tiene abierto el futuro a las decisiones generosas y libres de todos aquellos que, acogiendo la gracia de las buenas inspiraciones, se comprometen a una acción decidida por la justicia y la caridad, en el marco del pleno respeto a la verdad y la libertad.

Encomiendo estos pensamientos a la Santísima Virgen, para que los bendiga y haga fecundos; y recordando el culto que se da a la Madre de Dios en los numerosos santuarios de Europa, desde Fátima a Ostra Brama, de Lourdes y Loreto a Czestochowa, le pido que acoja las plegarias de tantos corazones: para que el bien continúe siendo una gozosa realidad en Europa y Cristo tenga siempre unido nuestro continente a Dios».

IV. JORNADAS MUNDIALES DE LA JUVENTUD

1. ANTECEDENTES

1983-1985

En 1983, Año Santo Extraordinario de la Redención, el Papa San Juan Pablo II decidió que tenía que haber una Cruz –como símbolo de la fe– cerca del altar mayor de la Basílica de San Pedro, donde todos pudiesen verla. Así fue instalada una gran cruz de madera, de una altura de 3,8 metros, tal y como deseaba que fuera.

La Cruz se conoció como la “Cruz del Año Santo de la Redención” (1983-1984), por ser este el año en el que el Papa San Juan Pablo II decidió iniciar la nueva evangelización y tuvo la inspiración de que la Cruz presidiera los Encuentros de la Juventud, que también se la conoce como “Cruz del Jubileo” porque es el Jubileo de la Redención que se sigue celebrando el XIX Centenario que tuvo lugar en el año 1933; también se la llama “Cruz de la JMJ”, “Cruz peregrina”, “Cruz de los jóvenes”, “Cruz del Papa San Juan Pablo II”, porque ha sido entregada a los jóvenes por San Juan Pablo II para que la llevaran por todo el mundo.

En la primera Audiencia General del Año Santo Extraordinario de la Redención, el día 30 de marzo de 1983, San Juan Pablo II pronunció una Homilía, durante la Liturgia de la palabra, en la que citó veinte veces la palabra Cruz, y dijo lo siguiente:

«1. Año Santo, Puerta Santa, Lugares Santos, Semana Santa...: esta atribución tradicional de la “santidad” a realidades del espacio y del tiempo atestiguan que en ellas el alma popular, o incluso la Iglesia, descubren y reconocen un vínculo especial con Dios y, por lo tanto, un título de “consagración”.

A nosotros, cristianos, el valor sacro de estos días santos nos viene de la memoria de la pasión y muerte de Cristo, que en ellos celebramos, con una fe más viva, con una piedad más tierna y, a la vez, austera y consciente, con la propia identificación litúrgica y espiritual en ese misterio de

la redención expresado en el Credo de cada día: Crucifixus etiam pro nobis..., passus et sepultus est.

Estos son, pues, los días de la Cruz, los días en que sube espontáneamente a los labios de los cristianos el antiguo himno litúrgico, transmitido de generación en generación, y repetido por millones de creyentes en todos los tiempos, incluida la época del primer Año Santo, convocado por el Papa Bonifacio VIII el año 1300: Vexilla Regis prodeunt / fulget Crucis mysterium...

La Cruz es la enseña de Cristo a la que nosotros veneramos y cantamos. Más aún, por su función de instrumento de nuestra redención estrechamente unido, según el designio del Padre, con el que fue suspendido en ella como en un patíbulo, nosotros la adoramos como por una extensión del culto que reservamos al Hombre-Dios. En realidad adorar la Cruz (como, haremos litúrgicamente el Viernes Santo) es adorar a Cristo mismo: Adoramus Te, Christe, et benedicimus Tibi, quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum!

2. En realidad la Cruz pertenece a nuestra condición existencial, como nos demuestra la experiencia de cada día. Más aún, se diría que tiene sus raíces en la misma esencia de las cosas creadas.

El hombre es consciente de los valores, pero también de los límites. De aquí el problema del mal que, en determinadas condiciones de desconcierto físico, psicológico, espiritual, es dolor, sufrimiento, o incluso pecado. ¿Por qué el mal, por qué el dolor, por qué esta Cruz humana que



Plaza de San Pedro.

parece coesencial con nuestra naturaleza, y sin embargo, en muchos casos, tan absurda?

Se trata de preguntas que atormentan desde siempre la mente y el corazón del hombre, y a las cuales, quizá, se pueden dar respuestas parciales de orden teórico, pero que continúan planteándose de nuevo en la realidad de la vida, a veces de modo dramático, sobre todo cuando se trata del dolor de los inocentes, de los niños, incluso de grupos humanos y de pueblos enteros subyugados por fuerzas prepotentes que parecen señalar en el mundo el triunfo de la maldad. ¿Quién de nosotros no siente una herida en el corazón ante tantos hechos dolorosos, ante tantas Cruces?

Es verdad que la experiencia universal enseña también los benéficos efectos que en muchos hombres produce el dolor, como generador de madurez, de sabiduría, de bondad, de comprensión, de solidaridad, de tal manera que se ha podido hablar de la fecundidad del dolor. Pero esta constatación deja sin resolver el problema de fondo y no elimina la tentación de Job, que se asoma también al espíritu del cristiano, cuando se siente impulsado a preguntar a Dios: ¿Por qué? Más aún, para muchos el problema del mal y del dolor es una objeción contra la Providencia de Dios, e incluso a veces contra su existencia. La realidad de la Cruz se convierte entonces en un escándalo, porque se trata de una Cruz sin Cristo: ¡La más pesada e insoportable, a veces terrible hasta la tragedia!

3. La Cruz con Cristo es la gran revelación del significado del dolor y del valor que tiene en la vida y en la historia. Él que comprende la Cruz, el que la abraza, comienza un camino muy distinto del camino del proceso y de la contestación a Dios: encuentra, más bien, en la Cruz el motivo de una nueva ascensión a Él por la senda de Cristo, que es precisamente el Vía Crucis, el camino de la Cruz.

La Cruz es la prueba de un amor infinito que, precisamente en esa hostia de expiación y pacificación ha colocado el principio de la restauración universal y sobre todo de la redención humana: redención del pecado y, al menos en raíz, del mal, del dolor y de la muerte.

Pero la Cruz nos invita a responder al amor con el amor. A Dios, que nos amó primero, nosotros podemos darle, a nuestra vez, el signo de nuestra íntima participación en su designio de salvación. No siempre logramos descubrir en este designio el porqué de los dolores que marcan el camino de nuestra vida. Sin embargo, sostenidos por la fe, podemos llegar a la certeza de que se trata de un designio de amor, en el cual toda la inmensa gama de las Cruces, grandes y pequeñas, tiende a fundirse en la única Cruz.

La Cruz es, pues, para nosotros una garantía de vida, de resurrección y de salvación, porque contiene en sí y comunica a los creyentes la fuerza renovadora de la redención de Cristo. Según San Pablo, en ella es una realidad ya adquirida incluso la futura resurrección y glorificación celeste, que será en la eternidad la manifestación gloriosa de la victoria que Cristo nos ha traído con su pasión y su muerte. Y nosotros, con la experiencia de nuestro dolor cotidiano, estamos llamados a participar en este misterio que es ciertamente de pasión, pero también de gloria.

4. En estos días de Semana Santa y del Año Santo estamos invitados a mirar a Cristo que nos ha amado hasta morir en la Cruz por nosotros. Estamos invitados a unirnos a la Iglesia, la cual, especialmente con la celebración de los misterios conclusivos de la vida terrena de Cristo, quiere infundirnos una conciencia más viva del misterio de la redención; y ésta es la razón fundamental del Jubileo.

Saludamos en la Cruz, signo e instrumento de Cristo Redentor, al fundamento de nuestra esperanza, porque reconocemos en ella la prueba experimental del amor omnipotente y misericordioso que Dios tiene por el hombre.

Nos dirigimos a la Cruz y a Cristo crucificado en este “tiempo de pasión”: tiempo no sólo litúrgico, sino histórico, social y espiritual, en el que vemos agolparse sobre el mundo tantos dolores, tantas “pasiones” y, por desgracia ¡tantas Cruces sin Cristo!

Pidamos al Redentor, en nombre de su Cruz, que conceda a su Iglesia y a toda la humanidad la gracia del Año Santo, los dones de conversión y de santidad que tanto necesitamos.

Esto quiere el Año Santo, esto nos pide Jesús desde la Cruz: una apertura mayor a su redención con el arrepentimiento de los pecados y la aspiración a la santidad.

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas:

En esta primera Audiencia general del Año Santo, saludo con afecto a todos los presentes de lengua española.

Mi saludo va en primer lugar a las religiosas Siervas de Jesús de la Caridad, a los miembros de las varias parroquias, y sobre todo a los estudiantes de diversos colegios de España que son los más numerosos, así como a los grupos procedentes de América Latina.

El principio del Año Santo y la celebración de la Semana Santa que conmemora los misterios centrales de la Redención, son para nosotros una fuerte llamada a buscar la gracia que nos salva, a unirnos con espí-

ritu de fe al dolor redentor de Cristo que es también esperanza de resurrección, a purificarnos de nuestros pecados y vivir cada día más intensamente el misterio de salvación en Cristo. Esta es la finalidad del Año Jubilar.

A todos os aliento a seguir con valentía y perseverancia ese camino, y a todos os doy mi Bendición».

En la clausura del Año Santo Extraordinario de la Redención, después de cerrar la Puerta Santa, el Papa entregó la Cruz a los jóvenes, representada por los jóvenes del Centro Internacional Juvenil San Lorenzo en Roma. Éstas fueron sus palabras en aquella ocasión, que van grabados en bronce en seis idiomas en el madero vertical (ver fotos de la portada y primeras páginas de este libro):

“Queridos jóvenes, al clausurar el Año Santo os confío el signo de este Año Jubilar: ¡La Cruz de Cristo! Llevadla por el mundo como signo del amor del Señor Jesús a la humanidad y anunciad a todos que sólo en Cristo muerto y resucitado hay salvación y redención” (Roma, 22 de abril de 1984, Domingo de Resurrección).

Los jóvenes acogieron el deseo del Santo Padre. Se llevaron la Cruz al Centro San Lorenzo, que se convertiría en su morada habitual durante los períodos en los que no estuviera peregrinando por el mundo.

La Cruz del Año Santo (así se denominaba entonces) hizo su primera peregrinación en el mes de julio de 1984, trasladándose a Múnich, Alemania, para el *Katholikentag* (Jornada de los Católicos). Al ser una simple Cruz de madera, al principio la gente no entendía lo que tenía de especial. Pero poco a poco se fueron dando cuenta que la Cruz estaba allí presente en misión por deseo expreso del Santo Padre. En la celebración eucarística final en el estadio de la ciudad, con 120.000 personas presentes, la Cruz estaba cerca del altar, de tal modo que todos pudiesen verla.

Aquel año los jóvenes se llevaron la Cruz a Lourdes, Paray-le-Monial y a otras localidades de Francia, y después en septiembre de nuevo volvió a Alemania y, otra vez más, la Cruz regresó a Alemania el 27 de diciembre de 1984.

El Santo Padre San Juan Pablo II expresó un deseo: “La tienen que llevar también a Praga, al Cardenal Tomasek”. En aquella época Checoslovaquia estaba detrás del telón de acero; en enero de 1985 un grupo de jóvenes alemanes llevó la Cruz a Praga.

El Domingo de Ramos, 31 de marzo de 1985, fue el día elegido por San Juan Pablo II para la exaltación de la Cruz con los jóvenes. Participaron más de 300.000 jóvenes en la Plaza de San Pedro, y la Cruz estaba con ellos. Aquel mismo año la Cruz fue llevada a diversos países de Europa: Italia, Francia, Luxemburgo, Irlanda, Escocia, Malta y Alemania; en cada uno de estos lugares la Cruz, llevada en peregrinación, fue protagonista del Vía Crucis por las calles de las ciudades y participó en diversos encuentros juveniles.

El mes de diciembre de 1985 San Juan Pablo II anunció que a partir del siguiente Domingo de Ramos, las Jornadas Mundiales de la Juventud se celebrarían cada año a nivel diocesano en Roma y a partir de 1987, con una periodicidad de más o menos dos años, en el marco de los Encuentros Mundiales de los jóvenes con el Papa en diversos países del mundo.

En la XVIII JMJ, que se celebró en Roma, durante el Ángelus del Domingo de Ramos, 13 de abril de 2003, el Papa San Juan Pablo II regaló a los jóvenes una copia del icono de la Virgen María Salus Populi Romani y pronunció estas palabras (pág. 479):

“A la delegación que ha venido de Alemania le entrego hoy también el icono de María. De ahora en adelante, juntamente con la Cruz, este icono acompañará las Jornadas Mundiales de la Juventud. Será signo de la presencia materna de María junto a los jóvenes, llamados, como el apóstol San Juan, a acogerla en su vida”. (Ángelus, XVIII Jornada Mundial de la Juventud, 13 de abril de 2003).

El 4 de abril de 2004 se conmemoraba el vigésimo aniversario de las Jornadas Mundiales de la Juventud y el Papa San Juan Pablo II celebró en Roma la XIX JMJ, con el lema “Señor, queremos ver a Jesús”. La Homilía que pronunció el domingo de Ramos la transcribimos en la página 488, correspondiente a la XIX JMJ. Fue la última JMJ que presidió el Papa San Juan Pablo II, pues se marchó al cielo el 2 de abril de 2005, y dirigió a los jóvenes unas palabras proféticas y un testamento, junto a la primera Homilía que pronunció en la I JMJ, el 23 de marzo de 1986, Domingo de Ramos (pág. 78).

2. PRESIDIDAS POR SAN JUAN PABLO II (1986-2005)

I JMJ

ROMA, 23 DE MARZO DE 1986

TEMA: “*SIEMPRE PRONTOS PARA DAR RAZÓN DE VUESTRA ESPERANZA A TODO EL QUE OS LA PIDIERE*” (1 PE 3, 15)

La I Jornada Mundial de la Juventud tuvo lugar en Roma en el año 1986. Se celebró en la Basílica de San Juan de Letrán el Domingo de Ramos, 23 de marzo. Fue un año rico en peregrinaciones y encuentros en Italia, Francia y Suiza, portando la Cruz.



Basílica San Juan de Letrán, Roma.

HOMILÍA pronunciada en la Misa.

1. “*¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel! ¡Hosanna en el cielo!*” (Antífona de entrada).

Estas palabras se han proclamado precisamente hoy, el día en que la Iglesia celebra, cada año, este recuerdo: el Domingo de Ramos.

Estas palabras fueron pronunciadas con entusiasmo por los hombres que *habían ido a Jerusalén para la fiesta de Pascua*, como había ido también Jesús para celebrar su Pascua.

Según dice el texto litúrgico, estas palabras fueron proclamadas de modo particular por los jóvenes: “*pueri hebraeorum*”. *La participación de los jóvenes* en el acontecimiento del Domingo de Ramos es ya una tradición. De ello da testimonio también la ciudad de Roma y, especialmente, esta plaza de San Pedro. Este testimonio ha sido particularmente significativo en *los dos últimos años*: el Año del Jubileo, de la Redención y el *Año Internacional de la Juventud*.

2. Queridos jóvenes amigos: *Hoy estáis de nuevo aquí* para comenzar en Roma, en la plaza de San Pedro, *la tradición de la jornada de la Juventud*, a cuya celebración ha sido invitada toda la Iglesia.

Doy cordialmente la bienvenida y saludo *a todos los que habéis venido* no sólo de Roma y de Italia, sino también de España, de Francia, de Suiza, de Yugoslavia, de Alemania, de Austria y de otros diversos países. Saludo a todos los aquí *presentes*. Y al mismo tiempo en vosotros saludo a todos los que no están aquí, pero que hoy —o en cualquier otro día del año, según las diversas circunstancias— manifiestan esta unidad que *es la Iglesia de Cristo en la comunidad de los jóvenes*. Por tanto, deseo saludar ahora a todos los que en todas partes —en cualquier país de los cinco continentes— celebran *la Jornada de la juventud*. El punto de referencia para esta jornada sigue siendo, como cada año, el Domingo de Ramos.

Os agradezco el hecho de *haberos preparado* a este domingo, aquí en Roma, con espíritu de recogimiento y oración, meditando el misterio pascual de Cristo, vinculado a la cruz y a la resurrección. Este misterio revela del modo más profundo a Dios: *Dios que es Amor*: Dios que “tanto amó al mundo, que le dio su unigénito Hijo” (*Jn 3, 16*). Al mismo tiempo este misterio permite al hombre *comprenderse totalmente a sí mismo: hombre*, en su dignidad y su vocación, como nos enseña el Concilio Vaticano II.

3. Hoy, por consiguiente, *todos nosotros miramos a Cristo* –este Cristo– que (según la predicción del Profeta), *viene a Jerusalén* montado sobre un pollino, según la costumbre del lugar. Los Apóstoles han puesto sus vestidos encima, para que Jesús pudiera estar sentado. Y cuando se encontraba cerca de la bajada del Monte de los Olivos, todo el grupo de los discípulos, exultante, *comenzó a alabar a Dios a voces*, por los prodigios que había visto (cf. *Lc 19, 37*).

Efectivamente, en su tierra natal, Jesús había conseguido ya llegar con la Buena Nueva a mucha gente, a muchos hijos a hijas de Israel, a los ancianos y a los jóvenes, a las mujeres y a los niños. *Y enseñaba actuando: haciendo el bien*. Revelaba a Dios como Padre. Lo manifestaba con las obras y la palabra. Haciendo el bien a todos, de modo particular a los pobres y a los que sufren, preparaba en sus corazones *el camino para la aceptación de la Palabra*, aun cuando esta Palabra resultase, en un primer momento, incomprensible, como lo fue, por ejemplo, el primer anuncio de la Eucaristía; e incluso cuando esta *Palabra* era exigente, por ejemplo, sobre la indisolubilidad del matrimonio. Tal era y tal permanece.

Entre las palabras pronunciadas por Jesús de Nazaret se encuentra también una dirigida a un joven, a un joven rico. A este coloquio he hecho referencia en la Carta del pasado año a los jóvenes y a las jóvenes. Es un diálogo conciso, contiene pocas palabras, pero qué denso, qué *rico de contenido y qué fundamental es*.

4. Así, pues, hoy *contemplamos a Jesús de Nazaret*, que viene a Jerusalén; su llegada está acompañada con el entusiasmo de los peregrinos. “¡Hosanna al Hijo de David!” (*Mt 21, 9*).

Sabemos, sin embargo, que *el entusiasmo será sofocado* dentro de poco. Ya entonces “algunos fariseos de entre la gente le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos” (*Lc 19, 39*).

Qué expresiva es la respuesta de Jesús: “Os digo que, *si éstos callan, gritarán las piedras*” (*Lc 19, 40*).

Contemplamos, por lo tanto, “al que viene en nombre del Señor” (*Mt 21, 9*) *en la perspectiva de la Semana Santa*. “Mirad, subimos a Jerusalén y... el Hijo del hombre será entregado a los gentiles, y escarnecido, a insultado, y escupido, y después de haberle azotado le quitarán la vida...” (*Lc 18, 31-33*).

Así, pues, se acallarán los gritos de la muchedumbre del Domingo

de Ramos. El mismo *Hijo del hombre* se verá obligado al silencio de la muerte. Y la víspera del sábado, lo bajarán de la cruz, lo depositarán en un sepulcro, pondrán una piedra a la entrada del mismo y sellarán la piedra.

Sin embargo, tres días más tarde esta *piedra será removida*. Y las mujeres que irán a la tumba, la encontrarán vacía. Igualmente los Apóstoles. Así, pues, esa “piedra removida” *gritará*, cuando todos callen. Gritará. Proclamará el misterio pascual de Jesucristo. Y de ella recogerán este misterio las mujeres y los apóstoles, que lo llevarán con sus labios por las calles de Jerusalén, y más adelante por los caminos del mundo de entonces. Y así, a través de las generaciones, “gritarán las piedras”.

5. *¿Qué es el misterio pascual de Jesucristo?* Son los acontecimientos de estos días, particularmente de los últimos días de la Semana Santa. Estos acontecimientos tienen su *dimensión humana*, como dan testimonio de ello las narraciones de la pasión del Señor en los Evangelios. Mediante estos acontecimientos el misterio pascual *se sitúa en la historia del hombre*, en la historia de la humanidad.

Sin embargo, tales acontecimientos tienen, a la vez, su *dimensión divina*, y precisamente en ella se manifiesta el misterio. Escribe concisamente San Pablo: “Cristo, a pesar de su *condición divina*, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, *se despojó* de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos” (Flp 2, 6-7).

Esta dimensión del misterio divino se llama Encarnación. El Hijo de la misma sustancia del Padre se hace hombre y, como tal, se hace siervo de Dios: Siervo de Yavé, como dice el libro de Isaías. Mediante este servicio del Hijo del hombre, *la economía divina de la salvación* llega a su ápice, a su plenitud.

Continúa hablando San Pablo en la liturgia de hoy: “Actuando como un hombre cualquiera, se rebajó *hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz*” (Flp 2, 7-8).

Esta dimensión del misterio divino se llama Redención. La obediencia del Hijo del hombre, la obediencia hasta la muerte de cruz compensa con creces *la desobediencia* hacia el Creador y Padre *contenida en el pecado del hombre* desde el principio.

Así, pues, el misterio pascual es la *única realidad divina de la Encarnación y de la Redención, introducida en la historia de la humanidad*. Introducida en el corazón y en la conciencia de cada uno de

nosotros. Cada uno de nosotros está presente en este misterio mediante *la herencia del pecado*, que de generación en generación conduce a la muerte. Cada uno de nosotros encuentra en ella *la fuerza para la victoria sobre el pecado*.

6. El misterio pascual de Jesucristo *no se agota en el despojo de Cristo*. No lo cierra la gran piedra puesta a la entrada del sepulcro tras la muerte en el Gólgota.

Al tercer día esta *piedra será removida por la potencia divina y comenzará a “gritar”*: comenzará a hablar acerca de lo que San Pablo expresa con estas palabras de la liturgia de hoy:

«Por eso Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el “Nombre-sobre-todo-nombre”; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble —en el cielo, en la tierra, en el abismo—, y toda lengua proclame: “¡Jesucristo es Señor!”, *para gloria de Dios Padre*» (Flp 2, 10-11). *Redención significa también exaltación*.

La exaltación, es decir, la resurrección de Cristo *abre una perspectiva absolutamente nueva en la historia del hombre*, en la existencia humana, sometida a la muerte a causa de la herencia del pecado. Por encima de la muerte está la perspectiva de la vida. *La muerte forma parte de la dimensión del mundo visible; la vida está en Dios*.

El Dios de la vida nos habla con la cruz y con la resurrección de su Hijo. Esta es la última palabra de su Revelación. *La última palabra del Evangelio*. Justamente esta palabra está contenida en el misterio pascual de Jesucristo.

7. Mediante la cruz y la resurrección, mediante el misterio pascual, Cristo dirige a cada uno de nosotros la llamada: “Sígueme”.

La dirigió al joven del Evangelio en el camino de su peregrinación mesiánica, pero entonces la verdad sobre Él (sobre Cristo) no había sido aún revelada en su plenitud.

Ha de revelarse en su totalidad en estos días. Ha de ser complementada con su pasión, muerte y resurrección. Ha de convertirse en respuesta a los interrogantes más fundamentales del hombre. Ha de *convertirse en desafío de la inmortalidad*.

Precisamente en estos días, vosotros jóvenes habéis venido junto a los sepulcros de los Apóstoles. Aquí, donde Pedro y Pablo hace casi dos mil años dieron testimonio de Cristo, quien mediante la cruz ha venido a ser “el Señor, para gloria de Dios Padre”.

Hemos decidido celebrar en la Iglesia la Jornada de la Juventud precisamente en este domingo.

8. Realmente *no quedaron decepcionados* los que durante la entrada de Jesús en Jerusalén gritaban: “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”.

Tampoco quedaron decepcionados los jóvenes: “*pueri hebraeorum*”.

El viernes por la noche todo parecía testimoniar la victoria del pecado y de la muerte. Sin embargo, *a los tres días*, ha hablado de nuevo la “*pedra removida*” (“*gritarán las piedras*”).

Y no quedaron decepcionados. Todas *las expectativas del hombre*, cargado con la herencia del pecado, han sido *completamente superadas*.

Dux vitae mortuus - regnat vivus.

No quedaron decepcionados.

Y por esto celebramos en este día la Jornada de la Juventud. En efecto, este día está *vinculado a la esperanza que no decepciona* (cf. *Rm 5, 5*). Las generaciones que siempre se renuevan necesitan esta esperanza. La necesitan cada vez más.

No quedaron decepcionados los que gritaron: “¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”. Sí. Llega. Entró en la historia del hombre. *En Jesucristo Dios entró definitivamente en la historia del hombre*. Vosotros jóvenes, debéis encontrarlo los primeros. Debes encontrarlo constantemente.

“*La Jornada de la Juventud*” *significa precisamente esto: salir al encuentro de Dios, que entró en la historia del hombre mediante el misterio pascual de Jesucristo*. Entró en ella de manera irreversible.

Y quiere encontraros antes a vosotros, jóvenes. Y a cada uno quiere decir: “*Sígueme*”.

Sígueme. Yo soy el camino, la verdad y la vida. Amén.

ÁNGELUS

Saludo a los numerosos jóvenes de lengua española presentes en esta celebración de la Jornada Mundial de la Juventud, y a todos los que se han unido a ella en sus propias diócesis. Que el seguimiento generoso de Jesús sea siempre el ideal de vuestra vida cristiana.

1. “Junto a la cruz de Jesús estaba su Madre... Jesús, al ver a su Madre, y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su Madre: ‘*Mujer, ahí tienes a tu hijo*’. Luego dijo al discípulo: ‘*Aquí tienes a tu Madre*’. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa” (cf. *Jn 19, 25-27*).

Al rezar a mediodía “el Ángelus”, volvemos a traer ante los ojos de nuestras almas ese acontecimiento, ese *momento* que pertenece también *al misterio pascual de Jesucristo*.

El Crucificado confía a su Madre el discípulo. Es el discípulo “a quien Él (Jesús) amaba”, lo mismo que en otra ocasión demostró amor por el joven del Evangelio, después de haber fijado en él la mirada (cf. *Mc* 10, 21). El discípulo junto a la cruz, el Evangelista Juan, escribe las palabras del testamento de Jesús.

Precisamente todos vosotros, queridos jóvenes, muchachos y muchachas, discípulos de Cristo, *habéis sido confiados, juntamente con Él, a la Madre de vuestro Maestro: Habéis sido confiados a Ella en la hora de la redención del mundo*.

Es preciso, pues, que acojáis a María *en vuestras jóvenes vidas*, igual que el Apóstol Juan la acogió “en su casa”. Que le permitáis ser vuestra Madre. Que abráis ante Ella vuestros corazones y vuestras conciencias. Que Ella os ayude a encontrar siempre a Cristo, para “seguirlo” por cada uno de los caminos de vuestra vida.

2. Quiero recordaros también un problema con ocasión de esta común oración del Ángelus. *El año 1986; por iniciativa de la ONU, es el Año de la Paz*.

Desde el primer día de este año la Iglesia ha puesto de relieve esta iniciativa, que manifiesta los temores, pero también las esperanzas, de toda la familia humana.

Este año, pues, es también *el año de la oración por la paz*, y en esta oración queremos unirnos no sólo con todos los seguidores de Cristo, sino también con cuantos profesan las religiones no-cristianas en todo el mundo. Con esta finalidad, se ha dirigido la invitación a todos los responsables de las mismas, y se ha elegido el lugar, Asís, para una oración común, en el mes de octubre.

“La paz y los jóvenes caminan juntos”. Así anunciaba el Mensaje de primero de año de 1986. Pido, pues, al Señor que la oración por la paz cuente de modo especial con vuestra participación, jóvenes. Que de este modo crezca la gran fuerza moral en el mundo tan amenazada por la carrera de armamentos, por el odio, el terrorismo, la violación de los derechos humanos, especialmente del derecho a la vida desde el momento de la concepción hasta la muerte.

¡“Bienaventurados los que trabajan por la paz”...!

3. Al encontrarnos en el umbral de la Semana Santa, juntamente con María al pie de la cruz de Cristo, abracemos con nuestra oración a los jóvenes de todo el mundo: a la juventud masculina y femenina. A todos. Especialmente a los que sufren.

Dios exaltó a Cristo, nacido de la Virgen María, por medio de la cruz. En la cruz de Cristo deseamos encontrar de nuevo –juntamente con el Apóstol de las Gentes– *la fuerza de Dios y la sabiduría de Dios*. De esto depende el futuro del hombre y del mundo.

II JMJ

BUENOS AIRES, 11 A 12 DE ABRIL DE 1987

TEMA: *“NOSOTROS HEMOS CONOCIDO EL AMOR QUE DIOS NOS TIENE Y HEMOS CREÍDO EN ÉL” (1 Jn 4, 16)*

En 1987 se celebra el primer Encuentro internacional en Buenos Aires, II Jornada Mundial de la Juventud. Se reunieron por primera vez fuera de Roma jóvenes de todo el mundo. También era la primera vez que la Cruz visitó el continente americano.

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el 30 de noviembre de 1986, primer Domingo de Adviento para la II JMJ.

Queridos jóvenes, amigos:

“Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en El”.

1. El 8 de junio pasado, tuve la inmensa alegría de anunciar la celebración de la próxima Jornada Mundial de la Juventud, en Buenos Aires, el domingo de Ramos de 1987. Estaré entonces, con la ayuda de Dios, culminando mi visita apostólica a las Naciones del cono sur americano: Uruguay, Chile y Argentina.

En Buenos Aires, tendré el gran gozo de encontrarme no sólo con la juventud argentina, sino también con muchos jóvenes provenientes del área latinoamericana y de otros países del mundo. En aquel esperado encuentro, nos sentiremos todos en comunión de oraciones, de amistad y fraternidad, de responsabilidad y compromiso, con los demás jóvenes que, en torno a sus Pastores celebrarán esta Jornada en las Iglesias locales de todo el mundo; nos sentiremos unidos también con todos aquellos que buscan a Dios con corazón sincero y desean dedicar sus energías juveniles a la construcción de una nueva sociedad más justa y fraterna.

No deja de ser significativo que, esta vez, la Jornada tenga su lugar central de celebración en tierras latinoamericanas, pobladas mayorita-

riamente por jóvenes, que son los animadores y futuros protagonistas del llamado “continente de la esperanza”. La Iglesia latinoamericana, proclamó en Puebla de los Ángeles (México) su “opción preferencial por los jóvenes” y se dispone a una “nueva evangelización” para rejuvenecer las raíces, la tradición, la cultura cristiana de sus pueblos, a las puertas ya del “medio milenio” de su primera evangelización. Pero nuestra mirada se alarga a los cuatro puntos cardinales y nuestra palabra quiere convocar a todos los jóvenes y las jóvenes del Norte y del Sur, del Este y del Oeste, que serán los hombres y mujeres del 2000 y a quienes la Iglesia reconoce y acoge con esperanza.

2. El tema y contenido de esta Jornada Mundial pone ante nuestros ojos el testimonio del Apóstol San Juan cuando exclama: “Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él”.

A este propósito, deseo recordaros un pensamiento que expuse en mi primera Encíclica: “El hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente”. ¡Y cuánto más podría destacarse dicha realidad para la vida de los jóvenes, en esta fase de especial responsabilidad y esperanza, del crecimiento de la persona, de definición de los grandes significados, ideales y proyectos de vida, de ansia de verdad y de caminos de auténtica felicidad! Es entonces cuando más se experimenta la necesidad de sentirse reconocido, sostenido, escuchado y amado.

Vosotros sabéis bien, desde lo profundo de vuestros corazones, que son efímeras y sólo dejan vacío en el alma las satisfacciones que ofrece un hedonismo superficial; que es ilusorio encerrarse en el caparazón del propio egoísmo; que toda indiferencia y escepticismo contradicen las nobles ansias de amor sin fronteras; que las tentaciones de la violencia y de las ideologías que niegan a Dios llevan sólo a callejones sin salida.

Puesto que el hombre no puede vivir ni ser comprendido sin amor, quiero invitaros a todos a crecer en humanidad, a poner como prioridad absoluta los valores del espíritu, a transformaros en “hombres nuevos”, reconociendo y aceptando cada vez más la presencia de Dios en vuestras vidas, la presencia de un Dios que es Amor; un Padre que nos ama a cada uno desde toda la eternidad, que nos ha creado por amor y que tanto nos ha amado hasta entregar a su Hijo Unigénito para perdonar nuestros pecados, para reconciliarnos con El, para vivir con El una co-

muni3n de amor que no terminar3 jams. La Jornada Mundial de la Juventud tiene, pues, que disponernos a todos a acoger ese don del amor de Dios, que nos configura y que nos salva. El mundo espera con ansia nuestro testimonio de amor. Un testimonio nacido de una profunda convicci3n personal y de un sincero acto de amor y de fe en Cristo Resucitado. Esto significa conocer el amor y crecer en 3l.

3. Nuestras celebraciones tendr3n tambi3n una clara dimensi3n comunitaria, exigencia ineludible del amor de Dios y de la comuni3n de quienes se sienten hijos del mismo Padre, hermanos en Jesucristo y unidos por la fuerza del Esp3ritu. Por estar incorporados a la gran familia de los redimidos y ser miembros vivos de la Iglesia, experimentar3is en esa Jornada el entusiasmo y la alegr3a del amor de Dios que os convoca a la unidad y a la solidaridad. Dicha llamada no excluye a nadie. Al contrario, es una convocatoria sin fronteras que abraza a todos los j3venes sin distinci3n, que fortalece y renueva los v3nculos que unen a la juventud. En esta circunstancia han de hacerse particularmente vivos y operantes los lazos con aquellos j3venes que sufren las consecuencias del desempleo, que viven en la pobreza o la soledad, que se sienten marginados o llevan la pesada cruz de la enfermedad. Llegue tambi3n el mensaje de amistad a quienes no aceptan la fe religiosa. La caridad no transige con el error, pero sale siempre al encuentro de todos para abrir caminos de conversi3n. ¡Qu3 bellas y luminosas palabras nos dirige a este prop3sito San Pablo en el himno a la caridad! ¡Sean ellas para vosotros ideal de vida y decidido compromiso en vuestro presente y en vuestro futuro!

La caridad de Dios que ha sido derramada en nuestros corazones por el Esp3ritu Santo, tiene que sensibilizarnos contra las flagrantes amenazas del hambre y de la guerra, contra las escandalosas disparidades entre minor3as opulentas y pueblos pobres, contra los atentados a los derechos del hombre y a sus leg3timas libertades, incluida la libertad religiosa, contra las actuales y potenciales manipulaciones de su dignidad. He sentido viva y fuerte la cercan3a y la oraci3n de los j3venes con ocasi3n de la Jornada Mundial de oraci3n por la paz, celebrada el 27 de octubre en As3s, en la que participaron representantes de las confesiones cristianas y de las religiones del mundo.

M3s que nunca, se requiere que los enormes progresos cient3ficos y tecnol3gicos de nuestro tiempo sean orientados, con sabidur3a 3tica, para bien de todo el hombre y de todos los hombres. La gravedad, urgencia y complejidad de los actuales problemas y desaf3os, exigen de las nuevas

generaciones capacidad y competencia en los diversos campos; mas, por encima de los intereses o visiones parciales ha de colocarse el bien integral del hombre, creado a imagen de Dios y llamado a un destino eterno. En Cristo se nos ha revelado plenamente el amor de Dios y la sublime dignidad del hombre. Que Jesús sea la “piedra angular” de vuestras vidas y de la nueva civilización que en solidaridad generosa y compartida habréis de construir. No puede haber auténtico crecimiento humano en la paz y en la justicia, en la verdad y en la libertad, si Cristo no se hace presente con su fuerza salvadora.

La construcción de una civilización del amor requiere temples recios y perseverantes, dispuestos al sacrificio e ilusionados en abrir nuevos caminos de convivencia humana, superando divisiones y materialismos opuestos. Es ésta una responsabilidad de los jóvenes de hoy que serán los hombres y mujeres del mañana, en los albores ya del tercer milenio cristiano.

4. En espera gozosa de nuestro encuentro, os aliento a todos a una profunda y meditada preparación espiritual que potencie el dinamismo eclesial de la Jornada. ¡Poneos en marcha! Que vuestro itinerario esté jalonado de oración, estudio, diálogo, deseos de conversión y mejora. Caminad unidos desde vuestras parroquias y comunidades cristianas, vuestras asociaciones y movimientos apostólicos. Sea la vuestra una actitud de acogida, de espera, en sintonía con el período de Adviento que iniciamos. La liturgia de este primer Domingo nos recuerda, con palabras de San Pablo, “el momento en que vivimos” y nos exhorta a que “despojándonos de las obras de las tinieblas” nos revistamos “más bien del Señor Jesucristo”.

A todos los jóvenes y las jóvenes del mundo envío mi saludo entrañable y cordial. En particular a los jóvenes argentinos. He seguido con gran interés vuestras peregrinaciones anuales al Santuario de Nuestra Señora de Luján y el Encuentro nacional de jóvenes en Córdoba del año pasado, así como la “opción juventud” que ha concentrado durante años la pastoral de conjunto del Episcopado Argentino. Conozco, desde mi primera visita a vuestro País en 1982, tan cargada de dolor y de esperanza, vuestro compromiso por la edificación de la paz en la justicia y en la verdad. Sé por todo ello que colaboraréis con entusiasmo en la preparación de la Jornada de Buenos Aires, que estaréis presentes en ese encuentro con el Papa y que sabréis acoger con generosa hospitalidad y amistad compartida a los jóvenes de otros países que quieran participar en esa fiesta

de hondo compromiso con Cristo, con la Iglesia, con la nueva civilización de la verdad y del amor.

A todos los jóvenes y las jóvenes del mundo invito a celebrar con particular intensidad y esperanza la Jornada Mundial de la Juventud el próximo Domingo de Ramos de 1987. La preparación y los frutos de la Jornada los encomiendo a María, la joven Virgen de Nazaret, la humilde servidora del Señor, que creyó en el amor del Padre y nos dio a Cristo “nuestra Paz”.

Queridos jóvenes, amigos: sed testigos del amor de Dios, sembradores de esperanza y constructores de paz.

En nombre del Señor Jesús os bendigo con todo mi afecto.

DISCURSO a los jóvenes durante la Vigilia, en Buenos Aires, el 11 de abril de 1987.

I. “*Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él*” (1 Jn 4, 16).

Muy queridos jóvenes:

¡Qué alegría poder reunirme con vosotros esta tarde, al término de un día tan intenso y casi al final de mi visita pastoral a Uruguay, Chile y Argentina, que culmina mañana, Domingo de Ramos, con la celebración de la *Jornada mundial de la Juventud!* Este encuentro de la víspera nos introduce en el clima propio de esa Jornada, que es un *clima de fe en el amor que Dios nos tiene*.

He venido a descansar un poco con vosotros, queridos jóvenes. He venido a escucharos, a conversar con vosotros, a rezar juntos. Quiero repetiros, una vez más —como os dije desde el primer día de mi pontificado— que “sois la esperanza del Papa”, “sois la esperanza de la Iglesia”. ¡Cómo he sentido vuestra presencia y amistad en estos años de mi ministerio universal a la Iglesia! Vuestro cariño y vuestras oraciones no han cesado de apoyarme en el cumplimiento de la misión que he recibido de Cristo.

Hoy estáis aquí, jóvenes procedentes de todo el mundo: de las diversas regiones de Argentina, de América Latina, de todos los continentes; de distintas Iglesias particulares, de asociaciones y movimientos internacionales. Os saludo con todo mi afecto, y en vosotros saludo también a todos los jóvenes del mundo, ya que a todos alcanza el amor que Dios nos tiene.

El lema de esta Jornada mundial, tomado de la primera Carta del Apóstol San Juan, nos muestra la fe de los primeros cristianos, y en

particular la fe de este Apóstol, que siguió al Señor desde su juventud, creciendo en esa fe y en ese amor hasta su vejez. Precisamente hacia el final de sus días en la tierra, escribía: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en El. Dios es amor, y quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4, 16). Es un testimonio conmovedor de esa que también llamamos *juventud cristiana del espíritu*, que consiste en permanecer siempre fieles al amor de Dios. La unión con Dios nos hace crecer cada día en esa juventud. En cambio, lo que nos separa de Dios —el pecado y todas sus consecuencias— es camino de envejecimiento interior, de anquilosamiento y torpeza para conocer y vivir la constante novedad del amor de Dios, que se nos ha revelado en Cristo.

Me dirijo ahora especialmente a vosotros, queridos jóvenes argentinos, que sois la gran mayoría de los aquí presentes. Os doy las gracias en nombre de todos, por vuestro intenso trabajo de preparación de la Jornada y por la cordialidad de vuestra acogida juvenil.

En esta primera parte de nuestro encuentro, habéis querido reflejar vuestras preocupaciones e inquietudes, vuestros deseos y aspiraciones. Sé que estáis decididos a superar las dolorosas experiencias recientes de vuestra patria, oponiéndoos a cuanto atente contra una convivencia fraterna de todos los argentinos, basada en los valores de la paz, de la justicia y de la solidaridad.

Que el hermano no se enfrente más al hermano; que no vuelva a haber más ni secuestrados ni desaparecidos; que no haya lugar para el odio, la violencia; que la dignidad de la persona humana sea siempre respetada. Para hacer realidad estos afanes de reconciliación nacional, el Papa os llama a comprometeros personalmente, desde vuestra fe en Cristo, en la construcción de una nación de hermanos, hijos de un mismo Padre que está en los cielos. Os invito a renovar ese compromiso que ya formulasteis —junto con vuestros obispos— en la gran concentración juvenil de Córdoba, en septiembre de 1985. Ahora lo hacéis con el Sucesor de Pedro, que ha venido para confirmar vuestra fe y asegurar vuestra esperanza.

Agradeced al Señor el *patrimonio de fe injertado en el dinamismo nacional y popular de Argentina*. A vosotros toca asumir la responsabilidad de que ese patrimonio de fe vivifique vuestra generación, y muestre así su permanente vitalidad y actualidad en Cristo. Para ello, es necesario que todos vosotros —cada uno y cada una— responda con generosidad a la voz de Jesús, que hoy sigue diciéndonos, como al principio de su

predicación en Israel: *Convertíos y creed en el Evangelio* (Mc 1, 15). El Señor nos dirige una llamada vibrante y persuasiva a *la conversión personal*, que transforme toda nuestra existencia, de modo que ya no vivamos para nosotros mismos, sino para Aquel que nos amó y se entregó a Sí mismo por nosotros (cf. Ga 2, 20).

La fidelidad a Cristo requiere conocerlo y tratarlo —como Maestro y Amigo—, con hondura y perseverancia. La lectura frecuente de la Sagrada Escritura —y en especial de los Evangelios—; el estudio serio de la doctrina de Cristo, enseñada con autoridad por su Iglesia; la frecuencia de sacramentos; y la conversación diaria con Jesús en la intimidad de vuestra oración, serán cauces privilegiados para que progreséis en un conocimiento vivo de Cristo y de su mensaje de salvación.

Si al considerar este panorama de conversión en la fe y en el amor, sentís el peso de vuestros pecados y limitaciones, volved a poner vuestra confianza en Cristo, que jamás nos abandona. Contáis con la gracia de los sacramentos que ha dejado a su Iglesia, y en particular con la abundancia del perdón divino, que se nos confiere en la penitencia sacramental.

Pensad que el Señor cuenta con vuestra vida de fe —manifestada en obras y palabras— para hacerse presente en vuestra patria. El Señor mira con cariño y bendice todas vuestras iniciativas y actividades apostólicas, personales y asociadas, que, en comunión con la Iglesia y sus Pastores, deben contribuir decisivamente a dar una respuesta cristiana a los más profundos interrogantes de vuestra generación. De vosotros depende una renovada vitalidad del Pueblo de Dios en estas tierras, para bien de toda esta querida nación y del mundo entero.

Os invito ahora a cada uno personalmente, a que dirijáis una confiada y sincera petición a Dios, como aquel ciego de Jericó que dijo a Jesús: “*Señor que vea*” (Lc 18, 41). ¡Que vea yo, Señor, cuál es tu voluntad para mí en cada momento, y sobre todo que vea en qué consiste ese *designio de amor para toda mi vida*, que es mi *vocación*! Y dame generosidad para decirte que sí y serte fiel, en el camino que quieras indicarme: como sacerdote, como religioso o religiosa, o como laico que sea sal y luz en mi trabajo, en mi familia, en todo el mundo.

Poned esta petición en manos de Santa María, nuestra Madre. Como atestigúais en vuestras peregrinaciones a su santuario de Luján y a tantos otros santuarios de la Argentina, Ella es la que os guía y conforta en esa peregrinación mediante la fe a la que el Amor de Dios os ha destinado.

II. “Levántate y anda” (Mt 4, 16).

Gracias, queridos jóvenes, porque en vuestra representación de la realidad latinoamericana habéis querido haceros eco de la invitación a la esperanza que proviene de Cristo. Sí, también yo quiero repetir con vosotros: “¡América Latina: sé tu misma! Desde tu fidelidad a Cristo, resiste a quienes quieren ahogar tu vocación de esperanza” (*Celebración de la Palabra en Santo Domingo*, III, n. 2, 12 de octubre de 1984).

En estas palabras, he querido expresar también por qué es América Latina el “*continente de la esperanza*”: por la *fidelidad a Cristo*, que este continente expresa en la gran mayoría de sus habitantes, por su fidelidad a la *única esperanza*, que es la cruz de Cristo.

Salve, oh cruz, nuestra única esperanza (Hymnus ad Vespras Hebdomadae Sanctae).

Una esperanza que es única y *universal*. Dios Padre, en efecto, quiso que en Cristo “habitase toda la plenitud. Y quiso también, por medio de él, reconciliar consigo todas las cosas, tanto las de la tierra como las del cielo, pacificándolas por la sangre de su cruz” (*Col 1, 19-20*). América Latina es, pues, un continente que ve en la cruz del Señor la potencia redentora capaz de renovar todo, purificando y ordenando al reino de Cristo todo el cosmos creado. Esta honda persuasión me llevó el 12 de octubre de 1984, a entregar a los Presidentes de las Conferencias Episcopales de este continente sendas reproducciones de aquella primera cruz, clavada en tierra americana. Quería, con ese gesto, despertar una nueva evangelización, que demuestre la fuerza de la cruz en la renovación de todo hombre y de todas las realidades que forman parte de su existencia.

Hoy preside este encuentro la gran cruz que encabezó todas las ceremonias del Año Santo de la Redención, y que el Domingo de Resurrección entregué a un grupo de jóvenes, diciéndoles: “Queridísimos jóvenes, al final del Año Santo os confío el signo mismo de este Año Jubilar. ¡La cruz de Cristo! Llevada por el mundo como señal del amor de nuestro Señor Jesucristo a la humanidad, y anunciada a todos que sólo en Cristo muerto y resucitado está la salvación y la redención”. Al dirigirme ahora a vosotros, jóvenes latinoamericanos, quiero recordaros que sois – a la sombra de la cruz de Cristo– protagonistas de una doble esperanza: por vuestra *juventud*, esperanza de la Iglesia; y por ser de Latinoamérica, continente de la esperanza. Y todo ello os confiere una particular responsabilidad, ante la Iglesia y ante toda la humanidad. ¡Espero mucho de vosotros!

Espero, sobre todo, que renovéis vuestra fidelidad a Jesucristo y a su cruz redentora. Pensad, en primer lugar, que ese mismo sacrificio redentor de Cristo se actualiza sacramentalmente en cada Misa que se celebra, quizás muy cerca de vuestros lugares de estudio y de trabajo. No es Jesús, por tanto, Alguien que ha dejado de actuar en nuestra historia. ¡No! ¡Él vive! Y continúa buscándonos a cada uno para que nos unamos a Él cada día en la Eucaristía, también, si es posible, acercándonos –con el alma en gracia, limpia de todo pecado mortal– a la comunión.

Pensad también en aquellas serias palabras que el Señor dirigió a sus discípulos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame” (*Lc 9, 23*). Quiero haceros notar que esa *cruz de cada día* es especialmente vuestra lucha cotidiana por ser buenos cristianos, que os hace colaboradores en la obra de la redención de Cristo; de esta manera, contribuís a llevar a cabo la reconciliación de todos los hombres y de toda la creación con Dios. Es un hermoso programa de vida, pero que exige generosidad. Considerad entonces cómo ha de ser vuestra vida; porque si Cristo nos ha redimido *muriendo* en un madero, no sería coherente que vosotros le respondierais con una vida mediocre. Se requiere esfuerzo, sacrificio, tenacidad; sentir el cansancio de esa cruz que pesa sobre nuestras espaldas diariamente.

Pensad que esa donación de sí mismo exige la *abnegación*, la negación de nosotros mismos y la afirmación del designio salvador del Padre. Exige gastar la vida, hasta perderla si es preciso, por Cristo. Son éstos, en efecto, los términos en que Cristo se dirige a cada uno de nosotros: “Quien quiera salvar su vida la perderá; pero quien pierda la vida por mí, ése la salvará” (*Lc 9, 24*). Quien se dedica sólo a sus propios gustos o ambiciones, por muy nobles que a primera vista pudieran parecer, estaría queriendo *salvar su vida* y, por tanto, alejándose de Cristo. Habéis de actuar entonces como Jesús en la cruz, con ese amor supremo del que da “la vida por los amigos” (*Jn 15, 13*). ¡Agrandad vuestro corazón! Sentid las necesidades de todos los hombres, especialmente de los más indigentes; tened ante vuestros ojos todas las formas de miseria –material y espiritual– que padecen vuestros países y la humanidad entera; y dedicaos luego a buscar y poner por obra soluciones reales, solidarias, radicales, a todos esos males. Pero buscad, sobre todo, servir a los hombres como Dios quiere que sean servidos, sin buscar en ello sólo la recompensa o dejados llevar por intereses egoístas.

Os pido, pues, en nombre del Señor, que renovéis hoy esa *fidelidad a Cristo* que hace de vuestra tierra el “continente de la esperanza”.

He querido señalaros los ejes de ese compromiso con Cristo: la Eucaristía, el sacrificio en vuestra conducta cotidiana, la abnegación de la propia persona.

Os acompañe María, Esperanza nuestra, la Virgen de Guadalupe, Patrona de América Latina.

III.

Queridos jóvenes de todo el mundo:

Al término de nuestro encuentro, vuelvo a repetir, una vez más, el lema de esta Jornada: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él” (*I Jn 4, 16*).

Quisiera que vuestras vidas estuvieran siempre informadas por esta gran verdad: “*Dios es amor*” (*Ibid.*). Una verdad que se ha revelado, más que con palabras, con hechos. Un amor que renueva al hombre desde dentro y lo convierte, de pecador y rebelde, en siervo bueno y fiel (cf. *Mt 25, 21*). Una realidad de la que vosotros debéis dar constante testimonio, pues “el que permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él” (*I Jn 4, 16*). Permaneced en Dios, proclamando su amor, con la fidelidad a su plan de salvación y la generosidad del servicio, con serenidad y fortaleza, con profundidad en vuestra oración y capacidad de renunciamento, con rectitud de vida y alegría de donación. Así daréis testimonio, con obras más que con palabras, de que Dios es amor.

Me habéis preguntado cuál es el problema de la humanidad que más me preocupa. Precisamente éste: pensar en los hombres que aún no conocen a Cristo, que no han descubierto la gran verdad del amor de Dios. Ver una humanidad que se aleja del Señor, que quiere crecer al margen de Dios o incluso negando su existencia. Una humanidad sin Padre, y por consiguiente, sin amor, huérfana y desorientada, capaz de seguir matando a los hombres que ya no considera como hermanos, y así preparar su propia autodestrucción y aniquilamiento. Por eso, mis queridos jóvenes, quiero de nuevo comprometeros hoy a ser apóstoles de una nueva evangelización para construir la civilización del amor.

“Nosotros amamos porque Él nos amó primero” (*Ibid.*, 4, 19): la medida de nuestro amor no podemos encontrarla sólo en la débil capacidad del corazón humano; debemos amar con la medida del Corazón de Cristo, si no, nos quedaremos cortos para corresponder a su amor. Anunciad, pues, con empeño renovado, la fidelidad a Jesucristo, el “Redentor del hombre”. Tened presente que quien ama al Señor con todas sus fuerzas, quien dedica a Dios sus mejores afanes, nada pierde, al contrario lo adquiere todo,

porque “su amor es pleno en nosotros... y nos ha dado su Espíritu” (*Ibid.*, 4, 12-13), Pero eso exige ser “hombres nuevos”.

Creer en el amor de Dios no es tarea fácil: requiere donación personal, no tranquilizar egoístamente la conciencia o dejar indiferente el corazón, sino hacerlo más generoso, más libre y más fraterno. Libre de tantas esclavitudes, como son los desórdenes sexuales, la droga, la violencia y el afán de poder y de tener, que terminan por dejarlos vacíos y angustiados, e impiden el verdadero amor y la auténtica felicidad.

Abrid generosamente vuestro corazón al amor de Cristo, el único capaz de dar sentido pleno a toda nuestra vida. Os recomiendo, con San Pablo, “que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; y que arraigados y cimentados en la caridad, podáis comprender con todos los santos, cuál sea la anchura y grandeza, la altura y la profundidad del misterio; y conocer también aquel amor de Cristo, que sobrepaja todo conocimiento, para que os llene de toda la plenitud de Dios” (*Ef* 3, 17-19).

Y, con el amor a Cristo, llenaos de amor por todos los hombres, pues «si alguien dice “amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un embustero: quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve» (*1 Jn* 4, 20). Queridos jóvenes: Acoged con gratitud el amor de Dios y expresadlo en una verdadera comunidad fraterna; estad dispuestos a entregar cotidianamente la vida para transformar la historia. El mundo necesita, hoy más que nunca, vuestra alegría y vuestro servicio, vuestra vida limpia y vuestro trabajo, vuestra fortaleza y vuestra entrega, para construir una nueva sociedad, más justa, más fraterna, más humana y más cristiana: la nueva civilización del amor, que se despliega en servicio a todos los hombres. Construiréis así la civilización de la vida y de la verdad, de la libertad y la justicia, del amor, la reconciliación y la paz.

Os consta cuánto me preocupa la paz del mundo y cómo he realizado con vosotros mismos, en distintas ocasiones, un itinerario evangélico de la paz. Sabéis bien que la paz es un don de Dios —¡Jesucristo es “nuestra paz”!—, que hemos de pedir con insistencia.

Pero, además debemos construirla entre todos, y esto exige, también, de cada uno de nosotros, una profunda conversión interior.

Por eso, queridos jóvenes, hoy quiero comprometeros de nuevo a ser «operadores de paz», por los caminos de la justicia, la libertad y el amor os acercamos al tercer milenio: allí seréis los principales constructores de la sociedad, y los primeros e inmediatos responsables de paz. Pero la concordia social no se improvisa ni se impone desde fuera: nace dentro de un corazón justo, libre, fraterno, pacificado el amor. Sed, pues, desde

ahora, junto con todos los hombres, artífices de la paz; unid vuestros corazones y vuestros esfuerzos para edificar la paz. Sólo así, viviendo la experiencia del amor de Dios y esforzándoos por realizar la fraternidad evangélica, podréis ser los verdaderos y felices constructores de la civilización del amor.

Que os acompañe siempre vuestra Madre Santa María, la que creyó en el amor de Dios y se entregó con fidelidad gozosa a su palabra. Siendo joven y sencilla, Ella se abrió generosamente al amor del Padre, recibió en plenitud el Espíritu y nos dio a Jesús, el Salvador del mundo.

Queridos jóvenes, amigos, de nuevo os repito: Por intercesión de Nuestra Señora de Luján, tan querida para los argentinos, sed –en todos los momentos y circunstancias de vuestra vida– testigos del amor de Dios, sembradores de esperanza y constructores de paz.

HOMILÍA pronunciada en la Misa en la Avenida 9 de julio, el 12 de abril de 1987.

“Nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene” (1 Jn 4, 16).

1. “¡Hosanna al Hijo de David!” (Mt 21, 9).

La Iglesia repite hoy en toda la tierra estas palabras con las que la multitud –congregada en Jerusalén para las fiestas pascuales– aclamó a Jesús de Nazaret.

“¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!” (ibíd.).



Un representante de cada país recibió de manos del Papa San Juan Pablo II la Cruz de la Evangelización durante la celebración de la JMJ del Domingo de Ramos, el 12 de abril de 1987 en Buenos Aires.

Jesús, rodeado por sus discípulos, entra en la Ciudad Santa montado sobre un asno. También en esta ocasión, como subraya el Evangelista, se cumple en Jesús lo anunciado por el Profeta:

“Decid a la hija de Sion: he aquí que viene a ti tu Rey con mansedumbre, sentado sobre un asno, sobre un borrico, hijo de burra de carga” (Mt 21, 5).

La Iglesia llama a este día Domingo de Ramos, en recuerdo de los ramos que extendieron los habitantes de Jerusalén y los peregrinos, al pasar Jesús, saludado con todo entusiasmo por la multitud.

Los cantos litúrgicos de este domingo nos recuerdan que la juventud participó, de modo particular, de aquel entusiasmo: son los “*pueri Hebraeorum*” –los jóvenes hebreos–, que aparecen en esos cantos como protagonistas de la aclamación popular al Hijo de David.

Parece como si los jóvenes, presentes en aquella primera entrada jubilosa de Cristo en Jerusalén, quisieran acompañarlo para siempre de manera especial, cada vez que la Iglesia celebra esta fiesta, singularmente vuestra.



El Papa San Juan Pablo II el Domingo de Ramos 12 de abril de 1987 en la Avenida 9 de Julio durante la bendición de los ramos.

2. En el Año Santo de la Redención 1983-1984, multitud de jóvenes de distintos países y continentes acudieron en peregrinación a Roma, el Domingo de Ramos, para celebrar aquel Jubileo conmigo. Fue una jornada maravillosa e inolvidable, que volvimos a revivir el año siguiente, con ocasión del Año Internacional de la Juventud. Desde entonces el Domingo de Ramos ha sido proclamado como Jornada de la Juventud para la Iglesia, en todo el mundo. Este año la vivimos juntos aquí, en Buenos Aires. Con vosotros, jóvenes de toda la Argentina, están los que han venido de los diversos países de América y de otras partes del mundo, entre los que se cuentan delegaciones de jóvenes de Roma, que es la diócesis del Papa, y de diversas asociaciones y movimientos internacionales.

Saludo afectuosamente a todos los que formáis parte de la gran comunidad juvenil de todo el mundo. Al mismo tiempo, mi saludo se dirige a los Pastores de la Iglesia aquí presentes: al cardenal Juan Carlos Aramburu, arzobispo de Buenos Aires; al cardenal Raúl Francisco Primatesta, arzobispo de Córdoba y Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina; al cardenal Eduardo Francisco Pironio, Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos, organismo que prepara estas Jornadas mundiales. Saludo especialmente a los obispos, venidos de países próximos y lejanos para acompañar a los jóvenes de sus diócesis y celebrar junto al Papa esta Jornada de particular significado eclesial. Saludo también a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, y a todos aquellos que han acompañado a los jóvenes en esta peregrinación. Gracias por vuestra presencia.

Desde la capital de la República Argentina, nos unimos en espíritu con la basílica de San Pedro y con Roma, centro de la Iglesia universal, donde el Señor ha querido que naciera esta fiesta de la juventud: y también nos sentimos muy unidos a los jóvenes de todos los lugares de la tierra que celebran, junto a sus Pastores, esta fiesta anual, ya sea el Domingo de Ramos, o bien cualquier otro día del año, adecuado a la situación y a las circunstancias locales.

3. Al unir la Jornada de la Juventud al Domingo de Ramos, señalando la presencia de los jóvenes en el Hosanna gozoso que saludó a Cristo cuando entraba a la Ciudad Santa, la Iglesia no se fija solamente en el entusiasmo de la juventud de todos los tiempos; se fija, sobre todo, en el significado que aquella entrada tuvo en la vida de Cristo y, a través de El, en la vida de cada hombre, de cada joven.

Sí. La liturgia de hoy nos recuerda que la entrada solemne de Jesucristo en Jerusalén fue el preludio o la introducción a los sucesos de la Semana Santa. Aquellos que al ver a Jesús preguntaban: “¿Quién es éste?”, sólo hallarán una respuesta completa si siguen sus pasos durante los días decisivos de su muerte y resurrección. También vosotros, jóvenes, alcanzaréis la comprensión plena del significado de vuestra vida, de vuestra vocación, mirando a Cristo muerto y resucitado. Añadid, pues, al natural atractivo que Cristo despierta en vuestros corazones —y que aquellos jóvenes de Jerusalén expresaron con el entusiasmo de su Hosanna— la consideración atenta y reposada de los acontecimientos de la Semana Santa.

Hoy hemos escuchado la narración, que de esos hechos hace San Mateo en su Evangelio. Y, aunque sus palabras no sean nuevas, una vez más han suscitado un hondo sentimiento en nosotros. Cuando del texto emerge la figura del hijo del hombre sometido a interrogatorios y torturas, las palabras del Profeta propuestas por la liturgia de hoy, y que se remontan a muchos siglos antes de que los hechos se cumplieran, adquieren plena realidad y elocuencia.

Isaías escribía del futuro Mesías: “Di mi cuerpo a los que me herían, y mis mejillas a los que mesaban mi barba; no retire mi rostro de los que me injuriaban y me escupían” (Is 50, 6).

Comparando sus palabras con los trágicos sucesos entre la noche del jueves y la mañana del viernes, la semejanza es asombrosa; el Profeta escribe como si fuera testigo de aquellas escenas.

Con igual precisión, el Salmo de la liturgia de hoy preanuncia los sufrimientos de Cristo:

“Todos los que me veían, hicieron burla de mí, / tuercen los labios y mueven la cabeza: / Esperó en el Señor, líbrele, / sálvele, puesto que le ama “ (Sal 22 [21], 8-9).

Son palabras que el texto evangélico confirmará, hasta casi en los menores detalles, al narrar la crucifixión de Jesús en el Gólgota. Entonces se cumplirán también las palabras del Salmista que describen las llagas de Cristo —“Horadaron mis manos y mis pies, pueden contar todos mis huesos” (Ibíd., 17-18)— y la división de sus vestiduras —“Se repartieron mis vestiduras y sobre mi túnica echaron suertes” (Ibíd., 19).

4. El relato de la pasión del Señor nos acompaña hoy hasta el momento en que el cuerpo de Jesús, muerto en la cruz, queda puesto en un sepulcro de piedra. Y, sin embargo, la liturgia de hoy quiere introducirnos más profundamente en el misterio pascual de Jesucristo.

Por eso, el texto conciso de la segunda lectura, tomado de la Carta de San Pablo a los Filipenses, es clave para descubrir, en el trasfondo de los acontecimientos de la Semana Santa, la plena dimensión del misterio divino.

¿Quién es Jesucristo? podríamos preguntarnos de nuevo, como aquellos que lo vieron entrar en Jerusalén.

Jesucristo, “siendo de naturaleza divina, no consideró como presa codiciada el ser igual a Dios. Por el contrario, se anonadó a Sí mismo tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres” (Flp 2, 6-7).

Jesucristo es por tanto verdadero Dios, Hijo de Dios, el cual, habiendo asumido la naturaleza humana, se hizo hombre. Vivió sobre esta tierra como Hijo del hombre. Y en El, precisamente en cuanto Hijo del hombre, tuvo cumplimiento la figura del Siervo de Yavé, anunciado por Isaías.

5. Mientras Jesús hace su entrada en Jerusalén montado sobre un borrico, nosotros nos seguimos preguntando, como lo haría seguramente aquella muchedumbre que le rodeaba: ¿Qué ha hecho Jesucristo en su vida?

Vienen entonces a nuestra memoria aquellas síntesis de su actividad misionera, densas en su brevedad, que nos ofrecen los textos inspirados: “Hacía y enseñaba” (cf. Hch 1, 1); “Pasó haciendo el bien... a todos...” (cf. *Ibid.*, 10, 38); “¡Jamás un hombre ha hablado como habla este hombre!” (Jn 7, 46). Y no obstante, todas nuestras respuestas sobre Jesús serían incompletas, si no habláramos de su muerte en la cruz. En la cruz la vida de Cristo cobra todo su sentido: la muerte es el acto fundamental de la vida de Cristo. Por eso, el texto de San Pablo responde bien a la pregunta antes formulada:

“Mostrándose igual que los demás hombres, se humilló a Sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Flp 2, 7-8).

El centro de toda la vida de Cristo es su muerte en la cruz: ése es el acto fundamental y definitivo de su misión mesiánica. En esta muerte se cumple “su hora” (cf. Jn 18, 37). Cristo toma nuestra carne, nace y vive entre los hombres, para morir por nosotros.

Es importante subrayar la afirmación paulina: Cristo “se humilló a Sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte”. No es lícito medir la muerte de Cristo con la medida corriente de la debilidad y limitación humanas. Debe mirarse con la verdadera medida de la obediencia salvífica. Su muerte no es sólo el término de la vida. Cristo se hace libremente obediente hasta la muerte de cruz, para dar con su muerte un

nuevo inicio a la vida: “Ya que así como la muerte vino por un hombre, también por un hombre debe venir la resurrección de los muertos. Y así como en Adán mueren todos, así también todos serán vivificados en Cristo” (1 Co 15, 21-22).

6. Junto al infinito anonadamiento de Cristo, Hijo consubstancial del Padre –como hombre, como Siervo de Yavé, como Varón de dolores–, el Apóstol proclama al mismo tiempo su exaltación. Al misterio pascual pertenecen tanto la muerte como la resurrección gloriosa de Cristo, su exaltación. Y su exaltación comienza ya en la cruz, que es no sólo el patíbulo, sino también el trono glorioso de Dios hecho hombre; en la cruz, Cristo muerto nos obtiene la verdadera vida: en la cruz, Cristo vence el pecado y la muerte.

Por eso Dios exalta a Cristo, que se ha entregado a Sí mismo por nosotros en la cruz. Lo exalta en el horizonte de toda la historia del hombre sometido a la muerte, y esta exaltación es de dimensión cósmica.

San Pablo escribe: “Por eso Dios lo ha exaltado y le ha dado un nombre que está sobre todo nombre; para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese: ¡Jesucristo es el Señor!, para la gloria de Dios Padre” (Flp 2, 9-11).

Sí, Jesucristo es el Señor.

Creemos en Jesucristo nuestro Señor.

7. Queridos jóvenes amigos: ¿Por qué este día, Domingo de Ramos, se ha convertido en vuestra Jornada?

Esto ha ocurrido poco a poco: desde hace tiempo, este día atraía y reunía, sobre todo en Roma, a muchos jóvenes peregrinos.

Quizá de este modo habéis querido sumaros a los jóvenes y a las jóvenes de Jerusalén, “pueri hebraeorum”, que asistieron a la llegada de Jesús para las fiestas. Habéis querido asumir su entusiasmo, que se expresaba en las palabras ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

Sin embargo, el entusiasmo dura poco. Puede acabarse en un solo día. En cambio, el Domingo de Ramos nos introduce en todos los sucesos de la Semana Santa, en el misterio total de Jesucristo: en su entrega hasta la muerte en la cruz por obediencia al Padre, en el anonadamiento del Hijo que, siendo igual al Padre, ha asumido la condición de siervo hasta sus últimas consecuencias.

Se podría decir que los jóvenes habéis sido atraídos por la cruz de Cristo; que vuestro entusiasmo, precedido por los “pueri hebraeorum”

y expresado también con el “¡Hosanna... Bendito el que viene en nombre del Señor!”, adquiere ante el misterio pascual todo su significado. Alabando al Profeta de Galilea, Jesús de Nazaret, proclamáis a la vez vuestra fe en Jesucristo Dios y Hombre, Redentor del hombre y del mundo.

8. Sí. El Domingo de Ramos nos introduce en el misterio total de Jesucristo, es decir, en el misterio pascual, en el que todas las cosas alcanzan su culminación, y en el que se reconfirma plenamente la verdad de las palabras y de las obras de Jesús de Nazaret. En este misterio se revela también hasta qué punto “Dios es amor” (cf. 1 Jn 4, 8); y a la vez, adquirimos conciencia de la verdadera dignidad del hombre, rescatado con el precio de la Sangre del Hijo de Dios, y destinado a vivir eternamente con El en su amor.

“Nosotros hemos reconocido y creído en el amor que Dios nos tiene” (Ibíd., 4, 16). Así se expresa San Juan en el texto que meditaremos como lema de esta Jornada mundial de la Juventud. Queridos jóvenes: Celebrad siempre en vuestra vida el misterio pascual de Jesús, acogiendo en vuestros corazones el don del amor de Dios: “Me ha amado y se ha entregado por mí” (Ga 2, 20). Empapados por la fuerza divina del amor, comprometed vuestras energías juveniles en la construcción de la civilización del amor.

Guiados por el “sentido de la fe” seguid, al mismo tiempo, la voz de aquello que en el corazón humano y en la conciencia es lo más profundo y lo más noble, de aquello que corresponde a la verdad interior del hombre y de su dignidad. Así seréis capaces de entender la lógica divina, capaces de superar las pobres razones humanas, y penetraréis en la dimensión nueva del amor que Cristo nos ha manifestado.

Esta es la verdadera razón por la que venís a celebrar este día.

¡Venid, jóvenes! ¡Acercaos a Cristo, Redentor del hombre! Ese es el sentido que tiene vuestra presencia en la plaza de San Pedro en Roma, y hoy en esta gran avenida de la capital argentina. Es Cristo quien os atrae, es El quien os llama. Y junto a Jesucristo, nuestra Madre Santa María, que ha venido desde su santuario de Luján para estar con nosotros. A Ella os encomiendo al final de esta celebración. Sé muy bien todo lo que Nuestra Señora de Luján significa para vosotros, jóvenes argentinos, como meta de vuestras peregrinaciones anuales, a las que concurrís en gran número, llenos de devoción a la Madre de Dios, con manifiesta generosidad y esperanza.

Veo en vosotros a todos vuestros coetáneos: a los jóvenes y a las jóvenes con los que he tenido la dicha de reunirme en tantas partes del mundo, y también a aquellos otros con los que nunca he podido estar. A todos ellos nos unimos en espíritu, para invitarles a acercarse a Cristo en este día santo.

9. A todos me dirijo y a todos os digo: Dejaos abrazar por el misterio del Hijo del hombre, por el misterio de Cristo muerto y resucitado. ¡Dejaos abrazar por el misterio pascual!

Dejad que este misterio penetre, hasta el fondo, en vuestras vidas, en vuestra conciencia, en vuestra sensibilidad, en vuestros corazones, de modo que dé el verdadero sentido a toda vuestra conducta.

El misterio pascual es misterio salvífico, creador. Sólo desde el misterio de Cristo puede entenderse plenamente al hombre; sólo desde Cristo muerto y resucitado puede el hombre comprender su vocación divina y alcanzar su destino último y definitivo.

Dejad, pues, que el misterio pascual actúe en vosotros. Para el hombre, y especialmente para el joven, es esencial conocerse a sí mismo, saber cuál es su valor, su verdadero valor, cuál es el significado de su existencia, de su vida, saber cuál es su vocación. Sólo así puede definir el sentido de su propia vida.

10. Sólo acogiendo el misterio pascual en vuestras vidas podréis “responder a cualquiera que os pida razón de la esperanza que está en vosotros” (1 P 3, 15). Sólo acogiendo a Cristo, muerto y resucitado, podréis responder a los grandes y nobles anhelos de vuestro corazón.

¡Jóvenes: Cristo, la Iglesia, el mundo esperan el testimonio de vuestras vidas, fundadas en la verdad que Cristo nos ha revelado!

¡Jóvenes: El Papa os agradece vuestro testimonio, y os anima a que seáis siempre testigos del amor de Dios, sembradores de esperanza y constructores de paz!

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 68).

Aquel que se entregó a Sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte de cruz, El solo tiene palabras de vida eterna.

Acoged sus palabras. Aprendedlas. Edificad vuestras vidas teniendo siempre presentes las palabras y la vida de Cristo. Más aún: aprended a ser Cristo mismo, identificados con El en todo.

CONSAGRACIÓN de Argentina a Nuestra Señora la Virgen de Luján

1. ¡Dios te salve, María, llena de gracia,
 Madre del Redentor!
 Ante tu imagen de la Pura y Limpia Concepción,
 Virgen de Luján, Patrona de Argentina,
 me postro en este día aquí, en Buenos Aires,
 con todos los hijos de esta patria querida,
 cuyas miradas y cuyos corazones convergen hacia Ti;
 con todos los jóvenes de Latinoamérica
 que agradecen tus desvelos maternos,
 prodigados sin cesar en la evangelización del continente
 en su pasado, presente y futuro;
 con todos los jóvenes del mundo,
 congregados espiritualmente aquí,
 por un compromiso de fe y de amor;
 para ser testigos de Cristo tu Hijo
 en el tercer milenio de la historia cristiana,
 iluminados por tu ejemplo, joven Virgen de Nazaret,
 que abriste las puertas de la historia al Redentor del hombre,
 con tu fe en la Palabra, con tu cooperación maternal.

2. ¡Dichosa tú porque has creído!
 En el día del triunfo de Jesús,
 que hace su entrada en Jerusalén manso y humilde,
 aclamado como Rey por los sencillos,
 te aclamamos también a Ti,
 que sobresales entre los humildes y pobres del Señor;
 son éstos los que confían contigo en sus promesas,
 y esperan de Él la salvación.
 Te invocamos como Virgen fiel y Madre amorosa,
 Virgen del Calvario y de la Pascua,
 modelo de la fe y de la caridad de la Iglesia,
 unida siempre, como Tú,
 en la cruz y en la gloria, a su Señor.

3. *¡Madre de Cristo y Madre de la Iglesia!*

Te acogemos en nuestro corazón,
como herencia preciosa que Jesús nos confió desde la cruz.
Y en cuanto discípulos de tu Hijo,
nos confiamos sin reservas a tu solicitud
porque eres la Madre del Redentor y Madre de los redimidos.
Te encomiendo y te consagro, Virgen de Luján,
la patria argentina, pacificada y reconciliada,
las esperanzas y anhelos de este pueblo,
la Iglesia con sus Pastores y sus fieles,
las familias para que crezcan en santidad,
los jóvenes para que encuentren la plenitud de su vocación,
humana y cristiana,
en una sociedad que cultive sin desfallecimiento
los valores del espíritu.
Te encomiendo a todos los que sufren,
a los pobres, a los enfermos, a los marginados;
a los que la violencia separó para siempre de nuestra compañía,
pero permanecen presentes ante el Señor de la historia
y son hijos tuyos, Virgen de Luján, Madre de la Vida.
Haz que Argentina entera sea fiel al Evangelio,
y abra de par en par su corazón
a Cristo, el Redentor del hombre,
la Esperanza de la humanidad.

4. ¡Dios te salve, Virgen de la Esperanza!

Te encomiendo a todos los jóvenes del mundo,
esperanza de la Iglesia y de sus Pastores;
evangelizadores del tercer milenio,
testigos de la fe y del amor de Cristo
en nuestra sociedad y entre la juventud.
Haz que, con la ayuda de la gracia,
sean capaces de responder, como Tú,
a las promesas de Cristo,
con una entrega generosa y una colaboración fiel.
Haz que, como Tú, sepan interpretar los anhelos de la humanidad;
para que sean presencia saladora en nuestro mundo
Aquel que, por tu amor de Madre, es para siempre

el Emmanuel, el Dios con nosotros,
y por la victoria de su cruz y de su resurrección
está ya para siempre con nosotros,
hasta el final de los tiempos.
Amén.

ÁNGELUS

1. El misterio de la redención que la Iglesia celebra en la Semana Santa que comenzamos hoy, es un misterio de amor y de fe.

Un misterio hecho realidad en nuestro mundo gracias a una joven, María, la Virgen de Nazaret, que conoció el amor de Dios y creyó en él. Por Ella nos llegó la salvación y la esperanza de un mundo nuevo. Conoció el amor de Dios cuando el Ángel la llamó “llena de gracia” y le anunció que sería la Madre del Salvador.

Creó en el amor de Dios cuando se entregó con todo su ser al designio amoroso del Padre y se dejó invadir por el Espíritu Santo, Espíritu del amor, diciendo: “Hágase en mi según tu palabra” (Lc 1, 3).

2. La historia de la salvación sigue siendo en la Iglesia una historia del amor de Dios que nos precede y acompaña correspondido por una fe libre y generosa del hombre que se entrega en pos del proyecto de Dios sobre la misma humanidad. La Iglesia contempla en María el modelo y el ejemplo más sublime de esa colaboración, para que la salvación penetre en las entrañas del mundo y de la sociedad.

María es testigo del misterio del amor de Dios, que culmina en la pasión y en la resurrección de Cristo. Y Ella es también el modelo de la fidelidad y de la cooperación maternal en su entrega amorosa de la fe, de la esperanza y del amor. Ella es la Virgen del Calvario en la noche del dolor, la Virgen de la Pascua en la aurora del día sin ocaso de la resurrección de Cristo. Por eso es la Virgen de la esperanza en la palabra y en las promesas de su Hijo.

3. Jóvenes de Argentina, de América Latina y del mundo entero: Mirad a María. Invocadla e imitadla porque Ella es vuestro modelo. Es la Madre de Jesús y de los discípulos de Jesús.

Con Ella caminamos hacia un mundo nuevo, hacia la civilización del amor; como pueblo de la Pascua, presente en la historia, peregrino hacia la patria, conocemos el amor de Dios, como María, y creemos en él, para ser sembradores de esperanza y constructores de paz.

DISCURSO de despedida en el Aeropuerto de Ezeiza del Papa San Juan Pablo II

En esta breve pero intensa peregrinación de acción de gracias, que me ha llevado a distintos lugares de este amado país, he podido comprobar los grandes recursos tanto de orden humano como material con que la Providencia de Dios ha dotado abundantemente a la Argentina.

He visto vuestras pampas sin fin, sus interminables sembradíos, sus caudalosos ríos, sus numerosos rebaños de ganado. He experimentado la variedad y dulzura de vuestro clima y he admirado el azul de vuestros mares. He contemplado el grandioso espectáculo de la cadena de los Andes con sus nieves perpetuas; y, con el corazón rebosante de emoción, he unido mi voz a la del salmista para alabar a Dios:

“¡Señor, Dios nuestro / qué admirable es tu nombre en toda la tierra! / Al ver el cielo, obra de tus manos, / la tierra y las estrellas que has creado”.

Sobre todo, he tenido la dicha de encontrarme con la realidad viviente de estas tierras, es decir, con vuestro pueblo, tan hospitalario y bondadoso, y con vuestra prometedora juventud. He gozado al encontrarme con el hombre del agro, con el que trabaja en su taller de artesano o en las grandes plantas industriales, con quienes viven en el campo o en la ciudad. En todos he podido apreciar una gran cordialidad y un afán de superación humana y espiritual que honran a vuestra patria.

Comprenderéis muy bien que mi mayor complacencia haya sido encontrarme, esta vez por toda la República, con un pueblo religioso que, en torno a sus Pastores y en unión con el Sucesor de Pedro, está dispuesto a manifestar su fe y a corroborar su compromiso cristiano en la tarea de reconciliación entre todos los argentinos.

De nuevo los imborrables encuentros con las distintas categorías del Pueblo de Dios en Argentina, quisiera mencionar, ante la cercanía del próximo Sínodo, los que he tenido con millares de laicos, hombres y mujeres, en toda la geografía del país. ¿Y cómo no recordar la Misa por la familia en Córdoba, para que Dios mantenga fuerte y unida esa célula básica de la Iglesia y de la sociedad? ¿Y los encuentros tenidos con los laicos en Salta y Tucumán, y con los trabajadores del agro y de la industria, y con los representantes de los empresarios y del mundo de la cultura? ¿Cómo no destacar la celebración de esta mañana, con motivo de la Jornada mundial de la Juventud? En esa juventud que se abre a la vida, descansa la esperanza de la Iglesia y de la entera sociedad.

Ante tantos momentos entrañables, de profunda comunión, vividos en la fe y en el amor cristiano, mi corazón no puede menos de elevarse en sincero agradecimiento al Señor quien, en su bondad ha querido bendecir con largueza vuestra patria. Uníos a mi acción de gracias hacia este Padre Dios que nos ha demostrado tanto cariño y correspondedle con un amor cada vez más intenso: que vuestro deber de gratitud a Dios por los bienes recibidos, se traduzca en fidelidad a sus mandamientos, que no son más que un modo de manifestar su amor por los hombres.

Al despedirme de vosotros, quiero dejar constancia de mi reconocimiento a cuantos han hecho posible esta inolvidable visita pastoral. En primer lugar, al Señor Presidente de la Argentina y a todas las autoridades, así como a mis amados hermanos obispos, a los queridos sacerdotes, religiosos y religiosas, y a todas las entidades y personas que han colaborado eficazmente en la preparación y desarrollo de los diversos actos.

Podéis estar seguros de que os llevo a todos muy dentro de mi corazón. Os pido que, cada día, recéis por mí y Dios os lo recompensará sobreamplamente. Ruego a la Virgen de Luján, que os alcance de su divino Hijo la gracia para corresponder fielmente a las exigencias de vuestra vocación cristiana.



El Papa San Juan Pablo II se despide de los jóvenes.

Mientras hago fervientes votos por la prosperidad, paz y concordia entre los amadísimos hijos de esta noble nación, imparto a todos con afecto mi Bendición Apostólica.

¡Hasta siempre, Argentina!

La Cruz regresó a Europa para los encuentros juveniles en Múnich en mayo, Stuttgart en septiembre, Francia y Grecia y en el Sínodo de los Obispos en Roma en octubre de 1987.

III JMJ

ROMA, 27 DE MARZO DE 1988

TEMA: “*HACED LO QUE ÉL OS DIGA*” (JN 2, 5)

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el 13 de diciembre de 1987, tercer Domingo de Adviento para la III JMJ.

Queridísimos jóvenes:

Escuchad a María.

1. Una vez más, me dirijo a vosotros para anunciaros la próxima Jornada Mundial de la Juventud que se celebrará en vuestras diócesis el Domingo de Ramos de 1988. Dicha Jornada tendrá, esta vez, un carácter muy especial, ya que en toda la Iglesia se está viviendo el Año Mariano inaugurado el Domingo de Pentecostés y cuya clausura celebraremos el 15 del próximo mes de agosto, en la solemnidad de la Asunción de la Virgen María.

Al final del segundo milenio de la era cristiana, en un momento crítico de la historia de nuestro mundo desgarrado por múltiples y difíciles problemas, el Año Mariano constituye, para todos nosotros, un don especial. En este año, María se presenta bajo una nueva luz, como una Madre cuyo corazón rebosa de amor, tierno y sensible, y como una Educadora que nos precede en el camino de la fe, indicándonos cuál es el camino de la vida. Por eso, el Año Mariano es un año en el que, de modo especial, se escucha a María. Y en este Año Mariano, es María a quién escucharéis en vuestra próxima Jornada Mundial: ¡esta vez, es María la que os convoca, jóvenes! Ella os da la cita porque tiene mucho para deciros. Estoy seguro que, guiados por vuestros Obispos, como en los años pasados, participaréis activamente en la celebración de la Jornada Mundial de 1988.

Un sí profundo al Señor

2. El punto central de la Jornada Mundial de la Juventud, pues, será María, Virgen y Madre de Dios. ¿Qué nos dirá María, nuestra Madre y

Maestra? En el Evangelio, encontramos una frase en la que María se manifiesta realmente como Maestra. Es la frase que pronunció en las Bodas de Caná de Galilea. Después de haber dicho a su Hijo: «No tienen vino», dice a los sirvientes: «Haced lo que Él os diga».

Y éstas son las palabras que he querido escoger como hilo conductor de la Jornada Mundial de 1988. Encierran un mensaje muy importante, válido para todos los hombres de todos los tiempos. «Haced lo que Él os diga» significa: escuchad a Jesús, mi Hijo; actuad según su palabra y confiad en Él. Aprended a decir «Sí» al Señor en cada circunstancia de vuestra vida. Es un mensaje muy reconfortante, del cual todos tenemos necesidad.

«Haced lo que Él os diga». En estas palabras, María expresa sobre todo el secreto más profundo de su vida. En estas palabras, está toda Ella. Su vida, de hecho, ha sido un «Sí» profundo al Señor. Un «Sí» lleno de gozo y de confianza. María, llena de gracia, Virgen inmaculada, ha vivido toda su existencia, completamente disponible a Dios, perfectamente en acuerdo con su voluntad, incluso en los momentos más difíciles, que alcanzaron su punto culminante en el Monte Calvario, al pie de la Cruz. Nunca ha retirado su «Sí», porque había entregado toda su vida en las manos de Dios: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (*Lc*, 1,38). Al respecto, os recuerdo lo que destaca la Encíclica *Redemptoris Mater*: «En efecto, en la Anunciación, María se ha abandonado en Dios completamente, manifestando “La obediencia de la fe” a aquél que le hablaba a través de su mensajero y prestando “el homenaje del entendimiento y de la voluntad”. Ha respondido, por tanto, con todo su “yo” humano, femenino, y en esta respuesta de fe estaban contenidas una cooperación perfecta con la gracia de Dios que previene y socorre» y una disponibilidad a la acción del Espíritu Santo que “perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones”» (*Redemptoris Mater*, n. 13).

«Haced lo que Él os diga». Esta breve frase contiene todo el programa de vida que María-Maestra realizó como primera discípula del Señor y que nos enseña en nuestros días. Es el programa de una vida que se apoya en un fundamento sólido que tiene como nombre: Jesús.

Buscando el sentido de la vida

3. Podemos constatar que el mundo en el que vivimos atraviesa momentos de crisis. Una de las más peligrosas es la pérdida del sentido de la vida. Muchos de nuestros contemporáneos han perdido el verdadero

sentido de la vida; buscan sucedáneos en un consumismo desenfrenado, en la droga, el alcohol y el erotismo. Buscan la felicidad, pero el resultado de esta búsqueda es una profunda tristeza, un vacío y, muy a menudo, la desesperación.

En esta situación, muchos jóvenes se plantean interrogantes fundamentales: ¿Cómo vivir mi vida de modo que no la arruine? ¿Sobre qué cimientos construir mi vida para que sea verdaderamente bien lograda? ¿Qué debo hacer para dar un sentido a mi vida? ¿Cómo debo comportarme en las situaciones complejas y difíciles que a veces se viven en mi familia, en la escuela, en la universidad, en el trabajo, con los amigos?... Son interrogantes, a veces, dramáticos, que ciertamente, también hoy, muchos de vosotros se plantean.

Vosotros todos, estoy seguro, queréis establecer vuestra vida sobre fundamentos sólidos, capaces de resistir las adversidades que no pueden faltar: queréis fundarla sobre la roca. Entonces, de frente a vosotros, esta María, la Virgen de Nazaret, la humilde sierva del Señor que os muestra a su Hijo diciendo: «Haced lo que Él os diga»; es decir, escuchad a Jesús, obedeced a Jesús, a sus mandamientos, confiad en Él. Éste es el único programa de vida para realizarse auténticamente y ser feliz. Ésta es la sola fuente que le da un sentido profundo a nuestra vida.

El año pasado, con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud, habéis meditado en torno a las palabras de San Juan: «Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él» (*I Jn 4,16*). Y este año, María os explica, queridos jóvenes, lo que significa creer en Dios y amar a Dios. La fe y el amor no se reducen a palabras o a sentimientos vagos. Creer en Dios y amar a Dios significa vivir toda la vida con coherencia, a la luz del Evangelio. Creer en Dios y amar a Dios significa comprometerse a hacer siempre lo que Jesús nos dice en las Escrituras y lo que nos enseña el Magisterio de la Iglesia. Y esto no es fácil. ¡Sí! Muchas veces se necesita mucho coraje para ir contra la corriente de la moda o la mentalidad de este mundo. Pero, lo repito, ésta es la única vía para edificarse una vida bien lograda y plena.

Esto es lo que María nos enseña en las Bodas de Caná, enseñanza que queremos profundizar y acoger plenamente en ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud de 1988.

¡Queridísimos jóvenes!, os invito a todos a participar en este acontecimiento importante. Venid y escuchad a la Madre de Jesús, ¡vuestra Madre y vuestra Maestra!

Meditad sobre la vida de María

4. Para que no se reduzca a una mera manifestación exterior y efímera, la Jornada Mundial de la Juventud requiere un camino de honda preparación –a nivel de la diócesis, de la parroquia, de vuestros grupos, movimientos y asociaciones juveniles– y, de modo particular, durante la Cuaresma.

Por tanto, os invito a todos a recorrer este camino de preparación espiritual para acoger lo mejor posible tanto la gracia del Año Mariano, cuanto el don de la Jornada Mundial de la Juventud de este año.

Meditad sobre la vida de María. Meditadla, sobre todo vosotras, ¡jóvenes! Para vosotras, pues, la Virgen inmaculada es un modelo sublime de mujer consciente de su propia dignidad y de su alta vocación. Meditadla también vosotros, ¡jóvenes! Escuchando las palabras que María pronunció en Caná de Galilea: «Haced lo que Él os diga», tratad de construir vuestra vida, desde el principio, sobre el sólido fundamento que es Jesús. Os deseo que vuestra meditación sobre el misterio de María os lleve a imitarla en su vida: aprended de ella a escuchar y a poner en práctica la Palabra de Dios (cfr. Jn 2,5), aprended de ella a permanecer cerca del Señor, aunque ello pueda costaros mucho (cf. Jn 19,25).

Os deseo que vuestra meditación sobre el misterio de María os lleve también a rezarla con confianza en el Rosario. ¡Tratad de descubrir la belleza del Rosario! ¡Que esta oración os vaya acompañando cada día de vuestra vida!

Termino ahora este Mensaje saludándoos de todo corazón, jóvenes de todo el mundo. Quiero que sepáis que os recuerdo a cada uno en mi oración.

A lo largo de todo vuestro camino de preparación espiritual que os llevará a la Jornada Mundial de la Juventud de 1988 y durante su celebración en vuestras diócesis, os acompañe mi bendición apostólica.

El 27 de marzo de 1988, Domingo de Ramos, el Papa San Juan Pablo II inicia la III Jornada Mundial de la Juventud.

HOMILÍA pronunciada en la Misa.

1. «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6, 68).

Celebramos la liturgia del Domingo de Ramos en la plaza de San Pedro. Esta es también la Jornada internacional de la Juventud. El Domingo de Ramos reúne todos los años en esta plaza a muchos jóvenes, que se sienten como llamados por el acontecimiento que se conmemora este día. Efectivamente, durante la entrada de Jesús en Jerusalén, entre

los que gritaban “Hosanna al Hijo de David”, no faltaron los jóvenes. El himno litúrgico canta: “Pueri hebraeorum portantes ramos olivarum obviaverunt Domino”.

Pueri: es decir, los jóvenes hebreos. Obviaverunt: es decir, fueron al encuentro de Cristo. Cantaron “Bendito el que viene en nombre del Señor” (Mt 21, 9). Cada año, el Domingo de Ramos sucede lo mismo: Los jóvenes van al encuentro de Cristo, enarbolan las palmas, cantan el himno mesiánico, para saludar a Aquel que viene en el nombre del Señor. Así sucede aquí en Roma, como en otros lugares del mundo. El año pasado fue así en Buenos Aires, donde pude celebrar la Jornada de la Juventud especialmente con los jóvenes de América Latina.

Todos vosotros, jóvenes, allí donde estéis y cualquier día que os reunáis para celebrar vuestra fiesta, sentiréis la necesidad de repetir las palabras de Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”. Sólo Tú.

2. Las “palabras de vida eterna” nos describen hoy la pasión y la muerte de Cristo según el Evangelio de San Marcos.

Hemos escuchado esta descripción. Hemos escuchado también las palabras del Profeta Isaías, que desde las profundidades de los siglos preanuncia al Mesías, como varón de dolores: “Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, la mejilla a los que mesaban mi barba. No oculté el rostro a insultos y salvazos” (Is 50, 6).

De hecho fue precisamente así, como había previsto el Profeta.

Y, fue también así, como había proclamado el Salmista –también él desde la profundidad de los siglos–: “Me taladran las manos y los pies, puedo contar todos mis huesos... Se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica” (Sal 21/22, 17-19).

Así fue. Y aún más. Las palabras con que el Profeta (David) comienza su Salmo estuvieron en los labios de Cristo durante la agonía en Getsemaní: “Dios mío; Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (¿Elí, Elí, lamá sabactaní?) (Mt 27, 46; Sal 21/22, 2). La pasión y la muerte de Cristo emergen de los textos del Antiguo Testamento para confirmarse como la realidad decisiva de la Nueva y Eterna Alianza de Dios con la humanidad.

3. Hemos escuchado finalmente las palabras impresionantes del Apóstol Pablo en la Carta a los Filipenses. Son una síntesis del misterio pascual. El texto es conciso, pero al mismo tiempo tiene un contenido

insondable, como lo es el misterio. San Pablo nos lleva al límite mismo de lo que en la historia de la creación comenzó a suceder entre Dios y el hombre, y que encontró su culmen y su plenitud en Jesucristo. En definitiva, en la cruz y resurrección.

Jesucristo “a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó...” (Flp 2, 6-9).

Así “las palabras de vida eterna” fueron pronunciadas por medio de la cruz y de la muerte. No eran sólo teoría. Fueron una realidad tremenda entre Aquel que “Es” ab aeterno, que no pasa, y aquel que pasa, para el que está establecido que debe morir una sola vez. Al mismo tiempo el hombre, como ser creado a imagen y semejanza de Dios, espera las palabras de vida eterna. Las encuentra en el Evangelio de Cristo. Se confirman de forma definitiva en su muerte y resurrección.

¿A quién iremos?

Cristo es Aquel que “en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor”, no cesa de manifestar “plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación, revelando el misterio del Padre y de su amor”. Esto dice el Concilio Vaticano II en la Constitución pastoral *Gaudium et spes* (22a).

4. ¿Por qué, pues, precisamente este día, Domingo de Ramos, se ha convertido en la Iglesia desde hace algunos años en la “fiesta de los jóvenes”? Jornada de los jóvenes. Es cierto que esta jornada de la juventud se celebra en cada país y en ambientes y períodos diversos, pero el Domingo de Ramos queda siempre para ella como un punto central de referencia.

¿Por qué? Parece que los mismos jóvenes dan a esta pregunta una respuesta espontánea. Una respuesta así la dais todos vosotros, que desde hace años peregrináis a Roma precisamente para celebrar este día (y esto se realizó especialmente el Año de la Redención y el Año dedicado a la juventud).

Con este hecho, ¿acaso no queráis hacer ver vosotros mismos que buscáis a Cristo en el centro de su misterio? Lo buscáis en la plenitud de esa verdad que es El mismo en la historia del hombre: “Para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad”

(Jn 18, 37). Vosotros buscáis a Cristo en la palabra definitiva del Evangelio, como lo hizo el Apóstol Pablo: En la cruz, que es “fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (1 Co 1, 24), como confirmó la resurrección.

En Cristo –crucificado y resucitado– buscáis precisamente esa fuerza y esa sabiduría.

5. Cristo revela plenamente el propio hombre al hombre –cada uno de nosotros–. ¿Podría revelarlo “plenamente” si no hubiera pasado también este sufrimiento, y este despojo sin límites? ¿Si no hubiera finalmente gritado en la cruz: “Por qué me has abandonado?” (cf. Mt 27, 46).

El campo de la experiencia del hombre es limitado. Inefable es también el cúmulo de sus sufrimientos. El que tiene “palabras de vida eterna”, no dudó en fijar esta palabra en todas las dimensiones de la temporalidad humana...

“Por eso Dios lo levantó”. Por eso, “Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (cf. Flp 2, 9. II). Y de este modo da testimonio de “la sublimidad de su vocación” (cf. *Gaudium et spes*, 22): ninguna dificultad, ningún sufrimiento o despojo, pueden separarnos del amor de Dios (cf. Rm 8, 35): De ese amor que está en Jesucristo.

6. Así, pues, esta “Jornada para los jóvenes” queda en la Iglesia como un momento elocuente de vuestra “peregrinación a través de la fe”.

Este año dirigimos nuestra mirada a la Madre de Dios presente en el misterio de Cristo y de la Iglesia, presente también en la agonía del Gólgota. Allí precisamente se encuentra el punto culminante de la peregrinación de María, de la que el Concilio, siguiendo las iniciativas de la Tradición, nos enseña que nos precede a todos en el camino: Va delante en la peregrinación “de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo” (cf. *Lumen gentium*, 63).

En este Año mariano deseo a todos los jóvenes que, mirando a María como “modelo”, descubran todas las profundidades escondidas en el misterio de Cristo.

Ya que Cristo dice siempre de nuevo a los jóvenes, como dijo en el Evangelio: “Sígueme” (Lc 18, 22). El análisis de esta llamada se encuentra en la Carta enviada a los jóvenes y a las jóvenes del mundo en el año 1985.

Es necesario que sintáis esta llamada. Y es necesario que la maduréis constantemente para darle vuestra respuesta.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.

ÁNGELUS

Queridos jóvenes:

Os agradezco que hayáis venido también este año a celebrar el Domingo de Ramos: encuentro anual de los jóvenes de todo el mundo. El año próximo, la Jornada mundial de la Juventud que, en las Iglesias locales se celebrará el Domingo de Ramos, tendrá su momento culminante, los días 19-20 de agosto, con la peregrinación de los jóvenes a Santiago de Compostela, España, a donde iré yo también para reunirme con ellos.

La idea-guía de la Jornada 1989 será; “Los jóvenes cristianos, en el umbral del año 2000, descubren las raíces apostólicas de su fe y se comprometen activamente en la evangelización del mundo contemporáneo”. Este año hemos acogido y meditado juntos la invitación de María: “Haced lo que Él os diga”.

Al final de esta celebración, damos gracias juntos a la Santa Madre del Redentor, por todo lo que nos ha sugerido durante este encuentro, y desde ahora le confiamos el del año próximo en Santiago de Compostela. Nuestras voces, que han resonado en esta plaza con el canto del “Hosanna al Hijo de David”, concluyen ahora este rito solemne con el rezo de “Ángelus”.

Un saludo cordial a los numerosos muchachos y muchachas procedentes de España y de diversos Países de América Latina, que en la fiesta solemne del Domingo de Ramos se han querido unir al Papa para celebrar la Jornada Mundial de la Juventud, en este Año Mariano.

Recordando el encuentro del año pasado en la gran Avenida 9 de Julio, de Buenos Aires, y pidiendo vuestras oraciones para el buen éxito del año próximo en Santiago de Compostela, os imparto con afecto la bendición apostólica.

Después, la Cruz fue llevada a Alemania y Francia, y posteriormente atravesó de nuevo el Atlántico, esta vez para dirigirse a Steubenville en los Estados Unidos de Norteamérica.

IV JMJ

SANTIAGO DE COMPOSTELA, 15 A 20 DE AGOSTO 1989

TEMA: “YO SOY EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA” (Jn 14, 6)

En 1989 la Cruz visitó las diócesis de los Países Bajos; en agosto se dirigió a España, a Santiago de Compostela, para la IV Jornada Mundial de la Juventud.

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el 27 de noviembre de 1988, tercer domingo de Adviento, para la IV JMJ.

Queridísimos jóvenes:

1. Me alegra mucho estar nuevamente con vosotros para anunciar la celebración de la IV Jornada Mundial de la Juventud. En mi diálogo con vosotros, esta Jornada ocupa un lugar privilegiado, pues me ofrece la oportunidad de dirigirme a los jóvenes, no sólo de un país, sino de todo el mundo, para decir a todos y a cada uno de vosotros que el Papa os contempla con gran amor y esperanza, y os escucha con mucha atención con el deseo de responder a vuestros más profundos anhelos.

La Jornada mundial de 1989 tendrá como punto central a Jesucristo en cuanto es nuestro camino, verdad y vida (cf. *Jn* 14,6). Por consiguiente, deberá ser –para todos vosotros– la Jornada de un nuevo, más maduro y más profundo descubrimiento de Cristo en vuestras vidas.

La juventud, por sí misma, es una riqueza singular para cada muchacho o muchacha (cf. *Carta a los jóvenes y a las jóvenes del mundo*, 31 de marzo de 1985, n. 3). Esta riqueza consiste, entre otras cosas, en que se hacen descubrimientos muy importantes. Cada cual se descubre a sí mismo, su propia personalidad, el sentido de la propia existencia, la realidad del bien y del mal. Descubrís, igualmente, todo el mundo que os rodea, el mundo de los hombres y el mundo de la naturaleza. Y en medio de todos estos descubrimientos, no podrá faltar uno fundamental: *el descubrimiento personal de Jesucristo*. Descubrir a Cristo, nuevamente, y cada vez mejor, es la aventura más maravillosa de nuestra vida. Por tanto, con motivo de la celebración de la próxima Jornada de la Juventud,

quisiera plantear a cada uno de vosotros algunas preguntas muy importantes, e indicaros las respuestas.

- ¿Has descubierto ya a Cristo, que es el camino?

Sí, Jesús es –para nosotros– un camino que conduce hacia el Padre, el único camino. El que quiera lograr la salvación, deberá tomar ese camino. Vosotros, jóvenes, a menudo os encontráis en una encrucijada, sin saber cuál es el camino que debéis elegir, ni adónde ir; son muchos los caminos errados, como también las propuestas fáciles y las ambigüedades. No olvidéis, en esos momentos, que Cristo –con su Evangelio, su ejemplo y sus mandamientos– es siempre y sólo el camino más seguro que desemboca en una felicidad plena y duradera.

- ¿Has descubierto ya a Cristo, que es la verdad?

La verdad es la exigencia más profunda del espíritu humano. Los jóvenes, sobre todo, están sedientos de la verdad sobre Dios, el hombre, la vida y el mundo. En mi primera Encíclica *Redemptor Hominis* escribí: «El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo –no solamente según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes– debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo» (n. 10). Cristo es la Palabra de verdad pronunciada por Dios mismo como respuesta a todos los interrogantes del corazón humano. Es El quien nos revela plenamente el misterio del hombre y del mundo.

- ¿Has descubierto ya a Cristo, que es la vida?

Cada uno de vosotros desea ardientemente vivir su propia vida en toda plenitud. Vivís animados por grandes esperanzas y muy buenos proyectos para el futuro. No olvidéis, sin embargo, que la verdadera plenitud de la vida se encuentra sólo en Cristo, muerto y resucitado por nosotros. Solamente Cristo puede llenar, hasta el fondo, el espacio del corazón humano. Sólo El da el valor y la alegría de vivir, y esto a pesar de los límites u obstáculos externos.

Sí, descubrir a Cristo es la aventura más bella de toda nuestra vida. Pero no es suficiente descubrirlo una sola vez. Cada vez que se descubre, se recibe un llamamiento a buscarle más aún, y a conocerle mejor a través de la oración, la participación en los sacramentos, la meditación de su Palabra, la catequesis y la escucha de las enseñanzas de la Iglesia.

Esta es nuestra tarea más importante, como lo comprendió tan bien San Pablo cuando escribió: «Para mí la vida es Cristo» (*Flp* 1,21).

2. El redescubrimiento de Cristo –cuando es auténtico– tiene como consecuencia directa el deseo de llevarlo a los demás a saber el compromiso apostólico. Esta es, precisamente, la segunda línea directriz de la próxima Jornada de la Juventud.

El mandato de Cristo se dirige a toda la Iglesia: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (*Mc* 16, 15). Toda la Iglesia, por consiguiente, es misionera y evangelizadora, al vivir en un estado continuo de misión (cf. *Ad gentes*, 2). Ser cristianos, quiere decir ser misioneros y ser apóstoles (cf. *Apostolicam actuositatem*, 2). No es suficiente descubrir a Cristo, ¡hay que llevarlo a los demás! El mundo actual es una gran tierra de misión, incluso en los países de antigua tradición cristiana. En todas partes, hoy, el neopaganismo y el proceso de secularización constituyen un gran desafío al mensaje evangélico. Pero al mismo tiempo, se presentan –también en nuestros días– nuevas ocasiones para anunciar el Evangelio: se nota, por ejemplo, una creciente nostalgia de lo sagrado, de los valores auténticos, de la oración. Por esto, el mundo de hoy tiene necesidad de muchos apóstoles, sobre todo de apóstoles jóvenes y valientes. A vosotros, jóvenes, incumbe –de especial manera– dar testimonio de la fe, hoy, y comprometeros a llevar a los demás el Evangelio de Cristo –camino, verdad y vida– en el tercer milenio cristiano; como también construir una nueva civilización que sea la civilización del amor, de la justicia y de la paz.

Cada nueva generación necesita nuevos apóstoles. Es aquí donde surge una misión especial para vosotros. Sois los primeros apóstoles y evangelizadores del mundo juvenil, atormentado, hoy, por tantos retos y amenazas (cf. *Apostolicam actuositatem*, 12). Ante todo vosotros podéis serlo y nadie puede reemplazaros en vuestro ambiente de estudio, de trabajo y de recreo. Son muchos vuestros coetáneos que no conocen a Cristo, o no lo conocen lo suficiente. Por consiguiente, no podéis permanecer callados e indiferentes. Debéis tener el valor de hablar de Cristo, de dar testimonio de vuestra fe a través de vuestro estilo de vida inspirado en el Evangelio. San Pablo escribe: «¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!» (*I Cor* 9, 16). Ciertamente, la mies es mucha y se necesitan obreros en abundancia. Cristo confía en vosotros y cuenta con vuestra colaboración. Os invito, pues, con ocasión de la próxima Jornada de la Juventud, a renovar vuestro compromiso apostólico. ¡Cristo tiene

necesidad de vosotros! ¡Responded a su llamamiento con el valor y el entusiasmo característicos de vuestra edad!

3. El famoso santuario de Santiago de Compostela, en España, será un punto de referencia importante para la celebración de esta Jornada en 1989. Como os lo he ya anunciado, después de la celebración ordinaria de vuestra fiesta –el Domingo de Ramos– en las Iglesias particulares, os doy cita precisamente en ese santuario adonde iré, peregrino, como vosotros, en los días 19 y 20 de agosto de 1989; estoy seguro de que no faltaréis a esta invitación, lo mismo que estuvisteis presentes en el encuentro de Buenos Aires, en 1987.

En la cita de Santiago participará toda la Iglesia universal y será un momento de comunión espiritual también con aquellos de entre vosotros que no podrán estar personalmente presentes. En Santiago, en efecto, los jóvenes representarán a las Iglesias particulares de todo el mundo: el Camino de Santiago y el ímpetu evangelizador serán de todos vosotros.

Santiago de Compostela es un lugar que ha tenido un papel de gran importancia en la historia del cristianismo; por esto, por sí solo, ya transmite a todos un mensaje espiritual muy elocuente. Durante siglos fue «punto de atracción y convergencia para Europa y para toda la cristiandad... Europa entera se reunió alrededor de la *memoria* de Santiago, en esos mismos siglos en que se construía como continente homogéneo y unido espiritualmente» (cf. *«Acto europeo» en Santiago de Compostela*, 9 de noviembre de 1982).

Junto a la tumba de Santiago queremos aprender que nuestra fe tiene un fundamento histórico y, por lo tanto, no es algo vago y pasajero: en el mundo actual, marcado por un grave relativismo y una fuerte confusión de los valores, debemos siempre recordar que, como cristianos, reposamos sobre los cimientos puestos por los Apóstoles, y Cristo es nuestra piedra angular (cfr. *Ef 2, 20*).

Junto a la tumba del Apóstol queremos también recibir nuevamente el mandato de Cristo: «Seréis mis testigos... hasta los confines de la tierra» (*Hch 1, 8*). Santiago, quien fue el primero en sellar su testimonio de fe con su propia sangre, es –para todos nosotros– un ejemplo y un maestro excelente.

Santiago de Compostela no es sólo un santuario; es también un camino, es decir, una densa red de itinerarios para los peregrinos. El «Camino de Santiago» fue, durante siglos, un camino de conversión y de extraordinario testimonio de la fe. A lo largo de él, surgieron monumentos visibles de la fe de los peregrinos: iglesias y numerosos hospicios.

La peregrinación tiene un significado espiritual muy profundo y puede constituir, ya de por sí, una importante catequesis. En efecto –como nos lo ha recordado el Concilio Vaticano II– la Iglesia es un Pueblo de Dios en camino, en busca de «la ciudad futura y perenne» (cf. *Lumen gentium*, 9). Hoy día hay en el mundo un resurgir de la práctica de la peregrinación, sobre todo entre la juventud. Estáis entre los más sensibles que reviven hoy la peregrinación como camino de renovación interior, de profundización de la fe, de fortalecimiento del sentido de comunión y de solidaridad con los hermanos y como medio para descubrir la vocación personal. Estoy seguro de que, gracias a vuestro entusiasmo juvenil, el Camino de Santiago tendrá, en este año, un nuevo y rico desarrollo.

4. El programa de esta Jornada requiere mucho empeño. Para poder recibir sus frutos es necesaria, pues, una preparación espiritual específica, realizada bajo la guía de vuestros Pastores en las diócesis, parroquias, asociaciones y movimientos, tanto para el Domingo de Ramos, como para la peregrinación a Santiago de Compostela en agosto de 1989. Al comenzar esta preparación, me dirijo a vosotros con las palabras del Apóstol Pablo: «Vivid en el amor...; vivid como hijos de la luz» (*Ef* 5, 2-4). ¡Entrad en este período de preparación con esa disposición del espíritu!

Caminad, pues, lo digo a todos vosotros, jóvenes peregrinos del Camino de Santiago. Durante los días de la peregrinación, procurad asumir nuevamente el espíritu de los antiguos peregrinos, valientes testigos de la fe cristiana. A lo largo de ese camino, aprended a descubrir a Jesús que es nuestro camino, verdad y vida.

Quisiera, en fin, dirigir una palabra especial de aliento a los jóvenes de España. Esta vez seréis vosotros los que brindaréis hospitalidad a vuestros hermanos y hermanas de todo el mundo. Deseo que este encuentro en Santiago deje una huella profunda en vuestras vidas y sea, para todos vosotros, un potente fermento de renovación espiritual.

Queridísimos jóvenes, queridísimas jóvenes: termino este mensaje con un abrazo de paz que deseo enviar a todos vosotros, dondequiera que os halléis. Confío el camino de preparación y celebración de la Jornada mundial de la Juventud de 1989 a la especial protección de María Reina de los Apóstoles, y a Santiago, venerado durante siglos en el antiguo santuario de Compostela. Que mi bendición apostólica os acompañe como signo de aliento y de mis votos para todo el recorrido.

En Santiago de Compostela se vivió un nuevo Encuentro Mundial de los jóvenes con el Papa.

DISCURSO DE BIENVENIDA, en el Aeropuerto Labacolla, el sábado, 19 de agosto de 1989.

Gracias por sus cordiales expresiones de bienvenida, que reavivan en mi memoria las inolvidables muestras de simpatía recibidas con motivo de mis anteriores visitas pastorales a España. A mi sincero agradecimiento a Vuestras Majestades, por haberse desplazado a Santiago para recibirme, se une espontáneamente mi afectuoso saludo a todos los amadísimos hijos de España, y en particular a los de Galicia y Asturias. Todos ellos están dignamente representados aquí por mis hermanos en el Episcopado, así como por miembros del Gobierno de la Nación y por las Autoridades Autonómicas, a los cuales saludo con gran respeto y estima.

Al iniciar mi tercera visita pastoral a España no puedo silenciar mi gozo, porque vengo a Santiago de Compostela para encontrarme con jóvenes católicos de todo el mundo. Desde los más lejanos lugares, de todos los continentes, se dan cita fraternal junto al venerado sepulcro del Apóstol, para vivir unas jornadas intensas bajo el signo común de la fe cristiana. Muchas y diferentes han sido en estos días las “rutas jacobeanas”; pero único ha sido el itinerario espiritual que ha guiado a estos jóvenes, convertidos en peregrinos a Santiago. Con enorme sacrificio y fatiga, con espíritu de penitencia, han confluído hasta aquí, deseosos de corroborar la amistad con Dios y con los hombres, dejándose inundar por la luz y la paz que Compostela sigue irradiando desde siglos.

En este lugar privilegiado, meta de peregrinos y penitentes, halló la joven Europa uno de los factores poderosos de cohesión: la fe cristiana, reavivada sin cesar, que iba a constituir una de sus raíces más firmes y fecundas. Cuando estamos ya casi en los umbrales del año dos mil, viendo a tantos jóvenes que llegan en busca de este horizonte de gracia y de perdón, podemos percatarnos felizmente de cómo la peregrinación de hoy constituye no sólo un obligado homenaje al pasado, sino también un acto de confianza en sus perspectivas de renovada vitalidad para el presente y para el futuro.

En este año se ha conmemorado el XIV Centenario del III Concilio de Toledo; una celebración que puede hacer suscitar un eco de admiración y un cúmulo de sugerencias entre los jóvenes venidos a este encuentro de Santiago. El III Concilio toledano, además de ser un hito

importante para el logro de la concordia y de la unión en la historia hispana, nos ofrece la clave para comprender la comunión de España con la gran tradición de las Iglesias de Oriente. ¿Cómo no recordar las figuras de los Santos hermanos Leandro e Isidoro? Ambos, santos y transmisores del saber, favorecieron la unión de los pueblos y la superación de las rupturas causadas por la herejía arriana. Con ellos la Iglesia católica se presentaba ante los pueblos como el espacio creador de libertad en que se encontraban contrapuestas las culturas hispano-romana y goda. Así fue posible inaugurar una nueva época e ir más allá de las diferencias y divisiones que ofrecían aspectos no fácilmente reconciliables. Frutos preciados de aquel acontecimiento eclesial fueron la armonización profunda de perspectivas entre la Iglesia y la sociedad, entre fe cristiana y cultura humana, entre inspiración evangélica y servicio al hombre.

España ha tenido siempre una vocación universal, católica. Preclaro símbolo de esa vocación es Santiago de Compostela, la ciudad que, por la fuerza de la memoria apostólica, atrae a distintos pueblos para que encuentren la unidad en una misma fe. El nombre de Santiago corrobora la presencia de España en la historia de las tierras de América. Por esto, al visitar España por segunda vez, encomendé a la Virgen del Pilar en Zaragoza la ya próxima celebración centenaria del descubrimiento y evangelización de América. En más de una ocasión he tenido la oportunidad de reconocer la gesta misionera sin par de España en el Nuevo Mundo. La Iglesia de hoy se prepara a una nueva cristianización, que se presenta a sus ojos como un desafío, al cual deberá responder adecuadamente como en tiempos pasados.

Vengo, pues, a Santiago, ciudad de innumerables referencias para innumerables pueblos. Vengo como Sucesor de Pedro para alentar a mis hermanos; para avivar las fuerzas de los jóvenes y confortarme con ellos; y para anunciar a Jesucristo como Camino, Verdad y Vida. Para comprometer a todos en la construcción de un mundo donde resplandezca la dignidad del hombre, imagen de Dios, y promueva la justicia y la paz. Y siguiendo el testimonio del Apóstol protomártir, Santiago, quiero invitar a los jóvenes a que abran sus corazones al Evangelio de Cristo y sean sus testigos; y si fuera necesario testigos-mártires, a las puertas del tercer milenio.

¡Que Dios nos bendiga siempre!

¡Que el Apóstol Santiago nos acompañe! A María, antes de ir a Covadonga, confío este encuentro con la juventud.

DISCURSO durante el Rito del Peregrino, el sábado, 19 de agosto de 1989.

I. «¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor. Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén!» (Sal 122 [121], 1-2).

Amados hermanos en el Episcopado, hermanos y hermanas en Cristo:

Como un peregrino más, quiero dar gracias al Señor, de quien viene todo bien, por encontrarme en Santiago de Compostela. Ante este majestuoso Pórtico de la Gloria, que contemplo por segunda vez, me siento embargado de veras por esa emoción encendida en los corazones de millares y millares de peregrinos jacobeos, que a lo largo de los siglos han posado su mirada en este singular y original retablo de piedra, imagen evocadora de la verdadera Jerusalén celestial.

Antes de atravesar el umbral de la casa y templo del Señor Santiago, para venerar su sepulcro y abrazar su imagen, quiero saludar a los aquí presentes, peregrinos también al sepulcro del Apóstol.

Ante todo deseo dar mi fraterno saludo al Pastor de esta archidiócesis, mons. Antonio María Rouco Varela, a quien agradezco las sentidas palabras que ha tenido a bien dirigirme. Saludo igualmente a su obispo auxiliar, mons. Ricardo Blázquez Pérez, así como a los señores cardenales y demás obispos presentes, venidos de otras diócesis de España y del mundo, acompañados por tantos peregrinos. Con ellos, saludo también a los numerosos sacerdotes, religiosos y religiosas.

Mi cordial saludo se dirige asimismo a los seminaristas y a los jóvenes que, en representación de todos los demás y con la capa de peregrino sobre sus hombros, me han acompañado hasta la catedral.

De modo particular renuevo mi afectuoso saludo a Sus Majestades los Reyes de España, que han querido participar en esta liturgia. Por medio de ellos me permito reiterar mi caluroso saludo al querido pueblo español.

Quixo Deus que como Bispo de Roma, Sucesor de Pedro, natural de Galizia oriental, chegase, de novo, como peregrino i encontrarme neste lugar santo, na Galicia occidental, do Finisterre hispánico, con xóvenes peregrinos de todo o mundo para louvanza de Xesús Cristo, Camiño, Verdade e Vida.

(Quiso Dios que como Obispo de Roma, Sucesor de San Pedro, natural de la Galicia oriental, llegase, de nuevo, como peregrino y me encontrase en este lugar santo, en la Galicia occidental, del Finisterre hispánico, con jóvenes peregrinos de todo el mundo para alabanza de Jesucristo, Camino, Verdad y Vida).

2. «Jerusalén está fundada como ciudad bien compacta. Allí suben las tribus, las tribus del Señor, según la costumbre de Israel, a celebrar el nombre del Señor» (Sal 122 [121], 3-4).

Esta peregrinación asume un significado excepcional, al ser la meta de todos los que participan en la IV Jornada Mundial de la Juventud.

Compostela, hogar espacioso y de puertas abiertas, donde se ha venido dispensando por siglos y siglos, sin discriminación alguna, el pan de la “perdonanza” y de la gracia, quiere convertirse a partir de ahora en foco luminoso de vida cristiana, en reserva de energía apostólica para nuevas vías de evangelización, a impulsos de la fe de los jóvenes, de una fe siempre joven.

Son multitud los que se han unido a mi peregrinación –otros muchos están también presentes en espíritu–, sintiéndose todos convocados por la palabra de Cristo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”. Estos mismos peregrinos transmiten al mundo actual el germen esperanzador de una nueva generación de discípulos de Cristo, íntimamente ilusionados y entregados con generosidad, al igual que el Apóstol Santiago, a la aventura de difundir y enraizar la Buena Nueva entre los hombres.

Esta evangelización se ofrece como prerrogativa a los jóvenes de corazón generoso y creador, abiertos a la construcción de un mundo sin fronteras, donde prevalezca una civilización del amor, cuyos protagonistas deben ser todos los hijos de Dios diseminados por el mundo.

3. «Desead la paz a Jerusalén: Vivan seguros los que te aman, haya paz dentro de tus manos» (Sal 122 [121], 6-7).

Hoy, aquí, ante el Pórtico de la Gloria, esta peregrinación de la IV Jornada Mundial de la Juventud se presenta como un signo claro y elocuente para el mundo. Nuestras voces proclaman unánimemente nuestra fe y nuestra esperanza. Queremos encender una hoguera de amor y de verdad que atraiga la atención del orbe, como antaño las luces misteriosas vistas en este lugar. Queremos sacudir el torpor de nuestro mundo, con el grito convencido de miles y miles de jóvenes peregrinos que pregonan a Cristo Redentor de todos los hombres, centro de la historia, esperanza de las gentes y Salvador de los pueblos.

Con ellos y con todos los aquí presentes ante este Pórtico, revive ante nuestros ojos el encuentro multitudinario de los peregrinos ante las puertas del templo de Santiago, descrito por el Codex Callistinus: «Allí van innumerables gentes de todas las naciones... No hay lengua ni dialecto

cuyas voces no resuenen allí... Las puertas de la basílica nunca se cierran, ni de día ni de noche... Todo el mundo va allí aclamando: “E-ultr-eia (¡adelante, ea!) E-sus-eia (¡arriba, ea!)”». Sí. Por un momento Santiago de Compostela es hoy la tienda del encuentro, la meta de la peregrinación, el signo elocuente de la Iglesia peregrina y misionera, penitente y caminante, orante y evangelizadora que va por los caminos de la historia «entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz del Señor hasta que vuelva» (Cf. *Lumen Gentium*, 8).

4. «Por mis hermanos y compañeros, voy a decir: La paz contigo. Por la casa del Señor, nuestro Dios, te deseo todo bien» (Sal 122 [121], 8-9).

En primer lugar he venido para proclamar y corroborar en todos vosotros que la Iglesia es Pueblo de Dios en camino. Por algo, y no en vano, los primeros cristianos que siguieron a Cristo fueron llamados los hombres del camino. La Iglesia, en su recorrido por las sendas de la historia no deja de afirmar constantemente la presencia de Jesús de Nazaret, ya que en el camino de todo cristiano está presente el misterioso Peregrino de Emaús, que sigue acompañando a los suyos, iluminándolos con su Palabra esclarecedora y alimentándolos con su Cuerpo y Sangre, pan de vida eterna.

Por tanto, no es de extrañar que la “ruta jacobea” haya sido considerada en algunas ocasiones paradigma de la peregrinación de la Iglesia en su marcha hacia la ciudad celestial; camino de oración y penitencia, de caridad y solidaridad; tramo de la vida donde la fe, haciéndose historia en los hombres, convierte asimismo en cristiana la cultura. Las iglesias y abadías, los hospitales y albergues del camino de Santiago hablan todavía de esa aventura cristiana del peregrinar en la que la fe se hacía vida, historia, cultura, caridad, obras de misericordia.

Ya casi en los umbrales del año dos mil, la Iglesia quiere seguir siendo compañera de viaje para la humanidad; también para nuestra propia humanidad, a veces dolorida y abandonada a causa de tantas infidelidades, y siempre menesterosa de ser guiada hacia la salvación en medio de la densa niebla que se cierne ante ella, cuando se vuelve lánguida la conciencia de la común vocación cristiana, incluso entre los mismos fieles. Dejándose llevar por el Espíritu, los cristianos sembrarán por doquier los valores de paz y de verdad que brotan del Evangelio, capaces de dar un significado nuevo, una savia nutritiva al mundo y a la sociedad actual.

Es pues necesario que el recuerdo de un pasado cristiano singular apremie a todos los hijos de la Iglesia y, yo añadiría, en particular a los

hijos e hijas de la noble España, a entregarse a una labor apasionante: hacer florecer un nuevo humanismo cristiano, que dé sentido pleno a la vida en un momento en el cual hay tanta sed y hambre de Dios.

5. «Sabed que el Señor es Dios... Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con himnos, dándole gracias y bendiciendo su nombre» (Sal 100 [99], 3-4).

He ahí la razón primordial que me ha movido a venir hasta la tumba del Apóstol: anunciar desde aquí que Cristo es y seguirá siendo “el Camino, la Verdad y la Vida”. En estas palabras tan evocadoras encontramos la raíz de la revelación total de Cristo al hombre, a todo hombre, que debe aceptarlo como Camino si no quiere desviarse, asumirlo como Verdad si no quiere caer en el error, y abrirse a la efusión de la Vida —la vida eterna— que brota de El, si no quiere dejarse absorber por ideologías y culturas de muerte y destrucción.

Hoy como ayer, necesitamos descubrir personalmente, como nuestro Apóstol, que Cristo es el Señor, para convertirnos en seguidores y apóstoles, en testigos y evangelizadores, y así construir una civilización más justa, una sociedad humana más habitable. Este es el legado que Santiago ha dejado no sólo a España y Europa, sino a todos los pueblos del mundo. Y éste es también el mensaje que el Papa, Sucesor de Pedro, os quiere confiar para que la Buena Nueva de salvación no quede convertida en silencio estéril, sino que encuentre eco favorable y produzca abundantes frutos de vida eterna.

En el pórtico de esta catedral, que con gran acierto llamáis “Pórtico de la Gloria” por su belleza arquitectónica y su hundo significado espiritual, podemos contemplar la imagen de la Bienaventurada Virgen María, que aparece en un expresivo gesto de aceptación de la voluntad divina. Que Ella, peregrina de la fe y Virgen del Camino, nos ayude a todos a dar, con firmeza y sumisión, el “sí” definitivo al proyecto divino, para que pueda ser en la Iglesia y en el mundo la verdadera fuerza renovadora de la gracia, y todos los hombres puedan volver a caminar como hermanos por la senda que conduce a la mansión eterna.

Pídivos, dende o fondo da miña alma, que non esquezades o que é mais voso, o legado histórico xacobeo e que dándolle gracias a Deus polo pasado non deixedes de ollar ó futuro, del tal xeito que manténdovos na fidelidade a vosa fe católica profesada sempre en comunión co Sucesor de Pedro, poidades presentar sempre ó mundo, con frescura xuvenil, a permanente mensaxe evanxélica do Apóstolo.

(Os pido, desde el fondo de mi alma, que no olvidéis lo que es más vuestro, el legado histórico jacobeo y que, dándole gracias a Dios por el pasado, no dejéis de mirar el futuro, de tal forma que, manteniéndoos en la fidelidad a vuestra fe católica, profesada siempre en comunión con el Sucesor de Pedro, podáis presentar siempre al mundo, con frescura juvenil, el permanente mensaje evangélico del Apóstol).

«El Señor es bueno, su misericordia es eterna, su fidelidad por todas las edades» (Sal 100 [99]).

¡Que Santiago y Nuestra Señora intercedan por vosotros ante el trono del Altísimo! Así sea.

ORACIÓN ante la tumba del Apóstol Santiago, sábado, 19 de agosto de 1989
¡Señor Santiago!

Heme aquí, de nuevo, junto a tu sepulcro
al que me acerco hoy,
peregrino de todos los caminos del mundo,
para honrar tu memoria e implorar tu protección.

Vengo de la Roma luminosa y perenne,
hasta tí que te hiciste romero tras las huellas de Cristo
y trajiste su nombre y su voz
hasta este confín del universo.

Vengo de la cercanía de Pedro,
y, como Sucesor suyo, te traigo,
a tí que eres con él columna de la Iglesia,
el abrazo fraterno que viene de los siglos
y el canto que resuena firme y apostólico en la catolicidad.

Viene conmigo, Señor Santiago, una inmensa riada juvenil
nacida en las fuentes de todos los países de la tierra.
Aquí la tienes, unida y remansada ahora en tu presencia,
ansiosa de refrescar su fe en el ejemplo vibrante de tu vida.

Venimos hasta estos benditos umbrales en animosa peregrinación.
Venimos inmersos en este copioso tropel
que desde la entraña de los siglos
ha venido trayendo a las gentes hasta esta Compostela
donde tú eres peregrino y hospedero, apóstol y patrón.

Y venimos hoy a tu vera porque vamos juntos de camino.
 Caminamos hacia el final de un milenio
 que queremos sellar con el sello de Cristo.
 Caminamos, más allá, hacia el arranque de un milenio nuevo
 que queremos abrir en el nombre de Dios.

Señor Santiago,
 necesitamos para nuestra peregrinación
 de tu ardor y de tu intrepidez.
 Por eso, venimos a pedirte
 hasta este “finisterrae” de tus andanzas apostólicas.

Enséñanos, Apóstol y amigo del Señor,
 el CAMINO que conduce hacia Él.
 Ábrenos, predicador de las Españas,
 a la VERDAD que aprendiste de los labios del Maestro.
 Danos, testigo del Evangelio,
 la fuerza de amar siempre la VIDA.

Ponte tú, Patrón de los peregrinos,
 al frente de nuestra peregrinación cristiana y juvenil.
 Y que así como los pueblos caminaron antaño hasta ti,
 peregrines tú con nosotros al encuentro de todos los pueblos.

Contigo, Santiago Apóstol y Peregrino,
 queremos enseñar a las gentes de Europa y del mundo
 que Cristo es –hoy y siempre–
 el CAMINO, la VERDAD y la VIDA.

DISCURSO a los jóvenes enfermos y minusválidos en el Seminario Mayor
 de Santiago de Compostela, el sábado, 19 de agosto de 1989

1. En este significativo día en el que tantos jóvenes y tantas jóvenes del mundo entero, reunidos en Santiago de Compostela o en los más remotos lugares del orbe, se sienten unidos con el Papa *para celebrar a Cristo Redentor*, vosotros constituís el centro de la atención eclesial, porque el sufrimiento os coloca especialmente *cercanos a Cristo*; más aún, hace de vosotros *Cristos vivos* en medio del mundo, pues «*el hombre que sufre es camino de la Iglesia* porque, antes que nada, es cami-

no del mismo Cristo, el buen Samaritano que “no pasó de largo”, sino que “tuvo compasión y acercándose vendó sus heridas... y cuidó de él” (Lc 10, 32-34)». (*Christifideles laici*, 53)

Por eso, yo siento una especial satisfacción pastoral al acercarme a vosotros para saludaros –quisiera hacerlo a cada uno personalmente–, para dialogar sobre vuestra situación, para animaros, para bendeciros y para hacer ver ante todos los demás hombres y mujeres *lo que vosotros sois y lo que significáis* para la humanidad entera.

Deseo agradecer ahora las vivas expresiones con que un representante vuestro ha puesto de manifiesto vuestros anhelos así como vuestra disponibilidad a la voluntad del Señor; expresiones y testimonios de vida que están resumidos en el libro que me habéis entregado.

También quiero mostrar mi aprecio por los sentimientos de cercanía y solidaridad con los que sufrís o estáis más limitados, manifestados por un joven de vuestra misma edad.

Dende a vosa enfermidade non solo sodes ós privilexiados ante a mirada de Deus senón que sodes ós que mellor podeades pedir e facer que a xuventude do mundo atope a Xesús Cristo, Camiño, Verdade e Vida. Nun tempo no que se oculta a Cruz, vós aceptándoa sodes testemuñas de que Xesucristo quiso abraza-la prá nosa salvación.

(Desde vuestra enfermedad no sólo sois privilegiados ante la mirada de Dios sino que sois los que mejor podéis pedir y hacer que la juventud del mundo encuentre a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida. En un tiempo en el que se oculta la cruz, vosotros, aceptándola sois testimonios de que Jesucristo quiso abrazarla para nuestra salvación).

2. ¡Jóvenes enfermos y minusválidos! Precisamente en el período más bello de la vida, en el que el vigor y el dinamismo constituyen una característica peculiar del hombre, vosotros os encontráis frágiles y sin las fuerzas necesarias para realizar tantas actividades como pueden hacerlo otros muchachos y muchachas de vuestra misma edad.

Efectivamente, tantos coetáneos vuestros han venido hoy caminando hasta el Monte del Gozo, donde nos reuniremos esta tarde. Vosotros no estáis en disposición de hacer caminatas, pero –podríamos decirlo con una paradoja– habéis llegado antes que nadie al “*monte del gozo*”. Sí, porque el Calvario, donde Jesús murió y resucitó y donde vosotros estáis con El, *es mirado con los ojos de la fe, el monte del gozo, la colina de la alegría perfecta, la cumbre de la esperanza*.

3. Yo conozco también –porque lo he probado en mi persona– *el sufrimiento* que produce la incapacidad física, la debilidad propia de la enfermedad, la carencia de energías para el trabajo, el no sentirse en forma para desarrollar una vida normal. Pero sé también –y quisiera hacérselo ver a vosotros– que *ese sufrimiento tiene otra vertiente sublime*: da una gran capacidad espiritual, porque el sufrimiento es purificación para uno mismo y para los demás, y si es vivido en la dimensión cristiana puede convertirse en don ofrecido para completar en la propia carne “lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1, 24).

Por esto, el sufrimiento capacita para la santidad, dado que encierra grandes posibilidades apostólicas y tiene un valor salvífico excepcional cuando va unido a los sufrimientos de Cristo.

Es inconmensurable también *la fuerza evangelizadora que posee el dolor*. Por eso, cuando yo llamo a todos los fieles cristianos a la gran empresa misionera de realizar una nueva evangelización, tengo presente que en primera línea estarán, como evangelizadores de excepción, los enfermos, *los jóvenes enfermos* “*También los enfermos son enviados como obreros a su viña*” Porque “el peso que oprime los miembros del cuerpo y menoscaba la serenidad del alma, lejos de retraerles del trabajar en la viña, los llama a vivir su vocación humana y cristiana y a participar en el crecimiento del Reino de Dios con nuevas modalidades, incluso más valiosas” (*Christifideles laici*, 53).

4. En la Carta Apostólica “*Salvifici Doloris*” he hablado largamente del *sentido cristiano del sufrimiento* y me he referido a varias de las ideas antes expuestas. Quisiera que esa Carta fuera como una guía para vuestra vida, de forma que contempléis siempre vuestra situación a la luz del Evangelio, fijando la mirada en *Jesucristo crucificado*, Señor de la vida, Señor de nuestra salud y de nuestras enfermedades, Dueño de nuestros destinos. Vosotros, ofreciendo al Señor vuestras limitadas fuerzas, sois *la riqueza de la Iglesia, la reserva de energías para su tarea evangelizadora*. Sois la expresión de una sabiduría inefable, que sólo se aprende en el sufrimiento: “Me estuvo bien el sufrir, ya que así aprendí tus mandamientos” (Ps 119 [118], 71). Con el dolor la vida se hace más hunda, más comprensiva, más humilde, más sincera, más solidaria, más generosa. En la enfermedad entendemos mejor que nuestra existencia es gratuita y que la salud es un inmenso don de Dios.

Vosotros, mis queridos amigos en el dolor, a través del sufrimiento descubriréis más fácilmente, y nos enseñaréis a los demás, a descubrir a Jesucristo “*Camino, Verdad y Vida*”. Mirad al Señor, Varón de dolores. Centrad vuestra atención en Jesús que joven también como vosotros, con su muerte en la cruz, hizo ver al hombre el valor inestimable de la vida, que conlleva necesariamente la aceptación de la voluntad de Dios Padre.

5. Antes de finalizar este encuentro, quiero dirigirme a todas las personas que, por lazos de sangre o por su profesión sanitaria y de asistencia humana y social, estáis en continuo contacto con nuestros queridos jóvenes enfermos.

Os expreso mi aprecio por la generosidad, y a veces abnegación, con que os esforzáis por crear en torno a éstos, imágenes vivas del Cristo doliente, un ambiente familiar, acogedor y sereno. Vosotros sentís el deber de realizar vuestro trabajo como un verdadero servicio, de hermano a hermano. Sabéis bien que quien sufre no sólo busca un alivio a sus dolencias o limitaciones, sino también al hermano o hermana, capaz de comprender su estado de ánimo y ayudarle a aceptarse a sí mismo y superarse en su vida diaria.

Para ello es fundamental la fe, que os permite entrever en el enfermo el rostro amigo de Cristo. ¿No dijo El: “estaba enfermo y me visitasteis”? (*Mt 25,36*). En esta dimensión cristiana vuestro servicio, a veces prolongado y fatigoso, tiene un valor inestimable ante la sociedad y, sobre todo, ante el Señor.

A vosotros, queridos enfermos y minusválidos, os bendigo con mi mayor afecto. Y esta misma bendición la extiendo complacido a vuestros seres queridos y a cuantos os atienden y acompañan en el ámbito espiritual, humano y sanitario.

DISCURSO en la Vigilia con los jóvenes en el Monte del Gozo el sábado, 19 de agosto de 1989. Hizo y ayudó a resolver las tres preguntas que se hacen con más frecuencia los jóvenes y los peregrinos.

Peregrinos, ¿Qué buscáis?

1.1. Queridos jóvenes: os saludo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo: «el Camino, la Verdad y la Vida». A vosotros, que habéis venido de todos los pueblos de España y de las diferentes naciones de América Latina, así como de tantos países del mundo, os doy las gracias por haber aceptado mi invitación a hacer juntos esta peregrinación, este camino hasta la tumba del Apóstol Santiago.

Saludo ahora a los jóvenes de toda Galicia y, en especial, a los de la archidiócesis de Santiago. Vosotros tenéis la suerte de ofrecer casa y hospitalidad a los peregrinos que llegan a vuestra tierra, tierra privilegiada por albergar una meta de un camino que lleva a la alegría, al gozo, a Jesucristo.

Deseo saludar ahora en algunas lenguas representadas aquí por jóvenes peregrinos:

Os saludo a todos vosotros, jóvenes de lengua italiana: os deseo que esta peregrinación os sirva para reforzar vuestro camino de fe y para consolidar vuestra alegría de seguir y amar a Cristo, en todos los senderos de vuestra vida.

Saludo de todo corazón a los jóvenes de lengua francesa y los felicito por haber respondido en tan gran número a mi invitación. Queridos jóvenes, sed bienvenidos a este encuentro extraordinario que he deseado tanto. Que el gozo y la paz de Cristo estén siempre con vosotros.

Mi cordial saludo se dirige también a los numerosos peregrinos de habla inglesa que están con nosotros en esta feliz ocasión. Queridos jóvenes: habéis venido a Santiago de Compostela siguiendo las huellas de los peregrinos cristianos de diferentes tiempos y lugares. Ojalá que aquí, ante la tumba del Apóstol Santiago, os renovéis en la fe católica, que nos viene de los Apóstoles. Junto con toda la Iglesia, entregaos con generosidad a seguir a Jesucristo, el único que es «el Camino, la Verdad y la Vida».

Mi saludo cordial se dirige también a vosotros, jóvenes de los países de lengua alemana. En el Evangelio Jesús nos invita a seguir sus palabras y su ejemplo. Aceptad las palabras de Jesús no como una imposición, sino como un estímulo a la madurez humana y cristiana. Tened la valentía de entregaros con generosidad mediante el servicio. Así encontraréis vuestro ser auténtico que no lo garantiza el «poseer», y descubriréis la experiencia interior de haber recibido un gran don.

Sed bienvenidos, jóvenes de lengua portuguesa, aquí ampliamente representados por los chicos y chicas de la nación vecina: Portugal. ¡El Papa ya tenía muchas ganas de veros! A todos, con viva simpatía y afecto, repito una pregunta que os hice hace algún tiempo en Lisboa: ¿Sois plenamente conscientes de ser «aliados naturales de Cristo» para evangelizar? Que de este encuentro llevéis más viva y operosa la certeza de que sois testigos de Cristo, nuestra vida, paz y alegría.

Os saludo cordialmente, jóvenes polacos, venidos desde Polonia y de los ambientes polacos en el extranjero, hasta Santiago de Compostela, para la jornada Mundial de la juventud del año del Señor 1989, siguiendo

la antiquísima ruta de los peregrinos. Expreso mi profunda alegría por el hecho de que en este lugar, vinculado a la memoria de Santiago, Apóstol y mártir, queréis rezar juntos con el Papa y ratificaros en vuestra vocación, cuyo modelo es Cristo mismo, nuestro camino, verdad y vida.

De corazón saludo también a los jóvenes flamencos y holandeses. Ojalá que, gracias a la peregrinación a Santiago de Compostela, podáis comprender mejor que la vida terrena es una peregrinación ininterrumpida hacia la patria celestial y que Jesucristo es el camino que hay que recorrer.

Saludo también cordialmente a todos los jóvenes croatas. Que Cristo sea siempre para vosotros, para vuestros coetáneos y para todo vuestro pueblo «Camino, Verdad y Vida». De corazón imparto a todos mi bendición apostólica.

Saludo también cordialmente a todos los jóvenes eslovenos. Que Cristo sea siempre para vosotros y para vuestros coetáneos «Camino, Verdad y Vida». Que os acompañe por doquier mi bendición apostólica.

¡Alabado sea Jesucristo! Deseo saludar a todos los jóvenes japoneses venidos aquí desde Extremo Oriente, para participar en la Jornada Mundial de la Juventud, en este encuentro de las esperanzas juveniles. Os deseo que, unidos en Cristo, con la ayuda de la Virgen y junto con todos los jóvenes del mundo, podáis construir un mundo nuevo. ¡Alabado sea Jesucristo!

Saludo a los chicos y chicas del Vietnam. A todos vosotros que habéis venido de tan lejos, os deseo que, habiendo comprendido la misión del laico en la Iglesia, vayáis a testimoniarla en el nombre de Jesús:

Él es el Camino, la Verdad y la Vida (cf. Jn 14, 6).

Con vosotros, que os habéis congregado aquí en gran número, tengo muy presentes, porque se han unido espiritualmente a nosotros, a tantos jóvenes y tantas jóvenes de todo el mundo, que han comunicado su cercanía y adhesión a esta Jornada.

También doy las gracias a los cardenales y obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, y a todos los fieles laicos que os han acompañado en esta ruta jacobea.

El camino. Esta es la palabra que mejor expresa la característica de este Encuentro Mundial de la juventud.

Os habéis puesto en marcha desde todos los países de Europa, desde todos los continentes. Algunos habéis venido a pie, como los antiguos peregrinos; otros en bicicleta, en barco, en autobús, en avión... Habéis

venido para redescubrir aquí, en Santiago, las raíces de nuestra fe, para comprometeros, con corazón generoso, en la «nueva evangelización», en el umbral ya del tercer milenio.

Durante siglos, innumerables peregrinos nos han precedido en el camino de Santiago. Al comienzo del primer cuadro de esta representación escénica hemos visto a los peregrinos con los símbolos característicos y tradicionales de la «ruta jacobea»: el sombrero, el bastón, la concha y la calabaza. Cuando volváis a vuestros países –en vuestras casas y ambientes de estudio– estos símbolos os harán recordar el encuentro de esta noche y sobre todo su significado.

Para nosotros, igual que para los peregrinos que nos han precedido en épocas pasadas, este camino expresa un profundo espíritu de conversión. Un deseo de volver a Dios. Un camino de purificación y de penitencia, de renovación y de reconciliación.

Por esto, para todos nosotros, como para los peregrinos que nos han precedido, es muy importante terminarlo con un encuentro con el Señor, a través de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Sé que muchos de vosotros los habéis recibido a lo largo de estos días. «La purificación del corazón y la conversión al Padre del cielo son – como han escrito en su Carta pastoral los obispos de la diócesis de la ruta jacobea– inspiración y motivo fundamentales del Camino de Santiago» (n. 57).

1.2. Vamos a reflexionar sobre el significado de la palabra «camino», para que esta conversión del corazón y el encuentro con el Señor, que estamos viviendo, den sentido a nuestra vida.

La palabra «camino» está muy relacionada con la idea de «búsqueda». Este aspecto ha sido resaltado en la representación que estamos viendo.

¿Qué buscáis, peregrinos?, ha preguntado la Encrucijada de los caminos. Esta encrucijada representa la pregunta que el hombre se hace sobre el sentido de la vida, sobre la meta que quiere alcanzar, sobre la razón de su comportamiento.

Hemos visto representadas, de forma muy expresiva, algunas de las cosas que frecuentemente muchos hombres se ponen como meta de su vida y de su acción: el dinero, el éxito, el egoísmo, el bienestar. Pero los jóvenes peregrinos del escenario han visto que a la larga esto no satisface al hombre. Estas cosas no pueden llenar el corazón humano.

1.3. ¿Qué buscáis, peregrinos? Esta pregunta nos la tenemos que hacer todos aquí. Sobre todo vosotros, queridos jóvenes, que tenéis ahora la vida por delante. Os invito a decidir de forma definitiva la dirección de vuestro camino. Con las mismas palabras de Cristo os pregunto: «¿Qué buscáis?» (Jn 1, 38). ¿Buscáis a Dios?

La tradición espiritual del cristianismo no sólo subraya la importancia de nuestra búsqueda de Dios. Resalta algo todavía más importante: es Dios quien nos busca. Él nos sale al encuentro.

Nuestro camino de Compostela significa querer dar una respuesta a nuestras necesidades, a nuestros interrogantes, a nuestra «búsqueda» y también salir al encuentro de Dios que nos busca con un amor tan grande que difícilmente logramos entender.

1.4. Este encuentro con Dios se realiza en Jesucristo. En El, que ha dado la vida por nosotros, en su humanidad, experimentamos el amor que Dios nos tiene. «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16).

Y al igual que Jesús llamó a Santiago y a los otros Apóstoles también nos llama a cada uno de nosotros. Cada uno de nosotros, aquí, en Santiago, tiene que entender y creer: «Dios me llama, Dios me envía». Desde la eternidad Dios ha pensado en nosotros y nos ha amado como personas únicas e irrepitibles. Él nos llama y su llamada se realiza a través de la persona de Jesucristo que nos dice, como ha dicho a los Apóstoles: «Ven y sígueme». ¡Él es el Camino que nos conduce al Padre!

Pero hay que reconocer que nosotros no tenemos ni la fuerza; ni la constancia, ni la pureza de corazón suficiente para seguir a Dios con toda nuestra vida y con todo nuestro corazón. Pidámosle a María, Ella que ha sido la primera en seguir el camino de su Hijo, que interceda por nosotros.

Jesús desea acompañarnos, como acompañó a los discípulos en el camino de Emaús. El nos indica la dirección del camino a seguir. El nos da la fuerza. Al volver a casa, al igual que los discípulos del relato evangélico, podremos decir que nuestro corazón ardía cuando nos hablaba en el camino y que le hemos reconocido al partir el pan (cf. Lc 24, 22.25). Será el momento de presentarnos a nuestros hermanos, sobre todo a los demás jóvenes, como testigos. ¡Sí! ¡Testigos del amor de Dios y de su esperanza de salvación!

¿Dónde está la verdad?

2.1. «Buscamos la verdad». Estas palabras de la última canción tienen que resonar en nuestros corazones. Es el sentido más profundo del camino de Santiago: buscar la verdad y proclamarla.

¿Dónde está la verdad? «¿Qué es la verdad?» (Jn 18, 38). Antes que vosotros y vosotras hubo un hombre que hizo esta misma pregunta a Jesús.

En la representación hemos visto tres de las respuestas que el mundo da a estas preguntas. La primera, es poner todo nuestro anhelo en la satisfacción plena e inmediata de los sentidos, una búsqueda continua de los placeres de la vida. Ante esto, los peregrinos han contestado: «nos hemos divertido, pero... continuamos vacíos».

Tampoco la segunda respuesta, la de los violentos que ponen todo su interés en el poder y en el dominio sobre los demás, ha sido válida para nuestros peregrinos del segundo cuadro. Esta respuesta no sólo conduce a la destrucción de la dignidad del otro –hermano o hermana– sino también a la propia destrucción. Algunas experiencias de este siglo, y también de nuestros días, nos muestran claramente cómo acaban los que ponen su meta en el poder y el dominio.

La tercera respuesta, representada por los drogadictos, busca la liberación y autorrealización mediante la evasión de la realidad. Es la triste experiencia de tantas personas, entre las cuales se hallan muchos coetáneos vuestros que siguen este camino u otros similares, y que en lugar de llevarlos a la libertad, los hace esclavos hasta conducirlos a la autodestrucción.

2.2. Estoy seguro de que a vosotros, como a casi todos los jóvenes de hoy, os preocupa la contaminación del aire y de los mares, es decir, la problemática de la ecología. Os indigna el mal uso de los recursos de la tierra y creciente destrucción del medio ambiente. Y tenéis razón. Hay que actuar, de forma coordinada y responsable, para cambiar esta situación antes de que nuestro planeta sufra daños irreversibles.

Pero, queridos jóvenes, también hay una contaminación de las ideas y de las costumbres que puede conducir a la destrucción del hombre. Esta contaminación es el pecado, de donde nace la mentira.

La verdad y la mentira. Tenemos que reconocer que muchas veces la mentira se nos presenta como verdad. Por eso es necesario discernir para reconocer la verdad, la Palabra que viene de Dios, y rechazar las tentaciones que vienen del «padre de la mentira». Me refiero al pecado,

que es la negación de Dios, el rechazo de la luz. Como dice el Evangelio de Juan: «la luz verdadera» estaba en el mundo «y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció» (Jn 1, 9-10).

La tragedia de Pilato

2.3. «En la raíz del pecado humano está la mentira como radical rechazo de la verdad contenida en el Verbo del Padre, mediante el cual se expresa la amorosa omnipotencia del Creador: la omnipotencia y a la vez el amor de Dios Padre, creador de cielo y tierra» (Dominum et Vivificantem n. 33).

«La verdad contenida en el Verbo del Padre». Esto es lo que queremos decir cuando reconocemos a Jesucristo como la Verdad. «¿Qué es la verdad?», le preguntaba Pilato. La tragedia de Pilato era que la Verdad estaba frente a él, en la persona de Jesucristo, y no era capaz de reconocerla.

Queridos jóvenes: esta tragedia no debe darse en nuestra vida. Cristo es el centro de la fe cristiana; una fe que la Iglesia proclama hoy, como ha hecho siempre, a todos los hombres y mujeres: Dios se hizo hombre. «Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros» (Jn 1, 14). Los ojos de la fe ven en Jesucristo lo que el hombre puede ser y cómo Dios quiere que sea. Al mismo tiempo Jesús nos revela el amor del Padre.

2.4. Como he escrito en el Mensaje para esta Jornada Mundial de la Juventud, la verdad es la exigencia más profunda del espíritu humano. Sobre todo vosotros y vosotras debéis tener sed de la verdad sobre Dios, sobre el hombre, sobre la vida y el mundo.

Pero la Verdad es Jesucristo. ¡Amad la Verdad! ¡Vivid en la Verdad! Llevad la Verdad al mundo. ¡Sed testigos de la Verdad! Jesús es la Verdad que salva; es la Verdad completa a la que nos guiará el Espíritu de la Verdad (cf. Jn 16, 13).

Queridos jóvenes: busquemos la verdad sobre Cristo, sobre su Iglesia. Pero seamos coherentes; amemos la verdad, vivamos en la verdad, proclamemos la verdad. ¡Oh Cristo, enséñanos la Verdad! ¡Sé Tú, para nosotros, la única Verdad!

¿En qué consiste la vida?

3.1. Por último, queridísimos jóvenes, Cristo es la Vida. Estoy seguro de que cada uno de vosotros ama la vida, no la muerte. Deseáis vivir la vida en plenitud, animados por la esperanza, que nace de un proyecto de amplias perspectivas.

Es justo que tengáis sed de vida, de vida plena. Sois jóvenes precisamente por esto. Pero, ¿en qué consiste la vida? ¿Cuál es el sentido de la vida y cuál es el modo mejor para actuarlo? Hace poco habéis cantado con entusiasmo: «Somos peregrinos de la vida, caminantes unidos para amar». ¿No está aquí la base para la respuesta que buscáis?

La fe cristiana establece un vínculo profundo entre amor y vida. En el Evangelio de Juan leemos: «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16). El amor de Dios nos lleva a la vida, y este amor y esta vida se hacen realidad en Jesucristo. El es el amor encarnado del Padre; en El «se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres» (Tt 3, 4).

Cristo, queridísimos jóvenes, es pues, el único interlocutor competente al que se pueden plantear las preguntas esenciales sobre el valor y sobre el sentido de la vida: no sólo de la vida sana y feliz, sino también de la vida cargada con el sufrimiento, cuando esté marcada por alguna invalidez física o por situaciones de malestar familiar y social. Sí, Cristo es el único interlocutor competente, también para las preguntas dramáticas, que se pueden formular más con gemidos que con palabras. ¡Preguntadle, escuchadle!

El sentido de la vida, os dirá El, está en el amor. Sólo quien sabe amar hasta olvidarse de sí mismo para darse al hermano realiza plenamente la propia vida y expresa en el grado máximo el valor de la propia existencia terrena. Es la paradoja evangélica de la vida que se rescata perdiéndose (cf. Jn 12, 25), una paradoja que halla su luz plena en el misterio de Cristo muerto y resucitado por nosotros.

3.2. Queridos jóvenes, en la dimensión de don se presenta la perspectiva madura de una vocación humana y cristiana. Esto es importante sobre todo para la vocación religiosa, en la que un hombre o una mujer, mediante la profesión de los consejos evangélicos, hace suyo el programa que Cristo mismo realizó sobre la tierra para el Reino de Dios. Ellos se comprometen a dar un testimonio particular del amor de Dios por encima de todo y, recuerdan a cada uno la llamada común a la unión con Dios en la eternidad.

El mundo actual necesita como nunca estos testimonios, porque muy a menudo está tan ocupado en las cosas de la tierra que olvida las del cielo.

Quiero recordar aquí de modo particular a las 400 jóvenes religiosas de vida contemplativa de España, que me han manifestado sus deseos

de estar presentes en este encuentro. Sé ciertamente que están muy unidas a todos nosotros a través de la oración en el silencio del claustro. Hace siete años, muchas de ellas asistieron al encuentro que tuve con los jóvenes en el Estadio Santiago Bernabéu de Madrid. Después, respondiendo generosamente a la llamada de Cristo, le han seguido de por vida. Ahora se dedican a rezar por la Iglesia, pero sobre todo por vosotros y vosotras, jóvenes, para que sepáis responder también con generosidad a la llamada de Jesús.

Con profundo gozo me es grato presentaros también, como modelo de seguimiento a Cristo, la encomiable figura del Siervo de Dios Rafael Arnáiz Barón, oblato trapense fallecido a los 27 años de edad en la abadía de San Isidro de Dueñas (Palencia). De él se ha dicho justamente que vivió y murió «con un corazón alegre y con mucho amor a Dios». Fue un joven, como muchos de vosotros y de vosotras, que acogió la llamada de Cristo y le siguió con decisión.

3.3. Sin embargo, jóvenes que me escucháis, la llamada de Cristo no se dirige sólo a religiosas, religiosos y sacerdotes. Él llama a todos; llama también a quien, sostenido por el amor, se encamina a la meta del matrimonio. Efectivamente, es Dios quien ha creado el ser humano, hombre y mujer, introduciendo así en la historia aquella singular «duplicidad», gracias a la cual el hombre y la mujer, aún en su sustancial igualdad de derechos, se caracterizan por aquella maravillosa complementariedad de sus atributos, que fecunda su recíproca atracción. En el amor que brota del encuentro de la masculinidad con la feminidad se encarna la llamada de Dios mismo, que ha creado al hombre «a su imagen y semejanza» precisamente como «hombre y mujer». Esta llamada Cristo la ha hecho propia, enriqueciéndola con nuevos valores en la Alianza definitiva establecida en la cruz. Pues bien, queridos jóvenes, en el amor de todo bautizado El pide que se pueda expresar su amor hacia la Iglesia, por la cual se sacrificó a Sí mismo a fin de «presentársela resplandeciente a sí mismo sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada» (Ef 5, 27).

Queridísimos jóvenes: a cada uno de vosotros, como aquel coetáneo vuestro del que nos habla el Evangelio (cf. Mt 19, 16-22), Cristo re nueva su invitación: «Sígueme». Algunas veces esa palabra significa: «Te llamo a un amor total hacia mí»; pero muy frecuentemente con ella Jesús quiere decir: «Sígueme a mí que soy el Esposo de la Iglesia; aprende amar a tu esposa, a tu esposo, como yo he amado a la Iglesia». Hazte

partícipe también tú de ese misterio, de ese sacramento del que se dice en la Carta a los Efesios que es «grande»: grande precisamente «respecto Cristo y la Iglesia» (Ef 5, 32).

Jóvenes que me escucháis: Cristo desea enseñaros la maravillosa riqueza del amor conyugal. Dejad que Él hable a vuestro corazón. No huyáis de Él. Él tiene algo importante que deciros para el futuro de vuestro amor. Sobre todo con la gracia del sacramento, Él tiene algo decisivo que daros para que vuestro amor tenga en sí la fuerza necesaria para superar las pruebas de la existencia.

Muchas voces a nuestro alrededor hablan hoy un lenguaje distinto al de Cristo, proponiendo modelos de comportamiento que, en nombre de una «modernidad» libre de «complejos» o de «tabúes» –como se suele decir– reducen el amor a experiencia pasajera de gratificación personal o incluso de mero goce sexual. A quien sabe mirar con ojo libre de prejuicios este género de relaciones, no es difícil descubrir detrás de oropel de las palabras la realidad engañosa de una actitud egoísta, que mira principalmente a su propio interés. El otro ya no es reconocido en su dignidad de sujeto, sin que es rebajado al rango de objeto del que se dispone según criterios inspirados no en los valores sino en el interés.

El mismo hijo, que debería ser el fruto vivo del amor de los padres que en él se encarna y en cierto modo se trasciende y perpetúa, acabe por sentirse como una cosa, que se tiene derecho de querer o de rechazar según el propio estado de ánimo subjetivo.

¿Cómo no reconocer en todo esto la polilla de una mentalidad consumista que lentamente ha vaciado el amor de aquel contenido trascendente en que se manifiesta una chispa del fuego que arde en el corazón mismo de la Trinidad santísima? Es preciso hacer que el amor vuelva a esta su fuente eterna, si se quiere que siga generando satisfacción verdadera, gozo y vida.

A vosotros, jóvenes, os corresponde la tarea de haceros en medio del mundo testigos de la verdad acerca del amor. Es una verdad exigente, que con frecuencia contrasta con las opiniones y con los «slogans» corrientes. Pero ¿es la única verdad digna de seres humanos, llamados a formar parte de la familia de Dios!

¿Qué quiere Jesús de mí?

4.1. Vosotros y vosotras habéis venido a este Monte del Gozo, llenos de ilusión y de confianza, dejando a un lado las insidias del mundo, para encontrar verdaderamente a Jesús, «el Camino, la Verdad

y la Vida», el cual os invita a todos a seguirlo con amor. Es una llamada universal, que no tiene en cuenta el color de la piel, la condición social o la edad. En esta noche, tan emotiva por su significado religioso, fraternidad y alegría juvenil, Cristo Amigo está en medio de la asamblea para preguntares personalmente si queréis seguir decididamente el camino que Él os muestra, si estáis dispuestos a aceptar su Verdad, su Mensaje de salvación, si deseáis vivir plenamente el ideal cristiano.

Es una decisión que debéis tomar sin miedo. Dios os ayudará, os dará su luz y su fuerza, para que sepáis responder con generosidad a su llamada. Llamada a una vida cristiana total.

¡Responded a la llamada de Jesucristo y seguidle!

4.2. Pero, más de uno de vosotros y vosotras se estará preguntando: ¿Qué quiere Jesús de mí? ¿A qué me llama? ¿Cuál es el sentido de su llamada para mí?

Para la gran mayoría de vosotros el amor humano se presenta como una forma de autorrealización en la formación de una familia. Por eso, en el nombre de Cristo deseo preguntaron:

¿Estáis dispuestos a seguir la llamada de Cristo a través del sacramento del matrimonio, para ser procreadores de nuevas vidas, formadores de nuevos peregrinos hacia la ciudad celeste?

En la historia de la salvación, el matrimonio cristiano es un misterio de fe. La familia es un misterio de amor, al colaborar directamente en la obra creadora de Dios. Amadísimos jóvenes, un gran sector de la sociedad no acepta las enseñanzas de Cristo y, en consecuencia, toma otros derroteros: el hedonismo, el divorcio, el aborto, el control de la natalidad y los medios de contracepción. Estas formas de entender la vida están en claro contraste con la Ley de Dios y las enseñanzas de la Iglesia. Seguir fielmente a Cristo quiere decir poner en práctica el mensaje evangélico, que implica también la castidad, la defensa de la vida, así como la indisolubilidad del vínculo matrimonial, que no es un mero contrato que se pueda romper arbitrariamente.

Viviendo en el «permisivismo» del mundo moderno, que niega o minimiza la autenticidad de los principios cristianos, es fácil y atrayente respirar esta mentalidad contaminada y sucumbir al deseo pasajero. Pero tened en cuenta que los que actúan de este modo no siguen ni aman a Cristo. Amar significa caminar juntos en la misma dirección hacia Dios, que es el origen del Amor. En esta dimensión cristiana, el amor es más

fuerte que la muerte, porque nos prepara a acoger la vida, a protegerla y defenderla desde el seno materno hasta la muerte. Por eso os pregunto nuevamente:

¿Estáis dispuestos y dispuestas a salvaguardar la vida humana con el máximo cuidado en todos los instantes, aún en los más difíciles? ¿Estáis dispuestos, como jóvenes cristianos, a vivir y defender el amor a través del matrimonio indisoluble, a proteger la estabilidad de la familia que favorece la educación equilibrada de los hijos, al amparo del amor paterno y materno que se complementan mutuamente?

Este es el testimonio cristiano que se espera de la mayoría de vosotros y vosotras, jóvenes. Ser cristiano significa dar testimonio de la verdad cristiana; y hoy, particularmente, es poner en práctica el sentido auténtico que Cristo y la Iglesia dan a la vida y a la plena realización del joven y de la joven a través del matrimonio y de la familia.

4.3. Sí, mis queridos jóvenes, Cristo os llama no sólo a caminar con El en esta peregrinación de la vida. Él os envía en su lugar para ser mensajeros de la verdad, para ser sus testigos en el mundo, concretamente, ante los demás jóvenes como vosotros, porque muchos de ellos hoy, en el mundo entero, están buscando el camino, la verdad y la vida, pero no saben a dónde ir.

«Ha llegado la hora de emprender una nueva evangelización» (Christífideles laici n. 34), y vosotros no podéis faltar a esta llamada urgente. En este lugar dedicado a Santiago, el primero de los Apóstoles que dio testimonio de la fe con el martirio, comprometámonos a acoger el mandato de Cristo: «seréis mis testigos... hasta los confines de la tierra» (Hch 1, 8).

¿Qué significa dar testimonio de Cristo? Significa sencillamente vivir según el Evangelio: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente... Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 22, 37.39).

El cristiano está llamado a servir a los hermanos y a la sociedad, a promover y sostener la dignidad de cada ser humano, a respetar, defender y favorecer los derechos de la persona, a ser constructor de una paz duradera y auténtica, basada en la fraternidad, la libertad, la justicia y la verdad.

A pesar de las sorprendentes posibilidades ofrecidas a la humanidad por la tecnología moderna, existe todavía tanta pobreza y miseria en la sociedad. En muchas partes del mundo las personas viven amenazadas

por la violencia, el terrorismo e incluso la guerra. Nuestro pensamiento se dirige una vez más al Líbano y a otros países del Medio Oriente, así como a todos los pueblos y regiones donde hay guerra y violencia.

Es urgente la necesidad de contar con enviados de Cristo, mensajeros cristianos. Vosotros y vosotras, queridos jóvenes, sois estos enviados y mensajeros para el futuro.

4.4. La llamada de Cristo lleva por un camino que no es fácil de recorrer, porque puede llevar incluso a la cruz. Pero no hay otro camino que lleve a la verdad y dé la vida. Sin embargo, no estamos solos en este camino. María con su FIAT abrió un camino nuevo a la humanidad. Ella, por su aceptación y entrega total a la misión de su Hijo, es prototipo de toda vocación cristiana. Ella caminará con nosotros, será nuestra compañera de viaje, y con su ayuda podremos seguir la vocación que Cristo nos ofrece.

Queridos jóvenes, pongámonos en camino con María; comprometámonos a seguir a Cristo, Camino, Verdad y Vida. Así seremos ardientes mensajeros de la nueva evangelización y generosos constructores de la civilización del amor.

HOMILÍA pronunciada en la Misa en el Monte del Gozo el domingo, 20 de agosto de 1989.

1. «*Vendrán pueblos y habitantes de grandes ciudades, y los de una ciudad irán a otra, diciendo: Vayamos a implorar al Señor, a consultar al Señor de los ejércitos*» (Za 8, 20-21).

¡Saludo cordialmente a todos los presentes!

¡Habitantes de numerosas ciudades! ¡Representantes de muchos pueblos y naciones! Llegados aquí no sólo de Galicia, de España entera, de toda Europa, desde el Atlántico hasta los Urales, sino también de América del Norte y de América Latina, del Oriente Medio, de África, de Asia y de Oceanía.

Asimismo, me es grato saludar a los jóvenes que han venido de tantas comunidades parroquiales y diocesanas, movimientos y grupos de la Iglesia de Dios.

Saludo a los jóvenes presentes en esta celebración eucarística y a todos vuestros coetáneos, dondequiera que se encuentren.

Os he invitado a esta peregrinación con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud del Año del Señor 1989. Os agradezco vivamente vuestra presencia.



Varias imágenes de la visita de Juan Pablo II a Santiago de Compostela.

2. *Este lagar está unido a la memoria del Apóstol de Jesucristo.* Uno de los dos hermanos Zebedeos: *Santiago, hermano de Juan*. Por el Evangelio conocemos el nombre de su padre y conocemos también a su madre. Sabemos que ella intervino ante Jesús en favor de sus hijos: «que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda» (Mt 20, 21).

La madre se preocupó por asegurar el futuro de sus hijos. Observaba todo lo que Jesús hacía: había visto el poder divino que acompañaba a su misión. Creía ciertamente que El era el Mesías anunciado por los profetas. El Mesías que iba a restablecer el reino de Israel (cf. Hch 1, 6).

No hay que maravillarse de la actitud de esta madre. No hay que maravillarse de una hija de Israel que amaba a su pueblo. Y amaba a sus hijos. *Deseaba para ellos lo que consideraba un bien.*

3. He aquí a Santiago, hijo de Zebedeo, pescador como su padre y su hermano; hijo de una madre decidida.

Santiago siguió a Jesús de Nazaret cuando el Maestro, respondiendo a la pregunta de su madre, les dijo: «¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?» (Mt 20, 22). Santiago y su hermano Juan respondieron sin dudar: «Lo somos» (*ib.*).

Esta no es una respuesta calculada, sino llena de confianza.

Santiago no sabía aún, y en todo caso no lo sabía totalmente, *qué significaba este «cáliz»*. Cristo hablaba del cáliz que El mismo había de beber: el cáliz que había recibido del Padre.

Llegó el momento en que Cristo *llevó a cabo lo que había anunciado antes*: bebió hasta la última gota el cáliz que el Padre le había dado.

Verdaderamente, en el Gólgota Santiago no estaba con su Maestro. Tampoco estaban Pedro ni los demás Apóstoles. Junto a la Madre de Cristo permaneció únicamente Juan; solamente él.

Sin embargo, *más tarde todos comprendieron* —y Santiago comprendió— *la verdad sobre el «cáliz»*. Comprendió que Cristo había de beberlo hasta la última gota. Comprendió que era necesario que sufriera todo eso; que sufriera la muerte de cruz...

Cristo, en efecto, el Hijo de Dios, «no ha venido para que le sirvan, sino para dar su vida en rescate por muchos» (Mt 20, 28).

¡Cristo es el servidor de la Redención humana!

Por esto: «el que quiera ser grande de entre vosotros, que sea vuestro servidor» (Mt 20, 26).

4. A través de los siglos *gente* de muchas ciudades y de muchas naciones *ha venido en peregrinación* hasta aquí; hasta el Apóstol al que Cristo había dicho: «mi cáliz lo beberás».

Han peregrinado los jóvenes *para aprender* junto a la tumba del Apóstol aquella verdad evangélica: «*el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor*».

En estas palabras se encuentra el *criterio esencial de la grandeza del hombre*. Este criterio es nuevo Así fue en tiempos de Cristo y lo sigue siendo después de dos mil años.

Este criterio es nuevo. Supone una transformación, *una renovación de los criterios con que se guía el mundo*. «Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros» (Mt 20, 25-26).

El criterio con el que se guía el mundo es el criterio del *éxito*. Tener el poder... Tener el poder económico para hacer ver la dependencia de los demás. *Tener el poder cultural para manipular las conciencias*. ¡Usar... y abusar!

Tal es el «*espíritu de este mundo*».

¿Quiere esto decir acaso que el poder en sí mismo es malo? ¿Quiere esto decir que la economía –la iniciativa económica– es en sí misma mala?

¡No! De ninguna manera. *Una y otra cosa pueden ser también un modo de servir*. *Este es el espíritu de Cristo, la verdad del Evangelio*. Esta verdad y este espíritu están expresados en la Catedral de Santiago de Compostela por el Apóstol, que –según el deseo de su madre– debía ser el primero, pero –siguiendo a Cristo– se convirtió en servidor.

5. ¿Por qué estáis aquí vosotros jóvenes de los años noventa y del siglo veinte? ¿No sentís acaso también *dentro de vosotros «el espíritu de este mundo»*, en la medida en que esta época, rica en medios del uso y del abuso, *lucha contra el espíritu del Evangelio*?

¿No venís aquí tal vez para convenceros definitivamente de que «*ser grandes*» quiere decir «*servir*»? Pero... ¿*estáis dispuestos a beber aquel cáliz? ¿Estáis dispuestos a dejaros penetrar por el cuerpo y sangre de Cristo, para morir al hombre viejo que hay en nosotros y resucitar con El? ¿Sentís la fuerza del Señor para hacerlos cargo de vuestros sacrificios, sufrimientos y «cruces» que pesan sobre los jóvenes desorientados acerca del sentido de la vida, manipulados por el poder, desocupados, hambrientos, sumergidos en la droga y*

la violencia, esclavos del erotismo que se propaga por doquier...? Sabed que el yugo de Cristo es suave... Y que sólo en El tendremos el ciento por uno, aquí y ahora, y después la vida eterna.

6. ¿Por qué estáis aquí vosotros, jóvenes de los años noventa y del siglo veinte? ¿No sentís también dentro de vosotros «el espíritu de este mundo»? ¿No venís tal vez –vuelvo a decirlo– para convenceros definitivamente de que «ser grandes» quiere decir «servir»? Este «servicio» no es ciertamente un mero sentimiento humanitario. Ni la comunidad de los discípulos de Cristo es una agencia de voluntariado y de ayuda social. Un servicio de esta índole quedaría reducido al horizonte de «espíritu de este mundo». ¡No! Se trata de mucho más. La radicalidad, la calidad y el destino del «servicio», al que todos somos llamados, se encuadra en el misterio de la Redención del hombre. Porque hemos sido criados, hemos sido llamados, hemos sido destinados, ante todo y sobre todo, a servir a Dios, a imagen y semejanza de Cristo que, como Señor de todo lo creado, centro del cosmos y de la historia, manifestó su realeza mediante la obediencia hasta la muerte, habiendo sido glorificado en la Resurrección (cf. *Lumen gentium* n. 36). El reino de Dios se realiza a través de este «servicio», que es plenitud y medida de todo servicio humano. No actúa con el criterio de los hombres mediante el poder, la fuerza y el dinero. Nos pide a cada uno de nosotros la total disponibilidad de seguir a Cristo, el cual «no vino a ser servido sino a servir».

Os invito, queridos amigos, a descubrir vuestra vocación real para colaborar en la difusión de este Reino de la verdad y la vida, de la santidad y la gracia, de la justicia, el amor y la paz. Si de veras deseáis servir a vuestros hermanos, dejad que Cristo reine en vuestros corazones, que os ayude a discernir y crecer en el dominio de vosotros mismos, que os fortalezca en las virtudes, que os llene sobre todo de su caridad, que os lleve por el camino que conduce a la «condición del hombre perfecto» ¡No tengáis miedo a ser santos! Esta es la libertad con la que Cristo nos ha liberado (cf. *Gál* 5, 1). No como la prometen con ilusión y engaño los poderes de este mundo: una autonomía total, una ruptura de toda pertenencia en cuanto criaturas e hijos, una afirmación de autosuficiencia, que nos deja indefensos ante nuestros límites y debilidades, solos en la cárcel de nuestro egoísmo, esclavos del «espíritu de este mundo», condenados a la «servidumbre de la corrupción» (*Rm* 8, 21).

Por esto, pido al Señor que os ayude a crecer en esta «libertad real» como criterio básico e iluminador de juicio y de elección en la vida. Esa

misma libertad orientará vuestro comportamiento moral en la verdad y en la caridad. Os ayudará a descubrir el amor auténtico, no deteriorado por un permisivismo alienante y deletéreo. Os hará personas abiertas a una eventual llamada a la donación total en el sacerdocio o en la vida consagrada. Os hará crecer en humanidad mediante el estudio y el trabajo. Animará vuestras obras de solidaridad y vuestro servicio a los necesitados en el cuerpo y en el alma. Os convertirá en «señores» para servir mejor y no ser «esclavos», víctimas y seguidores de los modelos dominantes en las actitudes y formas de comportamiento.

7. Servir: *ser hombre para los demás.*

Esta es también la verdad que el Apóstol Pablo enseña de modo muy elocuente en la segunda lectura de la liturgia de este día.

«No os estiméis en más de lo que conviene, *sino estimaos moderadamente, según la medida de la fe que Dios otorgó a cada uno*» (Rm 12, 3).

Y el Apóstol añade: «los dones que poseemos son *diferentes*» (Rm 12,6).

¡Sí! Es necesario conocer bien qué dones te ha concedido Dios en Cristo. Es menester *conocer bien el don recibido, para saber darlo a los demás.* Para contribuir al bien común.

Sí. Es necesario conocer bien qué dones te ha concedido Dios en Cristo. Es necesario conocer bien el don recibido *en la propia experiencia de vida familiar y parroquial, en la participación asociativa, en el florecimiento carismático de los movimientos, para saber darlo a los demás. Para enriquecer así la comunión y el impulso misionero de la Iglesia. Para ser testigos de Cristo en el barrio y en la escuela, en la universidad y en la fábrica, en los lugares de trabajo y de diversión... Para contribuir al bien común, como servidores de experiencias de crecimiento en humanidad; experiencias de dignidad y solidaridad, en las que los jóvenes sean auténticos protagonistas de formas de vida más humanas.*

8. Así enseña el Apóstol. Y lo que dice no es una mera enseñanza, sino una ferviente llamada. «*Que vuestra caridad no sea una farsa; aborreced lo malo y apegaos a lo bueno; como buenos hermanos, sed cariñosos unos con los otros, estimando a los demás más que a uno mismo. En la actividad, no seáis descuidados; en el espíritu, manteneos ardientes. Servid constantemente al Señor. Que la esperanza os tenga alegres: estad firmes en la tribulación, sed asiduos en la oración, contribuid en las necesidades del Pueblo de Dios; practicad la hospitalidad*» (Rm 12, 9-13).

¿No lo dice él tal vez particularmente a vosotros, a los jóvenes?

¿Vuestro ser jóvenes no es *sensible precisamente a este programa de vida y de comportamiento*, a este mundo de los valores?

¿No se abre hacia este mundo? Y si, por casualidad, siente las resistencias que vienen de dentro, o bien de fuera, ¿no está vuestro ser jóvenes dispuesto a luchar precisamente por semejante «forma» de vida?

Esta forma ha sido dada a la vida humana por Cristo. El sabe lo que hay dentro del hombre (cf. *Jn 2, 25*).

«Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (*Gaudium et spes*, n. 22).

¡Queridos jóvenes, dejaos prender por él! Sólo Cristo es el camino, la verdad y la vida como, en la admirable síntesis evangélica, proclama el lema de nuestra Jornada Mundial.

El Monte del Gozo, donde se juntaban los peregrinos, nos hace recordar una de las características más hermosas de Santiago y de su Camino: la universalidad.

Os invito a que os sigáis manteniendo, como siempre lo hicisteis, en los vínculos de la catolicidad.

9. Habéis venido en peregrinación hasta aquí, a la tumba del Apóstol, el cual puede *confirmar de primera mano, por decirlo así, la verdad sobre la vocación del hombre*, cuyo punto de referencia es Cristo. Venís para *encontrar vuestra propia vocación*.

Os acercáis al altar para ofrecer, con el pan y el vino, vuestra juventud, la búsqueda de la verdad, así como lo bueno y lo bello que hay en vosotros.

Toda esta *inquietud creativa*.

Todos los sufrimientos de vuestros corazones jóvenes.

10. Estando en medio de vosotros, quiero decir con el Salmista: He aquí que «la tierra ha dado su cosecha» (*Sal 66/67, 7*), el fruto más precioso: el hombre, la juventud humana. Resplandezca ante vosotros el rostro de Dios, que se refleja en el rostro humano de Cristo, Redentor del hombre.

«Alégrense y exulten las gentes» (*Sal 67/66, 5*).

Que vuestros coetáneos, al contemplar vuestra peregrinación, puedan exclamar: «*Queremos ir con vosotros, pues hemos oído que Dios está con vosotros*» (*Za 8, 23*).

Esto os desea el Papa, el Obispo de Roma, que ha participado con vosotros en esta peregrinación a *Santiago de Compostela*.

ÁNGELUS

“*Respice stellam, voca Mariam!*”.

¡*Mira la estrella, invoca a María!*

Como epílogo de esta *IV Jornada Mundial de la Juventud*, vamos a recitar ahora la hermosa plegaria mariana del *Ángelus*. Con ella encomendamos a la Madre celestial las intenciones y los propósitos que han acompañado nuestra peregrinación a esta hospitalaria ciudad de Santiago de Compostela.

1. Amadísimos jóvenes: Habéis venido, en gran número, de tantas naciones y pueblos. Muchos de vosotros, con enorme sacrificio. Deseo agradeceros de corazón este gesto. Pero este obligado agradecimiento quiero extenderlo también a vuestros seres queridos, que os han permitido emprender la *ruta jacobea* y el camino a Santiago, así como a los organizadores de las diversas manifestaciones y actividades. ¡Gracias, muchas gracias a todos!

2. Os invito ahora a dirigir vuestro corazón y vuestra mirada a la Bienaventurada Virgen María, guía y faro resplandeciente en el mar de la vida. Dentro de unos instantes, vamos a invocarla todos juntos, con serena confianza, para que confirme nuestros deseos, cuando está a punto de concluirse este importante encuentro, junto a la *memoria* del Apóstol Santiago. Esta peregrinación debe reforzar en nuestro interior, con la ayuda maternal de la “Estrella de la mañana”, la “nueva mañana” que la humanidad anhela incesantemente, la firme convicción de que Jesucristo es “el Camino, la Verdad y la Vida”. Sólo Él da sentido pleno a la historia humana.

María, *la creyente por antonomasia*, es “tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo” (*Lumen gentium*, 63). De ahí que la figura singular de la Virgen sea ejemplo para todos los fieles, de modo especial para vosotros, queridos jóvenes. Nuestra Señora es propuesta por la Iglesia *como modelo* de vida; una vida en función de la voluntad de Dios. Su peregrinación por el camino de la existencia terrena fue un “sí” decidido, total y responsable a las indicaciones del Señor. Recordemos Nazaret, Belén, la huida a Egipto, Caná de Galilea, el Gólgota, Pentecostés en el Cenáculo de Jerusalén. Son etapas de una peregrinación llevada a cabo con profunda fe. ¡Dichosa eres tú, María, porque has creído..., por eso todas las generaciones te llamarán bienaventurada! (cf. *Lc* 1, 45. 48).

Vosotros y vosotras os habéis decidido a seguir a Jesús, el Hijo de Dios. ¡Cuántas veces la Madre nos ha llevado amorosamente a su Hijo! ¡Por María a Jesús! La Virgen, desde el cielo, os mira con cariño y os protege en los avatares de la vida. ¡Madre de la humanidad redimida, ejemplo de amor, de abnegación y de servicio, haz que estos hijos tuyos que te aclaman como Madre, después de la peregrinación terrena, sean dignos de estar contigo en el Reino de la Vida!

Es cada vez más necesario que incluso en los lugares más apartados de la tierra se den testigos, *testigos jóvenes*, del Evangelio, sin miedo o temor a las situaciones y a las circunstancias adversas, que sepan vivir coherentemente las exigencias de la fe, con la mirada fija en la santificación personal y en el ejercicio de la caridad fraterna.

Que esta *Jornada* os estimule a colaborar decididamente en el designio salvífico de Dios, en un mundo religiosamente secularizado y socialmente fragmentado, para que la Buena Nueva de salvación llegue a todos los hombres. ¡Proclamad con decisión la Verdad única de Cristo!

3. “*Respice stellam, voca Mariam!*”.

¡*Mira la estrella, invoca a María!*

Que la Virgen sea ahora y siempre vuestra estrella y protección. Amadla como Madre que es. ¡Madre de Cristo y Madre nuestra! Y que el Señor Santiago haga de vosotros y de vosotras testigos fieles y decididos; testigos de perdón, de paz y de misericordia; testigos que prefieren construir sobre el cimiento sólido del amor y de la bondad; testigos que aguardan con paciente y, a veces, doliente confianza la venida del Señor. ¡Madre de todos los hombres enseñanos a decir AMÉN!

Cuando el Papa San Juan Pablo II pronunciaba estos discursos en el verano de 1989, se produjeron las primeras grietas en el “telón de acero”, el muro que había dividido a Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Por las fronteras de Hungría y de Austria los ciudadanos del Centro y del Este de Europa escapaban hacia el oeste.

El día 9 de noviembre de 1989, las autoridades comunistas no pudieron contener aquel éxodo en busca de la libertad, y se anunció, a través de las radios y las televisiones de la República Federal Alemana y de Berlín Oeste: “¡El muro está abierto!”, lo que provocó que miles de berlineses se presentaran en los puestos de control de las fronteras y exigieran pasar al otro lado. Cuando se conoció la noticia de la apertura del muro se interrumpió la sesión vespertina del Bundestag en Bonn, los diputados entonaron espontáneamente el himno de



Catedral de Santa María la Real de la Almudena.



Virgen de la Almudena.

Alemania y los berlineses de un lado y de otro empezaron a derribar el muro con picos, martillos, incluso con las manos, bajo los acordes del violoncelo de Mstislav Rostropovitch, que acudió para animar a los que lo demolían. La espontaneidad, la alegría y la música recuerdan la caída de las murallas de Jericó al son de las trompetas.

El día 9 de noviembre se celebra también la festividad de la Dedicación de la Basílica de Letrán de Roma, uno de los primeros templos cristianos que se pudieron erigir después de las persecuciones, que fue consagrada por el Papa Silvestre el 9 de noviembre del año 324, y fue llamada “Madre, Cabeza de todas las Iglesias de Roma y de todo el mundo (Urbi et orbe)”, como signo de amor y de unidad con la Cátedra de San Pedro.

El día 9 de noviembre se conmemora en Madrid el hallazgo, el año 1085, de la imagen de Santa María la Real de la Almudena, venerada como Patrona de Madrid, cuya Catedral, una de las más modernas del mundo, fue consagrada por el Papa San Juan Pablo II el 15 de junio de 1993.

V JMJ

ROMA, 8 DE ABRIL DE 1990

Tema: “*Yo soy la vid, vosotros los sarmientos*” (Jn 15, 5)

El Domingo de Ramos, 8 de abril de 1990, la Cruz fue llevada a la V Jornada Mundial de la Juventud de la diócesis de Roma. Regresó dos veces al continente americano: México y los Estados Unidos, y visitó Francia, Alemania e Italia.

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el 26 de noviembre de 1989, Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo para la V JMJ. Queridísimos jóvenes:

Os invito a descubrir la Iglesia.

1. De nuevo estoy con vosotros para anunciaros la próxima Jornada Mundial de la Juventud. Mientras os escribo estas palabras todavía tengo en la memoria el recuerdo de la anterior, que culminó con el inolvidable encuentro de Santiago de Compostela, en España, a donde fui en peregrinación con muchos de vosotros. Ciertamente ha sido un acontecimiento eclesial muy importante, un excepcional testimonio de fe protagonizado por miles de jóvenes provenientes de todos los continentes un momento intenso de evangelización. En Santiago, una vez más la Iglesia ha mostrado al mundo su rostro joven, lleno de alegría, de esperanza y de entusiasmo en la fe. El acontecimiento de Santiago ha sido un gran don para toda la Iglesia –me atrevería a decir que para toda la sociedad– del que siempre daré gracias al Señor.

El tema de la última Jornada, como recordaréis, estaba centrado en Cristo. Este año propongo reflexionar *sobre el tema de la Iglesia*. No se trata de una elección casual. Entre Cristo y su Iglesia existe un vínculo orgánico muy estrecho y profundo. Cristo vive en la Iglesia, la Iglesia es el misterio de Cristo que vive y actúa entre nosotros. Así lo expresa San Pablo: «Cristo entre vosotros, la esperanza de la gloria» (Col 1,27), «Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte» (1 Cor 12,27).

Con ocasión de esta V Jornada Mundial de la juventud, deseo invitaros a todos a *un redescubrimiento de la Iglesia y de vuestra misión en ella, como jóvenes.*

La Iglesia de Cristo es una realidad atractiva y maravillosa. Es antigua, porque tiene casi dos mil años, pero al mismo tiempo, gracias al Espíritu Santo que la anima, *es eternamente joven*. La Iglesia es joven porque su mensaje de salvación es siempre actual. Es por esto que existe un diálogo muy importante entre la Iglesia y los jóvenes: «La Iglesia tiene tantas cosas que decir a los jóvenes, los jóvenes tienen tantas cosas que decir a la Iglesia. Este reciproco dialogo –que se ha de llevar a cabo con gran cordialidad, claridad y valentía– será fuente de riqueza y de juventud para la Iglesia...», he escrito en la Exhortación Apostólica *Christifideles laici* (n. 46). Quisiera que la V Jornada contribuyese a acrecentar este diálogo a todos los niveles de la vida eclesial y en la existencia de cada uno de vosotros.

Sois sarmientos vivos en la Iglesia.

2. En la Biblia, entre las numerosas imágenes que expresan el misterio de la Iglesia, encentramos la *imagen de la viña* (cfr. *Jer 2, 21*; *Is 5, 1-7*). La Iglesia es la viña plantada por el Señor, una viña que goza de su especial amor.

En el Evangelio de Juan, Cristo nos explica el fundamento de la vida de esta viña cuando dice: «Yo soy la vid; vosotros los sarmientos» (*Jn 15, 5*). Exactamente son éstas las palabras que he elegido como tema de la próxima Jornada Mundial de la Juventud. Por eso os digo: ¡Jóvenes, sois sarmientos vivos en la Iglesia, sois sarmientos cargados de frutos!

Ser sarmientos vivos en la Iglesia-viña significa, principalmente, *estar en comunión vital con Cristo-vid*. Los sarmientos no son autosuficientes, dependen totalmente de la vid. En ella se encuentra la fuente de su vida. Del mismo modo, en el Bautismo, cada uno de nosotros ha sido injertado en Cristo y ha recibido gratuitamente el don de la vida nueva. Para ser sarmientos vivos tenéis que vivir esta realidad de vuestro Bautismo, profundizando cada día más vuestra comunión con el Señor mediante la escucha y obediencia de su Palabra, participando en la Eucaristía y en el sacramento de la Reconciliación y en el diálogo personal con Él en la oración. Jesús dice: «El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada» (*Jn 15,5*).

Ser sarmientos vivos en la Iglesia-viña también significa *asumir un*

compromiso en la comunidad eclesial y en la sociedad. Nos lo explica con mucha claridad el Concilio Vaticano II: «Así como en el conjunto de un cuerpo vivo no hay miembros que se comportan de forma meramente pasiva, sino que todos participan en la actividad vital del cuerpo, de igual manera en el Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, “todo el cuerpo crece según la operación propia de cada uno de sus miembros” (Ef 4,16)» (*Apostolicam actuositatem*, 2). Todos, según nuestras vocaciones particulares, participamos de la misión de Cristo y de su Iglesia. La comunión eclesial es una comunión misionera.

La Iglesia necesita muchos trabajadores. En esta V Jornada Mundial el mismo Cristo se dirige a vosotros, jóvenes, y os invita: «Id también vosotros a mi viña» (*Mt 20,4*).

La Iglesia es una comunión orgánica, en la que *cada uno tiene su propio puesto y su propia tarea*. También lo tenéis vosotros, jóvenes. Y es un puesto muy importante. La Iglesia, que en el umbral del año dos mil se siente llamada por el Señor a hacer cada vez más intenso el esfuerzo evangelizador, necesita especialmente de vosotros, de vuestro dinamismo, de vuestra autenticidad, de vuestro apasionado deseo de crecer, de la frescura de vuestra fe. Poned al servicio de la Iglesia vuestros jóvenes talentos sin reservas, con la generosidad propia de vuestra edad. Ocupad vuestro puesto en la Iglesia, que no es sólo el de ser destinatarios de la solicitud pastoral, sino el de ser protagonistas activos de su misión (cfr. *Christifideles laici*, 46). ¡La Iglesia es vuestra, es más, vosotros mismos sois la Iglesia!

Por su parte, *la Iglesia tiene mucho que ofrecer, jóvenes*. Hoy presenciamos un fenómeno muy significativo. Después de un período de rechazo y alejamiento de la Iglesia, ahora muchos jóvenes la están descubriendo como guía segura y fiel, como lugar indispensable para la comunión con Dios y con los hermanos, como ámbito de crecimiento espiritual y de compromiso. Es un signo muy elocuente. Muchos de vosotros ya no se contentan con pertenecer a la Iglesia de un modo meramente formal. Buscan algo más.

Un lugar privilegiado de descubrimiento de la Iglesia y del compromiso eclesial son *las asociaciones, los movimientos y las distintas comunidades eclesiales juveniles*. No en vano hablamos hoy de una «nueva época asociativa» en la Iglesia (cfr. *Christifideles laici*, 29). Ésta es una gran riqueza y un don precioso del Espíritu Santo que acogemos con gratitud.

«Id también vosotros a mi viña» (*Mt 20, 4*). La Iglesia-viña también

necesita trabajadores especiales, que la sirvan de forma específica, con radicalidad evangélica, consagrándole toda la vida. Se trata de las *vocaciones sacerdotales y religiosas*, y también de las vocaciones de los *laicos consagrados en el mundo*. Estoy seguro de que muchos de vosotros, meditando el misterio de la Iglesia, sentirán en lo más profundo del alma la llamada de Cristo: «Ven tú también a mi viña...». Si oís esta voz dirigida personalmente a vosotros, no dudéis en responder «sí» al Señor. No tengáis miedo, porque servir a Cristo y a su Iglesia con radicalidad es una vocación maravillosa y un gran don. Cristo os ayudará.

Es éste, a grandes líneas, el tema sustancial de la próxima Jornada Mundial, jornada de redescubrimiento de la Iglesia.

Participar de la misión de la Iglesia.

3. La Jornada Mundial de la Juventud 1999 se celebrará el Domingo de Ramos en cada una de vuestra diócesis.

Tenéis que descubrir la *Iglesia diocesana*. La Iglesia no es una realidad abstracta y desencarnada; al contrario, es una realidad muy concreta: una Iglesia diocesana reunida alrededor del Obispo, sucesor de los Apóstoles. También tenéis que redescubrir la *Iglesia parroquial*, su vida, necesidades, las numerosas comunidades que existen y colaboran en ella. A esta Iglesia llevaréis la alegría y el impulso que encontráis en los grandes encuentros mundiales, como el de Santiago, y en las reuniones de los movimientos y asociaciones de los que formáis parte. Vosotros, jóvenes, tenéis que ser sarmientos vivos de esta Iglesia concreta, es decir, tenéis que participar de su misión con plena conciencia y responsabilidad. Acoged esta Iglesia con toda su riqueza espiritual, acogedla en la persona de vuestro Obispo, de los Sacerdotes, de los Religiosos y de los hermanos en la fe; acogedla con fe y con amor de hijos.

Como veis, la Jornada Mundial no es sólo una fiesta, también es un compromiso espiritual serio. Para que produzca frutos es necesario un camino de preparación bajo la dirección de vuestros Pastores en las diócesis, en las parroquias, asociaciones, movimientos y en las comunidades eclesiales juveniles. Tratad de conocer mejor la Iglesia, su naturaleza, su historia –ya de dos mil años– y su presente. Tratad de descubrir vuestro lugar en la Iglesia y vuestra misión como jóvenes.

En este camino espiritual os podrá ayudar mi Exhortación Apostólica *Christifideles laici* (1988), que precisamente he dedicado a la meditación de la vocación y misión de los fieles laicos en la Iglesia y en

el mundo. Invito a vuestros pastores a que os ayuden a profundizar mejor el mensaje.

Confío el proceso de preparación espiritual y la celebración de la próxima Jornada Mundial de la Juventud 1990 a la intercesión particular de María. Que Ella, a quien veneramos como Madre de la Iglesia, sea Maestra y Guía en este renovado compromiso eclesial.

A todos os envío con afecto mi Bendición.

El Domingo de Ramos, 8 de abril de 1990, el Papa San Juan Pablo II inicia la V Jornada Mundial de la Juventud.

HOMILÍA pronunciada en la Misa celebrada en la Plaza de San Pedro.

1. “¡Viva el Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!... Viva el Altísimo” (Mt 21, 9).

Hoy viene Jesús a Jerusalén. Y hoy es el día que la liturgia recuerda una semana antes de la Pascua.

Hoy es el día en el que *las multitudes rodean a Jesús. Entre la muchedumbre están los jóvenes. Este es en especial su día.* Este es vuestro día, queridísimos jóvenes—que estáis aquí en la plaza de San Pedro, y al mismo tiempo en tantos otros lugares de la tierra donde la Iglesia celebra la liturgia del Domingo de Ramos—como vuestra fiesta particular.

Este es vuestro día. *Como Obispo de Roma salgo junto con vosotros al encuentro de Cristo que viene.* “¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”. Junto con vosotros aquí, y junto con todos vuestros coetáneos en todas las partes del mundo. Me uno espiritualmente también a aquellos casos en los que la fiesta de la juventud se celebra en otro día del año litúrgico.

¡He aquí que la gran muchedumbre se extiende *a través de las naciones y los continentes!* Esta muchedumbre está en torno a Cristo, mientras entra en Jerusalén, mientras va al encuentro de su “hora”. Mientras se acerca a su misterio pascual.

2. Jesús de Nazaret hizo *sólo una vez* su ingreso solemne en *Jerusalén para la Pascua.* Y sólo una vez se cumplió lo que los próximos días confirmarán. Pero, al mismo tiempo, *Él permanece en esta su venida.* Y ha escrito en la historia de la humanidad, *una vez para siempre,* lo que proclama san Pablo en la liturgia de hoy.

“A pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cual-

quiera, *se rebajó* hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso *Dios lo levantó sobre todo*” (Flp 2, 6-9).

Jesucristo –el Hijo de Dios de la misma sustancia del Padre– se humilló como hombre..., se despojó de su rango, aceptando la muerte en la cruz, que, humanamente hablando, es el mayor oprobio.

En ese despojo Jesucristo fue exaltado por encima de todo. Dios mismo lo exaltó y *unió la exaltación del Hijo a la de la historia del hombre y del mundo*.

En Él la historia del hombre y del mundo tienen una medida divina. “Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre” (Flp 2, 11).

3. Todos nosotros, que estamos aquí presentes en la plaza de San Pedro o en cualquier otro lugar de la tierra, nosotros que entramos con Cristo en Jerusalén, *profesamos, anunciamos y proclamamos* el misterio pascual de Cristo que perdura. Perdura en la Iglesia y, mediante la Iglesia, en la humanidad y en el mundo.

Profesamos, anunciamos y proclamamos *el misterio de esta humillación, que exalta, y de este despojo, que da la vida eterna*.

En este misterio –en el misterio pascual de Cristo– *Dios se ha revelado plenamente*. Dios que es amor.

Y en este misterio –en el misterio pascual de Cristo– *el hombre ha sido revelado plenamente*. Cristo ha revelado hasta el fondo el hombre al hombre, y le ha dado a conocer su altísima vocación (cf. *Gaudium et spes*, 22). Efectivamente, *el hombre existe entre el límite de la humillación y del despojo a través de la muerte y el del insuprimible deseo de la exaltación, de la dignidad y de la gloria*.

Esa es *la medida del ser humano*. Esa es la dimensión de sus exigencias terrenas. Ese es el sentido de su irrenunciable dignidad y el fundamento de todos sus derechos.

En el misterio pascual *Cristo entra en esta medida* del ser humano. Abraza toda esta dimensión de la existencia humana. La toma toda en sí. La confirma. Y al mismo tiempo la supera.

Cuando entra en Jerusalén, El va al encuentro del propio *sufrimiento* –y al mismo tiempo, va al encuentro del sufrimiento de todos los hombres– para revelar no tanto la miseria de ese sufrimiento cuanto más bien su poder redentor.

Cuando entra en Jerusalén, El va al encuentro *de la exaltación* que, en El, el Padre ofrece a todos los hombres. “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá” (Jn 11, 25).

4. Así, pues, entramos con Cristo, en Jerusalén. “Bendito el que viene en nombre del Señor”.

Caminando junto con El, somos la Iglesia que habla con las lenguas de tantos pueblos, naciones, culturas y generaciones. En efecto, ella anuncia en todas las lenguas el mismo misterio de Jesucristo: el misterio pascual. En este misterio se encierra de modo especial la medida del hombre. En este misterio *la medida del hombre resulta penetrada por el poder divino*, por el poder más grande *que es el amor*.

Todos llevamos en nosotros a Cristo, que es “la vid” (cf. *Jn* 15, 5), de la que germina la historia del hombre y del mundo. A Cristo, que es la perenne levadura de la nueva vida en Dios...

Bendito el que viene...

¡Hosanna!

Anuncio a los jóvenes reunidos en la plaza de San Pedro.

Sigue todavía vivo en todos nosotros el recuerdo del gran encuentro en Santiago de Compostela el verano pasado y, mientras hoy se celebra la V Jornada mundial de la Juventud en todas las diócesis del mundo, nuestros ojos miran ya a la próxima etapa de esta peregrinación espiritual hacia el tercer milenio. Por tanto, invito a vosotros, jóvenes de todos los continentes, a reunirnos todos juntos, en agosto del año 1991, en el santuario de la Virgen de Czestochowa, que desde hace más de 600 años constituye el corazón de la historia del pueblo polaco, para celebrar juntos la VI Jornada mundial de la Juventud.

El tema para este encuentro lo constituirán las palabras de san Pablo a los Romanos: “Recibisteis un espíritu de hijos” (*Rm* 8, 15).

En la época que estamos viviendo, marcada por profundos cambios sociales, este espíritu de hijos de Dios constituye el verdadero elemento propulsor de la historia de los pueblos y de la vida de las personas, porque revela las raíces profundas de la dignidad del hombre y la grandeza de su vocación.

¡Que os enseñe María a vivir como verdaderos hijos de Dios Padre!

Saludos al final de la Misa.

A los numerosos jóvenes de España y América Latina deseo agradecer su ferviente presencia en esta V Jornada mundial de la Juventud. Como recuerdo de este encuentro, llevad a vuestras familias y a vuestros coetáneos el afectuoso saludo del Papa. Decid sobre todo a los alejados o

indiferentes que Cristo, en quien está injertada la nueva humanidad, les invita a seguirlo; El siempre está presente en el camino de la vida.

De corazón os imparto la bendición apostólica, que extendiendo complacido a vuestros seres queridos y a todos vuestros compañeros.

Un saludo muy cordial a todos los jóvenes de lengua alemana que han venido a Roma con ocasión de la Jornada mundial de la Juventud. Un saludo particular a los numerosos peregrinos alemanes que se encuentran estos días en la Ciudad Eterna. Que la participación espiritual en la Semana Santa y en la resurrección de nuestro Señor os dé esperanza para la verdadera vida aquí y en la eternidad. ¡Os imparto mi bendición deseándoos una bendita Pascua, llena da gracia!

Queridos jóvenes de lengua francesa, os saludo muy cordialmente. Cada uno de vosotros puede y debe tener su lugar en la Iglesia. Cada uno de vosotros recibe de Dios su vida y puede corresponderle entregándose a El. ¡Que el Señor os acompañe en vuestro camino!

Doy una cordial bienvenida a todos los jóvenes del mundo que se han reunido en Roma para celebrar la Jornada mundial de la Juventud con el Papa. Queridos amigos: os animo a seguir el camino del Señor Jesús con alegría y a compartir su amistad con todos los que os encontráis. ¡Que Dios os bendiga a vosotros y a vuestras familias y os mantenga siempre unidos a El!

Saludo cordialmente a los jóvenes de lengua portuguesa: ¡Os deseo todo bien! Que la venida a Roma os proporcione gran alegría y os haga crecer en la fe, conscientes de vuestra importante misión en la Iglesia. Que cada uno se convierta en mensaje vivo para sus coetáneos y familiares de la satisfacción de ser Iglesia, en la amistad con Cristo, que es la Vida. Con mi bendición.

“Yo soy la vid, vosotros los sarmientos”.

Repito estas palabras a todos los jóvenes aquí presentes y a todos los jóvenes polacos que me escuchan a través de la radio y la televisión.

Al concluir esta solemne ceremonia, deseo dirigir a todos los jóvenes de lengua italiana, sobre todo a los de mi diócesis de Roma, un saludo especialmente afectuoso.

Queridos jóvenes, os doy las gracias por vuestra participación, aquí en la plaza de San Pedro, en la V Jornada mundial de la Juventud y os manifiesto mi aprecio por vuestro vivo testimonio de fe. Os digo: estad unidos a Cristo como los sarmientos a la vid. Sólo así daréis frutos abundantes para la expansión del Reino de Dios y para la edificación de un mundo nuevo.

ÁNGELUS

Sigue todavía vivo en todos nosotros el recuerdo del gran encuentro en Santiago de Compostela el verano pasado y, mientras hoy se celebra la V Jornada mundial de la Juventud en todas las diócesis del mundo, nuestros ojos miran ya a la próxima etapa de esta peregrinación espiritual hacia el tercer milenio. Por tanto, invito a vosotros, jóvenes de todos los continentes, a reunirnos todos juntos, en agosto del año 1991, en el santuario de la Virgen de Czestochowa, que desde hace más de 600 años constituye el corazón de la historia del pueblo polaco, para celebrar juntos la VI Jornada mundial de la Juventud.

El tema para este encuentro lo constituirán las palabras de san Pablo a los Romanos: “Recibisteis un espíritu de hijos” (*Rm* 8, 15).

En la época que estamos viviendo, marcada por profundos cambios sociales, este espíritu de hijos de Dios constituye el verdadero elemento propulsor de la historia de los pueblos y de la vida de las personas, porque revela las raíces profundas de la dignidad del hombre y la grandeza de su vocación.

¡Que os enseñe María a vivir como verdaderos hijos de Dios Padre!

VI JMJ

CZESTOCHOWA, 10 A 15 DE AGOSTO DE 1991

TEMA: “*TODOS LOS QUE SON GUIADOS POR EL ESPÍRITU DE DIOS, SON HIJOS DE DIOS*” (ROM 8, 14).

En agosto de 1991, con ocasión de la VI Jornada Mundial de la Juventud, la Cruz fue con los jóvenes a Czestochowa (Polonia) para participar en el nuevo Encuentro Mundial con el Papa.

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el 15 de agosto de 1990, Fiesta de la Asunción de Nuestra Señora la Virgen María, para la VI JMJ. Muy queridos jóvenes:

1. Las Jornadas mundiales de la juventud marcan etapas muy importantes en la vida de la Iglesia que, en la perspectiva del año 2000, busca intensificar su compromiso evangelizador en el mundo contemporáneo. Proponiendo cada año para vuestra meditación *algunas verdades esenciales* de la enseñanza evangélica, las Jornadas quieren alimentar vuestra fe e imprimir nuevos impulsos a vuestro apostolado.

Como tema de la VI Jornada mundial de la juventud, he elegido las palabras de san Pablo: “*Habéis recibido un espíritu de hijos*” (Rm 8, 15). Son palabras que nos introducen en el misterio más profundo de la vocación cristiana: en efecto, según el designio divino hemos sido llamados a ser hijos *de Dios en Cristo, por medio del Espíritu Santo*.

¿Cómo no quedar asombrados ante esta perspectiva vertiginosa? ¡El hombre –un ser creado y limitado, más aún, pecador– es destinado a ser hijo de Dios! ¿Cómo no exclamar con san Juan: “Mirad cómo nos amó el Padre. Quiso que nos llamáramos hijos de Dios, y nosotros lo somos realmente”? (1 Jn 3, 1). ¿Cómo permanecer indiferentes ante este desafío del amor paternal de Dios que nos invita a una comunión de vida tan profunda e íntima?

Celebrando la próxima Jornada mundial, dejad que este santo asombro os invada e inspire, en cada uno de vosotros, una adhesión cada vez más filial a Dios, nuestro Padre.

2. “Habéis recibido un espíritu de hijos...”

El Espíritu Santo, verdadero protagonista de nuestra filiación divina, nos ha regenerado a una vida nueva en las aguas del bautismo. Desde ese momento él “se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios” (*Rm* 8, 16).

¿Qué implica, en la vida del cristiano, ser hijo de Dios? San Pablo escribe: “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios” (*Rm* 8, 14). Ser hijos de Dios significa, pues, acoger al Espíritu Santo, dejarse guiar por él, estar abiertos a su acción en nuestra historia personal y en la historia del mundo.

A todos vosotros, jóvenes, con ocasión de esta Jornada mundial de la Juventud, os digo: *¡Recibid el Espíritu Santo y sed fuertes en la fe!*” Porque no nos dio el Señor a nosotros un espíritu de timidez, sino de fortaleza, de amor y de sobriedad” (*2 Tm* 1, 7).

“*Habéis recibido un espíritu de hijos...*”. Los hijos de Dios, es decir, los hombres renacidos en el bautismo y fortalecidos en la confirmación, son los primeros constructores de una nueva civilización, *la civilización de la verdad y del amor*: son la luz del mundo y la sal de la tierra (cf. *Mt* 5, 13-16).

Pienso en los profundos cambios que se están verificando en el mundo. Ante numerosos pueblos se abren las puertas de la esperanza de una vida más digna y más humana. A este propósito, vuelvo a pensar en las palabras, verdaderamente proféticas, del concilio Vaticano II: “El Espíritu de Dios, que con admirable providencia guía el curso de los tiempos y renueva la faz de la tierra, no es ajeno a esta evolución” (*Gaudium et spes*, 26).

Sí, *el Espíritu de los hijos de Dios es fuerza propulsora de la historia de los pueblos*. Él suscita en todo tiempo hombres nuevos que viven en la santidad, en la verdad y en la justicia. El mundo que, a las puertas del 2000, está buscando ansiosamente los caminos para una convivencia más solidaria, tiene urgente necesidad de poder contar con personas que, gracias al Espíritu Santo, vivan como verdaderos hijos de Dios.

3. Y “la prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios” (*Ga* 4, 6-7). San Pablo nos habla de la *herencia de los hijos de Dios*. Se trata de un don de vida eterna, y al mismo tiempo de un deber

que tenemos que realizar ya hoy, de un proyecto de vida fascinante, sobre todo para vosotros, jóvenes, que en lo profundo de vuestros corazones lleváis la nostalgia de altos ideales.

La santidad es la esencial herencia de los hijos de Dios. Cristo dice: “Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt 5, 48). La santidad consiste en cumplir la voluntad del Padre en cada circunstancia de la vida. Es el camino maestro que Jesús mismo nos ha indicado: “No todo el que me diga: ‘Señor, Señor’, entrará en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial” (Mt 7, 21).

Lo que os dije en Santiago de Compostela, os lo repito también hoy: “¡Jóvenes, no tengáis miedo de ser santos!”. ¡Volad a gran altura, consideraos entre aquellos que vuelven la mirada hacia metas dignas de los hijos de Dios! ¡Glorificad a Dios con vuestra vida!

4. *La herencia de los hijos de Dios exige también el amor fraterno* a ejemplo de Jesús, primogénito entre muchos hermanos (cf. Rm 8, 29): “Que os améis los unos a los otros, como yo os he amado” (Jn 15, 12). Invocando a Dios como “Padre” es imposible no reconocer en el prójimo –quienquiera que él fuere– un hermano que tiene derecho a nuestro amor. Aquí está el gran compromiso de los hijos de Dios: trabajar en la edificación de una convivencia fraterna entre todos los pueblos.

¿No es esto lo que el mundo de hoy necesita? Se advierte fuertemente, en el interior de las naciones, un gran deseo de unidad que rompa toda barrera de indiferencia y de odio. Os corresponde en particular a vosotros, jóvenes, la gran tarea de *construir una sociedad más justa y solidaria.*

5. Prerrogativa de los hijos de Dios es, luego, la libertad: también esta es parte de su *herencia*. Aquí se toca un tema al cual vosotros, jóvenes, sois particularmente sensibles, ya que se trata de un don inmenso que el Creador ha puesto en nuestras manos. Pero es un don que se debe usar bien. ¡Cuántas *formas falsas de libertad* conducen a la esclavitud!

En la encíclica *Redemptor hominis* he escrito a este propósito: “Jesucristo sale al encuentro del hombre de toda época, también de nuestra época, con las mismas palabras: ‘Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres’ (Jn 8, 32). Estas palabras encierran una exigencia fundamental y al mismo tiempo una advertencia: la exigencia de una relación honesta con respecto a la verdad, como condición de una auténtica libertad; y la advertencia, además, de que se evite cualquier libertad aparente, cualquier libertad superficial y unilateral, cualquier libertad que no

profundiza en toda la verdad sobre el hombre y sobre el mundo. También hoy, después de dos mil años, Cristo aparece a nosotros como Aquel que trae al hombre la libertad basada sobre la verdad...” (n. 12).

“Para ser libres nos libertó Cristo” (*Ga* 5, 1). La liberación traída por Cristo es una liberación del pecado, raíz de todas las esclavitudes humanas. Dice san Pablo: “Vosotros, que erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquel modelo de doctrina al que fuisteis entregados, y liberados del pecado, os habéis hecho esclavos de la justicia” (*Rm* 6, 17). La libertad es, pues, un don y, al mismo tiempo, un deber fundamental de todo cristiano: “Pues vosotros no habéis recibido un espíritu de esclavos...” (*Rm* 8, 15), exhorta el Apóstol.

Es importante y necesaria *la libertad exterior*, garantizada por leyes civiles justas, y por esto con razón nos alegramos de que hoy aumente el número de los países donde se respetan los derechos fundamentales de la persona humana, aunque a veces el precio de esta libertad haya sido muy alto, a costa de grandes sacrificios e incluso de sangre. Pero la libertad exterior –aun siendo tan preciosa– por sí sola no basta. En sus raíces debe estar siempre la libertad interior, propia de los hijos de Dios que viven según el Espíritu (cf. *Ga* 5, 16), guiados por una recta conciencia moral, capaces de escoger el bien verdadero. “Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad” (*2 Co* 3, 17). Es este, queridos jóvenes, el único camino para construir una humanidad madura y digna de este nombre.

Ved, pues, cuán grande y comprometedora es *la herencia de los hijos de Dios*, a la cual sois llamados. Acogedla con gratitud y responsabilidad. ¡No la malgastéis! Tened el coraje de vivirla cada día de modo coherente y anunciadla a los demás. Así el mundo llegará a ser, cada vez más, *la gran familia de los hijos de Dios*.

6. En el centro de la Jornada mundial de la juventud de 1991 se tendrá un nuevo *encuentro mundial de jóvenes*.

Esta vez, como conclusión de los encuentros y de las celebraciones acostumbradas en las diócesis, nos volveremos a encontrar para rezar juntos en el santuario de la Virgen Negra de Czestochowa, en Polonia, en mi patria. Recordando la experiencia de la peregrinación a Santiago de Compostela (1989), muchos de vosotros acudiréis con alegría a este encuentro en la solemnidad de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María, el 14 y 15 de agosto de 1991. Llevaremos con nosotros, en nuestros corazones y en nuestras plegarias, a los jóvenes de todo el mundo.

Encaminaos, pues, desde ahora, hacia la casa de la Madre de Cristo y Madre nuestra, para meditar, bajo su mirada amorosa, sobre el tema de la VI Jornada: “*Habéis recibido un espíritu de hijos...*”.

¿Dónde se puede aprender mejor qué cosa significa ser hijos de Dios sino a los pies de la Madre de Dios? María es la mejor Maestra. A ella ha sido confiado un papel fundamental en la historia de la salvación: “Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva” (Ga 4, 4).

¿Dónde, sino en su corazón maternal, se puede guardar mejor la herencia de los hijos de Dios prometida por el Padre? Llevamos este don en vasijas de barro. Nuestra peregrinación será, pues, para cada uno de nosotros, un gran acto de entrega confiada a María. Iremos a un santuario que, para el pueblo polaco, tiene un significado muy particular, como lugar de evangelización y de conversión, hacia el cual confluyen miles de peregrinos provenientes de todas las partes del país y del mundo. Desde hace más de 600 años, en el monasterio de Jasna Góra en Czestochowa, María es venerada en su icono milagroso de la Virgen Negra. En los momentos más difíciles de su historia, el pueblo polaco ha encontrado allí, en la casa de la Madre, la fuerza de la fe y la esperanza, la propia dignidad y la herencia de los hijos de Dios.

Para todos, jóvenes del Este y del Oeste, del Norte y del Sur, la peregrinación a Czestochowa será un testimonio de fe ante el mundo entero. Será una peregrinación de libertad a través de las fronteras de las naciones que se abren cada vez más a Cristo, Redentor del hombre.

7. Con este mensaje quiero iniciar el camino de preparación espiritual ya sea a la VI Jornada mundial de la juventud, ya sea a la peregrinación a Czestochowa. Estas reflexiones quieren servir para iniciar este camino que es, sobre todo, de fe, de conversión y de vuelta a lo esencial en nuestra vida.

A vosotros, jóvenes de los países del Este europeo, dirijo una palabra de especial aliento. No faltéis a esta cita que se prevé, desde ahora, como un encuentro memorable entre las jóvenes Iglesias del Este y del Oeste. Vuestra presencia en Czestochowa constituirá un testimonio de fe de enorme significado.

Y vosotros, queridísimos jóvenes de mi amada Polonia, estáis llamados esta vez a dar hospitalidad a vuestros amigos que llegarán de todas las partes del mundo. Para vosotros y para la Iglesia de Polonia, este

encuentro, al cual yo también acudiré, constituirá un don espiritual extraordinario en este momento histórico que estáis viviendo, tan lleno de esperanzas para el futuro.

Espiritualmente arrodillado ante la imagen de la Virgen Negra de Czestochowa, confío a su amorosa protección el entero desarrollo de la VI Jornada mundial de la juventud.

A vosotros, queridos jóvenes, envío mi cordial y paternal bendición.

SALUDO del Papa San Juan Pablo II a los jóvenes reunidos en el Santuario de Jasna Góra, el miércoles, 14 de agosto de 1991

1. «¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron» (Lc 11, 27).

Queridos jóvenes, junto con todos vosotros, que desde diversos países y continentes os habéis reunido aquí, elevo mi *saludo a Jesucristo*. Reconozco en él al Hijo de Dios, el Verbo eterno del Padre. Saludo al Hijo de María con las mismas palabras con las que lo saludé aquella mujer de entre la gente, mientras él predicaba. Saludo a Jesucristo *bendiciendo a su Madre-Virgen*, bendiciendo su maternidad divina. Mediante esta maternidad virginal, el Hijo de Dios se hizo uno de nosotros. Se convirtió en nuestro Maestro y Hermano para poder ser nuestro Redentor, por medio de la cruz, en el Gólgota; para manifestar en la resurrección el poder del Espíritu Santo, que «da vida» (cf. *Jn* 6, 63). Gracias a este poder de Dios que da la vida, *hemos sido llamados «hijos de Dios, pues ¡lo somos!»* (*Jn* 3, 1).

2. «¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!».

Junto con vosotros pronuncio este saludo *a los pies de Jasna Góra*, en el umbral del santuario que ha quedado inscrito profundamente en la historia de una nación y que, al mismo tiempo, se abre de par en par a todas las naciones y a todos los pueblos de Europa y del mundo. Vosotros, jóvenes, ya sabéis todo esto: muchos de vosotros no se encuentran aquí por primera vez. Especialmente durante los últimos años habéis elegido este camino como itinerario de vuestras peregrinaciones a pie, y muchas veces, junto con vuestros coetáneos polacos, habéis venido en peregrinación a Jasna Góra.

Hoy os saludo a todos vosotros con mi más viva cordialidad; y, como aquella mujer del Evangelio, quisiera saludar a vuestras madres, padres, familias, comunidades juveniles y patrias.

Junto con vosotros saludo a vuestros pastores, así como a vuestros guías y animadores.

3. En 1983 comenzó en la Iglesia la tradición de la *Jornada mundial de la juventud*. Partiendo ese año desde la plaza de San Pedro en Roma, estamos realizando juntos una peregrinación a través del mundo. Nuestro itinerario de peregrinos nos llevó primero hacia América del Sur, a Buenos Aires, capital de Argentina. Dos años más tarde volvimos a la orilla este del Atlántico, aceptando la invitación del acogedor santuario de Santiago de Compostela, en España. El desarrollo de los acontecimientos que han tenido lugar en el viejo continente europeo, hace que hoy, una vez más después de dos años, nos encontremos en Czestochowa, en tierra polaca.

Todo lo que, durante varios decenios, quedó dividido por la fuerza en este continente, ahora ha de acercarse de una y otra parte a fin de que Europa busque la unidad para su futuro y para el bien de toda la familia humana y retorne a sus propias raíces cristianas. Esas raíces se encuentran tanto en Occidente como en Oriente. Desde Occidente (en Compostela) nos trasladamos más hacia el este, si bien nos encontramos en el centro de Europa. En efecto, se trata de mirar ahora hacia el futuro, y esto pertenece a vosotros, a los jóvenes. Es necesario que toméis los grandes caminos de la historia, no sólo aquí, en Europa, sino también en todos los continentes, y que en todas partes os convirtáis en testigos de las bienaventuranzas de Cristo: «*Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios*» (Mt 5, 9).

4. Cristo, respondiendo al saludo de aquella mujer en medio de la gente, dijo: «*Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan*» (Lc 11, 28). Precisamente ésta es la finalidad de nuestra peregrinación. Hemos venido aquí para escuchar la palabra de Dios, junto con toda esta gran multitud de jóvenes, y cumplirla.

«*Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios*» (Rm 8, 14).

Señora de Jasna Góra, acepta nuestra multitud en peregrinación a este cenáculo particular, que quiere ser como el Cenáculo de Jerusalén, en el que perseverabas en la oración junto con los Apóstoles, antes de que el Espíritu Santo comenzara a conducirlos hacia los confines de la tierra.

Acoge nuestra multitud de múltiples lenguas. Así como en aquel entonces, el día de Pentecostés, aceptaste a los peregrinos de diferentes naciones y lenguas, acógenos del mismo modo también a nosotros; díg-

nate estar con nosotros. Dígnate guíarnos por el sendero de la fe siguiendo a Cristo: el mismo camino en el que el Espíritu Santo te introdujo a ti en primer lugar.

Alcánzanos de Dios que «ardan nuestros corazones», como sucedió con los discípulos de Emaús, mientras Cristo nos habla y nos «explica las Escrituras» (cf. *Lc 24, 32*) a fin de que «las maravillas de Dios» (cf. *Hch 2, 11*) se conviertan una vez más en nosotros y por medio de nosotros en parte y herencia de *la generación que entra en el tercer milenio de la historia*.

Saludo a los jóvenes de varias nacionalidades.

Un saludo cordial y afectuoso a los jóvenes amigos de España y de los diversos Países de América Latina. Estáis presentes aquí, en Czestochowa, como portadores de la llama de esperanza y vida que surgió en el Monte del Gozo (Santiago de Compostela) hace ahora dos años. Que nunca se apague en vuestros corazones jóvenes el entusiasmo y la alegría de seguir a Jesucristo, nuestro único camino, nuestra sublime verdad, la razón de nuestra vida. Compartid con todos los demás jóvenes en todos los Países, en la Europa sin fronteras, los ideales de fraternidad y amor que harán de nuestro mundo un lugar más humano, justo y acogedor.

Gracias, muchas gracias por vuestra presencia y oraciones.

DISCURSO durante la Vigilia en Czestochowa, el miércoles 14 de agosto de 1991.

1. En esta vigilia de oración, cargada de extraordinaria intensidad de sentimientos, quisiera centrar vuestra atención, queridos jóvenes, en tres palabras-guía: Yo soy (la palabra). Me acuerdo. Velo.

A. Yo soy (la Palabra)

«Yo soy»: éste es el nombre de Dios. Así respondió una Voz a Moisés desde la zarza ardiente, cuando preguntaba cuál era el nombre de Dios. «Yo soy el que soy» (*Ex 3, 14*): con este nombre el Señor envió a Moisés a Israel, esclavo de Egipto, y al faraón-opresor: «Yo-Soy me ha enviado a vosotros» (*Ex 3, 14*). Con *este nombre Dios sacó a su pueblo elegido de la esclavitud*, para sellar una alianza con Israel:

«Yo, el Señor, soy tu Dios, que te ha sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre. No habrá para ti otros dioses delante de mí» (*Ex 20, 2-3*).

«Yo-Soy», este nombre es el fundamento de la antigua Alianza.

2. Ese nombre constituye también el fundamento de la nueva Alianza. Jesucristo dice a los judíos: «Yo y el Padre somos uno» (Jn 10, 30). «Antes de que Abraham existiera, Yo Soy» (Jn 8, 58). «Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy» (Jn 8, 28).

En medio de nosotros, que velamos, se ha detenido la cruz. Habéis traído aquí esta cruz y la habéis levantado en medio de nuestra asamblea. En esta cruz se ha manifestado «hasta el extremo» (cf. Jn 13, 1) el «Yo-Soy» divino de la Alianza nueva y eterna. «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que (el hombre no perezca, sino que tenga vida eterna)» (Jn 3, 16).

La cruz es el signo del amor inefable, el signo que revela que «Dios es amor» (cf. 1 Jn 4, 8).

Mientras se acercaba la noche, antes del sábado de Pascua, Jesús fue retirado de la cruz y depositado en el sepulcro. El tercer día se presentó resucitado en medio de sus discípulos, que estaban «sobresaltados y asustados», diciéndoles: «La paz con vosotros ...; soy yo mismo» (cf. Lc 24, 36-37. 39): *el «Yo-Soy» divino de la Alianza, del Misterio pascual y de la Eucaristía.*

3. El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios para poder existir y decir a su Creador «yo soy». *En este «yo soy» humano se contiene toda la verdad de la existencia y de la conciencia.* «Yo soy» ante ti, que «Eres».

Cuando Dios pregunta al primer hombre: «¿Dónde estás?», Adán responde: «Me escondí de ti» (cf. Gn 3, 9-10), tratando de no estar delante de Dios. ¡No puedes esconderte, Adán! No puedes no estar delante de quien te ha creado, de quien ha hecho que «tú seas», delante de quien «escruta los corazones y conoce» (cf. Rm 8, 27).

4. Habéis llegado a Jasna Góra, queridos amigos, donde desde hace muchos años se canta el himno «Estoy junto a ti».

El mundo que os rodea, la civilización moderna, ha influido mucho para quitar ese «Yo Soy» divino de la conciencia del hombre. *Tiende a vivir como si Dios no existiera.* Este es su programa.

Pero, si Dios no existe, tú, hombre, ¿podrás existir de verdad?

Habéis venido aquí, queridos amigos, *para recuperar y confirmar profundamente esta identidad humana: «yo soy»,* delante del «Yo Soy» de Dios. Mirad la cruz en la que el «Yo-Soy» significa «Amor».

¡Mirad la cruz y no os olvidéis! Que el «*estoy junto a ti*» siga siendo la palabra clave de toda vuestra vida.

B. *Me acuerdo*

1. Me acuerdo. Estoy junto a ti; me acuerdo de ti. Junto a la cruz de Cristo, el primer símbolo de nuestra vigilia, ha sido colocada *la Biblia, la Sagrada Escritura*, el Libro.

No os olvidéis de las maravillas de Dios (cf. *Sal* 78, 7). Cuidad de no olvidaros del Señor (*Dt* 6, 12).

No os olvidéis de la creación; no os olvidéis de la Redención: la Cruz, la Resurrección, la Eucaristía y Pentecostés. Todas estas cosas son manifestación del «Yo-Soy» divino. Dios obra y habla al hombre: se revela al hombre hasta el misterio íntimo de su vida. «Muchas veces y de muchos modos habló Dios (...) a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo» (*Hb* 1, 1-2).

La Sagrada Escritura, la Biblia, es el libro de las obras de Dios y de las palabras del Dios vivo. Es un texto humano, pero escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo. El Espíritu mismo es, por tanto, el primer autor de la Escritura.

2. Estoy junto a ti. Me acuerdo de ti. El hombre está delante de Dios, permanece en su presencia mediante la acción de *recordar*. De tal modo, conserva las palabras y las maravillas de Dios, meditándolas en su corazón *como María de Nazaret*. Antes de que los autores inspirados anotaran la verdad de la vida eterna revelada en Jesucristo, tal verdad ya había sido anotada y acogida por el corazón de su Madre (cf. *Lc* 2, 51). María hizo esto de la manera más profunda, convirtiéndose ella misma en un «texto viviente» de los misterios divinos.

Las palabras «*estoy junto a ti, me acuerdo de ti*» se refieren de modo particular a María, mucho más que a los discípulos del divino Maestro.

3. Hemos venido aquí, queridos amigos, *para participar en el recuerdo mariano de las maravillas de Dios*. Para participar en el recuerdo de La Iglesia, que vive en escucha religiosa de las Escrituras inspiradas. Acerquémonos a la Sagrada Escritura, fuente de inspiración para nosotros mismos, a fin de que *sea fuente de nuestra vida interior*. Descubramos en ella, de un modo siempre nuevo y cada vez más pleno, el misterio maravilloso e inescrutable del «Yo-Soy» divino.

Descubramos también *el misterio de nuestro «yo soy» humano*. En efecto, también el hombre es un misterio. El Concilio Vaticano II recordó que «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (*Gaudium et spes*, 22).

4. Quien no conoce la Sagrada Escritura, no conoce a Cristo (cf. san Jerónimo, *Comm. in Is. Prol.: PL 24*, 17).

Cuando mañana nos marchemos de aquí, hagamos todo lo posible por conocer cada vez más profundamente a Cristo. Esforcémonos *por permanecer en contacto íntimo con el Evangelio*, con la palabra del Dios vivo, con la Sagrada Escritura, a fin de conocernos mejor a nosotros mismos y comprender cuál es nuestra vocación en Cristo, el Verbo encarnado.

C. Velo

1. *El icono de la Madre de Dios. «Theotokos».*

Al lado de la cruz y la Biblia hay un icono: el tercer símbolo de nuestro encuentro de oración.

A este símbolo corresponde *la palabra «velo»*: yo soy, me acuerdo, velo. Las tres palabras del llamamiento de Jasna Góra, que desde aquí, durante las grandes luchas espirituales, llegaba a toda la tierra habitada por los polacos. Yo soy, me acuerdo, velo. Las tres palabras-guía que nos han ayudado. Palabras del lenguaje, pero también palabras de gracia, expresión del espíritu humano y del soplo del Espíritu Santo.

2. Aquí, en Jasna Góra, la palabra «velo» *tiene un contenido mariano*, que corresponde al significado del icono de la Madre de Dios. «Velo», expresa la actitud de la *Madre*. Su vida y vocación se expresan en la acción de velar. Vela sobre el hombre desde los primeros instantes de su existencia. Esa vela está acompañada por la tristeza y la alegría. «La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora: pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda del aprieto por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo» (Jn 16, 21). Son palabras de Cristo mismo.

¡*La vela materna de María*, una experiencia inescrutable, un mensaje inscrito de forma misteriosa en un corazón femenino, que vivió exclusivamente de Dios! En verdad, «maravillas ha hecho en su favor el Poderoso, Santo es su nombre» (cf. *Lc 1*, 49).

Permanecen en nuestra conciencia al menos estos dos momentos: la noche de Belén y la «noche del Espíritu» bajo la cruz del Hijo en el

Gólgota. Y también otro momento: el Cenáculo de Jerusalén, el día de Pentecostés, cuando nació la Iglesia, cuando la Iglesia entró en el mundo, como un niño que deja el seno de la madre.

3. *La Iglesia ha continuado este cuidado materno de María*, que se ha expresado en tantos santuarios sobre toda la tierra. Cada día vive para el don de este cuidado maternal. Aquí, en esta tierra, en este país en el que nos encontramos, las generaciones viven con la conciencia de que la Madre «vela». Desde aquí, desde Jasna Góra, ella cuida a todo el pueblo, a todos. Especialmente en los momentos difíciles, en las pruebas y peligros.

4. «Velar»: esta palabra tiene su etimología rigurosamente evangélica. *Cuántas veces Cristo ha dicho: «Velad»* (cf., por ejemplo, *Mt* 24, 42; 25, 13; 26, 38. 41; *Mc* 13, 33. 35. 37; 14, 34; 21, 36). «Velad, y orad para que no caigáis en tentación» (*Mc* 14, 38). Entre todos los discípulos de Cristo, María es la primera «que vela». Es preciso que de ella aprendamos a velar, que velemos con ella: «Estoy cercano a ti, me acuerdo de ti, velo».

5. «¿*Qué quiere decir “velo”?*» Quiere decir: me esfuerzo para ser un hombre de conciencia. No apago esta conciencia y no la deformedo; llamo por su nombre al bien y al mal, no los confundo; hago crecer en mí el bien y trato de corregirme del mal, superándolo en mí mismo. Éste es el problema fundamental, que nunca se podrá disminuir, ni trasladar a un plano secundario. ¡No!, siempre y en todo lugar, se trata de un problema de primer plano. Tanto más importante, cuanto más numerosas son las circunstancias que parecen favorecer nuestra tolerancia del mal, y el hecho de que fácilmente nos absolvemos de él, particularmente si así hacen los demás... «*Velo*» quiere decir, además, veo a los otros... Velo quiere decir: amor al prójimo; quiere decir: fundamental solidaridad «interhumana».

Aquí ya he pronunciado una vez estas palabras, en Jasna Góra, durante el encuentro con los jóvenes, en 1983, año particularmente difícil para Polonia.

Hoy las repito: ¡«Estoy cercano a ti, me acuerdo de ti, velo»!

HOMILÍA pronunciada en la Misa en Czestochowa, el jueves 15 de agosto de 1991, Fiesta de la Asunción de Nuestra Señora la Virgen María.

1. «*Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios*» (Rm 8, 14).

Jóvenes amigos, hermanos y hermanas de Polonia y de todo el mundo. Comienzo con emoción esta homilía, pronunciada en polaco, pero me consuela la conciencia de que nuestros huéspedes la escuchan también en sus lenguas respectivas. Sucede algo semejante a lo que ocurrió el día de Pentecostés en Jerusalén; e incluso con más alcance, porque también los que se hallan lejos ven esta celebración litúrgica –y escuchan la homilía– gracias a las pantallas que nos han ofrecido benévolamente nuestros hermanos italianos. Asimismo, me consuela el buen tiempo que está haciendo y el sol.

Señor presidente de la República, señor primer ministro, representantes del Gobierno y del Parlamento, venerados hermanos míos en el episcopado, cardenales, obispos, hermanos míos en el sacerdocio, hermanos y hermanas en la vocación religiosa, en la vocación cristiana y humana, y todos los que os halláis aquí presentes.

Saludo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo a todos vosotros, queridos jóvenes, que habéis venido aquí procedentes de diversos países de Europa y de los demás continentes. Habéis venido a Jasna Góra con la convicción de que «*recibisteis un espíritu de hijos adoptivos*» (Rm 8, 15). Gracias a este espíritu sois «herederos de Dios» y, al mismo tiempo, «coherederos de Cristo» (Rm 8, 17). Podéis exclamar junto con él: «Abbá, Padre!» (Rm 8, 15). En efecto, «el Espíritu mismo da testimonio de que somos hijos de Dios» (Rm 8, 16).

Durante el encuentro de anoche meditamos sobre la verdad de vuestra vocación en Cristo, concentrándonos en tres signos: *la cruz, la Biblia y el icono mariano*.

En la solemnidad de hoy deseamos dirigirnos de modo particular a *María, que fue guiada sobre todo por el Espíritu de Dios*. La saludamos como hija amada de Dios-Padre, elegida como madre humana del Hijo de Dios. Saludamos a María, que aceptó esa elección eterna, dando a la luz a Jesucristo por obra del Espíritu Santo: la Virgen de Nazaret creyó que lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (cf. Lc 1, 37).

2. Hoy la Iglesia celebra con especial solemnidad *su Asunción al cielo*. Este cumplimiento definitivo de la vida y de la vocación de la Madre de Dios nos permite, a la luz de la liturgia, contemplar toda la anterior existencia terrena de María y su peregrinación materna mediante la fe. De forma muy concisa y, a la vez, más completa, expresan todo esto las palabras de Isabel durante la Visitación: «*¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas por parte del Señor!*» (Lc 1, 45).

Las palabras que María oyó durante la Visitación se cumplieron admirablemente: desde el nacimiento de Jesús en Belén hasta la cruz en el Gólgota y, luego, desde la mañana de Pascua hasta el día de Pentecostés. En todas estas etapas de su peregrinación terrena, María conoció cada vez más profundamente todas «*las maravillas que el Poderoso hizo en su favor*» (cf. Lc 1, 49). Y todas esas «maravillas» (*magnalia Dei*) alcanzan su coronamiento casi definitivo en la Asunción. María entra como esposa del Espíritu Santo en la casa del destino supremo del hombre. En la morada de la Santísima Trinidad se encuentra su morada eterna. Y aquí, en la tierra «*todas las generaciones la llamarán bienaventurada*» (cf. Lc 1, 48).

Y también nosotros –esta comunidad particular de jóvenes– proclamamos a María bienaventurada entre todas las mujeres, rindiendo así el honor supremo al Hijo unigénito del Padre, el fruto bendito de su seno. Efectivamente, en él «*todos recibimos la adopción de hijos*» (cf. Rm 8, 15).

3. La liturgia de la solemnidad de la Asunción no termina aquí. Nos hace mirar *hacia el «Santuario de Dios que se abrió en el cielo»* (cf. Ap 11, 19), en el que todos los hijos adoptivos de Dios, junto con la Madre de Dios, toman parte como «coherederos de Cristo» en la vida inefable del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, que es la plenitud definitiva de toda verdad y amor. El libro del Apocalipsis nos hace contemplar, además, *la Asunción de María como «un signo grandioso»*: «Una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas» (Ap 12, 1). Por tanto, éste es el signo de ese cumplimiento, que alcanza las dimensiones de todo el cosmos. Las criaturas, en la totalidad de su múltiple riqueza, retornan en este signo a Dios, que es el Creador, o sea, el Comienzo absoluto de todo lo que existe.

En este signo retorna a Dios el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. Todos nosotros debemos retornar de la misma manera, si hemos recibido la filiación adoptiva en el Hijo unigénito de Dios, quien por nuestra adopción se hizo Hijo del hombre: hijo de María.

Sin embargo, *ese retorno omnicomprendido* de los hijos al Padre *está unido a un drama particular a lo largo de toda la historia del hombre en la tierra*. La liturgia de hoy pone de relieve este drama con las palabras de la carta de san Pablo a los Corintios: «Habiendo venido por un hombre la muerte (...), en Adán mueren todos» (I Co 15, 21-22). Esta muerte tiene una dimensión más profunda que la muerte meramente biológica.

4. Es una muerte que afecta al espíritu, privándolo de la vida que proviene de Dios mismo. El pecado es la causa de esta muerte, pues es rebelión contra Dios por parte de la criatura racional y libre.

El drama se remonta a los orígenes, cuando el hombre, tentado por el Maligno, quiso alcanzar su propia realización de forma autónoma. «Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal», fue la instigación de la serpiente (cf. Gn 3, 5); es decir, seréis capaces de decidir por vosotros mismos acerca de lo que es bueno y lo que es malo, independientemente de la Fuente de la Verdad y del Bien, que es Dios mismo.

Precisamente este drama, el drama original, encuentra su expresión simbólica en el marco grandioso que nos presenta la liturgia de este día. *Delante de la mujer vestida de sol*, símbolo del cosmos transformado en el reino de Dios vivo, aparece otro símbolo, el del *Maligno* del drama original. En la Sagrada Escritura tiene diferentes nombres. Aquí está representado por un *dragón*, que quiere devorar al niño que la mujer ha dado a luz, el pastor «de todas las naciones» (cf. Ap 12, 4-5).

El último libro del Nuevo Testamento confirma, por consiguiente, al primero, el Génesis: «Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre su linaje y su linaje» (Gn 3, 15). La historia humana se presenta así como una larga serie de combates y de luchas entre el bien y el mal, entre el Padre eterno, que ama el mundo hasta entregar a su Hijo unigénito, y el «padre de la mentira», que es «homicida desde el principio» (cf. Jn 8, 44).

5. ¿Por qué razón lucha, pues, el «padre de la mentira»? Lucha para privar al hombre de la filiación divina adoptiva, para quitarle la herencia que el Padre le otorgó en Cristo.

Lucha contra la Mujer, que es la Madre virginal del Redentor del mundo, contra aquella que es el modelo sublime de la Iglesia (cf. *Lumen gentium*, 53).

El signo de la «Mujer» en el Apocalipsis indica a la Madre de Dios y a la Iglesia. Indica a todos los que «son guiados por el Espíritu de Dios». Todos los que, junto con Cristo, como hijos en el Hijo, claman: «¡Abbá, Padre!».

Ese signo se refiere también a nosotros. Al clamar junto con Cristo «Abbá, Padre», participamos como hijos adoptivos en la victoria pascual de la cruz y la resurrección, en la que María participó antes que nadie: ¡María elevada al cielo!

6. Queridos amigos, os habéis reunido aquí, desde muchos lugares; habláis muchas lenguas diferentes. Traéis en vosotros el patrimonio de muchas culturas, de muchas experiencias históricas. *De diversos modos habéis experimentado y experimentáis, vosotros y vuestras sociedades, la lucha que a través de toda la historia del hombre se lleva a cabo en el hombre y por el hombre.*

Nuestro siglo ha sido y sigue siendo un campo de batalla donde se libra esa lucha. Generaciones enteras han sido envueltas en semejante lucha, de la que todos y cada uno de nosotros somos los auténticos protagonistas: *todo hombre*, en la realidad de la creación a imagen y semejanza de Dios, que sufre, al mismo tiempo, *la tentación* de transformar esa imagen y semejanza en un reto dirigido a su Creador y Redentor. La tentación de rechazarlo. *La tentación de vivir su propia vida aquí en la tierra, como «si Dios no existiera».* Como si no existiera Dios en toda su realidad trascendente. Como si no existiera su amor al hombre, amor que movió al Padre «a entregar» a su Hijo unigénito para que el hombre, por medio de él, tuviera la vida eterna en Dios.

En esa lucha, en la sucesión de esos combates espirituales, se emplean muchos medios *para privar a los hombres de su herencia: la «adopción como hijos».* Vosotros, los jóvenes, *habéis venido* aquí en peregrinación *con la finalidad de confirmar esta adopción* como hijos, con el propósito de optar nuevamente por ella. Para modelar con ella vuestra existencia humana; para acercaros y atraer a los demás hacia ella.

¡Sed felices!

Sed felices junto con María, que creyó en el cumplimento de las palabras que le dijo el Señor.

¡Sed felices! Ojalá que el signo de la mujer vestida de sol camine con vosotros, con cada una y cada uno, a lo largo de todos los senderos de la vida. Ojalá que os conduzca al cumplimiento en Dios de vuestra adopción como hijos en Cristo.

¡El Señor ha hecho verdaderamente maravillas en vosotros!

7. De estas «maravillas», queridos jóvenes, debéis ser siempre *testigos coherentes y valerosos* en vuestro ambiente, entre vuestros coetáneos, en todas las circunstancias de vuestra vida.

Está a vuestro lado María, la Virgen dócil a todos los soplos del Espíritu, la que con su «sí» generoso al proyecto de Dios abrió al mundo la perspectiva, largamente añorada, de la salvación.

Mirándola a ella, esclava humilde del Señor, hoy elevada a la gloria del cielo, os digo con san Pablo: ¡«Vivid según el Espíritu!»! (*Ga 5, 16*). Dejad que el Espíritu de sabiduría e inteligencia, de consejo y fortaleza, de conocimiento, piedad y temor del Señor (cf. *Is 11, 2*) penetre en vuestros corazones y vuestras vidas y, por medio de vosotros, transforme la faz de la tierra.

Como os dijo un día el obispo al conferiros el sacramento de la confirmación, así hoy os repito a vosotros, jóvenes que habéis venido aquí desde todos los continentes: *¡Recibid el Espíritu Santo!* Revestíos de la fuerza que brota de él, convertíos en constructores de un mundo nuevo: un mundo diferente, fundado en la verdad, la justicia, la solidaridad y el amor.

8. Esta VI Jornada mundial de la juventud se distingue por *una característica particular*: es la primera vez que se registra una participación tan numerosa de *jóvenes de Europa oriental*.

¿Cómo no descubrir en esto un gran don del Espíritu Santo? Quiero darle las gracias junto con vosotros. Tras ese largo período en que prácticamente no se podían cruzar las fronteras, la Iglesia en Europa puede respirar ahora libremente con sus dos pulmones.

Por este motivo, queridos jóvenes de Europa del este, vuestra presencia es muy significativa. *La iglesia universal tiene necesidad del tesoro precioso de vuestro testimonio cristiano*: testimonio por el que ha sido pagado un precio a veces muy alto de sufrimiento en la marginación, en la persecución e incluso en la prisión.

9. ¡Hoy, finalmente, ha llegado vuestra hora! En los duros años de la prueba, la Iglesia y el Sucesor de Pedro jamás os han olvidado. Aquí, en

el santuario de Jasna Góra, ahora podéis ofrecer al mundo el testimonio público de vuestra pertenencia a Cristo y de vuestra comunión con la Iglesia. Lo ofrecéis ante vuestros coetáneos que proceden de todo el mundo y, de forma especial, de los países de Europa occidental.

El Viejo Continente cuenta con vosotros, jóvenes del este y del oeste europeo, para construir la «casa común» de la que se espera un futuro de solidaridad y paz; cuenta con vosotros la Iglesia que, en la próxima Asamblea extraordinaria del Sínodo de los obispos, se recogerá para reflexionar sobre las consecuencias que se desprenden de los recientes cambios y para disponer iniciativas oportunas en orden a una acción pastoral más incisiva en el continente.

Para el bien de las generaciones que vendrán es necesario que la nueva Europa se apoye sobre los fundamentos de los valores espirituales que constituyen el núcleo más íntimo de su tradición cultural.

10. Una gran alegría embarga mi corazón al veros juntos, jóvenes del este y del oeste, del norte y del sur, unidos por la fe en Jesús, que «ayer como hoy (...) es el mismo, y lo será siempre» (*Hb* 13, 8). Sois la juventud de la Iglesia, que se apresta a afrontar el nuevo milenio. ¡Sed la Iglesia del futuro, la Iglesia de la esperanza!

Queridos jóvenes, sabéis por experiencia que la caída de la ideología en los países de Europa oriental ha dejado en muchos de vuestros compañeros el sentimiento de un gran vacío, la impresión de haber sido engañados y una angustia deprimente ante el futuro.

También en los países de Europa occidental gran parte de la juventud ha perdido los motivos por los que vale la pena vivir. El fenómeno de la droga es un síntoma de este extravío profundo. El desinterés por la política manifiesta en muchos el sentimiento de impotencia en la lucha por el bien.

Sois enviados a estos hermanos y hermanas como mensajeros de la Buena Nueva de la salvación. Al encontrar a Jesús y conocer vuestra vocación a la filiación divina por medio de vuestro testimonio de alegría, descubrirán cuál es el sentido de la vida. En efecto, ansían encontrar ese sentido, y Jesucristo es la verdad que nos hace libres.

A todos los que están desilusionados frente a los cometidos terrenos de la civilización, los tenéis que invitar a ser, junto con vosotros, artífices de la «civilización del amor», cuyo gran programa está trazado en la doctrina social de la Iglesia, que recientemente he recordado y confirmado en la encíclica *Centesimus annus*.

Trabajar generosamente para construir una sociedad que se distinga por la búsqueda constante de la justicia, la concordia, la solidaridad y la paz es un ideal que revela a cada cual la riqueza de entrega y de servicio que lleva dentro de sí.

Cada uno, colaborando en la obra de fraternidad entre los hombres y los pueblos, y empeñándose generosamente en ayudar a los más pobres, descubrirá la belleza de la vida.

Queridos amigos, tenéis la responsabilidad de llevar este mensaje evangélico que conduce a la vida eterna y, al mismo tiempo, señala el camino para vivir de forma más humana en la tierra.

Gran parte de lo que será el *futuro* depende del empeño de la generación cristiana de *hoy*. Depende, sobre todo, de vuestro empeño, queridos jóvenes, que pronto tendréis la responsabilidad de decisiones que influirán no sólo en vuestro destino, sino también en el de muchos otros.

Os corresponde, pues, a vosotros la misión de asegurar en el mundo futuro la presencia de valores como la plena libertad religiosa, el respeto a la dimensión personalista del desarrollo, la tutela del derecho a la vida, la promoción de la familia, la valoración de la diversidad de culturas con miras a un enriquecimiento recíproco y la salvaguardia del equilibrio ecológico amenazado por peligros cada vez más graves.

11. Son tareas inmensas, que requieren corazones intrépidos, capaces de «esperar contra toda esperanza» (cf. *Rm* 4, 18). Queridos jóvenes, ¡no estáis solos en esta empresa! A vuestro lado está Cristo nuestro Señor, quien dijo: «He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!» (*Lc* 12, 49). Esto es lo que puede templar vuestro corazón y hacer que se atreva a afrontar las empresas más arduas: *el fuego que Jesús ha traído*, el fuego del Espíritu Santo, que quema toda miseria humana, todo egoísmo sórdido y todo pensamiento mezquino.

Dejad que este fuego arda en vuestros corazones.

La Virgen María lo ha encendido en vosotros aquí en Czestochowa.

Llevad este fuego a todo el mundo. ¡Que nada ni nadie lo apague nunca! ¿Qué ha sido para vosotros Jasna Góra? Ha sido para vosotros hoy el Cenáculo, un nuevo Pentecostés: la Iglesia, una vez más, reunida en compañía de María, una Iglesia joven y misionera, consciente de su misión. ¡Recibid el Espíritu Santo y sed fuertes! Amén.

CONSAGRACIÓN de los jóvenes del mundo a la Virgen María en el Santuario de Czestochowa.

Sub tuum praesidium confugimus, Sancta Dei Genetrix...

(«Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios...»).

Nosotros, jóvenes de todo el mundo, venimos a ti, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia. Madre de la fe, de la esperanza y del amor. Te traemos toda nuestra juventud.

Venimos a ti, Madre de Dios, Madre de la Vida, Madre del Amor hermoso.

Venimos aquí, donde desde hace siglos los hombres recurren a ti, para recibir la libertad; junto ti, incluso en la esclavitud, se han sentido libres. Hoy, esta casa tuya se ha convertido en la casa de todos nosotros, de los jóvenes de todo el mundo. Czestochowa en este momento es la capital de la juventud.

Venimos a ti, que eres nuestra Madre y, mediante tu intercesión, pedimos a Cristo la libertad verdadera, la fe verdadera y los motivos de vida y esperanza. Tú, Madre, conoces nuestros límites, y también todos nuestros sueños, nuestros proyectos para el futuro, y nuestras posibilidades. Haz que sepamos hacer fructuosa la esperanza que está en nosotros (cf. *I P 3*, 15).

Nostras deprecationes ne despicias in necessitatibus, sed a periculis cunctis libera nos semper, Virgo gloriosa et benedicta.

(«No deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien, líbranos siempre de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita»).

Llevamos en nosotros grandes anhelos. Queremos vivir para Cristo. Nos dirigimos a ti, la Maestra más segura por los caminos humanos... Ayúdanos a vencer todas las desesperaciones. Ayúdanos a ser más fuertes que todo lo que parece asediarnos. Nuestra vida cotidiana es diversa, como diversas son también tus imágenes en nuestros países. Ayúdanos a ser auténticos.

Te confiamos lo que en nosotros está amenazado desde dentro y desde fuera: cúranos de los pecados y de las debilidades, líbranos de la derrota y del error, protégenos del desprecio de la vida y de todo lo que amenaza la salud y la vida.

Defiéndenos de la soledad que no proviene de una elección y que muchos no logran vencer. Haz que no se transforme jamás en desesperación.



Juan Pablo II en Czestochowa.

Te confiamos a los que deben afrontar la desocupación, la falta de casa y el temor ante el futuro.

Ayúdanos a salvar al mundo y a nosotros mismos de la violencia y de las diferentes formas de totalitarismo contemporáneo en el que no tenemos influencia inmediata.

Te confiamos a ti, Madre, a las familias jóvenes y a los que se han entregado exclusivamente al servicio de Dios. A ti, Madre, te confiamos la vocación de cada hombre. Haz que la vida de cada uno, de cada uno de nosotros, dé frutos producidos por el Evangelio.

Queremos rezar contigo por quienes buscan los caminos de tu Hijo, y también por los que no saben y no quieren saber nada acerca de nuestro encuentro. Por los que no conocen ni a Dios, ni a Cristo, ni a ti.

Domina nostra, Advocata nostra, Mediatrix nostra, Consolatrix nostra. Tuo Filio nos reconcilia, tuo Filio nos recomienda, tuo Filio nos repraesenta.

(«Señora nuestra, Abogada nuestra, Mediadora nuestra, Consoladora nuestra. Reconcílianos con tu Hijo, recomiéndanos a tu Hijo, preséntanos a tu Hijo»).

Enséñanos tu fe, tu esperanza y tu amor. Enséñanos a salir al encuentro de tu Hijo. Guíanos hacia él. Que él sea la respuesta a todas nuestras preguntas. Enséñanos a ir al encuentro de los demás hombres, quizá más pobres y más solos que nosotros.

Enséñanos a servir a la vida desde su concepción hasta su muerte natural. Enséñanos a acoger esta vida.

Que nuestros corazones estén abiertos; que estén abiertas las casas y los países. Libranos del temor, a fin de que no teniendo miedo de los pobres del Evangelio de Jesús –niños, ancianos, enfermos y extranjeros– podamos abrir las puertas al Salvador del mundo y del hombre.

Devuelve el misterio a la vida y a todo lo que la genera, lo que le da sentido. Devuelve el misterio al amor y hazlo mediante la pureza. A través de ti la pureza se convierte en una respuesta al misterio: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5, 8). Tú sabes que la corrupción mayor del hombre es la impureza, de la que nacen el odio, los homicidios y las guerras.

Deseamos asumir nuestra responsabilidad con respecto a nuestro futuro y al futuro de la Iglesia y del mundo, en el umbral del tercer milenio, para estar capacitados a fin de transmitir a nuestros hijos la fe en Dios y el sentido de la vida.

Enséñanos a estar presentes en la Iglesia y en la vida social. Enséña-

nos a asumir la responsabilidad con respecto al destino del mundo y de nuestras patrias aquí en la tierra.

Madre de la Sabiduría, enséñanos a crear una cultura y una civilización que, basándose en las leyes de Dios, sepan servir al hombre. Enséñanos el espíritu de reconciliación y perdón. Haz que no escapemos ante las nuevas tareas. Toda la realidad contemporánea espera la evangelización plena. Deseamos ser, cada uno a su modo, misioneros de esta obra junto con Cristo, santificador y transformador de este mundo.

Guíanos hacia tu Hijo, reconcílianos con él, encomiéndanos a él y devuélvenos a él.

Amén.

DISCURSO de despedida a los jóvenes en el Santuario de Jasna Góra.

Queridos jóvenes:

Ha llegado el momento de la despedida. Nos despedimos bajo la mirada de la «Virgen Negra», la Virgen de Jasna Góra, que hoy contemplamos en la gloria de la Asunción al cielo.

En ella la naturaleza humana alcanzó su expresión más alta, inferior sólo a la perfección del Hijo, el Verbo encarnado. María está delante de nosotros como el modelo de una vida que supo *crecer hasta la madurez plena*.

«Crecer», «madurar»: es el empeño característico de la juventud. En el ámbito biológico, cuando te detienes, cuando ya no creces, es señal de que comienzas a envejecer.

Esta ley vale también para el espíritu, con la diferencia de que el espíritu no tiene límites biológicos de crecimiento. Precisamente por esta razón no puede envejecer.

Queridos jóvenes, éste es el compromiso que la Virgen os deja: *creced como personas*, desarrollando los talentos del cuerpo y del espíritu; *creced como cristianos*, tratando de ser santos; *creced como testigos de Cristo*, luz del mundo.

2. María Santísima os indica también el camino de este itinerario de crecimiento: *el camino es Cristo Jesús*. Es un camino empinado, estrecho y fatigoso. Pero para quien sabe recorrerlo, haciendo del Evangelio la norma de la propia vida, es un camino que introduce en la alegría verdadera.

Jóvenes, «recibisteis un espíritu de hijos» (Rm 8, 15). ¡No desperdiciéis esta estupenda herencia!

Sed exigentes con el mundo que os rodea; sed en primer lugar con vosotros mismos. Sed hijos de Dios: ¡sentíos orgullosos de ello!

No os resignéis a la mediocridad; no os rindáis a los condicionamientos de las modas corrientes, que imponen un estilo de vida no conforme con los ideales cristianos; no cedáis a los halagos del consumismo. Cristo os llama a grandes empresas. No lo defraudéis, pues os defraudaríais a vosotros mismos.

Con la fuerza que Cristo os da, llevad a todos el anuncio de que *Dios quiere hacer de cada ser humano un hijo suyo*. Que vuestro testimonio sea la levadura de ese mundo nuevo al que cada uno aspira: un mundo verdaderamente justo, solidario y fraterno.

María, la Madre de Dios y de los hombres, carnina con vosotros.

¡Amadísimos jóvenes!

Que la experiencia de fe vivida a los pies de la “Virgen Negra” de Czêstochowa permanezca impresa para siempre en vuestros corazones.

“Habéis recibido un espíritu de hijos”. Proclamad, pues, esta certeza a cuantos encontréis por los caminos de la vida. Que vuestro testimonio cristiano sea levadura de un mundo nuevo para que pueda ser verdaderamente justo, solidario y fraterno.

¡Que la Santísima Virgen os acompañe!

Seguidamente la Cruz visitó Alemania y Suiza.

VII JMJ ROMA, 12 DE ABRIL DE 1992

TEMA: "ID AL MUNDO ENTERO Y PREDICAD EL EVANGELIO" (Mc 16, 15).

El Domingo de Ramos de 1992, durante la celebración de la VII Jornada Mundial de la Juventud de la diócesis de Roma, la Cruz fue confiada a los jóvenes de Estados Unidos, donde tendría lugar el siguiente Encuentro Mundial en Denver.

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el 24 de noviembre de 1991, Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo, para la VII Jornada Mundial de la Juventud.

Muy queridos jóvenes:

1. El Señor ha bendecido de modo realmente extraordinario la VI Jornada mundial de la juventud, celebrada el pasado mes de agosto junto al santuario de Jasna Góra, en Czestochowa. Al anunciaros el tema de la próxima Jornada, pienso de nuevo en aquellos momentos maravillosos y doy gracias a la Providencia por los frutos espirituales que aquel encuentro ha traído, no sólo a la Iglesia, sino a toda la humanidad.

¡Cómo quisiera que el soplo del Espíritu Santo, que recibimos en Czestochowa, se difundiese por todas partes! En aquellos días inolvidables el santuario mariano se convirtió en el cenáculo de un nuevo Pentecostés, con las puertas abiertas hacia el tercer milenio. Una vez más, el mundo pudo ver a la Iglesia, joven y misionera, llena de gozo y de esperanza.

Sentí una gran felicidad al ver a tantos jóvenes que, viniendo del Este y del Oeste, del Norte y del Sur, por primera vez se encontraron, unidos por el Espíritu Santo en el vínculo de la oración. Vivimos un acontecimiento histórico, un acontecimiento que, por su gran alcance salvífico, abrió una nueva etapa en el camino de evangelización, del que los jóvenes son protagonistas.

Y ya estamos en la VII Jornada mundial de la juventud 1992. Como tema para este año he elegido las palabras de Cristo: *"Id por todo el*

mundo y proclamad el Evangelio” (Mc 16, 15). Estas palabras, dirigidas a los Apóstoles, llegan, mediante la Iglesia, a todo bautizado. Como es fácil notar, se trata de un tema íntimamente relacionado con el del año pasado. El mismo Espíritu, que nos ha hecho hijos de Dios, nos impulsa a la evangelización. De hecho, la vocación cristiana implica una misión.

A la luz del mandato misionero que Cristo nos ha confiado, se ven con más claridad el significado y la importancia de las jornadas mundiales de la juventud en la Iglesia. Participando en estos encuentros, los jóvenes confirman y fortalecen el propio “sí” dado a Cristo y a su Iglesia, repitiendo, con las palabras del profeta Isaías: “Heme aquí: envíame” (Is 6, 8). Este fue exactamente el significado del rito del envío realizado en Czestochowa, cuando entregué a algunos de vuestros representantes cirios encendidos, invitando a todos los jóvenes a llevar la luz de Cristo al mundo. Sí, en Jasna Góra –en la Montaña Luminosa– el Espíritu Santo encendió una luz que es signo de esperanza para la Iglesia y para toda la humanidad.

2. La Iglesia, por naturaleza, es una comunión misionera (cf. *Ad gentes*, 2). Constantemente trata de vivir este impulso misionero que ha recibido del Espíritu Santo en el día de Pentecostés: “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos” (Hch 1, 8). En efecto, el Espíritu Santo es el protagonista de toda la misión eclesial (cf. *Redemptoris missio*, III).

Como consecuencia, también la vocación cristiana está proyectada hacia el apostolado, hacia la evangelización, hacia la misión. Cristo llama a cada bautizado a ser su apóstol en el propio ambiente de vida y en todo el mundo: “Como el Padre me envió, también yo os envío” (Jn 20,21). Cristo, a través de su Iglesia, os confía la misión fundamental de comunicar a los demás el don de la salvación y os invita a participar en la construcción de su Reino. Os elige a pesar de los límites que cada uno tiene, porque os ama y cree en vosotros. Este amor de Cristo, incondicional, debe ser el alma de vuestro apostolado, según las palabras de san Pablo: “el amor de Cristo nos apremia” (2 Co 5, 14).

Ser discípulos de Cristo no es algo privado. Al contrario, el don de la fe hay que compartirlo con los demás. Por eso, el mismo Apóstol escribe: “Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!” (1 Co 9, 16). No olvidéis, además, que la fe se fortalece y crece cuando se comunica a los demás (cf. *Redemptoris missio*, 2).

3. “*Id por todo el mundo*”.

Las tierras de misión, en las que tenéis que trabajar, no están situadas necesariamente en los países lejanos, sino que se encuentran en todo el mundo, también en vuestros ambientes cotidianos. En los países de más antigua tradición cristiana hay hoy una urgente necesidad de hacer resplandecer el anuncio de Jesús a través de una nueva evangelización, pues todavía hay muchas personas que no conocen a Cristo, o lo conocen poco; y otras, influidas por los mecanismos del secularismo y de la indiferencia religiosa, se están alejando de él (cf. *Christifideles Laici*, 4).

El mismo mundo de los jóvenes, queridos míos, constituye para la Iglesia contemporánea una tierra de misión. Son por todos conocidos los problemas que atormentan los ambientes juveniles: la caída de los valores, la duda, el consumismo, la droga, la delincuencia, el erotismo, etc. Pero, al mismo tiempo, todo joven tiene una gran sed de Dios, aunque a veces ésta se esconde detrás de una actitud de indiferencia o incluso de hostilidad. ¡Cuántos jóvenes, desorientados e insatisfechos, fueron a Czestochowa para dar un sentido más profundo y decisivo a su propia vida! ¡Cuántos fueron desde lejos –no sólo geográficamente–, incluso sin haber recibido el bautismo! Tengo la certeza de que, para la vida de muchos jóvenes, el encuentro de Czestochowa fue una forma de “preparación evangélica”; para algunos hasta significó un cambio esencial, una ocasión de auténtica conversión.

¡La mies es mucha! Pero, aunque hay muchos jóvenes que buscan a Cristo, hay todavía pocos apóstoles capaces de anunciarlo de modo creíble. Se necesitan muchos sacerdotes, maestros y educadores en la fe, y también jóvenes animados por el espíritu misionero, ya que son los jóvenes quienes “deben convertirse en los primeros e inmediatos apóstoles de los jóvenes, ejerciendo el apostolado entre sí” (*Apostolicam actuositatem*, 12). Esta es una pedagogía básica de la fe. Por lo tanto, ¡ésta es vuestra gran tarea!

El mundo de hoy lanza muchos desafíos a vuestro compromiso eclesial. Concretamente, la caída del sistema marxista en los países de Europa centro-oriental y la consiguiente apertura de numerosos países al anuncio de Cristo, constituye un nuevo signo de los tiempos al que la Iglesia tiene que dar una respuesta adecuada. Al mismo tiempo la Iglesia busca los caminos para superar las barreras de distinta naturaleza que todavía existen en otros muchos países. Son indispensables la fuerza y el entusiasmo que vosotros, queridos jóvenes, podéis ofrecer a la Iglesia.

4. “*Proclamad el Evangelio*”.

Anunciar a Cristo significa, sobre todo, ser sus testigos con la vida. Se trata de la forma de evangelización más simple y, al mismo tiempo, más eficaz para vosotros. Consiste en manifestar la presencia visible de Cristo en la propia existencia a través del compromiso cotidiano y la coherencia con el Evangelio en cada elección concreta. Hoy el mundo necesita testigos creíbles. Vosotros, queridos jóvenes, que tanto amáis la autenticidad en las personas y que casi instintivamente condenáis todo tipo de hipocresía, estáis dispuestos a ofrecer a Cristo un testimonio limpio y sincero. Testimoniad, por tanto, vuestra fe, también a través de vuestro compromiso en el mundo. El discípulo de Cristo nunca es un observador pasivo e indiferente frente a los acontecimientos. Al contrario, se siente responsable de la transformación de la realidad social, política, económica y cultural.

Además, anunciar significa también proclamar, llevar la Palabra de salvación a todos. Muchas personas rechazan a Dios por ignorancia. De hecho, todavía se conoce poco la fe cristiana, pero al mismo tiempo hay un profundo deseo de escuchar la palabra de Dios. Y la fe nace de la escucha. San Pablo escribe: “¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique?” (*Rm* 10, 14). Anunciar la palabra de Dios, queridos jóvenes, no incumbe sólo a los sacerdotes o a los religiosos, sino también a vosotros. Debéis tener la valentía de hablar de Cristo en vuestras familias, en vuestro ambiente de estudio, de trabajo o de diversión, animados por el mismo fervor de los Apóstoles, cuando afirmaban: “Nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (*Hch* 4, 20). ¡Tampoco vosotros podéis callar! Existen lugares y situaciones a los que sólo vosotros podéis llevar la semilla de la palabra de Dios.

No tengáis miedo de hablar de Cristo a quien todavía no lo conoce. Cristo es la verdadera respuesta, la más completa, a todas las preguntas que se refieren al hombre y a su destino. Sin él, el hombre es un enigma sin solución. Tened, por lo tanto, ¡la valentía de proponer a Cristo! Ciertamente, hay que hacerlo con el debido respeto a la libertad y conciencia de cada uno, pero hay que hacerlo (cf. *Redemptoris missio*, 39). Ayudar a un hermano o a una hermana a descubrir a Cristo, camino, verdad y vida (cf. *Jn* 14, 6) es un verdadero acto de amor hacia el prójimo.

Hablar de Dios hoy no es fácil. Muchas veces se encuentra un muro de indiferencia, y también una cierta hostilidad. Cuántas veces tendréis

la tentación de repetir con el profeta Jeremías: “¡Ah, Señor! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho” Pero Dios responde siempre: “No digas ‘soy un muchacho’, pues adondequiera que yo te envíe irás” (cf. Jr 1, 6-7). Por tanto, no os desalentéis, porque no estáis solos. El Señor nunca dejará de acompañaros, como prometió: “Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20).

5. *“Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio”.*

El tema de la VII Jornada mundial de la juventud también os invita a mirar la historia de los pueblos y, en particular, la historia de su evangelización.

En algunos casos se trata de una historia muy antigua; en otros es una historia reciente. Pero es maravilloso el dinamismo con el que las Iglesias más jóvenes crecen en la fe, enriqueciendo el patrimonio espiritual de toda la Iglesia universal.

Con ocasión de esta Jornada, muy queridos jóvenes de todo el mundo, os invito a reflexionar, a la luz de la fe, sobre las figuras de los apóstoles y misioneros, sobre los primeros que llevaron la cruz de Cristo a vuestros países. Tratad de sacar de su ejemplo el celo y el valor necesarios para afrontar mejor los retos de nuestro tiempo.

Como signo de gratitud por el don de la fe que han llevado a los pueblos, estad dispuestos a asumir personalmente la responsabilidad de la herencia de la cruz de Cristo. Estáis llamados a transmitirla a las generaciones futuras.

En este momento quiero dirigir una llamada especial a los jóvenes del continente latinoamericano, donde este año se celebra el V Centenario de la primera evangelización. Este acontecimiento, de gran importancia para toda la Iglesia, es para vosotros un motivo para dar gracias al Señor por la fe que os ha dado y para renovar vuestro compromiso frente a los desafíos de la nueva evangelización, en el umbral del tercer milenio.

6. Con la publicación de este mensaje, se abre el camino de preparación espiritual para la celebración de la próxima Jornada mundial de la juventud, que os reunirá alrededor de vuestros obispos, el Domingo de Ramos.

Pero el carácter ordinario de la celebración no puede significar un compromiso menor. Por eso, os invito a vosotros, jóvenes, a los animadores de la pastoral juvenil y a los responsables de los movimientos, asociaciones y comunidades eclesiales a intensificar el esfuerzo, para que este

camino se transforme en una verdadera escuela de evangelización y de formación apostólica.

Espero que muchos jóvenes y muchas jóvenes, animados por un sincero celo apostólico, quieran consagrar su propia vida a Cristo y a la Iglesia como sacerdotes, religiosos y religiosas, o como laicos dispuestos también a dejar el propio país para ir a donde escasean los obreros de la viña de Cristo. Escuchad, por tanto, con atención la voz del Señor, que hoy no cesa de llamar del mismo modo que llamó a Pedro y a Andrés: “Venid conmigo y os haré pescadores de hombres” (*Mt 4, 19*).

Al aproximarnos al año dos mil, la Iglesia siente la exigencia de un nuevo impulso misionero y, por este motivo, queridos jóvenes, tiene mucha esperanza en vosotros. No os olvidéis de dar gracias todos los días al Espíritu Santo, que continúa encendiendo tantas llamas de compromiso apostólico en la Iglesia de hoy. Las comunidades parroquiales vivas y dinámicas constituyen un terreno muy fértil, lo mismo que las asociaciones, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades que crecen y se difunden con tanta abundancia de carismas, sobre todo en los ambientes juveniles. Esto es un nuevo soplo que el Espíritu Santo infunde en nuestro tiempo: ¡cómo quisiera que esto entrase en la vida de cada uno de vosotros!

Confío a María, Reina de los Apóstoles, la celebración de la Jornada mundial de la juventud 1992. Que ella os enseñe que no hacen falta gestos extraordinarios para llevar a Jesús a los otros. Sólo es necesario tener un corazón lleno de amor hacia Dios y hacia los hermanos, un amor que impulse a compartir los tesoros inestimables de la fe, de la esperanza y de la caridad.

Durante el camino de preparación a la VII Jornada mundial de la juventud, os acompañe, queridos jóvenes, mi especial bendición apostólica.

El Domingo de Ramos, 12 de abril de 1992, el Papa San Juan Pablo II inicia la VII Jornada Mundial de la Juventud.

HOMILÍA pronunciada en la Misa.

1. «Anunciaré tu nombre a mis hermanos» (*Sal 22, 23*).

Hoy las palabras del salmo se cumplen de una manera particular. En toda Jerusalén resuena la gloria del nombre de Dios. Del Dios que hizo salir a su pueblo de Egipto, de la situación de esclavitud.

Este pueblo espera la nueva venida de Dios. En Jesús de Nazaret se realiza el cumplimiento de sus esperanzas. Cuando Cristo se acerca a Jerusalén, yendo como peregrino junto con los demás para la fiesta de

Pascua, es acogido como *el que viene en el nombre del Señor*. El pueblo, exultando, canta: «Hosanna».

Todos han captado con exactitud los signos que muestran que se han cumplido los anuncios de los profetas. También el signo del rey que tenía que llegar «montado en un asno» (cf. *Zc 9, 9*) había sido profetizado.

2. Pero la intuición colectiva tiene sus límites. Aquel que, según las palabras del salmista, viene para «anunciar el nombre de Dios a sus hermanos» es, *al mismo tiempo* –en este salmo– el abandonado, el escarnecido, el castigado.

«Al verme se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza: “Acudió al Señor, que le ponga a salvo; que lo libere, si tanto lo quiere”» (*Sal 22, 8-9*).

Después, él dice de sí mismo, como si hablara entre sí: «Me talarán las manos y los pies, puedo contar mis huesos... Se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica. Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven de prisa a socorrerme» (*Sal 22, 17-20*). «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*» (*ib.*, 2).

¡Sorprendente profecía! Estas palabras nos transportan ya al Gólgota; participamos en la agonía de Cristo en la cruz. Precisamente estas palabras del salmista se encuentran de nuevo en su boca cuando va a morir.

Cristo, que ha venido a Jerusalén para la fiesta de Pascua, ha leído hasta sus últimas consecuencias la verdad contenida en los salmos y en los profetas. Esta era la verdad sobre él. Ha venido *para cumplir esta verdad hasta sus últimas consecuencias*.

3. Mediante el evento del Domingo de Ramos se abre la perspectiva de los acontecimientos ya cercanos, en los que la verdad plena sobre Cristo-Mesías encontrará su total cumplimiento.

Aquel que «a pesar de su condición divina no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo... se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso, Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el “nombre sobre todo nombre”... ¡Jesucristo es Señor!» para gloria de Dios. Padre» (*Flp 2, 6-9. 11*).

4. *Esta es la verdad de Dios*, contenida en los eventos de esta Semana Santa de Pascua. Los eventos tienen el carácter humano. Perte-

necen a la historia del hombre. Pero este hombre «realmente... era Hijo de Dios» (*Mt 27, 54*). *Los eventos humanos descubren el inescrutable misterio de Dios*. Este es el misterio del amor que salva.

Cuando, después de la resurrección, Cristo dice a los Apóstoles: «Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva» (*Mc 16, 15*), en ese momento les da el mandato *de predicar precisamente este misterio*, cuya plenitud ha sido alcanzada en los acontecimientos de la Pascua de Jerusalén.

5. Estas mismas palabras del Redentor del mundo van dirigidas hoy a todos los jóvenes de Roma y de toda la Iglesia; y se convierten en *el hilo conductor de la Jornada mundial de la juventud de este año*.

Es necesario, queridísimos jóvenes, que la verdad salvífica del Evangelio sea asumida hoy por vosotros como, hace veinte siglos, fue asumida la verdad sobre el Hijo de David («el que viene en nombre del Señor») por los hijos e hijas de la ciudad santa. Es necesario *que vosotros asumáis hoy* esta verdad salvífica sobre Cristo crucificado y resucitado, y viviendo intensamente de ella os esforcéis por llegar al corazón del mundo contemporáneo.

«Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva» (*Mc 16, 15*): esta es la consigna que os dirige el mismo Cristo. Sobre este compromiso, que constituye el tema de la VII Jornada mundial de la juventud, habéis reflexionado y orado. Se trata de un compromiso que os afecta personalmente a cada uno. Todo bautizado es llamado por Cristo a convertirse en su apóstol en el propio ambiente en que vive y en todo el mundo.

¿Cuál será vuestra respuesta?

Que cada uno de vosotros sepa hacer suyas las palabras del salmista: «*Anunciaré tu nombre a mis hermanos*».

Sí. ¡Tu nombre! Pues de ningún otro nombre bajo el cielo nos viene la salvación (cf. *Hch 4, 12*). Amén.

ÁNGELUS

Al concluir esta celebración, quisiera dirigir mi palabra sobre todo a los jóvenes.

Amadísimos jóvenes, aquí presentes; amadísimos jóvenes de todo el mundo:

1. Conservo aún vivo en la memoria y en el corazón el recuerdo del gran acontecimiento de Czestochowa. Ahora tengo la alegría de convo-

caros para el próximo encuentro mundial de la juventud, que tendrá lugar en los Estados Unidos, en agosto de 1993.

Agradezco la acogida que ha recibido en muchos lugares la realización de ese acontecimiento en aquel gran país y, de modo especial, doy gracias a la Conferencia nacional de los obispos católicos y a las diócesis que se han ofrecido con generosidad para acoger el encuentro. He elegido la ciudad de Denver, en las conocidas Montañas Rocosas, en el Estado del Colorado, que nunca había sido incluido en el itinerario de mis anteriores viajes apostólicos.

2. El tema de la VIII Jornada mundial de la juventud será: «Yo he venido para que tengan vida la tengan en abundancia» (*Jn* 10, 10).

¿Qué mejor deseo y compromiso, amadísimos jóvenes, que ponerse en camino para redescubrir y encontrar la presencia de Jesucristo, fuente de la vida, de la vida plena?

¡Jesucristo! Sólo Él responde con plenitud a vuestro anhelo de verdad, de belleza y de felicidad.

En medio de grandes cambios históricos, ante los derrumbamientos que tienen lugar en nuestro tiempo y ante las grandes perplejidades actuales, hace mucha falta vuestra fuerza joven, hace mucha falta vuestra capacidad de construir, sobre aquella «piedra angular», nuevas formas de vida más dignas del hombre.

3. Invito, pues, a todas las comunidades cristianas —diócesis, asociaciones y movimientos— a emprender un proceso capilar y profundo de preparación y catequesis de los jóvenes y con los jóvenes, que es preciso vivir como peregrinación espiritual encaminada hacia el encuentro de Denver. Allí estaré con los jóvenes de todo el mundo para testimoniar el don, la novedad y la plenitud de vida a la que estamos destinados en Cristo.

Que la cruz del Año santo —¡árbol de la vida!—, que ahora pasará de manos de los jóvenes polacos a las de los jóvenes llegados de Estados Unidos, acompañe vuestro camino de preparación.

Después del Ángelus.

A los jóvenes de lengua española de todo el mundo anuncio que el próximo encuentro mundial de la juventud tendrá lugar, Dios mediante, en la ciudad de Denver, Colorado (Estados Unidos), en el mes de agosto de 1993.

Y el lema de la VIII Jornada mundial de la Juventud lo expresan estas palabras del evangelio de San Juan: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (*Jn* 10, 10).

A todos invito a colaborar y participar en aquel encuentro de fe y esperanza.

La cruz, antes de iniciar su viaje por las diócesis estadounidenses para la JMJ de Denver, fue llevada a Australia, donde los jóvenes también querían acogerla, aunque sólo fuera por un breve período.

VIAJE APOSTÓLICO DE SAN JUAN PABLO II A SANTO DOMINGO PARA CELEBRAR LOS 500 AÑOS DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

El 10 de octubre de 1992, San Juan Pablo II visitó Santo Domingo, con motivo de los 500 años del descubrimiento de América, que significó el Encuentro de la Cruz y la Evangelización del Nuevo Mundo.

DISCURSO en el Aeropuerto Internacional Las Américas de Santo Domingo, el sábado, 10 de octubre de 1992.

1. Me llena de gozo encontrarme nuevamente en esta tierra generosa, que en los designios de Dios fue predestinada para recibir, hace ahora cinco siglos, la Cruz de Cristo, que alargando sus brazos de misericordia y amor, llegaría a abarcar la totalidad de aquel mundo nuevo que un 12 de octubre de 1492 apareció radiante a los ojos atónitos de Cristóbal Colón y sus compañeros.

Saludo muy cordialmente al Señor Presidente de la República, que acaba de recibirme, en nombre también del Gobierno y del pueblo de esta querida Nación, y le expreso mi viva gratitud por las amables palabras de bienvenida que ha tenido a bien dirigirme, así como por la invitación a visitar este noble País en fecha tan señalada. Saludo igualmente a las demás Autoridades civiles y militares aquí presentes, a quienes manifiesto también mi reconocimiento por la amabilidad de venir a recibirme.

Mis expresiones de gratitud se hacen abrazo de paz a mis Hermanos Obispos, miembros del Episcopado Dominicano y Presidencia del Consejo Episcopal Latinoamericano, quienes con tanto amor y dedicación cuidan y sirven al Pueblo de Dios en esta vasta porción de la Iglesia. En este saludo, mi corazón abraza también con particular afecto a los queridos sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles cristianos, a los que me debo en el Señor como Pastor de la Iglesia universal.

2. Como peregrino de la Evangelización vengo a este pórtico de las Américas, donde, como aquellos misioneros que acompañaban a los descubridores, tuve la dicha de celebrar mi primera Misa en el primer viaje pastoral de mi Pontificado. Posteriormente, el 12 de octubre de 1984, en el Estadio Olímpico de Santo Domingo, pude inaugurar la novena de años con la que la Iglesia se ha preparado a la magna efemérides que ahora celebramos. Y, recordando las palabras que pronuncié en aquella ocasión, reitero que “la Iglesia, en lo que a ella se refiere, quiere acercarse a celebrar este V Centenario con la humildad de la verdad, sin triunfalismos ni falsos pudores; solamente mirando a la verdad, para dar gracias a Dios por los aciertos, y sacar del error motivos para proyectarse renovada hacia el futuro” (*Homilía en el Estadio Olímpico de Santo Domingo*, n. 3, 12 de octubre de 1984).

Con este viaje apostólico vengo a celebrar, ante todo, a Jesucristo, el primero y más grande evangelizador, que confió a su Iglesia la tarea de proclamar en todo el mundo su mensaje de salvación. Vengo como heraldo de Cristo y en cumplimiento de la misión confiada al apóstol Pedro y a sus Sucesores de confirmar en la fe a los hermanos (cf. *Lc 22, 32*). Vengo también para compartir vuestra fe, vuestros afanes, alegrías y sufrimientos.

3. Movidio por la solicitud pastoral por toda la Iglesia, y en íntima comunión con mis Hermanos Obispos del Continente, he querido convocar la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que tendré la dicha de inaugurar el próximo día 12, cuando se cumplen 500 años de la implantación de la cruz de Cristo en el Nuevo Mundo.

La Iglesia, que durante este medio milenio ha acompañado en su caminar a los pueblos latinoamericanos compartiendo sus gozos y anhelos, y que hoy se hallan en una encrucijada de su historia al tenerse que enfrentar a urgentes y arduos problemas, se siente interpelada ante la dramática situación de tantos de sus hijos que buscan en ella una palabra de aliento y esperanza. Por ello, junto con los Pastores de la Iglesia convocados en esta Asamblea de Santo Domingo, deseo reafirmar nuestra irrenunciable vocación de servicio al hombre latinoamericano y proclamar su inalienable dignidad como hijo de Dios, redimido por Jesucristo.

Con la confianza puesta en el Señor, y sintiéndome muy unido a los amados hijos de la República Dominicana y de toda América Latina,

inicio mi peregrinación apostólica que encomiendo a la maternal protección de Nuestra Señora de la Altagracia –cuyo Santuario en Higüey tendré la dicha de visitar– mientras bendigo a todos, pero de modo particular a los pobres, a los enfermos, a los marginados, a cuantos sufren en el cuerpo o en el espíritu.

¡Alabado sea Jesucristo!



Primera Cruz levantada en el continente americano por los españoles que se venera en la catedral de Santo Domingo. En la cruz abajo se pueden leer las palabras: “Esta es la insignia primera que se plantó en el centro de este campo para dar principio a este magnífico templo el año MDXIV” (1514).

HOMILÍA pronunciada en la Misa para los Sacerdotes, Religiosos y Religiosas.

“Vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz” (1 P 2, 9).

1. Reunidos en torno al altar en esta catedral primada os saludo en el Señor con estas palabras del apóstol san Pedro, dirigidas a los primeros cristianos. En efecto, todos estáis llamados a anunciar con vuestra vida y ministerio a Jesucristo, el que ha iluminado con la luz de la verdad a los pueblos de América, haciendo de ellos un sacerdocio real y *una nación santa por medio del bautismo*.

Nos encontramos en este templo ante la “Cruz de la Evangelización” y ante el primer cuadro de la Santísima Virgen traído a América: Nuestra Señora de la Antigua. Es como si estuviésemos en el Cenáculo de Jerusalén, donde los discípulos se reunieron “con María la Madre de Jesús” (*Hch 1, 14*), “*para implorar al Espíritu y obtener fuerzas y valor para cumplir el mandato misionero*” (*Redemptoris missio, 92*).

En vosotros, queridos sacerdotes, religiosos y religiosas, saludo a cuantos en América Latina dedican generosamente su vida a la edificación del Reino de Dios. Abrazo con afecto a todos los ministros de la evangelización, hombres y mujeres, que en los lugares más remotos de este Continente de la esperanza hacen presente el mensaje de salvación, sembrado hace cinco siglos en el alma noble de los pueblos de América. Al mismo tiempo, deseo manifestar a todos mi gratitud por la labor sacrificada con la que, “como piedras vivas” (*1 P 2, 5*), construís día a día la Iglesia, difundiendo la Palabra de Dios y administrando los sacramentos que santifican. Gracias por vuestra labor pastoral en los diversos campos, como son la catequesis, la educación, la salud, la promoción humana, la pastoral familiar, las vocaciones, la enseñanza, los asilos, los hospitales y allí donde hacéis tangible y cercana la presencia de la Iglesia entre los más pobres y abandonados.

Mi saludo fraterno se dirige igualmente a todos los Señores Obispos aquí presentes y, en especial, al Episcopado de este entrañable país que nos acoge para conmemorar el V Centenario de la Evangelización del Continente.

2. Las palabras del Evangelio nos han recordado *los comienzos de la predicación de Jesús*, el anuncio del Reino, el sermón de la montaña. Un anuncio de felicidad y de gozo: las bienaventuranzas, código del seguimiento de Cristo, expresión de la novedad que el Hijo de Dios, como nuevo Moisés, proclama con autoridad. Junto al Maestro estaban sus discípulos que, dejándolo todo, le habían seguido. Ellos acogían sus palabras como primeros destinatarios de la Buena Noticia que habían de anunciar por todo el mundo.

Hoy se cumple también esta Escritura. Junto al Señor, presente en medio de nosotros, estamos reunidos para escuchar las palabras de vida que nos convocan a la misión. Estoy firmemente convencido de que el futuro de la nueva evangelización en América Latina depende principalmente de la entrega y fidelidad de los sacerdotes y religiosos, que a imitación de los discípulos del Señor, “lo dejaron todo y le siguieron” (Lc 5, 11) para “estar con él y para ser enviados a predicar” (Mc 3, 14).

El programa de vida –que para el discípulo del Señor son las bienaventuranzas que hemos proclamado– exige una renovación espiritual fundada en el seguimiento radical de Cristo Sacerdote, Maestro y Buen Pastor. *Se trata de hacer de la propia vida un don, una oblación a Dios*, que nos llama a construir el edificio espiritual que es la Iglesia.

Éste es el sentido de la exhortación de san Pedro contenida en la primera lectura: “*Vosotros, como piedras vivas, entrad en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo*” (1 P 2, 5).

3. Estas palabras, dirigidas a los cristianos de la Iglesia naciente, vinieron a ser una realidad para los habitantes de estas tierras, cuando hace cinco siglos el mensaje de salvación fue anunciado por primera vez. *Todos ellos fueron llamados a formar parte del edificio espiritual que es la Iglesia*, cuya piedra angular es Cristo Jesús. El Evangelio fue proclamado por abnegados misioneros –la mayor parte de ellos pertenecientes a órdenes religiosas– y lo que antes eran sólo “semillas del Verbo” (cf. *Lumen gentium*, 16; *Ad gentes*, 2) se convirtió por la acción del Espíritu, en un árbol frondoso, que hunde sus raíces en el corazón de los hombres y de los pueblos latinoamericanos.

Hasta este Continente llegó el Evangelio de las bienaventuranzas, el anuncio de Cristo Crucificado y Resucitado, de su dolor solidario y libe-

rador, camino hacia un nuevo cielo y una nueva tierra donde no habrá más lágrimas, ni muerte (cf. *Ap* 21, 1.4). “La bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres” (*Tt* 3, 4) han sido proclamados en estas tierras. En los surcos abiertos de su historia, la semilla del Evangelio, regada por la sangre de los mártires, fructificó en un pueblo creyente que acogió al Señor de la Vida, y “la fe pasó a ser constitutiva de su ser y de su identidad” (*Puebla*, 412), como lo demuestran cinco siglos de vida cristiana.

Hoy la Iglesia tiene que afrontar nuevos desafíos a los que tiene que dar una respuesta desde el Evangelio. Por ello, con amor de padre y pastor, me atrevo a preguntaros: ¿Qué estáis haciendo, queridos sacerdotes, para que este V Centenario sea un tiempo de gracia en el que el mensaje de salvación penetre profundamente en la vida de los individuos, de las familias, de la sociedad? ¿Cómo estáis contribuyendo, amados religiosos y religiosas, a las tareas de la nueva evangelización con vuestro testimonio de seguimiento radical a Cristo en la práctica de los consejos evangélicos?

4. *Vosotros, sacerdotes*, estáis llamados a dar la Palabra de vida, los sacramentos, el amor y la gracia de Cristo. Esto es lo que esperan los fieles y la Iglesia os pide: que seáis sacerdotes íntegros. En palabras de san Pablo: “Que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios” (*I Co* 4, 1). Vuestra fidelidad se enmarca, pues, en el misterio de la Iglesia en la que Jesús está presente y operante para la salvación del mundo. Él nos ha llamado a ser sus ministros, nos ha consagrado en modo peculiar y nos envía a predicar (cf. *Mt* 28, 19; *Mc* 3, 13-14). Por ello, el ministerio de la Palabra es nuestro primer deber, nuestra obligación más apremiante, “lo que constituye la singularidad de nuestro servicio sacerdotal” (*Evangelii nuntian-di*, 68).

Os exhorto, pues, a que vuestra predicación se inspire siempre en la Palabra de Dios, transmitida por la Tradición y propuesta autorizadamente por el Magisterio de la Iglesia. Hablad con valentía, predicad con fe profunda y alentando a la esperanza, como testigos del Señor Resucitado. No os consideréis maestros al margen de Cristo (cf. *Mt* 23, 8) sino testigos y servidores que, como nos lo recuerdan las palabras del Pontifical Romano en la ordenación de los presbíteros, “creen lo que anuncian, enseñan lo que creen y practican lo que enseñan” (*Pontificale Romanum*. «In presbyterorum ordinationem»).

Sed fieles también a vuestro ministerio de santificar, pues habéis recibido “la fuerza del Espíritu Santo” (*Hch* 1, 8) para ser testigos de Cristo e instrumentos de la vida nueva. El Concilio Vaticano II afirma con insistencia que la misión esencial del sacerdote se halla en la Eucaristía (cf. *Lumen gentium*, 28). A través de la Eucaristía la redención de Cristo toca el corazón de cada hombre transformando la historia del mundo. El misterio eucarístico, intensamente vivido, reforzará vuestra voluntad de servicio a los hermanos, os hará descubrir la importancia de los demás sacramentos y encontraréis fuerza para dedicaros a la confesión y a la dirección espiritual. Para cumplir adecuadamente este ministerio, es imprescindible vuestra misma experiencia personal del sacramento de la reconciliación, por medio de vuestra confesión frecuente. *La gozosa experiencia de ser perdonados por Cristo alimenta el deseo de ofrecer a los otros su perdón.*

El amor llevó a Jesús a entregarse en oblación por nosotros: “Por ellos me consagro yo” (*Jn* 17, 19). También nosotros, como Jesús y con Él, hemos de dar la vida por los demás (cf. *ibíd.*, 10, 119. Por esto, la caridad pastoral del sacerdote, alimentada por la pobreza, la castidad y la obediencia, es como un signo sacramental del amor del Buen Pastor.

5. Vosotros, *religiosos y religiosas*, estáis llamados a ser signos luminosos de las realidades del Reino de Dios en su dimensión escatológica (*Perfectae caritatis*, 1) y testigos del espíritu radical de las bienaventuranzas: la pobreza de espíritu, la mansedumbre del corazón, las lágrimas del dolor y de la compasión, el hambre y la sed de justicia, la misericordia y la pureza de corazón, el compromiso por la paz verdadera e incluso la persecución por el nombre de Cristo.

En medio del Pueblo de Dios que peregrina en América Latina, tan cercano a la experiencia de las bienaventuranzas evangélicas, debéis ser heraldos de los ideales proclamados por Jesús en el sermón de la montaña. Sed luz que ilumine, sal que no pierda su sabor. Cuanto más intensa sea vuestra tarea apostólica, tanto más eficaz debe ser el testimonio de vuestra consagración a Cristo. Cuanto más comprometida sea vuestra animación de las realidades temporales, tanto más debéis aparecer en vuestras acciones *como personas que han optado por un irrevocable seguimiento de Cristo, pobre, obediente y casto.* Como se afirma en la Constitución *Lumen gentium*, “los religiosos, en virtud de su estado, proporcionan un preclaro e inestimable testimonio de que el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bien-

aventuras” (*Lumen gentium*, 31). En efecto, ¿qué signo más profético e interpelante para el mundo que el de una existencia dedicada exclusivamente al Señor y a su mensaje?

6. En vosotros, además, se manifiesta la variedad de carismas del Espíritu en la vida de la Iglesia, los cuales representan una gran riqueza en las tareas de la nueva evangelización. ¡Permaneced fieles al espíritu de vuestros Fundadores! ¡Mantened una estrecha comunión con los Obispos, sucesores de los Apóstoles y responsables de toda la acción pastoral en las diócesis!

Por otra parte, la colaboración entre los diversos Institutos no debe apagar ni desvirtuar la originalidad de los distintos carismas, pues todos ellos son de inestimable valor cuando se viven como expresión de unidad y complementariedad en el mismo Espíritu. De esta manera, ellos servirán para reforzar la ayuda mutua, la comunión afectiva y efectiva con los Pastores, evitando cuidadosamente que vuestra actividad apostólica se desarrolle “al margen de la jerarquía o que ignore sus orientaciones pastorales” (*Los caminos del evangelio*, 22).

En vuestra acción apostólica no os dejéis deslumbrar por la idea de que todo queda resuelto con la denuncia de los males que obstaculizan o impiden el desarrollo social; ni siquiera con la noble voluntad de compartir la suerte de los desheredados, con lo que muchos religiosos y, sobre todo, religiosas se han ganado un justo reconocimiento. Seguid colaborando en la pastoral sanitaria, instrumento muy válido de evangelización por la particular cercanía con los enfermos y sus familiares, y que ha sido pionera de los mismos servicios hospitalarios públicos. ¡Valorad también el apostolado en vuestros centros de formación, en las escuelas y universidades para formar profesionales y dirigentes con sólidas convicciones y actitudes cristianas! Ésta es también una forma de expresar el verdadero amor por los pobres.

Que no falte tampoco el aporte tan necesario de los Institutos Seculares, con su prometedora presencia y misión en América Latina, para ser fermento de renovación en medio de la sociedad y orientar hacia Dios las realidades temporales.

7. Vuestra decidida voluntad de renovación personal y comunitaria os ha de llevar a una seria reflexión para conseguir la *unidad de vida en la acción y en la contemplación*. En medio del trabajo y de las tareas apostólicas habéis de sentir la necesidad de reservar tiempos es-

peciales e irrenunciables a la intimidad con el Señor. La contemplación conduce a la acción apostólica y ésta ayuda a valorar la importancia de los momentos dedicados explícitamente a la plegaria. Jesús ha de ser buscado y encontrado allí donde Él os espera: en la Eucaristía, en la Palabra, en los Sacramentos, en la vida comunitaria, en los hermanos y hermanas que servís con amor y con quienes se comparte la existencia según el espíritu de las bienaventuranzas.

¡Qué inestimable riqueza es para la Iglesia y para el mundo la oración intensa y callada de las almas contemplativas! En esta ocasión quiero dirigir un saludo especial a las Órdenes contemplativas de toda América Latina. Para consuelo de todos, puedo constatar que cuando visité por primera vez Santo Domingo, había un solo monasterio femenino de vida contemplativa. Ahora son ya siete, lo cual es un signo del resurgir de las vocaciones en el Continente y debe ser también una respuesta a mi invitación a colaborar en su implantación en otras Iglesias más necesitadas o más jóvenes, ya que los monasterios ofrecen “un preclaro testimonio entre los no cristianos de la majestad y de la caridad de Dios, así como de unión con Cristo” (*Redemptoris missio*, 69; *Ad gentes*, 40). Os aliento, pues, en vuestro espíritu evangélico, que es eminentemente contemplativo y misionero. Unid vuestra oración perseverante a la de María Santísima. Haced de vuestros monasterios Cenáculos vivientes, donde se invoque la efusión del Espíritu, en un continuo Pentecostés sobre la Iglesia y el mundo. La historia salvífica de los quinientos años de fe en América Latina no hubiera sido tan rica de gracias sin la presencia de tantas vidas que, desde el silencio del claustro, han fecundado la acción evangelizadora de la Iglesia.

8. A todos los aquí presentes y a cuantos, en los diversos campos de la pastoral y de la acción apostólica en América Latina, colaboran estrechamente con los Obispos en la ingente tarea de la nueva evangelización, os exhorto a ser luz y sal que ilumine y dé sabor de virtudes cristianas a cuanto os rodea. Vuestra experiencia testimonial como sacerdotes o personas consagradas ha de ser siempre evangelizadora, para que los necesitados de la luz de la fe acojan con gozo la palabra de salvación; para que los pobres y los más olvidados sientan la cercanía de la solidaridad fraterna; para que los marginados y abandonados experimenten el amor de Cristo; para que los sin voz se sientan escuchados; para que los tratados injustamente hallen defensa y ayuda.

Saludo, finalmente, a los jóvenes seminaristas y aspirantes a la vida religiosa de este país y de todo el Continente. Me alegra saber que aumenta el número de candidatos en los seminarios y en las casas de formación. A todos aliento a proseguir con generosa entrega el camino emprendido en plena fidelidad a la propia vocación, a Cristo y a la Iglesia. Dedicados intensamente a vuestra formación; sed austeros, humildes, obedientes; cultivad las virtudes humanas, tan necesarias hoy en día para el ministerio pastoral y, sobre todo, cimentad vuestra vocación sobre un gran amor personal a Cristo Eucaristía y una “fiel confianza en la Santísima Virgen María, a la que Cristo, muriendo en la cruz, entregó como Madre al discípulo” (*Optatam totius*, 8).

A los diáconos permanentes deseo animarles a una generosa dedicación a las comunidades a las que sirven como discípulos del Señor Jesús.

9. “*Vosotros sois piedras vivas...*” (cf. *I P 2*, 5). Las palabras del Apóstol resuenan en esta catedral con la intensidad del momento que estamos viviendo: la celebración eucarística por la Santa Iglesia de Dios. Vosotros sois piedras vivas de la Iglesia, escogidas y talladas por el Señor, *unidas las unas a las otras en la firmeza de la verdad y en la comunión eclesial del amor*, apoyadas en la piedra angular que es Jesucristo, fundamento último de vuestra fe y motivación suprema de vuestra vida.

Jesucristo y la Iglesia tienen que ser la pasión de vuestra existencia. No se puede amar y servir a Cristo si no se ama a su Iglesia, a sus pastores y a sus fieles. ¡Sed “piedras vivas” de la Iglesia de Latinoamérica!

Que la Virgen María, la primera evangelizadora del Continente, os confirme y aliente en el amor de Cristo para ser siempre testigos del Evangelio de las bienaventuranzas. Amén.

Es mi deseo anunciar con gozo que Monseñor Antonio Camilo González es el nuevo Obispo de la Vega.

Presento, por tanto, mis fervidos votos al nuevo Pastor y mi felicitación al Episcopado Dominicano, a los sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles de la Vega, junto con la seguridad de mi oración al Señor para que haga muy fecundo el ministerio del nuevo Pastor.



Anverso (arriba) y reverso de la Cruz conmemorativa del V Centenario de la Evangelización del Nuevo Mundo.

VIII JMJ DENVER 10 A 15 DE AGOSTO DE 1993

TEMA: “YO VINE PARA DAR VIDA EN ABUNDANCIA” (JN 10, 10).

En 1993 la Cruz inició su viaje por Estados Unidos, presidiendo celebraciones, encuentros y peregrinaciones en todo el país. Más tarde fue llevada al Encuentro Mundial de los jóvenes con el Papa, que se realizó en Denver.

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el 15 de agosto de 1992, Fiesta de la Asunción de Nuestra Señora la Virgen María, para la VIII JMJ: Muy queridos jóvenes:

1. Después de los encuentros de Roma, de Buenos Aires, de Santiago de Compostela y de Czestochowa, sigue nuestra peregrinación sobre los caminos de la historia contemporánea. La próxima etapa será en Denver, en el corazón de los Estados Unidos, junto a las Montañas Rocosas del Colorado, donde, en agosto de 1993, se celebrará la VIII Jornada mundial de la juventud. Allí, junto a tantos jóvenes americanos, se darán cita, como ya ha sucedido en los encuentros anteriores, chicos y chicas de todo el mundo, representando la fe más viva o, al menos, la búsqueda más apasionada del universo juvenil de los cinco continentes.

Estas manifestaciones periódicas no quieren ser un *rito convencional*, es decir, un acontecimiento que se justifica en su misma repetición. Al contrario, nacen más bien de una *necesidad profunda* que tiene su origen en el corazón del ser humano y se refleja en la vida de la Iglesia, peregrina y misionera.

Las Jornadas y los Encuentros mundiales de la juventud marcan *providenciales momentos de reflexión*: ayudan a los jóvenes a interrogarse sobre sus aspiraciones más íntimas, a profundizar su sentido eclesial, a proclamar con creciente gozo y audacia la común fe en Cristo, muerto y resucitado. Son momentos en los que muchos de ellos maduran opciones valientes e iluminadas, que pueden contribuir a orientar el futuro de la historia bajo la guía, al mismo tiempo fuerte y suave, del Espíritu Santo.

En el mundo presenciamos la “sucesión de los imperios”, es decir, la sucesión de intentos de unidad política que determinados hombres imponen a otros hombres.

Los resultados están a la vista de todos. No es posible construir una verdadera y constante unidad mediante la constricción y la violencia. Una meta tan alta sólo se puede alcanzar construyendo sobre el fundamento de un común patrimonio de valores acogidos y compartidos, como, por ejemplo, el respeto a la dignidad del ser humano, la acogida de la vida, la defensa de los derechos del hombre, la apertura a la transcendencia y a las dimensiones del espíritu.

En esta perspectiva, respondiendo a los desafíos del tiempo que cambia, el encuentro mundial de los jóvenes quiere ser *semilla y propuesta de una nueva unidad*, que trasciende el orden político, pero que lo ilumina. Se funda en la certeza de que sólo el Artífice del corazón humano puede dar una respuesta adecuada a los deseos que en él se albergan. De esta forma la Jornada mundial de la juventud se convierte en el anuncio de Cristo que proclama, también a los hombres de este siglo: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (*Jn 10, 10*).

2. Entramos así de lleno en el tema que guiará la reflexión durante este año de preparación a la próxima “Jornada”.

En todas las lenguas existen varios términos para expresar lo que el hombre no quiere perder bajo ningún concepto, lo que constituye su aspiración, su deseo, su esperanza; *pero ninguna otra palabra como el término “vida”* logra resumir en todas ellas de forma tan completa las mayores aspiraciones del ser humano. “Vida” indica la suma de los bienes deseados y al mismo tiempo aquello que los hace posibles, accesibles, duraderos.

¿Acaso la historia del hombre no está marcada por una fatigosa y dramática búsqueda de algo o alguien que sea capaz de liberarlo de la muerte y de asegurarle la vida?

La existencia humana conoce momentos de crisis y de cansancio, de desilusión y de oscuridad. Se trata de una experiencia de insatisfacción que se refleja bien en tanta literatura y en tanto cine de nuestros días. A la luz de un esfuerzo tan grande es fácil comprender la particular dificultad de los adolescentes y de los jóvenes que se dirigen, con el corazón encogido, hacia ese conjunto de promesas fascinantes y de oscuras incógnitas que presenta la vida.

Jesús ha venido para dar la respuesta definitiva al deseo de vida y de infinito que el Padre celeste, creándonos, ha inscrito en nuestro ser. En la culminación de la revelación, el Verbo encarnado proclama: “Yo soy la vida” (*Jn* 14, 6), y también: “Yo he venido para que tengan vida” (*Jn* 10, 10). ¿Pero qué vida? La intención de Jesús es clara: *la misma vida de Dios*, que está por encima de todas las aspiraciones que pueden nacer en el corazón humano (cf. *1 Co* 2, 9). Efectivamente, por la gracia del bautismo, nosotros ya somos hijos de Dios (cf. *Jn* 3, 1-2).

Jesús ha salido al encuentro de los hombres, ha curado a enfermos y a los que sufren, ha liberado a endemoniados y resucitado a muertos. Se ha entregado a sí mismo en la cruz y ha resucitado, manifestándose de esta forma como *el Señor de la vida*: autor y fuente de la vida inmortal.

3. La experiencia cotidiana nos enseña que la vida está marcada por el *pecado* y amenazada por la *muerte*, a pesar de la sed de bondad que late en nuestro corazón y del deseo de vida que recorre nuestros miembros. Por poco que estemos atentos a nosotros mismos y a las situaciones que la existencia nos presenta, descubrimos que *todo dentro de nosotros nos empuja más allá de nosotros mismos*, todo nos invita a superar la tentación de la superficialidad o de la desesperación. Es entonces cuando el ser humano está llamado a hacerse discípulo de aquel Otro que lo trasciende infinitamente, para entrar finalmente en la vida eterna.

Existen *falsos profetas y falsos maestros de vida*. Hay maestros que enseñan a salir del cuerpo, del tiempo y del espacio para poder entrar en la “vida verdadera”. Estos condenan la creación y, en nombre de un falso espiritualismo, conducen a miles de jóvenes por caminos de una liberación imposible, que al final los deja más solos, víctimas del propio engaño y del propio mal.

Aparentemente en el polo opuesto, los maestros del “carpe diem” invitan a seguir toda inclinación o apetencia instintiva, con el resultado de hacer caer al individuo en una angustia llena de inquietud, acompañada de peligrosas evasiones hacia falaces paraísos artificiales, como el de la droga.

También hay maestros que sitúan el sentido de la vida exclusivamente en el éxito, en el deseo de riquezas, en el desarrollo de las capacidades personales, sin tener en cuenta la existencia de los otros ni el respeto por los valores, ni siquiera por el valor fundamental de la vida.

Estos y otros tipos de falsos maestros de vida, numerosos también en el mundo contemporáneo, proponen objetivos que no sólo no sacian, sino que agudizan y aumentan la sed que arde en el alma del hombre.

¿Quién podrá por tanto medir y colmar sus deseos?

¿Quién, sino Aquel que, siendo el autor de la vida, puede saciar el deseo que él mismo ha puesto dentro de su corazón? Él se acerca a cada uno para proponerle el anuncio de una esperanza que no engaña; él, que es al mismo tiempo el camino y la vida: *el camino para entrar en la vida*.

Nosotros solos no sabremos realizar aquello para lo que hemos sido creados. En nosotros hay una promesa, pero nos descubrimos impotentes para realizarla. Sin embargo el Hijo de Dios, que vino entre los hombres, dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (*Jn 14, 6*). Según una sugestiva expresión de san Agustín, Cristo “ha querido crear un lugar donde cada hombre pueda encontrar la vida verdadera”. Este “lugar” es su Cuerpo y su Espíritu, en el que toda la realidad humana, redimida y perdonada, se renueva y diviniza.

4. Efectivamente, la vida de cada uno de nosotros ha sido pensada antes de la creación del mundo, y con razón podemos repetir con el salmista: “Señor, tú me sondeas y me conoces... tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno” (*Sal 139*).

Esta vida, que estaba en Dios desde el principio (cf. *Jn 1, 4*), es vida que se dona, que nada retiene para sí y que, sin cansarse, libremente se comunica. Es luz, “la luz verdadera que ilumina a todo hombre” (*Jn 1, 9*). Es Dios, que vino a poner su tienda entre nosotros (cf. *Jn 1, 14*) para indicarnos el camino de la inmortalidad propia de los hijos de Dios y para hacerlo accesible.

En el misterio de su cruz y de su resurrección, Cristo ha destruido la muerte y el pecado, ha abolido la distancia infinita que existía entre cada hombre y la vida nueva en él. “Yo soy la resurrección y la vida –proclama–; quien cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás” (*Jn 11, 25*).

Cristo realiza todo esto donando su Espíritu, dador de vida, *en los sacramentos*; particularmente en el *bautismo*, sacramento que hace de la existencia recibida de los padres, frágil y destinada a la muerte, un camino hacia la eternidad; en el sacramento de la *penitencia* que renueva continuamente la vida divina gracias al perdón de los pecados; en la *Eucaristía* “pan de vida” (cf. *Jn 6, 35*), que alimenta a los “vivos” y hace firmes sus pasos en la peregrinación terrena, hasta poder llegar a

decir con el apóstol san Pablo: “Yo vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (*Ga 2, 20*).

5. La vida nueva, don del Señor resucitado, se irradia después a todos los ámbitos de la experiencia humana: en la familia, en la escuela, en el trabajo, en las actividades de todos los días y en el tiempo libre.

La vida nueva comienza a florecer aquí y ahora. Signo de su presencia y de su crecimiento es la caridad: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida –afirma san Juan– porque amamos a nuestros hermanos” (*1 Jn 3, 14*) con un amor de obra y en verdad. La vida florece en el don de sí a los otros, según la vocación de cada uno: en el sacerdocio ministerial, en la virginidad consagrada, en el matrimonio, de modo que todos puedan, con actitud solidaria, compartir los dones recibidos, sobre todo con los pobres y los necesitados.

Aquel que “nazca de lo alto” será capaz de “ver el reino de Dios” (cf. *Jn 3, 3*) y de comprometerse en la construcción de estructuras sociales más dignas del hombre y de cada hombre, en la promoción y defensa de la cultura de la vida contra cualquier amenaza de muerte.

6. Queridos jóvenes, vosotros os hacéis intérpretes de una pregunta que, frecuentemente, os hacen muchos de vuestros amigos: ¿Cómo y dónde podemos encontrar esta vida, cómo y dónde podremos vivirla?

La respuesta la podéis encontrar vosotros mismos, si tratáis de permanecer fielmente en el amor de Cristo (cf. *Jn 15, 9*). Vosotros podréis experimentar directamente la verdad de su palabra: “Yo soy... la vida” (*Jn 14, 6*), y podréis llevar a todos este gozoso anuncio de esperanza. Él os ha constituido sus embajadores, primeros evangelizadores de vuestros coetáneos.

La próxima Jornada mundial de la juventud en Denver nos ofrecerá una ocasión propicia para reflexionar juntos sobre este tema de gran interés para todos. Pero hay que prepararse para esta importante cita, mirar a nuestro alrededor para encontrar y reconocer aquellos “lugares” en los que Cristo está presente como manantial de vida. Pueden ser las comunidades parroquiales, los grupos y movimientos de apostolado, los monasterios y casas religiosas, y también personas concretas a través de las cuales, como sucedió a los discípulos de Emaús, él hace que arda nuestro corazón y se abra a la esperanza.

Queridos jóvenes, con espíritu de gratuidad, sentíos directamente implicados en la tarea de la nueva evangelización, que compromete a todos.

Anunciad a Cristo que “murió por todos a fin de que los que viven no vivan ya para ellos sino para el que murió y resucitó por ellos” (2 Co 5, 15).

7. A vosotros, *muy queridos jóvenes de los Estados Unidos*, que daréis hospitalidad a la próxima Jornada mundial de la juventud, se os ha concedido la alegría de acoger como un don del Espíritu el encuentro con tantos jóvenes que desde todos los lugares del mundo llegarán como peregrinos a vuestro país.

Ya os estáis preparando para ello mediante una gran actividad espiritual y organizativa, en la que están implicados todos los miembros de vuestras comunidades eclesiales.

Deseo de corazón que un acontecimiento tan extraordinario contribuya a acrecentar en cada uno el entusiasmo y la fidelidad en el seguimiento de Cristo y a acoger con gozo su mensaje, fuente de vida nueva.

Os confío a la protección de la Santísima Virgen, por medio de la cual hemos recibido al autor de la vida, Jesucristo, Hijo de Dios y Señor nuestro. Con gran afecto os bendigo a todos.

DISCURSO en la Ceremonia de Bienvenida en Denver, el jueves, 12 de agosto de 1993.

1. Aprecio mucho sus generosas palabras de bienvenida. La Jornada Mundial de la Juventud, que se celebra este año en Denver, me brinda la oportunidad de reunirme con usted y expresar una vez más al pueblo norteamericano mis sentimientos de profunda estima y amistad. Le agradezco a usted y a la señora Clinton el amable gesto de haber venido aquí personalmente, con su hija, a recibirme.

Aprovecho esta oportunidad para saludar a los demás representantes del Gobierno federal, del Estado de Colorado y de la ciudad de Denver presentes aquí, y para agradecer a todos los que han contribuido de un modo u otro a preparar esta visita. Doy las gracias a los obispos de Estados Unidos por su colaboración en la organización de esta *octava Jornada mundial de la juventud* y, en particular, a mons. Stafford, arzobispo de Denver, y a la Iglesia católica que está en Colorado por servir como anfitrión de este importante acontecimiento internacional.

Sé que los Estados Unidos están sufriendo mucho a causa de la reciente inundación del Medio Oeste. Me he sentido cerca del pueblo norteamericano en esta tragedia y he orado por las víctimas. Invoco la fuerza y la consolación de Dios todopoderoso sobre todos los que se han visto afectados por esa calamidad.

2. Siento una alegría especial al venir a Estados Unidos para la celebración de esta *Jornada mundial de la juventud*. Una nación, aún joven según los criterios históricos, acoge a los *jóvenes venidos de todo el mundo* para hacer una reflexión seria sobre el tema de la vida: *la vida humana*, don maravilloso de Dios a cada uno de nosotros, y *la vida trascendente*, que Jesucristo, nuestro Salvador, da a quienes creen en su nombre.

Vengo a Denver para escuchar a los jóvenes reunidos aquí, para experimentar su *búsqueda inagotable de la vida*. Cada Jornada mundial de la juventud ha sido una confirmación de la apertura de los jóvenes al significado de la vida como don recibido, don al que desean responder, luchando por un mundo mejor para sí mismos y para sus semejantes. Creo que podríamos interpretar correctamente sus aspiraciones más profundas, diciendo que piden que la sociedad—especialmente los líderes de las naciones y todos los que rigen el destino de los pueblos— los acepte como *verdaderos colaboradores* en la construcción de un mundo más humano, justo y compasivo. Piden que se les permita contribuir con sus ideas y energías a esa tarea.

3. El bienestar de los niños y jóvenes del mundo debe ser una gran preocupación de todos los que tienen responsabilidades públicas. En mis visitas pastorales a la Iglesia en todo el mundo me ha conmovido profundamente *la situación casi general de dificultad en que los jóvenes crecen y viven*. Soportan demasiados sufrimientos a causa de calamidades naturales, hambre, epidemias, crisis económicas y políticas, y atrocidades de las guerras. Y donde las condiciones materiales son al menos adecuadas, surgen otros obstáculos, entre ellos la pérdida de los valores y de la estabilidad de la familia. En los países desarrollados, una seria crisis moral ya está afectando a la vida de muchos jóvenes, dejándolos a la deriva, a menudo sin esperanza, e impulsándolos a buscar sólo una gratificación inmediata. A pesar de eso, en todas partes hay muchachos y muchachas preocupados por el mundo que los rodea, dispuestos a dar lo mejor de sí mismos al servicio de los demás, y muy sensibles al significado trascendente de la vida.

Pero ¿cómo podemos ayudarles? Sólo inculcándoles *una elevada visión moral* puede una sociedad garantizar que sus jóvenes tengan la posibilidad de madurar como seres humanos libres e inteligentes, dotados de un gran sentido de responsabilidad para el bien común y

capaces de trabajar con los demás para crear una comunidad y una nación con un fuerte temple moral. *Los Estados Unidos se construyeron con esa visión*, y el pueblo norteamericano posee la inteligencia y la voluntad necesarias para hacer frente al desafío de volver a dedicarse con nuevo vigor a promover las verdades en las que se fundó este país y por las que creció. Esas verdades están contenidas en la Declaración de independencia, la Constitución y la Declaración de derechos, y aún hoy gozan de un amplio consenso entre los norteamericanos. Esas verdades fundan los valores que han impulsado a los pueblos de todo el mundo a mirar a los Estados Unidos con esperanza y respeto.

4. A todos los norteamericanos, sin excepción, les hago esta invitación: *detengámonos y reflexionemos juntos* (cf. *Is* 1, 18). Educar sin un *sistema de valores basado en la verdad* significa abandonar a la juventud a la confusión moral, a la inseguridad personal y a la manipulación fácil. Ningún país, ni siquiera el más poderoso, puede perdurar, si priva a sus hijos de ese bien esencial. El respeto a la dignidad y al valor de cada persona, la integridad y la responsabilidad, así como la comprensión, la compasión y la solidaridad para con los demás, sobreviven sólo si han sido transmitidos en las familias, las escuelas y los medios de comunicación social.

Los Estados Unidos tienen una fuerte tradición de respeto a la persona, la dignidad humana y los derechos humanos. Reconocí eso con mucho gusto durante mi visita anterior a este país en 1987, y quisiera repetir hoy la esperanza que expresé en esa ocasión: «América, eres hermosa de verdad, y bendecida de innumerables maneras... Pero tu mayor belleza y tu bendición más generosa está en la persona humana: en cada hombre, mujer y niño, en cada inmigrante, en cada nativo o nativa... La prueba definitiva de tu grandeza está en el modo en que tratas a cada ser humano, pero especialmente a los más débiles y a los más indefensos. Las mejores tradiciones de tu tierra presumen de respetar a quienes no pueden defenderse. Si quieres la misma justicia para todos, verdadera libertad y paz duradera, entonces, América, ¡defiende la vida! Todas las grandes causas que hoy defiendes tendrán sentido sólo en la medida en que garantices el derecho a la vida y protejas a la persona humana» (*Discurso de despedida en Detroit*, 19 de septiembre de 1987; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 8 de noviembre de 1987, p. 23).

5. Señor presidente: mi referencia a las verdades morales que fundan la vida de la nación no deja de tener importancia para la posición privilegiada que ocupan los Estados Unidos en la comunidad internacional. Frente a las tensiones y conflictos que numerosos pueblos han sufrido durante mucho tiempo –pienso, en particular, en la región medio-oriental y en algunos países de África– y en la nueva situación que se ha producido desde los acontecimientos de 1989 –especialmente ante los trágicos conflictos que están sucediéndose ahora en los Balcanes y el Cáucaso– la comunidad internacional debe crear estructuras más efectivas para mantener y promover la justicia y la paz. Esto implica que se debería fomentar *un concepto de interés estratégico basado en el pleno desarrollo de los pueblos*, que excluye la pobreza e incluye una existencia más digna, excluye la injusticia y la explotación e incluye el respeto más pleno de la persona humana y la defensa de los derechos humanos universales. Si las Naciones Unidas y los demás organismos internacionales, *mediante la cooperación sabia y honrada de las naciones miembros*, tienen éxito en la defensa efectiva de las poblaciones afectadas, ya sean víctimas del subdesarrollo, ya de conflictos o de violación masiva de los derechos humanos, entonces realmente hay esperanza para el futuro. *Porque la paz es obra de la justicia.*

6. La generosidad y la providencia de Dios han atribuido una gran responsabilidad al pueblo y al Gobierno de los Estados Unidos. Pero ese peso representa también la oportunidad de una verdadera grandeza. Junto con millones de personas en todo el mundo comparto la profunda esperanza de que en la actual situación internacional los Estados Unidos no ahorren esfuerzos para fomentar la libertad auténtica y favorecer los derechos humanos y la solidaridad.

Que Dios gué esta nación y mantenga viva en ella –para las infinitas generaciones que han de venir– la llama de la libertad y la justicia para todos.

Dios os bendiga a todos. Dios bendiga a los Estados Unidos.

Estados Unidos, te expreso mi gratitud por haberme acogido con la lluvia.

DISCURSO en la Fiesta de Acogida a los jóvenes, en el “Mile High Stadium” de Denver.

Queridos jóvenes, *peregrinos por el sendero de la vida*:

Queridos jóvenes, os saludo en nombre de Jesucristo. Él es el camino, la verdad y la vida.

1. El Espíritu de Dios nos ha conducido a esta *octava Jornada mundial de la juventud*. Durante ocho ocasiones sucesivas los jóvenes de todo el mundo han escuchado el llamamiento de la Iglesia y se han movido para estar juntos –para estar junto a sus obispos y al Papa, compañeros de viaje por el sendero de la vida– *en busca de Cristo*. Jesucristo es *la vida verdadera* que da esperanza y sentido a nuestra existencia humana, abre nuestra mente y nuestro corazón a la bondad y a la belleza del mundo que nos circunda, a la solidaridad y a la amistad con los seres humanos, hermanos nuestros, a la comunión íntima con Dios, en un amor que supera todos los límites de tiempo y espacio, hasta llegar a la felicidad eterna e indestructible.

Esta Jornada mundial de la juventud nos ha conducido a Denver, un lugar estupendo en el centro de los Estados Unidos de América.

Como sabéis, estamos en Denver, Colorado. Y sabéis también que a mi lado está el arzobispo de Denver, que es nuestro anfitrión. Juntamente con él, os saludo a cada uno de vosotros: «Una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas» (*Ap 7, 9*). Saludo a vuestros obispos, a vuestros sacerdotes, a vuestros guías espirituales y a vuestras familias. Os doy las gracias por estar aquí. Doy las gracias a todos: a mons. Stafford, arzobispo de Denver, y a sus colaboradores; a mons. Keeler, presidente de la Conferencia episcopal y a todos los obispos; a la Comisión episcopal para la organización de esta Jornada mundial de la juventud; al cardenal Pironio y al Consejo pontificio para los laicos; a las autoridades civiles; al pueblo de Denver y de Colorado, que amablemente nos hospedan; y a los voluntarios que se están esforzando para que todo salga bien. A todos os agradezco vuestra gentileza, vuestra hospitalidad y vuestra buena voluntad.

La mayor parte de vosotros sois miembros de la Iglesia católica; pero algunos pertenecen a otras Iglesias y comunidades cristianas. Saludo a cada uno con sincera amistad. A pesar de las divisiones entre los cristianos, todos los que han sido «*justificados en el bautismo por la fe, están incorporados a Cristo [...] como hermanos en el Señor*»

Señor (Unitatis redintegratio, 3). Todo encuentro entre los jóvenes católicos y otros jóvenes cristianos debe ser una ocasión para descubrir juntos aún más plenamente las riquezas del mensaje evangélico de la vida y del amor.

Saludo a todos los que habéis venido desde cada rincón de los *Estados Unidos*, de cada diócesis de este vasto país. Entre vosotros hay un grupo que deseo mencionar con estima particular: *los pueblos nativos americanos*. Gracias porque traéis a la Jornada mundial de la juventud la riqueza y el color de vuestra herencia peculiar. ¡Que Cristo sea verdaderamente el camino, la verdad y la vida de vuestros pueblos!

La mayoría de vosotros proceden de los Estados Unidos. Muchos provienen de otros dos países de América del Norte: de Canadá, y un gran número de México.

Algunos de vosotros vienen del Caribe: Bahamas, Cuba, Haití, Islas Vírgenes, Puerto Rico y República Dominicana.

Otros vienen de América Central, especialmente de Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá.

Otros vienen de todos los países de América del Sur: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela.

Muchos vienen de los países de África: Angola, Argelia, Benín, Burundi, Cabo Verde, Camerún, Egipto, Etiopía, Gambia, Ghana, Kenia, Madagascar, Malawi, Mali, Mauricio, Mozambique, Nigeria, Ruanda, Senegal, Sierra Leona, Suazilandia, Sudáfrica, Sudán, Tanzania, Uganda, Zaire, Zambia y Zimbabue.

De los países de Asia: Bangladesh, Corea, China, Filipinas, Hong Kong, India, Indonesia, Japón, Kazajstán, Macao, Malasia, Myanmar, Pakistán, Singapur, Tailandia, Taiwán y Vietnam.

Hay también jóvenes procedentes de Oceanía y de las islas del Pacífico: Australia, Guam, Islas Salomón, Nueva Zelanda y Samoa Occidental.

Y del Oriente Medio: Israel, Jordania y Líbano.

Y de Europa: Albania, Alemania, Austria, Bélgica, Bielorrusia, Bohemia (República Checa), Bosnia-Herzegovina, Bulgaria, Croacia, Dinamarca, Eslovenia, Escocia, España, Finlandia, Francia, Gales, Grecia, Holanda, Hungría, Inglaterra, Irlanda, Italia, Liechtenstein, Lituania, Luxemburgo, Malta, Noruega, Polonia, Portugal, República Eslovaca, Rumania, Rusia, Serbia-Montenegro, Suecia, Suiza y Ucrania.

Que Jesucristo, el Señor de la historia y la luz de las naciones, conceda la paz a cada uno de vosotros, del Este y del Oeste, del Norte y del

Sur, y a todos los pueblos que representáis. Dios bendiga a los jóvenes de la Jornada mundial de la juventud.

Junto con los jóvenes, quiero saludar a mis hermanos obispos y sacerdotes que acompañan a los diversos grupos de los diferentes países, y que también se sienten jóvenes y vienen aquí con los jóvenes para rejuvenecerse, para sentirse jóvenes, y esto se refiere también al Papa.

2. En este momento, deseo saludar a algunos de los grupos presentes.

(español) Con todo mi afecto saludo a los numerosos jóvenes de lengua española aquí presentes, procedentes de tantas ciudades de esta nación, así como de la mayor parte de los países de América Latina y de España. Que esta Jornada, vinculada en la cercanía a la celebración del V Centenario de la llegada del Evangelio al nuevo mundo, sea una ocasión propicia para estrechar los lazos de fraternidad y esperanza entre los jóvenes de las Américas y en todos los continentes, y para reavivar la conciencia de vuestra misión como creyentes: dar testimonio con valentía de la vida nueva que Cristo nos ha dado para la salvación del mundo.

(francés) Jóvenes de lengua francesa, espero que esta peregrinación realizada en la fe os afiance en vuestra decisión de ser, de manera cada vez más ardiente, apóstoles del mundo de los jóvenes. Saludo a cuantos de vosotros vienen de Francia y Canadá, así como de otras naciones francófonas. Dirijo una palabra de aliento particularmente a los jóvenes originarios de Haití y oro por la paz y el desarrollo armonioso de su país.

(italiano) A los jóvenes venidos de Italia: gracias por haber respondido en tan gran número a la invitación de venir a Denver. Sé que os habéis preparado espiritualmente de manera muy seria para esta peregrinación, y espero que podáis recoger frutos abundantes para vuestra vida y testimonio cristiano.

(alemán) Os saludo de corazón a todos vosotros, queridos jóvenes de lengua alemana, que habéis venido para dar testimonio de vuestra fe en Jesucristo, que nos da la vida en abundancia (cf. *Jn* 10, 10). Que estos días de oración y reflexión, de encuentro y compañía dichosa con los jóvenes de todo el mundo, os reafirmen en vuestro servicio a la Iglesia y al mundo.

(portugués) Queridos amigos de Portugal, Brasil, Angola, Mozambique y Santo Tomé y Príncipe, Jesucristo es la esperanza del mundo. Ojalá que, durante estos días en Denver, descubráis cada vez más profundamente su amistad e intimidad.

(*polaco*) Saludo cordialmente a los jóvenes venidos desde Polonia con sus pastores y a los jóvenes de origen polaco que viven en Norteamérica y en otros países.

Después de la inolvidable experiencia del encuentro mundial de la juventud celebrado en el santuario de Jasna Góra en Czestochowa en 1991, donde la juventud polaca acogió a los demás jóvenes, volvemos a encontrarnos hoy en Denver, en los Estados Unidos. Es la etapa sucesiva de la peregrinación de los jóvenes que siguen el itinerario de la nueva evangelización.

Jóvenes compatriotas, que el testimonio de la fe de miles de muchachos y muchachas venidos aquí desde todo el mundo os ayude a volver a descubrir que Cristo es la fuente de la vida. Él, crucificado y resucitado, es el camino, la verdad y la vida (cf. *Jn* 14, 8). Es el camino que conduce a la plenitud de la vida.

(*ruso*) Jóvenes de lengua rusa, estad siempre abiertos a la luz de Cristo, a fin de convertirlos en sus testigos fieles.

(*lituano*) Jóvenes de Lituania: espero con impaciencia el momento de visitar vuestra patria en septiembre. ¡Que la vida y la luz de Cristo iluminen vuestros corazones y os den valentía!

(*croata*) Queridos jóvenes de Croacia, todos los que nos hallamos aquí reunidos para la Jornada mundial de la Juventud estamos cerca de vosotros en la situación tan difícil de conflicto que está causando tanto sufrimiento en los Balcanes. Que Dios inspire a los líderes de la región y a la comunidad internacional para lograr una paz rápida y duradera, evitando así más víctimas y destrucciones.

(*árabe*) Que la paz de Cristo esté con todos los jóvenes presentes de lengua árabe.

(*tagalo*) Saludo cordialmente a todos los jóvenes de Filipinas y de origen filipino. Que Cristo sea siempre la luz de vuestra vida y os fortalezca en los desafíos que debéis afrontar como testigos para los demás jóvenes.

(*suahili*) Que Dios os bendiga a todos con la fe, la esperanza y el amor.

(*coreano*) Sed dignos herederos de san Andrés Kim y de sus compañeros mártires. Ellos amaron a Cristo hasta el fin. También vosotros sed sus discípulos fieles.

(*vietnamita*) Jóvenes vietnamitas, sed fuertes y valerosos en vuestra vida cristiana.

3. *Hemos venido a Denver como peregrinos.* Estamos continuando el viaje realizado por millones de jóvenes en las Jornadas mundiales precedentes: en Roma, Buenos Aires, Santiago de Compostela y Czestochowa.

Peregrinos en camino hacia una meta. En nuestro caso no buscamos venerar un lugar o un santuario. Nuestra peregrinación se dirige *a una ciudad moderna, a una meta simbólica: la metrópoli es el lugar que determina el estilo de vida y la historia de una gran parte de la familia humana al final del siglo XX.* Esta moderna ciudad de Denver está situada en el espléndido telón de fondo de las Montañas Rocosas, como queriendo poner *la obra del hombre* en relación con *la obra del Creador.* Por tanto, estamos buscando el reflejo de Dios no sólo en la belleza de la naturaleza, sino también en las conquistas de la humanidad y en cada persona. En esta peregrinación guían nuestros pasos las siguientes palabras de Jesucristo: «*Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*» (Jn 10, 10).

Mi objetivo en este primer encuentro con vosotros es invitaros a entrar en lo más íntimo de vuestro corazón y *vivir los próximos días como un encuentro real con Jesucristo.*

Naturalmente, estamos aquí para escucharnos unos a otros: yo a vosotros y vosotros al Papa. Pero, sobre todo, estamos en Denver para escuchar *la única palabra auténtica de vida:* la Palabra eterna que en el principio estaba con Dios; por medio de la cual todas las cosas fueron creadas y sin la cual no se hizo nada de cuanto existe (cf. Jn 1, 2-3).

Jóvenes de América y del mundo, *¡escuchad lo que os dice Cristo, el Redentor!* «*A todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre*» (Jn 1, 11-12). La Jornada mundial de la juventud os desafía a ser plenamente conscientes de lo que sois: hijos e hijas muy queridos de Dios.

4. *Vuestra peregrinación por la ciudad de Denver os llevará a meditar sobre la promesa de vida en abundancia de Cristo, en las diferentes etapas a lo largo del camino.*

En la iglesia de Santa Isabel la cruz del Año Santo os recordará dónde buscar la vida verdadera que Jesús da. Jesús dice: «*El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí*» (Mt 10, 38). Os dice eso no porque no os ame suficientemente, sino porque os está conduciendo al descubrimiento de la vida y el amor auténticos. La vida que Jesús da sólo puede experimentarse mediante el amor que es entrega de sí, y ese amor

implica siempre alguna forma de sacrificio: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (*Jn* 12, 24). Eso es lo que la cruz nos enseña.

En la *iglesia del Espíritu Santo* vuestra peregrinación os conducirá hacia *Cristo presente en la sagrada Eucaristía*. Orando ante el Santísimo Sacramento expuesto, podéis abrirle vuestro corazón, pero sobre todo debéis escuchar lo que él quiere deciros a cada uno de vosotros. Las palabras preferidas de Cristo a los jóvenes son las siguientes: «No temáis» (*Mt* 10, 31) y «ven, y sígueme» (*Mt* 19, 21). ¿Quién sabe lo que os pedirá el Señor a vosotros, jóvenes de América, jóvenes hijos e hijas de Europa, de África, de Asia y de Oceanía?

En la *catedral de la Inmaculada Concepción* vuestra peregrinación os conducirá ante el icono de *Nuestra Señora del Nuevo Adviento*. María, la Madre del Redentor, fue la primera y la mejor discípula de su Hijo. Ella estará presente en cada etapa de nuestra peregrinación. Es la mejor guía que podemos tener, porque nos conduce hacia Cristo diciéndonos: «Haced lo que él os diga» (*Jn*. 2, 5).

5. Mañana, viernes, será un día dedicado a la solidaridad y a la penitencia. Como gesto de amor hacia nuestros hermanos y hermanas menos afortunados se nos pedirá a todos que hagamos un sacrificio en la comida de mañana y donemos lo que hemos ahorrado al hospital de San José de Kitovu, en Uganda, donde muchos enfermos de sida son atendidos con gran amor y solicitud. Esa región ha sido drásticamente afectada por esta terrible enfermedad y como consecuencia de ello miles de niños han quedado huérfanos. Nuestro gesto es un pequeño signo de nuestro amor, una invitación a la sociedad a no abandonar a cuantos sufren, sobre todo cuando ese sufrimiento, que Jesús carga sobre sí (cf. *Mt* 25, 36), sólo puede ser aliviado con la presencia asidua, personal y amorosa de los demás.

¡Jesús os ha llamado a Denver a cada uno de vosotros con una finalidad! Debéis vivir estos días de manera que, cuando llegue el momento de regresar a casa, cada uno tenga una idea más clara de lo que Cristo espera de vosotros. Cada uno debe tener la valentía de ir a difundir la buena nueva entre la gente del último tramo del siglo XX, en particular entre los jóvenes de vuestra edad, que guiarán la Iglesia y la sociedad en el siglo próximo.

Y a ustedes, *jóvenes latinoamericanos*, ¿qué les pide Cristo? Busca colaboradores en la nueva evangelización. Busca misioneros y misio-

neras de su Palabra en todos los pueblos de este continente de la esperanza. Busca constructores de una sociedad nueva, más justa, más fraterna, más acogedora hacia los pequeños y necesitados. Cristo necesita a cada uno y a cada una de ustedes.

6. Señor Jesucristo,
 manda tu Espíritu Santo
 a estos jóvenes
 que han venido a encontrarte
 en el centro de la moderna metrópoli,
 sobre todo durante las catequesis de estos días.

Permanece con nosotros
 durante el gran encuentro
 de los *peregrinos por el camino de la vida*,
 cuando, en la vigilia de la solemnidad
 de la Asunción de María al cielo
 y en la misa de ese día,
 los jóvenes de Estados Unidos,
 de América y del mundo,
 proclamen y celebren su fe en ti,
*el único que tienes palabras que revelan
 la profundidad del misterio de la vida verdadera.*

Oh María,
 Nuestra Señora del nuevo Adviento,
 que guardabas todas estas cosas
 meditándolas en tu corazón (cf. *Lc 2, 19*),
 enseña a estos jóvenes a ser buenos
 oyentes de tu Hijo, la Palabra de vida.

Ruega por ellos a fin de que
 no se interponga ningún obstáculo
 en el camino de su descubrimiento
 de la vida nueva que tu Hijo ha traído al mundo.

Virgen Hija de Sion,
 guía cada paso de nuestro peregrinar
 a lo largo del sendero que conduce a la vida.

Jóvenes de la octava Jornada Mundial de la Juventud, responded al desafío que Denver os presenta:

Seguid la cruz «peregrina»; id en busca de Dios, porque podéis encontrarlo también en el corazón de una ciudad moderna; reconocedlo en tantos jóvenes llenos de esperanza y de ideales nobles; percibid el sopro del Espíritu Santo en medio de tantas razas y culturas diferentes, todos unidos al reconocer a Cristo como camino, verdad y vida de todo ser humano (cf. Ángelus, 5 de abril de 1993).

Queridos jóvenes amigos, en nombre de Jesucristo os saludo a todos juntos e individualmente; a todos los diversos grupos lingüísticos, y a todos juntos. Vosotros sois aquí la Iglesia universal, y pido a Jesús que esté con vosotros y bendiga a todos los jóvenes de esta Jornada mundial, a cada uno de vosotros y a todos juntos. Mi discurso ha sido largo, demasiado largo, pero ya termino. Vivo con gozo la espera de nuestro próximo encuentro. ¡Hasta la vista!

HOMILÍA pronunciada en la Misa en la Catedral de la Inmaculada Concepción de Denver, el sábado, 14 de agosto de 1993.

«*Id por todo el mundo*» (Mc 16,15).

1. Las últimas palabras de Cristo a sus Apóstoles en el evangelio de san Marcos son estas: «Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación». Éste es el mandato misionero. Con este mandato empezó la gran expansión de la Iglesia desde el primer grupo de discípulos en Jerusalén hasta la gran familia cristiana esparcida por todo el mundo. La Iglesia vive en todo pueblo y nación, como lo demuestra claramente vuestra presencia aquí, jóvenes representantes del *Fórum internacional de la juventud*, que procedéis de casi todos los países del mundo.

Cristo dirigió esas palabras de desafío a los Apóstoles, a quienes ya había dicho antes: «*Seguidme*» (Mc 1,17). A cada uno, individualmente, de modo personal le había dicho: *Sígueme*. Y entre la llamada inicial y el envío final a todo el mundo, cada uno de esos discípulos vivió una experiencia, un proceso de crecimiento, que lo preparó íntimamente para el gran desafío y la gran aventura que representaba para ellos el ser enviados por Cristo.

Cristo primero *invita*, luego se *autorrevela* más profundamente y, por último, *envía*. A quienes desea enviar los invita a conocerle. Envía a quienes han llegado a conocer el misterio de su persona y de su reino, pues *deben proclamar el Evangelio con la fuerza de su testimonio*.

Y la fuerza de su testimonio depende del conocimiento y del amor de Jesucristo mismo. Todo apóstol debe ser capaz de identificarse con lo que dice la primera carta de Juan: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida» (1 Jn 1,1).

2. *La misma experiencia del Evangelio* penetra toda la *Jornada mundial de la juventud*. Los jóvenes que se han reunido aquí de todo el mundo, y sobre todo vosotros que participáis en el *Fórum internacional de la juventud*, estáis empeñados en ese proceso: en un momento determinado Cristo entró en vuestra vida y os invitó a adquirir una mayor conciencia de vuestra consagración bautismal; con la gracia de Dios y la ayuda de una comunidad creyente crecisteis en la comprensión de vuestra identidad cristiana y de vuestro papel en la Iglesia y la sociedad. Como católicos maduros, empezasteis a tomar parte activa en el apostolado.

Denver es la suma de innumerables experiencias de ese tipo. En vuestras familias, parroquias, escuelas, asociaciones y movimientos católicos se plantó la semilla de una fe auténtica, que creció hasta que oísteis en vuestro corazón el eco de aquellas palabras originales: «Ven y sígueme» (Lc 18,22). Cada uno de vosotros ha seguido un camino diferente, pero no habéis estado solos en este viaje. En cada etapa la Iglesia os ha acompañado y alentado por medio de sus ministros, sus religiosos y muchos miembros activos del laicado. El camino os condujo finalmente al Fórum internacional de la juventud. Y ahora, aquí en Denver, os encontráis frente al desafío de aceptar todas las consecuencias de las palabras del Señor: «Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación» (Mc 16,15).

Sí, Cristo, el Señor, es el centro mismo de la Jornada mundial de la juventud, y *continúa invitando a muchos jóvenes a unirse a él en la tarea sublime de difundir su reino*. Él está aquí porque la Iglesia está aquí. Está aquí en la Eucaristía y mediante el ministerio de sus sacerdotes y sus obispos en unión con el Sucesor de Pedro. Cristo está aquí mediante la fe y el amor de tantos jóvenes que se han preparado espiritualmente para este encuentro, han trabajado mucho y han hecho sacrificios para poder realizar esta peregrinación de esperanza y compromiso.

3. En cierto sentido el Fórum internacional de la juventud representa el núcleo de la Jornada mundial de la juventud. No sólo estáis orando y reflexionando sobre el tema de la vida en abundancia que Cristo vino a

darnos (cf. *Jn* 10,10), sino que también estáis comparando experiencias de apostolado realizadas en diferentes partes del mundo, a fin de aprender unos de otros y ser confirmados en el liderazgo cristiano que estáis llamados a ejercer entre vuestros coetáneos. Sólo *un gran amor a Cristo y a la Iglesia* os sostendrá en el apostolado que os espera cuando volváis a casa.

Como líderes en el campo del apostolado juvenil, vuestra labor consistirá en ayudar a vuestras parroquias, diócesis, asociaciones y movimientos a estar abiertos verdaderamente a las necesidades personales, sociales y espirituales de los jóvenes. Tendréis que hallar la manera de hacer participar a los jóvenes en proyectos y actividades de formación, espiritualidad y servicio, haciéndolos responsables de sí mismos y de sus obras, y preocupándoos por no aislarlos a ellos y su apostolado del resto de la comunidad eclesial. Los jóvenes necesitan poder ver la importancia práctica de sus esfuerzos para salir al paso de las necesidades reales del pueblo, especialmente de los pobres y marginados. Deberían poder ver también que su apostolado forma parte plenamente de la misión de la Iglesia en el mundo.

¡No tengáis miedo! Denver, como las anteriores Jornadas mundiales de la juventud, es un tiempo de gracia: *una gran asamblea de jóvenes*, que hablan lenguas diferentes, pero todos unidos a la hora de proclamar el misterio de Cristo y de la vida nueva que él nos da. Esto es especialmente evidente en las catequesis que están impartándose estos días en diversas lenguas. En la oración y el canto, muchas lenguas alaban a Dios. Todo esto hace de *Denver un reflejo de lo que aconteció en Jerusalén durante Pentecostés* (cf. *Hch* 2,1-4). Por encima de toda la variedad de los jóvenes congregados aquí –variedad de origen, raza y lengua– *el Espíritu de verdad creará la unidad profunda y duradera del compromiso por la nueva evangelización*, en la que la defensa de la vida humana, la promoción de los derechos humanos y la construcción de una civilización de amor son tareas urgentes.

4. Comprometerse en la nueva evangelización significa que estamos convencidos de que tenemos algo valioso que ofrecer a la familia humana en el alba del nuevo milenio. Todos los que hemos venido aquí –los jóvenes y sus pastores, los obispos y el Papa– debemos ser conscientes de que no basta ofrecer «una sabiduría meramente humana, casi como una ciencia del vivir bien» (*Redemptoris missio*, 11). Debemos estar convencidos de qué tenemos «una perla de gran valor» (cf. *Mt* 13,46),

un gran «tesoro» (cf. *Mt* 13,44), que es fundamental para la existencia terrena y la salvación eterna de todo miembro de la raza humana.

La llamada del profeta Isaías, narrada en la primera lectura de esta misa, puede comenzar a revelarnos el misterio. Cuando Dios se da a conocer a un ser humano, la esencia de esa comunicación es *una revelación de su propia santidad*: «Al Rey, al Señor de los ejércitos, han visto mis ojos [...]. Santo santo, santo, el Señor de los ejércitos» (*Is* 6,5.3). Y nuestra respuesta no puede ser más que una apertura gozosa a esa gloria divina y la aceptación de sus consecuencias para el significado y la finalidad de nuestra vida.

La experiencia inefable de la *santidad de Dios sigue viviendo en la Iglesia*. Cada día, en el mismo centro de la liturgia eucarística, repetimos las palabras «*Santo, santo, santo es el Señor, Dios del universo*. Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria» (cf. *Is* 6,3).

Este tesoro sigue viviendo en la Iglesia porque la *santidad de Dios se revela en toda su plenitud en Jesucristo*: «Pues el mismo Dios que dijo: «De las tinieblas brille la luz», ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo» (*2 Co* 4,6).

La santidad de Dios resplandece en Cristo, el Emmanuel, Dios con nosotros. Mirad, «la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único» (*Jn* 1,14). Y nosotros lo hemos visto, lo hemos oído y lo hemos tocado: junto al lago de Galilea, en la montaña de las bienaventuranzas, en el monte Tabor, en el Gólgota, a lo largo del camino de Emaús, en la Eucaristía, en la oración, en la experiencia tangible de toda *vocación*, especialmente cuando el Señor llama a algunas personas a seguirlo más íntimamente por el camino de la consagración religiosa o del ministerio sacerdotal. Sabemos que Cristo no abandona nunca a su Iglesia. En una época como ésta, en que muchos están confundidos acerca de las verdades y los valores fundamentales sobre los que deben construir su vida y buscar la salvación eterna; en que muchos católicos corren peligro de perder su fe, la perla de gran valor; en que no hay bastantes sacerdotes, religiosas y religiosos para apoyar y guiar, y tampoco bastantes religiosos de vida contemplativa para presentar a la gente el sentido de la supremacía absoluta de Dios, *debemos estar convencidos de que Cristo llama a la puerta de muchos corazones* y busca jóvenes como vosotros para enviarlos a la viña, donde les espera una mies abundante.

5. «Pero –nosotros los seres humanos– llevamos este *tesoro* en *recipientes de barro*» (2 Co 4,7). Por esto, a menudo tenemos miedo de las exigencias del amor del Redentor. Podemos intentar tranquilizar nuestra conciencia dándonos a nosotros mismos, pero de modo parcial y limitado, o de algún modo que nos agrada a nosotros, no siempre como el Señor nos sugiere. Con todo, el hecho de que llevemos ese tesoro en recipientes de barro sirve para hacer patente que «*una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros*» (2 Co 4, 7). Dondequiera que los jóvenes permiten que la gracia de Dios actúe en ellos y produzca una vida nueva, la fuerza extraordinaria del amor divino se libera dentro de su vida y dentro de la vida de la comunidad. Esa fuerza transforma su actitud y su comportamiento, e impulsa inevitablemente a los demás a seguir el mismo camino aventurado. *Esa fuerza viene de Dios y no de nosotros.*

El que os ha invitado a Denver y puede llamaros en cualquier etapa de vuestra peregrinación por la vida, quiere que poseáis el tesoro de *conocerlo más profundamente*. Quiere ocupar el lugar central en vuestro corazón y, por ello, purifica vuestro amor y prueba vuestra valentía. La conciencia de su presencia, escondida pero cierta actúa como *una brasa que toca vuestros labios* (cf. Is 6,7) y os hace capaces de repetir el «si» eterno del Hijo, como dice la carta a los Hebreos: «Entonces dije: “¡He aquí que vengo –pues de mi está escrito en el rollo del libro– a hacer, oh Dios, tu voluntad!”» (Hb 10,7). Ese «sí» guio todos los pasos del Hijo del hombre: «Jesús pues, tomando la palabra, les decía: “En verdad en verdad os digo: el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre: lo que hace él, eso también lo hace igualmente el Hijo”» (Jn 5,19). Y María pronunció el mismo «si» al plan de Dios para su vida: «*Hágase en mi según tu palabra*» (Lc 1,38).

6. *Cristo pregunta a los jóvenes de la Jornada mundial de la juventud: «¿A quién enviaré?»* (Is 6,8). Y cada uno ha de responder con fervor: «*Heme aquí: envíame*» (Is 6,8).

No os olvidéis de las necesidades de vuestros países. Escuchad el grito de los pobres y los oprimidos en los países y los continentes de los que venís. Estad seguros de que el Evangelio es el único camino de liberación y salvación auténticas para los pueblos del mundo: «*Tu salvación, oh Señor, es para todos los pueblos*» (Salmo responsorial, Sal 95).

Todos los que, en respuesta a la invitación de Cristo, han venido a Denver para tomar parte en la Jornada mundial de la juventud, deben escuchar sus palabras: «Id ... y proclamad la buena nueva» (*Mc 16,15*).

Oremos con fervor al Señor de la mies, a fin de que los jóvenes del mundo no duden en responder: «¡Heme aquí: envíame!». «¡Envíanos!».

Amén.

HOMILÍA pronunciada durante la Misa en el McNichols Sports Arena.

«El monte de la casa del Señor será asentado en la cima de los montes y se alzarán por encima de las colinas» (Is 2, 2).

1. Al llegar a Denver dirigi la mirada hacia el esplendor de las Montañas Rocosas, cuya majestuosidad y poder recuerdan que toda nuestra ayuda procede del Señor, que hizo el cielo y la tierra (cf. *Sal 121, 1*). Sólo él es la roca de nuestra salvación (cf. *Sal 89, 26*). Dios me ha concedido la gracia de unir mi voz a la vuestra para alabar y dar gracias al Padre celestial por las «maravillas» de Dios (*Hch 2, 11*), que ha realizado desde que se anunció por vez primera el Evangelio en esta región.

Saludo hoy a todos los que Cristo —el pescador de hombres, el pescador divino— ha recogido en la red de su Iglesia. «En el corazón de Cristo Jesús» (*Flp 1, 8*), doy las gracias a mons. Stafford, arzobispo de Denver; a mons. Hanifen, obispo de Colorado Springs; a mons. Tafoya, obispo de Pueblo; a mons. Hart, obispo de Cheyenne y a los demás cardenales y obispos presentes; a los sacerdotes, los religiosos, las religiosas, y a cada uno de vosotros, por ser «sanos en la fe, en la caridad y en la paciencia» (*Tt 2, 2*).

Saludo cordialmente al gobernador de Colorado, al alcalde de Denver y a los representantes de las demás Iglesias, comunidades eclesiales y organizaciones religiosas. Vuestra presencia nos anima a seguir luchando por una comprensión cada vez mayor entre todas las personas de buena voluntad y a trabajar juntos por una nueva civilización de amor.

2. La Jornada mundial de la juventud es una gran celebración de la vida: la vida como don divino y como misterio inefable. Los jóvenes de todo el mundo se reúnen para profesar la fe de la Iglesia por la que en Jesucristo podemos alcanzar la plena verdad acerca de nuestra condición humana y de nuestro destino eterno.

Sólo en Cristo los hombres y mujeres pueden encontrar la respuesta a las cuestiones básicas que los afligen. Sólo en Cristo pueden

comprender a fondo su dignidad como personas creadas y amadas por Dios. Jesucristo es el «Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad» (*Jn* 1, 14).

Teniendo presente la encarnación del Verbo eterno, la Iglesia comprende con mayor profundidad su doble naturaleza: humana y divina. Es el cuerpo místico del Verbo hecho carne. Por esta razón está unida inseparablemente a su Señor y es santa de manera indefectible (cf. *Lumen gentium*, 39). La Iglesia también es el instrumento visible del que Dios se sirve para reconciliar consigo a la humanidad caída en el pecado. Es el pueblo de Dios que realiza su peregrinación hacia la casa del Padre. En este sentido, tiene necesidad constante de conversión y renovación, y sus miembros siempre deben sentirse impulsados «a la purificación y renovación, a fin de que la señal de Cristo resplandezca con más claridad sobre la faz de la Iglesia» (ib. 15). Sólo cuando la Iglesia produce obras de santidad auténtica y servicio humilde, se cumplen las palabras de Isaías: «Confluirán a él todas las naciones» (*Is* 2, 2).

La Iglesia, unida a Cristo como comunión visible de personas, debe tener como modelo a la comunidad cristiana primitiva de Jerusalén, que acudía asiduamente «a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (*Hch* 2, 42). Si la Iglesia debe ser signo creíble de reconciliación ante el mundo, todos los creyentes, independientemente del lugar en que se encuentren, deben tener «un solo corazón y una sola alma» (*Hch* 4, 32). A través de vuestra comunión fraterna, el mundo sabrá que sois discípulos de Cristo.

3. Los miembros de la Iglesia católica deberían cumplir siempre la exhortación de san Pablo: «conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz» (*Ef* 4, 3). Con nobleza de ánimo y paciencia, honrad a la Iglesia como la esposa amada de Cristo, siempre en la plenitud de su vigor y juventud. Cuando la gente piensa en la Iglesia como «algo propio», surgen muchos problemas. La Iglesia, de hecho, pertenece a Cristo. Cristo y la Iglesia están unidos inseparablemente, como «una sola carne» (cf. *Ef* 5, 31). Nuestro amor a Cristo encuentra su expresión vital en nuestro amor a la Iglesia. La polarización y la crítica destructiva no caben entre los «hermanos en la fe» (*Ga* 6, 10).

La Iglesia en Estados Unidos es vital y dinámica, rica «en la fe, en la caridad y en la santidad» (*I Tm* 2, 15). Sin duda, la gran mayoría de sus obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos son seguidores fieles de Cristo y servidores generosos del mensaje evangélico de amor. Sin

embargo, en una época en la que todas las instituciones resultan sospechosas, la misma Iglesia no se ha salvado de reproches. Ya he escrito a los obispos estadounidenses acerca del dolor y el escándalo causados por los pecados de algunos ministros del altar. Les he dicho que comparto su preocupación, especialmente por las víctimas de esas malas acciones. Situaciones tristes como éstas nos renuevan la invitación a mirar el misterio de la Iglesia con ojos de fe. Es necesario poner todos los medios humanos posibles para afrontar este mal, pero no podemos olvidar que el medio principal y más importante es la oración: la oración ardiente, humilde y confiada. Los Estados Unidos tienen mucha necesidad de oración, si no quieren perder su propia alma (cf. Carta a los obispos de Estados Unidos, 11 de junio de 1993).

4. Acerca de muchas cuestiones, especialmente de naturaleza moral, «la doctrina de la Iglesia se encuentra hoy en una situación social y cultural que la hace a la vez más difícil de comprender y más urgente e insustituible para promover el verdadero bien del hombre y de la mujer» (Familiaris consortio, 30). Esto es evidente sobre todo en las cuestiones referentes a la transmisión de la vida humana y al derecho inalienable a la vida del niño no nacido aún.

Hace veinticinco años, el Papa Pablo VI promulgó la encíclica *Humanae vitae*. Vuestros obispos, en una Declaración que publicaron recientemente para celebrar ese aniversario, invitan a todos «a escuchar la sabiduría de la *Humanae vitae* y a hacer de la enseñanza de la Iglesia el fundamento de una comprensión renovada del matrimonio y de la vida familiar» (Conferencia nacional de los obispos católicos, *Sexualidad humana desde la perspectiva de Dios: La «Humanae vitae» 25 años después, conclusión*). La Iglesia invita a las parejas casadas a una procreación responsable, obrando como ministros, y no como árbitros del plan salvífico de Dios. Desde la publicación de la *Humanae vitae*, se han dado pasos significativos para promover los métodos naturales de planificación familiar entre quienes desean vivir su amor conyugal en armonía completa con esta verdad. Sin embargo, deben realizarse nuevos esfuerzos para educar las conciencias de las parejas en esta forma de castidad conyugal, fundada en el «diálogo, el respeto recíproco, la responsabilidad común y el dominio de sí mismo» (Familiaris consortio, 32). Hago un llamamiento de manera particular a los jóvenes, para que descubran la riqueza de sabiduría, la integridad de conciencia y la profunda alegría interior que brotan del respeto a la

sexualidad humana entendida como gran don de Dios y vivida según la verdad del significado nupcial del cuerpo.

5. Del mismo modo, la construcción de una auténtica civilización del amor debe incluir un gran esfuerzo para educar las conciencias en las verdades morales que sostienen el respeto a la vida frente a cualquier amenaza. La Iglesia católica, en su incansable solicitud en favor de los derechos humanos y la justicia, está firmemente comprometida en proteger y amar toda vida humana, incluyendo la de la persona no nacida aún. Habiendo sido enviada por Cristo a servir a los débiles, a los desheredados y a los indefensos, la Iglesia tiene el deber de hablar en nombre de aquellos que tienen más necesidad de protección. Es de gran consuelo el hecho de que esta posición sea aceptada por personas de muchas confesiones. Quien respeta la vida debe acompañar su propia enseñanza acerca del valor de toda vida humana con actos concretos y eficaces de solidaridad con respecto a quienes se encuentran en situaciones difíciles. Sin caridad, la lucha por la defensa de la vida carecería del elemento esencial de la ética cristiana; como escribe san Pablo: «No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien» (*Rm 12, 21*).

Mons. Stafford me ha hablado de la preocupación profunda de muchos estadounidenses por la violencia urbana, que consideran un signo de los tiempos negativo, que debe ser interpretado a la luz del Evangelio. La violencia es siempre una falta de respeto a la imagen y semejanza de Dios (cf. *Gn 1, 26-27*) en nuestro prójimo, en toda persona humana, sin excepción alguna. La violencia, en cualquiera de sus formas, es una negación de la dignidad humana. Lo que hay que preguntarse es: ¿quién es el responsable? Las personas tienen su responsabilidad por lo que está acaeciendo. Las familias tienen su responsabilidad, la sociedad tiene también una gran responsabilidad. Todo el mundo ha de aceptar su parte de responsabilidad, incluidos los medios de comunicación social.

Así, ¡el Papa está hablando contra la televisión, que lo presenta! Lo repito una vez más: incluidos los medios de comunicación social, que cada vez parecen tomar más conciencia del efecto que pueden producir en su audiencia. Cabe preguntarse: ¿Quién es el responsable de esos medios? ¿Quién es el responsable?

Y ¿qué es preciso hacer? Cada uno debe tratar de promover un profundo sentido del valor de la vida y la dignidad de la persona humana. Toda la sociedad debe esforzarse por cambiar las estructuras y las condiciones que llevan a las personas, y especialmente a los jóvenes, a per-

der esa visión, a la falta de estima hacia sí mismos y hacia los demás que lleva a la violencia. Pero dado que la raíz de la violencia se halla en el corazón humano, la sociedad humana se verá obligada a seguirla causando, a seguirla alimentando e incluso a glorificarla, a no ser que reafirme las verdades morales y religiosas, únicas que constituyen barreras efectivas contra la ilegalidad y la violencia, pues sólo esas verdades son capaces de iluminar y fortalecer las conciencias. Esa es nuestra responsabilidad. En último término, es la victoria de la gracia sobre el pecado, que lleva a la armonía fraterna y a la reconciliación.

6. Hermanos y hermanas en Cristo, os da exhorto a renovar vuestra confianza en la riqueza de la misericordia del Padre (cf. *Ef* 2, 4), en la encarnación y en la redención llevada a cabo por su amado Hijo, y en la presencia vivificante del Espíritu Santo en vuestro corazón. Este inmenso misterio de amor se nos hace presente a través de los sacramentos de la santa Iglesia, así como a través de su enseñanza y su solidaridad con la humanidad peregrina. La Iglesia, a través de vuestros obispos y los demás ministros, en vuestras parroquias, asociaciones y movimientos, tiene necesidad de vuestro amor y vuestro apoyo activo para defender el derecho inviolable a la vida y a la integridad de la familia, para promover los principios cristianos en la vida privada y pública, para servir a los pobres y débiles, y para vencer todo tipo de mal con el bien.

María, llena de gracia, interceda por la comunidad católica de Colorado y de Estados Unidos. Que su ejemplo de discípula fiel genere en cada uno de vosotros un amor cada vez más personal a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Ella, que es Madre de la Iglesia, os enseñe a amar y servir a la Iglesia como amó y sirvió a la primera comunidad de seguidores de Cristo (cf. *Hch* 1, 14).

Quiera Dios que a través de la Iglesia permanezcáis en Cristo, el Príncipe de la paz y el Señor de nuestra vida.

Amén.

El Papa no ha hablado contra la libertad, especialmente contra la libertad americana. Al contrario; ha hablado en favor de la libertad, en favor del buen uso de la libertad. Sólo el buen uso de la libertad es verdadera libertad. Y el Papa no ha hablado contra la civilización americana, contra la televisión americana. Al contrario, ha hablado en favor de una auténtica la promoción de la civilización, de la cultura y de la dignidad humana.

DISCURSO en la vigilia de oración con los jóvenes, en Cherry Creek Park de Denver.

Queridos jóvenes; jóvenes peregrinos por el sendero de la vida: «*Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*» (Jn 10, 10).

1. Esta tarde, esas palabras de Cristo se dirigen a vosotros, *jóvenes reunidos para la Jornada mundial de la juventud*.

Cristo pronuncia esas palabras en la parábola del buen pastor. *El buen pastor*: ¡qué hermosa imagen de Dios! Transmite algo profundo y personal sobre el modo en que Dios se cuida de todo lo que ha creado. En la metrópoli moderna no tenéis oportunidad de ver un pastor que cuida a su rebaño. Pero podemos acudir a las tradiciones del Antiguo Testamento, en el que esa parábola se halla profundamente arraigada, con el fin de *comprender la solicitud amorosa del pastor por su rebaño*.

El salmo dice: «*El Señor es mi pastor; nada me falta*» (Sal 23, 1). El Señor, el Pastor, es Dios-Yahveh. Él que libró a su pueblo de la opresión en la tierra de su destierro. Él que se reveló en el monte Sinái como el Dios de la alianza: «Si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, *porque mía es toda la tierra*» (Ex 19, 5).

Dios es el Creador de todo lo que existe. En la tierra que creó puso al hombre y a la mujer: «macho y hembra los creó» (Gn 1, 27). «Y bendíjolos Dios, y díjoles: Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra» (Gn 1, 28).

2. El puesto especial que ocupan los seres humanos entre todo lo que Dios creó *consiste en el hecho de que a ellos les otorgó participar en su misma solicitud y providencia hacia toda la creación*. El Creador nos confió el mundo a nosotros, como un don y una responsabilidad. Él, que es *Providencia eterna*; él, que guía todo el universo hacia su destino final, nos ha hecho a su imagen y semejanza, a fin de que también nosotros nos convirtiéramos en «providencia», providencia sabia e inteligente, que guía el desarrollo humano y el desarrollo del mundo por el sendero de la armonía con la voluntad del Creador, para el bienestar de la familia humana y el cumplimiento de la vocación trascendente de cada persona.

3. Con todo, millones de hombres y mujeres viven sin darse cuenta de lo que hacen ni de lo que les sucede. Aquí, esta tarde, en el Cherry Creek State Park de Denver, representáis a la juventud del mundo, con todas las cuestiones que los jóvenes de fines del siglo XX necesitan y tienen derecho a plantearse.

Nuestro tema es la vida, y la vida está llena de misterio. La ciencia y la tecnología han hecho progresos enormes para descubrir los secretos de nuestra vida natural, pero un examen superficial de nuestra experiencia personal muestra que hay muchas otras dimensiones para nuestra existencia individual y colectiva en este planeta. Nuestro corazón inquieto busca más allá de nuestros límites, en alas de nuestra capacidad de pensar y amar: pensar y amar lo inconmensurable, lo infinito, la forma absoluta y suprema del Ser. Nuestra mirada interior se extiende hacia el horizonte ilimitado de nuestras esperanzas y aspiraciones. Y en medio de todas las contradicciones de la vida, buscamos *el significado verdadero de la vida*. Nos maravillamos y nos preguntamos, *¿por qué?*

¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué existo? ¿Qué debo hacer?

Todos nos planteamos esas cuestiones. La humanidad en su totalidad siente la necesidad apremiante de dar un sentido y una finalidad a un mundo en el que aumenta la complejidad y la dificultad de ser feliz. Todos los obispos del mundo reunidos en el concilio Vaticano II se expresaron de este modo: «Ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales [...] ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? [...]. ¿Qué puede ofrecer el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal?» (*Gaudium et spes*, 10).

Dejar de plantearse esas cuestiones básicas significa renunciar a *la gran aventura de buscar la verdad acerca de la vida*.

4. Sabéis qué fácil es dejar de plantearse esas cuestiones básicas. Pero *vuestra presencia aquí manifiesta que no hui de la realidad y de la responsabilidad*.

Cuidáis el don de la vida que Dios os ha dado. Confíais en Cristo, cuando dice: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (*Jn 10*, 10).

Nuestra vigilia comienza con *un acto de confianza en las palabras del buen Pastor*. En Jesucristo, el Padre expresa toda la verdad con respecto a la creación. Creemos que en la vida, muerte y resurrección de Jesús, el Padre revela todo su amor a la humanidad. Por eso precisamente Cristo habla de sí como «*la puerta de las ovejas*» (Jn 10, 7). Como puerta, vela por las criaturas confiadas a él. Nos conduce a buenos pastos: «*Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto*» (Jn 10, 9).

Jesucristo es verdaderamente el Pastor del mundo. Nuestro corazón debe estar abierto a sus palabras. Por eso, hemos venido a este encuentro mundial de la juventud: de todos los Estados y diócesis de Estados Unidos, de toda América, de todo continente: todos están aquí representados por las banderas que vuestros delegados han izado para manifestar que aquí, esta tarde, nadie es extranjero. Todos somos uno en Cristo. *El Señor nos ha conducido como conduce su rebaño*:

El Señor es nuestro pastor; nada nos falta. En verdes praderas nos hace recostar. Nos conduce hacia fuentes tranquilas y repara nuestras fuerzas. Aunque caminemos por cañadas oscuras, nada tememos, porque él va con nosotros. El nos sosiega (cf. *Sal 23*).

Al meditar juntos en la vida que Jesús da, os pido que tengáis el valor de comprometeros *en favor de la verdad*. Tened el valor *de creer en la buena nueva sobre la vida* que Jesús enseña en el Evangelio. Abrid vuestra mente y vuestro corazón a la belleza de todo lo que Dios ha hecho y a su amor especial y personal hacia cada uno de vosotros.

Jóvenes del mundo, *¡escuchad su voz!*

Escuchad su voz y seguidlo.

Sólo el buen Pastor os conducirá a la verdad plena sobre la vida.

II. Formad bien vuestra conciencia para que seáis luz del mundo.

I

1. En este punto, los jóvenes reunidos en Denver podrían preguntarse: ¿qué va a decir el Papa sobre la vida?

Mis palabras serán una profesión de *la fe de Pedro*, el primer Papa. Mi mensaje no diferirá de lo que se ha transmitido desde el principio, porque no es mío; *es la buena nueva de Jesucristo mismo*.

El Nuevo Testamento presenta a Simón –a quien Jesús llamó Pedro, Roca– como un discípulo de Cristo vigoroso y apasionado. Pero él tam-

bién dudó y, en un momento decisivo, incluso negó ser seguidor de Jesús. Ahora bien, a pesar de esas debilidades humanas, Pedro fue el primer discípulo que hizo profesión pública de fe en el Maestro. Un día, Jesús preguntó: «Y vosotros ¿quién decís que soy yo?», y Pedro respondió: «*Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*» (Mt 16, 16).

Comenzando por Pedro, el primer testigo apostólico, innumerables testigos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, de todas las naciones de la tierra, han proclamado su fe en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, el Redentor del hombre, el Señor de la historia, el Príncipe de la paz. Como Pedro, también ellos han preguntado: «*Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna*» (Jn 6, 68).

Esta tarde nosotros profesamos la misma fe de Pedro. *Creemos que Jesucristo tiene palabras de vida*, y que él dirige estas palabras a la Iglesia, a todos los que le abren su mente y su corazón con fe y confianza.

2. «*Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas*» (Jn 10, 11). Nuestra primera reflexión se inspira en estas palabras de Jesús, que nos refiere el evangelio de san Juan.

El buen pastor da su vida. *La muerte ataca a la vida*.

A la luz de nuestra experiencia humana, *la muerte es el enemigo de la vida*. Es un intruso que frustra nuestro deseo natural de vivir. Eso resulta evidente de manera especial en el caso de una muerte imprevista o violenta, y sobre todo en el caso del asesinato de un inocente.

No debe asombrarnos, por tanto, que entre los diez Mandamientos el Señor de la vida, el Dios de la alianza, haya dicho en el monte Sinaí: «*No matarás*» (Ex 20, 13; cf. Mt 5, 21).

Las palabras «No matarás» fueron esculpidas *en las tablas de la alianza*, en las tablas de piedra de la Ley. Pero, ya antes, esa ley había sido esculpida *en el corazón humano*, en el santuario de toda conciencia individual. En la Biblia, el primero que experimentó la fuerza de esta ley fue Caín, que mató a su hermano Abel. Inmediatamente después de ese terrible crimen, sintió todo el peso de haber quebrantado el mandamiento de no matar. Aunque trató de escapar de la verdad, diciendo: «*¿Soy yo acaso el guarda de mi hermano?*» (Gn 4, 9), la voz interior seguía repitiéndole: «*Eres un asesino*». La voz era su conciencia, y no podía acallarse.

3. Con el tiempo, las amenazas contra la vida no disminuyen. Al contrario, adquieren dimensiones enormes. No se trata sólo de amenazas procedentes del exterior, de las fuerzas de la naturaleza o de los *Cainés* que asesinan a los *Abeles*; no, se trata de *amenazas programadas de manera científica y sistemática*. El siglo XX será considerado una época de ataques masivos contra la vida, una serie interminable de guerras y una destrucción permanente de vidas humanas inocentes. Los falsos profetas y los falsos maestros han logrado el mayor éxito posible.

Del mismo modo, *falsos modelos de progreso han llevado a poner en peligro el equilibrio ecológico de la tierra*. El hombre, hecho a imagen y semejanza del Creador, estaba llamado a ser *el buen pastor del medio ambiente*, marco de su existencia y de su vida. Es la tarea que recibió desde hace mucho tiempo y que la familia humana asumió, no sin éxito, a lo largo de toda su historia, hasta *una época reciente, en la que el hombre mismo se convirtió en destructor de su ambiente natural*. Esto ya ha ocurrido en algunos lugares, o está a punto de ocurrir.

Pero hay más. Asistimos también a la difusión de *una mentalidad de lucha contra la vida*, una actitud de hostilidad hacia la vida en el seno materno y hacia la vida en sus últimas fases. Precisamente en este tiempo, en que la ciencia y la medicina han logrado una mayor capacidad de velar por la salud y la vida, *las amenazas contra la vida se hacen más insidiosas*. *El aborto y la eutanasia* –asesinato real de un ser humano verdadero– son reivindicados como derechos y soluciones a problemas: problemas individuales o problemas de la sociedad. La matanza de los inocentes no deja de ser acto pecaminoso o destructivo por el mero hecho de realizarse de modo legal y científico. En las metrópolis modernas, la vida –primer don de Dios y derecho fundamental de todo individuo, base de todos los demás derechos– es tratada a menudo nada más como una mercancía que se puede organizar, comercializar y manipular a gusto personal.

Todo esto sucede mientras *Cristo, el buen pastor*, quiere que tengamos la vida. *Conoce lo que amenaza la vida*; sabe reconocer al lobo que llega para robar y dispersar a las ovejas. Sabe detectar a los que intentan entrar en el rebaño, pero son ladrones y asalariados (cf. *Jn* 10, 1. 13). Se da cuenta de cuántos jóvenes dilapidan su existencia evadiéndose hacia la irresponsabilidad y la falsedad. Droga, abuso de sustancias alcohólicas, pornografía y desorden sexual, violencia: son algunos problemas graves que requieren una seria respuesta

de la sociedad entera, en todo país y a nivel internacional. Pero también constituyen tragedias personales que es preciso afrontar con actos interpersonales concretos de amor y solidaridad, gracias a *una gran renovación de la propia responsabilidad personal ante Dios*, ante los demás y ante nuestra misma conciencia. Somos guardas de nuestros hermanos (cf. *Gn* 4, 9).

II

4. ¿Por qué la conciencia de los jóvenes no se rebela contra esta situación, sobre todo contra el mal moral, que brota de opciones personales? ¿Por qué tantos se acomodan en actitudes y comportamientos que ofenden la dignidad humana y desfigurán la imagen de Dios en nosotros? Lo normal sería que la conciencia señalara el peligro mortal que encierra para el individuo y para la humanidad el hecho de aceptar tan fácilmente el mal y el pecado. Y, en cambio, no siempre sucede así. ¿Será *porque la misma conciencia está perdiendo la capacidad de distinguir el bien del mal?*

En una cultura tecnológica, en que estamos acostumbrados a dominar la materia, descubriendo sus leyes y sus mecanismos, para transformarla según nuestra voluntad, surge el peligro de querer manipular también la conciencia y sus exigencias. En una cultura que sostiene que no puede existir ninguna verdad universalmente válida, nada es absoluto. Así pues, al fin y al cabo –dicen– la bondad objetiva y el mal ya no importan. El bien se convierte en lo que agrada o es útil en un momento particular, y el mal es lo que contradice nuestros deseos subjetivos. Cada persona puede construir un sistema privado de valores.

5. Jóvenes, no cedáis a esa falsa moralidad tan difundida. No asfixiéis vuestra conciencia. La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios (cf. *Gaudium et spes*, 16). «En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer» (*ib.*). Esa ley no es una ley humana externa, sino la voz de Dios, que nos llama a liberarnos de la cadena de los malos deseos y del pecado, y nos impulsa a buscar el bien y la verdad. Sólo escuchando la voz de Dios en vuestro interior y actuando de acuerdo con sus directrices, alcanzaréis la libertad que anhelaís. Como dijo Jesús, sólo *la verdad os hará libres* (cf. *Jn* 8, 32). Y la verdad no es el fruto de la imaginación de cada uno. Dios os ha dado la inteligencia para conocer la

verdad, y la voluntad para realizar el bien moral. Os ha dado la luz de la conciencia para guiar vuestras decisiones morales, para amar el bien y evitar el mal. La verdad moral es objetiva, y una conciencia bien formada puede percibirla.

Pero si la misma conciencia se ha deformado, ¿cómo puede reformarse? Si la conciencia, que es luz, ya no alumbra, ¿cómo podemos superar la oscuridad moral? Jesús dice: «La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Y, si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué oscuridad habrá!» (Mt 6, 22-23).

Pero Jesús dice también: «*Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida*» (Jn 8, 12). Si seguís a Cristo, devolveréis a la conciencia su puesto correcto y su papel adecuado, y seréis la luz del mundo y la sal de la tierra (cf. Mt 5, 13).

Un renacimiento de la conciencia debe brotar de dos fuentes: en primer lugar, *el esfuerzo por conocer con certeza la verdad objetiva*, incluida la verdad sobre Dios; y, en segundo lugar, *la luz de la fe en Jesucristo*, el único que tiene palabras de vida.

6. Con el espléndido telón de fondo de las montañas del Colorado, con su aire puro que da paz y serenidad a la naturaleza, el alma se eleva espontáneamente para cantar la alabanza del Creador: «Oh Señor, Dios nuestro, qué glorioso tu nombre por toda la tierra» (Sal 8, 2).

Jóvenes peregrinos, el mundo visible es como un mapa que señala el cielo, la morada eterna del Dios vivo. Aprendemos a ver al Creador contemplando la belleza de sus criaturas. En este mundo resplandecen la bondad, La sabiduría y el poder omnipotente de Dios. Y la inteligencia humana, incluso después del pecado original –con tal de que no esté ofuscada por el error o la pasión– puede descubrir la mano del Artista en las obras maravillosas que ha hecho. La razón puede conocer a Dios por medio del libro de la naturaleza: un Dios personal, infinitamente bueno, sabio, poderoso y eterno, que trasciende el mundo y, al mismo tiempo, está presente en lo más íntimo de sus criaturas. San Pablo escribe: «Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad» (Rm 1, 20).

Jesús nos enseñó a ver la mano del Padre en la belleza de los lirios del campo, las aves del cielo, la noche estrellada, los campos maduros para

la cosecha, los rostros de los niños y las necesidades del pobre y el humilde. Si observáis el universo con corazón puro, también vosotros veréis el rostro de Dios (cf. *Mt 5, 8*), porque revela el misterio del amor providencial del Padre.

Los jóvenes son especialmente sensibles a la belleza de la naturaleza y su contemplación les inspira espiritualmente. Pero tiene que ser una contemplación auténtica. Una contemplación que no revele el rostro de un Padre personal, inteligente, libre y amoroso, sino que llegue sólo a la figura oscura de una divinidad impersonal o fuerza cósmica, no es suficiente. *No debemos confundir al Creador con su creación.*

La criatura no tiene vida por sí misma, sino por Dios. Al descubrir la grandeza de Dios, el hombre descubre la posición única que ocupa en el mundo visible: «Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad; le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies» (*Sal 8, 6-7*). Sí, la contemplación de la naturaleza no sólo revela al Creador, sino también el papel del ser humano en el mundo que ha creado. Con fe, revela la grandeza de nuestra dignidad como seres creados a su imagen.

Para tener vida y tenerla en abundancia, para restablecer la armonía original de la creación, debemos respetar esa imagen divina en toda la creación y, de modo especial, en la misma vida humana.

7. Cuando *la luz de la fe* penetra esta conciencia natural, alcanzamos una nueva certeza. Las palabras de Cristo resuenan con plena verdad: «*Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*».

Contra todas las fuerzas de la muerte, a pesar de todos los falsos maestros, *Jesucristo sigue ofreciendo a la humanidad la única esperanza verdadera y real*. Él es el verdadero Pastor del mundo, porque *él y el Padre son uno* (cf. *Jn 17, 22*). En su divinidad es uno con el Padre; en su humanidad es uno con nosotros.

Por haber tomado sobre sí nuestra condición humana, Jesucristo puede transmitir a todos los que están unidos a él por el bautismo *la vida que tiene en sí*. Y porque en la Trinidad *la vida es amor*, el amor verdadero de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (cf. *Rm 5, 5*). *La vida y el amor son inseparables*: el amor de Dios hacia nosotros, y el amor que nosotros, por nuestra parte, tenemos: amor a Dios y amor a cada uno de nuestros hermanos y hermanas. Este será el tema de la última parte de nuestra reflexión, esta misma noche, un poco más tarde.

III. *Tened el valor y la generosidad de los misioneros del pasado*

Queridos jóvenes peregrinos:

1. El Espíritu os ha traído a Denver *para llenaros de nueva vida*: para daros una fe, una esperanza y un amor más fuertes. Todo en vosotros –vuestra mente y vuestro corazón, vuestra voluntad y vuestra libertad, vuestros dones y vuestros talentos–, todo ha sido tomado por el Espíritu Santo para hacer de vosotros «*piedras vivas*» del «*edificio espiritual*» que es la Iglesia (cf. 1 P 2, 5). Esta Iglesia es inseparable de Jesús; él la ama como el esposo ama a su esposa. Esta Iglesia hoy, en los Estados Unidos y en todos los países de donde procedéis, *tiene necesidad del afecto y de la cooperación de sus jóvenes, la esperanza de su futuro*. En la iglesia cada uno tiene un papel que desempeñar, y todos juntos construimos el único cuerpo de Cristo, el único pueblo de Dios.

Al acercarse el tercer milenio, la Iglesia sabe que el buen Pastor sigue siendo, como siempre, la esperanza segura de la humanidad. Jesucristo nunca deja de ser *la puerta de las ovejas*. Y, a pesar de la historia de los pecados de la humanidad contra la vida, no cesa de repetir con la misma fuerza y el mismo amor: «*Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*» (Jn 10, 10).

2. ¿Cómo es posible eso? ¿Cómo puede Cristo darnos la vida, si la muerte forma parte de nuestra existencia terrena? ¿Cómo es posible, si «*está establecido que los hombres mueran una sola vez, y luego el juicio*» (Hb 9, 27)?

Jesús mismo nos da la respuesta; y la respuesta es una declaración suprema de amor divino, un hito de la revelación evangélica con respecto al amor de Dios Padre hacia toda la creación. La respuesta ya está presente en *la parábola del buen pastor*. Cristo dice: «*El buen pastor da su vida por las ovejas*» (Jn 10, 11).

Cristo, el buen pastor, está presente entre nosotros, en medio de todos los pueblos, las naciones, las generaciones y las razas, como el que «*da su vida por las ovejas*». ¿No es esto el mayor amor? Era la muerte del Inocente: «*El Hijo del hombre se va, como está escrito de él, pero ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado!*» (Mt 26, 24). *Cristo en la cruz es un signo de contradicción para todos los crímenes contra el mandamiento de no matar. Dio su vida en*

sacrificio para la salvación del mundo. Nadie le arrebató esa vida humana; *él la da libremente*. Él tiene poder para darla y para recobrarla (cf. *Jn 10, 18*). Fue una auténtica entrega de sí mismo. Fue un acto sublime de libertad.

Sí, el buen Pastor da su vida, *pero sólo para recobrarla* (cf. *Jn 10, 17*). Y en la nueva vida de la resurrección, se ha convertido –según las palabras de san Pablo– en «espíritu que da vida» (*1 Co 15, 45*), que ahora puede otorgar el don de la vida a cuantos creen en él.

Vida dada, vida recobrada, vida otorgada. En él, tenemos la vida que él tiene en la unidad del Padre y del Espíritu Santo, *si creemos en él, si somos uno con él por el amor*, recordando que «quien ama a Dios, debe amar también a su hermano» (*1 Jn 4, 21*).

3. Buen Pastor, el Padre te ama porque das tu vida. *El Padre te ama como el Hijo crucificado*, porque vas a la muerte dando tu vida por nosotros. Y el Padre te ama, *cuando vences la muerte con tu resurrección*, revelando una vida indestructible. *Tú eres la vida* y, por tanto, *el camino y la verdad* de nuestra vida (cf. *Jn 14, 6*).

Tú dijiste: «Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre» (*Jn 10, 14-15*). Tú que conoces al Padre (cf. *Jn 10, 15*) –el único Padre común de todos– sabes *por qué* te ama el Padre (cf. *Jn 10, 17*). Te ama porque das tu vida *por cada uno*.

Cuando dices: «*Doy la vida por mis ovejas*», *no excluyes a nadie*. Viniste al mundo para abrazar a todos los hombres y reunir en uno a los hijos de toda la familia humana que estaban dispersos (cf. *Jn 11, 52*). Todavía hay muchos que no te conocen: «También tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a éstas las tengo que conducir» (*Jn 10, 16*).

4. Buen Pastor,

enseña a los jóvenes aquí reunidos;
enseña a los jóvenes de todo el mundo
lo que significa «*dar*» su vida
mediante *la vocación y la misión*.

Como enviaste a los Apóstoles
a predicar el Evangelio
hasta los confines de la tierra,
lanza ahora tu *desafío a la juventud de la Iglesia*
para que cumpla la gran misión de darte a conocer

a cuantos aún no han oído hablar de ti.
 Da a estos jóvenes la valentía
 y la generosidad de los grandes misioneros del pasado,
 de suerte que, a través del testimonio de su fe
 y su solidaridad con todos sus hermanos y hermanas necesitados,
 el mundo descubra *la verdad, la bondad*
y la belleza de la vida que sólo tú puedes dar.

Enseña a los jóvenes reunidos en Denver
 a llevar tu mensaje de vida y verdad,
 de amor y solidaridad,
 al centro de la metrópoli moderna,
 al centro de todos los problemas
 que afligen a la familia humana al final del siglo veinte.

Enseña a estos jóvenes
a hacer buen uso de su libertad.
 Enséñales que la mayor libertad
 consiste en entregarse totalmente.
 Enséñales el significado
 de las palabras del Evangelio:
 «El que pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 10, 39).

5. Por todo esto, buen Pastor,
te amamos.

Los jóvenes reunidos en Denver
 te aman porque aman la vida,
 el don del Creador.
Aman su vida humana
 como el sendero por el que pasarán
 en medio de este mundo creado.
 Aman la vida como tarea y como vocación.

Y aman también la *otra vida*
que el Padre eterno nos ha dado
por medio de ti:
 la vida de Dios en nosotros,
 el mayor regalo que nos has dado.

Tú eres el buen Pastor.
Y no hay ningún otro.

Has venido para que tengamos la vida,
y la tengamos en abundancia.
La vida, no sólo a nivel humano,
sino también *en la medida del Hijo,*
el Hijo en el que el Padre se complace eternamente.

Señor Jesucristo,
te damos gracias por haber dicho:
*«Yo he venido para que tengan vida
y la tengan en abundancia»* (Jn 10, 10).
Los jóvenes de la octava Jornada mundial de la juventud
te dan las gracias desde lo más profundo de su corazón.

Maranatha!

Aquí, desde el Cherry Creek State Park de Denver, desde esta reunión de jóvenes de todo el mundo, gritamos: *Maranatha!* «*Ven, Señor Jesús*» (Ap 22, 20).

HOMILÍA pronunciada en la Misa en el Cherry Creek Park de Denver, el domingo, 15 de agosto de 1993, Fiesta de la Asunción de Nuestra Señora la Virgen María.

«Ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso» (Lc 1, 49).
Amados jóvenes y queridos amigos en Cristo:

1. Hoy la Iglesia se encuentra, con María, en el umbral de la casa de Zacarías en Ain-Karim. Con la nueva vida que llevaba dentro de sí, la Virgen de Nazaret se apresuró a ir allí, inmediatamente después del *fiat* de la Anunciación, para ayudar a su prima Isabel. Fue Isabel la primera en reconocer *las maravillas* que Dios estaba realizando en María. Llena del Espíritu Santo, Isabel se sorprendió de que la madre de su Señor hubiera ido a su casa (cf. Lc 1, 43). Con intuición profunda del misterio, declaró: «¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (Lc 1, 45). Con su alma llena de humilde gratitud hacia Dios, María respondió con un himno de alabanza: «*Porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, santo es su nombre*» (Lc 1, 49).

En esta solemnidad la Iglesia celebra la culminación de las *maravillas* que Dios realizó en María: su Asunción gloriosa al cielo. Y el mismo himno de acción de gracias, el Magnificat, resuena en toda la Iglesia, como la primera vez en Am-Karim: *todas las generaciones te llamarán bienaventurada* (cf. *Lc 1, 48*).

Nos hallamos reunidos aquí, al pie de las Montañas Rocosas –que nos recuerdan que Jerusalén también estaba rodeada por montes (cf. *Sal 124, 2*) y que María subió a ellos (cf. *Lc 1, 39*)– para celebrar la subida de María a la Jerusalén celestial, al umbral del templo eterno de la santísima Trinidad. Aquí en Denver, en la Jornada mundial de la juventud, los hijos e hijas católicos de Estados Unidos, junto con otros «de toda raza, lengua, pueblo y nación» (*Ap 5, 9*), se unen a todas las generaciones que desde entonces han proclamado: *el Poderoso ha hecho maravillas en tu favor, María* (*Lc 1, 49*), *y en favor de todos nosotros, miembros de su pueblo peregrino*.

Con mi corazón lleno de alabanza a la Reina del Cielo, signo de esperanza y fuente de consuelo en nuestra peregrinación de fe hacia «la Jerusalén celestial» (*Hb 12, 22*), os saludo a todos los que participáis en esta liturgia solemne. Me complace ver a tantos sacerdotes, religiosos y fieles laicos de Denver, del Estado de Colorado, de todas partes de Estados Unidos, y de muchos países del mundo, que se han unido a los jóvenes de la Jornada mundial de la juventud para honrar *la victoria definitiva de la gracia en María, Madre del Redentor*.

2. La octava Jornada mundial de La juventud es una celebración de vida. Este encuentro nos ha permitido hacer una seria reflexión sobre las palabras de Jesucristo: «*Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*» (*Jn 10, 10*). Jóvenes de todos los rincones del mundo, *con oración ardiente* habéis abierto vuestro corazón a la verdad de la promesa de vida nueva de Cristo. Mediante los sacramentos, especialmente la penitencia y la Eucaristía, y mediante la unidad y la amistad nacida entre muchos de vosotros, habéis hecho *una experiencia real y transformadora de la vida nueva que sólo Cristo puede dar*. Vosotros, jóvenes peregrinos, también habéis mostrado que comprendéis que el don de la vida de Cristo no es únicamente para vosotros. Habéis llegado a ser más conscientes de vuestra vocación y misión en la Iglesia y en el mundo. Para mí, nuestro encuentro ha sido una profunda y conmovedora experiencia de vuestra fe en Cristo, y hago mías las palabras de san Pablo: «*Tengo plena confianza en hablaros; estoy*

muy orgulloso de vosotros. Estoy lleno de consuelo y sobreaundo de gozo en todas nuestras tribulaciones» (2 Co 7, 4).

Ésas no son palabras de elogio vano. Confío en que hayáis comprendido el alcance del desafío que se os plantea, y que tendréis la sabiduría y la valentía de afrontarlo. *Es mucho lo que depende de vosotros.*

3. Este mundo maravilloso –tan amado por el Padre que envió a su Hijo único para su salvación (cf. *Jn 3, 17*)– es el teatro de una batalla interminable que está librándose por *nuestra dignidad e identidad como seres libres y espirituales*. Esa lucha tiene su paralelismo en el combate apocalíptico descrito en la primera lectura de la misa. La muerte lucha contra la vida: una *«cultura de la muerte» intenta imponerse a nuestro deseo de vivir, y vivir plenamente*. Hay quienes rechazan la luz de la vida, prefiriendo *«las obras infructuosas de las tinieblas» (Ef 5, 11)*. Cosechan injusticia, discriminación, explotación, engaño y violencia. En todas las épocas, su éxito aparente se puede medir por *la matanza de los inocentes*. En nuestro siglo, más que en cualquier otra época de la historia, la *cultura de la muerte* ha adquirido una forma social e institucionalizada de legalidad para justificar los más horribles crímenes contra la humanidad: el genocidio, *las soluciones finales, las limpiezas étnicas* y el masivo *«quitar la vida a los seres humanos aun antes de su nacimiento, o también antes de que lleguen a la meta natural de la muerte» (Dominum et vivificantem, 57)*.

La lectura de hoy, tomada del libro del Apocalipsis, presenta a *la Mujer* rodeada por fuerzas hostiles. La naturaleza absoluta de su ataque está simbolizada en el objeto de su intención malvada: *el Niño, el símbolo de la vida nueva*. El «dragón» (*Ap 12, 3*), el «príncipe de este mundo» (*Jn 12, 31*) y el «padre de la mentira» (*Jn 8, 44*), intenta incesantemente *desarraigar del corazón humano el sentido de gratitud y respeto al don original, extraordinario y fundamental de Dios: la misma vida humana*. Hoy esa batalla ha llegado a ser cada vez más directa.

4. Queridos amigos, este encuentro en Denver sobre el tema de la vida debería conducirnos a una conciencia más profunda de *la contradicción interna que existe en una parte de la cultura de la metrópoli moderna*.

Cuando los padres fundadores de esta gran nación recogieron ciertos derechos inalienables en la Constitución –algo similar existe en muchos

países y en muchas Declaraciones internacionales—, lo hicieron porque reconocían la existencia de una *ley* —una serie de derechos y deberes— esculpida por el Creador en el corazón y la conciencia de cada persona.

En gran parte del pensamiento contemporáneo no se hace ninguna referencia a esa ley garantizada por el Creador. Sólo queda a cada persona la posibilidad de elegir este o aquel objetivo como conveniente o útil en un determinado conjunto de circunstancias. Ya no existe nada que se considere *intrínsecamente bueno y universalmente vinculante*. Se afirman los derechos, pero, al no tener ninguna referencia a una verdad objetiva, carecen de cualquier base sólida. Existe una gran confusión en amplios sectores de la sociedad acerca de lo que está bien y lo que está mal, y están a merced de quienes tienen el poder de *crear* opinión e imponerla a los demás.

La familia se halla especialmente atacada. Y se niega el carácter sagrado de la vida humana. Naturalmente, los miembros más débiles de la sociedad son los que corren mayor riesgo: los no nacidos, los niños, los enfermos, los minusválidos, los ancianos, los pobres y los desocupados, los inmigrantes, los refugiados y *el Sur del mundo*.

5. Jóvenes peregrinos, Cristo os necesita a vosotros para iluminar el mundo y *mostrarle el «sendero de la vida»* (Sal 16, 11). El desafío consiste en *hacer que el «sí» de la Iglesia a la vida sea concreto y efectivo*. La batalla será larga, y necesita de cada uno de vosotros. Poned vuestra inteligencia, vuestros talentos, vuestro entusiasmo, vuestra compasión y vuestra fortaleza al servicio de la vida.

No tengáis miedo. El resultado de la batalla por la vida ya está decidido, aunque prosigue la lucha en circunstancias adversas y con muchos sufrimientos. Esa certeza nos la ofrece la segunda lectura: *«Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron [...]. Así también todos revivirán en Cristo»* (1 Co 15, 20-22). Esta es la paradoja del mensaje cristiano: Cristo —la Cabeza— ya venció el pecado y la muerte. Cristo en su Cuerpo —el pueblo peregrino de Dios— sigue sufriendo el ataque del maligno y de todo el mal de que es capaz la humanidad pecadora.

6. En esta etapa de la historia, el mensaje liberador del *evangelio de la vida* ha sido puesto en vuestras manos. Y la misión de proclamarlo hasta los confines de la tierra pasa ahora a vuestra generación. Como el gran apóstol Pablo, también vosotros debéis sentir toda la urgencia de esa tarea:

«Ay de mí si no predicara el Evangelio» (*1 Co 9, 16*). *¡Ay de vosotros si no lograréis defender la vida!* La Iglesia necesita vuestras energías, vuestro entusiasmo y vuestros ideales juveniles para hacer que el evangelio de la vida penetre el entramado de la sociedad, transformando el corazón de la gente y las estructuras de la sociedad, *para crear una civilización de justicia y amor verdaderos*. Hoy, en un mundo que carece a menudo de la luz y de la valentía de ideales nobles, *la gente necesita más que nunca la espiritualidad lozana y vital del Evangelio*.

No tengáis miedo de salir a las calles y a los lugares públicos, como los primeros Apóstoles que predicaban a Cristo y la buena nueva de la salvación en las plazas de las ciudades, de los pueblos y de las aldeas. No es tiempo de avergonzarse del Evangelio (cf. *Rm 1, 16*). Es tiempo de predicarlo desde los terrados (cf. *Mt 10, 27*). No tengáis miedo de romper con los estilos de vida confortables y rutinarios, para aceptar el reto de dar a conocer a Cristo en la metrópoli moderna. Debéis ir a «los cruces de los caminos» (*Mt 22, 9*) e invitar a todos los que encontréis al banquete que Dios ha preparado para su pueblo. No hay que esconder el Evangelio por miedo o indiferencia. No fue pensado para tenerlo escondido. Hay que ponerlo en el candelero, para que la gente pueda ver su luz y alabe a nuestro Padre celestial (cf. *Mt 5, 15-16*).

Jesús vino a buscar a los hombres y mujeres de su tiempo. Los comprometió en un diálogo abierto y sincero, independientemente de su condición. Como buen samaritano de la familia humana, se acercó a la gente para sanarla de sus pecados y de las heridas que la vida inflige, y llevarla a la casa del Padre. Jóvenes de la Jornada mundial de la juventud, la Iglesia os pide que vayáis, con la fuerza del Espíritu Santo, a los que están cerca y a los que están lejos. Compartid con ellos la libertad que habéis hallado en Cristo. La gente tiene sed de auténtica libertad interior. Anhela la vida que Cristo vino a dar en abundancia. Ahora que se avecina un nuevo milenio, para el que toda la Iglesia está preparándose, el mundo es como un campo ya pronto para la cosecha. *Cristo necesita obreros dispuestos a trabajar en su viña*. Vosotros, jóvenes católicos del mundo, no lo defraudéis. En vuestras manos llevad la cruz de Cristo. En vuestros labios, las palabras de vida. En vuestro corazón, la gracia salvífica del Señor.

7. En el momento de su Asunción, María fue «*llevada a la vida*», en cuerpo y alma. Ya es parte de las «primicias» (*1 Co 15, 20*) de la muerte y resurrección redentora de nuestro Salvador. El Hijo recibió de ella su vida humana; él, en cambio, le dio a ella la plenitud de la comunión en la vida

divina. Ella es el único ser –además de Cristo– en el que el misterio ya se ha realizado plenamente. En María, *la victoria final de la vida sobre la muerte ya es realidad*. Y, como enseña el concilio Vaticano II: «*La Iglesia ha alcanzado en la santísima Virgen la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga*» (*Lumen gentium*, 65). En La Iglesia y por ella, también nosotros esperamos «una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para nosotros» (*I P 1, 4*).

Bendita seas, María.

Madre del Hijo eterno,

nacido de tu seno virginal,

eres *llena de gracia* (cf. *Lc 1, 28*).

Recibiste más *abundancia de vida* (cf. *Jn 10, 10*)

que los demás descendientes de Adán y Eva.

Como la más fiel de los que «oyen la palabra» (cf. *Lc 11, 28*),

no sólo conservaste

y meditaste ese misterio en tu corazón (cf. *Lc 2, 19. 51*),

sino que también lo observaste en tu cuerpo

y lo alimentaste con el amor abnegado

con que rodeaste a Jesús

durante toda su vida terrena.

Como Madre de la Iglesia,

nos guías todavía desde tu lugar en el cielo

e intercedes por nosotros.

Nos conduces a *Cristo*,

«*el camino, la verdad y la vida*» (*Jn 14, 6*),

y nos ayudas a crecer en santidad,

venciendo el pecado (cf. *Lumen gentium*, 65).

8. La liturgia te presenta a ti, María,

como la *mujer vestida de sol* (cf. *Ap 12, 1*).

Pero estás vestida, aún más espléndidamente,

de la luz divina,

que puede llegar a ser la vida

de todos cuantos han sido creados

a imagen y semejanza de Dios mismo:

«*La vida era la luz de los hombres,*

y la luz brilla en las tinieblas,

y las tinieblas no la vencieron» (*Jn 1, 4-5*).

¡Oh mujer vestida de sol,
 los *jóvenes* del mundo
te saludan con mucho amor;
 vienen a ti con toda la valentía de su corazón joven!
 Denver los ha ayudado
 a ser más conscientes de la vida que trajo tu Hijo divino.

Todos nosotros somos testigos de ella.

Estos jóvenes saben ahora
 que *la vida es mas poderosa*
que las fuerzas de la muerte;
 saben que la verdad
 es más poderosa que las tinieblas,
 y que el amor
 es más fuerte que la muerte (cf. Ct 8, 6).

Tu espíritu se alegra, oh María,
 y nuestro espíritu se alegra contigo,
 porque el Poderoso
 ha hecho maravillas
 en favor tuyo y nuestro, en favor de todos los jóvenes
 congregados aquí en Denver,
 en favor de todos los jóvenes del mundo.
 El Poderoso ha hecho maravillas
 en favor tuyo, María,
 y a favor nuestro;
 a favor nuestro, contigo.
 El Poderoso ha hecho maravillas
 a favor nuestro
 y *santo es su nombre*.
 Su misericordia alcanza
 de generación en generación.
 Nos alegramos, María;
 nos alegramos contigo,
 Virgen elevada al cielo.
El Señor ha hecho maravillas en tu favor.
El Señor ha hecho maravillas a favor nuestro.
Aleluya. Amén.

ÁNGELUS

Invito ahora a todos los que toman parte en esta liturgia conclusiva de la Jornada mundial de la juventud, y a todos los que están en contacto con nosotros por medio de la radio y la televisión, a dirigirse con el espíritu a María, Madre del Redentor, y a unirse en el rezo del Ángelus. Esta plegaria tradicional nos invita a meditar en la peregrinación de fe de María.

Invoquémosla con confianza:

María, tú eres «tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo» (*Lumen gentium*, 63). Aceptaste libremente la voluntad de Dios que se te reveló en la Anunciación. Llevaste en tu seno la Palabra hecha carne, que habitó entre nosotros como tu Hijo. Lo viste crecer en «sabiduría, en estatura y en gracia» (*Lc 2*, 52) en la casa de Nazaret. Tu camino como discípula suya te condujo al pie de la cruz, donde Jesús te hizo Madre de todos sus seguidores (cf. *Jn 19*, 27).

María, tú eres la Madre del Señor de la vida, la que estaba bajo el árbol de la vida. Al pie de la cruz te convertiste en nuestra madre espiritual y, desde el cielo, continúas intercediendo por nosotros, que todavía estamos caminando hacia la casa del Padre (cf. *Lumen gentium*, 62).

María, Madre de la Iglesia, en unión contigo damos gracias a la santísima Trinidad por todo lo que esta Jornada mundial de la juventud ha realizado en la vida de los jóvenes que han seguido a cruz del Año Santo hasta Denver.

María, Virgen inmaculada, ruega por estos jóvenes para que «tengan vida y la tengan en abundancia» (*Jn 10*, 10). Acompáñalos ahora que van a ser *heraldos de esa vida divina, la única que puede saciar el hambre del corazón humano*. Que vean, como tú, en la cruz de Cristo la llamada del amor divino que transforma la muerte en vida, la desesperanza en esperanza y la tristeza en alegría interminable.

Madre santísima, ayuda a todos los jóvenes que están esforzándose por dar un sí definitivo y responsable a la llamada del Señor al sacerdocio, a la vida religiosa, o a una consagración especial en la Iglesia. Obténles la valentía y la esperanza que necesitan para superar todos los obstáculos y seguir de cerca los pasos de tu Hijo divino.

Te pedimos que veles sobre todos los que nos hallamos reunidos aquí, mientras continuamos nuestra peregrinación hacia la verdadera fuente de la vida. Porque esta peregrinación debe continuar. Debe continuar en

nuestra vida. Debe continuar en la vida de la Iglesia, ahora que se acerca al tercer milenio cristiano. Debe continuar como un nuevo Adviento, tiempo de esperanza y espera, hasta el regreso del Señor en la gloria. Nuestra celebración de esta Jornada mundial de la juventud ha sido una parada en el camino, un momento de oración y recuperación de fuerzas, pero nuestro viaje debe proseguir.

Deseo anunciar hoy la próxima Jornada mundial de la juventud tendrá lugar a comienzos de 1995 en Manila, Filipinas. De este modo, nuestra peregrinación nos llevará al vasto y vital continente asiático. La cruz del Año Santo nos conducirá a un encuentro con el fiel y generoso pueblo filipino.

María del nuevo Adviento, imploramos tu protección sobre los preparativos para ese próximo encuentro, que comenzarán ya desde ahora.

María, llena de gracia, te encomendamos la próxima Jornada mundial de la juventud.

María, elevada al cielo, te encomendamos a los jóvenes de todo el mundo.

DISCURSO de despedida

1. Al partir de Estados Unidos, le expreso mi agradecimiento a usted, señor vicepresidente, que ha venido aquí para despedirme, y al presidente Clinton que gentilmente me acogió a mi llegada, por la cortesía con que me han tratado en todo momento de mi visita.

Deseo dar las gracias a todos los que han colaborado de alguna manera para asegurar el éxito de esta *octava Jornada mundial de la juventud* que ha traído a jóvenes peregrinos procedentes de casi todos los países del mundo a esta hermosa ciudad de Denver, para reflexionar acerca de las palabras de Jesucristo: «*Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*» (Jn 10, 10).

2. También yo vengo como peregrino, *peregrino de esperanza*. Siempre he sido consciente de que los jóvenes constituyen para la Iglesia y la sociedad civil la esperanza de nuestro futuro. Pero durante los años de mi pontificado, y en particular a través de la celebración de acontecimientos como éste, esa esperanza se ha ido confirmando y reforzando paulatinamente. Los mismos jóvenes me han enseñado a tener cada vez mayor confianza. No se trata sólo del hecho de que los jóvenes de hoy serán los adultos del futuro, los que tomarán nuestro puesto y continuarán la aventura humana. No, *el deseo, presente en*

todos los corazones, de una vida plena, libre y digna de la persona humana es particularmente fuerte en ellos. Desde luego, las respuestas falsas a este deseo abundan y la humanidad está lejos de constituir una familia feliz y armoniosa. Sin embargo, muchos jóvenes en todas las sociedades no quieren caer en el egoísmo y la superficialidad. No quieren huir de sus responsabilidades. *Esa actitud es un faro de esperanza.*

Para los creyentes el compromiso por la renovación espiritual y moral, que tanto necesita la sociedad, es un don del Espíritu del Señor que colma toda la tierra, porque es el Espíritu el que ofrece al hombre la luz y la fuerza para afrontar su destino supremo (cf. *Gaudium et spes*, 10). Esto ha resultado especialmente evidente mediante la actitud devota de los jóvenes reunidos aquí. En consecuencia, ellos se van con un compromiso mayor en favor de la victoria de *la cultura de la vida* sobre *la cultura de la muerte*. La cultura de la vida significa respeto a la naturaleza y cuidado de la obra divina de la creación. En particular, significa respeto a la vida humana desde el primer momento de su concepción hasta su conclusión natural. Una auténtica cultura de la vida es esencial ahora que —como he escrito en la encíclica social *Centesimus Annus*— «el ingenio del hombre parece orientarse, en este campo, a limitar, suprimir o anular las fuentes de la vida, recurriendo incluso al aborto, tan extendido por desgracia en el mundo, más que a defender y abrir las posibilidades a la vida misma» (n. 39).

Una cultura de la vida significa servicio hacia los que no gozan de privilegios, los pobres y oprimidos, porque justicia y libertad son inseparables y sólo existen si existen para todos. La *cultura de la vida* significa agradecer a Dios cada día el don de la vida, nuestro valor y dignidad como seres humanos, la amistad que él nos ofrece mientras realizamos la peregrinación hacia nuestro destino eterno.

3. Señor vicepresidente, me despido de los Estados Unidos con *el corazón henchido de gratitud a Dios*. Gratitud por lo que ha sucedido aquí durante la Jornada mundial de la juventud. Gratitud al pueblo estadounidense por ser abierto y generoso, y por las muchas maneras como sigue ayudando en el mundo a quienes tienen necesidad. Pido a Dios que los Estados Unidos sigan creyendo en sus nobles ideales, y espero que colaboren de una manera sabia y provechosa en los esfuerzos multilaterales para resolver algunas de las cuestiones más difíciles que la comunidad internacional debe afrontar.

Mi gratitud se convierte en oración ferviente por los habitantes de este país, por el cumplimiento del destino de los Estados Unidos en cuanto nación protegida por Dios, con libertad y justicia para todos.

Estados Unidos, afronta tus responsabilidades, que abarcan todas las energías de tu pueblo emprendedor. Sé fiel a tu misión.

Estados Unidos: sé fiel a tu auténtica identidad.

Estados Unidos, país de hombres libres, haz buen uso de tu libertad. Úsala para alimentar y apoyar con todas tus fuerzas y con toda tu capacidad la dignidad de toda persona humana.

Estados Unidos, defiende la vida, para que puedas vivir en paz y armonía.

¡Que Dios bendiga Estados Unidos! ¡Que Dios os bendiga a todos vosotros!

La Cruz prosiguió su viaje a través de los Estados Unidos hasta finales del año 1993.



Imágenes de la visita de Juan Pablo II a Denver.

IX JMJ ROMA, 27 DE MARZO DE 1994

TEMA: “*COMO ME ENVIÓ EL PADRE, ASÍ OS ENVIÓ YO*” (Jn 20, 21)

El Domingo de Ramos, 27 de marzo de 1994, durante la celebración de la IX JMJ de la diócesis de Roma en la Plaza de San Pedro, una delegación de jóvenes de los Estados Unidos entregó la Cruz a una delegación de jóvenes de las Filipinas. El Papa San Juan Pablo II había dicho en Denver:

“La Cruz del Año Santo nos conducirá a un encuentro con el pueblo generoso y lleno de fe de las Filipinas” (Ángelus, 15 de agosto 1993).

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el 21 de noviembre de 1993, Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo, para la IX JMJ y la X JMJ.

Amadísimos jóvenes:

1. “La paz con vosotros” (Jn 20, 19). Es el saludo, lleno de significado, con que el Señor resucitado se presenta a sus discípulos, temerosos y desconcertados después de su pasión.

Con la misma intensidad y profundidad de sentimientos me dirijo ahora a vosotros, mientras nos preparamos para celebrar la IX y la X Jornada mundial de la juventud, que tendrán lugar, como es ya feliz costumbre, el domingo de Ramos de 1994 y 1995, mientras que el gran encuentro internacional que reúne a jóvenes de todo el mundo en torno al Papa se celebrará en Manila, capital de Filipinas, en enero de 1995.

En los anteriores encuentros que han marcado nuestro itinerario de reflexión y oración, como los discípulos, hemos tenido la posibilidad de *ver*—que significa también creer y conocer, casi *tocar* (cf. *1 Jn* 1, 1)— al Señor resucitado.

Lo *vimos* y acogimos como maestro y amigo en Roma en 1984 y 1985, cuando emprendimos la peregrinación desde el centro y corazón de la catolicidad para dar razón de nuestra esperanza (cf. *1 P* 3, 15), llevando su cruz por los caminos del mundo. Le pedimos con insistencia que permaneciera con nosotros en nuestro camino diario.

Lo *vimos* en Buenos Aires en 1987 cuando, junto con los jóvenes de todos los continentes, y en especial de América Latina, “conocimos el amor que Dios nos tiene, y creímos en él” (*Jn* 4, 16) y proclamamos que su revelación, como un sol que ilumina y calienta, alimenta la esperanza y renueva la alegría del trabajo misionero para construir la civilización del amor.

Lo *vimos* en Santiago de Compostela en 1989, donde descubrimos su rostro y lo reconocimos como *camino, verdad y vida* (cf. *Jn* 14, 6), meditando con el apóstol Santiago en las antiguas raíces cristianas de Europa.

Lo *vimos* en 1991 en Czestochowa, cuando, una vez derribadas las barreras, todos juntos, jóvenes del Este y del Oeste, bajo la mirada amorosa de nuestra Madre celestial, proclamamos la paternidad de Dios por medio del Espíritu y nos reconocimos, en él, como hermanos: “Recibisteis un espíritu de hijos” (*Rm* 8, 15).

Lo *vimos* más recientemente en Denver, en el centro de Estados Unidos de América, donde lo tratamos de descubrir en el rostro del hombre contemporáneo, en un marco muy diferente al de las etapas anteriores, pero no menos exaltante por la profundidad de su contenido, experimentando y gustando el don de la vida en abundancia: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (*Jn* 10, 10).

Mientras conservamos en los ojos y en el corazón el espectáculo maravilloso e inolvidable de ese gran encuentro entre las Montañas Rocosas, reanudamos nuestra peregrinación, teniendo como próxima etapa Manila, en el vasto continente asiático, encrucijada de la X Jornada mundial de la juventud.

El anhelo de *ver al Señor* anida siempre en el corazón del hombre (cf. *Jn* 12, 21) y lo impulsa sin cesar a buscar su rostro. También nosotros, al ponernos en camino, manifestamos esa nostalgia y, con el peregrino de Sion, repetimos: “Tu rostro busco, Señor” (*Sal* 27, 8).

El Hijo de Dios sale a nuestro encuentro, nos acoge, se nos manifiesta y nos repite lo mismo que dijo a sus discípulos la tarde de Pascua: “Como el Padre me envió, también yo os envío” (*Jn* 20, 21).

Una vez más, quien convoca a los jóvenes de todo el mundo es Jesucristo, centro de nuestra vida, raíz de nuestra fe, razón de nuestra esperanza y manantial de nuestra caridad.

Llamados por él, los jóvenes de todos los rincones del planeta se interrogan acerca de su propio compromiso en favor de la *nueva evangelización*, para continuar la misión confiada a los Apóstoles y en

la que todo cristiano, en virtud de su bautismo y de su pertenencia a la comunidad eclesial, está llamado a participar.

2. La vocación y el compromiso misionero de la Iglesia brotan del misterio central de nuestra fe: la Pascua. En efecto, “al atardecer de aquel día”, se presentó Jesús en medio de los discípulos, atrincherados tras las puertas cerradas “por miedo a los judíos” (*Jn* 20, 19).

Después de haber manifestado su amor sin límites abrazando la cruz y ofreciéndose en sacrificio de redención por todos los hombres —él mismo había dicho: “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (*Jn* 15, 13)—, el Maestro divino vuelve a los suyos, a los que había amado más intensamente y con los que había pasado su vida terrena.

Es un encuentro extraordinario, en el que sus corazones se sienten felices por tener nuevamente presente a Cristo, después de los acontecimientos de su trágica pasión y de su gloriosa resurrección. “Los discípulos se alegraron de ver al Señor” (*Jn* 20, 20).

Encontrarse con él inmediatamente después de su resurrección, significó para los Apóstoles comprobar que su mensaje no era falso, que sus promesas no habían quedado escritas en la arena. Él, vivo y resplandeciente de gloria, constituye la prueba del amor todopoderoso de Dios, que cambia radicalmente el curso de la historia y de nuestra existencia.

El encuentro con Jesús es, por tanto, un acontecimiento que da sentido a la existencia del hombre y la trastorna, abriendo el alma a horizontes de auténtica libertad.

También nuestro tiempo se coloca *después de la Resurrección*. Es “el tiempo favorable”, “el día de la salvación” (*2 Co* 6, 2).

El Resucitado vuelve a nosotros con la plenitud de la alegría y con una sobreabundante riqueza de vida. La esperanza se convierte en certeza, porque, si él ha vencido a la muerte, también nosotros podemos esperar triunfar un día en la plenitud de los tiempos, contemplando de modo definitivo a Dios.

3. Pero el encuentro con el Señor resucitado no refleja sólo un momento de alegría individual. Es, más bien, una ocasión en que se manifiesta en toda su amplitud la llamada que ha recibido todo ser humano. Fuertes en la fe en Cristo resucitado, estamos todos invitados a abrir de par en par las puertas de la vida, sin miedos ni titubeos, para acoger la Palabra, que es camino, verdad y vida (cf. *Jn* 14, 6), y proclamarla valientemente al mundo entero.

La salvación, que se nos ha ofrecido, es un don que no se puede tener celosamente escondido. Es como la luz del sol, que por su misma naturaleza disipa las tinieblas; es como el agua de un manantial limpio, que brota incontenible del centro de la roca.

“Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único” (*Jn 3, 16*). Jesús, enviado por el Padre a la humanidad, da a todo creyente la plenitud de la vida (cf. *Jn 10, 10*), como meditamos y proclamamos con ocasión de la reciente Jornada de Denver.

Su Evangelio debe hacerse *comunicación* y misión. La vocación misionera compromete a todo cristiano, se convierte en la esencia misma de todo testimonio de fe concreto y vital. Se trata de una misión que brota del proyecto del Padre, designio de amor y de salvación que se realiza con la fuerza del Espíritu, sin el cual cualquier iniciativa apostólica nuestra está destinada al fracaso. Precisamente para que sus discípulos puedan realizar esa misión, Jesús les dice: “Recibid el Espíritu Santo” (*Jn 20, 22*). Así transmite a la Iglesia su misma misión salvífica, para que el misterio pascual siga llegando a todo hombre, en todo tiempo, en cualquier latitud del planeta.

Sobre todo vosotros, los jóvenes, estáis llamados a convertirlos en misioneros de esta nueva evangelización, dando a diario testimonio de la Palabra que salva.

4. Vosotros experimentáis personalmente las inquietudes de esta época de la historia, rica de esperanzas e incertidumbres, en la que a veces es fácil perder el camino que lleva al encuentro con Cristo.

Numerosas son, en efecto, las tentaciones de nuestros días, las seducciones que pretenden apagar la voz divina que resuena dentro del corazón de cada persona.

La Iglesia se presenta al hombre de nuestro siglo, a todos vosotros, queridos jóvenes que sentís hambre y sed de verdad, como compañera de viaje. Os ofrece el eterno mensaje evangélico y os confía una tarea apostólica exaltante: ser los protagonistas de la nueva evangelización.

Fiel guardiana e intérprete del patrimonio de fe que Cristo le transmitió, desea dialogar con las nuevas generaciones; quiere responder a sus necesidades y expectativas para buscar, en un diálogo franco y abierto, los sentimientos más oportunos para llegar a los manantiales de la salvación divina.

La Iglesia confía a los jóvenes la tarea de proclamar al mundo la alegría que brota de haberse encontrado con Cristo. Queridos amigos,

dejaos seducir por Cristo; aceptad su invitación y seguidlo. Id y anunciad la buena nueva que redime (cf. *Mt* 28, 19); hacedlo con la felicidad en el corazón y convertíos en *comunicadores de esperanza* en un mundo que a menudo sufre la tentación de la desesperación, *comunicadores de fe* en una sociedad que a veces parece resignarse a la incredulidad; y *comunicadores de amor* en medio de los acontecimientos diarios, con frecuencia marcados por la lógica del egoísmo más desenfrenado.

5. Para poder imitar a los discípulos que, impulsados por el sople del Espíritu, proclamaron sin titubeos su fe en el Redentor que ama a todos y quiere que todos se salven (cf. *Hch* 2, 22-24. 32-36), es preciso convertirse en hombre nuevos, renunciando al hombre viejo que llevamos dentro y dejándonos renovar a fondo por la fuerza del Espíritu del Señor.

Cada uno de vosotros es enviado al mundo, especialmente a vuestros propios coetáneos, a comunicarles, con el testimonio de vuestra vida y vuestras obras, el mensaje evangélico de la reconciliación y la paz: “En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!” (*2 Co* 5, 20).

Esta reconciliación es, ante todo, el destino individual de todo cristiano que encuentra y renueva continuamente su propia identidad de discípulo del Hijo de Dios en la oración y en la participación en los sacramentos, especialmente en los de la penitencia y la Eucaristía.

Pero ése es también el destino de toda la familia humana. Ser hoy misioneros en medio de nuestra sociedad significa utilizar lo mejor posible los medios de comunicación para esa tarea religiosa y pastoral.

Si os convertís en ardientes comunicadores de la Palabra que salva y testigos de la alegría de la Pascua, seréis también constructores de paz en un mundo que busca esa paz como una utopía, olvidando a menudo sus raíces profundas. Las raíces de la paz, como bien sabéis, están dentro del corazón de cada uno, si sabe acoger el deseo del Redentor resuscitado: “La paz con vosotros” (*Jn* 20, 19).

Ante la cercanía del tercer milenio cristiano, a vosotros los jóvenes se os ha confiado de manera especial la tarea de convertirlos en comunicadores de esperanza y artífices de paz (cf. *Mt* 5, 9) en un mundo cada vez más necesitado de testigos creíbles y de anunciadores coherentes. Sabed hablar al corazón de vuestros coetáneos que tienen sed de verdad y felicidad, y buscan incesantemente a Dios, aunque a menudo sea de forma inconsciente.

6. Amadísimos jóvenes de todo el mundo, a la vez que con este Mensaje se inaugura oficialmente el camino hacia la IX y la X Jornada mundial de la juventud, deseo renovar mi afectuoso saludo a cada uno de vosotros, y en especial a cuantos viven en Filipinas, pues en 1995 el encuentro mundial de los jóvenes con el Papa se celebrará por primera vez en el continente asiático, rico en tradiciones y cultura. A vosotros, jóvenes de Filipinas, corresponde preparar esta vez una acogida a vuestros numerosos amigos del mundo entero. Esa Iglesia joven de Asia está llamada de manera especial a dar, en la cita de Manila, un testimonio vivo y ferviente de fe. Espero que sepa aceptar este don que Cristo mismo le va a ofrecer.

A todos vosotros, jóvenes del mundo entero, os dirijo la invitación a ponerlos espiritualmente en camino hacia las próximas Jornadas mundiales. Acompañados y guiados por vuestros pastores, dentro de las parroquias y las diócesis, en las asociaciones, movimientos y grupos eclesiales, preparaos para aceptar las semillas de santidad y de gracia que el Señor de seguro os concederá con gran abundancia.

Espero que la celebración de estas Jornadas sea para todos vosotros ocasión privilegiada de formación y de crecimiento en el conocimiento personal y comunitario de Cristo; que os impulse interiormente a consagraros en la Iglesia al servicio de vuestros hermanos para construir la civilización del amor.

Encomiendo a María, la Virgen presente en el cenáculo, la Madre de la Iglesia (cf. *Hch* 1, 14), la preparación y el desarrollo de las próximas Jornadas mundiales: que ella nos comunique el secreto de cómo acoger a su Hijo en nuestra vida para hacer lo que él nos diga (cf. *Jn* 2, 5).

Os acompañe mi cordial y paterna bendición.

DISCURSO en el encuentro con los jóvenes de Roma como preparación para la IX JMJ, el jueves 24 de marzo de 1994.

Con nuestro corazón aún nos encontramos en Denver. Se siente aquí ese clima americano, la última etapa de la Jornada mundial de la juventud. Pero también las etapas anteriores: la de Jasna Góra, la de Santiago de Compostela, la de Buenos Aires, incluso la de Roma, hace diez años. Diez años de camino. Se sienten estas etapas, pero sobre todo se siente la importancia de este año 1994: la gran oración por Italia y con Italia.

Entonces, me pregunto ahora junto con los jóvenes: ¿por qué debemos orar? Pienso que tal vez debemos orar por el dinero. Sí, por el dine-

ro, para tener los medios para acudir a esa próxima etapa, Manila, en Filipinas. El viaje cuesta.

Y ciertamente los jóvenes tienen necesidad de dinero por muchos motivos: para vivir, para desarrollarse, para educarse, para prepararse a la vida madura, para vivir con honradez. Porque nosotros no queremos dinero obtenido de forma no honrada. Eso de ninguna manera. Queremos tener dinero ganado de forma honrada y gastarlo también de modo honrado. Por lo demás, así lo mostramos en Denver, porque se preveían y pensaban muchas cosas sobre nosotros: se preveía y se pensaba que los jóvenes serían tal vez ladrones o violentos. Pero a nuestros amigos americanos les dimos una sorpresa. Se habían preparado con muchas fuerzas, con grandes medios económicos. Pero los jóvenes no hicieron nada de lo que temían ellos: no robaron, no cometieron violencias; nada de eso; vencieron con la honradez.

Así, se ve cómo de la economía debemos pasar a la ética, pero a la ética no se llega, no se pasa sin una antropología, sin una visión del hombre. Y aquí quisiera hacer un poco de filosofía. Todos vosotros sois ya filósofos; incluso los muchachos de bachillerato saben ya quién fue Aristóteles. Así lo espero. Aristóteles fue aquel genio del pensamiento humano a quien debemos una gran herencia intelectual, filosófica. Para él, ¿qué era el hombre? Era un ser razonable, que tiene una finalidad. Y la finalidad del hombre es su perfección. Debe llegar a ese fin, a ser perfecto como hombre. No se puede objetar nada a esta visión de Aristóteles, porque también Jesús dijo en el sermón de la montaña que el Padre celestial es perfecto y vosotros debéis ser perfectos como él. Pero, aunque en eso estamos de acuerdo con Aristóteles, es preciso corregir en algo su visión.

La corrección de esa visión llegó con Jesús, porque nos reveló al Padre, que mandó a su Hijo. Si el Padre mandó a su Hijo, a Jesús, eso significa que no es sólo un ser absoluto, perfecto en sí mismo, como modelo del hombre y de todas las criaturas, sino que es un misterio, es una relación, es un entregarse, un don. Así, con Jesús, se revela esta nueva visión antropológica: el hombre es verdaderamente el ser más perfecto entre todos los seres creados por Dios, pero este ser tan perfecto no se realiza si no es a través de la entrega sincera de sí mismo.

Esta es la sabiduría evangélica. Esta sabiduría del Evangelio se manifiesta, con las mismas palabras que he citado, en el concilio Vaticano II, especialmente en la constitución *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo. Es una cita clásica, en la que hallamos realmente una síntesis de

la antropología cristiana. La antropología cristiana no es sólo perfeccionista en el sentido aristotélico, sino que es relacionista, y esto quiere decir que el hombre se hace hombre a través de la entrega de sí mismo a los demás.

Y, naturalmente, ésta es la respuesta más profunda, divina, a la pregunta humana: ¿qué es el hombre? La respuesta divina puede ser falsificada por actitudes humanas, porque cuando se dice el hombre debe vivir para entregarse se puede interpretar esta fórmula de forma utilitarista, pensando que el hombre se hace más hombre cuando gana más, no cuando se entrega a sí mismo, sino cuando busca los demás bienes como dones para sí mismo. Y esta visión utilitarista se basa en una filosofía inmanentista, que comenzó con Descartes y se desarrolló mucho en la época moderna. Voy a dejar de hablar de estas filosofías, porque estoy convencido de que me dirijo a colegas, a filósofos, y todos saben ya lo que estoy diciendo.

Pasemos, pues, al segundo punto de esta consideración: ¿qué es el hombre? La reflexión antropológica se hace oración por Italia: que los italianos sepan entregarse a los demás; que no sean egocéntricos, que no sean egoístas, sino que se entreguen a los demás. Con su población, con su pueblo, Italia tiene una gran esperanza, un gran futuro, y ese futuro está, desde luego, en vuestras manos. Yo, hoy, con vosotros, jóvenes italianos, jóvenes romanos, pido para que sepáis entregaros a los demás, para que no seáis egocéntricos, para que no seáis egoístas, y para que así lo enseñéis a los demás. Saber entregarse a sí mismos es la segunda etapa de mi reflexión.

Pero esas palabras: «Como el Padre me envió, también yo os envió» (*Jn* 20, 21) tienen también otro contenido: ser enviado quiere decir tener un mensaje, como Cristo. Recibir un mensaje para transmitir, y con este mensaje llegar a los demás para iluminarlos, para llevarlos a los verdaderos bienes, a los verdaderos valores, para construir una nueva vida con ellos: todo esto quiere decir ser enviados.

Y en este sentido Cristo dice a los Apóstoles y a nosotros: «Como el Padre me envió, también yo os envió» (*Jn* 20, 21). Os hago mensajeros de mi salvación, mensajeros de la gracia, mensajeros del amor. Y éste es un gran bien.

Hoy oramos por Italia, especialmente con los jóvenes italianos y con los jóvenes romanos. Pedimos que los italianos, y especialmente la nueva generación, los jóvenes, sean personas que tengan conciencia de la misión, que sepan que han sido enviados, que tienen un mensaje, una

misión. Sin esta conciencia no se vive una vida humana plena. Se debe poder ofrecer algo a los demás, se les debe llevar un mensaje de verdad, de bien, de belleza para hacerlos felices.

La tercera oración por los italianos, especialmente por los jóvenes y con los jóvenes, es ésta: que los italianos, y especialmente la nueva generación, tengan esta conciencia de la misión, que no vivan sin ella.

Las misiones son diversas. Puede haber misioneros que van a países lejanos, pero puede haber misiones y misioneros en la propia parroquia, en la propia familia. Misión es ser religiosa contemplativa carmelita; misión es ser religiosa activa, apostólica; misión es ser esposo o esposa, obrero o intelectual. Todo es misión; en las categorías de Cristo, todo es misión. Todos somos misioneros porque el mundo se nos ha dado como una tarea. Debemos construir este mundo; debemos hacer el bien de este mundo; debemos hacer de él el reino de Dios.

Estas son las tres oraciones por Italia, especialmente por los jóvenes de Italia. Las presento hoy a vosotros y a todos los italianos. Constituyen un ciclo, que comenzó con los obispos, prosiguió con el mundo del trabajo, y ahora llega a los jóvenes de Roma. Roma debe ser protagonista de esta oración por Italia.

Conviene decir también algunas palabras sobre santo Tomás. El evangelio de san Juan que leímos hoy nos habla de santo Tomás, una figura enigmática, porque todos vieron a Jesús resucitado, menos él, que dijo: si no veo, no creo; si no toco, no creo.

Conocemos muy bien a esta clase de personas; entre ellas también hay jóvenes. Son empíricos, fascinados por las ciencias en sentido estricto de la palabra, ciencias naturales y experimentales. Los conocemos; son muchos, y son de alabar porque este querer tocar, este querer ver indica la seriedad con que se afronta la realidad, el conocimiento de la realidad. Y, si en alguna ocasión Jesús se les aparece y les muestra sus heridas, sus manos, su costado, están dispuestos a decir: «¡Señor mío y Dios mío!» (*Jn 20, 28*).

Creo que muchos de vuestros amigos, de vuestros coetáneos, tienen esa mentalidad empírica, científica; pero, si en alguna ocasión pudieran tocar a Jesús de cerca, ver su rostro, tocar el rostro de Cristo, si alguna vez pudieran tocar a Jesús, si lo ven en vosotros, dirán: «¡Señor mío y Dios mío!» (*Jn 20, 28*).

Añado otro elemento, el último elemento de esta oración por Italia, especialmente por la clase intelectual, porque es muy escéptica, tienen sus reservas hacia la religión, tienen sus tradiciones iluministas; por eso,

les hace falta esta experiencia de Tomás. Oremos para que hagan ellos esta experiencia de Tomás, el cual al final dijo: «¡Señor mío y Dios mío!» (*Jn 20, 28*). ¡Gracias!

El Domingo de Ramos, 27 de marzo de 1994, el Papa San Juan Pablo II inicia la IX Jornada Mundial de la Juventud.

HOMILÍA pronunciada en la Misa.

1. «Gritarán las piedras» (*Lc 19, 40*).

Vosotros, los jóvenes, sabéis que las piedras gritan. Son mudas, pero tienen una elocuencia particular, su grito. Cualquiera que se encuentre en las cumbres de los montes, por ejemplo en las de los Alpes o el Himalaya, lo percibe. *La elocuencia, el grito de esos imponentes macizos es emocionante y hace que el hombre caiga de rodillas*, lo impulsa a volver a entrar en sí mismo y a dirigirse al Creador invisible. Esas piedras mudas hablan. Vosotros, los jóvenes, lo sabéis mejor que los demás, porque exploráis su misteriosa elocuencia realizando excursiones a las montañas más altas, a fin de realizar un esfuerzo que os sirva para emplear vuestras energías jóvenes.

Vosotros lo sabéis y por eso Cristo dice de vosotros: «Si éstos callan, gritarán las piedras» (*Lc 19, 40*). Lo dice en el momento de su entrada mesiánica en Jerusalén, mientras algunos fariseos trataban de hacer que callara a esos jóvenes que gritaban: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» (*Mc 11, 9*). Cristo respondió: «Si éstos callan, gritarán las piedras». *Con esas palabras, amadísimos jóvenes, Jesús os ha lanzado un desafío. Y vosotros lo habéis aceptado*. Se trata de un desafío que se renueva, desde hace diez años, con ocasión del domingo de Ramos, en el que vosotros, los jóvenes, os reunís en La plaza de San Pedro para repetir: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!».

Nuestro *encuentro de 1984, en esta misma plaza, suscitó la idea de la Jornada mundial de la juventud*. Hoy, por décima vez, esa idea se hace realidad. Este año habéis llegado aquí también vosotros, amigos americanos, *desde Denver*, para traer la cruz peregrina y entregarla a vuestros *coetáneos de Filipinas*, donde, Dios mediante, en enero del año próximo, se celebrará el nuevo encuentro mundial de los jóvenes: *Manila 1995*.

2. «Gritarán las piedras». La piedra encierra una gran energía. En ella se manifiestan *las fuerzas de la naturaleza*, que elevan la corteza

terrestre, formando cadenas de altas montañas. La piedra puede constituir una fuerza amenazadora. Pero, además de las rocas de las montañas, en las que se revela el misterio de la creación, hay también piedras que sirven al hombre para *las obras de su talento*. Basta pensar en todos los templos del mundo, en las catedrales góticas, en las obras del Renacimiento, como esta basílica de San Pedro, o en ciertos edificios sagrados del lejano Oriente.

Hoy, sin embargo, os invito a visitar espiritualmente un templo específico: *el templo del Dios de la alianza en Jerusalén*. De él sólo ha quedado un pequeño fragmento, llamado Muro de las Lamentaciones, porque junto a sus piedras se reúnen los hijos de Israel, recordando la grandeza del antiguo santuario, en el que Dios habitó y que fue objeto de un sano orgullo por parte de todo Israel. Fue arrasado en el año 70 después de Cristo. Por eso, hoy, ese Muro de las Lamentaciones es tan elocuente para los hijos de Israel, y también para nosotros, porque sabemos que en ese templo Dios estableció realmente su morada, y el espacio vacío del Santo de los santos guardaba en su interior las tablas del Decálogo, que el Señor confió a Moisés en el Sinaí. Ese lugar santísimo estaba separado del resto del templo por un velo, que en el momento de la muerte de Cristo se rasgó de arriba abajo: signo conmovedor de la presencia del Dios de la alianza en medio de su pueblo.

Así pues, subamos a Jerusalén, donde el Hijo del hombre será entregado a la muerte y crucificado, para resucitar al tercer día. La fiesta de hoy, domingo de Ramos, nos recuerda y hace presente la entrada de Jesús en Jerusalén, cuando *los hijos e hijas de Israel proclamaron la gloria de Dios, saludando «al que viene en nombre del Señor»*: «¡Hosanna al Hijo de David!».

3. *«Si éstos callan, gritarán las piedras»*. En realidad, los jóvenes no callan. Contemplamos con asombro cómo gritan. No dejan que hablen sólo las piedras; no permiten que los templos del Dios vivo se conviertan en frías piezas de museo. Hablan a voz en grito. Hablan en los diversos lugares de la tierra, y su voz se ha de oír. Así sucede que, *gracias a su testimonio, los jóvenes discípulos de Jesús son para muchos una sorpresa*.

Eso aconteció precisamente el año pasado en *Denver*, Colorado, donde, con ocasión de una reunión tan numerosa de jóvenes de todo el mundo, se preveían excesos juveniles, o incluso casos de violencia y atropello, con lo que se hubiera dado más bien un antitestimonio. Se

calculaba que eso iba a suceder, y por eso se tomaron las debidas precauciones. Para vosotros, queridos amigos, fue un desafío. Y lo aceptasteis y respondisteis con vuestro testimonio. Un testimonio vivo, con el que *habéis destruido los tópicos* según los cuales se os quería ver y juzgar. Habéis manifestado lo que de verdad sois y deseáis. Y vuestra voz ha resonado en la metrópoli americana que está al pie de las Montañas Rocosas, de forma que tanto las cumbres de esas montañas como las gigantescas construcciones modernas debieron de asombrarse al oíros y veros como sois de verdad.

4. Por eso, amadísimos jóvenes no os sorprenda que, después de las experiencias de Buenos Aires, Santiago de Compostela, Jasna Góra y Denver, hoy quiera hablaros con el mensaje que Cristo dejó a los Apóstoles en su misterio pascual. *Estamos entrando en la Semana Santa*. Iremos a Jerusalén, al cenáculo del Jueves Santo; subiremos al Gólgota; nos detendremos ante el sepulcro, en el silencio de la Vigilia pascual; y luego volveremos de nuevo al cenáculo para encontrarnos con el Resucitado, que nos repetirá lo que dijo a los Apóstoles, alegres por su presencia: «*Como el Padre me envió, también yo os envió*» (Jn 20, 21).

«Los discípulos se alegraron de ver al Señor» (Jn 20, 20), escribe el evangelista Juan. También vosotros os alegraréis viéndolo entre vosotros vivo, vencedor sobre la muerte, que no pudo triunfar sobre él. Os alegraréis oyendo las palabras que os dirigirá. Os alegraréis porque se fía de vosotros, porque tiene tanta confianza en vosotros que os dice, por medio de vuestros pastores: «Como el Padre me envió, también yo os envió». *Vosotros esperáis que os envíe*, que os confíe su Evangelio, que os encomiende la salvación del mundo. Vuestros corazones jóvenes esperan oír del Redentor precisamente esas palabras.

El hombre debe tener la conciencia de ser enviado. Así lo dije el jueves pasado a los jóvenes de Roma. Sin esa conciencia, la vida humana se hace roma y polvorienta. *Ser enviado quiere decir tener una tarea por desempeñar*, una tarea comprometedora. Ser enviado quiere decir abrir los caminos a un bien grande, esperado por todos. Ser enviado quiere decir *estar al servicio de una causa suprema*.

Vosotros, los jóvenes, esperáis precisamente eso. Cristo desea encontrarse con vosotros y comprometeros en la gran misión que el Padre le confió. Es una misión que sigue viva y actual en el mundo, pero aún incompleta, siempre por realizar hasta el último día.

«*Ven conmigo a salvar al mundo, ya estamos en el siglo veinte*»:

así cantaban en Polonia los jóvenes, en los tiempos tan difíciles de la lucha por la verdad y la vida, que es Cristo, y por el camino que él señala (cf. Jn 14, 6). Hoy, mientras este siglo veinte se acerca a su fin, debemos pensar en el futuro, en el siglo veintiuno, en el tercer milenio. Este futuro os pertenece a vosotros. El futuro os pertenece. Sois los hombres y las mujeres del mañana. Y Cristo es «el mismo ayer, hoy y siempre» (Hb 13, 8). Decid a todos vuestros coetáneos que él los espera y que únicamente él tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6, 68). Decidlo a todos vuestros coetáneos.

Amén.

ÁNGELUS

1. Amadísimos jóvenes realizamos hoy un gesto que con el paso de los años, va cobrando cada vez mayor valor simbólico: *la cruz peregrina* pasa de mano en mano, de hombro en hombro. *Los jóvenes americanos de Denver*, donde se celebró el memorable encuentro del pasado agosto, entregan hoy la cruz *a sus hermanos asiáticos procedentes de Manila*, capital de Filipinas, donde en enero de 1995 tendrá lugar el próximo encuentro mundial. Queridos amigos, sabéis reconocer en la cruz el *signo de la esperanza* que no defrauda. Habéis comprendido que no hay que avergonzarse; sino que, al contrario, es preciso gloriarse de la cruz, que es un testimonio de la *pasión de Dios por el hombre*, y la prueba irrefutable de su amor. Decid a todos que, precisamente por esto, la cruz infunde en quien la acepta una alegría nueva y auténtica: la alegría de la victoria sobre el mal y sobre la muerte.

2. *(En inglés)* Se encuentran hoy aquí jóvenes provenientes de Denver y de otras partes de Estados Unidos, que acaban de entregar la cruz peregrina de la Jornada mundial de la juventud a sus coetáneos de Filipinas. Al aproximarse el tercer milenio, la cruz de Cristo, llevada a hombros por los jóvenes, parte hacia el gran continente asiático. *Debemos prepararnos para Manila*; ante todo, espiritualmente, mediante un compromiso cada vez más generoso para hacer que el Evangelio de Cristo se haga presente en la sociedad: en la familia, en el mundo de la escuela del trabajo y del ocio en todas nuestras relaciones con los demás. Estamos invitados a Manila para meditar en las palabras de Cristo a sus discípulos: *«Como el Padre me envió también yo os envío»* (Jn 20, 21). Ser enviado quiere decir ir en el nombre de quien nos envía: ir con nuestra confianza puesta totalmente en Él.

3. *(En español)* Saludo cordialmente a los jóvenes y a las jóvenes de lengua española aquí presentes. Invito a todos vosotros y a vuestros coetáneos al encuentro del próximo año en Manila Filipinas, a donde la luz del Evangelio llegó gracias a la fe heroica de intrépidos misioneros, que hicieron posible la presencia pujante del cristianismo en el Extremo Oriente.

4. *(En francés)* La próxima Jornada mundial de la juventud pretende recordar a todos los cristianos, y en particular a los jóvenes, la necesidad de un compromiso misionero audaz. Queridos jóvenes, Cristo tiene necesidad de vosotros para anunciar el Evangelio al mundo. Vuestros hermanos esperan conocer, por medio de vosotros, al Señor que da la vida.

5. *(En alemán)* Os invito muy cordialmente, queridos jóvenes, a Manila. Existe una persona que puede enseñarnos a llevar la cruz de Cristo con amor y ésta es su Madre, María. María fue una mujer joven, llena de amor a la vida. A diferencia de los Apóstoles, no se avergonzó nunca del sufrimiento de su Hijo, porque reconoció el amor del Padre, del que Jesús vino y al que Jesús volvió.

(En polaco) Saludo a los grupos de jóvenes que han venido de Polonia. Todos recordamos Jasna Góra en 1991 año decisivo para Europa. Precisamente allí se dieron cita los jóvenes del Este y del Oeste de todo el mundo. Allí cantamos este inolvidable canto del Padre. No olvidemos este canto, esta verdad, esta gran tradición juvenil en la patria y en todo el este de Europa.

6. *(En italiano)* En este Año de la familia, encomendemos a la Virgen santísima, de modo especial, a los matrimonios jóvenes, sobre cuyos hombros a menudo recaen cargas muy pesadas a causa de las dificultades económicas, de la falta de casa y del desempleo. A ejemplo de Cristo, esforcémonos por no dejar solas a las personas que están atravesando dificultades. Hagamos de esta Jornada, sobre todo, una fiesta de solidaridad, de ayuda recíproca y de esperanza.

La Cruz partió hacia Filipinas donde emprendió una larga peregrinación por 79 diócesis del país, trasladándose en barco, llevada a cuestras por los jóvenes y con cualquier medio de transporte disponible.

X JMJ MANILA, 10 A 15 DE ENERO DE 1995

TEMA: "COMO ME ENVIÓ EL PADRE, ASÍ OS ENVIÓ YO" (Jn 20, 21)

En enero de 1995 se desarrolló un nuevo Encuentro Mundial de Jóvenes con el Papa en Manila, con ocasión de la X Jornada Mundial de la Juventud, a la que asistieron cinco millones de jóvenes, con el mismo tema de la Jornada anterior "*Como me envió el Padre, así os envió yo*" (Jn 20, 21). La Cruz fue llevada a la ciudad algunos días antes.

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el 21 de noviembre de 1993, Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo, para la IX y X JMJ:

Amadísimos jóvenes:

1. "La paz con vosotros" (Jn 20, 19). Es el saludo, lleno de significado, con que el Señor resucitado se presenta a sus discípulos, temerosos y desconcertados después de su pasión.

Con la misma intensidad y profundidad de sentimientos me dirijo ahora a vosotros, mientras nos preparamos para celebrar la IX y la X Jornada mundial de la juventud, que tendrán lugar, como es ya feliz costumbre, el domingo de Ramos de 1994 y 1995, mientras que el gran encuentro internacional que reúne a jóvenes de todo el mundo en torno al Papa se celebrará en Manila, capital de Filipinas, en enero de 1995.

En los anteriores encuentros que han marcado nuestro itinerario de reflexión y oración, como los discípulos, hemos tenido la posibilidad de *ver* –que significa también creer y conocer, casi *tocar* (cf. *1 Jn 1, 1*)– al Señor resucitado.

Lo *vimos* y acogimos como maestro y amigo en Roma en 1984 y 1985, cuando emprendimos la peregrinación desde el centro y corazón de la catolicidad para dar razón de nuestra esperanza (cf. *1 P 3, 15*), llevando su cruz por los caminos del mundo. Le pedimos con insistencia que permaneciera con nosotros en nuestro camino diario.

Lo *vimos* en Buenos Aires en 1987 cuando, junto con los jóvenes de todos los continentes, y en especial de América Latina, “conocimos el amor que Dios nos tiene, y creímos en él” (*Jn* 4, 16) y proclamamos que su revelación, como un sol que ilumina y calienta, alimenta la esperanza y renueva la alegría del trabajo misionero para construir la civilización del amor.

Lo *vimos* en Santiago de Compostela en 1989, donde descubrimos su rostro y lo reconocimos como *camino, verdad y vida* (cf. *Jn* 14, 6), meditando con el apóstol Santiago en las antiguas raíces cristianas de Europa.

Lo *vimos* en 1991 en Czestochowa, cuando, una vez derribadas las barreras, todos juntos, jóvenes del Este y del Oeste, bajo la mirada amorosa de nuestra Madre celestial, proclamamos la paternidad de Dios por medio del Espíritu y nos reconocimos, en él, como hermanos: “Recibisteis un espíritu de hijos” (*Rm* 8, 15).

Lo *vimos* más recientemente en Denver, en el centro de Estados Unidos de América, donde lo tratamos de descubrir en el rostro del hombre contemporáneo, en un marco muy diferente al de las etapas anteriores, pero no menos exaltante por la profundidad de su contenido, experimentando y gustando el don de la vida en abundancia: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (*Jn* 10, 10).

Mientras conservamos en los ojos y en el corazón el espectáculo maravilloso e inolvidable de ese gran encuentro entre las Montañas Rocosas, reanudamos nuestra peregrinación, teniendo como próxima etapa Manila, en el vasto continente asiático, encrucijada de la X Jornada Mundial de la Juventud.

El anhelo de *ver al Señor* anida siempre en el corazón del hombre (cf. *Jn* 12, 21) y lo impulsa sin cesar a buscar su rostro. También nosotros, al ponernos en camino, manifestamos esa nostalgia y, con el peregrino de Sion, repetimos: “Tu rostro busco, Señor” (*Sal* 27, 8).

El Hijo de Dios sale a nuestro encuentro, nos acoge, se nos manifiesta y nos repite lo mismo que dijo a sus discípulos la tarde de Pascua: “Como el Padre me envió, también yo os envío” (*Jn* 20, 21).

Una vez más, quien convoca a los jóvenes de todo el mundo es Jesucristo, centro de nuestra vida, raíz de nuestra fe, razón de nuestra esperanza y manantial de nuestra caridad. Llamados por él, los jóvenes de todos los rincones del planeta se interrogan acerca de su propio compromiso en favor de la *nueva evangelización*, para continuar la misión confiada a los Apóstoles y en la que todo cristiano, en virtud de su bautismo y de su pertenencia a la comunidad eclesial, está llamado a participar.

2. La vocación y el compromiso misionero de la Iglesia brotan del misterio central de nuestra fe: la Pascua. En efecto, “al atardecer de aquel día”, se presentó Jesús en medio de los discípulos, atrincherados tras las puertas cerradas “por miedo a los judíos” (*Jn 20, 19*).

Después de haber manifestado su amor sin límites abrazando la cruz y ofreciéndose en sacrificio de redención por todos los hombres —él mismo había dicho: “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (*Jn 15, 13*)—, el Maestro divino vuelve a los suyos, a los que había amado más intensamente y con los que había pasado su vida terrena.

Es un encuentro extraordinario, en el que sus corazones se sienten felices por tener nuevamente presente a Cristo, después de los acontecimientos de su trágica pasión y de su gloriosa resurrección. “Los discípulos se alegraron de ver al Señor” (*Jn 20, 20*).

Encontrarse con él inmediatamente después de su resurrección, significó para los Apóstoles comprobar que su mensaje no era falso, que sus promesas no habían quedado escritas en la arena. Él, vivo y resplandeciente de gloria, constituye la prueba del amor todopoderoso de Dios, que cambia radicalmente el curso de la historia y de nuestra existencia.

El encuentro con Jesús es, por tanto, un acontecimiento que da sentido a la existencia del hombre y la trastorna, abriendo el alma a horizontes de auténtica libertad.

También nuestro tiempo se coloca *después de la Resurrección*. Es “el tiempo favorable”, “el día de la salvación” (*2 Co 6, 2*).

El Resucitado vuelve a nosotros con la plenitud de la alegría y con una sobreabundante riqueza de vida. La esperanza se convierte en certeza, porque, si él ha vencido a la muerte, también nosotros podemos esperar triunfar un día en la plenitud de los tiempos, contemplando de modo definitivo a Dios.

3. Pero el encuentro con el Señor resucitado no refleja sólo un momento de alegría individual. Es, más bien, una ocasión en que se manifiesta en toda su amplitud la llamada que ha recibido todo ser humano. Fuertes en la fe en Cristo resucitado, estamos todos invitados a abrir de par en par las puertas de la vida, sin miedos ni titubeos, para acoger la Palabra, que es camino, verdad y vida (cf. *Jn 14, 6*), y proclamarla valientemente al mundo entero.

La salvación, que se nos ha ofrecido, es un don que no se puede tener celosamente escondido. Es como la luz del sol, que por su misma naturaleza disipa las tinieblas; es como el agua de un manantial limpio, que brota incontenible del centro de la roca.

“Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único” (*Jn 3, 16*). Jesús, enviado por el Padre a la humanidad, da a todo creyente la plenitud de la vida (cf. *Jn 10, 10*), como meditamos y proclamamos con ocasión de la reciente Jornada de Denver.

Su Evangelio debe hacerse *comunicación* y misión. La vocación misionera compromete a todo cristiano, se convierte en la esencia misma de todo testimonio de fe concreto y vital. Se trata de una misión que brota del proyecto del Padre, designio de amor y de salvación que se realiza con la fuerza del Espíritu, sin el cual cualquier iniciativa apostólica nuestra está destinada al fracaso. Precisamente para que sus discípulos puedan realizar esa misión, Jesús les dice: “Recibid el Espíritu Santo” (*Jn 20, 22*). Así transmite a la Iglesia su misma misión salvífica, para que el misterio pascual siga llegando a todo hombre, en todo tiempo, en cualquier latitud del planeta.

Sobre todo vosotros, los jóvenes, estáis llamados a convertirlos en misioneros de esta nueva evangelización, dando a diario testimonio de la Palabra que salva.

4. Vosotros experimentáis personalmente las inquietudes de esta época de la historia, rica de esperanzas e incertidumbres, en la que a veces es fácil perder el camino que lleva al encuentro con Cristo.

Numerosas son, en efecto, las tentaciones de nuestros días, las seducciones que pretenden apagar la voz divina que resuena dentro del corazón de cada persona.

La Iglesia se presenta al hombre de nuestro siglo, a todos vosotros, queridos jóvenes que sentís hambre y sed de verdad, como compañera de viaje. Os ofrece el eterno mensaje evangélico y os confía una tarea apostólica exaltante: ser los protagonistas de la nueva evangelización.

Fiel guardiana e intérprete del patrimonio de fe que Cristo le transmitió, desea dialogar con las nuevas generaciones; quiere responder a sus necesidades y expectativas para buscar, en un diálogo franco y abierto, los sentimientos más oportunos para llegar a los manantiales de la salvación divina.

La Iglesia confía a los jóvenes la tarea de proclamar al mundo la alegría que brota de haberse encontrado con Cristo. Queridos amigos,

dejaos seducir por Cristo; aceptad su invitación y seguidlo. Id y anunciad la buena nueva que redime (cf. *Mt* 28, 19); hacedlo con la felicidad en el corazón y convertíos en *comunicadores de esperanza* en un mundo que a menudo sufre la tentación de la desesperación, *comunicadores de fe* en una sociedad que a veces parece resignarse a la incredulidad; y *comunicadores de amor* en medio de los acontecimientos diarios, con frecuencia marcados por la lógica del egoísmo más desenfrenado.

5. Para poder imitar a los discípulos que, impulsados por el sople del Espíritu, proclamaron sin titubeos su fe en el Redentor que ama a todos y quiere que todos se salven (cf. *Hch* 2, 22-24. 32-36), es preciso convertirse en hombre nuevos, renunciando al hombre viejo que llevamos dentro y dejándonos renovar a fondo por la fuerza del Espíritu del Señor.

Cada uno de vosotros es enviado al mundo, especialmente a vuestros propios coetáneos, a comunicarles, con el testimonio de vuestra vida y vuestras obras, el mensaje evangélico de la reconciliación y la paz: “En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!” (*2 Co* 5, 20).

Esta reconciliación es, ante todo, el destino individual de todo cristiano que encuentra y renueva continuamente su propia identidad de discípulo del Hijo de Dios en la oración y en la participación en los sacramentos, especialmente en los de la penitencia y la Eucaristía.

Pero ése es también el destino de toda la familia humana. Ser hoy misioneros en medio de nuestra sociedad significa utilizar lo mejor posible los medios de comunicación para esa tarea religiosa y pastoral.

Si os convertís en ardientes comunicadores de la Palabra que salva y testigos de la alegría de la Pascua, seréis también constructores de paz en un mundo que busca esa paz como una utopía, olvidando a menudo sus raíces profundas. Las raíces de la paz, como bien sabéis, están dentro del corazón de cada uno, si sabe acoger el deseo del Redentor resuscitado: “La paz con vosotros” (*Jn* 20, 19).

Ante la cercanía del tercer milenio cristiano, a vosotros los jóvenes se os ha confiado de manera especial la tarea de convertirlos en comunicadores de esperanza y artífices de paz (cf. *Mt* 5, 9) en un mundo cada vez más necesitado de testigos creíbles y de anunciadores coherentes. Sabed hablar al corazón de vuestros coetáneos que tienen sed de verdad y felicidad, y buscan incesantemente a Dios, aunque a menudo sea de forma inconsciente.

6. Amadísimos jóvenes de todo el mundo, a la vez que con este Mensaje se inaugura oficialmente el camino hacia la IX y la X Jornada mundial de la juventud, deseo renovar mi afectuoso saludo a cada uno de vosotros, y en especial a cuantos viven en Filipinas, pues en 1995 el encuentro mundial de los jóvenes con el Papa se celebrará por primera vez en el continente asiático, rico en tradiciones y cultura. A vosotros, jóvenes de Filipinas, corresponde preparar esta vez una acogida a vuestros numerosos amigos del mundo entero. Esa Iglesia joven de Asia está llamada de manera especial a dar, en la cita de Manila, un testimonio vivo y ferviente de fe. Espero que sepa aceptar este don que Cristo mismo le va a ofrecer.

A todos vosotros, jóvenes del mundo entero, os dirijo la invitación a poneros espiritualmente en camino hacia las próximas Jornadas mundiales. Acompañados y guiados por vuestros pastores, dentro de las parroquias y las diócesis, en las asociaciones, movimientos y grupos eclesiales, preparaos para aceptar las semillas de santidad y de gracia que el Señor de seguro os concederá con gran abundancia.

Espero que la celebración de estas Jornadas sea para todos vosotros ocasión privilegiada de formación y de crecimiento en el conocimiento personal y comunitario de Cristo; que os impulse interiormente a consagraros en la Iglesia al servicio de vuestros hermanos para construir la civilización del amor.

Encomiendo a María, la Virgen presente en el cenáculo, la Madre de la Iglesia (cf. *Hch* 1, 14), la preparación y el desarrollo de las próximas Jornadas mundiales: que ella nos comunique el secreto de cómo acoger a su Hijo en nuestra vida para hacer lo que él nos diga (cf. *Jn* 2, 5).

Os acompañe mi cordial y paterna bendición.

DISCURSO en la Ceremonia de Bienvenida, el jueves, 12 de enero de 1995.

1. Le agradezco, señor presidente, sus amables palabras de bienvenida, llenas del afecto y la hospitalidad con que los filipinos tradicionalmente acogen a sus huéspedes. Aprecio mucho todo lo que usted y su Gobierno han realizado para hacer posible esta visita.

Durante largo tiempo he anhelado volver una vez más a tierra filipina. Sus habitantes se hallan siempre presentes en mi mente y en mi corazón, y quiero acercarme a todos y cada uno para abrazarlos con estima y afecto. En efecto, ya somos viejos amigos, desde mi

visita el año 1981, para la beatificación del beato Lorenzo Ruiz, ahora san Lorenzo Ruiz.

2. Mis hermanos en el episcopado los cardenales Sin y Vidal, así como todos los obispos, a quienes con gusto saludo en el Señor, han manifestado muchas veces el deseo de que el Sucesor de Pedro compartiera la alegría de los católicos filipinos en el *IV Centenario de las archidiócesis de Manila, Cebú, Cáceres y Nueva Segovia*. Estoy aquí para celebrar con la comunidad católica de Filipinas *cuatrocientos años de presencia y de acción organizada y jerárquica de la Iglesia en estas islas*. Esa primera evangelización ha producido frutos duraderos de vida cristiana y santidad, de acción civilizadora, de transmisión, sobre todo a través de una sólida vida familiar de valores humanos y civiles fundamentales. En los umbrales del tercer milenio cristiano, todos deberíamos estar convencidos de que estos frutos pueden aumentar aun con la acción concertada de todos los sectores de la sociedad, con la construcción de una nación que camine de modo resuelto por el sendero del desarrollo auténtico e integral, y que se comprometa totalmente en favor del bienestar de todos sus ciudadanos, especialmente de los más débiles.

3. Mi deseo de celebrar la X Jornada mundial de la juventud *en Manila, en Filipinas, en Asia*, me ha proporcionado alegría y aliento. El Espíritu de Dios ha traído aquí a millares de jóvenes, chicos y chicas, que llenan ahora las calles de Manila con la alegría de su juventud y su testimonio cristiano. Un buen grupo se halla aquí presente. Os saludo a cada uno: abrazo con afecto a cada uno de los jóvenes aquí presentes, a toda la juventud de Filipinas, y a todos los que han venido de otros países y continentes.

En Denver, durante la última Jornada mundial de la juventud celebrada fuera de Roma, meditamos en la vida nueva que nos da Jesucristo: «*He venido –dijo– para que tengan vida y la tengan en abundancia*» (Jn 10 10). Ahora, aquí en Manila, nos hemos reunido para escuchar que nos dice: «*Como el Padre me envió, también yo os envío*» (Jn 20, 21). A lo largo de estos días reflexionaremos y meditaremos en lo que significan esas palabras para cada uno de vosotros, para los jóvenes del fin del siglo XX, los jóvenes del tercer milenio cristiano.

4. A todos los jóvenes filipinos, a todos los que se hallan reunidos para la Jornada mundial de la juventud, dirijo esta invitación: mirad al mundo que os rodea como lo hacía Jesús. El evangelio dice que él, al ver a la muchedumbre, «sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor» (*Mt* 9, 36). La buena nueva del amor y la misericordia de Dios –la palabra de verdad, justicia y paz; la única que puede inspirar una vida digna de hijos e hijas de Dios–, ha de ser proclamada hasta los confines de la tierra. La Iglesia y el mundo esperan de los jóvenes una nueva luz, un nuevo amor, un nuevo compromiso para responder a las grandes necesidades de la humanidad.

Los jóvenes reunidos en Manila para la Jornada mundial de la juventud lo saben. La Iglesia en Filipinas sabe que tiene una vocación especial a dar testimonio del Evangelio en el corazón de Asia. Guiados por la divina Providencia, vuestro destino histórico consiste en construir la *civilización del amor*, de la fraternidad y la solidaridad, una civilización que se inserte perfectamente entre las antiguas culturas y tradiciones de todo el continente asiático.

5. Señor presidente; miembros del Gobierno y distinguidos representantes del pueblo filipino: la Iglesia y la comunidad política actúan en diversos niveles y son independientes una de otra, pero ambas están al servicio de las mismas personas (cf. *Gaudium et spes*, 76). Dentro de ese servicio existe un amplio espacio para el diálogo, la cooperación y la ayuda mutua. Tenéis un modelo muy válido y típicamente filipino de colaboración para el desarrollo en el *Pacto social* firmado en marzo de 1993. Pido al Señor para que la *nueva solidaridad* acordada en ese *pacto social* tenga éxito, para el bien del pueblo filipino, y para orgullo y gloria de la nación como faro de paz y armonía en Asia.

6. Señores cardenales Sin y Vidal; hermanos en el episcopado; hermanos y hermanas en Cristo, quiero celebrar con vosotros en la fe las grandes obras realizadas en la Iglesia y por la Iglesia en estas islas durante los últimos cuatro siglos. Oraremos juntos para que Dios siga protegiendo y guiando a su pueblo peregrino en Filipinas.

Dios bendiga a Filipinas.

HOMILÍA pronunciada en la Misa para los Delegados del Foro de los Jóvenes, el viernes, 13 de enero de 1995.

«*Maestro bueno, ¿qué he de hacer para conseguir la vida eterna?»*» (Mc 10, 17).

1. En cierta ocasión, un joven planteó a Jesús esa pregunta. Como respuesta, Jesús le recordó los mandamientos de Dios. Y cuando el joven le dijo que los había guardado desde su infancia, *Jesús lo miró con amor y le dijo*: «Una cosa te falta: anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme» (Mc 10, 21).

«*Ven y sígueme*». La llamada que el Señor dirigió ese día al joven del evangelio resuena también en nuestro tiempo. La Iglesia la repite cuando el Papa, los obispos y todas las personas que trabajan en la pastoral juvenil los invitan a reunirse. Son diversas las ocasiones en que los jóvenes se pueden reunir así: en sus parroquias y diócesis, y, en los últimos diez años, durante *las jornadas mundiales de la juventud*. En Roma, luego en Buenos Aires (Argentina), y sucesivamente en Santiago de Compostela (España), Jasna Góra, Czestochowa (Polonia) y Denver (Estados Unidos). Hoy estamos aquí en Manila, en Filipinas, en Extremo Oriente, en Asia. Aunque se hallan presentes delegaciones procedentes de la mayor parte de los países del mundo, debemos decir que se trata, de modo especial, de la Jornada mundial de la juventud de las Iglesias de Asia y Extremo Oriente.

2. El V *Foro internacional de la juventud*, organizado por el Consejo pontificio para los laicos, cuyo presidente es el cardenal Eduardo Pironio, ha reunido aquí a los delegados de las Conferencias episcopales, así como de movimientos, asociaciones y grupos eclesiales internacionales, para compartir sus experiencias de apostolado en las diversas partes del mundo y para reflexionar en el tema de la Jornada mundial de la juventud.

El tema de este año está expresado con las palabras que Cristo dirigió a los Apóstoles después de la Resurrección: «*Como el Padre me envió, también yo os envío*» (Jn 20, 21). Hace dos mil años estas palabras *pusieron en marcha la misión perenne de la Iglesia de proclamar el Evangelio de la salvación hasta los confines de la tierra*. El Señor Jesús dijo a los Apóstoles: «*Recibid el Espíritu Santo*» (Jn 20, 22), y, por obediencia a esas palabras, comenzó la misión el día de Pentecos-

tés, cuando el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles y esos hombres sencillos recibieron el poder divino que les capacitó para anunciar el Evangelio con valentía, incluso hasta el derramamiento de su sangre.

3. *¿Qué significan esas palabras hoy? ¿Qué significan para vosotros, jóvenes del Foro internacional de la juventud?*

Cuando Jesús dice: «*Como el Padre me envió, también yo os envío*», sus palabras tienen hoy *el mismo* significado que tuvieron inmediatamente después de la Resurrección. Al mismo tiempo, *tienen un significado siempre nuevo*. La Jornada mundial de la juventud, y sobre todo el Foro, tienen como objetivo descubrir ese significado, que es a la vez eterno y actual. De alguna manera, *vuestro cometido consiste en invitar al Espíritu Santo a este cenáculo filipino*, donde las palabras de Jesús pueden transformarse una vez más *en misión, en un envío de apóstoles*.

4. Siempre es Cristo quien envía. *Pero ¿a quién envía?* A vosotros, los jóvenes, os mira con amor. Cristo, que dice *sígueme*, quiere que viváis vuestra vida con un sentido de *vocación*. Quiere que vuestra vida tenga un significado y una dignidad precisos. La mayor parte de vosotros estáis llamados al matrimonio y a la vida familiar, pero algunos recibirán la vocación al sacerdocio o a la vida religiosa.

En efecto, en esta misa se halla presente un grupo representativo de *seminaristas, novicios y religiosos jóvenes*. Saludo a cada uno y os exhorto a responder con decisión a la llamada a un amor total y abnegado al Señor. Son muchas las exigencias del Señor. Os pedirá la plena entrega de todo vuestro ser para difundir el Evangelio y servir a su pueblo. *Pero ¡no tengáis miedo!* Sus exigencias son también la medida del amor personal que os tiene a cada uno.

5. *¿Qué pide Cristo a los jóvenes?* El concilio Vaticano II nos ha ayudado a tomar mayor conciencia del hecho que existen muchos modos de construir la Iglesia. Toda forma de apostolado es válida y fecunda si se realiza *en* la Iglesia, *por* la Iglesia y *para* la Iglesia, el cuerpo místico de Cristo, del que nos habla san Pablo.

La Jornada mundial de la juventud puede brindaros a todos una ocasión para descubrir vuestra llamada, para discernir el camino particular que Cristo os presenta. La búsqueda y el descubrimiento de la voluntad de Dios para vosotros es una experiencia profunda y fascinante. Exige de vosotros la actitud de confianza que manifiestan las pala-

bras del salmo de la liturgia de hoy: «Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha» (*Sal* 15, 1). Al fin de cuentas, toda vocación, todo camino al que Cristo nos llama, lleva a la realización y a la felicidad, pues conduce a Dios, a compartir la misma vida divina.

Veo que el pueblo de Filipinas es alegre. ¿Por qué tiene tanta alegría? Estoy convencido de que es porque ha recibido la buena nueva. Los que han recibido la buena nueva viven alegres y radiantes, y además transmiten esa alegría a los demás. Hoy esa alegría es concedida al Papa, a los cardenales, a los obispos, a los sacerdotes y a todos vosotros. Yo personalmente, y todos nosotros, nos sentimos muy agradecidos con el pueblo filipino por esta alegre hospitalidad.

6. Volviendo al texto, no vaciléis en responder a la llamada del Señor. Del pasaje del libro del Éxodo que hemos leído en esta misa podemos aprender cómo actúa el Señor en toda vocación (cf. *Ex* 3, 1-6. 9-12). En primer lugar, despierta una nueva conciencia de su presencia: la zarza que estaba ardiendo. Cuando comenzamos a mostrar interés, *nos llama por nuestro nombre*. Cuando nuestra respuesta se hace más específica y, como Moisés, decimos: «Heme aquí» (v. 4), se nos revela más claramente a sí mismo y nos manifiesta el amor misericordioso que siente hacia su pueblo necesitado. Poco a poco nos lleva a descubrir el modo práctico en que debemos servirle: «*Yo te envío*». De ordinario, en ese momento hacen su aparición los temores y las vacilaciones, que nos turban y nos hacen más difícil la decisión. Entonces tenemos necesidad de escuchar la garantía del Señor: «*Yo estaré contigo*» (*Ex* 3, 12). Toda vocación es una profunda experiencia personal de la verdad de estas palabras: «*Yo estaré contigo*». Confiero a estas palabras mi convicción personal. Para mí ha sido muy importante escucharlas. «Yo estaré contigo. No tengas miedo».

Así pues, vemos que toda vocación al apostolado nace de la familiaridad con la palabra de Dios e implica el ser enviados a transmitir esa palabra a los demás. Esos *demás* pueden ser personas que ya conocen el lenguaje de la palabra revelada. Pero pueden ser también personas que aún no conocen ese lenguaje, como acontece en el caso de la vocación misionera. Algunos desconocen la palabra de Dios porque *todavía no la han escuchado*. Otros la han *olvidado* y han *abandonado* lo que antes habían escuchado. Cualesquiera que sean las dificultades, el apóstol sabe que no está nunca solo: «*Yo estaré siempre contigo*». Pido

a Dios todos los días para que los jóvenes católicos del mundo entero escuchen la llamada de Cristo, y su respuesta sea lo que dice el salmo responsorial: «El Señor es el lote de mi heredad... Tengo siempre presente al Señor, *con él a mi derecha no vacilaré*» (Sal 15, 5. 8).

7. Los jóvenes del mundo deben afrontar *grandes compromisos*; sobre todo los jóvenes católicos de Filipinas, de Asia y de Extremo Oriente, en los umbrales del tercer milenio. *La mayor tierra de misión del mundo* tiene necesidad de obreros y la Iglesia pide constantemente al Señor de la mies que los envíe, que nos envíe, que os envíe.

Al subir al altar, deseo ofrecer, bajo las especies de pan y vino, junto con los obispos y los sacerdotes presentes hoy aquí, todo lo que vosotros, jóvenes, chicos y chicas, lleváis en vuestro corazón. El pan y el vino, en la Eucaristía, se convertirán en el cuerpo y la sangre de Cristo. Cuando lo recibáis en la sagrada Comunión, tened el valor de escuchar su llamada. Permitidme que os manifieste esta llamada con las palabras de un canto que me enseñaron algunos jóvenes cuando aún me encontraba en mi país: «*Ven conmigo a salvar el mundo, pues estamos ya en el siglo XX*». Ahora, el siglo XX ya se acerca incluso a su fin. Por eso, Cristo dice: «*Ven conmigo al tercer milenio a salvar el mundo*». Espero vivamente saludar a cada uno de vosotros, que habláis lenguas tan diferentes y provenís de tantos países y naciones del mundo. Anhele vivamente veros y salir a vuestro encuentro, apoyándome en este bastón.

«Como el Padre me envió, también yo os envío». Amén.

VIDEOMENSAJE a los jóvenes que participaban en el Vía Crucis.

«Si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito» (Jn 16, 7).

Queridos jóvenes:

1. Estas palabras de Jesús en la última cena nos hablan de su vuelta al Padre. Mientras seguís el vía crucis en el Luneta Park y por las calles de Manila, meditaréis en lo que significa volver al Padre.

Cada uno de nosotros está implicado personalmente. El misterio de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo afecta a toda la historia humana y toca a todo hombre, con el poder de traer la novedad de la vida que todos deseamos cuando aspiramos a la realización y a la felicidad.

2. En el misterio inescrutable del plan de Dios, «el Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros» (Jn 1, 14). Tomó un cuerpo

como el nuestro, nació de la Virgen María... y, por su muerte en la cruz, nos hace volver al Padre a nosotros, hombres rebeldes y pecadores, para que podamos vivir en la esperanza cierta de la resurrección.

También su modo de volver formaba parte del plan del Padre. Lee-mos en el evangelio: «los soldados (...) le colocaron un manto de púrpura; y, trenzando una corona de espinas, se la pusieron sobre su cabeza (...) y, doblando la rodilla delante de él, le hacían burla (...). Cuando se hubieron burlado de él, le quitaron el manto, (...) le llevaron a crucificar-le» (Mt 27, 27-31).

3. Los ejecutores son todos los que obran el mal ante la mirada de Dios. A veces parece incluso que el mal prevalece, y que la gente no puede detenerlo. Los jóvenes preguntan qué se puede hacer ante tanto sufrimiento, ante tanta injusticia, ante tanta violencia y muerte.

Comenzamos a descubrir la respuesta cuando miramos a los demás protagonistas de este drama.

Los evangelios cuentan que a un hombre llamado Simón «le obligaron a llevar su cruz» (Mt 27, 32) y que había algunas mujeres que lo seguían, llorando, a lo largo de todo el camino hasta el lugar de la crucifixión (cf. Mt 27, 55 y par.). La tradición narra que una mujer de nombre Verónica enjugó el rostro de Jesús con un lienzo. El evangelio de san Juan nos dice que «junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena», así como «el discípulo a quien amaba» (Jn 19, 25-26).

Los fieles no abandonaron al Hijo de Dios escondido en el Hijo del hombre que sufría.

También para nosotros, Jesús en la cruz se convierte en la última prueba de nuestra fe y en el juicio de Dios sobre nuestra conducta.

4. La X Jornada mundial de la juventud constituye un día de solidaridad con el pueblo de Ruanda, que sufre. Oprimidos por el terrible mal que se ha abatido sobre ellos, nuestros hermanos y hermanas de Ruanda tienen necesidad de vuestra ayuda material, pero también necesitan apoyo para recuperar el sentido de su dignidad como hijos e hijas del Dios vivo. Que se sientan consolados al saber que estáis haciendo sacrificios por ellos, sacrificios que manifiestan vuestra preocupación real por esos hermanos y hermanas que están lejos, pero a quienes no habéis olvidado.

Cada uno de vosotros está invitado a escuchar las palabras del Señor: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz

cada día, y sígame» (Lc 9, 23): la cruz del rechazar los modos de pensar que contradicen las enseñanzas de Jesús; la cruz de rechazar los deseos y las conductas que no son dignos de los seguidores de Cristo. Estáis invitados a permitir que la gracia transformadora que brota de la cruz de Cristo entre en vuestra vida, especialmente a través de la recepción del sacramento de la penitencia y de la reconciliación. Hay muchos sacerdotes con vosotros, que actuarán como instrumentos del perdón amoroso del Señor en este sacramento.

5. Señor Jesucristo, en la última cena dijiste: «Si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito» (Jn 16, 7). Manda el Espíritu Santo sobre estos jóvenes, para que les enseñe a amar tu cruz y la cruz que le corresponde a cada uno personalmente.

Ayúdales a seguir de cerca tus huellas por el camino que conduce al Calvario, el camino que lleva a la resurrección y, después, a donde estás tú sentado a la diestra del Padre.

Desde allí, Señor, envía el Espíritu Santo al corazón de los jóvenes reunidos en Manila para la X Jornada mundial de la juventud. Que él les ayude a responder con generosidad y sin miedo a tu llamada: «Como el Padre me envió, también yo os envío» (Jn 20, 21). Hazlo para gloria de Dios Padre. Amén.

MEDITACIÓN en la vigilia de oración con los jóvenes, el sábado, 14 de enero de 1995.

I

En el mensaje de la Cruz no existe divisiones, ni rivalidades étnicas, ni discriminaciones sociales

Amados jóvenes de la X Jornada Mundial de la Juventud:

1. Veo que en vuestras preguntas se repite una vez más la escena del evangelio en que un joven pregunta a Jesús: «Maestro bueno, ¿que he de hacer?» (Mc 10, 17). Lo primero que Jesús observó es la actitud que esa pregunta encerraba, la sinceridad de la búsqueda. Jesús entendió que el joven buscaba sinceramente la verdad sobre la vida y sobre su camino personal en la vida.

Esto es importante. La vida es un don que dura cierto período de tiempo, en el que cada uno de nosotros afronta el desafío que implica: el desafío de tener un objetivo, un destino, y luchar por él. Lo contrario sería pasar la vida de modo superficial, «perder» nuestra vida en la trivialidad; no descubrir nunca en nosotros mismos la capacidad del bien y

de la solidaridad real y, por tanto, no descubrir nunca el camino que lleva a la felicidad verdadera. Hay demasiados jóvenes que no se dan cuenta de que de ellos principalmente depende el dar un sentido auténtico a su vida. El misterio de la libertad humana está en el centro de la gran aventura de vivir bien la vida.

2. Es verdad que los jóvenes encuentran hoy dificultades que las generaciones anteriores sólo encontraron en parte y de modo limitado. La debilidad de un gran sector de la vida familiar, la falta de comunicación entre padres e hijos, el aislamiento y la influencia alienante de gran parte de los medios de comunicación social, pueden engendrar en los jóvenes confusión sobre las verdades y los valores que dan un auténtico sentido a la vida.

Falsos maestros –muchos de los cuales pertenecen a una élite intelectual en el mundo de la ciencia, de la cultura y de los medios de comunicación social– presentan un anti-evangelio. Afirman que ya no hay ideales, contribuyendo así a la profunda crisis moral que afecta a la sociedad, una crisis que ha abierto el camino a la tolerancia e incluso a la exaltación de formas de conducta que la conciencia moral y el sentido común antes rechazaban. Cuando les preguntáis: ¿qué he de hacer?, su única certeza es que no existe una verdad definida, un camino seguro. Quieren que seáis como ellos: escépticos dudosos y cínicos. De forma consciente o inconsciente, defienden un enfoque de la vida que ha llevado a millones de jóvenes a una triste soledad, en la que carecen de razones para esperar y son incapaces de sentir un amor verdadero.

3. Me preguntáis qué espero de los jóvenes. En el libro *Cruzando el umbral de la esperanza*, he escrito que «el problema esencial de la juventud es profundamente personal (...). Los jóvenes (...) saben que su vida tiene sentido en la medida en que se hace don gratuito para el prójimo» (p. 132). Por eso, os pregunto personalmente a cada uno: ¿sois capaces de entregaros a vosotros mismos, de entregar vuestro tiempo, vuestras energías, vuestros talentos, por el bien de los demás? ¿Sois capaces de amar? Si lo sois, la Iglesia y la sociedad pueden albergar grandes esperanzas con respecto a cada uno de vosotros.

La vocación a amar, entendida como auténtica apertura a nuestros hermanos los hombres y como solidaridad con ellos, es la más fundamental de todas las vocaciones. Es el origen de todas las vocaciones en

la vida. Es lo que Jesús buscaba en el joven cuando le dijo; «Guarda los mandamientos» (cf. Mc 10, 19). En otras palabras: «Sirve a Dios y a tu prójimo de acuerdo con todas las exigencias de un corazón fiel y recto». Y cuando el joven aseguró que ya estaba siguiendo ese camino, Jesús lo invitó a un amor más grande: «Déjalo todo y sígueme: deja todo lo que se refiere sólo a ti mismo y colabora conmigo en la inmensa misión de salvar el mundo» (cf. v. 21). A lo largo del camino de la existencia de cada persona el Señor tiene para cada uno algo que hacer.

«Como el Padre me envió, también yo os envío» (Jn 20, 21). Estas son las palabras que Jesús dirigió a los Apóstoles después de su resurrección. Y esas mismas palabras son el tema de nuestra reflexión durante esta X Jornada mundial de la juventud. Hoy la Iglesia y el Papa os dirigen esas mismas palabras a vosotros, los jóvenes de Filipinas, los jóvenes de Asia y Oceanía, los jóvenes del mundo.

4. Dos mil años de cristianismo ponen de manifiesto que esas palabras han sido admirablemente eficaces. La pequeña comunidad de los primeros discípulos, como una pequeña semilla de mostaza, ha crecido hasta convertirse en un árbol inmenso (cf. Mt 13, 31-32). Este gran árbol, con sus diversas ramas, abraza todos los continentes, todos los países del mundo, la mayor parte de los cuales están aquí representados por sus delegados. Amados jóvenes filipinos: en ese árbol vuestro país es una rama especialmente fuerte y sana, que se extiende hacia todo el vasto continente asiático. A la sombra de este árbol, a la sombra de sus ramas y de sus hojas, los pueblos del mundo pueden encontrar descanso. Pueden reunirse bajo su sombra acogedora para descubrir, como habéis hecho aquí durante la Jornada mundial de la juventud, la maravillosa verdad que está en el centro de nuestra fe: que el Verbo eterno, de la misma naturaleza del Padre, y por el cual todo ha sido creado, se hizo carne y nació de la Virgen María. Vino a acampar entre nosotros. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y de su plenitud hemos recibido todos gracia por gracia (cf. prólogo del evangelio de san Juan).

Mediante la oración y la meditación, la vigilia de esta tarde quiere ayudaros a comprender más claramente lo que significa para vuestra vida la extraordinaria «buena nueva» de la salvación por Jesucristo. La buena nueva es para todos y cada uno. Por eso, la Jornada mundial de la juventud se celebra en lugares diversos.

5. El domingo de Ramos del año pasado, en la plaza de San Pedro, en Roma, los jóvenes católicos de Estados Unidos entregaron a los representantes de la Iglesia de Filipinas la cruz de la Jornada mundial de la juventud. La cruz peregrina pasa de un continente a otro, y los jóvenes de todas partes se reúnen para experimentar juntos el hecho de que Jesucristo es el mismo para todos, y su mensaje es siempre el mismo. En él no existen divisiones, ni rivalidades étnicas, ni discriminación social. Todos son hermanos y hermanas en la única familia de Dios.

Este es el comienzo de una respuesta a vuestra pregunta sobre lo que la Iglesia y el Papa esperan de los jóvenes de la X Jornada mundial de la juventud. Más tarde proseguiremos nuestra meditación sobre las palabras de Jesús: Como el Padre me envió, también yo os envío y sobre su significado para los jóvenes del mundo.

II

La resurrección de Jesucristo es la clave para comprender la historia del mundo y del hombre

6. vuestras preguntas ahora se refieren a la persona y a la obra de Jesucristo, nuestro redentor. Percibís el misterio de su persona, que os lleva a conocerlo mejor. Veis que sus palabras han impulsado a sus discípulos a salir a predicar el Evangelio a todos los pueblos, poniendo en marcha así una misión que continúa aún hoy y que ha llevado a la Iglesia a todos los rincones del mundo. Queréis estar seguros de que, si lo seguís, no quedaréis frustrados o defraudados.

En otras palabras, ¿cómo podemos explicar el efecto extraordinario de su vida y la eficacia de sus palabras? ¿De dónde vienen su poder y su autoridad?

7. Una lectura atenta del evangelio de san Juan nos ayudará a encontrar una respuesta a nuestra pregunta.

Vemos cómo Jesús, a pesar de las puertas cerradas, entra en la habitación donde los discípulos están reunidos (cf. Jn 20, 26). Les muestra sus manos y su costado. ¿Qué indican estas manos y este costado? Son los signos de la pasión y de la muerte del Redentor en la cruz. El viernes santo estas manos fueron traspasadas por los clavos, al levantar su cuerpo en la cruz, entre el cielo y la tierra. Y cuando la agonía había llegado a su fin, el centurión romano traspasó también su costado con la lanza, para asegurarse de que ya no vivía (cf. Jn 19, 34). Inmediatamente bro-

taron sangre y agua, como una prueba patente de su muerte. Jesús había muerto realmente. Murió y fue colocado en el sepulcro, como era costumbre sepultar entre los judíos. José de Arimatea le cedió la tumba familiar, que poseía cerca del sitio. Allí yació Jesús hasta la mañana de Pascua. Ese día, de mañana, algunas mujeres vinieron de Jerusalén para ungir el cuerpo inerte. Pero encontraron que la tumba estaba vacía. Jesús había resucitado.

Jesús resucitado se apareció a los Apóstoles en la sala donde se hallaban reunidos. Y, para probarles que era la misma persona que habían conocido siempre, les muestra sus heridas: sus manos y su costado. Son las huellas de su pasión y su muerte redentoras, la fuente de su fuerza que les trasmite. Les dice: «Como el Padre me envió, también yo os envío... Recibid el Espíritu Santo» (Jn 20, 2 1-22).

8. La resurrección de Jesucristo es la clave para comprender la historia del mundo, la historia de toda la creación, y es la clave para comprender de manera especial la historia del hombre. El hombre, al igual que toda la creación, está sometido a la ley de la muerte. Leemos en la carta a los Hebreos: «Está establecido que los hombres mueran» (Hb 9, 27). Pero gracias a lo que realizó Jesucristo, esa ley quedó sometida a otra ley: a la ley de la vida. Gracias a la resurrección de Cristo, el hombre ya no existe solamente para la muerte, sino que existe para la vida que se ha de revelar en nosotros. Es la vida que Cristo ha traído al mundo (cf. Jn 1, 4). De aquí la importancia del nacimiento de Jesús en Belén, que acabamos de celebrar en Navidad. Por este motivo, la Iglesia se prepara para el gran jubileo del año 2000. La vida humana que en Belén se reveló a los pastores y a los magos llegados de oriente en una noche estrellada, mostró su carácter indestructible el día de la Resurrección. Existe un vínculo profundo entre la noche de Belén y el día de la Resurrección.

9. La victoria de la vida sobre la muerte es lo que todo hombre desea. Todas las religiones, especialmente las grandes tradiciones religiosas que siguen la mayor parte de los pueblos de Asia, dan testimonio de cuán profundamente está inscrita en la conciencia religiosa del hombre la verdad sobre nuestra inmortalidad. La búsqueda humana de la vida después de la muerte encuentra cumplimiento definitivo en la resurrección de Cristo. Porque el Cristo resucitado es la demostración de la respuesta de Dios a este profundo anhelo del espíritu humano, la Iglesia profesa: «Es-

pero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro» (Credo de los Apóstoles). El Cristo resucitado asegura a los hombres y a las mujeres de toda época que están llamados a una vida que traspasa el confin de la muerte.

La resurrección del cuerpo es más que la mera inmortalidad del alma. Toda la persona, cuerpo y alma, está destinada a la vida eterna. Y la vida eterna es la vida en Dios. No la vida en el mundo que, como dice san Pablo, está «sometida a la caducidad» (Rm 8, 20). Por ser una criatura en el mundo, el hombre está sujeto a la muerte, precisamente como cualquier otra criatura. La inmortalidad de toda la persona puede venir sólo como un don de Dios. Y, de hecho, es una participación en la eternidad de Dios mismo.

10. ¿Cómo recibimos esta «vida en Dios»? Por el Espíritu Santo. Sólo el Espíritu Santo puede dar esta nueva vida, como profesamos en el Credo: «Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida». Por él nos convertimos, a imagen de su Hijo único, en hijos adoptivos del Padre.

Cuando Jesús dice: «Recibid el Espíritu Santo», quiere decir: recibid de mí esta vida divina, la divina adopción que he traído al mundo y que he introducido en la historia humana. Yo mismo, el Hijo eterno de Dios, por obra del Espíritu Santo, me he convertido en Hijo del hombre, nacido de la Virgen María. Vosotros, por obra del mismo Espíritu, debéis llegar a ser –en mí y por mí– hijos e hijas adoptivos de Dios.

«Recibid el Espíritu Santo» significa: aceptad de mí esta herencia de gracia y de verdad, que hace de vosotros un solo cuerpo espiritual y místico conmigo. «Recibid el Espíritu Santo» significa también: haceos partícipes del reino de Dios, que el Espíritu Santo derrama en vuestro corazón como fruto de los sufrimientos y del sacrificio del Hijo de Dios, para que Dios sea todo en todos (cf. 1 Co 15, 28).

11. Queridos jóvenes, nuestra meditación ha llegado al centro del misterio de Cristo redentor. Por su consagración total al Padre, se ha convertido en canal de nuestra adopción como hijos e hijas amados del Padre. La nueva vida que existe en vosotros en virtud del bautismo es la fuente de vuestra esperanza y optimismo cristianos. Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre. Cuando os dice: «Como el Padre me envió, también yo os envío», podéis estar seguros de que no os abandonará; estará siempre con vosotros.

III

El Evangelio no es ni una teoría ni una ideología. El Evangelio es vida. Vosotros tenéis que dar testimonio de esta vida

Queridos jóvenes amigos:

12. La entronización de Nuestra Señora de Antipolo nos invita a mirar a María para saber cómo responder a la llamada de Jesús. Ante todo, ella conservaba todas las cosas, y las meditaba en su corazón. También fue de inmediato a ayudar a su prima Isabel. Ambas actitudes son parte esencial de nuestra respuesta al Señor: oración y acción. Esto es lo que la Iglesia espera de vosotros, los jóvenes. Esto es lo que he venido a pedirlos aquí. María, Madre de la Iglesia y Madre nuestra, nos ayudará a escuchar a su Hijo divino.

13. «Como el Padre me envió, también yo os envío». Estas palabras están dirigidas a vosotros. La Iglesia las dirige a todos los jóvenes del mundo, pero hoy de modo especial a los jóvenes de Filipinas, y a los jóvenes de China, de Japón, de Corea y de Vietnam; a los jóvenes de Laos y de Camboya; a los jóvenes de Malasia, Papúa Nueva Guinea e Indonesia; a los jóvenes de la India y de las islas del océano Indico; a los jóvenes de Australia y Nueva Zelanda, y de las islas del vasto Pacífico.

Hijos e hijas de esta parte del mundo, donde habita la mayor parte de la familia humana, estáis llamados a la misma misión y al mismo desafío a que Cristo y la Iglesia llaman a los jóvenes de todos los continentes: a los jóvenes de Oriente Medio, de Europa del este y del oeste; de América del norte, del centro y del sur; y de África. A cada uno de vosotros Cristo dice: «Yo os envío».

14. ¿Por qué os envía? Porque los hombres y mujeres de todo el mundo, del norte y del sur, del este y oeste, anhelan la auténtica liberación y realización. Los pobres claman justicia y solidaridad; los oprimidos exigen libertad y dignidad; los ciegos suplican luz y verdad (cf. Lc 4, 18). Vosotros no habéis sido enviados a proclamar alguna verdad abstracta. El Evangelio no es una teoría ni una ideología. El Evangelio es vida. Vuestra tarea consiste en dar testimonio de esta vida: la vida de los hijos e hijas adoptivos de Dios. El hombre moderno, sea o no sea consciente de ello, tiene una urgente necesidad de esta vida, como hace dos mil años la humanidad tenía necesidad de la venida de Cristo; como la gente seguirá teniendo siempre necesidad de Jesucristo hasta el final de los tiempos.

15. ¿Por qué tenemos necesidad de él? Porque Cristo revela la verdad sobre el hombre, y sobre la vida y el destino del hombre. El nos muestra nuestro lugar ante Dios, como criaturas y pecadores, como redimidos por su muerte y su resurrección, como peregrinos hacia la casa del Padre. Nos enseña el mandamiento fundamental del amor a Dios y del amor al prójimo. Insiste en el hecho que no puede existir justicia, hermandad, paz y solidaridad sin los diez mandamientos de la alianza, revelados a Moisés en el monte Sinaí y confirmados por el Señor en el monte de las bienaventuranzas (cf. Mt 5, 3-12) y en su diálogo con el joven (cf. Mt 19, 16-22).

La verdad sobre el hombre, que el hombre moderno tiene tanta dificultad para comprender, es que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios mismo (cf. Gn 1, 27) y precisamente en este hecho, dejando aparte cualquier otra consideración, estriba la dignidad inalienable de todo ser humano, sin excepción, desde el momento de su concepción hasta su muerte natural. Pero lo que resulta aún más difícil de comprender para la cultura contemporánea es que esa dignidad, ya forjada en el acto creativo de Dios, ha sido elevada hasta una altura inconcebible en el misterio de la encarnación del Hijo de Dios. Este es el mensaje que debéis proclamar al mundo moderno: sobre todo a los más desvalidos, a los que carecen de casa, a los marginados, a los enfermos, a los abandonados, a los que sufren por culpa de los demás. A cada uno debéis decirle: mira a Jesucristo para ver lo que realmente eres a los ojos de Dios.

16. Se está prestando cada vez más atención a la causa de la dignidad humana y los derechos humanos, y poco a poco éstos se van codificando e incluyendo en las legislaciones, tanto a nivel nacional como internacional. Eso es algo digno de elogio. Pero la efectiva y segura observancia del respeto a la dignidad humana y a los derechos humanos será imposible si las personas y las comunidades no superan los intereses egoístas, el miedo, el ansia y la sed de poder. Por este motivo, el hombre necesita ser liberado del dominio del pecado, por la vida de gracia: la gracia de nuestro Señor y salvador Jesucristo.

Jesús nos dice: «Os envío a vuestras familias, a vuestras parroquias, a vuestros movimientos y asociaciones, a vuestros países, a las antiguas culturas y a la civilización moderna, para que proclaméis la dignidad de todo ser humano, como la he revelado yo, el Hijo del hombre». Si defendéis la inalienable dignidad de todo ser humano, revelaréis al mundo el

auténtico rostro de Jesucristo, que se identifica con todo hombre, con toda mujer y con todo niño, aunque sean pobres, débiles o minusválidos.

17. ¿Cómo os envía Jesús? No os promete ni espada ni dinero ni poder ni nada de lo que los medios de comunicación social hacen atractivo para la gente de hoy. Por el contrario, os da la gracia y la verdad. Os envía con el poderoso mensaje de su misterio pascual, con la verdad de su cruz y su resurrección. Esto es todo lo que os da, y todo lo que necesitáis.

Esta gracia y esta verdad, a su vez, os infundirán valentía. Seguir a Cristo siempre ha exigido valentía. Los Apóstoles, los mártires, enteras generaciones de misioneros, santos y confesores, conocidos y desconocidos, en todas partes del mundo, han tenido la fuerza para permanecer firmes frente a la incomprensión y la adversidad. Eso es verdad también aquí en Asia. Entre todos los pueblos de este continente, los cristianos han pagado el precio de su fidelidad, y ésta es la fuente segura de la confianza de la Iglesia.

18. Volvemos así a nuestra pregunta original: ¿qué esperan la Iglesia y el Papa de los jóvenes de la X Jornada mundial de la juventud? Que deis testimonio de Jesucristo. Y que aprendáis a proclamar todo lo que el mensaje de Cristo contiene para la auténtica liberación y el verdadero progreso de la humanidad. Esto es lo que Cristo espera de vosotros, Esto es lo que la Iglesia pide a los jóvenes de Filipinas, de Asia, del mundo. De este modo, vuestras culturas descubrirán que habláis un lenguaje que ya ha resonado de alguna manera en las antiguas tradiciones de Asia: el lenguaje de la auténtica paz interior y de la plenitud de vida, ahora y para siempre.

Dado que Cristo os dice: «Yo os envío», os convertís en signo de esperanza y objeto de nuestra confianza en el futuro. De modo especial, vosotros, jóvenes de la X Jornada mundial de la juventud, sois signo, epifanía de Jesucristo, manifestación del reino de Dios.

19. Señor Jesucristo, mediante esta X Jornada mundial de la juventud, infunde nueva vida en el corazón de los jóvenes reunidos aquí, en el Luneta Park de Manila, en Filipinas.

San Juan escribe que la vida que das es «luz de los hombres» (Jn 1, 4). Ayuda a estos jóvenes, chicos y chicas, a llevar consigo la luz a todos los lugares de donde han venido. Que su luz brille para todos los pueblos (cf. Mt 5, 16): para sus familias, para sus culturas y

sociedades, para sus sistemas económicos y políticos, para todo el orden internacional.

Al entrar en la habitación en que los discípulos se hallaban reunidos, después de tu resurrección, les dijiste: «La paz esté con vosotros» (Jn 20, 21). Haz que estos jóvenes sean portadores de tu paz. Enséñales el significado de lo que dijiste en el sermón de la montaña: «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt 5, 9).

Envíalos como el Padre te envió a ti: a liberar del miedo y del pecado a sus hermanos y hermanas; para la gloria de nuestro Padre celestial. Amén.

HOMILÍA pronunciada en la Misa en el “Rizal Park” de Manila, el domingo, 15 de enero de 1995.

1. Estamos celebrando la misa del Santo Niño de Cebú, el niño Jesús, cuyo nacimiento en Belén la Iglesia acaba de conmemorar en Navidad. *Belén* significa *el comienzo en la tierra de la misión que el Hijo recibió del Padre*, la misión que está en el centro de nuestras reflexiones durante esta X Jornada mundial de la juventud. En la liturgia de hoy encontramos un magnífico comentario al tema de la Jornada mundial de la juventud: «*Como el Padre me envió, también yo os envío*».

Isaías dice: «Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. Estará el señorío sobre su hombro» (Is 9, 5). Ese Niño ha venido del Padre como Príncipe de la paz, y su venida ha traído al mundo la luz (cf. Jn 1, 5). El profeta prosigue: «El pueblo que andaba a oscuras vio una luz grande. Una luz brilló sobre los que vivían en tierra de sombras. Acrecentaste el regocijo, hiciste grande la alegría» (Is 9, 1-2). El feliz acontecimiento que el profeta anunció tuvo lugar en Belén: la Navidad. Los cristianos la celebran con gran alegría en todas partes: en Roma, en Filipinas, en todos los países de Asia y en el resto del mundo.

Amados hermanos y hermanas de La Iglesia en Filipinas; queridos jóvenes de la X Jornada mundial de la juventud, todos aquí reunidos de diversos pueblos, lenguas, culturas, continentes e Iglesias locales: ¿Hay una alegría más profunda que nuestra alegría común? *La fuente más profunda de nuestra alegría es el hecho de que el Padre ha enviado a su Hijo para salvar el mundo*. El Hijo toma sobre sí el peso de los pecados de la humanidad y, de este modo, nos redime y nos guía por el sendero que lleva a la unión con la santísima Trinidad, con Dios. Esta es la fuente más profunda de nuestra alegría, de la

alegría de todos nosotros, y también de mi alegría. Es mi alegría y vuestra alegría.

2. Cuando repetimos, en el salmo responsorial: «*Aquí estoy, Señor, envíame*», escuchamos un eco lejano de lo que el Hijo eterno dijo al Padre al venir al mundo: «¡He aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad!» (*Hb 10, 7*). «*Aquí estoy, Padre, envíame*». Cristo vino a cumplir la voluntad del Padre. El Padre tanto amó al mundo que dio a su Hijo único para la salvación de los hombres (cf. *Jn 3, 16*). A su vez, el Hijo tanto amó al Padre que hizo suyo el amor del Padre a la humanidad pecadora y necesitada. En este *diálogo* eterno *entre el Padre y el Hijo*, el Hijo se mostró dispuesto a venir al mundo para obtener, mediante su pasión y muerte, la redención de la humanidad.

El evangelio de hoy es un comentario sobre cómo vivía Jesús esa misión mesiánica. Nos muestra que, cuando Jesús tenía doce años – vosotros tenéis más edad que él–, ya era consciente de su destino. Cansada por la larga búsqueda de su Hijo, María le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando». Y él respondió: «Y ¿por qué me buscabais? ¿*No sabiais que yo debo ocuparme de las cosas de mi Padre?*» (*Lc 2, 4 8.49*). Esa conciencia se ahondaba y crecía en Jesús con el paso de los años, hasta que se manifestó con toda su fuerza cuando comenzó su predicación pública. *El poder del Padre que actuaba en él* se fue revelando poco a poco en sus palabras y sus obras. Y se reveló de modo definitivo cuando se entregó completamente al Padre en la cruz. En Getsemaní, la víspera de su pasión, Jesús renovó su obediencia: «Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (*Lc 22, 42*). Permaneció fiel a lo que había dicho cuando tenía doce años: «*Debo ocuparme de las cosas de mi Padre. Debo hacer su voluntad*». Vosotros tenéis más de doce años y podéis comprenderlo mejor. Y vuestros cantos muestran que lo estáis comprendiendo mejor.

3. «*Aquí estoy, Señor, envíame*». Aquí estoy, en Filipinas, y en cualquier parte. Con la mirada fija en Cristo, repetimos este versículo del salmo responsorial como *respuesta de la X Jornada mundial de la juventud* a lo que el Señor dijo a los Apóstoles y que ahora dice a todos: «*Como el Padre me envió, también yo os envío*» (*Jn 20, 21*), dirigiéndose a los Apóstoles y a vosotros, pues estas palabras de Cristo, no sólo se han convertido en *el tema*, sino también en *la fuerza que impulsa*

esta magnífica reunión en Manila. Después de la meditación y la vigilia de anoche, este sacrificio eucarístico *consagra* nuestra respuesta al Señor: en unión con él, en unión eucarística con él, *todos juntos respondemos: «Envíame»*.

¿Qué significa esto? Significa que *estamos dispuestos a hacer la parte que nos corresponde en la misión del Señor. Todo cristiano participa en la misión de Cristo* de modo único y personal. Los obispos, los sacerdotes y los diáconos participan en la misión de Cristo a través del ministerio ordenado. Los religiosos y las religiosas participan en ella mediante el amor esponsal que se manifiesta en el espíritu de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia. Los seculares cristianos participan en la misión de Cristo: los padres y las madres de familia, los ancianos, los jóvenes y los niños; las personas sencillas y las cultas; los campesinos, los obreros, los ingenieros, los técnicos, los médicos, las enfermeras y el personal sanitario. La misión de Cristo la comparten también los profesores, los abogados y los políticos. Los escritores, las personas que trabajan en el teatro, en el cine y en los medios de comunicación social, los artistas, los músicos, los escultores y los pintores. Todos tienen parte en esa misión mesiánica de Jesucristo: la tienen también los profesores universitarios, los científicos, los especialistas en cualquier campo, y las personas del mundo de la cultura. En la misión de Cristo una parte pertenece a vosotros, ciudadanos de Filipinas y pueblos de Extremo Oriente: chinos, japoneses, coreanos, vietnamitas, indios; cristianos de Australia, Nueva Zelanda y el Pacífico; cristianos de Oriente Medio, de Europa, de África y de América. Todo bautizado tiene una parte en la misión mesiánica de Jesucristo, *en la Iglesia y por la Iglesia*. Y esta participación en la misión de la Iglesia constituye a la Iglesia. La Iglesia es una participación viva en la misión de Cristo. ¿Comprendéis todos esto?

4. En el IV Centenario de su independencia eclesiástica y de la fundación de la propia estructura jerárquica, *la Iglesia en Filipinas está llamada a una profunda renovación. El segundo Concilio plenario filipino*, que se celebró en 1991, marcó ya las pautas de esa renovación. Ese sínodo impulsó a la comunidad católica filipina a *mirar más plenamente a Cristo* y encontrar en él su modelo e inspiración. El Sínodo exhortó a los seculares a *desempeñar un papel más completo en el servicio de la Iglesia a la familia humana, que eleva y libera*. El Documento final afirma: «Todos los fieles laicos están llamados a

sanar y transformar la sociedad, a fin de preparar el orden temporal para el establecimiento final del reino de Dios» (n. 435). Esto vale para vosotros, los jóvenes de Filipinas. Y vale también para todos nosotros: si una parte está haciendo algo en el ámbito de la Iglesia, toda la Iglesia participa. Vale también para nosotros, para mí, Obispo de Roma, para los obispos europeos, para los obispos africanos, para los obispos americanos y para la gran peregrinación de jóvenes de los demás países y continentes. Vale para nosotros. No es un asunto privado de la Iglesia filipina. Es algo que nos atañe a todos. Todos estamos implicados en lo que está haciendo una parte de la Iglesia, una Iglesia local. *Res nostra agitur*. ¿Entendéis el latín?

5. En este compromiso de todo el pueblo de Dios, *¿cuál es el papel de los jóvenes para proseguir la misión mesiánica de Cristo?* ¿Cuál es vuestra parte, vuestro papel? Hemos meditado ya en esto durante la Jornada mundial de la juventud y sobre todo anoche en la vigilia. Alguien podría decir: *Han bailado, han cantado, pero han meditado*. Ha sido una meditación creativa sobre el mandato recibido de Cristo. La meditación puede hacerse también danzando y cantando, con la diversión. Y la de ayer fue muy agradable. Al final, después de esa meditación, pude dormir. Ahora, después de haber dormido, quisiera añadir un desafío y un llamamiento específico, que implica la solución de un conflicto que ha originado inmensa frustración y sufrimiento en muchas familias de todo el mundo. Los padres y los ancianos a menudo sienten que *han perdido el contacto con vosotros*, y se inquietan, como se angustiaron María y José al darse cuenta de que Jesús se había quedado en Jerusalén. Muchos padres de edad avanzada se sienten abandonados por nuestra culpa. ¿Es verdad o no? No debería ser verdad. Debería suceder lo contrario. Pero a veces es verdad. Unas veces vosotros sois muy críticos con respecto al mundo de los adultos –yo también era como vosotros– y, otras, ellos son muy críticos con respecto a vosotros. Esto también es verdad; no es nada nuevo, y a menudo esas críticas tienen fundamento. Pero recordad siempre que debéis a vuestros padres la vida y la educación. Recordad la deuda que tenéis hacia vuestros padres. El cuarto mandamiento expresa de modo conciso los deberes de justicia hacia ellos (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 2.215). En la mayor parte de los casos se han encargado de vuestra formación a costa de sacrificio personal. Gracias a ellos habéis sido introducidos en la herencia cultural y social de vuestra comunidad y de vuestro país, vuestra patria. Hablan-

do en general, vuestros padres han sido vuestros primeros maestros en la fe. Los padres, por tanto, tienen derecho a esperar de sus hijos e hijas los frutos maduros de sus esfuerzos, de la misma manera que los hijos y los jóvenes tienen derecho a esperar de sus padres el amor y la solicitud que los lleven a un sano desarrollo. Todo eso lo pide el cuarto mandamiento, que es muy rico. Os sugiero que lo meditéis. Os pido que *construyáis puentes de diálogo y comunicación con vuestros padres*. Nada de espléndido aislamiento. ¡Comunicación! ¡Amor! Ejerced un influjo positivo en la sociedad, ayudándola a derribar las barreras que se han levantado entre las generaciones. Nada de barreras. Comunión entre generaciones, entre padres e hijos. Comunión. En esta atmósfera, Jesús puede decir: *Yo os envío*. Todo comienza en la propia familia, cuando Jesús dice por primera vez: *Yo os envío*. Y a los padres les dice: *Yo envío a vuestro hijo. Yo envío a vuestra hija. Les digo: seguidme*. Todo esto exige el ambiente adecuado, una imagen completa de la vida social en Filipinas y en todas partes. También en este ambiente espiritual tiene lugar nuestro envío. *Como el Padre me envió* –dice Cristo–, *también yo os envío*.

¿Por qué tantos jóvenes piensan que son libres por haber rechazado toda prohibición y todo principio de responsabilidad? ¿Por qué tantos piensan que ciertas maneras de actuar son lícitas moralmente por el hecho de ser aceptadas socialmente? Abusan del hermoso don de la sexualidad; abusan de bebidas y drogas, pensando que ese comportamiento es correcto porque algunos sectores de la sociedad lo toleran. Abandonan las normas morales objetivas ante esas mismas presiones y por el influjo invasor de modas y tendencias promovidas por la publicidad de los medios de comunicación. Millones de jóvenes en todo el mundo están cayendo en formas de esclavitud moral sutiles pero reales. Vosotros comprendéis lo que quiere decir Jesús cuando afirma: *Os envío a afrontar esta situación, entre vuestros hermanos y hermanas, entre los demás jóvenes*.

6. Amadísimos hermanos y hermanas, construid vuestra vida según *el único modelo que no os defraudará*. Os invito a abrir el evangelio y a descubrir que Jesucristo quiere ser vuestro «amigo» (cf. *Jn* 15, 14). Quiere ser vuestro «compañero» en cada etapa de la vida (cf. *Lc* 24, 13-35). Quiere ser el «camino», vuestro sendero a través de las angustias, las dudas, las esperanzas y los sueños de felicidad (cf. *Jn* 14, 6). El es la *verdad* que da sentido a vuestros esfuerzos y

a vuestras luchas. Quiere daros la «vida», como dio nueva vida al joven de Naím (cf. *Lc* 7, 11-17) y dio un futuro completamente nuevo a Zaqueo, que había muerto en su espíritu por la ambición y la avaricia (cf. *Lc* 19, 1-10). El es vuestra «resurrección», vuestra victoria sobre el pecado y la muerte, la realización de vuestro deseo de vivir para siempre (cf. *Jn* 11, 25). Por eso, él será vuestra «alegría», la «roca» sobre la que vuestra debilidad se transformará en fuerza y optimismo. El es nuestra salvación, nuestra esperanza, nuestra felicidad y nuestra paz. ¡Cristo, Cristo, Cristo! Hablo sin sintetizar. Peor aún, añadido algunas cosas.

Cuando Cristo se convierta en todo esto para vosotros, el mundo y la Iglesia tendrán motivos sólidos para *esperar en el futuro*. Porque de vosotros dependerá el tercer milenio, que a veces se nos presenta como una maravillosa época nueva para la humanidad, pero que despierta también muchos miedos y angustias. Os dice esto una persona que ha vivido durante gran parte del siglo XX que está a punto de terminar. En este siglo han acaecido muchos sucesos tristes y destructivos, pero al mismo tiempo hemos vivido muchas cosas positivas que justifican nuestra esperanza y nuestro optimismo. El futuro depende de vuestra madurez. La Iglesia mira al futuro con confianza, cuando escucha de vuestros labios la misma respuesta que Jesús dio a María y a José cuando lo encontraron en el templo: «¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?» (*Lc* 2, 49). Dio la misma respuesta que vosotros. El era más joven; vosotros tenéis más edad.

7. Queridos jóvenes, la X Jornada mundial de la juventud está a punto de concluir. Si aplaudís, quiere decir que hay todavía motivos para ser aplaudido. Es una buena señal de que estáis pensando, reflexionando. Y admiro vuestra reflexión. Admiro la gracia de nuestro Señor que está en vuestra reflexión, y también en vuestro aplauso. Por eso, el Papa no sólo hace un discurso. Está entablando un diálogo. Habla y escucha; escucha, y vosotros habláis. Y lo que decís es tal vez lo más importante. Pero vosotros habláis aplaudiendo. Hoy ya llevamos mucho retraso. Pero esta Jornada no debería terminar. Debería continuar siempre. Es tiempo de comprometeros más plenamente en seguir a Cristo en el cumplimiento de su misión salvífica. Toda forma de apostolado y todo tipo de servicio deben tener su fuente en Cristo. Cuando os dice: «*Como el Padre me envió, también yo os envío*» (*Jn* 20, 21), os hace también capaces de cumplir esta misión. En cierto sentido, *se comparte a sí mismo con vo-*

sotros. Es lo mismo que dice san Pablo: *Dios nos ha elegido en Cristo* antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, para estar llenos de amor; así mismo nos ha elegido de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo (cf. *Ef* 1, 4-5). Precisamente en virtud de *la gracia de ser hijos adoptivos de Dios podemos cumplir la misión que nos ha confiado Cristo*. Debemos salir del Luneta Park con *una mayor conciencia de este hecho extraordinario*.

«Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre» (*Hb* 13, 8). Si aceptáis su causa y la misión que os confía, toda la familia humana y la Iglesia en el mundo entero podrán mirar al tercer milenio con esperanza y confianza. Queridos jóvenes de Filipinas, de Asia, de Extremo Oriente y del mundo entero, *sed signo de esperanza* para la Iglesia, para vuestros países y para toda la humanidad. Sois un signo de esperanza. Que vuestra luz se difunda desde Manila hasta los rincones más alejados del mundo, como la «*gran luz*» que brilló en la noche en Belén. *Sed hijos e hijas de la luz*. Ayer dije: *Al comienzo, cada vez más puntos luminosos*. Y hoy, todo es luminoso. Muy hermoso; gente muy simpática, jóvenes muy simpáticos. Antes se hablaba español en Filipinas.

8. Querido pueblo de Dios que estás en Filipinas: con el poder del Espíritu Santo, sigue renovando la faz de la tierra; ante todo tu mundo, tus familias, tus comunidades y la nación a la que perteneces y que amas; luego, el vasto territorio de Asia, con respecto al cual la Iglesia de Filipinas tiene una responsabilidad especial ante el Señor. Vosotros, los jóvenes filipinos, tenéis una responsabilidad especial ante el Señor por lo que atañe a Asia. Y todos vosotros, no sólo los filipinos, tenéis la misma responsabilidad ante el Señor y ante el resto del mundo, trabajando, por la fe, para la renovación de toda la creación de Dios (cf. *Actas y decretos del segundo concilio plenario filipino*, n. 7).

Esta es vuestra responsabilidad, vuestra llamada, en todas partes: en Europa, en África, en América del norte y del sur, en Australia. En todas partes.

Dios, que comenzó esta obra en el pueblo filipino hace cuatrocientos años, y en los otros hace muchos siglos, en unos más y en otros menos, la lleve a término en el día de nuestro Señor Jesucristo (cf. *Flp* 1, 6). Amén.

ÁNGELUS

Al final de la celebración eucarística nos dirigimos con amor a la bienaventurada Virgen María y nos disponemos a rezar la plegaria del *Ángelus*. *María es el modelo de todos los que han puesto su fe en Dios*, confiando en que se cumplirían las promesas hechas por el Señor (cf. *Lc 1, 45*). Antes de morir en la cruz, Cristo encomendó su madre a sus seguidores, para que fuese también la madre de ellos (cf. *Jn 19, 27*).

María, Madre de la Iglesia, María, Madre de la Iglesia de los jóvenes, tú estabas orando en el cenáculo con los discípulos de tu Hijo cuando el Espíritu Santo descendió en forma de lenguas de fuego. Ruega por nosotros, para que *la llama del amor de Dios se reavive en nuestro corazón* y en el corazón de los jóvenes de todo el mundo.

Virgen llena de gracia, inmaculada desde el primer momento de tu existencia ahora participas plenamente en el gozo del cielo. Vela por los jóvenes aquí unidos y por todos los que están unidos a nosotros en la comunión del cuerpo de Cristo. Ruega para que estos jóvenes acepten con valentía la tarea de Cristo, tu Hijo, les confía cuando les dice: «Como el Padre me envió, también yo os envío».

María, Reina de los Apóstoles, tú velas por todos los que tu Hijo envía a ser sus mensajeros hasta los confines de la tierra. Impulsa a todos los jóvenes a ser testigos celosos del mensaje de salvación del Evangelio. Que, con tu ayuda, compartan con los demás la nueva vida que brotó de la cruz de Cristo, la esperanza que consuela todo corazón, y la fuerza que otorga la victoria final sobre el pecado y la muerte.

Hoy deseo anunciar que la próxima Jornada mundial de la juventud se celebrará en París, Francia, en el verano de 1997. *María del nuevo advenimiento*, te encomendamos la preparación para ese próximo encuentro jubiloso, en el corazón de Europa.

A ti, santa Madre de Dios, ahora nuestra plegaria.

DISCURSO de despedida a los jóvenes.

Mis queridos amigos:

La X Jornada mundial de la juventud se acerca a su fin, y debemos despedirnos hasta la próxima vez. Deseo dar gracias a todos los que han hecho posible este gran encuentro: a los generosos ciudadanos de Manila, que nos han hospedado y atendido durante estos días, a la policía, a los bomberos, al personal médico, y a los operadores de radio y televisión.

Todos expresamos nuestro agradecimiento al cardenal Sin, arzobispo de Manila, y a todos los voluntarios que han puesto tanto empeño para el éxito de este acontecimiento.

Asimismo, agradecemos al cardenal Pironio y al Consejo pontificio para los laicos, todo el trabajo que realizan para organizar las Jornadas mundiales de la juventud.

Doy las gracias al cardenal Vidal y a mons. Morelos, presidente de la Conferencia episcopal, así como a toda la jerarquía filipina, y a todos los cardenales y obispos que han venido de otras partes del mundo, y hay muchos más. Buena señal.

Deseo también dirigir unas cordiales palabras de agradecimiento al presidente Ramos y a los miembros del Gobierno, y al alcalde de Manila y sus colaboradores. Muchas gracias. Se han interesado mucho por la Jornada mundial de la juventud, han sido muy amables y nos han prestado gran ayuda.

Sobre todo, deseo daros las gracias a vosotros, los jóvenes, chicos y chicas. Vuestro compromiso con Cristo y la Iglesia es una fuente de esperanza para todos nosotros, y una invitación a vuestros líderes y vuestros obispos para que os acompañen de cerca y colaboren con vosotros para lograr una comunidad cristiana mejor y un mundo mejor.

Ahora saludaré en varias lenguas; no en todas las lenguas del Foro, sino sólo en la mayor parte.

(en francés) Que Dios os bendiga y vele sobre vosotros mientras volvéis a casa. Saludad de mi parte a vuestras familias y amigos. Decidles que espero encontrarme con ellos con motivo de la próxima Jornada Mundial de la Juventud en París. ¡Hasta la vista!

(en español) A los jóvenes de lengua española, provenientes de España y de América: deseo daros las gracias por vuestra viva participación en esta Jornada. Tenía que ser muy viva, porque esto es propio del carácter nacional de las personas de lengua española, y también de los filipinos. Ahora os toca a vosotros llevar el mensaje de Cristo a vuestras casas, a vuestros compañeros de estudios y de trabajo. Permaneced fieles a la palabra que Jesucristo os ha dado y a la palabra que cada uno habéis dado al Señor. Que encontréis siempre luz y alegría en su mensaje de salvación y de vida. ¡Hasta el próximo encuentro!

(en italiano) Queridos jóvenes italianos: el Señor os envía para que seáis sus apóstoles entre vuestros coetáneos. Sois herederos de un patrimonio de fe muy rico, Haced lo posible para que vuestra sociedad redescubra el sentido de la auténtica fraternidad y de la solidaridad, el sentido

del servicio orientado al bien común, el sentido del amor que se transforma en clon personal a Dios y al prójimo. ¡Sed fieles a Cristo y al Evangelio! ¡Nos veremos en Roma!

(en alemán) Sed siempre conscientes de la fuerza de la oración, que cada vez nos une más a Dios y a los hombres. Haced de la oración un don para vosotros mismos y para los demás. Adiós, ¡nos veremos en Alemania y en Holanda!

A los jóvenes provenientes de Irlanda y de Sarajevo: También saludo a los jóvenes que han venido desde Irlanda. De todos los mensajes que he recibido, hay uno que quisiera recordar: el de los jóvenes de Sarajevo que ofrecen su sufrimiento por la jornada Mundial de la juventud. Pidamos por ellos.

(en polaco) Sois testigos elocuentes de la libertad que Cristo nos da. Utilizad con valentía sus dones para construir un mundo de verdadera solidaridad y de paz.

(en ruso) Dejaos guiar por un conocimiento cada vez más profundo del amor de Cristo. Dejad que su amor os haga fuertes para que, por medio vuestro, El pueda alcanzar e iluminar a los demás.

(en coreano) Todos somos hijos de Dios, hermanos y hermanas en el único Señor. Que vuestra vida de fe os haga cada vez más conscientes de esto, no sólo en vosotros mismos, sino en todos aquellos a quienes encontráis.

(en vietnamita) La victoria de la Cruz de Cristo demuestra que la vida es más fuerte que la muerte, la gracia más fuerte que el pecado. Caminad siempre en la luz y en la gloria del Señor resucitado.

(en chino) Se os ha anunciado y habéis creído que Cristo es el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Que vuestra vida cotidiana pueda profesar, con las palabras y las obras, vuestra fe en Cristo.

(en japonés) Jesús está siempre con nosotros. Sed los mensajeros del amor y de la paz que él trae a nuestro mundo.

(en filipino) Finalmente el filipino, el tagalo. Cristo os envía, así como él fue enviado. Os doy las gracias porque escucháis su Palabra y os exhorto a ser apóstoles del Evangelio y constructores del Reino de Dios en vuestras familias, parroquias, vuestros grupos y en todos los ámbitos de la vida de Filipinas. Sed fuertes en la fe y en el amor.

¡Mabuhay ang Filipinas! Mabuhay ang Filipinas! Mabuhay ang Filipinas!

(en inglés) Dirijo un saludo particular al gran grupo de jóvenes procedentes de Estados Unidos. En cierto sentido estáis devolviéndonos la

visita que os hicimos en Denver con ocasión de la VIII Jornada mundial de la juventud.

Hace dos años, en Denver, meditamos en la nueva vida que vino a nuestro mundo por medio de Jesucristo, Hijo de Dios y Señor de la historia. Este año, aquí en Manila, hemos reflexionado sobre cómo esta nueva vida, recibida en el bautismo, exige que nos transformemos en discípulos de Cristo, apóstoles de su Evangelio siendo testigos de nuestra fe. Es una continuación.

¡Mabuhay Denver! ¡Mabuhay Manila! Mabuhay París!

Dentro de dos años, en 1997, iremos juntos a París (Francia), para seguir reflexionando en las palabras que Dios nos ha dirigido. Que el Espíritu Santo guíe nuestros pasos hasta esa etapa de nuestra peregrinación. ¡Hasta la vista! ¡Hasta que nos volvamos a encontrar!

Después de la Jornada Mundial de la Juventud la Cruz regresó a Italia, donde se dirigió a diversas ciudades y santuarios.



Visita del Papa San Juan Pablo II a Manila.

XI JMJ ROMA, 31 DE MARZO DE 1996

*TEMA: “SEÑOR, ¿A QUIÉN ACUDIREMOS? TÚ ERES EL ÚNICO QUE TIENE
PALABRAS DE VIDA ETERNA” (Jn 6, 28)*

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el 26 de enero de 1995, Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo, para la XI JMJ. Amadísimos jóvenes:

1. «Ansío veros, a fin de comunicaros algún don espiritual que os fortalezca, o más bien, para sentir entre vosotros el mutuo consuelo de la común fe: la vuestra y la mía» (*Rm 1, 11-12*).

Estas palabras del apóstol Pablo a los cristianos de Roma resumen el sentimiento con que me dirijo a todos vosotros, al comienzo del itinerario de preparación para la XI Jornada mundial de la juventud.

En efecto, con ese mismo anhelo de veros, voy espiritualmente a vosotros, en todos los rincones del planeta, donde afrontáis la intensa aventura diaria de la vida: en vuestras familias, en los lugares de estudio y trabajo, en las comunidades en que os congregáis para escuchar la palabra del Señor y abrirle el corazón en la oración.

Mi mirada se dirige, en especial, a los jóvenes implicados directamente en los demasiados dramas que aún desgarran a la humanidad: los que sufren por la guerra, las violencias, el hambre y la miseria, y que prolongan el sufrimiento de Cristo, el cual con su pasión está cerca del hombre oprimido bajo el peso del dolor y la injusticia.

En 1996 la Jornada mundial de la juventud, como ya es costumbre, se celebrará en las comunidades diocesanas, a la espera del nuevo encuentro mundial que en 1997 nos llevará a París.

2. Nos encaminamos ya hacia el gran jubileo del año 2000, una cita que con la carta apostólica *Tertio millennio adveniente* he invitado a toda la Iglesia a preparar mediante la conversión del corazón y de la vida.

También a vosotros os pido desde ahora que comencéis esta pre-

paración con el mismo espíritu y los mismos propósitos. Os encomiendo un proyecto de acción que, basado en las palabras del Evangelio y de acuerdo con los temas propuestos para cada año a toda la Iglesia, constituirá el hilo conductor de las próximas Jornadas mundiales:

Año 1997: «Maestro, ¿dónde vives? Venid y lo veréis» (*Jn* 1, 38-39).

Año 1998: «El Espíritu Santo os lo enseñará todo» (*Jn* 14, 26).

Año 1999: «El Padre os ama» (*Jn* 16, 27).

Año 2000: «El Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros» (*Jn* 1, 14).

3. A vosotros, jóvenes, os dirijo en particular la invitación a mirar hacia la frontera epocal del año 2000, recordando que «el futuro del mundo y de la Iglesia pertenece a las jóvenes generaciones que, nacidas en este siglo, alcanzarán la madurez en el próximo, el primero del nuevo milenio (...). Si (los jóvenes) saben seguir el camino que él indica, tendrán la alegría de aportar su propia contribución para su presencia en el próximo siglo» (*Tertio millennio adveniente*, 58).

En el camino de acercamiento al gran jubileo os acompañe la constitución conciliar *Gaudium et spes*, que deseo entregaros de nuevo a todos vosotros, como ya lo hice a vuestros coetáneos del continente europeo, en Loreto, el pasado mes de septiembre: es un «documento valioso y siempre joven. Releedlo atentamente. Encontraréis en él luz para descifrar vuestra vocación de hombres y mujeres llamados a vivir, en este tiempo maravilloso y a la vez dramático, como artífices de fraternidad y constructores de paz» (*Ángelus* del 10 de septiembre de 1995: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 22 de septiembre de 1995, p. 7).

4. «Señor, ¿a quién iremos?». La meta y el término de nuestra vida es él, Cristo, que nos espera, a cada uno y a todos juntos, para guiarnos más allá de los confines del tiempo en el abrazo eterno del Dios que nos ama.

Pero si la eternidad es nuestro horizonte de hombres hambrientos de verdad y sedientos de felicidad, *la historia es el escenario de nuestro compromiso diario*. La fe nos enseña que el destino del hombre está inscrito en el corazón y en la mente de Dios, que gobierna los hilos de la historia. Y nos enseña asimismo que el Padre pone en nuestras manos la tarea de comenzar ya desde aquí la construcción del *reino de los cielos* que el Hijo vino a anunciar y que llegará a su plenitud al final de los tiempos.

Así pues, tenemos el deber de vivir dentro de la historia, al lado de

nuestros contemporáneos, compartiendo sus anhelos y esperanzas, porque el cristiano es, y debe ser, plenamente hombre de su tiempo. No se evade a otra dimensión, ignorando los dramas de su época, cerrando los ojos y el corazón a las inquietudes que impregnan su existencia. Al contrario, es un hombre que, aun sin ser *de* este mundo, está inmerso cada día *en* este mundo, dispuesto a acudir a donde haya un hermano a quien ayudar, una lágrima que enjugar, una petición de ayuda a la cual responder. En esto seremos juzgados.

5. Recordando la advertencia del Maestro: «Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme» (*Mt 25, 35-36*), debemos poner en práctica el «mandamiento nuevo» (*Jn 13, 34*).

Nos opondremos así a lo que parece hoy la *derrota de la civilización*, para reafirmar con energía la *civilización del amor*, la única que puede abrir de par en par a los hombres de nuestro tiempo horizontes de auténtica paz y de justicia duradera en la legalidad y en la solidaridad.

La caridad es el camino real que nos debe llevar también a la meta del gran jubileo. Para llegar a esa cita, es preciso saber analizarse, haciendo un riguroso examen de conciencia, premisa indispensable de una conversión radical, capaz de transformar la vida y de darle un sentido auténtico, que permita a los creyentes amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas, y al prójimo como a sí mismos (cf. *Lc 10, 27*).

Confrontando vuestra vida diaria con el Evangelio del único Maestro que tiene *palabras de vida eterna*, podréis convertirlos en auténticos constructores de justicia, poniendo en práctica el mandamiento que hace del amor la nueva *frontera* del testimonio cristiano. Ésta es la ley de la transformación del mundo (cf. *Gaudium et spes, 38*).

6. Es preciso, ante todo, que vosotros, jóvenes, deis un gran testimonio de amor a la vida, don de Dios; un amor que se debe extender desde el inicio hasta el fin de toda existencia y debe luchar contra toda pretensión de hacer del hombre el árbitro de la vida del hermano, tanto del que aún no ha nacido como del que se halla en su ocaso, del minusválido y del débil.

A vosotros, jóvenes, que de forma natural e instintiva hacéis del *deseo de vivir* el horizonte de vuestros sueños y el arco iris de vuestras esperanzas, os pido que os transforméis en *profetas de la vida*. Sedlo con las palabras y con las obras, rebelándoos contra la civilización

del egoísmo que a menudo considera a la persona humana un instrumento en vez de un fin, sacrificando su dignidad y sus sentimientos en nombre del mero lucro; hacedlo ayudando concretamente a quien tiene necesidad de vosotros y que tal vez sin vuestra ayuda tendría la tentación de resignarse a la desesperación.

La vida es un talento (cf. *Mt 25, 14-30*) que se nos ha confiado para que lo transformemos y lo multipliquemos, dándola como don a los demás. Ningún hombre es un *iceberg* a la deriva en el océano de la historia; cada uno de nosotros forma parte de una gran familia, dentro de la cual tiene un puesto que ocupar y un papel que desempeñar. El egoísmo vuelve sordos y mudos; el amor abre de par en par los ojos y el corazón, capacita para dar la aportación original e insustituible que, junto a los innumerables gestos de tantos hermanos, a menudo lejanos y desconocidos, contribuye a constituir el mosaico de la caridad, que puede cambiar el rumbo de la historia.

7. «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna».

Cuando, considerando demasiado duro su lenguaje, muchos de sus discípulos lo abandonaron, Jesús preguntó a los pocos que habían quedado: «¿También vosotros queréis marcharos?», le respondió Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (*Jn 6, 67-68*). Y optaron por permanecer con él. Se quedaron porque el Maestro tenía *palabras de vida eterna*, palabras que, mientras prometían la eternidad, daban pleno sentido a la vida.

Hay momentos y circunstancias en que es preciso hacer opciones decisivas para toda la existencia. Como sabéis muy bien, vivimos momentos difíciles, en los que con frecuencia no logramos distinguir el bien del mal, los verdaderos maestros de los falsos. Jesús nos ha advertido: «Mirad, no os dejéis engañar. Porque vendrán muchos usurpando mi nombre y diciendo: “Yo soy” y “el tiempo está cerca”. No les sigáis» (*Lc 21, 8*). Orad y escuchad su palabra; dejaos guiar por verdaderos pastores; no cedáis jamás a los halagos y a los fáciles espejismos del mundo que luego, con demasiada frecuencia, se transforman en trágicos desengaños.

En los momentos difíciles, en los momentos de prueba se mide la calidad de las opciones. Así pues, en estos tiempos de dificultad cada uno de vosotros está llamado a tomar decisiones valientes. No existen atajos hacia la felicidad y la luz. Prueba de ello son los tormentos de las personas que, en el decurso de la historia de la humanidad, se han puesto a buscar con empeño el sentido de la vida, la respuesta a los interrogantes fundamentales inscritos en el corazón de todo ser humano.

Ya sabéis que estos interrogantes no son sino la expresión de la nostalgia de infinito sembrada por Dios mismo en el interior de cada uno de nosotros. Así pues, con sentido del deber y del sacrificio debéis caminar por las sendas de la conversión, del compromiso, de la búsqueda, del trabajo, del voluntariado, del diálogo, del respeto a todos, sin rendiros ante los fracasos, conscientes de que vuestra fuerza está en el Señor, que guía con amor vuestros pasos, dispuesto a acogeros de nuevo como al hijo pródigo (cf. *Lc 15, 11-24*).

8. Queridos jóvenes, os he invitado a ser *profetas de la vida y del amor*. Os pido también que seáis *profetas de la alegría*: el mundo nos debe reconocer por el hecho de que sabemos comunicar a nuestros contemporáneos el signo de una gran esperanza ya realizada, la de Jesús, muerto y resucitado por nosotros.

No olvidéis que «la suerte futura de la humanidad está en manos de aquellos que sean capaces de transmitir a las generaciones venideras razones para vivir y para esperar» (*Gaudium et spes*, 31).

Purificados por la reconciliación, fruto del amor divino y de vuestro arrepentimiento sincero, practicando la justicia, viviendo en acción de gracias a Dios, podréis ser en el mundo, a menudo sombrío y triste, profetas de alegría creíbles y eficaces. Seréis heraldos de la *plenitud de los tiempos*, cuya actualidad nos recuerda el gran jubileo del año 2000.

El camino que Jesús os señala no es cómodo; se asemeja más bien a un sendero escarpado de montaña. No os desalentéis. Cuanto más escarpado sea el sendero, tanto más rápidamente sube hacia horizontes cada vez más amplios. Os guíe María, estrella de la evangelización. Dóciles, al igual que ella, a la voluntad del Padre, recorred las etapas de la historia como testigos maduros y convincentes.

Con ella y con los Apóstoles sabed repetir en cada instante la profesión de fe en la presencia vivificante de Jesucristo: *Tú tienes palabras de vida eterna*.

DISCURSO a los jóvenes de la Diócesis de Roma como preparación para la XI JMJ, el 28 de marzo de 1996.

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna (Jn 6, 68).

1. Amadísimos jóvenes de Roma, he escogido esta cita evangélica como tema de la XI Jornada mundial de la juventud. Son las palabras que dijo el apóstol Pedro después de que el Señor Jesús había pronunciado un discurso difícil de entender, que escandalizaba. Había dicho: «El que

come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día» (Jn 6, 54). Es decir, Jesús se presenta ante el mundo como la verdadera comida, la única que puede saciar el hambre del hombre. Él es el Verbo hecho carne, que se ofrece como *alimento* en el sacramento de la Eucaristía y como *víctima* en la cruz, para que el mundo se salve por él y reciba la plenitud de la vida.

Si el destino de Jesús es entregarse como carne para comer, los discípulos intuyen que también lo será el suyo, y tienen miedo. Seguir a Jesús significa afrontar una perspectiva de sufrimiento y de muerte. Los discípulos se escandalizan ante el pensamiento de que el Maestro debe dejarse «comer». Entonces Jesús, dado que muchos lo estaban abandonando por ese motivo, pregunta a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?» (Jn 6, 67).

Pero Pedro, en nombre de todos, responde: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6, 68). Estas palabras de Pedro resumen un itinerario. Su camino de búsqueda. No las puede pronunciar quien no cree y quien no ha caminado mucho tiempo para buscar, encontrar y conocer al Señor.

2. Hoy, en este encuentro de fiesta, habéis reconstruido con cantos, danzas y testimonios, las etapas fundamentales de todo itinerario de búsqueda de Dios. Habéis escuchado las palabras de algunos testigos, que mostraban cómo *el hombre está continuamente en busca de Dios* y cómo Dios se halla presente en la historia de todo hombre y de toda mujer, le sale al encuentro, lo busca él primero y responde de manera plena y definitiva a su deseo mas profundo, que es el de ser amado.

Queridos jóvenes, por mi experiencia de sacerdote sé muy bien que vosotros esencialmente *buscáis el amor*. Todos buscan el amor, y un amor hermoso. Incluso cuando en el amor humano se cede ante la debilidad, se sigue buscando un amor hermoso y puro. En definitiva, sabéis bien que ese amor no puede darlo *nadie, fuera de Dios*. Por esta razón, estáis dispuestos a seguir a Cristo sin miedo a los sacrificios.

Vosotros buscáis a Cristo porque él sabe «lo que hay en el hombre» (Jn 2, 25), especialmente en un joven, y sabe dar respuestas verdaderas a vuestras preguntas. Queridos jóvenes, es Cristo «el buscado», «el deseado que se hace encontrar», el que puede daros la autentica alegría. Una alegría que no desaparece nunca, porque esta destinada a continuar en la plenitud de la vida, mas allá de la muerte.

El hombre, por tanto, busca de Dios y, *al mismo tiempo, es buscado*

por Dios. En el Evangelio hemos escuchado de labios de Jesús esta verdad: «Nadie puede venir a mí si no se lo concede el Padre» (Jn 6, 65). Con todo, al buscar al hombre, *Dios no os fuerza jamás*. Tiene gran respeto hacia nosotros, creados a su imagen. Nos deja libres de acoger sus propuestas. A nosotros igualmente nos pregunta: «¿También vosotros queréis marcharos?» (Jn 6, 67).

3. Pero *¿a quien puede ir el hombre? ¿A* quien podéis ir vosotros, jóvenes que buscáis la felicidad, la alegría, la belleza, la honradez, la pureza, en una palabra, *que buscáis el amor?* Lo sabemos muy bien: muchos jóvenes buscan todo esto siguiendo a falsos maestros de vida. ¡Cuán verdaderas son también hoy las palabras de la segunda carta a Timoteo: «los hombres (...) se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades; apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a las fábulas!» (2 Tm 4, 3-4).

Pienso en el dinero, en el éxito, en la carrera; en el sexo sin freno y a toda costa, en la droga, en la creencia de que todo en la vida se juega *aquí y ahora* y que la vida se ha de gastar para satisfacción inmediata de lo que se desea *hoy*, sin tener en cuenta que existe un futuro eterno. Pienso también en el afán de buscar la seguridad, una falsa realización de sí mismo y la felicidad en las sectas, en la magia o en otros senderos religiosos que llevan al hombre a replegarse en sí mismo, en vez de abrirse a Dios.

En realidad, en esas condiciones se quedan insatisfechos, incapaces de gozar, porque si no encuentran a Dios, les falta la respuesta a los deseos más verdaderos y profundos del corazón humano, y su vida se llena de componendas y tensiones interiores.

4. «Señor, *¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna*» (Jn 6, 68). Esta es la respuesta. La respuesta de Pedro, el primero de los Apóstoles, a quien Cristo encomendó su Iglesia. Es la respuesta de la Iglesia y por eso también de todos vosotros, jóvenes romanos que por el bautismo sois miembros de la Iglesia.

Es una respuesta que debe llegar a ser cada vez más consciente en cada uno de vosotros, hasta que *os convirtáis en heraldos de la misma entre vuestros coetáneos* que, a pesar de estar lejos de la fe, buscan la vida y, por consiguiente, buscan a Dios, tal vez sin saberlo. Precisamente porque es respuesta de vida, no podemos contentarnos con pronunciarla nosotros solos: debemos esforzarnos por hacer partícipes de ella tam-

bién a los demás, dispuestos siempre a dar razón de la esperanza que hay en nosotros (cf. *1 P 3*, 15).

5. Anunciar a todos a Jesús, única respuesta que satisface plenamente las expectativas del hombre es el compromiso al que nos impulsa la cercanía del año 2000, un año de gracia muy especial. *Debemos llegar preparados a la cita del año 2000*. Este jubileo renueva la alegría por el asombroso acontecimiento que tuvo lugar hace dos mil años, cuando Dios se hizo hombre, se convirtió en el «Dios con nosotros», en nuestro amigo y compañero de viaje. Jesús resucitado sigue estando con nosotros; sale al encuentro de nuestro deseo de salvación y de redención.

Vosotros, jóvenes de las parroquias, asociaciones, movimientos y grupos cristianos, esforzaos por profundizar el misterio de su persona. Preguntaos quién es Jesús para vosotros, que quiere de vosotros, que buscáis y encontráis vosotros en él. Y, mientras os convertís a él continuamente, proponedlo a aquellos amigos vuestros a quienes tal vez nadie lo ha anunciado, o que lo han conocido y luego lo han abandonado.

6. Pero *¿cómo actuar?* Vuestro primer compromiso es el de vuestra formación de cristianos: lograr un conocimiento vivo de Jesús, *hacer en la fe una experiencia de él* por la oración, la escucha de su palabra, la catequesis sobre los fundamentos del Credo y el servicio a los hermanos necesitados. *Entablad con todos un diálogo sincero*, compartiendo las inquietudes, los problemas y las alegrías que todos los jóvenes tienen en común. Mostradles, con la vida más que con las palabras, la grandeza del don de Dios que habéis recibido y que ha transformado vuestra existencia.

Con ellos, también, aprended a trazar *proyectos de vida inspirados en el Evangelio*. En efecto, Jesús entra en todos los aspectos de la existencia y en la vocación de cada uno; pide una conducta consecuente en la experiencia del amor humano, en la escuela, en la universidad, en el trabajo, en el voluntariado, en el deporte y en todos los demás campos de la vida diaria. Da sentido a la alegría y al dolor, a la salud y a la enfermedad, a la pobreza y a la riqueza, al vivir y al morir.

Por esto, haceos *compañeros de camino de todos los jóvenes* que viven en Roma, conservando siempre la convicción de que sólo la verdad de Cristo puede responder a los deseos del hombre, salvarlo, comunicarle la vida eterna.

7. Queridos jóvenes de Roma, sed los apóstoles de la Roma joven. Que todo joven, después de haber tenido contacto con vosotros, se tenga que preguntar: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (*Jn 6, 68*). Esta ciudad tiene raíces cristianas. No dejéis que vuestra Roma, la Roma del año 2000, sea menos cristiana que la de los siglos que han precedido el inicio del tercer milenio. Anunciad a vuestros coetáneos el Evangelio de Jesús, Palabra siempre nueva y joven que continuamente *renueva y rejuvenece a la humanidad*. Emplead para esto todos los medios y ocasiones. Testimoniad la fe donde haya jóvenes como vosotros. Sabed ser críticos, cuando sea preciso, con respecto a la cultura en la que crecéis y que no siempre está atenta a los valores evangélicos y al respeto del hombre.

Si vuestra vida está orientada por Cristo, la cultura y la sociedad serán más cristianas, porque vosotros mismos las habréis cambiado, al menos en parte. En efecto, las opciones de vida, la conducta, las acciones de cada uno contribuyen a construir una sociedad y una cultura. Esforzaos para que la cultura cristiana se transforme cada vez más en la *cultura de los jóvenes*. Animad la cultura con vuestra creatividad.

8. En este encuentro han participado un director artístico, un deportista, bailarines, cantantes, representantes de muchos ambientes en que es necesario estar presentes como cristianos, para ser signos visibles y no mimetizados de Jesús A vuestra creatividad, queridos jóvenes romanos, confío la tarea de pensar y realizar las formas más adecuadas para anunciar el Evangelio en nuestra ciudad.

Este es el compromiso que he llamado misión ciudadana, para la que toda la ciudad de Roma se esta preparando. Juntos, los jóvenes y los menos jóvenes anunciaremos el Evangelio de Cristo a nuestra ciudad. Para este acto de amor hacia Roma cuento con vosotros, con vuestras energías, con vuestra creatividad y vuestra capacidad de trabajar juntos por una misión común.

Que juntos para evangelizar sea el lema de vuestros programas. Juntos como Iglesia de Roma que, con la riqueza de dones diversos, debe proclamar el Evangelio en la comunión y con valentía, sin avergonzarse del testimonio que ha de dar del Señor (cf. *1 Tm 1, 8*). De este anuncio depende el futuro de esta Ciudad, vuestro futuro.

Después de haber anunciado el Evangelio que se comunica de corazón a corazón de persona a persona, acompañad seguid y acoged, en

comunidades abiertas y disponibles; a quien se acerque a la fe. Cread centros, *lugares de acogida para caminos de fe personales*, donde puedan encontrar respuesta, las preguntas que un joven se plantea antes de decir sí al Señor en la Iglesia. Por ello quiero recordar que en 1983, Año santo de la Redención, encomendé a los jóvenes un lugar cercano a San Pedro también con esa finalidad: el *Centro San Lorenzo*. Hoy lo encomiendo a vosotros. Haced que, con vistas al año 2000, se convierta en un lugar de acogida de los jóvenes que buscan al Señor en esta ciudad, para integrarlos luego en los grupos ya existentes en las parroquias, las asociaciones y los movimientos. Asimismo, cread otros centros semejantes en toda la Ciudad. Será un gran servicio a la causa de la evangelización.

9. Queridos jóvenes de Roma, gracias por este encuentro; gracias por vuestras palabras y vuestros cantos; gracias al cardenal vicario, al cardenal Pironio, que preside el Consejo pontificio para los laicos, al cardenal Canestri, a los obispos auxiliares de Roma, y a todos los presentes.

Gracias, sobre todo, a vosotros porque estáis aquí pero no para quedaros aquí, sino para *ir por los caminos de Roma a llevar la alegría* que brota de Cristo. No os quedéis encerrados en vuestros grupos. Salid de ellos para que os encontréis como cristianos. Sed misioneros para que podáis gustar la belleza del Evangelio, que también hoy es capaz de convertir los corazones y cambiar el mundo, de dar a todos razones de vida y de esperanza. El compromiso que os encomiendo es grande; perseverad, no os desalentéis ante las dificultades.

Os acompañe el Señor Jesús y os proteja la celestial Madre de Dios, a la que Roma invoca como Salvación del pueblo romano. Os aseguro un recuerdo constante en mi oración mientras de corazón os bendigo a todos.

El Domingo de Ramos, 31 de marzo de 1996, el Papa San Juan Pablo II inicia la XI Jornada Mundial de la Juventud

HOMILÍA pronunciada en la Misa.

1. «*Hosanna al Hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor*» (*Antífona de entrada*).

El domingo de Ramos, en el que la Iglesia hace memoria de la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén, es como un solemne pórtico que introduce en la *Semana santa*. Mirando este día en clave de espiritualidad litúrgica, podemos considerarlo, en cierto modo, presente en toda celebración eucarística. En efecto, así como en su momento constituyó *el*

umbral de los acontecimientos de la semana pascual de Cristo, así también representa constantemente *el umbral del misterio eucarístico*. Más aún, el umbral mismo de la liturgia. En el momento en que cruzamos este umbral, nos acercamos al centro del *mysterium fidei*.

Cristo celebra y realiza este *mysterium*, «siempre y en todo lugar», mediante el servicio del sacerdote, ministro de la Eucaristía. *Cristo sumo y eterno Sacerdote, llega a Jerusalén* para realizar su único sacrificio, el sacrificio de la nueva alianza: primero, en la última cena del Jueves santo, como sacramento; después, en el Calvario, como realidad redentora.

«Bendito el que viene en nombre del Señor».

2. Su venida es una revelación, a revelación radical e integral *de la santidad de Dios*: «Sanctus, sanctus, sanctus Dominus Deus Sabaoth». «Santo, santo, santo es el Señor, Dios del universo. Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria».

Precisamente esta *semana* —que, humanamente hablando, está completamente llena del sufrimiento, de la humillación y del anonadamiento, en una palabra, de la *kénosis de Dios*— encierra la revelación *de la santidad de Dios*, culmen de la historia del mundo. «Santo, santo, santo (...). Hosanna en el cielo».

Del fondo de la humillación redentora de Cristo, el hombre recibe, como don, la fuerza para alcanzar la cumbre de su propio ser y de su, propio destino. En este día y en esta semana, que con razón se llama Santa, el Hosanna en el cielo encuentra la plenitud de su significado.

3. Desde hace once años, en el *domingo de Ramos* se celebra la *Jornada mundial de la juventud*. En cierto sentido, puede decirse que la «jornada de la juventud» comenzó a ser tal ya desde el principio, desde el día que hoy conmemoramos, cuando los jóvenes de Jerusalén salieron al encuentro de Cristo que entraba en la ciudad, manso y humilde, montado en un asno, según la profecía de Zacarías (cf. *Zc* 9, 9). Salieron a saludarlo y a acogerlo con las palabras del salmo: «Bendito el que viene en nombre del Señor» (*Sal* 117, 26).

Cristo no olvida. Recuerda todo lo que sucedió entonces. Y también los jóvenes recuerdan. Cristo es fiel. Y también *los jóvenes saben ser fieles a quien les da confianza*.

Los jóvenes vuelven, año tras año, a *este encuentro, nacido de su incontenible entusiasmo por Jesús y por el Evangelio*. Así, empezó

una peregrinación que atraviesa las diócesis del mundo entero y, cada dos años, converge en un gran encuentro internacional, construyendo puentes de fraternidad y de esperanza entre los continentes, los pueblos y las culturas. Se trata de un camino siempre en acto, como la vida. Como la juventud.

Este año, a mitad de camino, por decirlo así, entre la inolvidable etapa de Manila y la prevista para París en agosto de 1997, el itinerario del pueblo joven vuelve a detenerse hoy en las Iglesias particulares, enriquecido también de la peregrinación europea a la Santa Casa de Loreto.

4. Amadísimos *jóvenes presentes hoy en la plaza de San Pedro*, os dirijo mi saludo especial. Doy una calurosa bienvenida a cuantos han venido de lejos y, en particular, a los *jóvenes filipinos*, que dentro de poco pasarán la cruz de la Jornada mundial a las manos de sus *amigos franceses*.

Abrazar este día la cruz, y pasarla de mano en mano, es un gesto muy elocuente. Es como decir: Señor, no queremos permanecer contigo solamente en el momento de los hosanna; sino que, con tu ayuda, queremos acompañarte en el camino de la cruz, como hicieron María, Madre tuya y nuestra, y el apóstol Juan. Sí, Señor, porque «*Tú tienes palabras de vida eterna*» (Jn 6, 68), y nosotros hemos creído que precisamente tu cruz es palabra de vida eterna.

Amadísimos jóvenes, bien sabéis que el Señor no os engaña con falsos espejismos de felicidad, sino que nos dice: «Si alguno quiere venir en pos de mí (...), tome su cruz y sígame» (Mc 8, 34). *Este lenguaje es duro, pero sincero, y encierra la verdad fundamental para la vida: sólo por el amor se realiza el hombre, y no hay amor sin sacrificio.*

Id, queridos jóvenes, y llevad esta palabra de vida por los senderos del mundo, que ya se aproxima al tercer milenio. *La cruz de Cristo es la esperanza del mundo.*

En la liturgia del domingo de Ramos, los jóvenes desempeñan un papel de protagonistas, como los «los niños hebreos» que, «llevando ramos de olivo, salieron al encuentro del Señor, aclamando: “Hosanna en el cielo”» (*Antífona de la procesión*).

Salieron al encuentro del Señor.

Jóvenes de Roma y del mundo, Cristo os llama: *salid a su encuentro.*

ÁNGELUS

1. Ahora se renovará un gesto muy significativo: la entrega *de la cruz del Año santo*. Los *jóvenes filipinos* –cuya presencia aquí en medio de nosotros nos lleva con el pensamiento y con el corazón al inolvidable encuentro de Manila, que tuvo lugar en enero del año pasado– entregan la cruz a sus *coetáneos franceses*, que se preparan para acoger en París, en agosto de 1997, la XII Jornada mundial de la juventud.

La cruz nos conduce espiritualmente al Calvario. Con María permanecemos a los pies de Cristo agonizante. La cruz nos habla de la misericordia de Dios. Dejarnos conquistar por esta misericordia ilimitada, que interpela, transfigura y salva, es el camino para acercarse con respeto y amor al drama del Hijo de Dios que da su vida por nosotros.

Amadísimos jóvenes, sabed leer *en la cruz la medida del amor de Dios*: ¡una medida sin medida! Dirigid vuestra mirada hacia el crucifijo y acoged emocionados el mensaje que él –el único que tiene palabras de vida eterna– dirige a cada uno. De ella tomad la fuerza para sostener y alimentar vuestro testimonio de discípulos y mensajeros del Evangelio.

A los jóvenes filipinos y a todos los jóvenes de lengua inglesa

2. Saludo con particular alegría al grupo *de jóvenes provenientes de Filipinas*, acompañados por mons. Rolando Tirona, obispo auxiliar de Manila, que han traído de nuevo a esta plaza la cruz del Año santo.

Juntamente con vosotros, agradezco al Señor todas las cosas buenas que su gracia realizó con ocasión de la Jornada mundial de la juventud celebrada en Manila. Cuando volváis a casa, transmitid los mejores deseos del Papa a todos los demás jóvenes, y comunicadles su invitación a que colaboren con generosidad en la nueva evangelización, de forma que el Evangelio de Jesucristo sea la luz, la verdad y la paz para los hombres y mujeres de ese gran continente asiático.

3. *A los jóvenes de lengua francesa*. Saludo ahora a la delegación de los jóvenes de las diferentes regiones de Francia, guiados por el cardenal Jean-Marie Lustiger, arzobispo de París.

Habéis venido a Roma para recibir la cruz del Año santo, que comienza con una peregrinación a Francia hasta la celebración de la próxima Jornada mundial de la juventud, en agosto de 1997. Durante el camino hacia el tercer milenio, el encuentro de París tendrá por tema: «Maestro, ¿dónde vives? Venid y lo veréis» (*Jn* 1, 38-39). Así, volvemos a

ponernos en marcha en busca del Señor, para gustar la alegría y la fuerza de la amistad, y para descubrir su presencia en la Iglesia y en nuestros hermanos.

4. *A los jóvenes de lengua española.* Saludo con afecto a todos los jóvenes de lengua española testigos del paso de la cruz de los jóvenes filipinos a los jóvenes franceses. Estad, como María, presentes junto a Cristo crucificado, prueba suprema de su amor por nosotros, para que en esta Pascua podáis acoger intensamente la nueva vida y testimoniarla a los demás.

5. *A los jóvenes de lengua alemana.* Os saludo cordialmente también a vosotros, queridos jóvenes de lengua alemana, que habéis venido a Roma para la Jornada mundial de la juventud. Reconoced en la cruz del Señor el amor inconmensurable de Dios y sed testigos fieles de dicho amor en vuestra vida de cada día.

A los jóvenes de lengua portuguesa. Cristo os necesita para anunciar el Evangelio al mundo. Que la Jornada mundial de la juventud ayude a recordar la necesidad de un audaz compromiso misionero, con vuestra fe y la alegría de servir a Dios, y la intercesión maternal de María santísima.

A los jóvenes de lengua polaca. Saludo cordialmente, asimismo, a los jóvenes polacos presentes en la plaza de San Pedro, y también a los que me escucháis por medio de la radio y la televisión. Estáis llamados a salir al encuentro de Cristo, redentor del hombre, porque sólo él tiene «palabras de vida eterna» (Jn 6, 68). Estáis llamados a difundir el mensaje de amor que brota de su cruz y resurrección.

Los jóvenes franceses recibieron la Cruz de manos de jóvenes filipinos y la llevaron a Francia.

XII JMJ

PARÍS, 19 A 24 DE AGOSTO DE 1997

TEMA: «MAESTRO, ¿DÓNDE VIVES? VEN Y VERÁS» (JN 1, 38-39)

La Cruz hizo su entrada triunfal en la Catedral de Chartres, para presidir la Misa del Domingo de Ramos, el 23 de marzo de 1997. Así comenzó su nueva peregrinación que la llevó a visitar 90 diócesis y Movimientos, en Austria, también en Alemania y en los Países Bajos. Esta vez en Alemania se dirigió a Berlín, donde el Santo Padre celebró un encuentro con los jóvenes del lugar; la Cruz se quedó toda la noche con los jóvenes, recogidos en la oración.

El año 1997 también se celebró el VI Foro Internacional de los jóvenes en Palaiseau, del 14 al 18 de agosto, llegando la Cruz a París el 19 de agosto para la XII Jornada de la Juventud, celebrada con un Encuentro Mundial de los jóvenes con el Papa.

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el 15 de agosto de 1996, Fiesta de la Asunción de Nuestra Señora la Virgen María, para la XII JMJ. Muy queridos jóvenes:

1. Me dirijo a vosotros con alegría, continuando el largo diálogo que, con motivo de las Jornadas Mundiales de la Juventud, estamos realizando. En comunión con todo el pueblo de Dios que camina hacia el Gran Jubileo del año 2000, quiero invitaros este año a fijar la mirada en Jesús, Maestro y Señor de nuestra vida, mediante las palabras que encontramos en el Evangelio de Juan: «Maestro, ¿dónde vives? Venid y veréis» (cfr. 1,38-39).

En los próximos meses, en todas las Iglesias locales os encontraréis con vuestros pastores para reflexionar sobre estas palabras evangélicas. Después, en agosto de 1997, viviremos juntos la celebración de la XII Jornada Mundial de la Juventud a nivel internacional en París, en el corazón del continente europeo. En aquella metrópolis, desde siglos encrucijada de pueblos, de arte y de cultura, los jóvenes de Francia se están preparando con gran entusiasmo para acoger a sus coetáneos provenientes de todos los rincones del planeta. Siguiendo la Cruz del Año San-

to, el pueblo de las jóvenes generaciones que creen en Cristo será una vez más icono vivo de la Iglesia peregrina por los caminos del mundo. En los encuentros de oración y reflexión, en el diálogo que une superando las diferencias de lengua y de raza, en el intercambio de ideales, problemas y esperanzas, experimentará vitalmente la promesa de Jesús: «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20).

2. Jóvenes de todo el mundo, ¡en el camino de la vida cotidiana podéis encontrar al Señor! ¿Os acordáis de los discípulos que, acudiendo a la orilla del Jordán para escuchar las palabras del último de los grandes profetas, Juan el Bautista, vieron como indicaba que Jesús de Nazaret era el Mesías, el Cordero de Dios? Ellos, llenos de curiosidad, decidieron seguirle a distancia, casi tímidos y sin saber que hacer, hasta que él mismo, volviéndose, preguntó: «¿Qué buscáis?», suscitando aquel diálogo que dio inicio a la aventura de Juan, de Andrés, de Simón «Pedro» y de los otros apóstoles (cfr. Jn 1,29-51).

Precisamente en aquel encuentro sorprendente, descrito con pocas y esenciales palabras, encontramos el origen de cada recorrido de fe. Es Jesús quien toma la iniciativa. Cuando Él está en medio, la pregunta siempre se da la vuelta: de interrogantes se pasa a ser interrogados, de «buscadores» nos descubrimos «encontrados»; es Él, de hecho, quien desde siempre nos ha amado primero (cfr. 1 Jn 4,10). Ésta es la dimensión fundamental del encuentro: no hay que tratar con algo, sino con Alguien, con «el que Vive». Los cristianos no son discípulos de un sistema filosófico: son los hombres y las mujeres que han hecho, en la fe, la experiencia del encuentro con Cristo (cfr. 1 Jn 1,1-4).

Vivimos en una época de grandes transformaciones, en la que declinan rápidamente ideologías que parecía que podían resistir el desgaste del tiempo, y en el planeta se van modificando los confines y las fronteras. Con frecuencia la humanidad se encuentra en la incertidumbre, confundida y preocupada (cfr. Mt 9,36), pero la Palabra de Dios no pasa; recorre la historia y, con el cambio de los acontecimientos, permanece estable y luminosa (cfr. Mt 24,35). *La fe de la Iglesia está fundada en Jesucristo, único salvador del mundo: ayer, hoy y siempre* (cfr. Hb 13,8). La Palabra remite a Cristo, porque a Él se dirigen las preguntas que brotan del corazón humano frente al misterio de la vida y de la muerte. Él es el único que puede ofrecer respuestas que no engañan o decepcionan.

Trayendo a la memoria vuestras palabras en los inolvidables encuentros que he tenido la alegría de vivir con vosotros en mis viajes apostólicos por todo el mundo, me parece descubrir en ellas, de forma insistente y viva, la misma pregunta de los discípulos: «Maestro, ¿dónde vives?». Aprended a escuchar de nuevo, en el silencio de la oración, la respuesta de Jesús: «Venid y veréis».

3. Muy queridos jóvenes, como los primeros discípulos, *¡seguid a Jesús!* No tengáis miedo de acercaros a Él, de cruzar el umbral de su casa, de hablar con Él cara a cara, como se está con un amigo (cfr. Ex 33,11). No tengáis miedo de la «vida nueva» que Él os ofrece: Él mismo, con la ayuda de su gracia y el don de su Espíritu, os da la posibilidad de acogerla y ponerla en práctica.

Es verdad: *Jesús es un amigo exigente* que indica metas altas, pide salir de uno mismo para ir a su encuentro, entregándole toda la vida: «quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará» (Mc 8,35). Esta propuesta puede parecer difícil y en algunos casos incluso puede dar miedo. Pero —os pregunto— ¿es mejor resignarse a una vida sin ideales, a un mundo construido a la propia imagen y semejanza, o más bien buscar con generosidad la verdad, el bien, la justicia, trabajar por un mundo que refleje la belleza de Dios, incluso a costa de tener que afrontar las pruebas que esto conlleva?

¡Abatid las barreras de la superficialidad y del miedo! Reconociéndoos hombres y mujeres «nuevos», regenerados por la gracia bautismal, conversad con Jesús en la oración y en la escucha de la Palabra; gustad la alegría de la reconciliación en el sacramento de la Penitencia; recibid el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Eucaristía; acogedlo y servidle en los hermanos. Descubriréis la verdad sobre vosotros mismos, la unidad interior y encontraréis al «Tú» que cura de las angustias, de las preocupaciones, de aquel subjetivismo salvaje que no deja paz.

4. «Venid y veréis». *Encontraréis a Jesús allí donde los hombres sufren y esperan*: en los pequeños pueblos diseminados en los continentes, aparentemente al margen de la historia, como era Nazaret cuando Dios envió su Ángel a María; en las grandes metrópolis donde millones de seres humanos frecuentemente viven como extraños. Cada ser humano, en realidad, es «conciudadano» de Cristo.

Jesús vive junto a nosotros, en los hermanos con los que compartís la existencia cotidiana. Su rostro es el de los *más pobres*, de los margi-

nados, víctimas casi siempre de un modelo injusto de desarrollo, que pone el beneficio en el primer puesto y hace del hombre un medio en lugar de un fin. La casa de Jesús está donde un ser humano sufre por sus derechos negados, sus esperanzas traicionadas, sus angustias ignoradas. Allí, entre los hombres, está la casa de Cristo, que os pide que sequéis, en su nombre, toda lágrima y que les recordéis a los que se sienten solos que nadie está solo si pone en Él su esperanza (cfr. Mt 25,31-46).

5. *Jesús vive entre los que le invocan sin haberlo conocido*; entre los que, habiendo empezado a conocerlo, sin su culpa, lo han perdido; entre los que *lo buscan con corazón sincero*, aún perteneciendo a situaciones culturales y religiosas diferentes (cfr. *Lumen gentium*, 16). Discípulos y amigos de Jesús, haceos artífices de diálogo y de colaboración con todos los que creen en un Dios que gobierna con infinito amor el universo; convertíos en embajadores de aquel Mesías que habéis encontrado y conocido en su «casa», la Iglesia, de forma que otros muchos de vuestros coetáneos puedan seguir sus huellas, iluminados por vuestra fraterna caridad y por la alegría de vuestra mirada que ha contemplado a Cristo.

Jesús vive entre los hombres y las mujeres «que se honran con el nombre de cristianos» (cfr. *Lumen gentium*, 15). Todos los pueden encontrar en las Escrituras, en la oración y en el servicio al prójimo. En la vigilia del tercer milenio, cada día es más urgente *reparar el escándalo de la división entre los cristianos*, reforzando la unidad por medio del diálogo, de la oración común y del testimonio. No se trata de ignorar las divergencias y los problemas utilizando un cierto relativismo, porque sería como cubrir la herida sin curarla, con el riesgo de interrumpir el camino antes de haber llegado a la meta de la plena comunión. Al contrario, se trata de actuar –guiados por el Espíritu Santo– con vistas a una *real reconciliación*, confiando en la eficacia de la oración pronunciada por Jesús la vigilia de su pasión: «Padre, que sean uno como nosotros somos uno» (cfr. Jn 17,22). Cuánto más os unáis a Jesús, mayor será vuestra capacidad de unión; y en la medida en que realicéis gestos concretos de reconciliación, entraréis en la intimidad de su amor.

Jesús vive concretamente en vuestras parroquias, en las comunidades en las que vivís, en las asociaciones y en los movimientos eclesiales a los que pertenecéis, así como en otras formas contemporáneas de agregación y de apostolado al servicio de la nueva evangelización. La riqueza de tanta variedad de carismas es un beneficio para toda la Igle-

sia e impulsa a cada creyente a poner las propias fuerzas al servicio del único Señor, fuente de salvación para toda la humanidad.

6. Jesús es «la Palabra del Padre» (cfr. Jn 1,1), donada a los hombres para desvelar el rostro de Dios y dar sentido y orientación a sus pasos inciertos. Dios, que «muchas veces y de muchos modos habló en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas, en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo el mundo» (Hb 1,1-2). Su Palabra no es imposición que desquicia las puertas de la conciencia; es voz persuasiva, don gratuito que, para llegar a ser salvífico en la vida concreta de cada uno, pide una actitud disponible y responsable, un corazón puro y una mente libre.

En vuestros grupos, queridos jóvenes, multiplicad las ocasiones de escucha y de estudio de la Palabra del Señor, sobre todo mediante la *lectio divina*: descubriréis en ella los secretos del Corazón de Dios y sacaréis fruto para el discernimiento de las situaciones y la transformación de la realidad. Guiados por la Sagrada Escritura, podréis reconocer en vuestras jornadas la presencia del Señor, y entonces el «desierto» podrá convertirse en «jardín», donde la criatura podrá hablar familiarmente con su Creador: «Cuando leo la Sagrada Escritura, Dios vuelve a pasear en el Paraíso terrenal» (S. Ambrosio, *Epístola*, 49,3).

7. *Jesús vive entre nosotros en la Eucaristía*, en la cual se realiza de modo total su presencia real y su contemporaneidad con la historia de la humanidad. Entre las incertidumbres y distracciones de la vida cotidiana, imitad a los discípulos en camino hacia Emaús y, como ellos, decidle al Resucitado que se revela en el gesto de partir el pan: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado» (Lc 24,29). Invocad a Jesús, para que en los caminos de los tantos Emaús de nuestro tiempo, siempre permanezca con vosotros. Que Él sea vuestra fuerza, vuestro punto de referencia, vuestra perenne esperanza. Que nunca os falte, queridos jóvenes, el Pan Eucarístico en las mesas de vuestra existencia. ¡De este pan podréis sacar fuerza para dar testimonio de vuestra fe!

Alrededor de la mesa eucarística se realiza y se manifiesta la armoniosa unidad de la Iglesia, misterio de comunión misionera, en la que *todos se sienten hijos y hermanos*, sin exclusiones o diferencias de raza, lengua, edad, clase social o cultura. Queridos jóvenes, contribuid generosa y responsablemente a edificar continuamente la Iglesia como

familia, lugar de diálogo y de recíproca acogida, espacio de paz, de misericordia y de perdón.

8. Queridos jóvenes, iluminados por la Palabra y fortificados con el pan de la Eucaristía, *estáis llamados a ser testigos* creíbles del Evangelio de Cristo, que hace nuevas todas las cosas.

Pero ¿por qué se reconocerá que sois verdaderos discípulos de Cristo? Porque «os amaréis los unos a los otros» (Jn 13,35) siguiendo el ejemplo de su amor: un amor gratuito, infinitamente paciente, que no se niega a nadie (cfr. 1 Cor 13,4-7). Será *la fidelidad al mandamiento nuevo* que certificará vuestra coherencia respecto al anuncio que proclamáis. Ésta es la gran «novedad» que puede asombrar al mundo desgraciadamente todavía herido y dividido por los violentos conflictos, a veces evidentes y claros, otras, sutiles y escondidos. En este mundo vosotros estáis llamados a *vivir la fraternidad*, no como una utopía, sino como posibilidad real; en esta sociedad estáis llamados a construir, como verdaderos misioneros de Cristo, la civilización del amor.

9. El 30 de septiembre de 1997 celebraremos el centenario de la muerte de *Santa Teresa de Lisieux*. Sin duda que en su patria su figura llamará la atención de los jóvenes peregrinos, porque Santa Teresa es una santa joven que hoy propone de nuevo este simple y sugerente anuncio, lleno de estupor y de gratitud: Dios es Amor; cada persona es amada por Dios, que espera que cada uno lo acoja y lo ame. Un mensaje que vosotros, jóvenes de hoy, estáis llamados a acoger y gritar a vuestros coetáneos: «¡El hombre es amado por Dios! Éste es el simplicísimo y sorprendente anuncio del que la Iglesia es deudora respecto del hombre» (*Christifideles laici*, 34).

De la juventud de Teresa del Niño Jesús brota su entusiasmo por el Señor, la gran sensibilidad con la que ha vivido el amor, la audacia no ilusoria de sus grandes proyectos. Con la atracción de su santidad, confirma que Dios también concede a los jóvenes, con abundancia, los tesoros de su sabiduría.

Recorred con ella el camino humilde y sencillo de la madurez cristiana, en la escuela del Evangelio. Permaneced con ella en el «corazón» de la Iglesia, viviendo radicalmente la opción por Cristo.

10. Queridos jóvenes, en la casa donde vive Jesús encontrad *la presencia dulce de la Madre*. En el seno de María el Verbo se hizo carne.

Aceptando la misión que le fue asignada en el plan de salvación, la Virgen se ha convertido en modelo de todos los discípulos de Cristo.

A Ella encomiendo la preparación y la celebración de la XII Jornada Mundial de la Juventud, así como las esperanzas y deseos de los jóvenes que, en cada rincón del mundo, repiten con Ella: «He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra» (cfr. Lc 1,38) y van al encuentro de Jesús para habitar en su casa, preparados para anunciar después a sus coetáneos, como los Apóstoles: «Hemos encontrado al Mesías» (Jn 1,41).

Con estos sentimientos os saludo cordialmente a cada uno, al mismo tiempo que, acompañándoos con la oración, os bendigo.

DISCURSO durante el encuentro con el Presidente de la República Francesa, el jueves, 21 de agosto de 1997.

1. Su acogida y sus palabras me conmueven profundamente en este momento en que tengo la alegría de visitar otra vez Francia, con ocasión de la XII Jornada mundial de la juventud. Le agradezco particularmente las delicadas atenciones que me dispensa; y aprecio la presencia de numerosas personalidades, que han querido tomar parte en esta ceremonia.

Era natural que un día los jóvenes católicos, representando a sus coetáneos de más de ciento treinta países del mundo, desearan reunirse en París. Junto con ellos, le doy las gracias a usted, señor presidente, así como a las autoridades y a los servicios del Estado, por la comprensión que les habéis manifestado. Ya sea que pertenezcan a naciones europeas cercanas, o a naciones de otros continentes, todos se alegran de ser recibidos por los franceses de todas las edades y de descubrir el valor de vuestras tradiciones espirituales y culturales, cuya importancia para la historia y para la Iglesia podrán apreciar mejor, percibiendo su influencia hasta el día de hoy.

2. Al dirigirme a usted, señor presidente, en las primeras horas de mi estancia, quiero saludar cordialmente a todos los franceses, a quienes expreso mi deseo de que logren la prosperidad y sigan poniendo al servicio de sus hermanos, en su país y en todos los continentes, sus cualidades y sus ideales.

Numerosos jóvenes de todo el mundo han sido acogidos durante estos últimos días en las diferentes regiones de Francia, y ahora están reunidos en París. Quiero expresar aquí toda la gratitud de la Iglesia por

la generosa hospitalidad brindada a estos visitantes en los departamentos, y ahora en Ile-de-France. Doy las gracias en particular a los parisienses y a los habitantes de Ile-de-France, quienes, sin duda a costa de algunos inconvenientes, permiten a sus huéspedes vivir estos días en las mejores condiciones posibles.

3. Me alegra reencontrarme con los fieles de Francia en una circunstancia tan excepcional. Recuerdo con gusto la calurosa acogida que me han reservado en numerosas ocasiones y, de modo particular, en septiembre del año pasado. Junto con la Jornada mundial, dos acontecimientos caracterizan particularmente este año para los católicos franceses: pienso, ante todo, en el centenario de la muerte de santa Teresa de Lisieux, gran figura espiritual, conocida y amada en el mundo entero, que con razón ha sido celebrada por los jóvenes de todos los pueblos; por otra parte, mañana tendré la alegría de proclamar beato a Federico Ozanam, apóstol de una caridad respetuosa del hombre, que analizó con gran clarividencia los problemas sociales. Estas dos personalidades diferentes son, entre muchas otras, testigos de la aportación fecunda de los católicos de Francia a la Iglesia universal.

4. Pero mi viaje a París marca una nueva etapa en una especie de vasto itinerario recorrido junto con los jóvenes a través del mundo, desde hace ya doce años, para un intercambio siempre nuevo con ellos. Vienen para reafirmar juntos su voluntad de construir un mundo más acogedor y un futuro más pacífico. Muchos de ellos, en su región y en sus naciones, experimentan los sufrimientos que causan los conflictos fratricidas y el desprecio del ser humano; con demasiada frecuencia afrontan la precariedad del empleo y una pobreza extrema; su generación busca con dificultad no sólo los medios materiales indispensables, sino también razones de vida y objetivos que motiven su generosidad. Se dan cuenta de que sólo serán felices si se integran bien en una sociedad donde se respete la dignidad humana y la fraternidad sea real. Tienen aquí una ocasión privilegiada para poner en común sus aspiraciones e intercambiar recíprocamente las riquezas de sus culturas y experiencias.

Su búsqueda tiene como impulso íntimo un interrogante de orden espiritual, que los ha llevado a tomar su bastón de peregrino, siguiendo el ejemplo de sus antepasados, que atravesaban los continentes como constructores de paz, hermanos de los hombres y buscadores de Dios.

5. Señor presidente, señoras y señores, gracias por haber comprendido la importancia de esta gran asamblea de la esperanza en vuestra insigne capital. Estoy convencido de que los esfuerzos realizados para recibir a estos huéspedes tan diferentes producirán frutos duraderos tanto para vuestros huéspedes como para vuestros compatriotas.

Al expresarle de nuevo mi gratitud personal, invoco de todo corazón sobre usted y sobre todo el pueblo francés los beneficios de las bendiciones divinas.

DISCURSO en la Fiesta de Acogida en el Campo de Marte.

Jóvenes del mundo entero:

El Obispo de Roma os saluda y os expresa su confianza y la alegría de encontrarse con vosotros. Habéis venido de diferentes países y de todos los continentes. Representáis no solo a la juventud francesa y europea, sino también a la de América del Norte, de América central y del Sur, los Archipiélagos y las Islas del Océano Atlántico, a la juventud de muchos países africanos, las Islas del Océano Indico, a la juventud de Asia, de Australia, del Extremo Oriente y de todos los mares que rodean el continente asiático, a la juventud del Pacífico. ¡Esta es una Jornada de la Juventud realmente mundial! Vosotros sois la esperanza del mundo, aspiráis a una vida cada vez más hermosa, fundada en los valores morales y espirituales que hacen libres y que dirigen nuestros pasos hacia la eternidad.

Continuáis la historia de la Jornada Mundial de la Juventud. Vale la pena recordarla. Por primera vez, se celebró en Roma en 1984. La siguiente tuvo lugar en Buenos Aires (1987). Después nos encontramos en Santiago de Compostela, en España (1989) y, en 1991, en Polonia en Czestochowa. Una jornada ésta verdaderamente particular, pues por vez primera participaron jóvenes de la ex-Unión Soviética: rusos, ucranios, bielorrusos, lituanos, letones, entonces, representantes del Kazakstán y de otras repúblicas de Asia central y cristianos del Cáucaso. La dimensión mundial de la Jornada de la Juventud adquirió entonces una nueva amplitud. En 1993 nos volvimos a encontrar en Denver, en los Estados Unidos y después en Manila, en las Filipinas en 1995, con la más grande participación, facilitada por la cercanía de grandes metrópolis. El encuentro actual tiene lugar en París. Dirijo mi más cordial agradecimiento al Cardenal Jean-Marie Lustiger, a Monseñor Michel Dubost y a los organizadores de este encuentro, en

especial a los jóvenes de las diferentes diócesis francesas que han preparado la venida de sus compañeros. Agradezco asimismo a Mons. Luis-Marie Billè, Presidente de la Conferencia de Obispos de Francia por su acogida y a los Obispos franceses por la hospitalidad que sus diócesis han dispensado a sus huéspedes del mundo entero.

Dirijo un deferente saludo a las personalidades que representan a las otras Iglesias cristianas y Comunidades eclesiales, así como a las que representan a las comunidades judías y musulmanas; les agradezco cordialmente que han querido unirse a esta reunión festiva de la juventud católica.

Gracias a los jóvenes representantes filipino y francés que os invitan a formar la gran cadena de la fe, de la solidaridad, de la amistad y de la paz entre los países del mundo entero.

Sois los continuadores de aquellos jóvenes que, llevando ramos de olivo, iban delante del Cristo que entraba en Jerusalén. Ellos aclamaban a Cristo. Hoy, jóvenes de todos los continentes, reconocéis a Cristo, que nos une en un gozoso intercambio y una fuerte solidaridad, caminando juntos hacia la bienaventuranza que nos ofrece. Habéis elegido el arco iris como signo de vuestra diversidad de origen y cultura; con él expresáis vuestra acción de gracias por las alianzas de Dios con la creación hasta la alianza definitiva, sellada con la sangre del Salvador.

Después de haber acogido a los representantes de los diferentes países, dirijo un cordial saludo a las delegaciones de los Movimientos, Asociaciones y Comunidades internacionales.

(inglés) Un saludo especial a los jóvenes de lengua inglesa de todo el mundo. El Papa se alegra de encontrarse con vosotros, que habéis venido en tan gran número a París, para la Jornada mundial de la juventud. Cristo nos ha reunido. Este es el tema de nuestras reflexiones durante estos días; él está en el centro de nuestra oración; es la fuente del vínculo espiritual que nos une en su Iglesia, un vínculo que, quizá, percibimos más intensamente cuando miramos a nuestro alrededor y vemos a tantos jóvenes cuyos corazones vibran con el mensaje del evangelio de esperanza, el evangelio de vida.

«Maestro, ¿dónde vives? Les respondió: «Venid y lo veréis» (...). Y se quedaron con él aquel día» (*Jn* 1, 38-39). Este es el reto que la Jornada mundial de la juventud lanza a los jóvenes de Europa, de África, de Asia, de Oceanía y de América. Que este gran acontecimiento os ayude a conocer mejor a Jesús y amarlo más. Así seréis sus apóstoles en el mundo, en la aurora del próximo milenio. ¡Dios os bendiga a todos!

(español) Os saludo, queridos jóvenes de España y América Latina. Gracias por vuestra generosa respuesta a la invitación a venir a París. Lleváis mucho tiempo preparando esta Jornada y habéis llegado hasta aquí después de una peregrinación a veces dura y exigente, pero vivida con la alegría que os caracteriza. Abrid vuestros corazones a Cristo y compartid con los demás jóvenes del mundo el tesoro de vuestra fe y los mejores valores de vuestras culturas.

(italiano) Queridos amigos italianos, os doy una cordial bienvenida. Habéis venido a este encuentro mundial de la juventud guiados por la pregunta: «Maestro, ¿dónde vives?». Jesús responde: «Venid y lo veréis». Aceptad su invitación: él os muestra el rostro de Dios, el rostro que todo hombre busca apasionadamente a lo largo de su existencia, a veces incluso sin darse cuenta. Experimentadlo personalmente y sed sus testigos con cuantos encontréis en vuestro camino.

(alemán) Os saludo cordialmente, queridos jóvenes de lengua alemana. Vuestra presencia muestra que queréis dar testimonio de vuestra fe en Jesucristo. Que estos días de oración y de encuentro con los jóvenes de todo el mundo sean para vosotros fuente de energía, a fin de seguir orientando vuestro camino de vida hacia Cristo.

(portugués) Queridos jóvenes de los diversos países de lengua portuguesa, con gran alegría os doy la bienvenida. ¡Muchas gracias por estar aquí! Pido a María santísima que os obtenga el don de acoger con prontitud la invitación de Cristo a conocer su morada y permanecer siempre con él, para anunciar su evangelio de esperanza a todo el mundo.

(polaco) Saludo a mis jóvenes compatriotas, que han venido de Polonia y de otros países, con algunos sacerdotes. Os acoyo cordialmente a cada uno de vosotros. Me acuerdo de los recientes encuentros que hemos tenido en nuestra tierra natal, y me alegra que podamos estar nuevamente juntos, aquí en París. En Polonia profesamos nuestra fe común en Cristo Jesús, que es «el mismo ayer, hoy y siempre» (*Hb* 13, 8). Hoy, con los jóvenes de todo el mundo, vamos al encuentro de Cristo para preguntarle, como Juan y Andrés: «Maestro, ¿dónde vives?» (*Jn* 1, 38), y para escuchar, como ellos, su respuesta: «Venid y lo veréis» (*Jn* 1, 39). Entre estos acontecimientos existe un nexo extraordinario, pues encierran el programa esencial de la vida cristiana: encuentro, pregunta, respuesta, llamada.

Durante estos días, de manera especial, pediré a Dios que, con el poder de su Espíritu, reavive constantemente en vosotros el deseo de encontraros con Cristo y que os dé la valentía de preguntarle: «¿dónde

vives?»; le pediré que, cuando oigáis su respuesta, no dudéis en seguirlo a donde os guíe.

Que la bendición de Dios os acompañe a vosotros y a los jóvenes de vuestra edad que no han podido venir aquí.

¡Que Dios os bendiga!

(ruso) Queridos jóvenes de lengua rusa, tenéis grandes riquezas espirituales para compartir con vuestros compañeros. Que esta Jornada mundial sea también para vosotros una invitación a acoger a Cristo y convertiros cada vez más en sus discípulos.

(rumano) Queridos amigos de Rumanía, vuestras tradiciones culturales y espirituales son muy valiosas para toda la Iglesia. El Señor os invita a reavivar la gracia de vuestro bautismo, para ser testigos de su amor en medio de vuestros hermanos.

(húngaro) Os saludo cordialmente, queridos jóvenes de Hungría. En el momento de vuestro bautismo, os habéis revestido de Cristo. Sois los testigos de la buena nueva del Señor en vuestro país.

(árabe) Queridos jóvenes, Cristo os llama a seguirlo para encontrar la felicidad y construir con vuestros hermanos una sociedad de justicia y de paz.

(tagalo) Saludo a todos los jóvenes de Filipinas, que han tenido la gracia de albergar la anterior Jornada mundial. Proseguid vuestro camino en el seguimiento del Señor, felices de ser sus discípulos y sus testigos todos los días de vuestra vida.

(suahili) Jóvenes del continente africano, os saludo cordialmente. Poned al servicio de todos vuestros hermanos vuestro dinamismo y vuestra alegría de vivir, para continuar construyendo la Iglesia-familia y hacer progresar toda la sociedad.

(chino) Queridos jóvenes de China, ¡bienvenidos! Que la oración de todos os dé la fuerza para ser discípulos de Cristo y constructores de paz.

Queridos jóvenes, Cristo es nuestra esperanza, es nuestra alegría. Durante los días siguientes, abrid vuestro corazón y vuestra mente a Cristo. Formáis parte de la Iglesia que os quiere revelar el camino de la salvación y la vía de la felicidad. Os invito a dejaros guiar por el Señor y a caminar con él. A lo largo de esta semana os deseo unos días de gracia y de paz.

(Al final del encuentro, el Papa se despidió de los jóvenes con las siguientes palabras):

Ahora sabemos por qué el ingeniero Eiffel construyó esta torre: para tener aquí, alrededor de esta torre, un gran encuentro de la juventud, la

Jornada mundial, que acabamos de inaugurar y que proseguiremos mañana, pasado mañana y hasta el domingo. Una sugerencia para esta noche: dormid bien.

MEDITACIÓN en el Campo de Marte.

Queridos jóvenes:

1. Acabamos de escuchar el *Evangelio del lavatorio de los pies*. Con este gesto de amor, la noche del Jueves Santo, el Señor nos ayuda a comprender el sentido de la Pasión y la Resurrección. El tiempo que vamos a vivir juntos hacen referencia a la Semana Santa y, en particular, a los tres días que nos recuerdan el misterio de la Pasión, muerte y resurrección de Cristo. Lo cual nos remite también al proceso de iniciación cristiana y del catecumenado, es decir, la preparación de los adultos para el bautismo, que en la Iglesia primitiva tenía una importancia capital. La liturgia de la Cuaresma señala las etapas de la preparación de los catecúmenos para el bautismo, celebrado durante la Vigilia Pascual. En los próximos días acompañaremos a Cristo en las últimas etapas de su vida terrestre y contemplaremos *los grandes aspectos del misterio pascual*, para dar firmeza a la fe de nuestro Bautismo; manifestemos todo nuestro amor al Señor, diciéndole, como hizo Pedro tres veces al borde del lago, después de la Resurrección: «Tu sabes bien que te amo» (cf. *Jn* 21, 4-23).

El Jueves Santo, mediante la institución de la Eucaristía y del sacerdocio, así como por el lavatorio de los pies, Jesús mostró claramente a los Apóstoles reunidos el sentido de su Pasión y de su muerte. Él les introdujo también en el misterio de la nueva Pascua y de la Resurrección. *El día de su condena y de su crucifixión* por amor a los hombres, entregó su vida al Padre por la salvación del mundo. *La mañana de Pascua*, las santas mujeres, y después Pedro y Juan, encontraron la tumba vacía. El Señor resucitado se apareció a María Magdalena, a los discípulos de Emaús y a los Apóstoles. La muerte no tiene la última palabra. Jesús ha salido victorioso de la tumba. Después de haberse retirado al Cenáculo, los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo que les dio la fuerza de ser misioneros de la Buena Nueva.

2. El lavatorio de los pies, manifestación del amor perfecto, es el signo de identidad de los discípulos. «Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis» (*Jn* 13, 15). Jesús, Maestro y Señor, deja su lugar en la mesa para tomar el puesto de

servidor. Invierte los papeles, manifestando *la novedad radical de la vida cristiana*. Enseña humildemente que *amar en palabras y obras significa ante todo servir a los hermanos*. El que no acepta esto no puede ser su discípulo. Por el contrario, quien sirve recibe la promesa de la salvación eterna.

Con el Bautismo renacemos a la vida nueva. La existencia cristiana nos exige *avanzar en el camino del amor*. *La ley de Cristo es la ley del amor*. Esta ley, transformando el mundo como el fermento, desarma a los violentos y pone en su lugar a los débiles y más pequeños, llamados a anunciar el Evangelio. En virtud del Espíritu recibido, el discípulo de Cristo se ve impulsado a ponerse al servicio de los hermanos, en la Iglesia, en su familia, en su vida profesional, en las numerosas asociaciones y en la vida pública, en el orden nacional e internacional. Este estilo de vida es en cierto modo la continuación del bautismo y de la confirmación. *Servir es el camino de la felicidad y de la santidad*: nuestra vida se transforma pues en una forma de amor hacia Dios y hacia nuestros hermanos.

Lavando los pies de sus discípulos, Jesús anticipa la humillación de la muerte en la Cruz, en la cual Él servirá el mundo de manera absoluta. Enseña que *su triunfo y su gloria pasan por el sacrificio y por el servicio*: éste es también el camino de cada cristiano. No hay amor más grande que dar la vida por los amigos (cf. *Jn 15,13*), pues el amor salva el mundo, construye la sociedad y prepara la eternidad. De esta manera vosotros seréis los profetas de un mundo nuevo. *¡Que el amor y el servicio sean las primeras reglas de vuestra vida!* En la entrega de vosotros mismos descubriréis lo mucho que ya habéis recibido y que recibiréis aún como don de Dios.

3. Queridos jóvenes, como miembros de la Iglesia os corresponde continuar el gesto del Señor: *el lavatorio de los pies prefigura todas las obras de amor y de misericordia* que los discípulos de Cristo habrían de realizar a lo largo de la historia para hacer crecer la comunión entre los hombres. Hoy, también vosotros estáis llamados a comprometeros en este sentido, aceptando seguir a Cristo; anunciáis que el camino del amor perfecto pasa por la entrega total y constante de sí mismo. Cuando los hombres sufren, cuando son humillados por la miseria y la injusticia, y cuando son denigrados en sus derechos, poneros a su servicio; la Iglesia invita a todos sus hijos a comprometerse en que cada persona pueda vivir con dignidad y ser reconocido

en su dignidad primordial de hijo de Dios. *Cada vez que nosotros servimos a nuestros hermanos no nos alejamos de Dios sino más bien al contrario, le encontramos en nuestro camino y le servimos.* «Cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40). Así damos gloria al Señor, nuestro Creador y nuestro Salvador, hacemos crecer el Reino de Dios en el mundo y hacemos progresar a la humanidad.

Para recordar esta misión esencial de los cristianos para con cada hombre, particularmente para con los más pobres, he querido, ya en el comienzo de la Jornada Mundial de la Juventud, rezar en el lugar de los derechos del hombre en el Trocadero. Juntos pedimos hoy especialmente por los jóvenes que no tienen la posibilidad ni los medios para vivir dignamente y recibir la educación necesaria para su crecimiento humano y espiritual a causa de la miseria, la guerra o la enfermedad. ¡Que todos ellos estén seguros del afecto y del apoyo de la Iglesia!

4. *El que ama no hace cálculos*, no busca ventajas. Actúa en secreto y gratuitamente por sus hermanos, sabiendo que cada hombre, sea quien sea, tiene un valor infinito. En Cristo no hay personas inferiores o superiores. No hay más que *miembros de un mismo cuerpo*, que quieren la felicidad unos de otros y que desean construir un mundo acogedor para todos. Por los gestos de atención y por nuestra participación activa en la vida social, testimoniamos a nuestro prójimo que queremos ayudarle para que llegue a ser él mismo y a dar lo mejor de sí para su promoción personal y para el bien de toda la comunidad humana. La fraternidad relega a la voluntad de dominio, y el servicio la tentación de poder.

Queridos jóvenes, lleváis en vosotros capacidades extraordinarias de entrega, de amor y de solidaridad. El Señor quiere reavivar esta generosidad inmensa que anima vuestro corazón. Os invito a venir a beber a la fuente de la vida que es Cristo, para inventar cada día los medios de *servir a vuestros hermanos en el seno de la sociedad en la cual os corresponde asumir vuestras responsabilidades de hombres y de creyentes*. En los sectores sociales, científicos y técnicos, la humanidad tiene necesidad de vosotros. Cuidad el perfeccionamiento continuo de vuestra cualificación profesional con el fin de ejercer vuestra profesión con competencia y, al mismo tiempo, no dejéis de profundizar vuestra fe, que iluminará todas las decisiones que en vuestra vida profesional y en vuestro trabajo habréis de tomar para el bien de vuestros hermanos. Si deseáis ser reconocidos por vuestras cualidades profesionales, ¿cómo

no sentir también el deseo de acrecentar vuestra vida interior, fuente de todo dinamismo humano?

5. *El amor y el servicio dan sentido a nuestra vida y la hacen hermosa*, pues sabemos para qué y para quién nos comprometemos. Es en el nombre de Cristo, el primero que nos ha amado y servido. ¿Hay algo más grande que el saberse amado? ¿Cómo no responder alegremente a la llamada del Señor? El amor es el testimonio por excelencia que abre a la esperanza. *El servicio a los hermanos transfigura la existencia*, pues manifiesta que la esperanza y la vida fraterna son más fuertes que toda acechanza de desesperación. El amor puede triunfar en cualquier circunstancia.

Desconcertado por el humilde gesto de Jesús, Pedro le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí? jamás» (*Jn* 13, 6.8). Como él, tardamos tiempo en comprender el misterio de salvación, y a veces nos resistimos a emprender el sencillo camino del amor. Sólo el que se deja amar puede a su vez amar. Pedro permitió que el Señor le lavara los pies. Se dejó amar y después lo comprendió.

Queridos jóvenes, haced la experiencia del amor de Cristo: seréis conscientes de lo que Él ha hecho por vosotros y entonces lo comprenderéis. Sólo el que vive en intimidad con su Maestro lo puede imitar. El que se alimenta del Cuerpo de Cristo encuentra la fuerza del gesto fraterno. Entre Cristo y su discípulo se instaura de ese modo una relación de cercanía y de unión, que transforma el ser en profundidad para hacer de él un servidor. Queridos jóvenes, es el momento de preguntaros cómo servir a Cristo. En el lavatorio de los pies encontraréis *el camino real para encontrar a Cristo*, imitándole y descubriéndole en vuestros hermanos.

6. En vuestro apostolado, proponéis a vuestros hermanos *el Evangelio de la caridad*. Allí donde el testimonio de la palabra es difícil o imposible en un mundo que no lo acepta, por vuestra actitud hacéis presente a Cristo siervo, pues vuestra acción está en armonía con la enseñanza de Aquel que anunciáis. Esta es *una forma excelente de confesión de la fe*, que ha sido practicada con humildad y perseverancia por los santos. Es una manera de manifestar que, como Cristo, se puede sacrificar todo por la verdad del Evangelio y por el amor a los hermanos. Conformando nuestra vida a la suya, viviendo como Él en el amor, alcanzaremos la verdadera libertad para responder a nuestra vocación. A veces, esto

puede exigir el heroísmo moral, que consiste en comprometernos con valentía en el seguimiento de Cristo, en la certeza de que el Maestro nos muestra el camino de la felicidad. Únicamente en nombre de Cristo se puede ir hasta el extremo del amor, en la entrega y el desprendimiento.

Queridos jóvenes, la Iglesia confía en vosotros. Cuenta con vosotros para que seáis los testigos del Resucitado a lo largo de toda vuestra vida. Vais ahora hacia los lugares de las diferentes vigiliias. De manera festiva o en meditación, volved vuestra mirada a Cristo, para comprender el sentido del mensaje divino y encontrar la fuerza para la misión que el Señor os confía en el mundo, sea en un compromiso como laicos o en la vida consagrada. Realizando de ese modo vuestra existencia cotidiana con lucidez y esperanza, sin pesadumbre o desánimo, compartiendo vuestras experiencias, percibiréis la presencia de Dios, que os acompaña con suavidad. A la luz de la vida de los Santos y de otros testigos del Evangelio, ayudaos unos a otros a fortalecer vuestra fe y a ser los apóstoles del Año 2000, haciendo presente al mundo que el Señor nos invita a su alegría y que la verdadera felicidad consiste en el darse por amor a los hermanos. ¡Dad vuestra aportación a la vida de la Iglesia que tiene necesidad de vuestra juventud y de vuestro dinamismo!

MENSAJE para la Vigilia de Oración de las Vocaciones y a los jóvenes en Notre-Dame.

Queridos jóvenes:

1. Mi corazón de Obispo de Roma se dirige a vosotros, que os sentís llamados a seguir a Cristo en el ministerio sacerdotal o en la vida consagrada. Estáis en presencia del Señor para pedirle que mande misioneros del Evangelio, para expresarles vuestro deseo de servirle, para reavivar el don que Dios ha puesto en vosotros (cf. 2 Tm 1, 6) y para manifestarle vuestra disponibilidad interior: «Señor, ¿qué esperas de mí?». Os habéis reunido frente a la catedral de Notre Dame de París. Toda catedral es un lugar particularmente significativo. Es el centro de la Iglesia diocesana, la sede del obispo, encargado de la unidad entre todas las comunidades locales. En efecto, alrededor de los obispos, sucesores de los Apóstoles, se construye la Iglesia, cuya piedra angular es Cristo.

Con el Apóstol, os exhorto: «Poned el mayor empeño en afianzar vuestra vocación y vuestra elección» (2 P 1, 10). Poneos a la escucha del Espíritu, porque «es él quien hace viva y actual la Palabra, ayudando a comprender su valor y sus exigencias» (Mensaje para la XXXIV Jornada mundial de oración por las vocaciones de 1997, n. 2: L'Osservatore

Romano, edición en lengua española, 6 de diciembre de 1996, p. 9). Que vuestro primer acto ante el Señor sea darle gracias por vuestras familias y por las comunidades cristianas que os han ayudado y sostenido en vuestro crecimiento humano y en la maduración de vuestra vocación, mediante su presencia y su oración. Vuestra formación espiritual, mediante la cual se unifican vuestra personalidad y vuestra existencia, constituye un requisito necesario para el ministerio apostólico y la vida consagrada. Descubristis la importancia de la oración para la Iglesia y para el mundo. Os invito a pasar algunos ratos en compañía del Señor, para aprender «a vivir en trato familiar y constante con el Padre por su Hijo Jesucristo en el Espíritu Santo» (*Optatam totius*, 8). Buscad a Cristo en la meditación fiel de la palabra de Dios, en la comunión activa con los misterios de la Iglesia y, principalmente, en la Eucaristía y el oficio divino (cf. *ib.*). Con la castidad perfecta, queréis recordar que Dios es preferible a todo, sin suprimir por ello el valor de otros compromisos humanos, y que el hombre encuentra su felicidad consagrándose al Señor.

2. Queridos seminaristas, durante la noche meditaréis el gesto de Cristo, servidor de todos los hombres, quien, el Jueves santo, instituyó la Eucaristía y el sacerdocio; así, su presencia real se realiza mediante su Cuerpo y su Sangre, y su ternura se manifiesta en el perdón. Habéis oído la llamada de Dios, y queréis seguirlo. Es hermoso desear acceder al sacerdocio ministerial, pero es preciso que la elección de Dios sea confirmada por la Iglesia, a la que corresponde discernir la calidad de vuestra vocación. En efecto, Cristo llama a través de su Iglesia, lo cual significa que sólo somos depositarios del tesoro divino y que la misión es un mandato del Señor. Y esta noche, queréis verdaderamente poner vuestra vida ante Cristo y manifestarle vuestro deseo de servirle como él quiere. La disponibilidad y el desprendimiento propio son las actitudes fundamentales de todo hombre que quiere hacer la voluntad del Señor.

3. Vosotros sois para vuestros obispos como la «pupila de sus ojos» (*Don y misterio*, BAC 1996, p. 116); el seminario es «una continuación, en la Iglesia, de la íntima comunidad apostólica formada en torno a Jesús, en la escucha de su palabra, en camino hacia la experiencia de la Pascua, a la espera del don del Espíritu para la misión» (*Pastores dabo vobis*, 60). Sois la alegría de vuestros obispos, que miran a la Iglesia diocesana a través del seminario, y que están presentes en él a través de los educadores. Sois un don para la Iglesia, que le permite mirar con

confianza el futuro. Todo el pueblo de Dios se alegra cuando los jóvenes aceptan prepararse para el sacerdocio, indispensable para su crecimiento y su santificación.

4. Durante los años del seminario, estáis reunidos por el Espíritu Santo en una fraternidad única; este tiempo de vida comunitaria es una verdadera experiencia de Iglesia, que os prepara para la vida en el seno del presbiterio, en la diversidad de los carismas y de las sensibilidades que implica; así, os sentiréis cada día más miembros de la Iglesia diocesana. Tenéis que adquirir una formación intelectual que os permita conocer el misterio de Cristo y, a la vez, os prepare para el anuncio del Evangelio, con un gran amor a la verdad (cf. *Optatam totius*, 14-16). Con el apoyo de la comunidad del seminario, podréis alcanzar cierta madurez humana. Esforzaos por vivir la virtudes teologales y morales, por desarrollar el dominio de vosotros mismos y por formar vuestro carácter, para ser modelos de vida cristiana, practicando ya desde ahora lo que tendréis que enseñar (cf. Ritual de la ordenación de los presbíteros, preliminares, n. 102; *Lumen gentium*, 28). Mediante la elección libre y maduramente ponderada del celibato, podréis manifestar la entrega total de vosotros mismos al Señor y a la misión. La ordenación identifica sacramentalmente con Cristo y confiere un carácter que marca todo el ser.

5. Los sacerdotes no están «destinados al mando o a los honores, sino a entregarse totalmente al servicio de Dios y al ministerio pastoral» (*Optatam totius*, 9). Esto supone estar impregnados del misterio de la Iglesia y tener un profundo amor a los hombres. «Cada uno tiene al Espíritu Santo en la medida en que ama a la Iglesia de Cristo» (san Agustín, Tratado sobre el evangelio de Juan, 32, 8). Sólo se puede anunciar el Evangelio a los hombres cuando se está cerca de ellos y se conoce desde dentro la sociedad humana, su evolución y sus necesidades. Al mismo tiempo, aprended a trabajar con los laicos, cuya influencia humana y espiritual será para vosotros un gran enriquecimiento (cf. *Christifideles laici*, 61-63; *Mulieris dignitatem*, 29-31), puesto que todos juntos estamos comprometidos en la misma misión.

6. Os invito a vivir una relación confiada de obediencia y de comunión con el obispo de vuestra diócesis: él es «el primer representante de Cristo en la formación sacerdotal» (*Pastores dabo vobis*, 65); a él, junto con los responsables de las vocaciones, le corresponde determinar el

lugar y las modalidades de vuestra formación; vuestra renuncia para servir a la Iglesia y seguir a Cristo se basa en el abandono de vuestra vida y de vuestro futuro en las manos de vuestro obispo, tal como se realiza simbólicamente durante la ordenación, para que llevéis a cabo vuestra acción en la perspectiva de la caridad pastoral. Al obedecer hacemos la voluntad de Dios. Esta actitud refuerza el sentido del servicio y de la disponibilidad para la misión eclesial y la apertura a la pastoral diocesana; así, estaréis unidos al obispo «como fieles cooperadores suyos y colaborando con los hermanos» (*Optatam totius*, 9).

7. Queridos jóvenes que pensáis en la vida religiosa o en el compromiso en un instituto de vida consagrada, la Iglesia siente gran estima por la vida consagrada, cuyo modelo es Cristo (cf. *Perfectae caritatis*, 25). Es una gran gracia haber sido elegidos por el Señor. Por la práctica de los consejos evangélicos, por vuestra vida de oración y por el ejercicio de la caridad, reveláis a los hombres el rostro de Dios y participáis activamente en el crecimiento del pueblo de Dios. Queréis entregaros al Señor con un corazón «indiviso» (cf. 1 Co 7, 34), como los Apóstoles, que dejaron todo para estar con Cristo y ponerse, como él, al servicio de Dios y de sus hermanos. Así, contribuiréis a manifestar el misterio y la misión de la Iglesia mediante los múltiples carismas de vida espiritual y apostólica que da el Espíritu Santo, y aportaréis vuestra contribución a la renovación de la sociedad (cf. *Vita consecrata*, 1).

8. Os invito a todos a orar por los jóvenes que, en todo el mundo, oyen la llamada del Señor, y por los que puedan tener miedo de responderle. ¡Ojalá que encuentren a su alrededor educadores para guiarlos! Que perciban la grandeza de su vocación: amar a Cristo sobre todas las cosas como una llamada a la libertad y a la felicidad. Orad para que la Iglesia os ayude en vuestro itinerario y realice un discernimiento justo. Orad para que las comunidades cristianas transmitan siempre la llamada del Señor a las generaciones jóvenes. Junto conmigo, dad gracias al Señor «por el don de la vocación, por la gracia del sacerdocio, por las vocaciones sacerdotales en todo el mundo» (*Don y misterio*, p. 116). Dadle gracias por las personas consagradas. Dadle gracias por las familias, por las parroquias y por los movimientos, cuna de vocaciones.

Consolidad vuestra confianza filial en la Madre de Dios, ya que los ministros ordenados y la Iglesia entera tienen mucha necesidad de aprender de María (cf. *Redemptoris Mater*, 43). Sed verdaderos testigos

de la fe y de la caridad, dispuestos a entregar vuestra vida para la gloria de Dios y la salvación del mundo. ¡Que Dios prosiga en vosotros la obra que ya ha comenzado!

HOMILÍA pronunciada en la Misa de Beatificación del Siervo de Dios Federico Ozanam, el viernes, 22 de agosto de 1997.

1. «*El amor es de Dios*» (1 Jn 4, 7). El evangelio de hoy nos presenta la figura del buen samaritano. Con esta parábola, Cristo quiere mostrar a sus oyentes quién es el prójimo citado en el principal mandamiento de la Ley divina: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo» (Lc 10, 27). Un doctor de la Ley le preguntó qué debía hacer para alcanzar la vida eterna: encontró en esas palabras la respuesta decisiva. Sabía que el amor a Dios y al prójimo es el primero y el más grande de los mandamientos. A pesar de ello, le pregunta: «Y ¿quién es mi prójimo?» (Lc 10, 29).

Es significativo que Jesús ponga a un samaritano como ejemplo para responder a esa pregunta. En efecto, los judíos no tenían en gran estima a los samaritanos. Además, Cristo compara la conducta de este hombre con la de un sacerdote y la de un levita, que vieron al hombre herido por los salteadores medio muerto en el camino y siguieron de largo, sin auxiliarle. Por el contrario, el samaritano, al ver al hombre sufriendo, «tuvo compasión» (Lc 10, 33); su compasión lo impulsó a realizar varias acciones. Ante todo, vendó sus heridas; después lo llevó a una posada para cuidar de él; y, antes de irse, dio al posadero dinero suficiente para que se ocupara de él (cf. Lc 10, 34-35). El ejemplo es elocuente. El doctor de la Ley recibe una respuesta clara a su pregunta: ¿quién es mi prójimo? El prójimo es todo ser humano, sin excepción. Es inútil preguntarle su nacionalidad, su pertenencia social o religiosa. Si necesita ayuda, hay que ayudarlo. Esto es lo que exige la primera y más grande Ley divina, la ley del amor a Dios y al prójimo.

Fiel a este mandamiento del Señor, Federico Ozanam creyó en el amor, en el amor que Dios tiene a los hombres. Él mismo se sintió llamado a amar, dando ejemplo de un gran amor a Dios y a los demás. Salía al encuentro de todos los que tenían mayor necesidad de ser amados que los demás, a quienes Dios Amor sólo podía revelarse efectivamente mediante el amor de otra persona. Ozanam descubrió en eso su vocación, y vio el camino al que Cristo lo llamaba. Allí encontró su camino hacia la santidad. Y lo recorrió con determinación.

2. «El amor es de Dios». El amor del hombre tiene su fuente en la ley de Dios; lo muestra la primera lectura, tomada del Antiguo Testamento. Encontramos en ella una descripción detallada de los actos de amor al prójimo. Es como una preparación bíblica para la parábola del buen samaritano.

La segunda lectura, tomada de la primera carta de san Juan, desarrolla lo que significa la expresión «el amor es de Dios». El Apóstol escribe a sus discípulos: «Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor» (*1 Jn 4, 7-8*). Estas palabras del Apóstol son verdaderamente el centro de la Revelación, el coronamiento al que nos lleva todo lo que se halla escrito en los evangelios y en las cartas apostólicas. San Juan prosigue: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (*1 Jn 4, 10*). La redención de los pecados manifiesta el amor que nos tiene el Hijo de Dios hecho hombre. Entonces, el amor al prójimo, el amor al hombre, ya no es sólo un mandamiento. Es una exigencia que brota de la experiencia vivida del amor a Dios. Por eso san Juan puede escribir: «Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros» (*1 Jn 4, 11*).

La enseñanza de la carta de Juan prosigue; a continuación el Apóstol escribe: «A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu» (*1 Jn 4, 12-13*). Por tanto, el amor es la fuente del conocimiento. Si, por una parte, el conocimiento es una condición del amor, por otra, el amor amplía el conocimiento. Si permanecemos en el amor, tenemos la certeza de la acción del Espíritu Santo, que nos hace participar en el amor redentor del Hijo, a quien el Padre envió para la salvación del mundo. Conociendo a Cristo como Hijo de Dios, permanecemos en él y, por él, permanecemos en Dios. Por los méritos de Cristo, hemos creído en el amor, conocemos el amor que Dios nos tiene, sabemos que Dios es amor (cf. *1 Jn 4, 16*). Este conocimiento mediante el amor es, en cierto modo, la piedra angular de toda la vida espiritual del cristiano. «Quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (*1 Jn 4, 16*).

3. En el marco de la Jornada mundial de la juventud, que tiene lugar este año en París, procedo hoy a la beatificación de Federico Ozanam. Saludo cordialmente al señor cardenal Jean-Marie Lustiger, arzobispo de París, ciudad donde se encuentra la tumba del nuevo beato. Me alegra también la presencia en este acontecimiento de los cardenales y de obispos de numerosos países. Saludo con afecto a los miembros de la Sociedad de San Vicente de Paúl, que han venido de todo el mundo para la beatificación de su principal fundador, así como a los representantes de la gran familia espiritual heredera del espíritu de san Vicente. Los vínculos entre los vicentinos fueron privilegiados desde los orígenes de la Sociedad, puesto que fue una Hija de la Caridad, sor Rosalie Rendu, quien guio al joven Federico Ozanam y a sus compañeros hacia los pobres del barrio Mouffetard de París. Queridos discípulos de san Vicente de Paúl, os invito a unir vuestras fuerzas para que, como deseaba vuestro fundador, los pobres sean cada vez más amados y servidos, y Jesucristo sea honrado en ellos.

4. Federico Ozanam amaba a todos los necesitados. Desde su juventud, tomó conciencia de que no bastaba hablar de la caridad y de la misión de la Iglesia en el mundo: esto debía traducirse en un compromiso efectivo de los cristianos al servicio de los pobres. Así, coincidía con la intuición de san Vicente: «Amemos a Dios, hermanos míos, amemos a Dios, pero que sea con el esfuerzo de nuestros brazos y con el sudor de nuestra frente» (*san Vicente de Paúl*, XI, 40). Para manifestarlo concretamente, a la edad de 20 años, con un grupo de amigos, creó las Conferencias de San Vicente de Paúl, cuya finalidad era la ayuda a los más pobres, con un espíritu de servicio y comunión. Muy pronto, esas Conferencias se difundieron fuera de Francia, en todos los países de Europa y del mundo. Yo mismo, cuando era estudiante, antes de la segunda guerra mundial, formé parte de una de ellas.

Desde entonces, el amor a los más miserables, a aquellos de quienes nadie se ocupa, está en el centro de la vida y de las preocupaciones de Federico Ozanam. Hablando de esos hombres y mujeres, escribe: «Deberíamos caer a sus pies y decirles con el Apóstol: «*Tu es Dominus meus*». Vosotros sois nuestros señores y nosotros seremos vuestros servidores; vosotros sois para nosotros las imágenes sagradas del Dios a quien no vemos y, no sabiéndolo amar de otro modo, lo amamos en vosotros» (*A Louis Janmot*).

5. Él observa la situación real de los pobres y busca un compromiso cada vez más eficaz para ayudarles a crecer en humanidad. Comprende que la caridad debe impulsar a trabajar para corregir las injusticias. La caridad y la justicia están unidas. Tiene la valentía clarividente de un compromiso social y político de primer plano, en una época agitada de la vida de su país, ya que ninguna sociedad puede aceptar la miseria como una fatalidad, sin que se hiera su honor. Así, podemos considerarlo un precursor de la doctrina social de la Iglesia, que el Papa León XIII desarrolló algunos años más tarde en la encíclica *Rerum novarum*.

Frente a las formas de pobreza que agobian a tantos hombres y mujeres, la caridad es un signo profético del compromiso del cristiano en el seguimiento de Cristo. Por tanto, invito a los laicos, y particularmente a los jóvenes, a dar prueba de valentía y de imaginación, para trabajar en la edificación de sociedades más fraternas, donde se reconozca la dignidad de los más necesitados y se encuentren los medios para una existencia digna. Con la humildad y la confianza ilimitada en la Providencia que caracterizaban a Federico Ozanam, tened la audacia de compartir los bienes materiales y espirituales con quienes viven en la miseria.

6. El beato Federico Ozanam, apóstol de la caridad, esposo y padre de familia ejemplar, gran figura del laicado católico del siglo XIX, fue un universitario que desempeñó un papel importante en el movimiento de las ideas de su tiempo. Estudiante, profesor eminente primero en Lyon y luego en París, en la Sorbona, aspira ante todo a la búsqueda y la comunicación de la verdad, en la serenidad y el respeto a las convicciones de quienes no compartían las suyas. «Aprendamos a defender nuestras convicciones, sin odiar a nuestros adversarios –escribía–; a amar a quienes piensan de un modo diferente del nuestro (...). Quejémonos menos de nuestro tiempo y más de nosotros mismos» (*Cartas*, 9 de abril de 1851). Con la valentía del creyente, denunciando todo egoísmo, participa activamente en la renovación de la presencia y de la acción de la Iglesia en la sociedad de su época. Es conocido también su papel en la institución de las Conferencias de Cuaresma en esta catedral de Notre Dame de París, con el objetivo de permitir que los jóvenes reciban una enseñanza religiosa renovada frente a las grandes cuestiones que interpelan su fe. Federico Ozanam, hombre de pensamiento y de acción, sigue siendo para los universitarios de nuestro tiempo, para los profesores y los alumnos, un modelo de compromiso valiente, capaz de hacer oír una palabra libre y exigente en la búsqueda de la

verdad y en la defensa de la dignidad de toda persona humana. ¡Que sea también para ellos una llamada a la santidad!

7. La Iglesia confirma hoy la opción de vida cristiana hecha por Ozanam, así como el camino que emprendió. Ella le dice: Federico, tu camino ha sido verdaderamente el camino de la santidad. Han pasado más de cien años, y este es el momento oportuno para redescubrir ese camino. Es necesario que todos estos jóvenes, más o menos de tu edad, que se han reunido en gran número en París, procedentes de todos los países de Europa y del mundo, reconozcan que ese camino es también el suyo. Es preciso que comprendan que, si quieren ser cristianos auténticos, deben seguir ese mismo camino. Que abran más los ojos de su alma ante las necesidades, tan numerosas, de los hombres de hoy. Que afronten esas necesidades como desafíos. Cristo los llama a cada uno por su nombre, para que cada uno pueda decir: ¡éste es mi camino! En las opciones que hagan, tu santidad, Federico, será particularmente confirmada. Y tu alegría será grande. Tú, que ya ves con tus ojos a Aquel que es amor, sé también un guía en todos los caminos que estos jóvenes elijan, siguiendo hoy tu ejemplo.

DISCURSO durante el encuentro de oración celebrado en la Catedral de Évry.

1. En nombre del Señor resucitado, os saludo cordialmente. Doy las gracias al pastor de esta diócesis por acogerme con todos vosotros en esta catedral de la Resurrección: catedral moderna, como se puede constatar fácilmente y, después de Notre Dame esta mañana, se ve que los siglos y los estilos se superponen. Me alegra saludar en particular a los representantes de las demás comunidades cristianas y de las demás tradiciones religiosas, que han querido unirse a los católicos de Essone en este día. Doy las gracias a las personalidades civiles de la ciudad y del departamento por participar en esta ceremonia.

2. Hermanos y hermanas, habéis construido este edificio audaz; habéis realizado un admirable espacio para la asamblea litúrgica de la Iglesia diocesana. Doy gracias al Señor, y comparto vuestro agradecimiento a los pastores, al arquitecto, a los constructores y a los bienhechores, que se han unido para elevar este signo en el corazón de la ciudad nueva de Évry, la casa de Dios y la casa de los hombres. Se trata de un gran gesto de esperanza, un testimonio de vitalidad de una comunidad que ha queri-

do, con razón, expresarse con el lenguaje de este tiempo, en el umbral del nuevo milenio.

3. Como Sucesor de Pedro, vengo a confirmaros en la fe, en comunión con la Iglesia universal, como testimonian vuestros vínculos con la diócesis de Múnich, bajo la dirección de san Corbiniano. Cada Iglesia particular participa en la misión confiada por Cristo a todos sus discípulos, según la vocación y el estado de vida de cada uno. Quisiera expresar mi afecto y mi aliento a los sacerdotes, a los diáconos, a los religiosos y a las religiosas, así como a los responsables laicos que, de diversas maneras, trabajan al servicio de la comunidad diocesana.

Seréis verdaderos constructores de la Iglesia, templo espiritual (cf. *Lumen gentium*, 6), si lleváis la buena nueva a todas las naciones; si entabláis diálogo con vuestros hermanos de diferentes orígenes y culturas; si acogéis a los heridos de la vida, a los pobres, a los enfermos, a los minusválidos y a los prisioneros; y si acogéis también a los representantes de las diversas clases, de cualquier parte del mundo que vengan. Se ve al recorrer la ciudad: se ven africanos, asiáticos; gente de todo el mundo, por todas partes. Esto es un buen acompañamiento para la Jornada mundial de la juventud. Todos están llamados a ser piedras vivas del edificio, cuya piedra angular es Cristo, el centro de todas las razas, de todas las naciones, de todas las lenguas.

4. Hermanos y hermanas, haréis viva esta catedral, al igual que todas las iglesias de esta diócesis, si os reunís en ella para reconocer, ante todo, la presencia de Cristo resucitado, presente en la Eucaristía y en todos los sacramentos, presente mediante su Palabra, presente en la comunidad congregada (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 7).

A él, el Viviente, el que es, que era y que va a venir, le encomiendo vuestra Iglesia diocesana. Que él os dé la fuerza de la fe y la generosidad de la caridad; os permita iniciar a los niños en la fe; y suscite entre vosotros las vocaciones al sacerdocio ministerial y a la vida consagrada, indispensables para la vida de la comunidad. Y debo decir que oro por las vocaciones todas las mañanas.

Para cada uno de los fieles de la diócesis, para todos los habitantes de Essone y para el futuro de esta diócesis, invoco la intercesión materna de la Virgen María y de los santos de vuestra tierra, que son numerosos. Desde hoy tenemos un nuevo beato: Federico Ozanam.

Alabado sea Jesucristo.

MENSAJE a los jóvenes prisioneros.

Queridos jóvenes:

Durante la Jornada mundial de la juventud, pienso en vosotros, que estáis actualmente en la cárcel. Vuestra situación no debe arrastraros a la desesperación. Lleváis en el fondo de vuestro corazón sufrimientos relacionados con las causas de vuestra detención actual. La Iglesia está cerca de vosotros. Quiere testimoniaros la esperanza que Cristo nos trae. Ningún acto puede quitaros vuestra dignidad de hijos de Dios.

¡Dejad que Cristo habite en vuestro corazón! ¡Confiadle vuestra prueba! Os ayudará a llevarla. En el recogimiento y el silencio podéis uniros al encuentro que otros jóvenes están viviendo actualmente en París. En efecto, mediante vuestra oración, vuestros sacrificios y vuestra renovación personal, contribuís al éxito de esta gran asamblea y a la conversión de vuestros hermanos. ¿No logró acaso santa Teresa del Niño Jesús, solamente con su oración, la conversión de un preso y, sin salir de su monasterio, no ayudó a los misioneros que hallaban dificultades al anunciar el Evangelio?

Queridos jóvenes, ¡tened confianza! ¡Dejaos reconciliar por Cristo! Os deseo que obtengáis la paz interior gracias al arrepentimiento, al perdón de Dios y a vuestro deseo de llevar en adelante una vida mejor. Espero que, con la ayuda de vuestras familias, de vuestros amigos y de la Iglesia, volváis a ocupar el lugar que os corresponde en la sociedad, donde os dedicaréis a trabajar al servicio de vuestros hermanos, respetándolos a ellos y sus bienes.

Al encomendaros a la intercesión materna de la Virgen María, junto con los obispos y los sacerdotes que están cerca de vosotros hoy, os bendigo de todo corazón a vosotros, así como a todos los miembros de vuestras familias.

MENSAJE para el Viacrucis.

1. «Maestro, ¿dónde vives?». Amadísimos jóvenes, esta tarde habéis seguido a Cristo mientras avanza por el camino de su pasión. Elevad vuestra mirada hacia el rostro de Aquel que viene a vuestro encuentro y os llama. ¿A quién buscáis en este Jesús, marcado por el dolor, «tan desfigurado que ya no parece un hombre»? (cf. Is 52, 14). Es el Siervo de Dios, el Hijo del Altísimo, quien, llevando nuestros dolores, se hizo siervo del hombre. ¡Contempladlo, escuchadlo en su situación de sufrimiento y de prueba! En él, que experimentó la debi-

lidad humana en todo, excepto en el pecado, encontraréis la curación de vuestros corazones.

A través de la debilidad de un hombre humillado y despreciado, Dios nos manifestó su omnipotencia. Jesús, el Inocente, aceptando libremente ir hasta el fondo en la obediencia a su Padre que lo había enviado, se hizo testigo del amor ilimitado que tiene Dios a todo hombre. El misterio de nuestra salvación se realiza en el silencio del Viernes santo, en el que un hombre abandonado por todos, llevando en sí el peso de nuestros sufrimientos, se entrega a la muerte en una cruz, con los brazos abiertos, en un gesto de acogida de todos los hombres. No hay prueba de mayor amor. ¡Misterio difícil de comprender, misterio del amor infinito! Misterio que inaugura el mundo nuevo y transfigurado del Reino. En esa cruz el mal fue vencido; de la muerte del Hijo de Dios hecho hombre brotó la vida. Su fidelidad al designio de amor del Padre no fue en vano, sino que lo llevó a la resurrección.

2. La morada de Cristo sufriente sigue presente aún hoy entre los hombres. Para revelar su poder, Dios sale a nuestro encuentro en lo más profundo de nuestra miseria. En el hombre probado, herido, despreciado y rechazado, podemos descubrir al Señor que avanza, cargando su cruz, por los caminos de la humanidad. Queridos amigos, el Crucificado está siempre en vuestro camino, junto a los hombres que padecen, sufren y mueren. Todos vosotros, que sufrís y os inclináis bajo el peso, venid a la morada de Cristo; llevad vuestra cruz con él; presentadle la ofrenda de vuestra vida, y él os aliviará (cf. Mt 11, 28). Junto a vosotros, la presencia amorosa de María, la Madre de Jesús y vuestra Madre, os guiará y os dará aliento y consuelo.

En un mundo donde parece triunfar el mal, donde parece que a veces se ahoga la esperanza, en unión con los mártires de la fe, de la fraternidad y de la comunión, con los testigos de la justicia y de la libertad, con las víctimas de la intolerancia y del rechazo del otro, con todos los hombres y las mujeres que, en numerosas naciones desgarradas por el odio o la guerra, han dado su vida por sus hermanos, haceos prójimos los unos de los otros, como Cristo se hizo prójimo de vosotros; no desviéis vuestra mirada; tened la valentía del encuentro, del gesto fraterno, a imagen de Simón de Cirene, que ayudó a Jesús en su subida hacia el Calvario. Sed artífices audaces de reconciliación y de paz; vivid, juntos, la solidaridad y el amor fraterno; haced resplandecer la cruz del Salvador, para anunciar al mundo la victoria del Resucitado, la victoria de la vida sobre la muerte.

3. Queridos amigos, contemplando la cruz de Cristo, escuchando en el silencio las palabras que os dirige, descubrid a este Dios que confía en el hombre, que confía en vosotros y que espera en todos. Os ofrece su fuerza para hacer crecer las semillas de paz y reconciliación que se hallan en el corazón de cada uno. Los actos más humildes de caridad y fraternidad testimonian la presencia de Dios. Esta tarde, congregados como Iglesia, Jesús os invita también a acoger la mirada de amor que os dirige y a recibir el perdón que os impulsará a reanudar el camino de la vida. Os llama a presentaros ante su luz, para entrar en el tiempo de la conversión y la reconciliación. El sacramento de la penitencia, que os propone recibir, es el sacramento de un amor acogido y compartido en la alegría de un corazón reconciliado y de los hermanos reencontrados. Queridos amigos, acoged este amor que transforma vuestra vida y os abre los horizontes de la verdad y la libertad.

HOMILÍA pronunciada en la Misa para los Delegados del Foro Internacional, en la Iglesia Saint Etienne du Mont, el sábado, 23 de agosto de 1997.

1. «¡Que todos los pueblos te conozcan, Señor!». Estas palabras de la liturgia de hoy se dirigen, ante todo, a vosotros, representantes de todas las naciones que participáis en la Jornada mundial de la juventud en París. Vuestra presencia testimonia el cumplimiento de la misión que los Apóstoles recibieron de Cristo después de su resurrección: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19). Sois los representantes de los pueblos donde fue anunciado y acogido el Evangelio, pueblos cuyas culturas ya han sido impregnadas y transfiguradas por él.

Estáis aquí, no sólo porque habéis recibido la fe y el bautismo, sino también porque deseáis transmitir esta fe a los demás. ¡Son tantos los corazones que esperan el Evangelio! El grito de la liturgia de este día puede adquirir todo su sentido en vuestros labios: «¡Que todas las naciones te conozcan, Señor!».

2. La Jornada mundial de la juventud tiene una clara dimensión misionera. La liturgia de hoy lo manifiesta. La primera lectura, tomada del libro de Isaías, dice: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia salvación, que dice a Sion: «Ya reina tu Dios!»» (Is 52, 7). El profeta piensa, ciertamente, en el Mesías esperado entonces. Será Cristo, el Mesías,

quien anuncie ante todo la buena nueva. Pero, esta buena nueva la transmitirá a los Apóstoles. Por su participación en su misión profética, sacerdotal y real, ellos, y después de ellos todo el pueblo de Dios de la nueva alianza, se convertirán en sus mensajeros por todo el mundo. Por tanto, las palabras del profeta les atañen: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que trae buenas nuevas...!».

Estas palabras os atañen a vosotros, que estáis reunidos aquí; a vosotros que participáis en la Jornada mundial de la juventud de todas las naciones que hay bajo el sol. Vuestra asamblea es como un nuevo Pentecostés. Y es preciso que sea así. Es necesario que, como los Apóstoles en el cenáculo y más allá de la percepción de nuestros sentidos, oigamos el ruido, la ráfaga de un viento impetuoso; que sobre la cabeza de todos los que están aquí aparezcan las lenguas de fuego del Espíritu santo, y que todos comiencen a proclamar en las diferentes lenguas las maravillas de Dios (cf. Hch 2, 1-4). Entonces seréis, en el tercer milenio, los testigos de la buena nueva.

3. La lectura del evangelio de san Mateo nos recuerda la parábola del sembrador. Ya la conocemos, pero podemos releer continuamente las palabras del Evangelio y encontrar siempre en ellas una luz nueva. Salió un sembrador a sembrar. Mientras sembraba, unas semillas cayeron a lo largo del camino, otras en un pedregal; algunas entre abrojos, otras en tierra buena, y sólo éstas dieron fruto (cf. Mt 13, 3-8).

Jesús no se contenta con presentar la parábola; la explica. Escuchemos también nosotros la explicación de la parábola del sembrador. Las semillas caídas a lo largo del camino designan a quienes oyen la palabra del reino de Dios, pero no la comprenden; viene el maligno y arrebata lo sembrado en su corazón (cf. Mt 13, 19). El maligno recorre frecuentemente este camino, y se dedica a impedir que las semillas germinen en el corazón de los hombres. Esta es la primera comparación. La segunda es la de las semillas caídas en un pedregal. Este suelo designa a las personas que oyen la palabra y la reciben enseguida con alegría; pero no tienen raíz en sí mismas y son inconstantes. Cuando llega una tribulación o una persecución por causa de la Palabra, sucumben enseguida (cf. Mt 13, 20-21). ¡Qué psicología encierra esta comparación de Cristo! ¡Conocemos bien, en nosotros y a nuestro alrededor, la inconstancia de personas sin raíces que puedan hacer crecer la palabra! La tercera es la de las semillas caídas entre abrojos. Cristo explica que se refiere a las personas que oyen la palabra, pero que, a causa de las preocupaciones de

este mundo y de su apego a las riquezas, la ahogan y queda sin fruto (cf. Mt 13, 22).

Por último, las semillas caídas en tierra buena representan a quienes oyen la palabra y la comprenden, y da fruto en ellos (cf. Mt 13, 23). Toda esta magnífica parábola nos habla hoy, tal como hablaba a los oyentes de Jesús hace dos mil años. Durante este encuentro mundial de la juventud, convirtámonos en tierra buena que recibe la semilla del Evangelio y da fruto.

4. Conscientes de la timidez del alma humana para acoger la palabra de Dios, dirijamos al Espíritu esta ardiente plegaria litúrgica:

*Veni, Creator Spiritus,
mentes tuorum visita,
imple superna gratia
quae tu creasti pectora.*

*Ven, Espíritu creador,
visita la mente de tus fieles,
llena con tu gracia
los corazones que has creado.*

Con esta plegaria, abrimos nuestro corazón, suplicando al Espíritu que lo llene de luz y de vida.

Espíritu de Dios, haznos disponibles a tu visita; haz crecer en nosotros la fe en la Palabra que salva. Sé tú la fuente viva de la esperanza que germina en nuestra vida. Sé tú en nosotros el soplo de amor que nos transforma y el fuego de caridad que nos impulsa a entregarnos a nosotros mismos mediante el servicio a nuestros hermanos.

Tú, enviado a nosotros por el Padre, enséñanos todo y haz que capturemos la riqueza de la palabra de Cristo. Afirma en nosotros el hombre interior; haz que pasemos del temor a la confianza, para que brote en nosotros la alabanza de tu gloria.

Sé tú la luz que venga a llenar el corazón de los hombres y a darles la valentía de buscarte incansablemente. Tú, el Espíritu de verdad, introdúcenos en la verdad plena, para que proclamemos con firmeza el misterio de Dios vivo, que actúa en nuestra historia. Ilumínanos sobre el sentido último de esta historia.

Aleja de nosotros las infidelidades que nos separan de ti; aparta de

nosotros el resentimiento y la división, y haz que crezca en nosotros un espíritu de fraternidad y de unidad, para que sepamos construir la ciudad de los hombres en la paz y la solidaridad que nos vienen de Dios.

Haz que descubramos que el amor está en lo más íntimo de la vida divina y que estamos llamados a participar en ella. Enséñanos a amarnos los unos a los otros como el Padre nos ha amado, dándonos a su Hijo (cf. Jn 3, 16).

Que todos los pueblos te conozcan a ti, Dios, Padre de todos los hombres, que tu Hijo vino a revelarnos; a ti, que nos enviaste tu Espíritu para comunicarnos los frutos de la Redención.

5. Saludo cordialmente aquí, esta mañana, a los responsables del Consejo pontificio para los laicos, organizadores del Foro internacional de los jóvenes, que os ha reunido para este tiempo de reflexión y oración. Doy las gracias a quienes han asegurado el buen desarrollo de este encuentro, particularmente a los responsables de la Escuela politécnica, que lo han acogido con generosidad y disponibilidad.

Queridos amigos, ayer, en la catedral de Notre Dame de París, beatifiqué a Federico Ozanam, un laico, un joven como vosotros; lo recuerdo con gusto en esta iglesia de Saint-Étienne du Mont, dado que aquí realizó sus primeras actividades con otros jóvenes en favor de los pobres del barrio. Iluminado por el Espíritu de Cristo y fiel a la meditación diaria de su Palabra, el beato Federico os propone un ideal de santidad para hoy, el de la entrega de sí al servicio de los más desamparados de la sociedad. Ojalá que, en el recuerdo de esta XII Jornada mundial de la juventud, sea para vosotros un amigo y un modelo en vuestro testimonio de jóvenes cristianos.

6. Durante estas jornadas tan densas que acabáis de vivir, también vosotros habéis ido al encuentro de Cristo y habéis dejado que penetre en vosotros la Palabra, para que germine y dé fruto. Haciendo una experiencia excepcional de la universalidad de la Iglesia y del patrimonio común a todos los discípulos de Cristo, habéis dado gracias por las maravillas que Dios realiza en el corazón de la humanidad. Asimismo, habéis compartido los sufrimientos, las angustias, las esperanzas y los llamamientos de los hombres de hoy.

Esta mañana, el Espíritu Santo os envía, como «una carta de Cristo», a proclamar en cada uno de vuestros países las obras de Dios y ser testigos celosos del evangelio de Cristo entre los hombres de buena vo-

luntad, hasta los confines de la tierra. La misión que se os confía exige que, durante toda vuestra vida, dediquéis el tiempo necesario a vuestra formación espiritual y doctrinal, a fin de profundizar vuestra fe y convertirlos, también vosotros, en formadores. Así, responderéis a la llamada «a crecer, a madurar continuamente, a dar cada vez más fruto» (*Christifideles laici*, 57).

Que el tiempo de renovación espiritual que acabáis de vivir juntos os comprometa a avanzar con todos vuestros hermanos cristianos en la búsqueda de la unidad querida por Cristo. Os lleve, con caridad fraterna, al encuentro de los hombres y mujeres de otras convicciones religiosas o intelectuales, para el conocimiento auténtico y el respeto mutuo, que hacen crecer en humanidad. El Espíritu de Dios os envía, para que lleguéis a ser, con todos vuestros hermanos y hermanas del mundo, constructores de una civilización reconciliada y fundada en el amor fraterno. En el umbral del tercer milenio, os invito a estar muy atentos a la voz y a los signos de la presencia y de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia y en el mundo. Contemplando e imitando a la Virgen María, modelo de la fe vivida, seréis verdaderos discípulos de Cristo, su Hijo divino, que funda la esperanza, fuente de vida.

Amadísimos jóvenes, la Iglesia tiene necesidad de vosotros, tiene necesidad de vuestro compromiso al servicio del Evangelio. También el Papa cuenta con vosotros. Acoged el fuego del Espíritu del Señor, para convertirlos en celosos heraldos de la buena nueva.

DISCURSO en la Vigilia Bautismal con los jóvenes, en el Hipódromo de Longchamp, el sábado, 23 de agosto de 1997.

Queridos jóvenes, queridos amigos:

1. Al empezar os saludo a todos vosotros que estáis aquí reunidos repitiendo las palabras del profeta Ezequiel, pues contienen una maravillosa promesa de Dios y expresan la alegría de vuestra presencia: «Os recogeré de entre las naciones (...) os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos (...). Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios» (*Ez* 36,24-28).

2. Saludo a los Obispos franceses que nos acogen y a los Obispos venidos de todo el mundo. Dirijo asimismo mi saludo cordial a los distinguidos representantes de otras confesiones cristianas con las cuales

compartimos el mismo bautismo y que han querido asociarse a esta celebración de la juventud.

En la vigilia del 24 de agosto, no es posible olvidar la dolorosa masacre de la noche de San Bartolomé, con sus oscuras motivaciones, y vinculada al recuerdo de grandes faltas y duros sufrimientos en la historia de Francia. Los cristianos han elegido medios que el Evangelio reprueba. Si evoco el pasado es porque «reconocer los fracasos de ayer es un acto de lealtad y de valentía que nos ayuda a reforzar nuestra fe, haciéndonos capaces y dispuestos para afrontar las tentaciones y las dificultades de hoy» (*Tertio millennio adveniente*, n. 33). Me asocio gustoso, pues, a las iniciativas de los Obispos franceses, pues, como ellos, estoy convencido que sólo el perdón ofrecido y recibido conduce progresivamente hacia el diálogo fecundo que sella una reconciliación plenamente cristiana. La pertenencia a diferentes tradiciones religiosas no debe ser hoy en día una fuente de oposición o de tensión. Al contrario, el amor a Cristo que es común en nosotros nos impulsa a buscar sin cesar el camino de la plena unidad.

3. Los textos litúrgicos de nuestra vigilia son, por una parte, los mismos de la *Vigilia pascual*. Se refieren al *bautismo*. El Evangelio de san Juan narra el diálogo nocturno de Cristo con Nicodemo. Viniendo a encontrarse con Cristo, este miembro del Sanedrín expresa su fe: «Rabbi, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar las señales que tú realizas si Dios no está con él» (*Jn 3,2*). Jesús le respondió: «En verdad, en verdad te digo: *el que no nazca de lo alto* no puede ver el Reino de Dios» (*Jn 3,3*). Nicodemo le pregunta: «¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?» (*Jn 3,4*). Respondió Jesús: «el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu» (*Jn 3, 5-6*).

Jesús hace pasar a Nicodemo de las realidades visibles a las invisibles. Cada uno de nosotros ha nacido del hombre y de la mujer, de un padre y una madre; este nacimiento es el punto de partida de toda nuestra existencia. Nicodemo piensa en esta realidad natural. Por el contrario, Cristo ha venido al mundo para revelar otro tipo de nacimiento, el nacimiento espiritual. Cuando profesamos nuestra fe, decimos quién es Cristo: «Creo en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre, *consubstantialis Patri*; por quien todo fue he-

cho, *per quem omnia facta sunt*; que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre, *descendit de caelis et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria virgine et homo factus est*. Sí, jóvenes, amigos míos, ¡el Hijo de Dios se ha hecho hombre para todos vosotros, para cada uno de vosotros!

4. «El que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios» (Jn 3, 5). Así, para entrar en el Reino, el hombre debe nacer de nuevo, no según las leyes de la carne sino según el Espíritu. *El bautismo es precisamente el sacramento de este nacimiento*. El Apóstol Pablo lo explica en profundidad en el pasaje de la carta a los Romanos que hemos escuchado: «¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva» (Rm 6, 3-4). El Apóstol nos revela aquí el sentido del nuevo nacimiento; nos explica por qué el sacramento tiene lugar por medio de la inmersión en el agua. No se trata de una inmersión simbólica en la vida de Dios. El bautismo es el signo concreto y eficaz de la inmersión en la muerte y la resurrección de Cristo. Comprendemos entonces por qué la tradición ha unido el bautismo a la Vigilia pascual. En este día, y sobre todo en esta noche, es cuando la Iglesia revive la muerte de Cristo, cuando la Iglesia entera se siente abrumada por el cataclismo de esta muerte de la cual surgirá una vida nueva. De este modo, la Vigilia, en el sentido exacto de la palabra, es espera: la Iglesia espera la resurrección; espera la vida que será la victoria sobre la muerte y que llevará al hombre hacia esa vida.

A toda persona que recibe el bautismo *se le concede participar en la resurrección de Cristo*. San Pablo vuelve a menudo sobre este tema que resume la esencia del verdadero sentido del bautismo. Escribe así: «Porque si hemos hecho una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante» (Rm 6,5). Y también «sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con él, a fin de que fuera destruido este cuerpo de pecado y cesáramos de ser esclavos del pecado. Pues el que está muerto, queda librado del pecado. Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él, sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte no

tiene ya señorío sobre él. Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre; mas su vida, es un vivir para Dios. Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús» (*Rm* 6,6-11). Con Pablo, queridos jóvenes, decid al mundo: nuestra esperanza es firme, por Cristo, vivimos para Dios.

5. Evocando esta noche la Vigilia pascual consideramos los problemas esenciales: *la vida y la muerte*, la mortalidad y la inmortalidad. En la historia de la humanidad Jesús ha invertido el sentido de la vida humana. Si la experiencia cotidiana nos muestra la existencia como un pasaje hacia la muerte, el misterio pascual nos abre la perspectiva de una vida nueva más allá de la muerte. Por ello, la Iglesia, que profesa en su *Credo* la muerte y la resurrección de Jesús, tiene todas las razones para pronunciar también estas palabras: «Creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna».

6. Queridos jóvenes, ¿sabéis lo que hace en vosotros el sacramento del Bautismo? *Dios os reconoce como hijos suyos y transforma vuestra existencia en una historia de amor con Él*. Os conforma con Cristo para que podáis realizar vuestra vocación personal. Ha venido para establecer una alianza con vosotros y os ofrece su paz. ¡Vivid desde ahora como hijos de la luz que se saben reconciliados por la Cruz del Salvador!

«Misterio y esperanza del mundo que vendrá» (S. Cirilo de Jerusalén, *Procatequesis* 10, 12), el bautismo es el más bello de los dones de Dios, invitándonos a convertirnos en discípulos del Señor. *Nos hace entrar en la intimidad con Dios*, en la vida trinitaria, desde hoy y hasta en la eternidad. Es una gracia que se da al pecador, que *nos purifica del pecado* y nos abre un futuro nuevo. Es un baño que lava y regenera. Es una unción, que nos *conforma con Cristo*, Sacerdote, Profeta y Rey. Es una *iluminación*, que esclarece y da pleno significado a nuestro camino. Es un *vestido de fortaleza y de perfección*. Revestidos de blanco el día de nuestro bautismo, como lo seremos en el último día, estamos llamados a conservar cada día su esplendor y a recuperarlo por medio del perdón, la oración y la vida cristiana. El Bautismo es el signo de que Dios se ha unido con nosotros en nuestro caminar, que embellece nuestra existencia y transforma nuestra historia en una historia santa.

Habéis sido llamados, elegidos por Cristo para vivir en la libertad de los hijos de Dios y habéis sido también confirmados en vuestra vocación

bautismal y *visitados por el Espíritu Santo* para anunciar el Evangelio a lo largo de toda vuestra vida. Recibiendo el sacramento de la Confirmación os comprometéis con todas vuestras fuerzas a hacer crecer pacientemente el don recibido por medio de la recepción de los sacramentos, en particular de la Eucaristía y de la Penitencia, que conservan en nosotros la vida bautismal. Bautizados, dais testimonio a Cristo por vuestro esfuerzo de una vida recta y fiel al Señor, que se ha de mantener con una lucha espiritual y moral. *La fe y el obrar moral están unidos*. En efecto, el don recibido nos conduce a una conversión permanente para imitar a Cristo y corresponder a la promesa divina. *La palabra de Dios* transforma la existencia de los que la acogen, pues ella *es la regla de la fe y de la acción*. En su existencia, para respetar los valores esenciales, los cristianos experimentan también el sufrimiento que pueden exigir las opciones morales opuestas a los comportamientos del mundo y a veces incluso de modo heroico. Pero la vida feliz con el Señor tiene ese precio. Queridos jóvenes, vuestro testimonio tiene ese precio. Confío en vuestro valor y en vuestra fidelidad.

7. En medio de vuestros hermanos tenéis que vivir como cristianos. *Por el Bautismo Dios nos da una madre, la Iglesia*, con la que crecemos espiritualmente para avanzar en el camino de la santidad. Este sacramento nos integra en un pueblo, nos hace partícipes de la vida eclesial y os da hermanos y hermanas que amar, «ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (*Ga 3,28*). En la Iglesia no hay ya fronteras; somos *un único pueblo solidario*, compuesto por múltiples grupos con culturas, sensibilidades y modos de acción diversos, en comunión con los Obispos, pastores del rebaño. Esta unidad es un signo de riqueza y vitalidad. Que dentro de la diversidad, vuestra primera preocupación sea la unidad y la cohesión fraterna, que consientan el desarrollo personal de modo sereno y el crecimiento del cuerpo entero.

Con todo, el Bautismo y la Confirmación no alejan del mundo, pues compartimos los gozos y las esperanzas de los hombres de hoy en día y aportamos *nuestra contribución a la comunidad humana* en la vida social y en todos los campos técnicos y científicos. Gracias a Cristo estamos cerca de todos nuestros hermanos y llamados a manifestar la alegría profunda que se tiene al vivir con Él. El Señor nos llama a llevar a cabo nuestra misión allí donde estamos, pues «el lugar que Dios nos ha señalado es tan hermoso que no nos está permitido desertar de él» (cf. *Carta a Diogneto*, VI, 10). Cualquier cosa que hagamos en nuestra

vida, es para el Señor; en Él esta nuestra esperanza y nuestro título de gloria. En la Iglesia *la presencia de los jóvenes*, de los catecúmenos y de los nuevos bautizados es una riqueza y *una fuente de vitalidad* para toda la comunidad cristiana, llamada a dar cuenta de su fe y a testimoniarla hasta los confines de la tierra.

8. Un día, en Cafarnaún, cuando muchos discípulos abandonaban a Jesús, Pedro respondió a la pregunta de Jesús: «¿Queréis marcharos vosotros también?», diciéndole: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6, 67-68). En esta Jornada Mundial de la Juventud en París, una de las capitales del mundo contemporáneo, el Sucesor de Pedro acaba de decirnos de nuevo que estas palabras del Apóstol deben ser el faro que os ilumine a todos en vuestro camino. «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6, 68). Más aún: tú no sólo nos hablas de la vida eterna. Lo eres tú mismo. Verdaderamente, tú eres «el Camino, la Verdad y la vida» (Jn 14, 6).

9. Queridos jóvenes, por la unción bautismal os habéis convertido en miembros del pueblo santo. Por la unción de la confirmación participáis plenamente de la misión eclesial. La Iglesia, de la que sois parte, tiene confianza en vosotros y cuenta con vosotros. ¡Que vuestra vida cristiana sea un «acostumbrarse» progresivo a la vida con Dios, según la hermosa expresión de san Ireneo, para que seáis *misioneros del Evangelio!*

(*inglés*) Os saludo a todos vosotros, jóvenes de lengua inglesa, presentes en esta vigilia. Recordad que nunca estáis solos. Cristo está con vosotros en el camino diario de vuestra vida. Os ha llamado y elegido para vivir en la libertad de los hijos de Dios. Dirigíos a él en la oración y en el amor. Pedidle que os infunda la valentía y la fuerza para vivir siempre esta libertad. Caminad con él, que es «el camino, la verdad y la vida».

(*español*) Queridos jóvenes españoles y latinoamericanos: ¡Gustad la maravillosa experiencia de la vida en Dios, iniciada en el Bautismo y confirmada por el Espíritu! ¡Dad valiente testimonio de ello en vuestros ambientes y amad a los demás como Cristo nos enseñó!

(*alemán*) Queridos jóvenes de lengua alemana, me alegra que estéis dispuestos a velar y a orar conmigo hoy. Vuestra misión de bautizados y confirmados consiste en llevar a Cristo al mundo. Permaneced vigilantes para seguir el desarrollo de nuestro tiempo e impulsad a los hombres a orientar su vida hacia Cristo.

(italiano) Amadísimos jóvenes de lengua italiana, renacidos por el agua y el Espíritu, habéis sido injertados en Cristo para vivir una nueva vida. La confirmación os ha insertado plenamente en la misión de la Iglesia. Sed heraldos incansables del Evangelio, dando testimonio de él en vuestra vida.

(polaco) Queridos jóvenes compatriotas, con gran alegría participo con vosotros en esta vigilia. El Espíritu Santo nos ha reunido aquí para que, evocando la liturgia de la Vigilia pascual, afrontemos los problemas fundamentales de todo hombre: la vida y la muerte, la condición mortal y la inmortalidad. Creemos que, en la historia de la humanidad, sólo Cristo ahondó en estas preguntas. Con su muerte y su resurrección, invirtió el sentido de la existencia humana. El misterio pascual abre la perspectiva de una nueva vida, más allá de la muerte. Precisamente por eso, recordando nuestro bautismo, nuestra inmersión en la muerte y resurrección de Cristo, nos dirigimos a él con confianza y proclamamos: «Señor, ¿a quién iremos? Sólo tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6, 68). Ojalá que esta firme proclamación se convierta para cada uno de vosotros en un programa de vida. ¡No quedaréis defraudados!

HOMILÍA pronunciada en la Misa en el Hipódromo de Longchamp, el domingo, 24 de agosto de 1997.

1. «Maestro, ¿dónde vives?» (Jn 1, 38). Dos jóvenes hicieron un día esta pregunta a Jesús de Nazaret. Esto ocurría al borde del Jordán. Jesús había venido para recibir el bautismo de Juan, pero el Bautista, al ver a Jesús que venía a su encuentro, dice: «Este es el Cordero de Dios» (Jn 1,36). Estas palabras proféticas señalaban al Redentor, al que iba a dar su vida por la salvación del mundo. Así, desde el bautismo en el Jordán, Juan indicaba al Crucificado. Fueron precisamente dos discípulos de Juan el Bautista quienes, al oír estas palabras, siguieron a Jesús. ¿No tiene esto un rico significado? Cuando Jesús les pregunta: «¿Qué buscáis?» (Jn 1, 38), contestaron también ellos con una pregunta: «Rabbi (es decir Maestro), ¿dónde moras?» (Ibid). Jesús les respondió: «Venid y veréis». Ellos le siguieron, fueron donde vivía y se quedaron con Él aquel día» (Jn 1,39). Se convirtieron así en los primeros discípulos de Jesús. Uno de ellos era Andrés, el que condujo también a su hermano Simón Pedro a Jesús.

Queridos amigos, me complace poder meditar este Evangelio con vosotros, juntamente con los Cardenales y los Obispos que me rodean y que me es grato saludar. Saludo gustoso en particular al Cardenal Eduar-

do Pironio, que ha trabajado tanto por las Jornadas Mundiales. Mi gratitud va al Cardenal Jean-Marie Lustiger por su acogida, a Mons. Michel Dubost, a los Obispos de Francia y a los de muchos Países del mundo que os acompañan y que han enriquecido vuestras reflexiones. Saludo cordialmente asimismo a los sacerdotes concelebrantes, a los religiosos y religiosas, y a todos los responsables de vuestros movimientos y de vuestros grupos diocesanos.

Agradezco su presencia a nuestros hermanos cristianos de otras comunidades, así como a las personalidades civiles que han querido asociarse a esta celebración litúrgica.

Saludándoos a todos de nuevo, me complace dirigir una palabra de ánimo afectuoso a los minusválidos que están entre vosotros; les estamos agradecidos por haber venido con nosotros y por ofrecernos su testimonio de fe y de esperanza.

En nombre de todos, quisiera también expresar nuestra gratitud a los numerosos voluntarios que aseguran con dedicación y competencia la organización de vuestra reunión.

2. El breve fragmento del Evangelio de Juan que hemos escuchado nos dice lo esencial del programa de la Jornada Mundial de la Juventud: un intercambio de preguntas, y después una respuesta que es una llamada. Presentando este encuentro con Jesús, la liturgia quiere mostrarnos hoy lo que más cuenta en nuestra vida. Y yo, Sucesor de Pedro, he venido a pedir que pongáis también vosotros esta cuestión a Cristo: «¿Dónde moras? Si le hacéis sinceramente esta pregunta, podréis escuchar su respuesta y recibir de Él el valor y la fuerza para acogerla.

La pregunta es el fruto de *una búsqueda*. El hombre busca a Dios. El hombre joven comprende en el fondo de sí mismo que esta búsqueda es la ley interior de su existencia. El ser humano busca su camino en el mundo visible; y, a través del mundo visible, busca el invisible a lo largo de su itinerario espiritual. Cada uno de nosotros puede repetir las palabras del salmista «Tu rostro buscaré Señor, no me escondas tu rostro» (*Sal. 27/26, 8-9*). Cada uno de nosotros tiene su historia personal y lleva en sí mismo el deseo de ver a Dios, un deseo que se experimenta al mismo tiempo que se descubre el mundo creado. Este mundo es maravilloso y rico, despliega ante la humanidad sus maravillosas riquezas, seduce, atrae la razón tanto como la voluntad. Pero, a fin de cuentas, no colma el espíritu. El hombre se da cuenta de que este mundo, en la diversidad de sus riquezas, es super-

ficial y precario; en un cierto sentido, esta abocado a la muerte. Hoy tomamos conciencia cada vez más de la fragilidad de nuestra tierra, demasiado a menudo degradada por la misma mano del hombre a quien el Creador la ha confiado.

En cuanto al hombre mismo, viene al mundo, nace del seno materno, crece y muere; descubre su vocación y desarrolla su personalidad a lo largo de los años de su actividad; después se aproxima cada vez más al momento en que debe abandonar este mundo. Cuanto más larga es su vida, más se resiente el hombre de su propio carácter precario, mas se pone la cuestión de la inmortalidad; ¿qué hay más allá de las fronteras de la muerte? Entonces, en lo profundo de ser, surge la pregunta planteada a Aquel que ha vencido la muerte: «Maestro, ¿dónde moras?» Maestro, tú que amas y respetas la persona humana, tú que has compartido el sufrimiento de los hombres, tu que esclareces el misterio de la existencia humana, ¡haznos descubrir el verdadero sentido de nuestra vida y de nuestra vocación! «Tu rostro buscaré Señor, no me escondas tu rostro» (*Sal. 27/26, 8-9*).

3. En la orilla del Jordán, y más tarde aún, los discípulos no sabían quién era verdaderamente Jesús. Hará falta mucho tiempo para comprender el misterio del Hijo de Dios. También nosotros llevamos muy dentro el deseo de conocer aquel que revela el rostro de Dios. Cristo responde a la pregunta de sus discípulos con su entera misión mesiánica. Enseñaba y, para confirmar la verdad de lo que proclamaba, hacía grandes prodigios, curaba a los enfermos, resucitaba a los muertos, calmaba las tempestades del mar. Pero todo este proceso excepcional llegó a su plenitud en el Gólgota. Es contemplando a Cristo en la Cruz, con la mirada de la fe cuando se puede «ver» quien es Cristo Salvador, el que cargó con nuestros sufrimientos, el justo que hizo de su vida un sacrificio y que justificará a muchos (cf. *Is 53, 4.10-11*).

San Pablo resume *la sabiduría suprema* en la segunda lectura de este día, por las palabras impresionantes: «*La predicación de la cruz es una necedad para los que se pierden; mas para los que se salvan –para nosotros– es fuerza de Dios. Porque dice la Escritura: Destruiré la sabiduría de los sabios, e inutilizaré la inteligencia de los inteligentes. (...) De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necedad de la predicación. (...) Nosotros predicamos a un Cristo crucificados*» (*I Co 1, 18-23*). El Apóstol habla a las gentes de su

tiempo, a los hijos de Israel, que habían recibido la revelación de Dios sobre el monte Sinaí, y a los Griegos, artífices de una gran sabiduría humana y una gran filosofía. Pero al fin y al cabo la cumbre de la sabiduría es Cristo crucificado, no sólo a causa de su palabra sino porque Él se ofreció a sí mismo por la salvación de la humanidad.

Con su excepcional ardor, san Pablo repite: «Nosotros predicamos a Cristo crucificado». Aquel que a los ojos de los hombres parece no ser más que debilidad y locura, nosotros lo proclamamos como Fuerza y Sabiduría, plenitud de la Verdad. Es cierto que en nosotros la confianza tiene sus altibajos. Es verdad que nuestra mirada de fe a menudo está oscurecida por la duda y por nuestra propia debilidad. Humildes y pobres pecadores, aceptamos el mensaje de la Cruz. Para responder a nuestra pregunta: «Maestro, ¿dónde moras?», Cristo nos hace una llamada: venid y veréis; en la Cruz veréis la señal luminosa de la redención del mundo, la presencia amorosa del Dios vivo. Porque han aprendido que la Cruz domina la historia, los cristianos han colocado el crucifijo en las iglesias y en los bordes de los caminos, o lo llevan en sus corazones. Pues la Cruz es un signo verdadero de la presencia de los Hijos de Dios; por medio de este signo se revela el Redentor del mundo.

4. «Maestro, ¿dónde moras?». La Iglesia nos responde cada día: *Cristo está presente en la Eucaristía*, el sacramento de su muerte y de su resurrección. En ella y por ella reconocéis la presencia del Dios vivo en la historia del hombre. La Eucaristía es el sacramento del amor vencedor de la muerte, es el sacramento de la Alianza, puro don de amor para la reconciliación de los hombres; es el don de la presencia real de Jesús, el Redentor, en el pan que es su Cuerpo entregado, y en el vino que es su Sangre derramada por la multitud. Por la Eucaristía, renovada sin cesar en todos los pueblos del mundo, Cristo constituye su Iglesia: nos une en la alabanza y en la acción de gracias para la salvación, en la comunión que sólo el amor infinito puede sellar. Nuestra reunión mundial adquiere todo su sentido actual por la celebración de la Misa. Jóvenes, amigos míos, ¡que vuestra presencia sea una real adhesión en la fe! He ahí que Cristo responde a vuestra pregunta y, al mismo tiempo, a las preguntas de todos los hombres que buscan al Dios vivo. Él responde con su invitación: esto es mi cuerpo, comed todos. Él confía al Padre su deseo supremo de la unidad en la misma comunión de los que ama en la misma comunión.

5. La respuesta a la pregunta «Maestro, ¿dónde moras?» conlleva numerosas dimensiones. Tiene una dimensión histórica, pascual y sacramental. La primera lectura de hoy nos sugiere aún otra dimensión más de la respuesta a la pregunta-lema de la Jornada Mundial de la Juventud: *Cristo habita en su pueblo*. Es el pueblo del cual habla el Deuteronomio en relación con la historia de Israel: «Por el amor que os tiene, os ha sacado el Señor con mano fuerte y os ha librado de la casa de servidumbre, (...) Has de saber, pues que el Señor tu Dios es el Dios verdadero, el Dios fiel que guarda la alianza y el amor por mil generaciones a los que le aman y guardan sus mandamientos» (*Dt* 7, 8-9). Israel es el pueblo que Dios eligió y con el cual hizo la Alianza.

En la nueva Alianza, la elección de Dios se extiende a todos los pueblos de la tierra. En Jesucristo Dios ha elegido a toda la humanidad. Él ha revelado la universalidad de la elección por la redención. En Cristo no hay judío ni griego, ni esclavo ni hombre libre, todos son una cosa (cf. *Ga* 3, 28). Todos han sido llamados a participar de la vida de Dios, gracias a la muerte y a la resurrección de Cristo. ¿Nuestro encuentro, en esta Jornada Mundial de la Juventud, no ilustra esta verdad? Todos vosotros, reunidos aquí, venidos desde tantos países y continentes, ¡sois los testigos de la vocación universal del pueblo de Dios adquirido por Cristo! La última respuesta a la pregunta «Maestro, ¿dónde moras?» debe ser entendida así: yo moro en todos los seres humanos salvados. Sí, Cristo habita con su pueblo, que ha extendido sus raíces en todos los pueblos de la tierra, el pueblo que le sigue, a Él, el Señor crucificado y resucitado, el Redentor del mundo, el Maestro que tiene las palabras de vida eterna; Él, «la Cabeza del pueblo nuevo y universal de los hijos de Dios» (*Lumen gentium*, 13). El Concilio Vaticano II ha dicho de modo admirable: es Él quien «nos dio su Espíritu, que es el único y el mismo en la Cabeza y en los miembros» (*Ibid.* 7). Gracias a la Iglesia que nos hace participar de la misma vida del Señor, nosotros podemos ahora retomar la palabra de Jesús: «¿A quién iremos? ¿A quién otro iremos?» (cf. *Jn* 6, 68).

6. Queridos jóvenes, vuestro camino no se detiene aquí. El tiempo no se para hoy. ¡Id por los caminos del mundo, sobre las vías de la humanidad permaneciendo unidos en la Iglesia de Cristo!

Continuad contemplando la gloria de Dios, el amor de Dios, y seréis iluminados para construir la civilización del amor, para ayudar al hombre a ver el mundo transfigurado por la sabiduría y el amor eterno.

Perdonados y reconciliados, ¡sed fieles a vuestro bautismo! ¡Testimoniad el Evangelio! Como miembros de la Iglesia, activos y responsables, ¡sed discípulos y testigos de Cristo que revela al Padre, permaneced en la unidad del Espíritu que da la vida!

ÁNGELUS

1. En el momento de concluir esta Jornada mundial en Francia, quiero evocar la gran figura de santa Teresa de Lisieux, que entró en la Vida hace cien años.

Esta joven carmelita fue conquistada totalmente por el amor de Dios. Vivió radicalmente su entrega como respuesta al amor de Dios. En la sencillez de la vida diaria supo igualmente practicar el amor fraterno. A imitación de Jesús, aceptó sentarse «a la mesa de los pecadores», sus «hermanos», para que fueran purificados por el amor, ya que estaba animada por el ardiente deseo de ver a todos los hombres «iluminados por la antorcha luminosa de la fe» (cf. *Ms C*, 6 r^o).

Teresa experimentó el sufrimiento en su cuerpo y la prueba en su fe. Pero permaneció fiel, porque, con su gran inteligencia espiritual, sabía que Dios es justo y misericordioso; comprendía que el amor se recibe de Dios, más que del hombre. Hasta el fin de la noche, puso su esperanza en Jesús, el Siervo sufriente que entrega su vida por la multitud (cf. *Is* 53, 12).

2. El libro de los evangelios acompaña siempre a Teresa (cf. *Carta* 193). Penetra su mensaje con una extraordinaria seguridad de juicio. Comprende que en la vida de Dios, Padre, Hijo y Espíritu, «el amor y la verdad se encuentran» (*Sal* 85, 11). En pocos años, realiza «una carrera de gigante» (*Ms A*, 44 v^o). Descubre que su vocación consiste en ser, en el corazón de la Iglesia, el amor mismo. Teresa, humilde y pobre, traza el «caminito» de los hijos que se ponen en manos del Padre con una «confianza audaz». Su actitud espiritual, centro de su mensaje, se propone a todos los fieles.

La enseñanza de Teresa, verdadera ciencia del amor, es la expresión luminosa de su conocimiento del misterio de Cristo y de su experiencia personal de la gracia; ella ayuda a los hombres y mujeres de hoy, y ayudará a los del futuro, a percibir mejor los dones de Dios y a difundir la buena nueva de su amor infinito.

3. Santa Teresa, carmelita y apóstol, maestra de sabiduría espiritual para muchas personas consagradas o laicos, patrona de las misiones,

ocupa un lugar privilegiado en la Iglesia. Su eminente doctrina merece ser reconocida entre las más fecundas.

Respondiendo a numerosas peticiones y después de atentos estudios, tengo la alegría de anunciar que, el domingo de las misiones, el 19 de octubre de 1997, en la basílica de San Pedro, en Roma, proclamaré doctora de la Iglesia a santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz.

He querido anunciar solemnemente ese acto aquí, porque el mensaje de santa Teresa, santa joven tan presente en nuestro tiempo, es particularmente conveniente para vosotros, los jóvenes: en la escuela del Evangelio, os abre el camino de la madurez cristiana; os llama a una infinita generosidad; os invita a seguir siendo en el «corazón» de la Iglesia discípulos y testigos celosos de la caridad de Cristo.

Invoquemos a santa Teresa, para que guíe a los hombres y mujeres de nuestro tiempo por el camino de la verdad y de la vida.

Con Teresa, dirijámonos a la Virgen María, a quien alabó e imploró durante toda su vida con confianza filial.

(francés) Quisiera saludar ahora a todos nuestros amigos que nos siguen a través de la radio y la televisión. Entre ellos, dirijo un pensamiento particular a los jóvenes de la región de los Grandes Lagos, en África central, que nos escuchan en Goma.

Queridos amigos, conocemos las pruebas que han sufrido vuestros pueblos. Con vuestros compañeros de París, os digo: ¡No os desaniméis y seguid siendo constructores de reconciliación y de paz!

(inglés) Ha llegado la hora de despedirnos. Al volver a vuestras familias y a vuestros amigos, en todos los numerosos países de donde provenís, llevad con vosotros la alegría y la luz de Cristo.

«Jesucristo, el único Salvador del mundo, es el mismo ayer, hoy y siempre» (cf. *Hb* 13, 8). Él es el único verdadero faro de esperanza para la familia humana, llamada a afrontar enormes desafíos en el camino hacia la libertad, la justicia y la paz auténticas entre los pueblos y las naciones. Es también el Maestro, que ilumina el camino de cada uno de nosotros; es nuestra valentía y nuestra fuerza.

El Papa os invita a confiar en él, a seguirlo a dondequiera que os llame. Que el Espíritu Santo os colme de sabiduría y valentía. ¡No tengáis miedo! La victoria ya pertenece a Cristo. Y cada uno de vosotros es una parte importante de su misión y su victoria. ¡La gracia de Cristo esté siempre con vosotros!

(español) Jóvenes latinoamericanos y españoles, que os acompañe siempre el gozo de la amistad sincera y la experiencia interior de la vida

nueva que sólo Cristo puede dar. Conservad el entusiasmo de estos días, para que sigan floreciendo entre vosotros numerosas formas de compromiso en favor de la Iglesia y de la humanidad. Llevad el saludo entrañable del Papa a vuestras familias, a vuestros amigos, a los pueblos y naciones de donde venís.

(alemán) Os doy mi cordial saludo también a vosotros, queridos jóvenes de los países de lengua alemana. Como en el bautismo habéis acogido a Cristo, así también toda vuestra vida debe ser un signo de reconocimiento de que Cristo sigue actuando hoy en el mundo.

(polaco) Queridos jóvenes amigos, al término de nuestro encuentro, encomiendo a la Madre de Dios todos los frutos que han brotado en vuestro corazón, gracias a la obra del Espíritu Santo, que nos ha unido durante estas jornadas. Con la Virgen inmaculada, demos gracias al Todopoderoso por las maravillas que ha realizado en nosotros; con alegría, deseamos proclamar su santo nombre (cf. *Lc* 1, 49). Que María os envuelva a cada uno con su protección materna y os obtenga las gracias necesarias, para que, con perseverancia y eficacia, seáis testigos de una fe profunda, de un amor solícito y de una esperanza indefectible. Recordad que el hombre contemporáneo necesita este testimonio, puesto que se plantea siempre esta pregunta esencial: ¿dónde está la morada de Dios?, ¿dónde se puede encontrar a Cristo, para entrar en esta relación particular, para «estar con él»? Estáis llamados a tener la valentía de seguir a Cristo e indicar a los demás el camino que lleva a él. Que vuestro testimonio fortalezca la fe de nuestros hermanos, en nuestra patria y dondequiera que vivan.

En fin, quisiera invitaros a la próxima Jornada mundial de la juventud que, si Dios quiere, viviremos en Roma, en el año 2000, durante el gran jubileo, ante la tumba de los apóstoles Pedro y Pablo. Que durante este período de preparación para el tercer milenio Dios bendiga todas vuestras obras buenas. Transmitid mi saludo y mi bendición a vuestros familiares, a vuestros sacerdotes, a vuestros educadores y a vuestros amigos.

(ucranio) Al término de nuestro encuentro, queridos jóvenes de lengua ucraniana, os encomiendo al Señor. En medio de vuestros compañeros, sed testigos de Cristo, que ha estado cerca de vosotros durante esta Jornada mundial y que os llama a ser sus discípulos y constructores de una sociedad solidaria y fraterna.

(eslovaco) Jóvenes amigos de Eslovaquia, os invito a reavivar los dones que Dios ha derramado en vosotros, para que tengáis la fuerza de

comprometeros por Cristo, en su Iglesia y entre las personas que encontráis todos los días.

(checo) Queridos jóvenes checos, que el nuevo dinamismo que habéis encontrado durante esta Jornada mundial os haga creativos en el anuncio del Evangelio y en un compromiso renovado al servicio de vuestros hermanos.

(croata) Queridos amigos de Croacia y de Bosnia-Herzegovina, durante esta Jornada mundial habéis confirmado vuestra fe en Cristo Salvador y habéis hecho una experiencia particularmente significativa de vida fraterna y de diálogo entre las culturas. Convertíos en testigos del Evangelio y llevad a los jóvenes de vuestro país la paz de Cristo, para edificar juntos una sociedad en la que se reconozca y se respete a todos en su dignidad de hijos de Dios.

(coreano) Queridos jóvenes, que el Señor os acompañe y haga de vosotros testigos fraternos de los dones de Dios y constructores de paz.

(vietnamita) Jóvenes bautizados de Vietnam, la oración de vuestros hermanos del mundo os acompaña en vuestro itinerario espiritual y humano como discípulos de Cristo.

(italiano) Queridos jóvenes, os doy cita para la próxima Jornada mundial de la juventud en Roma, durante el verano del año 2000. Estoy convencido de que iréis en gran número a ese encuentro extraordinario. Durante el gran jubileo del año 2000, viviremos juntos una experiencia de comunión espiritual, que marcará ciertamente vuestra vida.

Quien viva, verá. Gracias por las espléndidas jornadas de París. Nos vemos en Roma.

SALUDO desde el balcón de la Nunciatura Apostólica en París.

«Desgraciadamente, tengo que dejar París, después de haber vivido aquí una espléndida Jornada de la juventud. Pero me queda un pequeño consuelo: regreso a Roma para el día de san Luis, san Luis de los franceses.

Así pues, Francia me acompaña también a Roma. En el nombre de este gran santo, san Luis, rey de los franceses, doy las gracias a todos los que han colaborado en la preparación de esta Jornada mundial de la juventud.

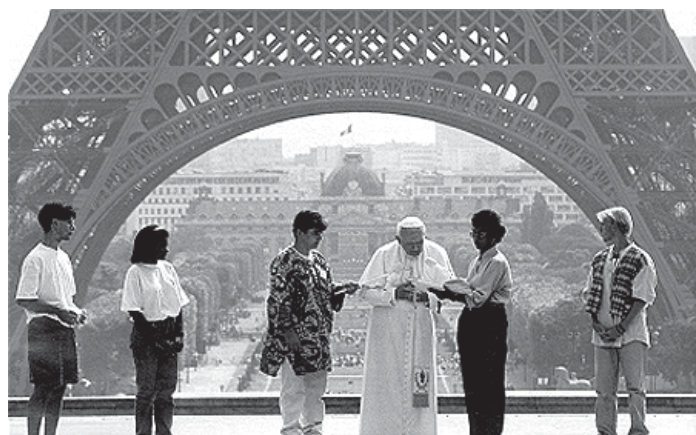
Estoy muy agradecido y os deseo una buena continuación aquí en París, en Francia; en Roma se hará lo posible».

DISCURSO durante la ceremonia de despedida en el Aeropuerto de Orly.

1. Al término de mi visita a su país, con ocasión de la *Jornada mundial de la juventud*, quiero expresarles mi gratitud por la acogida que me habéis dispensado y que habéis brindado a los jóvenes de los cinco continentes; agradezco las medidas adoptadas por su Gobierno para asegurar el buen desarrollo de los diferentes encuentros que he presidido. Gracias a ellas también los jóvenes procedentes de todo el mundo han podido descubrir a Francia, tierra de cultura y de acogida. Estoy seguro de que se van fortalecidos en su vida de hombres y mujeres, y confortados en su fe; la experiencia del diálogo y de la fraternidad que han podido realizar, tanto en las diferentes regiones como en París, los llama a comprometerse en su propio país al servicio de sus hermanos. Al mismo tiempo, con su testimonio y su entusiasmo, los jóvenes reunidos invitan a todos nuestros contemporáneos a crear vínculos de entendimiento y de solidaridad.

Mi agradecimiento se extiende a las autoridades civiles y militares, así como a los miembros del servicio de seguridad y a los voluntarios, que no han ahorrado esfuerzos para resolver los numerosos problemas planteados durante la preparación y la realización del encuentro. Doy las gracias, asimismo, a cuantos han contribuido a la belleza y a la dignidad de las celebraciones litúrgicas. Expreso a todos mi más profunda gratitud por su generosidad, su eficacia y su discreción en el cumplimiento de sus misiones; de este modo, han contribuido en gran parte al buen desarrollo y al éxito de estas jornadas inolvidables tanto para mí como para los jóvenes de todo el mundo. También saludo cordialmente a los responsables de las diferentes comunidades cristianas y de las demás confesiones religiosas, que han querido asociarse a este encuentro de la Iglesia católica, deseando que prosiga un diálogo abierto y confiado.

2. Antes de abandonar vuestra tierra, que he tenido ocasión de visitar varias veces desde el comienzo de mi pontificado, y también durante mi juventud, deseo expresar de nuevo mi profunda gratitud al señor cardenal Jean-Marie Lustiger, arzobispo de París, y a monseñor Michel Dubost, que se encargó de la preparación de este encuentro, a todo el Episcopado francés, al clero, a los religiosos y religiosas, así como a los laicos de la Iglesia católica que se han movilizado para acoger a los jóvenes y acompañarlos a lo largo de su itinerario espiritual. Doy las



San Juan Pablo II en París.

gracias, de manera muy especial, a los equipos de jóvenes franceses que, en las diferentes estructuras, han participado en la organización de la *XII Jornada mundial de la juventud*. Se han puesto al servicio de la Iglesia; ¡ojalá que recojan numerosos frutos espirituales y prosigan su misión cristiana según su vocación propia!

3. Quisiera asegurar a todos los católicos de Francia mi afecto y mi profunda comunión espiritual; los invito a ser, en medio de sus hermanos, testigos de su fe y del amor de Dios, trabajando por una sociedad que aspire a la paz, a la convivencia y a la colaboración de todos, con vistas al bien común. Están convencidos de que, en el seno de una nación que tiene una tradición de fraternidad y libertad, por medio del diálogo, la expresión de diferentes convicciones religiosas debe permitir desarrollar las riquezas culturales y el sentido moral y espiritual de todo un pueblo; además, debe contribuir a la calidad de la vida pública, en particular mediante la atención a los más débiles de la sociedad.

4. Le agradezco que transmita mi profunda gratitud al señor presidente de la República. A través de su persona, señor primer ministro, saludo y doy las gracias a todos los miembros de su Gobierno y a todos los franceses, expresándoles mis mejores deseos de paz y prosperidad.

Renovándole mi gratitud, invoco sobre todos sus compatriotas la abundancia de las bendiciones divinas.

XIII JMJ

ROMA, 5 DE ABRIL DE 1998

TEMA: «EL ESPÍRITU SANTO OS LO ENSEÑARÁ TODO» (JN 14, 26)

El año 1998, durante la celebración de la XIII Jornada Mundial de la Juventud de la diócesis de Roma en la plaza de San Pedro, una delegación de jóvenes franceses entregó la Cruz a una delegación de jóvenes italianos para el próximo Encuentro Mundial que tendrá lugar en Roma durante el Gran Jubileo del año 2000.

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el 30 de noviembre de 1997, primer domingo de Adviento, para la XIII JMJ.

Queridos jóvenes amigos:

1. «Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de vosotros, rogando siempre y en todas mis oraciones con alegría por todos vosotros a causa de la colaboración que habéis prestado al Evangelio, desde el primer día hasta hoy; firmemente convencido de que, quien inició en vosotros la buena obra, la irá consumando hasta el día de Cristo Jesús» (*Flp* 1, 3-6).

Os saludo con las palabras del apóstol Pablo, «pues os llevo en mi corazón» (*Flp* 1, 7). Sí; como os aseguré en la reciente e inolvidable Jornada mundial de la juventud, celebrada en París, el Papa piensa en vosotros y os quiere mucho, os tiene en su mente cada día con gran afecto y os acompaña con su oración, se fia y cuenta con vosotros, con vuestro compromiso cristiano y con vuestra colaboración en la causa del Evangelio.

2. Como sabéis, el segundo año de la fase preparatoria para el gran jubileo comienza con el primer domingo de Adviento, y «se dedicará de modo particular al Espíritu Santo y a su presencia santificadora dentro de la comunidad de los discípulos de Cristo» (*Tertio millennio adveniente*, 44). Con vistas a la celebración de la próxima Jornada mun-

dial de la juventud, os invito a mirar, en comunión con toda la Iglesia, al Espíritu del Señor, que renueva la faz de la tierra (cf. *Sal* 104, 30).

En efecto, «la Iglesia no puede prepararse al cumplimiento bimilenario «de otro modo, si no es por el Espíritu Santo. Lo que en la plenitud de los tiempos se realizó por obra del Espíritu Santo, solamente por obra suya puede ahora surgir de la memoria de la Iglesia». El Espíritu, de hecho, actualiza en la Iglesia de todos los tiempos y de todos los lugares la única Revelación traída por Cristo a los hombres, haciéndola viva y eficaz en el ánimo de cada uno» (*Tertio millennio adveniente*, 44).

Para la próxima Jornada mundial creo oportuno proponer a vuestra reflexión y a vuestra oración estas palabras de Jesús: «El Espíritu Santo os lo enseñará todo» (cf. *Jn* 14, 26). Nuestro tiempo está desorientado y confundido; a veces, incluso, parece que no conoce la frontera entre el bien y el mal; aparentemente, rechaza a Dios, porque lo desconoce o porque no lo quiere conocer.

En esta situación, es importante que nos dirijamos idealmente al cenáculo para revivir el misterio de Pentecostés (cf. *Hch* 2, 1-11) y para permitir que el Espíritu de Dios nos lo enseñe todo, poniéndonos en una actitud de docilidad y humildad a su escucha, a fin de aprender la «sabiduría del corazón» (*Sal* 90, 12) que sostiene y alimenta nuestra vida.

Crear es ver las cosas como las ve Dios, participar de la visión que Dios tiene del mundo y del hombre, de acuerdo con las palabras del Salmo: «Tu luz nos hace ver la luz» (*Sal* 36, 10). Esta «luz de la fe» en nosotros es un rayo de la luz del Espíritu Santo. En la secuencia de Pentecostés, oramos así: «Oh luz dichosísima, penetra hasta el fondo en el corazón de tus fieles».

Jesús quiso subrayar fuertemente el carácter misterioso del Espíritu Santo: «El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu» (*Jn* 3, 8). Entonces, ¿es necesario renunciar a entender? Jesús pensaba exactamente lo contrario, pues asegura que el Espíritu Santo mismo es capaz de guiarnos «hasta la verdad completa» (*Jn* 16, 13).

3. Una luz extraordinaria sobre la tercera Persona de la santísima Trinidad ilumina a los que quieren meditar en la Iglesia y con la Iglesia el misterio de Pascua y de Pentecostés.

Jesús fue «constituído Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos» (*Rm* 1, 4).

Después de la resurrección, la presencia del Maestro inflama el corazón de los discípulos. «¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros?» (*Lc* 24, 32), dicen los peregrinos que iban camino de Emaús. Su palabra los ilumina: nunca habían dicho con tanta fuerza y plenitud: «¡Señor mío y Dios mío!» (*Jn* 20, 28). Los cura de la duda, de la tristeza, del desaliento, del miedo, del pecado; les da una nueva fraternidad; una comunión sorprendente con el Señor y con sus hermanos sustituye al aislamiento y la soledad: «Ve a mis hermanos» (*Jn* 20, 17).

Durante la vida pública, las palabras y los gestos de Jesús no habían podido llegar más que a unos pocos millares de personas, en un espacio y lugar definidos. Ahora esas palabras y esos gestos no conocen límites de espacio o de cultura. «Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. Esta es mi sangre, derramada por vosotros» (cf. *Lc* 22, 19-20): basta que sus Apóstoles lo hagan «en conmemoración suya», según su petición explícita, para que él esté realmente presente en la Eucaristía, con su cuerpo y su sangre, en cualquier parte del mundo. Es suficiente que repitan el gesto del perdón y de la curación, para que él perdone: «A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados» (*Jn* 20, 23).

Cuando estaba con los suyos, Jesús tenía prisa; le preocupaba el tiempo: «Todavía no ha llegado mi tiempo» (*Jn* 7, 6); «todavía por un poco de tiempo está la luz entre vosotros» (*Jn* 12, 35). Después de la resurrección, su relación con el tiempo ya no es la misma; su presencia continúa: «estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt* 28, 20).

Esta transformación en profundidad, extensión y duración, de la presencia de nuestro Señor y Salvador es obra del Espíritu Santo.

4. Y, cuando Cristo resucitado se hace presente en la vida de las personas y les da su Espíritu (cf. *Jn* 20, 22), cambian completamente, aun permaneciendo, más aún, llegando a ser plenamente ellas mismas. El ejemplo de san Pablo es particularmente significativo: la luz que lo deslumbró en el camino de Damasco hizo de él un hombre más libre de lo que había sido; libre con la libertad verdadera, la del Resucitado ante el que había caído por tierra (cf. *Hch* 9, 1-30). La experiencia que vivió le permitió escribir a los cristianos de Roma: «Libres del pecado y esclavos de Dios, fructificáis para la santidad; y el fin, la vida eterna» (*Rm* 6, 22).

Lo que Jesús comenzó a hacer con los suyos en tres años de vida común, es llevado a plenitud por el don del Espíritu Santo. Antes la fe de

los Apóstoles era imperfecta y titubeante, pero después es firme y fecunda: hace caminar a los paralíticos (cf. *Hch* 3, 1-10), ahuyenta a los espíritus inmundos (cf. *Hch* 5, 16). Los que, en otro tiempo, temblaban a causa del miedo al pueblo y a las autoridades, afrontan a la muchedumbre reunida en el templo y desafían al Sanedrín (cf. *Hch* 4, 1-14). Pedro, a quien el miedo a las acusaciones de una mujer había llevado a la triple negación (cf. *Mc* 14, 66-72), ahora se comporta como la «roca» que Jesús quería (cf. *Mt* 16, 18). Y también los demás, que hasta ese momento se dedicaban a discusiones motivadas por la ambición (cf. *Mc* 9, 33), ahora son capaces de ser «un solo corazón y una sola alma» y de ponerlo todo en común (cf. *Hch* 4, 32). Los mismos que, tan imperfectamente y con tanta dificultad, habían aprendido de Jesús a orar, a amar y a ir a la misión, ahora oran de verdad, aman de verdad y son verdaderos misioneros, verdaderos apóstoles.

Esa es la obra realizada por el Espíritu de Jesús en sus Apóstoles.

5. Lo que sucedió entonces sigue aconteciendo en la comunidad cristiana de hoy. Gracias a la acción de Aquel que es, en el corazón de la Iglesia, la «memoria viva» de Cristo (cf. *Jn* 14, 26), el misterio pascual de Jesús nos llega y nos transforma. El Espíritu Santo es quien, a través de los signos visibles, audibles y tangibles de los sacramentos, nos permite ver, escuchar y tocar la humanidad glorificada del Resucitado.

El misterio de Pentecostés, como don del Espíritu a cada uno, se actualiza de modo privilegiado con la confirmación, que es el sacramento del crecimiento cristiano y de la madurez espiritual. En ella, cada fiel recibe una profundización de la gracia bautismal y es insertado plenamente en la comunidad mesiánica y apostólica, mientras es «confirmado» en la familiaridad con el Padre y con Cristo, que lo quiere testigo y protagonista de la obra de la salvación.

El Espíritu Santo da al cristiano –cuya vida, de otro modo, correría el riesgo de quedar sujeta únicamente al esfuerzo, a la regla e incluso al conformismo exterior– la docilidad, la libertad y la fidelidad. En efecto, él es «Espíritu de sabiduría e inteligencia, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia y temor del Señor» (*Is* 11, 2). Sin él, ¿cómo se podría comprender que el yugo de Cristo es suave y su carga ligera? (cf. *Mt* 11, 30).

El Espíritu Santo infunde audacia; impulsa a contemplar la gloria de Dios en la existencia y en el trabajo de cada día. Estimula a hacer la experiencia del misterio de Cristo en la liturgia, a hacer que la Palabra

resuene en toda la vida, con la seguridad de que siempre tendrá algo nuevo que decir; ayuda a comprometerse de por vida, a pesar del miedo al fracaso, a afrontar los peligros y superar las barreras que separan las culturas para anunciar el Evangelio, a trabajar incansablemente por la continua renovación de la Iglesia, sin constituirse en jueces de los hermanos.

6. San Pablo, escribiendo a los cristianos de Corinto, insiste en la unidad fundamental de la Iglesia de Dios, comparable a la unidad orgánica del cuerpo humano en la diversidad de sus miembros.

Queridos jóvenes, una valiosa experiencia de la unidad de la Iglesia, en la riqueza de su diversidad, la vivís siempre que os reunís entre vosotros, especialmente para la celebración eucarística. Es el Espíritu quien lleva a los hombres a comprenderse y acogerse recíprocamente, a reconocerse hijos de Dios y hermanos en camino hacia la misma meta, la vida eterna, a hablar la misma lengua, por encima de las diferencias culturales y raciales.

Participando activamente y con generosidad en la vida de las parroquias, de los movimientos y de las asociaciones, experimentaréis cómo los carismas del Espíritu os ayudan a encontraros con Cristo, a ahondar la familiaridad con él, a realizar y gustar la comunión eclesial.

Hablar de la unidad lleva a evocar con dolor la situación actual de separación entre los cristianos. Precisamente por ello, el ecumenismo constituye una de las tareas prioritarias y más urgentes de la comunidad cristiana: «En esta última etapa del milenio, la Iglesia debe dirigirse con una súplica más sentida al Espíritu Santo, implorando de él la gracia de la unidad de los cristianos. (...) Sin embargo, somos todos conscientes de que el logro de esta meta no puede ser sólo fruto de esfuerzos humanos, aun siendo éstos indispensables. La unidad, en definitiva, es un don del Espíritu Santo. (...) La cercanía del final del segundo milenio anima a todos a un examen de conciencia y a oportunas iniciativas ecuménicas» (*Tertio millennio adveniente*, 34). También a vosotros, queridos jóvenes, encomiendo esta preocupación y esta esperanza, como compromiso y como tarea.

El Espíritu Santo es, asimismo, quien estimula la misión evangelizadora de la Iglesia. Antes de la Ascensión, Jesús había dicho a los Apóstoles: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra» (*Hch* 1, 8). Desde entonces, bajo el impulso del

Espíritu, los discípulos de Jesús siguen estando presentes en los caminos del mundo para anunciar a todos los hombres la palabra que salva. Entre éxitos y fracasos, entre grandeza y miseria, con el poder del Espíritu que actúa en la debilidad humana, la Iglesia descubre toda la amplitud y la responsabilidad de su misión universal.

Para poderla cumplir, apela también a vosotros, a vuestra generosidad y a vuestra docilidad al Espíritu de Dios.

7. El don del Espíritu hace actual y posible para todos el antiguo mandato de Dios a su pueblo: «Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo» (*Lv* 19, 2). Llegar a ser santos parece una meta ardua, reservada a personas totalmente excepcionales, o destinada a quien quiera permanecer ajeno a la vida y a la cultura de su tiempo. Sin embargo, llegar a ser santos es don y tarea arraigados en el bautismo y en la confirmación, encomendados a todos en la Iglesia, en todo tiempo. Es don y tarea de los laicos, de los religiosos y de los ministros sagrados, en el ámbito privado y en el público, en la vida de cada uno y en la de las familias y comunidades.

Pero, dentro de esta vocación común, que a todos llama no a acomodarse al mundo sino a la voluntad de Dios (cf. *Rm* 12, 2), son diversos los estados de vida y múltiples las vocaciones y las misiones.

El don del Espíritu está en la base de la vocación de cada uno. Está en la raíz de los ministerios consagrados del obispo, del presbítero y del diácono, que están al servicio de la vida eclesial. También él es quien forma y modela el alma de los llamados a una vida de especial consagración, configurándolos a Cristo casto, pobre y obediente. El mismo Espíritu, que por el sacramento del matrimonio envuelve y consagra la unión de los esposos, infunde fuerza y sostiene la misión de los padres, llamados a hacer de la familia la primera y fundamental realización de la Iglesia. Por último, con el don del Espíritu se alimentan todos los demás servicios –la educación cristiana y la catequesis, la asistencia a los enfermos y a los pobres, la promoción humana y el ejercicio de la caridad– orientados a la edificación y animación de la comunidad. En efecto, «a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común» (*1 Co* 12, 7).

8. Así pues, es deber irrenunciable de cada uno buscar y reconocer, día tras día, el camino por el que el Señor le sale personalmente al encuentro. Queridos amigos, planteaos seriamente la pregunta sobre vues-

tra vocación, y estad dispuestos a responder al Señor que os llama a ocupar el lugar que tiene preparado para vosotros desde siempre.

La experiencia enseña que, en esta obra de discernimiento, ayuda mucho un director espiritual: elegid una persona competente y recomendada por la Iglesia, que os escuche y acompañe a lo largo del camino de la vida, que esté a vuestro lado tanto en las opciones difíciles como en los momentos de alegría. El director espiritual os ayudará a discernir las inspiraciones del Espíritu Santo y a progresar por una senda de libertad: libertad que se ha de conquistar mediante una lucha espiritual (cf. *Ef* 6, 13-17), y que se ha de vivir con constancia y perseverancia.

La educación en la vida cristiana no se limita a favorecer el desarrollo espiritual de la persona, aunque la iniciación en una vida de oración sólida y regular sigue siendo el principio y el fundamento del edificio. La familiaridad con el Señor, cuando es auténtica, lleva necesariamente a pensar, a elegir y a actuar como Cristo pensó, eligió y actuó, poniéndoos a su disposición para proseguir la obra salvífica.

Una «vida espiritual», que pone en contacto con el amor de Dios y reproduce en el cristiano la imagen de Jesús, puede curar una enfermedad de nuestro siglo, superdesarrollado en la racionalidad técnica y subdesarrollado en la atención al hombre, a sus expectativas y a su misterio. Urge reconstituir un universo interior, inspirado y sostenido por el Espíritu, alimentado de oración y orientado a la acción, de manera que sea bastante fuerte como para resistir a las múltiples situaciones en las que conviene conservar la fidelidad a un proyecto, en vez de seguir o acomodarse a la mentalidad corriente.

9. María, a diferencia de los discípulos, no esperó la Resurrección para vivir, orar y actuar en la plenitud del Espíritu. El *Magnificat* expresa toda la oración, todo el celo misionero, toda la alegría de la Iglesia de Pascua y de Pentecostés (cf. *Lc* 1, 46-55).

Cuando, llevando hasta el extremo la lógica de su amor, Dios elevó a la gloria del cielo a María en cuerpo y alma, se realizó el último misterio: ella, que Jesús crucificado había dado como madre al discípulo a quien amaba (cf. *Jn* 19, 26-27), vive ya su presencia materna en el corazón de la Iglesia, al lado de cada uno de los discípulos de su Hijo, y participa de una manera única en la eterna intercesión de Cristo para la salvación del mundo.

A ella, Esposa del Espíritu, encomiendo la preparación y la celebración de la XIII Jornada mundial de la juventud, que viviréis este año en vuestras Iglesias particulares, en torno a vuestros pastores.

A ella, Madre de la Iglesia, juntamente con vosotros, me dirijo con las palabras de san Ildefonso de Toledo:

*«Te suplico encarecidamente, oh Virgen santa,
que yo reciba a Jesús por aquel Espíritu
por obra del cual tú misma engendraste a Jesús.
Que mi alma reciba a Jesús por aquel Espíritu,
por obra del cual tu carne concibió al mismo Jesús.
Que yo ame a Jesús en aquel mismo Espíritu,
en el que tú lo adoras como Señor y lo contemplas como Hijo».*
(*De virginitate perpetua sanctae Mariae*, XII: PL 96,106).
Os bendigo a todos de corazón.

DISCURSO durante el encuentro en la Plaza de San Juan de Letrán, Roma, el jueves 2 de abril de 1998.

1. «¡Toma la cruz!».

Amadísimos jóvenes de Roma, las palabras que constituyen el lema de este encuentro remiten a las de Jesús, que acabamos de proclamar: «*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*» (Mc 8, 34). Estas palabras permiten comprender el valor y el significado de esta *fiesta, en espera de la cruz*.

En efecto, como bien sabéis, está a punto de llegar a Roma la cruz de las Jornadas mundiales de la juventud, que yo mismo entregué a los jóvenes en 1984, al término del Año santo de la redención. Después de haber peregrinado en los diversos continentes, vuelve ahora a nuestra ciudad, centro del mundo cristiano. El domingo próximo, al final de la *misa de Ramos*, en la plaza de San Pedro, una representación de los jóvenes de París la entregará a algunos jóvenes italianos, y de ese modo empezar á la preparación de la Jornada mundial de la juventud del año 2000, que tendrá lugar aquí, en Roma, en el corazón del gran jubileo.

Jóvenes romanos, que esta tarde os habéis reunido aquí, os dirijo a cada uno mi afectuoso saludo. También doy mi más cordial bienvenida a los jóvenes franceses, que han venido para esta significativa entrega, y a los quinientos representantes de las diócesis de Italia. Saludo al cardenal vicario y le agradezco las palabras que, en vuestro nombre, ha querido dirigirme. Gracias a todos los que han preparado esta tarde de fiesta y a cuantos participan en ella, animándola con sus testimonios y sus expresiones artísticas. Un saludo, además, a quienes están unidos a nosotros mediante la radio y la televisión.

2. Así pues, es fiesta por la *llegada de la cruz*, de vuestra cruz. La cruz se ha de acoger, ante todo, en el corazón, y después se ha de llevar en la vida. Nos hemos reunido hoy para recordárnoslo unos a otros en esta plaza, entre la Escala santa, que evoca la pasión de Cristo, y la cercana Iglesia de Santa Cruz de Jerusalén, en la que se venera la reliquia de la cruz.

Muchos cristianos han abrazado la cruz a lo largo de los siglos: ¿podemos dejar de dar gracias a Dios por ello? Y vosotros, jóvenes de Roma, sois testigos de cómo, también durante la misión ciudadana, el mensaje de muerte y resurrección, que brota de la cruz, se convierte en anuncio de esperanza que conmueve y consuela, fortalece el espíritu y apacigua el corazón. ¡Cuán actuales resultan las palabras de Jesús: «Cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (*Jn 12, 32*), y «Mirarán al que traspasaron» (*Jn 19, 37*)!

Hoy queremos proclamar con vigor el *evangelio de la cruz*, es decir, de Jesús muerto y resucitado para el perdón de los pecados. Este anuncio salvífico, que asegura a los creyentes la vida eterna, desde el día de Pascua no ha dejado nunca de resonar en el mundo. Es la buena noticia que, con los apóstoles Pedro y Pablo, llegó a nuestra Roma, y desde aquí se ha difundido a tantos lugares de Europa y del mundo.

3. Queridos jóvenes, con razón podemos decir que *en Roma la cruz es algo natural*. En cierto sentido, Roma es la ciudad de la cruz, pues aquí, anunciada y vivida por tantos mártires y santos de ayer y de hoy, ha sellado y escrito la historia de la ciudad.

La cruz está oculta en el nombre mismo de Roma. Si leemos Roma al contrario, pronunciamos la palabra «Amor» ¿No es la cruz el *mensaje del amor de Cristo*, del Hijo de Dios, que nos amó hasta ser clavado en el madero de la cruz? Sí, la cruz es la primera letra del alfabeto de Dios.

4. Así como la cruz no es algo extraño en Roma, tampoco lo es para la vida de todo hombre y mujer de cualquier edad, pueblo y condición social. Durante este encuentro habéis conocido a varias personas, más o menos famosas. Estas, de diferentes modos, han encontrado y encuentran el misterio de la cruz; han sido tocadas y, en cierto modo, marcadas por ella. Sí, *la cruz está inscrita en la vida del hombre*. Querer excluirla de la propia existencia es como querer ignorar la

realidad de la condición humana. ¡Es así! Hemos sido creados para la vida y, sin embargo, no podemos eliminar de nuestra historia personal el sufrimiento y la prueba. Queridos jóvenes, ¿no experimentáis también vosotros diariamente la realidad de la cruz? Cuando en la familia no existe la armonía, cuando aumentan las dificultades en el estudio, cuando los sentimientos no encuentran correspondencia, cuando resulta casi imposible encontrar un puesto de trabajo, cuando por razones económicas os veis obligados a sacrificar el proyecto de formar una familia, cuando debéis luchar contra la enfermedad y la soledad, y cuando corréis el riesgo de ser víctimas de un peligroso vacío de valores, ¿no es, acaso, la cruz la que os está interpellando?

Una difundida cultura de lo efímero, que asigna valores sólo a lo que parece hermoso y a lo que agrada, quisiera haceros creer que hay que apartar la cruz. Esta moda cultural promete éxito, carrera rápida y afirmación de sí a toda costa; invita a una sexualidad vivida sin responsabilidad y a una existencia carente de proyectos y de respeto a los demás. Abrid bien los ojos, queridos jóvenes; este no es el camino que lleva a la alegría y a la vida, sino la senda que conduce al pecado y a la muerte. Dice Jesús: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 16, 24-25).

Jesús no nos engaña. Con la verdad de sus palabras, que parecen duras pero llenan el corazón de paz, nos revela el secreto de la vida auténtica. Él, aceptando la condición y el destino del hombre venció el pecado y la muerte y, resucitando, transformó la cruz de árbol de muerte en árbol de vida. Es el Dios con nosotros, que vino para compartir toda nuestra existencia. No nos deja solos en la cruz. Jesús es el amor fiel, que no abandona y que sabe transformar las noches en albas de esperanza. Si se acepta la cruz, genera salvación y procura serenidad, como lo demuestran tantos testimonios hermosos de jóvenes creyentes. *Sin Dios, la cruz nos aplasta; con Dios, nos redime y nos salva.*

5. Todo esto es posible, como sabéis, gracias al sacramento del bautismo, que nos une íntimamente a Cristo muerto y resucitado, y nos da el Espíritu Santo, el Espíritu del amor, que brotó del misterio pascual y se derramó en abundancia sobre cuantos confirman su bautismo con el sucesivo sacramento de la confirmación. En la plaza de San Juan, a pocos pasos de uno de los baptisterios más famosos del mundo, quiero recordar

que vivir el bautismo significa aceptar la cruz con fe y amor, no sólo en su valor de prueba, sino también en su inseparable dimensión de salvación y resurrección. Por eso, conviene que hoy celebremos la fiesta en esta plaza de la catedral de Roma, en espera de la cruz. En el corazón de la misión ciudadana, cuyo tema es «*Abre la puerta a Cristo, tu salvador*», queremos gritar a cada habitante de nuestra ciudad: «*Toma la cruz*», acéptala, no dejes que los acontecimientos te hundan; al contrario, vence con Cristo el mal y la muerte. Si haces del *evangelio de la cruz* tu proyecto de vida; si sigues a Jesús hasta la cruz, te encontrarás a ti mismo plenamente.

Amadísimos jóvenes, como conclusión de nuestro sugestivo encuentro, *tomad vuestra cruz* y llevadla como mensaje de amor, de perdón y de compromiso misionero por las calles de Roma, a las diversas regiones de Italia y a todos los rincones del mundo.

Que os acompañe María, que permaneció fiel al pie de la cruz junto al apóstol Juan; os protejan los numerosos santos y mártires romanos. También yo estoy cerca de vosotros con mi oración, mientras con afecto os bendigo a todos.

El Domingo de Ramos, 5 de abril de 1998, el Papa San Juan Pablo II inicia la XIII Jornada Mundial de la Juventud.

HOMILÍA pronunciada en la Misa.

1. «*¡Bendito el rey que viene en nombre del Señor!*» (Lc 19, 38).

El domingo de Ramos nos hace revivir la entrada de Jesús en Jerusalén, cuando se acercaba la celebración de la Pascua. El pasaje evangélico nos lo ha presentado mientras entra en la ciudad rodeado por una multitud jubilosa. Puede decirse que, aquel día, llegaron a su punto culminante las expectativas de Israel con respecto al Mesías. Eran expectativas alimentadas por las palabras de los antiguos profetas y confirmadas por Jesús de Nazaret con su enseñanza y, especialmente, con los signos que había realizado.

A los fariseos, que le pedían que hiciera callar a la multitud, Jesús les respondió: «*Si estos callan, gritarán las piedras*» (Lc 19, 40). Se refería, en particular, a las paredes del templo de Jerusalén, construido con vistas a la venida del Mesías y reconstruido con gran esmero después de haber sido destruido en el momento de la deportación a Babilonia. El recuerdo de la destrucción y reconstrucción del templo seguía vivo en la conciencia de Israel, y Jesús hacía referencia a ese recuerdo, cuando afirmaba: «*Destruid este templo y en tres días lo levantaré*» (Jn 2, 19). Así como el

antiguo templo de Jerusalén fue destruido y reconstruido, así también el templo nuevo y perfecto del cuerpo de Jesús debía morir en la cruz y resucitar al tercer día (cf. *Jn 2*, 21-22).

2. Al entrar en Jerusalén, Jesús sabe, sin embargo, que el júbilo de la multitud lo introduce en el corazón del «*misterio*» de la salvación. Es consciente de que va al encuentro de la muerte y no recibirá una corona real, sino una corona de espinas.

Las lecturas de la celebración de hoy aluden al sufrimiento del Mesías y llegan a su punto culminante en la descripción que el evangelista san Lucas hace en la narración de la pasión. Este inefable misterio de dolor y de amor lo proponen el profeta Isaías, considerado como el evangelista del Antiguo Testamento, el Salmo responsorial y el estribillo que acabamos de cantar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Lo repite san Pablo en la carta a los Filipenses, en la que se inspira la aclamación que nos acompañará durante el «*Triduo sacro*»: «Cristo, por nosotros, se sometió incluso a la muerte, y una muerte de cruz» (cf. *Flp 2*, 8). En la Vigilia pascual añadiremos: «Por eso, Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el nombre sobre todo nombre» (*Flp 2*, 9).

La Iglesia, en la celebración eucarística, todos los días conmemora la pasión, la muerte y la resurrección del Señor: «Anunciamos tu muerte – dicen los fieles después de la consagración–, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!».

3. Desde hace más de diez años, el domingo de Ramos se ha convertido en una esperada cita para la celebración de la Jornada mundial de la juventud. El hecho de que la Iglesia dirija precisamente en este día su particular atención a los jóvenes es, de por sí, muy elocuente. Y no sólo porque hace dos mil años fueron los jóvenes –*pueri Hebraeorum*– quienes acompañaron con júbilo a Cristo en su entrada triunfal en Jerusalén; sino también, y sobre todo, porque, al cabo de veinte siglos de historia cristiana, los jóvenes, guiados por su sensibilidad y por una certera intuición, descubren en la liturgia del domingo de Ramos un mensaje dirigido a cada uno de ellos.

Queridos jóvenes, a vosotros se os propone nuevamente hoy el mensaje de la cruz. A vosotros, que seréis los adultos del tercer milenio, se os encomienda esta cruz que, dentro de poco, un grupo de jóvenes franceses entregará a una representación de la juventud de

Roma y de Italia. De Roma a Buenos Aires; de Buenos Aires a Santiago de Compostela; de Santiago de Compostela a Czéstochowa; de Jasna Góra a Denver; de Denver a Manila; de Manila a París, esta cruz ha peregrinado con los jóvenes de un país a otro, de un continente a otro. Vuestra opción, jóvenes cristianos, es clara: descubrir en la cruz de Cristo el sentido de vuestra existencia y la fuente de vuestro entusiasmo misionero.

A partir de hoy peregrinará por las diócesis de Italia, hasta la Jornada mundial de la juventud del año 2000, que se celebrará aquí, en Roma, con ocasión del gran jubileo. Luego, con la llegada del nuevo milenio, reanudará su camino por el mundo entero, mostrando de ese modo que la cruz camina con los jóvenes, y que los jóvenes caminan con la cruz.

4. ¡Cómo no dar gracias a Dios por esta singular alianza que une a los jóvenes creyentes! En este momento quisiera dar las gracias a todos los que, guiando a los jóvenes en esta iniciativa providencial, han contribuido a la gran peregrinación de la cruz por los caminos del mundo. Recuerdo con afecto y gratitud especialmente al amadísimo cardenal Eduardo Pironio, que falleció recientemente. Estuvo presente y presidió muchas celebraciones de la Jornada mundial de la juventud. Que el Señor lo colme de las recompensas celestiales prometidas a los servidores buenos y fieles.

Mientras, dentro de poco, la cruz pasará idealmente de París a Roma, permitid que el Obispo de esta ciudad exclame con la liturgia: *Ave crux, spes unica!* ¡Te saludamos, oh cruz santa! En ti viene a nosotros aquel que en Jerusalén, hace veinte siglos, fue aclamado por otros jóvenes y por la multitud: «*Bendito el que viene en nombre del Señor*».

Todos nos unimos a este canto, repitiendo: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

¡Sí! Bendito eres tú, oh Cristo, que también hoy vienes a nosotros con tu mensaje de amor y de vida. Y bendita es tu santa cruz, de la que brota la salvación del mundo, ayer, hoy y siempre. *Ave crux!* ¡Alabado sea Jesucristo!

ÁNGELUS

(en italiano) El gesto que dentro de poco se va a renovar en esta plaza cobra un significado particular. Los jóvenes franceses entregarán a sus hermanos italianos la gran cruz peregrina, que presidirá la Jornada mundial de la juventud en Roma, en agosto del año 2000. Queridos jóvenes italianos, esta cruz recorrerá, en una misión itinerante, vuestras ciudades y diócesis; os reuniréis en torno a ella para avanzar en una peregrinación ideal hacia el gran jubileo. Acogedla en vuestro corazón y en vuestra vida; dejaos interpelar por su mensaje de muerte y resurrección; convertíos en testigos conscientes y responsables de ella para vuestros coetáneos.

(en francés) Dirijo un saludo cordial a la delegación francesa, guiada por el cardenal Jean-Marie Lustiger, arzobispo de París. Con profunda alegría, doy gracias al Señor por el encuentro de París, que fue un momento de gran fervor, un signo de esperanza y una ocasión de vida espiritual y fraterna. La celebración de bautismos, las catequesis y la contemplación de los misterios del Señor permitieron a los participantes profundizar y afianzar su fe, para ser testigos generosos de ella.

Hoy, queridos jóvenes de Francia, al entregar la cruz de la Jornada mundial a los jóvenes romanos, realizáis un gesto significativo. Recordáis que la fe en Cristo y la comunión en la Iglesia se realizan mediante un intercambio y dando testimonio de Aquel que es nuestra salvación, nuestra esperanza y nuestra felicidad: Jesús de Nazaret. ¡Llevad a vuestros jóvenes compatriotas el aliento y el saludo afectuoso del Papa, que cuenta con vosotros para anunciar el Evangelio!

(en inglés) Saludo con afecto a los jóvenes presentes hoy en la plaza de San Pedro, y a los que siguen esta Jornada mundial de la juventud por radio y televisión. Hemos visto cómo la cruz ha pasado de manos de los jóvenes de Francia a los de Italia, como preparación para la próxima Jornada mundial, que se celebrará en Roma. La cruz de Cristo habla a los jóvenes de hoy sobre el verdadero sentido de la vida y de la muerte, del tiempo y de la eternidad. Sed testigos de la gracia de Jesucristo ante el mundo.

(en español) Saludo con afecto a los jóvenes de lengua española. Habéis visto cómo los jóvenes franceses han pasado la cruz a los italianos para el encuentro del año 2000. Llevadla también vosotros como mensaje de amor por todos los caminos del mundo. Tengo presente a la juventud americana, convocada al Encuentro continental en

Santiago de Chile. Os confío a nuestra Señora de Guadalupe, Madre y Reina de América, para que este Encuentro sea una ocasión de crecimiento espiritual, de comunicación de valores, de fraternidad y de compromiso en la construcción de la civilización del amor.

(en alemán) Dirijo un cordial saludo a los jóvenes de los países de lengua alemana. Que la cruz sea al mismo tiempo un signo y una llamada a organizar vuestra vida según la palabra anunciada para que el mundo crea por vuestro auténtico testimonio.

(en portugués) Saludo a los jóvenes de lengua portuguesa. Abrid vuestro corazón a la luz del Espíritu Santo y llevad la cruz de Cristo, haciendo que irradie su esperanza en vuestros hogares y en la sociedad. Ojalá que esta Jornada mundial de la juventud incremente vuestro celo apostólico para la verdadera felicidad de cuantos os rodean, a imagen de María, Madre de la Iglesia.

(en polaco) Saludo a los jóvenes polacos presentes aquí en la plaza de San Pedro, y también a los que están en la patria. Os agradezco la participación en esta gran peregrinación de la cruz de Cristo, con motivo de las Jornadas mundiales de la juventud. Seguid con fidelidad y valentía esta cruz. Sed los apóstoles de la nueva evangelización y el signo de esperanza en el mundo de hoy.

Después de la celebración de la XIII JMJ, la Cruz comenzó a peregrinar por Italia.

XIV JMJ ROMA 28 DE MARZO DE 1999

TEMA: «EL PADRE OS AMA» (JN 16, 27)

En 1999, durante su peregrinación por Italia, la Cruz se detuvo en Turín el Domingo de Ramos (14 de marzo), para celebrar la XIV Jornada Mundial de la Juventud y participó en un encuentro de jóvenes en conexión televisiva con la Plaza de San Pedro para el Ángelus del Santo Padre. En el mes de mayo la Cruz se encontraba en Ancona cuando el Papa fue a visitar la ciudad, pero la primera etapa propiamente jubilar de la JMJ fue la celebración que se tuvo en torno a la Cruz el 14 de septiembre en Roma, en la basílica de la Santa Cruz de Jerusalén.

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el 6 de enero de 1999, solemnidad de la Epifanía del Señor, para la XIV JMJ.

Queridos jóvenes amigos:

1. Desde la perspectiva del ya próximo jubileo, el año 1999 tiene la función de «ampliar los horizontes del creyente según la visión misma de Cristo: la visión del «Padre celestial», por quien fue enviado y a quien retornará» (*Tertio millennio adveniente*, 49). En efecto, no es posible celebrar a Cristo y su jubileo sin dirigirse, junto con él, hacia Dios, Padre suyo y Padre nuestro (cf. *Jn* 20, 17). También el Espíritu Santo nos guía hacia el Padre y hacia Jesús: si el Espíritu nos enseña a decir «Jesús es Señor» (*I Co* 12, 3), lo hace para permitirnos hablar con Dios, llamándolo: «¡Abbá, Padre!» (*Ga* 4, 6).

Por tanto, os invito, junto con toda la Iglesia, a dirigiros hacia Dios Padre y a escuchar con gratitud y admiración la sorprendente revelación de Jesús: «El Padre os ama» (cf. *Jn* 16, 27). Éstas son las palabras que os propongo como tema de la XIV Jornada mundial de la juventud. Queridos jóvenes, Dios os ha amado primero (cf. *I Jn* 4, 19), acoged su amor. Permaneced firmes en esta certeza, la única capaz de dar sentido, fuerza y alegría a la vida: su amor nunca se apartará de vosotros y su alianza de paz nunca fallará (cf. *Is* 54, 10). Ha tatuado vuestro nombre en las palmas de sus manos (cf. *Is* 49, 16).

2. Aunque no sea siempre consciente y clara, en el corazón del hombre existe una profunda nostalgia de Dios, que san Ignacio de Antioquía expresó elocuentemente con estas palabras: «Un agua viva murmura en mí y me dice interiormente: «¡Ve al Padre!»» (*Ad Rom.*, 7). «Déjame ver, por favor, tu gloria» (*Ex* 33, 18), pide Moisés al Señor en el monte.

«A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, lo ha revelado» (*Jn* 1, 18). Por tanto, ¿basta conocer al Hijo para conocer al Padre? Felipe no se deja convencer fácilmente, y pide: «Señor, muéstranos al Padre». Su insistencia obtiene una respuesta que supera nuestras expectativas: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (*Jn* 14, 8-11).

Después de la Encarnación, hay un rostro de hombre en el que es posible ver a Dios: «Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí», dice Jesús no sólo a Felipe, sino también a todos los que creerán (cf. *Jn* 14, 11). Desde entonces, el que acoge al Hijo de Dios acoge a Aquel que lo envió (cf. *Jn* 13, 20). Por el contrario, «el que me odia, odia también a mi Padre» (*Jn* 15, 23). Desde entonces es posible una nueva relación entre el Creador y la criatura, es decir, la relación del hijo con su Padre: a los discípulos que quieren conocer los secretos de Dios y piden aprender a rezar para encontrar apoyo en el camino, Jesús les responde enseñándoles el *Padre nuestro*, «síntesis de todo el Evangelio» (Tertuliano, *De oraciones*, 1), en el que se confirma nuestra condición de hijos (cf. *Lc* 11, 1-4). «Por una parte, en efecto, por las palabras de esta oración el Hijo único nos da las palabras que el Padre le ha dado (cf. *Jn* 17, 7): él es el Maestro de nuestra oración. Por otra parte, como Verbo encarnado, conoce en su corazón de hombre las necesidades de sus hermanos y hermanas los hombres, y nos las revela: es el modelo de nuestra oración» (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 2765).

El evangelio de san Juan, al transmitirnos el testimonio directo de la vida del Hijo de Dios, nos indica el camino que hay que seguir para conocer al Padre. La invocación «Padre» es el secreto, el aliento, la vida de Jesús. ¿No es él el Hijo único, el primogénito, el amado al que todo se orienta, el que está al lado del Padre desde antes que el mundo existiese y participa de su misma gloria? (cf. *Jn* 17, 5). Jesús recibe del Padre el poder sobre todas las cosas (cf. *Jn* 17, 2), el mensaje que ha de anunciar (cf. *Jn* 12, 49), y la obra que debe realizar (cf. *Jn* 14, 31). Ni siquiera sus discípulos le pertenecen: es el Padre quien se los ha dado (cf. *Jn* 17, 9),

confiándole la misión de protegerlos del mal, para que ninguno se pierda (cf. *Jn* 18, 9).

A la hora de pasar de este mundo al Padre, la «oración sacerdotal» muestra el estado de ánimo del Hijo: «Padre, glorificame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo existiese» (*Jn* 17, 5). En calidad de sumo y eterno Sacerdote, Cristo encabeza el inmenso cortejo de los redimidos. Al ser primogénito de una multitud de hermanos, vuelve a conducir al único redil las ovejas del rebaño disperso, para que haya «un solo rebaño y un solo pastor» (*Jn* 10, 16).

Gracias a su obra, la misma relación amorosa que existe en el seno de la Trinidad se repite en la relación del Padre con la humanidad redimida: «El Padre os ama». ¿Cómo podría comprenderse este misterio de amor sin la acción del Espíritu, derramado por el Padre sobre los discípulos gracias a la oración de Jesús? (cf. *Jn* 14, 16). La encarnación del Verbo eterno en el tiempo y el nacimiento para la eternidad de cuantos se incorporan a él mediante el bautismo no podrían concebirse sin la acción vivificante de ese mismo Espíritu.

3. «Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna» (*Jn* 3, 16). Dios ama al mundo. Y a pesar de todos sus rechazos, seguirá amándolo hasta el fin. «El Padre os ama» desde siempre y para siempre: ésta es la novedad inaudita, «el simplicísimo y sorprendente anuncio del que la Iglesia es deudora respecto del hombre» (*Christifideles laici*, 34). Aunque el Hijo nos hubiera dicho únicamente estas palabras, nos habría bastado. «¡Qué gran amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios! Y lo somos» (*1 Jn* 3, 1). No somos huérfanos; el amor es posible. Porque, como sabéis muy bien, nadie puede amar si no se siente amado.

Pero ¿cómo anunciar esta buena nueva? Jesús indica el camino que se ha de seguir: ponernos a la escucha del Padre, para que nos enseñe (cf. *Jn* 6, 45), y guardar sus mandamientos (cf. *Jn* 14, 23). Además, este conocimiento del Padre debe ir creciendo: «Yo les he dado a conocer tu nombre y se lo seguiré dando a conocer» (*Jn* 17, 26), y será obra del Espíritu Santo, que guía hasta la verdad completa (cf. *Jn* 16, 13).

En nuestra época, la Iglesia y el mundo necesitan más que nunca «misioneros» que sepan proclamar con la palabra y el ejemplo esta certeza fundamental y consoladora. Vosotros, jóvenes de hoy y adultos del nuevo milenio, conscientes de ello, dejaos «formar» en la escuela de Jesús. Sed testigos creíbles del amor del Padre, tanto en la Iglesia como

en los diversos ambientes donde se desarrolla vuestra existencia diaria. Manifestadlo en vuestras opciones y actitudes, en vuestro modo de acoger a las personas y de ponerlos a su servicio, y en vuestro respeto fiel a la voluntad de Dios y a sus mandamientos.

«El Padre os ama». Este anuncio asombroso se deposita en el corazón de todo creyente que, como el discípulo amado por Jesús, reclina su cabeza en el pecho del Maestro y recoge sus confidencias: «El que me ama será amado por mi Padre; y yo lo amaré y me manifestaré a él» (*Jn* 14, 21), porque «ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo» (*Jn* 17, 3).

Las diversas formas de paternidad que encontráis en vuestro camino son un reflejo del amor del Padre. Pienso, en particular, en vuestros padres, colaboradores de Dios al transmitir la vida y al educaros: honradlos (cf. *Ex* 20, 12) y demostradles vuestra gratitud. Pienso en los sacerdotes y en las demás personas consagradas al Señor, que son para vosotros amigos, testigos y maestros de vida, «para progreso y gozo de vuestra fe» (*Flp* 1, 25). Pienso en los educadores auténticos, que con su humanidad, su sabiduría y su fe contribuyen de modo significativo a vuestro crecimiento cristiano y, por tanto, plenamente humano. Dad gracias siempre al Señor por cada una de estas personas, que os acompañan a lo largo de las sendas de la vida.

4. El Padre os ama. La conciencia de esta predilección que Dios os tiene no puede menos de impulsar a los creyentes «a emprender, en la adhesión a Cristo, redentor del hombre, un camino de auténtica conversión. (...) Es éste el contexto adecuado para el redescubrimiento y la intensa celebración del sacramento de la penitencia en su significado más profundo» (*Tertio millennio adveniente*, 50).

«El pecado es un abuso de la libertad que Dios da a las personas creadas para que puedan amarlo y amarse mutuamente» (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 387); es no querer vivir la vida de Dios recibida en el bautismo y no dejarse amar por el verdadero Amor, pues el hombre tiene el terrible poder de impedir la voluntad de Dios de dar todos los bienes. El pecado, cuyo origen se encuentra en la voluntad libre de la persona (cf. *Mc* 7, 20), es una transgresión del amor verdadero; hiere la naturaleza del hombre y destruye la solidaridad humana, manifestándose en actitudes, palabras y acciones impregnadas de egoísmo (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, nn. 1849-1850). En lo más íntimo del hombre es donde la libertad se abre y se cierra al amor. Éste es el drama constante del hombre,

que a menudo elige la esclavitud, sometiéndose a miedos, caprichos y costumbres equivocados, creándose ídolos que lo dominan e ideologías que envilecen su humanidad. Leemos en el evangelio de san Juan: «Todo el que comete pecado es un esclavo del pecado» (*Jn* 8, 34).

Jesús dice a todos: «Convertíos y creed en la buena nueva» (*Mc* 1, 15). En el origen de toda conversión auténtica está la mirada de Dios al pecador. Es una mirada que se traduce en búsqueda plena de amor, en pasión hasta la cruz, en voluntad de perdón que, manifestando al culpable la estima y el amor de que sigue siendo objeto, le revela por contraste el desorden en que está sumergido, invitándolo a cambiar de vida. Éste es el caso de Leví (cf. *Mc* 2, 13-17), de Zaqueo (cf. *Lc* 19, 1-10), de la adúltera (cf. *Jn* 8, 1-11), del ladrón (cf. *Lc* 23, 39-43), y de la samaritana (cf. *Jn* 4, 1-30): «El hombre no puede vivir sin amor. Permanece para sí mismo un ser incomprensible; su vida carece de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente» (*Redemptor hominis*, 10). Una vez que ha descubierto y experimentado al Dios de la misericordia y del perdón, el ser humano ya no puede vivir de otro modo que no sea el de una continua conversión a él (cf. *Dives in misericordia*, 13).

«Vete, y en adelante no peques más» (*Jn* 8, 11): el perdón se da gratuitamente, pero el hombre está invitado a corresponder con un serio compromiso de vida renovada. Dios conoce muy bien a sus criaturas. No ignora que la manifestación cada vez mayor de su amor terminará por suscitar en el pecador el disgusto por el pecado. Por eso, el amor de Dios se realiza con el ofrecimiento continuo de perdón.

¡Qué elocuente es la parábola del hijo pródigo! Desde que se aleja de casa, su padre vive preocupado: aguarda, espera su regreso, escruta el horizonte. Respeta la libertad de su hijo, pero sufre. Y cuando su hijo se decide a volver, lo ve desde lejos y sale a su encuentro, lo abraza con fuerza y, rebosante de alegría, ordena: «Traed aprisa el mejor vestido y vestidle –símbolo de la vida nueva–; ponle un anillo en su mano –símbolo de la alianza–; y unas sandalias en los pies –símbolo de la dignidad recuperada–. (...) Y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado» (cf. *Lc* 15, 11-32).

5. Antes de subir al Padre, Jesús confió a su Iglesia el ministerio de la reconciliación (cf. *Jn* 20, 23). Por tanto, no basta sólo el arrepentimiento interior para obtener el perdón de Dios. La reconciliación con él se obtie-

ne mediante la reconciliación con la comunidad eclesial. Por eso, el reconocimiento de la culpa pasa a través de un gesto sacramental concreto: el arrepentimiento y la confesión de los pecados, con el propósito de vivir una vida nueva, ante el ministro de la Iglesia.

Por desgracia, el hombre contemporáneo, cuanto más pierde el sentido del pecado, tanto menos recurre al perdón de Dios: de esto dependen muchos de los problemas y las dificultades de nuestro tiempo. Durante este año, os invito a redescubrir la belleza y la riqueza de gracia del sacramento de la penitencia, releyendo atentamente la parábola del hijo pródigo, en la que no se subraya tanto el pecado cuanto la ternura de Dios y su misericordia. Al escuchar la Palabra en actitud de oración, de contemplación, de admiración y de certeza, decid a Dios: «Te necesito, cuento contigo para existir y vivir. Tú eres más fuerte que mi pecado. Creo en tu poder sobre mi vida, creo en tu capacidad de salvarme, tal como soy ahora. Acuérdate de mí. Perdóname».

Mirad «dentro» de vosotros. Más que contra una ley o una norma moral, el pecado es contra Dios (cf. *Sal* 50, 6), contra vuestros hermanos y contra vosotros mismos. Poneos en presencia de Cristo, Hijo único del Padre y modelo de todos los hermanos. Él es el único que nos revela cómo debe ser nuestra relación con el Padre, con nuestro prójimo y con la sociedad, para estar en paz con nosotros mismos. Nos lo revela mediante el Evangelio, que es una sola cosa con Jesucristo. La fidelidad a uno es la medida de la fidelidad al otro.

Acudid con confianza al sacramento de la reconciliación: con la confesión de vuestras culpas mostraréis que queréis reconocer vuestra infidelidad y ponerle fin; testimoniaréis vuestra necesidad de conversión y reconciliación, para recuperar la condición pacificadora y fecunda de hijos de Dios en Cristo Jesús; y expresaréis vuestra solidaridad con vuestros hermanos, que también están probados por el pecado (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1445).

Por último, recibid con gratitud la absolución del sacerdote: es el momento en que el Padre pronuncia sobre el pecador arrepentido las palabras que devuelven la vida: «Este hijo mío ha vuelto a la vida». La Fuente del amor regenera y permite superar el egoísmo y volver a amar con mayor intensidad.

6. «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos

dos mandamientos penden toda la Ley y los profetas» (*Mt 22, 37-40*). Jesús no dice que el segundo mandamiento es idéntico al primero, sino que es «semejante». Por consiguiente, los dos mandamientos no son intercambiables, como si se pudiera cumplir automáticamente el mandamiento del amor a Dios guardando el del amor al prójimo, o viceversa. Tienen consistencia propia, y ambos deben cumplirse. Pero Jesús los une para mostrar a todos que están íntimamente relacionados: es imposible cumplir uno sin poner en práctica el otro. «De su unidad inseparable da testimonio Jesús con sus palabras y su vida: su misión culmina en la cruz que redime, signo de su amor indivisible al Padre y a la humanidad» (*Veritatis splendor*, 14).

Para saber si amamos verdaderamente a Dios, debemos comprobar si amamos en serio a nuestro prójimo. Y si queremos conocer la calidad de nuestro amor al prójimo, debemos preguntarnos si amamos verdaderamente a Dios, porque «quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (*1 Jn 4, 20*), y «en esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos» (*1 Jn 5, 2*).

En la carta apostólica *Tertio millennio adveniente* exhorté a los cristianos a «subrayar más decididamente la opción preferencial de la Iglesia por los pobres y los marginados» (n. 51). Se trata de una opción preferencial, no exclusiva. Jesús nos invita a amar a los pobres, porque hay que dedicarles una atención particular, precisamente a causa de su vulnerabilidad. Es sabido que son cada vez más numerosos, incluso en los países denominados ricos, a pesar de que los bienes de esta tierra están destinados a todos. Cualquier situación de pobreza interpela la caridad cristiana de cada uno. Pero también debe llegar a ser un compromiso social y político, porque el problema de la pobreza en el mundo depende de condiciones concretas que deben ser transformadas por los hombres y las mujeres de buena voluntad, constructores de la civilización del amor. Se trata de «estructuras de pecado», que sólo se vencen con la colaboración de todos, si están dispuestos a «perderse» por el otro en lugar de explotarlo, y a «servirlo» en lugar de oprimirlo (cf. *Sollicitudo rei socialis*, 38).

Queridos jóvenes, os invito de modo particular a vosotros a emprender iniciativas concretas de solidaridad y comunión *junto a y con* los más pobres. Participad con generosidad en alguno de los proyectos que en los diversos países han puesto en marcha otros jóvenes con gestos de fraternidad y solidaridad: será un modo de «restituir» al Señor, en la per-

sona de los pobres, por lo menos algo de todo lo que os ha dado a vosotros, más afortunados. Y podrá ser también la expresión inmediatamente visible de una opción profunda: la de orientar decididamente vuestra vida hacia Dios y hacia vuestros hermanos.

7. María resume en su persona todo el misterio de la Iglesia; es la «hija predilecta del Padre» (*Tertio millennio adveniente*, 54), que acogió libremente y respondió con disponibilidad al don de Dios. Siendo «hija» del Padre, mereció convertirse en la Madre de su Hijo: «Hágase en mí según tu palabra» (*Lc 1, 38*). Es Madre de Dios, porque es perfectamente hija del Padre.

En su corazón no hay otro deseo que el de sostener el compromiso de los cristianos de vivir como hijos de Dios. Como Madre tiernísima, los guía incesantemente hacia Jesús, para que, siguiéndolo, aprendan a cultivar su relación con el Padre celestial. Como en las bodas de Caná, los invita a hacer todo lo que el Hijo les diga (cf. *Jn 2, 5*), sabiendo que éste es el camino para llegar a la casa del «Padre misericordioso» (cf. *2 Co 1, 3*).

La XIV Jornada mundial de la juventud, que se celebrará este año en las Iglesias particulares, es la última antes de la gran cita jubilar. Por tanto, reviste una importancia particular en la preparación para el Año santo del 2000. Ruego a Dios que sea para cada uno de vosotros ocasión para un renovado encuentro con el Señor de la vida y con su Iglesia.

A María le encomiendo vuestro camino y le pido que prepare vuestro corazón para acoger la gracia del Padre, a fin de que os convirtáis en testigos de su amor.

Con estos sentimientos, deseándoos un año rico en fe y compromiso evangélico, os bendigo a todos de corazón.

DISCURSO y respuesta a las preguntas de los jóvenes de la Diócesis de Roma durante el encuentro de preparación de la XIV JMJ, el jueves, 25 de marzo de 1999.

Primera pregunta

Santidad, en su Mensaje para la Jornada mundial de la juventud de 1999, nos invitó, junto con toda la Iglesia, «a dirigirnos hacia Dios Padre y a escuchar con gratitud y admiración la sorprendente revelación de Jesús: «El Padre os ama»», y también nos aseguró: «Su amor nunca se apartará de vosotros y su alianza de paz nunca fallará» (n. 1: L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 15 de enero de 1999, p. 3). Estamos seguros de ello. Sin embargo, a veces nos resulta difícil comprender cómo nos ama el Padre, cuan-

do nos encontramos frente al sufrimiento y a la muerte de jóvenes como nosotros; cuando por catástrofes naturales mueren personas inocentes; cuando, peor aún, el hombre experimenta la locura de la guerra. En efecto, estamos concluyendo un siglo marcado profundamente por guerras y odios entre pueblos. Incluso hoy, en particular en estas horas, en los territorios de la ex Yugoslavia, tan cercanos a nosotros, los odios y las guerras continúan. Santidad, ¿puede ayudarnos a comprender cómo el Padre no deja de amarnos incluso cuando nos encontramos con el sufrimiento de los justos y los inocentes; cuando muchos de nuestros coetáneos son arrastrados por fenómenos destructores como la drogadicción; y cuando los hombres se matan entre sí a causa de los odios y las guerras?

1. Amadísimos jóvenes, os doy la bienvenida al Vaticano, en la sala Pablo VI. Doy la bienvenida tanto a los que están en esta sala como a los que se hallan fuera, bajo la lluvia, que al menos parece ahora menos fuerte. De todos modos son más fuertes que la lluvia.

Amadísimos jóvenes, el gran problema que me planteáis hunde sus raíces en el corazón mismo del hombre. En la pregunta que me ha formulado uno de vuestros representantes resuena la fuerte objeción que leemos en la *Leyenda del gran inquisidor* de Dostoievski: «¿Cómo puedo creer en Dios, cuando permite la muerte de un niño inocente?». Vemos, y casi palpamos, el problema del mal en la vida diaria. Parece que los grandes razonamientos sobre este problema no convencen inmediatamente, sobre todo cuando experimentamos personalmente la enfermedad y el sufrimiento, o cuando nos afecta la muerte de algún ser cercano y querido.

De cualquier manera, no eludo el desafío que encierra esta pregunta. Sólo quisiera, en primer lugar, formularos también yo una pregunta provocativa: me preguntáis cómo se comprende el amor del Padre cuando nos encontramos frente al odio, la división, las diversas formas de destrucción de la personalidad y la guerra. Con razón acaban de recordarnos el conflicto que ensangrienta la ex Yugoslavia, y que crea tanta preocupación por las víctimas y por las consecuencias que pueden derivar de él para Europa y para todo el mundo. Deseo de corazón que las armas callen cuanto antes, y que se reanuden el diálogo y las negociaciones, para que se llegue finalmente, con la contribución de todos, a una paz justa y duradera en toda la región balcánica.

Yo, por mi parte, os digo: ¿por qué preguntarse dónde está el amor de Dios, y no más bien poner de relieve las responsabilidades que derivan del pecado de los hombres? Es decir, ¿por qué deberíamos considerar

culpable a Dios cuando, al contrario, los responsables son los hombres libres en sus decisiones? El pecado no es una teoría abstracta; sus consecuencias pueden comprobarse.

El mal acerca del cual me pedís una explicación se debe al pecado y a no querer vivir según las enseñanzas de Dios. Daña la existencia y la lleva a rechazar el bien. Las personas se encierran en la envidia, los celos y el egoísmo, sin caer en la cuenta de que esos comportamientos llevan a la soledad y quitan el sentido auténtico a la vida. A pesar de todo esto, tened la seguridad de que el amor del Padre no falla jamás, porque Dios mismo quiso compartir con nosotros el sufrimiento y la muerte. Y lo debemos recordar en este tiempo de Cuaresma y durante la Semana santa. Y lo que él vivió, también lo salvó y redimió. La fuerza del amor triunfa sobre el mal, como subraya el apóstol san Pablo con plena convicción: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada? (...) Pero en todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó» (Rm 8, 35. 37). Ése es el camino para vencer el mal: crecer en el amor del Padre, que se nos reveló en Jesucristo.

Segunda pregunta

Santo Padre, en su Mensaje hace una apremiante invitación a la conversión y a acercarse al sacramento de la confesión. Le preguntamos: ¿de dónde tiene que brotar el deseo de convertirnos? Nos dicen a menudo que debemos convertirnos, pero a veces no sentimos ni vemos la necesidad de hacerlo. ¿Sabe explicarnos por qué? Además, le pedimos que nos hable sobre el sacramento de la confesión, porque no siempre nos resulta fácil ver en él el lugar donde se realiza el camino de vuelta al Padre, de quien nos hemos alejado con el pecado.

2. Es verdad; hoy, en general, no se siente la necesidad de conversión, como sucedía en otro tiempo. Pero, en realidad, revisar la propia vida es una de las exigencias fundamentales para lograr una personalidad adulta y madura. Sólo gracias a un proceso constante de conversión y renovación el hombre avanza por el arduo sendero del conocimiento de sí, del dominio de la propia voluntad y de la capacidad de evitar el mal y hacer el bien.

Podríamos decir que la vida es un continuo cambio. Vosotros vivís esta experiencia. ¿No es verdad que cuando amáis a una persona hacéis todo lo posible para obtener su amor? ¿No os ha ce incluso cambiar expresiones y comportamientos que jamás hubierais pensado que po-

dríais modificar? Si en su raíz no hay un acto de amor, es imposible comprender la necesidad del cambio.

Lo mismo sucede en la vida del espíritu, especialmente gracias al sacramento de la reconciliación, que se sitúa precisamente en este horizonte. En efecto, es el signo eficaz de la misericordia de Dios, que sale al encuentro de todos, del amor del Padre que, a pesar de que su hijo se alejó y dilapidó sus bienes, está dispuesto a acogerlo de nuevo con los brazos abiertos, volviendo a comenzar desde el principio. En la confesión, vivimos personalmente la esencia del amor de Dios, que sale a nuestro encuentro del modo que le es más propio, es decir, el de la absolución y la misericordia.

Con esto no quiero decir que el camino de la conversión sea fácil. Cada uno sabe lo difícil que es reconocer los propios errores. En efecto, solemos buscar cualquier pretexto con tal de no admitirlos. Sin embargo, de este modo no experimentamos la gracia de Dios, su amor que transforma y hace concreto lo que aparentemente parece imposible obtener. Sin la gracia de Dios, ¿cómo podemos entrar en lo más profundo de nosotros mismos y comprender la necesidad de convertirnos? La gracia es la que transforma el corazón, permitiendo sentir cercano y concreto el amor del Padre.

Y no olvidéis que nadie es capaz de perdonar a los demás, si antes no ha hecho a su vez la experiencia de ser perdonado. Así, la confesión se presenta como el camino real para llegar a ser verdaderamente libres, experimentando la comprensión de Cristo, el perdón de la Iglesia y la reconciliación con nuestros hermanos.

Tercera pregunta

Santidad, usted nos recuerda las palabras de la primera carta de san Juan: «Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve» (1 Jn 4, 20). Es decir, nos hace comprender que del amor del Padre deben brotar en nosotros gestos de amor, de perdón, de paz y de solidaridad con nuestros hermanos. Sobre esta necesidad de amar y perdonar estamos plenamente de acuerdo con usted, y nos comprometemos a hacerlo sobre todo como signo de nuestra conversión, pasando por la Puerta santa del año 2000. Sin embargo, algunos de nosotros tienen dificultad para ver cómo la Iglesia sabe amar y perdonar. Usted, testigo del perdón, que ha sabido perdonar incluso al que le hirió físicamente y ha tenido la valentía de pedir perdón por los pecados de la Iglesia, ¿puede iluminarnos sobre este tema tan importante?

3. También vuestra tercera pregunta encuentra respuesta a la luz del amor. Quisiera deciros con gran sinceridad que el perdón es la última palabra que pronuncia quien verdaderamente ama. El perdón es el signo más alto de la capacidad de amar como Dios, que nos ama y por eso nos perdona constantemente. Con vistas al jubileo, ya inminente, ocasión propicia para pedir perdón e indulgencia, he querido que la Iglesia, fortalecida por la enseñanza del Señor Jesús, fuera la primera en renovar el camino de conversión perenne que le es propio, hasta el día en que se presente ante el Señor. Por eso escribí que, en el umbral del tercer milenio, la comunidad eclesial debe asumir «con una conciencia más viva el pecado de sus hijos» (*Tertio millennio adveniente*, 33).

El camino hacia la Puerta santa es una verdadera peregrinación para quien quiere cambiar de vida y convertirse al Señor con todo su corazón. Al cruzar esa puerta, no hay que olvidar su significado. La Puerta santa indica el ingreso en la vida nueva que nos ofrece Cristo. Sabéis bien que la vida no es una teoría, sino la realidad concreta de todos los días. La vida es un conjunto de gestos, palabras, comportamientos y pensamientos que nos implican y permiten que se nos reconozca por lo que somos.

Queridos muchachos y muchachas de la diócesis de Roma, os agradezco la promesa que me hacéis de esforzaros constantemente por ser también vosotros signos vivos de reconciliación y perdón. Son muchas las ocasiones que, sobre todo a vuestra edad, se os ofrecen para dar testimonio de amistad sincera y desinteresada. Multiplicad estas ocasiones y crecerá en vosotros la alegría, don de la presencia de Cristo; alegría que estáis llamados a comunicar a cuantos os conocen y a compartir con ellos. Jesús es el único Salvador del mundo; es la vida que da sentido auténtico a la existencia de todo hombre y de toda mujer.

Queridos jóvenes, no os canséis jamás de plantear preguntas con legítima curiosidad y deseo de aprender. Es normal que a vuestra edad, a la vez que os asomáis al mundo, sintáis el deseo de conocer siempre cosas nuevas e interesantes. Conservad este deseo de comprender la vida; amad la vida, don y misión que Dios os encomienda para cooperar con él en la salvación del mundo.

Queridos jóvenes:

1. Al término de este encuentro, que ya se ha transformado en una cita anual con los jóvenes de la diócesis de Roma, deseo agradeceros vuestra participación tan numerosa y entusiasta.

Doy las gracias a vuestro representante, que me dirigió el saludo al comienzo, y a los amigos que, en nombre de todos vosotros, me han hecho algunas preguntas esenciales para poder decir «creo», es decir, creo que el Padre me ama. Y doy las gracias una vez más a quienes, de diversos modos, han contribuido a organizar este encuentro de fiesta y reflexión. Agradezco particularmente a la señora Caterina Muntoni su convincente testimonio de perdón, que acabamos de escuchar. Le aseguramos nuestra cercanía y nuestra oración por su hermano, asesinado cruelmente, a la vez que pedimos al Señor el don de numerosas vocaciones sacerdotales para la Iglesia: personas que, como don Graziano, sepan entregarse con gran generosidad a la causa del Evangelio y al servicio de sus hermanos.

2. Antes de dirigirnos al Padre con la oración que Jesús nos enseñó, deseo recordaros una cita y una tarea importantes.

Probablemente ya habéis comprendido a qué cita me refiero: se trata de la XV Jornada mundial de la juventud, que tendrá lugar aquí, en Roma, del 15 al 20 de agosto del año 2000, y cuyo tema es: «El Verbo se hizo carne, y puso su morada entre nosotros» (*Jn* 1, 14).

Ojalá nadie falte a esta cita que, ya desde ahora, consideramos un «tiempo de gracia» para los jóvenes. Un tiempo de gracia para vosotros y para todos vuestros coetáneos, que acogeréis en vuestras casas, parroquias, escuelas, institutos religiosos, tiendas de campaña, y en todos los lugares que se os ocurra. Un tiempo de gracia para la Iglesia de Roma, que recibirá un gran beneficio espiritual y pastoral con la presencia de numerosos muchachos y muchachas, que vendrán aquí para compartir y testimoniar su fe al comienzo del nuevo milenio.

Os encomiendo una doble tarea: por una parte, invitar a participar en la Jornada mundial también a vuestros jóvenes amigos que quizá son indiferentes ante la fe, pero que, precisamente por ser jóvenes, buscan la verdad y el bien. El jubileo de los jóvenes será también para ellos una ocasión de gracia y, probablemente, como ya ha sucedido en otras ocasiones análogas, un momento de acercamiento a Cristo y a su Iglesia. Os encomiendo a estos coetáneos vuestros. Os confío, además, la tarea de acoger generosamente a los que vengan desde lejos. Conozco todo lo que están haciendo la diócesis de Roma y el Comité italiano para la Jornada mundial de la juventud, bajo la dirección del Consejo pontificio para los laicos, y me congratulo con ellos por el buen trabajo comenzado. Pero en esta obra hace falta la colaboración y el entusiasmo de todos:

sacerdotes, religiosos y religiosas, adultos y jóvenes de las comunidades parroquiales, de los institutos religiosos, de las capellanías universitarias, de los movimientos y de las asociaciones de la diócesis. Deseo que muchas familias abran las puertas de sus casas a los jóvenes del mundo, para darles a conocer el gran corazón de los romanos. Estoy seguro de que los jóvenes romanos no serán menos generosos que los franceses de París, que los filipinos, que los americanos de Denver, y que todos los demás, incluidos los jóvenes polacos de Czêstochowa. La palabra Roma, leída al revés, se pronuncia «amor». ¡Ojalá que todos experimenten este «amor» romano!

3. Para prepararos a acoger a vuestros coetáneos, que llegarán desde muchas naciones del mundo, procurad redescubrir vosotros mismos los numerosos lugares de santidad y espiritualidad cristiana que custodia Roma. Así, podréis visitarlos con los amigos que vengan y, junto con ellos, profundizar la fe, transmitida a lo largo de los siglos por generaciones de creyentes que a veces la han defendido y testimoniado al precio de su sangre. Se trata de la fe de ayer, de hoy y de siempre, que avanzará, también gracias a vosotros, en el nuevo milenio.

Hoy se da una feliz coincidencia: la Jornada de los jóvenes romanos coincide con la solemnidad de la Anunciación del Señor. Quiero deciros que esta solemnidad, este misterio, abrió el horizonte para toda la humanidad, pues con la Anunciación Dios mismo nos comunicó su venida, la venida de su Hijo, su ingreso en la historia del hombre. Así, la Anunciación nos recuerda esta gran apertura de horizontes en la historia del destino mismo de la humanidad. Por tanto, es providencial que esta solemnidad haya coincidido con vuestra reunión romana.

Sólo unas palabras más, las últimas. Por un motivo preciso rezamos tres veces al día el Ángelus. No se trata sólo de una tradición; es realmente una práctica que tiene un profundo fundamento. Rezamos tres veces al día el Ángelus para recordar el horizonte que nos abrió la Anunciación: «El ángel del Señor anunció a María (...) y el Verbo se hizo carne». Lo rezamos para recordar la perspectiva en que vivimos: una perspectiva creada por Dios mismo, en la que entra el Hijo de Dios que se hizo hombre. Esta verdad es fuente de gran confianza. Y vosotros, jóvenes, debéis tener confianza. Por eso, os digo también: tratad de rezar, cuando sea posible, el Ángelus Domini.

El Domingo de Ramos, 28 de marzo de 1999, el Papa San Juan Pablo II inicia la XIV Jornada Mundial de la Juventud.

HOMILÍA pronunciada en la Misa.

1. «*Cristo se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*» (Flp 2, 8).

La celebración de la Semana santa comienza con el «¡Hosanna!» de este domingo de Ramos, y llega a su momento culminante en el «¡Crucifícalo!» del Viernes santo. Pero no se trata de un contrasentido; es, más bien, el centro del misterio que la liturgia quiere proclamar: Jesús se entregó voluntariamente a su pasión, no se vio obligado por fuerzas superiores a él (cf. Jn 10, 18). Él mismo, escrutando la voluntad del Padre, comprendió que había llegado su hora, y la aceptó con la obediencia libre del Hijo y con infinito amor a los hombres.

Jesús llevó nuestros pecados a la cruz, y nuestros pecados llevaron a Jesús a la cruz: fue triturado por nuestras culpas (cf. Is 53, 5). A David, que buscaba al responsable del delito que le había contado Natán, el profeta le responde: «Tú eres ese hombre» (2 S 12, 7). La palabra de Dios nos responde lo mismo a nosotros, que nos preguntamos quién hizo morir a Jesús: «Tú eres ese hombre». En efecto, el proceso y la pasión de Jesús continúan en el mundo actual, y los renueva cada persona que, cayendo en el pecado, prolonga el grito: «No a éste, sino a Barrabás. ¡Crucifícalo!».

2. Al contemplar a Jesús en su pasión, vemos como en un espejo los sufrimientos de la humanidad, así como nuestras situaciones personales. Cristo, aunque no tenía pecado, tomó sobre sí lo que el hombre no podía soportar: la injusticia, el mal, el pecado, el odio, el sufrimiento y, por último, la muerte. En Cristo, Hijo del hombre humillado y sufriente, Dios ama a todos, perdona a todos y da el sentido último a la existencia humana.

Nos encontramos aquí, esta mañana, para recoger este mensaje del Padre que nos ama. Podemos preguntarnos: ¿qué quiere de nosotros? Quiere que, al contemplar a Jesús, aceptemos seguirlo en su pasión, para compartir con él la resurrección. En este momento nos vienen a la memoria las palabras que Jesús dijo a sus discípulos: «El cáliz que yo voy a beber, también vosotros lo beberéis y seréis bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado» (Mc 10, 39). «Si alguno quiere venir en pos de mí, (...) tome su cruz y sígame. Porque quien

quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará» (*Mt* 16, 24-25).

El «Hosanna» y el «Crucificalo» se convierten así en la medida de un modo de concebir la vida, la fe y el testimonio cristiano: no debemos desalentarnos por las derrotas, ni exaltarnos por las victorias, porque, como sucedió con Cristo, la única victoria es la fidelidad a la misión recibida del Padre: «Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el nombre que está sobre todo nombre» (*Flp* 2, 9).

3. La primera parte de la celebración de hoy nos ha hecho revivir la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. ¿Quién intuyó, en aquel día fatídico, que Jesús de Nazaret, el Maestro que hablaba con autoridad (cf. *Lc* 4, 32), era el Mesías, el hijo de David, el Salvador esperado y prometido? Fue el pueblo, y los más entusiastas y activos en medio del pueblo fueron los jóvenes, que se convirtieron así, en cierto modo, en «heraldos» del Mesías. Comprendieron que aquella era la hora de Dios, la hora anhelada y bendita, esperada durante siglos por Israel, y, llevando ramos de olivo y de palma, proclamaron el triunfo de Jesús.

Continuando espiritualmente ese acontecimiento, se celebra desde hace ya catorce años la Jornada mundial de la juventud, durante la cual los jóvenes, reunidos con sus pastores, profesan y proclaman con alegría su fe en Cristo, se interrogan sobre sus aspiraciones más profundas, experimentan la comunión eclesial, confirman y renuevan su compromiso en la urgente tarea de la nueva evangelización.

Buscan al Señor en el centro del misterio pascual. El misterio de la cruz gloriosa se convierte para ellos en el gran don y, al mismo tiempo, en el signo de la madurez de la fe. Con su cruz, símbolo universal del amor, Cristo guía a los jóvenes del mundo a la gran «asamblea» del reino de Dios, que transforma los corazones y la sociedad.

¿Cómo no dar gracias al Señor por las Jornadas mundiales de la juventud, que empezaron en 1985 precisamente en la plaza de San Pedro y que, siguiendo la «cruz del Año santo», han recorrido el mundo como una larga peregrinación hacia el nuevo milenio? ¿Cómo no alabar a Dios, que revela a los jóvenes los secretos de su reino (cf. *Mt* 11, 25), por todos los frutos de bien y de testimonio cristiano que ha suscitado esta feliz iniciativa?

Esta Jornada mundial de la juventud es la última antes de la gran cita jubilar, última de este siglo y de este milenio; por eso, reviste una importancia singular. Ojalá que, con la contribución de todos, sea una fuerte experiencia de fe y de comunión eclesial.

4. Los jóvenes de Jerusalén aclamaban: «¡Hosanna al Hijo de David!» (*Mt* 21, 9). Jóvenes, amigos míos, ¿queréis también vosotros, como vuestros coetáneos de aquel día lejano, reconocer a Jesús como el Mesías, el salvador, el maestro, el guía, el amigo de vuestra vida? Recordad: sólo él conoce a fondo lo que hay en todo ser humano (cf. *Jn* 2, 25); sólo él le enseña a abrirse al misterio y a llamar a Dios con el nombre de Padre, «Abbá»; sólo él lo capacita para un amor gratuito a su prójimo, acogido y reconocido como «hermano» y «hermana».

Queridos jóvenes, salid con gozo al encuentro de Cristo, que alegra vuestra juventud. Buscadlo y encontradlo en la adhesión a su palabra y a su misteriosa presencia eclesial y sacramental. Vivid con él en la fidelidad a su Evangelio, que en verdad es exigente hasta el sacrificio, pero que, al mismo tiempo, es la única fuente de esperanza y de auténtica felicidad. Amadlo en el rostro de vuestro hermano necesitado de justicia, de ayuda, de amistad y de amor.

En vísperas del nuevo milenio, ésta es vuestra hora. El mundo contemporáneo os abre nuevos senderos y os llama a ser portadores de fe y alegría, como expresan los ramos de palma y de olivo que lleváis hoy en las manos, símbolo de una nueva primavera de gracia, de belleza, de bondad y de paz. El Señor Jesús está con vosotros y os acompaña.

5. Todos los años la Iglesia entra con emoción, durante la Semana santa, en el misterio pascual, conmemorando la muerte y la resurrección del Señor.

Precisamente en virtud del misterio pascual, que la engendra, puede proclamar ante el mundo, con las palabras y las obras de sus hijos: «Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre» (*Flp* 2, 11). ¡Sí! Jesucristo es el Señor. Es el Señor del tiempo y de la historia, el Redentor y el Salvador del hombre. ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna! Amén.

ÁNGELUS

Dirijo un saludo cordial a los peregrinos de lengua italiana, de modo particular a los jóvenes que han participado en esta celebración. Amadísimos jóvenes romanos e italianos, sé que os estáis preparando con gran empeño para la XV Jornada mundial de la juventud, que tendrá lugar aquí, en Roma, durante el mes de agosto del año 2000. Proseguid por este camino, que implica a las diócesis, las parroquias, las asociaciones y

los movimientos, con espíritu de unidad y colaboración. Os corresponderá a vosotros acoger del mejor modo posible a vuestros coetáneos, que llegarán de todas partes del mundo, y darles un testimonio de auténtica fe y fraternidad cordial.

Deseo dar las gracias a la región de la Pulla, que ha regalado los olivos que adornan la plaza de San Pedro y los ramos que han servido para la celebración de esta mañana. Quiera Dios que estos ramos sean el símbolo de la paz a la que aspiran las poblaciones de la región balcánica. En este día, roguemos con fervor al «Príncipe de la paz», que se nos presenta tan inerte, que inspire a todos los que empuñan un arma. Que también en esa parte de Europa la fraternidad y la comprensión prevalezcan sobre las fuerzas del odio. El Papa está con el pueblo que sufre, y grita a todos: ¡siempre es la hora de la paz! Nunca es demasiado tarde para encontrarse y negociar.

Saludos

Saludo con gran afecto a los jóvenes de España y América Latina. Os invito, unidos a toda la Iglesia que se prepara al jubileo del año 2000, a fijar la mirada en Dios Padre y a escuchar con gozo y asombro las palabras de Jesús: «El Padre os ama». Os convoco a todos a participar en la próxima Jornada mundial de la juventud, que se celebrará en Roma el mes de agosto del año 2000.

* * *

JUBILEO AÑO 2000

El año 2000 la Cruz prosiguió su peregrinación jubilar por Italia: en la última etapa fue llevada a cuestras de Mantua a Roma por un grupo de 200 jóvenes, que luego entregaron a los delegados del Fórum Internacional de Jóvenes con las siguientes palabras:

«Durante el camino nos hemos enamorado profundamente de esta Cruz... pero somos de verdad felices de dársela, porque esta Cruz no es nuestra, es la Cruz de todos y para todos. Más bien, entendemos que este gesto es para nosotros el último acto de nuestra peregrinación, pero también el inicio de una nueva vida, en la que la Cruz no es más un trozo de madera, sino una Cruz que todos los días debemos llevar con nosotros» (12 de agosto 2000).

XV JMJ

ROMA, 15 A 20 DE AGOSTO DE 2000

TEMA: «EL VERBO SE HIZO CARNE Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS» (JN 1, 14)

La Cruz fue llevada a la Plaza de San Pedro para la apertura de la XV JMJ. Entre el 15 y 20 de agosto 2000, la Cruz fue protagonista de un imponente Via Crucis que, a través el Foro Romano, llegó hasta el Coliseo, fue testigo de un gran número de jóvenes se acercaban al sacramento de la reconciliación en el Circo Máximo, y más de dos millones de personas participaron en la Misa final celebrada por el Santo Padre en Tor Vergata.

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el 29 de junio de 1999, solemnidad de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, para la XV JMJ:

Muy queridos jóvenes:

1. Hace quince años, al terminar el Año Santo de la Redención, os entregué una gran Cruz de leño invitándoos a llevarla por el mundo, como signo del amor del Señor Jesús por la humanidad y como anuncio que sólo en Cristo muerto y resucitado hay salvación y redención. Desde entonces, sostenida por brazos y corazones generosos, está haciendo una larga e ininterrumpida peregrinación a través de los continentes, mostrando que la Cruz camina con los jóvenes y que los jóvenes caminan con la Cruz.

Alrededor de la «Cruz del Año Santo» han nacido y han crecido las Jornadas Mundiales de la Juventud, significativos «altos en el camino» en vuestro itinerario de jóvenes cristianos, invitación continua y urgente a fundar la vida sobre la roca que es Cristo. ¿Cómo no bendecir al Señor por los numerosos frutos suscitados en las personas y en toda la Iglesia a partir de las Jornadas Mundiales de la Juventud, que en esta última parte del siglo han marcado el recorrido de los jóvenes creyentes hacia el nuevo milenio?

Después de haber atravesado los continentes, esta Cruz ahora vuelve a Roma trayendo consigo la oración y el compromiso de millones de jóve-

nes que en ella han reconocido el signo simple y sagrado del amor de Dios a la humanidad. Como sabéis, precisamente Roma acogerá la Jornada Mundial de la Juventud del año 2000, en el corazón del Gran Jubileo.

Queridos jóvenes, os invito a emprender con alegría la peregrinación hacia esta gran cita eclesial, que será, justamente, el «Jubileo de los Jóvenes». Preparaos a cruzar la Puerta Santa, sabiendo que pasar por ella significa fortalecer la propia fe en Cristo para vivir la vida nueva que Él nos ha dado (cfr. *Incarnationis mysterium*, 8).

2. Como tema para vuestra XV Jornada Mundial he elegido la frase lapidaria con la que el apóstol Juan expresa el profundo misterio del Dios hecho hombre: «la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros» (*Jn* 1,14). Lo que caracteriza la fe cristiana, a diferencia de todas las otras religiones, es la certeza de que el hombre Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios, la Palabra hecha carne, la segunda persona de la Trinidad que ha venido al mundo. Esta «es la alegre convicción de la Iglesia desde sus comienzos cuando canta «el gran misterio de la piedad»: Él ha sido manifestado en la carne» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 463). Dios, el invisible, está vivo y presente en Jesús, el hijo de María, la *Theotokos*, la Madre de Dios. Jesús de Nazaret es Dios-con-nosotros, el Emmanuel: quien le conoce, conoce a Dios; quien le ve, ve a Dios; quien le sigue, sigue a Dios; quien se une a él está unido a Dios (cfr. *Gv* 12,44-50). En Jesús, nacido en Belén, Dios se apropia la condición humana y se hace accesible, estableciendo una alianza con el hombre.

En la vigilia del nuevo milenio, renuevo de corazón la invitación urgente a abrir de par en par las puertas a Cristo, el cual «a todos los que lo recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios» (*Jn* 1,12). Acoger a Cristo significa recibir del Padre el mandato de vivir en el amor a él y a los hermanos, sintiéndose solidarios con todos, sin ninguna discriminación; significa creer que en la historia humana, a pesar de estar marcada por el mal y por el sufrimiento, la última palabra pertenece a la vida y al amor, porque Dios vino a habitar entre nosotros para que nosotros pudiésemos vivir en Él.

En la encarnación Cristo se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza, y nos dio la redención, que es fruto sobre todo de su sangre derramada sobre la cruz (cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 517). En el Calvario «Él soportaba nuestros dolores... ha sido herido por nuestras rebeldías...» (*Is* 53,4-5). El sacrificio supremo de su vida, libremente consumado por nuestra salvación, nos habla del amor infinito que Dios

nos tiene. A este propósito escribe el apóstol Juan: «tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (*Jn* 3,16). Lo envió a compartir en todo, menos en el pecado, nuestra condición humana; lo «entregó» totalmente a los hombres a pesar de su rechazo obstinado y homicida (cfr. *Mt* 21,33-39), para obtener para ellos, con su muerte, la reconciliación. «El Dios de la creación se revela como Dios de la redención, como Dios que es fiel a sí mismo, fiel a su amor al hombre y al mundo, ya revelado el día de la creación... ¡Qué valor debe tener el hombre a los ojos del Creador, si ha merecido tener tan grande Redentor!» (*Redemptor hominis*, 9.10).

Jesús salió al encuentro de la muerte, no se retiró ante ninguna de las consecuencias de su «ser con nosotros» como Emmanuel. Se puso en nuestro lugar, rescatándonos sobre la cruz del mal y del pecado (cfr. *Evangelium vitæ*, 50). Del mismo modo que el centurión romano viendo como Jesús moría comprendió que era el Hijo de Dios (cfr. *Mc* 15,39), también nosotros, viendo y contemplando el Crucifijo, podemos comprender quién es realmente Dios, que revela en Él la medida de su amor hacia el hombre (cfr. *Redemptor hominis*, 9). «Pasión» quiere decir amor apasionado, que en el darse no hace cálculos: la pasión de Cristo es el culmen de toda su existencia «dada» a los hermanos para revelar el corazón del Padre. La Cruz, que parece alzarse desde la tierra, en realidad cuelga del cielo, como abrazo divino que estrecha al universo. La Cruz «se manifiesta como centro, sentido y fin de toda la historia y de cada vida humana» (*Evangelium vitæ*, 50).

«Uno murió por todos» (*2 Cor* 5,14); Cristo «se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma» (*Ef* 5,2). Detrás de la muerte de Jesús hay un designio de amor, que la fe de la Iglesia llama «misterio de la redención»: toda la humanidad está redimida, es decir liberada de la esclavitud del pecado e introducida en el reino de Dios. Cristo es Señor del cielo y de la tierra. Quien escucha su palabra y cree en el Padre, que lo envió al mundo, tiene la vida eterna (cfr. *Jn* 5,24). Él es «el cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (*Jn* 1,29.36), el sumo Sacerdote que, probado en todo como nosotros, puede compadecer nuestras debilidades (cfr. *Heb* 4, 14 ss) y, «hecho perfecto» a través de la experiencia dolorosa de la cruz, es «causa de salvación eterna para todos los que le obedecen» (*Heb* 5,9).

3. Queridos jóvenes, frente a estos grandes misterios aprended a tener una actitud contemplativa. Permaneced admirando extasiados al recién nacido que María ha dado a luz, envuelto en pañales y acostado en un pe-

sebre: es Dios mismo entre nosotros. Mirad a Jesús de Nazaret, por algunos acogido y por otros vilipendiado, despreciado y rechazado: es el Salvador de todos. Adorad a Cristo, nuestro Redentor, que nos rescata y libera del pecado y de la muerte: es el Dios vivo, fuente de la Vida.

¡Contemplad y reflexionad! Dios nos ha creado para compartir su misma vida; nos llama a ser sus hijos, miembros vivos del Cuerpo místico de Cristo, templos luminosos del Espíritu del Amor. Nos llama a ser «su-yos»: quiere que todos seamos santos. Queridos jóvenes, ¡tened la santa ambición de ser santos, como Él es santo!

Me preguntaréis: ¿pero hoy es posible ser santos? Si sólo se contase con las fuerzas humanas, tal empresa sería sin duda imposible. De hecho conocéis bien vuestros éxitos y vuestros fracasos; sabéis qué cargas pesan sobre el hombre, cuántos peligros lo amenazan y qué consecuencias tienen sus pecados. Tal vez se puede tener la tentación del abandono y llegar a pensar que no es posible cambiar nada ni en el mundo ni en sí mismos.

Aunque el camino es duro, todo lo podemos en Aquel que es nuestro Redentor. No os dirijáis a otro si no a Jesús. No busquéis en otro sitio lo que sólo Él puede daros, porque «no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos» (*Hch* 4,12). Con Cristo la santidad –proyecto divino para cada bautizado– es posible. Contad con él, creed en la fuerza invencible del Evangelio y poned la fe como fundamento de vuestra esperanza. Jesús camina con vosotros, os renueva el corazón y os infunde valor con la fuerza de su Espíritu.

Jóvenes de todos los continentes, ¡no tengáis miedo de ser los santos del nuevo milenio! Sed contemplativos y amantes de la oración, coherentes con vuestra fe y generosos en el servicio a los hermanos, miembros activos de la Iglesia y constructores de paz. Para realizar este comprometido proyecto de vida, permaneced a la escucha de la Palabra, sacad fuerza de los sacramentos, sobre todo de la Eucaristía y de la Penitencia. El Señor os quiere apóstoles intrépidos de su Evangelio y constructores de la nueva humanidad. Pero ¿cómo podréis afirmar que creéis en Dios hecho hombre si no os pronunciáis contra todo lo que degrada la persona humana y la familia? Si creéis que Cristo ha revelado el amor del Padre hacia toda criatura, no podéis eludir el esfuerzo para contribuir a la construcción de un nuevo mundo, fundado sobre la fuerza del amor y del perdón, sobre la lucha contra la injusticia y toda miseria física, moral, espiritual, sobre la orientación de la política, de la economía, de la cultura y de la tecnología al servicio del hombre y de su desarrollo integral.

4. Deseo de corazón que el Jubileo, ya a las puertas, sea una ocasión propicia para una gran renovación espiritual y para una celebración extraordinaria del amor de Dios por la humanidad. Desde toda la Iglesia se eleve «un himno de alabanza y agradecimiento al Padre, que en su incomparable amor nos ha concedido en Cristo ser «conciudadanos de los santos y familiares de Dios» (Ef 2,19)» (*Incarnationis mysterium*, 6). Nos conforta la certeza manifestada por el apóstol Pablo: Si Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él todas las cosas? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? En todos los acontecimientos de la vida, incluso la muerte, salimos vencedores, gracias a aquel que nos amó hasta la Cruz (cfr. *Rm* 8,31-37).

El misterio de la Encarnación del Hijo de Dios y el de la Redención por él llevada a cabo para todas las criaturas constituyen el mensaje central de nuestra fe. La Iglesia lo proclama ininterrumpidamente durante los siglos, caminando «entre las incomprensiones y las persecuciones del mundo y las consolaciones de Dios» (S. Agustín, *De Civ. Dei* 18, 51, 2; *PL* 41,614) y lo confía a todos sus hijos como tesoro precioso que cuidar y difundir.

También vosotros, queridos jóvenes, sois destinatarios y depositarios de este patrimonio: «Ésta es nuestra fe. Ésta es la fe de la Iglesia. Y nosotros nos gloriamos de profesarla, en Jesucristo nuestro Señor» (Pontifical Romano, *Rito de la Confirmación*). Lo proclamaremos juntos en ocasión de la próxima Jornada Mundial de la Juventud, a la que espero que participéis en gran número. Roma es «ciudad santuario», donde la memoria de los Apóstoles Pedro y Pablo y de los mártires recuerdan a los peregrinos la vocación de todo bautizado. Ante el mundo, el mes de agosto del próximo año, repetiremos la profesión de fe del apóstol Pedro: «Señor, ¿dónde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna» (*Jn* 6,68) porque «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (*Mt* 16,16).

También a vosotros, muchachos y muchachas, que seréis los adultos del próximo siglo, se os ha confiado el «Libro de la Vida», que en la noche de Navidad de este año el Papa, siendo el primero que cruzará la Puerta Santa, mostrará a la Iglesia y al mundo como fuente de vida y esperanza para el tercer milenio (cfr. *Incarnationis mysterium*, 8). Que el Evangelio se convierta en vuestro tesoro más apreciado: en el estudio atento y en la acogida generosa de la Palabra del Señor encontraréis alimento y fuerza para la vida de cada día, encontraréis las razones de un compromiso sin límites en la construcción de la *civilización del amor*.

5. Dirijamos ahora la mirada a la Virgen Madre de Dios, a quien la devoción del pueblo cristiano le ha dedicado uno de los monumentos más antiguos y significativos que se conservan en la ciudad de Roma: la basílica de Santa María Mayor.

La Encarnación del Verbo y la redención del hombre están estrechamente relacionadas con la Anunciación, cuando Dios le reveló a María su proyecto y encontró en ella, joven como vosotros, un corazón totalmente disponible a la acción de su amor. Desde hace siglos la piedad cristiana recuerda todos los días, recitando el *Angelus Domini*, la entrada de Dios en la historia del hombre. Que esta oración se convierta en vuestra oración, meditada cotidianamente.

María es la aurora que precede el nacimiento del Sol de Justicia, Cristo nuestro Redentor. Con el «sí» de la Anunciación, abriéndose totalmente al proyecto del Padre, Ella acogió e hizo posible la encarnación del Hijo. Primera entre los discípulos, con su presencia discreta acompañó a Jesús hasta el Calvario y sostuvo la esperanza de los Apóstoles en espera de la Resurrección y de Pentecostés. En la vida de la Iglesia continúa a ser místicamente Aquella que precede el advenimiento del Señor. A Ella, que cumple sin interrupción el ministerio de Madre de la Iglesia y de cada cristiano, le encomiendo con confianza la preparación de la XV Jornada Mundial de la Juventud. Que María Santísima os enseñe, queridos jóvenes, a discernir la voluntad del Padre del cielo sobre vuestra existencia. Que os obtenga la fuerza y la sabiduría para poder hablar a Dios y hablar de Dios. Con su ejemplo os impulse para ser en el nuevo milenio anunciadores de esperanza, de amor y de paz.

En espera de encontraros en gran número en Roma el próximo año, «os encomiendo a Dios y a la Palabra de su gracia, que tiene poder para construir el edificio y daros la herencia con todos los santificados» (*Hch* 20,32) y de corazón, con gran cariño, os bendigo a todos, junto a vuestras familias y las personas queridas.

DISCURSO en la Fiesta de Acogida de los jóvenes en San Juan de Letrán, el martes, 15 de agosto de 2000.

1. «*O Roma felix!*» «¡Oh, Roma feliz!».

Con esta exclamación, a lo largo de los siglos, innumerables multitudes de peregrinos, antes de vosotros, amadísimos jóvenes y muchachas que habéis venido para la XV Jornada mundial de la juventud, se enca-

minaban hacia la ciudad de Roma para arrodillarse ante las tumbas de los apóstoles san Pedro y san Pablo.

«¡Oh, Roma feliz!». Feliz, porque fue consagrada por el testimonio y la sangre de los apóstoles san Pedro y san Pablo, quienes aún hoy, como dos «olivos lozanos» y dos «lámparas encendidas», nos indican, junto con todos los demás santos y mártires, a Cristo, al que hemos venido aquí a celebrar: el Verbo que «se hizo carne, y habitó entre nosotros» (*Jn 1, 14*), Jesucristo, el Hijo de Dios, testimonio vivo del amor eterno del Padre a nosotros.

«¡Oh, Roma feliz!». Feliz, porque también hoy este testimonio, que conservas, sigue vivo y se ofrece al mundo; en particular, se ofrece al mundo de las jóvenes generaciones.

2. Os saludo a todos con afecto, jóvenes y muchachas, pertenecientes a la diócesis de Roma y a las Iglesias que están en Italia. Saludo al cardenal Camillo Ruini, vicario de Roma y presidente de la Conferencia de los obispos italianos, y le agradezco las palabras que me ha dirigido. También doy las gracias a los dos jóvenes romanos que me han saludado en nombre de todos vosotros.

Me alegra ver que habéis venido en tan gran número, y me congratulo con cuantos de vosotros han colaborado para que en este excepcional encuentro puedan participar muchachos y muchachas también de otros países.

Sé cuánto se han esmerado los jóvenes de las diversas diócesis italianas para preparar este momento de «intercambio de felicidad». Ojalá que en esta ciudad, que conserva las tumbas y las memorias de quienes dieron testimonio del Salvador del mundo, todos los jóvenes se encuentren durante estos días con Jesús, que conoce el secreto de la verdadera felicidad y la prometió a sus amigos con estas palabras: «Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud» (*Jn 15, 11*).

Queridos jóvenes, en este momento tan esperado y significativo, vuelvo espontáneamente con el pensamiento al primer encuentro mundial de la juventud, que tuvo lugar precisamente aquí, delante de la catedral de Roma. De aquí partimos también hoy para vivir una nueva experiencia a nivel mundial: *es el encuentro del comienzo de un nuevo siglo y de un nuevo milenio*. Os deseo que el corazón de cada uno de vosotros se encuentre con Cristo, eternamente vivo.

3. Jóvenes y muchachos romanos, hijos de la Iglesia que tiene como obispo al Sucesor de Pedro y que, como escribió san Ignacio de Antioquía, está llamada a «presidir en la caridad» (*Ad Romanos*, Introd.), sentíos comprometidos también durante estos días a acoger a los demás jóvenes que han venido desde todas las regiones del mundo. *Entablad con ellos una amistad cordial*. Haced que su estancia en Roma sea feliz, distinguiéndoos por el espíritu de servicio y por la acogida amistosa, según el estilo de los amigos de Jesús –Lázaro, Marta y María–, que a menudo lo hospedaban en su casa. Abrid las puertas de vuestros hogares a los peregrinos de esta Jornada mundial de la juventud, junto con los jóvenes de las doce diócesis confinantes con Roma, convirtiéndola en ciudad acogedora, casa amiga, para que también aquí, hoy, se realice un encuentro entre amigos: entre todos nosotros y nuestro gran amigo, Jesús.

4. Queridos jóvenes peregrinos del tercer milenio, vivid intensamente esta Jornada mundial. A través del contacto con numerosos coetáneos que, como vosotros, quieren seguir a Cristo, *atesorad las palabras que os dirigirán los obispos*, acogiendo la voz del Señor para fortalecer vuestra fe y testimoniarla sin miedo, conscientes de ser herederos de un gran pasado.

Al inaugurar vuestro jubileo, amadísimos jóvenes y muchachas, deseo repetir las palabras con las que comencé mi ministerio de Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal; quisiera que estas palabras guiaran vuestros días romanos: «¡No tengáis miedo! ¡Abrid de par en par las puertas a Cristo!». Abrid vuestro corazón, vuestra vida, vuestras dudas, vuestras dificultades, vuestras alegrías y vuestros afectos a su fuerza salvífica y dejad que él entre en vuestro corazón. «¡No tengáis miedo! Cristo sabe lo que hay dentro del hombre. ¡Sólo él lo sabe!». Lo dije el 22 de octubre de 1978. Lo repito hoy con la misma convicción, con la misma fuerza, viendo resplandecer en vuestros ojos la esperanza de la Iglesia y del mundo. *Sí, dejad que Cristo reine en vuestras jóvenes existencias*; servidle con amor. ¡Servir a Cristo es libertad!

5. Inauguremos estas jornadas bajo la mirada de María santísima, a quien hoy contemplamos en su Asunción al cielo: que el ejemplo de la joven Virgen de Nazaret os ayude a decir *sí* al Señor que llama a vuestra puerta, y desea entrar y permanecer con vosotros.

Poco antes de concluir el discurso, probablemente leyendo un cartel que rezaba: «Il Papa, un giovane come noi», «El Papa, un joven como nosotros» y respondiendo a las aclamaciones de los jóvenes dijo:

El Papa vive desde hace ochenta años y los jóvenes lo quieren siempre joven. ¿Cómo hacerlo? Gracias por esta catequesis vuestra.

Os deseo que os sintáis bien aquí en Roma, que os sintáis siempre cerca de la Virgen *Salus populi romani*, que sintáis su cercanía maternal. Este es mi último deseo, porque debo trasladarme a San Pedro para dar la bienvenida, también en nombre vuestro, a cuantos han venido a Roma de todas las partes del mundo para celebrar y vivir con vosotros el jubileo de los jóvenes.

DISCURSO en la Fiesta de Acogida de los jóvenes en la Plaza de San Pedro.

Queridos jóvenes: ¡Bienvenidos a Roma!

Agradezco al Cardenal James Francis Stafford las amables palabras que me ha dirigido. Con él saludo al Cardenal Camillo Ruini, a los demás Cardenales, Arzobispos y Obispos aquí presentes. Así mismo, doy las gracias a los dos jóvenes que han expresado elocuentemente los sentimientos de todos vosotros, queridos amigos congregados aquí desde tantas partes del mundo.

Os acojo con gozo, después de haber estado delante de la Basílica de San Juan de Letrán, la Catedral de Roma, para saludar a los jóvenes romanos e italianos. Ellos se unen a mí para daros su más fraterna y cordial bienvenida.

Vuestros rostros me recuerdan, y en cierto modo me hacen presente, a las jóvenes generaciones con las que he tenido la gracia de encontrarme en estos años de final de milenio a lo largo de mis viajes apostólicos por el mundo. A cada uno os digo: ¡La paz esté contigo!

La paz esté contigo, joven que vienes de África: de Argelia, de Angola, de Benín, de Burkina Faso, de Burundi, de Camerún, de Cabo Verde, del Chad, del Congo, de Costa de Marfil, de Egipto, de Eritrea, de Gabón, de Gambia, de Ghana, de la República de Guinea, de Yibuti, de Guinea Bissau, de Kenia, de las Islas Comores, de las Islas Mauricio, de Lesotho, de Liberia, de Libia, de Madagascar, de Malawi, de Mali, de Marruecos, de Mozambique, de Namibia, de Nigeria, de la República Centroafricana, de la República Democrática del Congo, de Ruanda, del Senegal, de las Islas Seychelles, de Sierra Leona, de Sudáfrica, de Sudán, de Suazilandia, de Tanzania, de Togo, de Uganda, de Zambia, de Zimbabue.

La paz esté contigo, joven que vienes de América: de las Antillas, de Argentina, de las Bahamas, de Belice, de Bolivia, de Brasil, de Canadá, de Chile, de Colombia, de Costa Rica, de Cuba, del Ecuador, de El Salvador, de Guatemala, de Haití, de Honduras, de México, de Nicaragua, de Panamá, del Paraguay, de Perú, de Puerto Rico, de la República Dominicana, de Santa Lucía, de San Vicente, de los Estados Unidos, de Surinam, del Uruguay, de Venezuela.

La paz esté contigo, joven que vienes de Asia: de Arabia Saudita, de Armenia, de Bahréin, de Bangladesh, de Camboya, de Corea del Sur, de los Emiratos Árabes Unidos, de Filipinas, de Georgia, de Japón, de Jordania, de Hong Kong, de la India, de Indonesia, de Irak, de Israel, de Kazajistán, de Kirguizistán, de Laos, del Líbano, de Macao, de Malasia, de Mongolia, de Myanmar, del Nepal, de Omán, de Pakistán, del Qatar, de Singapur, de Siria, de Sri Lanka, de Taiwán, de los Territorios Palestinos, de Tailandia, de Timor Este, de Turkmenistán, de Uzbekistán y de Vietnam.

La paz esté contigo, joven que vienes de Europa: de Albania, de Austria, de Bélgica, de Bielorrusia, de Bosnia-Herzegovina, de Bulgaria, de Chipre, de Croacia, de Dinamarca, de Alemania, de Inglaterra, de España, de Estonia, de Finlandia, de Francia, de Grecia, de Irlanda, de Italia, de Letonia, de Liechtenstein, de Lituania, de Luxemburgo, de Macedonia, de Malta, de Moldavia, de los Países Bajos, de Noruega, de Polonia, de Portugal, del Principado de Mónaco, de la República Checa, de la República de San Marino, de Rumanía, de Rusia, de Escocia, de Eslovaquia, de Eslovenia, de Suiza, de Suecia, de Turquía, de Ucrania, de Hungría, de Yugoslavia.

La paz esté contigo, joven que vienes de Oceanía: de Australia, de Guam, de Nueva Zelanda, de Papúa Nueva Guinea.

Saludo con particular afecto al grupo de jóvenes provenientes de los Países donde el odio, la violencia o la guerra todavía siguen marcando con el sufrimiento la vida de poblaciones enteras: gracias a la solidaridad de todos vosotros ha sido posible que ellos estén aquí esta tarde. A ellos les manifiesto, también en vuestro nombre, la cercanía fraterna de nuestra asamblea; con vosotros, pido para ellos y para sus pueblos días de paz en la justicia y la libertad.

Mi pensamiento se dirige también a los jóvenes de otras Iglesias y Comunidades eclesiales que están aquí esta tarde junto con algunos de sus Pastores: ¡Que esta Jornada Mundial sea una nueva ocasión de conocimiento recíproco y de súplica común al Espíritu Santo para implorar el don de la plena unidad de todos los cristianos!

Queridos amigos de los cinco Continentes, me alegra iniciar solemnemente con vosotros esta tarde el *Jubileo de los Jóvenes*. Peregrinos tras las huellas de los Apóstoles, imitadlos en la fe.

¡Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre!

1. Queridos amigos que habéis recorrido con toda clase de medios tantos y tantos kilómetros para venir aquí, a Roma, a las tumbas de los Apóstoles, dejad que empiece mi encuentro con vosotros planteándoos una pregunta: ¿Qué habéis venido a buscar? Estáis aquí para celebrar vuestro Jubileo, el Jubileo de la Iglesia joven. El vuestro no es un viaje cualquiera: Si os habéis puesto en camino no ha sido sólo por razones de diversión o de cultura. Dejad que os repita la pregunta: ¿Qué habéis venido a buscar?, o mejor, ¿a quién habéis venido a buscar?

La respuesta no puede ser más que una: ¡habéis venido a buscar a Jesucristo! A Jesucristo que, sin embargo, primero os busca a vosotros. En efecto, celebrar el Jubileo no tiene otro significado que el de celebrar y encontrar a Jesús, la Palabra que se hizo carne y vino a habitar entre nosotros.

Las palabras del Prólogo de San Juan, que acaban de ser proclamadas, son en cierto modo su «tarjeta de presentación». Nos invitan a fijar la mirada en su misterio. Estas palabras son un mensaje especial dirigido a vosotros, queridos jóvenes: «En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios» (*Jn 1,1-2*).

Al hablar de la Palabra consustancial con el Padre, de la Palabra eterna engendrada como Dios de Dios y Luz de Luz, el evangelista nos lleva al corazón de la vida divina, pero también al origen del mundo. En efecto, la Palabra está en el comienzo de toda la creación: «Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe» (*Jn 1,3*). Todo el mundo creado, antes de ser realidad, fue pensado y querido por Dios con un eterno designio de amor. Por tanto, si observamos el mundo en profundidad, dejándonos sorprender por la sabiduría y la belleza que Dios le ha infundido, podemos ya ver en él un reflejo de la Palabra que la revelación bíblica nos desvela en plenitud en el rostro de Jesús de Nazaret. En cierto modo, la creación es una primera «revelación» de Él.

2. El anuncio del Prólogo continúa así: «En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres y la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron» (*Jn 1,4-5*). Para el evangelista la vida es la luz, y la

muerte –lo opuesto a la vida– son las tinieblas. Por medio de la Palabra surgió toda vida en la tierra y en la Palabra encuentra su cumplimiento definitivo.

Identificando la vida con la luz, Juan tiene también en cuenta esa vida particular que no consiste simplemente en las funciones biológicas del organismo humano, sino que brota de la participación en la vida misma de Cristo. El evangelista dice: «La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (*Jn* 1,9). Esa iluminación le fue concedida a la humanidad en la noche de Belén, cuando la Palabra eterna del Padre asumió un cuerpo de María Virgen, se hizo hombre y nació en este mundo. Desde entonces todo hombre que mediante la fe participa en el misterio de ese acontecimiento experimenta de algún modo esa iluminación.

Cristo mismo, presentándose como luz del mundo, dirá un día: «Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz» (*Jn* 12,36). Es una exhortación que los discípulos de Cristo se transmiten de generación en generación, buscando aplicarla a la vida de cada día. Refiriéndose a esta exhortación San Pablo escribirá: «Vivid como hijos de la luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad» (*Ef* 5,8-9).

3. El centro del Prólogo de Juan es el anuncio de que «la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros» (*Jn* 1,14). Poco antes el evangelista había dicho: «Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron, les dio poder de hacerse hijos de Dios» (*Jn* 1,11-12). Queridos jóvenes, ¿estáis vosotros entre los que han acogido a Cristo? Vuestra presencia aquí ya es una respuesta. Habéis venido a Roma, en este Jubileo de los dos mil años del nacimiento de Cristo, para acoger dentro de vosotros su fuerza de vida. Habéis venido para volver a descubrir la verdad sobre la creación y para asombraros nuevamente por la belleza y la riqueza del mundo creado. Habéis venido para renovar en vosotros la conciencia de la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios.

«Y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (*Jn* 1,14). Un filósofo contemporáneo ha subrayado la importancia de la muerte en la vida humana, llegando a calificar al hombre como «un ser-para-la-muerte». El Evangelio, por el contrario, pone de relieve que el hombre es un ser para la vida. El hombre es llamado por Dios a participar de la vida divina. El hombre es un ser llamado a la gloria.

Estos días, que pasaréis juntos en Roma en el ámbito de la Jornada Mundial de los Jóvenes, os tienen que ayudar, a cada uno de vosotros, a ver más claramente la gloria que es propia del Hijo de Dios y a la cual hemos sido llamados en Él por el Padre. Por eso es necesario que crezca y se consolide vuestra fe en Cristo.

4. Esta fe es la que deseo profesar ante vosotros, amigos jóvenes, ante la tumba del Apóstol Pedro, al cual el Señor ha querido que sucediera como Obispo de Roma. Hoy yo en deseo deciros, el primero, que creo firmemente en Jesucristo Nuestro Señor. Sí, yo creo y hago más las palabras del Apóstol Pablo: «La vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (*Gal 2,20*).

Recuerdo cómo desde niño, en mi familia, aprendí a rezar y a fiarme de Dios. Recuerdo el ambiente de la parroquia, San Estanislao de Kostka, que yo frecuentaba en Debniki, Cracovia, dirigida por los padres Salesianos, de los cuales recibí la formación fundamental para la vida cristiana. Tampoco puedo olvidar la experiencia de la guerra y los años de trabajo en una fábrica. La maduración definitiva de mi vocación sacerdotal surgió en el período de la segunda guerra mundial, durante la ocupación de Polonia. La tragedia de la guerra dio al proceso de maduración de mi opción de vida un matiz particular. En ese contexto se me manifestaba una luz cada vez más clara: el Señor quiere que yo sea sacerdote. Recuerdo conmovido ese momento de mi vida cuando, en la mañana del uno de noviembre de 1946, recibí la ordenación sacerdotal.

Mi *Credo* continúa con mi actual servicio a la Iglesia. Cuando, el 16 de octubre de 1978, después de ser elegido para la Sede de Pedro, se me dirigió la pregunta: «¿Aceptas?», respondí: «Obedeciendo en la fe a Cristo, mi Señor, confiando en la Madre de Cristo y de la Iglesia, a pesar de las grandes dificultades, acepto» (*Redemptor hominis*, 2). Desde entonces trato de desempeñar mi misión encontrando cada día la luz y fuerza en la fe que me une a Cristo.

Pero mi fe, como la de Pedro y como la de cada uno de vosotros, no es sólo obra mía, adhesión mía a la verdad de Cristo y de la Iglesia. La fe es esencialmente y ante todo obra del Espíritu Santo, don de su gracia. El Señor me concede, como también hace con vosotros, su Espíritu que nos hace decir «Creo», sirviéndose también de nosotros para dar testimonio de Él por todos los lugares de la tierra.

5. Queridos amigos, ¿por qué al comenzar vuestro Jubileo he querido ofrecer este testimonio personal? Lo he hecho para aclarar que el camino de la fe pasa a través de todo lo que vivimos. Dios actúa en las circunstancias concretas y personales de cada uno de nosotros: a través de ellas, a veces de manera verdaderamente misteriosa, se presenta a nosotros la Palabra «hecha carne», que vino a habitar entre nosotros.

Queridos jóvenes, no permitáis que el tiempo que el Señor os concede transcurra como si todo fuese casualidad. San Juan nos ha dicho que todo ha sido hecho en Cristo. Por tanto, creed intensamente en Él. Él guía la historia de cada persona y la de la humanidad. Ciertamente Cristo respeta nuestra libertad, pero en todas las circunstancias gozosas o amargas de la vida, no cesa de pedirnos que creamos en Él, en su Palabra, en la realidad de la Iglesia, en la vida eterna.

Así pues, no penséis nunca que sois desconocidos a sus ojos, como simples números de una masa anónima. Cada uno de vosotros es precioso para Cristo, Él os conoce personalmente y os ama tiernamente, incluso cuando uno no se da cuenta de ello.

6. Queridos amigos, proyectados con todo el ardor de vuestra juventud hacia el tercer milenio, vivid intensamente la oportunidad que os ofrece la Jornada Mundial de la Juventud en esta Iglesia de Roma, que hoy más que nunca es vuestra Iglesia. Dejaos modelar por el Espíritu Santo. Haced la experiencia de la oración, dejando que el Espíritu hable a vuestro corazón. Orar significa dedicar un poco del propio tiempo a Cristo, confiarse a Él, permanecer en silenciosa escucha de su Palabra y hacerla resonar en el corazón.

En estos días, como si fuera una gran semana de Ejercicios Espirituales, buscad momentos de silencio, de oración, de recogimiento. Pedid al Espíritu Santo que ilumine vuestra mente, suplicadle el don de una fe viva que dé para siempre un sentido a vuestra vida, centrándola en Jesús, la Palabra hecha carne.

Que María Santísima, que engendró a Cristo por obra del Espíritu Santo, María Salus Populi Romani y Madre de todos los pueblos; que los santos Pedro y Pablo y todos los demás Santos y Mártires de esta Iglesia y de vuestras Iglesias os acompañen en vuestro camino.

HOMILÍA pronunciada en la Misa para los jóvenes del VII Foro Internacional de la Juventud, en Castelgandolfo, el jueves, 17 de agosto de 2000.

1. «*Antes de formarte en el vientre, te escogí; antes de que salieras del seno materno, te consagré*» (*Jr 1, 5*).

Las palabras que Dios dirigió al profeta Jeremías nos afectan personalmente. Evocan el designio que Dios tiene para cada uno de nosotros. Él nos conoce individualmente, porque desde la eternidad nos ha elegido y amado, confiando a cada uno una vocación específica dentro del plan general de la salvación.

Queridos jóvenes del Foro internacional, me alegra acogeros junto con el cardenal James Francis Stafford, presidente del Consejo pontificio para los laicos, y sus colaboradores. Os saludo con afecto.

Con razón os sentís interpelados personalmente por las palabras del profeta. En efecto, muchos de vosotros ya tienen una responsabilidad en su Iglesia particular, y muchos otros serán llamados a asumir alguna. Por tanto, es importante que llevéis con vosotros la riqueza de la experiencia humana, espiritual y eclesial de este foro. Sois enviados a anunciar a otros las palabras de vida que habéis recibido: obrarán y arraigarán en vosotros en la medida en que más las compartáis con los demás.

Queridos jóvenes, no dudéis del amor de Dios por vosotros. Él os reserva un lugar en su corazón y una misión en el mundo. La primera reacción puede ser el miedo, la duda. Son sentimientos que experimentó antes que vosotros el mismo Jeremías: «¡Ay, Señor mío! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho» (*Jr 1, 6*). La tarea parece inmensa, porque cobra las dimensiones de la sociedad y del mundo. Pero no olvidéis que, cuando el Señor llama, da también la fuerza y la gracia necesarias para responder a la llamada.

No tengáis miedo de asumir vuestras responsabilidades: la Iglesia os necesita; necesita vuestro compromiso y vuestra generosidad; el Papa os necesita y, al comienzo de este nuevo milenio, os pide que llevéis el Evangelio por los caminos del mundo.

2. En el Salmo responsorial hemos escuchado una pregunta que en el mundo contaminado de hoy resuena con particular actualidad: «¿Cómo podrá un joven andar honestamente?» (*Sal 118, 9*).

También hemos escuchado la respuesta, sencilla e incisiva: «Cumpliendo tus palabras» (*Sal 118, 9*). Así pues, es preciso pedir el gusto por la palabra de Dios y la alegría de poder testimoniar algo que es

más grande que nosotros: «Mi alegría es el camino de tus preceptos...» (*Sal* 118, 14).

La alegría nace también de la certeza de que muchas otras personas en el mundo acogen como nosotros los «preceptos del Señor» y hacen de ellos la razón de su vida. ¡Cuánta riqueza en la universalidad de la Iglesia, en su «catolicidad»! ¡Cuánta diversidad según los países, los ritos, las espiritualidades, las asociaciones, los movimientos y las comunidades! ¡Cuánta belleza y, al mismo tiempo, qué comunión tan profunda en los valores comunes y en la adhesión común a la persona de Jesús, el Señor!

Viviendo y rezando juntos, habéis comprobado que la diversidad de vuestros modos de acoger y expresar la fe no os separa ni os enfrenta los unos a los otros. Es sólo una manifestación de la riqueza de la Revelación, don único y extraordinario, que el mundo tanto necesita.

3. En el pasaje del evangelio que acabamos de escuchar, el Resucitado dirige a Pedro la pregunta que determinará toda su existencia: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» (*Jn* 21, 16). Jesús no le pregunta cuáles son sus talentos, sus dones, sus capacidades. Ni siquiera pregunta al que poco antes lo había negado si en adelante le será fiel, si ya no caerá. Le pregunta lo único que cuenta, lo único que puede sostener una llamada: ¿me amas?

Cristo os dirige hoy esa misma pregunta a cada uno de vosotros: ¿me amas? No os pide que sepáis hablar a las multitudes, dirigir una organización o administrar un patrimonio. Os pide que lo améis. Todo lo demás vendrá como consecuencia. En efecto, seguir las huellas de Jesús no se traduce inmediatamente en hacer o decir algo, sino ante todo en amarlo, en permanecer con él y en acogerlo completamente en la propia vida.

Responded hoy con sinceridad a la pregunta de Jesús. Algunos, como Pedro, podrán decir: «Sí, Señor, tú sabes que te amo» (*Jn* 21, 16). Otros dirán: «Señor, tú sabes cuánto quisiera amarte; enséñame a amarte para seguirte». Lo importante es estar en camino, avanzar sin perder de vista la meta, hasta el día en que podáis decir con todo el corazón: «Tú sabes que te amo».

4. Queridos jóvenes, amad a Cristo y amad a la Iglesia. Amad a Cristo como él os ama. Amad a la Iglesia como Cristo la ama.

No olvidéis que el amor verdadero no pone condiciones ni hace cálculos ni recrimina; sencillamente, ama. En efecto, ¿cómo podríais

ser responsables de una herencia que sólo aceptáis parcialmente? ¿Cómo se puede participar en la construcción de algo que no se ama con todo el corazón?

Que la comunión en el cuerpo y la sangre del Señor os ayude a cada uno a crecer en el amor a Jesús y a su cuerpo, que es la Iglesia.

DISCURSO en la Vigilia de Oración en Tor Vergata, el sábado, 19 de agosto de 2000.

1. «Y vosotros ¿quién decís que soy yo?» (Mt 16,15).

Queridos jóvenes, con gran alegría me reúno de nuevo con vosotros, con ocasión de esta vigilia de oración, durante la cual queremos ponernos juntos a la escucha de Cristo, que sentimos presente entre nosotros. Es Él quien nos habla.

«Y vosotros ¿quién decís que soy yo?». Jesús plantea esta pregunta a sus discípulos en la región de Cesarea de Filipo. Simón Pedro contesta: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16). A su vez el Maestro les dirige estas sorprendentes palabras: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mt 16,17).

¿Cuál es el significado de este diálogo? ¿Por qué Jesús quiere escuchar lo que los hombres piensan de Él? ¿Por qué quiere saber lo que piensan sus discípulos de Él?

Jesús quiere que los discípulos *se den cuenta* de lo que está escondido en sus mentes y en sus corazones y que expresen su convicción. Al mismo tiempo, sin embargo, sabe que el juicio que harán no será sólo el de ellos, porque en el mismo se revelará lo que Dios ha derramado en sus corazones por la gracia de la fe.

Este acontecimiento en la región de Cesarea de Filipo nos introduce, en cierto modo, en el «laboratorio de la fe». Ahí se desvela *el misterio del inicio y de la maduración de la fe*. En primer lugar está la gracia de la revelación: un íntimo e inexpresable darse de Dios al hombre; después sigue la llamada a dar una respuesta y, finalmente, está la respuesta del hombre, respuesta que desde ese momento en adelante tendrá que dar sentido y forma a toda su vida.

Aquí tenemos lo que es la fe. Es la respuesta a la palabra del Dios vivo por parte del hombre racional y libre. Las cuestiones que Cristo plantea, las respuestas de los Apóstoles y la de Simón Pedro, son como una prueba de la madurez de la fe de los que están más cerca de Cristo.

2. El diálogo en Cesarea de Filipo tuvo lugar en el tiempo prepascual, es decir, antes de la pasión y resurrección de Cristo. Convendría recordar también otro acontecimiento durante el cual Cristo, ya resucitado, probó la madurez de la fe de sus Apóstoles. Se trata del *encuentro con Tomás Apóstol*. Era el único ausente cuando, después de la resurrección, Cristo fue por primera vez al Cenáculo. Cuando los otros discípulos le dijeron que habían visto al Señor él no quiso creer. Decía: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré» (Jn 20,25). Ocho días después, estaban otra vez reunidos los discípulos y Tomás estaba con ellos. Entró Jesús estando la puerta cerrada, saludó a los Apóstoles con estas palabras: «La paz con vosotros» (Jn 20,26) y acto seguido se dirigió a Tomás: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y nos seas incrédulo sino creyente» (Jn 20,27). Tomás le contestó: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20,28).

También el Cenáculo de Jerusalén fue para los Apóstoles una especie de «laboratorio de la fe». Lo que allí sucedió con Tomás va, en cierto sentido más allá de lo que ocurrió en la región de Cesarea de Filipo. En el Cenáculo nos encontramos ante una dialéctica de la fe y de la incredulidad más radical y, al mismo tiempo, ante *una confesión aún más profunda de la verdad sobre Cristo*. Verdaderamente no era fácil creer que estuviese vivo Aquél que tres días antes había sido depositado en el sepulcro.

El divino Maestro había anunciado varias veces que iba a resucitar de entre los muertos y ya había dado también pruebas de ser el Señor de la vida. Sin embargo, la experiencia de su muerte había sido tan fuerte que *todos tenían necesidad de un encuentro directo con Él* para creer en su resurrección: los Apóstoles en el Cenáculo, los discípulos en el camino a Emaús, las piadosas mujeres junto al sepulcro... También Tomás lo necesitaba. Cuando su incredulidad se encontró con la experiencia directa de la presencia de Cristo, el Apóstol que había dudado pronunció esas palabras con las que se expresa el núcleo más íntimo de la fe: Si es así, si Tú verdaderamente estás vivo aunque te mataron, quiere decir que eres «mi Señor y mi Dios».

Con el caso de Tomás el «laboratorio de la fe» *se ha enriquecido con un nuevo elemento*. La revelación divina, la pregunta de Cristo y la respuesta del hombre se han completado *con el encuentro personal del discípulo con Cristo vivo*, con el Resucitado. Ese encuen-

tro pasa a ser el inicio de una nueva relación entre el hombre y Cristo, una relación en la que el hombre reconoce existencialmente que Cristo es Señor y Dios; no sólo Señor y Dios del mundo y de la humanidad, sino Señor y Dios *de esta existencia humana mía concreta*. Un día San Pablo escribirá: «Cerca de ti está la palabra: en tu boca y en tu corazón, es decir, la palabra de la fe que nosotros proclamamos. Porque, si confiesas con tu boca que *Jesús es Señor* y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo» (*Rm* 10,8-9).

3. En las lecturas de la Liturgia de hoy están descritos los elementos de los que se compone ese «laboratorio de la fe», del cual los Apóstoles salen como hombres plenamente conscientes de la verdad que Dios había revelado en Jesucristo, verdad que habría modelado su vida personal y la de la Iglesia en el curso de la historia. Este encuentro romano, queridos jóvenes, es también una especie de «laboratorio de la fe» para vosotros, discípulos de hoy, para quienes confiesan a Cristo en los umbrales del tercer milenio.

Cada uno de vosotros puede encontrar en sí mismo la dialéctica de preguntas y respuestas que hemos señalado anteriormente. Cada uno puede analizar sus propias dificultades para creer e incluso sentir la tentación de la incredulidad. Al mismo tiempo, sin embargo, puede también experimentar una progresiva maduración de la convicción consciente de la propia adhesión de fe. En efecto, siempre *en este admirable laboratorio del espíritu humano*, el laboratorio de la fe, *se encuentran mutuamente Dios y el hombre*. Cristo resucitado entra en el cenáculo de nuestra vida y permite a cada uno experimentar su presencia y confesar: Tú, Cristo, eres «mi Señor y mi Dios».

Cristo dijo a Tomás: «Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído» (*Jn* 20,29). Todo ser humano tiene en su interior algo del Apóstol Tomás. Es tentado por la incredulidad y se plantea las preguntas fundamentales: ¿Es verdad que Dios existe? ¿Es verdad que el mundo ha sido creado por Él? ¿Es verdad que el Hijo de Dios se ha hecho hombre, ha muerto y ha resucitado? La respuesta surge junto con la experiencia que la persona hace de su divina presencia. *Es necesario abrir los ojos y el corazón a la luz del Espíritu Santo*. Entonces a cada uno le hablarán las heridas abiertas de Cristo resucitado: «Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído».

4. Queridos amigos, también hoy creer en Jesús, seguir a Jesús siguiendo las huellas de Pedro, de Tomás, de los primeros Apóstoles y testigos, conlleva una opción por Él y, no pocas veces, *es como un nuevo martirio*: el martirio de quien, hoy como ayer, es llamado a ir contra corriente para seguir al divino Maestro, para seguir «al Cordero a dondequiera que vaya» (*Ap* 14,4). No por casualidad, queridos jóvenes, he querido que durante el Año Santo fueran recordados en el Coliseo *los testigos de la fe del siglo XX*.

Quizás a vosotros no se os pedirá la sangre, pero sí ciertamente la fidelidad a Cristo. Una fidelidad que se ha de vivir en las situaciones de cada día. Estoy pensando en los novios y su dificultad de vivir, en el mundo de hoy, la pureza antes del matrimonio. Pienso también en los matrimonios jóvenes y en las pruebas a las que se expone su compromiso de mutua fidelidad. Pienso, asimismo, en las relaciones entre amigos y en la tentación de deslealtad que puede darse entre ellos.

Estoy pensando también en el que ha empezado un camino de especial consagración y en las dificultades que a veces tiene que afrontar para perseverar en su entrega a Dios y a los hermanos. Me refiero igualmente al que quiere vivir unas relaciones de solidaridad y de amor en un mundo donde únicamente parece valer la lógica del provecho y del interés personal o de grupo.

Así mismo, pienso en el que trabaja por la paz y ve nacer y estallar nuevos focos de guerra en diversas partes del mundo; también en quien actúa en favor de la libertad del hombre y lo ve aún esclavo de sí mismo y de los demás; pienso en el que lucha por el amor y el respeto a la vida humana y ha de asistir frecuentemente a atentados contra la misma y contra el respeto que se le debe.

5. Queridos jóvenes, ¿es difícil creer en un mundo así? En el año 2000, ¿es difícil creer? *Sí, es difícil*. No hay que ocultarlo. Es difícil, pero con la ayuda de la gracia es posible, como Jesús dijo a Pedro: «No te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (*Mt* 16,17).

Esta tarde os entregaré el Evangelio. Es el regalo que el Papa os deja en esta vigilia inolvidable. La palabra que contiene es la palabra de Jesús. Si la escucháis en silencio, en oración, dejándoos ayudar por el sabio consejo de vuestros sacerdotes y educadores con el fin de comprenderla para vuestra vida, entonces encontraréis a Cristo y lo segui-

réis, entregando día a día la vida por Él. En realidad, es a Jesús a quien buscáis cuando soñáis la felicidad; es Él quien os espera cuando no os satisface nada de lo que encontráis; es Él la belleza que tanto os atrae; es Él quien os provoca con esa sed de radicalidad que no os permite dejaros llevar del conformismo; es Él quien os empuja a dejar las máscaras que falsean la vida; es Él quien os lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar. Es Jesús el que suscita en vosotros el deseo de hacer de vuestra vida algo grande, la voluntad de seguir un ideal, el rechazo a dejaros atrapar por la mediocridad, la valentía de comprometeros con humildad y perseverancia para mejoraros a vosotros mismos y a la sociedad, haciéndola más humana y fraterna.

Queridos jóvenes, para estos nobles objetivos no estáis solos. Con vosotros tenéis a vuestras familias, a vuestras comunidades, a vuestros sacerdotes y educadores y a tantos de vosotros que, en lo oculto, no se cansan de amar a Cristo y de creer en Él. En la lucha contra el pecado no estáis solos: *¡muchos como vosotros luchan y con la gracia del Señor vencen!*

6. Queridos amigos, en vosotros veo a los «centinelas de la mañana» (cf. *Is* 21,11-12) en este amanecer del tercer milenio. A lo largo del siglo que termina, jóvenes como vosotros eran convocados en reuniones masivas para aprender a odiar, eran enviados para combatir los unos contra los otros. *Los diversos mesianismos secularizados, que han intentado sustituir la esperanza cristiana, se han revelado después como verdaderos y propios infernos.* Hoy estáis reunidos aquí para afirmar que en el nuevo siglo no os prestaréis a ser instrumentos de violencia y destrucción; defenderéis la paz, incluso a costa de vuestra vida si fuera necesario. No os conformaréis con un mundo en el que otros seres humanos mueren de hambre, son analfabetos, están sin trabajo. Defenderéis la vida en cada momento de su desarrollo terreno; os esforzaréis con todas vuestras energías en hacer que esta tierra sea cada vez más habitable para todos.

Queridos jóvenes del siglo que comienza, diciendo «sí» a Cristo decís «sí» a todos vuestros ideales más nobles. Le pido que reine en vuestros corazones y en la humanidad del nuevo siglo y milenio. No tengáis miedo de entregaros a Él. Él os guiará, os dará la fuerza para seguirlo todos los días y en cada situación.

Que María Santísima, la Virgen que dijo «sí» a Dios durante toda su vida, que los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y todos los Santos y Santas

que han marcado el camino de la Iglesia a través de los siglos, os conserven siempre en este santo propósito.

A todos y a cada uno de vosotros os imparto con afecto mi Bendición.

Quisiera terminar mi discurso, este mensaje, diciéndoos que esperaba desde hace tiempo encontrarme con vosotros, veros, primero por la noche, y luego por el día. Os doy las gracias por este diálogo, enriquecido con aclamaciones y aplausos. Gracias por este diálogo. En virtud de vuestra iniciativa, de vuestra inteligencia, no ha sido un monólogo, ha sido un verdadero diálogo.

Al final de la celebración, el Papa dijo:

Hay un proverbio polaco que dice: «Si vives con los jóvenes, también tú deberás ser joven» Así, regreso rejuvenecido. Una vez más os saludo a todos vosotros, especialmente a los que están más al fondo, en la sombra, y no ven nada. Pero si no han podido ver, ciertamente han podido escuchar este bullicio. Este bullicio ha impresionado a Roma y Roma no lo olvidará jamás.

HOMILÍA pronunciada en la Misa de Clausura en Tor Vergata, el domingo, 20 de agosto de 2000.

1. «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (*Jn 6,68*).

Queridos jóvenes de la decimoquinta Jornada Mundial de la Juventud, estas palabras de Pedro, en el diálogo con Cristo al final del discurso del «pan de vida», *nos afectan personalmente*. Estos días hemos meditado sobre la afirmación de Juan: «La palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros» (*Jn 1,14*). El evangelista nos ha llevado al gran misterio de la encarnación del Hijo de Dios, el Hijo que se nos ha dado a través de María «al llegar la plenitud de los tiempos» (*Gal 4,4*).

En su nombre os vuelvo a saludar a todos con un gran afecto. Saludo y agradezco al Cardenal Camillo Ruini, mi Vicario General para la diócesis de Roma y Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, las palabras que me ha dirigido al comienzo de esta Santa Misa; saludo también al Cardenal James Francis Stafford, Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos y a tantos Cardenales, Obispos y sacerdotes aquí reunidos; así mismo, saludo con gran deferencia al Señor Presidente de la República y al Jefe del Gobierno Italiano, así como a todas las autoridades civiles y religiosas que nos honran con su presencia.

2. Hemos llegado al *culmen de la Jornada Mundial de la Juventud*. Ayer por la noche, queridos jóvenes, hemos reafirmado nuestra fe en Jesucristo, en el Hijo de Dios que, como dice la primera lectura de hoy, el Padre ha enviado «a anunciar la buena nueva a los pobres, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación y a los reclusos la libertad... para consolar a todos los que lloran» (*Is* 61,1-3).

En esta celebración eucarística Jesús nos introduce en el conocimiento de *un aspecto particular de su misterio*. Hemos escuchado en el Evangelio un pasaje de su discurso en la sinagoga de Cafarnaúm, después del milagro de la multiplicación de los panes, en el cual se revela como *el verdadero pan de vida*, el pan bajado del cielo para dar la vida al mundo (cf. *Jn* 6,51). Es un discurso que los oyentes no entienden. La perspectiva en que se mueven es demasiado material para poder captar *la auténtica intención de Cristo*. Ellos razonan según la carne, que «no sirve para nada» (*Jn* 6,63). Jesús, en cambio, orienta su discurso hacia el horizonte inabarcable del espíritu: «Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida» (*ibíd*).

Sin embargo el auditorio es reactivo: «Es duro este lenguaje; ¿Quién puede escucharlo?» (*Jn* 6,60). Se consideran personas con sentido común, con los pies en la tierra, por eso sacuden la cabeza y, refunfuñando, se marchan uno detrás de otro. *El número de la muchedumbre se reduce progresivamente*. Al final sólo queda un pequeño grupo con los discípulos más fieles. Pero respecto al «pan de vida» Jesús *no está dispuesto a contemporizar*. Está preparado más bien para afrontar el alejamiento incluso de los más cercanos: «¿También vosotros queréis marcharos?» (*Jn* 6,67).

3. «¿También vosotros?» La pregunta de Cristo *sobrepasa los siglos y llega hasta nosotros*, nos interpela personalmente y nos pide una decisión. ¿Cuál es nuestra respuesta? Queridos jóvenes, si estamos aquí hoy es porque nos vemos reflejados en la afirmación del apóstol Pedro: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (*Jn* 6,68).

Muchas palabras resuenan en vosotros, pero sólo Cristo tiene palabras que resisten al paso del tiempo y permanecen para la eternidad. El momento que estáis viviendo os impone algunas opciones decisivas: la especialización en el estudio, la orientación en el trabajo, el compromiso que debéis asumir en la sociedad y en la Iglesia. Es importante darse cuenta de

que, entre todas las preguntas que surgen en vuestro interior, las decisivas no se refieren al «qué». *La pregunta de fondo es «quién»*: hacia «quién» ir, a «quién» seguir, a «quién» confiar la propia vida.

Pensáis en vuestra elección afectiva e imagino que estaréis de acuerdo: lo que verdaderamente cuenta en la vida es la persona con la que uno decide compartirla. Pero, ¡atención! *Toda persona es inevitablemente limitada*, incluso en el matrimonio más encajado se ha de tener en cuenta una cierta medida de desilusión. Pues bien, queridos amigos: ¿no hay en esto algo que confirma lo que hemos escuchado al apóstol Pedro? Todo ser humano, antes o después, se encuentra exclamando con él: «¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna». Sólo Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios y de María, la Palabra eterna del Padre, que nació hace dos mil años en Belén de Judá, puede satisfacer las aspiraciones más profundas del corazón humano.

En la pregunta de Pedro: «¿A quién vamos a acudir?» *está ya la respuesta sobre el camino que se debe recorrer*. Es el camino que lleva a Cristo. Y el divino Maestro es accesible personalmente; en efecto, está presente sobre el altar en la realidad de su cuerpo y de su sangre. En el sacrificio eucarístico podemos *entrar en contacto, de un modo misterioso pero real, con su persona*, acudiendo a la fuente inagotable de su vida de Resucitado.

4. Esta es la maravillosa verdad, queridos amigos: la Palabra, que se hizo carne hace dos mil años, *está presente hoy en la Eucaristía*. Por eso, el año del Gran Jubileo, en el que estamos celebrando el misterio de la encarnación, no podía dejar de ser también un año «intensamente eucarístico» (cf. *Tertio millennio adveniente*, 55).

La Eucaristía es el sacramento de la presencia de Cristo que se nos da porque nos ama. *Él nos ama a cada uno de nosotros de un modo personal y único* en la vida concreta de cada día: en la familia, entre los amigos, en el estudio y en el trabajo, en el descanso y en la diversión. Nos ama cuando llena de frescura los días de nuestra existencia y también cuando, en el momento del dolor, permite que la prueba se cierna sobre nosotros; también a través de las pruebas más duras, Él nos hace escuchar su voz.

Sí, queridos amigos, ¡Cristo nos ama y nos ama siempre! *Nos ama incluso cuando lo decepcionamos*, cuando no correspondemos a lo que espera de nosotros. Él no nos cierra nunca los brazos de su misericordia. ¿Cómo no estar agradecidos a este Dios que nos ha redimido

llegando incluso a la locura de la Cruz? ¿A este Dios que se ha puesto de nuestra parte y está ahí hasta al final?

5. Celebrar la Eucaristía «comiendo su carne y bebiendo su sangre» significa *aceptar la lógica de la cruz y del servicio*. Es decir, significa ofrecer la propia disponibilidad para sacrificarse por los otros, como hizo Él.

De este testimonio tiene necesidad urgente nuestra sociedad, de él necesitan más que nunca los jóvenes, tentados a menudo por los espejismos de una vida fácil y cómoda, por la droga y el hedonismo, que llevan después a la espiral de la desesperación, del sin-sentido, de la violencia. Es urgente *cambiar de rumbo y dirigirse a Cristo*, que es también el camino de la justicia, de la solidaridad, del compromiso por una sociedad y un futuro dignos del hombre.

Ésta es nuestra Eucaristía, ésta es la respuesta que Cristo espera de nosotros, de vosotros, jóvenes, al final de vuestro Jubileo. A Jesús no le gustan las medias tintas y no duda en apremiarnos con la pregunta: «¿También vosotros queréis marcharos?» Con Pedro, ante Cristo, Pan de vida, también hoy nosotros queremos repetir: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (*Jn 6,68*).

6. Queridos jóvenes, al volver a vuestra tierra poned la Eucaristía en el centro de vuestra vida personal y comunitaria: amadla, adoradla y celebradla, sobre todo el domingo, día del Señor. *Vivid la Eucaristía dando testimonio del amor de Dios a los hombres*.

Os confío, queridos amigos, este don de Dios, el más grande dado a nosotros, peregrinos por los caminos del tiempo, pero que llevamos en el corazón la sed de eternidad. ¡Ojalá que pueda haber siempre en cada comunidad un sacerdote que celebre la Eucaristía! Por eso pido al Señor que *broten entre vosotros numerosas y santas vocaciones al sacerdocio*. La Iglesia tiene necesidad de alguien que celebre también hoy, con corazón puro, el sacrificio eucarístico. ¡El mundo no puede verse privado de la dulce y liberadora presencia de Jesús vivo en la Eucaristía!

Sed vosotros mismos *testigos fervorosos de la presencia de Cristo en nuestros altares*. Que la Eucaristía modele vuestra vida, la vida de las familias que formaréis; que oriente todas vuestras opciones de vida. Que la Eucaristía, presencia viva y real del amor trinitario de Dios, os inspire ideales de solidaridad y os haga vivir en comunión con vuestros hermanos dispersos por todos los rincones del planeta.

Que la participación en la Eucaristía fructifique, en especial, en *un nuevo florecer de vocaciones a la vida religiosa*, que asegure la presencia de fuerzas nuevas y generosas en la Iglesia para la gran tarea de la nueva evangelización.

Si alguno de vosotros, queridos jóvenes, siente en sí la llamada del Señor a darse totalmente a Él para amarlo «con corazón indiviso» (cf. *I Co 7,34*), que no se deje paralizar por la duda o el miedo. Que pronuncie con valentía su propio «sí» sin reservas, fiándose de Él que es fiel en todas sus promesas. ¿No ha prometido, al que lo ha dejado todo por Él, aquí el ciento por uno y después la vida eterna? (cf. *Mc 10,29-30*).

7. Al final de esta Jornada Mundial, mirándoos a vosotros, a vuestros rostros jóvenes, a vuestro entusiasmo sincero, quiero expresar, desde lo hondo de mi corazón, *mi agradecimiento a Dios por el don de la juventud*, que a través de vosotros permanece en la Iglesia y en el mundo.

¡Gracias a Dios por el camino de las Jornadas Mundiales de la Juventud! ¡Gracias a Dios por tantos jóvenes que han participado en ellas durante estos dieciséis años! Son jóvenes que ahora, ya adultos, siguen viviendo en la fe allí donde residen y trabajan. Estoy seguro de que *también vosotros*, queridos amigos, *estaréis a la altura de los que os han precedido*. Llevaréis el anuncio de Cristo en el nuevo milenio. Al volver a casa, no os disperséis. Confirmad y profundidad en vuestra adhesión a la comunidad cristiana a la que pertenecéis. Desde Roma, la ciudad de Pedro y Pablo, el Papa os acompaña con su afecto y, parafraseando una expresión de Santa Catalina de Siena, os dice: «*Si sois lo que tenéis que ser, ¡prenderéis fuego al mundo entero!*» (cf. *Cart. 368*).

Miro con confianza a esta nueva humanidad que se prepara también por medio de vosotros; miro a esta Iglesia constantemente rejuvenecida por el Espíritu de Cristo y que hoy se alegra por vuestros propósitos y de vuestro compromiso. Miro hacia el futuro y hago mías las palabras de una antigua oración, que canta a la vez al don de Jesús, de la Eucaristía y de la Iglesia:

«Te damos gracias, Padre nuestro,
por la vida y el conocimiento
que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu siervo.
A ti la gloria por los siglos.

Así como este trozo de pan estaba disperso por los montes
y reunido se ha hecho uno,

así también reúne a tu Iglesia desde los confines de la tierra en tu reino [...]

Tú, Señor omnipotente,
has creado el universo a causa de tu Nombre,
has dado a los hombres alimento y bebida para su disfrute,
a fin de que te den gracias
y, además, a nosotros nos has concedido la gracia
de un alimento y bebida espirituales y de vida eterna por medio de tu siervo [...]

A ti la gloria por los siglos» (*Didaché* 9,3-4; 10,3-4).

Amén.

ÁNGELUS

Al final de esta celebración eucarística, nuestro pensamiento se dirige a la «Mujer», de la que nos habla San Pablo en la segunda lectura de la Misa (*Gal* 4,4), es decir, la Virgen María, en cuya fiesta de la Asunción se ha iniciado esta decimoquinta Jornada Mundial de la Juventud. Con su presencia solícita y materna, María ha presidido estas jornadas romanas de intensa experiencia de fe. A ella queremos manifestar todo nuestro agradecimiento por aquel «sí» que dio al inicio de la «aventura» de la Redención.

Mientras pido a la Santísima Virgen que vele sobre los jóvenes y las jóvenes del mundo, doy las gracias cordialmente a todos vosotros que habéis tomado parte en la decimoquinta Jornada Mundial de la Juventud.

Saludo y doy las gracias ante todo a quienes han organizado este evento: el Pontificio Consejo para los Laicos, presidido por el Cardenal James Francis Stafford; el Vicariato de Roma y la Conferencia Episcopal Italiana, presidida por el Cardenal Camillo Ruini; el Presidente y los miembros del Comité Italiano para la decimoquinta Jornada Mundial de la Juventud, así como también las comunidades parroquiales de Roma y de las diócesis limítrofes, sus asociaciones, movimientos y grupos que, desde hace tres años, han rezado y trabajado con entusiasmo para preparar este evento. Pido a todos que no se deje desperdiciar el rico patrimonio de bien que el trabajo común ha producido.

Mi agradecimiento se dirige también a las Autoridades públicas, que con gran esfuerzo se han ocupado de que la compleja organización de la Jornada Mundial de la Juventud se desarrollase lo mejor posible.

Saludo, finalmente, a tantos Cardenales y Obispos presentes, a los

sacerdotes, a las religiosas y religiosos, a los educadores y a vosotros, jóvenes del mundo, «mi gozo y mi corona» (*Flp* 4,1).

Antes de concluir esta grande y bella asamblea, deseo anunciar que el *próximo Encuentro Mundial de los Jóvenes tendrá lugar en Toronto, Canadá, en el verano de 2002*. Al invitar ya desde ahora a los jóvenes del mundo a encaminarse hacia aquella meta, dirijo un saludo especial a la Delegación canadiense, que ha estado presente en esta celebración para recoger el «testigo» de su futuro compromiso. Sobre ellos y el encargo que hoy asumen invoco la protección de la Santísima Virgen.

Quiero saludar ahora a los presentes en las diversas lenguas.

(*inglés*) Queridos jóvenes, debemos despedirnos hasta la próxima vez. Vuestra peregrinación tras las huellas de Jesús debe proseguir dondequiera que vayáis. Llevad con vosotros las palabras de vida de Jesús y difundidlas por doquier. ¡Dios esté con vosotros!

(*francés*) Queridos jóvenes, ¡feliz regreso a vuestros países! Sed entre vuestros hermanos y hermanas testigos cada vez más audaces del amor que os impulsa en vuestra vida. ¡Que Dios os bendiga!

(*español*) Saludo ahora a los jóvenes de América Latina y España presentes en la Jornada mundial de la juventud. Al regresar a los lugares de origen, contad a vuestros coetáneos la experiencia vivida y dadles un abrazo del Papa.

(*alemán*) Queridos jóvenes, sed en vuestro ambiente la carta viva de Cristo, la tarjeta de visita de Jesús. El Señor os necesita, heraldos de esperanza. Volved a vuestra patria. Sois enviados. Con una bendición especial.

(*portugués*) A los jóvenes de lengua portuguesa y a los guías que los acompañan y ayudan, les digo: ¡gracias por vuestra peregrinación, con mi bendición para el camino de vida que os espera! Sed la tienda del divino Emmanuel en medio de vuestra gente y permitid que entren los que tienen hambre de Dios.

(*polaco*) Os saludo a vosotros, jóvenes peregrinos procedentes de Polonia y otros países del mundo. Pido a Dios que este encuentro jubilar dé frutos en vuestra vida diaria. Permaneced en unión con Cristo y con vuestros hermanos. Llevad a vuestros coetáneos la paz y la alegría de estos días.

(*ruso*) Queridos jóvenes, ¡feliz regreso a vuestros países! Sed en medio de vuestros coetáneos testigos valientes del Evangelio. ¡Que Dios os bendiga!



JMJ 2000.

(suahili) Queridos jóvenes africanos, llevad la alegría de Cristo a vuestros países. El Papa os acompaña con su oración.

(tagalo) Queridos amigos de Filipinas y de Asia, conservad en el corazón la alegría de estos días y dad testimonio de Cristo, salvación del mundo.

(italiano) Saludo a todos con afecto y gratitud. Invocamos ahora todos juntos la protección de la Virgen sobre el camino de cada uno de nosotros.

Una vez más quisiera dar gracias al Señor, nuestro Dios, por esta excepcional y espléndida asamblea que ha superado todas nuestras expectativas. Roma no sólo ha sido conquistada por vosotros; ahora ha llegado a ser vuestra, porque aquí está Pedro. Vosotros sois el corazón joven de la Iglesia. ¡Id por todo el mundo y llevad la paz! El Señor ha resucitado y camina con vosotros. Sed sus testigos entre vuestros coetáneos en el amanecer del nuevo milenio.

XVI MJJ

ROMA, 8 DE ABRIL DE 2001

TEMA: «*SI ALGUNO QUIERE VENIR EN POS DE MÍ, NIÉGUESE A SÍ MISMO, TOME SU CRUZ Y SÍGAME*» (Lc 9, 23)

El año 2001, de nuevo en la Plaza de San Pedro para la celebración de la XVI Jornada Mundial de la Juventud de la diócesis de Roma, la Cruz fue entregada por una delegación de jóvenes italianos a una delegación de jóvenes del Canadá, donde se celebraría el próximo Encuentro Mundial.

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el 14 de febrero de 2001, para la XVI MJJ.

Amadísimos jóvenes:

1. Mientras me dirijo a vosotros con alegría y afecto con ocasión de nuestra tradicional cita anual, conservo en los ojos y en el corazón la imagen sugestiva de la gran «Puerta» en la explanada de Tor Vergata, en Roma. La tarde del 19 de agosto del año pasado, al comienzo de la vigilia de la XV Jornada mundial de la juventud, con cinco jóvenes de los cinco continentes, tomándonos de la mano, crucé ese umbral bajo la mirada de Cristo crucificado y resucitado, como para entrar simbólicamente con todos vosotros en el tercer milenio.

Quiero expresar aquí, desde lo más íntimo de mi corazón, mi agradecimiento sincero a Dios por el don de la juventud, que por medio de vosotros permanece en la Iglesia y en el mundo (cf. *Homilía en Tor Vergata*, 20 de agosto de 2000).

Deseo, además, darle vivamente las gracias porque me ha concedido acompañar a los jóvenes del mundo durante los dos últimos decenios del siglo recién concluido, indicándoles el camino que lleva a Cristo, «el mismo ayer, hoy y siempre» (*Hb* 13, 8). Pero, a la vez, le doy gracias porque los jóvenes han acompañado y casi sostenido al Papa a lo largo de su peregrinación apostólica por los países de la tierra.

¿Qué fue la XV Jornada mundial de la juventud sino un intenso mo-

mento de contemplación del misterio del Verbo hecho carne por nuestra salvación? ¿No fue una extraordinaria ocasión para celebrar y proclamar la fe de la Iglesia y para proyectar un renovado compromiso cristiano, dirigiendo juntos la mirada al mundo, que espera el anuncio de la Palabra que salva? Los auténticos frutos del jubileo de los jóvenes no se pueden calcular en estadísticas, sino únicamente en obras de amor y justicia, en la fidelidad diaria, valiosa aunque a menudo poco visible. Queridos jóvenes, a vosotros, y especialmente a quienes participaron directamente en aquel inolvidable encuentro, confié la tarea de dar al mundo este coherente testimonio evangélico.

2. Enriquecidos con la experiencia vivida, habéis vuelto a vuestros hogares y a vuestras ocupaciones habituales, y ahora os disponéis a celebrar en el ámbito diocesano, junto con vuestros pastores, la XVI Jornada mundial de la juventud.

En esta ocasión, quisiera invitaros a reflexionar en las condiciones que Jesús pone a quien decide ser su discípulo: «Si alguno quiere venir en pos de mí -dice-, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Lc 9, 23). Jesús no es el Mesías del triunfo y del poder. En efecto, no liberó a Israel del dominio romano y no le aseguró la gloria política. Como auténtico Siervo del Señor, cumplió su misión de Mesías mediante la solidaridad, el servicio y la humillación de la muerte. Es un Mesías que se sale de cualquier esquema y de cualquier clamor; no se le puede «comprender» con la lógica del éxito y del poder, usada a menudo por el mundo como criterio de verificación de sus proyectos y acciones.

Jesús, que vino para cumplir la voluntad del Padre, permanece fiel a ella hasta sus últimas consecuencias, y así realiza la misión de salvación para cuantos creen en él y lo aman, no con palabras, sino de forma concreta. Si el amor es la condición para seguirlo, el sacrificio verifica la autenticidad de ese amor (cf. carta apostólica *Salvifici doloris*, 17-18).

3. «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Lc 9, 23). Estas palabras expresan el radicalismo de una opción que no admite vacilaciones ni dar marcha atrás. Es una exigencia dura, que impresionó incluso a los discípulos y que a lo largo de los siglos ha impedido que muchos hombres y mujeres siguieran a Cristo. Pero precisamente este radicalismo también ha producido frutos admirables de santidad y de martirio, que confortan en el tiempo el camino de la Iglesia. Aún hoy esas palabras son consideradas un escán-

dalo y una locura (cf. *I Co* 1, 22-25). Y, sin embargo, hay que confrontarse con ellas, porque el camino trazado por Dios para su Hijo es el mismo que debe recorrer el discípulo, decidido a seguirlo. No existen dos caminos, sino uno solo: el que recorrió el Maestro. El discípulo no puede inventarse otro.

Jesús camina delante de los suyos y a cada uno pide que haga lo que él mismo ha hecho. Les dice: yo no he venido para ser servido, sino para servir; así, quien quiera ser como yo, sea servidor de todos. Yo he venido a vosotros como uno que no posee nada; así, puedo pedirlos que dejéis todo tipo de riqueza que os impide entrar en el reino de los cielos. Yo acepto la contradicción, ser rechazado por la mayoría de mi pueblo; puedo pedirlos también a vosotros que aceptéis la contradicción y la contestación, vengan de donde vengan.

En otras palabras, Jesús pide que elijan valientemente su mismo camino; elegirlo, ante todo, «en el corazón», porque tener una situación externa u otra no depende de nosotros. De nosotros depende la voluntad de ser, en la medida de lo posible, obedientes como él al Padre y estar dispuestos a aceptar hasta el fondo el proyecto que él tiene para cada uno.

4. «*Niégrese a sí mismo*». Negarse a sí mismo significa renunciar al propio proyecto, a menudo limitado y mezquino, para acoger el de Dios: este es el camino de la conversión, indispensable para la existencia cristiana, que llevó al apóstol san Pablo a afirmar: «Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (*Ga* 2, 20).

Jesús no pide renunciar a vivir; lo que pide es acoger una novedad y una plenitud de vida que sólo él puede dar. El hombre tiene enraizada en lo más profundo de su corazón la tendencia a «pensar en sí mismo», a ponerse a sí mismo en el centro de los intereses y a considerarse la medida de todo. En cambio, quien sigue a Cristo rechaza este repliegue sobre sí mismo y no valora las cosas según su interés personal. Considera la vida vivida como un don, como algo gratuito, no como una conquista o una posesión: En efecto, la vida verdadera se manifiesta en el don de sí, fruto de la gracia de Cristo: una existencia libre, en comunión con Dios y con los hermanos (cf. *Gaudium et spes*, 24).

Si vivir siguiendo al Señor se convierte en el valor supremo, entonces todos los demás valores reciben de este su correcta valoración e importancia. Quien busca únicamente los bienes terrenos, será un perdedor, a pesar de las apariencias de éxito: la muerte lo sorprenderá con un cúmu-

lo de cosas, pero con una vida fallida (cf. *Lc* 12, 13-21). Por tanto, hay que escoger entre ser y tener, entre una vida plena y una existencia vacía, entre la verdad y la mentira.

5. «*Tome su cruz y sígame*». De la misma manera que la cruz puede reducirse a mero objeto ornamental, así también «tomar la cruz» puede llegar a ser un modo de decir. Pero en la enseñanza de Jesús esta expresión no pone en primer plano la mortificación y la renuncia. No se refiere ante todo al deber de soportar con paciencia las pequeñas o grandes tribulaciones diarias; ni mucho menos quiere ser una exaltación del dolor como medio de agradar a Dios. El cristiano no busca el sufrimiento por sí mismo, sino el amor. Y la cruz acogida se transforma en el signo del amor y del don total. Llevarla en pos de Cristo quiere decir unirse a él en el ofrecimiento de la prueba máxima del amor.

No se puede hablar de la cruz sin considerar el amor que Dios nos tiene, el hecho de que Dios quiere colmarnos de sus bienes. Con la invitación «*sígueme*», Jesús no sólo repite a sus discípulos: tómate como modelo, sino también: comparte mi vida y mis opciones, entrega como yo tu vida por amor a Dios y a los hermanos. Así, Cristo abre ante nosotros el «*camino de la vida*», que, por desgracia, está constantemente amenazado por el «*camino de la muerte*». El pecado es este camino que separa al hombre de Dios y del prójimo, causando división y minando desde dentro la sociedad. El «*camino de la vida*», que imita y renueva las actitudes de Jesús, es el camino de la fe y de la conversión; o sea, precisamente el camino de la cruz. Es el camino que lleva a confiar en él y en su designio salvífico, a creer que él murió para manifestar el amor de Dios a todo hombre; es el camino de salvación en medio de una sociedad a menudo fragmentaria, confusa y contradictoria; es el camino de la felicidad de seguir a Cristo hasta las últimas consecuencias, en las circunstancias a menudo dramáticas de la vida diaria; es el camino que no teme fracasos, dificultades, marginación y soledad, porque llena el corazón del hombre de la presencia de Jesús; es el camino de la paz, del dominio de sí, de la alegría profunda del corazón.

6. Queridos jóvenes, nos os parezca extraño que, al comienzo del tercer milenio, el Papa os indique una vez más la cruz como camino de vida y de auténtica felicidad. La Iglesia desde siempre cree y confiesa que sólo en la cruz de Cristo hay salvación.

Una difundida cultura de lo efímero, que asigna valor a lo que agrada y parece hermoso, quisiera hacer creer que para ser felices es necesario apartar la cruz. Presenta como ideal un éxito fácil, una carrera rápida, una sexualidad sin sentido de responsabilidad y, finalmente, una existencia centrada en la afirmación de sí mismos, a menudo sin respeto por los demás.

Sin embargo, queridos jóvenes, abrid bien los ojos: este no es el camino que lleva a la vida, sino el sendero que desemboca en la muerte. Jesús dice: «Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la salvará». Jesús no nos engaña: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina?» (*Lc* 9, 24-25). Con la verdad de sus palabras, que parecen duras, pero llenan el corazón de paz, Jesús nos revela el secreto de la vida auténtica (cf. *Discurso a los jóvenes de Roma*, 2 de abril de 1998).

Así pues, no tengáis miedo de avanzar por el camino que el Señor recorrió primero. Con vuestra juventud, imprimid en el tercer milenio que se abre el signo de la esperanza y del entusiasmo típico de vuestra edad. Si dejáis que actúe en vosotros la gracia de Dios, si cumplís vuestro importante compromiso diario, haréis que este nuevo siglo sea un tiempo mejor para todos.

Con vosotros camina María, la Madre del Señor, la primera de los discípulos, que permaneció fiel al pie de la cruz, desde la cual Cristo nos confió a ella como hijos suyos. Y os acompañe también la bendición apostólica, que os imparto de todo corazón.

El Domingo de Ramos, 8 de abril de 2001, el Papa San Juan Pablo II inicia la XVI Jornada Mundial de la Juventud.

HOMILÍA pronunciada en la Misa.

1. «¡Hosanna!», «¡crucifícale!». Con estas dos palabras, gritadas probablemente por la misma multitud a pocos días de distancia, se podría resumir el significado de los dos acontecimientos que recordamos en esta liturgia dominical.

Con la aclamación: «Bendito el que viene», en un arrebato de entusiasmo, la gente de Jerusalén, agitando ramos de palma, acoge a Jesús que entra en la ciudad montado en un borrico. Con la palabra: «¡Crucifícale!», gritada dos veces con creciente vehemencia, la multitud reclama del gobernador romano la condena del acusado que, en silencio, está de pie en el pretorio.

Por tanto, nuestra celebración comienza con un «¡Hosanna!» y con-

cluye con un «¡Crucifícale!». *La palma del triunfo y la cruz de la Pasión*: no es un contrasentido; es, más bien, el centro del misterio que queremos proclamar. Jesús se entregó voluntariamente a la Pasión, no fue oprimido por fuerzas mayores que él. Afrontó libremente la muerte en la cruz, y en la muerte triunfó.

Escrutando la voluntad del Padre, comprendió que había llegado la «hora», y la aceptó con la obediencia libre del Hijo y con infinito amor a los hombres: «Sabiendo que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (*Jn 13, 1*).

2. Hoy contemplamos a Jesús que se acerca al término de su vida y se presenta como el Mesías esperado por el pueblo, que fue enviado por Dios y vino en su nombre a traer la paz y la salvación, aunque de un modo diverso de como lo esperaban sus contemporáneos.

La obra de salvación y de liberación realizada por Jesús perdura a lo largo de los siglos. Por este motivo la Iglesia, que cree con firmeza que él está presente aunque de modo invisible, no se cansa de aclamarlo con la alabanza y la adoración. Por consiguiente, nuestra asamblea proclama una vez más: «¡Hosanna! Bendito el que viene en nombre del Señor».

3. La lectura de la página evangélica ha puesto ante nuestros ojos *las escenas terribles de la pasión de Jesús*: su sufrimiento físico y moral, el beso de Judas, el abandono de los discípulos, el proceso en presencia de Pilato, los insultos y escarnios, la condena, la vía dolorosa y la crucifixión. Por último, el sufrimiento más misterioso: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?». Un fuerte grito, y luego la muerte.

¿Por qué todo esto? El inicio de la plegaria eucarística nos dará la respuesta: «El cual (Cristo), siendo inocente, se entregó a la muerte por los pecadores, y aceptó la injusticia de ser contado entre los criminales. De esta forma, al morir, destruyó nuestra culpa, y al resucitar, fuimos justificados» (*Prefacio*). Así pues, en esta celebración expresamos nuestra gratitud y nuestro amor a Aquel que se sacrificó por nosotros, al Siervo de Dios que, como había dicho el profeta, no se rebeló ni se echó atrás, ofreció la espalda a los que lo golpeaban, y no ocultó su rostro a insultos y salvazos (cf. *Is 50, 4-7*).

4. Pero la Iglesia, al leer el relato de la Pasión, no se limita a considerar únicamente los sufrimientos de Jesús; se acerca con emoción y con-

fianza a este misterio, sabiendo que su Señor ha resucitado. *La luz de la Pascua hace descubrir la gran enseñanza que encierra la Pasión*: la vida se afirma con la entrega sincera de sí hasta afrontar la muerte por los demás, por Dios.

Jesús no entendió su existencia terrena como búsqueda del poder, como afán de éxito y de hacer carrera, o como voluntad de dominio sobre los demás. Al contrario, renunció a los privilegios de su igualdad con Dios, asumió la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres, y obedeció al proyecto del Padre hasta la muerte en la cruz. Y así dejó a sus discípulos y a la Iglesia una enseñanza muy valiosa: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (*Jn 12, 24*).

5. El domingo de Ramos se celebra también, desde hace años, la *Jornada mundial de la juventud*, vuestra jornada, amadísimos jóvenes, que habéis venido de las diversas parroquias de la diócesis de Roma y de otras partes del mundo. Juntamente con vosotros, saludo con afecto y esperanza también a vuestros coetáneos que, en las diferentes Iglesias particulares, celebran hoy la XVI Jornada mundial de la juventud, la primera del nuevo milenio.

Saludo en particular a los jóvenes de la *delegación canadiense*, encabezada por el arzobispo de Toronto, cardenal Ambrozic, que se encuentran entre nosotros para acoger la cruz en torno a la cual se reunirán los jóvenes de los cinco continentes durante la próxima Jornada mundial de 2002. A todos y a cada uno reafirmo una vez más con fuerza que la cruz de Cristo es el camino de vida y salvación, el camino para llegar a la palma del triunfo en el día de la resurrección.

¿Qué vemos en la cruz que se eleva ante nosotros y que, desde hace dos mil años, el mundo no deja de interrogar y la Iglesia de contemplar? Vemos a Jesús, el Hijo Dios que se hizo hombre para que el hombre vuelva a Dios. Él, sin pecado, está ahora ante nosotros crucificado. Es libre, aunque esté clavado al madero. Es inocente, a pesar de la inscripción que anuncia el motivo de su condena. No le han quebrantado ningún hueso (cf. *Sal 34, 21*), porque es la columna fundamental de un mundo nuevo. No han rasgado su túnica (cf. *Jn 19, 24*), porque vino para reunir a todos los hijos de Dios que estaban dispersos por el pecado (cf. *Jn 11, 52*). Su cuerpo no será enterrado, sino puesto en un sepulcro excavado en la roca (cf. *Lc 23, 53*), porque no puede sufrir corrupción el cuerpo del Señor de la vida, que ha vencido a la muerte.

6. Amadísimos jóvenes, Jesús murió y resucitó, y *ahora vive para siempre*. Dio su vida. Pero nadie se la quitó; la entregó «por nosotros» (*Jn 10, 18*). Por medio de su cruz hemos recibido la vida. Gracias a su muerte y a su resurrección el Evangelio triunfó y nació la Iglesia.

Queridos jóvenes, mientras entramos confiados en el nuevo siglo y en el nuevo milenio, el Papa os repite las palabras del apóstol san Pablo: «Si morimos con él, viviremos con él; si sufrimos con él, reinaremos con él» (*2 Tm 2, 11*). Porque sólo Jesús es el camino, la verdad y la vida (cf. *Jn 14, 6*).

Entonces, ¿quién nos separará del amor de Cristo? El Apóstol dio la respuesta también por nosotros: «Estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (*Rm 8, 38-39*).

¡Gloria y alabanza a ti, oh Cristo, Verbo de Dios, salvador del mundo!

ÁNGELUS

Siguiendo una tradición consolidada, dentro de poco los jóvenes italianos entregarán la cruz de los jóvenes a sus coetáneos canadienses, que acogerán en su país la XVII Jornada mundial de la juventud, en el verano del año próximo. Tendrá por tema: «Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo» (*Mt 5, 13-14*). Una vez más la cruz reanuda la peregrinación por los caminos del mundo, junto con las jóvenes generaciones, que entran en el nuevo milenio llevando y siguiendo el signo de Cristo muerto y resucitado, vencedor del mal y de la muerte.

Saludo a los jóvenes canadienses presentes, encabezados por el arzobispo de Toronto, cardenal Ambrozic, y les confío la cruz. Os animo a prepararos bien para la próxima importante cita de la Jornada mundial de la juventud, que tiene por tema: «Vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz del mundo» (*Mt 5, 13-14*). Queridos jóvenes, disponeos a dar la bienvenida a los jóvenes del mundo entero en vuestro hermoso país, renovando vuestra fidelidad a Cristo, el Señor. *Fidelidad a Cristo*: esta es mi invitación a todos los peregrinos de lengua inglesa. ¡Hasta nuestro encuentro en Toronto!

Saludo afectuosamente a los peregrinos de lengua francesa que han participado en la liturgia del domingo de Ramos, y de manera muy especial a los jóvenes de Canadá. Queridos jóvenes, que la preparación de la

XVII Jornada mundial de la juventud sea una ocasión propicia para profundizar vuestra fe y vuestra vida con Cristo, así como para dar un testimonio renovado de vuestra caridad y de la alegre apertura de vuestro corazón a las dimensiones del mundo. Os acompaña mi oración y mi afectuosa bendición apostólica.

Dirijo un cordial saludo a los peregrinos de lengua alemana, en particular a los jóvenes cristianos. Queridos jóvenes amigos, esta mañana habéis cantado al Señor el «Hosanna». Que Jesucristo sea vuestro compañero de viaje y os guíe hacia la Jornada mundial de la juventud, que tendrá lugar en el verano del año próximo en Toronto. Si os orientáis hacia el Crucificado y Resucitado, ponéis vuestra vida bajo una buena estrella.

«Vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz del mundo». Con estas palabras, lema de la próxima Jornada mundial de la juventud en Toronto, me dirijo a todos los jóvenes de lengua española. Llevad este anuncio gozoso, y al mismo tiempo exigente, a todos vuestros compañeros. Contáis con mi oración y cercanía en esta gran aventura de la evangelización.

Queridos jóvenes de lengua portuguesa, testigos de la entrega de la cruz de las Jornadas de la juventud a vuestros coetáneos de Canadá, os saludo con cordialidad a vosotros, a vuestras familias y grupos eclesiales, deseando a todos una gran solidaridad de corazón y de vida junto a la cruz de tantos crucificados. La cruz que hoy entregamos a los jóvenes de Toronto ha de ser también para vosotros la luz en el camino de vuestra vida. En esta ocasión, recuerdo la Jornada mundial de la juventud que celebramos en Jasna Góra, en Czestochowa, y que fue histórica. Os pido que tengáis siempre vivo ese gran acontecimiento que vivimos hace algunos años y al mismo tiempo que miréis siempre hacia el futuro, pues las Jornadas mundiales de la juventud se trasladan de un lugar a otro, de un país a otro, de un continente a otro, del segundo milenio al tercero. ¡Que Dios os bendiga!

XVII JMJ TORONTO, 23 A 28 DE JULIO DE 2002

TEMA: «VOSOTROS SOIS LA SAL DE LA TIERRA..., VOSOTROS SOIS LA LUZ DEL MUNDO» (Mt 5, 13-14)

En el viaje a Canadá, la Cruz estuvo tres días del mes de febrero, en la Zona Cero, en Nueva York, como signo de esperanza para el pueblo de los Estados Unidos, poco después de la tragedia del 11 de septiembre de 2001 y después regresó a Canadá, donde inició una larga peregrinación por el inmenso territorio canadiense: viajando en aviones privados o de línea, llevada en trineos, transportada en grúas, tractores, barcos de vela y de pesca, fue a visitar parroquias, cárceles de jóvenes, escuelas, universidades, monumentos nacionales, centros comerciales, calles del centro, parques y barrios nocturnos.

El 28 de abril un grupo de jóvenes de Ontario y de Quebec partieron con la Cruz desde la Catedral María Regina Mundi de Montreal, para llevarla a pie hasta Toronto, en una peregrinación que duraría 43 días: donde quiera que se detuviese durante este viaje, la Cruz atraía a muchísima gente, que venía a tocarla y a abrazarla, rezando fervorosamente. En Toronto, la Cruz se quedó con los jóvenes para celebrar la XVII Jornada Mundial de la Juventud, que era el centro de todas las celebraciones principales.

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el 25 de julio de 2001, para la XVII JMJ.

¡Queridos jóvenes!

1. Aún permanece muy vivo en mi memoria el recuerdo de los momentos extraordinarios que hemos vivido juntos en Roma durante el Jubileo del año 2000, cuando habéis venido en peregrinación a las tumbas de los Apóstoles san Pedro y san Pablo. Habéis pasado por la Puerta Santa en largas filas silenciosas y os habéis preparado a recibir el sacramento de la Reconciliación; después, en la vigilia nocturna y en la Misa de la mañana en Tor Vergata, habéis vivido una intensa experiencia espiritual y eclesial; robustecidos en la fe, habéis vuelto a casa con la misión

que os he confiado: que seáis, en esta aurora del nuevo milenio, testigos valientes del Evangelio.

La celebración de la Jornada Mundial de la Juventud se ha convertido ya en un momento importante de vuestra vida, como lo ha sido para la vida de la Iglesia. Os invito, pues, a que comencéis a prepararos para XVIIª edición de este gran acontecimiento, que se celebrará internacionalmente en Toronto, Canadá, el verano del próximo año. Será una nueva ocasión para encontrar a Cristo, dar testimonio de su presencia en la sociedad contemporánea y llegar a ser constructores de la «civilización del amor y la verdad».

2. «*Vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz del mundo*», (Mt 5,13-14): éste es el lema que he elegido para la próxima Jornada Mundial de la Juventud. Las dos imágenes, de la sal y la luz, utilizadas por Jesús, son complementarias y ricas de sentido. En efecto, en la antigüedad se consideraba a la sal y a la luz como elementos esenciales de la vida humana.

«*Vosotros sois la sal de la tierra...*». Como es bien sabido, una de las funciones principales de la sal es sazonar, dar gusto y sabor a los alimentos. Esta imagen nos recuerda que, por el bautismo, todo nuestro ser ha sido profundamente transformado, porque ha sido «sazonado» con la vida nueva que viene de Cristo (cf. Rm 6, 4). La sal por la que no se desvirtúa la identidad cristiana, incluso en un ambiente hondamente secularizado, es la gracia bautismal que nos ha regenerado, haciéndonos vivir en Cristo y concediendo la capacidad de responder a su llamada para «que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios» (Rm 12, 1). Escribiendo a los cristianos de Roma, san Pablo los exhorta a manifestar claramente su modo de vivir y de pensar, diferente del de sus contemporáneos: «no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto» (Rm 12, 2).

Durante mucho tiempo, la sal ha sido también el medio usado habitualmente para conservar los alimentos. Como la sal de la tierra, estáis llamados a conservar la fe que habéis recibido y a transmitirla intacta a los demás. Vuestra generación tiene ante sí el gran desafío de mantener integro el depósito de la fe (cf. 2 Ts 2, 15; 1 Tm 6, 20; 2 Tm 1, 14).

¡Descubrid vuestras raíces cristianas, aprended la historia de la Iglesia, profundizad el conocimiento de la herencia espiritual que os ha sido

transmitido, seguid a los testigos y a los maestros que os han precedido! Sólo permaneciendo fieles a los mandamientos de Dios, a la alianza que Cristo ha sellado con su sangre derramada en la Cruz, podréis ser los apóstoles y los testigos del nuevo milenio.

Es propio de la condición humana, y especialmente de la juventud, buscar lo absoluto, el sentido y la plenitud de la existencia. Queridos jóvenes, ¡no os contentéis con nada que esté por debajo de los ideales más altos! No os dejéis desanimar por los que, decepcionados de la vida, se han hecho sordos a los deseos más profundos y más auténticos de su corazón. Tenéis razón en no resignaros a las diversiones insulsas, a las modas pasajeras y a los proyectos insignificantes. Si mantenéis grandes deseos para el Señor, sabréis evitar la mediocridad y el conformismo, tan difusos en nuestra sociedad.

3. *«Vosotros sois la luz del mundo...»*. Para todos aquellos que al principio escucharon a Jesús, al igual que para nosotros, el símbolo de la luz evoca el deseo de verdad y la sed de llegar a la plenitud del conocimiento que están impresos en lo más íntimo de cada ser humano.

Cuando la luz va menguando o desaparece completamente, ya no se consigue distinguir la realidad que nos rodea. En el corazón de la noche podemos sentir temor e inseguridad, esperando sólo con impaciencia la llegada de la luz de la aurora. Queridos jóvenes, ¡a vosotros os corresponde ser los centinelas de la mañana (cf. *Is* 21, 11-12) que anuncian la llegada del sol que es Cristo resucitado!

La luz de la cual Jesús nos habla en el Evangelio es la de la fe, don gratuito de Dios, que viene a iluminar el corazón y a dar claridad a la inteligencia: «Pues el mismo Dios que dijo: ‘De las tinieblas brille la luz’, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo» (2 *Co* 4, 6). Por eso adquieren un relieve especial las palabras de Jesús cuando explica su identidad y su misión: «Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida» (*Jn* 8, 12).

El encuentro personal con Cristo ilumina la vida con una nueva luz, nos conduce por el buen camino y nos compromete a ser sus testigos. Con el nuevo modo que Él nos proporciona de ver el mundo y las personas, nos hace penetrar más profundamente en el misterio de la fe, que no es sólo acoger y ratificar con la inteligencia un conjunto de enunciados teóricos, sino asimilar una experiencia, vivir una verdad; es la sal y la luz de toda la realidad (cf. *Veritatis splendor*, 88).

En el contexto actual de secularización, en el que muchos de nuestros contemporáneos piensan y viven como si Dios no existiera, o son atraídos por formas de religiosidad irracionales, es necesario que precisamente vosotros, queridos jóvenes, reafirméis que la fe es una decisión personal que compromete toda la existencia. ¡Que el Evangelio sea el gran criterio que guíe las decisiones y el rumbo de vuestra vida! De este modo os haréis misioneros con los gestos y las palabras y, dondequiera que trabajéis y viváis, seréis signos del amor de Dios, testigos creíbles de la presencia amorosa de Cristo. No lo olvidéis: «¡No se enciende una lámpara para ponerla debajo del celemín!» (cf. *Mt* 5,15).

Así como la sal da sabor a la comida y la luz ilumina las tinieblas, así también la santidad da pleno sentido a la vida, haciéndola un reflejo de la gloria de Dios. ¡Con cuántos santos, también entre los jóvenes, cuenta la historia de la Iglesia! En su amor por Dios han hecho resplandecer las mismas virtudes heroicas ante el mundo, convirtiéndose en modelos de vida propuestos por la Iglesia para que todos les imiten. Entre otros muchos, baste recordar a Inés de Roma, Andrés de Phú Yên, Pedro Calungsod, Josefina Bakhita, Teresa de Lisieux, Pier Giorgio Frassati, Marcel Callo, Francisco Castelló Aleu o, también, Kateri Tekakwitha, la joven iraquesa llamada la «azucena de los Mohawks». Pido a Dios tres veces Santo que, por la intercesión de esta muchedumbre inmensa de testigos, os haga ser santos, queridos jóvenes, ¡los santos del tercer milenio!

4. Queridos jóvenes, ha llegado el momento de prepararse para la XVII Jornada Mundial de la Juventud. Os dirijo una especial invitación a leer y a profundizar la Carta apostólica *Novo milenio ineunte*, que he escrito a comienzos de año para acompañar a los bautizados, en esta nueva etapa de la vida de la Iglesia y de los hombres: «Un nuevo siglo y un nuevo milenio se abren a la luz de Cristo. Pero no todos ven esta luz. Nosotros tenemos el maravilloso y exigente cometido de ser su «reflejo» (n. 54).

Sí, es la hora de la misión. En vuestras diócesis y en vuestras parroquias, en vuestros movimientos, asociaciones y comunidades, Cristo os llama, la Iglesia os acoge como casa y escuela de comunión y de oración. Profundizad en el estudio de la Palabra de Dios y dejad que ella ilumine vuestra mente y vuestro corazón. Tomad fuerza de la gracia sacramental de la Reconciliación y de la Eucaristía. Tratad asiduamente con el Señor en ese «corazón con corazón» que es la adoración eucarística. Día tras día recibiréis nuevo impulso, que os permitirá confortar a los que sufren y llevar la paz al mundo. Muchas son las personas

heridas por la vida, excluida del desarrollo económico, sin un techo, una familia o un trabajo; muchas se pierden tras falsas ilusiones o han abandonado toda esperanza. Contemplando la luz que resplandece sobre el rostro de Cristo resucitado, aprended a vivir como «hijos de la luz e hijos del día» (1 Ts 5, 5), manifestando a todos que «el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad» (Ef 5, 9).

5. Queridos jóvenes amigos, para todos los que puedan, ¡la cita es en Toronto! En el corazón de una ciudad multicultural y pluriconfesional, anunciaremos la unicidad de Cristo Salvador y la universalidad del misterio de salvación del que la Iglesia es sacramento. Rogaremos por la total comunión entre los cristianos en la verdad y en la caridad, respondiendo a la invitación apremiante de Dios que desea ardientemente «que sean uno como nosotros» (Jn 17, 11).

Venid para hacer resonar en las grandes arterias de Toronto el anuncio gozoso de Cristo, que ama a todos los hombres y lleva a cumplimiento todo germen de bien, de belleza y de verdad existente en la ciudad humana. Venid para contar al mundo vuestra alegría de haber encontrado a Cristo Jesús, vuestro deseo de conocerlo cada vez mejor, vuestro compromiso de anunciar el Evangelio de salvación hasta los extremos confines de la tierra.

Vuestros coetáneos canadienses se preparan ya para acogeros calurosamente y con gran hospitalidad, junto con sus Obispos y las Autoridades civiles. Se lo agradezco ya desde ahora cordialmente. ¡Quiera Dios que esta primera Jornada Mundial de los Jóvenes al comienzo del tercer milenio transmita a todos un mensaje de fe, de esperanza y de amor!

Os acompaña mi bendición, mientras confío a María, Madre de la Iglesia, a cada uno de vosotros, vuestra vocación y vuestra misión.

DISCURSO en la Ceremonia de Bienvenida, en el Aeropuerto Internacional de Toronto, el martes, 23 de julio de 2002.

1. Le agradezco profundamente, señor primer ministro, sus palabras de bienvenida y me siento muy honrado por la presencia del primer ministro de Ontario, del alcalde de la gran ciudad de Toronto, y de otros distinguidos representantes del Gobierno y de la sociedad civil. A todos les expreso sinceramente mi gratitud *por haber aceptado favorablemente la idea de acoger la Jornada mundial de la juventud en Canadá*, y por todo lo que se ha llevado a cabo para que se hiciese realidad.

Amadísimos canadienses, guardo vivos los recuerdos de mi primer viaje apostólico, en 1984, y de mi breve visita, en 1987, a los pueblos indígenas de la tierra de Denendeh. Esta vez solamente podré visitar Toronto. Desde este lugar saludo a todos los ciudadanos de Canadá. Os tengo presentes en mis oraciones de acción de gracias a Dios, que ha bendecido tan abundantemente vuestro vasto y espléndido país.

2. Se están reuniendo aquí jóvenes de todas las partes del mundo para la Jornada mundial de la juventud. Con sus dones de inteligencia y corazón, *representan el futuro del mundo*. Pero también llevan los signos de una humanidad que con mucha frecuencia no conoce ni paz ni justicia.

Demasiadas vidas comienzan y terminan sin alegría, sin esperanza. Esta es una de las principales razones de la Jornada mundial de la juventud. Los jóvenes se están reuniendo para comprometerse, con la fuerza de su fe en Jesucristo, a servir a la gran causa de la paz y la solidaridad humana.

¡Gracias, Toronto! ¡Gracias, Canadá, por la acogida que les brindas con los brazos abiertos!

3. En la versión francesa de vuestro himno nacional, «Oh Canadá», cantáis: «Dado que tu brazo sabe blandir la espada, sabe llevar la cruz...». Los canadienses son herederos de *un humanismo extraordinariamente rico*, gracias a la fusión de muchos elementos culturales diversos. Pero el núcleo de vuestra herencia es la visión espiritual y trascendente de la vida, basada en la Revelación cristiana, que ha dado un impulso vital a vuestro desarrollo de sociedad libre, democrática y solidaria, reconocida en todo el mundo como paladina de los derechos humanos y de la dignidad humana.

4. En un mundo de grandes tensiones éticas y sociales, y de confusión con respecto a la finalidad misma de la vida, los canadienses tienen un tesoro incomparable para ofrecerlo como su contribución. Sin embargo, deben conservar lo que es profundo, bueno y válido en su herencia. Pido a Dios que la Jornada mundial de la juventud brinde a todos los canadienses una oportunidad para recordar *los valores que son esenciales* para una vida buena y para la felicidad humana. Señor primer ministro; ilustres autoridades; queridos amigos, ¡ojalá que el lema de la Jornada mundial de la juventud resuene para todo el país, recordando a cada cristiano la tarea de ser «sal de la tierra y luz del mundo»!

¡Dios os bendiga! ¡Dios bendiga a Canadá!

SALUDO en la Fiesta de Acogida en Exhibition Place, Toronto, el jueves, 25 de julio de 2002.

Queridos jóvenes amigos:

1. Os habéis reunido en Toronto, procedentes de los cinco continentes, para celebrar vuestra Jornada mundial. Os dirijo mi saludo gozoso y cordial. He esperado con ilusión este encuentro, mientras desde las diversas regiones llegaban a mi escritorio, en el Vaticano, los ecos consoladores de las múltiples iniciativas que han marcado vuestro camino hasta hoy. Y a menudo, aun sin conoceros, *os he presentado uno a uno al Señor en la oración*: él os conoce desde siempre y os ama personalmente.

Saludo con afecto fraterno a los señores cardenales y obispos que os acompañan, en particular a monseñor Jacques Berthelet, presidente de la Conferencia episcopal de Canadá, al cardenal Aloysius Ambrozic, arzobispo de esta ciudad, y al cardenal James Francis Stafford, presidente del Consejo pontificio para los laicos. A todos digo: que el trato personal con vuestros pastores os ayude a descubrir cada vez más y a gustar la belleza de la Iglesia vivida como comunión misionera.

2. Al escuchar *la larga lista de los países de donde procedéis*, hemos dado juntos la vuelta al mundo. En cada uno de vosotros he visto *el rostro de vuestros coetáneos*, con los que me he encontrado a lo largo de mis viajes apostólicos, y a los que de alguna manera representáis vosotros aquí. Os he imaginado en camino *a la sombra de la cruz del Jubileo* en esta gran peregrinación juvenil que, pasando de continente en continente, quiere estrechar al mundo entero en un abrazo de fe y esperanza.

Hoy esta peregrinación hace etapa aquí, *a las orillas del lago Ontario*, que a nosotros nos recuerda *otro lago, el de Tiberíades*, a cuya orilla el Señor Jesús hizo una propuesta fascinante a los primeros discípulos, algunos de los cuales eran probablemente *jóvenes como vosotros* (cf. *Jn* 1, 35-42).

3. El Papa ha venido desde Roma para *escuchar de nuevo con vosotros la palabra de Jesús*, que también hoy, como sucedió con los discípulos en aquel día lejano, puede hacer arder el corazón de un joven y motivar toda su existencia. Por eso, os invito a hacer de las diversas actividades de la Jornada mundial, apenas comenzada, un *tiempo privilegiado* en el que cada uno de vosotros, queridos jóvenes, *se ponga a la*

escucha del Señor, con corazón disponible y generoso, para convertirse en sal de la tierra y luz del mundo.

Queridos jóvenes de España y América Latina, os saludo con cariño. Recordad el camino de felicidad que Jesús os anuncia en el Evangelio. A vosotros y a los obispos que os acompañan os saludo con afecto.

Saludo también a los jóvenes de lengua portuguesa y a todos os deseo la felicidad y el bien de las bienaventuranzas.

Saludo con alegría y afecto a los jóvenes italianos acompañados de sus obispos.

Finalmente, saludo a mis compatriotas que han venido de Polonia a Toronto.

DISCURSO en la Fiesta de Acogida, en Exhibition Place, Toronto.

Queridos jóvenes:

1. Acabamos de escuchar la *carta magna* del cristianismo: *la página de las Bienaventuranzas*. Hemos vuelto a ver, con los ojos del corazón, la escena de entonces. Una multitud de personas se agolpa en torno a Jesús en la montaña: hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, sanos y enfermos, llegados de Galilea, pero también de Jerusalén, de Judea, de las ciudades de la Decápolis, de Tiro y Sidón. Todos están a la espera de una palabra, de un gesto que les dé consuelo y esperanza.

También nosotros nos hallamos reunidos aquí, esta tarde, *para ponernos a la escucha del Señor*. Os miro con gran afecto: venís de las diversas regiones de Canadá, de Estados Unidos, de América central, de América del sur, de Europa, de África, de Asia y de Oceanía. He escuchado vuestras voces jubilosas, vuestros gritos, vuestros cantos, y he percibido las profundas expectativas que laten en vuestro corazón: *¡queréis ser felices!*

Queridos jóvenes, son numerosas y atractivas las propuestas que se os presentan desde todas partes: muchos os hablan de una alegría que se puede obtener con el dinero, con el éxito, con el poder. Sobre todo os hablan de una alegría que coincide con el placer superficial y efímero de los sentidos.

2. Queridos amigos, a vuestro anhelo joven de ser felices, el anciano Papa responde con una palabra que no es suya. Es una palabra que resonó hace dos mil años. La acabamos de escuchar esta tarde: «Bienaventurados...». La palabra clave de la enseñanza de Jesús es un anuncio de alegría: «Bienaventurados...». *El hombre está hecho para la*

felicidad. Por tanto, vuestra sed de felicidad es legítima. *Cristo tiene la respuesta* a vuestra expectativa. Con todo, os pide que os fiéis de él. *La alegría verdadera es una conquista*, que no se logra sin *una lucha larga y difícil*. Cristo posee el secreto de la victoria.

Ya conocéis *los antecedentes*. Los narra el libro del *Génesis*: Dios creó al hombre y a la mujer en un paraíso, el Edén, porque quería que fueran felices. Por desgracia, el pecado trastornó sus proyectos iniciales. Dios no se resignó a esta derrota. Envió a su Hijo a la tierra para devolver al hombre la perspectiva de un cielo aún más hermoso. *Dios se hizo hombre* –como subrayaron los Padres de la Iglesia– *para que el hombre pudiera llegar a ser Dios*. Este es el cambio decisivo que la Encarnación imprimió a la historia humana.

3. ¿Dónde está la lucha? La respuesta nos la da Cristo mismo. San Pablo escribió: «Siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que ... tomando condición de siervo ... se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte» (*Flp* 2, 6-8). Fue una lucha hasta la muerte. Cristo la libró no por sí sino por nosotros. *De aquella muerte ha brotado la vida*. La tumba del Calvario se ha convertido en *la cuna de la humanidad nueva* en camino hacia la felicidad verdadera.

El «Sermón de la montaña» *traza el mapa de este camino*. Las ocho Bienaventuranzas son las señales de tráfico que indican la dirección que es preciso seguir. *Es un camino en subida*, pero Jesús lo ha recorrido primero. Y él está dispuesto a recorrerlo de nuevo con vosotros. Un día dijo: «El que me siga no caminará en la oscuridad» (*Jn* 8, 12). En otra circunstancia añadió: «Os he dicho esto *para que mi gozo esté en vosotros*, y vuestro gozo sea colmado» (*Jn* 15, 11).

Caminando con Cristo es como *se puede conquistar la alegría*, la verdadera alegría. Precisamente por esta razón él os ha dirigido también hoy un anuncio de alegría: «Bienaventurados...».

Acogiendo ahora su cruz gloriosa, la cruz que ha recorrido, juntamente con los jóvenes, los caminos del mundo, dejad que resuene en el silencio de vuestro corazón esta palabra consoladora y exigente: «Bienaventurados...».

(*Después de que los jóvenes llevaron en procesión la cruz de la Jornada mundial, Juan Pablo II continuó con su discurso.*)

4. Reunidos en torno a la cruz del Señor, contemplémoslo a él: Jesús no se limitó a *proclamar* las Bienaventuranzas; *también las*

vivió. Al repasar su vida, releyendo el Evangelio, quedamos admirados: el más pobre de los pobres, el ser más manso entre los humildes, la persona de corazón más puro y misericordioso es precisamente él, Jesús. Las Bienaventuranzas no son más que la descripción de un rostro, *su Rostro*.

Al mismo tiempo, las Bienaventuranzas *describen al cristiano*: son el retrato del discípulo de Jesús, la fotografía del hombre que ha acogido el reino de Dios y quiere sintonizar su vida con las exigencias del Evangelio. A este hombre Jesús se dirige llamándolo «bienaventurado».

La alegría que las Bienaventuranzas prometen es la alegría misma de Jesús: una alegría buscada y encontrada en la *obediencia al Padre* y en la *entrega a los hermanos*.

5. Jóvenes de Canadá, de América y de todas las partes del mundo, *mirando a Jesús* podéis aprender *lo que significa* ser pobres de espíritu, mansos y misericordiosos; lo que significa buscar la justicia, ser limpios de corazón, artífices de paz.

Con la mirada fija en él, podéis descubrir la senda del perdón y de la reconciliación en un mundo a menudo presa de la violencia y del terror. Durante el año pasado hemos experimentado con dramática evidencia el rostro trágico de la malicia humana. Hemos visto lo que sucede cuando reinan el odio, el pecado y la muerte.

Pero hoy la voz de Jesús resuena en medio de nuestra asamblea. Su voz es *voz de vida, de esperanza y de perdón*; es voz de justicia y de paz. ¡Escuchémosla! Escuchemos la voz de Jesús.

6. Queridos amigos, la Iglesia hoy os mira a vosotros con confianza y espera que os convirtáis en *el pueblo de las bienaventuranzas*.

Bienaventurados vosotros, si sois, como Jesús, pobres de espíritu, buenos y misericordiosos; si sabéis buscar lo que es justo y recto; si sois limpios de corazón, artífices de paz; si amáis y servís a los pobres. ¡Bienaventurados vosotros!

Sólo Jesús es el verdadero Maestro; sólo Jesús presenta un mensaje que no cambia, sino que responde a las expectativas más profundas del corazón del hombre, porque sólo él sabe «lo que hay en el hombre» (*Jn* 2, 25). Él sabe lo que hay en el hombre, en su corazón. Hoy él os llama a ser *sal* y *luz* del mundo, a escoger la bondad, a vivir en la justicia, a ser instrumentos de amor y de paz. Su llamada siempre ha exigido elegir entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte.

La misma invitación se dirige hoy a vosotros, que estáis aquí, a las orillas del lago Ontario.

7. ¿Qué llamada elegirán seguir *los centinelas de la mañana*? Creer en Jesús significa aceptar lo que dice, aunque vaya en contra de lo que dicen los demás. Significa rechazar las seducciones del pecado, por más atractivas que sean, y seguir el camino exigente de las virtudes evangélicas.

Jóvenes, escuchadme, responded al Señor con corazón fuerte y generoso. Él cuenta con vosotros. No lo olvidéis: *Cristo os necesita para realizar su proyecto de salvación*. Cristo necesita vuestra juventud y vuestro generoso entusiasmo para hacer que resuene *su anuncio gozoso en el nuevo milenio*. Responded a su llamada poniendo vuestra vida al servicio de él en los hermanos. Fiaos de Cristo, porque él se fía de vosotros.

8. Señor Jesucristo,
proclama una vez más
tus Bienaventuranzas
ante estos jóvenes
reunidos en Toronto
para su Jornada mundial.

Mira con amor
y escucha estos corazones jóvenes
que están dispuestos
a *arriesgar su futuro por ti*.

Tú los has llamado a ser
«sal de la tierra y luz del mundo».
Sigue enseñándoles
la verdad y la belleza
de las perspectivas que anunciaste
en la Montaña.

Transfórmalos en *hombres y mujeres*
de las *Bienaventuranzas*.

Que brille en ellos
la luz de tu sabiduría,

de forma que con sus palabras
y obras sepan difundir en el mundo
la luz y la sal del Evangelio.

Haz que toda su vida sea
un reflejo luminoso de ti,
que eres la Luz verdadera,
que vino a este mundo
para que quien crea en ti no muera
sino que tenga la vida eterna (cf. *Jn 3, 16*).

ÁNGELUS en Morrow Park, Casa madre de las Religiosas de San José, el
sábado, 27 de julio de 2002.

Os agradezco vivamente la hospitalidad que me brindáis con ocasión
de mi presencia en Toronto para la celebración de la XVII Jornada mun-
dial de la juventud. Sé cuánto han colaborado las Religiosas de San José,
juntamente con muchos otros religiosos y religiosas, en la preparación de
este gran acontecimiento y en la acogida de los jóvenes del mundo: a
todos y a cada uno expreso mi más viva gratitud.

Vuestra congregación acaba de celebrar sus 150 años de vida: junta-
mente con vosotras bendigo al Señor, que ha obrado maravillas a través
de la entrega, el sacrificio y el servicio humilde y oculto de tantas Reli-
giosas de San José, y le pido que siga asistiéndoos con su gracia y el don
de su Espíritu en vuestro esfuerzo por poner en manos de Dios lo que
sois y lo que seréis, con una constante disponibilidad a ser enviadas,
como Jesús, a servir a los demás.

María, esposa de José, sea para vosotras Madre y Maestra de vida y
santidad.

SALUDO en la Vigilia de Oración en el Parque Downsview, Toronto.

Queridos jóvenes del mundo, queridos amigos:

1. Os saludo a todos con afecto en nombre del Señor. Me alegra
encontrarme de nuevo con vosotros, después de los días de catequesis,
de reflexión, de participación y de fiesta que habéis vivido. Nos acerca-
mos a la fase conclusiva de vuestra Jornada mundial, que *culminará*
mañana con la celebración de la Eucaristía.

En vosotros, congregados en Toronto desde los cuatro ángulos de la
tierra, la Iglesia ve su futuro y encuentra la llamada a la juventud con que
el Espíritu de Cristo continuamente la enriquece. El entusiasmo y la ale-

gría que manifestáis son signo de vuestro amor al Señor y de vuestro anhelo de servirlo en la Iglesia y en los hermanos.

2. En los días pasados, en Wadowice, mi ciudad natal, tuvo lugar el III Foro internacional de jóvenes, que ha reunido católicos, greco-católicos y ortodoxos provenientes de Polonia y de Europa del este. Hoy, además, han llegado hasta allí millares de jóvenes de toda Polonia para unirse a nosotros a través de la televisión y vivir juntos esta vigilia de oración. Permitidme que les salude en polaco.

Saludo a los jóvenes de lengua polaca, que en tan gran número han venido aquí desde nuestra patria y de los demás países del mundo, así como a los miles de jóvenes que se han congregado en Wadowice de toda Polonia y de los países de la Europa del este para vivir juntamente con nosotros esta vigilia de oración. A todos deseo que estos días les traigan abundantes frutos de generoso impulso en la adhesión a Cristo y a su Evangelio.

Queridos jóvenes amigos, os agradezco vuestra presencia en Toronto, os abrazo de corazón y siempre pido por vosotros, para que ahora y siempre seáis la sal de la tierra y la luz del mundo. Saludo con afecto a los jóvenes italianos aquí presentes y a todos los que desde Italia se unen a nosotros a través de la televisión. Juntamente con los jóvenes, que en las diversas partes del planeta participan de varios modos en esta Jornada de la juventud, queremos abarcar el mundo con un abrazo de fe y amor, para proclamar nuestra fe en Cristo, amigo fiel que ilumina el camino de todo hombre.

3. Durante la Vigilia de esta noche *acogeremos la cruz de Cristo*, testimonio del amor de Dios a la humanidad. *Aclamaremos al Señor resucitado*, luz que brilla en las tinieblas. *Oraremos con los Salmos*, repitiendo las mismas palabras que pronunció Jesús cuando se dirigía al Padre a lo largo de su vida terrena. Constituyen aún hoy la oración de la Iglesia. *Por último, escucharemos la palabra del Señor*, lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro sendero (cf. *Sal* 119, 105).

Os invito a ser portavoces de los jóvenes del mundo, de sus alegrías, desilusiones y esperanzas. Mirad a Jesús, el que vive, y repetidle la súplica de los Apóstoles: «Señor, enséñanos a orar». La oración será como *la sal* que da sabor a vuestra existencia y os orienta hacia él, *luz verdadera* de la humanidad.

DISCURSO en la Vigilia de Oración en el Parque Downsview, Toronto, el sábado.

Queridos jóvenes:

1. Cuando, en el ya lejano 1985, quise poner en marcha las Jornadas mundiales de la juventud, tenía en el corazón las palabras del apóstol san Juan que acabamos de escuchar esta noche: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron vuestras manos acerca de la Palabra de vida (...) os lo anunciamos también a vosotros» (cf. *1 Jn* 1, 1. 3). E imaginaba las Jornadas mundiales como *un momento fuerte* en el que los jóvenes del mundo pudieran *encontrarse con Cristo*, eternamente joven, y aprender de él a ser *los evangelizadores de los demás jóvenes*.

Esta noche, juntamente con vosotros, bendigo y doy gracias al Señor por el don que ha hecho a la Iglesia a través de las Jornadas mundiales de la juventud. Millones de jóvenes han participado en ellas, sacando motivaciones de compromiso y testimonio cristiano. Os doy las gracias en particular a vosotros, que, aceptando mi invitación, os habéis reunido aquí, en Toronto, para «contar al mundo vuestra alegría de haber encontrado a Jesucristo, vuestro deseo de conocerlo cada vez mejor, vuestro compromiso de anunciar el Evangelio de salvación hasta los últimos confines de la tierra», *Mensaje para la XVII Jornada mundial de la juventud*, n. 5: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 3 de agosto de 2001, p. 3).

2. El nuevo milenio se ha inaugurado con *dos escenarios contrapuestos*: el de la multitud de peregrinos que acudieron a Roma durante el gran jubileo para cruzar la Puerta santa que es Cristo, Salvador y Redentor del hombre; y el del terrible atentado terrorista de Nueva York, icono de un mundo en el que parece prevalecer la dialéctica de la enemistad y el odio.

La pregunta que se impone es dramática: *¿sobre qué bases* es preciso construir la nueva época histórica que surge de las grandes transformaciones del siglo XX? ¿Será suficiente apostar por la revolución tecnológica actual, que parece regulada únicamente por criterios de productividad y eficiencia, sin ninguna referencia a la dimensión religiosa del hombre y sin un discernimiento ético universalmente compartido? ¿Está bien contentarse con respuestas provisionales a los problemas de fondo y dejar que la vida quede a merced de impulsos instintivos, de sensaciones efímeras, de entusiasmos pasajeros?

Vuelve la misma pregunta: ¿sobre qué bases, sobre qué certezas es preciso construir la propia existencia y la de la comunidad a la que se pertenece?

3. Queridos amigos, vosotros lo sentís instintivamente dentro de vosotros, en el entusiasmo de vuestra edad juvenil, y lo afirmáis con vuestra presencia aquí esta noche: *sólo Cristo es la «piedra angular»* sobre la que es posible construir sólidamente el edificio de la propia existencia. Sólo Cristo, conocido, contemplado y amado, es el amigo fiel que no defrauda, que se hace compañero de camino y cuyas palabras hacen arder el corazón (cf. *Lc 24, 13-35*).

El siglo XX a menudo pretendió prescindir de esa «piedra angular», intentando *construir la ciudad del hombre sin hacer referencia a él* y acabó por edificarla de hecho *contra el hombre*. Pero los cristianos lo saben: no se puede rechazar o marginar a Dios, sin correr el *riesgo de humillar al hombre*.

4. La expectativa, que la humanidad va cultivando entre tantas injusticias y sufrimientos, es la de *una nueva civilización* marcada por la libertad y la paz. Pero para esa empresa se requiere una *nueva generación de constructores* que, movidos no por el miedo o la violencia sino por la urgencia de un amor auténtico, sepan poner piedra sobre piedra para edificar, en la ciudad del hombre, la ciudad de Dios.

Queridos jóvenes, permitidme que os manifieste mi esperanza: *esos «constructores» debéis ser vosotros*. Vosotros sois los hombres y las mujeres del mañana; en vuestro corazón y en vuestras manos se encuentra el futuro. A vosotros Dios encomienda la tarea, difícil pero entusiasmante, de colaborar con él en la edificación de la *civilización del amor*.

5. Hemos escuchado en la carta de san Juan –el Apóstol más joven y tal vez por eso el más amado por el Señor– que «Dios es luz y en él no hay tinieblas» (*1 Jn 1, 5*). Sin embargo, a Dios nadie lo ha visto, observa san Juan. Es Jesús, el Hijo unigénito del Padre, quien nos lo ha revelado (cf. *Jn 1, 18*). Pero si Jesús ha revelado a Dios, *ha revelado la luz*. En efecto, con Cristo vino al mundo «la luz verdadera, la que ilumina a todo hombre» (*Jn 1, 9*).

Queridos jóvenes, dejaos conquistar por la luz de Cristo y difundidla en el ambiente en que vivís. «La luz de la mirada de Jesús –dice el

Catecismo de la Iglesia católica– ilumina los ojos de nuestro corazón; nos enseña a verlo todo a la luz de su verdad y de su compasión por todos los hombres» (n. 2715).

En la medida en que vuestra amistad con Cristo, vuestro conocimiento de su misterio, vuestra entrega a él, sean auténticos y profundos, seréis «hijos de la luz» y os convertiréis, también vosotros, en «luz del mundo». Por eso, os repito las palabras del Evangelio: «Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (*Mt 5, 16*).

6. Esta noche el Papa, juntamente con vosotros, jóvenes de los diversos continentes, *reafirma la fe que sostiene la vida de la Iglesia*: Cristo es la luz de los pueblos; él ha muerto y resucitado para devolver a los hombres, que caminan en la historia, la esperanza de la eternidad. *Su Evangelio no menoscaba lo humano*: todo valor auténtico, en cualquier cultura donde se manifieste, es acogido y asumido por Cristo. El cristiano, consciente de ello, no puede por menos de sentir vibrar en su interior el arrojo y la responsabilidad de convertirse en testigo de la luz del Evangelio.

Precisamente por eso, os digo esta noche: haced que resplandezca la luz de Cristo en vuestra vida. *No esperéis a tener más años para aventuraros por la senda de la santidad*. La santidad es siempre joven, como es eterna la juventud de Dios.

Comunicad a todos la belleza del encuentro con Dios, que da sentido a vuestra vida. *Que nadie os gane* en la búsqueda de la justicia, en la promoción de la paz, en el compromiso de fraternidad y solidaridad.

¡Cuán hermoso es el canto que ha resonado en estos días: «Luz del mundo, sal de la tierra. Sed para el mundo el rostro del amor. Sed para la tierra el reflejo de su luz»!

Es el don más hermoso y valioso que podéis hacer a la Iglesia y al mundo. El Papa os acompaña, como sabéis, con su oración y con una afectuosa bendición.

7. Quisiera saludar una vez más a los jóvenes de lengua polaca.

Queridos jóvenes, amigos míos, os agradezco vuestra presencia en Toronto, en Wadowice y en cualquier lugar donde estéis espiritualmente unidos con los jóvenes del mundo que viven su XVII Jornada mundial. Os quiero asegurar que constantemente os abrazo a cada uno y cada una de vosotros con el corazón y con la oración, pidiendo a Dios que seáis la sal y la luz de la tierra ahora y en la vida adulta. Dios os bendiga.

HOMILÍA pronunciada en el Parque Downsview, el domingo, 28 de julio de 2002.

«*Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo*» (Mt 5, 13-14).

Amadísimos jóvenes de la XVII Jornada mundial de la juventud;

1. En una montaña, cerca del lago de Galilea, los discípulos de Jesús escuchaban su voz suave y apremiante: *suave* como el paisaje mismo de Galilea, *apremiante* como una llamada a elegir entre la vida y la muerte, entre la verdad y la mentira. El Señor pronunció entonces palabras de vida que resonarían para siempre en el corazón de los discípulos.

Hoy os dice esas mismas palabras a vosotros, jóvenes de Toronto, de Ontario y de todo Canadá, de Estados Unidos, del Caribe, de la América de lengua española y portuguesa, de Europa, de África, de Asia y de Oceanía. Escuchad la voz de Jesús en lo más íntimo de vuestro corazón. Sus palabras os dicen quiénes sois como cristianos. Os enseñan qué debéis hacer para permanecer en su amor.

2. Jesús ofrece una cosa; el «espíritu del mundo» ofrece otra. En la lectura de hoy, tomada de la carta a los Efesios, san Pablo afirma que Jesús nos lleva *de las tinieblas a la luz* (cf. Ef 5, 8). Tal vez el gran Apóstol estaba pensando en la luz que lo había cegado a él, el perseguidor de los cristianos, en el camino de Damasco. Cuando recobró la vista, *ya nada era como antes*. Pablo había renacido y ya nada podía quitarle la alegría que le había inundado el alma.

También vosotros, queridos jóvenes, estáis llamados a ser transformados. «Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo» (Ef 5, 14), dice también san Pablo.

El «espíritu del mundo» *ofrece muchos espejismos, muchas parodias de la felicidad*. Quizá no haya tiniebla más densa que la que se introduce en el alma de los jóvenes cuando falsos profetas apagan en ellos la luz de la fe, de la esperanza y del amor. El engaño más grande, la mayor fuente de infelicidad es *el espejismo de encontrar la vida prescindiendo de Dios*, de alcanzar la libertad excluyendo las verdades morales y la responsabilidad personal.

3. El Señor os invita a elegir entre estas dos voces, que compiten por conquistar vuestra alma. *Esta elección es la esencia y el desafío de la Jornada mundial de la juventud. ¿Para qué habéis venido desde todas*

las partes del mundo? Para decir juntos a Cristo: «*Señor, ¿a quién iremos?»* (Jn 6, 68). *¿Quién, quién tiene palabras de vida eterna?* Jesús, el amigo íntimo de cada joven, tiene palabras de vida.

Lo que heredaréis es un mundo que tiene necesidad urgente de un renovado sentido de fraternidad y solidaridad humana. Es un mundo que necesita ser tocado y curado por la belleza y la riqueza del amor de Dios. *El mundo actual necesita testigos de ese amor.* Necesita que vosotros seáis *la sal de la tierra y la luz del mundo.*

El mundo os necesita; el mundo necesita la sal, os necesita como sal de la tierra y luz del mundo.

4. *La sal se usa para conservar y mantener sanos los alimentos.* Como apóstoles del tercer milenio, os corresponde a vosotros conservar y mantener viva *la conciencia de la presencia de Jesucristo, nuestro Salvador*, de modo especial en la celebración de la Eucaristía, memorial de su muerte redentora y de su gloriosa resurrección. Debéis mantener vivo el recuerdo de las palabras de vida que pronunció, de las espléndidas obras de misericordia y de bondad que realizó. Debéis constantemente recordar al mundo que «el Evangelio es fuerza de Dios que salva» (cf. *Rm* 1, 16).

La sal condimenta y da sabor a la comida. Siguiendo a Cristo, debéis cambiar y mejorar el «sabor» de la historia humana. Con vuestra fe, esperanza y amor, con vuestra inteligencia, valentía y perseverancia, *debéis humanizar el mundo en que vivimos.* El modo para alcanzarlo lo indicaba ya el profeta Isaías en la primera lectura de hoy: «Suelta las cadenas injustas, (...) parte tu pan con el hambriento (...). Cuando destierres de ti el gesto amenazador y la maledicencia, (...) brillará tu luz en las tinieblas» (cf. *Is* 58, 6-10).

5. Una llama ligera que arde rompe la pesada cubierta de la noche. ¡Cuánta más luz podréis producir vosotros, todos juntos, si os unís en la comunión de la Iglesia! *Si amáis a Jesús, amad a la Iglesia.* No os desalentéis por las culpas y faltas de alguno de sus hijos. El daño que han hecho algunos sacerdotes y religiosos a personas jóvenes o frágiles *nos llena a todos de un profundo sentido de tristeza y vergüenza.* Pero pensad en la gran mayoría de sacerdotes y religiosos generosamente comprometidos, cuyo único deseo es servir y hacer el bien. Hoy se encuentran aquí muchos sacerdotes, seminaristas y personas consagradas: estad cerca de ellos y sostenedlos. Y si escucháis que resuena en lo más

íntimo de vuestro corazón esa misma llamada al sacerdocio o a la vida consagrada, no tengáis miedo de seguir a Cristo por el camino real de la cruz. En los momentos difíciles de la historia de la Iglesia el deber de la santidad resulta aún más urgente. Y *la santidad no es cuestión de edad*. La santidad es *vivir en el Espíritu Santo*, como hicieron Catalina Tekakwitha aquí en América y muchísimos otros jóvenes.

Vosotros sois jóvenes, y el Papa es anciano; 82 u 83 años de vida no es lo mismo que 22 o 23. Pero aún se identifica con vuestras expectativas y vuestras esperanzas. Jóvenes de espíritu, jóvenes de espíritu. Aunque he vivido entre muchas tinieblas, bajo duros regímenes totalitarios, he visto lo suficiente para convencerme de manera inquebrantable de que ninguna dificultad, ningún miedo es tan grande como para ahogar completamente *la esperanza que brota eterna en el corazón de los jóvenes*.

Vosotros sois nuestra esperanza, los jóvenes son nuestra esperanza. No dejéis que muera esa esperanza. Apostad vuestra vida por ella. *No nosotros no somos la suma de nuestras debilidades y nuestros fracasos*; al contrario, somos la suma del amor del Padre a nosotros y de nuestra capacidad real de llegar a ser imagen de su Hijo.

Concluyo con una oración.

6. Señor Jesucristo,
conserva a estos jóvenes en tu amor.

Haz que oigan tu voz
y crean en lo que dices,
porque *sólo tú tienes*
palabras de vida eterna.

Enséñales *cómo* profesar su fe,
cómo dar su amor
cómo comunicar
su esperanza a los demás.

Hazlos testigos convincentes
de tu Evangelio,
en un mundo que tanto necesita
de tu gracia que salva.

Haz de ellos el nuevo pueblo
de las Bienaventuranzas,
para que sean la sal de la tierra
y la luz del mundo
al inicio del tercer milenio cristiano.

María, Madre de la Iglesia,
protege y guía
a estos muchachos y muchachas
del siglo XXI.

Abrázalos a todos
en tu corazón materno.
Amén.

ÁNGELUS

Concluimos esta espléndida celebración eucarística con el rezo del Ángelus a María, Madre del Redentor.

A ella le encomiendo los frutos de esta Jornada mundial de la juventud, para que asegure su eficacia en el tiempo. Quiera Dios que este encuentro marque un despertar de la pastoral juvenil en Canadá. Que el entusiasmo de este momento sea la chispa necesaria para poner en marcha una nueva etapa de testimonio evangélico dinámico.

Deseo, además, anunciar oficialmente que la próxima Jornada mundial de la juventud se celebrará en el año 2005 en Colonia, Alemania.

En la imponente catedral de Colonia se venera la memoria de los Magos, los sabios que llegaron de Oriente siguiendo la estrella que los condujo a Cristo. Como peregrinos, vuestro camino hacia Colonia comienza hoy. Cristo os espera allí para la celebración de la XX Jornada mundial de la juventud.

Os acompañe la Virgen María, Madre nuestra en la peregrinación de la fe.

Doy vivamente las gracias a cuantos han contribuido al éxito de esta XVII Jornada mundial de la juventud: a los ciudadanos de Toronto, a los voluntarios, a la policía, a los bomberos, al alcalde y a las diversas autoridades del Gobierno canadiense.

Saludo cordialmente a las demás Iglesias y comunidades cristianas aquí representadas, así como a los seguidores de otras tradiciones religiosas.

Deseo a todos los participantes que los propósitos suscitados por estas jornadas de fe y de fiesta se transformen en frutos abundantes de testimonio y servicio. Que el recuerdo de Toronto entre a formar parte del tesoro de vuestra vida.

Expreso mi gratitud en particular al cardenal Aloysius Ambrozic, arzobispo de Toronto, a la Conferencia episcopal canadiense y al comité organizador. Doy las gracias vivamente al Consejo pontificio para los laicos, en la persona de su presidente, el cardenal James Francis Stafford.

Saludo a los señores cardenales y a los obispos que han venido de diversas partes del mundo, a los sacerdotes, a los diáconos y a las personas consagradas que han compartido con los jóvenes estos días.

Mientras volvemos a nuestras casas, digo a todos, con san Agustín: «Hemos estado bien en la luz común. Nos hemos alegrado y regocijado juntos. Ahora que nos despedimos, procuremos no separarnos de Cristo» (*In Io. ev. tr.*, 35, 9).

Muchas gracias a los jóvenes de lengua española. No tengáis miedo de responder con generosidad a la llamada del Señor. ¡Que vuestra fe brille ante el mundo! ¡Que vuestras acciones muestren vuestro compromiso derivado del mensaje de salvación del Evangelio!

Queridos jóvenes de lengua portuguesa, la Jornada mundial de la juventud no termina aquí; debe proseguir en vuestra vida de entrega fiel a Cristo. Sed sal, sed luz para el mundo que os rodea.

Amadísimos jóvenes italianos, mantened vivo el don de la fe que os ha sostenido en estos días. La Iglesia necesita vuestro compromiso. ¡Nos vemos en Roma!

Amadísimos jóvenes de lengua alemana, a vosotros corresponde de modo especial mantener vivo el espíritu de la Jornada mundial de la juventud, con vistas a Colonia 2005. Trabajad por construir la civilización del amor y de la justicia. Haced que vuestra luz lleve a muchos otros al reino de Cristo, que es un reino de verdad, de justicia y de paz.

Mi pensamiento se dirige, por último, a la tierra polaca, que me dispongo a visitar una vez más. Queridos compatriotas, no perdáis nunca de vista vuestra herencia cristiana. En ella podéis encontrar la sabiduría y la valentía que necesitáis para afrontar los grandes desafíos religiosos y éticos de nuestro tiempo. Os encomiendo a todos a la protección de la Virgen de Jasna Góra.

DISCURSO de despedida al Comité Nacional para la preparación del Viaje Pastoral a Toronto, Morrow Park, Casa madre de las Religiosas de San José. Os saludo con afecto a todos los que habéis venido a visitarme al final de esta XVII Jornada mundial de la juventud.

Doy las gracias al arzobispo de Toronto, cardenal Aloysius Ambrozic, que, juntamente con el obispo mons. Anthony Meagher, ha dirigido el largo trabajo de preparación de este gran acontecimiento. Asimismo, doy las gracias a cuantos han contribuido con su entrega y también con su apoyo económico al éxito de la Jornada.

Saludo al grupo de jóvenes indígenas que proceden de las tierras de la beata Catalina Tekakwitha. Con razón la llamáis *kaiatano* (persona nobilísima y dignísima): que sea para vosotros un modelo de cómo los cristianos pueden ser la sal y la luz de la tierra.

Por último, un saludo particular a los jóvenes y adultos del Comité nacional para la Jornada mundial: amadísimos hermanos, sé con cuánto empeño y cuánta generosidad habéis trabajado a lo largo de estos dos años. En nombre de todos los jóvenes que han venido a Toronto y han gozado de los frutos de vuestro esfuerzo, el Papa os dice ¡gracias!

Sobre cada uno de vosotros y sobre vuestras familias invoco la bendición del Señor.

Después del Encuentro Mundial de Toronto, la Cruz regresó a Europa, y se trasladó a la República Checa hasta final del año 2002.



Imágenes de la visita de San Juan Pablo II a Toronto.

XVIII JMJ
ROMA, 13 DE ABRIL DE 2003
TEMA: «HE AHÍ A TU MADRE» (JN 19, 27)

Entre el 21 de marzo y el 5 de abril de 2003 la Cruz estuvo en Irlanda, regresando a tiempo para celebrar el Domingo de Ramos, 13 de abril, la XVIII Jornada Mundial de la Juventud. Los jóvenes canadienses entregaron la Cruz y el icono de la Virgen María a los jóvenes de Alemania, sede del siguiente Encuentro Mundial. Al final de la Misa de Ramos, Juan Pablo II quiso regalar a los jóvenes una copia del icono de María Madonna *Salus Populi Romani*, con estas palabras:

«A la delegación que ha venido de Alemania le entrego hoy también el icono de María. De ahora en adelante, juntamente con la

Cruz, este icono acompañará las Jornadas Mundiales de la Juventud. Será signo de la presencia materna de María junto a los jóvenes, llamados, como el apóstol



Icono de la Virgen María Madonna Salus Populi Romani, regalado por el Papa San Juan Pablo II a los jóvenes para que acompañara a la Cruz de la JMJ el año 2003. Se encuentra el original en la Basílica de Santa María la Mayor en Roma. Esta copia del icono, cuya versión original es custodiada en la Basílica de María la Mayor en Roma, ya tuvo una presencia destacada durante las celebraciones de la JMJ 2000 en Tor Vergata.

San Juan, a acogerla en su vida). (Angelus, XVIII Jornada Mundial de la Juventud, 13 de abril de 2003).

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el día 8 de marzo de 2003, para la XVIII MJJ.

¡Queridos jóvenes!

1. Es para mí motivo de renovada alegría poder dirigiros de nuevo un Mensaje especial con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud, para testimoniaros el afecto que os tengo. Conservo en la memoria, como un recuerdo luminoso, las impresiones suscitadas en mí durante nuestros encuentros en las Jornadas Mundiales: los jóvenes y el Papa juntos, con un gran número de Obispos y sacerdotes, miran a Cristo, luz del mundo, lo invocan y lo anuncian a toda la familia humana. Mientras doy gracias a Dios por el testimonio de fe que habéis dado recientemente en Toronto, os renuevo la invitación que pronuncié a orillas del lago Ontario: «¡La Iglesia os mira con confianza, y espera que seáis el pueblo de las bienaventuranzas!» (*Exhibition Place*, 25 de julio 2002).

Para la XVIII Jornada Mundial de la Juventud que celebraréis en las diversas diócesis del mundo, he escogido un tema en relación con el Año del Rosario: «¡Ahí tienes a tu Madre!» (*Jn 19,27*). Antes de morir, Jesús entrega al apóstol Juan lo más precioso que tiene: su Madre, María. Son las últimas palabras del Redentor, que por ello adquieren un carácter solemne y constituyen como su testamento espiritual.

2. Las palabras del ángel Gabriel en Nazaret: «Alégrate, llena de gracia» (*Lc 1,28*) iluminan también la escena del Calvario. La Anunciación marca el inicio, la Cruz señala el cumplimiento. En la Anunciación, María dona en su seno la naturaleza humana al Hijo de Dios; al pie de la Cruz, en Juan, acoge en su corazón la humanidad entera. Madre de Dios desde el primer instante de la Encarnación, Ella se convierte en Madre de los hombres en los últimos instantes de la vida de su Hijo Jesús. Ella, que está libre de pecado, «conoce» en el Calvario en su propio ser el sufrimiento del pecado, que su Hijo carga sobre sí para salvar a la humanidad. Al pie de la Cruz en la que está muriendo Aquél que ha concebido con el «sí» de la Anunciación, María recibe de Él como una «segunda anunciación»: «¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!» (*Jn 19,26*).

En la Cruz, el Hijo puede derramar su sufrimiento en el corazón de la Madre. Todo hijo que sufre siente esta necesidad. También vosotros, queridos jóvenes, os enfrentáis al sufrimiento: la soledad, los fracasos y las

desilusiones en vuestra vida personal; las dificultades para adaptarse al mundo de los adultos y a la vida profesional; las separaciones y los lutos en vuestras familias; la violencia de las guerras y la muerte de los inocentes. Pero sabed que en los momentos difíciles, que no faltan en la vida de cada uno, no estáis solos: como a Juan al pie de la Cruz, Jesús os entrega también a vosotros su Madre, para que os conforte con su ternura.

3. El Evangelio dice después que «desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa» (*Jn 19,27*). Esta expresión, tan comentada desde los inicios de la Iglesia, no sólo designa el lugar en el que habitaba Juan. Más que el aspecto material, evoca la dimensión espiritual de esta acogida, de la nueva relación instaurada entre María y Juan.

Vosotros, queridos jóvenes, tenéis más o menos la misma edad que Juan y el mismo deseo de estar con Jesús. Es Cristo quien hoy os pide expresamente que os llevéis a María «a vuestra casa», que la acojáis «entre vuestros bienes» para aprender de Ella, que «conservaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón» (*Lc 2,19*), la disposición interior para la escucha y la actitud de humildad y de generosidad que la distinguieron como la primera colaboradora de Dios en la obra de la salvación. Es Ella la que, mediante su ministerio materno, os educa y os modela hasta que Cristo esté formado plenamente en vosotros (cf. *Rosarium Virginis Mariae*, 15).

4. Por esto repito también hoy el lema de mi servicio episcopal y pontificio: «*Totus tuus*». He experimentado constantemente en mi vida la presencia amorosa y eficaz de la Madre del Señor; María me acompaña cada día en el cumplimiento de la misión de Sucesor de Pedro.

María es Madre de la divina gracia, porque es Madre del Autor de la gracia. ¡Entregaos a Ella con plena confianza! Resplandeceréis con la belleza de Cristo. Abiertos al soplo del Espíritu, os convertiréis en apóstoles intrépidos, capaces de difundir a vuestro alrededor el fuego de la caridad y la luz de la verdad. En la escuela de María, descubriréis el compromiso concreto que Cristo espera de vosotros, aprenderéis a darle el primer lugar de vuestra vida, a orientar hacia Él vuestros pensamientos y vuestras acciones.

Queridos jóvenes, ya lo sabéis: el cristianismo no es una opinión y no consiste en palabras vanas. ¡El cristianismo es Cristo! ¡Es una Persona, es el Viviente! Encontrar a Jesús, amarlo y hacerlo amar: he aquí la vocación cristiana. María os es entregada para ayudaros a entrar en una

relación más auténtica, más personal con Jesús. Con su ejemplo, María os enseña a posar una mirada de amor sobre aquel que nos ha amado primero. Por su intercesión, María plasma en vosotros un corazón de discípulos capaces de ponerse a la escucha del Hijo, que revela el auténtico rostro del Padre y la verdadera dignidad del hombre.

5. El 16 de octubre de 2002 he proclamado el «Año del Rosario» y he invitado a todos los hijos de la Iglesia a hacer de esta antigua oración mariana un ejercicio sencillo y profundo de contemplación del rostro de Cristo. Recitar el Rosario significa de hecho aprender a contemplar a Jesús con los ojos de su Madre, amar a Jesús con el corazón de su Madre. Hoy os entrego idealmente, también a vosotros, queridos jóvenes, el Rosario. ¡A través de la oración y la meditación de los misterios, María os guía con seguridad hacia su Hijo! No os avergoncéis de rezar el Rosario a solas, mientras vais al colegio, a la universidad o al trabajo, por la calle y en los medios de transporte público; habituaos a rezarlo entre vosotros, en vuestros grupos, movimientos y asociaciones; no dudéis en proponer su rezo en casa, a vuestros padres y a vuestros hermanos, porque el Rosario renueva y consolida los lazos entre los miembros de la familia. Esta oración os ayudará a ser fuertes en la fe, constantes en la caridad, alegres y perseverantes en la esperanza.

Con María, la sierva del Señor, descubriréis la alegría y la fecundidad de la vida oculta. Con Ella, la discípula del Maestro, seguiréis a Jesús por las calles de Palestina, convirtiéndoos en testigos de su predicación y de sus milagros. Con Ella, Madre dolorosa, acompañaréis a Jesús en su pasión y muerte. Con Ella, Virgen de la esperanza, acogeréis el anuncio gozoso de la Pascua y el don inestimable del Espíritu Santo.

6. Queridos jóvenes, sólo Jesús conoce vuestro corazón, vuestros deseos más profundos. Sólo Él, que os ha amado hasta la muerte, (cf. *Jn* 13,1), es capaz de colmar vuestras aspiraciones. Sus palabras son palabras de vida eterna, palabras que dan sentido a la vida. Nadie fuera de Cristo podrá daros la verdadera felicidad. Siguiendo el ejemplo de María, sabed decirle a Cristo vuestro «sí» incondicional. Que no haya en vuestra existencia lugar para el egoísmo y la pereza. Ahora más que nunca es urgente que seáis los «centinelas de la mañana», los vigías que anuncian la luz del alba y la nueva primavera del Evangelio, de la que ya se ven los brotes. La humanidad tiene necesidad imperiosa del testimonio de jóvenes libres y valientes, que se atrevan a

caminar contra corriente y a proclamar con fuerza y entusiasmo la propia fe en Dios, Señor y Salvador.

Sabed también vosotros, queridos amigos, que esta misión no es fácil. Y que puede convertirse incluso en imposible, si sólo contáis con vosotros mismos. Pero «lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios» (*Lc* 18,27; 1,37). Los verdaderos discípulos de Cristo tienen conciencia de su propia debilidad. Por esto ponen toda su confianza en la gracia de Dios que acogen con corazón indiviso, convencidos de que sin Él no pueden hacer nada (cf. *Jn* 15,5). Lo que les caracteriza y distingue del resto de los hombres no son los talentos o las disposiciones naturales. Es su firme determinación de caminar tras las huellas de Jesús. ¡Sed sus imitadores así como ellos lo fueron de Cristo! Y «que Él pueda iluminar los ojos de vuestro corazón para que conozcáis cuál es la esperanza a que habéis sido llamados por Él; cuál la riqueza de la gloria otorgada por Él en herencia a los santos, y cuál la soberana grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, conforme a la eficacia de su fuerza poderosa» (*Ef* 1,18-19).

7. Queridos jóvenes, el próximo Encuentro Mundial tendrá lugar, como sabéis, en el 2005 en Alemania, en la ciudad y en la diócesis de Colonia. El camino es aún largo, pero los dos años que nos separan de esta cita pueden servir para una intensa preparación. Que os ayuden en este camino los temas que he escogido para vosotros:

- 2004, XIX Jornada Mundial de la Juventud: «Queremos ver a Jesús» (*Jn* 12,21);
- 2005, XX Jornada Mundial de la Juventud: «Hemos venido a adorarle» (*Mt* 2,2).

Mientras tanto volveréis a encontraros en vuestras Iglesias locales para el Domingo de Ramos: ¡vivid comprometidos, en la oración, en la atenta escucha y en el compartir gozoso estas ocasiones de «formación permanente», manifestando vuestra fe ardiente y devota! ¡Como los Reyes Magos, sed también vosotros peregrinos animados por el deseo de encontrar al Mesías y de adorarle! ¡Anunciad con valentía que Cristo, muerto y resucitado, es vencedor del mal y de la muerte!

En este tiempo amenazado por la violencia, por el odio y por la guerra, testimoniad que Él y sólo Él puede dar la verdadera paz al corazón del hombre, a las familias y a los pueblos de la tierra. Esforzaos por buscar y promover la paz, la justicia y la fraternidad. Y no olvidéis la palabra del Evangelio: «Bienaventurados los que trabajan por la paz, por-

que ellos serán llamados hijos de Dios» (*Mt 5,9*). Al confiaros a la Virgen María, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia, os acompaño con una especial Bendición Apostólica, signo de mi confianza y confirmación de mi afecto hacia vosotros.

DISCURSO a los jóvenes de la Diócesis de Roma y de las Diócesis del Lacio, el jueves, 10 de abril de 2003.

Amadísimos jóvenes:

1. También este año nos reunimos para celebrar un encuentro de oración y de fiesta, con ocasión de la Jornada mundial de la juventud.

Saludo al cardenal vicario, al que agradezco las palabras que me ha dirigido al inicio; a los demás cardenales y obispos presentes, y a vuestros sacerdotes y educadores.

Saludo a los muchachos que me han hablado en nombre de los demás y también me han ofrecido regalos significativos, y a cada uno de vosotros, amadísimos jóvenes, chicos y chicas, de Roma y de las diócesis del Lacio, reunidos aquí. Saludo también la lluvia, que nos ha acompañado fielmente, luego ha cesado un poco, pero parece que vuelve ahora.

Saludo, además, a los participantes en el encuentro sobre las Jornadas mundiales de la juventud organizado por el Consejo pontificio para los laicos y, juntamente con ellos, a las delegaciones de los jóvenes de Toronto y de Colonia, a los artistas y a los testigos que hoy comparten este momento.

2. «He ahí a tu Madre» (*Jn 19, 27*). Son las palabras de Jesús que elegí como tema de esta XVIII Jornada mundial de la juventud.

Habiendo llegado la «hora», Jesús, desde la cruz, entrega al discípulo Juan a María, su Madre, convirtiéndola, a través del discípulo amado, en *Madre de todos los creyentes, Madre de todos nosotros*. A cada uno de nosotros nos dice Jesús: He ahí a María, mi Madre, que desde hoy es también tu Madre.

Preguntémonos: ¿quién es esta Madre? Para comprenderlo mejor os aconsejo que leáis, en este Año del Rosario, todo el magnífico capítulo VIII de la constitución dogmática *Lumen gentium* del concilio Vaticano II. María «cooperó de manera totalmente singular a la obra del Salvador con su obediencia, su fe, su esperanza y su ardiente caridad, para restablecer la vida sobrenatural de las almas. Por esta razón es nuestra madre en el orden de la gracia» (n. 61). Y esta maternidad sobrenatural continuará hasta la vuelta gloriosa de Cristo.

Ciertamente, él, Jesucristo, es el *único Redentor*. Él es el *único Mediador* entre Dios y los hombres. Sin embargo -como enseña el Concilio-, María coopera y participa en su obra de salvación. Ella es, por tanto, una Madre hacia la que debemos tener una profunda y verdadera devoción, una devoción *profundamente cristocéntrica*, más aún, arraigada en el mismo misterio trinitario de Dios.

3. «He ahí a tu Madre». Y desde aquel momento –prosigue el evangelio– el discípulo la acogió en su casa» (Jn 19, 27).

Acoger a María en su casa, en su existencia, es privilegio de todo fiel. Lo es, sobre todo, en los momentos difíciles, como son los que también vosotros, jóvenes, vivís a veces en este período de vuestra vida. Recuerdo que, cuando era joven y trabajaba en el taller químico, encontré estas palabras: *Totus tuus*. Y con la fuerza de estas palabras pude caminar a través de la terrible guerra, a través de la terrible ocupación nazi y luego también a través de las demás experiencias difíciles de la posguerra. A todos se ofrece la posibilidad de acoger a María en la propia casa, en la propia existencia.

Hoy, por estos motivos, *os quiero encomendar a María*. Queridos jóvenes, os lo digo por experiencia, ¡abridle a ella las puertas de vuestra existencia! No tengáis miedo de *abrir de par en par las puertas de vuestro corazón a Cristo* a través de ella, que quiere llevaros a él, para que seáis salvados del pecado y de la muerte. Ella os ayudará a escuchar su voz y a decir sí a todo proyecto que Dios piensa para vosotros, para vuestro bien y para el de la humanidad entera.

4. Os encomiendo a María mientras ya estáis idealmente en camino hacia la *Jornada mundial de la juventud de Colonia*. Los jóvenes de Toronto acaban de traer a este atrio *la cruz del Año santo*. Desde Toronto a Colonia: el domingo próximo, domingo de Ramos, la entregarán a sus amigos de Colonia. Dos jóvenes de Roma, en cambio, han puesto al pie de la cruz el *icono de María*, que veló por los «centinelas de la mañana» de Tor Vergata durante la inolvidable Jornada mundial de la juventud del año 2000. ¡Tor Vergata! Para que sea siempre evidente, también de forma visible, que María es una poderosísima Madre que nos conduce a Cristo, deseo que el próximo domingo, a los jóvenes de Colonia, además de la cruz, *se les entregue también este icono de María* y que, junto con la cruz, de ahora en adelante ella vaya en peregrinación por el mundo para preparar las Jornadas de la juventud.

Mientras esperáis el encuentro con los jóvenes de todo el mundo en Colonia, permaneced con María en un clima de oración y de escucha interior del Señor. Por este motivo, deseo también que esa Jornada se prepare desde hoy con la oración constante que deberá elevarse desde toda la Iglesia y, en particular, en Italia, desde cuatro lugares significativos: *el santuario mariano de Loreto* y el de la *Virgen del Rosario de Pompeya*; aquí, en Roma, *el Centro juvenil San Lorenzo*, que desde hace veinte años, muy cerca de la basílica de San Pedro, acoge a los jóvenes peregrinos que vienen a visitar la tumba de san Pedro; y la *iglesia de Santa Inés en Agone*, en la plaza Navona, donde desde el Año santo 2000, todos los jueves por la noche, los jóvenes pueden encontrar un oasis de oración ante la Eucaristía y la posibilidad de recibir el sacramento de la confesión.

5. Pensando desde ahora en la Jornada mundial de la juventud de Colonia, deseo dar gracias a Dios, una vez más, por *el don de las Jornadas mundiales de la juventud*. En estos veinticinco años de pontificado se me ha concedido la gracia de reunirme con los jóvenes de todas las partes del mundo, sobre todo con ocasión de esas Jornadas. Cada una de ellas ha sido un «laboratorio de la fe», donde se han encontrado Dios y el hombre, donde cada joven ha podido decir: «Tú, oh Cristo, eres mi Señor y mi Dios». Han sido auténticas escuelas de crecimiento en la fe, de vida eclesial y de respuesta vocacional. Y, ciertamente, podemos decir también que cada Jornada se ha caracterizado por el amor materno de María, del que ha sido elocuente imagen la solicitud amorosa y materna de la Iglesia por la regeneración de los jóvenes. ¡Vuelve la lluvia! Nosotros, los jóvenes, te amamos, lluvia.

6. «He ahí a tu Madre» (Jn 19, 27), Reina de la paz. Responder a esta invitación, acogiendo a María en vuestra casa, significará también *comprometeros en favor de la paz*. En efecto, María, *Reina de la paz*, es una madre y, como toda madre, tiene un único deseo para sus hijos: verlos vivir serenos y en paz entre sí. En este momento convulso de la historia, mientras el terrorismo y las guerras amenazan la concordia entre los hombres y las religiones, deseo encomendaros a María para que os convirtáis en *promotores de la cultura de la paz*, hoy más necesaria que nunca.

Mañana se cumple el 40° Aniversario de la publicación de la encíclica *Pacem in terris* del beato Juan XXIII. Sólo comprometiéndonos a construir la paz sobre los cuatros pilares: la *verdad*, la *justicia*, el *amor* y la *libertad*, tal como nos enseña la *Pacem in terris*, será posible im-

pulsar la cooperación entre las naciones y armonizar los intereses, diferentes y opuestos, de culturas e instituciones. ¡Reina de la paz, ruega por nosotros! Unas pocas palabras más, y luego os dejo. Estas pocas palabras son sobre el rosario.

7. El rosario es una «dulce cadena que nos une a Dios». *¡Llevedlo siempre con vosotros!* El rosario, rezado con inteligente devoción, os ayudará a asimilar el misterio de Cristo, para aprender de él el secreto de la paz y convertirla en proyecto de vida.

Lejos de ser una huida de los problemas del mundo, el rosario os impulsará a mirarlos con responsabilidad y generosidad, y os permitirá encontrar la fuerza para afrontarlos con la certeza de la ayuda de Dios y con el firme propósito de testimoniar en cada circunstancia «la caridad, «que es el vínculo de la perfección» (Col 3, 14)» (cf. *Rosarium Virginis Mariae*, 40).

Con estos sentimientos, os exhorto a proseguir vuestro camino de vida, a lo largo del cual os acompaño con mi afecto y mi bendición. Esta mañana he celebrado la misa con la intención de obtener la bendición de Dios para este encuentro con los jóvenes de Roma y del Lacio.

Acto de consagración a María

«He ahí a tu Madre» (*Jn* 19, 27).

Es Jesús, oh Virgen María,
quien desde la cruz
nos quiso encomendar a ti,
no para atenuar,
sino para reafirmar
su papel exclusivo de Salvador del mundo.

Si en el discípulo Juan
te han sido encomendados
todos los hijos de la Iglesia,
mucho más me complace
ver encomendados a ti, oh María,
a los jóvenes del mundo.

A ti, dulce Madre,
cuya protección he experimentado siempre,

esta tarde los encomiendo de nuevo.
 Bajo tu manto,
 bajo tu protección,
 todos buscan refugio.

Tú, Madre de la divina gracia,
 haz que resplandezcan con la belleza de Cristo.
 Son los jóvenes de este siglo,
 que en el alba del nuevo milenio
 viven aún los tormentos que derivan del pecado,
 del odio, de la violencia,
 del terrorismo y de la guerra.

Pero son también los jóvenes a quienes la Iglesia
 mira con confianza, con la certeza
 de que, con la ayuda de la gracia de Dios,
 lograrán creer y vivir
 como testigos del Evangelio
 en el hoy de la historia.

Oh María,
 ayúdalas a responder a su vocación.
 Guíalos al conocimiento del amor verdadero
 y bendice sus afectos.
 Sostenlos en el momento del sufrimiento.
 Conviértelos en anunciadores intrépidos
 del saludo de Cristo
 el día de Pascua: ¡La paz esté con vosotros!

Juntamente con ellos,
 también yo me encomiendo
 una vez más a ti,
 y con afecto confiado te repito:
Totus tuus ego sum!
 ¡Soy todo tuyo!

Y también cada uno de ellos,
 conmigo, te dice:
Totus tuus! Totus tuus!
 Amén.

El Domingo de Ramos, 13 de abril de 2003, el Papa San Juan Pablo II inicia la XVIII Jornada Mundial de la Juventud.

HOMILÍA pronunciada en la Misa.

1. «*Bendito el que viene en nombre del Señor*» (Mc 11, 9).

La liturgia del domingo de Ramos es casi un *solemne pórtico de ingreso* en la Semana santa. Asocia *dos momentos opuestos entre sí*: la acogida de Jesús en Jerusalén y el drama de la Pasión; el «Hosanna» festivo y el grito repetido muchas veces: «¡Crucifícalo!»; la entrada triunfal y la aparente derrota de la muerte en la cruz. Así, anticipa la «hora» en la que el Mesías deberá sufrir mucho, lo matarán y resucitará al tercer día (cf. Mt 16, 21), y nos prepara para vivir con plenitud el misterio pascual.

2. «*Alégrate, hija de Sion ... mira a tu rey que viene a ti*» (Zc 9, 9).

Al acoger a Jesús, se alegra la ciudad en la que se conserva el recuerdo de David; la ciudad de los profetas, muchos de los cuales sufrieron allí el martirio por la verdad; la *ciudad de la paz*, que a lo largo de los siglos ha conocido violencia, guerra y deportación.

En cierto modo, Jerusalén puede considerarse la *ciudad símbolo de la humanidad*, especialmente en el dramático inicio del tercer milenio que estamos viviendo. Por eso, los ritos del domingo de Ramos cobran una elocuencia particular. Resuenan consoladoras las palabras del profeta Zacarías: «Alégrate, hija de Sion; canta, hija de Jerusalén; mira a tu rey que viene a ti justo y victorioso, modesto y cabalgando en un asno ... Romperá los arcos guerreros, dictará la paz a las naciones» (Zc 9, 9-10). Hoy estamos de fiesta, porque entra en Jerusalén Jesús, el *Rey de la paz*.

3. Entonces, a lo largo de la bajada del monte de los Olivos, fueron al encuentro de Cristo *los niños y los jóvenes de Jerusalén*, aclamando y agitando con júbilo ramos de olivo y de palmas. Hoy lo acogen *los jóvenes del mundo entero*, que en cada comunidad diocesana celebran la *XVIII Jornada mundial de la juventud*.

Os saludo con gran afecto, queridos jóvenes de Roma, y también a los que habéis venido en peregrinación de diversos países. Saludo a los numerosos *responsables de la pastoral juvenil*, que participan en el congreso sobre las Jornadas mundiales de la juventud, organizado por el Consejo pontificio para los laicos. ¿Y cómo no expresar solida-

ridad fraterna a vuestros coetáneos probados por la guerra y la violencia en Irak, en Tierra Santa y en muchas otras regiones del mundo?

Hoy acogemos con fe y con júbilo a Cristo, que es nuestro «rey»: rey de *verdad*, de *libertad*, de *justicia* y de *amor*. Estos son los cuatro «pilares» sobre los que es posible construir el edificio de la verdadera paz, como escribió hace cuarenta años en la encíclica *Pacem in terris* el beato Papa Juan XXIII. *A vosotros, jóvenes del mundo entero, os entrego* idealmente este histórico documento, plenamente actual: leedlo, meditado y esforzaos por ponerlo en práctica. Así seréis «bienaventurados», *por ser auténticos hijos del Dios de la paz* (cf. Mt 5, 9).

4. La paz es don de Cristo, que nos lo obtuvo con el sacrificio de la cruz. Para conseguirla eficazmente, es necesario subir con el divino Maestro hasta el Calvario. Y en esta subida, ¿quién puede guiarnos mejor que María, que precisamente al pie de la cruz nos fue dada como madre en el apóstol fiel, san Juan? Para ayudar a los jóvenes a descubrir esta maravillosa realidad espiritual, elegí como *tema del Mensaje* para la Jornada mundial de la juventud de este año las palabras de Cristo moribundo: «He ahí a tu Madre» (*Jn 19, 27*). Aceptando este testamento de amor, Juan acogió a María en su casa (cf. *Jn 19, 27*), es decir, la acogió en su vida, compartiendo con ella una cercanía espiritual completamente nueva. El *vínculo íntimo con la Madre del Señor* llevará al «discípulo amado» a convertirse en el apóstol del Amor que él había tomado del Corazón de Cristo a través del Corazón inmaculado de María.

5. «He ahí a tu Madre». Jesús os dirige estas palabras a cada uno de vosotros, queridos amigos. También a vosotros os pide que acojáis a María como madre «en vuestra casa», que la recibáis «entre vuestros bienes», porque «ella, desempeñando su ministerio materno, os educa y os modela hasta que Cristo sea formado plenamente en vosotros» (*Mensaje*, 3). María os lleve a responder generosamente a la llamada del Señor y a perseverar con alegría y fidelidad en la misión cristiana.

A lo largo de los siglos, ¡cuántos jóvenes han aceptado esta invitación y cuántos siguen haciéndolo también en nuestro tiempo!

Jóvenes del tercer milenio, ¡no tengáis miedo de ofrecer vuestra vida como respuesta total a Cristo! Él, sólo él cambia la vida y la historia del mundo.

6. «Realmente, este hombre era el Hijo de Dios» (*Mc 15, 39*). Hemos vuelto a escuchar la clara profesión de fe del centurión, «al ver cómo había expirado» (*Mc 15, 39*). De cuanto vio brota el sorprendente testimonio del soldado romano, el primero en proclamar que ese hombre «era el Hijo de Dios».

Señor Jesús, también nosotros *hemos «visto» cómo has padecido y cómo has muerto por nosotros*. Fiel hasta el extremo, nos has arrancado de la muerte con tu muerte. Con tu cruz nos ha redimido.

Tú, María, Madre dolorosa, eres testigo silenciosa de aquellos instantes decisivos para la historia de la salvación.

Danos tus ojos para reconocer en el rostro del Crucificado, desfigurado por el dolor, la imagen del Resucitado glorioso.

Ayúdanos a abrazarlo y a confiar en él, para que seamos dignos de sus promesas. Ayúdanos a serle fieles hoy y durante toda nuestra vida. Amén.

ÁNGELUS

Antes de concluir esta solemne celebración, os saludo a todos vosotros, amadísimos jóvenes, que habéis participado en ella.

Dentro de pocos momentos, una delegación de jóvenes canadienses entregará *la Cruz* a un grupo de coetáneos, *representantes de las diócesis de Alemania*. Es un gesto importante, que se sitúa en el *camino de preparación* para el Encuentro mundial de *Colonia* en 2005.

Entregué esta cruz a los jóvenes en el Año santo de 1984. Al final de cada peregrinación, es acogida en el *Centro juvenil San Lorenzo*, que celebra este año el vigésimo aniversario de fundación. Agradezco al cardenal Stafford, presidente del Consejo pontificio para los laicos, y a sus colaboradores, el gran interés con que cuidan de ese Centro, así como a los movimientos, las asociaciones y las comunidades que contribuyen a su animación, coordinados por la Comunidad del Emmanuel.

Ahora la Cruz reanuda su *peregrinación*: primero atravesará varios países de *Europa central y oriental*; después, a partir del domingo de Ramos del año que viene, visitará las diócesis de *Alemania*, hasta llegar a Colonia.

A la delegación que ha venido de Alemania le entrego hoy también el *icono de María*. De ahora en adelante, juntamente con la Cruz, este icono acompañará las Jornadas mundiales de la juventud. Será signo de la presencia materna de María junto a los jóvenes, llamados, como el apóstol san Juan, a acogerla en su vida.

Os saludo con alegría, queridos jóvenes canadienses, acompañados por el cardenal Aloysius Ambrozic, arzobispo de Toronto, recordando con emoción vuestra acogida. Habéis recibido la Cruz en vuestro país. Al contemplarla, habéis descubierto el amor de Dios a vosotros. Reavivad sin cesar esta experiencia espiritual para vivir de ella, para contribuir a la edificación de la Iglesia en Canadá y para ser testigos del Resucitado en medio de todos los jóvenes... Ojalá que el espíritu de Toronto permanezca siempre vivo en vuestro corazón y dé abundantes frutos en vuestra vida.

Saludo cordialmente a la delegación de jóvenes de Alemania. Queridos representantes de los jóvenes católicos, guiados por el cardenal Joachim Meisner, arzobispo de Colonia, y por el cardenal Karl Lehmann, obispo de Maguncia, habéis venido en peregrinación a Roma para recibir la Cruz de la Jornada mundial de la juventud. Os exhorto, queridos jóvenes hermanos y hermanas, a contemplar esta cruz y acercaros a ella, para que conozcáis con qué amor tan maravilloso nos ha amado el Señor y os entreguéis con alegría a su obra de renovación de los corazones.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española que han participado en la liturgia del domingo de Ramos, especialmente a los jóvenes. Os exhorto a acoger en vuestros corazones a María, la Madre del Señor y Madre nuestra. Que con ella, contemplando a Cristo con el rezo del rosario, caminéis alegres y esperanzados hacia la próxima Jornada mundial de la juventud en Colonia, Alemania. ¡Que Dios os bendiga! Saludo también a los jóvenes que han venido de Polonia. La cruz de Cristo os indique el camino en la vida, en las

opciones a veces difíciles de la vida, y que la Madre santísima sea para vosotros el modelo del amor hermoso.

Encomendamos a la Madre celestial las esperanzas y el futuro de los jóvenes de todo el mundo.



La cruz durante la celebración de la XVIII JMJ.

XIX JMJ

ROMA, 4 DE ABRIL DE 2004

TEMA: «SEÑOR, QUEREMOS VER A JESÚS» (Jn, 12.21)

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el día 22 de febrero de 2004, para la XIX JMJ.

Muy queridos jóvenes:

1. El año 2004 constituye la última etapa antes de la gran cita de Colonia, donde en 2005 se celebrará la XX Jornada Mundial de la Juventud. Por eso os invito a intensificar vuestro camino de preparación espiritual, profundizando el tema que he elegido para esta XIX Jornada Mundial de la Juventud: *Queremos ver a Jesús*» (Jn 12,21).

Es la pregunta que algunos «griegos» le hicieron un día a los Apóstoles. Querían saber quién era Jesús. No se trataba simplemente de acercarse para saber cómo se presentaba el hombre Jesús. Movidos por una gran curiosidad y con el presentimiento de encontrar la respuesta a sus preguntas fundamentales, querían saber quién era realmente y de dónde venía.

2. Queridos jóvenes, yo también os invito a imitar a los «griegos» que se dirigieron a Felipe, movidos por el deseo de «ver a Jesús». Que vuestra búsqueda no esté motivada simplemente por la curiosidad intelectual, aunque en sí misma tiene un gran valor, sino que esté estimulada sobre todo por la exigencia profunda de encontrar la respuesta a la pregunta sobre el sentido de vuestra vida. Como el joven rico del Evangelio, buscad también vosotros a Jesús y preguntadle: «¿Qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?» (Mc 10,17). El evangelista Marcos precisa que Jesús, fijando en él su mirada, le amó. Pensad también en ese otro episodio en el que Jesús le dice a Natanael: «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas bajo la higuera, te vi», haciendo brotar del corazón de aquel israelita en el que no había engaño (cfr. Jn 1,47) una hermosa profesión de fe: «Rabbi, tú eres el Hijo de Dios» (Jn 1,49). Quien

se acerca a Jesús con el corazón libre de prejuicios puede llegar sin grandes dificultades a la fe, porque es el mismo Jesús quien en primer lugar le ha visto y le ha amado.

El aspecto más sublime de la dignidad del hombre está precisamente en su vocación a establecer una relación con Dios en este profundo intercambio de miradas que transforma la vida. Para ver a Jesús lo primero que hace falta es dejarse mirar por él.

El deseo de ver a Dios está en el corazón de cada hombre y de cada mujer. Queridos jóvenes, dejad que Jesús os mire a los ojos, para que crezca en vosotros el deseo de ver la Luz, de gustar el esplendor de la Verdad. Seamos o no conscientes, Dios nos ha creado porque nos ama y para que nosotros le amemos. Esto explica la insuprimible nostalgia de Dios que el hombre lleva en su corazón: «Tu rostro, Señor, yo busco. No me ocultes tu rostro» (*Sal 27,8*). Este rostro –lo sabemos– Dios nos lo ha revelado en Jesucristo.

3. Queridos jóvenes, ¿vosotros también queréis contemplar la belleza de ese Rostro? Ésta es la pregunta que os hago en esta Jornada Mundial de la Juventud del año 2004. No os lancéis a responder. Antes que nada haced silencio en vuestro interior. Dejad que emerja desde lo profundo de vuestro corazón el ardiente deseo de ver a Dios, un deseo a veces sofocado por los rumores del mundo y por las seducciones de los placeres. Dejad que en vosotros nazca este deseo y experimentaréis la maravilla del encuentro con Jesús. El cristianismo no es simplemente una doctrina; es un encuentro en la fe con Dios hecho presente en nuestra historia con la encarnación de Jesús.

Poned todos los medios a vuestro alcance para hacer posible este encuentro, mirando a Jesús que os busca apasionadamente. Buscadlo *con los ojos de la carne* a través de los acontecimientos de la vida y en el rostro de los demás; pero buscadlo también *con los ojos del alma* por medio de la oración y la meditación de la Palabra de Dios, porque «la contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de él dice la Sagrada Escritura» (*Novo millennio ineunte*, 17).

4. Ver a Jesús, contemplar su Rostro, es un deseo insuprimible, pero un deseo que el hombre desgraciadamente llega incluso a deformar. Es lo que sucede con el pecado, cuya esencia está precisamente en apartar los ojos del creador para mirar a la criatura.

Aquellos «griegos» que buscaban la verdad no hubieran podido acer-

carse a Cristo si su deseo, movido por un acto libre y voluntario, no se hubiese concretizado en una decisión clara: «Queremos ver a Jesús». Ser realmente libres significa tener la fuerza para elegir a Aquel por el que hemos sido creados y aceptar su señoría sobre nuestra vida. Lo percibís en el fondo de vuestro corazón: todos los bienes de la tierra, todos los éxitos profesionales, el mismo amor humano que soñáis, nunca podrán satisfacer plenamente vuestros deseos más íntimos y profundos. Sólo el encuentro con Jesús podrá dar pleno sentido a vuestra vida: «Nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en ti», ha escrito San Agustín (*Confesiones* I, 1). No os distraigáis en esta búsqueda. Perseverad en ella, porque lo que está en juego es vuestra plena realización y vuestro gozo.

5. Queridos amigos, si aprendéis a descubrir a Jesús en la Eucaristía, lo sabréis descubrir también en vuestros hermanos y hermanas, sobre todo en los más pobres. La Eucaristía recibida con amor y adorada con fervor es escuela de libertad y de caridad para realizar el mandamiento del amor. Jesús nos habla el lenguaje maravilloso del don de sí mismo y del amor hasta el sacrificio de la propia vida. ¿Es un discurso fácil? Bien sabéis que no. El olvido de sí no es fácil; éste aleja del amor posesivo y narcisista para abrir al hombre al gozo del amor que se dona. Esta escuela eucarística de libertad y de caridad enseña a superar las emociones superficiales para radicarse firmemente en lo que es verdadero y bueno; libra del encerrarse en uno mismo y prepara para abrirse a los demás, enseña a pasar de un amor *afectivo* a un amor *efectivo*. Porque amar no es sólo un sentimiento; es un acto de voluntad que consiste en preferir de manera constante, por encima del propio el bien, el bien de los demás: «Nadie tiene mayor amor, que el que da su vida por sus amigos» (*Jn* 15,13).

Con esta libertad interior y con esta ardiente caridad es como Jesús nos educa para encontrarlo en los demás, sobre todo en el rostro desfigurado del pobre. A la beata Teresa de Calcuta le gustaba distribuir su «tarjeta de visita» sobre la que estaba escrito: «Fruto del silencio es la oración; fruto de la oración, la fe; fruto de la fe, el amor; fruto del amor, el servicio; fruto del servicio, la paz». Éste es el camino del encuentro con Jesús. Id al encuentro de todos los sufrimientos humanos con la fuerza de vuestra generosidad y con el amor que Dios infunde en vuestros corazones por medio del Espíritu Santo: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo

hicisteis» (Mt 25,40). El mundo tiene necesidad urgente del gran signo profético de la caridad fraterna. No es suficiente «hablar» de Jesús; en cierto modo hay que hacerlo «ver» con el testimonio elocuente de la propia vida (cfr. *Novo millennio ineunte*, 16).

Y no os olvidéis de buscar a Cristo y de reconocer su presencia *en la Iglesia*. Ella es como la prolongación de su acción salvífica en el tiempo y en el espacio. En ella y por medio de ella Jesús sigue haciéndose visible hoy y sigue haciéndose encontrar por los hombres. En vuestras parroquias, movimientos y comunidades, acogeos mutuamente para que crezca la comunión entre vosotros. Éste es el signo visible de la presencia de Cristo en la Iglesia, a pesar del opaco diafragma que con frecuencia interpone el pecado de los hombres.

6. No os sorprendáis después si en vuestro camino encontráis la cruz. ¿Acaso Jesús no les ha dicho a sus discípulos que el grano de trigo tiene que caer en tierra y morir para dar mucho fruto? (cfr. *Jn* 12,23-26)? De esta forma indicaba que su vida entregada hasta la muerte sería fecunda. Lo sabéis: después de la resurrección de Cristo, la muerte no tendrá más la última palabra. El amor es más fuerte que la muerte. Si Jesús ha aceptado la muerte en cruz, haciendo de ella el manantial de la vida y el signo del amor, no es ni por debilidad ni por gusto al sufrimiento. Es para obtenernos la salvación y hacernos partícipes de su vida divina.

Precisamente es ésta la verdad que quise recordarles a los jóvenes del mundo cuando les entregué una gran Cruz de madera al terminar el Año Santo de la Redención, en 1984. Desde entonces esa Cruz ha recorrido varios países, preparando vuestras Jornadas Mundiales. Miles y miles de jóvenes han rezado junto a esa Cruz. Han puesto a sus pies los pesos que les oprimían, han descubierto que Dios los amaba y muchos de ellos incluso han encontrado la fuerza para cambiar vida.

Este año, en el XX Aniversario de ese acontecimiento, la Cruz será acogida solemnemente en Berlín, desde donde, en peregrinación a través de Alemania, llegará el próximo año a Colonia. Hoy deseo repetir las palabras que entonces os dije: «Queridísimos jóvenes, ¡... os confío la Cruz de Cristo! Llevadla por el mundo como signo del amor del Señor Jesús a la humanidad y anunciad a todos que sólo en Cristo muerto y resucitado hay salvación y redención».

7. Vuestros contemporáneos esperan de vosotros que seáis testigos de Aquel que habéis encontrado y que os hará vivir. En las realidades de

la vida cotidiana, sed testigos intrépidos del amor más fuerte que la muerte. Os toca a vosotros recoger este desafío. Poned vuestros talentos y vuestro ardor juvenil al servicio del anuncio de la Buena Noticia. Sed los amigos entusiastas de Jesús que le presentan al Señor todos aquellos que desean verlo, sobre todo a los más alejados de él. Felipe y Andrés llevaron a aquellos «griegos» a Jesús: Dios se sirve de la amistad humana para llevar a los corazones a la fuente de la divina caridad. Sentíos responsables de la evangelización de vuestros amigos y de todos vuestros coetáneos.

La Beata Virgen María, que durante toda la vida se dedicó asiduamente a la contemplación del rostro de Cristo, os acoja incesantemente bajo la mirada de su Hijo (cfr. *Rosarium Virginis Mariæ*, 10) y os sostenga en la preparación de la Jornada Mundial de Colonia, a la que os invito a mirar desde ahora con responsabilidad y auténtico entusiasmo. La Virgen de Nazaret, como Madre atenta y paciente, modelará en vosotros un corazón contemplativo y os enseñará a fijar la mirada en Jesús para que, en este mundo que pasa, seáis profetas del mundo que no muere.

Con cariño os imparto una especial bendición, que os acompañe en vuestro camino.

DISCURSO en el encuentro con los jóvenes de las Diócesis de Roma como preparación para la XIX JMJ, en la Plaza de San Pedro, el jueves, 1 de abril de 2004.

1. «Queremos ver a Jesús» (*Jn* 12, 21). Es la petición que algunos «griegos», que habían acudido a Jerusalén para la Pascua, dirigen a Felipe. El Maestro, advertido de este deseo, comprende que ha llegado *su «hora»*. La «hora» de la cruz, de la obediencia al Padre siguiendo la suerte del grano de trigo que, cayendo en tierra, se pudre y muere para producir fruto.

Para Jesús ha llegado también *la «hora» de la gloria*. La «hora» de la pasión, muerte, resurrección y ascensión al cielo. La «hora» en que entregará su vida para recobrarla de nuevo y donarla a todos. La «hora» en que, en la cruz, vencerá el pecado y la muerte en beneficio de toda la humanidad. También nosotros estamos llamados a vivir esa «hora», para ser «honrados» juntamente con él por el Padre. Amadísimos jóvenes de Roma y del Lacio, me alegra encontrarme con vosotros. Saludo al cardenal vicario, a los demás obispos aquí presentes y a quien, en nombre de todos vosotros, me ha hablado, dándome su testimonio. Saludo a los diversos artistas

que participen en este encuentro y a todos vosotros, amadísimos amigos presentes en la plaza o que nos seguís mediante la televisión.

2. Hace veinte años, al concluir el Año santo de la Redención, entregué a los jóvenes *la cruz*, el madero en el que Cristo fue elevado de la tierra y vivió la «hora» para la cual había venido al mundo. Desde entonces esa cruz, peregrinando de una Jornada de la juventud a otra, *está recorriendo el mundo sostenida por los jóvenes* y anuncia el amor misericordioso de Dios, que sale al encuentro de todas sus criaturas para restituirles la dignidad perdida a causa del pecado.

Gracias a vosotros, queridos amigos, millones de jóvenes, al mirar esa cruz, han cambiado su existencia, comprometiéndose a vivir como auténticos cristianos.

3. Amadísimos jóvenes, permaneced unidos a la cruz. Mirad la gloria que os espera también a vosotros. ¡Cuántas heridas sufre vuestro corazón, a menudo causadas por el mundo de los adultos! Al entregaros una vez más idealmente la cruz, os invito a creer que somos muchos los que confiamos en vosotros, que Cristo confía en vosotros y que sólo en él está la salvación que buscáis.

¡Cuán necesario resulta hoy *renovar el modo de acercarnos a los jóvenes* para anunciarles el Evangelio! Ciertamente, debemos replantear nuestra propia situación para evangelizar el mundo juvenil, pero con la certeza de que también hoy Cristo desea que lo vean, de que también hoy quiere mostrar a todos su rostro.

4. Queridos jóvenes, no tengáis miedo de emprender *camino nuevos de entrega total al Señor* y de misión; sugerid vosotros mismos cómo llevar hoy la cruz al mundo.

A este propósito, deseo congratularme por la preparación, que se está realizando en la diócesis de Roma, de una *misión de los jóvenes a los jóvenes*, en el centro histórico, del 1 al 10 del próximo mes de octubre, que tiene un título muy significativo: «¡Jesús en el centro!». También me congratulo con el Consejo pontificio para los laicos, que durante estos días ha querido organizar un *Foro internacional de jóvenes*. Os saludo, queridos participantes en el Foro, y os aliento a comprometeros generosamente en la realización del proyecto de una presencia cristiana cada vez más eficaz en el mundo de la universidad.

Alimentados con la Eucaristía, unidos a la Iglesia y aceptando vues-

tras cruces, haced que explote en el mundo vuestra carga de fe y anunciad a todos la misericordia divina.

5. En este camino, no tengáis miedo de fiaros de Cristo. Ciertamente, amáis el mundo, y hacéis bien, porque el mundo fue creado para el hombre. Sin embargo, en un determinado momento de la vida, es preciso hacer *una opción radical*. Sin renegar de nada de lo que es expresión de la belleza de Dios y de los talentos recibidos de él, hay que *ponerse de parte de Cristo*, para testimoniar ante todos el amor de Dios. A este respecto, me complace recordar la gran atracción espiritual que ejerció en la historia de mi vocación la figura del santo fray Alberto, Adam Chmielowski –así se llamaba–, que no era sacerdote. Fray Alberto era pintor de gran talento y cultura. Pues bien, en un determinado momento de su vida, rompió con el arte, porque comprendió que Dios lo llamaba a tareas mucho más importantes. Se trasladó a Cracovia, para hacerse pobre entre los más pobres, entregándose al servicio de los desheredados. En él encontré un gran apoyo espiritual y un ejemplo para alejarme de la literatura y del teatro, para la elección radical de la vocación al sacerdocio. Después, una de mis mayores alegrías fue elevarlo al honor de los altares, como, anteriormente, dedicarle una obra dramática: «Hermano de nuestro Dios».

Mirad que seguir a Cristo no significa renunciar a los dones que nos concede, sino elegir *un camino de entrega radical a él*. Si llama a este camino, el «sí» resulta necesario. Por tanto, no tengáis miedo de entregaros a él. Jesús sabe cómo debéis llevar hoy su cruz en el mundo, para colmar las expectativas de muchos otros corazones jóvenes.

6. ¡Cómo han cambiado los jóvenes de hoy con respecto a los de hace veinte años! ¡Cómo ha cambiado el contexto cultural y social en el que vivimos! Pero Cristo, no, *él no ha cambiado*. Él es el Redentor del hombre ayer, hoy y siempre.

Así pues, poned vuestros talentos al servicio de la nueva evangelización, para recrear un entramado de vida cristiana.

El Papa está con vosotros. Creed en Jesús, contemplad su rostro de Señor crucificado y resucitado, un rostro que muchos quieren ver, pero que, *a menudo, está velado* por nuestro escaso celo por el Evangelio y por nuestro pecado.

¡Oh Jesús amado, oh Jesús buscado, revélanos tu rostro de luz y de perdón! ¡Míranos, renuévanos, envíanos! Muchísimos jóvenes te espe-

ran y, si no te ven, no podrán vivir su vocación, no podrán vivir por ti y contigo, para renovar el mundo bajo tu mirada, dirigida al Padre y, al mismo tiempo, a nuestra pobre humanidad.

7. Amadísimos amigos, con creatividad siempre nueva, inspirada por el Espíritu Santo en la oración, seguid llevando juntos la cruz que os entregué hace veinte años.

Los jóvenes de entonces han cambiado, como también yo he cambiado, pero vuestro corazón, como el mío, tiene siempre sed de verdad, de felicidad, de eternidad y, por tanto, es siempre joven.

Esta tarde pongo nuevamente mi confianza en vosotros, esperanza de la Iglesia y de la sociedad. ¡No tengáis miedo! Llevad por doquier, a tiempo y a destiempo (cf. *2 Tm* 4, 2), la fuerza de la cruz, para que todos, también gracias a vosotros, puedan seguir viendo y creyendo en el Redentor del hombre. Amén.

El Domingo de Ramos, 4 de abril de 2004, el Papa San Juan Pablo II inicia la XIX Jornada Mundial de la Juventud.

HOMILÍA pronunciada en la Misa, que contiene un resumen de los mensajes de las JMJ hasta ese día, un canto de adoración y de alabanza a la Cruz que le acompañó siempre, y un legado riquísimo en la forma y el contenido de la redención.

1. «*¡Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor!*» (*Lc* 19, 38).

Con estas palabras, la población de Jerusalén acogió a Jesús en su entrada en la ciudad santa, aclamándolo como rey de Israel. Sin embargo, algunos días más tarde, la misma multitud lo rechazará con gritos hostiles: «¡Que lo crucifiquen, que lo crucifiquen!» (*Lc* 23, 21). La liturgia del domingo de Ramos nos hace revivir estos dos momentos de la última semana de la vida terrena de Jesús. Nos sumerge en aquella multitud tan voluble, que en pocos días pasó del entusiasmo alegre al desprecio homicida.

2. En el clima de alegría, velado de tristeza, que caracteriza el domingo de Ramos, celebramos la *XIX Jornada mundial de la juventud*. Este año tiene por tema: «Queremos ver a Jesús» (*Jn* 12, 21), la petición que dirigieron a los Apóstoles «algunos griegos» (*Jn* 12, 20) que habían acudido a Jerusalén para la fiesta de Pascua.

Ante la multitud que se había congregado para escucharlo, Cristo

proclamó: «Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí» (*Jn* 12, 32). Así pues, esta es su respuesta: todos los que buscan al Hijo del hombre, lo verán, en la fiesta de Pascua, como verdadero Cordero inmolado por la salvación del mundo.

En la cruz, Jesús muere por cada uno y cada una de nosotros. Por eso, *la cruz es el signo más grande y elocuente de su amor misericordioso*, el único signo de salvación para todas las generaciones y para la humanidad entera.

3. *Hace veinte años*, al concluir el Año santo de la redención, *entregué a los jóvenes la gran cruz de aquel jubileo*. En aquella ocasión, los exhorté a ser discípulos fieles de Cristo, Rey crucificado, que «se nos presenta como Aquel que (...) libera al hombre de lo que limita, disminuye y casi destruye esta libertad en sus mismas raíces, en el alma del hombre, en su corazón, en su conciencia» (*Redemptor hominis*, 12).

Desde entonces, la cruz sigue recorriendo numerosos países, como preparación para las Jornadas mundiales de la juventud. Durante sus peregrinaciones, ha recorrido los continentes: como antorcha que pasa de mano en mano, ha sido transportada de un país a otro; se ha convertido en el signo luminoso de la confianza que impulsa a las jóvenes generaciones del tercer milenio. Hoy se encuentra en Berlín.

4. Queridos jóvenes, celebrando el vigésimo aniversario del inicio de esta extraordinaria aventura espiritual, permitidme que os renueve la misma consigna de entonces: «Os confío la cruz de Cristo. Llevadla por el mundo como señal del amor de nuestro Señor Jesucristo a la humanidad, y anunciad a todos que sólo en Cristo muerto y resucitado está la salvación y la redención» (*Clausura del Año jubilar de la Redención*, 22 de abril de 1984: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de abril de 1984, p. 12).

Ciertamente, el mensaje que la cruz comunica no es fácil de comprender en nuestra época, en la que se proponen y buscan como valores prioritarios el bienestar material y las comodidades. Pero vosotros, queridos jóvenes, ¡no tengáis miedo de proclamar en toda circunstancia el evangelio de la cruz! ¡No tengáis miedo de ir contra corriente!

5. «Cristo... se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó» (*Flp* 2, 6. 8-9). El admirable himno de la carta de san Pablo a los Filipenses acaba de recordarnos

que la cruz tiene dos aspectos inseparables: es, al mismo tiempo, *dolorosa y gloriosa*. El sufrimiento y la humillación de la muerte de Jesús están íntimamente unidos a la exaltación y a la gloria de su resurrección. Queridos hermanos y hermanas; amadísimos jóvenes, tened siempre presente esta consoladora verdad. La pasión y la resurrección de Cristo constituyen el centro de nuestra fe y nuestro apoyo en las inevitables pruebas diarias.

María, la Virgen de los Dolores y testigo silenciosa del gozo de la Resurrección, os ayude a seguir a Cristo crucificado y a descubrir en el misterio de la cruz el sentido pleno de la vida.

¡Alabado sea Jesucristo!

ÁNGELUS

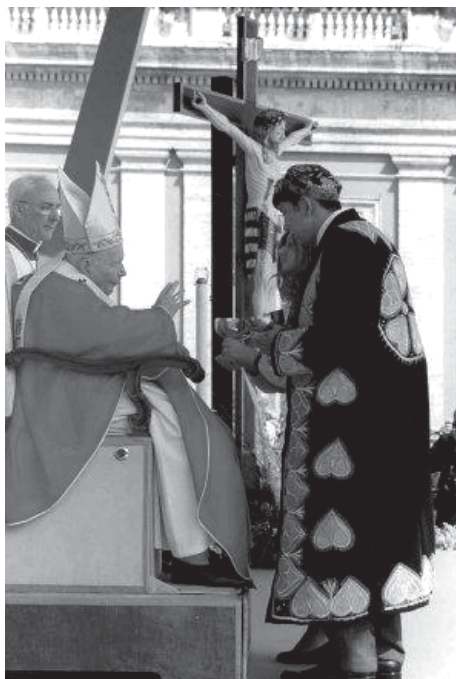
1. Le dirijo un cordial saludo a usted, señor obispo Franz-Josef Hermann Bode, responsable de la pastoral juvenil, y a todos los que han participado en la santa misa celebrada en Berlín por el cardenal Sterzinsky. ¡Gracias, de corazón, por las palabras que usted, señor obispo, y la representante de los jóvenes, me han dirigido!

Con gran alegría os saludo también a vosotros, queridos jóvenes alemanes, que con vuestros pastores y asistentes espirituales os habéis reunido en torno a la cruz, que ha recorrido numerosos países de Europa. Esta cruz recorrerá ahora vuestro país, para llegar finalmente a Colonia, donde en agosto del año 2005 se celebrará la XX Jornada mundial de la juventud. Exhorto a toda la Iglesia que está en Alemania a prepararse para esa gran cita.

2. Ahora, antes de concluir, deseo dirigir un cordial saludo a todos los peregrinos presentes. De modo especial, os saludo a vosotros, amadísimos jóvenes, que durante estos días habéis dado vida al VIII *Foro internacional* de los jóvenes, organizado por el Consejo pontificio para los laicos. Me alegra saludar, también, a los rectores y profesores presentes en el *Foro*, así como a los obispos, a los sacerdotes y a los laicos comprometidos en la pastoral universitaria. Por último, saludo cordialmente a los jóvenes romanos y a los de otras partes del mundo que han venido a Roma para la Semana santa. Sobre todos invoco la protección materna de María.

Queridos jóvenes, antes del Ángelus os agradezco vuestra jubilosa y prometedora presencia. Os aseguro que sois siempre bienvenidos a la casa del Papa. Dios os bendiga y proteja.

La XIX JMJ estuvo presidida por la Cruz y acompañada por el icono de la Virgen María.



Domingo de Ramos, 20 de marzo de 2005.

ÁNGELUS

Transcribimos íntegro el texto escrito por San Juan Pablo II, que fue leído en la Plaza de San Pedro, por el Arzobispo Monseñor Leonardo Sandri, sustituto de la Secretaría de Estado, después de la Eucaristía que se celebró con ocasión de la XX JMJ presidida por el Cardenal Camillo Ruini, Vicario para la Diócesis de Roma, que no pudo presidir el Papa por motivos de salud –doce días después se marchó al cielo– y siguió la ceremonia a través de televisión, desde su habitación.

«Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Con gran alegría os saludo, al final de la solemne celebración del domingo de Ramos, y doy las gracias al cardenal Camillo Ruini que, en mi nombre, la ha presidido.

Hace veinte años, precisamente en esta plaza, comenzaron las Jornadas mundiales de la juventud. Por eso, hoy me dirijo de modo especial a los jóvenes, a los aquí presentes y a los de todo el mundo.

2. Amadísimos jóvenes, en el próximo mes de agosto tendrá lugar el Encuentro mundial de la juventud en Colonia, en el corazón de Alemania y de Europa. En la estupenda catedral de aquella ciudad se veneran las reliquias de los santos Magos, que por eso, en cierto sentido, se han convertido en vuestros guías hacia esa cita. Fueron de Oriente para rendir homenaje a Jesús y declararon: «Hemos venido a adorarlo» (Mt 2, 2). Estas palabras, tan ricas de significado, constituyen el tema de vuestro itinerario espiritual y catequístico hacia la Jornada mundial de la juventud.

Hoy vosotros adoráis la cruz de Cristo, que lleváis a todo el mundo, porque habéis creído en el amor de Dios, que se reveló plenamente en Cristo crucificado.

3. Amadísimos jóvenes, cada vez tomo mayor conciencia de cuán providencial y profético ha sido que precisamente este día, el domingo de Ramos y de la Pasión del Señor, se haya convertido en vuestra Jornada. Esta fiesta contiene una gracia especial, la de la alegría unida a la cruz, que resume en sí el misterio cristiano.

Hoy os digo: proseguid sin cansaros el camino emprendido para ser por doquier testigos de la cruz gloriosa de Cristo. ¡No tengáis miedo! Que la alegría del Señor, crucificado y resucitado, sea vuestra fuerza, y que María santísima esté siempre a vuestro lado.»

3. PRESIDIDAS POR EL PAPA BENEDICTO XVI 2005 - 2012

XX JMJ

COLONIA, 16 A 21 DE AGOSTO DE 2005

TEMA: «HEMOS VENIDO A ADORARLE» (Mt 2, 2)

El Papa Benedicto XVI presidió por primera vez la XX Jornada Mundial de la Juventud en Colonia donde el día 16 de agosto de 2005 se reunieron más de dos millones y medio de jóvenes.

MENSAJE enviado por el Papa San Juan Pablo II el 6 de agosto de 2004, para la XX JMJ.

Queridísimos jóvenes:

1. Este año hemos celebrado la XIX Jornada Mundial de la Juventud meditando sobre el deseo expresado por algunos griegos que con motivo de la Pascua llegaron a Jerusalén: «*Queremos ver a Jesús*» (Jn 12,21). Y ahora nos encontramos en camino hacia Colonia, donde en agosto de 2005 tendrá lugar la XX Jornada Mundial de la Juventud.

«*Hemos venido a adorarle*» (Mt 2,2): este es el tema del próximo encuentro mundial juvenil. Es un tema que permite a los jóvenes de cada continente recorrer idealmente el itinerario de los Reyes Magos, cuyas reliquias se veneran según una pía tradición precisamente en aquella ciudad, y encontrar, como ellos, al Mesías de todas las naciones.

En verdad, la luz de Cristo ya iluminaba la inteligencia y el corazón de los Reyes Magos. «*Se pusieron en camino*» (Mt 2,9), cuenta el evangelista, lanzándose con coraje por caminos desconocidos y emprendiendo un largo viaje nada fácil. No dudaron en dejar todo para seguir la estrella que habían visto salir en el Oriente (cfr. Mt 2,2). Imitando a los Reyes Magos, también vosotros, queridos jóvenes, os disponéis a emprender un «viaje» desde todas las partes del globo hacia Colonia. Es importante que os preocupéis no sólo de la organi-

zación práctica de la Jornada Mundial de la Juventud, sino que cuidéis en primer lugar la preparación espiritual en una atmósfera de fe y de escucha de la Palabra de Dios.

2. «Y la estrella ... iba delante de ellos, hasta que llegó y se detuvo encima del lugar donde estaba el niño» (Mt 2,9). Los Reyes Magos llegaron a Belén porque se dejaron guiar dócilmente por la estrella. Más aún, «al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría» (Mt 2,10). Es importante, queridos amigos, aprender a *escrutar los signos* con los que Dios nos llama y nos guía. Cuando se es consciente de ser guiado por Él, el corazón experimenta una *auténtica y profunda alegría* acompañada de un vivo deseo de encontrarlo y de un esfuerzo perseverante de seguirlo dócilmente.

«Entraron en la casa, vieron al niño con María su madre» (Mt 2,11). Nada de extraordinario a simple vista. Sin embargo, aquel Niño es diferente a los demás: es el Hijo primogénito de Dios que *se despojó de su gloria* (cfr. Fil 2,7) y vino a la tierra para morir en la Cruz. Descendió entre nosotros y se hizo pobre para revelarnos la gloria divina que contemplaremos plenamente en el Cielo, nuestra patria celestial.

¿Quién podría haber inventado un signo de amor más grande? Permanecemos extasiados ante el *misterio de un Dios que se humilla* para asumir nuestra condición humana hasta inmolarse por nosotros en la cruz (cfr. Fil 2,6-8). En su *pobreza*, vino para ofrecer la salvación a los pecadores. Aquel que –como nos recuerda san Pablo– *«siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro, para que vosotros fueseis ricos por su pobreza»* (2 Cor 8,9).

¿Cómo no dar gracias a Dios por tanta bondad condescendiente?

3. Los Reyes Magos encontraron a Jesús en «*Bêt-lehem*», que significa «*casa del pan*». En la humilde cueva de Belén yace, sobre un poco de paja, el «*grano de trigo*» que muriendo dará «*mucho fruto*» (cfr. Jn 12,24). Para hablar de sí mismo y de su misión salvífica, Jesús, en el curso de su vida pública, recurrirá a la imagen del pan. Dirá: «*Yo soy el pan de vida*», «*Yo soy el pan que bajó del cielo*», «*El pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo*» (Jn 6,35.41.51).

Recorriendo con fe el itinerario del Redentor desde la pobreza del *Pesebre* hasta el abandono de la *Cruz*, comprendemos mejor el misterio de su amor que redime a la humanidad. El Niño, colocado suavemente en el pesebre por María, es el Hombre-Dios que veremos

clavado en la Cruz. El mismo Redentor está presente en el sacramento de la Eucaristía. En el *establo de Belén* se dejó adorar, bajo la pobre apariencia de un neonato, por María, José y los pastores; en la *Hostia consagrada* lo adoramos sacramentalmente presente en cuerpo, sangre, alma y divinidad, y Él se ofrece a nosotros como alimento de vida eterna. La *santa Misa* se convierte ahora en un verdadero encuentro de amor con Aquel que se nos ha dado enteramente. No dudéis, queridos jóvenes, en responderle cuando os invita «*al banquete de bodas del Cordero*» (cfr. *Ap 19,9*). Escuchadlo, preparaos adecuadamente y acercaos al Sacramento del Altar, especialmente en este Año de la Eucaristía (octubre 2004-2005) que he querido declarar para toda la Iglesia.

4. «*Y postrándose le adoraron*» (*Mt 2,11*). Si en el Niño que María estrecha entre sus brazos los Reyes Magos reconocen y adoran al esperado de las gentes anunciado por los profetas, nosotros podemos adorarlo hoy en la Eucaristía y *reconocerlo como nuestro Creador, único Señor y Salvador*.

«*Abrieron sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra*» (*Mt 2,11*). Los dones que los Reyes Magos ofrecen al Mesías simbolizan la verdadera adoración. Por medio del oro subrayan la divinidad real; con el incienso lo reconocen como sacerdote de la nueva Alianza; al ofrecerle la mirra celebran al profeta que derramará la propia sangre para reconciliar la humanidad con el Padre.

Queridos jóvenes, ofreced también vosotros al Señor el oro de vuestra existencia, o sea *la libertad* de seguirlo por amor respondiendo fielmente a su llamada; elevad hacia Él el incienso de vuestra *oración* ardiente, para alabanza de su gloria; ofrecedle la mirra, es decir *el afecto lleno de gratitud hacia Él*, verdadero Hombre, que nos ha amado hasta morir como un malhechor en el Gólgota.

5. ¡Sed adoradores del único y verdadero Dios, reconociéndole el primer puesto en vuestra existencia! La *idolatría* es una tentación constante del hombre. Desgraciadamente hay gente que busca la solución de los problemas en *prácticas religiosas incompatibles con la fe cristiana*. Es fuerte el impulso de creer en los falsos mitos del éxito y del poder; es peligroso abrazar conceptos evanescentes de lo sagrado que presentan a Dios bajo la forma de energía cósmica, o de otras maneras no concordantes con la doctrina católica.

¡Jóvenes, no creáis en *falaces ilusiones y modas efímeras* que no pocas veces dejan un trágico vacío espiritual! Rechazad las *seducciones* del dinero, del consumismo y de la violencia solapada que a veces ejercen los medios de comunicación.

La adoración del Dios verdadero constituye un auténtico acto de *resistencia contra toda forma de idolatría*. Adorad a Cristo: Él es la Roca sobre la que construir vuestro futuro y un mundo más justo y solidario. Jesús es *el Príncipe de la paz*, la fuente del perdón y de la reconciliación, que puede hacer hermanos a todos los miembros de la familia humana.

6. «*Se retiraron a su país por otro camino*» (Mt 2,12). El Evangelio precisa que, después de haber encontrado a Cristo, los Reyes Magos regresaron a su país «por otro camino». Tal cambio de ruta puede simbolizar *la conversión* a la que están llamados los que encuentran a Jesús para convertirse en los verdaderos adoradores que Él desea (cfr. Jn 4,23-24). Esto conlleva la imitación de su modo de actuar transformándose, como escribe el apóstol Pablo, en una «*hostia viva, santa, grata a Dios*». Añade después el apóstol de no conformarse a la mentalidad de este siglo, sino de transformarse por la renovación de la mente, «*para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, buena, grata y perfecta*» (cfr. Rom 12,1-2).

Escuchar a Cristo y adorarlo lleva a hacer *elecciones valerosas*, a tomar decisiones a veces heroicas. Jesús es exigente porque quiere nuestra auténtica felicidad. Llama a algunos a dejar todo para que le sigan en la vida sacerdotal o consagrada. Quien advierte esta invitación no tenga miedo de responderle «sí» y le siga generosamente. Pero más allá de las vocaciones de especial consagración, está la vocación propia de todo bautizado: también es esta una vocación a aquel «alto grado» de la vida cristiana ordinaria que se expresa en la santidad (cfr. *Novo millennio ineunte*, 31). Cuando se encuentra a Jesús y se acoge su Evangelio, la vida cambia y uno es empujado a comunicar a los demás la propia experiencia.

Son tantos nuestros compañeros que todavía no conocen el amor de Dios, o buscan llenarse el corazón con sucedáneos insignificantes. Por lo tanto, es urgente ser *testigos del amor contemplado en Cristo*. La invitación a participar en la Jornada Mundial de la Juventud es también para vosotros, queridos amigos que no estáis bautizados o que no os identificáis con la Iglesia.

¿No será que también vosotros tenéis sed del Absoluto y estáis en la búsqueda de «algo» que dé significado a vuestra existencia? Dirigíos a Cristo y no seréis defraudados.

7. Queridos jóvenes, la Iglesia necesita auténticos testigos para la nueva evangelización: hombres y mujeres cuya vida haya sido transformada por el encuentro con Jesús; hombres y mujeres capaces de comunicar esta experiencia a los demás. La Iglesia necesita santos. Todos estamos llamados a la santidad, y sólo los santos pueden renovar la humanidad. En este camino de heroísmo evangélico nos han precedido tantos, y es a su intercesión a la que os exhorto recurrir a menudo. Al encontraros en Colonia, aprenderéis a conocer mejor a algunos de ellos, como a *san Bonifacio*, el apóstol de Alemania, a *los Santos de Colonia*, en particular a Úrsula, Alberto Magno, Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein) y al beato Adolfo Kolping. Entre éstos quisiera citar en modo particular a *san Alberto* y a *santa Teresa Benedicta de la Cruz* que, con la misma actitud interior de los Reyes Magos, buscaron la verdad apasionadamente. No dudaron en poner sus capacidades intelectuales al servicio de la fe, testimoniando así que la fe y la razón están ligadas y se atraen recíprocamente.

Queridísimos jóvenes encaminados idealmente hacia Colonia, el Papa os acompaña con su oración. Que María, «mujer eucarística» y Madre de la Sabiduría, os ayude en vuestro caminar, ilumine vuestras decisiones y os enseñe a amar lo que es verdadero, bueno y bello. Que Ella os conduzca a su Hijo, el único que puede satisfacer las esperanzas más íntimas de la inteligencia y del corazón del hombre.

¡Con mi bendición!

El domingo 17 de octubre de 2004, antes del Ángelus en la Plaza de San Pedro, Juan Pablo II se refirió a la Clausura del Congreso Eucarístico Internacional que, durante ocho días había tenido lugar en la ciudad mexicana de Guadalajara y a la apertura del Año de la Eucaristía, que iba a inaugurar aquella tarde y que duraría hasta octubre de 2005, con estas palabras:

1. «*Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*» (Mt 28,20).

Reunidos ante la Eucaristía, experimentamos con particular intensidad en este momento la verdad de la promesa de Cristo: ¡*Él está con nosotros!*

Os saludo a todos los que estáis en Guadalajara para participar en la

conclusión del Congreso Eucarístico Internacional. En particular, al Cardenal Jozef Tomko, Legado mío, al Cardenal Juan Sandoval Íñiguez, Arzobispo de Guadalajara, a los Señores Cardenales, Arzobispos, Obispos y Sacerdotes de México y de otros muchos Países que están presentes.

Saludo también a todos los fieles de Guadalajara, de México y de otras partes del mundo, unidos a nosotros en la adoración del Misterio eucarístico.

2. La conexión televisiva entre la Basílica de San Pedro, corazón de la cristiandad, y Guadalajara, sede del Congreso, es como *un puente tendido entre los continentes* y hace que nuestro encuentro de oración sea como una «*Statio Orbis*» ideal, a la cual se unen los creyentes de todo el orbe. El punto de encuentro es Jesús mismo, realmente presente en la Santísima Eucaristía con su misterio de muerte y resurrección, en el cual se unen el cielo y la tierra, y se encuentran los pueblos y culturas diversas. Cristo es «nuestra paz, haciendo de los dos un sólo pueblo» (*Ef 2,14*).

3. «*La Eucaristía, Luz y Vida del Nuevo Milenio*». El tema del Congreso nos invita a considerar el Misterio eucarístico, no sólo en sí mismo, sino también en relación a los problemas de nuestro tiempo.

¡*Misterio de luz!* De luz tiene necesidad el corazón del hombre, oprimido por el pecado, a veces desorientado y cansado, probado por sufrimientos de todo tipo. El mundo tiene necesidad de luz, en la búsqueda difícil de una paz que parece lejana al comienzo de un milenio perturbado y humillado por la violencia, el terrorismo y la guerra.

¡*La Eucaristía es luz!* En la Palabra de Dios constantemente proclamada, en el pan y en el vino convertidos en Cuerpo y Sangre de Cristo, *es precisamente Él, el Señor Resucitado*, quien abre la mente y el corazón y se deja reconocer, como sucedió a los dos discípulos de Emaús «al partir el pan» (cf. *Lc 24,25*). En este gesto convivial revivimos el sacrificio de la Cruz, experimentamos el amor infinito de Dios y sentimos la llamada a difundir la luz de Cristo entre los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

4. ¡*Misterio de vida!* ¿Qué aspiración puede ser más grande que la vida? Y sin embargo sobre este anhelo humano universal se ciernen *sombras amenazadoras*: la sombra de una cultura que niega el respeto de la vida en cada una de sus fases; la sombra de una indiferencia que condena a tantas personas a un destino de hambre y subdesarrollo; la

sombra de una búsqueda científica que a veces está al servicio del egoísmo del más fuerte.

Queridos hermanos y hermanas: debemos sentirnos interpelados por las necesidades de tantos hermanos. No podemos cerrar el corazón a sus peticiones de ayuda. Y tampoco podemos olvidar que «no sólo de pan vive el hombre» (cf. *Mt* 4,4). Necesitamos el «pan vivo bajado del cielo» (Jn 6,51). Este pan es Jesús. Alimentarnos de él significa recibir la vida misma de Dios (cf. *Jn* 10,10), abriéndonos a la lógica del amor y del compartir.

5. He querido que este Año estuviera *dedicado particularmente a la Eucaristía*. En realidad, todos los días, y especialmente el domingo, día de la resurrección de Cristo, la Iglesia vive de este misterio. Pero en este *Año de la Eucaristía* se invita a la comunidad cristiana a tomar conciencia más viva del mismo con una celebración más sentida, con una adoración prolongada y fervorosa, con un mayor compromiso de fraternidad y de servicio a los más necesitados. La Eucaristía es fuente y epifanía de *comunión*. Es principio y proyecto de *misión* (cf. *Mane nobiscum Domine*, cap. III y IV).

Siguiendo el ejemplo de María, «mujer eucarística» (*Ecclesia de Eucharistia*, cap. VI), la comunidad cristiana ha de vivir de este misterio. Consolidada por el «pan de vida eterna», ha de ser presencia de luz y de vida, fermento de evangelización y de solidaridad.

6. *Mane nobiscum, Domine!* Como los dos discípulos del Evangelio, te imploramos, Señor Jesús: *quédate con nosotros!*

Tú, divino Caminante, experto de nuestras calzadas y conocedor de nuestro corazón, no nos dejes prisioneros de las sombras de la noche.

Ampáranos en el cansancio, perdona nuestros pecados, orienta nuestros pasos por la vía del bien.

Bendice a los niños, a los jóvenes, a los ancianos, a las familias y particularmente a los enfermos. Bendice a los sacerdotes y a las personas consagradas. Bendice a toda la humanidad.

En la Eucaristía te has hecho «remedio de inmortalidad»: danos el gusto de una vida plena, que nos ayude a caminar sobre esta tierra como peregrinos seguros y alegres, mirando siempre hacia la meta de la vida sin fin.

Quédate con nosotros, Señor! Quédate con nosotros! Amén.

Tengo ahora el gozo de comunicar que el *próximo Congreso Eucarístico Internacional se celebrará en Quebec en el año dos mil ocho*.

Que este anuncio suscite en los fieles un fuerte empeño e vivir más intensamente el presente *Año de la Eucaristía*.»

Después del Ángelus agradeció las felicitaciones recibidas con motivo de su elección como el Papa el 16 de octubre de 1978

DISCURSO del Papa Benedicto XVI en la Ceremonia de Bienvenida en el Aeropuerto Internacional de Colonia, el jueves, 18 de agosto de 2005.

Queridísimos jóvenes:

Con inmensa alegría me encuentro hoy, por vez primera después de mi elección a la Cátedra de Pedro, en mi querida patria, Alemania. Sólo puedo repetir lo que afirmé durante una entrevista concedida a Radio Vaticano: considero un amoroso gesto de reconciliación que, sin que yo lo haya querido, mi primer viaje fuera de Italia se realice a mi patria, a Colonia, en un momento, en un lugar y en una ocasión en que se reúnen jóvenes de todo el mundo, de todos los continentes, en que desaparecen las fronteras entre los continentes, entre las culturas, entre las razas y entre las naciones, porque todos somos uno gracias a la estrella que ha brillado para nosotros: la estrella de la fe en Jesucristo, que nos une y nos muestra el camino, de forma que todos podamos constituir una gran fuerza de paz más allá de todos los confines y de todas las divisiones. Por eso, agradezco de corazón a Dios que me haya concedido comenzar aquí mis viajes pastorales, en mi patria y en una ocasión tan propiciadora de paz.

Así pues, como ha dicho usted, señor presidente, llego a Colonia con una continuidad más profunda con mi grande y amado predecesor, Juan Pablo II, que tuvo la intuición –podría decir, la inspiración– de las Jornadas mundiales de la juventud, y que así no sólo creó una ocasión de excepcional significado religioso y eclesial, sino también humano, que acerca a los hombres entre sí, más allá de los confines, y contribuye a edificar un futuro común.

Estoy sinceramente agradecido a todos los aquí presentes por la cordial acogida que se me ha dispensado. Saludo con deferencia ante todo al presidente de la República federal, señor Horst Köhler, al que agradezco las corteses palabras de bienvenida que me ha dirigido con todo el corazón. No sabía que un economista podía ser también filósofo y teólogo. ¡Gracias de corazón! Extiendo mi respetuoso reconocimiento a los representantes del Gobierno, a los miembros del Cuerpo diplomático y a las autoridades civiles y militares; al canciller federal, al presidente de Renania del norte-Westfalia, y a todas las autoridades aquí presentes.

Saludo también con afecto fraterno al pastor de la archidiócesis de Colonia, el cardenal Joachim Meisner, así como a los demás preladados, al presidente de la Conferencia episcopal alemana, el cardenal Lehmann, a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas y a todos los que prestan su valiosa colaboración en las diversas actividades pastorales en las diócesis de lengua alemana. Quisiera abrazar espiritualmente y con afecto en este momento a todos los habitantes de los diversos *Länder* de la República federal de Alemania.

En estos días de preparación más inmediata para la Jornada mundial de la juventud, las diócesis de Alemania, y en particular la diócesis y la ciudad de Colonia, se han animado con la presencia de tantos jóvenes, procedentes de las diversas partes del mundo. Doy las gracias a todos los que han prestado una colaboración eficiente y generosa para organizar este acontecimiento eclesial de alcance mundial. Pienso en las parroquias, los institutos religiosos, las asociaciones, las organizaciones civiles y las personas privadas, apreciando la sensibilidad demostrada al dar una cálida y adecuada hospitalidad a los millares de peregrinos que han venido desde todos los continentes. Es hermoso que en estas ocasiones reviva la virtud –casi desaparecida– de la hospitalidad, que pertenece a las virtudes originarias del hombre, y así puedan reunirse personas de todas las condiciones.

La Iglesia que vive en Alemania, así como toda la población de la República federal alemana, pueden enorgullecerse de una amplia y enraizada tradición de apertura mundial, como lo demuestran también las numerosas iniciativas de solidaridad, especialmente en favor de los países en vías de desarrollo.

Con este espíritu de sensibilidad y de acogida para con los que provienen de tradiciones y culturas diferentes, nos preparamos para vivir en Colonia la Jornada mundial de la juventud. El encuentro de tantos jóvenes con el Sucesor de Pedro es un signo de la vitalidad de la Iglesia. Me siento dichoso de estar entre los jóvenes, de apoyar su fe y, si Dios quiere, de animar su esperanza. Al mismo tiempo, estoy seguro de recibir algo de los jóvenes: su entusiasmo, su sensibilidad y su disponibilidad me sostendrán y me infundirán valentía para proseguir mi camino al servicio de la Iglesia como Sucesor de Pedro y para afrontar los desafíos del futuro. A todos vosotros, aquí presentes, y a cuantos en estas jornadas ricas de acontecimientos han acogido a personas de otras partes del mundo, les envío desde ahora mi más cordial saludo.

Además de los intensos momentos de oración, de reflexión y de fiesta con los jóvenes y con cuantos participarán en las múltiples manifestaciones programadas, tendré la oportunidad de encontrarme con los obispos, a los cuales dirijo ya desde ahora mi saludo fraterno. Me reuniré luego con los representantes de las otras Iglesias y comunidades eclesiales. Visitaré la Sinagoga para encontrarme con la comunidad judía, y acogeré también a los representantes de algunas comunidades islámicas. Se trata de encuentros importantes para impulsar el camino de diálogo y cooperación en el empeño común de construir un futuro más justo y fraterno, que sea realmente digno del ser humano. Todos sabemos cuán necesario es buscar este camino, cuánta necesidad tenemos de este diálogo y de esta cooperación.

En el curso de esta Jornada mundial de la juventud reflexionaremos juntos sobre el tema: «Hemos venido a adorarlo» (*Mt 2, 2*). No se puede desaprovechar esta oportunidad para profundizar en el sentido de la existencia humana como «peregrinación» realizada, como camino recorrido con la guía de la «estrella» en busca de Dios. Nos fijaremos juntos en los Magos, los cuales nunca se imaginaron que un día serían peregrinos incluso después de su muerte, que sus reliquias serían llevadas en peregrinación a Colonia.

Contemplaremos a estos personajes que, viniendo de tierras diferentes y lejanas, fueron de los primeros en reconocer en Jesucristo, en el Hijo de la Virgen María, al Mesías prometido, y en postrarse ante él (cf. *Mt 2, 1-12*). La comunidad eclesial y la ciudad de Colonia están especialmente vinculadas a la memoria de estos personajes emblemáticos. Como los Magos, todos los creyentes, y particularmente los jóvenes, están llamados a afrontar el camino de la vida buscando la verdad, la justicia y el amor. Debemos buscar esta estrella, debemos seguirla.

Es un camino cuya meta definitiva sólo se puede alcanzar mediante el encuentro con Cristo, un encuentro que no se realiza sin la fe. En este camino interior pueden ayudar los múltiples signos que la amplia y rica tradición cristiana ha dejado de manera indeleble en esta tierra de Alemania: desde los grandes monumentos históricos hasta las innumerables obras de arte diseminadas por su territorio, desde los documentos conservados en las bibliotecas hasta las tradiciones vividas con gran participación popular, desde los conceptos filosóficos hasta la reflexión teológica de tantos pensadores, desde la herencia espiritual hasta la experiencia mística de multitud de santos. Es un rico patrimonio cultural y espiritual que, todavía hoy, da testimo-

nio en el corazón de Europa de la fecundidad de la fe y de la tradición cristiana, que debemos hacer revivir, porque encierra una nueva fuerza para el futuro.

En particular, la diócesis y la región de Colonia conservan la memoria viva de grandes testigos, que, por decirlo así, están presentes en la peregrinación iniciada por los tres Magos. Pienso en san Bonifacio, en santa Úrsula, en san Alberto Magno y, en tiempos más recientes, en santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein) y el beato Adolph Kolping. Estos ilustres hermanos nuestros en la fe, que han mantenido en alto la antorcha de la santidad a lo largo de los siglos, son personas que han visto la estrella y la han mostrado a los demás. Que estos santos sean «modelos» y «patronos» de este encuentro nuestro, de la Jornada mundial de la juventud.

Mientras renuevo a todos los presentes mi más sentido agradecimiento por la atenta acogida, ruego a Dios por el camino futuro de la Iglesia y de toda la sociedad en esta República federal de Alemania, a la que tanto quiero. Que su larga historia y los grandes logros sociales, económicos y culturales alcanzados impulsen a proseguir con renovado vigor vuestro camino en un momento de nuevos problemas y dificultades también para los demás pueblos del continente.

Que la Virgen María, que mostró al Niño Jesús a los Magos cuando llegaron a Belén para adorar al Salvador, continúe intercediendo por nosotros, así como desde siglos vela sobre el pueblo de Alemania en tantos santuarios esparcidos por los *Länder* alemanes. Que Dios bendiga a los aquí presentes, y también a todos los peregrinos y a los habitantes del país. Que Dios proteja a la República Federal de Alemania.

DISCURSO en la Fiesta de Acogida de los jóvenes en el embarcadero del Poller Rheinwiesen, Colonia.

Queridos jóvenes:

Es una dicha encontrarme con vosotros aquí, en Colonia, a orillas del Rhin. Habéis venido desde varias partes de Alemania, de Europa, del mundo, haciéndoos peregrinos tras los Magos de Oriente. Siguiendo sus huellas, queréis descubrir a Jesús. Habéis aceptado emprender el camino para llegar también vosotros a contemplar, personal y comunitariamente, el rostro de Dios manifestado en el niño acostado en el pesebre. Como vosotros, también yo me he puesto en camino para arrodillarme, con vosotros, ante la blanca Hostia consagrada, en la que los ojos de la fe reconocen la presencia real del Salvador del mundo. Todos juntos

seguiremos meditando sobre el tema de esta Jornada mundial de la juventud: «Hemos venido a adorarlo» (*Mt 2, 2*).

Os saludo y os recibo con inmensa alegría, queridos jóvenes, tanto si venís de cerca como de lejos, caminando por las sendas del mundo y los derroteros de vuestra vida. Saludo particularmente a los que han venido de Oriente, como los Magos. Representáis a las incontables muchedumbres de nuestros hermanos y hermanas de la humanidad que esperan, sin saberlo, que aparezca en su cielo la estrella que los conduzca a Cristo, Luz de las gentes, para encontrar en él la respuesta que sacie la sed de sus corazones. Saludo con afecto también a los que estáis aquí y no habéis recibido el bautismo, a los que no conocéis todavía a Cristo o no os reconocéis en la Iglesia. Precisamente a vosotros os invitaba de modo particular a este encuentro el Papa San Juan Pablo II; os agradezco que hayáis decidido venir a Colonia.

Alguno de vosotros podría tal vez identificarse con la descripción que Edith Stein hizo de su propia adolescencia, ella, que vivió después en el Carmelo de Colonia: «Había perdido consciente y deliberadamente la costumbre de rezar». Durante estos días podréis recobrar la experiencia vibrante de la oración como diálogo con Dios, del que sabemos que nos ama y al que, a la vez, queremos amar. Quisiera decir a todos insistentemente: Abrid vuestro corazón a Dios. Dejaos sorprender por Cristo. Dadle el «derecho a hablaros» durante estos días. Abrid las puertas de vuestra libertad a su amor misericordioso. Presentad vuestras alegrías y vuestras penas a Cristo, dejando que él ilumine con su luz vuestra mente y toque con su gracia vuestro corazón. En estos días bendecidos con la alegría y el deseo de compartir, haced la experiencia liberadora de la Iglesia como lugar de la misericordia y de la ternura de Dios para con los hombres. En la Iglesia y mediante la Iglesia llegaréis a Cristo, que os espera.

A llegar hoy a Colonia para participar con vosotros en la XX Jornada mundial de la juventud, me viene espontáneamente el recuerdo emocionado y agradecido del siervo de Dios, tan querido por todos nosotros, Juan Pablo II, que tuvo la idea brillante de convocar a los jóvenes de todo el mundo para celebrar juntos a Cristo, único Redentor del género humano. Gracias al diálogo profundo que se ha desarrollado durante más de veinte años entre el Papa y los jóvenes, muchos de ellos han podido profundizar la fe, establecer lazos de comunión, apasionarse por la buena nueva de la salvación en Jesucristo y proclamarla en muchas partes de la tierra. Este gran Papa supo entender los desafíos que se presentan

a los jóvenes de hoy y, confirmando su confianza en ellos, no dudó en impulsarlos a proclamar con valentía el Evangelio y ser constructores intrépidos de la civilización de la verdad, del amor y de la paz.

Ahora me corresponde a mí recoger esta extraordinaria herencia espiritual que nos ha dejado el Papa San Juan Pablo II. Él os ha querido, vosotros le habéis entendido y habéis correspondido con el entusiasmo de vuestra edad. Ahora, todos juntos tenemos el cometido de llevar a la práctica sus enseñanzas. Con este compromiso estamos aquí, en Colonia, peregrinos tras las huellas de los Magos. Según la tradición, en griego sus nombres eran Melchor, Gaspar y Baltasar. Mateo refiere en su Evangelio la pregunta que ardía en el corazón de los Magos: «¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?» (*Mt 2, 2*). Su búsqueda era el motivo por el cual emprendieron el largo viaje hasta Jerusalén. Por eso soportaron fatigas y sacrificios, sin ceder al desaliento y a la tentación de volver atrás. Esta era la única pregunta que hacían cuando estaban cerca de la meta.

También nosotros hemos venido a Colonia porque hemos sentido en el corazón, si bien de forma diversa, la misma pregunta que inducía a los hombres de Oriente a ponerse en camino. Es cierto que hoy ya no buscamos a un rey; pero estamos preocupados por la situación del mundo y preguntamos: ¿Dónde encuentro los criterios para mi vida, los criterios para colaborar de modo responsable en la edificación del presente y del futuro de nuestro mundo? ¿De quién puedo fiarme? ¿A quién confiarle? ¿Dónde está el que puede darme la respuesta satisfactoria a los anhelos del corazón?

Plantearse dichas cuestiones significa reconocer, ante todo, que el camino no termina hasta que se ha encontrado a Aquel que tiene el poder de instaurar el Reino universal de justicia y paz, al que los hombres aspiran, aunque no lo sepan construir por sí solos. Hacerse estas preguntas significa además buscar a Alguien que ni se engaña ni puede engañar, y que por eso es capaz de ofrecer una certidumbre tan firme, que merece la pena vivir por ella y, si fuera preciso, también morir por ella. Hay que saber tomar las decisiones necesarias

Cuando se perfila en el horizonte de la existencia una respuesta como esta, queridos amigos, hay que saber tomar las decisiones necesarias. Es como alguien que se encuentra en una bifurcación: ¿Qué camino tomar? ¿El que sugieren las pasiones o el que indica la estrella que brilla en la conciencia? Los Magos, una vez que oyeron la respuesta «en Belén de Judá, porque así lo ha escrito el profeta» (*Mt 2, 5*), decidieron continuar

el camino y llegar hasta el final, iluminados por esta palabra. Desde Jerusalén fueron a Belén, es decir, desde la palabra que les había indicado dónde estaba el Rey de los judíos que buscaban, hasta el encuentro con aquel Rey, que es al mismo tiempo el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. También a nosotros se nos dice aquella palabra.

También nosotros hemos de hacer nuestra opción. En realidad, pensándolo bien, esta es precisamente la experiencia que hacemos al participar en cada Eucaristía. En efecto, en cada misa, el encuentro con la palabra de Dios nos introduce en la participación en el misterio de la cruz y resurrección de Cristo y de este modo nos introduce en la Mesa eucarística, en la unión con Cristo.

En el altar está presente aquel a quien los Magos vieron acostado entre pajas: Cristo, el Pan vivo bajado del cielo para dar la vida al mundo, el verdadero Cordero que da su vida para la salvación de la humanidad. Iluminados por la Palabra, siempre es en Belén –la «Casa del pan»– donde podremos tener ese encuentro sobrecogedor con la indecible grandeza de un Dios que se ha humillado hasta el punto de hacerse ver en el pesebre y de darse como alimento sobre el altar.

Podemos imaginar el asombro de los Magos ante el Niño en pañales. Sólo la fe les permitió reconocer en la figura de aquel niño al Rey que buscaban, al Dios al que la estrella los había guiado. En él, cubriendo el abismo entre lo finito y lo infinito, entre lo visible y lo invisible, el Eterno ha entrado en el tiempo, el Misterio se ha dado a conocer, mostrándose ante nosotros en los frágiles miembros de un niño recién nacido. «Los Magos están asombrados ante lo que allí contemplan: el cielo en la tierra y la tierra en el cielo; el hombre en Dios y Dios en el hombre; ven encerrado en un pequeñísimo cuerpo aquello que no puede ser contenido en todo el mundo» (san Pedro Crisólogo, *Sermón* 160, 2). Durante estas jornadas, en este «Año de la Eucaristía», contemplaremos con el mismo asombro a Cristo presente en el Tabernáculo de la misericordia, en el Sacramento del altar.

Queridos jóvenes, la felicidad que buscáis, la felicidad que tenéis derecho de saborear, tiene un nombre, un rostro: el de Jesús de Nazaret, oculto en la Eucaristía. Sólo él da plenitud de vida a la humanidad. Decid, con María, vuestro «sí» al Dios que quiere entregarse a vosotros. Os repito hoy lo que dije al principio de mi pontificado: «Quien deja entrar a Cristo (en la propia vida) no pierde nada, nada, absolutamente nada de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren de par en par las puertas de la

vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera» (*Homilía en el solemne inicio del ministerio petrino*, 24 de abril de 2005: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de abril de 2005, p. 6). Estad plenamente convencidos: Cristo no quita nada de lo que hay de hermoso y grande en vosotros, sino que lleva todo a la perfección para la gloria de Dios, la felicidad de los hombres y la salvación del mundo.

Os invito a que os esforcéis estos días por servir sin reservas a Cristo, cueste lo que cueste. El encuentro con Jesucristo os permitirá gustar interiormente la alegría de su presencia viva y vivificante, para testimoniarla después en vuestro entorno. Que vuestra presencia en esta ciudad sea el primer signo del anuncio del Evangelio mediante el testimonio de vuestro comportamiento y alegría de vivir. Elevemos de nuestro corazón un himno de alabanza y acción de gracias al Padre por tantos bienes que nos ha dado y por el don de la fe que celebraremos juntos, manifestándolo al mundo desde esta tierra del centro de Europa, de una Europa que debe mucho al Evangelio y a los que han dado testimonio de él a lo largo de los siglos.

Ahora iré en peregrinación a la catedral de Colonia para venerar allí las reliquias de los santos Magos, que decidieron abandonar todo para seguir la estrella que los condujo al Salvador del género humano. También vosotros, queridos jóvenes, habéis tenido o tendréis ocasión de hacer la misma peregrinación. Estas reliquias no son más que el signo frágil y pobre de lo que ellos fueron y vivieron hace tantos siglos. Las reliquias nos conducen a Dios mismo; en efecto, es él quien, con la fuerza de su gracia, da a seres frágiles la valentía de testimoniarlo ante el mundo. Cuando la Iglesia nos invita a venerar los restos mortales de los mártires y de los santos, no olvida que, en definitiva, se trata de pobres huesos humanos, pero huesos que pertenecían a personas en las que se ha posado la potencia viva de Dios. Las reliquias de los santos son huellas de esa presencia invisible pero real que ilumina las tinieblas del mundo, manifestando el reino de los cielos que está dentro de nosotros. Proclaman, con nosotros y por nosotros: «Maranatha» —»Ven, Señor Jesús»—. Queridos jóvenes, con estas palabras os saludo y os cito para la vigilia del sábado por la tarde.

A todos, ¡hasta luego!

SALUDO durante la visita a la Catedral de Colonia.

Es para mí una gran alegría estar esta tarde con vosotros, en esta ciudad de Colonia a la que me unen tantos recuerdos hermosos. En Bonn viví los primeros años de mi carrera académica, años inolvidables, de mi despertar, de mi juventud, de esperanzas antes del Concilio, años en los que vine a menudo a Colonia y aprendí a amar a esta Roma del norte. Aquí se respira la gran historia, y la corriente del río invita a abrirse al mundo. Es un lugar de encuentro, de cultura. Siempre he amado el espíritu, el humorismo, la alegría y la inteligencia de sus habitantes. Además, debo decir, he amado la catolicidad que los habitantes de Colonia llevan en la sangre, pues aquí hay cristianos casi desde hace dos mil años y así la catolicidad ha penetrado en el carácter de sus habitantes, en el sentido de una religiosidad gozosa. Por eso hoy nos alegramos. Colonia puede dar a los jóvenes algo de esta gozosa catolicidad, que es antigua y a la vez joven.

Para mí fue muy hermoso que el arzobispo de entonces, cardinal Frings, me concediera toda su confianza, entablando conmigo una relación de amistad auténticamente paterna. Luego, aunque era yo joven e inexperto, me hizo el gran don de llamarme como teólogo suyo y de llevarme a Roma, para que pudiera, de este modo, participar activamente a su lado en el concilio Vaticano II y vivir de cerca ese acontecimiento extraordinario, un gran acontecimiento histórico, al que contribuí un poco. También conocí al cardinal Höffner, entonces arzobispo de Múnich, con quien también me unió una profunda y viva amistad.

Gracias a Dios, esta red de amistades no se ha roto. También el cardinal Meisner es amigo mío desde hace mucho tiempo, de modo que, comenzando con el cardinal Frings, y continuando con Höffner y Meisner, en Colonia siempre me he sentido en casa.

Ahora quiero expresar mi más profundo agradecimiento a muchas otras personas. En primer lugar, demos gracias a Dios, que nos da este hermoso cielo azul y bendice notablemente estos días. Demos gracias a la Madre de Dios, que ha tomado en su mano la dirección de la Jornada mundial de la juventud. Manifiesto mi gratitud al cardinal Meisner y a todos sus colaboradores; al cardinal Lehmann, presidente de la Conferencia episcopal alemana, y a todos los obispos de las diócesis de Alemania, en particular al comité organizador de la Jornada, así como a las diócesis y a las comunidades locales que han acogido a los jóvenes en estos últimos días. Puedo imaginar lo que todo

esto significa, la energía empleada y los sacrificios que ha costado, y espero que redunden en el éxito espiritual de esta Jornada mundial de la juventud. Finalmente, he de manifestar mi profunda gratitud a las autoridades civiles y militares, a los responsables municipales y regionales, a los cuerpos de policía y a los agentes de seguridad de Alemania y del Land Renania del norte-Westfalia. En la persona del alcalde de esta ciudad doy las gracias a toda la población de Colonia por la comprensión demostrada ante la «invasión» de tantos jóvenes procedentes de todas las partes del mundo.

La ciudad de Colonia no sería lo que es sin los Reyes Magos, que tanto han influido en su historia, su cultura y su fe. En cierto sentido, la Iglesia celebra aquí todo el año la fiesta de la Epifanía. Por eso, antes de saludaros a vosotros, queridos habitantes de Colonia, he querido recogerme unos instantes en oración ante el relicario de los tres Reyes Magos, dando gracias a Dios por su testimonio de fe, de esperanza y de amor.



Jóvenes sosteniendo la Cruz delante de la Catedral de Colonia.

Como sabéis, en 1164, las reliquias de estos Sabios de Oriente saliendo de Milán y, escoltadas por el arzobispo de Colonia Reinald von Dassel, atravesaron los Alpes hasta llegar a Colonia, donde fueron acogidas con grandes manifestaciones de júbilo. En su peregrinación por Europa, esas reliquias han dejado huellas evidentes, que aún hoy permanecen en los nombres de lugares y en la devoción popular. Los habitantes de Colonia fabricaron para las reliquias de los Reyes Magos el relicario más precioso de todo el mundo cristiano y, como si no bastara, levantaron sobre él un relicario mayor todavía: la catedral de Colonia. Junto con Jerusalén la «ciudad santa», con Roma la «ciudad eterna», con Santiago de Compostela en España, gracias a los Magos, Colonia se ha ido convirtiendo a lo largo de los siglos en uno de los lugares de peregrinación más importantes del occidente cristiano.

No voy a seguir ensalzando a la ciudad de Colonia, aunque sería posible y significativo hacerlo: llevaría mucho tiempo, porque de Colonia se podrían decir muchísimas cosas grandes y hermosas. Sin embargo, quisiera recordar que aquí veneramos a santa Úrsula y a sus compañeras; que en el año 745 el Santo Padre nombró arzobispo de Colonia a san Bonifacio; que aquí actuó san Alberto Magno, uno de los mayores eruditos de la Edad Media, y que sus restos se veneran en la iglesia de San Andrés; que aquí estudió y enseñó santo Tomás de Aquino, el mayor teólogo de Occidente; que en el siglo XIX Adolfo Kolping fundó numerosas obras sociales; que Edith Stein, judía convertida, vivió aquí en el Carmelo de Colonia, antes de huir al Carmelo de Echt, en Holanda, y de ser deportada a Auschwitz, donde murió mártir. Con estas figuras, y todas las demás, conocidas o desconocidas, Colonia posee un gran patrimonio de santos. Ahora quisiera decir, al menos, que, por lo que sé, aquí en Colonia, uno de los tres Magos fue identificado como un rey negro de África, de forma que un representante del continente africano fue considerado uno de los primeros testigos de Jesucristo. Además, quisiera añadir que aquí en Colonia han surgido grandes iniciativas ejemplares, cuya acción se ha extendido por todo el mundo, como «Misereor», «Adveniat» y «Renovabis».

Ahora estáis aquí vosotros, jóvenes del mundo entero, representantes de aquellos pueblos lejanos que reconocieron a Cristo a través de los Magos y que fueron reunidos en el nuevo pueblo de Dios, la Iglesia, que acoge a hombres y mujeres de todas las culturas. Hoy os corresponde a vosotros la tarea de vivir la dimensión universal de la Iglesia. Dejaos inflamar por el fuego del Espíritu, para que se realice entre nosotros un

nuevo Pentecostés, que renueve a la Iglesia. Que por vuestra mediación, vuestros coetáneos de todas las partes de la tierra lleguen a reconocer en Cristo la verdadera respuesta a sus esperanzas y se abran a acoger al Verbo de Dios encarnado, que murió y resucitó, para que Dios esté en medio de nosotros y nos dé la verdad, el amor y la alegría que todos anhelamos. Dios bendiga estas jornadas.

SALUDO a la Comunidad Judía en la visita a la Sinagoga de Colonia, el viernes, 19 de agosto de 2005.

Saludo a todos los que han sido ya nombrados. *¡Schalom lêchém!* Tras la elección como sucesor del apóstol Pedro, deseaba ardientemente, con ocasión de mi primera visita a Alemania, encontrarme con la comunidad judía de Colonia y los representantes del judaísmo alemán. Quisiera enlazar esta visita con lo ocurrido el 17 de noviembre de 1980, cuando mi venerado predecesor, el Papa San Juan Pablo II, en su primer viaje a Alemania, se encontró en Maguncia con el Comité central judío en Alemania y la Conferencia rabínica. Deseo confirmar también en esta circunstancia mi intención de continuar con empeño el camino hacia una mejora de las relaciones y de la amistad con el pueblo judío, en el que el Papa San Juan Pablo II dio pasos decisivos (cf. *Discurso a la delegación del Comité judío para consultas interreligiosas*, 9 de junio de 2005: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 17 de junio de 2005, p. 5).

La comunidad judía de Colonia puede sentirse realmente «en casa» en esta ciudad. En efecto, esta es la sede más antigua de una comunidad judía en territorio alemán: como sabemos con precisión, se remonta a la Colonia de la época romana. La historia de las relaciones entre la comunidad judía y la comunidad cristiana es compleja y a menudo dolorosa. Ha habido períodos benditos de buena convivencia, aunque también se ha producido la expulsión de los judíos de Colonia en el año 1424. Después, en el siglo XX, en el tiempo más oscuro de la historia alemana y europea, una demencial ideología racista, de matriz neopagana, dio origen al intento, planeado y realizado sistemáticamente por el régimen, de exterminar el judaísmo europeo: se produjo así lo que ha pasado a la historia como la *Shoá*. Sólo en Colonia, las víctimas de este crimen inaudito, y hasta aquel momento también inimaginable, conocidas por su nombre, se elevan a once mil; en realidad, seguramente fueron muchas más. No se reconocía la santidad de Dios, y por eso se menospreció también el carácter sagrado de la vida humana.

Este año se celebra el 60° Aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis, en los que millones de judíos –hombres, mujeres y niños– fueron llevados a la muerte en las cámaras de gas e incinerados en los hornos crematorios. Hago mías las palabras escritas por mi venerado Predecesor con ocasión del 60° Aniversario de la liberación de Auschwitz y digo también: «Me inclino ante todos los que experimentaron aquella manifestación del *mysterium iniquitatis*». Los acontecimientos terribles de entonces han de «despertar incesantemente las conciencias, extinguir los conflictos y exhortar a la paz» (*Mensaje con ocasión del 60° Aniversario de la liberación de los prisioneros de Auschwitz*, 15 de enero de 2005: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 4 de febrero de 2005, p. 7). Hemos de recordar a la vez a Dios y su sabio proyecto para el mundo por él creado: él, afirma el libro de la Sabiduría, es «amante de la vida» (*Sb* 11, 26).

Se cumple también este año el 40° Aniversario de la promulgación de la declaración *Nostra aetate* del concilio ecuménico Vaticano II, que abrió nuevas perspectivas en las relaciones judeocristianas en un clima de diálogo y solidaridad. Esta declaración, en el capítulo cuarto, recuerda nuestras raíces comunes y el rico patrimonio espiritual que comparten judíos y cristianos. Tanto los judíos como los cristianos reconocen en Abraham a su padre común en la fe (cf. *Ga* 3, 7; *Rm* 4, 11 s), y hacen referencia a las enseñanzas de Moisés y los profetas. La espiritualidad de los judíos, al igual que la de los cristianos, se alimenta de los Salmos. Como el apóstol san Pablo, los cristianos están convencidos de que «los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (*Rm* 11, 29; cf. 9, 6. 1; 11, 1 s). Teniendo en cuenta la raíz judía del cristianismo (cf. *Rm* 11, 16. 24), mi venerado Predecesor, confirmando una afirmación de los obispos alemanes, dijo: «Quien se encuentra con Jesucristo se encuentra con el judaísmo» (*Discurso a los representantes de la comunidad judía*, 17 de noviembre de 1980, n. 1: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 23 de noviembre de 1980, p. 15).

La declaración conciliar *Nostra aetate*, por tanto, «deplora los odios, persecuciones y manifestaciones de antisemitismo de que han sido objeto los judíos de cualquier tiempo y por parte de cualquier persona» (n. 4). Dios nos ha creado a todos «a su imagen» (cf. *Gn* 1, 27), honrándonos así con una dignidad trascendente. Ante Dios, todos los hombres tienen la misma dignidad, independientemente del pueblo, la cultura o la religión a que pertenezcan. Por esta razón, la declaración *Nostra aetate* también habla con gran consideración de los musulmanes (cf. n. 3), y de los

que pertenecen a otras religiones (cf. n. 2). Fundándose en la dignidad humana común a todos, la Iglesia católica «reprueba, como ajena al espíritu de Cristo, cualquier discriminación o vejación por motivos de raza o color, de condición o religión» (n. 5). La Iglesia es consciente de que tiene el deber de transmitir, tanto en la catequesis a los jóvenes como en cada aspecto de su vida, esta doctrina a las nuevas generaciones que no han visto los terribles acontecimientos ocurridos antes y durante la segunda guerra mundial. Es una tarea especialmente importante porque, desafortunadamente, hoy resurgen nuevos signos de antisemitismo y aparecen diversas formas de hostilidad generalizada hacia los extranjeros. ¿Cómo no ver en eso un motivo de preocupación y cautela? La Iglesia católica se compromete –lo reafirmo también en esta ocasión– por la tolerancia, el respeto, la amistad y la paz entre todos los pueblos, las culturas y las religiones.

En los cuarenta años transcurridos desde la declaración conciliar *Nostra aetate*, tanto en Alemania como en el ámbito internacional se ha hecho mucho para mejorar y ahondar las relaciones entre judíos y cristianos. Además de las relaciones oficiales, y gracias sobre todo a la colaboración entre los especialistas en ciencias bíblicas, se han entablado muchas amistades. A este propósito, recuerdo las diversas declaraciones de la Conferencia episcopal alemana y la actividad benéfica de la «Sociedad para la colaboración cristiano-judía de Colonia», que han contribuido a que la comunidad judía, desde el año 1945, pudiera sentirse nuevamente «en su casa» en Colonia y se estableciera una buena convivencia con las comunidades cristianas. Pero queda aún mucho por hacer. Debemos conocernos recíprocamente mucho más y mejor. Por eso aliento a un diálogo sincero y confiado entre judíos y cristianos: sólo de este modo será posible llegar a una interpretación compartida sobre cuestiones históricas aún discutidas y, sobre todo, avanzar en la valoración, desde el punto de vista teológico, de la relación entre judaísmo y cristianismo. Este diálogo, para ser sincero, no debe ocultar o minimizar las diferencias existentes: también en lo que, por nuestras íntimas convicciones de fe, nos distinguen unos de otros y, precisamente en ello, hemos de respetarnos y amarnos recíprocamente.

Finalmente, no debemos mirar sólo hacia atrás, hacia el pasado, sino también hacia adelante, hacia las tareas de hoy y de mañana. Nuestro rico patrimonio común y nuestra relación fraterna inspirada en una confianza creciente, nos obligan a dar conjuntamente un testimonio todavía más concorde, colaborando prácticamente en favor de la defensa y la

promoción de los derechos del hombre y el carácter sagrado de la vida humana, de los valores de la familia, de la justicia social y de la paz en el mundo. El Decálogo (cf. *Ex* 20; *Dt* 5) es nuestro patrimonio y compromiso común. Los diez mandamientos no son una carga, sino la indicación del camino hacia una vida en plenitud. Lo son particularmente para los jóvenes, que encuentro en estos días y que tengo muy presentes en el corazón. Es mi deseo que sepan reconocer en el Decálogo este fundamento común, la lámpara para sus pasos, la luz en su camino (cf. *Sal* 119, 105). Los adultos tienen la responsabilidad de pasar a los jóvenes la antorcha de la esperanza que fue entregada por Dios tanto a los judíos como a los cristianos, para que las fuerzas del mal «nunca más» prevalezcan, y las generaciones futuras, con la ayuda de Dios, puedan construir un mundo más justo y pacífico en el que todos los hombres tengan el mismo derecho de ciudadanía.

Concluyo con las palabras del salmo 29, que son un deseo y también una oración: «El Señor dé fuerza a su pueblo, el Señor bendiga a su pueblo con la paz».

¡Que él nos escuche!

DISCURSO en el Encuentro con los Seminaristas, en la Iglesia de San Pantaleón de Colonia.

Os saludo a todos con gran afecto, agradeciendo vuestra jovial acogida y, sobre todo, el que hayáis venido a este encuentro desde numerosos países de los cinco continentes: aquí formamos realmente una imagen de la Iglesia católica esparcida por el mundo. Doy gracias ante todo al seminarista, al sacerdote y al obispo que nos han presentado su testimonio personal, y quiero subrayar que me ha impresionado mucho constatar los caminos por los que el Señor ha llevado a estas personas de modo inesperado y contrario a sus proyectos. Gracias de corazón.

Me alegra tener este encuentro con vosotros. He querido que – como ya se ha dicho – en el programa de estos días en Colonia hubiera un encuentro especial con los jóvenes seminaristas, para resaltar en toda su importancia la dimensión vocacional que desempeña un papel cada vez mayor en las Jornadas mundiales de la juventud. Me parece que la lluvia que está cayendo del cielo es también como una bendición. Sois seminaristas, es decir, jóvenes que con vistas a una importante misión en la Iglesia, se encuentran en un tiempo fuerte de búsqueda de una relación personal con Cristo y del encuentro con él. Esto es el seminario: más que un lugar, es un tiempo significativo en la vida

de un discípulo de Jesús. Imagino el eco que pueden tener en vuestro interior las palabras del lema de esta vigésima Jornada mundial – «Hemos venido a adorarlo»– y todo el impresionante relato de la búsqueda de los Magos y de su encuentro con Cristo. Cada uno a su modo –pensemos en los tres testimonios que hemos escuchado– es como ellos una persona que ve una estrella, se pone en camino, experimenta también la oscuridad y, bajo la guía de Dios, puede llegar a la meta. Este pasaje evangélico sobre la búsqueda de los Magos y su encuentro con Cristo tiene un valor singular para vosotros, queridos seminaristas, precisamente porque estáis realizando un proceso de discernimiento –y este es un verdadero camino– y comprobación de la llamada al sacerdocio. Sobre esto quisiera detenerme a reflexionar con vosotros.

¿Por qué los Magos fueron a Belén desde países lejanos? La respuesta está en relación con el misterio de la «estrella» que vieron «salir» y que identificaron como la estrella del «Rey de los judíos», es decir, como la señal del nacimiento del Mesías (cf. *Mt 2, 2*). Por tanto, su viaje fue motivado por una fuerte esperanza, que luego tuvo en la estrella su confirmación y guía hacia el «Rey de los judíos», hacia la realeza de Dios mismo. Porque este es el sentido de nuestro camino: servir a la realeza de Dios en el mundo. Los Magos partieron porque tenían un deseo grande que los indujo a dejarlo todo y a ponerse en camino. Era como si hubieran esperado siempre aquella estrella. Como si aquel viaje hubiera estado siempre inscrito en su destino, que ahora finalmente se cumplía. Queridos amigos, este es el misterio de la llamada, de la vocación; misterio que afecta a la vida de todo cristiano, pero que se manifiesta con mayor relieve en los que Cristo invita a dejarlo todo para seguirlo más de cerca. El seminarista vive la belleza de la llamada en el momento que podríamos definir de «enamoramiento». Su corazón, henchido de asombro, le hace decir en la oración: Señor, ¿por qué precisamente a mí? Pero el amor no tiene un «porqué», es un don gratuito al que se responde con la entrega de sí mismo.

El seminario es un tiempo destinado a la formación y al discernimiento. La formación, como bien sabéis, tiene varias dimensiones que convergen en la unidad de la persona: comprende el ámbito humano, espiritual y cultural. Su objetivo más profundo es el de dar a conocer íntimamente a aquel Dios que en Jesucristo nos ha mostrado su rostro. Por esto es necesario un estudio profundo de la sagrada Escritura como también de la fe y de la vida de la Iglesia, en la cual la Escritura

permanece como palabra viva. Todo esto debe enlazarse con las preguntas de nuestra razón y, por tanto, con el contexto de la vida humana de hoy. Este estudio, a veces, puede parecer pesado, pero constituye una parte insustituible de nuestro encuentro con Cristo y de nuestra llamada a anunciarlo. Todo contribuye a desarrollar una personalidad coherente y equilibrada, capaz de asumir válidamente la misión presbiteral y llevarla a cabo después responsablemente. El papel de los formadores es decisivo: la calidad del presbiterio en una Iglesia particular depende en buena parte de la del seminario y, por tanto, de la calidad de los responsables de la formación.

Queridos seminaristas, precisamente por eso rezamos hoy con viva gratitud por todos vuestros superiores, profesores y educadores, que sentimos espiritualmente presentes en este encuentro. Pidamos a Dios que desempeñen lo mejor posible la tarea tan importante que se les ha confiado. El seminario es un tiempo de camino, de búsqueda, pero sobre todo de descubrimiento de Cristo. En efecto, sólo si hace una experiencia personal de Cristo, el joven puede comprender en verdad su voluntad y por lo tanto su vocación. Cuanto más conoces a Jesús, más te atrae su misterio; cuanto más lo encuentras, más fuerte es el deseo de buscarlo. Es un movimiento del espíritu que dura toda la vida, y que en el seminario pasa, como una estación llena de promesas, su «primavera».

Al llegar a Belén, los Magos, como dice la Escritura, «entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron» (*Mt* 2, 11). He aquí por fin el momento tan esperado: el encuentro con Jesús. «Entraron en la casa»: esta casa representa en cierto modo la Iglesia. Para encontrar al Salvador hay que entrar en la casa, que es la Iglesia. Durante el tiempo del seminario se produce una maduración particularmente significativa en la conciencia del joven seminarista: ya no ve a la Iglesia «desde fuera», sino que la siente, por decirlo así, «en su interior», como «su casa», porque es casa de Cristo, donde «habita» María, su madre. Y es precisamente la Madre quien le muestra a Jesús, su Hijo, quien se lo presenta; en cierto modo se lo hace ver, tocar, tomar en sus brazos. María le enseña a contemplarlo con los ojos del corazón y a vivir de él. En todos los momentos de la vida en el seminario se puede experimentar esta amorosa presencia de la Virgen, que introduce a cada uno al encuentro con Cristo en el silencio de la meditación, en la oración y en la fraternidad. María ayuda a encontrar al Señor sobre todo en la celebración eucarística, cuando en la Palabra y en el Pan consagrado se hace nuestro alimento espiritual cotidiano.

«Y cayendo de rodillas lo adoraron (...); le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra» (*Mt 2, 11-12*). Con esto culmina todo el itinerario: el encuentro se convierte en adoración, dando lugar a un acto de fe y amor que reconoce en Jesús, nacido de María, al Hijo de Dios hecho hombre. ¿Cómo no ver prefigurado en el gesto de los Magos la fe de Simón Pedro y de los Apóstoles, la fe de Pablo y de todos los santos, en particular de los santos seminaristas y sacerdotes que han marcado los dos mil años de historia de la Iglesia? El secreto de la santidad es la amistad con Cristo y la adhesión fiel a su voluntad. «Cristo es todo para nosotros», decía san Ambrosio; y san Benito exhortaba a no anteponer nada al amor de Cristo. Que Cristo sea todo para vosotros.

Especialmente vosotros, queridos seminaristas, ofrecedle a él lo más precioso que tenéis, como sugería el venerado Juan Pablo II en su Mensaje para esta Jornada mundial: el oro de vuestra libertad, el incienso de vuestra oración fervorosa, la mirra de vuestro afecto más profundo (cf. n. 4). El seminario es un tiempo de preparación para la misión. Los Magos «se marcharon a su tierra», y ciertamente dieron testimonio del encuentro con el Rey de los judíos. También vosotros, después del largo y necesario itinerario formativo del seminario, seréis enviados para ser los ministros de Cristo; cada uno de vosotros volverá entre la gente como *alter Christus*. En el viaje de retorno, los Magos tuvieron que afrontar seguramente peligros, sacrificios, desorientación, dudas... ¡ya no tenían la estrella para guiarlos! Ahora la luz estaba dentro de ellos. Ahora tenían que custodiarla y alimentarla con el recuerdo constante de Cristo, de su rostro santo, de su amor inefable. ¡Queridos seminaristas! Si Dios quiere, también vosotros un día, consagrados por el Espíritu Santo, iniciaréis vuestra misión. Recordad siempre las palabras de Jesús: «Permaneced en mi amor» (*Jn 15, 9*). Si permanecéis cerca de Cristo, con Cristo y en Cristo, daréis mucho fruto, como prometió. No lo habéis elegido vosotros a él —como acabamos de escuchar en los testimonios—, sino que él os ha elegido a vosotros (cf. *Jn 15, 16*). ¡He aquí el secreto de vuestra vocación y de vuestra misión!

Está guardado en el corazón inmaculado de María, que vela con amor materno sobre cada uno de vosotros. Recurrid frecuentemente a ella con confianza. A todos os aseguro mi afecto y mi oración cotidiana, y os bendigo de corazón.

DISCURSO en el Encuentro Ecuménico en el Arzobispado de Colonia.

Después de una jornada llena de compromisos permitidme que me dirija a vosotros sentado. Esto no significa que quiera hablar «ex cathedra». También os pido disculpas por el retraso. Por desgracia las Vísperas han durado más de lo previsto y el tráfico ha sido más lento de lo que se podía imaginar. Ahora deseo expresar mi alegría porque, con ocasión de esta visita a Alemania, puedo encontrarme con vosotros, representantes de las demás Iglesias y comunidades eclesiales, y saludaros cordialmente.

Procediendo yo mismo de este país, conozco bien la penosa situación que la ruptura de la unidad en la profesión de la fe ha implicado para muchas personas y familias. Este es un motivo más por el que, tras mi elección como Obispo de Roma, como Sucesor del apóstol Pedro, manifesté el firme propósito de asumir como una prioridad de mi pontificado el restablecimiento de la unidad de los cristianos, plena y visible. Con ello he querido conscientemente seguir las huellas de mis dos grandes Predecesores: Pablo VI, que hace ya más de cuarenta años firmó el decreto conciliar sobre el ecumenismo *Unitatis redintegratio*, y Juan Pablo II, que después hizo de este documento el criterio inspirador de su acción. En el diálogo ecuménico, Alemania tiene, sin duda, un lugar de particular importancia. En efecto, no es sólo el país donde tuvo origen la Reforma; también es uno de los países en los que surgió el movimiento ecuménico del siglo XX. A causa de los flujos migratorios del siglo pasado, también cristianos de las Iglesias ortodoxas y de las antiguas Iglesias del Oriente han encontrado en este país una nueva patria. Esto ha favorecido indudablemente la confrontación y el intercambio, de forma que ahora existe entre nosotros un diálogo con tres interlocutores. Nos alegramos todos al constatar que el diálogo, con el pasar del tiempo, ha suscitado un redescubrimiento de la hermandad y ha creado entre los cristianos de las diversas Iglesias y comunidades eclesiales un clima más abierto y confiado. Mi venerado Predecesor, en su encíclica *Ut unum sint* (1995), indicó precisamente en esto un fruto particularmente significativo del diálogo (cf. nn. 41 s; 64).

Creo que no se debe dar por descontado que nos consideramos realmente hermanos, que nos amamos, que nos sentimos todos testigos de Jesucristo. Esta fraternidad, a mi entender, es en sí misma un fruto muy importante del diálogo, del que debemos alegrarnos y que debe-

mos seguir promoviendo y practicando. La fraternidad entre los cristianos no es simplemente un vago sentimiento y tampoco nace de una forma de indiferencia con respecto a la verdad. Como usted, ilustre obispo, acaba de decir, se basa en la realidad sobrenatural de un único bautismo, que nos inserta a todos en el único Cuerpo de Cristo (cf. *1 Co* 12, 13; *Ga* 3, 28; *Col* 2, 12). Juntos confesamos a Jesucristo como Dios y Señor; juntos lo reconocemos como único mediador entre Dios y los hombres (cf. *1 Tm* 2, 5), subrayando nuestra común pertenencia a él (cf. *Unitatis redintegratio*, 22; *Ut unum sint*, 42). A partir de este fundamento esencial del bautismo, que es una realidad procedente de Cristo, una realidad en el ser y luego en el profesar, en el creer y en el actuar, el diálogo ha dado sus frutos y seguirá haciéndolo. Quisiera mencionar la revisión, auspiciada por el Papa San Juan Pablo II durante su primera visita a Alemania, de las condenas recíprocas. Pienso con un poco de nostalgia en esa primera visita. Yo pude estar presente cuando estábamos juntos en Maguncia en un círculo relativamente pequeño y auténticamente fraterno. Se plantearon algunas preguntas y el Papa elaboró una gran visión teológica, en la que destacaba la reciprocidad. De ese coloquio surgió la comisión episcopal, es decir, eclesial, bajo la responsabilidad de la Iglesia, que con la ayuda de los teólogos llevó al importante resultado de la «Declaración común sobre la doctrina de la justificación», de 1999, y a un acuerdo sobre cuestiones fundamentales que habían sido objeto de controversias desde el siglo XVI.

Además, hay que reconocer con gratitud los resultados obtenidos en las diversas tomas de posición comunes sobre asuntos importantes, como las cuestiones fundamentales sobre la defensa de la vida y la promoción de la justicia y la paz. Soy consciente de que muchos cristianos en Alemania, y no sólo aquí, se esperan más pasos concretos de acercamiento, y también yo los espero. En efecto, el mandamiento del Señor, pero también la hora presente, impone continuar de modo convencido el diálogo en todos los niveles de la vida de la Iglesia. Obviamente, este debe desarrollarse con sinceridad y realismo, con paciencia y perseverancia, con plena fidelidad al dictamen de la conciencia, con la certeza de que es el Señor quien dona la unidad, que no somos nosotros quienes la creamos, sino que es él quien la concede, pero que nosotros debemos salir a su encuentro.

No pretendo desarrollar aquí un programa de temas inmediatos de diálogo; esto es tarea de los teólogos en colaboración con los obispos: los

teólogos con su conocimiento del problema, y los obispos con su conocimiento de la situación concreta de las Iglesias en nuestro país y en el mundo. Permitidme solamente una observación: se dice que ahora, después de la aclaración relativa a la doctrina de la justificación, la elaboración de las cuestiones eclesiológicas y de las cuestiones relativas al ministerio es el obstáculo principal que hay que superar. Es verdad, pero debo confesar que a mí no me gusta esa terminología y, desde cierto punto de vista, esta delimitación del problema, pues parece que ahora deberíamos discutir sobre las instituciones y no sobre la palabra de Dios, como si tuviéramos que poner en el centro a nuestras instituciones y hacer una guerra por ellas.

Creo que de este modo el problema eclesiológico, así como el del ministerio, no se afrontan correctamente. La cuestión verdadera es la presencia de la Palabra en el mundo. La Iglesia primitiva, en el siglo II, tomó tres decisiones: ante todo establecer el canon, subrayando así la soberanía de la Palabra y explicando que no sólo el Antiguo Testamento es «hai grafai», sino que, juntamente con él, el Nuevo Testamento constituye una sola Escritura y de este modo es para nosotros nuestro verdadero soberano. Pero, al mismo tiempo, la Iglesia formuló la sucesión apostólica, el ministerio episcopal, consciente de que la Palabra y el testigo van juntos, es decir, que la Palabra está viva y presente sólo gracias al testigo y, por decirlo así, recibe de él su interpretación, y que recíprocamente el testigo sólo es tal si da testimonio de la Palabra. Y, por último, la Iglesia añadió un tercer elemento: la «regula fidei», como clave de interpretación.

Creo que esta compenetración mutua es objeto de divergencias entre nosotros, aunque nos unen cosas fundamentales. Por tanto, cuando hablamos de eclesiología y de ministerio, deberíamos hablar preferentemente de este entrelazamiento de Palabra, testigo y regla de fe, y considerarlo como cuestión eclesiológica, y por eso, a la vez, también como cuestión de la palabra de Dios, de su soberanía y de su humildad, puesto que el Señor confía su Palabra a los testigos y les encomienda su interpretación, pero que debe regirse siempre por la «regula fidei» y por la seriedad de la Palabra. Perdonadme que haya expresado aquí una opinión personal, pero me parecía oportuno hacerlo.

También las grandes cuestiones éticas que plantea nuestro tiempo constituyen una prioridad urgente en el diálogo ecuménico; en este campo, los hombres de hoy en búsqueda, esperan con razón una respuesta común de los cristianos, que, gracias a Dios, en muchos casos

casi se ha encontrado. Existen tantas declaraciones comunes de la Conferencia episcopal alemana y de la Iglesia evangélica en Alemania, que no podemos por menos de sentirnos agradecidos. Pero, por desgracia, no siempre sucede esto. A causa de las contradicciones en este campo, el testimonio evangélico y la orientación ética que debemos a los fieles y a la sociedad pierden fuerza, asumiendo muchas veces características vagas, y descuidando así nuestro deber de dar a nuestro tiempo el testimonio necesario. Nuestras divisiones contrastan con la voluntad de Jesús y nos desautorizan ante los hombres. Creo que deberíamos esforzarnos con renovada energía y gran empeño por dar un testimonio común en el ámbito de estos grandes desafíos éticos de nuestro tiempo.

Y ahora preguntémosnos: ¿qué significa restablecer la unidad de todos los cristianos? Todos sabemos que existen numerosos modelos de unidad y vosotros sabéis también que la Iglesia católica pretende lograr la plena unidad visible de los discípulos de Jesucristo, tal como la definió el concilio ecuménico Vaticano II en varios de sus documentos (cf. *Lumen gentium*, 8 y 13; *Unitatis redintegratio*, 2 y 4, etc.). Según nuestra convicción, dicha unidad existe en la Iglesia católica sin posibilidad de que se pierda (cf. *Unitatis redintegratio*, 4); en efecto, la Iglesia no ha desaparecido totalmente del mundo. Por otra parte, esta unidad no significa lo que se podría llamar ecumenismo de regreso, es decir, renegar y rechazar la propia historia de fe. ¡De ninguna manera! No significa uniformidad en todas las expresiones de la teología y la espiritualidad, en las formas litúrgicas y en la disciplina. Unidad en la multiplicidad y multiplicidad en la unidad. En la homilía en la solemnidad de San Pedro y San Pablo, el pasado 29 de junio, subrayé que la plena unidad y la verdadera catolicidad, en el sentido originario de la palabra, van juntas. Una condición necesaria para que esta coexistencia tenga lugar es que el compromiso por la unidad se purifique y se renueve continuamente, crezca y madure. El diálogo puede contribuir a lograr este objetivo. El diálogo es más que un intercambio de ideas, más que una empresa académica: es un intercambio de dones (cf. *Ut unum sint*, 28), en el que las Iglesias y las comunidades eclesiales pueden poner a disposición su propio tesoro (cf. *Lumen gentium*, 8 y 15; *Unitatis redintegratio*, 3 y 14 s; *Ut unum sint*, 10-14).

Precisamente, gracias a este compromiso, el camino puede continuar paso a paso hasta que, como dice la carta a los Efesios, finalmente «lle-

guemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud» (*Ef* 4, 13). Es obvio que un diálogo como este sólo puede llevarse a cabo en un contexto de espiritualidad sincera y coherente. No podemos «hacer» la unidad sólo con nuestras fuerzas. Podemos obtenerla solamente como don del Espíritu Santo. Por tanto, el ecumenismo espiritual, es decir, la oración, la conversión y la santidad de vida, son el corazón del encuentro y del movimiento ecuménico (cf. *Unitatis redintegratio*, 8; *Ut unum sint*, 15 s, 21 etc.). También se podría decir que la mejor forma de ecumenismo consiste en vivir según el Evangelio.

También yo deseo recordar, en este contexto, al gran pionero de la unidad, el hermano Roger Schutz, asesinado de modo tan trágico. Yo lo conocía personalmente desde hace mucho tiempo y mantenía una cordial relación de amistad con él. Con frecuencia me visitaba y, como ya dije en Roma, el día en que fue asesinado recibí una carta suya que me ha conmovido mucho porque en ella subrayaba su adhesión a mi camino y me anunciaba que quería venir a encontrarse conmigo. Ahora nos visita desde lo alto y nos habla. Creo que deberíamos escucharlo, escuchar desde dentro su ecumenismo vivido espiritualmente y dejarnos llevar por su testimonio hacia un ecumenismo interiorizado y espiritualizado. Veo con especial optimismo el hecho de que hoy se está desarrollando una especie de «red», de conexión espiritual entre católicos y cristianos de las diversas Iglesias y comunidades eclesiales: cada uno se compromete en la oración, en la revisión de la vida, en la purificación de la memoria, en la apertura a la caridad. El padre del ecumenismo espiritual, Paul Couturier, habló a este respecto de un «claustro invisible», que acoge en su recinto a estas almas apasionadas de Cristo y de su Iglesia. Estoy convencido de que, si un número creciente de personas se une en su interior a la oración del Señor «para que todos sean uno» (*Jn* 17, 21), dicha plegaria en el nombre de Jesús no caerá en el vacío (cf. *Jn* 14, 13; 15, 7. 16 etc.). Con la ayuda que viene de lo alto, encontraremos soluciones practicables en las diversas cuestiones aún abiertas y, al final, el deseo de unidad será colmado cuando y como él quiera. Os invito a todos a recorrer conmigo este camino, conscientes de que estar juntos en camino es un tipo de unidad. Demos gracias a Dios por esto y pidámosle que siga guiándonos a todos.

DISCURSO en el Encuentro con los representantes de Comunidades Musulmanas en el Arzobispado de Colonia, el sábado, 20 de agosto de 2005.

Queridos amigos musulmanes:

Es para mí motivo de gran alegría acogeros y dirigiros mi cordial saludo. Como sabéis, estoy aquí, en Colonia, para encontrarme con los jóvenes venidos de todas las partes de Europa y del mundo. Los jóvenes son el futuro de la humanidad y la esperanza de las naciones. Mi querido predecesor, el Papa San Juan Pablo II, dijo un día a los jóvenes musulmanes reunidos en el estadio de Casablanca, en Marruecos: «Los jóvenes pueden construir un porvenir mejor si colocan en primer lugar su fe en Dios y si se empeñan en edificar con sabiduría y confianza un mundo nuevo según el plan de Dios» (*Discurso*, 19 de agosto de 1985, n. 4: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de septiembre de 1985, p. 14). Desde esta perspectiva me dirijo a vosotros, queridos y estimados amigos musulmanes, para compartir con vosotros mis esperanzas y haceros partícipes de mis preocupaciones, en estos momentos particularmente difíciles de la historia de nuestro tiempo.

Estoy seguro de interpretar también vuestro pensamiento al subrayar, entre las preocupaciones, la que nace de la constatación del difundido fenómeno del terrorismo. Sé que muchos de vosotros habéis rechazado con firmeza, y también públicamente, en particular cualquier conexión de vuestra fe con el terrorismo y lo habéis condenado claramente. Os doy las gracias por esto, pues así se fomenta un clima de confianza, muy necesario. Continúan cometándose en varias partes del mundo actos terroristas, que arrojan a las personas en el llanto y la desesperación. Los que idean y programan estos atentados demuestran querer envenenar nuestras relaciones y destruir la confianza, recurriendo a todos los medios, incluso a la religión, para oponerse a los esfuerzos de convivencia pacífica y serena. Gracias a Dios, estamos de acuerdo en que el terrorismo, de cualquier origen que sea, es una opción perversa y cruel, que desdeña el derecho sacrosanto a la vida y corroe los fundamentos mismos de toda convivencia civil. Si juntos conseguimos extirpar de los corazones el sentimiento de rencor, contrastar toda forma de intolerancia y oponernos a cada manifestación de violencia, frenaremos la oleada de fanatismo cruel, que pone en peligro la vida de tantas personas, obstaculizando el progreso de la paz en el mundo. La tarea es ardua, pero no imposible. En efecto, el creyente –y todos nosotros, como cristianos y

musulmanes, somos creyentes— sabe que puede contar, no obstante su propia fragilidad, con la fuerza espiritual de la oración.

Queridos amigos, estoy profundamente convencido de que hemos de afirmar, sin ceder a las presiones negativas del entorno, los valores del respeto recíproco, de la solidaridad y de la paz. La vida de cada ser humano es sagrada, tanto para los cristianos como para los musulmanes. Tenemos un gran campo de acción en el que hemos de sentirnos unidos al servicio de los valores morales fundamentales. La dignidad de la persona y la defensa de los derechos que de tal dignidad se derivan deben ser el objetivo de todo proyecto social y de todo esfuerzo por llevarlo a cabo. Este es un mensaje confirmado de manera inconfundible por la voz suave pero clara de la conciencia. Un mensaje que se ha de escuchar y hacer escuchar: si cesara su eco en los corazones, el mundo estaría expuesto a las tinieblas de una nueva barbarie. Sólo se puede encontrar una base de entendimiento reconociendo la centralidad de la persona, superando eventuales contraposiciones culturales y neutralizando la fuerza destructora de las ideologías.

En el encuentro que tuve en abril con los delegados de las Iglesias y comunidades eclesiales y con representantes de diversas tradiciones religiosas, dije: «Os aseguro que la Iglesia quiere seguir construyendo puentes de amistad con los seguidores de todas las religiones, para buscar el verdadero bien de cada persona y de la sociedad entera» (*Discurso*, 25 de abril de 2005: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de abril de 2005, p. 2). La experiencia del pasado nos enseña que el respeto mutuo y la comprensión, por desgracia, no siempre han caracterizado las relaciones entre cristianos y musulmanes. Cuántas páginas de historia dedicadas a las batallas y las guerras emprendidas invocando, de una parte y de otra, el nombre de Dios, como si combatir al enemigo y matar al adversario pudiera agradarle. El recuerdo de estos tristes acontecimientos debería llenarnos de vergüenza, sabiendo bien cuántas atrocidades se han cometido en nombre de la religión. Las lecciones del pasado han de servirnos para evitar caer en los mismos errores. Nosotros queremos buscar las vías de la reconciliación y aprender a vivir respetando cada uno la identidad del otro. La defensa de la libertad religiosa, en este sentido, es un imperativo constante, y el respeto de las minorías una señal indiscutible de verdadera civilización.

A este propósito, siempre es oportuno recordar lo que los padres del concilio Vaticano II dijeron sobre las relaciones con los musulmanes. «La Iglesia mira también con aprecio a los musulmanes que

adoran al único Dios, vivo y subsistente, misericordioso y omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, que habló a los hombres, a cuyos ocultos designios procuran someterse por entero, como se sometió a Dios Abraham, a quien la fe islámica se refiere de buen grado (...). Si bien en el transcurso de los siglos han surgido no pocas disensiones y enemistades entre cristianos y musulmanes, el santo Sínodo exhorta a todos a que, olvidando lo pasado, ejerzan sinceramente la comprensión mutua, defiendan y promuevan juntos la justicia social, los bienes morales, la paz y la libertad para todos los hombres» (*Nostra aetate*, 3). Estas palabras del concilio Vaticano II son para nosotros la «carta magna» del diálogo con vosotros, queridos amigos musulmanes, y me alegra que nos hayáis hablado con el mismo espíritu y hayáis confirmado estas intenciones.

Vosotros, estimados amigos, representáis a algunas comunidades musulmanas en este país en que nací, estudié y pasé buena parte de mi vida. Precisamente por eso deseaba encontrarme con vosotros. Guiais a los creyentes del islam y los educáis en la fe musulmana. La enseñanza es el medio por el que se comunican ideas y convicciones. La palabra es el camino real en la educación de la mente. Tenéis, por tanto, una gran responsabilidad en la formación de las nuevas generaciones. Constató con gratitud el espíritu con que cultiváis esta responsabilidad. Juntos, cristianos y musulmanes, hemos de afrontar los numerosos desafíos que nuestro tiempo nos plantea. No hay espacio para la apatía y el desinterés, y menos aún para la parcialidad y el sectarismo. No podemos ceder al miedo ni al pesimismo. Debemos más bien fomentar el optimismo y la esperanza. El diálogo interreligioso e intercultural entre cristianos y musulmanes no puede reducirse a una opción temporánea. En efecto, es una necesidad vital, de la cual depende en gran parte nuestro futuro. Los jóvenes, procedentes de tantas partes del mundo, están aquí, en Colonia, como testigos vivos de solidaridad, de hermandad y de amor. Os deseo de todo corazón, queridos y estimados amigos musulmanes, que el Dios misericordioso y compasivo os proteja, os bendiga y os ilumine siempre. El Dios de la paz conforte nuestros corazones, alimente nuestra esperanza y guíe nuestros pasos por los caminos del mundo.

¡Gracias!

DISCURSO en la Vigilia con los jóvenes en la explanada de Marienfeld.

Queridos jóvenes:

En nuestra peregrinación con los misteriosos Magos de Oriente hemos llegado al momento que san Mateo describe así en su evangelio: «Entraron en la casa (sobre la que se había detenido la estrella), vieron al niño con María, y cayendo de rodillas lo adoraron» (*Mt 2, 11*). El camino exterior de aquellos hombres terminó. Llegaron a la meta. Pero en este punto comienza un nuevo camino para ellos, una peregrinación interior que cambia toda su vida. Porque seguramente se habían imaginado de modo diferente a este Rey recién nacido. Se habían detenido precisamente en Jerusalén para obtener del rey local información sobre el Rey prometido que había nacido. Sabían que el mundo estaba desordenado y por eso estaban inquietos. Estaban convencidos de que Dios existía, y que era un Dios justo y bondadoso. Tal vez habían oído hablar también de las grandes profecías en las que los profetas de Israel habían anunciado un Rey que estaría en íntima armonía con Dios y que, en su nombre y de parte suya, restablecería el orden en el mundo. Se habían puesto en camino para encontrar a este Rey; en lo más hondo de su ser buscaban el derecho, la justicia que debía venir de Dios, y querían servir a ese Rey, postrarse a sus pies, y así servir también ellos a la renovación del mundo. Eran de esas personas que «tienen hambre y sed de justicia» (*Mt 5, 6*). Un hambre y sed que les llevó a emprender el camino; se hicieron peregrinos para alcanzar la justicia que esperaban de Dios y para ponerse a su servicio.

Aunque otros se quedaran en casa y les consideraban utópicos y soñadores, en realidad eran seres con los pies en tierra, y sabían que para cambiar el mundo hace falta disponer de poder. Por eso, no podían buscar al niño de la promesa sino en el palacio del Rey. No obstante, ahora se postran ante una criatura de gente pobre, y pronto se enterarán de que Herodes —el rey al que habían acudido— le acechaba con su poder, de modo que a la familia no le quedaba otra opción que la fuga y el exilio. El nuevo Rey ante el que se postraron en adoración era muy diferente de lo que se esperaban. Debían, pues, aprender que Dios es diverso de como acostumbramos a imaginarlo.

Aquí comenzó su camino interior. Comenzó en el mismo momento en que se postraron ante este Niño y lo reconocieron como el Rey prometido. Pero debían aún interiorizar estos gozosos gestos. Debían cambiar su idea sobre el poder, sobre Dios y sobre el hombre y así cambiar tam-

bién ellos mismos. Ahora habían visto: el poder de Dios es diferente del poder de los grandes del mundo. Su modo de actuar es distinto de como lo imaginamos, y de como quisiéramos imponerlo también a él. En este mundo, Dios no le hace competencia a las formas terrenales del poder. No contrapone sus ejércitos a otros ejércitos. Cuando Jesús estaba en el Huerto de los olivos, Dios no le envía doce legiones de ángeles para ayudarlo (cf. *Mt* 26, 53). Al poder estridente y prepotente de este mundo, él contrapone el poder inerme del amor, que en la cruz –y después siempre en la historia– sucumbe y, sin embargo, constituye la nueva realidad divina, que se opone a la injusticia e instauro el reino de Dios. Dios es diverso; ahora se dan cuenta de ello. Y eso significa que ahora ellos mismos tienen que ser diferentes, han de aprender el estilo de Dios.

Habían venido para ponerse al servicio de este Rey, para modelar su majestad sobre la suya. Este era el sentido de su gesto de acatamiento, de su adoración. Una adoración que comprendía también sus presentes -oro, incienso y mirra-, dones que se hacían a un Rey considerado divino. La adoración tiene un contenido y comporta también una donación. Los personajes que venían de Oriente, con el gesto de adoración, querían reconocer a este niño como su Rey y poner a su servicio el propio poder y las propias posibilidades, siguiendo un camino justo. Sirviéndole y siguiéndole, querían servir junto a él a la causa de la justicia y del bien en el mundo. En esto tenían razón. Pero ahora aprenden que esto no se puede hacer simplemente a través de órdenes impartidas desde lo alto de un trono. Aprenden que deben entregarse a sí mismos: un don menor que este es poco para este Rey. Aprenden que su vida debe acomodarse a este modo divino de ejercer el poder, a este modo de ser de Dios mismo. Han de convertirse en hombres de la verdad, del derecho, de la bondad, del perdón, de la misericordia. Ya no se preguntarán: ¿Para qué me sirve esto? Se preguntarán más bien: ¿Cómo puedo contribuir a que Dios esté presente en el mundo? Tienen que aprender a perderse a sí mismos y, precisamente así, a encontrarse. Al salir de Jerusalén, han de permanecer tras las huellas del verdadero Rey, en el seguimiento de Jesús.

Queridos amigos, podemos preguntarnos lo que todo esto significa para nosotros. Pues lo que acabamos de decir sobre la naturaleza diversa de Dios, que ha de orientar nuestra vida, suena bien, pero queda algo vago y difuminado. Por eso Dios nos ha dado ejemplos. Los Magos que vienen de Oriente son sólo los primeros de una larga lista de hombres y mujeres que en su vida han buscado constantemente con los ojos la es-

trella de Dios, que han buscado al Dios que está cerca de nosotros, seres humanos, y que nos indica el camino. Es la muchedumbre de los santos –conocidos o desconocidos– mediante los cuales el Señor nos ha abierto a lo largo de la historia el Evangelio, hojeando sus páginas; y lo está haciendo todavía. En sus vidas se revela la riqueza del Evangelio como en un gran libro ilustrado. Son la estela luminosa que Dios ha dejado en el transcurso de la historia, y sigue dejando aún. Mi venerado predecesor, el Papa San Juan Pablo II, que está aquí con nosotros en este momento, beatificó y canonizó a un gran número de personas, tanto de tiempos recientes como lejanos. Con estos ejemplos quiso demostrarnos cómo se consigue ser cristianos; cómo se logra llevar una vida del modo justo, cómo se vive a la manera de Dios. Los beatos y los santos han sido personas que no han buscado obstinadamente su propia felicidad, sino que han querido simplemente entregarse, porque han sido alcanzados por la luz de Cristo.

De este modo, nos indican la vía para ser felices y nos muestran cómo se consigue ser personas verdaderamente humanas. En las vicisitudes de la historia, han sido los verdaderos reformadores que tantas veces han elevado a la humanidad de los valles oscuros en los cuales está siempre en peligro de precipitar; la han iluminado siempre de nuevo lo suficiente para dar la posibilidad de aceptar –tal vez en el dolor– la palabra de Dios al terminar la obra de la creación: «Y era muy bueno». Basta pensar en figuras como san Benito, san Francisco de Asís, santa Teresa de Jesús, san Ignacio de Loyola, san Carlos Borromeo; en los fundadores de las órdenes religiosas del siglo XIX, que animaron y orientaron el movimiento social; o en los santos de nuestro tiempo: Maximiliano Kolbe, Edith Stein, madre Teresa, padre Pío. Contemplando estas figuras comprendemos lo que significa «adorar» y lo que quiere decir vivir a medida del Niño de Belén, a medida de Jesucristo y de Dios mismo.

Los santos, como hemos dicho, son los verdaderos reformadores. Ahora quisiera expresarlo de manera más radical aún: sólo de los santos, sólo de Dios proviene la verdadera revolución, el cambio decisivo del mundo. En el siglo pasado vivimos revoluciones cuyo programa común fue no esperar nada de Dios, sino tomar totalmente en las propias manos la causa del mundo para transformar sus condiciones. Y hemos visto que, de este modo, siempre se tomó un punto de vista humano y parcial como criterio absoluto de orientación. La absolutización de lo que no es absoluto, sino relativo, se llama totalitarismo. No libera al hombre, sino

que lo priva de su dignidad y lo esclaviza. No son las ideologías las que salvan el mundo, sino sólo dirigir la mirada al Dios viviente, que es nuestro creador, el garante de nuestra libertad, el garante de lo que es realmente bueno y auténtico. La revolución verdadera consiste únicamente en mirar a Dios, que es la medida de lo que es justo y, al mismo tiempo, es el amor eterno. Y ¿qué puede salvarnos sino el amor?

Queridos amigos, permitidme que añada sólo dos breves ideas. Muchos hablan de Dios; en el nombre de Dios se predica también el odio y se practica la violencia. Por tanto, es importante descubrir el verdadero rostro de Dios. Los Magos de Oriente lo encontraron cuando se postraron ante el niño de Belén. «Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre», dijo Jesús a Felipe (*Jn* 14, 9). En Jesucristo, que por nosotros permitió que su corazón fuera traspasado, se ha manifestado el verdadero rostro de Dios. Lo seguiremos junto con la muchedumbre de los que nos han precedido. Entonces iremos por el camino justo. Esto significa que no nos construimos un Dios privado, un Jesús privado, sino que creemos y nos postramos ante el Jesús que nos muestran las sagradas Escrituras, y que en la gran comunidad de fieles llamada Iglesia se manifiesta viviente, siempre con nosotros y al mismo tiempo siempre ante nosotros. Se puede criticar mucho a la Iglesia. Lo sabemos, y el Señor mismo nos lo dijo: es una red con peces buenos y malos, un campo con trigo y cizaña. El Papa San Juan Pablo II, que nos mostró el verdadero rostro de la Iglesia en los numerosos beatos y santos que proclamó, también pidió perdón por el mal causado en el transcurso de la historia por las palabras o los actos de hombres de la Iglesia. De este modo, también a nosotros nos ha hecho ver nuestra verdadera imagen, y nos ha exhortado a entrar, con todos nuestros defectos y debilidades, en la muchedumbre de los santos que comenzó a formarse con los Magos de Oriente. En el fondo, consuela que exista la cizaña en la Iglesia. Así, no obstante todos nuestros defectos, podemos esperar estar aún entre los que siguen a Jesús, que ha llamado precisamente a los pecadores. La Iglesia es como una familia humana, pero es también al mismo tiempo la gran familia de Dios, mediante la cual él establece un espacio de comunión y unidad en todos los continentes, culturas y naciones. Por eso nos alegramos de pertenecer a esta gran familia que vemos aquí; de tener hermanos y amigos en todo el mundo. Justo aquí, en Colonia, experimentamos lo hermoso que es pertenecer a una familia tan grande como el mundo, que comprende el cielo y la tierra, el pasado, el presente y el futuro de todas las partes

de la tierra. En esta gran comitiva de peregrinos, caminamos junto con Cristo, caminamos con la estrella que ilumina la historia.

«Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron» (*Mt 2, 11*). Queridos amigos, esta no es una historia lejana, de hace mucho tiempo. Es una presencia. Aquí, en la Hostia consagrada, él está ante nosotros y entre nosotros. Como entonces, se oculta misteriosamente en un santo silencio y, como entonces, desvela precisamente así el verdadero rostro de Dios. Por nosotros se ha hecho grano de trigo que cae en tierra y muere y da fruto hasta el fin del mundo (cf. *Jn 12, 24*). Está presente, como entonces en Belén. Y nos invita a la peregrinación interior que se llama adoración. Pongámonos ahora en camino para esta peregrinación, y pidámosle a él que nos guíe.

Amén.

INTRODUCCIÓN a la Misa celebrada en la explanada de Marienfeld, el domingo, 21 de agosto de 2005.

Queridos jóvenes:

Quisiera agradecerle cordialmente, querido hermano en el episcopado, tus conmovedoras palabras, que nos introducen tan oportunamente en esta celebración litúrgica. Habría querido recorrer en el coche descubierto toda la explanada, a lo largo y a lo ancho, para estar lo más cerca posible de cada uno.

El mal estado de los pasillos no lo ha permitido. Pero os saludo a cada uno de todo corazón. El Señor ve y ama a cada persona. Todos juntos formamos la Iglesia viva y damos gracias al Señor por esta hora en la que nos dona el misterio de su presencia y la posibilidad de estar en comunión con él.

Todos sabemos que somos imperfectos, que no podemos ser para él una casa adecuada. Por eso comenzamos la santa misa recogiéndonos y rogando al Señor que elimine en nosotros todo lo que nos separa de él y lo que nos separa unos de otros, y así nos conceda celebrar dignamente los santos misterios.

HOMILÍA pronunciada en la Misa.

Queridos jóvenes:

Ante la sagrada Hostia, en la cual Jesús se ha hecho pan para nosotros, que interiormente sostiene y nutre nuestra vida (cf. *Jn 6, 35*), comenzamos ayer por la tarde el camino interior de la adoración. En

la Eucaristía la adoración debe llegar a ser unión. Con la celebración eucarística nos encontramos en aquella «hora» de Jesús, de la cual habla el evangelio de san Juan. Mediante la Eucaristía, esta «hora» suya se convierte en nuestra hora, su presencia en medio de nosotros. Junto con los discípulos, él celebró la cena pascual de Israel, el memorial de la acción liberadora de Dios que había guiado a Israel de la esclavitud a la libertad. Jesús sigue los ritos de Israel. Pronuncia sobre el pan la oración de alabanza y bendición. Sin embargo, sucede algo nuevo. Da gracias a Dios no solamente por las grandes obras del pasado; le da gracias por la propia exaltación que se realizará mediante la cruz y la Resurrección, dirigiéndose a los discípulos también con palabras que contienen el compendio de la Ley y de los Profetas: «Esto es mi Cuerpo entregado en sacrificio por vosotros. Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi Sangre». Y así distribuye el pan y el cáliz, y, al mismo tiempo, les encarga la tarea de volver a decir y hacer siempre en su memoria aquello que estaba diciendo y haciendo en aquel momento.

¿Qué está sucediendo? ¿Cómo Jesús puede repartir su Cuerpo y su Sangre? Haciendo del pan su Cuerpo y del vino su Sangre, anticipa su muerte, la acepta en lo más íntimo y la transforma en una acción de amor. Lo que desde el exterior es violencia brutal —la crucifixión—, desde el interior se transforma en un acto de un amor que se entrega totalmente. Esta es la transformación sustancial que se realizó en el Cenáculo y que estaba destinada a suscitar un proceso de transformaciones cuyo último fin es la transformación del mundo hasta que Dios sea todo en todos (cf. *1 Co* 15, 28). Desde siempre todos los hombres esperan en su corazón, de algún modo, un cambio, una transformación del mundo. Este es, ahora, el acto central de transformación capaz de renovar verdaderamente el mundo: la violencia se transforma en amor y, por tanto, la muerte en vida. Dado que este acto convierte la muerte en amor, la muerte como tal está ya, desde su interior, superada; en ella está ya presente la resurrección. La muerte ha sido, por así decir, profundamente herida, tanto que, de ahora en adelante, no puede ser la última palabra.

Esta es, por usar una imagen muy conocida para nosotros, la fisión nuclear llevada en lo más íntimo del ser; la victoria del amor sobre el odio, la victoria del amor sobre la muerte. Solamente esta íntima explosión del bien que vence al mal puede suscitar después la cadena de transformaciones que poco a poco cambiarán el mundo. Todos los de-

más cambios son superficiales y no salvan. Por esto hablamos de redención: lo que desde lo más íntimo era necesario ha sucedido, y nosotros podemos entrar en este dinamismo. Jesús puede distribuir su Cuerpo, porque se entrega realmente a sí mismo.

Esta primera transformación fundamental de la violencia en amor, de la muerte en vida lleva consigo las demás transformaciones. Pan y vino se convierten en su Cuerpo y su Sangre. Llegados a este punto la transformación no puede detenerse, antes bien, es aquí donde debe comenzar plenamente. El Cuerpo y la Sangre de Cristo se nos dan para que también nosotros mismos seamos transformados. Nosotros mismos debemos llegar a ser Cuerpo de Cristo, sus consanguíneos. Todos comemos el único pan, y esto significa que entre nosotros llegamos a ser una sola cosa. La adoración, como hemos dicho, llega a ser, de este modo, unión. Dios no solamente está frente a nosotros, como el totalmente Otro. Está dentro de nosotros, y nosotros estamos en él. Su dinámica nos penetra y desde nosotros quiere propagarse a los demás y extenderse a todo el mundo, para que su amor sea realmente la medida dominante del mundo. Yo encuentro una alusión muy bella a este nuevo paso que la última Cena nos indica con la diferente acepción de la palabra «adoración» en griego y en latín. La palabra griega es *proskynesis*. Significa el gesto de sumisión, el reconocimiento de Dios como nuestra verdadera medida, cuya norma aceptamos seguir. Significa que la libertad no quiere decir gozar de la vida, considerarse absolutamente autónomo, sino orientarse según la medida de la verdad y del bien, para llegar a ser, de esta manera, nosotros mismos, verdaderos y buenos. Este gesto es necesario, aun cuando nuestra ansia de libertad se resiste, en un primer momento, a esta perspectiva. Hacerla completamente nuestra sólo será posible en el segundo paso que nos presenta la última Cena. La palabra latina para adoración es *ad-oratio*, contacto boca a boca, beso, abrazo y, por tanto, en resumen, amor. La sumisión se hace unión, porque aquel al cual nos sometemos es Amor. Así la sumisión adquiere sentido, porque no nos impone cosas extrañas, sino que nos libera desde lo más íntimo de nuestro ser.

Volvamos de nuevo a la última Cena. La novedad que allí se verificó, estaba en la nueva profundidad de la antigua oración de bendición de Israel, que ahora se hacía palabra de transformación y nos concedía el poder participar en la «hora» de Cristo. Jesús no nos ha encargado la tarea de repetir la Cena pascual que, por otra parte, en cuanto aniversario, no es repetible a voluntad. Nos ha dado la tarea de entrar en su

«hora». Entramos en ella mediante la palabra del poder sagrado de la consagración, una transformación que se realiza mediante la oración de alabanza, que nos sitúa en continuidad con Israel y con toda la historia de la salvación, y al mismo tiempo nos concede la novedad hacia la cual aquella oración tendía por su íntima naturaleza.

Esta oración, llamada por la Iglesia «plegaria eucarística», hace presente la Eucaristía. Es palabra de poder, que transforma los dones de la tierra de modo totalmente nuevo en la donación de Dios mismo y que nos compromete en este proceso de transformación. Por eso llamamos a este acontecimiento Eucaristía, que es la traducción de la palabra hebrea *beracha*, agradecimiento, alabanza, bendición, y asimismo transformación a partir del Señor: presencia de su «hora». La hora de Jesús es la hora en la cual vence el amor. En otras palabras: es Dios quien ha vencido, porque él es Amor. La hora de Jesús quiere llegar a ser nuestra hora y lo será, si nosotros, mediante la celebración de la Eucaristía, nos dejamos arrastrar por aquel proceso de transformaciones que el Señor pretende. La Eucaristía debe llegar a ser el centro de nuestra vida.

No se trata de positivismo o ansia de poder, cuando la Iglesia nos dice que la Eucaristía es parte del domingo. En la mañana de Pascua, primero las mujeres y luego los discípulos tuvieron la gracia de ver al Señor. Desde entonces supieron que el primer día de la semana, el domingo, sería el día de él, de Cristo. El día del inicio de la creación sería el día de la renovación de la creación. Creación y redención caminan juntas. Por esto es tan importante el domingo. Está bien que hoy, en muchas culturas, el domingo sea un día libre o, juntamente con el sábado, constituya el denominado «fin de semana» libre. Pero este tiempo libre permanece vacío si en él no está Dios.

Queridos amigos, a veces, en principio, puede resultar incómodo tener que programar en el domingo también la misa. Pero si tomáis este compromiso, constataréis más tarde que es exactamente esto lo que da sentido al tiempo libre. No os dejéis disuadir de participar en la Eucaristía dominical y ayudad también a los demás a descubrirla. Ciertamente, para que de esa emane la alegría que necesitamos, debemos aprender a comprenderla cada vez más profundamente, debemos aprender a amarla. Comprometámonos a ello, ¡vale la pena!

Descubramos la íntima riqueza de la liturgia de la Iglesia y su verdadera grandeza: no somos nosotros los que hacemos fiesta para nosotros, sino que es, en cambio, el mismo Dios viviente el que prepara una fiesta para nosotros. Con el amor a la Eucaristía redescubriréis también el

sacramento de la Reconciliación, en el cual la bondad misericordiosa de Dios permite siempre iniciar de nuevo nuestra vida. Quien ha descubierto a Cristo debe llevar a otros hacia él. Una gran alegría no se puede guardar para uno mismo. Es necesario transmitirla. En numerosas partes del mundo existe hoy un extraño olvido de Dios. Parece que todo marche igualmente sin él. Pero al mismo tiempo existe también un sentimiento de frustración, de insatisfacción de todo y de todos. Dan ganas de exclamar: ¡No es posible que la vida sea así! Verdaderamente no. Y de este modo, junto al olvido de Dios existe como un «boom» de lo religioso. No quiero desacreditar todo lo que se sitúa en este contexto. Puede darse también la alegría sincera del descubrimiento. Pero, a menudo la religión se convierte casi en un producto de consumo. Se escoge aquello que agrada, y algunos saben también sacarle provecho. Pero la religión buscada a la «medida de cada uno» a la postre no nos ayuda. Es cómoda, pero en el momento de crisis nos abandona a nuestra suerte. Ayudad a los hombres a descubrir la verdadera estrella que nos indica el camino: Jesucristo.

Tratemos nosotros mismos de conocerlo cada vez mejor para poder guiar también, de modo convincente, a los demás hacia él. Por esto es tan importante el amor a la sagrada Escritura y, en consecuencia, conocer la fe de la Iglesia que nos muestra el sentido de la Escritura. Es el Espíritu Santo el que guía a la Iglesia en su fe creciente y la ha hecho y hace penetrar cada vez más en las profundidades de la verdad (cf. *Jn* 16, 13). El Papa San Juan Pablo II nos ha dejado una obra maravillosa, en la cual la fe secular se explica sintéticamente: el *Catecismo de la Iglesia católica*. Yo mismo, recientemente, he presentado el *Compendio* de ese Catecismo, que ha sido elaborado a petición del difunto Papa. Son dos libros fundamentales que querría recomendaros a todos vosotros.

Obviamente, los libros por sí solos no bastan. Construid comunidades basadas en la fe. En los últimos decenios han nacido movimientos y comunidades en los cuales la fuerza del Evangelio se deja sentir con vivacidad. Buscad la comunión en la fe como compañeros de camino que juntos continúan el itinerario de la gran peregrinación que primero nos señalaron los Magos de Oriente. La espontaneidad de las nuevas comunidades es importante, pero es asimismo importante conservar la comunión con el Papa y con los obispos. Son ellos los que garantizan que no se están buscando senderos particulares, sino que a su vez se está viviendo en aquella gran familia de Dios que el Señor ha fundado con los doce Apóstoles.

Una vez más, debo volver a la Eucaristía. «Porque aun siendo muchos, somos un solo pan y un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo pan», dice san Pablo (*I Co* 10, 17). Con esto quiere decir: puesto que recibimos al mismo Señor y él nos acoge y nos atrae hacia sí, seamos también una sola cosa entre nosotros. Esto debe manifestarse en la vida. Debe mostrarse en la capacidad de perdón. Debe manifestarse en la sensibilidad hacia las necesidades de los demás. Debe manifestarse en la disponibilidad para compartir. Debe manifestarse en el compromiso con el prójimo, tanto con el cercano como con el externamente lejano, que, sin embargo, nos atañe siempre de cerca.

Existen hoy formas de voluntariado, modelos de servicio mutuo, de los cuales justamente nuestra sociedad tiene necesidad urgente. No debemos, por ejemplo, abandonar a los ancianos en su soledad, no debemos pasar de largo ante los que sufren. Si pensamos y vivimos en virtud de la comunión con Cristo, entonces se nos abren los ojos. Entonces no nos adaptaremos más a seguir viviendo preocupados solamente por nosotros mismos, sino que veremos dónde y cómo somos necesarios. Viviendo y actuando así nos daremos cuenta bien pronto que es mucho más bello ser útiles y estar a disposición de los demás que preocuparse sólo de las comodidades que se nos ofrecen. Yo sé que vosotros como jóvenes aspiráis a cosas grandes, que queréis comprometeros por un mundo mejor. Demostrádselo a los hombres, demostrádselo al mundo, que espera exactamente este testimonio de los discípulos de Jesucristo y que, sobre todo mediante vuestro amor, podrá descubrir la estrella que como creyentes seguimos.

¡Caminemos con Cristo y vivamos nuestra vida como verdaderos adoradores de Dios! Amén.

ÁNGELUS

Hemos llegado al final de esta maravillosa celebración, y también de la XX Jornada mundial de la juventud. Siento resonar con fuerza en mi corazón una palabra: «¡gracias!». Estoy seguro —y lo siento— de que esta palabra encuentra un eco unánime en cada uno de vosotros. Dios mismo la ha grabado en nuestros corazones y la ha rubricado con esta Eucaristía, que significa precisamente «agradecimiento». Sí, queridos jóvenes, la palabra de agradecimiento, que nace de la fe, se expresa en el canto de alabanza a él, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que nos ha dado una prueba más de su inmenso amor.

Nuestro agradecimiento, que se eleva ante todo a Dios por el don de

este encuentro inolvidable –sólo él podía dárnoslo tal como ha sucedido–, se extiende a todos los que han preparado su organización y desarrollo. La Jornada mundial de la juventud ha sido un don, pero, tal como se ha desarrollado, ha sido también fruto de un gran trabajo. Por eso renuevo en particular mi vivo agradecimiento al Consejo pontificio para los laicos, presidido por el arzobispo Stanislaw Rylko, con la ayuda eficaz del secretario del dicasterio, monseñor Josef Clemens, que durante muchos años fue mi secretario, y a los hermanos del Episcopado alemán, en primer lugar naturalmente al arzobispo de Colonia, cardenal Joachim Meisner. Doy las gracias a las autoridades políticas y administrativas, que han dado una gran contribución, han ayudado generosamente y han hecho posible el desarrollo sereno de todas las manifestaciones de estos días; doy gracias también a tantos voluntarios provenientes de todas las diócesis alemanas y de todas las naciones. Expreso un agradecimiento cordial también a los numerosos monasterios de vida contemplativa, que han acompañado con su oración la Jornada mundial de la juventud.

En este momento en que la presencia viva entre nosotros de Cristo resucitado alimenta la fe y la esperanza, tengo la dicha de anunciar que el próximo Encuentro mundial de la juventud tendrá lugar en Sídney, Australia, el año 2008. Encomendemos a la guía materna y solícita de la santísima Virgen María el camino futuro de los jóvenes del mundo entero.

Saludo con afecto a los jóvenes de lengua francesa. Queridos amigos, agradezco vuestra participación y os deseo que volváis a vuestros países llevando en vosotros, como los Magos, la alegría de haber encontrado a Cristo, el Hijo del Dios vivo.

A los jóvenes de lengua inglesa provenientes de diversas partes del mundo, dirijo un cordial saludo, al final de estas inolvidables jornadas. Que la luz de Cristo, que habéis seguido para venir a Colonia, resplandezca ahora más límpida e intensa en vuestra vida.

Queridos jóvenes de lengua española. Habéis venido para adorar a Cristo. Ahora que lo habéis encontrado, continuad adorándolo en vuestro corazón, siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza (cf. *1 P 3*, 15). ¡Feliz regreso a vuestros países!

Queridos amigos de lengua italiana. Llega ya al final la XX Jornada mundial de la juventud, pero esta celebración eucarística continúa en la vida: llevad a todos la alegría de Cristo que aquí habéis encontrado.

Un abrazo afectuoso a todos vosotros, jóvenes polacos. Como os diría el gran Papa San Juan Pablo II, mantened viva la llama de la fe en

vuestra vida y en la de vuestro pueblo. Que María, Madre de Cristo, guíe siempre vuestros pasos.

Saludo con afecto a los jóvenes de lengua portuguesa. Queridos jóvenes, os deseo que viváis siempre en amistad con Jesús, para experimentar la verdadera alegría y comunicarla a todos, especialmente a vuestros coetáneos que se encuentran en dificultad.

Queridos amigos de lengua filipina y todos vosotros, jóvenes de Asia, como los Magos habéis venido de Oriente para adorar a Cristo. Ahora que lo habéis encontrado, volved a vuestros países llevando en el corazón la luz de su amor.

Un cordial saludo también a vosotros jóvenes africanos. Llevad a vuestro grande y amado continente la esperanza que Cristo os ha dado. Sed, por todas partes, sembradores de paz y de fraternidad.

Queridos amigos que habláis mi lengua, os agradezco de corazón el afecto que me habéis demostrado en estos días. Acompañadme de cerca con vuestra oración. Caminad unidos. Sed siempre fieles a Cristo y a la Iglesia. Que la paz y la alegría de Cristo estén siempre con vosotros.

DISCURSO en el Encuentro con los Obispos de Alemania.

Ante todo deseo expresar mi gran alegría por tener una vez más la posibilidad de vernos, de estar juntos después de unas jornadas hermosas, aunque duras y, en consecuencia, por tener el gozo de encontrarnos. Aunque yo, de hecho, sea sólo un ex miembro de la Conferencia episcopal alemana, me siento todavía vinculado a todos vosotros en una unión fraterna que no puede desaparecer.

Deseo dar las gracias al cardenal Lehmann por sus palabras cordiales, y confirmarlas con el espíritu de lo que yo mismo dije hoy al final de la celebración eucarística; es decir, expresar una vez más la profunda gratitud que todos sentimos en nuestro corazón. Todos sabemos que el gran trabajo de preparación, las grandes obras que se han realizado, no bastan para hacer posible todo esto, y que, por tanto, debe ser necesariamente un don. Dado que nadie puede crear el entusiasmo de los jóvenes, nadie puede crear durante días esta unión en la fe y en la alegría de la fe. Y hasta el tiempo atmosférico ha sido realmente un don por el que damos gracias al Señor y que interpretamos también como un deber de hacer lo que esté de nuestra parte para que este entusiasmo prosiga y se transforme en una fuerza para la vida de la Iglesia en nuestro país.

Quisiera dar de nuevo las gracias al cardenal Meisner y a sus colaboradores por el gran trabajo de preparación que han llevado a cabo. De-

seo, asimismo, agradecer al cardenal Lehmann, a sus colaboradores y a todos vosotros, porque todas las diócesis han cooperado en la realización de este acontecimiento. Toda Alemania ha acogido a los huéspedes, se ha puesto en camino con la Virgen y la cruz, y así ha podido recibir este don. Doy vivamente las gracias por esta estatua que aún necesita un poco de tiempo para alcanzar, por decirlo así, su forma definitiva. Sin embargo, creo que es muy hermoso el hecho de que ahora san Bonifacio estará también en mi casa y así me expresará visiblemente a mí lo que tanto le interesaba, es decir, la unión entre la Iglesia en Alemania y Roma. Como orientó a la Iglesia en Alemania hacia la unidad con el Sucesor de Pedro, también me orienta a mí a la comunión fraterna duradera con los obispos de Alemania, con la Iglesia que está en Alemania.

El Santo Padre Juan Pablo II, genial iniciador de las Jornadas mundiales de la juventud, —una intuición que considero una inspiración— mostró que ambas partes dan y reciben. No sólo nosotros hemos hecho lo que estaba de nuestra parte del mejor modo posible, sino también los jóvenes, con sus preguntas, con su esperanza, con su alegría en la fe, con su entusiasmo al renovar la Iglesia, nos han dado algo. Damos gracias por esta reciprocidad y esperamos que perdure, es decir, que los jóvenes, con sus preguntas, con su fe y con su alegría en la fe, sigan siendo para nosotros un estímulo a vencer la pusilanimidad y el cansancio, y nos impulsen a indicarles el camino, con la experiencia de la fe que se nos da, con la experiencia del ministerio pastoral, con la gracia del sacramento en que nos encontramos, de forma que su entusiasmo encuentre también un justo orden. Como una fuente debe canalizarse para que pueda aprovecharse su agua, así también este entusiasmo debe ser orientado siempre de nuevo en su forma eclesial.

Aquí en Alemania, y yo en particular como profesor, estamos acostumbrados a ver sobre todo problemas. Sin embargo, creo que deberíamos admitir que todo eso ha sido posible porque en Alemania, a pesar de todos los problemas de la Iglesia, a pesar de todas las cosas discutibles que pueda haber, existe realmente una Iglesia viva, una Iglesia que posee muchos aspectos positivos, en la que tantas personas están dispuestas a comprometerse por su fe y a emplear su tiempo libre, a dar incluso su dinero y algo de sus bienes, sencillamente para contribuir con su propia vida.

Creo que se nos ha hecho patente de nuevo que muchas personas en Alemania, a pesar de todas las dificultades que lamentamos, siguen siendo creyentes, constituyen una Iglesia viva y así hacen posible que un

acontecimiento como la Jornada mundial de la juventud tenga su propio contexto, su *humus*, en el cual crecer y asumir su propia forma.

Creo que deberíamos acordarnos de los numerosos sacerdotes, religiosos y laicos que cumplen fielmente su servicio en situaciones pastorales a menudo difíciles. Y no hace falta que yo subraye la generosidad de los católicos alemanes, conocida realmente en todo el mundo, una generosidad que no es sólo material, pues existen muchos sacerdotes alemanes «*Fidei donum*».

Lo constato en las visitas «ad limina»: incluso en Papúa Nueva Guinea, en las islas Salomón y en zonas en las que no se podría imaginar, trabajan apostólicamente sacerdotes alemanes, que esparcen la semilla de la Palabra, se identifican con las personas y, en este mundo amenazado al que llegan también tantos elementos negativos desde Occidente, infunden así la gran fuerza de la fe y con ella los elementos positivos de lo que se nos da.

Es notable la labor desarrollada por las numerosas organizaciones caritativas: desde *Misereor*, *Adveniat*, *Missio* o *Renovabis* hasta las Cáritas diocesanas y parroquiales. También es vasta la acción educativa de las escuelas católicas y de otras instituciones y organizaciones católicas en favor de la juventud. No quisiera dar la impresión de que con estas instituciones se agota lo que se puede decir de positivo; sólo quería aludir a ellas para que no se olviden estos aspectos y nos infundan siempre valentía y alegría.

Además de los aspectos positivos, que es importante no olvidar y por los que es preciso dar gracias siempre, debemos admitir también que, lamentablemente, en el rostro de la Iglesia universal, y también en el de la Iglesia que está en Alemania, no faltan arrugas, sombras que ofuscan su esplendor. Debemos tenerlas también presentes, por amor y con amor, en este momento de fiesta y de agradecimiento. Sabemos que siguen progresando el secularismo y la descristianización, que crece el relativismo. Cada vez es menor el influjo de la ética y la moral católica. Bastantes personas abandonan la Iglesia o, aunque se queden, aceptan sólo una parte de la enseñanza católica, eligiendo sólo algunos aspectos del cristianismo. Sigue siendo preocupante la situación religiosa en el Este, donde, como sabemos, la mayoría de la población está sin bautizar y no tiene contacto alguno con la Iglesia y, a menudo, no conoce en absoluto ni a Cristo ni a la Iglesia. Reconocemos en estas realidades otros tantos desafíos, y vosotros mismos, queridos hermanos en el episcopado, habéis afirmado en vuestra carta

pastoral del 21 de septiembre de 2004, con ocasión del 1250° Aniversario del martirio de san Bonifacio: «Nos hemos convertido en tierra de misión». Eso vale para grandes partes de Alemania.

Por este motivo, considero que en toda Europa, al igual que en Francia, en España y en otros lugares, deberíamos reflexionar seriamente sobre el modo como podemos realizar hoy una verdadera evangelización, no sólo una nueva evangelización, sino con frecuencia una auténtica primera evangelización. Las personas no conocen a Dios, no conocen a Cristo. Existe un nuevo paganismo y no basta que tratemos de conservar a la comunidad creyente, aunque esto es muy importante; se impone la gran pregunta: ¿qué es realmente la vida? Creo que todos juntos debemos tratar de encontrar modos nuevos de llevar el Evangelio al mundo actual, anunciar de nuevo a Cristo y establecer la fe.

Este panorama que nos presenta la Jornada mundial de la juventud, y que he descrito sólo con breves rasgos, nos invita a proyectar nuestra mirada hacia el futuro. Para la Iglesia, y especialmente para nosotros, los pastores, para los padres y los educadores, los jóvenes son una llamada viviente a la fe. Quisiera decir, una vez más, que me parece una gran inspiración el hecho de que el Papa San Juan Pablo II haya elegido para esta Jornada mundial de la juventud el tema: «Hemos venido a adorarlo» (*Mt 2, 2*). A menudo estamos tan agobiados, comprensiblemente agobiados, por las inmensas necesidades sociales del mundo, por todos los problemas organizativos y estructurales que existen, que podemos dejar de lado la adoración como algo que haremos después.

El padre Delp afirmó una vez que no hay nada más importante que la adoración. Lo dijo en el contexto de su tiempo, cuando era evidente que una adoración destruida destruía al hombre. Con todo, en nuestro nuevo contexto de la adoración perdida, y por tanto del rostro perdido de la dignidad humana, nos corresponde de nuevo a nosotros comprender la prioridad de la adoración y hacer que los jóvenes –así como nosotros mismos y nuestras comunidades– sean conscientes de que no se trata de un lujo de nuestro tiempo confuso, que tal vez no nos podemos permitir, sino de una prioridad. Donde no hay adoración, donde no se tributa a Dios el honor como primera cosa, incluso las realidades del hombre no pueden progresar.

Por tanto, debemos tratar de hacer visible el rostro de Cristo, el rostro de Dios vivo, de forma que luego nos suceda espontáneamente lo que sucedió a los Magos, que se postraron y adoraron. Ciertamente en los Magos se verificaron dos cosas: primero buscaron, luego encontraron y

adoraron. Muchas personas hoy están en búsqueda. También nosotros. En el fondo, con una dialéctica diferente, deben darse siempre ambas cosas. Debemos respetar la búsqueda del hombre, sostenerla, hacerle sentir que la fe no es simplemente un dogmatismo completo en sí mismo, que apaga la búsqueda, la gran sed del hombre, sino que por el contrario proyecta la gran peregrinación hacia el infinito; que nosotros, en cuanto creyentes, al mismo tiempo buscamos y encontramos.

En su comentario a los Salmos, san Agustín interpretó la expresión «*Quaerite faciem eius semper*», «*Buscad siempre su rostro*», de un modo tan espléndido que desde que yo era estudiante se me grabaron en el corazón sus palabras. No vale sólo para esta vida, sino también para toda la eternidad. Ese rostro lo debemos redescubrir continuamente. Cuanto más entremos en el esplendor del amor divino, tanto más grandes serán nuestros descubrimientos, tanto más hermoso será avanzar y saber que la búsqueda no tiene fin y que por tanto encontrar no tiene fin, es decir, es eternidad, la alegría de buscar y a la vez de encontrar.

Debemos sostener a las personas en su búsqueda, sabiendo que también nosotros buscamos, y a la vez darles también la certeza de que Dios nos ha encontrado y que por consiguiente nosotros podemos encontrarlo a él. Queremos ser una Iglesia abierta al futuro, y, como tal, rica en promesas para las nuevas generaciones. No se trata de un afán obsesivo por lo juvenil, que en el fondo sería ridículo, sino de una auténtica juventud que fluye de la fuente de la eternidad, que es siempre nueva, que deriva de la transparencia de Cristo en su Iglesia: de este modo él nos da la luz para proseguir.

A esta luz podemos tener la valentía para afrontar con confianza las cuestiones más difíciles que se plantean hoy a la Iglesia que está en Alemania. Como he dicho, por una parte debemos aceptar la provocación de los jóvenes, pero por otra, a nuestra vez, debemos educar a los jóvenes en la paciencia, sin la que no se puede lograr nada; debemos educarlos en el discernimiento, en un sano realismo, en la capacidad de tomar decisiones definitivas. Uno de los jefes de Estado que me visitó recientemente me dijo que su principal preocupación es la incapacidad generalizada de tomar decisiones definitivas por el miedo a perder la propia libertad.

En realidad, el hombre se hace libre cuando se vincula, cuando tiene raíces, porque entonces puede crecer y madurar. Educar en la paciencia, en el discernimiento, en el realismo, pero sin falsas componendas, para no diluir el Evangelio.

La experiencia de estos últimos veinte años nos ha enseñado que, en cierto modo, cada Jornada mundial de la juventud es para el país donde tiene lugar un nuevo comienzo para la pastoral juvenil. La preparación del acontecimiento moviliza personas y recursos. Lo hemos visto precisamente aquí en Alemania: se ha llevado a cabo una auténtica «movilización», que ha activado energías. Por último, la celebración misma conlleva un fuerte impulso de entusiasmo, que es preciso sostener y, por así decir, hacer que sea definitivo.

Se trata de un enorme potencial de energías, que puede acrecentarse más y más, difundiéndose por el territorio. Pienso en las parroquias, en las asociaciones, en los movimientos; pienso en los sacerdotes, en los religiosos, en los catequistas, en los animadores que se ocupan de los jóvenes. Creo que en Alemania se sabe muy bien cuántos han sido implicados en este acontecimiento. Pido al Señor que para cada uno de los que han colaborado haya significado un auténtico crecimiento en el amor a Cristo y a la Iglesia, y animo a todos a llevar adelante juntos, con renovado espíritu de servicio, el trabajo pastoral entre las nuevas generaciones. Debemos aprender de nuevo la disponibilidad al servicio y transmitirla.

La mayor parte de los jóvenes alemanes vive en buenas condiciones sociales y económicas, pero sabemos que no faltan situaciones difíciles. En todos los sectores sociales, y especialmente en las clases acomodadas, aumenta el número de los que proceden de familias disgregadas. Lamentablemente, el paro juvenil en Alemania se ha incrementado. Además, numerosos muchachos y muchachas están confundidos, no tienen respuestas válidas a las cuestiones sobre el sentido de la vida y de la muerte, sobre su presente y su futuro. Muchas propuestas de la sociedad moderna desembocan en el vacío y bastantes jóvenes terminan cayendo en las «arenas movedizas» del alcohol y la droga, o en los círculos de grupos extremistas. Buena parte de los jóvenes alemanes, sobre todo en el Este, no ha conocido nunca personalmente la buena nueva de Jesucristo.

Incluso en las zonas tradicionalmente católicas, la enseñanza de la religión y la catequesis no siempre consiguen establecer entre los jóvenes vínculos duraderos con la comunidad eclesial. Por eso, todos vosotros estáis comprometidos –lo sé muy bien– en buscar nuevos caminos para llegar a los jóvenes, y la Jornada mundial de la juventud, como decía el Papa San Juan Pablo II, es un excepcional «laboratorio» en este sentido.

Creo que todos estamos reflexionando –y en los demás países occidentales sucede lo mismo– sobre cómo hacer más eficaz la cate-

quisis. En la Herder-Korrespondenz he leído que habéis publicado un nuevo documento catequístico; por desgracia, aún no he podido verlo, pero me complace constatar que os interesáis mucho por este problema. En efecto, es preocupante para todos nosotros que, a pesar de que la enseñanza de la religión se ha realizado desde hace mucho tiempo, el conocimiento religioso es escaso y muchas personas ignoran cosas a menudo simples y elementales.

¿Qué podemos hacer? No lo sé. Tal vez, por una parte, debería darse a los no creyentes una especie de pre-catequesis de acceso, que sobre todo abra a la fe —y este es también el contenido de muchos esfuerzos catequísticos—; por otra, es preciso también tener siempre de nuevo la valentía de transmitir el misterio mismo en su belleza y en su grandeza, y de hacer posible el impulso a contemplarlo, a aprender a amarlo y luego a reconocerlo efectivamente.

Hoy, en la homilía, recordé que el Papa San Juan Pablo II nos donó dos instrumentos excepcionales: el *Catecismo de la Iglesia católica* y su *Compendio*, también querido por él. Hemos procurado que la traducción al alemán estuviera lista ya para la Jornada mundial de la juventud. En Italia ya se han vendido medio millón de ejemplares. Se vende en los quioscos y entonces suscita la curiosidad de la gente: ¿Qué hay allí dentro? ¿Qué dice la Iglesia católica? Creo que deberíamos tener la valentía de sostener también nosotros esta curiosidad y tratar de que estos libros, que representan el contenido del misterio, entren precisamente en la catequesis, de forma que, aumentando el conocimiento de nuestra fe, aumente también la alegría que de ella brota.

Hay otros dos aspectos que me preocupan mucho. Uno es la pastoral vocacional. Creo que el rezo de las Vísperas en la iglesia de San Pantaleón nos dio también la valentía de ayudar a los jóvenes y de hacerlo del modo adecuado, para que pueda llegarles la llamada del Señor y puedan preguntarse: «¿Me quiere?» y para que pueda de nuevo crecer la disponibilidad a ser llamados y a escuchar esa llamada.

El otro aspecto que me preocupa mucho es la pastoral familiar. Vemos la amenaza que se cierne sobre las familias; mientras tanto, también instancias laicas reconocen cuán importante es que la familia viva como célula primaria de la sociedad, que los hijos puedan crecer en un clima de comunión entre las generaciones, para que exista una continuidad entre presente, pasado y futuro, y se dé también la continuidad de los valores, de forma que aumente la capacidad de permanecer y de vivir juntos: esto es lo que permite edificar un país en comunión.

He querido afrontar precisamente estos tres aspectos: catequesis, pastoral vocacional y pastoral familiar. En el mundo juvenil desempeñan un papel importante las asociaciones y los movimientos, que sin duda alguna son una riqueza. La Iglesia ha de valorizar estas realidades y, al mismo tiempo, conducirlas con sabiduría pastoral, para que contribuyan del mejor modo posible con sus propios dones a la edificación de la comunidad, sin competir nunca unas con otras –construyendo cada una, por decirlo así, su propia iglesita–, sino respetándose y colaborando juntas en favor de la única Iglesia –de la única parroquia como Iglesia del lugar– para suscitar en los jóvenes la alegría de la fe, el amor a la Iglesia y la pasión por el reino de Dios.

Creo que precisamente este es otro aspecto importante: esta auténtica comunión, por una parte, entre los diversos movimientos, cuyas formas de exclusivismo se deben eliminar, y, por otra, entre las Iglesias locales y estos movimientos, de modo que las Iglesias locales reconozcan esta particularidad, que a muchos parece extraña, y la acojan en sí como una riqueza, comprendiendo que en la Iglesia existen muchos caminos y que todos juntos forman una sinfonía de la fe. Las Iglesias locales y los movimientos no son opuestos entre sí, sino que constituyen la estructura viva de la Iglesia.

Queridos hermanos en el episcopado, si Dios quiere, tendremos otras ocasiones para profundizar tantas cuestiones que reclaman nuestra común solicitud pastoral. En esta oportunidad he querido recoger con vosotros, ciertamente de modo breve y no exhaustivo, el mensaje que ha dejado la gran peregrinación de jóvenes. Me parece que ellos, al final de esta experiencia, podrían decirnos en síntesis: «Sí, hemos venido a adorarlo. Lo hemos encontrado. Ayudadnos ahora a ser sus discípulos y testigos». Es una petición exigente, pero sumamente consoladora para el corazón de un pastor. Que el recuerdo de los días vividos aquí en Colonia bajo el signo de la esperanza refuerce nuestro servicio común. Os dejo mi aliento afectuoso, que es al mismo tiempo una ferviente petición fraterna de caminar y actuar unidos, en concordia, sobre el fundamento de una comunión que tiene en la Eucaristía su cumbre y su fuente inagotable. Os encomiendo a todos a María santísima, Madre de Cristo y de la Iglesia, a la vez que os imparto de corazón a cada uno de vosotros y a vuestras comunidades una especial bendición apostólica.

¡Gracias!

DISCURSO en la Ceremonia de Despedida en el Aeropuerto Internacional de Colonia.

Al término de esta mi primera visita en tierra alemana como Obispo de Roma y Sucesor de Pedro, siento una vez más la necesidad de expresar viva gratitud por la acogida dispensada a mí y a mis colaboradores, y especialmente a los numerosos jóvenes llegados a Colonia de todos los continentes con ocasión de esta Jornada mundial de la juventud. El Señor me ha llamado a suceder al querido Pontífice Juan Pablo II, genial promotor de las Jornadas mundiales de la juventud. He acogido con temor, pero también con gozo, esta herencia y doy gracias a Dios, que me ha dado esta oportunidad de vivir junto a tantos jóvenes esta nueva etapa de su peregrinación espiritual, de continente en continente, siguiendo la cruz de Cristo.

Doy las gracias a todos los que se han esforzado para que cada fase y momento de este extraordinario encuentro se desarrollara con orden y serenidad. Los días pasados juntos, han permitido a muchos chicos y chicas procedentes del mundo entero conocer mejor Alemania. Todos somos conscientes del mal producido por nuestra patria en el siglo XX, y lo reconocemos con vergüenza y dolor. Pero en estos días, gracias a Dios, se ha puesto de manifiesto abundantemente que existía y existe también otra Alemania, un país de particulares recursos humanos, culturales y espirituales. Deseo que tales recursos, también gracias al acontecimiento de estos días, vuelvan a irradiarse en el mundo. Ahora, los jóvenes de todo el mundo pueden volver a sus países enriquecidos por los contactos y la experiencia de diálogo y fraternidad que han tenido en muchas regiones de nuestra patria. Estoy seguro de que su estancia, caracterizada por el típico entusiasmo de su edad, deja a las poblaciones que generosamente los han hospedado un grato recuerdo, constituyendo también un signo de esperanza para Alemania.

En efecto, se puede decir que en estos días Alemania ha sido el centro del mundo católico. Los jóvenes de todos los continentes y culturas, estrechamente unidos con fe en torno a sus pastores y al Sucesor de Pedro, han hecho visible una Iglesia joven, que con imaginación y valentía quiere esculpir el rostro de una humanidad más justa y solidaria. Siguiendo el ejemplo de los Magos, los jóvenes se han puesto en camino para encontrarse con Cristo, como recuerda el tema de la Jornada mundial de la juventud. Ahora regresan a sus pueblos y ciudades para testi-

moniar la luz, la belleza y el vigor del Evangelio, del que han hecho una renovada experiencia.

Antes de partir, siento la necesidad de dar las gracias a todos los que han abierto su corazón y su casa a estos innumerables jóvenes peregrinos. Gracias a las autoridades gubernativas, a los responsables políticos y a las diversas Administraciones civiles y militares, así como a los servicios de seguridad y las múltiples organizaciones de voluntariado, que con gran dedicación han trabajado en la preparación y en el fructuoso desarrollo de cada iniciativa y manifestación de esta Jornada mundial. Gracias a los que se han ocupado de los encuentros de reflexión y oración, así como de las celebraciones litúrgicas, en las que se han dado ejemplos elocuentes de la vitalidad alegre de la fe que anima a los jóvenes de nuestro tiempo. Además, quisiera extender mi gratitud a los responsables de las otras Iglesias y comunidades eclesiales, así como a los representantes de las otras religiones que han querido estar presentes en este importante encuentro, y espero que se intensifique el compromiso común de formar a las jóvenes generaciones en los valores humanos y espirituales que son indispensables para construir un futuro de libertad verdadera y de paz.

Expreso mi más sentido agradecimiento al cardenal Joachim Meisner, arzobispo de Colonia, diócesis que ha hospedado este Encuentro mundial, al Episcopado alemán, con su presidente, el cardenal Karl Lehmann, a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, a las comunidades parroquiales, a las asociaciones laicales y a los movimientos que se han esmerado para que la estancia de los jóvenes fuera espiritualmente provechosa. Gracias especialmente, con afecto, a los jóvenes alemanes, que de tantos modos han demostrado su disponibilidad para acoger a sus coetáneos, y han compartido con ellos momentos de fe que podemos calificar como memorables. Espero que este acontecimiento eclesial quede grabado en la vida de los católicos de Alemania y sea incentivo para un renovado impulso espiritual y apostólico. Que el Evangelio sea acogido en su integridad y testimoniado con pasión por todos los discípulos de Cristo, para que se revele así como fermento de una auténtica renovación de toda la sociedad alemana, también mediante el diálogo con las diversas comunidades cristianas y con los seguidores de las otras religiones.

Por último, saludo con deferente gratitud a las autoridades políticas, civiles y diplomáticas que han tenido a bien estar presentes en esta despedida. Un agradecimiento particular a usted, señor presidente, por la

atención que me ha dispensado acogíendome personalmente al inicio de esta visita y participando ahora en la ceremonia de despedida. ¡Gracias, de corazón!

A través de usted doy las gracias a los miembros del Gobierno y a todo el pueblo alemán, una amplia representación del cual me ha mostrado gran afecto durante estas intensas horas de comunión. Con el corazón henchido de las emociones y recuerdos de estos días, me dispongo a volver a Roma, invocando sobre todos abundantes bendiciones divinas para un futuro de serena prosperidad, de concordia y de paz.

No nos puede sorprender la emoción expresada por el Papa Benedicto XVI al mencionar el nombre de su predecesor Juan Pablo II, pues había sido el colaborador más próximo en los años de su pontificado y por encontrarse en su patria que visitaba por primera vez como sucesor de Pedro.



Arriba, a la izquierda, Vigilia de oración; a la derecha, una multitud saludando al Papa Benedicto XVI; junto a estas líneas, jóvenes con la Cruz.

XXI JMJ

ROMA, 9 DE ABRIL DE 2006

*TEMA: «PARA MIS PIES ANTORCHA ES TU PALABRA, LUZ PARA MI
SENDERO» (SAL 118[119], 105)*

El Papa Benedicto XVI presidió en Roma la XXI Jornada Mundial de la Juventud el Domingo de Ramos, día 9 de abril de 2006. Recordó y agradeció de nuevo al Santo Padre Juan Pablo II las JMJ.

MENSAJE enviado por el Papa Benedicto XVI el 22 de febrero de 2006, para la XXI JMJ.

¡Queridos jóvenes!

Al dirigirme con alegría a vosotros que os estáis preparando para la XXI Jornada Mundial de la Juventud, revivo en mi alma el recuerdo de las experiencias enriquecedoras hechas en Alemania el pasado mes de agosto. La Jornada de este año se celebrará en las diferentes Iglesias locales y será una ocasión oportuna para reavivar la llama del entusiasmo encendida en Colonia y que muchos de vosotros habéis llevado a las propias familias, parroquias, asociaciones y movimientos. Será al mismo tiempo un momento privilegiado para hacer participar a tantos amigos vuestros en la peregrinación espiritual de las nuevas generaciones hacia Cristo.

El tema que propongo a vuestra consideración es un versículo del Salmo 118[119]: «*Para mis pies antorcha es tu palabra, luz para mi sendero*» (v. 105). El amado Juan Pablo II comentó así estas palabras del Salmo: «El orante se derrama en alabanza de la Ley de Dios, que toma como lámpara para sus pasos en el camino a menudo oscuro de la vida» (*Audiencia general del miércoles 14 de noviembre de 2001, L'Osservatore Romano*, edición española, p. 12 [640]).

Dios se revela en la historia, habla a los hombres y su palabra es creadora. En efecto, el concepto hebreo «*dabar*», habitualmente traducido con el término «palabra», quiere significar tanto *palabra* como

acto. Dios dice lo que hace y hace lo que dice. En el Antiguo Testamento anuncia a los hijos de Israel la venida del Mesías y la instauración de una «nueva» alianza; en el Verbo hecho carne Él cumple sus promesas. Esto lo pone también en evidencia bien el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En Él lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta» (n. 65). El Espíritu Santo, que guio al pueblo elegido inspirando a los autores de las Sagradas Escrituras, abre el corazón de los creyentes a la inteligencia que éstas contienen. El mismo Espíritu está activamente presente en la Celebración eucarística cuando el sacerdote, pronunciando «*in persona Christi*» las palabras de la consagración, convierte el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, para que sean alimento espiritual de los fieles. Para avanzar en la peregrinación terrena hacia la Patria celeste, ¡todos tenemos que nutrirnos de la palabra y del pan de Vida eterna, inseparables entre ellos!

Los Apóstoles acogieron la palabra de salvación y la transmitieron a sus sucesores como una joya preciosa custodiada en el cofre seguro de la Iglesia: sin la Iglesia esta perla corre el riesgo de perderse o hacerse añicos. Queridos jóvenes, amad la palabra de Dios y amad a la Iglesia, que os permite acceder a un tesoro de un valor tan grande introduciéndoos a apreciar su riqueza. Amad y seguid a la Iglesia que ha recibido de su Fundador la misión de indicar a los hombres el camino de la verdadera felicidad. No es fácil reconocer y encontrar la auténtica felicidad en el mundo en que vivimos, en el que el hombre a menudo es rehén de corrientes ideológicas, que lo inducen, a pesar de creerse «libre», a perderse en los errores e ilusiones de ideologías aberrantes. Urge «liberar la libertad» (cfr. Encíclica *Veritatis splendor*, 86), iluminar la oscuridad en la que la humanidad va a ciegas. Jesús ha mostrado cómo puede suceder esto: «Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (*Jn* 8, 31-32). El Verbo encarnado, Palabra de Verdad, nos hace libres y dirige nuestra libertad hacia el bien.

Queridos jóvenes, medita a menudo la palabra de Dios, y dejad que el Espíritu Santo sea vuestro maestro. Descubriréis entonces que el pensar de Dios no es el de los hombres; seréis llevados a contemplar al Dios verdadero y a leer los acontecimientos de la Historia con sus ojos; gustaréis en plenitud la alegría que nace de la verdad. En el camino de la vida, que no es fácil ni está exento de insidias, podréis encontrar dificultades y sufrimientos y a veces tendréis la tentación de exclamar con el Salmista:

«Humillado en exceso estoy» (*Sal* 118 [119], v. 107). No os olvidéis de añadir junto a Él: Señor «dame la vida conforme a tu palabra... Mi alma está en mis manos sin cesar, mas no olvido tu ley» (*Ibid.*, vv. 107.109). La presencia amorosa de Dios, a través de su palabra, es antorcha que disipa las tinieblas del miedo e ilumina el camino, también en los momentos más difíciles.

Escribe el Autor de la Carta a los Hebreos: «Es viva la palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón» (4,12). Es necesario tomar en serio la exhortación de considerar la palabra de Dios como un «arma» indispensable en la lucha espiritual; ésta actúa eficazmente y da fruto si aprendemos a escucharla para *obedecerle* después. Explica el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «Obedecer (*ob-audire*) en la fe, es someterse libremente a la Palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la Verdad misma» (n. 144). Si Abrahán es el modelo de esta escucha que es obediencia, Salomón se revela a su vez como buscador apasionado de la sabiduría contenida en la Palabra. Cuando Dios le propone: «Pídeme lo que quieras que te dé», el sabio rey contesta: «Concede, pues, a tu siervo, un corazón que entienda» (*1 Re* 3,5.9). El secreto para tener un «*corazón que entienda*» es formarse un corazón capaz de *escuchar*. Esto se consigue meditando sin cesar la palabra de Dios y permaneciendo enraizados en ella, mediante el esfuerzo de conocerla siempre mejor.

Queridos jóvenes, os exhorto a adquirir intimidad con la Biblia, a tenerla a mano, para que sea para vosotros como una brújula que indica el camino a seguir. Leyéndola, aprenderéis a conocer a Cristo. San Jerónimo observa al respecto: «El desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo» (*PL* 24,17; cfr. *Dei Verbum*, 25). Una vía muy probada para profundizar y gustar la palabra de Dios es la *lectio divina*, que constituye un verdadero y apropiado *itinerario espiritual* en etapas. De la *lectio*, que consiste en leer y volver a leer un pasaje de la Sagrada Escritura tomando los elementos principales, se pasa a la *meditatio*, que es como una parada interior, en la que el alma se dirige hacia Dios intentando comprender lo que su palabra dice hoy para la vida concreta. A continuación sigue la *oratio*, que hace que nos entengamos con Dios en el coloquio directo, y finalmente se llega a la *contemplatio*, que nos ayuda a mantener el corazón atento a la presencia de Cristo, cuya palabra es «lámpara que luce en lugar oscuro, hasta

que despunte el día y se levante en vuestros corazones el lucero de la mañana» (2 Pe 1,19). La lectura, el estudio y la meditación de la Palabra tienen que desembocar después en una vida de coherente adhesión a Cristo y a su doctrina.

Advierte el apóstol Santiago: «Pero tenéis que poner la Palabra en práctica y no sólo escucharla engañándoos a vosotros mismos. Porque quien se contenta con oír la palabra, sin ponerla en práctica, es como un hombre que contempla la figura de su rostro en un espejo: se mira, se va e inmediatamente se olvida de cómo era. En cambio, quien considera atentamente la ley perfecta de la libertad y persevera en ella –no como quien la oye y luego se olvida, sino como quien la pone por obra– ése será bienaventurado al llevarla a la práctica.» (St 1,22-25). Quien escucha la palabra de Dios y se remite siempre a ella pone su propia existencia sobre un sólido fundamento. «Todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, –dice Jesús– será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca» (Mt 7,24): no cederá a las inclemencias del tiempo.

Construir la vida sobre Cristo, acogiendo con alegría la palabra y poniendo en práctica la doctrina: ¡he aquí, jóvenes del tercer milenio, cuál debe ser vuestro programa! Es urgente que surja una nueva generación de apóstoles enraizados en la palabra de Cristo, capaces de responder a los desafíos de nuestro tiempo y dispuestos a para difundir el Evangelio por todas partes. ¡Esto es lo que os pide el Señor, a esto os invita la Iglesia, esto es lo que el mundo –aun sin saberlo– espera de vosotros! Y si Jesús os llama, no tengáis miedo de responderle con generosidad, especialmente cuando os propone de seguirlo en la vida consagrada o en la vida sacerdotal. No tengáis miedo; fíaos de Él y no quedaréis decepcionados.

Queridos amigos, con la XXI Jornada Mundial de la Juventud, que celebraremos el próximo 9 de abril, Domingo de Ramos, emprendemos una peregrinación ideal hacia el encuentro mundial de los jóvenes, que tendrá lugar en Sídney en el mes de julio de 2008. Nos prepararemos a esta gran cita reflexionando juntos sobre el tema *El Espíritu Santo y la misión*, a través de etapas sucesivas. En este año concentraremos la atención en el Espíritu Santo, *Espíritu de verdad*, que nos revela Cristo, el Verbo hecho carne, abriendo el corazón de cada uno a la Palabra de salvación, que conduce a la Verdad toda entera. El año siguiente, 2007, meditaremos sobre un versículo del Evangelio de San Juan: «Como yo os he amado, así amaos también vosotros los unos a los otros» (13,34) y

descubriremos aún más profundamente cómo el Espíritu Santo es *Espíritu de amor*, que infunde en nosotros la caridad divina y nos hace sensibles a las necesidades materiales y espirituales de los hermanos. Por último llegaremos al encuentro mundial del año 2008, que tendrá como tema: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos» (*Hch 1,8*).

Desde ahora, en un clima de incesante escucha de la palabra de Dios, invocad, queridos jóvenes, el Espíritu Santo, *Espíritu de fortaleza y de testimonio*, para que os haga capaces de proclamar sin temor el Evangelio hasta los confines de la tierra. María, presente en el Cenáculo con los Apóstoles a la espera del Pentecostés, os sea madre y guía. Que Ella os enseñe a acoger la palabra de Dios, a conservarla y a meditarla en vuestro corazón (cfr. *Lc 2,19*) como lo hizo Ella durante toda la vida. Que os aliente a decir vuestro «sí» al Señor, viviendo la «obediencia de la fe». Que os ayude a estar firmes en la fe, constantes en la esperanza, perseverantes en la caridad, siempre dóciles a la palabra de Dios. Os acompaño con mi oración, mientras a todos os bendigo de corazón.

DISCURSO y respuesta a las preguntas de los jóvenes de Roma y del Lacio durante el encuentro de preparación de la XXI JMJ, el jueves, 6 de abril de 2006.

Santidad, soy Simone, de la parroquia de San Bartolomé; tengo 21 años y estudio ingeniería química en la universidad «La Sapienza» de Roma. Ante todo, quiero darle las gracias por habernos dirigido el Mensaje para la XXI Jornada mundial de la juventud sobre el tema de la palabra de Dios que ilumina los pasos de la vida del hombre. Ante las preocupaciones, las incertidumbres con respecto al futuro e incluso simplemente cuando afronto la rutina de la vida diaria, también yo siento la necesidad de alimentarme de la palabra de Dios y conocer mejor a Cristo, a fin de encontrar respuestas a mis interrogantes. A menudo me pregunto qué haría Jesús si estuviera en mi lugar en una situación determinada, pero no siempre logro comprender lo que me dice la Biblia. Además, sé que los libros de la Biblia fueron escritos por hombres diversos, en épocas diversas y todas muy lejos de mí. ¿Cómo puedo reconocer que lo que leo es, en cualquier caso, palabra de Dios que interpela mi vida? Muchas gracias.

Respondo subrayando por ahora un primer punto: ante todo se debe decir que es preciso leer la sagrada Escritura no como un libro histórico cualquiera, por ejemplo como leemos a Homero, a Ovidio o a Horacio. Hay que leerla realmente como palabra de Dios, es decir,

entablado una conversación con Dios. Al inicio hay que orar, hablar con el Señor: «Ábreme la puerta». Es lo que dice con frecuencia san Agustín en sus homilías: «He llamado a la puerta de la Palabra para encontrar finalmente lo que el Señor me quiere decir». Esto me parece muy importante. La Escritura no se lee en un clima académico, sino orando y diciendo al Señor: «Ayúdame a entender tu palabra, lo que quieres decirme en esta página».

Un segundo punto es: la sagrada Escritura introduce en la comunión con la familia de Dios. Por tanto, la sagrada Escritura no se puede leer de forma individual. Desde luego, siempre es importante leer la Biblia de un modo muy personal, en una conversación personal con Dios, pero al mismo tiempo es importante leerla en compañía de las personas con quienes se camina. Hay que dejarse ayudar por los grandes maestros de la «*lectio divina*». Por ejemplo, tenemos muchos libros buenos del cardenal Martini, un auténtico maestro de la «*lectio divina*», que ayuda a penetrar en el sentido de la sagrada Escritura. Él, que conoce bien todas las circunstancias históricas, todos los elementos característicos del pasado, siempre trata de explicar que muchas palabras aparentemente del pasado son también muy actuales. Estos maestros nos ayudan a comprender mejor y también a aprender cómo se debe leer la sagrada Escritura. Por lo general, conviene leerla también en compañía de los amigos que están en camino conmigo y buscan, juntamente conmigo, cómo vivir con Cristo, qué vida nos viene de la palabra de Dios.

Un tercer punto: si es importante leer la sagrada Escritura con la ayuda de maestros, acompañados de los amigos, de los compañeros de camino, es importante de modo especial leerla en la gran compañía del pueblo de Dios peregrino, es decir, en la Iglesia. La sagrada Escritura tiene dos sujetos. Ante todo el sujeto divino: es Dios quien habla. Pero Dios ha querido implicar al hombre en su palabra. Mientras que los musulmanes están convencidos de que el Corán fue inspirado oralmente por Dios, nosotros creemos que para la sagrada Escritura es característica—como dicen los teólogos—la «sinergia», la colaboración de Dios con el hombre. Dios implica a su pueblo con su palabra y así el segundo sujeto—como he dicho, el primer sujeto es Dios—es humano. Están los escritores, pero también está la continuidad de un sujeto permanente: el pueblo de Dios que camina con la palabra de Dios y está en diálogo con Dios. Escuchando a Dios se aprende a escuchar la palabra de Dios y luego también a interpretarla. Así se hace presente la palabra de Dios, porque las personas mueren, pero el sujeto vital, el pueblo de Dios, está

siempre vivo y es idéntico a lo largo de los milenios: es siempre el mismo sujeto vivo, en el que vive la Palabra.

Así se explican también muchas estructuras de la sagrada Escritura, sobre todo la así llamada «relectura». Un texto antiguo es releído en otro libro —pongamos— cien años después, y entonces se entiende plenamente lo que no era perceptible en aquel momento anterior, aunque ya estaba contenido en el texto precedente. Y es releído otra vez algún tiempo después, y de nuevo se comprenden otros aspectos, otras dimensiones de la Palabra; y así, en esta permanente relectura y reescritura en el contexto de una continuidad profunda, mientras se sucedían los tiempos de la espera, fue desarrollándose la sagrada Escritura. Por último, con la venida de Cristo y con la experiencia de los Apóstoles, la Palabra se hizo definitiva, de forma que ya no puede haber más reescrituras, pero siguen siendo necesarias nuevas profundizaciones de nuestra comprensión. El Señor dijo: «El Espíritu Santo os introducirá en una profundidad que ahora no podéis tener».

Así pues, la comunión de la Iglesia es el sujeto vivo de la Escritura. Pero también ahora el sujeto principal es el mismo Señor, el cual sigue hablando en la Escritura que está en nuestras manos. Creo que debemos aprender estos tres elementos: leerla en conversación personal con el Señor; leerla acompañados por maestros que tienen la experiencia de la fe, que han penetrado en el sentido de la sagrada Escritura; leerla en la gran compañía de la Iglesia, en cuya liturgia estos acontecimientos se hacen siempre presentes de nuevo, en la que el Señor nos habla ahora a nosotros, de forma que poco a poco penetramos cada vez más en la sagrada Escritura, en la que Dios habla realmente con nosotros hoy.

Santo Padre, soy Anna, tengo 19 años; estudio literatura y pertenezco a la parroquia de la Virgen del Carmen. Uno de los principales problemas que debemos afrontar es el afectivo. A menudo tenemos dificultad para amar, porque es fácil confundir amor con egoísmo, sobre todo hoy, donde gran parte de los medios de comunicación social nos imponen una visión individualista, secularizada, de la sexualidad; donde todo parece lícito y todo se permite en nombre de la libertad y de la conciencia de las personas. La familia fundada en el matrimonio parece ya prácticamente una invención de la Iglesia, por no hablar de las relaciones prematrimoniales, cuya prohibición se presenta, incluso a muchos de los que somos creyentes, como algo incomprensible o pasado de moda... Sabiendo que somos muchos los que queremos vivir responsa-

blemente nuestra vida afectiva, ¿quiere explicarnos qué nos dice al respecto la palabra de Dios? Muchas gracias.

Se trata de un gran problema y, ciertamente, no es posible responder en pocos minutos, pero trataré de decir algo. Ya Anna dio una respuesta al decir que hoy el amor a menudo es mal interpretado cuando se presenta como una experiencia egoísta, mientras que en realidad consiste en abandonarse y así se transforma en encontrarse. Ella dijo también que una cultura consumista falsifica nuestra vida con un relativismo que parece concedernos todo y en realidad nos vacía. Pero entonces escuchamos la palabra de Dios a este respecto. Anna, con razón, quería saber qué dice la palabra de Dios.

Para mí es muy hermoso constatar que ya en las primeras páginas de la sagrada Escritura, inmediatamente después del relato de la creación del hombre, encontramos la definición del amor y del matrimonio. El autor sagrado nos dice: «El hombre abandonará a su padre y a su madre, seguirá a su mujer y ambos serán una sola carne», una única existencia. Estamos al inicio y ya se nos da una profecía de lo que es el matrimonio; y esta definición permanece idéntica también en el Nuevo Testamento. El matrimonio es este seguir al otro en el amor y así llegar a ser una sola existencia, una sola carne, y por eso inseparables; una nueva existencia que nace de esta comunión de amor, que une y así también crea futuro.

Los teólogos medievales, interpretando esta afirmación que se encuentra al inicio de la sagrada Escritura, decían que el matrimonio fue el primero de los siete sacramentos en ser instituido por Dios, dado que lo instituyó ya en el momento de la creación, en el Paraíso, al inicio de la historia, y antes de toda historia humana. Es un sacramento del Creador del universo; por tanto, ha sido inscrito precisamente en el ser humano mismo, que está orientado hacia este camino, en el que el hombre deja a sus padres y se une a su mujer para formar una sola carne, para que los dos lleguen a ser una sola existencia. Por tanto, el sacramento del matrimonio no es una invención de la Iglesia; en realidad, fue creado juntamente con el hombre como tal, como fruto del dinamismo del amor, en el que el hombre y la mujer se encuentran mutuamente y así encuentran también al Creador que los llamó al amor. Es verdad que el hombre cayó y fue expulsado del Paraíso o, por decirlo de otra forma, con palabras más modernas, es verdad que todas las culturas están contaminadas por el pecado, por los errores del hombre en su historia, y así queda oscurecido el plan inicial inscrito en nuestra naturaleza. De hecho, en las culturas humanas hallamos

este oscurecimiento del plan original de Dios. Sin embargo, al mismo tiempo, observando las culturas, toda la historia cultural de la humanidad, constatamos también que el hombre nunca ha podido olvidar del todo este plan inscrito en lo más profundo de su ser. En cierto sentido, siempre ha sabido que las demás formas de relación entre el hombre y la mujer no correspondían realmente al plan original sobre su ser. De este modo, vemos cómo las culturas, sobre todo las grandes culturas, siempre de nuevo se orientan hacia esta realidad, la monogamia, el ser hombre y mujer una carne sola. Así en la fidelidad puede crecer una nueva generación, puede continuarse una tradición cultural, renovándose y realizando, en la continuidad, un auténtico progreso.

El Señor, que habló de esto mediante la voz de los profetas de Israel, aludiendo a la concesión del divorcio por parte de Moisés, dijo: «Moisés os lo concedió ‘por la dureza de vuestro corazón’». El corazón después del pecado «se endureció», pero este no era el plan del Creador; y los profetas, cada vez con mayor claridad, insistieron en ese plan originario. Para renovar al hombre, el Señor, aludiendo a esas voces proféticas que siempre guiaron a Israel hacia la claridad de la monogamia, reconoció con Ezequiel que, para vivir esta vocación, necesitamos un corazón nuevo; en vez del corazón de piedra —como dice Ezequiel— necesitamos un corazón de carne, un corazón realmente humano.

Y en el bautismo, mediante la fe, el Señor «implanta» en nosotros este corazón nuevo. No es un trasplante físico, pero tal vez precisamente esta comparación nos puede servir: después de un trasplante el organismo necesita cuidados, necesita recibir las medicinas necesarias para poder vivir con el nuevo corazón, de forma que llegue a ser «su corazón» y no «el corazón de otro». En este «trasplante» espiritual, en el que el Señor nos implanta un corazón nuevo, un corazón abierto al Creador, a la vocación de Dios, para poder vivir con este corazón nuevo hacen falta cuidados adecuados, hay que recurrir a las medicinas oportunas para que el nuevo corazón llegue a ser realmente «nuestro corazón». Viviendo así en la comunión con Cristo, con su Iglesia, el nuevo corazón llega a ser realmente «nuestro corazón» y se hace posible el matrimonio. El amor exclusivo entre un hombre y una mujer, la vida en común de dos personas tal como la diseñó el Creador resulta posible, aunque el ambiente de nuestro mundo la haga tan difícil que parezca imposible.

El Señor nos da un corazón nuevo y nosotros debemos vivir con este corazón nuevo, usando las terapias convenientes para que sea realmente «nuestro». Así es como vivimos lo que el Creador nos ha dado y esto

crea una vida verdaderamente feliz. De hecho, podemos verlo también en este mundo, a pesar de tantos otros modelos de vida: hay muchas familias cristianas que viven con fidelidad y alegría la vida y el amor indicados por el Creador; así crece una nueva humanidad.

Por último, quisiera añadir: todos sabemos que para llegar a una meta en el deporte y en la profesión hacen falta disciplina y renunciaciones, pero todo eso contribuye al éxito, ayuda a alcanzar la meta que se buscaba. Así, también la vida misma, es decir, el llegar a ser hombres según el plan de Jesús, exige renunciaciones; pero esas renunciaciones no son algo negativo; al contrario, ayudan a vivir como hombres con un corazón nuevo, a vivir una vida verdaderamente humana y feliz.

Dado que existe una cultura consumista que quiere impedirnos vivir según el plan del Creador, debemos tener la valentía de crear islas, oasis, y luego grandes terrenos de cultura católica, en los que se viva el plan del Creador.

Santo Padre, soy Inelida, tengo 17 años; soy ayudante del jefe scout de los lobatos en la parroquia de San Gregorio Barbarigo y estudio en el instituto «Mario Mafai». En su Mensaje para la XXI Jornada mundial de la juventud, usted nos dijo que «es urgente que surja una nueva generación de apóstoles arraigados en la palabra de Cristo». Son palabras tan fuertes y comprometedoras que casi dan miedo. Ciertamente, también nosotros quisiéramos ser nuevos apóstoles, pero ¿quiere explicarnos con más detalle cuáles son, según usted, los mayores desafíos de nuestro tiempo, y cómo sueña usted que deben ser estos nuevos apóstoles? En otras palabras, ¿qué espera de nosotros, Santidad?

Todos nos preguntamos qué espera el Señor de nosotros. Me parece que el gran desafío de nuestro tiempo –así me dicen también los obispos que realizan la visita «ad limina», por ejemplo los de África– es el secularismo, es decir, un modo de vivir y presentar el mundo como «*si Deus non daretur*», es decir, como si Dios no existiera. Se quiere relegar a Dios a la esfera privada, a un sentimiento, como si él no fuera una realidad objetiva; y así cada uno se forja su propio proyecto de vida. Pero esta visión, que se presenta como si fuera científica, sólo acepta como válido lo que se puede verificar con experimentos. Con un Dios que no se presta al experimento de lo inmediato, esta visión acaba por perjudicar también a la sociedad, pues de ahí se sigue que cada uno se forja su propio proyecto y al final cada uno se sitúa contra el otro. Como se ve, una situación en la que realmente no se puede vivir.

Debemos hacer que Dios esté nuevamente presente en nuestras sociedades. Esta me parece la primera necesidad: que Dios esté de nuevo presente en nuestra vida, que no vivamos como si fuéramos autónomos, autorizados a inventar lo que son la libertad y la vida. Debemos tomar conciencia de que somos criaturas, constatar que Dios nos ha creado y que seguir su voluntad no es dependencia sino un don de amor que nos da vida.

Por tanto, el primer punto es conocer a Dios, conocerlo cada vez más, reconocer en mi vida que Dios existe y que Dios cuenta para mí. El segundo punto es el siguiente: si reconocemos que Dios existe, que nuestra libertad es una libertad compartida con los demás y que por tanto debe haber un parámetro común para construir una realidad común, surge la pregunta: ¿qué Dios? En efecto, hay muchas imágenes falsas de Dios: un Dios violento, etc. La segunda cuestión, por consiguiente, es reconocer al Dios que nos mostró su rostro en Jesús, que sufrió por nosotros, que nos amó hasta la muerte y así venció la violencia.

Hay que hacer presente, ante todo en nuestra «propia» vida, al Dios vivo, al Dios que no es un desconocido, un Dios inventado, un Dios sólo pensado, sino un Dios que se ha manifestado, que se reveló a sí mismo y su rostro. Sólo así nuestra vida llega a ser verdadera, auténticamente humana; y sólo así también los criterios del verdadero humanismo se hacen presentes en la sociedad. También aquí, como dije en la primera respuesta, es verdad que no podemos construir solos esta vida justa y recta, sino que debemos caminar en compañía de amigos justos y rectos, de compañeros con los que podamos hacer la experiencia de que Dios existe y que es hermoso caminar con Dios. Y caminar en la gran compañía de la Iglesia, que nos presenta a lo largo de los siglos la presencia del Dios que habla, que actúa, que nos acompaña. Por tanto, podría decir: encontrar a Dios, encontrar al Dios que se reveló en Jesucristo, caminar en compañía de su gran familia, con nuestros hermanos y hermanas que forman la familia de Dios, esto me parece el contenido esencial de este apostolado del que he hablado.

Santidad, me llamo Vittorio; soy de la parroquia de San Juan Bosco en Cinettä; tengo 20 años y estudio ciencias de la educación en la universidad de Tor Vergata. En ese mismo Mensaje nos invita a no tener miedo de responder con generosidad al Señor, especialmente cuando propone seguirlo en la vida consagrada o en la vida sacerdotal. Nos dice que no tengamos miedo, que nos fíemos de él y que no quedaremos defraudados. Estoy convencido de

que muchos de los que estamos aquí, y muchos de los que nos siguen desde su casa a través de la televisión, están pensando en seguir a Jesús por un camino de especial consagración, pero no siempre es fácil descubrir si ese es el camino correcto. ¿Nos quiere decir cómo descubrió usted cuál era su vocación? ¿Puede darnos consejos para comprender mejor si el Señor nos llama a seguirlo en la vida consagrada o sacerdotal? Muchas gracias.

Por lo que a mí se refiere, crecí en un mundo muy diferente del actual, pero, en definitiva, las situaciones son semejantes. Por una parte, existía aún la situación de «cristiandad», en la que era normal ir a la iglesia y aceptar la fe como la revelación de Dios y tratar de vivir según la revelación; por otra, estaba el régimen nazi, que afirmaba con voz muy fuerte: «En la nueva Alemania no habrá ya sacerdotes, no habrá ya vida consagrada, no necesitamos ya a esta gente; buscaos otra profesión».

Pero precisamente al escuchar esas «fuertes» voces, ante la brutalidad de aquel sistema tan inhumano, comprendí que, por el contrario, había una gran necesidad de sacerdotes. Este contraste, el ver aquella cultura antihumana, me confirmó en la convicción de que el Señor, el Evangelio, la fe, nos indicaban el camino correcto y nosotros debíamos esforzarnos por lograr que sobreviviera ese camino. En esa situación, la vocación al sacerdocio creció casi naturalmente junto conmigo y sin grandes acontecimientos de conversión. Además, en este camino me ayudaron dos cosas: ya desde mi adolescencia, con la ayuda de mis padres y del párroco, descubrí la belleza de la liturgia y siempre la he amado, porque sentía que en ella se nos presenta la belleza divina y se abre ante nosotros el cielo. El segundo elemento fue el descubrimiento de la belleza del conocer, el conocer a Dios, la sagrada Escritura, gracias a la cual es posible introducirse en la gran aventura del diálogo con Dios que es la teología. Así, fue una alegría entrar en este trabajo milenar de la teología, en esta celebración de la liturgia, en la que Dios está con nosotros y hace fiesta juntamente con nosotros.

Como es natural, no faltaron dificultades. Me preguntaba si tenía realmente la capacidad de vivir durante toda mi vida el celibato. Al ser un hombre de formación teórica y no práctica, sabía también que no basta amar la teología para ser un buen sacerdote, sino que es necesario estar siempre disponible con respecto a los jóvenes, a los ancianos, a los enfermos, a los pobres; es necesario ser sencillos con los sencillos. La teología es hermosa, pero también es necesaria la sencillez de la palabra y de la vida cristiana. Así pues, me preguntaba: ¿seré capaz de vivir todo esto y no ser unilateral, sólo un teólogo? Pero el Señor me ayudó; y me

ayudó, sobre todo, la compañía de los amigos, de buenos sacerdotes y maestros. Volviendo a la pregunta, pienso que es importante estar atentos a los gestos del Señor en nuestro camino. Él nos habla a través de acontecimientos, a través de personas, a través de encuentros; y es preciso estar atentos a todo esto. Luego, segundo punto, entrar realmente en amistad con Jesús, en una relación personal con él; no debemos limitarnos a saber quién es Jesús a través de los demás o de los libros, sino que debemos vivir una relación cada vez más profunda de amistad personal con él, en la que podemos comenzar a descubrir lo que él nos pide.

Luego, debo prestar atención a lo que soy, a mis posibilidades: por una parte, valentía; y, por otra, humildad, confianza y apertura, también con la ayuda de los amigos, de la autoridad de la Iglesia y también de los sacerdotes, de las familias. ¿Qué quiere el Señor de mí? Ciertamente, eso sigue siendo siempre una gran aventura, pero sólo podemos realizarnos en la vida si tenemos la valentía de afrontar la aventura, la confianza en que el Señor no me dejará solo, en que el Señor me acompañará, me ayudará.

Santo Padre, soy Giovanni, tengo 17 años, estudio en el instituto «Giovanni Giorgi» de Roma y pertenezco a la parroquia de Santa María, Madre de la Misericordia. Le pido que nos ayude a entender mejor cómo pueden armonizarse la revelación bíblica y las teorías científicas en la búsqueda de la verdad. A menudo nos hacen creer que la ciencia y la fe son enemigas; que la ciencia y la técnica son lo mismo; que la lógica matemática lo ha descubierto todo; que el mundo es fruto de la casualidad; y que si la matemática no ha descubierto el teorema-Dios es simplemente porque Dios no existe. Es decir, sobre todo cuando estudiamos, no siempre es fácil descubrir en todas las cosas un proyecto divino, inscrito en la naturaleza y en la historia del hombre. Así, a veces, la fe flaquea o se reduce a un acto sentimental. También yo, Santo Padre, como todos los jóvenes, tengo hambre de Verdad, pero ¿cómo puedo hacer para armonizar ciencia y fe?

El gran Galileo dijo que Dios escribió el libro de la naturaleza con la forma del lenguaje matemático. Estaba convencido de que Dios nos ha dado dos libros: el de la sagrada Escritura y el de la naturaleza. Y el lenguaje de la naturaleza –esta era su convicción– es la matemática; por tanto, la matemática es un lenguaje de Dios, del Creador. Reflexionemos ahora sobre qué es la matemática: de por sí, es un sistema abstracto, una invención del espíritu humano que como tal, en su pureza, no existe. Siempre es realizado de forma aproximada, pero, como tal, es un sistema

intelectual, es una gran invención –una invención genial– del espíritu humano. Lo sorprendente es que esta invención de nuestra mente humana es realmente la clave para comprender la naturaleza, que la naturaleza está realmente estructurada de modo matemático, y que nuestra matemática, inventada por nuestro espíritu, es realmente el instrumento para poder trabajar con la naturaleza, para ponerla a nuestro servicio, para servirnos de ella mediante la técnica.

Me parece casi increíble que coincidan una invención del intelecto humano y la estructura del universo: la matemática inventada por nosotros nos da realmente acceso a la naturaleza del universo y nos permite utilizarlo. Por tanto, coinciden la estructura intelectual del sujeto humano y la estructura objetiva de la realidad: la razón subjetiva y la razón objetivada en la naturaleza son idénticas. Creo que esta coincidencia entre lo que nosotros hemos pensado y el modo como se realiza y se comporta la naturaleza, son un enigma y un gran desafío, porque vemos que, en definitiva, es «una» la razón que las une a ambas: nuestra razón no podría descubrir la otra si no hubiera una idéntica razón en la raíz de ambas. En este sentido, me parece que precisamente la matemática –en la que, como tal, Dios no puede aparecer– nos muestra la estructura inteligente del universo. Ahora hay también teorías basadas en el caos, pero son limitadas, porque si hubiera prevalecido el caos, toda la técnica sería imposible. La técnica es fiable sólo porque nuestra matemática es fiable. Nuestra ciencia, que en definitiva permite trabajar con la energía de la naturaleza, supone la estructura fiable, inteligente, de la materia.

Así, vemos que hay una racionalidad subjetiva y una racionalidad objetiva en la materia, que coinciden. Naturalmente, ahora nadie puede probar –como se prueba con experimentos, en las leyes técnicas– que ambas tuvieron su origen en una única inteligencia, pero me parece que esta unidad de inteligencia, detrás de las dos inteligencias, es realmente manifiesta en nuestro mundo. Y cuanto más podamos servirnos del mundo con nuestra inteligencia, tanto más manifiesto será el plan de la Creación.

Por último, para llegar a la cuestión definitiva, yo diría: Dios o existe o no existe. Hay sólo dos opciones. O se reconoce la prioridad de la razón, de la Razón creadora que está en el origen de todo y es el principio de todo –la prioridad de la razón es también prioridad de la libertad– o se sostiene la prioridad de lo irracional, por lo cual todo lo que funciona en nuestra tierra y en nuestra vida sería sólo ocasional, marginal, un produc-

to irracional; la razón sería un producto de la irracionalidad. En definitiva, no se puede «probar» uno u otro proyecto, pero la gran opción del cristianismo es la opción por la racionalidad y por la prioridad de la razón. Esta opción me parece la mejor, pues nos demuestra que detrás de todo hay una gran Inteligencia, de la que nos podemos fiar.

Pero a mí me parece que el verdadero problema actual contra la fe es el mal en el mundo: nos preguntamos cómo es compatible el mal con esta racionalidad del Creador. Y aquí realmente necesitamos al Dios que se encarnó y que nos muestra que él no sólo es una razón matemática, sino que esta razón originaria es también Amor. Si analizamos las grandes opciones, la opción cristiana es también hoy la más racional y la más humana. Por eso, podemos elaborar con confianza una filosofía, una visión del mundo basada en esta prioridad de la razón, en esta confianza en que la Razón creadora es Amor, y que este amor es Dios.

(Al final, Benedicto XVI entregó a un grupo de jóvenes, en representación de todos, la sagrada Escritura y les dijo):

A fin de que, escuchándola con atención, sea cada vez más lámpara para vuestros pasos y luz en vuestro camino. Queridos jóvenes, amad la palabra de Dios y amad a la Iglesia, que os permite acceder a un tesoro de tanto valor, ayudándoos a apreciar sus riquezas. Permaneced fieles a la Palabra que esta tarde la Iglesia, a través del Sucesor de Pedro, os entrega, seguros de lo que nos dice el evangelista san Juan: «Si permanecéis fieles a mi palabra, seréis verdaderamente discípulos míos; conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (*Jn* 8, 31-32).

(Benedicto XVI impartió la bendición y prosiguió):

Y ahora, como conclusión de este encuentro, queridos amigos, deseamos recordar a un testigo de la palabra de Dios, mi venerado predecesor el siervo de Dios Juan Pablo II. De acuerdo con la exhortación de la carta a los Hebreos, también nosotros queremos recordarlo como el que nos ha anunciado la palabra de Dios y considerando atentamente el final de su vida, queremos comprometernos a imitar su fe. Por eso, con algunos de vosotros iré ahora a su tumba, a donde llevaremos la cruz del Año santo, que os entregó al comienzo de las Jornadas mundiales de la juventud, y el icono de María Santísima, *Salus Populi Romani*. Os pido que me acompañéis en esta peregrinación uniéndoos a mi plegaria. Pidamos al Señor que recompense al Papa San Juan Pablo II por su gran obra de difusión del Evangelio en el mundo y pidamos para nosotros su mismo celo apostólico, a fin de que la Palabra de salvación, por obra de

la Iglesia, se difunda en todos los ambientes de vida y llegue a todo hombre hasta los extremos confines de la tierra.

El Domingo de Ramos, 9 de abril de 2006, el Papa Benedicto XVI inicia la XXI Jornada Mundial de la Juventud.

INTRODUCCIÓN a la Misa.

Hermanos y hermanas queridos, jóvenes aquí presentes y jóvenes del mundo entero: con esta asamblea litúrgica entramos en la Semana santa para vivir la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Del mismo modo que los discípulos aclamaron a Jesús como Mesías, como el que viene en el nombre del Señor, también nosotros le cantamos con alegría, y confesamos nuestra fe: él es la Palabra única y definitiva de Dios Padre, él es la Palabra hecha carne, él es quien nos ha hablado del Dios invisible. Amadísimos jóvenes, sólo meditando con asiduidad la Palabra de Dios aprenderéis a amar a Jesucristo, sólo en él conoceréis la verdad y la libertad, sólo participando en su Pascua daréis sentido y esperanza a vuestra vida. Hermanos y hermanas, sigamos a Cristo: los ramos de olivo, signo de la paz mesiánica, y los ramos de palma, signo del martirio, don de la vida a Dios y a los hermanos, con los que ahora aclamaremos a Jesús como Mesías, testimonian nuestra adhesión firme al misterio pascual que celebramos.

HOMILÍA pronunciada en la Misa.

Desde hace veinte años, gracias al Papa San Juan Pablo II, el domingo de Ramos ha llegado a ser de modo particular el día de la juventud, el día en que los jóvenes en todo el mundo van al encuentro de Cristo, deseando acompañarlo en sus ciudades y en sus pueblos, para que esté en medio de nosotros y pueda instaurar su paz en el mundo. Pero si queremos ir al encuentro de Jesús y después avanzar con él por su camino, debemos preguntarnos: ¿Por qué camino quiere guiarnos? ¿Qué esperamos de él? ¿Qué espera él de nosotros?

Para entender lo que sucedió el domingo de Ramos y saber qué significa, no sólo para aquella hora, sino para toda época, es importante un detalle, que también para sus discípulos se transformó en la clave para la comprensión del acontecimiento, cuando, después de la Pascua, repasaron con una mirada nueva aquellas jornadas agitadas.

Jesús entra en la ciudad santa montado en un asno, es decir, en el animal de la gente sencilla y común del campo, y además un asno que no le pertenece, sino que pide prestado para esta ocasión. No llega en una

suntuosa carroza real, ni a caballo, como los grandes del mundo, sino en un asno prestado. San Juan nos relata que, en un primer momento, los discípulos no lo entendieron. Sólo después de la Pascua cayeron en la cuenta de que Jesús, al actuar así, cumplía los anuncios de los profetas, que su actuación derivaba de la palabra de Dios y la realizaba. Recordaron –dice san Juan– que en el profeta Zacarías se lee: «No temas, hija de Sion; mira que viene tu Rey montado en un pollino de asna» (*Jn* 12, 15; cf. *Za* 9, 9). Para comprender el significado de la profecía y, en consecuencia, de la misma actuación de Jesús, debemos escuchar todo el texto de Zacarías, que prosigue así: «El destruirá los carros de Efraím y los caballos de Jerusalén; romperá el arco de combate, y él proclamará la paz a las naciones. Su dominio irá de mar a mar y desde el río hasta los confines de la tierra» (*Za* 9, 10). Así afirma el profeta tres cosas sobre el futuro rey.

En primer lugar, dice que será rey de los pobres, pobre entre los pobres y para los pobres. La pobreza, en este caso, se entiende en el sentido de los *anawin* de Israel, de las almas creyentes y humildes que encontramos en torno a Jesús, en la perspectiva de la primera bienaventuranza del Sermón de la montaña. Uno puede ser materialmente pobre, pero tener el corazón lleno de afán de riqueza material y del poder que deriva de la riqueza. Precisamente el hecho de que vive en la envidia y en la codicia demuestra que, en su corazón, pertenece a los ricos. Desea cambiar la repartición de los bienes, pero para llegar a estar él mismo en la situación de los ricos de antes.

La pobreza, en el sentido que le da Jesús –el sentido de los profetas–, presupone sobre todo estar libres interiormente de la avidez de posesión y del afán de poder. Se trata de una realidad mayor que una simple repartición diferente de los bienes, que se limitaría al campo material y más bien endurecería los corazones. Ante todo, se trata de la purificación del corazón, gracias a la cual se reconoce la posesión como responsabilidad, como tarea con respecto a los demás, poniéndose bajo la mirada de Dios y dejándose guiar por Cristo que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros (cf. *2 Co* 8, 9).

La libertad interior es el presupuesto para superar la corrupción y la avidez que arruinan al mundo; esta libertad sólo puede hallarse si Dios llega a ser nuestra riqueza; sólo puede hallarse en la paciencia de las renunciaciones diarias, en las que se desarrolla como libertad verdadera. Al rey que nos indica el camino hacia esta meta –Jesús– lo aclamamos el domingo de Ramos; le pedimos que nos lleve consigo por su camino.

En segundo lugar, el profeta nos muestra que este rey será un rey de paz; hará desaparecer los carros de guerra y los caballos de batalla, romperá los arcos y anunciará la paz. En la figura de Jesús esto se hace realidad mediante el signo de la cruz. Es el arco roto, en cierto modo, el nuevo y verdadero arco iris de Dios, que une el cielo y la tierra y tiende un puente entre los continentes sobre los abismos. La nueva arma, que Jesús pone en nuestras manos, es la cruz, signo de reconciliación, de perdón, signo del amor que es más fuerte que la muerte. Cada vez que hacemos la señal de la cruz debemos acordarnos de no responder a la injusticia con otra injusticia, a la violencia con otra violencia; debemos recordar que sólo podemos vencer al mal con el bien, y jamás devolviendo mal por mal.

La tercera afirmación del profeta es el anuncio de la universalidad. Zacarías dice que el reino del rey de la paz se extiende «de mar a mar (...) hasta los confines de la tierra». La antigua promesa de la tierra, hecha a Abraham y a los Padres, se sustituye aquí con una nueva visión: el espacio del rey mesiánico ya no es un país determinado, que luego se separaría de los demás y, por tanto, se pondría inevitablemente contra los otros países. Su país es la tierra, el mundo entero. Superando toda delimitación, él crea unidad en la multiplicidad de las culturas. Atravesando con la mirada las nubes de la historia que separaban al profeta de Jesús, vemos cómo desde lejos emerge en esta profecía la red de las comunidades eucarísticas que abraza a la tierra, a todo el mundo, una red de comunidades que constituyen el «reino de la paz» de Jesús de mar a mar hasta los confines de la tierra.

Él llega a todas las culturas y a todas las partes del mundo, dondequiera, a las chozas miserables y a los campos pobres, así como al esplendor de las catedrales. Por doquier él es el mismo, el Único, y así todos los orantes reunidos, en comunión con él, están también unidos entre sí en un único cuerpo. Cristo domina convirtiéndose él mismo en nuestro pan y entregándose a nosotros. De este modo construye su reino. Este nexo resulta totalmente claro en la otra frase del Antiguo Testamento que caracteriza y explica la liturgia del domingo de Ramos y su clima particular. La multitud aclama a Jesús: «Hosanna, bendito el que viene en nombre del Señor (*Mc* 11, 9; *Sal* 118, 25). Estas palabras forman parte del rito de la fiesta de las tiendas, durante el cual los fieles dan vueltas en torno al altar llevando en las manos ramos de palma, mirto y sauce.

Ahora la gente grita eso mismo, con palmas en las manos, delante

de Jesús, en quien ve a Aquel que viene en nombre del Señor. En efecto, la expresión «el que viene en nombre del Señor» se había convertido desde hacía tiempo en la manera de designar al Mesías. En Jesús reconocen a Aquel que verdaderamente viene en nombre del Señor y les trae la presencia de Dios. Este grito de esperanza de Israel, esta aclamación a Jesús durante su entrada en Jerusalén, ha llegado a ser con razón en la Iglesia la aclamación a Aquel que, en la Eucaristía, viene a nuestro encuentro de un modo nuevo. Con el grito «Hosanna» saludamos a Aquel que, en carne y sangre, trajo la gloria de Dios a la tierra. Saludamos a Aquel que vino y, sin embargo, sigue siendo siempre Aquel que debe venir. Saludamos a Aquel que en la Eucaristía viene siempre de nuevo a nosotros en nombre del Señor, uniendo así en la paz de Dios los confines de la tierra.

Esta experiencia de la universalidad forma parte esencial de la Eucaristía. Dado que el Señor viene, nosotros salimos de nuestros particularismos exclusivos y entramos en la gran comunidad de todos los que celebran este santo sacramento. Entramos en su reino de paz y, en cierto modo, saludamos en él también a todos nuestros hermanos y hermanas a quienes él viene, para llegar a ser verdaderamente un reino de paz en este mundo desgarrado.

Las tres características anunciadas por el profeta –pobreza, paz y universalidad– se resumen en el signo de la cruz. Por eso, con razón, la cruz se ha convertido en el centro de las Jornadas mundiales de la juventud. Hubo un período –que aún no se ha superado del todo– en el que se rechazaba el cristianismo precisamente a causa de la cruz. La cruz habla de sacrificio -se decía-; la cruz es signo de negación de la vida. En cambio, nosotros queremos la vida entera, sin restricciones y sin renunciaciones. Queremos vivir, sólo vivir. No nos dejamos limitar por mandamientos y prohibiciones; queremos riqueza y plenitud; así se decía y se sigue diciendo todavía.

Todo esto parece convincente y atractivo; es el lenguaje de la serpiente, que nos dice: «¡No tengáis miedo! ¡Comed tranquilamente de todos los árboles del jardín!». Sin embargo, el domingo de Ramos nos dice que el auténtico gran «sí» es precisamente la cruz; que precisamente la cruz es el verdadero árbol de la vida. No hallamos la vida apropiándonos de ella, sino donándola. El amor es entregarse a sí mismo, y por eso es el camino de la verdadera vida, simbolizada por la cruz.

Hoy la cruz, que estuvo en el centro de la última Jornada mundial de la juventud, en Colonia, se entrega a una delegación para que comience

su camino hacia Sídney, donde, en 2008, la juventud del mundo quiere reunirse nuevamente en torno a Cristo para construir con él el reino de paz. Desde Colonia hasta Sídney, un camino a través de los continentes y las culturas, un camino a través de un mundo desgarrado y atormentado por la violencia.

Simbólicamente es el camino indicado por el profeta, de mar a mar, desde el río hasta los confines de la tierra. Es el camino de Aquel que, con el signo de la cruz, nos da la paz y nos transforma en portadores de la reconciliación y de su paz. Doy las gracias a los jóvenes que ahora llevarán por los caminos del mundo esta cruz, en la que casi podemos tocar el misterio de Jesús. Pidámosle que, al mismo tiempo, nos toque a nosotros y abra nuestro corazón, a fin de que siguiendo su cruz lleguemos a ser mensajeros de su amor y de su paz. Amén.

ÁNGELUS

Dentro de poco una delegación de jóvenes alemanes entregará a sus coetáneos australianos la cruz de las Jornadas mundiales de la juventud. Es la cruz que el amado Juan Pablo II encomendó a los jóvenes en 1984 para que la llevaran al mundo como signo del amor de Cristo a la humanidad.

Saludo al cardenal Joachim Meisner, arzobispo de Colonia, y al cardenal George Pell, arzobispo de Sídney, que han querido estar presentes en este momento tan significativo. La entrega de la cruz, después de cada Encuentro mundial, se ha convertido en una «tradición», en el sentido propio de la palabra «*traditio*», una entrega muy simbólica, que se debe vivir con gran fe, comprometiéndose a realizar un camino de conversión tras las huellas de Jesús.

Esta fe nos la enseña María santísima, la primera que «creyó» y llevó su propia cruz juntamente con su Hijo, gustando después con él la alegría de la resurrección. Por eso, la cruz de los jóvenes va acompañada por un icono de la Virgen, que reproduce el de María *Salus Populi Romani*, venerado en la basílica de Santa María la Mayor, la más antigua basílica dedicada a la Virgen en Occidente.

La cruz y el icono mariano de las Jornadas de la juventud, después de haber hecho etapa en algunos países de África, para manifestar la cercanía de Cristo y de su Madre a las poblaciones de ese continente, probadas por numerosos sufrimientos, desde febrero del año próximo serán acogidos en diversas regiones de Oceanía, para recorrer las diócesis de Australia, llegando, por último, a Sídney en julio de 2008. Se trata de una

peregrinación espiritual en la que participará toda la comunidad cristiana y especialmente los jóvenes.

Saludo a todos los peregrinos y visitantes de lengua inglesa en este domingo de Ramos, en el que aclamamos a Jesús, modelo de humildad, nuestro Mesías y Rey. En particular saludo al cardenal George Pell, arzobispo de Sídney, y a los jóvenes australianos que han venido con él. Tened la seguridad de que todos os apoyamos y acompañamos espiritualmente en vuestra preparación para acoger la Jornada mundial de la juventud de 2008. Sobre cada uno de los presentes y sobre vuestras familias invoco de Dios las bendiciones de fortaleza y sabiduría.

De corazón saludo a todos los peregrinos de lengua alemana, en particular a vosotros, queridos jóvenes, que estáis aquí para entregar, junto con el cardenal Meisner, arzobispo de Colonia, la cruz de la Jornada mundial de la juventud y el icono de la Madre de Dios a vuestros amigos australianos. Estos dos símbolos de las Jornadas mundiales de la juventud, en su recorrido a través de los países y continentes, deberán dejar una huella de la gracia para ayudar al mayor número posible de personas a encontrar el sentido de su vida. Que a todos el Espíritu Santo os otorgue y conserve una fe firme y viva, y que os infunda la alegría de testimoniar el amor de Cristo ante todos los hombres. Que el Señor os bendiga. Saludo cordialmente a los queridos jóvenes de lengua francesa. Que la cruz de Jesús, signo del amor de Dios a la humanidad, os acompañe a lo largo de toda vuestra vida. Que sea el símbolo de la esperanza que os anima y de la fe que os hace avanzar, con la ayuda de María, por el camino de la conversión del corazón. A todos os deseo una buena Semana Santa.

Saludo a los peregrinos de lengua española, particularmente a los jóvenes. Que la cruz de la Jornada mundial de la juventud sea siempre signo del amor de Cristo por la humanidad. Llevadla en vuestros corazones y mostradla a todos, especialmente a vuestros compañeros, como instrumento de salvación. Que la Virgen María os acompañe en este camino de conversión y esperanza.

Saludo con gran afecto a los jóvenes de lengua portuguesa aquí presentes. Os invito a todos a aclamar a Cristo, luz y vida de los hombres, y a escuchar con viva admiración sus palabras de paz y reconciliación: «¡Ánimo! Yo he vencido al mundo». ¡Nos vemos en Sídney, si Dios quiere! Saludo cordialmente a los polacos aquí presentes, en especial a los jóvenes. Dentro de poco, los jóvenes alemanes entregarán a sus coetáneos australianos la cruz de las Jornadas mundiales de la juventud y el

icono de la Virgen María, símbolos de fe y de paz entre los pueblos. Que la cruz de Cristo transforme vuestra vida y que la Virgen, a la que os encomiendo, os acompañe siempre. Que Dios os bendiga.

Hermanos y hermanas de lengua italiana, en el hermosísimo marco de los olivos, que vemos aquí, regalados por la región de Pulla, oremos con fe al Señor para que esta cruz y este icono sean instrumentos de paz y de reconciliación entre las personas y los pueblos, e invoquemos la intercesión de la Virgen María sobre la nueva peregrinación que comienza hoy, para que sea rica en frutos.

XXII JMJ

ROMA, 1 DE ABRIL DE 2007

TEMA: «*AMAOS UNOS A OTROS COMO YO OS HE AMADO*» (Jn 13,34)

MENSAJE enviado por el Papa Benedicto XVI el 27 de enero de 2007, para la XXII JMJ.

Queridos jóvenes:

Con ocasión de la XXII Jornada Mundial de la Juventud, que se celebrará en las diócesis el próximo Domingo de Ramos, quisiera proponer para vuestra meditación las palabras de Jesús: «*Amaos unos a otros como yo os he amado*» (cf. Jn 13,34).

¿Es posible amar?

Toda persona siente el deseo de amar y de ser amado. Sin embargo, ¡qué difícil es amar, cuántos errores y fracasos se producen en el amor! Hay quien llega incluso a dudar si el amor es posible. Las carencias afectivas o las desilusiones sentimentales pueden hacernos pensar que amar es una utopía, un sueño inalcanzable, ¿habrá, pues, que resignarse? ¡No! El amor es posible y la finalidad de este mensaje mío es contribuir a reavivar en cada uno de vosotros, que sois el futuro y la esperanza de la humanidad, la fe en el amor verdadero, fiel y fuerte; un amor que produce paz y alegría; un amor que une a las personas, haciéndolas sentirse libres en el respeto mutuo. Dejadme ahora que recorra con vosotros, en tres momentos, un itinerario hacia el «descubrimiento» del amor.

Dios, fuente del amor

El primer momento hace referencia a la única fuente del amor verdadero, que es Dios. San Juan lo subraya bien cuando afirma que «Dios es amor» (1 Jn 4,8.16); con ello no quiere decir sólo que Dios nos ama, sino que el ser mismo de Dios es amor. Estamos aquí ante la revelación más esplendorosa de la fuente del amor que es el misterio trinitario: en Dios, uno y trino, hay una eterna comunicación de amor entre las personas del

Padre y del Hijo, y este amor no es una energía o un sentimiento, sino una persona: el Espíritu Santo.

La Cruz de Cristo revela plenamente el amor de Dios

¿Cómo se nos manifiesta Dios-Amor? Estamos aquí en el segundo momento de nuestro itinerario. Aunque los signos del amor divino ya son claros en la creación, la revelación plena del misterio íntimo de Dios se realizó en la Encarnación, cuando Dios mismo se hizo hombre. En Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, hemos conocido el amor en todo su alcance. De hecho, «la verdadera originalidad del Nuevo Testamento –he escrito en la Encíclica *Deus caritas est*– no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito» (n. 12). La manifestación del amor divino es total y perfecta en la Cruz, como afirma san Pablo: «*La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros*» (Rm 5,8). Por tanto, cada uno de nosotros, puede decir sin equivocarse: «*Cristo me amó y se entregó por mí*» (cf. Ef 5,2). Redimida por su sangre, ninguna vida humana es inútil o de poco valor, porque todos somos amados personalmente por Él con un amor apasionado y fiel, con un amor sin límites. La Cruz, locura para el mundo, escándalo para muchos creyentes, es en cambio «sabiduría de Dios» para los que se dejan tocar en lo más profundo del propio ser, «*pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres*» (1 Co 1,24-25). Más aún, el Crucificado, que después de la resurrección lleva para siempre los signos de la propia pasión, pone de relieve las «falsificaciones» y mentiras sobre Dios que hay tras la violencia, la venganza y la exclusión. Cristo es el Cordero de Dios, que carga con el pecado del mundo y extirpa el odio del corazón del hombre. Ésta es su verdadera «revolución»: el amor.

Amar al prójimo como Cristo nos ama

Llegamos aquí al tercer momento de nuestra reflexión. En la Cruz Cristo grita: «*Tengo sed*» (Jn 19,28), revelando así una ardiente sed de amar y de ser amado por todos nosotros. Sólo cuando percibimos la profundidad y la intensidad de este misterio nos damos cuenta de la necesidad y la urgencia de que lo amemos «como» Él nos ha amado. Esto comporta también el compromiso, si fuera necesario, de dar la propia vida por los hermanos, apoyados por el amor que Él nos tiene. Ya en el Antiguo Testamento Dios había dicho: «*Amarás a tu prójimo como a ti*

mismo» (Lv 19,18), pero la novedad de Cristo consiste en el hecho de que amar como Él nos ha amado significa amar a todos, sin distinción, incluso a los enemigos, «hasta el extremo» (cf. Jn 13,1).

Testigos del amor de Cristo

Quisiera ahora detenerme en tres ámbitos de la vida cotidiana en los que vosotros, queridos jóvenes, estáis llamados de modo particular a manifestar el amor de Dios. El primero es la Iglesia, que es nuestra familia espiritual, compuesta por todos los discípulos de Cristo. Siendo testigos de sus palabras —«*La señal por la que conocerán que sois discípulos míos, será que os amáis unos a otros*» (Jn 13,35)—, alimentad con vuestro entusiasmo y vuestra caridad las actividades de las parroquias, de las comunidades, de los movimientos eclesiales y de los grupos juveniles a los que pertenecéis. Sed solícitos en buscar el bien de los demás, fieles a los compromisos adquiridos. No dudéis en renunciar con alegría a algunas de vuestras diversiones, aceptad de buena gana los sacrificios necesarios, dad testimonio de vuestro amor fiel a Cristo anunciando su Evangelio especialmente entre vuestros coetáneos.

Prepararse para el futuro

El segundo ámbito, donde estáis llamados a expresar el amor y a crecer en él, es vuestra preparación para el futuro que os espera. Si sois novios, Dios tiene un proyecto de amor sobre vuestro futuro matrimonio y vuestra familia, y es esencial que lo descubráis con la ayuda de la Iglesia, libres del prejuicio tan difundido según el cual el cristianismo, con sus preceptos y prohibiciones, pone obstáculos a la alegría del amor y, en particular, impide disfrutar plenamente esa felicidad que el hombre y la mujer buscan en su amor recíproco. El amor del hombre y de la mujer da origen a la familia humana y la pareja formada por ellos tiene su fundamento en el plan original de Dios (cf. Gn 2,18-25). Aprender a amarse como pareja es un camino maravilloso, que sin embargo requiere un aprendizaje laborioso. El período del noviazgo, fundamental para formar una pareja, es un tiempo de espera y de preparación, que se ha de vivir en la castidad de los gestos y de las palabras. Esto permite madurar en el amor, en el cuidado y la atención del otro; ayuda a ejercitar el autodomínio, a desarrollar el respeto por el otro, características del verdadero amor que no busca en primer lugar la propia satisfacción ni el propio bienestar. En la oración común pedid al Señor que cuide y acreciente vuestro amor y

lo purifique de todo egoísmo. Non dudéis en responder generosamente a la llamada del Señor, porque el matrimonio cristiano es una verdadera y auténtica vocación en la Iglesia. Igualmente, queridos y queridas jóvenes, si Dios os llama a seguirlo en el camino del sacerdocio ministerial o de la vida consagrada, estad preparados para decir «sí». Vuestro ejemplo será un aliciente para muchos de vuestros coetáneos, que están buscando la verdadera felicidad.

Creecer en el amor cada día

El tercer ámbito del compromiso que conlleva el amor es el de la vida cotidiana en sus diversos aspectos. Me refiero sobre todo a la familia, al estudio, al trabajo y al tiempo libre. Queridos jóvenes, cultivad vuestros talentos no sólo para conquistar una posición social, sino también para ayudar a los demás «a crecer». Desarrollad vuestras capacidades, no sólo para ser más «competitivos» y «productivos», sino para ser «testigos de la caridad». Unid a la formación profesional el esfuerzo por adquirir conocimientos religiosos, útiles para poder desempeñar de manera responsable vuestra misión. De modo particular, os invito a profundizar en la doctrina social de la Iglesia, para que sus principios inspiren e iluminen vuestra actuación en el mundo. Que el Espíritu Santo os haga creativos en la caridad, perseverantes en los compromisos que asumís y audaces en vuestras iniciativas, contribuyendo así a la edificación de la «civilización del amor». El horizonte del amor es realmente ilimitado: ¡es el mundo entero!.

«Atreverse a amar» siguiendo el ejemplo de los santos

Queridos jóvenes, quisiera invitaros a «atreverse a amar», a no desear más que un amor fuerte y hermoso, capaz de hacer de toda vuestra vida una gozosa realización del don de vosotros mismos a Dios y a los hermanos, imitando a Aquél que, por medio del amor, ha vencido para siempre el odio y la muerte (cf. *Ap* 5,13). El amor es la única fuerza capaz de cambiar el corazón del hombre y de la humanidad entera, haciendo fructíferas las relaciones entre hombres y mujeres, entre ricos y pobres, entre culturas y civilizaciones. De esto da testimonio la vida de los Santos, verdaderos amigos de Dios, que son cauce y reflejo de este amor originario. Esforzaos en conocerlos mejor, encomendaos a su intercesión, intentad vivir como ellos. Me limito a citar a la Madre Teresa que, para corresponder con prontitud al grito de Cristo «Tengo sed», grito que la había conmovido profundamente, comenzó a recoger a los

moribundos de las calles de Calcuta, en la India. Desde entonces, el único deseo de su vida fue saciar la sed de amor de Jesús, no de palabra, sino con obras concretas, reconociendo su rostro desfigurado, sediento de amor, en el rostro de los más pobres entre los pobres. La Beata Teresa puso en práctica la enseñanza del Señor: «*Cada vez que lo hicisteis a uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis*» (Mt 25,40). Y el mensaje de esta humilde testigo del amor se ha difundido por el mundo entero.

El secreto del amor

Cada uno de nosotros, queridos amigos, puede llegar a este grado de amor, pero solamente con la ayuda indispensable de la gracia divina. Sólo la ayuda del Señor nos permite superar el desaliento ante la tarea enorme por realizar y nos infunde el valor de llevar a cabo lo que humanamente es impensable. La gran escuela del amor es, sobre todo, la Eucaristía. Cuando se participa regularmente y con devoción en la Santa Misa, cuando se transcurre en compañía de Jesús eucarístico largos ratos de adoración, es más fácil comprender lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo de su amor, que supera todo conocimiento (cf. Ef 3,17-18). Además, el compartir el Pan eucarístico con los hermanos de la comunidad eclesial nos impulsa a convertir «con prontitud» el amor de Cristo en generoso servicio a los hermanos, como lo hizo la Virgen con Isabel.

Hacia el encuentro de Sidney

A este respecto, resulta iluminadora la exhortación del apóstol Juan: «*Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras. En esto conoceremos que somos de la verdad*» (1 Jn 3,18-19). Queridos jóvenes, con este espíritu os invito a vivir la próxima Jornada Mundial de la Juventud junto con vuestros Obispos en las propias diócesis. Ésta representará una etapa importante hacia el encuentro de Sidney, cuyo tema será: «*Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos*» (cf. Hch 1,8). María, Madre de Cristo y de la Iglesia, os ayude a hacer resonar en todas partes el grito que ha cambiado el mundo: «¡Dios es amor!». Os acompañe con la oración y os bendigo de corazón.

HOMILÍA a los jóvenes de Roma como preparación para la XXII JMJ.

Nos encontramos esta tarde, en la proximidad de la XXII Jornada mundial de la juventud, que, como sabéis, tiene por tema el mandamiento nuevo que nos dejó Jesús en la noche en que fue entregado: «Amaos unos a otros como yo os he amado» (*Jn* 13, 34). Os saludo cordialmente a todos, que habéis venido de las diversas parroquias de Roma. Saludo al cardenal vicario, a los obispos auxiliares, a los sacerdotes presentes; saludo en particular a los confesores que dentro de poco estarán a vuestra disposición.

Esta cita, como ya ha anticipado vuestra portavoz, a la que agradezco las palabras que me ha dirigido en vuestro nombre al inicio de la celebración, asume un profundo y alto significado, pues es un encuentro en torno a la cruz, una celebración de la misericordia de Dios, que cada uno podrá experimentar personalmente en el sacramento de la confesión.

En el corazón de todo hombre, mendigo de amor, hay sed de amor. En su primera encíclica, *Redemptor hominis*, mi amado predecesor el siervo de Dios Juan Pablo II escribió: «El hombre no puede vivir sin amor. Permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él plenamente» (n. 10).

El cristiano, de modo especial, no puede vivir sin amor. Más aún, si no encuentra el amor verdadero, ni siquiera puede llamarse cristiano, porque, como puse de relieve en la encíclica *Deus caritas est*, «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (n. 1).

El amor de Dios por nosotros, iniciado con la creación, se hizo visible en el misterio de la cruz, en la *kénosis* de Dios, en el vaciamiento, en el humillante abajamiento del Hijo de Dios del que nos ha hablado el apóstol san Pablo en la primera lectura, en el magnífico himno a Cristo de la carta a los Filipenses. Sí, la cruz revela la plenitud del amor que Dios nos tiene. Un amor crucificado, que no acaba en el escándalo del Viernes santo, sino que culmina en la alegría de la Resurrección y la Ascensión al cielo, y en el don del Espíritu Santo, Espíritu de amor por medio del cual, también esta tarde, se perdonarán los pecados y se concederán el perdón y la paz.

El amor de Dios al hombre, que se manifiesta con plenitud en la cruz, se puede describir con el término *agapé*, es decir, «amor oblativo, que

busca exclusivamente el bien del otro», pero también con el término *eros*. En efecto, al mismo tiempo que es amor que ofrece al hombre todo lo que es Dios, como expliqué en el Mensaje para esta Cuaresma, también es un amor donde «el corazón mismo de Dios, el Todopoderoso, espera el «sí» de sus criaturas como un joven esposo el de su esposa» (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 16 de febrero de 2007, p. 4). Por desgracia, «desde sus orígenes, la humanidad, seducida por las mentiras del Maligno, se ha cerrado al amor de Dios, con el espejismo de una autosuficiencia imposible (cf. *Gn* 3, 1-7)» (*ib.*).

Pero en el sacrificio de la cruz Dios sigue proponiendo su amor, su pasión por el hombre, la fuerza que, como dice el Pseudo Dionisio, «impide al amante permanecer en sí mismo, sino que lo impulsa a unirse al amado» (*De divinis nominibus*, IV, 13: *PG* 3, 712). Dios viene a «mendigar» el amor de su criatura. Esta tarde, al acercaros al sacramento de la confesión, podréis experimentar el «don gratuito que Dios nos hace de su vida, infundida por el Espíritu Santo en nuestra alma para sanarla del pecado y santificarla» (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1999), para que, unidos a Cristo, lleguemos a ser criaturas nuevas (cf. *2 Co* 5, 17-18).

Queridos jóvenes de la diócesis de Roma, con el bautismo habéis nacido ya a una vida nueva en virtud de la gracia de Dios. Ahora bien, dado que esta vida nueva no ha eliminado la debilidad de la naturaleza humana, ni la inclinación al pecado, se nos da la oportunidad de acercarnos al sacramento de la confesión. Cada vez que lo hacéis con fe y devoción, el amor y la misericordia de Dios mueven vuestro corazón, después de un esmerado examen de conciencia, para acudir al ministro de Cristo. A él, y así a Cristo mismo, expresáis el dolor por los pecados cometidos, con el firme propósito de no volver a pecar más en el futuro, dispuestos a aceptar con alegría los actos de penitencia que él os indique para reparar el daño causado por el pecado.

De este modo, experimentaréis «el perdón de los pecados; la reconciliación con la Iglesia; la recuperación del estado de gracia, si se había perdido; la remisión de la pena eterna merecida a causa de los pecados mortales y, al menos en parte, de las penas temporales que son consecuencia del pecado; la paz y la serenidad de conciencia, y el consuelo del espíritu; y el aumento de la fuerza espiritual para el combate cristiano» de cada día (*Compendio del Catecismo de la Iglesia católica*, n. 310).

Con el lavado penitencial de este sacramento, somos readmitidos en la plena comunión con Dios y con la Iglesia, que es una compañía digna

de confianza porque es «sacramento universal de salvación» (*Lumen gentium*, 48).

En la primera parte del mandamiento nuevo, el Señor dice: «Amaos unos a otros» (*Jn* 13, 34). Ciertamente, el Señor espera que nos dejemos conquistar por su amor y experimentemos toda su grandeza y su belleza, pero no basta. Cristo nos atrae hacia sí para unirse a cada uno de nosotros, a fin de que también nosotros aprendamos a amar a nuestros hermanos con el mismo amor con que él nos ha amado.

Hoy, como siempre, existe gran necesidad de una renovada capacidad de amar a los hermanos. Al salir de esta celebración, con el corazón lleno de la experiencia del amor de Dios, debéis estar preparados para «atreveros» a vivir el amor en vuestras familias, en las relaciones con vuestros amigos e incluso con quienes os han ofendido. Debéis estar preparados para influir, con un testimonio auténticamente cristiano, en los ambientes de estudio y de trabajo, a comprometeros en las comunidades parroquiales, en los grupos, en los movimientos, en las asociaciones y en todos los ámbitos de la sociedad.

Vosotros, jóvenes novios, vivid el noviazgo con un amor verdadero, que implica siempre respeto recíproco, casto y responsable. Si el Señor llama a alguno de vosotros, queridos jóvenes amigos de Roma, a una vida de especial consagración, estad dispuestos a responder con un «sí» generoso y sin componendas. Si os entregáis a Dios y a los hermanos, experimentaréis la alegría de quien no se encierra en sí mismo con un egoísmo muy a menudo asfixiante.

Pero, ciertamente, todo ello tiene un precio, el precio que Cristo pagó primero y que todos sus discípulos, aunque de modo muy inferior con respecto al Maestro, también deben pagar: el precio del sacrificio y de la abnegación, de la fidelidad y de la perseverancia, sin los cuales no hay y no puede haber verdadero amor, plenamente libre y fuente de alegría.

Queridos chicos y chicas, el mundo espera vuestra contribución para la edificación de la «civilización del amor». «El horizonte del amor es realmente ilimitado: es el mundo entero» (*Mensaje para la XXII Jornada mundial de la juventud: L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 9 de febrero de 2007, p. 7). Los sacerdotes que os acompañan y vuestros educadores están seguros de que, con la gracia de Dios y la constante ayuda de su divina misericordia, lograréis estar a la altura de la ardua tarea a la que el Señor os llama.

No os desalentéis; antes bien, tened confianza en Cristo y en su Iglesia. El Papa está cerca de vosotros y os asegura un recuerdo diario en la

oración, encomendándoos de modo particular a la Virgen María, Madre de misericordia, para que os acompañe y sostenga siempre. Amén.

El Domingo de Ramos, 1 de abril de 2007, el Papa Benedicto XVI inicia la XXII Jornada Mundial de la Juventud.

HOMILÍA pronunciada en la Misa.

En la procesión del Domingo de Ramos nos unimos a la multitud de los discípulos que, con gran alegría, acompañan al Señor en su entrada en Jerusalén. Como ellos, alabamos al Señor aclamándolo por todos los prodigios que hemos visto. Sí, también nosotros hemos visto y vemos todavía ahora los prodigios de Cristo: cómo lleva a hombres y mujeres a renunciar a las comodidades de su vida y a ponerse totalmente al servicio de los que sufren; cómo da a hombres y mujeres la valentía para oponerse a la violencia y a la mentira, para difundir en el mundo la verdad; cómo, en secreto, induce a hombres y mujeres a hacer el bien a los demás, a suscitar la reconciliación donde había odio, a crear la paz donde reinaba la enemistad.

La procesión es, ante todo, un testimonio gozoso que damos de Jesucristo, en el que se nos ha hecho visible el rostro de Dios y gracias al cual el corazón de Dios se nos ha abierto a todos. En el evangelio de san Lucas, la narración del inicio del cortejo cerca de Jerusalén está compuesta en parte, literalmente, según el modelo del rito de coronación con el que, como dice el primer libro de los Reyes, Salomón fue revestido como heredero de la realeza de David (cf. *I R* 1, 33-35). Así, la procesión de Ramos es también una procesión de Cristo Rey: profesamos la realeza de Jesucristo, reconocemos a Jesús como el Hijo de David, el verdadero Salomón, el Rey de la paz y de la justicia.

Reconocerlo como rey significa aceptarlo como aquel que nos indica el camino, aquel del que nos fiamos y al que seguimos. Significa aceptar día a día su palabra como criterio válido para nuestra vida. Significa ver en él la autoridad a la que nos sometemos. Nos sometemos a él, porque su autoridad es la autoridad de la verdad.

La procesión de Ramos es –como sucedió en aquella ocasión a los discípulos– ante todo expresión de alegría, porque podemos conocer a Jesús, porque él nos concede ser sus amigos y porque nos ha dado la clave de la vida. Pero esta alegría del inicio es también expresión de nuestro «sí» a Jesús y de nuestra disponibilidad a ir con él a dondequiera que nos lleve. Por eso, la exhortación inicial de la liturgia de hoy interpreta muy bien la procesión también como representación simbólica de lo

que llamamos «seguimiento de Cristo»: «Pidamos la gracia de seguirlo», hemos dicho. La expresión «seguimiento de Cristo» es una descripción de toda la existencia cristiana en general. ¿En qué consiste? ¿Qué quiere decir en concreto «seguir a Cristo»?

Al inicio, con los primeros discípulos, el sentido era muy sencillo e inmediato: significaba que estas personas habían decidido dejar su profesión, sus negocios, toda su vida, para ir con Jesús. Significaba emprender una nueva profesión: la de discípulo. El contenido fundamental de esta profesión era ir con el maestro, dejarse guiar totalmente por él. Así, el seguimiento era algo exterior y, al mismo tiempo, muy interior. El aspecto exterior era caminar detrás de Jesús en sus peregrinaciones por Palestina; el interior era la nueva orientación de la existencia, que ya no tenía sus puntos de referencia en los negocios, en el oficio que daba con qué vivir, en la voluntad personal, sino que se abandonaba totalmente a la voluntad de Otro. Estar a su disposición había llegado a ser ya una razón de vida. Eso implicaba renunciar a lo que era propio, desprenderse de sí mismo, como podemos comprobarlo de modo muy claro en algunas escenas de los evangelios.

Pero esto también pone claramente de manifiesto qué significa para nosotros el seguimiento y cuál es su verdadera esencia: se trata de un cambio interior de la existencia. Me exige que ya no esté encerrado en mi yo, considerando mi autorrealización como la razón principal de mi vida. Requiere que me entregue libremente a Otro, por la verdad, por amor, por Dios que, en Jesucristo, me precede y me indica el camino. Se trata de la decisión fundamental de no considerar ya los beneficios y el lucro, la carrera y el éxito como fin último de mi vida, sino de reconocer como criterios auténticos la verdad y el amor. Se trata de la opción entre vivir sólo para mí mismo o entregarme por lo más grande. Y tengamos muy presente que verdad y amor no son valores abstractos; en Jesucristo se han convertido en persona. Siguiéndolo a él, entro al servicio de la verdad y del amor. Perdiéndome, me encuentro.

Volvamos a la liturgia y a la procesión de Ramos. En ella la liturgia prevé como canto el Salmo 24, que también en Israel era un canto procesional usado durante la subida al monte del templo. El Salmo interpreta la subida interior, de la que la subida exterior es imagen, y nos explica una vez más lo que significa subir con Cristo. «¿Quién puede subir al monte del Señor?», pregunta el Salmo, e indica dos condiciones esenciales. Los que suben y quieren llegar verdaderamente a lo alto, hasta la altura verdadera, deben ser personas que se inte-

rrogan sobre Dios, personas que escrutan en torno a sí buscando a Dios, buscando su rostro.

Queridos jóvenes amigos, ¡cuán importante es hoy precisamente no dejarse llevar simplemente de un lado a otro en la vida, no contentarse con lo que todos piensan, dicen y hacen, escrutar a Dios y buscar a Dios, no dejar que el interrogante sobre Dios se disuelva en nuestra alma, el deseo de lo que es más grande, el deseo de conocerlo a él, su rostro...!

La otra condición muy concreta para la subida es esta: puede estar en el lugar santo «el hombre de manos inocentes y corazón puro». Manos inocentes son manos que no se usan para actos de violencia. Son manos que no se ensucian con la corrupción, con sobornos. Corazón puro: ¿cuándo el corazón es puro? Es puro un corazón que no finge y no se mancha con la mentira y la hipocresía; un corazón transparente como el agua de un manantial, porque no tiene dobleces. Es puro un corazón que no se extravía en la embriaguez del placer; un corazón cuyo amor es verdadero y no solamente pasión de un momento.

Manos inocentes y corazón puro: si caminamos con Jesús, subimos y encontramos las purificaciones que nos llevan verdaderamente a la altura a la que el hombre está destinado: la amistad con Dios mismo.

El salmo 24, que habla de la subida, termina con una liturgia de entrada ante el pórtico del templo: «¡Portones!, alzad los dinteles, que se alcen las antiguas compuertas: va a entrar el Rey de la gloria». En la antigua liturgia del domingo de Ramos, el sacerdote, al llegar ante el templo, llamaba fuertemente con el asta de la cruz de la procesión al portón aún cerrado, que a continuación se abría. Era una hermosa imagen para ilustrar el misterio de Jesucristo mismo que, con el madero de su cruz, con la fuerza de su amor que se entrega, ha llamado desde el lado del mundo a la puerta de Dios; desde el lado de un mundo que no lograba encontrar el acceso a Dios.

Con la cruz, Jesús ha abierto de par en par la puerta de Dios, la puerta entre Dios y los hombres. Ahora ya está abierta. Pero también desde el otro lado, el Señor llama con su cruz: llama a las puertas del mundo, a las puertas de nuestro corazón, que con tanta frecuencia y en tan gran número están cerradas para Dios. Y nos dice más o menos lo siguiente: si las pruebas que Dios te da de su existencia en la creación no logran abrirte a él; si la palabra de la Escritura y el mensaje de la Iglesia te dejan indiferente, entonces mírame a mí, al Dios que sufre por ti, que personalmente padece contigo; mira que sufro por amor a ti y ábrete a mí, tu Señor y tu Dios.

Este es el llamamiento que en esta hora dejamos penetrar en nuestro corazón. Que el Señor nos ayude a abrir la puerta del corazón, la puerta del mundo, para que él, el Dios vivo, pueda llegar en su Hijo a nuestro tiempo y cambiar nuestra vida. Amén.

ÁNGELUS

Antes de concluir esta celebración, deseo dirigir un afectuoso saludo a los numerosos peregrinos que han participado en ella.

A los peregrinos de lengua francesa reunidos en este domingo de Ramos, y en particular a los jóvenes que han venido para la *Jornada mundial de la juventud de 2007*, dirijo mi más cordial saludo. Acogiendo las palabras de Jesús: «Amaos unos a otros, como yo os he amado» (*Jn* 13, 34), abrid vuestro corazón y creced en el amor verdadero, siguiendo a Cristo por el camino de la cruz, que revela plenamente el amor de Dios a todos los hombres.

Saludo a los peregrinos y visitantes de lengua inglesa que han venido aquí, en este domingo de Ramos, para aclamar a Jesús, modelo de humildad, nuestro Mesías y Rey. De modo especial saludo a todos los jóvenes reunidos en Roma y en todo el mundo para celebrar la Jornada mundial de la juventud. Que los grandes acontecimientos de la Semana santa, en la que vemos cómo se manifiesta el amor en su forma más radical, os impulsen a ser valientes «testigos de la caridad» para vuestros amigos, para vuestras comunidades y para el mundo entero. Sobre cada uno de vosotros, aquí presentes, y sobre vuestras familias invoco las bendiciones divinas de paz y sabiduría.

Saludo cordialmente a todos los peregrinos y visitantes de lengua alemana, de modo especial a los numerosos jóvenes que en este domingo de Ramos celebran la XXII Jornada mundial de la juventud. Jesús, como hizo con los discípulos, nos invita también a nosotros a seguirlo: «Amaos unos a otros, como yo os he amado» (*Jn* 13, 34). Actuemos de tal manera que el amor de Cristo, que se manifiesta de forma tan clara en su pasión, sea visible también en nuestra vida. Que el Señor os acompañe a todos en esta Semana santa.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a vosotros, queridos jóvenes, que muy numerosos habéis participado en esta celebración de la Jornada mundial de la juventud, que tiene como lema: «Amaos unos a otros como yo os he amado». Con gran alegría y fervor habéis acogido este mandamiento nuevo de Cristo, que os envía a ser sus testigos entre vuestros coetáneos. No tengáis miedo de seguirle

fielmente, recordando aquellas palabras de la Virgen María cuando nos habla al corazón: «Haced lo que él os diga».

Queridos jóvenes de lengua portuguesa, vuestras aclamaciones y hosannas a Jesús son debidas y justas, pues él es el Dios que a todos salva. Salvó muriendo; murió amando; y amando resucitó. Hoy es visible en el corazón que le obedece y que ama como él amó: Amaos unos a otros, como yo os he amado». Queridos amigos, con el amor de Cristo que brota de vuestro corazón, id y bendecid la tierra.

Saludo cordialmente a los polacos y, en particular, a los jóvenes participantes en la Jornada Mundial de la Juventud. Que el mandamiento de Cristo: «Amaos unos a otros, como yo os he amado» (*Jn* 13, 34) sea para nosotros lo más importante. A todos os deseo que viváis intensamente la Semana santa para gozar después de la alegría de la Pascua. Que Dios os bendiga.

Os saludo, por último, a vosotros, queridos hermanos y hermanas de lengua italiana y, en particular, a los jóvenes que han venido con ocasión de la Jornada mundial de la juventud. A todos os deseo una Semana santa llena de frutos espirituales. Por eso os invito a vivirla en íntima unión con la Virgen María. Aprendamos de ella el silencio interior, la mirada del corazón y la fe amorosa, para seguir a Jesús por el camino de la cruz, que lleva a la luz gozosa de la Resurrección.

XXIII MJJ SÍDNEY, 15 A 20 DE JULIO DE 2008

TEMA: «RECIBIRÉIS LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO, QUE VENDRÁ SOBRE VOSOTROS, Y SERÉIS MIS TESTIGOS» (HCH 1, 8)

En Oceanía tuvo lugar la XXIII Jornada Mundial de la Juventud, en la ciudad de Sídney, Australia, los días 13 a 20 de julio de 2008.

Durante los tres años de preparación de la jornada, el Papa fue proponiendo para la Tierra Austral, «Australia del Espíritu Santo», como la habían bautizado los descubridores españoles el 14 de mayo de 1606, fiesta de Pentecostés, al descubrir las Islas del Estrecho de Torres, un itinerario pastoral en el que relaciona al Espíritu Santo con la misión.

MENSAJE enviado por el Papa Benedicto XVI, el 20 de julio de 2007, para la XXIII MJJ.

Queridos jóvenes:

1. *La XXIII Jornada Mundial de la Juventud.*

Recuerdo siempre con gran alegría los diversos momentos transcurridos juntos en Colonia, en el mes de agosto de 2005. Al final de



Jóvenes españoles con la Cruz de la MJJ en Sídney.

aquella inolvidable manifestación de fe y entusiasmo, que permanece impresa en mi espíritu y en mi corazón, os di cita para el próximo encuentro que tendrá lugar en Sídney, en 2008. Será la XXIII Jornada Mundial de la Juventud y tendrá como tema: «*Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos*» (Hch 1, 8). El hilo conductor de la preparación espiritual para el encuentro en Sídney es el Espíritu Santo y la misión. En 2006 nos habíamos detenido a meditar sobre el Espíritu Santo como *Espíritu de verdad*, en 2007 quisimos descubrirlo más profundamente como *Espíritu de amor*, para encaminarnos después hacia la Jornada Mundial de la Juventud 2008 reflexionando sobre el *Espíritu de fortaleza y testimonio*, que nos da el valor de vivir el Evangelio y la audacia de proclamarlo. Por ello es fundamental que cada uno de vosotros, jóvenes, en la propia comunidad y con los educadores, reflexione sobre este Protagonista de la historia de la salvación que es el Espíritu Santo o Espíritu de Jesús, para alcanzar estas altas metas: reconocer la verdadera identidad del Espíritu, escuchando sobre todo la Palabra de Dios en la Revelación de la Biblia; tomar una lúcida conciencia de su presencia viva y constante en la vida de la Iglesia, redescubrir en particular que el Espíritu Santo es como el «alma», el respiro vital de la propia vida cristiana gracias a los sacramentos de la iniciación cristiana: Bautismo, Confirmación y Eucaristía; hacerse capaces así de ir madurando una comprensión de Jesús cada vez más profunda y gozosa y, al mismo tiempo, hacer una aplicación eficaz del Evangelio en el alba del tercer milenio. Con mucho gusto os ofrezco con este mensaje un motivo de meditación para ir profundizándolo a lo largo de este año de preparación y ante el cual verificar la calidad de vuestra fe en el Espíritu Santo, de volver a encontrarla si se ha extraviado, de afianzarla si se ha debilitado, de gustarla como compañía del Padre y del Hijo Jesucristo, gracias precisamente a la obra indispensable del Espíritu Santo. No olvidéis nunca que la Iglesia, más aún la humanidad misma, la que está en torno a vosotros y que os aguarda en vuestro futuro, espera mucho de vosotros, jóvenes, porque tenéis en vosotros el don supremo del Padre, el Espíritu de Jesús.

2. La promesa del Espíritu Santo en la Biblia

La escucha atenta de la Palabra de Dios respecto al misterio y a la obra del Espíritu Santo nos abre al conocimiento cosas grandes y estimulantes que resumo en los siguientes puntos.

Poco antes de su ascensión, Jesús dijo a los discípulos: «Yo os enviaré lo que mi Padre ha prometido» (*Lc* 24, 49). Esto se cumplió el día de Pentecostés, cuando estaban reunidos en oración en el Cenáculo con la Virgen María. La efusión del Espíritu Santo sobre la Iglesia naciente fue el cumplimiento de una promesa de Dios más antigua aún, anunciada y preparada en todo el Antiguo Testamento.

En efecto, ya desde las primeras páginas, la Biblia evoca el espíritu de Dios como un *viento* que «aleteaba por encima de las aguas» (cf. *Gn* 1, 2) y precisa que Dios *insufló* en las narices del hombre un *aliento* de vida, (cf. *Gn* 2, 7), infundiéndole así la vida misma. Después del pecado original, el espíritu vivificante de Dios se ha ido manifestando en diversas ocasiones en la historia de los hombres, suscitando profetas para incitar al pueblo elegido a volver a Dios y a observar fielmente los mandamientos. En la célebre visión del profeta Ezequiel, Dios hace revivir con su espíritu al pueblo de Israel, representado en «huesos secos» (cf. 37, 1-14). Joel profetiza una «efusión del espíritu» sobre todo el pueblo, sin excluir a nadie: «Después de esto —escribe el Autor sagrado— yo derramaré mi Espíritu en toda carne... Hasta en los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días» (3, 1-2).

En la «plenitud del tiempo» (cf. *Ga* 4, 4), el ángel del Señor anuncia a la Virgen de Nazaret que el Espíritu Santo, «poder del Altísimo», descenderá sobre Ella y la cubrirá con su sombra. El que nacerá de Ella será santo y será llamado Hijo de Dios (cf. *Lc* 1, 35). Según la expresión del profeta Isaías, sobre el Mesías se posará el Espíritu del Señor (cf. 11, 1-2; 42, 1). Jesús retoma precisamente esta profecía al inicio de su ministerio público en la sinagoga de Nazaret: «El Espíritu del Señor está sobre mí—dijo ante el asombro de los presentes—, porque él me ha unguido. Me ha enviado a dar la Buena Noticia a los pobres. Para anunciar a los cautivos la libertad y, a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; y para anunciar un año un año de gracia del Señor» (*Lc* 4, 18-19; cf. *Is* 61, 1-2). Dirigiéndose a los presentes, se atribuye a sí mismo estas palabras proféticas afirmando: «Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír» (*Lc* 4, 21). Y una vez más, antes de su muerte en la cruz, anuncia varias veces a sus discípulos la venida del Espíritu Santo, el «Consolador», cuya misión será la de dar testimonio de Él y asistir a los creyentes, enseñándoles y guiándoles hasta la Verdad completa (cf. *Jn* 14, 16-17.25-26; 15, 26; 16, 13).

3. *Pentecostés, punto de partida de la misión de la Iglesia*

La tarde del día de su resurrección, Jesús, apareciéndose a los discípulos, «sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo»» (*Jn* 20, 22). El Espíritu Santo se posó sobre los Apóstoles con mayor fuerza aún el día de Pentecostés: «De repente un ruido del cielo –se lee en los *Hechos de los Apóstoles*–, como el de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamadas, que se repartían, posándose encima de cada uno» (2, 2-3).

El Espíritu Santo *renovó interiormente* a los Apóstoles, revistiéndolos de una fuerza que los hizo *audaces para anunciar* sin miedo: «¡Cristo ha muerto y ha resucitado!». Libres de todo temor comenzaron a hablar con *franqueza* (cf. *Hch* 2, 29; 4, 13; 4, 29.31). De pescadores atemorizados se convirtieron en heraldos valientes del Evangelio. Tampoco sus enemigos lograron entender cómo hombres «sin instrucción ni cultura» (cf. *Hch* 4, 13) fueran capaces de demostrar tanto valor y de soportar las contrariedades, los sufrimientos y las persecuciones con alegría. Nada podía detenerlos. A los que intentaban reducirlos al silencio respondían: «Nosotros no podemos dejar de contar lo que hemos visto y oído» (*Hch* 4, 20). Así nació la Iglesia, que desde el día de Pentecostés no ha dejado de extender la Buena Noticia «hasta los confines de la tierra» (*Hch* 1, 8).

4. *El Espíritu Santo, alma de la Iglesia y principio de comunión*

Pero para comprender la misión de la Iglesia hemos de regresar al Cenáculo donde los discípulos permanecían juntos (cf. *Lc* 24, 49), rezando con María, la «Madre», a la espera del Espíritu prometido. Toda comunidad cristiana tiene que inspirarse constantemente en este icono de la Iglesia naciente. La fecundidad apostólica y misionera no es el resultado principalmente de programas y métodos pastorales sabiamente elaborados y «eficientes», sino el fruto de la oración comunitaria incesante (cf. Pablo VI, Exhort. apost. *Evangelii nuntiandi*, 75). La eficacia de la misión presupone, además, que las comunidades estén unidas, que tengan «un solo corazón y una sola alma» (cf. *Hch* 4, 32), y que estén dispuestas a dar testimonio del amor y la alegría que el Espíritu Santo infunde en los corazones de los creyentes (cf. *Hch* 2, 42). El Siervo de Dios Juan Pablo II escribió que antes de ser acción, la misión de la Iglesia es testimonio e irradiación (cf. Enc. *Redemptoris missio*, 26). Así sucedía al inicio del cristianismo, cuando, como escribe Tertuliano,

los paganos se convertían viendo el amor que reinaba entre los cristianos: «Ved –dicen– cómo se aman entre ellos» (cf. *Apologético*, 39, 7).

Concluyendo esta rápida mirada a la Palabra de Dios en la Biblia, os invito a notar cómo el Espíritu Santo es el don más alto de Dios al hombre, el testimonio supremo por tanto de su amor por nosotros, un amor que se expresa concretamente como «sí a la vida» que Dios quiere para cada una de sus criaturas. Este «sí a la vida» tiene su forma plena en Jesús de Nazaret y en su victoria sobre el mal mediante la redención. A este respecto, nunca olvidemos que el Evangelio de Jesús, precisamente en virtud del Espíritu, no se reduce a una mera constatación, sino que quiere ser «Buena Noticia para los pobres, libertad para los oprimidos, vista para los ciegos...». Es lo que se manifestó con vigor el día de Pentecostés, convirtiéndose en gracia y en tarea de la Iglesia para con el mundo, su misión prioritaria.

Nosotros somos los frutos de esta misión de la Iglesia por obra del Espíritu Santo. Llevamos dentro de nosotros ese sello del amor del Padre en Jesucristo que es el Espíritu Santo. No lo olvidemos jamás, porque el Espíritu del Señor se acuerda siempre de cada uno y quiere, en particular mediante vosotros, jóvenes, suscitar en el mundo el viento y el fuego de un nuevo Pentecostés.

5. *El Espíritu Santo «Maestro interior»*

Queridos jóvenes, el Espíritu Santo sigue actuando con poder en la Iglesia también hoy y sus frutos son abundantes en la medida en que estamos dispuestos a abrirnos a su fuerza renovadora. Para esto es importante que cada uno de nosotros lo conozca, entre en relación con Él y se deje guiar por Él. Pero aquí surge naturalmente una pregunta: ¿Quién es para mí el Espíritu Santo? Para muchos cristianos sigue siendo el «gran desconocido». Por eso, como preparación a la próxima Jornada Mundial de la Juventud, he querido invitaros a profundizar en el conocimiento personal del Espíritu Santo. En nuestra profesión de fe proclamamos: «Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo» (*Credo Niceno-Constantinopolitano*). Sí, el Espíritu Santo, Espíritu de amor del Padre y del Hijo, es Fuente de vida que nos santifica, «porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado» (*Rm 5, 5*). Pero no basta conocerlo; es necesario acogerlo como guía de nuestras almas, como el «Maestro interior» que nos introduce en el Misterio trinitario, porque sólo Él puede abrirnos a la fe y permitirnos vivirla cada día en

plenitud. Él nos impulsa hacia los demás, enciende en nosotros el fuego del amor, nos hace misioneros de la caridad de Dios.

Sé bien que vosotros, jóvenes, lleváis en el corazón una gran estima y amor hacia Jesús, cómo deseáis encontrarlo y hablar con Él. Pues bien, recordad que precisamente la presencia del Espíritu en nosotros atestigua, constituye y construye nuestra persona sobre la Persona misma de Jesús crucificado y resucitado. Por tanto, tengamos familiaridad con el Espíritu Santo, para tenerla con Jesús.

6. *Los sacramentos de la Confirmación y de la Eucaristía*

Pero –diréis– ¿Cómo podemos dejarnos renovar por el Espíritu Santo y crecer en nuestra vida espiritual? La respuesta ya la sabéis: se puede mediante los Sacramentos, porque la fe nace y se robustece en nosotros gracias a los Sacramentos, sobre todo los de la iniciación cristiana: el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, que son complementarios e inseparables (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1285). Esta verdad sobre los tres Sacramentos que están al inicio de nuestro ser cristianos se encuentra quizás desatendida en la vida de fe de no pocos cristianos, para los que estos son gestos del pasado, pero sin repercusión real en la actualidad, como raíces sin savia vital. Resulta que, una vez recibida la Confirmación, muchos jóvenes se alejan de la vida de fe. Y también hay jóvenes que ni siquiera reciben este sacramento. Sin embargo, con los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y después, de modo constante, de la Eucaristía, es como el Espíritu Santo nos hace hijos del Padre, hermanos de Jesús, miembros de su Iglesia, capaces de un verdadero testimonio del Evangelio, beneficiarios de la alegría de la fe.

Os invito por tanto a reflexionar sobre lo que aquí os escribo. Hoy es especialmente importante redescubrir el sacramento de la Confirmación y reencontrar su valor para nuestro crecimiento espiritual. Quien ha recibido los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, recuerde que se ha convertido en «templo del Espíritu»: Dios habita en él. Que sea siempre consciente de ello y haga que el tesoro que lleva dentro produzca frutos de santidad. Quien está bautizado, pero no ha recibido aún el sacramento de la Confirmación, que se prepare para recibirlo sabiendo que así se convertirá en un cristiano «pleno», porque la Confirmación perfecciona la gracia bautismal (cf. *Ibid.*, 1302-1304).

La Confirmación nos da una *fuera especial* para testimoniar y glorificar a Dios con toda nuestra vida (cf. *Rm* 12, 1); nos hace íntimamente conscientes de nuestra pertenencia a la Iglesia, «Cuerpo de Cristo», del

cual todos somos miembros vivos, solidarios los unos con los otros (cf. *I Co* 12, 12-25). Todo bautizado, dejándose guiar por el Espíritu, puede dar su propia aportación a la edificación de la Iglesia gracias a los *carismas* que Él nos da, porque «*en cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común*» (*I Co* 12, 7). Y cuando el Espíritu actúa produce en el alma sus frutos que son «amor, alegría, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí» (*Ga* 5, 22). A cuantos, jóvenes como vosotros, no han recibido la Confirmación, les invito cordialmente a prepararse a recibir este sacramento, pidiendo la ayuda de sus sacerdotes. Es una especial ocasión de gracia que el Señor os ofrece: ¡no la dejéis escapar!

Quisiera añadir aquí una palabra sobre la Eucaristía. Para crecer en la vida cristiana es necesario alimentarse del Cuerpo y de la Sangre de Cristo. En efecto, hemos sido bautizados y confirmados con vistas a la Eucaristía (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1322; Exhort. apost. *Sacramentum caritatis*, 17). Como «fuente y culmen» de la vida eclesial, la Eucaristía es un «Pentecostés perpetuo», porque cada vez que celebramos la Santa Misa recibimos el Espíritu Santo que nos une más profundamente a Cristo y nos transforma en Él. Queridos jóvenes, si participáis frecuentemente en la Celebración eucarística, si consagrais un poco de vuestro tiempo a la adoración del Santísimo Sacramento, a la Fuente del amor, que es la Eucaristía, os llegará esa gozosa determinación de dedicar la vida a seguir las pautas del Evangelio. Al mismo tiempo, experimentaréis que donde no llegan nuestras fuerzas, el Espíritu Santo nos transforma, nos colma de su fuerza y nos hace testigos plenos del ardor misionero de Cristo resucitado.

7. *La necesidad y la urgencia de la misión*

Muchos jóvenes miran su vida con aprensión y se plantean tantos interrogantes sobre su futuro. Ellos se preguntan preocupados: ¿Cómo insertarse en un mundo marcado por numerosas y graves injusticias y sufrimientos? ¿Cómo reaccionar ante el egoísmo y la violencia que a veces parecen prevalecer? ¿Cómo dar sentido pleno a la vida? ¿Cómo contribuir para que los frutos del Espíritu que hemos recordado precedentemente, «amor, alegría, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí» (n. 6), inunden este mundo herido y frágil, el mundo de los jóvenes sobre todo? ¿En qué condiciones el Espíritu vivificante de la primera creación, y sobre todo de la segunda creación o redención, puede convertirse en el alma nueva de la humanidad?

No olvidemos que cuanto más grande es el don de Dios –y el del Espíritu de Jesús es el máximo– tanto más lo es la necesidad del mundo de recibirlo y, en consecuencia, más grande y apasionante es la misión de la Iglesia de dar un testimonio creíble de él. Y vosotros, jóvenes, con la Jornada Mundial de la Juventud, dais en cierto modo testimonio de querer participar en dicha misión. A este propósito, queridos amigos, me apremia recordaros aquí algunas verdades cruciales sobre las cuales meditar. Una vez más os repito que sólo Cristo puede colmar las aspiraciones más íntimas del corazón del hombre; sólo Él es capaz de humanizar la humanidad y conducirla a su «divinización». Con la fuerza de su Espíritu, Él infunde en nosotros la caridad divina, que nos hace capaces de amar al prójimo y prontos para a ponernos a su servicio. El Espíritu Santo ilumina, revelando a Cristo crucificado y resucitado, y nos indica el camino para asemejarnos más a Él, para ser precisamente «expresión e instrumento del amor que de Él emana» (Enc. *Deus caritas est*, 33). Y quien se deja guiar por el Espíritu comprende que ponerse al servicio del Evangelio no es una opción facultativa, porque advierte la urgencia de transmitir a los demás esta Buena Noticia. Sin embargo, es necesario recordarlo una vez más, sólo podemos ser testigos de Cristo si nos dejamos guiar por el Espíritu Santo, que es «el agente principal de la evangelización» (cf. *Evangelii nuntiandi*, 75) y «el protagonista de la misión» (cf. *Redemptoris missio*, 21). Queridos jóvenes, como han reiterado tantas veces mis venerados Predecesores Pablo VI y Juan Pablo II, anunciar el Evangelio y testimoniar la fe es hoy más necesario que nunca (cf. *Redemptoris missio*, 1). Alguno puede pensar que presentar el tesoro precioso de la fe a las personas que no la comparten significa ser intolerantes con ellos, pero no es así, porque proponer a Cristo no significa imponerlo (cf. *Evangelii nuntiandi*, 80). Además, doce Apóstoles, hace ya dos mil años, han dado la vida para que Cristo fuese conocido y amado. Desde entonces, el Evangelio sigue difundándose a través de los tiempos gracias a hombres y mujeres animados por el mismo fervor misionero. Por lo tanto, también hoy se necesitan discípulos de Cristo que no escatimen tiempo ni energía para servir al Evangelio. Se necesitan jóvenes que dejen arder dentro de sí el amor de Dios y respondan generosamente a su llamamiento apremiante, como lo han hecho tantos jóvenes beatos y santos del pasado y también de tiempos cercanos al nuestro. En particular, os aseguro que el Espíritu de Jesús os invita hoy a vosotros, jóvenes, a ser portadores de la buena noticia de Jesús a vuestros coetáneos. La indudable dificultad de los adultos de tratar de mane-

ra comprensible y convincente con el ámbito juvenil puede ser un signo con el cual el Espíritu quiere impulsaros a vosotros, jóvenes, a que os hagáis cargo de ello. Vosotros conocéis el idealismo, el lenguaje y también las heridas, las expectativas y, al mismo tiempo, el deseo de bienestar de vuestros coetáneos. Tenéis ante vosotros el vasto mundo de los afectos, del trabajo, de la formación, de la expectativa, del sufrimiento juvenil... Que cada uno de vosotros tenga la valentía de prometer al Espíritu Santo llevar a un joven a Jesucristo, como mejor lo considere, sabiendo «dar razón de vuestra esperanza, pero con mansedumbre» (cf. *1 P 3, 15*).

Pero para lograr este objetivo, queridos amigos, sed santos, sed misioneros, porque nunca se puede separar la *santidad* de la *misión* (cf. *Redemptoris missio*, 90). Non tengáis miedo de convertirlos en santos misioneros como San Francisco Javier, que recorrió el Extremo Oriente anunciando la Buena Noticia hasta el límite de sus fuerzas, o como Santa Teresa del Niño Jesús, que fue misionera aún sin haber dejado el Carmelo: tanto el uno como la otra son «Patronos de las Misiones». Estad listos a poner en juego vuestra vida para iluminar el mundo con la verdad de Cristo; para responder con amor al odio y al desprecio de la vida; para proclamar la esperanza de Cristo resucitado en cada rincón de la tierra.

8. *Invocar un «nuevo Pentecostés» sobre el mundo*

Queridos jóvenes, os espero en gran número en julio de 2008 en Sídney. Será una ocasión providencial para experimentar plenamente el poder del Espíritu Santo. Venid muchos, para ser signo de esperanza y sustento precioso para las comunidades de la Iglesia en Australia que se preparan para acogerlos. Para los jóvenes del país que nos hospedarán será una ocasión excepcional de anunciar la belleza y el gozo del Evangelio a una sociedad secularizada de muchas maneras. Australia, como toda Oceanía, tiene necesidad de redescubrir sus raíces cristianas. En la Exhortación postsinodal *Ecclesia in Oceania* Juan Pablo II escribía: «Con la fuerza del Espíritu Santo, la Iglesia en Oceanía se está preparando para una nueva evangelización de pueblos que hoy tienen hambre de Cristo... La nueva evangelización es una prioridad para la Iglesia en Oceanía» (n. 18).

Os invito a dedicar tiempo a la oración y a vuestra formación espiritual en este último tramo del camino que nos conduce a la XXIII Jornada Mundial de la Juventud, para que en Sídney podáis renovar las promesas

de vuestro Bautismo y de vuestra Confirmación. Juntos invocaremos al Espíritu Santo, pidiendo con confianza a Dios el don de un nuevo Pentecostés para la Iglesia y para la humanidad del tercer milenio.

María, unida en oración a los Apóstoles en el Cenáculo, os acompañe durante estos meses y obtenga para todos los jóvenes cristianos una nueva efusión del Espíritu Santo que inflame los corazones. Recordad: ¡la Iglesia confía en vosotros! Nosotros, los Pastores, en particular, oramos para que améis y hagáis amar siempre más a Jesús y lo sigáis fielmente. Con estos sentimientos os bendigo a todos con gran afecto.

CONFERENCIA DE PRENSA durante el vuelo hacia Australia, el sábado 12 de julio de 2008.

Pregunta: Santidad, esta es su segunda Jornada mundial de la juventud; podríamos decir: la primera totalmente suya. ¿Con cuáles sentimientos se dispone a vivirla y cuál es el mensaje principal que desea transmitir a los jóvenes? Por otra parte, ¿piensa que las Jornadas mundiales de la juventud influyen profundamente en la vida de la Iglesia que las acoge? Y, por último, ¿piensa que la fórmula de estos encuentros juveniles masivos sigue siendo actual?

Respuesta: Voy a Australia con sentimientos de gran alegría. Tengo recuerdos muy bellos de la Jornada mundial de la juventud de Colonia: no fue simplemente un acontecimiento de masas; fue sobre todo una gran fiesta de fe, un encuentro humano de comunión en Cristo. Vimos cómo la fe abre las fronteras y tiene realmente la capacidad de unir las diferentes culturas, y crea alegría. Espero que suceda lo mismo ahora en Australia. Por eso, me alegra ver a muchos jóvenes, y verlos unidos en el deseo de Dios y en el deseo de un mundo realmente humano.

El mensaje esencial lo indican las palabras que constituyen el eslogan de esta Jornada mundial de la juventud: hablamos del Espíritu Santo que nos hace testigos de Cristo. Por tanto, quiero concentrar mi mensaje precisamente en esta realidad del Espíritu Santo, que se presenta en varias dimensiones: es el Espíritu que actúa en la creación. La dimensión de la creación está muy presente, pues el Espíritu es creador. Me parece un tema muy importante en el momento actual. Pero el Espíritu también es inspirador de la Escritura: en nuestro camino, a la luz de la Escritura, podemos caminar juntamente con el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es Espíritu de Cristo; por tanto, nos guía en comunión con Cristo. Por último, según san Pablo, se muestra en los carismas, es decir, en gran número de dones inesperados, que cambian los diferentes tiempos y que dan nueva

fuerza a la Iglesia. Así pues, estas dimensiones nos invitan a ver las huellas del Espíritu y a hacer visible al Espíritu también a los demás.

Una Jornada mundial de la juventud no es simplemente un acontecimiento de este momento: se prepara a lo largo de un largo camino con la cruz y con el icono de la Virgen. Se prepara, asimismo, desde el punto de vista de la organización; y también hay una preparación espiritual. Por tanto, estos días son sólo el momento culminante de un largo camino precedente. Todo es fruto de un camino, de ponernos juntos en camino hacia Cristo. La Jornada mundial de la juventud, además, crea una historia, es decir, se crean amistades, se crean nuevas inspiraciones: así la Jornada mundial de la juventud continúa.

Esto me parece muy importante: no sólo hay que ver estos tres o cuatro días; hay que ver todo el camino que precede y el que sigue. En este sentido, me parece que la Jornada mundial de la juventud, al menos para nuestro futuro próximo, es una fórmula válida que nos ayuda a comprender que desde diferentes puntos de vista y desde diversas partes de la tierra avanzamos hacia Cristo y hacia la comunión. Así aprendemos una nueva forma de caminar juntos. En este sentido, espero que también sea una fórmula para el futuro.

Pregunta: «The Australian Newspaper». Santo Padre, quiero hacer mi pregunta en inglés. Australia es un país muy secularizado, con poca práctica religiosa y mucha indiferencia frente a la religión. Santidad, ¿es usted optimista ante el futuro de la Iglesia en Australia? ¿o está preocupado y teme que la Iglesia en Australia siga la decadencia de la de Europa? ¿Qué mensaje lleva a Australia para ayudarle a superar su indiferencia frente a la religión?

Respuesta: Hablaré lo mejor que pueda en inglés, y pido disculpa por mis deficiencias en esta lengua. Creo que Australia, en su configuración histórica actual, forma parte del «mundo occidental», tanto económica como políticamente; por tanto, es evidente que Australia comparte los éxitos y los problemas del mundo occidental. En los últimos 50 años el mundo occidental ha experimentado grandes éxitos económicos y técnicos; sin embargo, la religión, la fe cristiana, en cierto sentido está en crisis. Es evidente: creemos que no necesitamos de Dios, que podemos hacerlo todo por nosotros mismos, que no necesitamos de Dios para ser felices, que no necesitamos de Dios para crear un mundo mejor, que Dios no es necesario, que podemos hacerlo todo por nosotros mismos.

Por otro lado, vemos que la religión está siempre presente en el mun-

do y lo estará siempre, porque Dios está presente en el corazón del ser humano y no puede desaparecer nunca. Vemos cómo la religión es realmente una fuerza en este mundo y en los diversos países. Yo no hablaría de una decadencia de la religión en Europa; ciertamente hay una crisis en Europa, no tanto en América, aunque también la haya, y en Australia.

Con todo, la fe siempre está presente con formas nuevas y de nuevas maneras; tal vez, en minoría, pero siempre está presente de forma visible en toda la sociedad. Y ahora, en este momento histórico, comenzamos a comprender que necesitamos de Dios. Podemos hacer muchas cosas, pero no podemos crear nuestro clima. Pensábamos que podíamos hacerlo, pero no podemos. Necesitamos el don de la Tierra, el don del agua; necesitamos al Creador. El Creador se hace presente en su creación. De este modo comprendemos que no podemos ser realmente felices, no podemos promover realmente la justicia en todo el mundo, sin un criterio en nuestras ideas, sin un Dios que sea justo, y nos dé la luz y la vida.

Por tanto, yo creo que, en cierto sentido, en este «mundo occidental» nuestra fe sufrirá una crisis, pero siempre se producirá también un renacimiento de la fe, porque la fe cristiana es simplemente verdadera, y la verdad estará siempre presente en el mundo humano, y Dios siempre será la verdad. En este sentido, en definitiva, soy optimista.

Pregunta: Santo Padre, disculpe, pero no hablo bien italiano. Por tanto, le haré mi pregunta en inglés. Las víctimas de abusos sexuales del clero, en Australia, le han solicitado que durante su visita a Australia afronte la cuestión y les pida perdón. El cardenal Pell ha dicho que sería apropiado que el Papa afronte la cuestión, y usted hizo un gesto semejante en su reciente viaje a Estados Unidos. Santidad, ¿hablará de la cuestión de los abusos sexuales y pedirá perdón?

Respuesta: Sí; el problema es fundamentalmente análogo al de Estados Unidos. Allí sentí el deber de hablar sobre ello, porque para la Iglesia es de importancia fundamental reconciliar, prevenir, ayudar y también reconocer las culpas en estos problemas. Por eso, diré esencialmente lo mismo que afirmé en Estados Unidos. Como dije, debemos aclarar tres aspectos: el primero es nuestra enseñanza moral. Debe quedar claro, y siempre ha sido claro, desde los primeros siglos, que el sacerdocio, ser sacerdote, es incompatible con este comportamiento, porque el sacerdote está al servicio de Nuestro Señor, y nuestro Señor es la santidad en persona, que siempre nos enseña. La Iglesia siempre ha insistido en esto.

Debemos reflexionar para descubrir en qué ha fallado nuestra educación, nuestra enseñanza, durante los últimos decenios: en las décadas de 1950, 1960 y 1970 se afirmaba el proporcionalismo en ética, según el cual no hay nada malo en sí mismo, sino en proporción a otras cosas. Según el proporcionalismo, se pensaba que algunas cosas, incluida la pederastia, podían ser buenas en cierta proporción. Ahora debe quedar claro que esta nunca ha sido la doctrina católica. Hay cosas que siempre son malas, y la pederastia siempre es mala. En nuestra educación, en los seminarios, en la formación permanente de los sacerdotes, debemos ayudarles a estar realmente cerca de Cristo, a aprender de Cristo, para ayudar así a nuestros hermanos los hombres, a los cristianos, y no ser sus enemigos.

Por tanto, haremos todo lo posible para dejar claro cuál es la enseñanza de la Iglesia y para ayudar en la educación, en la preparación de los sacerdotes, en la formación permanente; haremos todo lo posible para curar y reconciliar a las víctimas. Creo que este es el contenido fundamental de la expresión «pedir perdón». Creo que es mejor y más importante dar el contenido de la fórmula y creo que el contenido debe explicar en qué ha fallado nuestro comportamiento, qué debemos hacer en este momento, cómo podemos prevenir y cómo podemos todos sanar y reconciliar.

Pregunta: Uno de los asuntos tratados en la cumbre del G8, celebrada en Japón, fue la lucha contra los cambios climáticos. Australia es un país muy sensible a este tema a causa de la fuerte sequía y las dramáticas catástrofes climáticas en esta región del mundo. ¿Piensa que las decisiones tomadas en este campo responden a los desafíos planteados? ¿Hablará usted de este tema durante el viaje?

Respuesta: Como ya he mencionado en mi primera respuesta, ciertamente este problema estará muy presente en esta Jornada mundial de la juventud, pues hablamos del Espíritu Santo y, por tanto, hablamos de la creación y de nuestras responsabilidades con respecto a la creación. No quiero entrar en las cuestiones técnicas, que corresponde resolver a los políticos y a los especialistas, sino más bien dar impulsos esenciales para ver las responsabilidades, para ser capaces de responder a este gran desafío: redescubrir en la creación el rostro del Creador, redescubrir nuestra responsabilidad ante el Creador por su creación, que nos ha confiado, formar la capacidad ética para un estilo de vida que es preciso asumir si queremos afrontar los problemas de esta situación y si queremos realmente llegar a soluciones positivas. Por tanto, despertar las con-

ciencias y ver el gran contexto de este problema, en el que después se enmarcan las respuestas detalladas que no debemos dar nosotros, sino la política y los especialistas.

Pregunta: Santo Padre, mientras usted está en Australia, los obispos de la Comunión Anglicana, muy difundida en Australia, se encuentran en la Conferencia de Lambeth. Se están estudiando los modos posibles de restablecer la comunión entre las provincias y hallar una manera de asegurar que una o varias provincias no tomen iniciativas que otros ven como contrarias al Evangelio o a la tradición. Hay peligro de fragmentación en la Comunión Anglicana y la posibilidad de que algunos pidan ser acogidos en la Iglesia católica. ¿Cuál es su deseo para la Conferencia de Lambeth y para el arzobispo de Canterbury?

Respuesta: Mi contribución fundamental sólo puede ser la oración; y con mi oración estaré muy cerca de los obispos anglicanos que se reúnen en la Conferencia de Lambeth. Nosotros no podemos ni debemos intervenir directamente en sus debates; respetamos su responsabilidad y deseamos que se eviten cismas y nuevas fracturas, y que se encuentre una solución con responsabilidad ante nuestro tiempo, pero también con fidelidad al Evangelio. Estos dos elementos tienen que ir juntos. El cristianismo siempre es contemporáneo y vive en este mundo, en un tiempo determinado, pero hace presente en este tiempo el mensaje de Jesucristo y, por tanto, sólo da una verdadera contribución para esta época siendo fiel, de modo maduro, de modo creativo pero fiel, al mensaje de Cristo. Esperamos –y yo personalmente rezo por ello– que encuentren juntos el camino del Evangelio en nuestro tiempo. Este es mi deseo para el arzobispo de Canterbury: que la Comunión Anglicana, en la comunión del Evangelio de Cristo y en la palabra del Señor, encuentre las respuestas a los desafíos actuales.

DISCURSO en la Ceremonia de Bienvenida, en el Palacio del Gobierno, Sídney, el jueves 17 de julio de 2008

Os saludo hoy con gran alegría. Deseo agradecer al Gobernador General, el General Mayor Michael Jeffery, y al Primer Ministro Rudd el honor que me hacen con su presencia en esta ceremonia, así como la bienvenida que me han deparado de forma tan cortés. Como sabéis, he podido disponer de algún día de descanso desde mi llegada a Australia el domingo pasado. Estoy muy agradecido por la hospitalidad que me han brindado. Ahora me dispongo a tomar parte esta tarde en la ceremonia

de «bienvenida al País» de la población indígena y celebrar después los grandes eventos que son objeto de mi Visita Apostólica a esta Nación: la XXIII Jornada Mundial de la Juventud.

Alguien podría preguntarse qué es lo que mueve a miles de jóvenes a emprender un viaje, para muchos de ellos largo y cansado, para participar en un acto de este tipo. Desde la primera Jornada Mundial de la Juventud, en 1986, ha resultado evidente que muchos jóvenes valoran la oportunidad de congregarse para profundizar en la propia fe en Cristo y compartir con otros una experiencia gozosa de comunión en su Iglesia. Desean escuchar la palabra de Dios y aprender más sobre su fe cristiana. Tienen deseos de participar en un evento que pone de relieve los grandes ideales que los inspiran, y regresan a sus casas repletos de esperanza, renovados en su decisión de construir un mundo mejor. Es para mí una alegría estar con ellos, rezar con ellos y celebrar la Eucaristía junto con ellos. La Jornada Mundial de la Juventud me llena de confianza ante el futuro de la Iglesia y el futuro de nuestro mundo.

Es particularmente oportuno celebrar aquí la Jornada Mundial de la Juventud, dado que la Iglesia en Australia, además de ser la más joven entre las Iglesias de los diversos continentes, es también una de las más cosmopolita. Desde la llegada aquí de los primeros europeos a finales del siglo XVIII, este País se ha convertido en la morada no sólo de generaciones de emigrantes europeos, sino también de personas de cualquier rincón del mundo. La inmensa diversidad de la población australiana de hoy da un vigor especial a la que podría considerarse aún, comparándola con la mayor parte del resto del mundo, una nación joven. Sin embargo, miles de años antes de la llegada de los colonos occidentales, los únicos habitantes de este territorio eran personas originales del País, aborígenes e isleños del Estrecho de Torres. Su antigua herencia forma parte esencial del panorama cultural de la Australia moderna. Gracias a la audaz decisión del Gobierno australiano de reconocer las injusticias cometidas en el pasado contra los pueblos indígenas, se están dando ahora pasos concretos con el fin de alcanzar una reconciliación basada en el respeto recíproco. Justamente estáis tratando de colmar la diferencia entre los australianos indígenas y los no indígenas en lo que se refiere a la expectativa de vida, los planes educativos y las oportunidades económicas. Este ejemplo de reconciliación da esperanza en todo el mundo a los pueblos que anhelan ver consolidados sus derechos, así como reconocida y promovida su aportación a la sociedad.

Entre los colonos que venían de Europa había siempre una propor-

ción significativa de católicos, y debemos estar justamente orgullosos por su contribución en la construcción de la Nación, en particular en los campos de la educación y la sanidad. Una de las figuras eminentes de la historia de este País es la Beata Mary Mackillop, ante cuya tumba rezaré después hoy mismo. Sé que su perseverancia frente a la adversidad, sus intervenciones para defender a cuantos eran tratados injustamente y su ejemplo concreto de santidad han llegado a ser fuente de inspiración para todos los australianos. Generaciones de australianos tienen motivos para agradecer a ella, a las Religiosas de san José del Sagrado Corazón y a otras congregaciones religiosas la red de escuelas que han fundado aquí, así como también el testimonio de la vida consagrada. En el actual contexto más secularizado, la comunidad católica sigue ofreciendo una contribución importante a la vida nacional, no sólo a través de la educación y la sanidad, sino de modo especial indicando la dimensión espiritual de las cuestiones más relevantes del debate contemporáneo.

Con tantos miles de jóvenes que visitan Australia en estos días, es obligado reflexionar sobre qué tipo de mundo estamos transmitiendo a las futuras generaciones. Según la letra de vuestro himno nacional, esta tierra «abunda en dones naturales, de una belleza rica y rara». Las maravillas de la creación de Dios nos recuerdan la necesidad de proteger el ambiente y llevar a cabo una administración responsable de los bienes de la tierra. A este respecto, noto que Australia se está comprometiendo seriamente para afrontar la propia responsabilidad de cuidar el ambiente natural. De la misma forma, con respecto al ambiente humano, este País ha sostenido generosamente operaciones internacionales para el mantenimiento de la paz, contribuyendo a la resolución de los conflictos en el Pacífico, en Asia del Sureste y en otros lugares. A causa de las muchas tradiciones religiosas representadas en Australia, éste es un territorio particularmente fértil para el diálogo ecuménico e interreligioso. Durante mi estancia, espero con ilusión encontrar a los representantes locales de las diferentes comunidades cristianas y de otras religiones, para animar este compromiso importante, signo de la acción reconciliadora del Espíritu, que nos empuja a buscar la unidad en la verdad y en la caridad.

Sin embargo, estoy aquí ante todo para reunirme con los jóvenes, tanto de Australia como de cualquier otra parte del mundo, y para rezar por una renovada efusión del Espíritu Santo sobre todos los que tomarán parte en nuestras celebraciones. El tema elegido para la Jornada Mundial de la Juventud de 2008 está tomado de las palabras dirigidas por Jesús mismo a sus discípulos, tal como aparecen en los *Hechos de los*

Apóstoles: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo para ser mis testigos... hasta los confines del mundo» (1,8). Pido para que el Espíritu Santo otorgue una renovación espiritual a este País, al pueblo australiano, a la Iglesia en Oceanía y realmente hasta los extremos de la tierra. Los jóvenes hoy se encuentran ante una variedad desconcertante de opciones de vida, de modo que a ellos a veces les resulta arduo saber cómo encauzar mejor sus ideales y su energía. Es el Espíritu quien da la sabiduría para discernir el sendero justo y el valor para recorrerlo. Él corona nuestros pobres esfuerzos con sus dones divinos, como el viento, que, inflando las velas, hace avanzar la nave mucho más de lo que los pescadores logran con la fatiga de su remar. Así el Espíritu hace posible que los hombres y mujeres de cada lugar y de cada generación lleguen a ser santos. Que por obra del Espíritu los jóvenes reunidos para la Jornada Mundial de la Juventud tengan la audacia de llegar a ser santos. Esto es de lo que tiene necesidad el mundo, más que de cualquier otra cosa.

Queridos amigos australianos, una vez más agradezco la calurosa bienvenida y me dispongo con alegría a transcurrir estos días con vosotros y con los jóvenes de todo el mundo. Dios bendiga a los que estáis aquí presentes, a todos los peregrinos y a los habitantes de este País. Y bendiga siempre y proteja a la *Commonwealth* de Australia.

DISCURSO en la Fiesta de Acogida de los jóvenes, en el Muelle Barangaroo.
Queridos jóvenes:

Es una alegría poderos saludar aquí, en Barangaroo, a orillas de la magnífica bahía de Sídney, con el famoso puente y la Opera House. Muchos sois de este País, del interior o de las dinámicas comunidades multiculturales de las ciudades australianas. Otros venís de las islas esparcidas por Oceanía, y otros de Asia, del Oriente Medio, de África y de América. En realidad, bastantes de vosotros viene de tan lejos como yo, de Europa. Cualquiera que sea el País del que venimos, por fin estamos aquí, en Sídney. Y estamos juntos en este mundo nuestro como familia de Dios, como discípulos de Cristo, alentados por su Espíritu para ser testigos de su amor y su verdad ante los demás.

Deseo agradecer a los Ancianos de los Aborígenes que me han dado la bienvenida antes de subir al barco en la Rose Bay. Estoy muy emocionado al encontrarme en vuestra tierra, conociendo los sufrimientos y las injusticias que ha padecido, pero consciente también de la reparación y de la esperanza que se están produciendo ahora, de lo cual pueden estar orgullosos todos los ciudadanos australianos. A los jóvenes indígenas—aboríge-

nes y habitantes de las Islas del Estrecho de Torres– y Tokelauani les doy las gracias por la conmovedora bienvenida. A través de vosotros envío un cordial saludo a vuestros pueblos.

Señor Cardenal Pell, Señor Arzobispo Mons. Wilson: os doy las gracias por vuestras calurosas expresiones de bienvenida. Sé que vuestros sentimientos resuenan también en el corazón de los jóvenes reunidos aquí esta tarde y, por tanto, doy las gracias a todos. Veo ante mí una imagen vibrante de la Iglesia universal. La variedad de Naciones y culturas de las que provenís demuestra que verdaderamente la Buena Nueva de Cristo es para todos y cada uno; ella ha llegado a los confines de la tierra. Sin embargo, también sé que muchos de vosotros estáis aún en busca de una patria espiritual. Algunos, siempre bienvenidos entre nosotros, no sois católicos o cristianos. Otros, tal vez, os movéis en los aledaños de la vida de la parroquia y de la Iglesia. A vosotros deseo ofrecer mi llamamiento: acercaos al abrazo amoroso de Cristo; reconoced a la Iglesia como vuestra casa. Nadie está obligado a quedarse fuera, puesto que desde el día de Pentecostés la Iglesia es una y universal.

Esta tarde deseo incluir también a los que no están aquí presentes. Pienso especialmente en los enfermos o los minusválidos psíquicos, a los jóvenes en prisión, a los que están marginados por nuestra sociedad y a los que por cualquier razón se sienten ajenos a la Iglesia. A ellos les digo: Jesús está cerca de ti. Siente su abrazo que cura, su compasión, su misericordia.

Hace casi dos mil años, los Apóstoles, reunidos en la sala superior de la casa, junto con María (cf. *Hch* 1,14) y algunas fieles mujeres, fueron llenos del Espíritu Santo (cf. *Hch* 2,4). En aquel momento extraordinario, que señaló el nacimiento de la Iglesia, la confusión y el miedo que habían agarrotado a los discípulos de Cristo, se transformaron en una vigorosa convicción y en la toma de conciencia de un objetivo. Se sintieron impulsados a hablar de su encuentro con Jesús resucitado, que ahora llamaban afectuosamente el Señor. Los Apóstoles eran en muchos aspectos personas ordinarias. Nadie podía decir de sí mismo que era el discípulo perfecto. No habían sido capaces de reconocer a Cristo (cf. *Lc* 24,13-32), tuvieron que avergonzarse de su propia ambición (cf. *Lc* 22,24-27) e incluso renegaron de él (cf. *Lc* 22,54-62). Sin embargo, cuando estuvieron llenos de Espíritu Santo, fueron traspasados por la verdad del Evangelio de Cristo e impulsados a proclamarlo sin temor. Reconfortados, gritaron: arrepentíos, bautizaos, recibid el Espíritu Santo (cf. *Hch* 2,37-38). Fundada sobre la enseñanza de los Apóstoles, en la adhesión a ellos, en la fracción del pan y la oración (cf. *Hch* 2,42), la joven comunidad

cristiana dio un paso adelante para oponerse a la perversidad de la cultura que la circundaba (cf. *Hch* 2,40), para cuidar de sus propios miembros (cf. *Hch* 2,44-47), defender su fe en Jesús ante un medio hostil (cf. *Hch* 4,33) y curar a los enfermos (cf. *Hch* 5,12-16). Y, obedeciendo al mandato de Cristo mismo, partieron dando testimonio del acontecimiento más grande de todos los tiempos: que Dios se ha hecho uno de nosotros, que el divino ha entrado en la historia humana para poder transformarla, y que estamos llamados a empaparnos del amor salvador de Cristo que triunfa sobre el mal y la muerte. En su famoso discurso en el areópago, San Pablo presentó su mensaje de esta manera: «Dios da a cada uno todas las cosas, incluida la vida y el respiro, de manera que todos los pueblos pudieran buscar a Dios, y siguiendo los propios caminos hacia Él, logran encontrarlo. En efecto, no está lejos de ninguno de nosotros, pues en Él vivimos, nos movemos y existimos» (cf. *Hch* 17, 25-28).

Desde entonces, hombres y mujeres se han puesto en camino para proclamar el mismo hecho, testimoniando el amor y la verdad de Cristo, y contribuyendo a la misión de la Iglesia. Hoy recordamos a aquellos pioneros –sacerdotes, religiosas y religiosos– que llegaron a estas costas y a otras zonas del Océano Pacífico, desde Irlanda, Francia, Gran Bretaña y otras partes de Europa. La mayor parte de ellos eran jóvenes –algunos incluso con apenas veinte años– y, cuando saludaron para siempre a sus padres, hermanos, hermanas y amigos, sabían que sería difícil para ellos volver a casa. Sus vidas fueron un testimonio cristiano, sin intereses egoístas. Se convirtieron en humildes pero tenaces constructores de gran parte de la herencia social y espiritual que todavía hoy es portadora de bondad, compasión y orientación a estas Naciones. Y fueron capaces de inspirar a otra generación. Esto nos trae al recuerdo inmediatamente la fe que sostuvo a la beata Mary MacKillop en su neta determinación de educar especialmente a los pobres, y al beato Peter To Rot en su firme convicción de que la guía de una comunidad ha de referirse siempre al Evangelio. Pensad también en vuestros abuelos y vuestros padres, vuestros primeros maestros en la fe. También ellos han hecho innumerables sacrificios, de tiempo y energía, movidos por el amor que os tienen. Ellos, con apoyo de los sacerdotes y los enseñantes de vuestra parroquia, tienen la tarea, no siempre fácil pero sumamente gratificante, de guiaros hacia todo lo que es bueno y verdadero, mediante su ejemplo personal y su modo de enseñar y vivir la fe cristiana.

Hoy me toca a mí. Para algunos puede parecer que, viniendo aquí, hemos llegado al fin del mundo. Ciertamente, para los de vuestra edad

cualquier viaje en avión es una perspectiva excitante. Pero para mí, este vuelo ha sido en cierta medida motivo de aprensión. Sin embargo, la vista de nuestro planeta desde lo alto ha sido verdaderamente magnífica. El relampagueo del Mediterráneo, la magnificencia del desierto norteafricano, la exuberante selva de Asia, la inmensidad del océano Pacífico, el horizonte sobre el que surge y se pone el sol, el majestuoso esplendor de la belleza natural de Australia, todo eso que he podido disfrutar durante un par de días, suscita un profundo sentido de temor reverencial. Es como si uno hojeara rápidamente imágenes de la historia de la creación narrada en el Génesis: la luz y las tinieblas, el sol y la luna, las aguas, la tierra y las criaturas vivientes. Todo eso es «bueno» a los ojos de Dios (cf. *Gn* 1, 1-2, 2,4). Inmersos en tanta belleza, ¿cómo no hacerse eco de las palabras del Salmista que alaba al Creador: «¡Qué admirable es tu nombre en toda la tierra!» (*Sal* 8,2)?

Pero hay más, algo difícil de ver desde lo alto de los cielos: hombres y mujeres creados nada menos que a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gn* 1,26). En el centro de la maravilla de la creación estamos nosotros, vosotros y yo, la familia humana «coronada de gloria y majestad» (cf. *Sal* 8,6). ¡Qué asombroso! Con el Salmista, susurramos: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?» (cf. *Sal* 8,5). Nosotros, sumidos en el silencio, en un espíritu de gratitud, en el poder de la santidad, reflexionamos.

Y ¿qué descubrimos? Quizás con reluctancia llegamos a admitir que también hay heridas que marcan la superficie de la tierra: la erosión, la deforestación, el derroche de los recursos minerales y marinos para alimentar un consumismo insaciable. Algunos de vosotros provienen de islas-estado, cuya existencia misma está amenazada por el aumento del nivel de las aguas; otros de naciones que sufren los efectos de sequías desoladoras. La maravillosa creación de Dios es percibida a veces como algo casi hostil por parte de sus custodios, incluso como algo peligroso. ¿Cómo es posible que lo que es «bueno» pueda aparecer amenazador?

Pero hay más aún. ¿Qué decir del hombre, de la cumbre de la creación de Dios? Vemos cada día los logros del ingenio humano. La cualidad y la satisfacción de la vida de la gente crece constantemente de muchas maneras, tanto a causa del progreso de las ciencias médicas y de la aplicación hábil de la tecnología como de la creatividad plasmada en el arte. También entre vosotros hay una disponibilidad atenta para acoger las numerosas oportunidades que se os ofrecen. Algunos de vosotros destacan en los estudios, en el deporte, en la música, la danza o el teatro; otros tienen un agudo sentido de la justicia social y de la ética, y

muchos asumen compromisos de servicio y voluntariado. Todos nosotros, jóvenes y ancianos, tenemos momentos en los que la bondad innata de la persona humana –perceptible tal vez en el gesto de un niño pequeño o en la disponibilidad de un adulto para perdonar– nos llena de profunda alegría y gratitud.

Sin embargo, estos momentos no duran mucho. Por eso, hemos de reflexionar algo más. Y así descubrimos que no sólo el entorno natural, sino también el social –el *hábitat* que nos creamos nosotros mismos– tiene sus cicatrices; heridas que indican que algo no está en su sitio. También en nuestra vida personal y en nuestras comunidades podemos encontrar hostilidades a veces peligrosas; un veneno que amenaza corroer lo que es bueno, modificar lo que somos y desviar el objetivo para el que hemos sido creados. Los ejemplos abundan, como bien sabéis. Entre los más evidentes están el abuso de alcohol y de drogas, la exaltación de la violencia y la degradación sexual, presentados a menudo en la televisión e internet como una diversión. Me pregunto cómo uno que estuviera cara a cara con personas que están sufriendo realmente violencia y explotación sexual podría explicar que estas tragedias, representadas de manera virtual, han de considerarse simplemente como «diversión».

Hay también algo siniestro que brota del hecho de que la libertad y la tolerancia están frecuentemente separadas de la verdad. Esto está fomentado por la idea, hoy muy difundida, de que no hay una verdad absoluta que guíe nuestras vidas. El relativismo, dando en la práctica valor a todo, indiscriminadamente, ha hecho que la «experiencia» sea lo más importante de todo. En realidad, las experiencias, separadas de cualquier consideración sobre lo que es bueno o verdadero, pueden llevar, no a una auténtica libertad, sino a una confusión moral o intelectual, a un debilitamiento de los principios, a la pérdida de la autoestima, e incluso a la desesperación.

Queridos amigos, la vida no está gobernada por el azar, no es casual. Vuestra existencia personal ha sido querida por Dios, bendecida por él y con un objetivo que se le ha dado (cf. *Gn* 1,28). La vida no es una simple sucesión de hechos y experiencias, por útiles que pudieran ser. Es una búsqueda de lo verdadero, bueno y hermoso. Precisamente para lograr esto hacemos nuestras opciones, ejercemos nuestra libertad y en esto, es decir, en la verdad, el bien y la belleza, encontramos felicidad y alegría. No os dejéis engañar por los que ven en vosotros simplemente consumidores en un mercado de posibilidades indiferenciadas, donde la

elección en sí misma se convierte en bien, la novedad se hace pasar como belleza y la experiencia subjetiva suplanta a la verdad.

Cristo ofrece más. Es más, ofrece todo. Sólo él, que es la Verdad, puede ser la Vía y, por tanto, también la Vida. Así, la «vía» que los Apóstoles llevaron hasta los confines de la tierra es la vida en Cristo. Es la vida de la Iglesia. Y el ingreso en esta vida, en el camino cristiano, es el Bautismo.

Por tanto, esta tarde deseo recordar brevemente algo de nuestra comprensión del Bautismo, antes de que mañana consideremos el Espíritu Santo. El día del Bautismo, Dios os ha introducido en su santidad (cf. 2 P 1,4). Habéis sido adoptados como hijos e hijas del Padre y habéis sido incorporados a Cristo. Os habéis convertido en morada de su Espíritu (cf. 1 Co 6,19). Por eso, al final del rito del Bautismo el sacerdote se dirigió a vuestros padres y a los participantes y, llamándoos por vuestro nombre, dijo: «Ya eres nueva criatura» (*Ritual del Bautismo*, 99).

Queridos amigos, en casa, en la escuela, en la universidad, en los lugares de trabajo y diversión, recordad que sois criaturas nuevas. Cómo cristianos, estáis en este mundo sabiendo que Dios tiene un rostro humano, Jesucristo, el «camino» que colma todo anhelo humano y la «vida» de la que estamos llamados a dar testimonio, caminando siempre iluminados por su luz (cf. *ibid.*, 100).

La tarea del testigo no es fácil. Hoy muchos sostienen que a Dios se le debe «dejar en el banquillo», y que la religión y la fe, aunque convenientes para los individuos, han de ser excluidas de la vida pública, o consideradas sólo para obtener limitados objetivos pragmáticos. Esta visión secularizada intenta explicar la vida humana y plasmar la sociedad con pocas o ninguna referencia al Creador. Se presenta como una fuerza neutral, imparcial y respetuosa de cada uno. En realidad, como toda ideología, el laicismo impone una visión global. Si Dios es irrelevante en la vida pública, la sociedad podrá plasmarse según una perspectiva carente de Dios. Sin embargo, la experiencia enseña que el alejamiento del designio de Dios creador provoca un desorden que tiene repercusiones inevitables sobre el resto de la creación (cf. *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, 1990, 5). Cuando Dios queda eclipsado, nuestra capacidad de reconocer el orden natural, la finalidad y el «bien», empieza a disiparse. Lo que se ha promovido ostentosamente como ingeniosidad humana se ha manifestado bien pronto como locura, avidez y explotación egoísta. Y así nos damos cuenta cada vez más de lo necesaria que es la humildad ante la delicada complejidad del mundo de Dios.

Y ¿que decir de nuestro entorno social? ¿Estamos suficientemente alerta ante los signos de que estamos dando la espalda a la estructura moral con la que Dios ha dotado a la humanidad (cf. *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, 2007, 8)? ¿Sabemos reconocer que la dignidad innata de toda persona se apoya en su identidad más profunda – como imagen del Creador– y que, por tanto, los derechos humanos son universales, basados en la ley natural, y no algo que depende de negociaciones o concesiones, fruto de un simple compromiso? Esto nos lleva reflexionar sobre el lugar que ocupan en nuestra sociedad los pobres, los ancianos, los emigrantes, los que no tienen voz. ¿Cómo es posible que la violencia doméstica atormente a tantas madres y niños? ¿Cómo es posible que el seno materno, el ámbito humano más admirable y sagrado, se haya convertido en lugar de indecible violencia?

Queridos amigos, la creación de Dios es única y es buena. La preocupación por la no violencia, el desarrollo sostenible, la justicia y la paz, el cuidado de nuestro entorno, son de vital importancia para la humanidad. Pero todo esto no se puede comprender prescindiendo de una profunda reflexión sobre la dignidad innata de toda vida humana, desde la concepción hasta la muerte natural, una dignidad otorgada por Dios mismo y, por tanto, inviolable. Nuestro mundo está cansado de la codicia, de la explotación y de la división, del tedio de falsos ídolos y respuestas parciales, y de la pesadumbre de falsas promesas. Nuestro corazón y nuestra mente anhelan una visión de la vida donde reine el amor, donde se compartan los dones, donde se construya la unidad, donde la libertad tenga su propio significado en la verdad, y donde la identidad se encuentre en una comunión respetuosa. Esta es obra del Espíritu Santo. Ésta es la esperanza que ofrece el Evangelio de Jesucristo. Habéis sido recreados en el Bautismo y fortalecidos con los dones del Espíritu en la Confirmación precisamente para dar testimonio de esta realidad. Que sea éste el mensaje que vosotros llevéis al mundo desde Sídney.

Me dirijo ahora con afecto a los jóvenes de lengua italiana. Queridos amigos, también esta vez habéis respondido en gran número a mi invitación, a pesar de las dificultades debidas a la distancia. Os doy las gracias y saludo también a vuestros coetáneos que desde Italia están unidos espiritualmente a nosotros. Os invito a vivir con gran compromiso interior estas jornadas: abrid el corazón al don del Espíritu Santo, para que seáis fortalecidos en la fe y en la capacidad de dar testimonio del Señor resucitado. ¡Hasta la vista!

Queridos jóvenes de lengua francesa, animados por el deseo de profundizar vuestra fe, habéis venido desde los confines de la tierra para vivir en Sídney la experiencia única y comunitaria de un encuentro privilegiado con el Señor. El Espíritu Santo es quien os reúne aquí. Que él os haga experimentar su presencia en vuestro corazón y os impulse a dar con valentía testimonio de Jesucristo muerto y resucitado por vosotros.

Queridos amigos de lengua alemana, os saludo a todos. Sed por doquier testigos gozosos del Evangelio de Jesús, que hace felices. Hablad con valentía de vuestra fe, aunque a veces encontréis dificultades, pues se rechaza la cruz. El Señor, que por nosotros llevó una cruz más pesada, estará cerca de vosotros. Que Dios os conceda una fructuosa y bendita estancia en Australia.

Queridos jóvenes de lengua española, la misión de ser testigos del Señor en todos los lugares de la tierra es una apasionante tarea, que exige acoger su palabra e identificarse con él, compartiendo con los demás la alegría de haber encontrado al verdadero amigo que nunca defrauda. Que este reto agrande vuestra generosidad. Un saludo muy cordial a todos.

Queridos amigos venidos de diversos países de lengua portuguesa, ¡bienvenidos a Sídney! Saludo con afecto a todos, tanto a los que han venido de cerca como a los que han llegado de lejos. Allá, en vuestra patria, Jesús os dirigió estas palabras: «Seréis mis testigos... hasta los confines de la tierra» (*Hch* 1, 8). El viaje, más o menos largo que habéis emprendido para llegar hasta aquí, hasta Australia, cuyo nombre cristiano completo es «la Tierra del sur del Espíritu Santo», ¿no ha dejado en vosotros la sensación de haber llegado hasta los confines de la tierra? Pues bien, con gran alegría el Papa os acoge para confirmaros como testigos de Jesús, fortalecidos por él con el don de su propio Espíritu.

DISCURSO durante el Encuentro Ecuménico, en la Cripta de la Catedral de Santa María, el viernes 18 de julio de 2008.

Doy gracias a Dios fervientemente por la oportunidad de encontraros y de orar junto con vosotros, que habéis llegado aquí en representación de varias comunidades cristianas en Australia. Agradecido por las cordiales palabras de bienvenida del Obispo Forsyth y del Cardenal Pell, con sentimientos de alegría os saludo en el nombre del Señor Jesús «la piedra angular» de la «casa de Dios» (cf. *Ef* 2,19-20). Deseo enviar un saludo particular al Cardenal Edward Cassidy, Presidente emérito del Consejo Pontificio para la Promoción de la unidad de los Cristianos, que

no ha podido estar hoy con nosotros a causa de su delicada salud. Recuerdo con gratitud su decidido compromiso de promover la comprensión recíproca entre todos los cristianos y quisiera invitaros a todos a uniros conmigo en la oración por su pronto restablecimiento.

Australia es un país marcado por gran diversidad étnica y religiosa. Los inmigrantes llegan a las costas de esta majestuosa tierra con la esperanza de encontrar en ella felicidad y buenas oportunidades de trabajo. La vuestra es también una Nación que reconoce la importancia de la libertad religiosa. Éste es un derecho fundamental que, si se respeta, permite a los ciudadanos de actuar en base a valores arraigados en sus convicciones más profundas, contribuyendo así al bienestar de toda la sociedad. De este modo, los cristianos contribuyen, junto con los miembros de las otras religiones, a la promoción de la dignidad humana y la amistad entre las naciones.

A los australianos les gusta la discusión franca y cordial. Eso ha proporcionado un buen servicio al movimiento ecuménico. Un ejemplo puede ser el *Acuerdo* firmado en 2004 por los miembros del Consejo Nacional de las Iglesias en Australia. Este documento reconoce un compromiso común, indica objetivos, declara puntos de convergencia, sin pasar apresuradamente por encima de las diferencias. Un planteamiento como éste no sólo demuestra que es posible encontrar resoluciones concretas para una colaboración fructuosa en el presente, sino también que necesitamos proseguir pacientemente discusiones sobre los puntos teológicos de divergencia. Es de desear que las deliberaciones, que haréis en el Consejo de las Iglesias y en otros foros locales, se vean alentadas por los resultados que ya habéis alcanzado.

Este año celebramos el segundo milenario del nacimiento de San Pablo, trabajador incansable en favor de la unidad en la Iglesia primitiva. En el pasaje de la Escritura que acabamos de escuchar, Pablo nos recuerda la inmensa gracia que hemos recibido al convertirnos en miembros del cuerpo de Cristo mediante el Bautismo. Este Sacramento, que es la puerta de entrada en la Iglesia y el «vínculo de unidad» para cuantos han renacido gracias a él (cf. *Unitatis redintegratio*, 22), es consiguientemente el punto de partida de todo el movimiento ecuménico. Pero no es el destino final. El camino del ecumenismo tiende, en definitiva, a una celebración común de la Eucaristía (cf. *Ut unum sint*, 23-24;45), que Cristo ha confiado a sus Apóstoles como el Sacramento por excelencia de la unidad de la Iglesia. Aunque hay todavía obstáculos que superar, podemos estar seguros de que un día

una Eucaristía común subrayará nuestra decisión de amarnos y servirnos unos a otros a imitación de nuestro Señor. En efecto, el mandamiento de Jesús de «hacer esto en conmemoración mía» (*Lc 22,19*), está intrínsecamente ordenado a su indicación de «lavaros los pies unos a otros» (*Jn 13,14*). Por esta razón un sincero diálogo sobre el lugar que tiene la Eucaristía –estimulado por un renovado y atento estudio de la Escritura, de los escritos patrísticos y de los documentos de los dos milenios de la historia cristiana (cf. *Ut unum sint*, 69-70)– favorecerá indudablemente llevar adelante el movimiento ecuménico y unificar nuestro testimonio ante del mundo.

Queridos amigos en Cristo, creo que estaréis de acuerdo en considerar que el movimiento ecuménico ha llegado a un punto crítico. Para avanzar hemos de pedir continuamente a Dios que renueve nuestras mentes con la gracia del Espíritu Santo (cf. *Rm 12,2*), que nos habla por medio de las Escrituras y nos conduce a la verdad completa (cf. *2 P 1,20-21*; *Jn 16,13*). Hemos de estar en guardia contra toda tentación de considerar la doctrina como fuente de división y, por tanto, como impedimento de lo que parece ser la tarea más urgente e inmediata para mejorar el mundo en el que vivimos. En realidad, la historia de la Iglesia demuestra que la *praxis* no sólo es inseparable de la *didaché*, de la enseñanza, sino que deriva de ella. Cuanto más asiduamente nos dedicamos a lograr una comprensión común de los misterios divinos, tanto más elocuentemente nuestras obras de caridad hablarán de la inmensa bondad de Dios y de su amor por todos. San Agustín expresó la interconexión entre el don del conocimiento y la virtud de la caridad cuando escribió que la mente retorna a Dios a través del amor (cf. *De moribus Ecclesiae catholicae*, XII, 21), y que dondequiera que se ve la caridad, se ve la Trinidad (cf. *De Trinitate*, 8,8,12).

Por esta razón, el diálogo ecuménico no solamente avanza mediante un cambio de ideas, sino compartiendo dones que nos enriquecen mutuamente (cf. *Ut unum sint*, 28;57). Una «idea» está orientada al logro de la verdad; un «don» expresa el amor. Ambos son esenciales para el diálogo. Abrirnos nosotros mismos a aceptar dones espirituales de otros cristianos estimula nuestra capacidad de percibir la luz de la verdad que viene del Espíritu Santo. San Pablo enseña que en la *koinonia* de la Iglesia es donde nosotros tenemos acceso a la verdad del Evangelio y los medios para defenderla, porque la Iglesia está edificada «sobre el fundamento de los Apóstoles y los Profetas», teniendo a Jesús mismo como piedra angular (*Ef 2,20*).

En esta perspectiva podemos tomar en consideración quizás las imágenes bíblicas complementarias de «cuerpo» y de «templo», usadas para describir la Iglesia. Al emplear la imagen del cuerpo (cf. *1 Co* 12,12-31), Pablo llama la atención sobre la unidad orgánica y sobre la diversidad que permite a la Iglesia respirar y crecer. Pero igualmente significativa es la imagen de un templo sólido y bien estructurado, compuesto de piedras vivas, que se apoyan sobre un fundamento seguro. Jesús mismo aplica a sí, en perfecta unidad, estas imágenes de «cuerpo» y de «templo» (cf. *Jn* 2,21-22; *Lc* 23,45; *Ap* 21,22).

Cada elemento de la estructura de la Iglesia es importante; pero todos vacilarían y se derrumbarían sin la piedra angular que es Cristo. Como «conciudadanos» de esta «casa de Dios», los cristianos tienen que actuar juntos a fin de que el edificio permanezca firme, de modo que otras personas se sientan atraídas a entrar y a descubrir los abundantes tesoros de gracia que hay en su interior. Al promover los valores cristianos, no debemos olvidar de proclamar su fuente, dando testimonio común de Jesucristo, el Señor. Él es quien ha confiado la misión a los «apóstoles», es Él del que han hablado los «profetas», y es Él al que nosotros ofrecemos al mundo.

Queridos amigos, vuestra presencia hoy aquí me llena de la ardiente esperanza de que, continuando juntos en el arduo camino hacia la plena unidad, tendremos la fuerza de ofrecer un testimonio común de Cristo. Pablo habla de la importancia de los profetas en la Iglesia de los inicios; también nosotros hemos recibido una llamada profética mediante el Bautismo. Confío que el Espíritu abra nuestros ojos para ver los dones espirituales de los otros, abra nuestros corazones para recibir su fuerza y abra de par en par nuestras mentes para acoger la luz de la verdad de Cristo. Expreso mi viva gratitud a cada uno de vosotros por el compromiso de tiempo, enseñanza y talento que habéis prodigado al servicio de «un sólo cuerpo y un sólo espíritu» (*Ef* 4,4; cf. *1 Co* 12,13) que el Señor ha querido para su pueblo y por el que ha dado su propia vida. Gloria y poder para Él por los siglos de los siglos. Amén.

DISCURSO en el Encuentro con los Representantes de otras Religiones, en la Sala Capitular de la Catedral de Santa María.

Dirijo un cordial saludo de paz y amistad a todos los que estáis aquí en representación de las diversas tradiciones religiosas presentes en Australia. Me alegra tener este encuentro y doy las gracias al Rabino Jeremy Lawrence y al Mohamadu Saleem por las palabras de bienveni-

da que me han dirigido, en su nombre y en nombre de vuestras respectivas comunidades.

Australia es famosa por la amabilidad de sus habitantes con el prójimo y el turista. Es una nación que tiene en gran consideración la libertad religiosa. Vuestro país reconoce que el respeto de este derecho fundamental da a los hombres y mujeres la posibilidad de adorar a Dios según su conciencia, de educar el espíritu y de actuar según las convicciones éticas que se derivan de su credo.

La armoniosa correlación entre religión y vida pública es especialmente importante en una época en la que algunos han llegado a pensar que la religión es causa de división en vez de una fuerza de unidad. En un mundo amenazado por siniestras e indiscriminadas formas de violencia, la voz concorde de quienes tienen un espíritu religioso impulsa a las naciones y comunidades a solucionar los conflictos con instrumentos pacíficos en el pleno respeto de la dignidad humana. Una de las múltiples modalidades en que la religión se pone al servicio de la humanidad consiste en ofrecer una visión de la persona humana que subraya nuestra aspiración innata a vivir con magnanimidad, entablando vínculos de amistad con nuestro prójimo. Las relaciones humanas, en su íntima esencia, no se pueden definir en términos de poder, dominio e interés personal. Por el contrario, reflejan y perfeccionan la inclinación natural del hombre a vivir en comunión y armonía con los otros.

El sentido religioso arraigado en el corazón del ser humano abre a hombres y mujeres hacia Dios y los lleva a descubrir que la realización personal no consiste en la satisfacción egoísta de deseos efímeros. Nos guía más bien salir al encuentro de las necesidades de los otros y a buscar caminos concretos para contribuir al bien común. Las religiones desempeñan un papel particular a este respecto, en cuanto enseñan a la gente que el auténtico servicio exige sacrificio y autodisciplina, que se han de cultivar a su vez mediante la abnegación, la templanza y el uso moderado de los bienes naturales. Así, se orienta a hombres y mujeres a considerar el entorno como algo maravilloso, digno de ser admirado y respetado más que algo útil y simplemente para consumir. Un deber que se impone a quien tiene espíritu religioso es demostrar que es posible encontrar alegría en una vida simple y modesta, compartiendo con generosidad lo que se tiene de más con quien está necesitado.

Amigos, estos valores —estoy seguro que estaréis de acuerdo— son particularmente importantes para una adecuada formación de los jóvenes, que frecuentemente están tentados de considerar la vida misma

como un producto de consumo. Sin embargo, también ellos tienen capacidad de autocontrol. De hecho, en el deporte, en las artes creativas o en los estudios, están dispuestos a aceptar de buena gana estos compromisos como un reto. ¿Acaso no es cierto que, cuando se les presentan altos ideales, muchos jóvenes se sienten atraídos por el ascetismo y la práctica de la virtud moral, tanto por respeto de sí mismos como por atención hacia los demás? Disfrutan con la contemplación del don de la creación, y se sienten fascinados por el misterio de lo trascendente. En esta perspectiva, tanto las escuelas confesionales como las estatales podrían hacer más para desarrollar la dimensión espiritual de todo joven. En Australia, como en otros lugares, la religión ha sido un factor que ha motivado la fundación de muchas instituciones educativas, y por buenas razones sigue teniendo hoy un puesto en los programas escolares. El tema de la educación aparece con frecuencia en las deliberaciones de la Organización *Interfaith Cooperation for Peace and Harmony*, y aliento vivamente a los que participan en esta iniciativa a continuar en su análisis de los valores que integran las dimensiones intelectuales, humanas y religiosas de una educación sólida.

Las religiones del mundo dirigen constantemente su atención a la maravilla de la existencia humana. ¿Quién puede dejar de asombrarse ante la fuerza de la mente que averigua los secretos de la naturaleza mediante los descubrimientos de la ciencia? ¿Quién no se impresiona ante la posibilidad de trazar una visión del futuro? ¿Quién no se sorprende ante la fuerza del espíritu humano, que establece objetivos e indaga los medios para lograrlos? Hombres y mujeres no solamente están dotados de la capacidad de imaginar cómo podrían ser mejores las cosas, sino también de emplear sus energías para hacerlas mejores. Somos conscientes de lo peculiar de nuestra relación con el reino de la naturaleza. Por tanto, si creemos que no estamos sometidos a las leyes del universo material del mismo modo que el resto de la creación, ¿no deberíamos hacer también de la bondad, la compasión, la libertad, la solidaridad y el respeto a cada persona un elemento esencial de nuestra visión de un futuro más humano?

La religión, además, al recordarnos la limitación y la debilidad del hombre, nos impulsa también a no poner nuestras esperanzas últimas en este mundo que pasa. El hombre «es igual que un soplo; sus días una sombra que pasa» (*Sal* 143, 4). Todos nosotros hemos experimentado la desilusión por no haber logrado cumplir aquel bien que nos propusimos realizar y la dificultad de tomar la decisión justa en situa-

ciones complejas. La Iglesia comparte estas consideraciones con las otras religiones. Impulsada por la caridad, se acerca al diálogo en la convicción de que la verdadera fuente de la libertad se encuentra en la persona de Jesús de Nazaret. Los cristianos creen que es Él quien nos revela completamente las capacidades humanas para la virtud y el bien; Él es quien nos libera del pecado y de las tinieblas. La universalidad de la experiencia humana, que trasciende las fronteras geográficas y los límites culturales, hace posible que los seguidores de las religiones se comprometan a dialogar para afrontar el misterio de las alegrías y los sufrimientos de la vida. Desde este punto de vista, la Iglesia busca con pasión toda oportunidad para escuchar las experiencias espirituales de las otras religiones. Podríamos afirmar que todas las religiones aspiran a penetrar el sentido profundo de la existencia humana, reconduciéndolo a un origen o principio externo a ella. Las religiones presentan un tentativo de comprensión del cosmos, entendido como procedente de dicho origen o principio y encaminado hacia él. Los cristianos creen que Dios ha revelado este origen y principio en Jesús, al que la Biblia define «Alfa y Omega» (cf. *Ap* 1, 8; 22, 1).

Queridos amigos, he venido a Australia como embajador de paz. Por eso me alegra encontrarme con vosotros que también compartís este anhelo y el deseo de ayudar al mundo a conseguir la paz. Nuestra búsqueda de la paz procede estrechamente unida a la búsqueda del sentido, pues descubriendo la verdad es como encontramos el camino hacia la paz (cf. *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2006*). Nuestro esfuerzo para llegar a la reconciliación entre los pueblos brota y se dirige hacia esa verdad que da una meta a la vida. La religión ofrece la paz, pero —lo que es más importante aún— suscita en el espíritu humano la sed de la verdad y el hambre de la virtud. Que podamos animar a todos, especialmente a los jóvenes, a contemplar con admiración la belleza de la vida, a buscar su último sentido y a comprometerse en realizar su sublime potencial.

Con estos sentimientos de respeto y aliento os confío a la providencia de Dios omnipotente, y os aseguro mi oración por vosotros y por vuestros seres queridos, por los miembros de vuestras comunidades y por todos los habitantes de Australia.

DISCURSO en el Encuentro con los jóvenes de la Comunidad de Recuperación de la Universidad de Notre Dame.

Queridos jóvenes:

Me alegro de estar hoy aquí con vosotros en Darlington, y saludo con afecto a los que participan en el programa «*Alive*», así como al personal que lo dirige. Ruego para que todos podáis disfrutar de la asistencia que ofrece la Archidiócesis de Sídney a través de la *Social Services Agency*, y para que siga adelante la buena labor que aquí se hace.

El nombre del programa que seguís nos invita a hacernos la siguiente pregunta: ¿qué quiere decir realmente estar «vivo», vivir la vida en plenitud? Esto es lo que todos queremos, especialmente cuando somos jóvenes, y es lo que Cristo quiere para nosotros. En efecto, Él dijo: «He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (*Jn 10,10*). El instinto más enraizado en todo ser vivo es el de conservar la vida, crecer, desarrollarse y transmitir a otros el don de la vida. Por eso, es algo natural que nos preguntemos cuál es la mejor manera de realizar todo esto.

Esta cuestión es tan acuciante para nosotros como le era también para los que vivían en tiempos del Antiguo Testamento. Sin duda ellos escuchaban con atención a Moisés cuando les decía: «Te pongo delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; elige la vida, y vivirás tú y tu descendencia amando al Señor tu Dios, escuchando su voz, pegándote a él, pues él es tu vida» (*Dt 30, 19-20*). Estaba claro lo que debían hacer: debían rechazar a los otros dioses para adorar al Dios verdadero, que se había revelado a Moisés, y obedecer sus mandamientos. Se podría pensar que actualmente es poco probable que la gente adore a otros dioses. Sin embargo, a veces la gente adora a «otros dioses» sin darse cuenta. Los falsos «dioses», cualquiera que sea el nombre, la imagen o la forma que se les dé, están casi siempre asociados a la adoración de tres cosas: los bienes materiales, el amor posesivo y el poder. Permitidme que me explique. Los bienes materiales son buenos en sí mismos. No podríamos sobrevivir por mucho tiempo sin dinero, vestidos o vivienda. Para vivir, necesitamos alimento. Pero, si somos codiciosos, si nos negamos a compartir lo que tenemos con los hambrientos y los pobres, convertimos nuestros bienes en una falsa divinidad. En nuestra sociedad materialista, muchas veces nos dicen que la felicidad se consigue poseyendo el mayor número de bienes posible y objetos de lujo. Sin embargo, esto significa transformar los bienes en una falsa divinidad. En vez de dar la vida, traen la muerte.

El amor auténtico es evidentemente algo bueno. Sin él, difícilmente valdría la pena vivir. El amor satisface nuestras necesidades más profundas y, cuando amamos, somos más plenamente nosotros mismos, más plenamente humanos. Pero, qué fácil es transformar el amor en una falsa divinidad. La gente piensa con frecuencia que está amando cuando en realidad tiende a poseer al otro o a manipularlo. A veces trata a los otros más como objetos para satisfacer sus propias necesidades que como personas dignas de amor y de aprecio. Qué fácil es ser engañado por tantas voces que, en nuestra sociedad, sostienen una visión permisiva de la sexualidad, sin tener en cuenta la modestia, el respeto de sí mismo o los valores morales que dignifican las relaciones humanas. Esto supone adorar a una falsa divinidad. En vez de dar la vida, trae la muerte.

El poder que Dios nos ha dado de plasmar el mundo que nos rodea es ciertamente algo bueno. Si lo utilizamos de modo apropiado y responsable nos permite transformar la vida de la gente. Toda comunidad necesita buenos guías. Sin embargo, qué fuerte es la tentación de aferrarse al poder por sí mismo, buscando dominar a los otros o explotar el medio ambiente natural con fines egoístas. Esto significa transformar el poder en una falsa divinidad. En vez de dar la vida, trae la muerte.

El culto a los bienes materiales, el culto al amor posesivo y el culto al poder, lleva a menudo a la gente a «comportarse como Dios»: intentan asumir el control total, sin prestar atención a la sabiduría y a los mandamientos que Dios nos ha dado a conocer. Este es el camino que lleva a la muerte. Por el contrario, adorar al único Dios verdadero significa reconocer en él la fuente de toda bondad, confiarnos a él, abrirnos al poder saludable de su gracia y obedecer sus mandamientos: este es el camino para elegir la vida.

Un ejemplo gráfico de lo que significa alejarse del camino de la muerte y reemprender el camino de la vida, se encuentra en el relato del Evangelio que seguramente todos conocéis bien: la parábola del hijo pródigo. Al comienzo de la narración, aquél joven dejó la casa de su padre buscando los placeres ilusorios prometidos por los falsos «dioses». Derrochó su herencia llevando una vida llena de vicios, encontrándose al final en un estado de grande pobreza y miseria. Cuando tocó fondo, hambriento y abandonado, comprendió que había sido una locura dejar la casa de su padre, que tanto lo amaba. Regresó con humildad y pidió perdón. Su padre, lleno de alegría, lo abrazó y exclamó: «Este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado.» (*Lc 15, 24*).

Muchos de vosotros habéis experimentado personalmente lo que vivió aquél joven. Tal vez, habéis tomado decisiones de las que ahora os arrepentís, elecciones que, aunque entonces se presentaban muy atractivas, os han llevado a un estado más profundo de miseria y de abandono. El abuso de las drogas o del alcohol, participar en actividades criminales o nocivas para vosotros mismos, podrían aparecer entonces como la vía de escape a una situación de dificultad o confusión. Ahora sabéis que en vez de dar la vida, han traído la muerte. Quiero reconocer el coraje que habéis demostrado decidiendo volver al camino de la vida, precisamente como el joven de la parábola. Habéis aceptado la ayuda de los amigos o de los familiares, del personal del programa «*Alive*», de aquellos que tanto se preocupan por vuestro bienestar y felicidad.

Queridos amigos, os veo como embajadores de esperanza para otros que se encuentran en una situación similar. Al hablar desde vuestra experiencia podéis convencerlos de la necesidad de elegir el camino de la vida y rechazar el camino de la muerte. En todos los Evangelios, vemos que Jesús amaba de modo especial a los que habían tomado decisiones erróneas, ya que una vez reconocida su equivocación, eran los que mejor se abrían a su mensaje de salvación. De hecho, Jesús fue criticado frecuentemente por aquellos miembros de la sociedad, que se tenían por justos, porque pasaba demasiado tiempo con gente de esa clase. Preguntaban, «¿cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?». Él les respondió: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos... No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (*Mt 9, 11-13*). Los que querían reconstruir sus vidas eran los más disponibles para escuchar a Jesús y a ser sus discípulos. Vosotros podéis seguir sus pasos; también vosotros, de modo particular, podéis acercaros particularmente a Jesús precisamente porque habéis elegido volver a él. Podéis estar seguros que, a igual que el padre en el relato del hijo pródigo, Jesús os recibe con los brazos abiertos. Os ofrece su amor incondicional: la plenitud de la vida se encuentra precisamente en la profunda amistad con él.

He dicho antes que cuando amamos satisfacemos nuestras necesidades más profundas y llegamos a ser más plenamente nosotros mismos, más plenamente humanos. Hemos sido hechos para amar, para esto hemos sido hechos por el Creador. Lógicamente, no hablo de relaciones pasajeras y superficiales; hablo de amor verdadero, del núcleo de la enseñanza moral de Jesús: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser», y «Ama-

rás a tu prójimo como a ti mismo» (cf. *Mc* 13, 30-31). Éste es, por así decirlo, el programa grabado en el interior de cada persona, si tenemos la sabiduría y la generosidad de conformarnos a él, si estamos dispuestos a renunciar a nuestras preferencias para ponernos al servicio de los demás, y a dar la vida por el bien de los demás, y en primer lugar por Jesús, que nos amó y dio su vida por nosotros. Esto es lo que los hombres están llamados a hacer, y lo que quiere decir realmente estar «vivo».

Queridos jóvenes amigos, el mensaje que os dirijo hoy es el mismo que Moisés pronunció hace tantos años: «elige la vida, y vivirás tú y tu descendencia amando al Señor tu Dios». Que su Espíritu os guíe por el camino de la vida, obedeciendo sus mandamientos, siguiendo sus enseñanzas, abandonando las decisiones erróneas que sólo llevan a la muerte, y os comprometáis en la amistad con Jesús para toda la vida. Que con la fuerza del Espíritu Santo elijáis la vida y el amor, y deis testimonio ante el mundo de la alegría que esto conlleva. Esta es mi oración por cada uno de vosotros en esta Jornada Mundial de la Juventud. Que Dios os bendiga.

HOMILÍA en la Misa con los Obispos Australianos, Seminaristas, novicios y novicias, en la Catedral de Santa María, el sábado 19 de julio de 2008.

Me complace saludar en esta noble catedral a mis hermanos obispos y sacerdotes, a los diáconos, a los consagrados y a los laicos de la Archidiócesis de Sidney. De un modo especial dirijo mi saludo a los seminaristas y a los jóvenes religiosos que están con nosotros. Como los jóvenes israelitas de la primera lectura de hoy, ellos son un signo de esperanza y de renovación para el Pueblo de Dios; y, también como aquellos, tienen igualmente el deber de edificar la casa de Dios para las próximas generaciones. Mientras admiramos este magnífico edificio, ¿cómo no pensar en la muchedumbre de sacerdotes, religiosos y fieles laicos que, cada uno a su manera, han contribuido a construir la Iglesia en Australia? Pienso particularmente en las familias de colonos a las que el Padre Jeremías O'Flynn confió el Santísimo Sacramento en el momento de partir, un «pequeño rebaño» que tuvo en gran estima aquel tesoro precioso y lo conservó, entregándolo a las generaciones posteriores que edificaron este gran tabernáculo para gloria de Dios. Alegrémonos por su fidelidad y perseverancia, y dediquémonos a continuar sus esfuerzos por la difusión del Evangelio, la conversión de los corazones y el crecimiento de la Iglesia en la santidad, la unidad y la caridad.

Nos disponemos a celebrar la dedicación del nuevo altar de esta venerable catedral. Como nos recuerda de forma elocuente el frontal esculpido, todo altar es símbolo de Jesucristo, presente en su Iglesia como sacerdote, víctima y altar (cf. *Prefacio pascual V*). Crucificado, sepultado y resucitado de entre los muertos, devuelto a la vida en el Espíritu y sentado a la derecha del Padre, Cristo ha sido constituido nuestro Sumo Sacerdote, que intercede por nosotros eternamente. En la liturgia de la Iglesia, y sobre todo en el sacrificio de la Misa ofrecido en los altares del mundo, Él nos invita, como miembros de su Cuerpo Místico, a compartir su auto-oblación. Él nos llama, como pueblo sacerdotal de la nueva y eterna Alianza, a ofrecer en unión con Él nuestros sacrificios cotidianos para la salvación del mundo.

En la liturgia de hoy, la Iglesia nos recuerda que, como este altar, también nosotros fuimos consagrados, puestos «aparte» para el servicio de Dios y la edificación de su Reino. Sin embargo, con mucha frecuencia nos encontramos inmersos en un mundo que quisiera dejar a Dios «aparte». En nombre de la libertad y la autonomía humana, se pasa en silencio sobre el nombre de Dios, la religión se reduce a devoción personal y se elude la fe en los ámbitos públicos. A veces, dicha mentalidad, tan diametralmente opuesta a la esencia del Evangelio, puede ofuscar incluso nuestra propia comprensión de la Iglesia y de su misión. También nosotros podemos caer en la tentación de reducir la vida de fe a una cuestión de mero sentimiento, debilitando así su poder de inspirar una visión coherente del mundo y un diálogo riguroso con otras muchas visiones que compiten en la conquista de las mentes y los corazones de nuestros contemporáneos.

Y, sin embargo, la historia, también la de nuestro tiempo, nos demuestra que la cuestión de Dios jamás puede ser silenciada y que la indiferencia respecto a la dimensión religiosa de la existencia humana acaba disminuyendo y traicionando al hombre mismo. ¿No es quizás éste el mensaje proclamado por la maravillosa arquitectura de esta catedral? ¿No es quizás éste el misterio de la fe que se anuncia desde este altar en cada celebración de la Eucaristía? La fe nos enseña que en Cristo Jesús, Verbo encarnado, logramos comprender la grandeza de nuestra propia humanidad, el misterio de nuestra vida en la tierra y el sublime destino que nos aguarda en el cielo (cf. *Gaudium et spes*, 24). La fe nos enseña también que somos criaturas de Dios, hechas a su imagen y semejanza, dotadas de una dignidad inviolable y llamadas a la vida eterna. Allí donde se empequeñece al hombre, el mundo que nos rodea queda mermado,

pierde su significado último y falla su objetivo. Lo que brota de ahí es una cultura no de la vida, sino de la muerte. ¿Cómo se puede considerar a esto un «progreso»? Al contrario, es un paso atrás, una forma de retroceso, que en último término seca las fuentes mismas de la vida, tanto de las personas como de toda la sociedad.

Sabemos que al final –como vio claramente san Ignacio de Loyola– el único patrón verdadero con el cual se puede medir toda realidad humana es la Cruz y su mensaje de amor inmerecido que triunfa sobre el mal, el pecado y la muerte, que crea vida nueva y alegría perpetua. La Cruz revela que únicamente nos encontramos a nosotros mismos cuando entregamos nuestras vidas, acogemos el amor de Dios como don gratuito y actuamos para llevar a todo hombre y mujer a la belleza del amor y a la luz de la verdad que salvan al mundo.

En esta verdad –el misterio de la fe– es en la que hemos sido consagrados (cf. *Jn* 17,17-19), y en esta verdad es en la que estamos llamados a crecer, con la ayuda de la gracia de Dios, en fidelidad cotidiana a su palabra, en la comunión vivificante de la Iglesia. Y, sin embargo, qué difícil es este camino de consagración. Exige una continua «conversión», un morir sacrificial a sí mismos que es la condición para pertenecer plenamente a Dios, una transformación de la mente y del corazón que conduce a la verdadera libertad y a una nueva amplitud de miras. La liturgia de hoy nos ofrece un símbolo elocuente de aquella transformación espiritual progresiva a la que cada uno de nosotros está invitado. La aspersión del agua, la proclamación de la Palabra de Dios, la invocación de todos los Santos, la plegaria de consagración, la unción y la purificación del altar, su revestimiento de blanco y su ornato de luz, todos estos ritos nos invitan a revivir nuestra propia consagración bautismal. Nos invitan a rechazar el pecado y sus seducciones, y a beber cada vez más profundamente del manantial vivificante de la gracia de Dios.

Queridos amigos, que esta celebración, en presencia del Sucesor de Pedro, sea un momento de renovada dedicación y de renovación de toda la Iglesia en Australia. Deseo hacer aquí un inciso para reconocer la vergüenza que todos hemos sentido a causa de los abusos sexuales a menores por parte de algunos sacerdotes y religiosos de esta Nación. Verdaderamente, me siento profundamente disgustado por el dolor y el sufrimiento que han padecido las víctimas y les aseguro que, como su Pastor, también yo comparto su aflicción. Estos delitos, que constituyen una grave traición a la confianza, deben ser condenados de modo inequívoco. Éstos han provocado gran dolor y han dañado el

testimonio de la Iglesia. Os pido a todos que apoyéis y ayudéis a vuestros Obispos, y que colaboréis con ellos en combatir este mal. Las víctimas deben recibir compasión y asistencia, y los responsables de estos males deben ser llevados ante la justicia. Es una prioridad urgente promover un ambiente más seguro y más sano, especialmente para los jóvenes. En estos días, marcados por la celebración de la Jornada Mundial de la Juventud, estamos invitados a reflexionar sobre el precioso tesoro que nos ha sido confiado en nuestros jóvenes, y cómo gran parte de la misión de la Iglesia en este País ha estado dedicada a su educación y cuidado. Mientras la Iglesia en Australia continúa con espíritu evangélico afrontando eficazmente este serio reto pastoral, me uno a vosotros en la oración para que este tiempo de purificación traiga consigo sanación, reconciliación y una fidelidad cada vez más grande a las exigencias morales del Evangelio.

Deseo ahora dirigir una especial palabra de afecto y aliento a los seminaristas y jóvenes religiosos que están aquí. Queridos amigos, con gran generosidad os estáis encaminando por una senda de especial consagración, enraizada en vuestro Bautismo y emprendida como respuesta a la llamada personal del Señor. Os habéis comprometido, de modos diversos, a aceptar la invitación de Cristo a seguirlo, a dejar todo atrás y a dedicar vuestra vida a buscar la santidad y a servir a su pueblo.

En el Evangelio de hoy el Señor nos llama a «creer en la luz» (cf. *Jn* 12,36). Estas palabras tienen un significado especial para vosotros, queridos jóvenes seminaristas y religiosos. Son una invitación a confiar en la verdad de la Palabra de Dios y a esperar firmemente en sus promesas. Nos invitan a ver con los ojos de la fe la obra inefable de su gracia a nuestro alrededor, también en estos tiempos sombríos en los que todos nuestros esfuerzos parecen ser vanos. Dejad que este altar, con la imagen imponente de Cristo, Siervo sufriente, sea una inspiración constante para vosotros. Hay ciertamente momentos en que cualquier discípulo siente el calor y el peso de la jornada (cf. *Mt* 20,12), y la dificultad para dar un testimonio profético en un mundo que puede parecer sordo a las exigencias de la Palabra de Dios. No tengáis miedo. Creed en la luz. Tomad en serio la verdad que hemos escuchado hoy en la segunda lectura: «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy y siempre» (*Hb* 13,8). La luz de la Pascua sigue derrotando las tinieblas.

El Señor nos llama a caminar en la luz (cf. *Jn* 12,35). Cada uno de vosotros ha emprendido la más grande y la más gloriosa de las batallas, la de ser consagrados en la verdad, la de crecer en la virtud, la de alcan-

zar la armonía entre pensamientos e ideales, por una parte, y palabras y obras, por otra. Adentraos con sinceridad y de modo profundo en la disciplina y en el espíritu de vuestros programas de formación. Caminad cada día en la luz de Cristo mediante la fidelidad a la oración personal y litúrgica, alimentados por la meditación de la Palabra inspirada por Dios. A los Padres de la Iglesia les gustaba ver en las Escrituras un paraíso espiritual, un jardín donde podemos caminar libremente con Dios, admirando la belleza y la armonía de su plan salvífico, mientras da fruto en nuestra propia vida, en la vida de la Iglesia y a lo largo de toda la historia. Por tanto, que la plegaria y la meditación de la Palabra de Dios sean lámpara que ilumina, purifica y guía vuestros pasos en el camino que os ha indicado el Señor. Haced de la celebración diaria de la Eucaristía el centro de vuestra vida. En cada Misa, cuando el Cuerpo y la Sangre del Señor sean alzados al final de la liturgia eucarística, elevad vuestro corazón y vuestra vida por Cristo, con Él y en Él, en la unidad del Espíritu Santo, como sacrificio amoroso a Dios nuestro Padre.

De este modo, queridos jóvenes seminaristas y religiosos, llegaréis a ser altares vivientes, sobre los cuales el amor sacrificial de Cristo se hace presente como inspiración y fuente de alimento espiritual para cuantos encontréis. Abrazando la llamada del Señor a seguirlo en castidad, pobreza y obediencia, habéis emprendido el viaje de un discipulado radical que os hará «signo de contradicción» (cf. *Lc* 2,34) para muchos de vuestros contemporáneos. Conformad cotidianamente vuestra vida a la auto-oblación amorosa del Señor mismo en obediencia a la voluntad del Padre. Así descubriréis la libertad y la alegría que pueden atraer a otros a ese Amor que va más allá de cualquier otro amor como su fuente y su cumplimiento último. No olvidéis jamás que la castidad por el Reino significa abrazar una vida completamente dedicada al amor, a un amor que os hace capaces de dedicaros vosotros mismos sin reservas al servicio de Dios, para estar plenamente presentes entre los hermanos y hermanas, especialmente entre los necesitados. Los tesoros más grandes que compartís con otros jóvenes –vuestro idealismo, la generosidad, el tiempo y las energías– son los verdaderos sacrificios que pondréis sobre el altar del Señor. Que tengáis siempre en cuenta este magnífico carisma que Dios os ha dado para su gloria y para la edificación de la Iglesia.

Queridos amigos, permitidme que concluya estas reflexiones dirigiendo vuestra atención hacia la gran vidriera del coro de esta catedral. En ella, la Virgen, Reina del Cielo, está representada sobre el trono con

majestad, al lado de su divino Hijo. El artista ha representado a María como la nueva Eva, que ofrece a Cristo, nuevo Adán, una manzana. Este gesto simboliza que Ella ha invertido la desobediencia de nuestros progenitores, ofreciendo el rico fruto que la gracia de Dios ha dado en su vida y los primeros frutos de la humanidad redimida y glorificada, que Ella ha precedido en la gloria del paraíso. Pidamos a María, Auxilio de los cristianos, que sostenga a la Iglesia en Australia en la fidelidad a la gracia mediante la cual el Señor crucificado continúa atrayendo hacia sí a toda la creación y a todo corazón humano (cf. *Jn* 12,32). Que el poder del Espíritu Santo consagre a los fieles de esta tierra en la verdad, produzca abundantes frutos de santidad y de justicia para la redención del mundo y guíe a toda la humanidad hacia la plenitud de vida alrededor de aquel altar donde, en la gloria de la liturgia celestial, seremos invitados a cantar las alabanzas de Dios eternamente. Amén.

DISCURSO en la Vigilia con los jóvenes, en el Hipódromo de Randwick.

Queridos jóvenes:

Una vez más, en esta tarde hemos oído la gran promesa de Cristo, «cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza», y hemos escuchado su mandato: «seréis mis testigos... hasta los confines del mundo» (*Hch* 1, 8). Éstas fueron las últimas palabras que Cristo pronunció antes de su ascensión al cielo. Lo que los Apóstoles sintieron al oírlas sólo podemos imaginarlo. Pero sabemos que su amor profundo por Jesús y la confianza en su palabra los impulsó a reunirse y esperar en la sala de arriba, pero no una espera sin un sentido, sino juntos, unidos en la oración, con las mujeres y con María (cf. *Hch* 1, 14). Esta tarde nosotros hacemos lo mismo. Reunidos delante de nuestra Cruz, que tanto ha viajado, y del icono de María, rezamos bajo el esplendor celeste de la constelación de la Cruz del Sur. Esta tarde rezo por vosotros y por los jóvenes de todo el mundo. Dejaos inspirar por el ejemplo de vuestros Patronos. Acoged en vuestro corazón y en vuestra mente los siete dones del Espíritu Santo. Reconoced y creed en el poder del Espíritu Santo en vuestra vida.

El otro día hablábamos de la unidad y de la armonía de la creación de Dios y de nuestro lugar en ella. Hemos recordado cómo nosotros, que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, mediante el gran don del Bautismo nos hemos convertido en hijos adoptivos de Dios, nuevas criaturas. Y precisamente como hijos de la luz de Cristo, simbolizada por las velas encendidas que tenéis en vuestras manos,

damos testimonio en nuestro mundo del esplendor que ninguna tiniebla podrá vencer (cf. *Jn* 1, 5).

Esta tarde ponemos nuestra atención sobre el «cómo» llegar a ser testigos. Tenemos necesidad de conocer la persona del Espíritu Santo y su presencia vivificante en nuestra vida. No es fácil. En efecto, la diversidad de imágenes que encontramos en la Escritura sobre el Espíritu – viento, fuego, sopló– ponen de manifiesto lo difícil que nos resulta tener una comprensión clara de él. Y, sin embargo, sabemos que el Espíritu Santo es quien dirige y define nuestro testimonio sobre Jesucristo, aunque de modo silencioso e invisible.

Ya sabéis que nuestro testimonio cristiano es una ofrenda a un mundo que, en muchos aspectos, es frágil. La unidad de la creación de Dios se debilita por heridas profundas cuando las relaciones sociales se rompen, o el espíritu humano se encuentra casi completamente aplastado por la explotación o el abuso de las personas. De hecho, la sociedad contemporánea sufre un proceso de fragmentación por culpa de un modo de pensar que por su naturaleza tiene una visión reducida, porque descuida completamente el horizonte de la verdad, de la verdad sobre Dios y sobre nosotros. Por su naturaleza, el relativismo non es capaz de ver el cuadro en su totalidad. Ignora los principios mismos que nos hacen capaces de vivir y de crecer en la unidad, en el orden y en la armonía.

Como testigos cristianos, ¿cuál es nuestra respuesta a un mundo dividido y fragmentario? ¿Cómo podemos ofrecer esperanza de paz, restablecimiento y armonía a esas «estaciones» de conflicto, de sufrimiento y tensión por las que habéis querido pasar con esta Cruz de la Jornada Mundial de la Juventud? La unidad y la reconciliación no se pueden alcanzar sólo con nuestros esfuerzos. Dios nos ha hecho el uno para el otro (cf. *Gn* 2, 24) y sólo en Dios y en su Iglesia podemos encontrar la unidad que buscamos. Y, sin embargo, frente a las imperfecciones y desilusiones, tanto individuales como institucionales, tenemos a veces la tentación de construir artificialmente una comunidad «perfecta». No se trata de una tentación nueva. En la historia de la Iglesia hay muchos ejemplos de tentativas de esquivar y pasar por alto las debilidades y los fracasos humanos para crear una unidad perfecta, una utopía espiritual.

Estos intentos de construir la unidad, en realidad la debilitan. Separar al Espíritu Santo de Cristo, presente en la estructura institucional de la Iglesia, pondría en peligro la unidad de la comunidad cristiana, que es precisamente un don del Espíritu. Se traicionaría la naturaleza de la Iglesia como Templo vivo del Espíritu Santo (cf. *1 Co* 3, 16). En efecto, es el

Espíritu quien guía a la Iglesia por el camino de la verdad plena y la unifica en la comunión y el servicio del ministerio (cf. *Lumen gentium*, 4). Lamentablemente, la tentación de «ir por libre» continúa. Algunos hablan de su comunidad local como si se tratara de algo separado de la así llamada Iglesia institucional, describiendo a la primera como flexible y abierta al Espíritu, y la segunda como rígida y carente de Espíritu.

La unidad pertenece a la esencia de la Iglesia (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 813); es un don que debemos reconocer y apreciar. Pidamos esta tarde por nuestro propósito de cultivar la unidad, de contribuir a ella, de resistir a cualquier tentación de darnos media vuelta y marcharnos. Ya que lo que podemos ofrecer a nuestro mundo es precisamente la magnitud, la amplia visión de nuestra fe, sólida y abierta a la vez, consistente y dinámica, verdadera y sin embargo orientada a un conocimiento más profundo. Queridos jóvenes, ¿acaso no es gracias a vuestra fe que amigos en dificultad o en búsqueda de sentido para sus vidas se han dirigido a vosotros? Estad vigilantes. Escuchad. ¿Sois capaces de oír, a través de las disonancias y las divisiones del mundo, la voz acorde de la humanidad? Desde el niño abandonado en un campo de Darfur a un adolescente desconcertado, a un padre angustiado en un barrio periférico cualquiera, o tal vez ahora, desde lo profundo de vuestro corazón, se alza el mismo grito humano que anhela reconocimiento, pertenencia, unidad. ¿Quien puede satisfacer este deseo humano esencial de ser uno, estar inmerso en la comunión, de estar edificado y ser guiado a la verdad? El Espíritu Santo. Éste es su papel: realizar la obra de Cristo. Enriquecidos con los dones del Espíritu, tendréis la fuerza de ir más allá de vuestras visiones parciales, de vuestra utopía, de la precariedad fugaz, para ofrecer la coherencia y la certeza del testimonio cristiano.

Amigos, cuando recitamos el Credo afirmamos: «Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida». El «Espíritu creador» es la fuerza de Dios que da la vida a toda la creación y es la fuente de vida nueva y abundante en Cristo. El Espíritu mantiene a la Iglesia unida a su Señor y fiel a la tradición apostólica. Él es quien inspira las Sagradas Escrituras y guía al Pueblo de Dios hacia la plenitud de la verdad (cf. *Jn* 16, 13). De todos estos modos el Espíritu es el «dador de vida», que nos conduce al corazón mismo de Dios. Así, cuanto más nos dejamos guiar por el Espíritu, tanto mayor será nuestra configuración con Cristo y tanto más profunda será nuestra inmersión en la vida de Dios uno y trino.

Esta participación en la naturaleza misma de Dios (cf. *2 P* 1, 4) tiene

lugar a lo largo de los acontecimientos cotidianos de la vida, en los que Él siempre esta presente (cf. *Ba* 3, 38). Sin embargo, hay momentos en los que podemos sentir la tentación de buscar una cierta satisfacción fuera de Dios. Jesús mismo preguntó a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?» (*Jn* 6, 67). Este alejamiento puede ofrecer tal vez la ilusión de la libertad. Pero, ¿a dónde nos lleva? ¿A quién vamos a acudir? En nuestro corazón, en efecto, sabemos que sólo el Señor tiene «palabras de vida eterna» (*Jn* 6, 67-69). Alejarnos de Él es sólo un intento vano de huir de nosotros mismos (cf. S. Agustín, *Confesiones* VIII, 7). Dios está con nosotros en la vida real, no en la fantasía. Enfrentarnos a la realidad, no huir de ella: esto es lo que buscamos. Por eso el Espíritu Santo, con delicadeza, pero también con determinación, nos atrae hacia lo que es real, duradero y verdadero. El Espíritu es quien nos devuelve a la comunión con la Santísima Trinidad.

El Espíritu Santo ha sido, de modos diversos, la Persona olvidada de la Santísima Trinidad. Tener una clara comprensión de él nos parece algo fuera de nuestro alcance. Sin embargo, cuando todavía era pequeño, mis padres, como los vuestros, me enseñaron el signo de la Cruz y así entendí pronto que hay un Dios en tres Personas, y que la Trinidad está en el centro de la fe y de la vida cristiana. Cuando crecí lo suficiente para tener un cierto conocimiento de Dios Padre y de Dios Hijo –los nombres ya significaban mucho– mi comprensión de la tercera Persona de la Trinidad seguía siendo incompleta. Por eso, como joven sacerdote encargado de enseñar teología, decidí estudiar los testimonios eminentes del Espíritu en la historia de la Iglesia. De esta manera llegué a leer, en otros, al gran san Agustín.

Su comprensión del Espíritu Santo se desarrolló de modo gradual; fue una lucha. De joven había seguido el Maniqueísmo, que era uno de aquellos intentos que he mencionado antes de crear una utopía espiritual separando las cosas del espíritu de las de la carne. Como consecuencia de ello, albergaba al principio sospechas respecto a la enseñanza cristiana sobre la encarnación de Dios. Y, con todo, su experiencia del amor de Dios presente en la Iglesia lo llevó a buscar su fuente en la vida de Dios uno y trino. Así llegó a tres precisas intuiciones sobre el Espíritu Santo como vínculo de unidad dentro de la Santísima Trinidad: unidad como comunión, unidad como amor duradero, unidad como dador y don. Estas tres intuiciones no son solamente teóricas. Nos ayudan a explicar cómo actúa el Espíritu. Nos ayudan a permanecer en sintonía con el Espíritu y a extender y clarificar el ámbito de nuestro testimonio, en un mundo en el

que tanto los individuos como las comunidades sufren con frecuencia la ausencia de unidad y de cohesión.

Por eso, con la ayuda de san Agustín, intentaremos ilustrar algo de la obra del Espíritu Santo. San Agustín señala que las dos palabras «Espíritu» y «Santo» se refieren a lo que pertenece a la naturaleza divina; en otras palabras, a lo que es compartido por el Padre y el Hijo, a su *comunión*. Por eso, si la característica propia del Espíritu es de ser lo que es *compartido* por el Padre y el Hijo, Agustín concluye que la cualidad peculiar del Espíritu es la *unidad*. Una unidad de comunión vivida: una unidad de personas en relación mutua de constante entrega; el Padre y el Hijo que se dan el uno al otro. Pienso que empezamos así a vislumbrar qué iluminadora es esta comprensión del Espíritu Santo como unidad, como comunión. Una unidad verdadera nunca puede estar fundada sobre relaciones que nieguen la igual dignidad de las demás personas. Y tampoco la unidad es simplemente la suma total de los grupos mediante los cuales intentamos a veces «*definirnos*» a nosotros mismos. De hecho, sólo en la vida de comunión se sostiene la unidad y se realiza plenamente la identidad humana: reconocemos la necesidad común de Dios, respondemos a la presencia unificadora del Espíritu Santo y nos entregamos mutuamente en el servicio de los unos a los otros.

La segunda intuición de Agustín, es decir, el Espíritu Santo como amor que permanece, se desprende del estudio que hizo sobre la *Primera Carta de san Juan*, allí donde el autor nos dice que «Dios es amor» (1 Jn 4, 16). Agustín sugiere que estas palabras, a pesar de referirse a la Trinidad en su conjunto, se han de entender también como expresión de una característica particular del Espíritu Santo. Reflexionando sobre la naturaleza permanente del amor, «quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él» (*ibid.*), Agustín se pregunta: ¿es el amor o es el Espíritu quien garantiza el don duradero? La conclusión a la que llega es ésta: «El Espíritu Santo nos hace vivir en Dios y Dios en nosotros; pero es el amor el que causa esto. El Espíritu por tanto es Dios como amor» (*De Trinitate* 15,17,31). Es una magnífica explicación: Dios comparte a sí mismo como amor en el Espíritu Santo. ¿Qué más podemos aprender de esta intuición? El amor es el signo de la presencia del Espíritu Santo. Las ideas o las palabras que carecen de amor, aunque parezcan sofisticadas o sagaces, no pueden ser «del Espíritu». Más aún, el amor tiene un rasgo particular; en vez de ser indulgente o voluble, tiene una tarea o un fin que cumplir: permanecer. El amor es duradero por su naturaleza. De

nuevo, queridos amigos, podemos echar una mirada a lo que el Espíritu Santo ofrece al mundo: amor que despeja la incertidumbre; amor que supera el miedo de la traición; amor que lleva en sí mismo la eternidad; el amor verdadero que nos introduce en una unidad que permanece.

Agustín deduce la tercera intuición, el Espíritu Santo como don, de una reflexión sobre una escena evangélica que todos conocemos y que nos atrae: el diálogo de Cristo con la samaritana junto al pozo. Jesús se revela aquí como el dador del agua viva (cf. *Jn* 4, 10), que será después explicada como el Espíritu (cf. *Jn* 7, 39; *I Co* 12, 13). El Espíritu es «el don de Dios» (*Jn* 4, 10), la fuente interior (cf. *Jn* 4, 14), que sacia de verdad nuestra sed más profunda y nos lleva al Padre. De esta observación, Agustín concluye que el Dios que se entrega a nosotros como don es el Espíritu Santo (cf. *De Trinitate*, 15,18,32). Amigos, una vez más echamos un vistazo sobre la actividad de la Trinidad: el Espíritu Santo es Dios que se da eternamente; al igual que una fuente perenne, él se ofrece nada menos que a sí mismo. Observando este don incesante, llegamos a ver los límites de todo lo que acaba, la locura de una mentalidad consumista. En particular, empezamos a entender porqué la búsqueda de novedades nos deja insatisfechos y deseosos de algo más. ¿Acaso no estaremos buscando un don eterno? ¿La fuente que nunca se acaba? Con la Samaritana exclamamos: ¡Dame de esta agua, para que no tenga ya más sed (cf. *Jn* 4, 15)!

Queridos jóvenes, ya hemos visto que el Espíritu Santo es quien realiza la maravillosa comunión de los creyentes en Cristo Jesús. Fiel a su naturaleza de dador y de don a la vez, él actúa ahora a través de nosotros. Inspirados por las intuiciones de san Agustín, haced que el *amor unificador* sea vuestra medida, el *amor duradero* vuestro desafío y el *amor que se entrega* vuestra misión.

Este mismo don del Espíritu Santo será mañana comunicado solemnemente a los candidatos a la Confirmación. Yo rogaré: «Llénalos de espíritu de sabiduría y de inteligencia, de espíritu de consejo y de fortaleza, de espíritu de ciencia y de piedad; y cólmalos del espíritu de tu santo temor». Estos dones del Espíritu –cada uno de ellos, como nos recuerda san Francisco de Sales, es un modo de participar en el único amor de Dios– no son ni un premio ni un reconocimiento. Son simplemente dados (cf. *I Co* 12, 11). Y exigen por parte de quien los recibe sólo una respuesta: «Acepto». Percibimos aquí algo del misterio profundo de lo que es ser cristiano. Lo que constituye nuestra fe no es principalmente lo que nosotros hacemos, sino lo que recibimos. Después de todo, muchas per-

sonas generosas que no son cristianas pueden hacer mucho más de lo que nosotros hacemos. Amigos, ¿aceptáis entrar en la vida trinitaria de Dios? ¿Aceptáis entrar en su comunión de amor?

Los dones del Espíritu que actúan en nosotros imprimen la dirección y definen nuestro testimonio. Los dones del Espíritu, orientados por su naturaleza a la unidad, nos vinculan todavía más estrechamente a la totalidad del Cuerpo de Cristo (cf. *Lumen gentium*, 11), permitiéndonos edificar mejor la Iglesia, para servir así al mundo (cf. *Ef* 4, 13). Nos llaman a una participación activa y gozosa en la vida de la Iglesia, en las parroquias y en los movimientos eclesiales, en las clases de religión en la escuela, en las capellanías universitarias o en otras organizaciones católicas. Sí, la Iglesia debe crecer en unidad, debe robustecerse en la santidad, rejuvenecer y renovarse constantemente (cf. *Lumen gentium*, 4). Pero ¿con qué criterios? Con los del Espíritu Santo. Volveos a él, queridos jóvenes, y descubriréis el verdadero sentido de la renovación.

Esta tarde, reunidos bajo este hermoso cielo nocturno, nuestros corazones y nuestras mentes se llenan de gratitud a Dios por el don de nuestra fe en la Trinidad. Recordemos a nuestros padres y abuelos, que han caminado a nuestro lado cuando todavía éramos niños y han sostenido nuestros primeros pasos en la fe. Ahora, después de muchos años, os habéis reunido como jóvenes adultos alrededor del Sucesor de Pedro. Me siento muy feliz de estar con vosotros. Invoquemos al Espíritu Santo: él es el autor de las obras de Dios (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 741). Dejad que sus dones os moldeen. Al igual que la Iglesia comparte el mismo camino con toda la humanidad, vosotros estáis llamados a vivir los dones del Espíritu entre los altibajos de la vida cotidiana. Madurad vuestra fe a través de vuestros estudios, el trabajo, el deporte, la música, el arte. Sostenedla mediante la oración y alimentadla con los sacramentos, para ser así fuente de inspiración y de ayuda para cuantos os rodean. En definitiva, la vida, no es un simple acumular, y es mucho más que el simple éxito. Estar verdaderamente vivos es ser transformados desde el interior, estar abiertos a la fuerza del amor de Dios. Si acogéis la fuerza del Espíritu Santo, también vosotros podréis transformar vuestras familias, las comunidades y las naciones. Liberad estos dones. Que la sabiduría, la inteligencia, la fortaleza, la ciencia y la piedad sean los signos de vuestra grandeza.

Y ahora, mientras nos preparamos para adorar al Santísimo Sacramento en el silencio y en la espera, os repito las palabras que pronunció la beata Mary MacKillop cuando tenía precisamente veintiséis años:

«Cree en todo lo que Dios te susurra en el corazón». Creed en él. Creed en la fuerza del Espíritu de amor.

Queridos jóvenes italianos, un saludo especial a todos vosotros. Custodiad la llama que el Espíritu Santo ha encendido en vuestros corazones, para que no se apague, sino que arda cada vez más y difunda luz y calor a todos aquellos con quienes os encontréis en vuestro camino, especialmente a quienes han perdido la fe y la esperanza. La Virgen María vele sobre vosotros esta noche y todos los días de vuestra vida.

Queridos jóvenes de lengua francesa, habéis venido a orar esta tarde al Espíritu Santo. Su presencia silenciosa en vuestro corazón os ayudará a comprender poco a poco el plan de Dios para vosotros. Que él os acompañe en vuestra vida diaria y os lleve a un conocimiento más profundo de Dios y de vuestro prójimo. Es él quien, en lo más íntimo de vuestro ser, os impulsa hacia la única Verdad divina y os hace vivir auténticamente como hermanos.

Queridos jóvenes de países de lengua alemana, os saludo cordialmente. El Espíritu Santo, embajador del amor de Dios, quiere habitar en vuestro corazón. Dejadle espacio en vosotros mediante la escucha de la palabra de Dios, la oración y la solidaridad con los pobres y los que sufren. Llevad a los demás el espíritu de paz y reconciliación. Dios, del que procede todo bien, realice toda obra buena que hagáis en su honor.

Queridos amigos de lengua española, el Espíritu Santo dirige nuestros pasos para seguir a Jesucristo en el mundo de hoy, que espera de los cristianos una palabra de aliento y un testimonio de vida que inviten a mirar confiadamente hacia el futuro. Os encomiendo en mis plegarias, para que respondáis generosamente a lo que el Señor os pide y a lo que todos los hombres anhelan. ¡Que Dios os bendiga!

Queridos amigos de lengua portuguesa, recibid el Espíritu Santo, para ser Iglesia. Iglesia significa estar todos unidos como un cuerpo que recibe su influjo vital de Jesús resucitado. Este don es más grande que nuestro corazón, pues brota de las entrañas de la santísima Trinidad. Fruto y condición: sentirse parte unos de otros, vivir en comunión. Por eso, queridos jóvenes, acoged en vuestro interior la fuerza de vida que hay en Jesús. Dejadlo entrar en vuestro corazón. Dejaos moldear por el Espíritu Santo.

Y ahora, mientras nos preparamos para adorar al Santísimo Sacramento en el silencio y en la espera, os repito las palabras que pronunció la beata Mary MacKillop precisamente cuando tenía veintiséis años: «Cree en todo lo que Dios te susurra en el corazón». Creed en él. Creed en la fuerza del Espíritu de amor.

HOMILÍA pronunciada en la Misa, en el Hipódromo de Randwick, el domingo 20 de julio de 2008.

«Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza» (*Hch* 1,8). Hemos visto cumplida esta promesa. En el día de Pentecostés, como hemos escuchado en la primera lectura, el Señor resucitado, sentado a la derecha del Padre, envió el Espíritu Santo a sus discípulos reunidos en el cenáculo. Por la fuerza de este Espíritu, Pedro y los Apóstoles fueron a predicar el Evangelio hasta los confines de la tierra. En cada época y en cada lengua, la Iglesia continúa proclamando en todo el mundo las maravillas de Dios e invita a todas las naciones y pueblos a la fe, a la esperanza y a la vida nueva en Cristo.

En estos días, también yo he venido, como Sucesor de san Pedro, a esta estupenda tierra de Australia. He venido a confirmaros en vuestra fe, jóvenes hermanas y hermanos míos, y a abrir vuestros corazones al poder del Espíritu de Cristo y a la riqueza de sus dones. Oro para que esta gran asamblea, que congrega a jóvenes de «todas las naciones de la tierra» (*Hch* 2,5), se transforme en un nuevo cenáculo. Que el fuego del amor de Dios descienda y llene vuestros corazones para uniros cada vez más al Señor y a su Iglesia y enviaros, como nueva generación de Apóstoles, a llevar a Cristo al mundo.

«Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza». Estas palabras del Señor resucitado tienen un significado especial para los jóvenes que serán confirmados, sellados con el don del Espíritu Santo, durante esta Santa Misa. Pero estas palabras están dirigidas también a cada uno de nosotros, es decir, a todos los que han recibido el don del Espíritu de reconciliación y de la vida nueva en el Bautismo, que lo han acogido en sus corazones como su ayuda y guía en la Confirmación, y que crecen cotidianamente en sus dones de gracia mediante la Santa Eucaristía. En efecto el Espíritu Santo descende nuevamente en cada Misa, invocado en la plegaria solemne de la Iglesia, no sólo para transformar nuestros dones del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor, sino también para transformar nuestras vidas, para hacer de nosotros, con su fuerza, «un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo».

Pero, ¿qué es este «poder» del Espíritu Santo? Es el poder de la vida de Dios. Es el poder del mismo Espíritu que se cernía sobre las aguas en el alba de la creación y que, en la plenitud de los tiempos, levantó a Jesús de la muerte. Es el poder que nos conduce, a nosotros y a nuestro mun-

do, hacia la llegada del Reino de Dios. En el Evangelio de hoy, Jesús anuncia que ha comenzado una nueva era, en la cual el Espíritu Santo será derramado sobre toda la humanidad (cf. *Lc* 4,21). Él mismo, concebido por obra del Espíritu Santo y nacido de la Virgen María, vino entre nosotros para traernos este Espíritu. Como fuente de nuestra vida nueva en Cristo, el Espíritu Santo es también, de un modo muy verdadero, el alma de la Iglesia, el amor que nos une al Señor y entre nosotros y la luz que abre nuestros ojos para ver las maravillas de la gracia de Dios que nos rodean.

Aquí en Australia, esta «gran tierra meridional del Espíritu Santo», todos nosotros hemos tenido una experiencia inolvidable de la presencia y del poder del Espíritu en la belleza de la naturaleza. Nuestros ojos se han abierto para ver el mundo que nos rodea como es verdaderamente: «colmado», como dice el poeta, «de la grandeza de Dios», repleto de la gloria de su amor creativo. También aquí, en esta gran asamblea de jóvenes cristianos provenientes de todo el mundo, hemos tenido una experiencia elocuente de la presencia y de la fuerza del Espíritu en la vida de la Iglesia. Hemos visto la Iglesia como es verdaderamente: Cuerpo de Cristo, comunidad viva de amor, en la que hay gente de toda raza, nación y lengua, de cualquier edad y lugar, en la unidad nacida de nuestra fe en el Señor resucitado.

La fuerza del Espíritu Santo jamás cesa de llenar de vida a la Iglesia. A través de la gracia de los Sacramentos de la Iglesia, esta fuerza fluye también en nuestro interior, como un río subterráneo que nutre el espíritu y nos atrae cada vez más cerca de la fuente de nuestra verdadera vida, que es Cristo. San Ignacio de Antioquía, que murió mártir en Roma al comienzo del siglo segundo, nos ha dejado una descripción espléndida de la fuerza del Espíritu que habita en nosotros. Él ha hablado del Espíritu como de una fuente de agua viva que surge en su corazón y susurra: «Ven, ven al Padre» (cf. *A los Romanos*, 6,1-9).

Sin embargo, esta fuerza, la gracia del Espíritu Santo, no es algo que podamos merecer o conquistar; podemos sólo recibirla como puro don. El amor de Dios puede derramar su fuerza sólo cuando le permitimos cambiarnos por dentro. Debemos permitirle penetrar en la dura costra de nuestra indiferencia, de nuestro cansancio espiritual, de nuestro ciego conformismo con el espíritu de nuestro tiempo. Sólo entonces podemos permitirle encender nuestra imaginación y modelar nuestros deseos más profundos. Por esto es tan importante la oración: la plegaria cotidiana, la privada en la quietud de nuestros corazones y ante el Santísimo Sacra-



Vigilia con los jóvenes en el Hipódromo de Randwick.



El Papa, junto a la Cruz y el icono de María, en la celebración de la Eucaristía con jóvenes en el Hipódromo de Randwick.

mento, y la oración litúrgica en el corazón de la Iglesia. Ésta es pura receptividad de la gracia de Dios, amor en acción, comunión con el Espíritu que habita en nosotros y nos lleva, por Jesús y en la Iglesia, a nuestro Padre celestial. En la potencia de su Espíritu, Jesús está siempre presente en nuestros corazones, esperando serenamente que nos dispongamos en el silencio junto a Él para sentir su voz, permanecer en su amor y recibir «la fuerza que proviene de lo alto», una fuerza que nos permite ser sal y luz para nuestro mundo.

En su Ascensión, el Señor resucitado dijo a sus discípulos: «Seréis mis testigos... hasta los confines del mundo» (*Hch* 1,8). Aquí, en Australia, damos gracias al Señor por el don de la fe, que ha llegado hasta nosotros como un tesoro transmitido de generación en generación en la comunión de la Iglesia. Aquí, en Oceanía, damos gracias de un modo especial a todos aquellos misioneros, sacerdotes y religiosos comprometidos, padres y abuelos cristianos, maestros y catequistas, que han edificado la Iglesia en estas tierras. Testigos como la Beata Mary Mackillop, San Peter Chanel, el Beato Peter To Rot y muchos otros. La fuerza del Espíritu, manifestada en sus vidas, está todavía activa en las iniciativas beneficiosas que han dejado en la sociedad que han plasmado y que ahora se os confía a vosotros.

Queridos jóvenes, permitidme que os haga una pregunta. ¿Qué dejaréis vosotros a la próxima generación? ¿Estáis construyendo vuestras vidas sobre bases sólidas? ¿Estáis construyendo algo que durará? ¿Estáis viviendo vuestras vidas de modo que dejéis espacio al Espíritu en un mundo que quiere olvidar a Dios, rechazarlo incluso en nombre de un falso concepto de libertad? ¿Cómo estáis usando los dones que se os han dado, la «fuerza» que el Espíritu Santo está ahora dispuesto a derramar sobre vosotros? ¿Qué herencia dejaréis a los jóvenes que os sucederán? ¿Qué os distinguirá?

La fuerza del Espíritu Santo no sólo nos ilumina y nos consuela. Nos encamina hacia el futuro, hacia la venida del Reino de Dios. ¡Qué visión magnífica de una humanidad redimida y renovada descubrimos en la nueva era prometida por el Evangelio de hoy! San Lucas nos dice que Jesucristo es el cumplimiento de todas las promesas de Dios, el Mesías que posee en plenitud el Espíritu Santo para comunicarlo a la humanidad entera. La efusión del Espíritu de Cristo sobre la humanidad es prenda de esperanza y de liberación contra todo aquello que nos empobrece. Dicha efusión ofrece de nuevo la vista al ciego, libera a los oprimidos y genera unidad en y con la diversidad (cf. *Lc* 4,18-

19; *Is* 61,1-2). Esta fuerza puede crear un mundo nuevo: puede «renovar la faz de la tierra» (cf. *Sal* 104,30).

Fortalecida por el Espíritu y provista de una rica visión de fe, una nueva generación de cristianos está invitada a contribuir a la edificación de un mundo en el que la vida sea acogida, respetada y cuidada amorosamente, no rechazada o temida como una amenaza y por ello destruida. Una nueva era en la que el amor no sea ambicioso ni egoísta, sino puro, fiel y sinceramente libre, abierto a los otros, respetuoso de su dignidad, un amor que promueva su bien e irradie gozo y belleza. Una nueva era en la cual la esperanza nos libere de la superficialidad, de la apatía y el egoísmo que degrada nuestras almas y envenena las relaciones humanas. Queridos jóvenes amigos, el Señor os está pidiendo ser profetas de esta nueva era, mensajeros de su amor, capaces de atraer a la gente hacia el Padre y de construir un futuro de esperanza para toda la humanidad.

El mundo tiene necesidad de esta renovación. En muchas de nuestras sociedades, junto a la prosperidad material, se está expandiendo el desierto espiritual: un vacío interior, un miedo indefinible, un larvado sentido de desesperación. ¿Cuántos de nuestros semejantes han cavado aljibes agrietados y vacíos (cf. *Jr* 2,13) en una búsqueda desesperada de significado, de ese significado último que sólo puede ofrecer el amor? Éste es el don grande y liberador que el Evangelio lleva consigo: él revela nuestra dignidad de hombres y mujeres creados a imagen y semejanza de Dios. Revela la llamada sublime de la humanidad, que es la de encontrar la propia plenitud en el amor. Él revela la verdad sobre el hombre, la verdad sobre la vida.

También la Iglesia tiene necesidad de renovación. Tiene necesidad de vuestra fe, vuestro idealismo y vuestra generosidad, para poder ser siempre joven en el Espíritu (cf. *Lumen gentium*, 4). En la segunda lectura de hoy, el apóstol Pablo nos recuerda que cada cristiano ha recibido un don que debe ser usado para edificar el Cuerpo de Cristo. La Iglesia tiene especialmente necesidad del don de los jóvenes, de todos los jóvenes. Tiene necesidad de crecer en la fuerza del Espíritu que también ahora os infunde gozo a vosotros, jóvenes, y os anima a servir al Señor con alegría. Abrid vuestro corazón a esta fuerza. Dirijo esta invitación de modo especial a los que el Señor llama a la vida sacerdotal y consagrada. No tengáis miedo de decir vuestro «sí» a Jesús, de encontrar vuestra alegría en hacer su voluntad, entregándoos completamente para llegar a la santidad y haciendo uso de vuestros talentos al servicio de los otros.

Dentro de poco celebraremos el sacramento de la Confirmación. El Espíritu Santo descenderá sobre los candidatos; ellos serán «sellados» con el don del Espíritu y enviados para ser testigos de Cristo. ¿Qué significa recibir la «sello» del Espíritu Santo? Significa ser marcados indeleblemente, inalterablemente cambiados, significa ser nuevas criaturas. Para los que han recibido este don, ya nada puede ser lo mismo. Estar «bautizados» en el Espíritu significa estar enardecidos por el amor de Dios. Haber «bebido» del Espíritu (cf. *1 Co* 12,13) significa haber sido refrescados por la belleza del designio de Dios para nosotros y para el mundo, y llegar a ser nosotros mismos una fuente de frescor para los otros. Ser «sellados con el Espíritu» significa además no tener miedo de defender a Cristo, dejando que la verdad del Evangelio impregne nuestro modo de ver, pensar y actuar, mientras trabajamos por el triunfo de la civilización del amor.

Al elevar nuestra oración por los confirmandos, pedimos también que la fuerza del Espíritu Santo reavive la gracia de la Confirmación de cada uno de nosotros. Que el Espíritu derrame sus dones abundantemente sobre todos los presentes, sobre la ciudad de Sídney, sobre esta tierra de Australia y sobre todas sus gentes. Que cada uno de nosotros sea renovado en el espíritu de sabiduría e inteligencia, el espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, espíritu de admiración y santo temor de Dios.

Que por la amorosa intercesión de María, Madre de la Iglesia, esta XXIII Jornada Mundial de la Juventud sea vivida como un nuevo cenáculo, de forma que todos nosotros, enardecidos con el fuego del amor del Espíritu Santo, continuemos proclamando al Señor resucitado y atrayendo a cada corazón hacia Él. Amén.

Saludo de corazón a los jóvenes de lengua italiana y extendiendo mi saludo afectuoso a todos los que son originarios de Italia y viven en Australia. Al final de esta extraordinaria experiencia de Iglesia, que nos ha hecho vivir un renovado Pentecostés, volved a casa robustecidos con la fuerza del Espíritu Santo. Sed testigos de Cristo resucitado, esperanza de los jóvenes y de toda la familia humana.

Queridos jóvenes de lengua francesa, el Espíritu Santo es la fuente del mensaje de Jesucristo y de su acción salvífica. Habla al corazón con un lenguaje que cada uno comprende. La variedad de dones del Espíritu Santo os hace comprender la riqueza de gracias que hay en Dios. Ojalá que os abráis a su sopro. Permitid su acción en vosotros y en vuestro entorno. Así viviréis en Dios y testimoniaréis que Cristo es el Salvador que espera el mundo.

Queridos jóvenes de lengua alemana, también a vosotros os saludo con afecto. El Espíritu Santo es Espíritu de comunión y fuente de comprensión y comunicación. Hablad a los demás de vuestras esperanzas y de vuestros ideales; hablad de Dios y con Dios. El hombre que vive en el amor a Dios y en el amor al prójimo es feliz. Que el Espíritu de Dios os guíe por la senda de la paz.

Queridos jóvenes de lengua española, en Cristo se cumplen todas las promesas de salvación verdadera para la humanidad. Él tiene para cada uno de vosotros un proyecto de amor en el que se encuentra el sentido y la plenitud de la vida, y espera de todos vosotros que hagáis fructificar los dones que os ha dado, siendo sus testigos de palabra y con el propio ejemplo. No lo defraudéis.

Queridos jóvenes de lengua portuguesa, queridos amigos en Cristo, ya sabéis que Jesús no os deja solos. Dijo: «Yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad (...) Vosotros lo conocéis, porque mora con vosotros y en vosotros está» (*Jn* 14, 16-17). Es verdad. Sobre vosotros ha bajado una lengua de fuego de Pentecostés: es vuestro sello de cristianos. Pero no debéis guardarlo sólo para vosotros, pues «a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común» (*I Co* 12, 7). Llevad este fuego santo a todos los rincones de la tierra. Nada ni nadie lo podrá apagar, pues ha bajado del cielo. Esta es vuestra fuerza, queridos jóvenes amigos. Por eso, vivid del Espíritu y para el Espíritu.

ÁNGELUS

Nos disponemos ahora a recitar juntos la hermosa oración del *Ángelus*. En ella reflexionaremos sobre María, mujer joven que conversa con el ángel, que la invita, en nombre de Dios, a una particular entrega de sí misma, de su vida, de su futuro como mujer y madre. Podemos imaginar cómo debió sentirse María en aquel momento: totalmente estremecida, completamente abrumada por la perspectiva que se le ponía delante.

El ángel comprendió su ansiedad e inmediatamente intentó calmarla: «No temas, María... El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra» (*Lc* 1,30.35). El Espíritu fue quien le dio la fuerza y el valor para responder a la llamada del Señor. El Espíritu fue quien la ayudó a comprender el gran misterio que iba a cumplirse por medio de Ella. El Espíritu fue el que la rodeó con su amor y la hizo capaz de concebir en su seno al Hijo de Dios.

Esta escena es quizás el momento culminante de la historia de la

relación de Dios con su pueblo. En el Antiguo Testamento, Dios se reveló de modo parcial y gradual, como hacemos todos en nuestras relaciones personales. Se necesitó tiempo para que el pueblo elegido profundizase en su relación con Dios. La Alianza con Israel fue como un tiempo de hacer la corte, un largo noviazgo. Luego llegó el momento definitivo, el momento del matrimonio, la realización de una nueva y eterna alianza. En ese momento María, ante el Señor, representaba a toda la humanidad. En el mensaje del ángel, era Dios el que brindaba una propuesta de matrimonio con la humanidad. Y en nombre nuestro, María dijo sí.

En los cuentos, los relatos terminan en este momento: «y desde entonces vivieron felices y contentos». En la vida real no es tan fácil. Fueron muchas las dificultades que María tuvo que superar al afrontar las consecuencias de aquel «sí» al Señor. Simeón profetizó que una espada le traspasaría el corazón. Cuando Jesús tenía doce años, Ella experimentó las peores pesadillas que los padres pueden tener, cuando tuvo a su hijo perdido durante tres días. Y después de su actividad pública, sufrió la agonía de presenciar su crucifixión y muerte. En las diversas pruebas Ella permaneció fiel a su promesa, sostenida por el Espíritu de fortaleza. Y por ello tuvo como recompensa la gloria.

Queridos jóvenes, también nosotros debemos permanecer fieles al «sí» con que acogimos el ofrecimiento de amistad por parte del Señor. Sabemos que Él nunca nos abandonará. Sabemos que Él nos sostendrá siempre con los dones del Espíritu. María acogió la propuesta del Señor en nombre nuestro. Dirijámonos, pues, a Ella y pidámosle que nos guíe en las dificultades para permanecer fieles a esa relación vital que Dios estableció con cada uno de nosotros. María es nuestro ejemplo y nuestra inspiración; Ella intercede por nosotros ante su Hijo, y con amor materno nos protege de los peligros.

Llega ahora el momento de decirnos adiós o, más bien, hasta la vista. Os doy las gracias a todos por haber participado en la Jornada Mundial de la Juventud 2008, aquí en Sídney, y espero que nos volvamos a ver dentro de tres años. La Jornada Mundial de la Juventud 2011 tendrá lugar en Madrid, en España. Hasta ese momento, recemos los unos por los otros, y demos ante el mundo un alegre testimonio de Cristo. Que Dios os bendiga.

DISCURSO durante el Encuentro con los Bienhechores y los Organizadores de la JMJ.

En el momento en que mi visita a Australia está por concluir, deseo expresar mi agradecimiento a todos los que han contribuido al éxito de esta Jornada Mundial de la Juventud. Esta tarde, en particular, mi gratitud se dirige a vosotros, que con tanta generosidad habéis ayudado material y espiritualmente a la realización de este evento. El Cardenal Pell se ha referido a los grandes sacrificios que habéis afrontado en la organización de esta Jornada maravillosa para la vida de la Iglesia. Deseo daros las gracias a todos y cada uno, no sólo por los sacrificios, sino sobre todo por la confianza que habéis demostrado hacia nuestros jóvenes y por vuestra fe en la gracia de Dios que actúa en sus corazones. Oremos para que todo lo que habéis invertido en ellos dé fruto en su vida, para la vida de la Iglesia de Cristo y para el futuro de nuestro mundo.

En estos días, gracias al trabajo del comité organizador y a la cooperación de tantas personas, empresas, asociaciones y autoridades locales, los jóvenes procedentes de todas las partes del mundo han tenido la oportunidad de experimentar la belleza de este País y la calurosa hospitalidad del pueblo australiano. Por su parte, ellos han enriquecido esta tierra con el testimonio que han dado de su amor a Cristo y de la fuerza de su Espíritu que actúa en la Iglesia.

Estoy seguro, queridos amigos, que vuestra participación en los preparativos de esta Jornada Mundial de la Juventud os ha permitido experimentar especialmente la fuerza del Espíritu Santo. Sin duda, en la preparación de este gran encuentro internacional, y en el compromiso de afrontar cualquier eventualidad, habéis tenido momentos de inquietud y preocupación, e incluso momentos de temor y agitación por el éxito final de este evento. Ahora, mirando hacia atrás, podéis constatar la cosecha abundante que el Espíritu ha suscitado a través de vuestras oraciones, vuestra perseverancia y vuestro duro trabajo. ¡Cuántas buenas semillas se han sembrado en estos pocos días!

Queridos amigos, San Pablo, que gastó toda su vida al servicio del Evangelio, nos recuerda que «más dichoso es el que da que el que recibe» (cf. *Hch* 20,35). Vuestra generosidad y vuestro sacrificio han sido una contribución esencial, también a menudo escondida, para el éxito de esta Jornada Mundial de la Juventud. Que el gozo espiritual, la satisfacción y la dicha, que todos hemos experimentado en estos días, sean una fuente inagotable de bendiciones para vuestras vidas. No dudéis jamás

de la verdad de la promesa de nuestro Señor, cada vez que le ofrezcamos nuestra creatividad, energía, recursos y nuestra propia persona, recibiremos una recompensa abundante (cf. *Mt* 16,26).

Con estos sentimientos renuevo la expresión de mi profundo agradecimiento a cada uno de vosotros. Os encomiendo, a vosotros y a vuestras familias, a la amorosa intercesión de Nuestra Señora de la Cruz del Sur, Auxilio de los cristianos, y de corazón os imparto la Bendición Apostólica como prenda de fuerza y paz en Jesús, su divino Hijo.

SALUDO a los Voluntarios de la Jornada Mundial de la Juventud, Domain,
Lunes 21 de julio de 2008

Agradezco al Obispo Fisher y al Cardenal Pell sus amables palabras y me alegra tener esta oportunidad para dirigir un saludo final a todos vosotros y decir lo espléndida que ha sido la experiencia de esta semana. En estos días hemos sido testigos directos de la alegría que encuentran en la propia fe tantos miles de jóvenes, y hemos podido expresar nuestra alabanza y nuestra gratitud a Dios por su bondad para con nosotros. Hemos podido comprobar el calor y la generosidad de la hospitalidad australiana y contemplar juntos el magnífico paisaje de este hermoso continente. Ha sido una semana realmente memorable.

Sin embargo, nada de esto hubiera sido posible sin un gran esfuerzo de preparación y de trabajo diligente durante el período que ha precedido a la Jornada Mundial de la Juventud. Deseo agradecer a todos la generosidad del tiempo y las energías empleadas para permitir el desarrollo sin percances de cada uno de los actos que hemos celebrado juntos. Tales eventos han tenido necesidad de una esmerada coordinación, en la que han participado Autoridades civiles, policía y asociaciones de primeros auxilios, así como personal eclesiástico y un grupo enorme de voluntarios, responsables y ayudantes. Vuestros esfuerzos han preparado el terreno para que el Espíritu descendiera con fuerza, estableciendo vínculos de unidad y amistad entre los jóvenes provenientes de ambientes culturales muy diversos, y reforzando su amor por Cristo y por su Iglesia. En las multitudes que se han congregado aquí en Sídney hemos visto una manifestación elocuente de la unidad en la diversidad de la Iglesia universal, hemos tenido una visión en pequeño de la unidad de la familia humana que anhelamos. Que estos jóvenes, con la fuerza del Espíritu, hagan de esta visión una realidad en el mundo del mañana.

En el aeropuerto tendré ocasión de dar las gracias a los representantes de las Autoridades civiles. Aquí quiero expresar mi profunda

gratitud a todos los Obispos, los sacerdotes, los consagrados y consagradas, los capellanes, los profesores, las asociaciones laicales, los movimientos eclesiales, las familias de acogida, las escuelas y las comunidades parroquiales que tanto han contribuido para que la Jornada Mundial de la Juventud fuera un éxito. Leemos en los *Hechos de los Apóstoles* que «más vale dar que recibir» (20,35). Sin embargo, espero que vosotros hayáis recibido más de lo que habéis servido generosamente en el curso de nuestras celebraciones. A todos os digo sincera y cordialmente «gracias».

Al disponerme a regresar a Roma, llevo conmigo como un tesoro la memoria de muchos acontecimientos llenos de gracia que hemos vivido juntos: mi primer encuentro con los jóvenes en Barangaroo, los encuentros posteriores en Darlinghurst y en la Catedral de Santa María, la vigilia de la Juventud en la explanada de la Cruz del Sur y la Misa final de ayer. Rezo para que también vosotros llevéis en vuestra alma muchos recuerdos preciosos e intuiciones espirituales, de modo que regreséis a vuestras casas y a vuestras familias con ardor renovado para difundir el Evangelio de Jesucristo. Con la fuerza del Espíritu, id ahora a renovar la faz de la tierra.

A la vez que os saludo de corazón, os encomiendo a todos a la amorosa intercesión de la Virgen de la Cruz del Sur, Auxilio de los cristianos. Invoco sobre vosotros los siete dones del Espíritu Santo y os aseguro mi plegaria constante. Dios bendiga a los jóvenes del mundo y bendiga al pueblo de Australia.

DISCURSO de despedida a las Autoridades, Aeropuerto Internacional de Sídney.

Antes de despedirme de vosotros, deseo decir a los que me han hospedado lo grata que ha sido mi visita aquí y lo agradecido que estoy por la hospitalidad recibida. Quedo muy agradecido al Señor Primer Ministro, Kevin Rudd, por la amabilidad que ha tenido conmigo y con todos los participantes en la Jornada Mundial de la Juventud. Agradezco también al Gobernador General, el General Mayor Michael Jeffery, su presencia aquí y la gentileza de haberme acogido en el Almirantazgo General al comienzo de mis compromisos públicos. El Gobierno Federal y el Gobierno del Estado de Nuevo Gales del Sur, y también los habitantes y la comunidad empresarial de Sídney, han colaborado generosamente en apoyo de la Jornada Mundial de la Juventud. Un acontecimiento de este género requiere un inmenso trabajo de preparación y organización, y

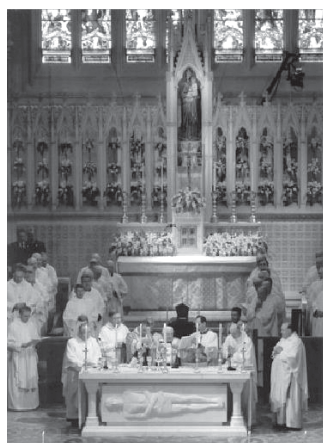
estoy seguro de hablar en nombre de muchos miles de jóvenes al expresar mi aprecio y gratitud a todo vosotros. Habéis ofrecido con el característico estilo australiano una calurosa bienvenida, a mí y a innumerables jóvenes peregrinos que han confluído aquí desde todos los rincones del mundo. Estoy muy agradecido, en particular, a las familias que en Australia y Nueva Zelanda han hecho hueco en sus casas para acoger a los jóvenes. Habéis abierto vuestras puertas y vuestros corazones a la juventud del mundo y, en nombre de estos jóvenes, os lo agradezco.

En los días pasados, los actores principales en el escenario han sido, obviamente, los jóvenes mismos. La Jornada Mundial de la Juventud les pertenece a ellos. Ellos han sido los que han hecho de esta Jornada un acontecimiento eclesial de carácter global, una gran celebración de la juventud, una gran celebración de lo que significa ser Iglesia, el Pueblo de Dios en medio del mundo, unido en la fe y en el amor, y que el Espíritu ha hecho capaz de llevar el testimonio de Cristo resucitado hasta los confines de la tierra. Les doy las gracias por haber venido, les doy las gracias por su participación, y ruego para que tengan un viaje seguro de regreso. Sé que los jóvenes, sus familias y personas amigas, han hecho en muchos casos grandes sacrificios para que pudieran llegar a Australia. Por todo eso, toda la Iglesia les está reconocida.

Al volver la vista atrás hacia estos días emocionantes, pienso en escenas significativas. Me ha impactado mucho la visita a la tumba de Mary MacKillop, y agradezco a las Hermanas de San José la oportunidad que he tenido de orar en el Santuario de su co-fundadora. Las estaciones del *Viacrucis* por las calles de Sídney nos han recordado con vigor que Cristo nos ha amado «hasta el extremo» y que ha compartido nuestros sufrimientos para que nosotros pudiéramos compartir su gloria. El encuentro con los jóvenes en Darlinghurst ha sido un momento de alegría y gran esperanza, un signo de que Cristo puede levantarnos de las situaciones más difíciles, reponiendo nuestra dignidad y permitiéndonos mirar adelante hacia un futuro mejor. El encuentro con los responsables ecuménicos e interreligiosos ha estado marcado por un espíritu de auténtica hermandad y de un deseo profundo de mayor colaboración en el compromiso de edificar un mundo más justo y pacífico. Y, sin duda, los puntos culminantes de mi visita han sido los encuentros de Barangaroo y la Cruz del Sur. Aquellas experiencias de oración, nuestra jubilosa celebración de la Eucaristía, han sido un testimonio elocuente de la obra vivificante del Espíritu Santo, presente y activo en el corazón de nuestros jóvenes. La Jornada Mundial de la Juventud nos ha enseñado que la



Sobre estas líneas, Benedicto XVI comunicando la próxima JMJ en agosto 2011 y despidiéndose hasta Madrid; abajo, varias imágenes de la visita papal a Australia.



Iglesia puede alegrarse con los jóvenes de hoy y estar llena de esperanza por el mundo del mañana.

Queridos amigos, mientras me despido de Sídney, pido a Dios que dirija su mirada amorosa sobre esta ciudad, sobre este País y sobre sus habitantes. Le ruego que muchos de ellos se inspiren en el ejemplo de compasión y servicio de la Beata a Mary MacKillop. Y, a la vez que os saludo, llevando en el corazón sentimientos de profunda gratitud, digo una vez más: que Dios bendiga al pueblo de Australia.

XXIV JMJ

ROMA, 5 DE ABRIL DE 2009

TEMA: «*HEMOS PUESTO NUESTRA ESPERANZA EN EL DIOS VIVO*» (1 Tm 4, 10)

El Domingo de Ramos, día 5 de abril de 2009, tuvo lugar en Roma la XXIV Jornada Mundial de la Juventud.

MENSAJE enviado por el Papa Benedicto XVI, el 22 de febrero de 2009 para la XXIV JMJ.

Queridos amigos:

El próximo domingo de Ramos celebraremos en el ámbito diocesano la XXIV Jornada Mundial de la Juventud. Mientras nos preparamos a esta celebración anual, recuerdo con enorme gratitud al Señor el encuentro que tuvimos en Sídney, en julio del año pasado. Un encuentro inolvidable, durante el cual el Espíritu Santo renovó la vida de tantos jóvenes que acudieron desde todos los lugares del mundo. La alegría de la fiesta y el entusiasmo espiritual experimentados en esos días, fueron un signo elocuente de la presencia del Espíritu de Cristo. Ahora nos encaminamos hacia el encuentro internacional programado para 2011 en Madrid y que tendrá como tema las palabras del apóstol Pablo: «Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (cf. *Col 2,7*). Teniendo en cuenta esta cita mundial de jóvenes, queremos hacer juntos un camino formativo, reflexionando en 2009 sobre la afirmación de san Pablo: «Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo» (*1 Tm 4,10*), y en 2010 sobre la pregunta del joven rico a Jesús: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?» (*Mc 10,17*).

La juventud, tiempo de esperanza

En Sídney, nuestra atención se centró en lo que el Espíritu Santo dice hoy a los creyentes y, concretamente a vosotros, queridos jóvenes. Durante la Santa Misa final os exhorté a dejaros plasmar por Él para ser mensajeros del amor divino, capaces de construir un futuro de esperanza para toda la humanidad. Verdaderamente, la cuestión de la esperanza

está en el centro de nuestra vida de seres humanos y de nuestra misión de cristianos, sobre todo en la época contemporánea. Todos advertimos la necesidad de esperanza, pero no de cualquier esperanza, sino de una esperanza firme y creíble, como he subrayado en la Encíclica *Spe salvi*. La juventud, en particular, es tiempo de esperanzas, porque mira hacia el futuro con diversas expectativas. Cuando se es joven se alimentan ideales, sueños y proyectos; la juventud es el tiempo en el que maduran opciones decisivas para el resto de la vida. Y tal vez por esto es la etapa de la existencia en la que afloran con fuerza las preguntas de fondo: ¿Por qué estoy en el mundo? ¿Qué sentido tiene vivir? ¿Qué será de mi vida? Y también, ¿cómo alcanzar la felicidad? ¿Por qué el sufrimiento, la enfermedad y la muerte? ¿Qué hay más allá de la muerte? Preguntas que son apremiantes cuando nos tenemos que medir con obstáculos que a veces parecen insuperables: dificultades en los estudios, falta de trabajo, incomprensiones en la familia, crisis en las relaciones de amistad y en la construcción de un proyecto de pareja, enfermedades o incapacidades, carencia de recursos adecuados a causa de la actual y generalizada crisis económica y social. Nos preguntamos entonces: ¿Dónde encontrar y cómo mantener viva en el corazón la llama de la esperanza?

En búsqueda de la «gran esperanza»

La experiencia demuestra que las cualidades personales y los bienes materiales no son suficientes para asegurar esa esperanza que el ánimo humano busca constantemente. Como he escrito en la citada Encíclica *Spe salvi*, la política, la ciencia, la técnica, la economía o cualquier otro recurso material por sí solos no son suficientes para ofrecer la *gran esperanza* a la que todos aspiramos. Esta esperanza «sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar» (n. 31). Por eso, una de las consecuencias principales del olvido de Dios es la desorientación que caracteriza nuestras sociedades, que se manifiesta en la soledad y la violencia, en la insatisfacción y en la pérdida de confianza, llegando incluso a la desesperación. Fuerte y clara es la llamada que nos llega de la Palabra de Dios: «Maldito quien confía en el hombre, y en la carne busca su fuerza, apartando su corazón del Señor. Será como un cardo en la estepa, no verá llegar el bien» (*Jr* 17,5-6).

La crisis de esperanza afecta más fácilmente a las nuevas generaciones que, en contextos socio-culturales faltos de certezas, de valores y puntos de referencia sólidos, tienen que afrontar dificultades que pare-

cen superiores a sus fuerzas. Pienso, queridos jóvenes amigos, en tantos coetáneos vuestros heridos por la vida, condicionados por una inmadurez personal que es frecuentemente consecuencia de un vacío familiar, de opciones educativas permisivas y libertarias, y de experiencias negativas y traumáticas. Para algunos –y desgraciadamente no pocos–, la única salida posible es una huida alienante hacia comportamientos peligrosos y violentos, hacia la dependencia de drogas y alcohol, y hacia tantas otras formas de malestar juvenil. A pesar de todo, incluso en aquellos que se encuentran en situaciones penosas por haber seguido los consejos de «malos maestros», no se apaga el deseo del verdadero amor y de la auténtica felicidad. Pero ¿cómo anunciar la esperanza a estos jóvenes? Sabemos que el ser humano encuentra su verdadera realización sólo en Dios. Por tanto, el primer compromiso que nos atañe a todos es el de una nueva evangelización, que ayude a las nuevas generaciones a descubrir el rostro auténtico de Dios, que es Amor. A vosotros, queridos jóvenes, que buscáis una esperanza firme, os digo las mismas palabras que san Pablo dirigía a los cristianos perseguidos en la Roma de entonces: «El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo» (*Rm* 15,13). Durante este año jubilar dedicado al Apóstol de las gentes, con ocasión del segundo milenio de su nacimiento, aprendamos de él a ser testigos creíbles de la esperanza cristiana.

San Pablo, testigo de la esperanza

Cuando se encontraba en medio de dificultades y pruebas de distinto tipo, Pablo escribía a su fiel discípulo Timoteo: «Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo» (*1 Tm* 4,10). ¿Cómo había nacido en él esta esperanza? Para responder a esta pregunta hemos de partir de su encuentro con Jesús resucitado en el camino de Damasco. En aquel momento, Pablo era un joven como vosotros, de unos veinte o veinticinco años, observante de la ley de Moisés y decidido a combatir con todos los medios a quienes él consideraba enemigos de Dios (cf. *Hch* 9,1). Mientras iba a Damasco para arrestar a los seguidores de Cristo, una luz misteriosa lo deslumbró y sintió que alguien lo llamaba por su nombre: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Cayendo a tierra, preguntó: «¿Quién eres, Señor?». Y aquella voz respondió: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (cf. *Hch* 9,3-5). Después de aquel encuentro, la vida de Pablo cambió radicalmente: recibió el bautismo y se convirtió en apóstol del Evangelio. En el camino de Damasco fue transformado interiormente

te por el Amor divino que había encontrado en la persona de Jesucristo. Un día llegará a escribir: «Mientras vivo en esta carne, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí» (*Ga* 2,20). De perseguidor se transformó en testigo y misionero; fundó comunidades cristianas en Asia Menor y en Grecia, recorriendo miles de kilómetros y afrontando todo tipo de vicisitudes, hasta el martirio en Roma. Todo por amor a Cristo.

La gran esperanza está en Cristo

Para Pablo, la esperanza no es sólo un ideal o un sentimiento, sino una persona viva: Jesucristo, el Hijo de Dios. Impregnado en lo más profundo por esta certeza, podrá decir a Timoteo: «Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo» (*1 Tm* 4,10). El «Dios vivo» es Cristo resucitado y presente en el mundo. Él es la verdadera esperanza: Cristo que vive con nosotros y en nosotros y que nos llama a participar de su misma vida eterna. Si no estamos solos, si Él está con nosotros, es más, si Él es nuestro presente y nuestro futuro, ¿por qué temer? La esperanza del cristiano consiste por tanto en aspirar «al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1817).

El camino hacia la gran esperanza

Jesús, del mismo modo que un día encontró al joven Pablo, quiere encontrarse con cada uno de vosotros, queridos jóvenes. Sí, antes que un deseo nuestro, este encuentro es un deseo ardiente de Cristo. Pero alguno de vosotros me podría preguntar: ¿Cómo puedo encontrarlo yo, hoy? O más bien, ¿de qué forma Él viene hacia mí? La Iglesia nos enseña que el deseo de encontrar al Señor es ya fruto de su gracia. Cuando en la oración expresamos nuestra fe, incluso en la oscuridad lo encontramos, porque Él se nos ofrece. La oración perseverante abre el corazón para acogerlo, como explica san Agustín: «Nuestro Dios y Señor [...] pretende ejercitar con la oración nuestros deseos, y así prepara la capacidad para recibir lo que nos ha de dar» (*Carta* 130,8,17). La oración es don del Espíritu que nos hace hombres y mujeres de esperanza, y rezar mantiene el mundo abierto a Dios (cf. *Enc. Spe salvi*, 34).

Dad espacio en vuestra vida a la oración. Está bien rezar solos, pero es más hermoso y fructuoso rezar juntos, porque el Señor nos ha asegurado su presencia cuando dos o tres se reúnen en su nombre (cf. *Mt*

18,20). Hay muchas formas para familiarizarse con Él; hay experiencias, grupos y movimientos, encuentros e itinerarios para aprender a rezar y de esta forma crecer en la experiencia de fe. Participad en la liturgia en vuestras parroquias y alimentaos abundantemente de la Palabra de Dios y de la participación activa en los sacramentos. Como sabéis, culmen y centro de la existencia y de la misión de todo creyente y de cada comunidad cristiana es la Eucaristía, sacramento de salvación en el que Cristo se hace presente y ofrece como alimento espiritual su mismo Cuerpo y Sangre para la vida eterna. ¡Misterio realmente inefable! Alrededor de la Eucaristía nace y crece la Iglesia, la gran familia de los cristianos, en la que se entra con el Bautismo y en la que nos renovamos constantemente por el sacramento de la Reconciliación. Los bautizados, además, reciben mediante la Confirmación la fuerza del Espíritu Santo para vivir como auténticos amigos y testigos de Cristo, mientras que los sacramentos del Orden y del Matrimonio los hacen aptos para realizar sus tareas apostólicas en la Iglesia y en el mundo. La Unción de los enfermos, por último, nos hace experimentar el consuelo divino en la enfermedad y en el sufrimiento.

Actuar según la esperanza cristiana

Si os alimentáis de Cristo, queridos jóvenes, y vivís inmersos en Él como el apóstol Pablo, no podréis por menos que hablar de Él, y haréis lo posible para que vuestros amigos y coetáneos lo conozcan y lo amen. Convertidos en sus fieles discípulos, estaréis preparados para contribuir a formar comunidades cristianas impregnadas de amor como aquellas de las que habla el libro de los *Hechos de los Apóstoles*. La Iglesia cuenta con vosotros para esta misión exigente. Que no os hagan retroceder las dificultades y las pruebas que encontréis. Sed pacientes y perseverantes, venciendo la natural tendencia de los jóvenes a la prisa, a querer obtener todo y de inmediato.

Queridos amigos, como Pablo, sed testigos del Resucitado. Dadlo a conocer a quienes, jóvenes o adultos, están en busca de la «gran esperanza» que dé sentido a su existencia. Si Jesús se ha convertido en vuestra esperanza, comunicadlo con vuestro gozo y vuestro compromiso espiritual, apostólico y social. Alcanzados por Cristo, después de haber puesto en Él vuestra fe y de haberle dado vuestra confianza, difundid esta esperanza a vuestro alrededor. Tomad opciones que manifiesten vuestra fe; haced ver que habéis entendido las insidias de la idolatría del dinero, de los bienes materiales, de la carrera y el éxito,

y no os dejéis atraer por estas falsas ilusiones. No cedáis a la lógica del interés egoísta; por el contrario, cultivad el amor al prójimo y haced el esfuerzo de poner os vosotros mismos, con vuestras capacidades humanas y profesionales al servicio del bien común y de la verdad, siempre dispuestos a dar respuesta «a todo el que os pida razón de vuestra esperanza» (1 P 3,15). El auténtico cristiano nunca está triste, aun cuando tenga que afrontar pruebas de distinto tipo, porque la presencia de Jesús es el secreto de su gozo y de su paz.

María, Madre de la esperanza

San Pablo es para vosotros un modelo de este itinerario de vida apostólica. Él alimentó su vida de fe y esperanza constantes, siguiendo el ejemplo de Abraham, del cual escribió en la *Carta a los Romanos*: «Creyó, contra toda esperanza, que llegaría a ser padre de muchas naciones» (4,18). Sobre estas mismas huellas del pueblo de la esperanza – formado por los profetas y por los santos de todos los tiempos– nosotros continuamos avanzando hacia la realización del Reino, y en nuestro camino espiritual nos acompaña la Virgen María, Madre de la Esperanza. Ella, que encarnó la esperanza de Israel, que donó al mundo el Salvador y permaneció, firme en la esperanza, al pie de la cruz, es para nosotros modelo y apoyo. Sobre todo, María intercede por nosotros y nos guía en la oscuridad de nuestras dificultades hacia el alba radiante del encuentro con el Resucitado. Quisiera concluir este mensaje, queridos jóvenes amigos, haciendo mía una bella y conocida exhortación de San Bernardo inspirada en el título de María *Stella maris*, Estrella del mar: «Cualquiera que seas el que en la impetuosa corriente de este siglo te miras, fluctuando entre borrascas y tempestades más que andando por tierra, ¡no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si quieres no ser oprimido de las borrascas! Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas con los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, llama a María... En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María... Siguiéndola, no te desviarás; rogándole, no desesperarás; pensando en ella, no te perderás. Si ella te tiene de la mano no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás si es tu guía; llegarás felizmente al puerto si ella te es propicia» (*Homilias en alabanza de la Virgen Madre*, 2,17).

María, Estrella del mar, guía a los jóvenes de todo el mundo al encuentro con tu divino Hijo Jesús, y sé tú la celeste guardiana de su fidelidad al Evangelio y de su esperanza.

Al mismo tiempo que os aseguro mi recuerdo cotidiano en la oración por cada uno de vosotros, queridos jóvenes, os bendigo de corazón junto a vuestros seres queridos.

El Domingo de Ramos, 5 de abril de 2009 el Papa Benedicto XVI inicia la XXIV MJM.

HOMILÍA pronunciada en la Misa.

Queridos jóvenes:

Junto con una creciente muchedumbre de peregrinos, Jesús había subido a Jerusalén para la Pascua. En la última etapa del camino, cerca de Jericó, había curado al ciego Bartimeo, que lo había invocado como Hijo de David y suplicado piedad. Ahora que ya podía ver, se había sumado con gratitud al grupo de los peregrinos. Cuando a las puertas de Jerusalén Jesús montó en un borrico, que simbolizaba el reinado de David, entre los peregrinos explotó espontáneamente la alegre certeza: Es él, el Hijo de David. Y saludan a Jesús con la aclamación mesiánica: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!»; y añaden: «¡Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David! ¡Hosanna en el cielo!», (*Mc* 11, 9s). No sabemos cómo se imaginaban exactamente los peregrinos entusiastas el reino de David que llega. Pero nosotros, ¿hemos entendido realmente el mensaje de Jesús, Hijo de David? ¿Hemos entendido lo que es el Reino del que habló al ser interrogado por Pilato? ¿Comprendemos lo que quiere decir que su Reino no es de este mundo? ¿O acaso quisiéramos más bien que fuera de este mundo?

San Juan, en su Evangelio, después de narrar la entrada en Jerusalén, añade una serie de dichos de Jesús, en los que Él explica lo esencial de este nuevo género de reino. A simple vista podemos distinguir en estos textos tres imágenes diversas del reino en las que, aunque de modo diferente, se refleja el mismo misterio. Ante todo, Juan relata que, entre los peregrinos que querían «adorar a Dios» durante la fiesta, había también algunos griegos (cf. 12,20). Fijémonos en que el verdadero objetivo de estos peregrinos era adorar a Dios. Esto concuerda perfectamente con lo que Jesús dice en la purificación del Templo: «Mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos» (*Mc* 11,17). La verdadera meta de la peregrinación ha de ser encontrar a Dios, adorarlo, y así poner en el justo orden la relación de fondo de nuestra vida. Los griegos están en busca de Dios, con su vida están en camino hacia Dios. Ahora, mediante dos Apóstoles de lengua griega, Felipe y Andrés, hacen llegar al Señor esta petición: «Quisiéramos ver a Jesús» (*Jn* 12,21). Son palabras mayo-

res. Queridos amigos, por eso nos hemos reunido aquí: Queremos ver a Jesús. Para eso han ido a Sídney el año pasado miles de jóvenes. Ciertamente, habrán puesto muchas ilusiones en esta peregrinación. Pero el objetivo esencial era éste: Queremos ver a Jesús.

¿Qué dijo, qué hizo Jesús en aquel momento ante esta petición? En el Evangelio no aparece claramente que hubiera un encuentro entre aquellos griegos y Jesús. La vista de Jesús va mucho más allá. El núcleo de su respuesta a la solicitud de aquellas personas es: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (*Jn 12,24*). Y esto quiere decir: ahora no tiene importancia un coloquio más o menos breve con algunas personas, que después vuelven a casa. Vendré al encuentro del mundo de los griegos como grano de trigo muerto y resucitado, de manera totalmente nueva y por encima de los límites del momento. Por su resurrección, Jesús supera los límites del espacio y del tiempo. Como Resucitado, recorre la inmensidad del mundo y de la historia. Sí, como Resucitado, va a los griegos y habla con ellos, se les manifiesta, de modo que ellos, los lejanos, se convierten en cercanos y, precisamente en su lengua, en su cultura, la palabra de Jesús irá avanzando y será entendida de un modo nuevo: así viene su Reino. Por tanto, podemos reconocer dos características esenciales de este Reino. La primera es que este Reino pasa por la cruz. Puesto que Jesús se entrega totalmente, como Resucitado puede pertenecer a todos y hacerse presente a todos. En la sagrada Eucaristía recibimos el fruto del grano de trigo que muere, la multiplicación de los panes que continúa hasta el fin del mundo y en todos los tiempos. La segunda característica dice: su Reino es universal. Se cumple la antigua esperanza de Israel: esta realeza de David ya no conoce fronteras. Se extiende «de mar a mar», como dice el profeta Zacarías (9,10), es decir, abarca todo el mundo. Pero esto es posible sólo porque no es la soberanía de un poder político, sino que se basa únicamente en la libre adhesión del amor; un amor que responde al amor de Jesucristo, que se ha entregado por todos. Pienso que siempre hemos de aprender de nuevo ambas cosas. Ante todo, la universalidad, la catolicidad. Ésta significa que nadie puede considerarse a sí mismo, a su cultura a su tiempo y su mundo como absoluto. Y eso requiere que todos nos acojamos recíprocamente, renunciando a algo nuestro. La universalidad incluye el misterio de la cruz, la superación de sí mismos, la obediencia a la palabra de Jesucristo, que es común, en la común Iglesia. La univer-

salidad es siempre una superación de sí mismos, renunciar a algo personal. La universalidad y la cruz van juntas. Sólo así se crea la paz.

La palabra sobre el grano de trigo que muere sigue formando parte de la respuesta de Jesús a los griegos, es su respuesta. Pero, a continuación, Él formula una vez más la ley fundamental de la existencia humana: «El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna» (*Jn* 12,25). Es decir, quien quiere tener su vida para sí, vivir sólo para él mismo, tener todo en puño y explotar todas sus posibilidades, éste es precisamente quien pierde la vida. Ésta se vuelve tediosa y vacía. Solamente en el abandono de sí mismo, en la entrega desinteresada del yo en favor del tú, en el «sí» a la vida más grande, la vida de Dios, nuestra vida se ensancha y engrandece. Así, este principio fundamental que el Señor establece es, en último término, simplemente idéntico al principio del amor. En efecto, el amor significa dejarse a sí mismo, entregarse, no querer poseerse a sí mismo, sino liberarse de sí: no replegarse sobre sí mismo –¡qué será de mí!– sino mirar adelante, hacia el otro, hacia Dios y hacia los hombres que Él pone a mi lado. Y este principio del amor, que define el camino del hombre, es una vez más idéntico al misterio de la cruz, al misterio de muerte y resurrección que encontramos en Cristo. Queridos amigos, tal vez sea relativamente fácil aceptar esto como gran visión fundamental de la vida. Pero, en la realidad concreta, no se trata simplemente de reconocer un principio, sino de vivir su verdad, la verdad de la cruz y la resurrección. Y por ello, una vez más, no basta una única gran decisión. Indudablemente, es importante, esencial, lanzarse a la gran decisión fundamental, al gran «sí» que el Señor nos pide en un determinado momento de nuestra vida. Pero el gran «sí» del momento decisivo en nuestra vida –el «sí» a la verdad que el Señor nos pone delante– ha de ser después reconquistado cotidianamente en las situaciones de todos los días en las que, una y otra vez, hemos de abandonar nuestro yo, ponernos a disposición, aun cuando en el fondo quisiéramos más bien aferrarnos a nuestro yo. También el sacrificio, la renuncia, son parte de una vida recta. Quien promete una vida sin este continuo y renovado don de sí mismo, engaña a la gente. Sin sacrificio, no existe una vida lograda. Si echo una mirada retrospectiva sobre mi vida personal, tengo que decir que precisamente los momentos en que he dicho «sí» a una renuncia han sido los momentos grandes e importantes de mi vida.

Finalmente, san Juan ha recogido también en su relato de los dichos del Señor para el «Domingo de Ramos» una forma modificada de la

oración de Jesús en el Huerto de los Olivos. Ante todo una afirmación: «Mi alma está agitada» (12,27). Aquí aparece el pavor de Jesús, ampliamente descrito por los otros tres evangelistas: su terror ante el poder de la muerte, ante todo el abismo de mal que ve, y al cual debe bajar. El Señor sufre nuestras angustias junto con nosotros, nos acompaña a través de la última angustia hasta la luz. En Juan, siguen después dos súplicas de Jesús. La primera formulada sólo de manera condicional: «¿Qué diré? Padre, líbrame de esta hora» (12,27). Como ser humano, también Jesús se siente impulsado a rogar que se le libre del terror de la pasión. También nosotros podemos orar de este modo. También nosotros podemos lamentarnos ante el Señor, como Job, presentarle todas las nuestras peticiones que surgen en nosotros frente a la injusticia en el mundo y las trabas de nuestro propio yo. Ante Él, no hemos de refugiarnos en frases piadosas, en un mundo ficticio. Orar siempre significa luchar también con Dios y, como Jacob, podemos decirle: «no te soltaré hasta que me bendigas» (*Gn* 32,27). Pero luego viene la segunda petición de Jesús: «Glorifica tu nombre» (*Jn* 12,28). En los sinópticos, este ruego se expresa así: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (*Lc* 22,42). Al final, la gloria de Dios, su señoría, su voluntad, es siempre más importante y más verdadera que mi pensamiento y mi voluntad. Y esto es lo esencial en nuestra oración y en nuestra vida: aprender este orden justo de la realidad, aceptarlo íntimamente; confiar en Dios y creer que Él está haciendo lo que es justo; que su voluntad es la verdad y el amor; que mi vida se hace buena si aprendo a ajustarme a este orden. Vida, muerte y resurrección de Jesús, son para nosotros la garantía de que verdaderamente podemos fiarnos de Dios. De este modo se realiza su Reino.

Queridos amigos. Al término de esta liturgia, los jóvenes de Australia entregarán la Cruz de la Jornada Mundial de la Juventud a sus coetáneos de España. La Cruz está en camino de una a otra parte del mundo, de mar a mar. Y nosotros la acompañamos. Avancemos con ella por su camino y así encontraremos nuestro camino. Cuando tocamos la Cruz, más aún, cuando la llevamos, tocamos el misterio de Dios, el misterio de Jesucristo: el misterio de que Dios ha tanto amado al mundo, a nosotros, que entregó a su Hijo único por nosotros (cf. *Jn* 3,16). Toquemos el misterio maravilloso del amor de Dios, la única verdad realmente redentora. Pero hagamos nuestra también la ley fundamental, la norma constitutiva de nuestra vida, es decir, el hecho que sin el «sí» a la Cruz, sin caminar día tras día en comunión con Cristo, no se puede lograr la vida. Cuanto más renunciemos a algo por amor de la gran verdad y el gran

amor –por amor de la verdad y el amor de Dios–, tanto más grande y rica se hace la vida. Quien quiere guardar su vida para sí mismo, la pierde. Quien da su vida –cotidianamente, en los pequeños gestos que forman parte de la gran decisión–, la encuentra. Esta es la verdad exigente, pero también profundamente bella y liberadora, en la que queremos entrar paso a paso durante el camino de la Cruz por los continentes. Que el Señor bendiga este camino. Amén.

ÁNGELUS

Ayer, 4 de abril, se celebró la cuarta Jornada proclamada por la Organización de las Naciones Unidas para sensibilizar sobre el problema de las minas antipersonales. A diez años de la entrada en vigor de la Convención sobre la eliminación de estos artefactos explosivos, y después de la reciente apertura a la firma de la Convención para la prohibición de las bombas de racimo, deseo animar a los países que aún no lo han hecho a firmar sin demora estos importantes instrumentos del derecho internacional humanitario, que la Santa Sede ha apoyado siempre. Expreso también mi apoyo a cualquier medida encaminada a asegurar la asistencia necesaria a las víctimas de esas armas devastadoras.

Además, quiero recordar con gran pena a nuestros hermanos y hermanas africanos que hace unos días encontraron la muerte en el mar Mediterráneo mientras intentaban llegar a Europa. No podemos resignarnos a estas tragedias que, por desgracia, se repiten desde hace tiempo. Las dimensiones de este fenómeno hacen que sean cada vez más urgentes estrategias coordinadas entre la Unión europea y los Estados africanos, así como la adopción de medidas adecuadas de carácter humanitario, para impedir que estos inmigrantes recurran a traficantes sin escrúpulos. A la vez que rezo por las víctimas, para que el Señor las acoja en su paz, quiero destacar que este problema, agravado ulteriormente por la crisis global, sólo tendrá solución cuando las poblaciones africanas, con la ayuda de la comunidad internacional, puedan salir de la miseria y de las guerras.

Dirijo ahora un saludo particular a los 150 delegados –obispos, sacerdotes y laicos– que en los días pasados han participado en el encuentro internacional sobre las Jornadas mundiales de la juventud, organizado por el Consejo pontificio para los laicos. Así comienza el camino de preparación para el próximo encuentro mundial de los jóvenes, que tendrá lugar en agosto de 2011 en Madrid y para el cual ya indiqué el tema: «Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe

(cf. *Col 2, 7*)». Como es tradición, los jóvenes australianos entregarán dentro de poco a los jóvenes españoles la cruz de las Jornadas mundiales de la juventud, la «cruz peregrina», que lleva a todos los jóvenes de la tierra el mensaje del amor de Cristo. Este «paso del testigo» asume un valor altamente simbólico, con el que expresamos inmensa gratitud a Dios por los dones recibidos en el gran encuentro de Sídney y por los que quiera concedernos en el de Madrid. Mañana la cruz, acompañada por el icono de la Virgen María, partirá hacia la capital



JMJ 2009.

española, y allí estará presente en la gran procesión del Viernes santo. A continuación, comenzará una larga peregrinación que, a través de las diócesis de España, la llevará de vuelta a Madrid en el verano de 2011. Que esta cruz y este icono de María sean para todos signo del amor invencible de Cristo y de la Madre suya y nuestra.

(en inglés) Saludo a todos los peregrinos y visitantes de lengua inglesa en este Domingo de Ramos, en el que recordamos la humilde entrada en Jerusalén de Jesús, nuestro Rey y Mesías. Con recuerdos muy vivos de mi visita a Sídney para la Jornada mundial de la juventud, saludo al cardenal George Pell, arzobispo de Sídney, y a los monseñores Anthony Fisher y Julian Porteous, obispos auxiliares de Sídney, que están aquí con un grupo numeroso de jóvenes australianos para entregar a sus coetáneos de Madrid la cruz de las Jornadas mundiales de la juventud y el icono de la Virgen. Que los grandes acontecimientos de Semana santa fortalezcan vuestra fe y os impulsen a ser testigos humildes de la caridad. Sobre cada uno de vosotros y sobre vuestras familias invoco las bendiciones divinas de paz y sabiduría.

(en castellano) Saludo a los peregrinos de lengua española, en particular al cardenal Antonio María Rouco Varela, arzobispo de Madrid, y a los numerosos jóvenes venidos a recoger la cruz para la Jornada mundial de la juventud del año 2011, en Madrid. Hoy, que hemos acompañado con el júbilo de los ramos a Jesús en su entrada en Jerusalén, invito a todos a llevarlo muy dentro del corazón, para reconocerlo también en el árbol salvador de la cruz y celebrar así con inmenso gozo la gloria de su resurrección. ¡Feliz domingo! ¡Feliz Semana santa!

XXV JMJ

ROMA, 28 DE MARZO DE 2010

TEMA: «MAESTRO BUENO, ¿QUÉ HARÉ PARA HEREDAR LA VIDA ETERNA?» (Mc 10, 17)

La XXV JMJ tuvo lugar el Domingo de Ramos, 28 de marzo de 2010 en Roma. **MENSAJE** enviado por el Papa Benedicto XVI, el 22 de febrero de 2010 para la XXV JMJ

Queridos amigos:

Este año celebramos el 25 Aniversario de la institución de la Jornada Mundial de la Juventud, querida por el Siervo de Dios Juan Pablo II como una cita anual de los jóvenes creyentes de todo el mundo. Fue una iniciativa profética que ha dado abundantes frutos, ofreciendo a las nuevas generaciones la oportunidad de encontrarse, de ponerse a la escucha de la Palabra de Dios, de descubrir la belleza de la Iglesia y de vivir experiencias fuertes de fe, que han llevado a muchos a la decisión de entregarse totalmente a Cristo.

Esta XXV Jornada representa una etapa hacia el próximo Encuentro Mundial de jóvenes, que tendrá lugar en agosto de 2011 en Madrid, con la esperanza de que seáis muchos los que podáis vivir este evento de gracia.

Para prepararnos a esta celebración, quisiera proponeros algunas reflexiones sobre el tema de este año, tomado del pasaje evangélico del encuentro de Jesús con el joven rico: «*Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?*» (Mc 10,17). Un tema que ya trató, en 1985, el Papa San Juan Pablo II en una Carta bellísima, la primera dirigida a los jóvenes.

1. *Jesús encuentra a un joven*

«*Cuando salía Jesús al camino, –cuenta el Evangelio de San Marcos– se le acercó uno corriendo, se arrodilló y le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?».* Jesús le con-

testó: «¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno mas que Dios. Ya sabes los mandamientos: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre». Él replicó: «Maestro, todo eso lo he cumplido desde pequeño». Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo: «Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres –así tendrás un tesoro en el cielo–, y luego sígueme». Ante estas palabras, él frunció el ceño y se marchó pesaroso, porque era muy rico» (Mc 10, 17-22).

Esta narración expresa de manera eficaz la gran atención de Jesús hacia los jóvenes, hacia vosotros, hacia vuestras ilusiones, vuestras esperanzas, y pone de manifiesto su gran deseo de encontraros personalmente y de dialogar con cada uno de vosotros. De hecho, Cristo interrumpe su camino para responder a la pregunta de su interlocutor, manifestando una total disponibilidad hacia aquel joven que, movido por un ardiente deseo de hablar con el «Maestro bueno», quiere aprender de Él a recorrer el camino de la vida. Con este pasaje evangélico, mi Predecesor quería invitar a cada uno de vosotros a «desarrollar el propio coloquio con Cristo, un coloquio que es de importancia fundamental y esencial para un joven» (*Carta a los jóvenes*, n. 2).

2. Jesús lo miró y lo amó

En la narración evangélica, San Marcos subraya como «Jesús se le quedó mirando con cariño» (Mc 10,21). La mirada del Señor es el centro de este especialísimo encuentro y de toda la experiencia cristiana. De hecho lo más importante del cristianismo no es una moral, sino la experiencia de Jesucristo, que nos ama personalmente, seamos jóvenes o ancianos, pobres o ricos; que nos ama incluso cuando le volvemos la espalda.

Comentando esta escena, el Papa San Juan Pablo II añadía, dirigiéndose a vosotros, jóvenes: «¡Deseo que experimentéis una mirada así! ¡Deseo que experimentéis la verdad de que Cristo os mira con amor!» (*Carta a los jóvenes*, n. 7). Un amor, que se manifiesta en la Cruz de una manera tan plena y total, que san Pablo llegó a escribir con asombro: «me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Ga 2,20). «La conciencia de que el Padre nos ha amado siempre en su Hijo, de que Cristo ama a cada uno y siempre, –sigue escribiendo el Papa San Juan Pablo II–, se convierte en un sólido punto de apoyo para toda nuestra existencia humana» (*Carta a los jóvenes*, n. 7), y nos hace

superar todas las pruebas: el descubrimiento de nuestros pecados, el sufrimiento, la falta de confianza.

En este amor se encuentra la fuente de toda la vida cristiana y la razón fundamental de la evangelización: si realmente hemos encontrado a Jesús, ¿no podemos renunciar a dar testimonio de él ante quienes todavía no se han cruzado con su mirada!

3. *El descubrimiento del proyecto de vida*

En el joven del evangelio podemos ver una situación muy parecida a la de cada uno de vosotros. También vosotros sois ricos de cualidades, de energías, de sueños, de esperanzas: ¡recursos que tenéis en abundancia! Vuestra misma edad constituye una gran riqueza, no sólo para vosotros, sino también para los demás, para la Iglesia y para el mundo.

El joven rico le pregunta a Jesús: «¿Qué tengo que hacer?». La etapa de la vida en la que estáis es un tiempo de descubrimiento: de los dones que Dios os ha dado y de vuestras propias responsabilidades. También es tiempo de opciones fundamentales para construir vuestro proyecto de vida. Por tanto, es el momento de interrogaros sobre el sentido auténtico de la existencia y de preguntaros: «¿Estoy satisfecho de mi vida? ¿Me falta algo?».

Como el joven del evangelio, quizá también vosotros vivís situaciones de inestabilidad, de confusión o de sufrimiento, que os llevan a desear una vida que no sea mediocre y a preguntaros: ¿Qué es una vida plena? ¿Qué tengo que hacer? ¿Cuál puede ser mi proyecto de vida? «¿Qué he de hacer para que mi vida tenga pleno valor y pleno sentido?» (*ibid.*, n. 3).

¡No tengáis miedo a enfrentaros con estas preguntas! Ya que más que causar angustia, expresan las grandes aspiraciones que hay en vuestro corazón. Por eso hay que escucharlas. Esperan respuestas que no sean superficiales, sino capaces de satisfacer vuestras auténticas esperanzas de vida y de felicidad.

Para descubrir el proyecto de vida que realmente os puede hacer felices, poneos a la escucha de Dios, que tiene un designio de amor para cada uno de vosotros. Decidle con confianza: «Señor, ¿cuál es tu designio de Creador y de Padre sobre mi vida? ¿Cuál es tu voluntad? Yo deseo cumplirla». Tened la seguridad de que os responderá. ¡No tengáis miedo de su respuesta! «*Dios es mayor que nuestra conciencia y lo sabe todo*» (1 Jn 3,20).

4. *¡Ven y sígueme!*

Jesús invita al joven rico a ir mucho más allá de la satisfacción de sus aspiraciones y proyectos personales, y le dice: «¡Ven y sígueme!». La vocación cristiana nace de una propuesta de amor del Señor, y sólo puede realizarse gracias a una respuesta de amor: «Jesús invita a sus discípulos a la entrega total de su vida, sin cálculo ni interés humano, con una confianza sin reservas en Dios. Los santos aceptan esta exigente invitación y emprenden, con humilde docilidad, el seguimiento de Cristo crucificado y resucitado. Su perfección, en la lógica de la fe a veces humanamente incomprensible, consiste en no ponerse ellos mismos en el centro, sino en optar por ir contracorriente viviendo según el Evangelio» (Benedicto XVI, *Homilía* en ocasión de las canonizaciones, 11 de octubre de 2009).

Siguiendo el ejemplo de tantos discípulos de Cristo, también vosotros, queridos amigos, acoged con alegría la invitación al seguimiento, para vivir intensamente y con fruto en este mundo. En efecto, con el bautismo, Él llama a cada uno a seguirle con acciones concretas, a amarle sobre todas las cosas y a servirle en los hermanos. El joven rico, desgraciadamente, no acogió la invitación de Jesús y se fue triste. No tuvo el valor de desprenderse de los bienes materiales para encontrar el bien más grande que le ofrecía Jesús.

La tristeza del joven rico del evangelio es la que nace en el corazón de cada uno cuando no se tiene el valor de seguir a Cristo, de tomar la opción justa. ¡Pero nunca es demasiado tarde para responderle!

Jesús nunca se cansa de dirigir su mirada de amor y de llamar a ser sus discípulos, pero a algunos les propone una opción más radical. En este Año Sacerdotal, quisiera invitar a los jóvenes y adolescentes a estar atentos por si el Señor les invita a recibir un don más grande, en la vida del Sacerdocio ministerial, y a estar dispuestos a acoger con generosidad y entusiasmo este signo de especial predilección, iniciando el necesario camino de discernimiento con un sacerdote, con un director espiritual. No tengáis miedo, queridos jóvenes y queridas jóvenes, si el Señor os llama a la vida religiosa, monástica, misionera o de una especial consagración: ¡Él sabe dar un gozo profundo a quien responde con generosidad!

También invito, a quienes sienten la vocación al matrimonio, a acogerla con fe, comprometiéndose a poner bases sólidas para vivir un amor grande, fiel y abierto al don de la vida, que es riqueza y gracia para la sociedad y para la Iglesia.

5. *Orientados hacia la vida eterna*

«¿Qué haré para heredar la vida eterna?». Esta pregunta del joven del Evangelio parece lejana de las preocupaciones de muchos jóvenes contemporáneos, porque, como observaba mi Predecesor, «¿no somos nosotros la generación a la que el mundo y el progreso temporal llenan completamente el horizonte de la existencia?» (*Carta a los jóvenes*, n. 5). Pero la pregunta sobre la «vida eterna» aparece en momentos particularmente dolorosos de la existencia, cuando sufrimos la pérdida de una persona cercana o cuando vivimos la experiencia del fracaso.

Pero, ¿qué es la «vida eterna» de la que habla el joven rico? Nos contesta Jesús cuando, dirigiéndose a sus discípulos, afirma: «*volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría*» (*Jn 16,22*). Son palabras que indican una propuesta rebosante de felicidad sin fin, del gozo de ser colmados por el amor divino para siempre.

Plantearse el futuro definitivo que nos espera a cada uno de nosotros da sentido pleno a la existencia, porque orienta el proyecto de vida hacia horizontes no limitados y pasajeros, sino amplios y profundos, que llevan a amar el mundo, que tanto ha amado Dios, a dedicarse a su desarrollo, pero siempre con la libertad y el gozo que nacen de la fe y de la esperanza. Son horizontes que ayudan a no absolutizar la realidad terrena, sintiendo que Dios nos prepara un horizonte más grande, y a repetir con san Agustín: «Deseamos juntos la patria celeste, suspiramos por la patria celeste, sintámonos peregrinos aquí abajo» (*Comentario al Evangelio de San Juan*, Homilía 35, 9). Teniendo fija la mirada en la vida eterna, el beato Pier Giorgio Frassati, que falleció en 1925 a la edad de 24 años, decía: «¡Quiero vivir y no ir tirando!» y sobre la foto de una subida a la montaña, enviada a un amigo, escribía: «Hacia lo alto», aludiendo a la perfección cristiana, pero también a la vida eterna.

Queridos jóvenes, os invito a no olvidar esta perspectiva en vuestro proyecto de vida: estamos llamados a la eternidad. Dios nos ha creado para estar con Él, para siempre. Esto os ayudará a dar un sentido pleno a vuestras opciones y a dar calidad a vuestra existencia.

6. *Los mandamientos, camino del amor auténtico*

Jesús le recuerda al joven rico los diez mandamientos, como condición necesaria para «heredar la vida eterna». Son un punto de referencia esencial para vivir en el amor, para distinguir claramente entre el bien y el mal, y construir un proyecto de vida sólido y duradero. Jesús os

pregunta, también a vosotros, si conocéis los mandamientos, si os preocupáis de formar vuestra conciencia según la ley divina y si los ponéis en práctica.

Es verdad, se trata de preguntas que van contracorriente respecto a la mentalidad actual que propone una libertad desvinculada de valores, de reglas, de normas objetivas, y que invita a rechazar todo lo que suponga un límite a los deseos momentáneos. Pero este tipo de propuesta, en lugar de conducir a la verdadera libertad, lleva a la persona a ser esclava de sí misma, de sus deseos inmediatos, de los ídolos como el poder, el dinero, el placer desenfrenado y las seducciones del mundo, haciéndola incapaz de seguir su innata vocación al amor.

Dios nos da los mandamientos porque nos quiere educar en la verdadera libertad, porque quiere construir con nosotros un reino de amor, de justicia y de paz. Escucharlos y ponerlos en práctica no significa alienarse, sino encontrar el auténtico camino de la libertad y del amor, porque los mandamientos no limitan la felicidad, sino que indican cómo encontrarla. Jesús, al principio del diálogo con el joven rico, recuerda que la ley dada por Dios es buena, porque «Dios es bueno».

7. *Os necesitamos*

Quien vive hoy la condición juvenil tiene que afrontar muchos problemas derivados de la falta de trabajo, de la falta de referentes e ideales ciertos y de perspectivas concretas para el futuro. A veces se puede tener la sensación de impotencia frente a las crisis y a las desorientaciones actuales. A pesar de las dificultades, ¡no os desaniméis, ni renunciéis a vuestros sueños! Al contrario, cultivad en el corazón grandes deseos de fraternidad, de justicia y de paz. El futuro está en las manos de quienes saben buscar y encontrar razones fuertes de vida y de esperanza. Si queréis, el futuro está en vuestras manos, porque los dones y las riquezas que el Señor ha puesto en el corazón de cada uno de vosotros, moldeados por el encuentro con Cristo, ¡pueden ofrecer la auténtica esperanza al mundo! La fe en su amor os hará fuertes y generosos, y os dará la fuerza para afrontar con serenidad el camino de la vida y para asumir las responsabilidades familiares y profesionales. Comprometeos a construir vuestro futuro siguiendo proyectos serios de formación personal y de estudio, para servir con competencia y generosidad al bien común.

En mi reciente Carta encíclica *–Caritas in veritate–* sobre el desarrollo humano integral, he enumerado algunos grandes retos actua-

les, que son urgentes y esenciales para la vida de este mundo: el uso de los recursos de la tierra y el respeto de la ecología, la justa distribución de los bienes y el control de los mecanismos financieros, la solidaridad con los países pobres en el ámbito de la familia humana, la lucha contra el hambre en el mundo, la promoción de la dignidad del trabajo humano, el servicio a la cultura de la vida, la construcción de la paz entre los pueblos, el diálogo interreligioso, el buen uso de los medios de comunicación social.

Son retos a los que estáis llamados a responder para construir un mundo más justo y fraterno. Son retos que requieren un proyecto de vida exigente y apasionante, en el que emplear toda vuestra riqueza según el designio que Dios tiene para cada uno de vosotros. No se trata de realizar gestos heroicos ni extraordinarios, sino de actuar haciendo fructificar los propios talentos y las propias posibilidades, comprometiéndose a progresar constantemente en la fe y en el amor.

En este Año Sacerdotal, os invito a conocer la vida de los santos, sobre todo la de los santos sacerdotes. Veréis que Dios los ha guiado y que han encontrado su camino día tras día, precisamente en la fe, la esperanza y el amor. Cristo os llama a cada uno de vosotros a un compromiso con Él y a asumir las propias responsabilidades para construir la civilización del amor. Si seguís su palabra, también vuestro camino se iluminará y os conducirá a metas altas, que colman de alegría y plenitud la vida.

Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, os acompañe con su protección. Os aseguro mi recuerdo en la oración y con gran afecto os bendigo.

El Domingo de Ramos, 28 de marzo de 2010, el Papa Benedicto XVI inicia la XXV JMJ.

HOMILÍA pronunciada en la Misa.

Queridos jóvenes:

El Evangelio de la bendición de los ramos, que hemos escuchado reunidos aquí en la plaza de San Pedro, comienza diciendo que «Jesús marchaba por delante subiendo a Jerusalén» (*Lc* 19, 28). En seguida al inicio de la liturgia de este día, la Iglesia anticipa su respuesta al Evangelio, diciendo: «Sigamos al Señor». Así se expresa claramente el tema del domingo de Ramos. Es el seguimiento. Ser cristianos significa considerar el camino de Cristo como el camino justo para ser hombres, como el camino que lleva a la meta, a una humanidad plenamente realizada y

auténtica. De modo especial, quiero repetir a todos los jóvenes, en esta XXV Jornada mundial de la juventud, que ser cristianos es un camino, o mejor, una peregrinación, un caminar junto a Jesucristo, un caminar en la dirección que él nos ha indicado y nos indica.

Pero ¿de qué dirección se trata? ¿Cómo se encuentra esta dirección? La frase de nuestro Evangelio nos da dos indicaciones al respecto. En primer lugar, dice que se trata de una subida. Esto tiene ante todo un significado muy concreto. Jericó, donde comenzó la última parte de la peregrinación de Jesús, se encuentra a 250 metros bajo el nivel del mar, mientras que Jerusalén –la meta del camino– está a 740-780 metros sobre el nivel del mar: una subida de casi mil metros. Pero este camino exterior es sobre todo una imagen del movimiento interior de la existencia, que se realiza en el seguimiento de Cristo: es una subida a la verdadera altura del ser hombres. El hombre puede escoger un camino cómodo y evitar toda fatiga. También puede bajar, hasta lo vulgar. Puede hundirse en el pantano de la mentira y de la deshonestidad. Jesús camina delante de nosotros y va hacia lo alto. Él nos guía hacia lo que es grande, puro; nos guía hacia el aire saludable de las alturas: hacia la vida según la verdad; hacia la valentía que no se deja intimidar por la charlatanería de las opiniones dominantes; hacia la paciencia que soporta y sostiene al otro. Nos guía hacia la disponibilidad para con los que sufren, con los abandonados; hacia la fidelidad que está de la parte del otro incluso cuando la situación se pone difícil. Guía hacia la disponibilidad a prestar ayuda; hacia la bondad que no se deja desarmar ni siquiera por la ingratitud. Nos lleva hacia el amor, nos lleva hacia Dios.

Jesús «marchaba por delante subiendo a Jerusalén». Si leemos estas palabras del Evangelio en el contexto del camino de Jesús en su conjunto –un camino que prosigue hasta el final de los tiempos– podemos descubrir distintos niveles en la indicación de la meta «Jerusalén». Naturalmente, ante todo debe entenderse simplemente el lugar «Jerusalén»: es la ciudad en la que se encuentra el Templo de Dios, cuya unicidad debía aludir a la unicidad de Dios mismo. Este lugar anuncia, por tanto, dos cosas: por un lado, dice que Dios es uno solo en todo el mundo, supera inmensamente todos nuestros lugares y tiempos; es el Dios al que pertenece toda la creación. Es el Dios al que buscan todos los hombres en lo más íntimo y al que, de alguna manera, también todos conocen. Pero este Dios se ha dado un nombre. Se nos ha dado a conocer: comenzó una historia con los hombres; eligió a un hombre –Abraham– como punto de partida de esta historia. El Dios infinito es al mismo tiempo el Dios

cercano. Él, que no puede ser encerrado en ningún edificio, quiere sin embargo habitar entre nosotros, estar totalmente con nosotros.

Si Jesús junto con el Israel peregrino sube hacia Jerusalén, es para celebrar con Israel la Pascua: el memorial de la liberación de Israel, memorial que al mismo tiempo siempre es esperanza de la libertad definitiva, que Dios dará. Y Jesús va hacia esta fiesta consciente de que él mismo es el Cordero en el que se cumplirá lo que dice al respecto el *libro del Éxodo*: un cordero sin defecto, macho, que al ocaso, ante los ojos de los hijos de Israel, es inmolado «como rito perenne» (cf. *Ex* 12, 5-6.14). Y, por último, Jesús sabe que su camino irá más allá: no acabará en la cruz. Sabe que su camino rasgará el velo entre este mundo y el mundo de Dios; que él subirá hasta el trono de Dios y reconciliará a Dios y al hombre en su cuerpo. Sabe que su cuerpo resucitado será el nuevo sacrificio y el nuevo Templo; que en torno a él, con los ángeles y los santos, se formará la nueva Jerusalén que está en el cielo y, sin embargo, también ya en la tierra, porque con su pasión él abrió la frontera entre cielo y tierra. Su camino lleva más allá de la cima del monte del Templo, hasta la altura de Dios mismo: esta es la gran subida a la cual nos invita a todos. Él permanece siempre con nosotros en la tierra y ya ha llegado a Dios; él nos guía en la tierra y más allá de la tierra.

Así, en la amplitud de la subida de Jesús se hacen visibles las dimensiones de nuestro seguimiento, la meta a la cual él quiere llevarnos: hasta las alturas de Dios, a la comunión con Dios, al estar-con-Dios. Esta es la verdadera meta, y la comunión con él es el camino. La comunión con él es estar en camino, una subida permanente hacia la verdadera altura de nuestra llamada. Caminar junto con Jesús siempre es al mismo tiempo caminar en el «nosotros» de quienes queremos seguirlo. Nos introduce en esta comunidad. Porque el camino hasta la vida verdadera, hasta ser hombres conformes al modelo del Hijo de Dios Jesucristo supera nuestras propias fuerzas; este caminar también significa siempre ser llevados. Nos encontramos, por decirlo así, en una cordada con Jesucristo, junto a él en la subida hacia las alturas de Dios. Él tira de nosotros y nos sostiene. Integramos en esa cordada, aceptar que no podemos hacerla solos, forma parte del seguimiento de Cristo. Forma parte de él este acto de humildad: entrar en el «nosotros» de la Iglesia; aferrarse a la cordada, la responsabilidad de la comunión: no romper la cuerda con la testarudez y la pedantería. El humilde creer con la Iglesia, estar unidos en la cordada de la subida hacia Dios, es una condición esencial del seguimiento. También forma

parte de este ser llamados juntos a la cordada el no comportarse como dueños de la Palabra de Dios, no ir tras una idea equivocada de emancipación. La humildad de «estar-con» es esencial para la subida. También forma parte de ella dejar siempre que el Señor nos tome de nuevo de la mano en los sacramentos; dejarnos purificar y corroborar por él; aceptar la disciplina de la subida, aunque estemos cansados.

Por último, debemos decir también: la cruz forma parte de la subida hacia la altura de Jesucristo, de la subida hasta la altura de Dios mismo. Al igual que en las vicisitudes de este mundo no se pueden alcanzar grandes resultados sin renuncia y duro ejercicio; y al igual que la alegría por un gran descubrimiento del conocimiento o por una verdadera capacidad operativa va unida a la disciplina, más aún, al esfuerzo del aprendizaje, así el camino hacia la vida misma, hacia la realización de la propia humanidad está vinculado a la comunión con Aquel que subió a la altura de Dios mediante la cruz. En último término, la cruz es expresión de lo que el amor significa: sólo se encuentra quien se pierde a sí mismo.

Resumiendo: el seguimiento de Cristo requiere como primer paso despertar la nostalgia por el auténtico ser hombres y, así, despertar para Dios. Requiere también entrar en la cordada de quienes suben, en la comunión de la Iglesia. En el «nosotros» de la Iglesia entramos en comunión con el «tú» de Jesucristo y así alcanzamos el camino hacia Dios. Además, se requiere escuchar la Palabra de Jesucristo y vivirla: con fe, esperanza y amor. Así estamos en camino hacia la Jerusalén definitiva y ya desde ahora, de algún modo, nos encontramos allá, en la comunión de todos los santos de Dios.

Nuestra peregrinación siguiendo a Jesucristo no va hacia una ciudad terrena, sino hacia la nueva ciudad de Dios que crece en medio de este mundo. La peregrinación hacia la Jerusalén terrestre, sin embargo, puede ser también para nosotros, los cristianos, un elemento útil para ese viaje más grande. Yo mismo atribuí a mi peregrinación a Tierra Santa del año pasado tres significados. Ante todo, pensé que a nosotros nos podía suceder en esa ocasión lo que san Juan dice al inicio de su *primera carta*: lo que hemos oído, de alguna manera lo podemos contemplar y tocar con nuestras manos (cf. *1 Jn* 1, 1). La fe en Jesucristo no es una invención legendaria. Se funda en una historia que ha acontecido verdaderamente. Esta historia nosotros, por decirlo así, la podemos contemplar y tocar. Es conmovedor encontrarse en Nazaret en el lugar donde el ángel se apareció a María y le transmitió la misión de convertirse en la Madre del Redentor. Es conmovedor estar en Belén en el lugar donde el

Verbo se hizo carne, vino a habitar entre nosotros; pisar el terreno santo en el cual Dios quiso hacerse hombre y niño. Es conmovedor subir la escalera hacia el Calvario hasta el lugar en el que Jesús murió por nosotros en la cruz. Y, por último, estar ante el sepulcro vacío; rezar donde su cuerpo inerte descansó y donde al tercer día tuvo lugar la resurrección. Seguir los caminos exteriores de Jesús debe ayudarnos a caminar con más alegría y con una nueva certeza por el camino interior que él nos ha indicado y que es él mismo.

Pero cuando vamos a Tierra Santa como peregrinos, también vamos –y este es el segundo aspecto– como mensajeros de la paz, con la oración por la paz; con la fuerte invitación, dirigida a todos, a hacer en aquel lugar, que lleva en su nombre la palabra «paz», todo lo posible a fin de que llegue a ser verdaderamente un lugar de paz. Así esta peregrinación es al mismo tiempo –como tercer aspecto– un aliento para los cristianos a permanecer en el país de sus orígenes y a comprometerse intensamente por la paz allí.

Volvamos una vez más a la liturgia del domingo de Ramos. En la oración con la que se bendicen los ramos de palma rezamos para que en la comunión con Cristo podamos dar fruto de buenas obras. De una interpretación equivocada de san Pablo se desarrolló repetidamente, a lo largo de la historia y también hoy, la opinión de que las buenas obras no forman parte del ser cristianos, de que en cualquier caso son insignificantes para la salvación del hombre. Pero aunque san Pablo dice que las obras no pueden justificar al hombre, con esto no se opone a la importancia del obrar correcto y, a pesar de que habla del fin de la Ley, no declara superados e irrelevantes los diez mandamientos. No es necesario ahora reflexionar sobre toda la amplitud de la cuestión que interesaba al Apóstol. Es importante observar que con el término «Ley» no entiende los diez mandamientos, sino el complejo estilo de vida mediante el cual Israel se debía proteger contra las tentaciones del paganismo. Sin embargo, ahora Cristo ha llevado a Dios a los paganos. A ellos no se les impone esa forma de distinción. Para ellos la Ley es únicamente Cristo. Pero esto significa el amor a Dios y al prójimo y a todo lo que forma parte de ese amor. Forman parte de este amor los mandamientos leídos de un modo nuevo y más profundo a partir de Cristo, los mandamientos que no son sino reglas fundamentales del verdadero amor: ante todo y como principio fundamental la adoración de Dios, la primacía de Dios, que expresan los primeros tres mandamientos. Nos dicen: sin Dios no se logra nada como debe ser. A partir de la persona de Jesucristo sabemos

quién es ese Dios y cómo es. Siguen luego la santidad de la familia (cuarto mandamiento), la santidad de la vida (quinto mandamiento), el ordenamiento del matrimonio (sexto mandamiento), el ordenamiento social (séptimo mandamiento) y, por último, la inviolabilidad de la verdad (octavo mandamiento). Todo esto hoy reviste máxima actualidad y precisamente también en el sentido de san Pablo, si leemos todas sus cartas. «Dar fruto con buenas obras»: al inicio de la Semana santa pidamos al Señor que nos conceda cada vez más a todos este fruto.

Al final del Evangelio para la bendición de los ramos escuchamos la aclamación con la que los peregrinos saludan a Jesús a las puertas de Jerusalén. Son palabras del *Salmo* 118, que originariamente los sacerdotes proclamaban desde la ciudad santa a los peregrinos, pero que, mientras tanto, se había convertido en expresión de la esperanza mesiánica: «Bendito el que viene en nombre del Señor» (*Sal* 118, 26; *Lc* 19, 38). Los peregrinos ven en Jesús al Esperado, al que viene en nombre del Señor, más aún, según el Evangelio de san Lucas, introducen una palabra más: «Bendito el que viene, el rey, en nombre del Señor». Y prosiguen con una aclamación que recuerda el mensaje de los ángeles en Navidad, pero lo modifican de una manera que hace reflexionar. Los ángeles habían hablado de la gloria de Dios en las alturas y de la paz en la tierra para los hombres a los que Dios ama. Los peregrinos en la entrada de la ciudad santa dicen: «Paz en el cielo y gloria en las alturas». Saben muy bien que en la tierra no hay paz. Y saben que el lugar de la paz es el cielo; saben que ser lugar de paz forma parte de la esencia del cielo. Así, esta aclamación es expresión de una profunda pena y, a la vez, es oración de esperanza: que Aquel que viene en nombre del Señor traiga a la tierra lo que está en el cielo. Que su realeza se convierta en la realeza de Dios, presencia del cielo en la tierra. La Iglesia, antes de la consagración eucarística, canta las palabras del *Salmo* con las que se saluda a Jesús antes de su entrada en la ciudad santa: saluda a Jesús como el rey que, al venir de Dios, en nombre de Dios entra en medio de nosotros. Este saludo alegre sigue siendo también hoy súplica y esperanza. Pidamos al Señor que nos traiga el cielo: la gloria de Dios y la paz de los hombres. Entendemos este saludo en el espíritu de la petición del Padre Nuestro: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». Sabemos que el cielo es cielo, lugar de la gloria y de la paz, porque allí reina totalmente la voluntad de Dios. Y sabemos que la tierra no es cielo hasta que en ella se realice la voluntad de Dios. Por tanto, saludemos a Jesús que

viene del cielo y pidámosle que nos ayude a conocer y a hacer la voluntad de Dios. Que la realeza de Dios entre en el mundo y así el mundo se colme del esplendor de la paz. Amén.

ÁNGELUS

Mientras nos preparamos para concluir esta celebración, mi pensamiento no puede menos de dirigirse al domingo de Ramos de hace veinticinco años. Era 1985, que las Naciones Unidas habían declarado «Año de la juventud». El venerable Juan Pablo II quiso aprovechar aquella ocasión y, conmemorando la entrada de Cristo en Jerusalén aclamado por sus jóvenes discípulos, dio inicio a las Jornadas mundiales de la juventud. Desde entonces, el domingo de Ramos ha adquirido esta característica, que cada dos o tres años se manifiesta también en los grandes encuentros mundiales, trazando una especie de peregrinación juvenil a través de todo el mundo en el seguimiento de Jesús. Hace veinticinco años, mi amado predecesor invitó a los jóvenes a profesar su fe en Cristo que «tomó sobre sí mismo la causa del hombre» (*Homilía*, 31 de marzo de 1985, nn. 5, 7: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 7 de abril de 1985, p. 1 y 12). Hoy yo renuevo este llamamiento a la nueva generación a dar testimonio con la fuerza suave y luminosa de la verdad, para que a los hombres y mujeres del tercer milenio no les falte el modelo más auténtico: Jesucristo. Encomiendo este mandato en particular a los trescientos delegados del Foro internacional de jóvenes, que han venido de todas las partes del mundo, convocados por el Consejo pontificio para los laicos.

(en francés) Acoged con alegría la llamada a seguir a Cristo, a amarlo sobre todas las cosas y a servirlo en sus hermanos. No tengáis miedo de responder con generosidad, si os invita a seguirlo en la vida sacerdotal o en la vida religiosa. A lo largo de esta Semana santa, con María, seguid a Jesús que nos lleva hacia la luz de la Resurrección.

(en inglés) Hoy comenzamos la Semana santa, el tiempo de oración y reflexión más intenso de la Iglesia, recordando la acogida que brindaron los jóvenes a Cristo en Jerusalén. Hagamos nuestra su alegría dando la bienvenida a Cristo en nuestra vida. Invoco de buen grado la fuerza y la paz de nuestro Señor Jesucristo sobre vosotros y sobre vuestros seres queridos.

(en alemán) Llenos de alegría, vemos que también en nuestro tiempo muchos jóvenes abren la puerta de su vida a Jesucristo y sin miedo dan testimonio de su Señor y Rey. Que la entrega amorosa de Jesús, que

contemplaremos en los misterios de la Semana santa, nos dé la fuerza para no asustarnos ante las exigencias del seguimiento de Cristo.

(en español) Con la celebración del domingo de Ramos, la Iglesia conmemora la entrada triunfal del Señor en Jerusalén, iniciándose así esta Semana grande y santa, donde celebraremos los misterios de la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor. Os invito, queridos hermanos, a participar con especial fervor en las celebraciones litúrgicas de los próximos días, para experimentar y gozar de la infinita misericordia de Dios, que por amor nos libra del pecado y de la muerte.

(en esloveno) Os deseo que acojáis siempre con entusiasmo a Jesús como Salvador y que lo sigáis, si es necesario incluso con el sufrimiento, hasta la victoria de la resurrección.

(en polaco) Preguntemos también nosotros a Jesús: «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna?» (Mc 10, 17). Que los misterios de la Semana santa, que de modo especial nos muestran el gran amor de Dios al hombre, nos ayuden a encontrar la respuesta adecuada. A todos os deseo que meditéis a fondo la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

(en italiano) Queridos amigos, no temáis cuando seguir a Cristo conlleve incomprendiones y ofensas. Servidlo en las personas más frágiles y desfavorecidas, especialmente en vuestros coetáneos que atraviesan dificultades. A este propósito, deseo asegurar también una oración especial por la Jornada mundial de los portadores de autismo, promovida por la ONU, que se celebrará el próximo 2 de abril.

En este momento, nuestro pensamiento y nuestro corazón se dirigen de manera especial a Jerusalén, donde se realizó el misterio pascual. Me siento profundamente entristecido por los recientes conflictos y tensiones que se han producido una vez más en esa ciudad, que es patria espiritual de cristianos, judíos y musulmanes, profecía y promesa de la reconciliación universal que Dios desea para toda la familia humana. La paz es un don que Dios encomienda a la responsabilidad humana, para que lo cultive mediante el diálogo y el respeto de los derechos de todos, la reconciliación y el perdón. Oremos, por tanto, para que los responsables del destino de Jerusalén emprendan con valentía el camino de la paz y lo sigan con perseverancia.

Queridos hermanos y hermanas, como hizo Jesús con el discípulo Juan, también yo os encomiendo a María, diciéndoos: Ahí tienes a tu madre (cf. Jn 19, 27). A ella nos dirigimos todos con confianza filial, rezando juntos la oración del Ángelus.



JMJ 2010.

XXVI JMJ

MADRID, 18 A 21 DE AGOSTO DE 2011

*TEMA: «ARRAIGADOS Y EDIFICADOS EN CRISTO, FIRMES EN LA FE»
(COL 2, 7)*

La XXVI JMJ se celebra en Madrid, España, en el mes de agosto de 2011, según anunció el Papa en Sídney en 2008.

El Papa Benedicto XVI, el 6 de abril de 2009 se dirigió a un grupo de jóvenes españoles llegados a Roma para recoger la Cruz de la JMJ, presididos por el Cardenal Antonio María Rouco Varela, Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española: Primer obispo de la Iglesia que ha sido dos veces anfitrión del encuentro del Papa con los jóvenes, en 1989, como Arzobispo de Santiago de Compostela también fue anfitrión de la IV JMJ presidida por San Juan Pablo II.

El 14 de septiembre de 2009 el Cardenal Arzobispo de Madrid, Antonio María Rouco Varela, en la festividad de la Exaltación de la Santa Cruz, para celebrar el comienzo de la peregrinación de los jóvenes con la Cruz desde la Catedral de la Almudena hasta el Monasterio de la Encarnación, donde pasó la noche, dijo:



Jóvenes españoles recibiendo la Cruz en el Vaticano, el 6 de abril de 2009.

«Nuestro caminar con la Cruz Gloriosa del Salvador y con el Icono de su Madre Santísima por las calles, plazas y caminos de Madrid y de España ha de estar pues iluminado y transido por la luz y la vida de Cristo: ¡por el amor misericordioso que brota, desbordante, de su Sagrado Corazón! Sólo con Jesucristo, abrazados a su Cruz Gloriosa, abiertos al don de su Espíritu –¡del Espíritu Santo!–, ese ser nuestro de criaturas e hijos de Dios, herido por la rebelión del pecado contra El y su amorosa Voluntad, sanará, se reconstruirá y se capacitará para vivir de ese Amor –¡del Amor de verdad!–. Sólo en El encontrará la sabiduría y la fuerza de la Verdadera Vida».

MENSAJE enviado por el Papa Benedicto XVI el 6 de agosto de 2010 para la XXVI JMJ.

Queridos amigos:

Pienso con frecuencia en la *Jornada Mundial de la Juventud* de Sídney, en el 2008. Allí vivimos una gran fiesta de la fe, en la que el Espíritu de Dios actuó con fuerza, creando una intensa comunión entre los participantes, venidos de todas las partes del mundo. Aquel encuentro, como los precedentes, ha dado frutos abundantes en la vida de muchos jóvenes y de toda la Iglesia. Nuestra mirada se dirige ahora a la próxima Jornada Mundial de la Juventud, que tendrá lugar en Madrid, en el mes de agosto de 2011. Ya en 1989, algunos meses antes de la histórica caída del Muro de Berlín, la peregrinación de los jóvenes hizo un alto en España, en Santiago de Compostela. Ahora, en un momento en que Europa tiene que volver a encontrar sus raíces cristianas, hemos fijado nuestro encuentro en Madrid, con el lema: «*Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe*» (cf. *Col 2, 7*). Os invito a este evento tan importante para la Iglesia en Europa y para la Iglesia universal. Además, quisiera que todos los jóvenes, tanto los que comparten nuestra fe, como los que vacilan, dudan o no creen, puedan vivir esta experiencia, que puede ser decisiva para la vida: la experiencia del Señor Jesús resucitado y vivo, y de su amor por cada uno de nosotros.

1. *En las fuentes de vuestras aspiraciones más grandes*

En cada época, también en nuestros días, numerosos jóvenes sienten el profundo deseo de que las relaciones interpersonales se vivan en la verdad y la solidaridad. Muchos manifiestan la aspiración de construir relaciones auténticas de amistad, de conocer el verdadero amor, de fundar una familia unida, de adquirir una estabilidad personal y una seguri-



Jóvenes durante la primera peregrinación en España llevando la Cruz de la JMJ desde la Catedral de la Almudena al Monasterio de la Encarnación en Madrid, el 14 de septiembre de 2009, Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.



Cruz de la JMJ en el Monasterio de la Encarnación de Madrid el 14 de septiembre de 2009.

dad real, que puedan garantizar un futuro sereno y feliz. Al recordar mi juventud, veo que, en realidad, la estabilidad y la seguridad no son las cuestiones que más ocupan la mente de los jóvenes. Sí, la cuestión del lugar de trabajo, y con ello la de tener el porvenir asegurado, es un problema grande y apremiante, pero al mismo tiempo la juventud sigue siendo la edad en la que se busca una vida más grande. Al pensar en mis años de entonces, sencillamente, no queríamos perdernos en la mediocridad de la vida aburguesada. Queríamos lo que era grande, nuevo. Queríamos encontrar la vida misma en su inmensidad y belleza. Ciertamente, eso dependía también de nuestra situación. Durante la dictadura nacionalsocialista y la guerra, estuvimos, por así decir, «encerrados» por el poder dominante. Por ello, queríamos salir afuera para entrar en la abundancia de las posibilidades del ser hombre. Pero creo que, en cierto sentido, este impulso de ir más allá de lo habitual está en cada generación. Desear algo más que la cotidianidad regular de un empleo seguro y sentir el anhelo de lo que es realmente grande forma parte del ser joven. ¿Se trata sólo de un sueño vacío que se desvanece cuando uno se hace adulto? No, el hombre en verdad está creado para lo que es grande, para el infinito. Cualquier otra cosa es insuficiente. San Agustín tenía razón: nuestro corazón está inquieto, hasta que no descansa en Ti. El deseo de la vida más grande es un signo de que Él nos ha creado, de que llevamos su «huella». Dios es vida, y cada criatura tiende a la vida; en un modo único y especial, la persona humana, hecha a imagen de Dios, aspira al amor, a la alegría y a la paz. Entonces comprendemos que es un contrasentido pretender eliminar a Dios para que el hombre viva. Dios es la fuente de la vida; eliminarlo equivale a separarse de esta fuente e, inevitablemente, privarse de la plenitud y la alegría: «sin el Creador la criatura se diluye» (Con. Ecum. Vaticano. II, Const. *Gaudium et Spes*, 36). La cultura actual, en algunas partes del mundo, sobre todo en Occidente, tiende a excluir a Dios, o a considerar la fe como un hecho privado, sin ninguna relevancia en la vida social. Aunque el conjunto de los valores, que son el fundamento de la sociedad, provenga del Evangelio –como el sentido de la dignidad de la persona, de la solidaridad, del trabajo y de la familia–, se constata una especie de «eclipse de Dios», una cierta amnesia, más aún, un verdadero rechazo del cristianismo y una negación del tesoro de la fe recibida, con el riesgo de perder aquello que más profundamente nos caracteriza.

Por este motivo, queridos amigos, os invito a intensificar vuestro camino de fe en Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo. Vosotros sois el

futuro de la sociedad y de la Iglesia. Como escribía el apóstol Pablo a los cristianos de la ciudad de Colosas, es vital tener raíces y bases sólidas. Esto es verdad, especialmente hoy, cuando muchos no tienen puntos de referencia estables para construir su vida, sintiéndose así profundamente inseguros. El relativismo que se ha difundido, y para el que todo da lo mismo y no existe ninguna verdad, ni un punto de referencia absoluto, no genera verdadera libertad, sino inestabilidad, desconcierto y un conformismo con las modas del momento. Vosotros, jóvenes, tenéis el derecho de recibir de las generaciones que os preceden puntos firmes para hacer vuestras opciones y construir vuestra vida, del mismo modo que una planta pequeña necesita un apoyo sólido hasta que crezcan sus raíces, para convertirse en un árbol robusto, capaz de dar fruto.

2. *Arraigados y edificados en Cristo*

Para poner de relieve la importancia de la fe en la vida de los creyentes, quisiera detenerme en tres términos que san Pablo utiliza en: «*Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe*» (cf. *Col 2, 7*). Aquí podemos distinguir tres imágenes: «arraigado» evoca el árbol y las raíces que lo alimentan; «edificado» se refiere a la construcción; «firme» alude al crecimiento de la fuerza física o moral. Se trata de imágenes muy elocuentes. Antes de comentarlas, hay que señalar que en el texto original las tres expresiones, desde el punto de vista gramatical, están en pasivo: quiere decir, que es Cristo mismo quien toma la iniciativa de arraigar, edificar y hacer firmes a los creyentes.

La primera imagen es la del árbol, firmemente plantado en el suelo por medio de las raíces, que le dan es-



La primera imagen es la del árbol, firmemente plantado en el suelo por medio de las raíces, que le dan es-

Cruz de la JMJ e Icono de la Virgen María en el Primer Monasterio de la Visitación de Santa María en Madrid el 20 de noviembre de 2009.

tabilidad y alimento. Sin las raíces, sería llevado por el viento, y moriría. ¿Cuáles son nuestras raíces? Naturalmente, los padres, la familia y la cultura de nuestro país son un componente muy importante de nuestra identidad. La Biblia nos muestra otra más. El profeta Jeremías escribe: «Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza: será un árbol plantado junto al agua, que junto a la corriente echa raíces; cuando llegue el estío no lo sentirá, su hoja estará verde; en año de sequía no se inquieta, no deja de dar fruto» (*Jer 17, 7-8*). Echar raíces, para el profeta, significa volver a poner su confianza en Dios. De Él viene nuestra vida; sin Él no podríamos vivir de verdad. «Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo» (*1 Jn 5, 11*). Jesús mismo se presenta como nuestra vida (cf. *Jn 14, 6*). Por ello, la fe cristiana no es sólo creer en la verdad, sino sobre todo una relación personal con Jesucristo. El encuentro con el Hijo de Dios proporciona un dinamismo nuevo a toda la existencia. Cuando comenzamos a tener una relación personal con Él, Cristo nos revela nuestra identidad y, con su amistad, la vida crece y se realiza en plenitud. Existe un momento en la juventud en que cada uno se pregunta: ¿qué sentido tiene mi vida, qué finalidad, qué rumbo debo darle? Es una fase fundamental que puede turbar el ánimo, a veces durante mucho tiempo. Se piensa cuál será nuestro trabajo, las relaciones sociales que hay que establecer, qué afectos hay que desarrollar... En este contexto, vuelvo a pensar en mi juventud. En cierto modo, muy pronto tomé conciencia de que el Señor me quería sacerdote. Pero más adelante, después de la guerra, cuando en el seminario y en la universidad me dirigía hacia esa meta, tuve que reconquistar esa certeza. Tuve que preguntarme: ¿es éste de verdad mi camino? ¿Es de verdad la voluntad del Señor para mí? ¿Seré capaz de permanecerle fiel y estar totalmente a disposición de Él, a su servicio? Una decisión así también causa sufrimiento. No puede ser de otro modo. Pero después tuve la certeza: ¡así está bien! Sí, el Señor me quiere, por ello me dará también la fuerza. Escuchándole, estando con Él, llego a ser yo mismo. No cuenta la realización de mis propios deseos, sino su voluntad. Así, la vida se vuelve auténtica.

Como las raíces del árbol lo mantienen plantado firmemente en la tierra, así los cimientos dan a la casa una estabilidad perdurable. Mediante la fe, estamos arraigados en Cristo (cf. *Col 2, 7*), así como una casa está construida sobre los cimientos. En la historia sagrada tenemos numerosos ejemplos de santos que han edificado su vida sobre la Palabra de Dios. El primero Abrahán. Nuestro padre en la fe obedeció a

Dios, que le pedía dejar la casa paterna para encaminarse a un país desconocido. «Abrahán creyó a Dios y se le contó en su haber. Y en otro pasaje se le llama «amigo de Dios»» (St 2, 23). Estar arraigados en Cristo significa responder concretamente a la llamada de Dios, fiándose de Él y poniendo en práctica su Palabra. Jesús mismo reprende a sus discípulos: «¿Por qué me llamáis: «¡Señor, Señor!», y no hacéis lo que digo?» (Lc 6, 46). Y recurriendo a la imagen de la construcción de la casa, añade: «El que se acerca a mí, escucha mis palabras y las pone por obra... se parece a uno que edificaba una casa: cavó, ahondó y puso los cimientos sobre roca; vino una crecida, arremetió el río contra aquella casa, y no pudo tambalearla, porque estaba sólidamente construida» (Lc 6, 47-48).

Queridos amigos, construid vuestra casa sobre roca, como el hombre que «cavó y ahondó». Intentad también vosotros acoger cada día la Palabra de Cristo. Escuchadle como al verdadero Amigo con quien compartir el camino de vuestra vida. Con Él a vuestro lado seréis capaces de afrontar con valentía y esperanza las dificultades, los problemas, también las desilusiones y los fracasos. Continuamente se os presentarán propuestas más fáciles, pero vosotros mismos os daréis cuenta de que se revelan como engañosas, no dan serenidad ni alegría. Sólo la Palabra de Dios nos muestra la auténtica senda, sólo la fe que nos ha sido transmitida es la luz que ilumina el camino. Acoged con gratitud este don espiritual que habéis recibido de vuestras familias y esforzaos por responder con responsabilidad a la llamada de Dios, convirtiéndoos en adultos en la fe. No creáis a los que os digan que no necesitáis a los demás para construir vuestra vida. Apoyaos, en cambio, en la fe de vuestros seres queridos, en la fe de la Iglesia, y agradeced al Señor el haberla recibido y haberla hecho vuestra.

3. Firmes en la fe

Estad «arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (cf. Col 2, 7). La carta de la cual está tomada esta invitación, fue escrita por san Pablo para responder a una necesidad concreta de los cristianos de la ciudad de Colosas. Aquella comunidad, de hecho, estaba amenazada por la influencia de ciertas tendencias culturales de la época, que apartaban a los fieles del Evangelio. Nuestro contexto cultural, queridos jóvenes, tiene numerosas analogías con el de los colosenses de entonces. En efecto, hay una fuerte corriente de pensamiento laicista que quiere apartar a Dios de la vida de las personas y la sociedad, planteando e intentando crear un «pa-

raíso» sin Él. Pero la experiencia enseña que el mundo sin Dios se convierte en un «infierno», donde prevalece el egoísmo, las divisiones en las familias, el odio entre las personas y los pueblos, la falta de amor, alegría y esperanza. En cambio, cuando las personas y los pueblos acogen la presencia de Dios, le adoran en verdad y escuchan su voz, se construye concretamente la civilización del amor, donde cada uno es respetado en su dignidad y crece la comunión, con los frutos que esto conlleva. Hay cristianos que se dejan seducir por el modo de pensar laicista, o son atraídos por corrientes religiosas que les alejan de la fe en Jesucristo. Otros, sin dejarse seducir por ellas, sencillamente han dejado que se enfriara su fe, con las inevitables consecuencias negativas en el plano moral.

El apóstol Pablo recuerda a los hermanos, contagiados por las ideas contrarias al Evangelio, el poder de Cristo muerto y resucitado. Este misterio es el fundamento de nuestra vida, el centro de la fe cristiana. Todas las filosofías que lo ignoran, considerándolo «necedad» (*1 Co 1, 23*), muestran sus límites ante las grandes preguntas presentes en el corazón del hombre. Por ello, también yo, como Sucesor del apóstol Pedro, deseo confirmaros en la fe (cf. *Lc 22, 32*). Creemos firmemente que Jesucristo se entregó en la Cruz para ofrecernos su amor; en su pasión, soportó nuestros sufrimientos, cargó con nuestros pecados, nos consiguió el perdón y nos reconcilió con Dios Padre, abriéndonos el camino de la vida eterna. De este modo, hemos sido liberados de lo que más atena nuestra vida: la esclavitud del pecado, y podemos amar a todos, incluso a los enemigos, y compartir este amor con los hermanos más pobres y en dificultad.

Queridos amigos, la cruz a menudo nos da miedo, porque parece ser la negación de la vida. En realidad, es lo contrario. Es el «sí» de Dios al hombre, la expresión máxima de su amor y la fuente de donde mana la vida eterna. De hecho, del corazón de Jesús abierto en la cruz ha brotado la vida divina, siempre disponible para quien acepta mirar al Crucificado. Por eso, quiero invitaros a acoger la cruz de Jesús, signo del amor de Dios, como fuente de vida nueva. Sin Cristo, muerto y resucitado, no hay salvación. Sólo Él puede liberar al mundo del mal y hacer crecer el Reino de la justicia, la paz y el amor, al que todos aspiramos.

4. *Creer en Jesucristo sin verlo*

En el Evangelio se nos describe la experiencia de fe del apóstol Tomás cuando acoge el misterio de la cruz y resurrección de Cristo. Tomás, uno de los doce apóstoles, siguió a Jesús, fue testigo directo de sus

curaciones y milagros, escuchó sus palabras, vivió el desconcierto ante su muerte. En la tarde de Pascua, el Señor se aparece a los discípulos, pero Tomás no está presente, y cuando le cuentan que Jesús está vivo y se les ha aparecido, dice: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo» (*Jn 20, 25*).

También nosotros quisiéramos poder ver a Jesús, poder hablar con Él, sentir más intensamente aún su presencia. A muchos se les hace hoy difícil el acceso a Jesús. Muchas de las imágenes que circulan de Jesús, y que se hacen pasar por científicas, le quitan su grandeza y la singularidad de su persona. Por ello, a lo largo de mis años de estudio y meditación, fui madurando la idea de transmitir en un libro algo de mi encuentro personal con Jesús, para ayudar de alguna forma a ver, escuchar y tocar al Señor, en quien Dios nos ha salido al encuentro para darse a conocer. De hecho, Jesús mismo, apareciéndose nuevamente a los discípulos después de ocho días, dice a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente» (*Jn 20, 27*). También para nosotros es posible tener un contacto sensible con Jesús, meter, por así decir, la mano en las señales de su Pasión, las señales de su amor. En los Sacramentos, Él se nos acerca en modo particular, se nos entrega. Queridos jóvenes, aprended a «ver», a «encontrar» a Jesús en la Eucaristía, donde está presente y cercano hasta entregarse como alimento para nuestro camino; en el Sacramento de la Penitencia, donde el Señor manifiesta su misericordia ofreciéndonos siempre su perdón. Reconoced y servid a Jesús también en los pobres y enfermos, en los hermanos que están en dificultad y necesitan ayuda.

Entablad y cultivad un diálogo personal con Jesucristo, en la fe. Conocedle mediante la lectura de los Evangelios y del Catecismo de la Iglesia Católica; hablad con Él en la oración, confiad en Él. Nunca os traicionará. «La fe es ante todo una *adhesión personal* del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente *el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado*» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 150). Así podréis adquirir una fe madura, sólida, que no se funda únicamente en un sentimiento religioso o en un vago recuerdo del catecismo de vuestra infancia. Podréis conocer a Dios y vivir auténticamente de Él, como el apóstol Tomás, cuando profesó abiertamente su fe en Jesús: «¡Señor mío y Dios mío!».

5. *Sostenidos por la fe de la Iglesia, para ser testigos*

En aquel momento Jesús exclama: «¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto» (*Jn 20, 29*). Pensaba en el camino de la Iglesia, fundada sobre la fe de los testigos oculares: los Apóstoles. Comprendemos ahora que nuestra fe personal en Cristo, nacida del diálogo con Él, está vinculada a la fe de la Iglesia: no somos creyentes aislados, sino que, mediante el Bautismo, somos miembros de esta gran familia, y es la fe profesada por la Iglesia la que asegura nuestra fe personal. El *Credo* que proclamamos cada domingo en la Eucaristía nos protege precisamente del peligro de creer en un Dios que no es el que Jesús nos ha revelado: «Cada creyente es como un eslabón en la gran cadena de los creyentes. Yo no puedo creer sin ser sostenido por la fe de los otros, y por mi fe yo contribuyo a sostener la fe de los otros» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 166). Agradecemos siempre al Señor el don de la Iglesia; ella nos hace progresar con seguridad en la fe, que nos da la verdadera vida (cf. *Jn 20, 31*).

En la historia de la Iglesia, los santos y mártires han sacado de la cruz gloriosa la fuerza para ser fieles a Dios hasta la entrega de sí mismos; en la fe han encontrado la fuerza para vencer las propias debilidades y superar toda adversidad. De hecho, como dice el apóstol Juan: «¿quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?» (*1 Jn 5, 5*). La victoria que nace de la fe es la del amor. Cuántos cristianos han sido y son un testimonio vivo de la fuerza de la fe que se expresa en la caridad. Han sido artífices de paz, promotores de justicia, animadores de un mundo más humano, un mundo según Dios; se han comprometido en diferentes ámbitos de la vida social, con competencia y profesionalidad, contribuyendo eficazmente al bien de todos. La caridad que brota de la fe les ha llevado a dar un testimonio muy concreto, con la palabra y las obras. Cristo no es un bien sólo para nosotros mismos, sino que es el bien más precioso que tenemos que compartir con los demás. En la era de la globalización, sed testigos de la esperanza cristiana en el mundo entero: son muchos los que desean recibir esta esperanza. Ante la tumba del amigo Lázaro, muerto desde hacía cuatro días, Jesús, antes de volver a llamarlo a la vida, le dice a su hermana Marta: «Si crees, verás la gloria de Dios» (*Jn 11, 40*). También vosotros, si creéis, si sabéis vivir y dar cada día testimonio de vuestra fe, seréis un instrumento que ayudará a otros jóvenes como vosotros a encontrar el sentido y la alegría de la vida, que nace del encuentro con Cristo.

6. *Hacia la Jornada Mundial de Madrid*

Queridos amigos, os reitero la invitación a asistir a la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid. Con profunda alegría, os espero a cada uno personalmente. Cristo quiere afianzaros en la fe por medio de la Iglesia. La elección de creer en Cristo y de seguirle no es fácil. Se ve obstaculizada por nuestras infidelidades personales y por muchas voces que nos sugieren vías más fáciles. No os desaniméis, buscad más bien el apoyo de la comunidad cristiana, el apoyo de la Iglesia. A lo largo de este año, preparaos intensamente para la cita de Madrid con vuestros obispos, sacerdotes y responsables de la pastoral juvenil en las diócesis, en las comunidades parroquiales, en las asociaciones y los movimientos. La calidad de nuestro encuentro dependerá, sobre todo, de la preparación espiritual, de la oración, de la escucha en común de la Palabra de Dios y del apoyo recíproco.

Queridos jóvenes, la Iglesia cuenta con vosotros. Necesita vuestra fe viva, vuestra caridad creativa y el dinamismo de vuestra esperanza. Vuestra presencia renueva la Iglesia, la rejuvenece y le da un nuevo impulso. Por ello, las Jornadas Mundiales de la Juventud son una gracia no sólo para vosotros, sino para todo el Pueblo de Dios. La Iglesia en España se está preparando intensamente para acogeros y vivir la experiencia gozosa de la fe. Agradezco a las diócesis, las parroquias, los santuarios, las comunidades religiosas, las asociaciones y los movimientos eclesiales, que están trabajando con generosidad en la preparación de este evento. El Señor no dejará de bendecirles. Que la Virgen María acompañe este camino de preparación. Ella, al anuncio del Ángel, acogió con fe la Palabra de Dios; con fe consintió que la obra de Dios se cumpliera en ella. Pronunciando su «*fiat*», su «*sí*», recibió el don de una caridad inmensa, que la impulsó a entregarse enteramente a Dios. Que Ella interceda por todos vosotros, para que en la próxima Jornada Mundial podáis crecer en la fe y en el amor. Os aseguro mi recuerdo paterno en la oración y os bendigo de corazón.

CONFERENCIA de prensa durante el vuelo hacia Madrid, el 18 de agosto
Pregunta: Santo Padre, estamos en la XXVI Jornada mundial de la juventud, la decimosegunda celebrada con un gran encuentro mundial. Juan Pablo II, que las instituyó, ahora es beato y es protector oficial de esta JMJ de Madrid. Al inicio de su pontificado, nos preguntábamos si usted continuaría en el surco de su predecesor. Ahora usted está ya en su tercera Jornada mundial, después de la de Colonia y Sídney. ¿Cómo ve el significado de estos

acontecimientos en la «estrategia» pastoral de la Iglesia universal en el tercer milenio?

Respuesta: Queridos amigos, ¡buenos días! Me alegra viajar con vosotros a España para este gran acontecimiento. Después de dos JMJ vividas también personalmente, puedo decir que fue realmente una inspiración la que recibió el Papa San Juan Pablo II cuando creó esta realidad de un gran encuentro de los jóvenes del mundo con el Señor. Diría que estas JMJ son un signo, una cascada de luz, dan visibilidad a la fe, visibilidad a la presencia de Dios en el mundo, y dan así la valentía para ser creyentes. Con frecuencia, los creyentes se sienten aislados en este mundo, casi perdidos. Aquí ven que no están solos, que hay una gran red de fe, una gran comunidad de creyentes en el mundo, que es hermoso vivir en esta amistad universal. Y así, me parece, nacen amistades que superan las fronteras de las diferentes culturas, de los diferentes países. Este nacimiento de una red universal de amistad, que une al mundo con Dios, es una realidad importante para el futuro de la humanidad, para la vida de la humanidad de hoy. Naturalmente la JMJ no puede ser un acontecimiento aislado: forma parte de un camino más grande. Debe ser preparado por este camino de la cruz que transmigra a diferentes países y ya une a los jóvenes con el signo de la cruz y con el maravilloso signo de la imagen de la Virgen. De este modo la preparación de la JMJ, mucho más que una preparación técnica de un acontecimiento con muchos problemas técnicos, naturalmente; es una preparación interior, un ponerse en camino hacia los demás y, juntos, hacia Dios. Y así se crean grupos de amistad. Este contacto universal abre las fronteras de las culturas y de los contrastes humanos y religiosos, y de este modo se convierte en un camino continuo, que después lleva a una nueva cumbre, a una nueva JMJ. En este sentido, me parece que la JMJ debe considerarse como un signo, como parte de un gran camino: crea amistades, abre fronteras y hace visible que es bello estar con Dios, que Dios está con nosotros. En este sentido, queremos seguir con esta gran idea del beato Papa San Juan Pablo II.

Pregunta: Santidad, los tiempos cambian. Europa y el mundo occidental en general viven una crisis económica profunda, que manifiesta también señales de un grave malestar social y moral, de gran incertidumbre para el futuro, particularmente doloroso para los jóvenes. En los días pasados hemos visto, por ejemplo, los sucesos acontecidos en Gran Bretaña, con manifestaciones de rebelión y agresividad. Al mismo tiempo, hay signos de compromiso generoso

y entusiasta, de voluntariado y solidaridad, de jóvenes creyentes y no creyentes. ¿Qué mensajes puede ofrecer la Iglesia para dar esperanza y aliento a los jóvenes del mundo, sobre todo a los que hoy sienten la tentación del desaliento y la rebelión?

Respuesta: Sí. Se confirma en la crisis económica actual lo que ya se ha visto en la gran crisis precedente: que la dimensión ética no es algo exterior a los problemas económicos, sino una dimensión interior y fundamental. La economía no funciona sólo con una auto-reglamentación mercantil, sino que tiene necesidad de una razón ética para funcionar para el hombre. Puede constatarse lo que ya había dicho Juan Pablo II en su primera encíclica social: que el hombre debe estar en el centro de la economía y que la economía no debe medirse según el máximo beneficio, sino según el bien de todos; incluye la responsabilidad respecto del otro, y funciona verdaderamente bien sólo si funciona de una manera humana, respetando al otro. Y con sus diferentes dimensiones: responsabilidad por la propia nación, y no sólo por sí mismos, responsabilidad por el mundo. Una nación no está aislada; tampoco Europa está aislada, sino que es responsable de toda la humanidad y debe pensar siempre en los problemas económicos con esta clave de responsabilidad, también por las demás partes del mundo, por las que sufren, tienen sed y hambre, y no tienen futuro. Y, por tanto –tercera dimensión de esta responsabilidad– es la responsabilidad por el futuro. Sabemos que debemos proteger nuestro planeta, pero tenemos que proteger el funcionamiento del servicio del trabajo económico para todos y pensar que el mañana es también el hoy. Si los jóvenes de hoy no encuentran perspectivas en su vida, también nuestro hoy está equivocado, está mal. Por tanto, la Iglesia con su doctrina social, con su doctrina sobre la responsabilidad ante Dios, abre la capacidad de renunciar al máximo beneficio y de ver las cosas en la dimensión humanística y religiosa, es decir, estamos hechos el uno para el otro. De este modo es posible también abrir caminos. El gran número de voluntarios que trabajan en diferentes partes del mundo, no para sí mismos sino para los demás, y encuentran precisamente así el sentido de su vida, demuestran que es posible hacer esto y que una educación en estos grandes objetivos, como trata de hacer la Iglesia, es fundamental para nuestro futuro.

Pregunta: Los jóvenes del mundo de hoy viven generalmente en ambientes multiculturales y multiconfesionales. La tolerancia recíproca hoy es más necesaria que nunca. Usted insiste siempre mucho en el tema de la verdad. ¿No

piensa que esta insistencia en la verdad y en la única Verdad que es Cristo, es un problema para los jóvenes de hoy? ¿No piensa que esta insistencia los impulse a la contraposición y a la dificultad de dialogar y buscar junto a los demás?

Respuesta: La relación entre verdad e intolerancia, monoteísmo e incapacidad de diálogo con los demás, es un argumento que con frecuencia vuelve al debate sobre el cristianismo de hoy. Y naturalmente es verdad que en la historia se han dado también abusos, tanto del concepto de verdad como del concepto de monoteísmo; pero han sido abusos. La realidad es totalmente diferente. El argumento está equivocado, pues la verdad sólo es accesible en la libertad. Se pueden imponer con la violencia comportamientos, observancias, actividades, pero no la verdad. La verdad se abre sólo a la libertad, al consentimiento libre y, por eso, libertad y verdad están íntimamente unidas, una es condición de la otra. Por lo demás, buscar la verdad, los valores auténticos, que dan vida y futuro, no tiene alternativa. No queremos la mentira, no queremos el positivismo de normas impuestas con una cierta fuerza. Sólo los auténticos valores llevan al futuro y es necesario, por tanto, buscar los valores auténticos y no permitir el arbitrio de algunos, no dejar que se imponga una razón positivista que nos dice, sobre los problemas éticos, sobre los grandes problemas del hombre: no hay una verdad racional. Esto significa exponer el hombre al arbitrio de cuantos tienen el poder. Debemos buscar siempre la verdad, los verdaderos valores; tenemos un núcleo de valores, en los derechos humanos fundamentales. Los derechos fundamentales reconocidos nos ponen en diálogo unos con otros. La verdad como tal es dialogante, pues busca conocer mejor, comprender mejor, y lo hace en diálogo con los demás. De este modo, buscar la verdad y la dignidad del hombre es la mejor defensa de la libertad.

Pregunta: Las Jornadas mundiales de la juventud son un tiempo hermoso y suscitan mucho entusiasmo, pero los jóvenes luego al volver a casa encuentran un mundo en el que la práctica religiosa está en disminución muy fuerte. A muchos de ellos probablemente no se les verá ya en la iglesia. ¿Cómo se puede dar continuidad a los frutos de la Jornada mundial de la juventud? ¿Piensa que dará efectivamente frutos de larga duración más allá de los momentos de gran entusiasmo?

Respuesta: La siembra de Dios siempre es silenciosa, no aparece inmediatamente en las estadísticas. Y esa semilla que el Señor siembra con las JMJ es como la semilla de la que habla el Evangelio: una parte

cae en el camino y se pierde; una parte cae en la piedra y se pierde; una parte cae entre las espinas y se pierde; pero una parte cae en tierra buena y da mucho fruto. Esto es precisamente lo que sucede con la siembra de la JMJ: mucho se pierde y esto es humano. Con otras palabras del Señor, la semilla de mostaza es pequeña, pero crece y se convierte en un gran árbol. Ciertamente se pierde mucho, no podemos decir que desde mañana comienza un gran crecimiento de la Iglesia. Dios no actúa así. Crece en silencio y mucho. Sé que otras JMJ han suscitado numerosas amistades, amistades para toda la vida; muchas nuevas experiencias de que Dios existe. Y nosotros confiamos en este crecimiento silencioso, y estamos seguros de que, aunque las estadísticas no hablen mucho de ello, la semilla del Señor crece realmente. Y para muchísimas personas será el inicio de una amistad con Dios y con los demás, de una universalidad de pensamiento, de una responsabilidad común que realmente nos muestra que estos días dan fruto. Gracias.

DISCURSO de Bienvenida en el Aeropuerto Internacional de Madrid-Barajas.

Gracias, Majestad, por su presencia aquí, junto con la Reina, y por las palabras tan deferentes y afables que me ha dirigido al darme la bienvenida. Palabras que me hacen revivir las inolvidables muestras de simpatía recibidas en mis anteriores visitas apostólicas a España, y muy particularmente en mi reciente viaje a Santiago de Compostela y Barcelona. Saludo muy cordialmente a los que estáis aquí reunidos en Barajas, y a cuantos siguen este acto a través de la radio y la televisión. Y también una mención muy agradecida a los que con tanta entrega y dedicación, desde instancias eclesiales y civiles, han contribuido con su esfuerzo y trabajo para que esta Jornada Mundial de la Juventud en Madrid se desarrolle felizmente y obtenga frutos abundantes.

Deseo también agradecer de todo corazón la hospitalidad de tantas familias, parroquias, colegios y otras instituciones que han acogido a los jóvenes llegados de todo el mundo, primero en diferentes regiones y ciudades de España, y ahora en esta gran Villa de Madrid, cosmopolita y siempre con las puertas abiertas.

Vengo aquí a encontrarme con millares de jóvenes de todo el mundo, católicos, interesados por Cristo o en busca de la verdad que dé sentido genuino a su existencia. Llego como Sucesor de Pedro para confirmar a todos en la fe, viviendo unos días de intensa actividad pastoral para anunciar que Jesucristo es el Camino, la Verdad y la Vida. Para impulsar

el compromiso de construir el Reino de Dios en el mundo, entre nosotros. Para exhortar a los jóvenes a encontrarse personalmente con Cristo Amigo y así, radicados en su Persona, convertirse en sus fieles seguidores y valerosos testigos.

¿Por qué y para qué ha venido esta multitud de jóvenes a Madrid? Aunque la respuesta deberían darla ellos mismos, bien se puede pensar que desean escuchar la Palabra de Dios, como se les ha propuesto en el lema para esta Jornada Mundial de la Juventud, de manera que, arraigados y edificados en Cristo, manifiesten la firmeza de su fe.

Muchos de ellos han oído la voz de Dios, tal vez solo como un leve susurro, que los ha impulsado a buscarlo más diligentemente y a compartir con otros la experiencia de la fuerza que tiene en sus vidas. Este descubrimiento del Dios vivo alienta a los jóvenes y abre sus ojos a los desafíos del mundo en que viven, con sus posibilidades y limitaciones. Ven la superficialidad, el consumismo y el hedonismo imperantes, tanta banalidad a la hora de vivir la sexualidad, tanta insolidaridad, tanta corrupción. Y saben que sin Dios sería arduo afrontar esos retos y ser verdaderamente felices, volcando para ello su entusiasmo en la consecución de una vida auténtica. Pero con Él a su lado, tendrán luz para caminar y razones para esperar, no deteniéndose ya ante sus más altos ideales, que motivarán su generoso compromiso por construir una sociedad donde se respete la dignidad humana y la fraternidad real. Aquí, en esta Jornada, tienen una ocasión privilegiada para poner en común sus aspiraciones, intercambiar recíprocamente la riqueza de sus culturas y experiencias, animarse mutuamente en un camino de fe y de vida, en el cual algunos se creen solos o ignorados en sus ambientes cotidianos. Pero no, no están solos. Muchos coetáneos suyos comparten sus mismos propósitos y, fiándose por entero de Cristo, saben que tienen realmente un futuro por delante y no temen los compromisos decisivos que llenan toda la vida. Por eso me causa inmensa alegría escucharlos, rezar juntos y celebrar la Eucaristía con ellos. La Jornada Mundial de la Juventud nos trae un mensaje de esperanza, como una brisa de aire puro y juvenil, con aromas renovadores que nos llenan de confianza ante el mañana de la Iglesia y del mundo.

Ciertamente, no faltan dificultades. Subsisten tensiones y choques abiertos en tantos lugares del mundo, incluso con derramamiento de sangre. La justicia y el altísimo valor de la persona humana se doblegan fácilmente a intereses egoístas, materiales e ideológicos. No siempre se respeta como es debido el medio ambiente y la naturaleza, que Dios ha

creado con tanto amor. Muchos jóvenes, además, miran con preocupación el futuro ante la dificultad de encontrar un empleo digno, o bien por haberlo perdido o tenerlo muy precario e inseguro. Hay otros que precisan de prevención para no caer en la red de la droga, o de ayuda eficaz, si por desgracia ya cayeron en ella. No pocos, por causa de su fe en Cristo, sufren en sí mismos la discriminación, que lleva al desprecio y a la persecución abierta o larvada que padecen en determinadas regiones y países. Se les acosa queriendo apartarlos de Él, privándolos de los signos de su presencia en la vida pública, y silenciando hasta su santo Nombre. Pero yo vuelvo a decir a los jóvenes, con todas las fuerzas de mi corazón: que nada ni nadie os quite la paz; no os avergoncéis del Señor. Él no ha tenido reparo en hacerse uno como nosotros y experimentar nuestras angustias para llevarlas a Dios, y así nos ha salvado.

En este contexto, es urgente ayudar a los jóvenes discípulos de Jesús a permanecer firmes en la fe y a asumir la bella aventura de anunciarla y testimoniarla abiertamente con su propia vida. Un testimonio valiente y lleno de amor al hombre hermano, decidido y prudente a la vez, sin ocultar su propia identidad cristiana, en un clima de respetuosa convivencia con otras legítimas opciones y exigiendo al mismo tiempo el debido respeto a las propias.

Majestad, al reiterar mi agradecimiento por la deferente bienvenida que me habéis dispensado, deseo expresar también mi aprecio y cer-



El Papa Benedicto XVI a su llegada.

canía a todos los pueblos de España, así como mi admiración por un país tan rico de historia y cultura, por la vitalidad de su fe, que ha fructificado en tantos santos y santas de todas las épocas, en numerosos hombres y mujeres que dejando su tierra han llevado el Evangelio por todos los rincones del orbe, y en personas rectas, solidarias y bondadosas en todo su territorio. Es un gran tesoro que ciertamente vale la pena cuidar con actitud constructiva, para el bien común de hoy y para ofrecer un horizonte luminoso al porvenir de las nuevas generaciones. Aunque haya actualmente motivos de preocupación, mayor es el afán de superación de los españoles, con ese dinamismo que los caracteriza, y al que tanto contribuyen sus hondas raíces cristianas, muy fecundas a lo largo de los siglos.

Saludo desde aquí muy cordialmente a todos los queridos amigos españoles y madrileños, y a los que han venido de tantas otras tierras. Durante estos días estaré junto a vosotros, teniendo también muy presentes a todos los jóvenes del mundo, en particular a los que pasan por pruebas de diversa índole. Al confiar este encuentro a la Santísima Virgen María, y a la intercesión de los santos protectores de esta Jornada, pido a Dios que bendiga y proteja siempre a los hijos de España. Muchas gracias.

SALUDO en la Fiesta de Acogida de los jóvenes, en la Plaza de Cibeles.

Queridos jóvenes amigos:

Es una inmensa alegría encontrarme aquí con vosotros, en el centro de esta bella ciudad de Madrid, cuyas llaves ha tenido la amabilidad de entregarme el Señor Alcalde. Hoy es también capital de los jóvenes del mundo y donde toda la Iglesia tiene puestos sus ojos. El Señor nos ha congregado para vivir en estos días la hermosa experiencia de la Jornada Mundial de la Juventud. Con vuestra presencia y la participación en las celebraciones, el nombre de Cristo resonará por todos los rincones de esta ilustre Villa. Y recemos para que su mensaje de esperanza y amor tenga eco también en el corazón de los que no creen o se han alejado de la Iglesia. Muchas gracias por la espléndida acogida que me habéis dispensado al entrar en la ciudad, signo de vuestro amor y cercanía al Sucesor de Pedro.

Saludo al Señor Cardenal Stanislaw Rylko, Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos, y a sus colaboradores en ese Dicasterio, agradeciendo todo el trabajo realizado. Asimismo, doy las gracias al Señor Cardenal Antonio María Rouco Varela, Arzobispo de Madrid, por sus amables palabras y el esfuerzo de su archidiócesis, junto con las demás

diócesis de España, en preparar esta Jornada Mundial de la Juventud, para la que se ha trabajado con generosidad también en tantas otras Iglesias particulares del mundo entero. Agradezco a las autoridades nacionales, autonómicas y locales su amable presencia y su generosa colaboración para el buen desarrollo de este gran acontecimiento. Gracias a los hermanos en el episcopado, a los sacerdotes, seminaristas, personas consagradas y fieles que están aquí presentes y han venido acompañando a los jóvenes para vivir estos días intensos de peregrinación al encuentro con Cristo. A todos os saludo cordialmente en el Señor y os reitero que es una gran dicha estar aquí con todos vosotros. Que la llama del amor de Cristo nunca se apague en vuestros corazones.

Saludo en francés. Chers jeunes francophones, vous avez répondu nombreux à l'appel du Seigneur à venir le rencontrer à Madrid. Je vous en félicite! Bienvenue aux Journées Mondiales de la Jeunesse! Vous



Antes de llegar a la Plaza de Cibeles, Benedicto XVI cruzó la Puerta de Alcalá.

portez en vous des questions et vous cherchez des réponses. Il est bon de chercher toujours. Recherchez surtout la Vérité qui n'est pas une idée, une idéologie ou un slogan, mais une Personne, le Christ, Dieu Lui-même venu parmi les hommes! Vous avez raison de vouloir enraciner votre foi en Lui, de vouloir fonder votre vie dans le Christ. Il vous aime depuis toujours et vous connaît mieux que quiconque. Puissent ces jour-nées riches de prière, d'enseignement et de rencontres vous aider à le découvrir encore pour mieux l'aimer. Que le Christ vous accompagne durant ce temps fort où, tous ensemble, nous allons le célébrer et le prier!

[*Traducción española*: Queridos jóvenes de lengua francesa. Os felicito porque habéis venido en gran número a este encuentro de Madrid. Sed bienvenidos a las Jornadas Mundiales de la Juventud. Tenéis interrogantes y buscáis respuestas. Es bueno buscar siempre. Buscar sobre todo la Verdad que no es una idea, una ideología o un eslogan, sino una Persona, Cristo, Dios mismo que ha venido entre los hombres. Tenéis razón de querer enraizar vuestra fe en Él, y fundar vuestra vida en Cristo. Él os ama desde siempre y os conoce mejor que nadie. Que estas jornadas llenas de oración, enseñanza y encuentros, os ayuden a descubrirlo para amarlo más. Que Cristo os acompañe durante este tiempo intenso en el que todos juntos lo celebraremos y le rezaremos].

Saludo en inglés. I extend an affectionate greeting to the many English-speaking young people who have come to Madrid. May these days of prayer, friendship and celebration bring us closer to each other and to the Lord Jesus. Make trust in Christ's word the foundation of your lives! Planted and built up in him, firm in the faith and open to the power of the Spirit, you will find your place in God's plan and enrich the Church with your gifts. Let us pray for one another, so that we may be joyful witnesses to Christ, today and always. God bless you all!

[*Traducción española*: Dirijo un saludo afectuoso a los numerosos jóvenes de lengua inglesa que han venido a Madrid. Que estos días de oración, amistad y celebración os acerquen entre vosotros y al Señor Jesús. Poned en Cristo el fundamento de vuestras vidas. Arrraigados y edificados en él, firmes en la fe y abiertos al poder del Espíritu, encontraréis vuestro puesto en el plan de Dios y enriqueceréis a la Iglesia con vuestros dones. Recemos unos por otros, para que hoy y siempre seamos testigos gozosos de Cristo. Que Dios os bendiga].

Saludo en alemán. Liebe Freunde deutscher Sprache! Sehr herzlich grüße ich euch alle. Ich freue mich, daß ihr so zahlreich gekommen seid. Gemeinsam wollen wir in diesen Tagen unseren Glauben an Jesus Chris-

tus bekennen, vertiefen und weitergeben. Immer wieder erfahren wir: Er ist es, der unserem Leben wirklich Sinn gibt. Öffnen wir Christus unser Herz. Er schenke uns allen eine frohe und gesegnete Zeit hier in Madrid.

[*Traducción española*: Queridos jóvenes de lengua alemana. Os saludo con afecto y me alegra que hayáis venido en tan gran número. En estos días, juntos confesaremos, profundizaremos y transmitiremos nuestra fe en Cristo. Tendremos nuevamente esta experiencia: es Él quien da verdadero sentido a nuestra vida. Abramos nuestro corazón a Cristo. Que aquí en Madrid Él nos conceda un tiempo colmado de gozo y bendición].

Saludo en italiano. Cari giovani italiani! Vi saluto con grande affetto e mi rallegro per la vostra partecipazione così numerosa, animata dalla gioia della fede. Vivete queste giornate con spirito di intensa preghiera e di fraternità, testimoniando la vitalità della Chiesa in Italia, delle parrocchie, delle associazioni, dei movimenti. Condividete con tutti questa ricchezza. Grazie!

[*Traducción española*: Queridos jóvenes italianos. Os saludo con gran afecto y me alegro por vuestra participación tan numerosa, animada por el gozo de la fe. Vivid estos días con espíritu de oración intensa y de fraternidad, dando testimonio de la vitalidad de la Iglesia en Italia, de las parroquias, asociaciones, movimientos. Compartid con todos esta riqueza. Gracias].

Saludo en portugués. Queridos jovens dos diversos países de língua oficial portuguesa e quantos vos acompanham, bem-vindos a Madrid! A todos saúdo com grande amizade e convido a subir até à fonte eterna da vossa juventude e conhecer o protagonista absoluto desta Jornada Mundial e —espero— da vossa vida: Cristo Senhor. Nestes dias ouvireis pessoalmente ressoar a sua Palavra. Deixai que esta Palavra penetre e crie raízes nos vossos corações, e sobre ela edificai a vossa vida. Firmes na fé, sereis um elo na grande cadeia dos fiéis. Não se pode crer sem ser amparado pela fé dos outros, e pela minha fé contribuo também para amparar os outros na fé. A Igreja precisa de vós, e vós *precisais da Igreja*.

[*Traducción española*: Queridos jóvenes de los diversos países de lengua oficial portuguesa, y todos cuantos os acompañan, sed bienvenidos a Madrid. Os saludo con gran amistad y os invito a subir hasta la fuente eterna de vuestra juventud y conocer al protagonista absoluto de esta Jornada Mundial y, espero, de vuestra vida: Cristo Señor. En estos días, escucharéis resonar personalmente su Palabra. Dejad que esta Palabra entre y eche raíces en vuestros corazones y, sobre ella, edificad vuestra

vida. Firmes en la fe, seréis un eslabón en la gran cadena de los fieles. No se puede creer sin estar amparado por la fe de los demás, y con mi fe contribuyo también a ayudar la fe de los demás. La Iglesia necesita de vosotros y vosotros tenéis necesidad de la Iglesia].

Saludo en polaco. Pozdrawiam mlodzię z Polski, rodaków błogosławionego Jana Pawła II, inicjatora Związkowych Dni Młodzięzy. Ciesze się wasz obecnościami tu w Madrycie! Życze wam dobrych dni, dni modlitwy i umocnienia wiary z Jezusem. Niech Bóg Duch was prowadzi.

[*Traducción española:* Saludo a los jóvenes procedentes de Polonia, compatriotas del Beato Juan Pablo II, el iniciador de las Jornadas Mundiales de la Juventud. Me alegra que estéis aquí en Madrid. Os deseo unos días felices, días de oración y de fortalecimiento de vuestros lazos con Jesús. Que os guíe el Espíritu de Dios].

DISCURSO en la Fiesta de Acogida en la Plaza de Cibeles.

Agradezco las cariñosas palabras que me han dirigido los jóvenes representantes de los cinco continentes. Y saludo con afecto a todos los que estáis aquí congregados, jóvenes de Oceanía, África, América, Asia y Europa; y también a los que no pudieron venir. Siempre os tengo muy presentes y rezo por vosotros. Dios me ha concedido la gracia de poder veros y oírlos más de cerca, y de ponernos juntos a la escucha de su Palabra.

En la lectura que se ha proclamado antes, hemos oído un pasaje del Evangelio en que se habla de acoger las palabras de Jesús y de ponerlas en práctica. Hay palabras que solamente sirven para entretener, y pasan como el viento; otras instruyen la mente en algunos aspectos; las de Jesús, en cambio, han de llegar al corazón, arraigar en él y fraguar toda la vida. Sin esto, se quedan vacías y se vuelven efímeras. No nos acercan a Él. Y, de este modo, Cristo sigue siendo lejano, como una voz entre otras muchas que nos rodean y a las que estamos tan acostumbrados. El Maestro que habla, además, no enseña lo que ha aprendido de otros, sino lo que Él mismo es, el único que conoce de verdad el camino del hombre hacia Dios, porque es Él quien lo ha abierto para nosotros, lo ha creado para que podamos alcanzar la vida auténtica, la que siempre vale la pena vivir en toda circunstancia y que ni siquiera la muerte puede destruir. El Evangelio prosigue explicando estas cosas con la sugestiva imagen de quien construye sobre roca firme, resistente a las embestidas de las adversidades, contrariamente a quien edifica sobre arena, tal vez en un paraje paradisíaco, podríamos decir hoy, pero que se desmorona con el primer azote de los vientos y se convierte en ruinas.

Queridos jóvenes, escuchad de verdad las palabras del Señor para que sean en vosotros «espíritu y vida» (*Jn 6,63*), raíces que alimentan vuestro ser, pautas de conducta que nos asemejen a la persona de Cristo, siendo pobres de espíritu, hambrientos de justicia, misericordiosos, limpios de corazón, amantes de la paz. Hacedlo cada día con frecuencia, como se hace con el único Amigo que no defrauda y con el que queremos compartir el camino de la vida. Bien sabéis que, cuando no se camina al lado de Cristo, que nos guía, nos dispersamos por otras sendas, como la de nuestros propios impulsos ciegos y egoístas, la de propuestas halagadoras pero interesadas, engañosas y volubles, que dejan el vacío y la frustración tras de sí.

Aprovechad estos días para conocer mejor a Cristo y cercioraros de que, enraizados en Él, vuestro entusiasmo y alegría, vuestros deseos de ir a más, de llegar a lo más alto, hasta Dios, tienen siempre futuro cierto, porque la vida en plenitud ya se ha aposentado dentro de vuestro ser. Hacedla crecer con la gracia divina, generosamente y sin mediocridad, planteándoos seriamente la meta de la santidad. Y, ante nuestras flaquezas, que a veces nos abruma, contamos también con la misericordia del Señor, siempre dispuesto a darnos de nuevo la mano y que nos ofrece el perdón en el sacramento de la Penitencia.



Plaza de Cibeles.

Al edificar sobre la roca firme, no solamente vuestra vida será sólida y estable, sino que contribuirá a proyectar la luz de Cristo sobre vuestros coetáneos y sobre toda la humanidad, mostrando una alternativa válida a tantos como se han venido abajo en la vida, porque los fundamentos de su existencia eran inconsistentes. A tantos que se contentan con seguir las corrientes de moda, se cobijan en el interés inmediato, olvidando la justicia verdadera, o se refugian en pareceres propios en vez de buscar la verdad sin adjetivos.

Sí, hay muchos que, creyéndose dioses, piensan no tener necesidad de más raíces ni cimientos que ellos mismos. Desearían decidir por sí solos lo que es verdad o no, lo que es bueno o malo, lo justo o lo injusto; decidir quién es digno de vivir o puede ser sacrificado en aras de otras preferencias; dar en cada instante un paso al azar, sin rumbo fijo, dejándose llevar por el impulso de cada momento. Estas tentaciones siempre están al acecho. Es importante no sucumbir a ellas, porque, en realidad, conducen a algo tan evanescente como una existencia sin horizontes, una libertad sin Dios. Nosotros, en cambio, sabemos bien que hemos sido creados libres, a imagen de Dios, precisamente para que seamos protagonistas de la búsqueda de la verdad y del bien, responsables de nuestras acciones, y no meros ejecutores ciegos, colaboradores creativos en la tarea de cultivar y embellecer la obra de la creación. Dios quiere un interlocutor responsable, alguien que pueda dialogar con Él y amarle. Por Cristo lo podemos conseguir verdaderamente y, arraigados en Él, damos alas a nuestra libertad. ¿No es este el gran motivo de nuestra alegría? ¿No es este un suelo firme para edificar la civilización del amor y de la vida, capaz de humanizar a todo hombre?

Queridos amigos: sed prudentes y sabios, edificad vuestras vidas sobre el cimiento firme que es Cristo. Esta sabiduría y prudencia guiará vuestros pasos, nada os hará temblar y en vuestro corazón reinará la paz. Entonces seréis bienaventurados, dichosos, y vuestra alegría contagiará a los demás. Se preguntarán por el secreto de vuestra vida y descubrirán que la roca que sostiene todo el edificio y sobre la que se asienta toda vuestra existencia es la persona misma de Cristo, vuestro amigo, hermano y Señor, el Hijo de Dios hecho hombre, que da consistencia a todo el universo. Él murió por nosotros y resucitó para que tuviéramos vida, y ahora, desde el trono del Padre, sigue vivo y cercano a todos los hombres, velando continuamente con amor por cada uno de nosotros.

Encomiendo los frutos de esta Jornada Mundial de la Juventud a la Santísima Virgen María, que supo decir «sí» a la voluntad de Dios, y nos

enseña como nadie la fidelidad a su divino Hijo, al que siguió hasta su muerte en la cruz. Meditaremos todo esto más detenidamente en las diversas estaciones del *Via crucis*. Y pidamos que, como Ella, nuestro «sí» de hoy a Cristo sea también un «sí» incondicional a su amistad, al final de esta Jornada y durante toda nuestra vida. Muchas gracias.

SALUDO a las jóvenes religiosas en el Patio de los Reyes de San Lorenzo de El Escorial, el 19 de agosto de 2011.

Dentro de la Jornada Mundial de la Juventud que estamos celebrando en Madrid, es un gozo grande poder encontrarme con vosotras, que habéis consagrado vuestra juventud al Señor, y os doy las gracias por el amable saludo que me habéis dirigido. Agradezco al Señor Cardenal Arzobispo de Madrid que haya previsto este encuentro en un marco tan evocador como es el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Si su célebre Biblioteca custodia importantes ediciones de la Sagrada Escritura y de Reglas monásticas de varias familias religiosas, vuestra vida de fidelidad a la llamada recibida es también una preciosa manera de guardar la Palabra del Señor que resuena en vuestras formas de espiritualidad.

Queridas hermanas, cada carisma es una palabra evangélica que el Espíritu Santo recuerda a su Iglesia (cf. *Jn* 14, 26). No en vano, la Vida Consagrada «nace de la escucha de la Palabra de Dios y acoge el Evangelio como su norma de vida. En este sentido, el vivir siguiendo a Cristo casto, pobre y obediente, se convierte en «exégesis» viva de la Palabra de Dios... De ella ha brotado cada carisma y de ella quiere ser expresión cada regla, dando origen a itinerarios de vida cristiana marcados por la radicalidad evangélica» (Exh. apostólica *Verbum Domini*, 83).

La radicalidad evangélica es estar «arraigados y edificados en Cristo, y firmes en la fe» (cf. *Col*, 2,7), que en la Vida Consagrada significa ir a la raíz del amor a Jesucristo con un corazón indiviso, sin anteponer nada a ese amor (cf. San Benito, *Regla*, IV, 21), con una pertenencia sponsal como la han vivido los santos, al estilo de Rosa de Lima y Rafael Arnáiz, jóvenes patronos de esta Jornada Mundial de la Juventud. El encuentro personal con Cristo que nutre vuestra consagración debe testimoniarse con toda su fuerza transformadora en vuestras vidas; y cobra una especial relevancia hoy, cuando «se constata una especie de «eclipse de Dios», una cierta amnesia, más aún, un verdadero rechazo del cristianismo y una negación del tesoro de la fe recibida, con el riesgo de perder aquello que más profundamente nos caracteriza» (*Mensaje para la*

XXVI Jornada Mundial de la Juventud 2011, 1). Frente al relativismo y la mediocridad, surge la necesidad de esta radicalidad que testimonia la consagración como una pertenencia a Dios sumamente amado.

Dicha radicalidad evangélica de la Vida Consagrada se expresa en la comunión filial con la Iglesia, hogar de los hijos de Dios que Cristo ha edificado. La comunión con los Pastores, que en nombre del Señor proponen el depósito de la fe recibido a través de los Apóstoles, del Magisterio de la Iglesia y de la tradición cristiana. La comunión con vuestra familia religiosa, custodiando su genuino patrimonio espiritual con gratitud, y apreciando también los otros carismas. La comunión con otros miembros de la Iglesia como los laicos, llamados a testimoniar desde su vocación específica el mismo evangelio del Señor.

Finalmente, la radicalidad evangélica se expresa en la misión que Dios ha querido confiaros. Desde la vida contemplativa que acoge en sus claustros la Palabra de Dios en silencio elocuente y adora su belleza en la soledad por Él habitada, hasta los diversos caminos de vida apostólica, en cuyos surcos germina la semilla evangélica en la educación de niños y jóvenes, el cuidado de los enfermos y ancianos, el acompañamiento de las familias, el compromiso a favor de la vida, el testimonio de la verdad, el anuncio de la paz y la caridad, la labor misionera y la nueva evangelización, y tantos otros campos del apostolado eclesial.

Queridas hermanas, este es el testimonio de la santidad a la que Dios os llama, siguiendo muy de cerca y sin condiciones a Jesucristo en la consagración, la comunión y la misión. La Iglesia necesita de vuestra fidelidad joven arraigada y edificada en Cristo. Gracias por vuestro «sí» generoso, total y perpetuo a la llamada del Amado. Que la Virgen María sostenga y acompañe vuestra juventud consagrada, con el vivo deseo de que interpele, aliente e ilumine a todos los jóvenes.

Con estos sentimientos, pido a Dios que recompense copiosamente la generosa contribución de la Vida Consagrada a esta Jornada Mundial de la Juventud, y en su nombre os bendigo de todo corazón. Muchas gracias.

DISCURSO en el Encuentro con los jóvenes profesores universitarios en la Basílica de San Lorenzo de El Escorial.

Esperaba con ilusión este encuentro con vosotros, jóvenes profesores de las universidades españolas, que prestáis una espléndida colaboración en la difusión de la verdad, en circunstancias no siempre fáciles. Os saludo cordialmente y agradezco las amables palabras de bienvenida, así como la música interpretada, que ha resonado de forma maravillosa

en este monasterio de gran belleza artística, testimonio elocuente durante siglos de una vida de oración y estudio. En este emblemático lugar, razón y fe se han fundido armónicamente en la austera piedra para modelar uno de los monumentos más renombrados de España.

Saludo también con particular afecto a aquellos que en estos días habéis participado en Ávila en el Congreso Mundial de Universidades Católicas, bajo el lema: «Identidad y misión de la Universidad Católica».

Al estar entre vosotros, me vienen a la mente mis primeros pasos como profesor en la Universidad de Bonn. Cuando todavía se apreciaban las heridas de la guerra y eran muchas las carencias materiales, todo lo suplía la ilusión por una actividad apasionante, el trato con colegas de las diversas disciplinas y el deseo de responder a las inquietudes últimas y fundamentales de los alumnos. Esta «universitas» que entonces viví, de profesores y estudiantes que buscan juntos la verdad en todos los saberes, o como diría Alfonso X el Sabio, ese «ayuntamiento de maestros y escolares con voluntad y entendimiento de aprender los saberes» (*Siete Partidas*, partida II, tít. XXXI), clarifica el sentido y hasta la definición de la Universidad.

En el lema de la presente Jornada Mundial de la Juventud: «Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (cf. *Col 2, 7*), podéis también encontrar luz para comprender mejor vuestro ser y quehacer. En este sentido, y como ya escribí en el Mensaje a los jóvenes como preparación para estos días, los términos «arraigados, edificados y firmes» apuntan a fundamentos sólidos para la vida (cf. n. 2).

Pero, ¿dónde encontrarán los jóvenes esos puntos de referencia en una sociedad quebradiza e inestable? A veces se piensa que la misión de un profesor universitario sea hoy exclusivamente la de formar profesionales competentes y eficaces que satisfagan la demanda laboral en cada preciso momento. También se dice que lo único que se debe privilegiar en la presente coyuntura es la mera capacitación técnica. Ciertamente, cunde en la actualidad esa visión utilitarista de la educación, también la universitaria, difundida especialmente desde ámbitos extrauniversitarios. Sin embargo, vosotros que habéis vivido como yo la Universidad, y que la vivís ahora como docentes, sentís sin duda el anhelo de algo más elevado que corresponda a todas las dimensiones que constituyen al hombre. Sabemos que cuando la sola utilidad y el pragmatismo inmediato se erigen como criterio principal, las pérdidas pueden ser dramáticas: desde los abusos de una ciencia sin límites, más allá de ella misma, hasta el totalitarismo político que se aviva fácilmente cuando se elimina toda re-

ferencia superior al mero cálculo de poder. En cambio, la genuina idea de Universidad es precisamente lo que nos preserva de esa visión reduccionista y sesgada de lo humano.

En efecto, la Universidad ha sido, y está llamada a ser siempre, la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana. Por ello, no es casualidad que fuera la Iglesia quien promoviera la institución universitaria, pues la fe cristiana nos habla de Cristo como el Logos por quien todo fue hecho (cf. *Jn* 1,3), y del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios. Esta buena noticia descubre una racionalidad en todo lo creado y contempla al hombre como una criatura que participa y puede llegar a reconocer esa racionalidad. La Universidad encarna, pues, un ideal que no debe desvirtuarse ni por ideologías cerradas al diálogo racional, ni por servilismos a una lógica utilitarista de simple mercado, que ve al hombre como mero consumidor.

He ahí vuestra importante y vital misión. Sois vosotros quienes tenéis el honor y la responsabilidad de transmitir ese ideal universitario: un ideal que habéis recibido de vuestros mayores, muchos de ellos humildes seguidores del Evangelio y que en cuanto tales se han convertido en gigantes del espíritu. Debemos sentirnos sus continuadores en una historia bien distinta de la suya, pero en la que las cuestiones esenciales del ser humano siguen reclamando nuestra atención e impulsándonos hacia delante. Con ellos nos sentimos unidos a esa cadena de hombres y mujeres que se han entregado a proponer y acreditar la fe ante la inteligencia de los hombres. Y el modo de hacerlo no solo es enseñarlo, sino vivirlo, encarnarlo, como también el Logos se encarnó para poner su morada entre nosotros. En este sentido, los jóvenes necesitan auténticos maestros; personas abiertas a la verdad total en las diferentes ramas del saber, sabiendo escuchar y viviendo en su propio interior ese diálogo interdisciplinar; personas convencidas, sobre todo, de la capacidad humana de avanzar en el camino hacia la verdad. La juventud es tiempo privilegiado para la búsqueda y el encuentro con la verdad. Como ya dijo Platón: «Busca la verdad mientras eres joven, pues si no lo haces, después se te escapará de entre las manos» (*Parménides*, 135d). Esta alta aspiración es la más valiosa que podéis transmitir personal y vitalmente a vuestros estudiantes, y no simplemente unas técnicas instrumentales y anónimas, o unos datos fríos, usados sólo funcionalmente.

Por tanto, os animo encarecidamente a no perder nunca dicha sensibilidad e ilusión por la verdad; a no olvidar que la enseñanza no es una escueta comunicación de contenidos, sino una formación de jóvenes a

quienes habéis de comprender y querer, en quienes debéis suscitar esa sed de verdad que poseen en lo profundo y ese afán de superación. Sed para ellos estímulo y fortaleza.

Para esto, es preciso tener en cuenta, en primer lugar, que el camino hacia la verdad completa compromete también al ser humano por entero: es un camino de la inteligencia y del amor, de la razón y de la fe. No podemos avanzar en el conocimiento de algo si no nos mueve el amor; ni tampoco amar algo en lo que no vemos racionalidad: pues «no existe la inteligencia y después el amor: existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor» (*Caritas in veritate*, n. 30). Si verdad y bien están unidos, también lo están conocimiento y amor. De esta unidad deriva la coherencia de vida y pensamiento, la ejemplaridad que se exige a todo buen educador.

En segundo lugar, hay que considerar que la verdad misma siempre va a estar más allá de nuestro alcance. Podemos buscarla y acercarnos a ella, pero no podemos poseerla del todo: más bien, es ella la que nos posee a nosotros y la que nos motiva. En el ejercicio intelectual y docente, la humildad es asimismo una virtud indispensable, que protege de la vanidad que cierra el acceso a la verdad. No debemos atraer a los estudiantes a nosotros mismos, sino encaminarlos hacia esa verdad que todos buscamos. A esto os ayudará el Señor, que os propone ser sencillos y eficaces como la sal, o como la lámpara, que da luz sin hacer ruido (cf. *Mt* 5, 13-15).

Todo esto nos invita a volver siempre la mirada a Cristo, en cuyo rostro resplandece la Verdad que nos ilumina, pero que también es el Camino que lleva a la plenitud perdurable, siendo Caminante junto a nosotros y sosteniéndonos con su amor. Arrraigados en Él, seréis buenos guías de nuestros jóvenes. Con esa esperanza, os pongo bajo el amparo de la Virgen María, Trono de la Sabiduría, para que Ella os haga colaboradores de su Hijo con una vida colmada de sentido para vosotros mismos y fecunda en frutos, tanto de conocimiento como de fe, para vuestros alumnos. Muchas gracias.

VIA CRUCIS con los jóvenes en la Plaza de Cibeles.

Queridos jóvenes:

Con piedad y fervor hemos celebrado este Vía Crucis, acompañando a Cristo en su Pasión y Muerte. Los comentarios de las Hermanitas de la Cruz, que sirven a los más pobres y menesterosos, nos han facilitado adentrarnos en el misterio de la Cruz gloriosa de Cristo, que contiene la verdadera sabiduría de Dios, la que juzga al mundo y a los que se creen

sabios (cf. *I Co* 1,17-19). También nos ha ayudado en este itinerario hacia el Calvario la contemplación de estas extraordinarias imágenes del patrimonio religioso de las diócesis españolas. Son imágenes donde la fe y el arte se armonizan para llegar al corazón del hombre e invitarle a la conversión. Cuando la mirada de la fe es limpia y auténtica, la belleza se pone a su servicio y es capaz de representar los misterios de nuestra salvación hasta conmovernos profundamente y transformar nuestro corazón, como sucedió a Santa Teresa de Jesús al contemplar una imagen de Cristo muy llagado (cf. *Libro de la vida*, 9,1).

Mientras avanzábamos con Jesús, hasta llegar a la cima de su entrega en el Calvario, nos venían a la mente las palabras de san Pablo: «Cristo me amó y se entregó por mí» (*Gál* 2,20). Ante un amor tan desinteresado, llenos de estupor y gratitud, nos preguntamos ahora: ¿Qué haremos nosotros por él? ¿Qué respuesta le daremos? San Juan lo dice claramente: «En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos» (*I Jn* 3,16). La pasión de Cristo nos impulsa a cargar sobre nuestros hombros el sufrimiento del mundo, con la certeza de que Dios no es alguien distante o lejano del hombre y sus vicisitudes. Al contrario, se hizo uno de nosotros «para poder compadecer ÉL mismo con el hombre, de modo muy real, en carne y sangre... Por eso, en cada pena humana



Viacrucis.

ha entrado uno que comparte el sufrir y padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la *con-solatio*, el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza» (*Spe salvi*, 39).

Queridos jóvenes, que el amor de Cristo por nosotros aumente vuestra alegría y os aliente a estar cerca de los menos favorecidos. Vosotros, que sois muy sensibles a la idea de compartir la vida con los demás, no paséis de largo ante el sufrimiento humano, donde Dios os espera para que entreguéis lo mejor de vosotros mismos: vuestra capacidad de amar y de compadecer. Las diversas formas de sufrimiento que, a lo largo del Vía Crucis, han desfilado ante nuestros ojos son llamadas del Señor para edificar nuestras vidas siguiendo sus huellas y hacer de nosotros signos de su consuelo y salvación. «Sufrir con el otro, por los otros, sufrir por amor de la verdad y de la justicia; sufrir a causa del amor y con el fin de convertirse en una persona que ama realmente, son elementos fundamentales de la humanidad, cuya pérdida destruiría al hombre mismo» (*ibid.*).

Que sepamos acoger estas lecciones y llevarlas a la práctica. Miremos para ello a Cristo, colgado en el áspero madero, y pidámosle que nos enseñe esta sabiduría misteriosa de la cruz, gracias a la cual el hombre vive. La cruz no fue el desenlace de un fracaso, sino el modo de expresar la entrega amorosa que llega hasta la donación más inmensa de la propia vida. El Padre quiso amar a los hombres en el abrazo de su Hijo crucificado por amor. La cruz en su forma y significado representa ese amor del Padre y de Cristo a los hombres. En ella reconocemos el icono del amor supremo, en donde aprendemos a amar lo que Dios ama y como Él lo hace: esta es la Buena Noticia que devuelve la esperanza al mundo.

Volvamos ahora nuestros ojos a la Virgen María, que en el Calvario nos fue entregada como Madre, y supliquémosle que nos sostenga con su amorosa protección en el camino de la vida, en particular cuando pasemos por la noche del dolor, para que alcancemos a mantenernos como Ella firmes al pie de la cruz. Muchas gracias.

HOMILÍA pronunciada en la Misa con los Seminaristas en la Catedral de Santa María la Real de la Almudena, el 20 de agosto de 2011.

Me alegra profundamente celebrar la Santa Misa con todos vosotros, que aspiráis a ser sacerdotes de Cristo para el servicio de la Iglesia y de los hombres, y agradezco las amables palabras de saludo con que me habéis acogido. Esta Santa Iglesia Catedral de Santa María La Real de la Almudena es hoy como un inmenso cenáculo donde el Señor celebra con deseo ardiente su Pascua con quienes un día anheláis presidir en su

nombre los misterios de la salvación. Al veros, compruebo de nuevo cómo Cristo sigue llamando a jóvenes discípulos para hacerlos apóstoles suyos, permaneciendo así viva la misión de la Iglesia y la oferta del evangelio al mundo. Como seminaristas, estáis en camino hacia una meta santa: ser prolongadores de la misión que Cristo recibió del Padre. Llamados por Él, habéis seguido su voz y atraídos por su mirada amorosa avanzáis hacia el ministerio sagrado. Poned vuestros ojos en Él, que por su encarnación es el revelador supremo de Dios al mundo y por su resurrección es el cumplidor fiel de su promesa. Dadle gracias por esta muestra de predilección que tiene con cada uno de vosotros.

La primera lectura que hemos escuchado nos muestra a Cristo como el nuevo y definitivo sacerdote, que hizo de su existencia una ofrenda total. La antífona del salmo se le puede aplicar perfectamente, cuando, al entrar en el mundo, dirigiéndose a su Padre, dijo: «Aquí estoy para hacer tu voluntad» (cf. *Sal* 39, 8-9). En todo buscaba agradarle: al hablar y al actuar, recorriendo los caminos o acogiendo a los pecadores. Su vivir fue un servicio y su desvivirse una intercesión perenne, poniéndose en nombre de todos ante el Padre como Primogénito de muchos hermanos. El autor de la carta a los Hebreos afirma que con esa entrega perfeccionó para siempre a los que estábamos llamados a compartir su filiación (cf. *Heb* 10,14).



Antes de celebrar la Eucaristía con los Seminaristas, el Papa confesó a varios jóvenes en el Parque del Buen Retiro.

La Eucaristía, de cuya institución nos habla el evangelio proclamado (cf. *Lc 22,14-20*), es la expresión real de esa entrega incondicional de Jesús por todos, también por los que le traicionaban. Entrega de su cuerpo y sangre para la vida de los hombres y para el perdón de sus pecados. La sangre, signo de la vida, nos fue dada por Dios como alianza, a fin de que podamos poner la fuerza de su vida, allí donde reina la muerte a causa de nuestro pecado, y así destruirlo. El cuerpo desgarrado y la sangre vertida de Cristo, es decir su libertad entregada, se han convertido por los signos eucarísticos en la nueva fuente de la libertad redimida de los hombres. En Él tenemos la promesa de una redención definitiva y la esperanza cierta de los bienes futuros. Por Cristo sabemos que no somos caminantes hacia el abismo, hacia el silencio de la nada o de la muerte, sino viajeros hacia una tierra de promisión, hacia Él que es nuestra meta y también nuestro principio.



Homilía en la Catedral de Santa María la Real de la Almudena.

Queridos amigos, os preparáis para ser apóstoles con Cristo y como Cristo, para ser compañeros de viaje y servidores de los hombres. ¿Cómo vivir estos años de preparación? Ante todo, deben ser años de silencio interior, de permanente oración, de constante estudio y de inserción paulatina en las acciones y estructuras pastorales de la Iglesia. Iglesia que es comunidad e institución, familia y misión, creación de Cristo por su Santo Espíritu y a la vez resultado de quienes la conformamos con nuestra santidad y con nuestros pecados. Así lo ha querido Dios, que no tiene reparo en hacer de pobres y pecadores sus amigos e instrumentos para la redención del género humano. La santidad de la Iglesia es ante todo la santidad objetiva de la misma persona de Cristo, de su evangelio y de sus sacramentos, la santidad de aquella fuerza de lo alto que la anima e impulsa. Nosotros debemos ser santos para no crear una contradicción entre el signo que somos y la realidad que queremos significar.

Meditad bien este misterio de la Iglesia, viviendo los años de vuestra formación con profunda alegría, en actitud de docilidad, de lucidez y de radical fidelidad evangélica, así como en amorosa relación con el tiempo y las personas en medio de las que vivís. Nadie elige el contexto ni a los destinatarios de su misión. Cada época tiene sus problemas, pero Dios da en cada tiempo la gracia oportuna para asumirlos y superarlos con amor y realismo. Por eso, en cualquier circunstancia en la que se halle, y por dura que esta sea, el sacerdote ha de fructificar en toda clase de obras buenas, guardando para ello siempre vivas en su interior las palabras del día de su Ordenación, aquellas con las que se le exhortaba a configurar su vida con el misterio de la cruz del Señor.

Configurarse con Cristo comporta, queridos seminaristas, identificarse cada vez más con Aquel que se ha hecho por nosotros siervo, sacerdote y víctima. Configurarse con Él es, en realidad, la tarea en la que el sacerdote ha de gastar toda su vida. Ya sabemos que nos sobrepasa y no lograremos cumplirla plenamente, pero, como dice san Pablo, corremos hacia la meta esperando alcanzarla (cf. *Flp* 3,12-14).

Pero Cristo, Sumo Sacerdote, es también el Buen Pastor, que cuida de sus ovejas hasta dar la vida por ellas (cf. *Jn* 10,11). Para imitar también en esto al Señor, vuestro corazón ha de ir madurando en el Seminario, estando totalmente a disposición del Maestro. Esta disponibilidad, que es don del Espíritu Santo, es la que inspira la decisión de vivir el celibato por el Reino de los cielos, el desprendimiento de los bienes de la tierra, la austeridad de vida y la obediencia sincera y sin disimulo.

Pedidle, pues, a Él, que os conceda imitarlo en su caridad hasta el extremo para con todos, sin rehuir a los alejados y pecadores, de forma que, con vuestra ayuda, se conviertan y vuelvan al buen camino. Pedidle que os enseñe a estar muy cerca de los enfermos y de los pobres, con sencillez y generosidad. Afrontad este reto sin complejos ni mediocridad, antes bien como una bella forma de realizar la vida humana en gratuidad y en servicio, siendo testigos de Dios hecho hombre, mensajeros de la altísima dignidad de la persona humana y, por consiguiente, sus defensores incondicionales. Apoyados en su amor, no os dejéis intimidar por un entorno en el que se pretende excluir a Dios y en el que el poder, el tener o el placer a menudo son los principales criterios por los que se rige la existencia. Puede que os menosprecien, como se suele hacer con quienes evocan metas más altas o desenmascaran los ídolos ante los que hoy muchos se postran. Será entonces cuando una vida hondamente enraizada en Cristo se muestre realmente como una novedad y atraiga con fuerza a quienes de veras buscan a Dios, la verdad y la justicia.

Alentados por vuestros formadores, abrid vuestra alma a la luz del Señor para ver si este camino, que requiere valentía y autenticidad, es el vuestro, avanzando hacia el sacerdocio solamente si estáis firmemente persuadidos de que Dios os llama a ser sus ministros y plenamente decididos a ejercerlo obedeciendo las disposiciones de la Iglesia.

Con esa confianza, aprended de Aquel que se definió a sí mismo como manso y humilde de corazón, despojándoos para ello de todo deseo mundano, de manera que no os busquéis a vosotros mismos, sino que con vuestro comportamiento edificuéis a vuestros hermanos, como hizo el santo patrono del clero secular español, san Juan de Ávila. Animados por su ejemplo, mirad, sobre todo, a la Virgen María, Madre de los sacerdotes. Ella sabrá forjar vuestra alma según el modelo de Cristo, su divino Hijo, y os enseñará siempre a custodiar los bienes que Él adquirió en el Calvario para la salvación del mundo. Amén.

DECLARACIÓN de San Juan de Ávila, Presbítero, Patrono del Clero Secular Español, como Doctor de la Iglesia Universal.

Con gran gozo, quiero anunciar ahora al pueblo de Dios, en este marco de la Santa Iglesia Catedral de Santa María La Real de la Almudena, que, acogiendo los deseos del Señor Presidente de la Conferencia Episcopal Española, Eminentísimo Cardenal Antonio María Rouco Varela, Arzobispo de Madrid, de los demás Hermanos en el Episcopado de Es-

paña, así como de un gran número de Arzobispos y Obispos de otras partes del mundo, y de muchos fieles, declararé próximamente a San Juan de Ávila, presbítero, Doctor de la Iglesia universal.

Al hacer pública esta noticia aquí, deseo que la palabra y el ejemplo de este eximio Pastor ilumine a los sacerdotes y a aquellos que se preparan con ilusión para recibir un día la Sagrada Ordenación.

Invito a todos a que vuelvan la mirada hacia él, y encomiendo a su intercesión a los Obispos de España y de todo el mundo, así como a los presbíteros y seminaristas, para que perseverando en la misma fe de la que él fue maestro, modelen su corazón según los sentimientos de Jesucristo, el Buen Pastor, a quien sea la gloria y el honor por los siglos de los siglos. Amén.

DISCURSO en el Encuentro con el Comité mixto Organizador de la XXVI MJM, en la Nunciatura Apostólica.

Me complace recibirlos en esta Nunciatura Apostólica para agradeceros vivamente todo lo que habéis llevado a cabo para la organización de esta Jornada Mundial de la Juventud.

Sé muy bien que, desde el momento que se hizo pública la noticia de que la Archidiócesis de Madrid había sido elegida como Sede de esta iniciativa, el Señor Cardenal Antonio María Rouco Varela puso en marcha los trabajos del Comité Organizador Local, en el que, con un profundo sentido eclesial y extraordinario afecto al Vicario de Cristo, han colaborado los responsables de las diversas áreas que se hallan implicadas en un acontecimiento de esta magnitud, coordinados por Monseñor César Augusto Franco Martínez. Solo el amor a la Iglesia y el afán por evangelizar a los jóvenes explican este compromiso tan generoso en tiempo y energías, que dará un abundante fruto apostólico. Durante meses habéis entregado lo mejor de vosotros mismos al servicio de la misión de la Iglesia. Dios os lo premiará con el ciento por uno. No sólo a vosotros, sino a vuestras familias e instituciones, que con abnegación han sostenido vuestra dedicación y esmero. Si, como dice Jesús, ni un vaso de agua dado en su nombre quedará sin recompensa, ¡cuánto más la entrega diaria y permanente a la organización de un hecho eclesial de tanto relieve como el que estamos viviendo! Gracias a cada uno de vosotros.

De igual modo, quiero manifestar mi gratitud a los miembros de la Comisión Mixta, formada por el Arzobispado de Madrid y las Administraciones del Estado, de la Comunidad de Madrid y del Ayuntamiento de

la Villa, que, también desde el inicio de la preparación de esta Jornada Mundial de la Juventud, se constituyó con la mirada puesta en los cientos de miles de jóvenes peregrinos que han llegado a Madrid, ciudad abierta, hermosa y solidaria. Ciertamente, sin esta colaboración solícita, no se habría podido realizar un evento de tanta complejidad y trascendencia. A este respecto, sé bien que las diversas entidades se han puesto a disposición del Comité Organizador Local, sin escatimar esfuerzos y en un clima de amable cooperación, que honra a esta noble Nación y al reconocido espíritu de hospitalidad de los españoles.

La eficacia de esta comisión manifiesta que no solo es posible la colaboración entre la Iglesia y las instituciones civiles, sino que, cuando se orientan al servicio de una iniciativa de tan largo alcance, como es la que nos ocupa, se hace verdad el principio de que el bien integra a todos en la unidad. Por ello, quiero expresar a los representantes de las respectivas Administraciones, que han trabajado denodadamente por el éxito de esta Jornada Mundial, mi más sentido y cordial agradecimiento en nombre de la Iglesia y de los jóvenes que disfrutaron en estos días de vuestra acogida y solicitud.

Para todos vosotros, vuestras familias e instituciones, invoco del Señor la abundancia de sus dones. Muchas gracias.

DISCURSO en la visita a la Fundación Instituto San José.

Gracias de corazón por el amable saludo y la cordial acogida que me habéis dispensado.

Esta noche, antes de la vigilia de oración con los jóvenes de todo el mundo que han venido a Madrid para participar en esta Jornada Mundial de la Juventud, tenemos ocasión de pasar algunos momentos juntos y así poder manifestaros la cercanía y el aprecio del Papa por cada uno de vosotros, por vuestras familias y por todas las personas que os acompañan y cuidan en esta Fundación del Instituto San José.

La juventud, lo hemos recordado otras veces, es la edad en la que la vida se desvela a la persona con toda la riqueza y plenitud de sus potencialidades, impulsando la búsqueda de metas más altas que den sentido a la misma. Por eso, cuando el dolor aparece en el horizonte de una vida joven, quedamos desconcertados y quizá nos preguntemos: ¿Puede seguir siendo grande la vida cuando irrumpe en ella el sufrimiento? A este respecto, en mi encíclica sobre la esperanza cristiana, decía: «La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre (...). Una sociedad que no logra

aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana» (*Spe salvi*, 38). Estas palabras reflejan una larga tradición de humanidad que brota del ofrecimiento que Cristo hace de sí mismo en la Cruz por nosotros y por nuestra redención. Jesús y, siguiendo sus huellas, su Madre Dolorosa y los santos son los testigos que nos enseñan a vivir el drama del sufrimiento para nuestro bien y la salvación del mundo.

Estos testigos nos hablan, ante todo, de la dignidad de cada vida humana, creada a imagen de Dios. Ninguna aflicción es capaz de borrar esta impronta divina grabada en lo más profundo del hombre. Y no solo: desde que el Hijo de Dios quiso abrazar libremente el dolor y la muerte, la imagen de Dios se nos ofrece también en el rostro de quien padece. Esta especial predilección del Señor por el que sufre nos lleva a mirar al otro con ojos limpios, para darle, además de las cosas externas que precisa, la mirada de amor que necesita. Pero esto únicamente es posible realizarlo como fruto de un encuentro personal con Cristo. De ello sois muy conscientes vosotros, religiosos, familiares, profesionales de la salud y voluntarios que vivís y trabajáis cotidianamente con estos jóvenes. Vuestra vida y dedicación proclaman la grandeza a la que está llamado el hombre: compadecerse y acompañar por amor a quien sufre, como ha hecho Dios mismo. Y en vuestra hermosa labor resuenan también las palabras evangélicas: «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (*Mt 25*, 40).

Por otro lado, vosotros sois también testigos del bien inmenso que constituye la vida de estos jóvenes para quien está a su lado y para la humanidad entera. De manera misteriosa pero muy real, su presencia suscita en nuestros corazones, frecuentemente endurecidos, una ternura que nos abre a la salvación. Ciertamente, la vida de estos jóvenes cambia el corazón de los hombres y, por ello, estamos agradecidos al Señor por haberlos conocido.

Queridos amigos, nuestra sociedad, en la que demasiado a menudo se pone en duda la dignidad inestimable de la vida, de cada vida, os necesita: vosotros contribuís decididamente a edificar la civilización del amor. Más aún, sois protagonistas de esta civilización. Y como hijos de la Iglesia ofrecéis al Señor vuestras vidas, con sus penas y sus alegrías, colaborando con Él y entrando «a formar parte de algún modo del tesoro de compasión que necesita el género humano» (*Spe salvi*, 40).

Con afecto entrañable, y por intercesión de San José, de San Juan de Dios y de San Benito Menni, os encomiendo de todo corazón a Dios nuestro Señor: que Él sea vuestra fuerza y vuestro premio. De su amor sea signo la Bendición Apostólica que os imparto a vosotros y a todos vuestros familiares y amigos. Muchas gracias.

VIGILIA de Oración con los jóvenes, en el aeródromo Cuatro Vientos.

Os saludo a todos, pero en particular a los jóvenes que me han formulado sus preguntas, y les agradezco la sinceridad con que han planteado sus inquietudes, que expresan en cierto modo el anhelo de todos vosotros por alcanzar algo grande en la vida, algo que os dé plenitud y felicidad.

Pero, ¿cómo puede un joven ser fiel a la fe cristiana y seguir aspirando a grandes ideales en la sociedad actual? En el evangelio que hemos escuchado, Jesús nos da una respuesta a esta importante cuestión: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor» (*Jn* 15, 9).

Sí, queridos amigos, Dios nos ama. Ésta es la gran verdad de nuestra vida y que da sentido a todo lo demás. No somos fruto de la casualidad o la irracionalidad, sino que en el origen de nuestra existencia hay un proyecto de amor de Dios. Permanecer en su amor significa entonces vivir arraigados en la fe, porque la fe no es la simple aceptación de unas verdades abstractas, sino una relación íntima con Cristo que nos lleva a abrir nuestro corazón a este misterio de amor y a vivir como personas que se saben amadas por Dios.

Si permanecéis en el amor de Cristo, arraigados en la fe, encontraréis, aun en medio de contrariedades y sufrimientos, la raíz del gozo y la alegría. La fe no se opone a vuestros ideales más altos, al contrario, los exalta y perfecciona. Queridos jóvenes, no os conforméis con menos que la Verdad y el Amor, no os conforméis con menos que Cristo.

Precisamente ahora, en que la cultura relativista dominante renuncia y desprecia la búsqueda de la verdad, que es la aspiración más alta del espíritu humano, debemos proponer con coraje y humildad el valor universal de Cristo, como salvador de todos los hombres y fuente de esperanza para nuestra vida. Él, que tomó sobre sí nuestras aflicciones, conoce bien el misterio del dolor humano y muestra su presencia amorosa en todos los que sufren. Estos, a su vez, unidos a la pasión de Cristo, participen muy de cerca en su obra de redención. Además, nuestra atención desinteresada a los enfermos y postergados, siempre será un testimonio humilde y callado del rostro compasivo de Dios.

Queridos amigos, que ninguna adversidad os paralice. No tengáis miedo al mundo, ni al futuro, ni a vuestra debilidad. El Señor os ha otorgado vivir en este momento de la historia, para que gracias a vuestra fe siga resonando su Nombre en toda la tierra.

En esta vigilia de oración, os invito a pedir a Dios que os ayude a descubrir vuestra vocación en la sociedad y en la Iglesia y a perseverar en ella con alegría y fidelidad. Vale la pena acoger en nuestro interior la llamada de Cristo y seguir con valentía y generosidad el camino que él nos proponga.

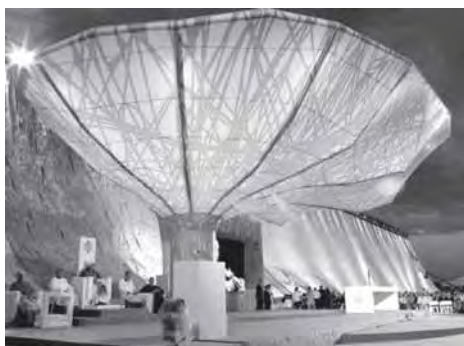
A muchos, el Señor los llama al matrimonio, en el que un hombre y una mujer, formando una sola carne (cf. *Gn* 2, 24), se realizan en una profunda vida de comunión. Es un horizonte luminoso y exigente a la vez. Un proyecto de amor verdadero que se renueva y ahonda cada día compartiendo alegrías y dificultades, y que se caracteriza por una entrega de la totalidad de la persona. Por eso, reconocer la belleza y bondad del matrimonio, significa ser conscientes de que solo un ámbito de fidelidad e indisolubilidad, así como de apertura al don divino de la vida, es el adecuado a la grandeza y dignidad del amor matrimonial.

A otros, en cambio, Cristo los llama a seguirlo más de cerca en el sacerdocio o en la vida consagrada. Qué hermoso es saber que Jesús te busca, se fija en ti y con su voz inconfundible te dice también a ti: «¡Sígueme!» (cf. *Mc* 2,14).

Queridos jóvenes, para descubrir y seguir fielmente la forma de vida a la que el Señor os llame a cada uno, es indispensable permanecer en su amor como amigos. Y, ¿cómo se mantiene la amistad si no es con el trato frecuente, la conversación, el estar juntos y el compartir ilusiones o pesares? Santa Teresa de Jesús decía que la oración es «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (cf. *Libro de la vida*, 8).

Os invito, pues, a permanecer ahora en la adoración a Cristo, realmente presente en la Eucaristía. A dialogar con Él, a poner ante Él vuestras preguntas y a escucharlo. Queridos amigos, yo rezo por vosotros con toda el alma. Os suplico que recéis también por mí. Pidámosle al Señor en esta noche que, atraídos por la belleza de su amor, vivamos siempre fielmente como discípulos suyos. Amén.

Queridos amigos: Gracias por vuestra alegría y resistencia. Vuestra fuerza es mayor que la lluvia. Gracias. El Señor con la lluvia nos ha mandado muchas bendiciones. También con esto sois un ejemplo.



Vigilia de la Oración en el Aeródromo de Cuatro Vientos.

Saludo en francés. Chers jeunes francophones, soyez fiers d'avoir reçu le don de la foi, c'est elle qui illuminera votre vie à chaque instant. Appuyez-vous sur la foi de vos proches, sur la foi de l'Église ! Par la foi, nous sommes fondés dans le Christ. Retrouvez-vous avec d'autres pour l'approfondir, fréquentez l'Eucharistie, mystère de la foi par excellence. Le Christ seul peut répondre aux aspirations que vous portez en vous. Laissez-vous saisir par Dieu pour que votre présence dans l'Église lui donne un élan nouveau!

[*Traducción española:* Queridos jóvenes de lengua francesa, estad orgullosos por haber recibido el don de la fe, que iluminará vuestra vida en todo momento. Apoyaos en la fe de aquellos que están cerca de vosotros, en la fe de la Iglesia. Gracias a la fe estamos cimentados en Cristo. Encontraros con otros para profundizar en ella, participad en la Eucaristía, misterio de la fe por excelencia. Solamente Cristo puede responder a vuestras aspiraciones. Dejaros conquistar por Dios para que vuestra presencia dé a la Iglesia un impulso nuevo].

Saludo en inglés. Dear young people, in these moments of silence before the Blessed Sacrament, let us raise our minds and hearts to Jesus Christ, the Lord of our lives and of the future. May he pour out his Spirit upon us and upon the whole Church, that we may be a beacon of freedom, reconciliation and peace for the whole world.

[*Traducción española:* Queridos jóvenes, en estos momentos de silencio delante del Santísimo Sacramento, elevemos nuestras mentes y corazones a Jesucristo, el Señor de nuestras vidas y del futuro. Que Él derrame su Espíritu sobre nosotros y sobre toda la Iglesia, para que seamos promotores de libertad, reconciliación y paz en todo el mundo].

Saludo en alemán. Liebe junge Christen deutscher Sprache! Tief in unserem Herzen sehnen wir uns nach dem Großen und Schönen im Leben. Laßt eure Wünsche und Sehnsüchte nicht ins Leere laufen, sondern macht sie fest in Jesus Christus. Er selber ist der Grund, der trägt, und der sichere Bezugspunkt für ein erfülltes Leben.

[*Traducción española:* Queridos jóvenes de lengua alemana. En el fondo, lo que nuestro corazón desea es lo bueno y bello de la vida. No permitáis que vuestros deseos y anhelos caigan en el vacío, antes bien haced que cobren fuerza en Cristo. Él es el cimiento firme, el punto de referencia seguro para una vida plena].

Saludo en italiano. Mi rivolgo ora ai giovani di lingua italiana. Cari amici, questa Veglia rimarrà come un'esperienza indimenticabile della vostra vita. Custodite la fiamma che Dio ha acceso nei vostri cuori in

questa notte: fate in modo che non si spenga, alimentatela ogni giorno, condividetela con i vostri coetanei che vivono nel buio e cercano una luce per il loro cammino. Grazie! Arrivederci a domani mattina!

[*Traducción española*: Me dirijo ahora a los jóvenes de lengua italiana. Queridos amigos, esta Vigilia quedará como una experiencia inolvidable en vuestra vida. Conservad la llama que Dios ha encendido en vuestros corazones en esta noche: procurad que no se apague, alimentadla cada día, compartidla con vuestros coetáneos que viven en la oscuridad y buscan una luz para su camino. Gracias. Adiós. Hasta mañana].

Saludo en português. Meus queridos amigos, convindo cada um e cada uma de vós a estabelecer um diálogo pessoal com Cristo, expondo-Lhe as próprias dúvidas e sobretudo escutando-O. O Senhor está aqui e chama-te! Jovens amigos, vale a pena ouvir dentro de nós a Palavra de Jesus e caminhar seguindo os seus passos. Pedi ao Senhor que vos ajude a descobrir a vossa vocação na vida e na Igreja, e a perseverar nela com alegria e fidelidade, sabendo que Ele nunca vos abandona nem atraiçoa! Ele está conosco até ao fim do mundo.

[*Traducción española*: Mis queridos amigos, os invito a todos a establecer un diálogo personal con Cristo, exponiéndole las propias dudas y sobre todo escuchándolo. El Señor está aquí y os llama. Jóvenes amigos, vale la pena escuchar en nuestro interior la Palabra de Jesús y caminar siguiendo sus pasos. Pedid al Señor que os ayude a descubrir vuestra vocación en la vida y en la Iglesia, y a perseverar en ella con alegría y fidelidad, sabiendo que Él nunca os abandonará ni os traicionará. Él está con nosotros hasta el fin del mundo].

Saludo en polaco. Drodzy mlodzi przyjaciele z Polski! To nasze modlitewne czuwanie przenika obecność Chrystusa. Pewni Jego miłości zblźcie si do Niego płomieniem waszej wiary. On was napelni Swoim życiem. Budujcie wasze życie na Chrystusie i Jego Ewangelii. Z serca wam błogosławie.

[*Traducción española*: Queridos amigos [procedentes de Polonia. Esta vigilia de oración está colmada de la presencia de Cristo. Seguros de su amor, acercaos a Él con la llama de vuestra fe. Él os colmará de su vida. Edificad vuestra vida sobre Cristo y su Evangelio. Os bendigo de corazón].

Queridos jóvenes:

Hemos vivido una aventura juntos. Firmes en la fe en Cristo habéis resistido la lluvia. Antes de marcharme, deseo daros las buenas noches a

todos. Que descanséis bien. Gracias por el sacrificio que estáis haciendo y que no dudo ofreceréis generosamente al Señor. Nos vemos mañana, si Dios quiere, en la celebración eucarística. Os espero a todos. Os doy las gracias por el maravilloso ejemplo que habéis dado. Igual que esta noche, con Cristo podréis siempre afrontar las pruebas de la vida. No lo olvidéis. Gracias a todos.

Era difícil de calcular el número de personas que había en el recinto del aeródromo, pero se puede asegurar que eran cientos de miles y que otro tanto número de personas de jóvenes no pudieron acceder porque el recinto estaba lleno a las 17 horas y cerraron las puertas de acceso cuando la Vigilia de oración estaba anunciada para las veinte horas. Había el temor de que el local no fuera suficientemente cómodo y, sobretodo, preocupación por los nubarrones que amenazaban una tormenta de verano, tal y como sucedió, cuando se vieron los relámpagos, se oyeron los truenos, y el viento huracanado y la lluvia hicieron acto de presencia. Sucedió en el mismo momento de comenzar la Exposición Solemne del Santísimo Sacramento.

INTRODUCCIÓN a la Misa en el Aeródromo de Cuatro Vientos, el 21 de agosto de 2011.

Queridos jóvenes:

He pensado mucho en vosotros en estas horas que no nos hemos visto. Espero que hayáis podido dormir un poco, a pesar de las inclemencias del tiempo. Seguro que en esta madrugada habréis levantado los ojos al cielo más de una vez, y no sólo los ojos, también el corazón, y esto os habrá permitido rezar. Dios saca bienes de todo. Con esta confianza, y sabiendo que el Señor nunca nos abandona, comenzamos nuestra celebración eucarística llenos de entusiasmo y firmes en la fe.

HOMILÍA pronunciada en la Misa en el Aeródromo de Cuatro Vientos.

Queridos jóvenes:

Con la celebración de la Eucaristía llegamos al momento culminante de esta Jornada Mundial de la Juventud. Al veros aquí, venidos en gran número de todas partes, mi corazón se llena de gozo pensando en el afecto especial con el que Jesús os mira. Sí, el Señor os quiere y os llama amigos suyos (cf. *Jn* 15,15). Él viene a vuestro encuentro y desea acompañaros en vuestro camino, para abriros las puertas de una vida plena, y haceros partícipes de su relación íntima con el Padre. Nosotros, por nuestra parte, conscientes de la grandeza de su amor, deseamos corres-

ponder con toda generosidad a esta muestra de predilección con el propósito de compartir también con los demás la alegría que hemos recibido. Ciertamente, son muchos en la actualidad los que se sienten atraídos por la figura de Cristo y desean conocerlo mejor. Perciben que Él es la respuesta a muchas de sus inquietudes personales. Pero, ¿quién es Él realmente? ¿Cómo es posible que alguien que ha vivido sobre la tierra hace tantos años tenga algo que ver conmigo hoy?

En el evangelio que hemos escuchado (cf. *Mt* 16, 13-20), vemos representados como dos modos distintos de conocer a Cristo. El primero consistiría en un conocimiento externo, caracterizado por la opinión corriente. A la pregunta de Jesús: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?», los discípulos responden: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas». Es decir, se considera a Cristo como un personaje religioso más de los ya conocidos. Después, dirigiéndose personalmente a los discípulos, Jesús les pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Pedro responde con lo que es la primera confesión de fe: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». La fe va más allá de los simples datos empíricos o históricos, y es capaz de captar el misterio de la persona de Cristo en su profundidad.

Pero la fe no es fruto del esfuerzo humano, de su razón, sino que es un don de Dios: «¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos». Tiene su origen en la iniciativa de Dios, que nos desvela su intimidad y



Homilía en Cuatro Vientos.

nos invita a participar de su misma vida divina. La fe no proporciona solo alguna información sobre la identidad de Cristo, sino que supone una relación personal con Él, la adhesión de toda la persona, con su inteligencia, voluntad y sentimientos, a la manifestación que Dios hace de sí mismo. Así, la pregunta de Jesús: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?», en el fondo está impulsando a los discípulos a tomar una decisión personal en relación a Él. Fe y seguimiento de Cristo están estrechamente relacionados. Y, puesto que supone seguir al Maestro, la fe tiene que consolidarse y crecer, hacerse más profunda y madura, a medida que se intensifica y fortalece la relación con Jesús, la intimidad con Él. También Pedro y los demás apóstoles tuvieron que avanzar por este camino, hasta que el encuentro con el Señor resucitado les abrió los ojos a una fe plena.

Queridos jóvenes, también hoy Cristo se dirige a vosotros con la misma pregunta que hizo a los apóstoles: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Respondedle con generosidad y valentía, como corresponde a un corazón joven como el vuestro. Decidle: Jesús, yo sé que Tú eres el Hijo de Dios que has dado tu vida por mí. Quiero seguirte con fidelidad y dejarme guiar por tu palabra. Tú me conoces y me amas. Yo me fío de ti y pongo mi vida entera en tus manos. Quiero que seas la fuerza que me sostenga, la alegría que nunca me abandone.

En su respuesta a la confesión de Pedro, Jesús habla de la Iglesia: «Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». ¿Qué significa esto? Jesús construye la Iglesia sobre la roca de la fe de Pedro, que confiesa la divinidad de Cristo. Sí, la Iglesia no es una simple institución humana, como otra cualquiera, sino que está estrechamente unida a Dios. El mismo Cristo se refiere a ella como «su» Iglesia. No se puede separar a Cristo de la Iglesia, como no se puede separar la cabeza del cuerpo (cf. *1 Co* 12,12). La Iglesia no vive de sí misma, sino del Señor. Él está presente en medio de ella, y le da vida, alimento y fortaleza.

Queridos jóvenes, permitidme que, como Sucesor de Pedro, os invite a fortalecer esta fe que se nos ha transmitido desde los Apóstoles, a poner a Cristo, el Hijo de Dios, en el centro de vuestra vida. Pero permitidme también que os recuerde que seguir a Jesús en la fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia. No se puede seguir a Jesús en solitario. Quien cede a la tentación de ir «por su cuenta» o de vivir la fe según la mentalidad individualista, que predomina en la sociedad, corre el riesgo de no encontrar nunca a Jesucristo, o de acabar siguiendo una imagen falsa de Él.

Tener fe es apoyarse en la fe de tus hermanos, y que tu fe sirva igualmente de apoyo para la de otros. Os pido, queridos amigos, que

améis a la Iglesia, que os ha engendrado en la fe, que os ha ayudado a conocer mejor a Cristo, que os ha hecho descubrir la belleza de su amor. Para el crecimiento de vuestra amistad con Cristo es fundamental reconocer la importancia de vuestra gozosa inserción en las parroquias, comunidades y movimientos, así como la participación en la Eucaristía de cada domingo, la recepción frecuente del sacramento del perdón, y el cultivo de la oración y meditación de la Palabra de Dios.

De esta amistad con Jesús nacerá también el impulso que lleva a dar testimonio de la fe en los más diversos ambientes, incluso allí donde hay rechazo o indiferencia. No se puede encontrar a Cristo y no darlo a conocer a los demás. Por tanto, no os guardéis a Cristo para vosotros mismos. Comunicad a los demás la alegría de vuestra fe. El mundo necesita el testimonio de vuestra fe, necesita ciertamente a Dios. Pienso que vuestra presencia aquí, jóvenes venidos de los cinco continentes, es una maravillosa prueba de la fecundidad del mandato de Cristo a la Iglesia: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16,15). También a vosotros os incumbe la extraordinaria tarea de ser discípulos y misioneros de Cristo en otras tierras y países donde hay multitud de jóvenes que aspiran a cosas más grandes y, vislumbrando en sus corazones la posibilidad de valores más auténticos, no se dejan seducir por las falsas promesas de un estilo de vida sin Dios.

Queridos jóvenes, rezo por vosotros con todo el afecto de mi corazón. Os encomiendo a la Virgen María, para que ella os acompañe siempre con su intercesión maternal y os enseñe la fidelidad a la Palabra de Dios. Os pido también que recéis por el Papa, para que, como Sucesor de Pedro, pueda seguir confirmando a sus hermanos en la fe. Que todos en la Iglesia, pastores y fieles, nos acerquemos cada día más al Señor, para que crezcamos en santidad de vida y demos así un testimonio eficaz de que Jesucristo es verdaderamente el Hijo de Dios, el Salvador de todos los hombres y la fuente viva de su esperanza. Amén.

ÁNGELUS

Ahora vais a regresar a vuestros lugares de residencia habitual. Vuestros amigos querrán saber qué es lo que ha cambiado en vosotros después de haber estado en esta noble Villa con el Papa y cientos de miles de jóvenes de todo el orbe: ¿Qué vais a decirles? Os invito a que deis un audaz testimonio de vida cristiana ante los demás. Así seréis fermento de nuevos cristianos y haréis que la Iglesia despunte con pujanza en el corazón de muchos.

¡Cuánto he pensado en estos días en aquellos jóvenes que aguardan vuestro regreso! Transmitidles mi afecto, en particular a los más desfavorecidos, y también a vuestras familias y a las comunidades de vida cristiana a las que pertenecéis.

No puedo dejar de confesaros que estoy realmente impresionado por el número tan significativo de Obispos y sacerdotes presentes en esta Jornada. A todos ellos doy las gracias muy desde el fondo del alma, animándolos al mismo tiempo a seguir cultivando la pastoral juvenil con entusiasmo y dedicación.

Saludo con afecto al Señor Arzobispo castrense y agradezco vivamente al Ejército del Aire el haber cedido con tanta generosidad la Base Aérea de Cuatro Vientos, precisamente en el centenario de la creación de la aviación militar española. Pongo a todos los que la integran y a sus familias bajo el materno amparo de María Santísima, en su advocación de Nuestra Señora de Loreto.

Asimismo, y al conmemorarse ayer el tercer aniversario del grave accidente aéreo ocurrido en el aeropuerto de Barajas, que ocasionó numerosas víctimas y heridos, deseo hacer llegar mi cercanía espiritual y mi afecto entrañable a todos los afectados por ese lamentable suceso, así como a los familiares de los fallecidos, cuyas almas encomendamos a la misericordia de Dios.

Me complace anunciar ahora que la sede de la próxima Jornada Mundial de la Juventud en 2013, será Río de Janeiro. Pidamos al Señor ya desde este instante que asista con su fuerza a cuantos han de ponerla en marcha y allane el camino a los jóvenes de todo el mundo para que puedan reunirse nuevamente con el Papa en esa bella ciudad brasileña.

Queridos amigos, antes de despedirnos, y a la vez que los jóvenes de España entregan a los de Brasil la cruz de las Jornadas Mundiales de la Juventud, como Sucesor de Pedro, confío a todos los aquí presentes este gran cometido: Llevad el conocimiento y el amor de Cristo por todo el mundo. Él quiere que seáis sus apóstoles en el siglo veintiuno y los mensajeros de su alegría. ¡No lo defraudéis! Muchas gracias.

Saludo en francés. Chers jeunes de langue française, le Christ vous demande aujourd'hui d'être enracinés en Lui et de bâtir avec Lui votre vie sur le roc qu'il est Lui-même. Il vous envoie pour être des témoins courageux et sans complexes, authentiques et crédibles ! N'ayez pas peur d'être catholiques, d'en témoigner toujours autour de vous avec simplicité et sincérité ! Que l'Église trouve en vous et en votre jeunesse les missionnaires joyeux de la Bonne Nouvelle!

[*Traducción española:* Queridos jóvenes de lengua francesa, Cristo os pide hoy que estéis arraigados en Él y construyáis con Él vuestra vida sobre la roca que es Él mismo. Él os envía para que seáis testigos valientes y sin complejos, auténticos y creíbles. No tengáis miedo de ser católicos, dando siempre testimonio de ello a vuestro alrededor, con sencillez y sinceridad. Que la Iglesia halle en vosotros y en vuestra juventud a los misioneros gozosos de la Buena Noticia].

Saludo en inglés. I greet all the English-speaking young people present here today! As you return home, take back with you the good news of Christ's love which we have experienced in these unforgettable days. Fix your eyes upon him, deepen your knowledge of the Gospel and bring forth abundant fruit! God bless all of you until we meet again!



Ángelus en el Aeródromo de Cuatro Vientos.

[*Traducción española*: Saludo a todos los jóvenes de lengua inglesa que están hoy aquí. Al regresar a vuestra casa, llevad con vosotros la Buena Noticia del amor de Cristo, que habéis experimentado en estos días inolvidables. Con los ojos fijos en Él, profundizad en vuestro conocimiento del Evangelio y dad abundantes frutos. Dios os bendiga hasta que nos encontremos nuevamente].

Saludo en alemán. Meine lieben Freunde! Glaube ist keine Theorie. Glauben heißt, in eine persönliche Beziehung zu Jesus zu treten und die Freundschaft mit ihm in Gemeinschaft mit anderen, in der Gemeinschaft der Kirche zu leben. Vertraut Christus euer ganzes Leben an, und helfe euren Freunden, daß auch sie zur Quelle des Lebens, zu Gott gelangen. Der Herr mache euch zu frohen Zeugen seiner Liebe.

[*Traducción española*: Mis queridos amigos. La fe no es una teoría. Creer significa entrar en una relación personal con Jesús y vivir la amistad con Él en comunión con los demás, en la comunidad de la Iglesia. Confíad a Cristo toda vuestra vida, y ayudad a vuestros amigos a alcanzar la fuente de la vida: Dios. Que el Señor haga de vosotros testigos gozosos de su amor].

Saludo en italiano. Cari giovani di lingua italiana! Vi saluto tutti! L'Eucaristia che abbiamo celebrato è Cristo risorto presente e vivo in mezzo a noi: grazie a Lui, la vostra vita è radicata e fondata in Dio, salda nella fede. Con questa certezza, ripartite da Madrid e annunciate a tutti ciò che avete visto e udito. Rispondete con gioia alla chiamata del Signore, seguitelo e rimanete sempre uniti a Lui: porterete molto frutto!

[*Traducción española*: Queridos jóvenes de lengua italiana. Os saludo a todos. La Eucaristía que hemos celebrado es Cristo Resucitado, presente y vivo en medio de nosotros: Gracias a Él, vuestra vida está arraigada y fundada en Dios, firme en la fe. Con esta certeza, marchad de Madrid y anunciad a todos lo que habéis visto y oído. Responded con gozo a la llamada del Señor, seguidlo y permaneced siempre unidos a Él: daréis mucho fruto].

Saludo en portugués. Queridos jovens e amigos de língua portuguesa, encontrastes Jesus Cristo! Sentir-vos-eis em contra-corrente no meio duma sociedade onde impera a cultura relativista que renuncia a buscar e a possuir a verdade. Mas foi para este momento da história, cheio de grandes desafios e oportunidades, que o Senhor vos mandou: para que, graças à vossa fé, continue a ressoar a Boa Nova de Cristo por toda a terra. Espero poder encontrar-vos daqui a dois anos, na próxima Jornada Mundial da Juventude, no Rio de Janeiro, Brasil. Até lá, rezemos uns pelos outros, dan-

do testemunho da alegria que brota de viver enraizados e edificados em Cristo. Até breve, queridos jovens! Que Deus vos abençoe!

[*Traducción española*: Queridos jóvenes y amigos de lengua portuguesa, habéis encontrado a Jesucristo. Os sentiréis yendo contra corriente en medio de una sociedad donde impera la cultura relativista que renuncia a buscar y a poseer la verdad. Pero el Señor os ha enviado en este momento de la historia, lleno de grandes desafíos y oportunidades, para que, gracias a vuestra fe, siga resonando por toda la tierra la Buena Nueva de Cristo. Espero poder encontraros dentro de dos años en la próxima Jornada Mundial de la Juventud, en Río de Janeiro, Brasil. Hasta entonces, recemos unos por otros, dando testimonio de la alegría que brota de vivir enraizados y edificados en Cristo. Hasta pronto, queridos jóvenes. Que Dios os bendiga].

Saludo en polaco: Drodzy mlodzi Polacy, silni wiar, zakorzenieni w Chrystusie! Niech owocuj w was otrzymane w tych dniach od Boga talenty. Badzcie Jego swiadkami. Niescie innym oredzie Ewangelii. Wasza modlitwa i przyBadem zycia pomagajcie Europie odnalezc jej chrzescijanskie korzenie.

[*Traducción española*: Queridos jóvenes polacos, firmes en la fe, arraigados en Cristo. Los talentos recibidos de Dios en estos días produzcan en vosotros abundantes frutos. Sed sus testigos. Llevad a los demás el mensaje del Evangelio. Con vuestra oración y con el ejemplo de la vida, ayudad a Europa a encontrar sus raíces cristianas].

DISCURSO en el Encuentro con los Voluntarios de la XXVI JMJ, en el Pabellón 9 de la Feria de Madrid-IFEMA

Al concluir los actos de esta inolvidable Jornada Mundial de la Juventud, he querido detenerme aquí, antes de regresar a Roma, para daros las gracias muy vivamente por vuestro inestimable servicio. Es un deber de justicia y una necesidad del corazón. Deber de justicia, porque, gracias a vuestra colaboración, los jóvenes peregrinos han podido encontrar una amable acogida y una ayuda en todas sus necesidades. Con vuestro servicio habéis dado a la Jornada Mundial el rostro de la amabilidad, la simpatía y la entrega a los demás.

Mi gratitud es también una necesidad del corazón, porque no solo habéis estado atentos a los peregrinos, sino también al Papa, a mí. En todos los actos en los que he participado, allí estabais vosotros: unos visiblemente y otros en un segundo plano, haciendo posible el orden querido para que todo fuera bien. No puedo tampoco olvidar el esfuerzo

de la preparación de estos días. Cuántos sacrificios, cuánto cariño. Todos, cada uno como sabía y podía, puntada a puntada, habéis ido tejiendo con vuestro trabajo y oración el maravillo cuadro multicolor de esta Jornada. Muchas gracias por vuestra dedicación. Os agradezco este gesto entrañable de amor.

Muchos de vosotros habéis debido renunciar a participar de un modo directo en los actos, al tener que ocuparos de otras tareas de la organización. Sin embargo, esa renuncia ha sido un modo hermoso y evangélico de participar en la Jornada: el de la entrega a los demás de la que habla Jesús. En cierto sentido, habéis hecho realidad las palabras del Señor: «Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos» (*Mc 9,35*). Tengo la certeza de que esta experiencia como voluntarios os ha enriquecido a todos en vuestra vida cristiana, que es fundamentalmente un servicio de amor. El Señor transformará vuestro cansancio acumulado, las preocupaciones y el agobio de muchos momentos en frutos de virtudes cristianas: paciencia, mansedumbre, alegría en el darse a los demás, disponibilidad para cumplir la voluntad de Dios. Amar es servir y el servicio acrecienta el amor. Pienso que es este uno de los frutos más bellos de vuestra contribución a la Jornada Mundial de la Juventud. Pero esta cosecha no la recogéis solo vosotros, sino la Iglesia entera que, como misterio de comunión, se enriquece con la aportación de cada uno de sus miembros.

Al volver ahora a vuestra vida ordinaria, os animo a que guardéis en vuestro corazón esta gozosa experiencia y a que crezcáis cada día más en la entrega de vosotros mismos a Dios y a los hombres. Es posible que en muchos de vosotros se haya despertado tímida o poderosamente una pregunta muy sencilla: ¿Qué quiere Dios de mí? ¿Cuál es su designio sobre mi vida? ¿Me llama Cristo a seguirlo más de cerca? ¿No podría yo gastar mi vida entera en la misión de anunciar al mundo la grandeza de su amor a través del sacerdocio, la vida consagrada o el matrimonio? Si ha surgido esa inquietud, dejaos llevar por el Señor y ofreceos como voluntarios al servicio de Aquel que «no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (*Mc 10,45*). Vuestra vida alcanzará una plenitud insospechada. Quizás alguno esté pensando: el Papa ha venido a darnos las gracias y se va pidiendo. Sí, así es. Ésta es la misión del Papa, Sucesor de Pedro. Y no olvidéis que Pedro, en su primera carta, recuerda a los cristianos el precio con que han sido rescatados: el de la sangre de Cristo (cf. *I P 1, 18-19*). Quien valora su vida desde esta perspectiva sabe que al amor de Cristo solo se puede respon-

der con amor, y eso es lo que os pide el Papa en esta despedida: que respondáis con amor a quien por amor se ha entregado por vosotros. Gracias de nuevo y que Dios vaya siempre con vosotros.

DISCURSO en la Ceremonia de Despedida en el Aeropuerto Internacional de Madrid-Barajas.

Ha llegado el momento de despedirnos. Estos días pasados en Madrid, con una representación tan numerosa de jóvenes de España y todo el mundo, quedarán hondamente grabados en mi memoria y en mi corazón.



Majestad, el Papa se ha sentido muy bien en España. También los jóvenes protagonistas de esta Jornada Mundial de la Juventud han sido muy bien acogidos aquí y en tantas ciudades y localidades españolas, que han podido visitar en los días previos a la Jornada.

Gracias a Vuestra Majestad por sus cordiales palabras y por haber querido acompañarme tanto en el recibimiento como, ahora, al despedirme. Gracias a las Autoridades nacionales, autonómicas y locales, que han mostrado con su cooperación fina sensibilidad por este acontecimiento internacional. Gracias a los miles de voluntarios, que han hecho posible el buen desarrollo de todas las actividades de este encuentro: los diversos actos literarios, musicales, culturales y religiosos del «Festival joven», las catequesis de los Obispos y los actos centrales celebrados con el Sucesor de Pedro. Gracias a las fuerzas de seguridad y del orden, así como a los que han colaborado prestando los más variados servicios:

desde el cuidado de la música y de la liturgia, hasta el transporte, la atención sanitaria y los avituallamientos.

España es una gran Nación que, en una convivencia sanamente abierta, plural y respetuosa, sabe y puede progresar sin renunciar a su alma profundamente religiosa y católica. Lo ha manifestado una vez más en estos días, al desplegar su capacidad técnica y humana en una empresa de tanta trascendencia y de tanto futuro, como es el facilitar que la juventud hunda sus raíces en Jesucristo, el Salvador.

Una palabra de especial gratitud se debe a los organizadores de la Jornada: al Cardenal Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos y a todo el personal de ese Dicasterio; al Señor Cardenal Arzobispo de Madrid, Antonio María Rouco Varela, junto con sus Obispos auxiliares y toda la archidiócesis; en particular, al Coordinador General de la Jornada, Monseñor César Augusto Franco Martínez, y a sus colaboradores, tantos y tan generosos. Los Obispos han trabajado con solicitud y abnegación en sus diócesis para la esmerada preparación de la Jornada, junto con los sacerdotes, personas consagradas y fieles laicos. A todos, mi reconocimiento, junto con mi súplica al Señor para que bendiga sus afanes apostólicos.

Y no puedo dejar de dar las gracias de todo corazón a los jóvenes por haber venido a esta Jornada, por su participación alegre, entusiasta e intensa. A ellos les digo: Gracias y enhorabuena por el testimonio que habéis dado en Madrid y en el resto de ciudades españolas en las que habéis estado. Os invito ahora a difundir por todos los rincones del mundo la gozosa y profunda experiencia de fe vivida en este noble País. Transmitid vuestra alegría especialmente a los que hubieran querido venir y no han podido hacerlo por las más diversas circunstancias, a tantos como han rezado por vosotros y a quienes la celebración misma de la Jornada les ha tocado el corazón. Con vuestra cercanía y testimonio, ayudad a vuestros amigos y compañeros a descubrir que amar a Cristo es vivir en plenitud.

Dejo España contento y agradecido a todos. Pero sobre todo a Dios, Nuestro Señor, que me ha permitido celebrar esta Jornada, tan llena de gracia y emoción, tan cargada de dinamismo y esperanza. Sí, la fiesta de la fe que hemos compartido nos permite mirar hacia adelante con mucha confianza en la providencia, que guía a la Iglesia por los mares de la historia. Por eso permanece joven y con vitalidad, aun afrontando arduas situaciones. Esto es obra del Espíritu Santo, que hace presente a Jesucristo en los corazones de los jóvenes de cada época y les muestra así la

grandeza de la vocación divina de todo ser humano. Hemos podido comprobar también cómo la gracia de Cristo derrumba los muros y franquea las fronteras que el pecado levanta entre los pueblos y las generaciones, para hacer de todos los hombres una sola familia que se reconoce unida en el único Padre común, y que cultiva con su trabajo y respeto todo lo que Él nos ha dado en la Creación.

Los jóvenes responden con diligencia cuando se les propone con sinceridad y verdad el encuentro con Jesucristo, único redentor de la humanidad. Ellos regresan ahora a sus casas como misioneros del Evangelio, «arraigados y cimentados en Cristo, firmes en la fe», y necesitarán ayuda en su camino. Encomiendo, pues, de modo particular a los Obispos, sacerdotes, religiosos y educadores cristianos, el cuidado de la juventud, que desea responder con ilusión a la llamada del Señor. No hay que desanimarse ante las contrariedades que, de diversos modos, se presentan en algunos países. Más fuerte que todas ellas es el anhelo de Dios, que el Creador ha puesto en el corazón de los jóvenes, y el poder de lo alto, que otorga fortaleza divina a los que siguen al Maestro y a los que buscan en Él alimento para la vida. No temáis presentar a los jóvenes el mensaje de Jesucristo en toda su integridad e invitarlos a los sacramentos, por los cuales nos hace partícipes de su propia vida.

Majestad, antes de volver a Roma, quisiera asegurar a los españoles que los tengo muy presentes en mi oración, rezando especialmente por los matrimonios y las familias que afrontan dificultades de diversa naturaleza, por los necesitados y enfermos, por los mayores y los niños, y también por los que no encuentran trabajo. Rezo igualmente por los jóvenes de España. Estoy convencido de que, animados por la fe en Cristo, aportarán lo mejor de sí mismos, para que este gran País afronte los desafíos de la hora presente y continúe avanzando por los caminos de la concordia, la solidaridad, la justicia y la libertad. Con estos deseos, confío a todos los hijos de esta noble tierra a la intercesión de la Virgen María, nuestra Madre del Cielo, y los bendigo con afecto. Que la alegría del Señor colme siempre vuestros corazones. Muchas gracias.

XXVII MJJ

ROMA, 1 DE ABRIL DE 2012

TEMA: «¡ALEGROSIEMPRE EN EL SEÑOR!» (FLP 4, 4)

La última MJJ del Papa Benedicto XVI la celebró en Roma el Domingo de Ramos, 1 de abril de 2012 y, como si adivinara que era la última quiso dejarnos el Testamento de la Alegría que fue pronunciado en forma de mensaje el 15 de marzo de 2012, fiesta de Santa Luisa de Marillac, fundadora de las Hijas de la Caridad y de san Vicente de Paúl, en cuyo colegio el Siervo de Dios Ismael de Tomelloso aprendió las primeras oraciones ante la Medalla de la Virgen Milagrosa.

MENSAJE enviado por el Papa Benedicto XVI el 15 de marzo de 2012, para la XXVII MJJ.

Queridos jóvenes:

Me alegro de dirigirme de nuevo a vosotros con ocasión de la XXVII Jornada Mundial de la Juventud. El recuerdo del encuentro de Madrid el pasado mes de agosto sigue muy presente en mi corazón. Ha sido un momento extraordinario de gracia, durante el cual el Señor ha bendecido a los jóvenes allí presentes, venidos del mundo entero. Doy gracias a Dios por los muchos frutos que ha suscitado en aquellas jornadas y que en el futuro seguirán multiplicándose entre los jóvenes y las comunidades a las que pertenecen. Ahora nos estamos dirigiendo ya hacia la próxima cita en Río de Janeiro en el año 2013, que tendrá como tema «¡Id y haced discípulos a todos los pueblos!» (cf. *Mt* 28,19).

Este año, el tema de la Jornada Mundial de la Juventud nos lo da la exhortación de la *Carta del apóstol san Pablo a los Filipenses*: «¡Alegraos siempre en el Señor!» (4,4). En efecto, la alegría es un elemento central de la experiencia cristiana. También experimentamos en cada Jornada Mundial de la Juventud una alegría intensa, la alegría de la comunión, la alegría de ser cristianos, la alegría de la fe. Esta es una de las características de estos encuentros. Vemos la fuerza atractiva que ella tiene: en un mundo marcado a menudo por la tristeza

y la inquietud, la alegría es un testimonio importante de la belleza y fiabilidad de la fe cristiana.

La Iglesia tiene la vocación de llevar la alegría al mundo, una alegría auténtica y duradera, aquella que los ángeles anunciaron a los pastores de Belén en la noche del nacimiento de Jesús (cf. *Lc 2,10*). Dios no sólo ha hablado, no sólo ha cumplido signos prodigiosos en la historia de la humanidad, sino que se ha hecho tan cercano que ha llegado a hacerse uno de nosotros, recorriendo las etapas de la vida entera del hombre. En el difícil contexto actual, muchos jóvenes en vuestro entorno tienen una inmensa necesidad de sentir que el mensaje cristiano es un mensaje de alegría y esperanza. Quisiera reflexionar ahora con vosotros sobre esta alegría, sobre los caminos para encontrarla, para que podáis vivirla cada vez con mayor profundidad y ser mensajeros de ella entre los que os rodean.

1. Nuestro corazón está hecho para la alegría

La aspiración a la alegría está grabada en lo más íntimo del ser humano. Más allá de las satisfacciones inmediatas y pasajeras, nuestro corazón busca la alegría profunda, plena y perdurable, que pueda dar «sabor» a la existencia. Y esto vale sobre todo para vosotros, porque la juventud es un período de un continuo descubrimiento de la vida, del mundo, de los demás y de sí mismo. Es un tiempo de apertura hacia el futuro, donde se manifiestan los grandes deseos de felicidad, de amistad, del compartir y de verdad; donde uno es impulsado por ideales y se conciben proyectos.

Cada día el Señor nos ofrece tantas alegrías sencillas: la alegría de vivir, la alegría ante la belleza de la naturaleza, la alegría de un trabajo bien hecho, la alegría del servicio, la alegría del amor sincero y puro. Y si miramos con atención, existen tantos motivos para la alegría: los hermosos momentos de la vida familiar, la amistad compartida, el descubrimiento de las propias capacidades personales y la consecución de buenos resultados, el aprecio que otros nos tienen, la posibilidad de expresarse y sentirse comprendidos, la sensación de ser útiles para el prójimo. Y, además, la adquisición de nuevos conocimientos mediante los estudios, el descubrimiento de nuevas dimensiones a través de viajes y encuentros, la posibilidad de hacer proyectos para el futuro. También pueden producir en nosotros una verdadera alegría la experiencia de leer una obra literaria, de admirar una obra maestra del arte, de escuchar e interpretar la música o ver una película.

Pero cada día hay tantas dificultades con las que nos encontramos en nuestro corazón, tenemos tantas preocupaciones por el futuro, que nos podemos preguntar si la alegría plena y duradera a la cual aspiramos no es quizá una ilusión y una huida de la realidad. Hay muchos jóvenes que se preguntan: ¿es verdaderamente posible hoy en día la alegría plena? Esta búsqueda sigue varios caminos, algunos de los cuales se manifiestan como erróneos, o por lo menos peligrosos. Pero, ¿cómo podemos distinguir las alegrías verdaderamente duraderas de los placeres inmediatos y engañosos? ¿Cómo podemos encontrar en la vida la verdadera alegría, aquella que dura y no nos abandona ni en los momentos más difíciles?

2. Dios es la fuente de la verdadera alegría

En realidad, todas las alegrías auténticas, ya sean las pequeñas del día a día o las grandes de la vida, tienen su origen en Dios, aunque no lo parezca a primera vista, porque Dios es comunión de amor eterno, es alegría infinita que no se encierra en sí misma, sino que se difunde en aquellos que Él ama y que le aman. Dios nos ha creado a su imagen por amor y para derramar sobre nosotros su amor, para colmarnos de su presencia y su gracia. Dios quiere hacernos partícipes de su alegría, divina y eterna, haciendo que descubramos que el valor y el sentido profundo de nuestra vida está en el ser aceptados, acogidos y amados por Él, y no con una acogida frágil como puede ser la humana, sino con una acogida incondicional como lo es la divina: yo soy amado, tengo un puesto en el mundo y en la historia, soy amado personalmente por Dios. Y si Dios me acepta, me ama y estoy seguro de ello, entonces sabré con claridad y certeza que es bueno que yo sea, que exista.

Este amor infinito de Dios para con cada uno de nosotros se manifiesta de modo pleno en Jesucristo. En Él se encuentra la alegría que buscamos. En el Evangelio vemos cómo los hechos que marcan el inicio de la vida de Jesús se caracterizan por la alegría. Cuando el arcángel Gabriel anuncia a la Virgen María que será madre del Salvador, comienza con esta palabra: «¡Alégrate!» (*Lc 1,28*). En el nacimiento de Jesús, el Ángel del Señor dice a los pastores: «Os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor» (*Lc 2,11*). Y los Magos que buscaban al niño, «al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría» (*Mt 2,10*). El motivo de esta alegría es, por lo tanto, la cercanía de Dios, que se ha hecho uno de nosotros.

Esto es lo que san Pablo quiso decir cuando escribía a los cristianos de Filipos: «Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos. Que vuestra medida la conozca todo el mundo. El Señor está cerca» (*Flp* 4,4-5). La primera causa de nuestra alegría es la cercanía del Señor, que me acoge y me ama.

En efecto, el encuentro con Jesús produce siempre una gran alegría interior. Lo podemos ver en muchos episodios de los Evangelios. Recordemos la visita de Jesús a Zaqueo, un recaudador de impuestos deshonesto, un pecador público, a quien Jesús dice: «Es necesario que hoy me quede en tu casa». Y san Lucas dice que Zaqueo «lo recibió muy contento» (*Lc* 19,5-6). Es la alegría del encuentro con el Señor; es sentir el amor de Dios que puede transformar toda la existencia y traer la salvación. Zaqueo decide cambiar de vida y dar la mitad de sus bienes a los pobres.

En la hora de la pasión de Jesús, este amor se manifiesta con toda su fuerza. Él, en los últimos momentos de su vida terrena, en la cena con sus amigos, dice: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor... Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud» (*Jn* 15,9.11). Jesús quiere introducir a sus discípulos y a cada uno de nosotros en la alegría plena, la que Él comparte con el Padre, para que el amor con que el Padre le ama esté en nosotros (cf. *Jn* 17,26). La alegría cristiana es abrirse a este amor de Dios y pertenecer a Él.

Los Evangelios relatan que María Magdalena y otras mujeres fueron a visitar el sepulcro donde habían puesto a Jesús después de su muerte y recibieron de un Ángel una noticia desconcertante, la de su resurrección. Entonces, así escribe el Evangelista, abandonaron el sepulcro a toda prisa, «llenas de miedo y de alegría», y corrieron a anunciar la feliz noticia a los discípulos. Jesús salió a su encuentro y dijo: «Alegraos» (*Mt* 28,8-9). Es la alegría de la salvación que se les ofrece: Cristo es el viviente, es el que ha vencido el mal, el pecado y la muerte. Él está presente en medio de nosotros como el Resucitado, hasta el final de los tiempos (cf. *Mt* 28,21). El mal no tiene la última palabra sobre nuestra vida, sino que la fe en Cristo Salvador nos dice que el amor de Dios es el que vence.

Esta profunda alegría es fruto del Espíritu Santo que nos hace hijos de Dios, capaces de vivir y gustar su bondad, de dirigirnos a Él con la expresión «Abba», Padre (cf. *Rm* 8,15). La alegría es signo de su presencia y su acción en nosotros.

3. *Conservar en el corazón la alegría cristiana*

Aquí nos preguntamos: ¿Cómo podemos recibir y conservar este don de la alegría profunda, de la alegría espiritual?

Un Salmo dice: «Sea el Señor tu delicia, y él te dará lo que pide tu corazón» (*Sal 37,4*). Jesús explica que «El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo» (*Mt 13,44*). Encontrar y conservar la alegría espiritual surge del encuentro con el Señor, que pide que le sigamos, que nos decidamos con determinación, poniendo toda nuestra confianza en Él. Queridos jóvenes, no tengáis miedo de arriesgar vuestra vida abriéndola a Jesucristo y su Evangelio; es el camino para tener la paz y la verdadera felicidad dentro de nosotros mismos, es el camino para la verdadera realización de nuestra existencia de hijos de Dios, creados a su imagen y semejanza.

Buscar la alegría en el Señor: la alegría es fruto de la fe, es reconocer cada día su presencia, su amistad: «El Señor está cerca» (*Flp 4,5*); es volver a poner nuestra confianza en Él, es crecer en su conocimiento y en su amor. El «Año de la Fe», que iniciaremos dentro de pocos meses, nos ayudará y estimulará. Queridos amigos, aprended a ver cómo actúa Dios en vuestras vidas, descubridlo oculto en el corazón de los acontecimientos de cada día. Creed que Él es siempre fiel a la alianza que ha sellado con vosotros el día de vuestro Bautismo. Sabed que jamás os abandonará. Dirigid a menudo vuestra mirada hacia Él. En la cruz entregó su vida porque os ama. La contemplación de un amor tan grande da a nuestros corazones una esperanza y una alegría que nada puede destruir. Un cristiano nunca puede estar triste porque ha encontrado a Cristo, que ha dado la vida por él.

Buscar al Señor, encontrarlo, significa también acoger su Palabra, que es alegría para el corazón. El profeta Jeremías escribe: «Si encontraba tus palabras, las devoraba: tus palabras me servían de gozo, eran la alegría de mi corazón» (*Jr 15,16*). Aprended a leer y meditar la Sagrada Escritura; allí encontraréis una respuesta a las preguntas más profundas sobre la verdad que anida en vuestro corazón y vuestra mente. La Palabra de Dios hace que descubramos las maravillas que Dios ha obrado en la historia del hombre y que, llenos de alegría, proclamemos en alabanza y adoración: «Venid, aclamemos al Señor... postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro» (*Sal 95,1.6*).

La Liturgia en particular, es el lugar por excelencia donde se manifiesta la alegría que la Iglesia recibe del Señor y transmite al mundo. Cada domingo, en la Eucaristía, las comunidades cristianas celebran el Misterio central de la salvación: la muerte y resurrección de Cristo. Este es un momento fundamental para el camino de cada discípulo del Señor, donde se hace presente su sacrificio de amor; es el día en el que encontramos al Cristo Resucitado, escuchamos su Palabra, nos alimentamos de su Cuerpo y su Sangre. Un Salmo afirma: «Este es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo» (*Sal* 118,24). En la noche de Pascua, la Iglesia canta el *Exultet*, expresión de alegría por la victoria de Jesucristo sobre el pecado y la muerte: «¡Exulte el coro de los ángeles... Goce la tierra inundada de tanta claridad... resuene este templo con las aclamaciones del pueblo en fiesta!». La alegría cristiana nace del saberse amados por un Dios que se ha hecho hombre, que ha dado su vida por nosotros y ha vencido el mal y la muerte; es vivir por amor a él. Santa Teresa del Niño Jesús, joven carmelita, escribió: «Jesús, mi alegría es amarte a ti» (*Poesía* 45/7).

4. *La alegría del amor*

Queridos amigos, la alegría está íntimamente unida al amor; ambos son frutos inseparables del Espíritu Santo (cf. *Ga* 5,23). El amor produce alegría, y la alegría es una forma del amor. La beata Madre Teresa de Calcuta, recordando las palabras de Jesús: «hay más dicha en dar que en recibir» (*Hch* 20,35), decía: «La alegría es una red de amor para capturar las almas. Dios ama al que da con alegría. Y quien da con alegría da más». El siervo de Dios, hoy Beato Pablo VI escribió: «En el mismo Dios, todo es alegría porque todo es un don» (Ex. ap. *Gaudete in Domino*, 9 mayo 1975).

Pensando en los diferentes ámbitos de vuestra vida, quisiera deciros que amar significa constancia, fidelidad, tener fe en los compromisos. Y esto, en primer lugar, con las amistades. Nuestros amigos esperan que seamos sinceros, leales, fieles, porque el verdadero amor es perseverante también y sobre todo en las dificultades. Y lo mismo vale para el trabajo, los estudios y los servicios que desempeñáis. La fidelidad y la perseverancia en el bien llevan a la alegría, aunque ésta no sea siempre inmediata.

Para entrar en la alegría del amor, estamos llamados también a ser generosos, a no conformarnos con dar el mínimo, sino a comprometernos a fondo, con una atención especial por los más necesitados. El mun-

do necesita hombres y mujeres competentes y generosos, que se pongan al servicio del bien común. Esforzaos por estudiar con seriedad; cultivad vuestros talentos y ponedlos desde ahora al servicio del prójimo. Buscad el modo de contribuir, allí donde estéis, a que la sociedad sea más justa y humana. Que toda vuestra vida esté impulsada por el espíritu de servicio, y no por la búsqueda del poder, del éxito material y del dinero.

A propósito de generosidad, tengo que mencionar una alegría especial; es la que se siente cuando se responde a la vocación de entregar toda la vida al Señor. Queridos jóvenes, no tengáis miedo de la llamada de Cristo a la vida religiosa, monástica, misionera o al sacerdocio. Tened la certeza de que colma de alegría a los que, dedicándole la vida desde esta perspectiva, responden a su invitación a dejar todo para quedarse con Él y dedicarse con todo el corazón al servicio de los demás. Del mismo modo, es grande la alegría que Él regala al hombre y a la mujer que se donan totalmente el uno al otro en el matrimonio para formar una familia y convertirse en signo del amor de Cristo por su Iglesia.

Quisiera mencionar un tercer elemento para entrar en la alegría del amor: hacer que crezca en vuestra vida y en la vida de vuestras comunidades la comunión fraterna. Hay vínculo estrecho entre la comunión y la alegría. No en vano san Pablo escribía su exhortación en plural; es decir, no se dirige a cada uno en singular, sino que afirma: «Alegraos siempre en el Señor» (*Flp* 4,4). Sólo juntos, viviendo en comunión fraterna, podemos experimentar esta alegría. El libro de los *Hechos de los Apóstoles* describe así la primera comunidad cristiana: «Partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón» (*Hch* 2,46). Empleaos también vosotros a fondo para que las comunidades cristianas puedan ser lugares privilegiados en que se comparta, se atienda y cuiden unos a otros.

5. La alegría de la conversión

Queridos amigos, para vivir la verdadera alegría también hay que identificar las tentaciones que la alejan. La cultura actual lleva a menudo a buscar metas, realizaciones y placeres inmediatos, favoreciendo más la inconstancia que la perseverancia en el esfuerzo y la fidelidad a los compromisos. Los mensajes que recibís empujar a entrar en la lógica del consumo, prometiendo una felicidad artificial. La experiencia enseña que el poseer no coincide con la alegría. Hay tantas personas que, a pesar de tener bienes materiales en abundancia, a menudo están oprimidas por la desesperación, la tristeza y sienten un vacío en la vida. Para

permanecer en la alegría, estamos llamados a vivir en el amor y la verdad, a vivir en Dios.

La voluntad de Dios es que nosotros seamos felices. Por ello nos ha dado las indicaciones concretas para nuestro camino: los Mandamientos. Cumpliéndolos encontramos el camino de la vida y de la felicidad. Aunque a primera vista puedan parecer un conjunto de prohibiciones, casi un obstáculo a la libertad, si los meditamos más atentamente a la luz del Mensaje de Cristo, representan un conjunto de reglas de vida esenciales y valiosas que conducen a una existencia feliz, realizada según el proyecto de Dios. Cuántas veces, en cambio, constatamos que construir ignorando a Dios y su voluntad nos lleva a la desilusión, la tristeza y al sentimiento de derrota. La experiencia del pecado como rechazo a seguirle, como ofensa a su amistad, ensombrece nuestro corazón.

Pero aunque a veces el camino cristiano no es fácil y el compromiso de fidelidad al amor del Señor encuentra obstáculos o registra caídas, Dios, en su misericordia, no nos abandona, sino que nos ofrece siempre la posibilidad de volver a Él, de reconciliarnos con Él, de experimentar la alegría de su amor que perdona y vuelve a acoger.

Queridos jóvenes, ¡recurred a menudo al Sacramento de la Penitencia y la Reconciliación! Es el Sacramento de la alegría reencontrada. Pedid al Espíritu Santo la luz para saber reconocer vuestro pecado y la capacidad de pedir perdón a Dios acercándoos a este Sacramento con constancia, serenidad y confianza. El Señor os abrirá siempre sus brazos, os purificará y os llenará de su alegría: habrá alegría en el cielo por un solo pecador que se convierte (cf. *Lc 15,7*).

6. *La alegría en las pruebas*

Al final puede que quede en nuestro corazón la pregunta de si es posible vivir de verdad con alegría incluso en medio de tantas pruebas de la vida, especialmente las más dolorosas y misteriosas; de si seguir al Señor y fiarse de Él da siempre la felicidad.

La respuesta nos la pueden dar algunas experiencias de jóvenes como vosotros que han encontrado precisamente en Cristo la luz que permite dar fuerza y esperanza, también en medio de situaciones muy difíciles. El beato Pier Giorgio Frassati (1901-1925) experimentó tantas pruebas en su breve existencia; una de ellas concernía su vida sentimental, que le había herido profundamente. Precisamente en esta situación, escribió a su hermana: «Tú me preguntas si soy alegre; y ¿cómo no podría serlo? Mientras la fe me da la fuerza estaré siempre alegre. Un

católico no puede por menos de ser alegre... El fin para el cual hemos sido creados nos indica el camino que, aunque esté sembrado de espinas, no es un camino triste, es alegre incluso también a través del dolor» (*Carta a la hermana Luciana*, Turín, 14 febrero 1925). Y el beato (hoy Santo) Juan Pablo II, al presentarlo como modelo, dijo de él: «Era un joven de una alegría contagiosa, una alegría que superaba también tantas dificultades de su vida» (*Discurso a los jóvenes*, Turín, 13 abril 1980).

Más cercana a nosotros, la joven Chiara Badano (1971-1990), recientemente beatificada, experimentó cómo el dolor puede ser transfigurado por el amor y estar habitado por la alegría. A la edad de 18 años, en un momento en el que el cáncer le hacía sufrir de modo particular, rezó al Espíritu Santo para que intercediera por los jóvenes de su Movimiento. Además de su curación, pidió a Dios que iluminara con su Espíritu a todos aquellos jóvenes, que les diera la sabiduría y la luz: «Fue un momento de Dios: sufría mucho físicamente, pero el alma cantaba» (*Carta a Chiara Lubich*, Sassello, 20 de diciembre de 1989). La clave de su paz y alegría era la plena confianza en el Señor y la aceptación de la enfermedad como misteriosa expresión de su voluntad para su bien y el de los demás. A menudo repetía: «Jesús, si tú lo quieres, yo también lo quiero».

Son dos sencillos testimonios, entre otros muchos, que muestran cómo el cristiano auténtico no está nunca desesperado o triste, incluso ante las pruebas más duras, y muestran que la alegría cristiana no es una huida de la realidad, sino una fuerza sobrenatural para hacer frente y vivir las dificultades cotidianas. Sabemos que Cristo crucificado y resucitado está con nosotros, es el amigo siempre fiel. Cuando participamos en sus sufrimientos, participamos también en su alegría. Con Él y en Él, el sufrimiento se transforma en amor. Y ahí se encuentra la alegría (cf. *Col* 1,24).

7. Testigos de la alegría

Queridos amigos, para concluir quisiera alentaros a ser misioneros de la alegría. No se puede ser feliz si los demás no lo son. Por ello, hay que compartir la alegría. Id a contar a los demás jóvenes vuestra alegría de haber encontrado aquel tesoro precioso que es Jesús mismo. No podemos conservar para nosotros la alegría de la fe; para que ésta pueda permanecer en nosotros, tenemos que transmitirla. San Juan afirma: «Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros... Os escribimos esto, para que nuestro gozo sea completo» (*I Jn* 1,3-4).

A veces se presenta una imagen del Cristianismo como una propuesta de vida que oprime nuestra libertad, que va contra nuestro deseo de felicidad y alegría. Pero esto no corresponde a la verdad. Los cristianos son hombres y mujeres verdaderamente felices, porque saben que nunca están solos, sino que siempre están sostenidos por las manos de Dios. Sobre todo vosotros, jóvenes discípulos de Cristo, tenéis la tarea de mostrar al mundo que la fe trae una felicidad y alegría verdadera, plena y duradera. Y si el modo de vivir de los cristianos parece a veces cansado y aburrido, entonces sed vosotros los primeros en dar testimonio del rostro alegre y feliz de la fe. El Evangelio es la «buena noticia» de que Dios nos ama y que cada uno de nosotros es importante para Él. Mostrad al mundo que esto de verdad es así.

Por lo tanto, sed misioneros entusiasmados de la nueva evangelización. Llevad a los que sufren, a los que están buscando, la alegría que Jesús quiere regalar. Llevadla a vuestras familias, a vuestras escuelas y universidades, a vuestros lugares de trabajo y a vuestros grupos de amigos, allí donde vivís. Veréis que es contagiosa. Y recibiréis el ciento por uno: la alegría de la salvación para vosotros mismos, la alegría de ver la Misericordia de Dios que obra en los corazones. En el día de vuestro encuentro definitivo con el Señor, Él podrá deciros: «¡Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu señor!» (Mt 25,21).

Que la Virgen María os acompañe en este camino. Ella acogió al Señor dentro de sí y lo anunció con un canto de alabanza y alegría, el *Magnificat*: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador» (Lc 1,46-47). María respondió plenamente al amor de Dios dedicando a Él su vida en un servicio humilde y total. Es llamada «causa de nuestra alegría» porque nos ha dado a Jesús. Que Ella os introduzca en aquella alegría que nadie os podrá quitar.»

Así terminó el Mensaje último, el Testamento de la Alegría, en el que pronunció 108 veces la palabra alegría.

El Domingo de Ramos, 1 de abril de 2012, el Papa Benedicto XVI inicia la XXVII JMJ.

HOMILÍA pronunciada en la Misa.

El Domingo de Ramos es el gran pórtico que nos lleva a la Semana Santa, la semana en la que el Señor Jesús se dirige hacia la culminación de su vida terrena. Él va a Jerusalén para cumplir las Escrituras y para ser colgado en la cruz, el trono desde el cual reinará por los siglos, atra-

yendo a sí a la humanidad de todos los tiempos y ofrecer a todos el don de la redención. Sabemos por los evangelios que Jesús se había encaminado hacia Jerusalén con los doce, y que poco a poco se había ido sumando a ellos una multitud creciente de peregrinos. San Marcos nos dice que ya al salir de Jericó había una «gran muchedumbre» que seguía a Jesús (cf. 10,46).

En la última parte del trayecto se produce un acontecimiento particular, que aumenta la expectativa sobre lo que está por suceder y hace que la atención se centre todavía más en Jesús. A lo largo del camino, al salir de Jericó, está sentado un mendigo ciego, llamado Bartimeo. Apenas oye decir que Jesús de Nazaret está llegando, comienza a gritar: «¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí» (Mc 10,47). Tratan de acallarlo, pero en vano, hasta que Jesús lo manda llamar y le invita a acercarse. «¿Qué quieres que te haga?», le pregunta. Y él contesta: «Rabbuní, que vea» (v. 51). Jesús le dice: «Anda, tu fe te ha salvado». Bartimeo recobró la vista y se puso a seguir a Jesús en el camino (cf. v. 52). Y he aquí que, tras este signo prodigioso, acompañado por aquella invocación: «Hijo de David», un estremecimiento de esperanza atraviesa la multitud, suscitando en muchos una pregunta: ¿Este Jesús que marchaba delante de ellos a Jerusalén, no sería quizás el Mesías, el nuevo David? Y, con su ya inminente entrada en la ciudad santa, ¿no habría llegado tal vez el momento en el que Dios restauraría finalmente el reino de David?

También la preparación del ingreso de Jesús con sus discípulos contribuye a aumentar esta esperanza. Como hemos escuchado en el Evangelio de hoy (cf. Mc 11,1-10), Jesús llegó a Jerusalén desde Betfagé y el monte de los Olivos, es decir, la vía por la que había de venir el Mesías. Desde allí, envía por delante a dos discípulos, mandándoles que le trajeran un pollino de asna que encontrarían a lo largo del camino. Encuentran efectivamente el pollino, lo desatan y lo llevan a Jesús. A este punto, el ánimo de los discípulos y los otros peregrinos se deja ganar por el entusiasmo: toman sus mantos y los echan encima del pollino; otros alfombran con ellos el camino de Jesús a medida que avanza a grupas del asno. Después cortan ramas de los árboles y comienzan a gritar las palabras del Salmo 118, las antiguas palabras de bendición de los peregrinos que, en este contexto, se convierten en una proclamación mesiánica: «¡Hosanna!, bendito el que viene en el nombre del Señor. ¡Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!» (vv. 9-10). Esta alegría festiva, transmitida

por los cuatro evangelistas, es un grito de bendición, un himno de júbilo: expresa la convicción unánime de que, en Jesús, Dios ha visitado su pueblo y ha llegado por fin el Mesías deseado. Y todo el mundo está allí, con creciente expectación por lo que Cristo hará una vez que entre en su ciudad.

Pero, ¿cuál es el contenido, la resonancia más profunda de este grito de júbilo? La respuesta está en toda la Escritura, que nos recuerda cómo el Mesías lleva a cumplimiento la promesa de la bendición de Dios, la promesa originaria que Dios había hecho a Abraham, el padre de todos los creyentes: «Haré de ti una gran nación, te bendeciré... y en ti serán benditas todas las familias de la tierra» (Gn 12,2-3). Es la promesa que Israel siempre había tenido presente en la oración, especialmente en la oración de los Salmos. Por eso, el que es aclamado por la muchedumbre como bendito es al mismo tiempo aquel en el cual será bendecida toda la humanidad. Así, a la luz de Cristo, la humanidad se reconoce profundamente unida y cubierta por el manto de la bendición divina, una bendición que todo lo penetra, todo lo sostiene, lo redime, lo santifica.

Podemos descubrir aquí un primer gran mensaje que nos trae la festividad de hoy: la invitación a mirar de manera justa a la humanidad entera, a cuantos conforman el mundo, a sus diversas culturas y civilizaciones. La mirada que el creyente recibe de Cristo es una mirada de bendición: una mirada sabia y amorosa, capaz de acoger la belleza del mundo y de compartir su fragilidad. En esta mirada se transparenta la mirada misma de Dios sobre los hombres que él ama y sobre la creación, obra de sus manos. En el Libro de la Sabiduría, leemos: «Te compadeces de todos, porque todo lo puedes, cierras los ojos a los pecados de los hombres, para que se arrepientan. Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste; ... Tú eres indulgente con todas las cosas, porque son tuyas, Señor, amigo de la vida» (Sb 11,23-24.26).

Volvamos al texto del Evangelio de hoy y preguntémoslo: ¿Qué late realmente en el corazón de los que aclaman a Cristo como Rey de Israel? Ciertamente tenían su idea del Mesías, una idea de cómo debía actuar el Rey prometido por los profetas y esperado por tanto tiempo. No es de extrañar que, pocos días después, la muchedumbre de Jerusalén, en vez de aclamar a Jesús, gritaran a Pilato: «¡Crucifícalo!». Y que los mismos discípulos, como también otros que le habían visto y oído, permanecieran mudos y desconcertados. En efecto, la mayor parte estaban desilusionados por el modo en que Jesús había decidido presentarse como Mesías y Rey de Israel. Este es precisamente el núcleo de la

fiesta de hoy también para nosotros. ¿Quién es para nosotros Jesús de Nazaret? ¿Qué idea tenemos del Mesías, qué idea tenemos de Dios? Esta es una cuestión crucial que no podemos eludir, sobre todo en esta semana en la que estamos llamados a seguir a nuestro Rey, que elige como trono la cruz; estamos llamados a seguir a un Mesías que no nos asegura una felicidad terrena fácil, sino la felicidad del cielo, la eterna bienaventuranza de Dios. Ahora, hemos de preguntarnos: ¿Cuáles son nuestras verdaderas expectativas? ¿Cuáles son los deseos más profundos que nos han traído hoy aquí para celebrar el Domingo de Ramos e iniciar la Semana Santa?

Queridos jóvenes que os habéis reunido aquí. Esta es de modo particular vuestra Jornada en todo lugar del mundo donde la Iglesia está presente. Por eso os saludo con gran afecto. Que el Domingo de Ramos sea para vosotros el día de la decisión, la decisión de acoger al Señor y de seguirlo hasta el final, la decisión de hacer de su Pascua de muerte y resurrección el sentido mismo de vuestra vida de cristianos. Como he querido recordar en el Mensaje a los jóvenes para esta Jornada —«alegraos siempre en el Señor» (Flp 4,4)—, esta es la decisión que conduce a la verdadera alegría, como sucedió con santa Clara de Asís que, hace ochocientos años, fascinada por el ejemplo de san Francisco y de sus primeros compañeros, dejó la casa paterna precisamente el Domingo de Ramos para consagrarse totalmente al Señor: tenía 18 años, y tuvo el valor de la fe y del amor de optar por Cristo, encontrando en él la alegría y la paz.

Queridos hermanos y hermanas, que reinen particularmente en este día dos sentimientos: la alabanza, como hicieron aquellos que acogieron a Jesús en Jerusalén con su «hosanna»; y el agradecimiento, porque en esta Semana Santa el Señor Jesús renovará el don más grande que se puede imaginar, nos entregará su vida, su cuerpo y su sangre, su amor. Pero a un don tan grande debemos corresponder de modo adecuado, o sea, con el don de nosotros mismos, de nuestro tiempo, de nuestra oración, de nuestro estar en comunión profunda de amor con Cristo que sufre, muere y resucita por nosotros. Los antiguos Padres de la Iglesia han visto un símbolo de todo esto en el gesto de la gente que seguía a Jesús en su ingreso a Jerusalén, el gesto de tender los mantos delante del Señor. Ante Cristo —decían los Padres—, debemos deponer nuestra vida, nuestra persona, en actitud de gratitud y adoración. En conclusión, escuchemos de nuevo la voz de uno de estos antiguos Padres, la de san Andrés, obispo de Creta: «Así es como nosotros deberíamos prosternarnos a los pies de Cristo, no poniendo bajo sus pies nuestras túnicas o

unas ramas inertes, que muy pronto perderían su verdor, su fruto y su aspecto agradable, sino revistiéndonos de su gracia, es decir, de él mismo... Así debemos ponernos a sus pies como si fuéramos unas túnicas... Ofrezcamos ahora al vencedor de la muerte no ya ramas de palma, sino trofeos de victoria. Repitamos cada día aquella sagrada exclamación que los niños cantaban, mientras agitamos los ramos espirituales del alma: «Bendito el que viene, como rey, en nombre del Señor»» (PG 97, 994). Amén.

ÁNGELUS

Al final de esta celebración, quiero dirigir un cordial saludo a todos los presentes: a los señores cardenales, a los hermanos en el episcopado, a los sacerdotes, a los religiosos y las religiosas, y a todos los fieles. Un saludo especial al comité organizador de la pasada Jornada mundial de la juventud de Madrid y al que está organizando la próxima, de Río de Janeiro; así como a los delegados en el encuentro internacional sobre las Jornadas mundiales de la juventud, organizado por el Consejo pontificio para los laicos, aquí representado por su presidente, el cardenal RyBko, y el secretario, monseñor Clemens.

Saludo cordialmente a los jóvenes y demás peregrinos de lengua española, que participan en la liturgia del domingo de Ramos y en la Jornada mundial de la juventud de este año. En particular, a los jóvenes madrileños acompañados por su pastor, el cardenal Antonio María Rouco Varela. En el comienzo de la Semana Santa os invito a todos a participar con fe y devoción en la celebración anual de los misterios de la Pasión y Resurrección de Jesucristo y experimentar la grandeza de su amor, que nos libra del pecado y de la muerte, y nos abre las puertas a la auténtica alegría. ¡Feliz domingo! ¡Feliz Semana Santa!

Quiero dirigir ahora mi saludo afectuoso a los jóvenes y demás peregrinos de lengua portuguesa que participan en esta celebración del domingo de Ramos. De modo particular, saludo al arzobispo don Orani Tempesta, al gobernador y al prefecto de Río de Janeiro y demás autoridades y miembros del comité responsable de la organización de la próxima Jornada mundial de la juventud, el año que viene. En los trabajos preparatorios de la misma, procurad vivir según la invitación que se nos hace hoy: «Alegraos siempre en el Señor». De este modo, el espíritu alegre y acogedor, connatural a los brasileños, será sublimado por la alegría que nace de la unión con Cristo, el único Redentor. Así podréis recibir con los brazos abiertos –como la estatua de Cristo que domina el

paisaje carioca— a los jóvenes que irán de todos los rincones del mundo a vuestra ciudad. A todos deseo una feliz y santa Pascua.

Chers amis francophones, je suis heureux de vous accueillir en ce dimanche des Rameaux et de la Passion. En ce jour, nous célébrons également la Journée Mondiale de la Jeunesse, je vous invite à ouvrir toutes grandes les portes de vos cœurs au Christ. En cette Semaine Sainte nous allons contempler le Christ dans sa Passion, offrons Lui les souffrances de notre monde et confions Lui plus particulièrement les jeunes qui connaissent la maladie, le handicap, la détresse morale, la désespérance, les incertitudes face à l'avenir. Que la Vierge Marie, accompagne chacun de vous, tout au long de votre vie, afin que vous puissiez trouver en Dieu une source de confiance et de réconfort !

Dear brothers and sisters, today is Palm Sunday: as we remember Our Lord's welcome into Jerusalem, I am pleased to greet all of you, especially the many young people who have come here to pray with me. This Holy Week, may we be moved again by Christ's passion and death, put our sins behind us and, with God's grace, choose a life of love and service to our brethren. God's blessings upon you!

Ganz herzlich grüße ich alle Pilger und Besucher deutscher Sprache, besonders die Jugendlichen anlässlich des 27. Weltjugendtags. Dieser Tag steht unter dem Leitwort aus dem *Philippbrief*: „Freut euch im Herrn zu jeder Zeit!“ (4,4). Der Wunsch nach Freude und nach einem erfüllten Leben ist tief in jedes Menschenherz eingeschrieben. Christus will uns mit seiner Gegenwart wahre und echte Freude schenken. In den kommenden Kartagen schauen wir auf ihn, unseren Herrn und König. Durch sein Leiden und Kreuz hat er uns vom Tod befreit, damit wir in ihm Leben haben. Euch allen wünsche ich eine gesegnete Karwoche!

Pozdravljam maturante Škofijske klasine gimnazije v Šentvidu in njihove profesorje! Naj Gospod po•ivi vašo vero, upanje in ljubezen in naj bo z vami moj blagoslov!

[Saluto i maturandi del Liceo Classico Diocesano di Šentvid e i loro professori! Il Signore ravvivi la vostra fede, speranza e carità. Vi accompagno con la mia Benedizione!]

Pozdrawiam Polaków, szczególnie młodych tu obecnych oraz zebranych w rodzimych diecezjach i parafiach. Mottem dzisiejszego Dnia Młodzieży jest wezwanie św. Pawła: „Radujcie się zawsze w Panu!” (Flp 4,4). Radość pBynca ze świadomości, że Bóg nas kocha, jest centralnym elementem doświadczenia chrześcijańskiego. W świecie często naznaczonym smutkiem i niepewnością jest ona ważnym

swiadectwem piekna i pewnosci wiary. Badzcie radosnymi swiadkami Chrystusa! Niech Bóg wam blogoslawi!

[Saluto i polacchi, in particolare i giovani qui presenti e radunati nelle loro diocesi e parrocchie. Il motto dell'odierna Giornata della Gioventù è l'appello di San Paolo: «Siate sempre lieti nel Signore!»]. La gioia, che scaturisce dalla consapevolezza che Dio ci ama, è un elemento centrale dell'esperienza cristiana. In un mondo spesso segnato da tristezza e inquietudini, è una testimonianza importante della bellezza e dell'affidabilità della fede. Siate lieti testimoni di Cristo! Dio vi benedica!]

Saluto infine con grande affetto i pellegrini italiani, specialmente i giovani, tra i quali è presente un numeroso gruppo della Diocesi di Brescia. Cari amici, prego perché nel vostro cuore abiti la vera gioia, quella che deriva dall'amore e che non viene meno nell'ora del sacrificio. A tutti auguro una buona Settimana Santa e una buona Pasqua! Grazie.



JMJ Roma 2012.

Ésta fue la última JMJ y la última Semana Santa del Santo Padre Benedicto XVI antes de su renuncia y vamos a incorporar íntegra la homilía que pronunció el sábado Santo, 7 de abril de 2012, en la Basílica Vaticana durante la Vigilia Pascual.

Pascua es la fiesta de la nueva creación. Jesús ha resucitado y no morirá de nuevo. Ha descerrajado la puerta hacia una nueva vida que ya no conoce ni la enfermedad ni la muerte. Ha asumido al hombre en Dios mismo. «Ni la carne ni la sangre pueden heredar el reino de Dios», dice Pablo en la *Primera Carta a los Corintios* (15,50). El escritor eclesástico Tertuliano, en el siglo III, tuvo la audacia de escribir refiriéndose a la resurrección de Cristo y a nuestra resurrección: «Carne y sangre, tened confianza, gracias a Cristo habéis adquirido un lugar en el cielo y en el reino de Dios» (CCL II, 994). Se ha abierto una nueva dimensión para el hombre. La creación se ha hecho más grande y más espaciosa. La Pascua es el día de una nueva creación, pero precisamente por ello la Iglesia comienza la liturgia con la antigua creación, para que aprendamos a comprender la nueva. Así, en la Vigilia de Pascua, al principio de la Liturgia de la Palabra, se lee el relato de la creación del mundo. En el contexto de la liturgia de este día, hay dos aspectos particularmente importantes. En primer lugar, que se presenta a la creación como una totalidad, de la cual forma parte la dimensión del tiempo. Los siete días son una imagen de un conjunto que se desarrolla en el tiempo. Están ordenados con vistas al séptimo día, el día de la libertad de todas las criaturas para con Dios y de las unas para con las otras. Por tanto, la creación está orientada a la comunión entre Dios y la criatura; existe para que haya un espacio de respuesta a la gran gloria de Dios, un encuentro de amor y libertad. En segundo lugar, que en la Vigilia Pascual, la Iglesia comienza escuchando ante todo la primera frase de la historia de la creación: «Dijo Dios: «Que exista la luz»» (Gn 1,3). Como una señal, el relato de la creación inicia con la creación de la luz. El sol y la luna son creados sólo en el cuarto día. La narración de la creación los llama fuentes de luz, que Dios ha puesto en el firmamento del cielo. Con ello, los priva premeditadamente del carácter divino, que las grandes religiones les habían atribuido. No, ellos no son dioses en modo alguno. Son cuerpos luminosos, creados por el Dios único. Pero están precedidos por la luz, por la cual la gloria de Dios se refleja en la naturaleza de las criaturas.

¿Qué quiere decir con esto el relato de la creación? La luz hace posible la vida. Hace posible el encuentro. Hace posible la comunica-

ción. Hace posible el conocimiento, el acceso a la realidad, a la verdad. Y, haciendo posible el conocimiento, hace posible la libertad y el progreso. El mal se esconde. Por tanto, la luz es también una expresión del bien, que es luminosidad y crea luminosidad. Es el día en el que podemos actuar. El que Dios haya creado la luz significa que Dios creó el mundo como un espacio de conocimiento y de verdad, espacio para el encuentro y la libertad, espacio del bien y del amor. La materia prima del mundo es buena, el ser es bueno en sí mismo. Y el mal no proviene del ser, que es creado por Dios, sino que existe sólo en virtud de la negación. Es el «no».

En Pascua, en la mañana del primer día de la semana, Dios vuelve a decir: «Que exista la luz». Antes había venido la noche del Monte de los Olivos, el eclipse solar de la pasión y muerte de Jesús, la noche del sepulcro. Pero ahora vuelve a ser el primer día, comienza la creación totalmente nueva. «Que exista la luz», dice Dios, «y existió la luz». Jesús resucita del sepulcro. La vida es más fuerte que la muerte. El bien es más fuerte que el mal. El amor es más fuerte que el odio. La verdad es más fuerte que la mentira. La oscuridad de los días pasados se disipa cuando Jesús resurge de la tumba y se hace él mismo luz pura de Dios. Pero esto no se refiere solamente a él, ni se refiere únicamente a la oscuridad de aquellos días. Con la resurrección de Jesús, la luz misma vuelve a ser creada. Él nos lleva a todos tras él a la vida nueva de la resurrección, y vence toda forma de oscuridad. Él es el nuevo día de Dios, que vale para todos nosotros.

Pero, ¿cómo puede suceder esto? ¿Cómo puede llegar todo esto a nosotros sin que se quede sólo en palabras sino que sea una realidad en la que estamos inmersos? Por el sacramento del bautismo y la profesión de la fe, el Señor ha construido un puente para nosotros, a través del cual el nuevo día viene a nosotros. En el bautismo, el Señor dice a aquel que lo recibe: *Fiat lux*, que exista la luz. El nuevo día, el día de la vida indestructible llega también para nosotros. Cristo nos toma de la mano. A partir de ahora él te apoyará y así entrarás en la luz, en la vida verdadera. Por eso, la Iglesia antigua ha llamado al bautismo *photismos*, iluminación.

¿Por qué? La oscuridad amenaza verdaderamente al hombre porque, sí, éste puede ver y examinar las cosas tangibles, materiales, pero no a dónde va el mundo y de dónde procede. A dónde va nuestra propia vida. Qué es el bien y qué es el mal. La oscuridad acerca de Dios y sus valores son la verdadera amenaza para nuestra existencia y para el

mundo en general. Si Dios y los valores, la diferencia entre el bien y el mal, permanecen en la oscuridad, entonces todas las otras iluminaciones que nos dan un poder tan increíble, no son sólo progreso, sino que son al mismo tiempo también amenazas que nos ponen en peligro, a nosotros y al mundo. Hoy podemos iluminar nuestras ciudades de manera tan deslumbrante que ya no pueden verse las estrellas del cielo. ¿Acaso no es esta una imagen de la problemática de nuestro ser ilustrado? En las cosas materiales, sabemos y podemos tanto, pero lo que va más allá de esto, Dios y el bien, ya no lo conseguimos identificar. Por eso la fe, que nos muestra la luz de Dios, es la verdadera iluminación, es una irrupción de la luz de Dios en nuestro mundo, una apertura de nuestros ojos a la verdadera luz.

Queridos amigos, quisiera por último añadir todavía una anotación sobre la luz y la iluminación. En la Vigilia Pascual, la noche de la nueva creación, la Iglesia presenta el misterio de la luz con un símbolo del todo particular y muy humilde: el cirio pascual. Esta es una luz que vive en virtud del sacrificio. La luz de la vela ilumina consumiéndose a sí misma. Da luz dándose a sí misma. Así, representa de manera maravillosa el misterio pascual de Cristo que se entrega a sí mismo, y de este modo da mucha luz. Otro aspecto sobre el cual podemos reflexionar es que la luz de la vela es fuego. El fuego es una fuerza que forja el mundo, un poder que transforma. Y el fuego da calor. También en esto se hace nuevamente visible el misterio de Cristo. Cristo, la luz, es fuego, es llama que destruye el mal, transformando así al mundo y a nosotros mismos. Como reza una palabra de Jesús que nos ha llegado a través de Orígenes, «quien está cerca de mí, está cerca del fuego». Y este fuego es al mismo tiempo calor, no una luz fría, sino una luz en la que salen a nuestro encuentro el calor y la bondad de Dios.

El gran himno del *Exultet*, que el diácono canta al comienzo de la liturgia de Pascua, nos hace notar, muy calladamente, otro detalle más. Nos recuerda que este objeto, el cirio, se debe principalmente a la labor de las abejas. Así, toda la creación entra en juego. En el cirio, la creación se convierte en portadora de luz. Pero, según los Padres, también hay una referencia implícita a la Iglesia. La cooperación de la comunidad viva de los fieles en la Iglesia es algo parecido al trabajo de las abejas. Construye la comunidad de la luz. Podemos ver así también en el cirio una referencia a nosotros y a nuestra comunión en la comunidad de la Iglesia, que existe para que la luz de Cristo pueda iluminar al mundo.

Roguemos al Señor en esta hora que nos haga experimentar la alegría de su luz, y pidámosle que nosotros mismos seamos portadores de su luz, con el fin de que, a través de la Iglesia, el esplendor del rostro de Cristo entre en el mundo (cf. *Lumen gentium*, 1). Amén.

El 11 de octubre de 2012 proclama el Año de la Fe para conmemorar el 50 Aniversario de la inauguración del Concilio Vaticano II que concluirá el 24 de noviembre de 2013, solemnidad de Cristo Rey del Universo y el 18 de octubre envía un mensaje de afecto y «una invitación a los jóvenes para que os preparéis a la Jornada Mundial de Río de Janeiro, meditando desde ahora sobre el tema del encuentro: «Id y haced discípulos a todos los pueblos». Figura íntegro en las páginas 725-734.

El Papa Benedicto XVI nos ha dejado una gran herencia oral y escrita que vale la pena no solo leer despacio, sino meditar. Las palabras pronunciadas en las ocho JMJ que presidió y el Mensaje que escribió el 15 de marzo de 2012 para la XXIII JMJ contiene el Testamento de la Alegría que es un tesoro. Es obligado citar la trilogía sobre Jesucristo acerca al hombre a Jesucristo en unos textos que son muy inteligibles y asumibles por todos los hombres y mujeres del siglo. Inspirado por el Espíritu Santo hace asequible la fe a la razón acercando a ambos hasta materializar, si se nos permite decirlo así, las verdades de la fe a la naturaleza humana, en el Año de la Fe.

Este clima, genera un cierto mareo de altura, al que ha contribuido el anuncio de su renuncia a la Silla de Pedro el 11 de febrero de 2013, lo que ha causado una honda impresión, tan profunda como la altura de su magisterio.

Nos costará entender la voluntad de Dios y la docilidad a la voluntad de Dios del Santo Padre Benedicto XVI, mientras nos siga instruyendo y alimentando, con su oración y con su silencio, oculto del mundo, muy próximo a todos.

* * *

El primer fruto de su renuncia ha sido la elección del Papa Francisco, que ha conquistado a todos los hombres de buena voluntad desde que se asomó al balcón de la Basílica Vaticana y nos pidió, a los millones de personas que nos sentimos interpelados por él, que rezáramos un Padrenuestro por Benedicto XVI y a continuación nos pidió que rezáramos en silencio por él. Se puede decir que ha sido el Padrenuestro que se ha rezado a la vez por mayor número de almas desde que nos lo enseñó Jesús; y el silencio más imponente que se ha producido en la historia desde la plaza de San Pedro, hasta los hogares y los lugares más lejanos que participábamos de la fiesta de su elección.



Renuncia de Benedicto XVI.

4. PRESIDIDAS POR EL PAPA FRANCISCO 2013 - 2016

XXVIII JMJ

RÍO DE JANEIRO, 22 A 28 DE JULIO DE 2013

TEMA: «ID Y HACED DISCÍPULOS A TODOS LOS PUEBLOS» (Mt 28, 19)

El Papa Francisco ha celebrado su primera Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro, Brasil, muy cerca de la tierra argentina donde nació.

MENSAJE enviado por el Papa Benedicto XVI el 18 de octubre de 2012, para la XXVIII JMJ.

Queridos jóvenes:

Quiero haceros llegar a todos un saludo lleno de alegría y afecto. Estoy seguro de que la mayoría de vosotros habéis regresado de la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid «arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (cf. *Col 2,7*). En este año hemos celebrado en las diferentes diócesis la alegría de ser cristianos, inspirados por el tema: «Alegraos siempre en el Señor» (*Flp 4,4*). Y ahora nos estamos preparando para la próxima Jornada Mundial, que se celebrará en Río de Janeiro, en Brasil, en el mes de julio de 2013.

Quisiera renovaros ante todo mi invitación a que participéis en esta importante cita. La célebre estatua del Cristo Redentor, que domina aquella hermosa ciudad brasileña, será su símbolo elocuente. Sus brazos abiertos son el signo de la acogida que el Señor regala a cuantos acuden a él, y su corazón representa el inmenso amor que tiene por cada uno de vosotros. ¡Dejaos atraer por él! ¡Vivid esta experiencia del encuentro con Cristo, junto a tantos otros jóvenes que se reunirán en Río para el próximo encuentro mundial! Dejaos amar por él y seréis los testigos que el mundo tanto necesita.

Os invito a que os preparéis a la Jornada Mundial de Río de Janeiro meditando desde ahora sobre el tema del encuentro: *Id y haced discípulos a todos los pueblos* (cf. *Mt 28,19*). Se trata de la gran exhorta-

ción misionera que Cristo dejó a toda la Iglesia y que sigue siendo actual también hoy, dos mil años después. Esta llamada misionera tiene que resonar ahora con fuerza en vuestros corazones. El año de preparación para el encuentro de Río coincide con el *Año de la Fe*, al comienzo del cual el Sínodo de los Obispos ha dedicado sus trabajos a «La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana». Por ello, queridos jóvenes, me alegro que también vosotros os impliquéis en este impulso misionero de toda la Iglesia: dar a conocer a Cristo, que es el don más precioso que podéis dar a los demás.

1. *Una llamada apremiante*

La historia nos ha mostrado cuántos jóvenes, por medio del generoso don de sí mismos y anunciando el Evangelio, han contribuido enormemente al Reino de Dios y al desarrollo de este mundo. Con gran entusiasmo, han llevado la Buena Nueva del Amor de Dios, que se ha manifestado en Cristo, con medios y posibilidades muy inferiores con respecto a los que disponemos hoy. Pienso, por ejemplo, en el beato José de Anchieta, joven jesuita español del siglo XVI, que partió a las misiones en Brasil cuando tenía menos de veinte años y se convirtió en un gran apóstol del Nuevo Mundo. Pero pienso también en los que os dedicáis generosamente a la misión de la Iglesia. De ello obtuve un sorprendente testimonio en la Jornada Mundial de Madrid, sobre todo en el encuentro con los voluntarios.

Hay muchos jóvenes hoy que dudan profundamente de que la vida sea un don y no ven con claridad su camino. Ante las dificultades del mundo contemporáneo, muchos se preguntan con frecuencia: ¿Qué puedo hacer? La luz de la fe ilumina esta oscuridad, nos hace comprender que cada existencia tiene un valor inestimable, porque es fruto del amor de Dios. Él ama también a quien se ha alejado de él; tiene paciencia y espera, es más, él ha entregado a su Hijo, muerto y resucitado, para que nos libere radicalmente del mal. Y Cristo ha enviado a sus discípulos para que lleven a todos los pueblos este gozoso anuncio de salvación y de vida nueva.

En su misión de evangelización, la Iglesia cuenta con vosotros. Queridos jóvenes: Vosotros sois los primeros misioneros entre los jóvenes. Al final del Concilio Vaticano II, cuyo 50º Aniversario estamos celebrando en este año, el siervo de Dios Pablo VI entregó a los jóvenes del mundo un Mensaje que empezaba con estas palabras: «A vosotros, los jóvenes de uno y otro sexo del mundo entero, el Concilio quiere dirigir su último

mensaje. Pues sois vosotros los que vais a recoger la antorcha de manos de vuestros mayores y a vivir en el mundo en el momento de las más gigantescas transformaciones de su historia. Sois vosotros quienes, recogiendo lo mejor del ejemplo y las enseñanzas de vuestros padres y maestros, vais a formar la sociedad de mañana; os salvaréis o perece-
réis con ella». Concluía con una llamada: «¡Construid con entusiasmo un mundo mejor que el de vuestros mayores!» (*Mensaje a los Jóvenes*, 8 de diciembre de 1965).

Queridos jóvenes, esta invitación es de gran actualidad. Estamos atravesando un período histórico muy particular. El progreso técnico nos ha ofrecido posibilidades inauditas de interacción entre los hombres y la población, mas la globalización de estas relaciones sólo será positiva y hará crecer el mundo en humanidad si se basa no en el materialismo sino en el amor, que es la única realidad capaz de colmar el corazón de cada uno y de unir a las personas. Dios es amor. El hombre que se olvida de Dios se queda sin esperanza y es incapaz de amar a su semejante. Por ello, es urgente testimoniar la presencia de Dios, para que cada uno la pueda experimentar. La salvación de la humanidad y la salvación de cada uno de nosotros están en juego. Quien comprenda esta necesidad, sólo podrá exclamar con Pablo: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (*1 Co 9,16*).

2. *Sed discípulos de Cristo*

Esta llamada misionera se os dirige también por otra razón: Es necesaria para vuestro camino de fe personal. El beato Juan Pablo II escribió: «La fe se refuerza dándola» (*Enc. Redemptoris Missio*, 2). Al anunciar el Evangelio vosotros mismos crecéis arraigándoos cada vez más profundamente en Cristo, os convertís en cristianos maduros. El compromiso misionero es una dimensión esencial de la fe; no se puede ser un verdadero creyente si no se evangeliza. El anuncio del Evangelio no puede ser más que la consecuencia de la alegría de haber encontrado en Cristo la roca sobre la que construir la propia existencia. Esforzándoos en servir a los demás y en anunciarles el Evangelio, vuestra vida, a menudo dispersa en diversas actividades, encontrará su unidad en el Señor, os construiréis también vosotros mismos, creceréis y maduraréis en humanidad.

¿Qué significa ser misioneros? Significa ante todo ser discípulos de Cristo, escuchar una y otra vez la invitación a seguirle, la invitación a mirarle: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (*Mt*

11,29). Un discípulo es, de hecho, una persona que se pone a la escucha de la palabra de Jesús (cf. *Lc* 10,39), al que se reconoce como el buen Maestro que nos ha amado hasta dar la vida. Por ello, se trata de que cada uno de vosotros se deje plasmar cada día por la Palabra de Dios; ésta os hará amigos del Señor Jesucristo, capaces de incorporar a otros jóvenes en esta amistad con él.

Os aconsejo que hagáis memoria de los dones recibidos de Dios para transmitirlos a su vez. Aprended a leer vuestra historia personal, tomad también conciencia de la maravillosa herencia de las generaciones que os han precedido: Numerosos creyentes nos han transmitido la fe con valentía, enfrentándose a pruebas e incomprendiones. No olvidemos nunca que formamos parte de una enorme cadena de hombres y mujeres que nos han transmitido la verdad de la fe y que cuentan con nosotros para que otros la reciban. El ser misioneros presupone el conocimiento de este patrimonio recibido, que es la fe de la Iglesia. Es necesario conocer aquello en lo que se cree, para poder anunciarlo. Como escribí en la introducción de *YouCat*, el catecismo para jóvenes que os regalé en el Encuentro Mundial de Madrid, «tenéis que conocer vuestra fe de forma tan precisa como un especialista en informática conoce el sistema operativo de su ordenador, como un buen músico conoce su pieza musical. Sí, tenéis que estar más profundamente enraizados en la fe que la generación de vuestros padres, para poder enfrentaros a los retos y tentaciones de este tiempo con fuerza y decisión» (*Prólogo*).

3. *Id*

Jesús envió a sus discípulos en misión con este encargo: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará» (*Mc* 16,15-16). Evangelizar significa llevar a los demás la Buena Nueva de la salvación y esta Buena Nueva es una persona: Jesucristo. Cuando le encuentro, cuando descubro hasta qué punto soy amado por Dios y salvado por él, nace en mí no sólo el deseo, sino la necesidad de darlo a conocer a otros. Al principio del Evangelio de Juan vemos a Andrés que, después de haber encontrado a Jesús, se da prisa para llevarle a su hermano Simón (cf. *Jn* 1,40-42). La evangelización parte siempre del encuentro con Cristo, el Señor. Quien se ha acercado a él y ha hecho la experiencia de su amor, quiere compartir en seguida la belleza de este encuentro que nace de esta amistad. Cuanto más conocemos a Cristo, más deseamos anun-

ciarlo. Cuanto más hablamos con él, más deseamos hablar de él. Cuanto más nos hemos dejado conquistar, más deseamos llevar a otros hacia él.

Por medio del bautismo, que nos hace nacer a una vida nueva, el Espíritu Santo se establece en nosotros e inflama nuestra mente y nuestro corazón. Es él quien nos guía a conocer a Dios y a entablar una amistad cada vez más profunda con Cristo; es el Espíritu quien nos impulsa a hacer el bien, a servir a los demás, a entregarnos. Mediante la confirmación somos fortalecidos por sus dones para testimoniar el Evangelio con más madurez cada vez. El alma de la misión es el Espíritu de amor, que nos empuja a salir de nosotros mismos, para «ir» y evangelizar. Queridos jóvenes, dejaos conducir por la fuerza del amor de Dios, dejad que este amor venza la tendencia a encerrarse en el propio mundo, en los propios problemas, en las propias costumbres. Tened el valor de «salir» de vosotros mismos hacia los demás y guiarlos hasta el encuentro con Dios.

4. Llegad a todos los pueblos

Cristo resucitado envió a sus discípulos a testimoniar su presencia salvadora a todos los pueblos, porque Dios, en su amor sobreabundante, quiere que todos se salven y que nadie se pierda. Con el sacrificio de amor de la Cruz, Jesús abrió el camino para que cada hombre y cada mujer puedan conocer a Dios y entrar en comunión de amor con él. Él constituyó una comunidad de discípulos para llevar el anuncio de salvación del Evangelio hasta los confines de la tierra, para llegar a los hombres y mujeres de cada lugar y de todo tiempo. ¡Hagamos nuestro este deseo de Jesús!

Queridos amigos, abrid los ojos y mirad en torno a vosotros. Hay muchos jóvenes que han perdido el sentido de su existencia. ¡Id! Cristo también os necesita. Dejaos llevar por su amor, sed instrumentos de este amor inmenso, para que llegue a todos, especialmente a los que están «lejos». Algunos están lejos geográficamente, mientras que otros están lejos porque su cultura no deja espacio a Dios; algunos aún no han acogido personalmente el Evangelio, otros, en cambio, a pesar de haberlo recibido, viven como si Dios no existiese. Abramos a todos las puertas de nuestro corazón; intentemos entrar en diálogo con ellos, con sencillez y respeto mutuo. Este diálogo, si es vivido con verdadera amistad, dará fruto. Los «pueblos» a los que hemos sido enviados no son sólo los demás países del mundo, sino también los diferentes ámbitos de la vida: las

familias, los barrios, los ambientes de estudio o trabajo, los grupos de amigos y los lugares de ocio. El anuncio gozoso del Evangelio está destinado a todos los ambientes de nuestra vida, sin exclusión.

Quisiera subrayar dos campos en los que debéis vivir con especial atención vuestro compromiso misionero. El primero es el de las comunicaciones sociales, en particular el mundo de *Internet*. Queridos jóvenes, como ya os dije en otra ocasión, «sentíos comprometidos a sembrar en la cultura de este nuevo ambiente comunicativo e informativo los valores sobre los que se apoya vuestra vida. [...] A vosotros, jóvenes, que casi espontáneamente os sentís en sintonía con estos nuevos medios de comunicación, os corresponde de manera particular la tarea de evangelizar este «continente digital»» (*Mensaje para la XLIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24 mayo 2009). Por ello, sabed usar con sabiduría este medio, considerando también las insidias que contiene, en particular el riesgo de la dependencia, de confundir el mundo real con el virtual, de sustituir el encuentro y el diálogo directo con las personas con los contactos en la red.

El segundo ámbito es el de la movilidad. Hoy son cada vez más numerosos los jóvenes que viajan, tanto por motivos de estudio, trabajo o diversión. Pero pienso también en todos los movimientos migratorios, con los que millones de personas, a menudo jóvenes, se trasladan y cambian de región o país por motivos económicos o sociales. También estos fenómenos pueden convertirse en ocasiones providenciales para la difusión del Evangelio. Queridos jóvenes, no tengáis miedo en testimoniar vuestra fe también en estos contextos; comunicar la alegría del encuentro con Cristo es un don precioso para aquellos con los que os encontráis.

5. *Haced discípulos*

Pienso que a menudo habéis experimentado la dificultad de que vuestros coetáneos participen en la experiencia de la fe. A menudo habréis constatado cómo en muchos jóvenes, especialmente en ciertas fases del camino de la vida, está el deseo de conocer a Cristo y vivir los valores del Evangelio, pero no se sienten idóneos y capaces. ¿Qué se puede hacer? Sobre todo, con vuestra cercanía y vuestro sencillo testimonio abris una brecha a través de la cual Dios puede tocar sus corazones. El anuncio de Cristo no consiste sólo en palabras, sino que debe implicar toda la vida y traducirse en gestos de amor. Es el amor que Cristo ha infundido en nosotros el que nos hace evangelizadores; nuestro amor

debe conformarse cada vez más con el suyo. Como el buen samaritano, debemos tratar con atención a los que encontramos, debemos saber escuchar, comprender y ayudar, para poder guiar a quien busca la verdad y el sentido de la vida hacia la casa de Dios, que es la Iglesia, donde se encuentra la esperanza y la salvación (cf. *Lc* 10,29-37). Queridos amigos, nunca olvidéis que el primer acto de amor que podéis hacer hacia el prójimo es el de compartir la fuente de nuestra esperanza: Quien no da a Dios, da muy poco. Jesús ordena a sus apóstoles: «Haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» (*Mt* 28,19-20). Los medios que tenemos para «hacer discípulos» son principalmente el bautismo y la catequesis. Esto significa que debemos conducir a las personas que estamos evangelizando para que encuentren a Cristo vivo, en modo particular en su Palabra y en los sacramentos. De este modo podrán creer en él, conocerán a Dios y vivirán de su gracia. Quisiera que cada uno se preguntase: ¿He tenido alguna vez el valor de proponer el bautismo a los jóvenes que aún no lo han recibido? ¿He invitado a alguien a seguir un camino para descubrir la fe cristiana? Queridos amigos, no tengáis miedo de proponer a vuestros coetáneos el encuentro con Cristo. Invocad al Espíritu Santo: Él os guiará para poder entrar cada vez más en el conocimiento y el amor de Cristo y os hará creativos para transmitir el Evangelio.

6. Firmes en la fe

Ante las dificultades de la misión de evangelizar, a veces tendréis la tentación de decir como el profeta Jeremías: «¡Ay, Señor, Dios mío! Mira que no sé hablar, que sólo soy un niño». Pero Dios también os contesta: «No digas que eres niño, pues irás adonde yo te envíe y dirás lo que yo te ordene» (*Jr* 1,6-7). Cuando os sintáis ineptos, incapaces y débiles para anunciar y testimoniar la fe, no temáis. La evangelización no es una iniciativa nuestra que dependa sobre todo de nuestros talentos, sino que es una respuesta confiada y obediente a la llamada de Dios, y por ello no se basa en *nuestra* fuerza, sino en la *suya*. Esto lo experimentó el apóstol Pablo: «Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros» (*2 Co* 4,7).

Por ello os invito a que os arraigéis en la oración y en los sacramentos. La evangelización auténtica nace siempre de la oración y está sostenida por ella. Primero tenemos que hablar con Dios para poder hablar de

Dios. En la oración le encomendamos al Señor las personas a las que hemos sido enviados y le suplicamos que les toque el corazón; pedimos al Espíritu Santo que nos haga sus instrumentos para la salvación de ellos; pedimos a Cristo que ponga las palabras en nuestros labios y nos haga ser signos de su amor. En modo más general, pedimos por la misión de toda la Iglesia, según la petición explícita de Jesús: «Rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies» (*Mt 9,38*). Sabed encontrar en la eucaristía la fuente de vuestra vida de fe y de vuestro testimonio cristiano, participando con fidelidad en la misa dominical y cada vez que podáis durante la semana. Acudid frecuentemente al sacramento de la reconciliación, que es un encuentro precioso con la misericordia de Dios que nos acoge, nos perdona y renueva nuestros corazones en la caridad. No dudéis en recibir el sacramento de la confirmación, si aún no lo habéis recibido, preparándoos con esmero y solicitud. Es, junto con la eucaristía, el sacramento de la misión por excelencia, que nos da la fuerza y el amor del Espíritu Santo para profesar la fe sin miedo. Os aliento también a que hagáis adoración eucarística; detenerse en la escucha y el diálogo con Jesús presente en el sacramento es el punto de partida de un nuevo impulso misionero.

Si seguís por este camino, Cristo mismo os dará la capacidad de ser plenamente fieles a su Palabra y de testimoniarlo con lealtad y valor. A veces seréis llamados a demostrar vuestra perseverancia, en particular cuando la Palabra de Dios suscite oposición o cerrazón. En ciertas regiones del mundo, por la falta de libertad religiosa, algunos de vosotros sufrís por no poder dar testimonio de la propia fe en Cristo. Hay quien ya ha pagado con la vida el precio de su pertenencia a la Iglesia. Os animo a que permanezcáis firmes en la fe, seguros de que Cristo está a vuestro lado en esta prueba. Él os repite: «Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo» (*Mt 5,11-12*).

7. Con toda la Iglesia

Queridos jóvenes, para permanecer firmes en la confesión de la fe cristiana allí donde habéis sido enviados, necesitáis a la Iglesia. Nadie puede ser testigo del Evangelio en solitario. Jesús envió a sus discípulos a la misión en grupos: «Haced discípulos» está puesto en plural. Por tanto, nosotros siempre damos testimonio en cuanto miembros de la comunidad cristiana; nuestra misión es fecundada por la comunión que

vivimos en la Iglesia, y gracias a esa unidad y ese amor recíproco nos reconocerán como discípulos de Cristo (cf. *Jn* 13,35). Doy gracias a Dios por la preciosa obra de evangelización que realizan nuestras comunidades cristianas, nuestras parroquias y nuestros movimientos eclesiales. Los frutos de esta evangelización pertenecen a toda la Iglesia: «Uno siembra y otro siega» (*Jn* 4,37).

En este sentido, quiero dar gracias por el gran don de los misioneros, que dedican toda su vida a anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Asimismo, doy gracias al Señor por los sacerdotes y consagrados, que se entregan totalmente para que Jesucristo sea anunciado y amado. Deseo alentar aquí a los jóvenes que son llamados por Dios, a que se comprometan con entusiasmo en estas vocaciones: «Hay más dicha en dar que en recibir» (*Hch* 20,35). A los que dejan todo para seguirlo, Jesús ha prometido el ciento por uno y la vida eterna (cf. *Mt* 19,29).

También doy gracias por todos los fieles laicos que allí donde se encuentran, en familia o en el trabajo, se esmeran en vivir su vida cotidiana como una misión, para que Cristo sea amado y servido y para que crezca el Reino de Dios. Pienso, en particular, en todos los que trabajan en el campo de la educación, la sanidad, la empresa, la política y la economía y en tantos ambientes del apostolado seglar. Cristo necesita vuestro compromiso y vuestro testimonio. Que nada –ni las dificultades, ni las incomprensiones– os hagan renunciar a llevar el Evangelio de Cristo a los lugares donde os encontréis; cada uno de vosotros es valioso en el gran mosaico de la evangelización.

8. «Aquí estoy, Señor»

Queridos jóvenes, al concluir quisiera invitaros a que escuchéis en lo profundo de vosotros mismos la llamada de Jesús a anunciar su Evangelio. Como muestra la gran estatua de Cristo Redentor en Río de Janeiro, su corazón está abierto para amar a todos, sin distinción, y sus brazos están extendidos para abrazar a todos. Sed vosotros el corazón y los brazos de Jesús. Id a dar testimonio de su amor, sed los nuevos misioneros animados por el amor y la acogida. Seguid el ejemplo de los grandes misioneros de la Iglesia, como san Francisco Javier y tantos otros.

Al final de la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid, bendije a algunos jóvenes de diversos continentes que partían en misión. Ellos representaban a tantos jóvenes que, siguiendo al profeta Isaías, dicen al Señor: «Aquí estoy, mándame» (*Is* 6,8). La Iglesia confía en vosotros y os agradece sinceramente el dinamismo que le dais. Usad vues-

tros talentos con generosidad al servicio del anuncio del Evangelio. Sabemos que el Espíritu Santo se regala a los que, en pobreza de corazón, se ponen a disposición de tal anuncio. No tengáis miedo. Jesús, Salvador del mundo, está con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo (cf. *Mt* 28,20).

Esta llamada, que dirijo a los jóvenes de todo el mundo, asume una particular relevancia para vosotros, queridos jóvenes de América Latina. En la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que tuvo lugar en Aparecida en 2007, los obispos lanzaron una «misión continental». Los jóvenes, que en aquel continente constituyen la mayoría de la población, representan un potencial importante y valioso para la Iglesia y la sociedad. Sed vosotros los primeros misioneros. Ahora que la Jornada Mundial de la Juventud regresa a América Latina, exhorto a todos los jóvenes del continente: Transmitid a vuestros coetáneos del mundo entero el entusiasmo de vuestra fe.

Que la Virgen María, Estrella de la Nueva Evangelización, invoca también con las advocaciones de Nuestra Señora de Aparecida y Nuestra Señora de Guadalupe, os acompañe en vuestra misión de testigos del amor de Dios. A todos imparto, con particular afecto, mi Bendición Apostólica.

ENCUENTRO con los periodistas durante el vuelo hacia Brasil, el lunes, 27 de julio de 2013.

Padre Lombardi: Santo Padre Francisco, bienvenido a esta comunidad volante de periodistas, de agentes de la comunicación. Estamos encantados de acompañarle en su primer viaje intercontinental, internacional, después de haber ido con usted ya a Lampedusa llenos de emoción. Además es el primer viaje a su continente, al fin del mundo. Es un viaje con los jóvenes. Por tanto, tiene un gran interés. Como ve, hemos ocupado todos los puestos disponibles para los periodistas en este vuelo. Somos más de 70 personas, y este grupo está compuesto con criterios muy variados, es decir, hay representantes de las televisiones –tanto redactores como *cameramen*–, hay representantes de la prensa escrita, de las agencias de noticias, de la radio, de los portales de internet... Así pues, todos los medios están representados cualificadamente. Y también están representadas las diversas culturas y lenguas. Tenemos, en este vuelo, a un buen grupo de italianos, después están naturalmente los brasileños, venidos incluso de Brasil para volar con usted: hay diez brasileños que han venido precisamente para esto. Hay diez de los Estados Unidos de América, nueve de Francia, seis de España; además hay ingleses, mexicanos, alemanes; también

Japón, Argentina –naturalmente–, Polonia, Portugal y Rusia están representadas. Por tanto, una comunidad muy variada. Muchos de los presentes siguen a menudo los viajes del Papa al extranjero, para ellos no es su primera experiencia; incluso algunos viajan mucho, conocen estos viajes mucho mejor que usted. Otros, en cambio, vienen por primera vez, porque, por ejemplo, los brasileños, siguen específicamente este viaje. Pues bien, hemos pensado darle la bienvenida a este grupo, también con la voz de uno de nosotros, o mejor de una de nosotros, que ha sido elegida –creo que sin especiales problemas de oposición– porque es ciertamente la persona que ha hecho más viajes al extranjero con el Santo Padre: estará en liza con el doctor Gasbarri en cuanto al número de viajes hechos. Además, es una persona que viene de su continente, que puede hablarle en español, en su lengua; y es una persona –además– que es una mujer, por tanto es justo que le concedamos hablar. Y le doy enseguida la palabra a Valentina Alazraki, que es la corresponsal de *Televisa* desde hace muchos años, y sin embargo se mantiene juvenil, como ve, y que además estamos contentos de tenerla con nosotros porque hace algunas semanas se rompió un pie y teníamos miedo que no pudiese venir. Sin embargo, se le ha curado a tiempo, hace dos o tres días que le han quitado la escayola, y ahora está ya en el avión. Por tanto, es ella la que interpreta los sentimientos de la comunidad volante para con usted.

Valentina Alazraki: Papa Francisco, buenos días. El único mérito que tengo para tener el privilegio de darle el bienvenido es mi altísimo número de horas de vuelo. Participé en el primer vuelo de Juan Pablo II a México, mi país. Entonces era la *benjamina*, ahora soy la *decana*: 34 años y medio más tarde. Y por eso tengo el privilegio de darle la bienvenida. Sabemos por sus amigos y colaboradores en Argentina que los periodistas no son precisamente «santos de su devoción». A lo mejor ha pensado que el Padre Lombardi lo ha traído a la jaula de los leones... Pero la verdad, no somos tan feroces y tenemos mucho gusto de poder ser sus compañeros de viaje. Nos gustaría que nos viera así, como unos compañeros de viaje, para éste y para muchos más. Obviamente somos periodistas y, si no hoy, mañana o cualquier día, nos quiere contestar preguntas, no vamos a decir que no, porque somos periodistas. Puesto que hemos visto que ha encomendado su viaje a María, y ha ido a Santa María la Mayor, irá a Aparecida, he pensado hacerle un pequeño regalo, una pequeñísima Virgen peregrina para que lo acompañe en esta peregrinación y en muchas más. Casualmente es la Virgen de Guadalupe, pero no por Reina de México, sino por Patrona de América, así que ninguna Virgen se va a poder resentir, ni la de Argentina, ni Aparecida, ni ninguna otra. Yo se la regalo, pues, con muchísimo cariño de parte de todos nosotros y con la esperanza de que lo proteja en este viaje y en muchos viajes más.

Padre Lombardi: Y ahora damos la palabra al Santo Padre, naturalmente, para que nos diga al menos algunas palabras de introducción a este viaje.

Papa Francisco: Buenos días. Buenos días a todos. Han dicho –he oído– cosas un poco raras: «No sois santos de mi devoción», «estoy aquí entre leones», pero no tan feroces, ¿eh? Gracias. Verdaderamente no concedo entrevistas, pero porque no sé, no puedo, es así. No me resulta fácil hacerlo, pero agradezco esta compañía. Este primer viaje es precisamente para encontrar a los jóvenes, pero para encontrarlos no aislados de su vida; quisiera encontrarlos precisamente en el tejido social, en sociedad. Porque cuando aislamos a los jóvenes, cometemos una injusticia; les quitamos su pertenencia. Los jóvenes tienen una pertenencia, una pertenencia a una familia, a una patria, a una cultura, a una fe... Tienen una pertenencia y nosotros no debemos aislarlos. Pero sobre todo, no aislarlos de toda la sociedad. Ellos, verdaderamente, son el futuro de un pueblo: esto es así. Pero no sólo ellos: ellos son el futuro porque tienen la fuerza, son jóvenes, irán adelante. Pero también el otro extremo de la vida, los ancianos, son el futuro de un pueblo. Un pueblo tiene futuro si va adelante con los dos puntos: con los jóvenes, con la fuerza, porque lo llevan adelante; y con los ancianos porque ellos son los que aportan la sabiduría de la vida. Y tantas veces pienso que cometemos una injusticia con los ancianos cuando los dejamos de lado como si ellos no tuviesen nada que aportar; tienen la sabiduría, la sabiduría de la vida, la sabiduría de la historia, la sabiduría de la patria, la sabiduría de la familia. Y tenemos necesidad de estas cosas. Por eso digo que voy a encontrar a los jóvenes, pero en su tejido social, principalmente con los ancianos. Es verdad que la crisis mundial ha perjudicado a los jóvenes. La semana pasada leí el porcentaje de jóvenes sin trabajo. Piensen que corremos el riesgo de tener una generación que no ha tenido trabajo, y del trabajo viene la dignidad de la persona para ganarse el pan. Los jóvenes, en este momento, están en crisis. Un poco nosotros estamos habituados a esta cultura del descarte: con los ancianos se practica demasiado a menudo. Pero ahora también con este gran número de jóvenes sin trabajo, también ellos sufren la cultura del descarte. Hemos de acabar con esta costumbre de descartar. No. Cultura de la inclusión, cultura del encuentro, hacer un esfuerzo para incluir a todos en la sociedad. Éste es un poco el sentido que quiero dar a esta visita a los jóvenes, a los jóvenes en la sociedad. Les doy las gracias, queridos «santos no de devoción» y «leones no tan feroces». Pero muchas gracias, muchas gracias. Y quisiera saludarles a cada uno. Gracias.

Padre Lombardi: Mil gracias, Santidad, por esta introducción tan expresiva. Y ahora pasarán todos a saludarle: pasarán por aquí, así pueden acercarse y cada uno de ellos le puede conocer, presentarse; cada uno diga de qué medio, de qué televisión, periódico viene. Así el Papa le saluda y lo conoce...

Papa Francisco: Tenemos diez horas...



Conferencia de prensa en el avión hacia Brasil.

(Los periodistas pasan uno a uno a saludar al Santo Padre.)

Padre Lombardi: ¿Han terminado ya todos? ¿Sí? Muy bien. Damos las gracias de corazón al Papa Francisco porque ha sido, creo, para todos nosotros un momento inolvidable y creo que sea una gran introducción a este viaje. Creo que usted se ha ganado un poco el corazón de estos «leones», de modo que durante el viaje sean sus colaboradores, es decir, entiendan su mensaje y lo difundan con gran eficacia. Gracias, Santidad.

Papa Francisco: Se lo agradezco sinceramente, y les pido que me ayuden y colaboren en este viaje, para el bien, para el bien; el bien de la sociedad: el bien de los jóvenes y el bien de los ancianos; los dos juntos, no lo olviden. Y yo un poco me quedo como el profeta Daniel: un poco triste, porque he visto que los leones no eran tan feroces. Muchas gracias, muchas gracias. Un saludo a todos. Gracias.

DISCURSO en la Ceremonia de Bienvenida, Jardines del Palacio de Guanabara de Río de Janeiro.

En su amorosa providencia, Dios ha querido que el primer viaje internacional de mi pontificado me ofreciera la oportunidad de volver a la amada América Latina, concretamente a Brasil, nación que se precia de sus estrechos lazos con la Sede Apostólica y de sus profundos sentimientos de fe y amistad que siempre la han mantenido unida de una manera especial al Sucesor de Pedro. Doy gracias por esta benevolencia divina.

He aprendido que, para tener acceso al pueblo brasileño, hay que entrar por el portal de su inmenso corazón; permítanme, pues, que llame suavemente a esa puerta. Pido permiso para entrar y pasar esta semana con ustedes. No tengo oro ni plata, pero traigo conmigo lo más valioso que se me ha dado: Jesucristo. Vengo en su nombre para alimentar la llama de amor fraterno que arde en todo corazón; y deseo que llegue a todos y a cada uno mi saludo: «La paz de Cristo esté con ustedes».

Saludo con deferencia a la señora Presidenta y a los distinguidos miembros de su gobierno. Agradezco su generosa acogida y las palabras con las que ha querido manifestar la alegría de los brasileños por mi presencia en su país. Saludo también al Señor Gobernador de este Estado, que amablemente nos acoge en el Palacio del Gobierno, y al alcalde de Río de Janeiro, así como a los miembros del Cuerpo Diplomático acreditados ante el gobierno brasileño, a las demás autoridades presentes y a todos los que han trabajado para hacer posible esta visita.

Quisiera decir unas palabras de afecto a mis hermanos obispos, a quienes incumbe la tarea de guiar a la grey de Dios en este inmenso país,

y a sus queridas Iglesias particulares. Con esta visita, deseo continuar con la misión pastoral propia del Obispo de Roma de confirmar a sus hermanos en la fe en Cristo, alentarlos a dar testimonio de las razones de la esperanza que brota de él, y animarles a ofrecer a todos las riquezas inagotables de su amor.

Como es sabido, el principal motivo de mi presencia en Brasil va más allá de sus fronteras. En efecto, he venido para la Jornada Mundial de la Juventud. Para encontrarme con jóvenes venidos de todas las partes del mundo, atraídos por los brazos abiertos de Cristo Redentor. Quieren encontrar un refugio en su abrazo, justo cerca de su corazón, volver a escuchar su llamada clara y potente: «Vayan y hagan discípulos a todas las naciones».

Estos jóvenes provienen de diversos continentes, hablan idiomas diferentes, pertenecen a distintas culturas y, sin embargo, encuentran en Cristo las respuestas a sus más altas y comunes aspiraciones, y pueden saciar el hambre de una verdad clara y de un genuino amor que los una por encima de cualquier diferencia.

Cristo les ofrece espacio, sabiendo que no puede haber energía más poderosa que esa que brota del corazón de los jóvenes cuando son seducidos por la experiencia de la amistad con él. Cristo tiene confianza en los jóvenes y les confía el futuro de su propia misión: «Vayan y hagan discípulos»; vayan más allá de las fronteras de lo humanamente posible, y creen un mundo de hermanos. Pero también los jóvenes tienen confianza en Cristo: no tienen miedo de arriesgar con él la única vida que tienen, porque saben que no serán defraudados.

Al comenzar mi visita a Brasil, soy muy consciente de que, dirigiéndome a los jóvenes, hablo también a sus familias, sus comunidades eclesiales y nacionales de origen, a las sociedades en las que viven, a los hombres y mujeres de los que depende en gran medida el futuro de estas nuevas generaciones.

Es común entre ustedes oír decir a los padres: «*Los hijos son la pupila de nuestros ojos*». ¡Qué hermosa es esta expresión de la sabiduría brasileña, que aplica a los jóvenes la imagen de la pupila de los ojos, la abertura por la que entra la luz en nosotros, regalándonos el milagro de la vista! ¿Qué sería de nosotros si no cuidáramos nuestros ojos? ¿Cómo podríamos avanzar? Mi esperanza es que, en esta semana, cada uno de nosotros se deje interpelar por esta pregunta provocadora.

Y, ¡atención! La juventud es el ventanal por el que entra el futuro en el mundo. Es el ventanal y, por tanto, nos impone grandes retos. Nuestra

generación se mostrará a la altura de la promesa que hay en cada joven cuando sepa ofrecerle espacio. Esto significa tutelar las condiciones materiales y espirituales para su pleno desarrollo; darle una base sólida sobre la que pueda construir su vida; garantizarle seguridad y educación para que llegue a ser lo que puede ser; transmitirle valores duraderos por los que valga la pena vivir; asegurarle un horizonte trascendente para su sed de auténtica felicidad y su creatividad en el bien; dejarle en herencia un mundo que corresponda a la medida de la vida humana; despertar en él las mejores potencialidades para ser protagonista de su propio porvenir, y corresponsable del destino de todos. Con estas actitudes, anticipamos hoy el futuro que entra por el ventanal de los jóvenes.

Al concluir, ruego a todos la gentileza de la atención y, si es posible, la empatía necesaria para establecer un diálogo entre amigos. En este momento, los brazos del Papa se alargan para abrazar a toda la nación brasileña, en el complejo de su riqueza humana, cultural y religiosa. Que desde la Amazonia hasta la pampa, desde las regiones áridas al Pantanal, desde los pequeños pueblos hasta las metrópolis, nadie se sienta excluido del afecto del Papa. Pasado mañana, si Dios quiere, tengo la intención de recordar a todos ante Nuestra Señora de Aparecida, invocando su maternal protección sobre sus hogares y familias. Y, ya desde ahora, los bendigo a todos. Gracias por la bienvenida.

HOMILÍA pronunciada en la Misa en la Basílica del Santuario de Nuestra Señora de Aparecida, el 24 de julio de 2013.

¡Qué alegría venir a la casa de la Madre de todo brasileño, el Santuario de Nuestra Señora de Aparecida! Al día siguiente de mi elección como Obispo de Roma fui a la Basílica de Santa María la Mayor, en Roma, con el fin de encomendar a la Virgen mi ministerio. Hoy he querido venir aquí para pedir a María, nuestra Madre, el éxito de la Jornada Mundial de la Juventud, y poner a sus pies la vida del pueblo latinoamericano.

Quisiera ante todo decirles una cosa. En este santuario, donde hace seis años se celebró la V Conferencia General del Episcopado de América Latina y el Caribe, ha ocurrido algo muy hermoso, que he podido constatar personalmente: ver cómo los obispos –que trabajaban sobre el tema del encuentro con Cristo, el discipulado y la misión– se sentían alentados, acompañados y en cierto sentido inspirados por los miles de peregrinos que acudían cada día a confiar su vida a la Virgen: aquella Conferencia ha sido un gran momento de Iglesia. Y, en efecto, puede decirse que el Documento de Aparecida nació precisamente de esta



Arriba, el Papa Francisco a su llegada a Brasil; en el centro, durante la ceremonia de bienvenida; abajo, en el Santuario de N^a S^a de Aparecida.

urdimbre entre el trabajo de los Pastores y la fe sencilla de los peregrinos, bajo la protección materna de María. La Iglesia, cuando busca a Cristo, llama siempre a la casa de la Madre y le pide: «Muéstranos a Jesús». De ella se aprende el verdadero discipulado. He aquí por qué la Iglesia va en misión siguiendo siempre la estela de María.

Hoy, en vista de la Jornada Mundial de la Juventud que me ha traído a Brasil, también yo vengo a llamar a la puerta de la casa de María —que amó a Jesús y lo educó— para que nos ayude a todos nosotros, Pastores del Pueblo de Dios, padres y educadores, a transmitir a nuestros jóvenes los valores que los hagan artífices de una nación y de un mundo más justo, solidario y fraterno. Para ello, quisiera señalar tres sencillas actitudes, tres sencillas actitudes: mantener la esperanza, dejarse sorprender por Dios y vivir con alegría.

1. Mantener la esperanza. La Segunda Lectura de la Misa presenta una escena dramática: una mujer —figura de María y de la Iglesia— es perseguida por un dragón —el diablo— que quiere devorar a su hijo. Pero la escena no es de muerte sino de vida, porque Dios interviene y pone a salvo al niño (cf. *Ap* 12, 13a-16.15-16a). Cuántas dificultades hay en la vida de cada uno, en nuestra gente, nuestras comunidades. Pero, por más grandes que parezcan, Dios nunca deja que nos hundamos. Ante el desaliento que podría haber en la vida, en quien trabaja en la evangelización o en aquellos que se esfuerzan por vivir la fe como padres y madres de familia, quisiera decirles con fuerza: Tengan siempre en el corazón esta certeza: Dios camina a su lado, en ningún momento los abandona. Nunca perdamos la esperanza. Jamás la apaguemos en nuestro corazón. El «dragón», el mal, existe en nuestra historia, pero no es el más fuerte. El más fuerte es Dios, y Dios es nuestra esperanza. Es cierto que hoy en día, todos un poco, y también nuestros jóvenes, sienten la sugestión de tantos ídolos que se ponen en el lugar de Dios y parecen dar esperanza: el dinero, el éxito, el poder, el placer. Con frecuencia se abre camino en el corazón de muchos una sensación de soledad y vacío, y lleva a la búsqueda de compensaciones, de estos ídolos pasajeros. Queridos hermanos y hermanas, seamos luces de esperanza. Tengamos una visión positiva de la realidad. Demos aliento a la generosidad que caracteriza a los jóvenes, ayudémoslos a ser protagonistas de la construcción de un mundo mejor: son un motor poderoso para la Iglesia y para la sociedad. Ellos no sólo necesitan cosas. Necesitan sobre todo que se les propongan esos valores inmateriales que son el corazón espiritual de un

pueblo, la memoria de un pueblo. Casi los podemos leer en este santuario, que es parte de la memoria de Brasil: espiritualidad, generosidad, solidaridad, perseverancia, fraternidad, alegría; son valores que encuentran sus raíces más profundas en la fe cristiana.

2. La segunda actitud: *dejarse sorprender por Dios*. Quien es hombre, mujer de esperanza –la gran esperanza que nos da la fe– sabe que Dios actúa y nos sorprende también en medio de las dificultades. Y la historia de este santuario es un ejemplo: tres pescadores, tras una jornada baldía, sin lograr pesca en las aguas del Río Paranaíba, encuentran algo inesperado: una imagen de Nuestra Señora de la Concepción. ¿Quién podría haber imaginado que el lugar de una pesca infructuosa se convertiría en el lugar donde todos los brasileños pueden sentirse hijos de la misma Madre? Dios nunca deja de sorprender, como con el vino nuevo del Evangelio que acabamos de escuchar. Dios guarda lo mejor para nosotros. Pero pide que nos dejemos sorprender por su amor, que acojamos sus sorpresas. Confiemos en Dios. Alejados de él, el vino de la alegría, el vino de la esperanza, se agota. Si nos acercamos a él, si permanecemos con él, lo que parece agua fría, lo que es dificultad, lo que es pecado, se transforma en vino nuevo de amistad con él.

3. La tercera actitud: *vivir con alegría*. Queridos amigos, si caminamos en la esperanza, dejándonos sorprender por el vino nuevo que nos ofrece Jesús, ya hay alegría en nuestro corazón y no podemos dejar de ser testigos de esta alegría. El cristiano es alegre, nunca triste. Dios nos acompaña. Tenemos una Madre que intercede siempre por la vida de sus hijos, por nosotros, como la reina Esther en la Primera Lectura (cf. *Est 5,3*). Jesús nos ha mostrado que el rostro de Dios es el de un Padre que nos ama. El pecado y la muerte han sido vencidos. El cristiano no puede ser pesimista. No tiene el aspecto de quien parece estar de luto perpetuo. Si estamos verdaderamente enamorados de Cristo y sentimos cuánto nos ama, nuestro corazón se «inflamará» de tanta alegría que contagiará a cuantos viven a nuestro alrededor. Como decía Benedicto XVI, aquí, en este Santuario: «El discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro» (*Discurso Inaugural de la V Conferencia general del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Aparecida, 13 de mayo 2007: Insegnamenti III/1 [2007], p. 861*).

Queridos amigos, hemos venido a llamar a la puerta de la casa de María. Ella nos ha abierto, nos ha hecho entrar y nos muestra a su Hijo. Ahora

ella nos pide: «Hagan todo lo que él les diga» (*Jn 2,5*). Sí, Madre, nos comprometemos a hacer lo que Jesús nos diga. Y lo haremos con esperanza, confiados en las sorpresas de Dios y llenos de alegría. Que así sea.

PALABRAS improvisadas desde el balcón de la Basílica del Santuario de Nuestra Señora de Aparecida.

Irmãos e Irmãs... Irmãos e Irmãs, eu não falo brasileiro. [Hermanos y hermanas... hermanos y hermanas, yo no hablo brasileño.] Perdonadme. Voy a hablar en español. Perdón. Muchas gracias. *Obrigado* [gracias], porque están aquí. Muchas gracias de corazón, con todo mi corazón y le pido a la Virgen, Nuestra Señora de Aparecida, que los bendiga, que bendiga a sus familias, que bendiga a sus hijos, que bendiga a sus padres, que bendiga a toda la Patria.

A ver, ahora me voy a dar cuenta si me entienden. Les hago una pregunta: ¿Una madre se olvida de sus hijos?

[No... (respondió la multitud)].

Ella no se olvida de nosotros, Ella nos quiere y nos cuida, y ahora le vamos a pedir la bendición. La bendición de Dios Todopoderoso, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo descienda sobre ustedes, permanezca para siempre.

Les pido un favor, *um jeitinho* [un pequeño favor] recen por mí, recen por mí, necesito. Que Dios los bendiga. Que nuestra Señora de Aparecida los cuide. Y hasta 2017 que voy a volver... Adiós. [...]



Desde el Balcón del Santuario.

DISCURSO en la visita al Hospital San Francisco de Asís de la Providencia.

Queridos jóvenes y familiares:

Buenas noches.

Dios ha querido que, después del Santuario de Nuestra Señora de Aparecida, mis pasos se encaminaran hacia un santuario particular del sufrimiento humano, como es el Hospital San Francisco de Asís. Es bien conocida la conversión de su santo Patrón: el joven Francisco abandona las riquezas y comodidades para hacerse pobre entre los pobres; se da cuenta de que la verdadera riqueza y lo que da la auténtica alegría no son las cosas, el tener, los ídolos del mundo, sino el seguir a Cristo y servir a los demás; pero quizás es menos conocido el momento en que todo esto se hizo concreto en su vida: fue cuando abrazó a un leproso. Aquel hermano que sufría era «mediador de la luz (...) para san Francisco de Asís» (cf. Carta enc. *Lumen fidei*, 57), porque en cada hermano y hermana en dificultad abrazamos la carne de Cristo que sufre. Hoy, en este lugar de lucha contra la dependencia química, quisiera abrazar a cada uno y cada una de ustedes que son la carne de Cristo, y pedir que Dios colme de sentido y firme esperanza su camino, y también el mío.

Abrazar, abrazar. Todos hemos de aprender a abrazar a los necesitados, como San Francisco. Hay muchas situaciones en Brasil, en el mundo, que necesitan atención, cuidado, amor, como la lucha contra la dependencia química. Sin embargo, lo que prevalece con frecuencia en nuestra sociedad es el egoísmo. ¡Cuántos «mercaderes de muerte» que siguen la lógica del poder y el dinero a toda costa! La plaga del narcotráfico, que favorece la violencia y siembra dolor y muerte, requiere un acto de valor de toda la sociedad. No es la liberalización del consumo de drogas, como se está discutiendo en varias partes de América Latina, lo que podrá reducir la propagación y la influencia de la dependencia química. Es preciso afrontar los problemas que están a la base de su uso, promoviendo una mayor justicia, educando a los jóvenes en los valores que construyen la vida común, acompañando a los necesitados y dando esperanza en el futuro. Todos tenemos necesidad de mirar al otro con los ojos de amor de Cristo, aprender a abrazar a aquellos que están en necesidad, para expresar cercanía, afecto, amor.

Pero abrazar no es suficiente. Tendamos la mano a quien se encuentra en dificultad, al que ha caído en el abismo de la dependencia, tal vez sin saber cómo, y decirle: «Puedes levantarte, puedes remontar; te costará, pero puedes conseguirlo si de verdad lo quieres».

Queridos amigos, yo diría a cada uno de ustedes, pero especialmente a tantos otros que no han tenido el valor de emprender el mismo camino: «Tú eres el protagonista de la subida, ésta es la condición indispensable. Encontrarás la mano tendida de quien te quiere ayudar, pero nadie puede subir por ti». Pero nunca están solos. La Iglesia y muchas personas están con ustedes. Miren con confianza hacia delante, su travesía es larga y fatigosa, pero miren adelante, hay «un futuro cierto, que se sitúa en una perspectiva diversa de las propuestas ilusorias de los ídolos del mundo, pero que da un impulso y una fuerza nueva para vivir cada día» (Carta enc. *Lumen fidei*, 57). Quisiera repetirles a todos ustedes: No se dejen robar la esperanza. No se dejen robar la esperanza. Pero también quiero decir: No robemos la esperanza, más aún, hagámonos todos portadores de esperanza.

En el Evangelio leemos la parábola del Buen Samaritano, que habla de un hombre asaltado por bandidos y abandonado medio muerto al borde del camino. La gente pasa, mira y no se para, continúa indiferente el camino: no es asunto suyo. No se dejen robar la esperanza. Cuántas veces decimos: no es mi problema. Cuántas veces miramos a otra parte y hacemos como si no vemos. Sólo un samaritano, un desconocido, ve, se detiene, lo levanta, le tiende la mano y lo cura (cf. *Lc* 10, 29-35). Queridos amigos, creo que aquí, en este hospital, se hace concreta la parábola del Buen Samaritano. Aquí no existe indiferencia, sino atención, no hay desinterés, sino amor. La Asociación San Francisco y la Red de Tratamiento de Dependencia Química enseñan a inclinarse sobre quien está dificultad, porque en él ve el rostro de Cristo, porque él es la carne de Cristo que sufre. Muchas gracias a todo el personal del servicio médico y auxiliar que trabaja aquí; su servicio es valioso, háganlo siempre con amor; es un servicio que se hace a Cristo, presente en el prójimo: «Cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (*Mt* 25,40), nos dice Jesús.

Y quisiera repetir a todos los que luchan contra la dependencia química, a los familiares que tienen un cometido no siempre fácil: la Iglesia no es ajena a sus fatigas, sino que los acompaña con afecto. El Señor está cerca de ustedes y los toma de la mano. Vuelvan los ojos a él en los momentos más duros y les dará consuelo y esperanza. Y confíen también en el amor materno de María, su Madre. Esta mañana, en el santuario de Aparecida, he encomendado a cada uno de ustedes a su corazón. Donde hay una cruz que llevar, allí está siempre ella, nuestra Madre, a nuestro lado. Los dejo en sus manos, mientras les bendigo a todos con afecto. Muchas gracias.

PALABRAS a los jóvenes italianos al final de la visita al Hospital San Francisco.

Me dirijo a ustedes, jóvenes italianos, que nos están siguiendo en directo desde el Maracanazinho. Sé que están reunidos en ambiente festivo con muchos brasileños de origen italiano y con sus obispos para reflexionar sobre la persona de Jesús y sobre las respuestas que sólo Él puede dar a sus interrogantes de fe y de vida. Fiense de Cristo, escúchenlo, sigan sus huellas. Él no nos abandona nunca, ni siquiera en los momentos más oscuros de la vida. Él es nuestra esperanza. Mañana en Copacabana tendremos la oportunidad de profundizar en esta verdad, para hacer luminosa la vida. Hasta mañana.

PALABRAS en la Bendición de las Banderas Olímpicas en el Palacio da Cidade, el jueves 25 de julio de 2013.

Acabamos de bendecir las banderas y las imágenes religiosas. ¡Buen día a todos! Muchas gracias por estar aquí en este momento y ahora de corazón les voy a dar la Bendición a todos ustedes, a sus familias, a sus amigos, al barrio, a todos.

¡Y recen por mí!

DISCURSO en la visita a la Comunidad de Varginha.

Es bello estar aquí con ustedes. Es bello. Ya desde el principio, al programar la visita a Brasil, mi deseo era poder visitar todos los barrios de esta nación. Habría querido llamar a cada puerta, decir «buenos días», pedir un vaso de agua fresca, tomar un «cafezinho» —no una copa de orujo—, hablar como amigo de casa, escuchar el corazón de cada uno, de los padres, los hijos, los abuelos... Pero Brasil, ¡es tan grande! Y no se puede llamar a todas las puertas. Así que elegí venir aquí, a visitar vuestra Comunidad; esta Comunidad que hoy representa a todos los barrios de Brasil. ¡Qué hermoso es ser recibidos con amor, con generosidad, con alegría! Basta ver cómo habéis decorado las calles de la Comunidad; también esto es un signo de afecto, nace del corazón, del corazón de los brasileños, que está de fiesta. Muchas gracias a todos por la calurosa bienvenida. Agradezco a los esposos Rangler y Joana sus cálidas palabras.

1. Desde el primer momento en que he tocado el suelo brasileño, y también aquí, entre vosotros, me siento acogido. Y es importante saber acoger; es todavía más bello que cualquier adorno. Digo esto porque,

cuando somos generosos en acoger a una persona y compartimos algo con ella –algo de comer, un lugar en nuestra casa, nuestro tiempo– no nos hacemos más pobres, sino que nos enriquecemos. Ya sé que, cuando alguien que necesita comer llama a su puerta, siempre encuentran ustedes un modo de compartir la comida; como dice el proverbio, siempre se puede «añadir más agua a los frijoles». ¿Se puede añadir más agua a los frijoles? ... ¿Siempre? ... Y lo hacen con amor, mostrando que la verdadera riqueza no está en las cosas, sino en el corazón.

Y el pueblo brasileño, especialmente las personas más sencillas, pueden dar al mundo una valiosa lección de solidaridad, una palabra –esta palabra solidaridad– a menudo olvidada u omitida, porque es incómoda. Casi da la impresión de una palabra rara... solidaridad. Me gustaría hacer un llamamiento a quienes tienen más recursos, a los poderes públicos y a todos los hombres de buena voluntad comprometidos en la justicia social: que no se cansen de trabajar por un mundo más justo y más solidario. Nadie puede permanecer indiferente ante las desigualdades que aún existen en el mundo. Que cada uno, según sus posibilidades y responsabilidades, ofrezca su contribución para poner fin a tantas injusticias sociales. No es, no es la cultura del egoísmo, del individualismo, que muchas veces regula nuestra sociedad, la que construye y lleva a un mundo más habitable; no es ésta, sino la cultura de la solidaridad; la cultura de la solidaridad no es ver en el otro un competidor o un número, sino un hermano. Y todos nosotros somos hermanos.

Deseo alentar los esfuerzos que la sociedad brasileña está haciendo para integrar todas las partes de su cuerpo, incluidas las que más sufren o están necesitadas, a través de la lucha contra el hambre y la miseria. Ningún esfuerzo de «pacificación» será duradero, ni habrá armonía y felicidad para una sociedad que ignora, que margina y abandona en la periferia una parte de sí misma. Una sociedad así, simplemente se empobrece a sí misma; más aún, pierde algo que es esencial para ella. No dejemos, no dejemos entrar en nuestro corazón la cultura del descarte. No dejemos entrar en nuestro corazón la cultura del descarte, porque somos hermanos. No hay que descartar a nadie. Recordémoslo siempre: sólo cuando se es capaz de compartir, llega la verdadera riqueza; todo lo que se comparte se multiplica. Pensemos en la multiplicación de los panes de Jesús. La medida de la grandeza de una sociedad está determinada por la forma en que trata a quien está más necesitado, a quien no tiene más que su pobreza.

2. También quisiera decir que la Iglesia, «abogada de la justicia y defensora de los pobres ante intolerables desigualdades sociales y económicas, que claman al cielo» (Documento *de Aparecida*, 395), desea ofrecer su colaboración a toda iniciativa que pueda significar un verdadero desarrollo de cada hombre y de todo el hombre. Queridos amigos, ciertamente es necesario dar pan a quien tiene hambre; es un acto de justicia. Pero hay también un hambre más profunda, el hambre de una felicidad que sólo Dios puede saciar. Hambre de dignidad. No hay una verdadera promoción del bien común, ni un verdadero desarrollo del hombre, cuando se ignoran los pilares fundamentales que sostienen una nación, sus bienes inmateriales: la *vida*, que es un don de Dios, un valor que siempre se ha de tutelar y promover; la *familia*, fundamento de la convivencia y remedio contra la desintegración social; la *educación integral*, que no se reduce a una simple transmisión de información con el objetivo de producir ganancias; la *salud*, que debe buscar el bienestar integral de la persona, incluyendo la dimensión espiritual, esencial para el equilibrio humano y una sana convivencia; la *seguridad*, en la convicción de que la violencia sólo se puede vencer partiendo del cambio del corazón humano.

3. Quisiera decir una última cosa, una última cosa. Aquí, como en todo Brasil, hay muchos jóvenes. Jóvenes, queridos jóvenes, ustedes tienen una especial sensibilidad ante la injusticia, pero a menudo se sienten defraudados por los casos de corrupción, por las personas que, en lugar de buscar el bien común, persiguen su propio interés. A ustedes y a todos les repito: nunca se desanimen, no pierdan la confianza, no dejen que la esperanza se apague. La realidad puede cambiar, el hombre puede cambiar. Sean los primeros en tratar de hacer el bien, de no habituarse al mal, sino a vencerlo con el bien. La Iglesia los acompaña ofreciéndoles el don precioso de la fe, de Jesucristo, que ha «venido para que tengan vida y la tengan abundante» (*Jn 10,10*).

Hoy digo a todos ustedes, y en particular a los habitantes de esta Comunidad de Varginha: No están solos, la Iglesia está con ustedes, el Papa está con ustedes. Llevo a cada uno de ustedes en mi corazón y hago mías las intenciones que albergan en lo más íntimo: la gratitud por las alegrías, las peticiones de ayuda en las dificultades, el deseo de consuelo en los momentos de dolor y sufrimiento. Todo lo encomiendo a la intercesión de Nuestra Señora de Aparecida, la Madre de todos los pobres del Brasil, y con gran afecto les imparto mi Bendición. Gracias.

PALABRAS en el Encuentro con los jóvenes argentinos en la Catedral de San Sebastián.

Gracias... Gracias... por estar hoy aquí, por haber venido... Gracias a los que están adentro y muchas gracias a los que están afuera. A los 30 mil, que me dicen que hay afuera. Desde acá los saludo; están bajo la lluvia... Gracias por el gesto de acercarse... Gracias por haber venido a la Jornada de la Juventud. Yo le sugerí al doctor Gasbarri, que es el que maneja, el que organiza el viaje, si hubiera un lugarcito para encontrarme con ustedes, y en medio día tenía arreglado todo. Así que también le quiero agradecer públicamente al doctor Gasbarri esto que ha logrado hoy.

Quisiera decir una cosa: ¿qué es lo que espero como consecuencia de la Jornada de la Juventud? Espero lío. Que acá adentro va a haber lío, va a haber. Que acá en Río va a haber lío, va a haber. Pero quiero lío en las diócesis, quiero que se salga afuera... Quiero que la Iglesia salga a la calle, quiero que nos defendamos de todo lo que sea mundanidad, de lo que sea instalación, de lo que sea comodidad, de lo que sea clericalismo, de lo que sea estar encerrados en nosotros mismos.

Las parroquias, los colegios, las instituciones son para salir; si no salen se convierten en una ONG, y la Iglesia no puede ser una ONG. Que me perdonen los Obispos y los curas, si algunos después le arman lío a ustedes, pero.. Es el consejo. Y gracias por lo que puedan hacer.

Miren, yo pienso que, en este momento, esta civilización mundial se pasó de rosca, se pasó de rosca, porque es tal el culto que ha hecho al dios dinero, que estamos presenciando una filosofía y una praxis de exclusión de los dos polos de la vida que son las promesas de los pueblos. Exclusión de los ancianos, por supuesto, porque uno podría pensar que podría haber una especie de eutanasia escondida; es decir, no se cuida a los ancianos; pero también está la eutanasia cultural: no se les deja hablar, no se les deja actuar. Y exclusión de los jóvenes. El porcentaje que hay de jóvenes sin trabajo, sin empleo, es muy alto, y es una generación que no tiene la experiencia de la dignidad ganada por el trabajo. O sea, esta civilización nos ha llevado a excluir las dos puntas, que son el futuro nuestro. Entonces, los jóvenes: tienen que salir, tienen que hacerse valer; los jóvenes tienen que salir a luchar por los valores, a luchar por esos valores; y los viejos abran la boca, los ancianos abran la boca y enséñenos; transmítannos la sabiduría de los pueblos. En el pueblo argentino, yo se los pido de corazón a los ancianos: no claudiquen de ser la reserva

cultural de nuestro pueblo que trasmite la justicia, que trasmite la historia, que trasmite los valores, que trasmite la memoria del pueblo. Y ustedes, por favor, no se metan contra los viejos; déjenlos hablar, escúchenlos, y lleven adelante. Pero sepan, sepan que, en este momento, ustedes, los jóvenes, y los ancianos, están condenados al mismo destino: exclusión; no se dejen excluir. ¿Está claro? Por eso, creo que tienen que trabajar. Y la fe en Jesucristo no es broma, es algo muy serio. Es un escándalo que Dios haya venido a hacerse uno de nosotros; es un escándalo, y que haya muerto en la Cruz, es un escándalo: El escándalo de la Cruz. La Cruz sigue siendo escándalo, pero es el único camino seguro: el de la Cruz, el de Jesús, la encarnación de Jesús. Por favor, no licuen la fe en Jesucristo. Hay licuado de naranja, hay licuado de manzana, hay licuado de banana, pero, por favor, no tomen licuado de fe. La fe es entera, no se licua. Es la fe en Jesús. Es la fe en el Hijo de Dios hecho hombre, que me amó y murió por mí. Entonces: Hagan lío; cuiden los extremos del pueblo, que son los ancianos y los jóvenes; no se dejen excluir, y que no excluyan a los ancianos. Segundo: no licuen la fe en Jesucristo. Las bienaventuranzas. ¿Qué tenemos que hacer, Padre? Mira, lee las bienaventuranzas que te van a venir bien. Y si querés saber qué cosa práctica tenés que hacer, lee Mateo 25, que es el protocolo con el cual nos van a juzgar. Con esas dos cosas tienen el programa de acción: Las bienaventuranzas y Mateo 25. No necesitan leer otra cosa. Se lo pido de corazón. Bueno, les agradezco ya esta cercanía. Me da pena que estén enjaulados. Pero, les digo una cosa: Yo, por momentos, siento: ¡Qué feo que es estar enjaulados! Se lo confieso de corazón... Pero, veremos... Los comprendo. Y me hubiera gustado estar más cerca de ustedes, pero comprendo que, por razón de orden, no se puede. Gracias por acercarse; gracias por rezar por mí; se lo pido de corazón, necesito, necesito de la oración de ustedes, necesito mucho. Gracias por eso... Y, bueno, les voy a dar la Bendición y después vamos a bendecir la imagen de la Virgen, que va a recorrer toda la República... y la cruz de San Francisco, que van a recorrer 'misionariamente'. Pero no se olviden: Hagan lío; cuiden los dos extremos de la vida, los dos extremos de la historia de los pueblos, que son los ancianos y los jóvenes, y no licuen la fe.

Y ahora vamos a rezar, para bendecir la imagen de la Virgen y darles después la bendición a ustedes.

Nos ponemos de pie para la Bendición, pero, antes, quiero agradecer lo que dijo Mons. Arancedo, que de puro maleducado no se lo agradecí. Así que gracias por tus palabras.

Oración

En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Dios te salve, María, llena eres de gracia....

Señor, Tú dejaste en medio de nosotros a tu Madre, para que nos acompañara. Que Ella nos cuide, nos proteja en nuestro camino, en nuestro corazón, en nuestra fe. Que Ella nos haga discípulos, como lo fue Ella, y misioneros, como también lo fue Ella. Que nos enseñe a salir a la calle, que nos enseñe a salir de nosotros mismos.

Bendecimos esta imagen, Señor, que va a recorrer el País. Que Ella con su mansedumbre, con su paz, nos indique el camino.

Señor, Vos sos un escándalo, el escándalo de la Cruz. Una Cruz que es humildad, mansedumbre; una Cruz que nos habla de la cercanía de Dios.

Bendecimos también esta imagen de la Cruz, que recorrerá el país.

Muchas gracias y nos vemos en estos días.

Que Dios los bendiga y recen por mí. No se olviden.

SALUDO en la Fiesta de Acogida de los jóvenes, en el Paseo Marítimo de Copacabana.

Queridos jóvenes, buenas tardes.

Quiero primero darle las gracias por el testimonio de fe que ustedes están dando al mundo. Siempre oí decir que a los cariocas no les gusta el frío y la lluvia. Pero ustedes están mostrando que la fe de ustedes es más fuerte que el frío y la lluvia. ¡Enhorabuena! Ustedes son verdaderamente grandes héroes.

Veo en ustedes la belleza del rostro joven de Cristo, y mi corazón se llena de alegría. Recuerdo la primera Jornada Mundial de la Juventud a nivel internacional. Se celebró en 1987 en Argentina, en mi ciudad de Buenos Aires. Guardo vivas en la memoria estas palabras de Juan Pablo II a los jóvenes: «¡Tengo tanta esperanza en vosotros! Espero sobre todo que renovéis vuestra fidelidad a Jesucristo y a su cruz redentora» (*Discurso a los Jóvenes*, 11 de abril 1987: *Insegnamenti*, X/1 [1987], p. 1261).

Antes de continuar, quisiera recordar el trágico accidente en la Guyana francesa, que sufrieron los jóvenes que venían a esta Jornada, allí perdió la vida la joven Sophie Morinière, y otros jóvenes resultaron heridos.

Los invito a hacer un instante de silencio y de oración a Dios, nuestro Padre, por Sophie, los heridos y sus familiares.

Este año, la Jornada vuelve, por segunda vez, a América Latina. Y ustedes, jóvenes, han respondido en gran número a la invitación de Be-

nedicto XVI, que los ha convocado para celebrarla. A él se lo agradecemos de todo corazón. Y a él, que nos convocó hoy aquí, le enviamos un saludo y un fuerte aplauso. Ustedes saben que, antes de venir a Brasil, estuve charlando con él. Y le pedí que me acompañara en el viaje, con la oración. Y me dijo: los acompaño con la oración, y estaré junto al televisor. Así que ahora nos está viendo. Mi mirada se extiende sobre esta gran muchedumbre: ¡Son ustedes tantos! Llegados de todos los continentes. Distantes, a veces no sólo geográficamente, sino también desde el punto de vista existencial, cultural, social, humano. Pero hoy están aquí, o más bien, hoy estamos aquí, juntos, unidos para compartir la fe y la alegría del encuentro con Cristo, de ser sus discípulos. Esta semana, Río se convierte en el centro de la Iglesia, en su corazón vivo y joven, porque ustedes han respondido con generosidad y entusiasmo a la invitación que Jesús les ha hecho para estar con él, para ser sus amigos.

El tren de esta Jornada Mundial de la Juventud ha venido de lejos y ha atravesado la Nación brasileña siguiendo las etapas del proyecto «*Bota fe - Poned fe*». Hoy ha llegado a Río de Janeiro. Desde el Corcovado, el Cristo Redentor nos abraza y nos bendice. Viendo este mar, la playa y a todos ustedes, me viene a la mente el momento en que Jesús llamó a sus primeros discípulos a orillas del lago de Tiberíades. Hoy Jesús nos sigue preguntando: ¿Querés ser mi discípulo? ¿Querés ser mi amigo? ¿Querés ser testigo del Evangelio? En el corazón del *Año de la Fe*, estas preguntas nos invitan a renovar nuestro compromiso cristiano. Sus familias y comunidades locales les han transmitido el gran don de la fe. Cristo ha crecido en ustedes. Hoy quiere venir aquí para confirmarlos en esta fe, la fe en Cristo vivo que habita en ustedes, pero he venido yo también para ser confirmado por el entusiasmo de la fe de ustedes. Ustedes saben que en la vida de un obispo hay tantos problemas que piden ser solucionados. Y con estos problemas y dificultades, la fe del obispo puede entristecerse, Qué feo es un obispo triste. Qué feo, que es. Para que mi fe no sea triste he venido aquí para contagiarme con el entusiasmo de ustedes.

Los saludo con cariño. A ustedes aquí presentes, venidos de los cinco continentes y, a través de ustedes, saludo a todos los jóvenes del mundo, en particular a aquellos que querían venir a Río de Janeiro, y no han podido. A los que nos siguen por medio de la radio, y la televisión e internet, a todos les digo: ¡Bienvenidos a esta fiesta de la fe! En diversas partes del mundo, muchos jóvenes están reunidos ahora para vivir juntos con nosotros este momento: sintámonos unidos

unos a otros en la alegría, en la amistad, en la fe. Y tengan certeza de que mi corazón los abraza a todos con afecto universal. Porque lo más importante hoy es ésta reunión de ustedes y la reunión de todos los jóvenes que nos están siguiendo a través de los medios. ¡El Cristo Redentor, desde la cima del monte Corcovado, los acoge y los abraza en esta bellísima ciudad de Río!

Un saludo particular al Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos, el querido e incansable Cardenal Stanislaw Rylko, y a cuantos colaboran con él. Agradezco a Monseñor Orani João Tempesta, Arzobispo de São Sebastião do Río de Janeiro, la cordial acogida que me ha dispensado, además quiero decir aquí que los cariocas saben recibir bien, saben dar una gran acogida, y agradecerle el gran trabajo para realizar esta Jornada Mundial de la Juventud, junto a sus obispos auxiliares, con las diversas diócesis de este inmenso Brasil. Mi agradecimiento también se dirige a todas las autoridades nacionales, estatales y locales, y a cuantos han contribuido para hacer posible este momento único de celebración de la unidad, de la fe y de la fraternidad. Gracias a los Hermanos Obispos, a los sacerdotes, a los seminaristas, a las personas consagradas y a los fieles laicos que acompañan a los jóvenes, desde diversas partes de nuestro planeta, en su peregrinación hacia Jesús. A todos y a cada uno, un abrazo afectuoso en Jesús y con Jesús.

¡Hermanos y amigos, bienvenidos a la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud, en esta maravillosa ciudad de Río de Janeiro!

HOMILÍA pronunciada en la Fiesta de Acogida de los jóvenes, en el Paseo Marítimo de Copacabana.

Queridos jóvenes:

«Qué bien se está aquí», exclamó Pedro, después de haber visto al Señor Jesús transfigurado, revestido de gloria. ¿Podemos repetir también nosotros esas palabras? Pienso que sí, porque para todos nosotros, hoy es bueno estar aquí hoy, en torno a Jesús. Él es quien nos acoge y se hace presente en medio de nosotros, aquí en Río. Y en el Evangelio hemos también escuchado las palabras del Padre: «Éste es mi Hijo, el escogido, escúchenlo» (Lc 9,35). Por tanto, si por una parte es Jesús el que nos acoge; por otra, también nosotros queremos acogerlo, ponernos a la escucha de su palabra, porque precisamente acogiendo a Jesucristo, Palabra encarnada, es como el Espíritu nos transforma, ilumina el camino del futuro, y hace crecer en nosotros las alas de la esperanza para caminar con alegría (cf. Carta enc. *Lumen fidei*, 7).

Pero, ¿qué podemos hacer? «*Bota fé - Poné fe*». La cruz de la Jornada Mundial de la Juventud ha gritado estas palabras a lo largo de su peregrinación por Brasil. ¿Qué significa «Poné fe»? Cuando se prepara un buen plato y ves que falta la sal, «*pones*» sal; si falta el aceite, «*pones*» aceite... «Poné», es decir, añadir, echar. Lo mismo pasa en nuestra vida, queridos jóvenes: si queremos que tenga realmente sentido y sea plena, como ustedes desean y merecen, les digo a cada uno y a cada una de ustedes: «*Poné fe*» y tu vida tendrá un sabor nuevo, la vida tendrá una brújula que te indicará la dirección; «*Poné esperanza*» y cada día de tu vida estará iluminado y tu horizonte no será ya oscuro, sino luminoso; «*poné amor*» y tu existencia será como una casa construida sobre la roca, tu camino será gozoso, porque encontrarás tantos amigos que caminan contigo. ¡Poné fe, poné esperanza, poné! Todos juntos: «*Bote fé*», «*bote esperanza*», «*bote amor*».

Pero, ¿quién puede darnos esto? En el Evangelio escuchamos la respuesta: Cristo. «Éste es mi Hijo, el escogido, escúchenlo». Jesús nos trae a Dios y nos lleva a Dios, con él toda nuestra vida se transforma, se renueva y nosotros podemos ver la realidad con ojos nuevos, desde el punto de vista de Jesús, con sus mismos ojos (cf. Carta enc. *Lumen fidei*, 18). Por eso hoy les digo a cada uno de ustedes: «Poné a Cristo» en tu vida y encontrarás un amigo del que fiarte siempre; «poné a Cristo» y vas a ver crecer las alas de la esperanza para recorrer con alegría el camino del futuro; «poné a Cristo» y tu vida estará llena de su amor, será una vida fecunda. Porque todos nosotros queremos tener una vida fecunda. Una vida que dé vida a otros.

Hoy nos hará bien a todos que nos preguntásemos sinceramente, que cada uno piense en su corazón: ¿En quién ponemos nuestra fe? ¿En nosotros mismos, en las cosas, o en Jesús? Todos tenemos muchas veces la tentación de ponernos en el centro, de creernos que somos el eje del universo, de creer que nosotros solos construimos nuestra vida, o pensar que el tener, el dinero, el poder es lo que da la felicidad. Pero todos sabemos que no es así. El tener, el dinero, el poder pueden ofrecer un momento de embriaguez, la ilusión de ser felices, pero, al final, nos dominan y nos llevan a querer tener cada vez más, a no estar nunca satisfechos. Y terminamos empachados pero no alimentados, y es muy triste ver una juventud empachada pero débil. La juventud tiene que ser fuerte, alimentarse de su fe, y no empacharse de otras cosas. ¡»*Poné a Cristo*» en tu vida, poné tu confianza en él y no vas a quedar defraudado! Miren, queridos amigos, la fe en nuestra vida hace una revolución

que podríamos llamar copernicana, nos quita del centro y pone en el centro a Dios; la fe nos inunda de su amor que nos da seguridad, fuerza y esperanza. Aparentemente parece que no cambia nada, pero, en lo más profundo de nosotros mismos, cambia todo. Cuando está Dios en nuestro corazón habita la paz, la dulzura, la ternura, el entusiasmo, la serenidad y la alegría, que son frutos del Espíritu Santo (cf. *Ga* 5,22), entonces y nuestra existencia se transforma, nuestro modo de pensar y de obrar se renueva, se convierte en el modo de pensar y de obrar de Jesús, de Dios. Amigos queridos, la fe es revolucionaria y yo te pregunto a vos, hoy: ¿Estás dispuesto, estás dispuesta a entrar en esta onda de la revolución de la fe? Sólo entrando tu vida joven va a tener sentido y así será fecunda.

Querido joven, querida joven: «Poné a Cristo» en tu vida. En estos días, Él te espera: Escúchalo con atención y su presencia entusiasmará tu corazón. «Poné a Cristo»: Él te acoge en el Sacramento del perdón, con su misericordia cura todas las heridas del pecado. No le tengas miedo a pedirle perdón, porque Él en su tanto amor nunca se cansa de perdonarnos, como un padre que nos ama. ¡Dios es pura misericordia! «*Poné a Cristo*»: Él te espera también en la Eucaristía, Sacramento de su presencia, de su sacrificio de amor, y Él te espera también en la humanidad de tantos jóvenes que te enriquecerán con su amistad, te animarán con su testimonio de fe, te enseñarán el lenguaje del amor, de la bondad, del servicio. También vos, querido joven, querida joven, podés ser un testigo gozoso de su amor, un testigo entusiasta de su Evangelio para llevar un poco de luz a este mundo. Dejate buscar por Jesús, dejate amar por Jesús, es un amigo que no defrauda.

«Qué bien se está aquí», poniendo a Cristo, la fe, la esperanza, el amor que él nos da, en nuestra vida. Queridos amigos, en esta celebración hemos acogido la imagen de *Nuestra Señora de Aparecida*. A María le pedimos que nos enseñe a seguir a Jesús. Que nos enseñe a ser discípulos y misioneros. Como ella, queremos decir «sí» a Dios. Pidamos a su Corazón de Madre que interceda por nosotros, para que nuestros corazones estén dispuestos a amar a Jesús y a hacerlo amar. Queridos jóvenes, ¡Jesús nos espera. Jesús cuenta con nosotros! Amén.

ÁNGELUS desde el balcón del Palacio Arzobispal, el viernes 26 de julio.

Doy gracias a la Divina Providencia por haber guiado mis pasos hasta aquí, a la ciudad de San Sebastián de Río de Janeiro. Agradezco de corazón a Mons. Orani y también a ustedes la cálida acogida, con la que

manifiestan su afecto al Sucesor de Pedro. Me gustaría que mi paso por esta ciudad de Río renovase en todos el amor a Cristo y a la Iglesia, la alegría de estar unidos a Él y de pertenecer a la Iglesia, y el compromiso de vivir y dar testimonio de la fe.

Una bellísima expresión popular de la fe es la oración del *Ángelus* [en Brasil, la Hora de María]. Es una oración sencilla que se reza en tres momentos señalados de la jornada, que marcan el ritmo de nuestras actividades cotidianas: por la mañana, a mediodía y al atardecer. Pero es una oración importante; invito a todos a recitarla con el Avemaría. Nos recuerda un acontecimiento luminoso que ha transformado la historia: la Encarnación, el Hijo de Dios se ha hecho hombre en Jesús de Nazaret.

Hoy la Iglesia celebra a los padres de la Virgen María, los abuelos de Jesús: los santos Joaquín y Ana. En su casa vino al mundo María, trayendo consigo el extraordinario misterio de la Inmaculada Concepción; en su casa creció acompañada por su amor y su fe; en su casa aprendió a escuchar al Señor y a seguir su voluntad. Los santos Joaquín y Ana forman parte de esa larga cadena que ha transmitido la fe y el amor de Dios, en el calor de la familia, hasta María que acogió en su seno al Hijo de Dios y lo dio al mundo, nos los ha dado a nosotros. ¡Qué precioso es el valor de la familia, como lugar privilegiado para transmitir la fe! Refiriéndome al ambiente familiar quisiera subrayar una cosa: hoy, en esta fiesta de los santos Joaquín y Ana, se celebra, tanto en Brasil como en otros países, la fiesta de los abuelos. Qué importantes son en la vida de la familia para comunicar ese patrimonio de humanidad y de fe que es esencial para toda sociedad. Y qué importante es el encuentro y el diálogo intergeneracional, sobre todo dentro de la familia. El Documento conclusivo de Aparecida nos lo recuerda: «Niños y ancianos construyen el futuro de los pueblos. Los niños porque llevarán adelante la historia, los ancianos porque transmiten la experiencia y la sabiduría de su vida» (n. 447). Esta relación, este diálogo entre las generaciones, es un tesoro que tenemos que preservar y alimentar. En estas Jornadas de la Juventud, los jóvenes quieren saludar a los abuelos. Los saludan con todo cariño. Los abuelos. Saludemos a los abuelos. Ellos, los jóvenes, saludan a sus abuelos con mucho afecto y les agradecen el testimonio de sabiduría que nos ofrecen continuamente.

Y ahora, en esta Plaza, en sus calles adyacentes, en las casas que viven con nosotros este momento de oración, sintámonos como una gran familia y dirijámonos a María para que proteja a nuestras familias, las haga hogares de fe y de amor, en los que se sienta la presencia de su Hijo Jesús.

DISCURSO en el Vía Crucis con los jóvenes, Paseo Marítimo de Copacabana.

Queridísimos jóvenes:

Hemos venido hoy aquí para acompañar a Jesús a lo largo de su camino de dolor y de amor, el camino de la Cruz, que es uno de los momentos fuertes de la Jornada Mundial de la Juventud. Al concluir el Año Santo de la Redención, el beato Juan Pablo II quiso confiarles a ustedes, jóvenes, la Cruz diciéndoles: «Llévenla por el mundo como signo del amor de Jesús a la humanidad, y anuncien a todos que sólo en Cristo muerto y resucitado hay salvación y redención» (*Palabras al entregar la cruz del Año Santo a los jóvenes*, 22 de abril de 1984: *Insegnamenti* VII, 1 (1984), 1105). Desde entonces, la Cruz ha recorrido todos los continentes y ha atravesado los más variados mundos de la existencia humana, quedando como impregnada de las situaciones vitales de tantos jóvenes que la han visto y la han llevado. Queridos hermanos, nadie puede tocar la Cruz de Jesús sin dejar en ella algo de sí mismo y sin llevar consigo algo de la cruz de Jesús a la propia vida. Esta tarde, acompañando al Señor, me gustaría que resonasen en sus corazones tres preguntas: ¿Qué han dejado ustedes en la Cruz, queridos jóvenes de Brasil, en estos dos años en los que ha recorrido su inmenso país? Y ¿qué ha dejado la Cruz en cada uno de ustedes? Y, finalmente, ¿qué nos enseña para nuestra vida esta Cruz?

1. Una antigua tradición de la Iglesia de Roma cuenta que el apóstol Pedro, saliendo de la ciudad para escapar de la persecución de Nerón, vio que Jesús caminaba en dirección contraria y enseguida le preguntó: «Señor, ¿adónde vas?». La respuesta de Jesús fue: «Voy a Roma para ser crucificado de nuevo». En aquel momento, Pedro comprendió que tenía que seguir al Señor con valentía, hasta el final, pero entendió sobre todo que nunca estaba solo en el camino; con él estaba siempre aquel Jesús que lo había amado hasta morir. Miren, Jesús con su Cruz recorre nuestras calles y carga nuestros miedos, nuestros problemas, nuestros sufrimientos, también los más profundos. Con la Cruz, Jesús se une al silencio de las víctimas de la violencia, que ya no pueden gritar, sobre todo los inocentes y los indefensos; con la Cruz, Jesús se une a las familias que se encuentran en dificultad, y que lloran la trágica pérdida de sus hijos, como en el caso de los doscientos cuarenta y dos jóvenes víctimas del incendio en la ciudad de Santa María a principios de este año. Reza-

mos por ellos. Con la Cruz Jesús se une a todas las personas que sufren hambre, en un mundo que, por otro lado, se permite el lujo de tirar cada día toneladas de alimentos. Con la cruz, Jesús está junto a tantas madres y padres que sufren al ver a sus hijos víctimas de paraísos artificiales, como la droga. Con la Cruz, Jesús se une a quien es perseguido por su religión, por sus ideas, o simplemente por el color de su piel; en la Cruz, Jesús está junto a tantos jóvenes que han perdido su confianza en las instituciones políticas porque ven el egoísmo y corrupción, o que han perdido su fe en la Iglesia, e incluso en Dios, por la incoherencia de los cristianos y de los ministros del Evangelio. Cuánto hacen sufrir a Jesús nuestras incoherencias. En la Cruz de Cristo está el sufrimiento, el pecado del hombre, también el nuestro, y Él acoge todo con los brazos abiertos, carga sobre su espalda nuestras cruces y nos dice: ¡Ánimo! No la llevás vos solo. Yo la llevo con vos y yo he vencido a la muerte y he venido a darte esperanza, a darte vida (cf. *Jn* 3,16).

2. Podemos ahora responder a la segunda pregunta: ¿Qué ha dejado la Cruz en los que la han visto y en los que la han tocado? ¿Qué deja en cada uno de nosotros? Miren, deja un bien que nadie nos puede dar: la certeza del amor fiel de Dios por nosotros. Un amor tan grande que entra en nuestro pecado y lo perdona, entra en nuestro sufrimiento y nos da fuerza para sobrellevarlo, entra también en la muerte para vencerla y salvarnos. En la Cruz de Cristo está todo el amor de Dios, está su inmensa misericordia. Y es un amor del que podemos fiarnos, en el que podemos creer. Queridos jóvenes, fiémonos de Jesús, confiemos en Él (cf. *Lumen fidei*, 16). Porque Él nunca defrauda a nadie. Sólo en Cristo muerto y resucitado encontramos la salvación y redención. Con Él, el mal, el sufrimiento y la muerte no tienen la última palabra, porque Él nos da esperanza y vida: ha transformado la Cruz de ser un instrumento de odio, y de derrota, y de muerte, en un signo de amor, de victoria, de triunfo y de vida.

El primer nombre de Brasil fue precisamente «*Terra de Santa Cruz*». La Cruz de Cristo fue plantada no sólo en la playa hace más de cinco siglos, sino también en la historia, en el corazón y en la vida del pueblo brasileño, y en muchos otros pueblos. A Cristo que sufre lo sentimos cercano, uno de nosotros que comparte nuestro camino hasta el final. No hay en nuestra vida cruz, pequeña o grande que sea, que el Señor no comparta con nosotros.

3. Pero la Cruz invita también a dejarnos contagiarnos por este amor, nos enseña así a mirar siempre al otro con misericordia y amor, sobre todo a quien sufre, a quien tiene necesidad de ayuda, a quien espera una palabra, un gesto. La Cruz nos invita a salir de nosotros mismos para ir al encuentro de ellos y tenderles la mano. Muchos rostros, lo hemos visto en el Viacrucis, muchos rostros acompañaron a Jesús en el camino al Calvario: Pilato, el Cireneo, María, las mujeres... Yo te pregunto hoy a vos: Vos, ¿como quien querés ser. Querés ser como Pilato, que no tiene la valentía de ir a contracorriente, para salvar la vida de Jesús, y se lava las manos? Decidme: Vos, sos de los que se lavan las manos, se hacen los distraídos y miran para otro lado, o sos como el Cireneo, que ayuda a Jesús a llevar aquel madero pesado, como María y las otras mujeres, que no tienen miedo de acompañar a Jesús hasta el final, con amor, con ternura. Y vos ¿como cuál de ellos querés ser? ¿Como Pilato, como el Cireneo, como María? Jesús te está mirando ahora y te dice: ¿Me querés ayudar a llevar la Cruz? Hermano y hermana, con toda tu fuerza de joven ¿qué le contestás?

Queridos jóvenes, llevemos nuestras alegrías, nuestros sufrimientos, nuestros fracasos a la Cruz de Cristo; encontraremos un Corazón abierto que nos comprende, nos perdona, nos ama y nos pide llevar este mismo amor a nuestra vida, amar a cada hermano o hermana nuestra con ese mismo amor.

HOMILÍA pronunciada en la Misa con los Obispos, Sacerdotes, Religiosos y Seminaristas, Catedral de San Sebastián el sábado 27 de julio de 2013.

Viendo esta catedral llena de obispos, sacerdotes, seminaristas, religiosos y religiosas de todo el mundo, pienso en las palabras del Salmo de la misa de hoy: «Que las naciones te glorifiquen, oh Señor» (*Sal 66*).

Sí, estamos aquí para alabar al Señor, y lo hacemos reafirmando nuestra voluntad de ser instrumentos suyos, para que alaben a Dios no sólo algunos pueblos, sino todos. Con la misma *parresia* de Pablo y Bernabé, queremos anunciar el Evangelio a nuestros jóvenes para que encuentren a Cristo y se conviertan en constructores de un mundo más fraterno. En este sentido, quisiera reflexionar con ustedes sobre tres aspectos de nuestra vocación: llamados por Dios, llamados a anunciar el Evangelio, llamados a promover la cultura del encuentro.

1. *Llamados por Dios*. Creo que es importante reavivar siempre en nosotros este hecho, que a menudo damos por descontado entre tantos

compromisos cotidianos: «No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes», dice Jesús (*Jn 15,16*). Es un caminar de nuevo hasta la fuente de nuestra llamada. Por eso un obispo, un sacerdote, un consagrado, una consagrada, un seminarista, no puede ser un desmemoriado. Pierde la referencia esencial al inicio de su camino. Pedir la gracia, pedirle a la Virgen, Ella tenía buena memoria, la gracia de ser memoriosos, de ese primer llamado. Hemos sido llamados por Dios y llamados para permanecer con Jesús (cf. *Mc 3,14*), unidos a él. En realidad, este vivir, este permanecer en Cristo, marca todo lo que somos y lo que hacemos. Es precisamente la «vida en Cristo» que garantiza nuestra eficacia apostólica y la fecundidad de nuestro servicio: «Soy yo el que los elegí a ustedes, y los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea verdadero» (*Jn 15,16*). No es la creatividad, por más pastoral que sea, no son los encuentros o las planificaciones los que aseguran los frutos, si bien ayudan y mucho, sino lo que asegura el fruto es ser fieles a Jesús, que nos dice con insistencia: «Permanezcan en mí, como yo permanezco en ustedes» (*Jn 15,4*). Y sabemos muy bien lo que eso significa: contemplarlo, adorarlo y abrazarlo en nuestro encuentro cotidiano con él en la Eucaristía, en nuestra vida de oración, en nuestros momentos de adoración, y también reconocerlo presente y abrazarlo en las personas más necesitadas. El «permanecer» con Cristo no significa aislarse, sino un permanecer para ir al encuentro de los otros. Quiero acá recordar algunas palabras de la beata Madre Teresa de Calcuta. Dice así: «Debemos estar muy orgullosos de nuestra vocación, que nos da la oportunidad de servir a Cristo en los pobres. Es en las «*favelas*», en los «*cantegriles*», en las «*villas miseria*» donde hay que ir a buscar y servir a Cristo. Debemos ir a ellos como el sacerdote se acerca al altar: con alegría» (*Mother Instructions*, I, p. 80). Hasta aquí la beata. Jesús es el Buen Pastor, es nuestro verdadero tesoro, por favor, no lo borremos de nuestra vida. Enraicemos cada vez más nuestro corazón en él (cf. *Lc 12,34*).

2. Llamados a anunciar el Evangelio. Muchos de ustedes, queridos Obispos y sacerdotes, si no todos, han venido para acompañar a los jóvenes a la Jornada Mundial de la Juventud. También ellos han escuchado las palabras del mandato de Jesús: «Vayan, y hagan discípulos a todas las naciones» (cf. *Mt 28,19*). Nuestro compromiso de pastores es ayudarles a que arda en su corazón el deseo de ser discípulos misioneros de Jesús. Ciertamente, muchos podrían sentirse un poco asustados ante

esta invitación, pensando que ser misioneros significa necesariamente abandonar el país, la familia y los amigos. Dios quiere que seamos misioneros. ¿Dónde estamos? Donde Él nos pone: en nuestra Patria, o donde Él nos ponga. Ayudemos a los jóvenes a darse cuenta de que ser discípulos misioneros es una consecuencia de ser bautizados, es parte esencial del ser cristiano, y que el primer lugar donde se ha de evangelizar es la propia casa, el ambiente de estudio o de trabajo, la familia y los amigos. Ayudemos a los jóvenes. Pongámosle la oreja para escuchar sus ilusiones. Necesitan ser escuchados. Para escuchar sus logros, para escuchar sus dificultades, hay que estar sentados, escuchando quizás el mismo libreto, pero con música diferente, con identidades diferentes. ¡La paciencia de escuchar! Eso se lo pido de todo corazón. En el confesionario, en la dirección espiritual, en el acompañamiento. Sepamos perder el tiempo con ellos. Sembrar cuesta y cansa, ¡cansa muchísimo! Y es mucho más gratificante gozar de la cosecha... ¡Qué vivo! ¡Todos gozamos más con la cosecha! Pero Jesús nos pide que sembremos en serio. No escatimemos esfuerzos en la formación de los jóvenes. San Pablo, dirigiéndose a sus cristianos, utiliza una expresión, que él hizo realidad en su vida: «Hijos míos, por quienes estoy sufriendo nuevamente los dolores del parto hasta que Cristo sea formado en ustedes» (*Ga* 4,19). Que también nosotros la hagamos realidad en nuestro ministerio. Ayudar a nuestros jóvenes a redescubrir el valor y la alegría de la fe, la alegría de ser amados personalmente por Dios. Esto es muy difícil, pero cuando un joven lo entiende, un joven lo siente con la unción que le da el Espíritu Santo, este «ser amado personalmente por Dios» lo acompaña toda la vida después. La alegría que ha dado a su Hijo Jesús por nuestra salvación. Educarlos en la misión, a salir, a ponerse en marcha, a ser callejeros de la fe. Así hizo Jesús con sus discípulos: no los mantuvo pegados a él como la gallina con los pollitos; los envió. No podemos quedarnos enclaustrados en la parroquia, en nuestra comunidad, en nuestra institución parroquial o en nuestra institución diocesana, cuando tantas personas están esperando el Evangelio. Salir, enviados. No es un simple abrir la puerta para que vengan, para acoger, sino salir por la puerta para buscar y encontrar. Empujemos a los jóvenes para que salgan. Por supuesto que van a hacer macanas. ¡No tengamos miedo! Los apóstoles las hicieron antes que nosotros. ¡Empujémoslos a salir! Pensemos con decisión en la pastoral desde la periferia, comenzando por los que están más alejados, los que no suelen frecuentar la parroquia. Ellos son los invitados VIP. Al cruce de los caminos, andar a buscarlos.

3. Ser llamados por Jesús, llamados para evangelizar y, tercero, *llamados a promover la cultura del encuentro*. En muchos ambientes, y en general en este humanismo economicista que se nos impuso en el mundo, se ha abierto paso una cultura de la exclusión, una «cultura del descarte». No hay lugar para el anciano ni para el hijo no deseado; no hay tiempo para detenerse con aquel pobre en la calle. A veces parece que, para algunos, las relaciones humanas estén reguladas por dos «dogmas»: eficiencia y pragmatismo. Queridos obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, y ustedes, seminaristas que se preparan para el ministerio, tengan el valor de ir contracorriente de esa cultura. ¡Tener el coraje! Acuérdense, y a mí esto me hace bien, y lo medito con frecuencia. Agarren el Primer Libro de los Macabeos, acuérdense cuando quisieron ponerse a tono de la cultura de la época. «¡No...! ¡Dejemos, no...! Comamos de todo como toda la gente... Bueno, la Ley sí, pero que no sea tanto...» Y fueron dejando la fe para estar metidos en la corriente de esta cultura. Tengan el valor de ir contracorriente de esta cultura eficientista, de esta cultura del descarte. El encuentro y la acogida de todos, la solidaridad, es una palabra que la están escondiendo en esta cultura, casi una mala palabra, la solidaridad y la fraternidad, son elementos que hacen nuestra civilización verdaderamente humana.

Ser servidores de la comunión y de la cultura del encuentro. Los quisiera casi obsesionados en este sentido. Y hacerlo sin ser presuntuosos, imponiendo «nuestra verdad», más bien guiados por la certeza humilde y feliz de quien ha sido encontrado, alcanzado y transformado por la Verdad que es Cristo, y no puede dejar de proclamarla (cf. *Lc* 24,13-35).

Queridos hermanos y hermanas, estamos llamados por Dios, con nombre y apellido, cada uno de nosotros, llamados a anunciar el Evangelio y a promover con alegría la cultura del encuentro. La Virgen María es nuestro modelo. En su vida ha dado el «ejemplo de aquel amor de madre que debe animar a todos los que colaboran en la misión apostólica de la Iglesia para engendrar a los hombres a una vida nueva» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 65).

Le pedimos que nos enseñe a encontrarnos cada día con Jesús. Y, cuando nos hacemos los distraídos, que tenemos muchas cosas, y el sagrario queda abandonado, que nos lleve de la mano. Pidámoselo. Mira, Madre, cuando ande medio así, por otro lado, llévame de la mano. Que

nos empuje a salir al encuentro de tantos hermanos y hermanas que están en la periferia, que tienen sed de Dios y no hay quien se lo anuncie. Que no nos eche de casa, pero que nos empuje a salir de casa. Y así que seamos discípulos del Señor. Que Ella nos conceda a todos esta gracia.

DISCURSO en el encuentro con la clase dirigente de Brasil, Teatro Municipal de Río de Janeiro.

Buenos días.

Doy gracias a Dios por la oportunidad de encontrar a una representación tan distinguida y cualificada de responsables políticos y diplomáticos, culturales y religiosos, académicos y empresariales de este inmenso Brasil.

Hubiera deseado hablarles en su hermosa lengua portuguesa, pero para poder expresar mejor lo que llevo en el corazón, prefiero hablar en español. Les pido la cortesía de disculparme.

Saludo cordialmente a todos y les expreso mi reconocimiento. Agradezco a Dom Orani y al Señor Walmyr Júnior sus amables palabras de bienvenida, de presentación y de testimonio. Veo en ustedes la memoria y la esperanza: la memoria del camino y de la conciencia de su patria, y la esperanza de que esta Patria, abierta a la luz que emana del Evangelio, continúe desarrollándose en el pleno respeto de los principios éticos basados en la dignidad trascendente de la persona.

Memoria del pasado y utopía hacia el futuro se encuentran en el presente que no es una coyuntura sin historia y sin promesa, sino un momento en el tiempo, un desafío para recoger sabiduría y saber proyectarla. Quien tiene un papel de responsabilidad en una nación está llamado a afrontar el futuro «con la mirada tranquila de quien sabe ver la verdad», como decía el pensador brasileño Alceu Amoroso Lima («Nosso tempo», en *A vida sobrenatural e o mundo moderno*, Río de Janeiro 1956, 106). Quisiera compartir con ustedes tres aspectos de esta mirada calma, serena y sabia: primero, la originalidad de una tradición cultural; segundo, la responsabilidad solidaria para construir el futuro y, tercero, el diálogo constructivo para afrontar el presente.

1. En primer lugar, es de justicia valorar la originalidad dinámica que caracteriza a la cultura brasileña, con su extraordinaria capacidad para integrar elementos diversos. El común sentir de un pueblo, las bases de su pensamiento y de su creatividad, los principios básicos de su vida, los criterios de juicio sobre las prioridades, las normas de

actuación, se fundan, se fusionan y crecen en una visión integral de la persona humana.

Esta visión del hombre y de la vida característica del pueblo brasileño ha recibido también la savia del Evangelio, la fe en Jesucristo, el amor de Dios y la fraternidad con el prójimo. La riqueza de esta savia puede fecundar un proceso cultural fiel a la identidad brasileña y a la vez un proceso constructor de un futuro mejor para todos.

Un proceso que hace crecer la humanización integral y la cultura del encuentro y de la relación; ésta es la manera cristiana de promover el bien común, la alegría de vivir. Y aquí convergen la fe y la razón, la dimensión religiosa con los diferentes aspectos de la cultura humana: el arte, la ciencia, el trabajo, la literatura... El cristianismo combina trascendencia y encarnación; por la capacidad de revitalizar siempre el pensamiento y la vida ante la amenaza de frustración y desencanto que pueden invadir el corazón y propagarse por las calles.

2. Un segundo punto al que quisiera referirme es la responsabilidad social. Esta requiere un cierto tipo de paradigma cultural y, en consecuencia, de la política. Somos responsables de la formación de las nuevas generaciones, ayudarlas a ser capaces en la economía y la política, y firmes en los valores éticos. El futuro exige hoy la tarea de rehabilitar la política, rehabilitar la política, que es una de las formas más altas de la caridad. El futuro nos exige también una visión humanista de la economía y una política que logre cada vez más y mejor la participación de las personas, evite el elitismo y erradique la pobreza. Que a nadie le falte lo necesario y que se asegure a todos dignidad, fraternidad y solidaridad: éste es el camino propuesto. Ya en la época del profeta Amós era muy frecuente la admonición de Dios: «Venden al justo por dinero, al pobre por un par de sandalias. Oprimen contra el polvo la cabeza de los míseros y tuercen el camino de los indigentes» (*Am 2,6-7*). Los gritos que piden justicia continúan todavía hoy.

Quien desempeña un papel de guía, permítanme que diga, aquel a quien la vida ha ungido como guía, ha de tener objetivos concretos y buscar los medios específicos para alcanzarlos, pero también puede existir el peligro de la desilusión, la amargura, la indiferencia, cuando las expectativas no se cumplen. Aquí apelo a la dinámica de la esperanza que nos impulsa a ir siempre más allá, a emplear todas las energías y capacidades en favor de las personas para las que se trabaja, aceptando los resultados y creando condiciones para descubrir nuevos caminos,

entregándose incluso sin ver los resultados, pero manteniendo viva la esperanza, con esa constancia y coraje que nacen de la aceptación de la propia vocación de guía y de dirigente.

Es propio de la dirigencia elegir la más justa de las opciones después de haberlas considerado, a partir de la propia responsabilidad y el interés del bien común; por este camino se va al centro de los males de la sociedad para superarlos con la audacia de acciones valientes y libres. Es nuestra responsabilidad, aunque siempre sea limitada, esa comprensión de la totalidad de la realidad, observando, sopesando, valorando, para tomar decisiones en el momento presente, pero extendiendo la mirada hacia el futuro, reflexionando sobre las consecuencias de las decisiones. Quien actúa responsablemente pone la propia actividad ante los derechos de los demás y ante el juicio de Dios. Este sentido ético aparece hoy como un desafío histórico sin precedentes, tenemos que buscarlo, tenemos que insertarlo en la misma sociedad. Además de la racionalidad científica y técnica, en la situación actual se impone la vinculación moral con una responsabilidad social y profundamente solidaria.

3. Para completar esta reflexión, además del humanismo integral que respeta la cultura original y la responsabilidad solidaria, considero fundamental para afrontar el presente: el diálogo constructivo. Entre la indiferencia egoísta y la protesta violenta, siempre hay una opción posible: el diálogo. El diálogo entre las generaciones, el diálogo en el pueblo, porque todos somos pueblo, la capacidad de dar y recibir, permaneciendo abiertos a la verdad. Un país crece cuando sus diversas riquezas culturales dialogan de manera constructiva: la cultura popular, la universitaria, la juvenil, la artística, la tecnológica, la cultura económica, la cultura de la familia y de los medios de comunicación, cuando dialogan. Es imposible imaginar un futuro para la sociedad sin una incisiva contribución de energías morales en una democracia que se quede encerrada en la pura lógica o en el mero equilibrio de la representación de intereses establecidos. Considero también fundamental en este diálogo, la contribución de las grandes tradiciones religiosas, que desempeñan un papel fecundo de fermento en la vida social y de animación de la democracia. La convivencia pacífica entre las diferentes religiones se ve beneficiada por la laicidad del Estado, que, sin asumir como propia ninguna posición confesional, respeta y valora la presencia de la dimensión religiosa en la sociedad, favoreciendo sus expresiones más concretas.

Cuando los líderes de los diferentes sectores me piden un consejo, mi respuesta siempre es la misma: Diálogo, diálogo, diálogo. El único modo de que una persona, una familia, una sociedad, crezca; la única manera de que la vida de los pueblos avance, es la cultura del encuentro, una cultura en la que todo el mundo tiene algo bueno que aportar, y todos pueden recibir algo bueno en cambio. El otro siempre tiene algo que darme cuando sabemos acercarnos a él con actitud abierta y disponible, sin prejuicios. Esta actitud abierta, disponible y sin prejuicios, yo la definiría como humildad social, que es la que favorece el diálogo. Sólo así puede prosperar un buen entendimiento entre las culturas y las religiones, la estima de unas por las otras sin opiniones previas gratuitas y en clima de respeto de los derechos de cada una. Hoy, o se apuesta por el diálogo, o se apuesta por la cultura del encuentro, o todos perdemos, todos perdemos. Por aquí va el camino fecundo.

Gracias por su atención. Tomen estas palabras como expresión de mi preocupación como Pastor de Iglesia y del respeto y afecto que tengo por el pueblo brasileño. La hermandad entre los hombres y la colaboración para construir una sociedad más justa no son un sueño fantasioso sino el resultado de un esfuerzo concertado de todos hacia el bien común. Los aliento en éste su compromiso por el bien común, que requiere por parte de todos sabiduría, prudencia y generosidad. Les encomiendo al Padre celestial pidiéndole, por la intercesión de Nuestra Señora de Aparecida, que colme con sus dones a cada uno de los presentes, a sus familias y comunidades humanas y de trabajo, y de corazón pido a Dios que los bendiga. Muchas gracias.

DISCURSO en el encuentro con el Episcopado Brasileño, Arzobispado de Río de Janeiro.

¡Qué bueno y hermoso encontrarme aquí con ustedes, obispos de Brasil!

Gracias por haber venido, y permítanme que les hable como amigos; por eso prefiero hablarles en español, para poder expresar mejor lo que llevo en el corazón. Les pido disculpas.

Estamos reunidos aquí, un poco apartados, en este lugar preparado por nuestro hermano Dom Orani, para estar solos y poder hablar de corazón a corazón, como pastores a los que Dios ha confiado su rebaño. En las calles de Río, jóvenes de todo el mundo y muchas otras multitudes nos esperan, necesitados de ser alcanzados por la mirada misericordiosa de Cristo, el Buen Pastor, al que estamos llamados a hacer presente.

Gustemos, pues, este momento de descanso, de compartir, de verdadera fraternidad.

Deseo abrazar a todos y a cada uno, comenzando por el Presidente de la Conferencia Episcopal y el Arzobispo de Río de Janeiro, y especialmente a los obispos eméritos.

Más que un discurso formal, quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones.

La primera me ha venido otra vez a la mente cuando he visitado el santuario de Aparecida. Allí, a los pies de la imagen de la Inmaculada Concepción, he rezado por Ustedes, por sus Iglesias, por los sacerdotes, religiosos y religiosas, por los seminaristas, por los laicos y sus familias y, en particular, por los jóvenes y los ancianos; ambos son la esperanza de un pueblo: los jóvenes, porque llevan la fuerza, la ilusión, la esperanza del futuro; los ancianos, porque son la memoria, la sabiduría de un pueblo¹⁸.

1. *Aparecida: clave de lectura para la misión de la Iglesia*

En Aparecida, Dios ha ofrecido su propia Madre al Brasil. Pero Dios ha dado también en Aparecida una lección sobre sí mismo, sobre su forma de ser y de actuar. Una lección de esa humildad que pertenece a Dios como un rasgo esencial, y que está en el ADN de Dios. En Aparecida hay algo perenne que aprender sobre Dios y sobre la Iglesia; una enseñanza que ni la Iglesia en Brasil, ni Brasil mismo deben olvidar.

En el origen del evento de Aparecida está la búsqueda de unos pobres pescadores. Mucha hambre y pocos recursos. La gente siempre necesita pan. Los hombres comienzan siempre por sus necesidades, también hoy.

Tienen una barca frágil, inadecuada; tienen redes viejas, tal vez también deterioradas, insuficientes.

En primer lugar aparece el esfuerzo, quizás el cansancio de la pesca, y, sin embargo, el resultado es escaso: un revés, un fracaso. A pesar del sacrificio, las redes están vacías.

Después, cuando Dios quiere, él mismo aparece en su misterio. Las aguas son profundas y, sin embargo, siempre esconden la posibilidad de Dios; y él llegó por sorpresa, quizás cuando ya no se lo esperaba. Siempre se pone a prueba la paciencia de los que le esperan. Y Dios llegó de un modo nuevo, porque siempre Dios es sorpresa: una imagen de frágil

18. El Documento de Aparecida subraya cómo los niños, los jóvenes y los ancianos construyen el futuro de los pueblos (cf. n. 447).

arcilla, ennegrecida por las aguas del río, y también envejecida por el tiempo. Dios aparece siempre con aspecto de pequeñez.

Así apareció entonces la imagen de la Inmaculada Concepción. Primero el cuerpo, luego la cabeza, después cuerpo y cabeza juntos: unidad. Lo que estaba separado recobra la unidad. El Brasil colonial estaba dividido por el vergonzoso muro de la esclavitud. La Virgen de Aparecida se presenta con el rostro negro, primero dividida y después unida en manos de los pescadores.

Hay aquí una enseñanza que Dios nos quiere ofrecer. Su belleza reflejada en la Madre, concebida sin pecado original, emerge de la oscuridad del río. En Aparecida, desde el principio, Dios nos da un mensaje de recomposición de lo que está separado, de reunión de lo que está dividido. Los muros, barrancos y distancias, que también hoy existen, están destinados a desaparecer. La Iglesia no puede desatender esta lección: ser instrumento de reconciliación.



El Rvdo. Fran Cañestro entrega la biografía de Ismael de Tomelloso «IN SILENTIO...» a su S.E.R. Odilo Pedro Scherer Cardenal de Sao Paulo, el 18 de julio de 2013.

Los pescadores no desprecian el misterio encontrado en el río, aun cuando es un misterio que aparece incompleto. No tiran las partes del misterio. Esperan la plenitud. Y ésta no tarda en llegar. Hay algo sabio que hemos de aprender. Hay piezas de un misterio, como partes de un mosaico, que vamos encontrando. Nosotros queremos ver el todo con demasiada prisa, mientras que Dios se hace ver poco a poco. También la Iglesia debe aprender esta espera.

Después, los pescadores llevan a casa el misterio. La gente sencilla siempre tiene espacio para albergar el misterio. Tal vez hemos reducido nuestro hablar del misterio a una explicación racional; pero en la gente, el misterio entra por el corazón. En la casa de los pobres, Dios siempre encuentra sitio.

Los pescadores «*agasalham*»: arropan el misterio de la Virgen que han pescado, como si tuviera frío y necesitara calor. Dios pide que se le resguarde en la parte más cálida de nosotros mismos: el corazón. Después será Dios quien irradie el calor que necesitamos, pero primero entra con la astucia de quien mendiga. Los pescadores cubren el misterio de la Virgen con el pobre manto de su fe. Llaman a los vecinos para que vean la belleza encontrada, se reúnen en torno a ella, cuentan sus penas en su presencia y le encomiendan sus preocupaciones. Hacen posible así que las intenciones de Dios se realicen: una gracia, y luego otra; una gracia que abre a otra; una gracia que prepara a otra. Dios va desplegando gradualmente la humildad misteriosa de su fuerza.

Hay mucho que aprender de esta actitud de los pescadores. Una iglesia que da espacio al misterio de Dios; una iglesia que alberga en sí misma este misterio, de manera que pueda maravillar a la gente, atraerla. Sólo la belleza de Dios puede atraer. El camino de Dios es el de la atracción. A Dios, uno se lo lleva a casa. Él despierta en el hombre el deseo de tenerlo en su propia vida, en su propio hogar, en el propio corazón. Él despierta en nosotros el deseo de llamar a los vecinos para dar a conocer su belleza. La misión nace precisamente de este hechizo divino, de este estupor del encuentro. Hablamos de la misión, de Iglesia misionera. Pienso en los pescadores que llaman a sus vecinos para que vean el misterio de la Virgen. Sin la sencillez de su actitud, nuestra misión está condenada al fracaso.

La Iglesia siempre tiene necesidad apremiante de no olvidar la lección de Aparecida, no la puede desatender. Las redes de la Iglesia son frágiles, quizás remendadas; la barca de la Iglesia no tiene la potencia de

los grandes transatlánticos que surcan los océanos. Y, sin embargo, Dios quiere manifestarse precisamente a través de nuestros medios, medios pobres, porque siempre es él quien actúa.

Queridos hermanos, el resultado del trabajo pastoral no se basa en la riqueza de los recursos, sino en la creatividad del amor. Ciertamente es necesaria la tenacidad, el esfuerzo, el trabajo, la planificación, la organización, pero hay que saber ante todo que la fuerza de la Iglesia no reside en sí misma sino que está escondida en las aguas profundas de Dios, en las que ella está llamada a echar las redes.

Otra lección que la Iglesia ha de recordar siempre es que no puede alejarse de la sencillez, de lo contrario olvida el lenguaje del misterio, y se queda fuera, a las puertas del misterio, y, por supuesto, no consigue entrar en aquellos que pretenden de la Iglesia lo que no pueden darse por sí mismos, es decir, Dios. A veces perdemos a quienes no nos entienden porque hemos olvidado la sencillez, importando de fuera también una racionalidad ajena a nuestra gente. Sin la gramática de la simplicidad, la Iglesia se ve privada de las condiciones que hacen posible «pescar» a Dios en las aguas profundas de su misterio.

Una última anotación: Aparecida se hizo presente en un cruce de caminos. La vía que unía Río de Janeiro, la capital, con San Pablo, la provincia emprendedora que estaba naciendo, y Minas Gerais, las minas tan codiciadas por las Cortes europeas: una encrucijada del Brasil colonial. Dios aparece en los cruces. La Iglesia en Brasil no puede olvidar esta vocación inscrita en ella desde su primer aliento: ser capaz de sístole y diástole, de recoger y difundir.

2. Aprecio por la trayectoria de la Iglesia en Brasil

Los obispos de Roma han llevado siempre en su corazón a Brasil y a su Iglesia. Se ha logrado un maravilloso recorrido. De doce diócesis durante el Concilio Vaticano I a las actuales 275 circunscripciones. No ha sido la expansión de un aparato o de una empresa, sino más bien el dinamismo de los «cinco panes y dos peces» evangélicos, que, en contacto con la bondad del Padre, en manos encallecidas, han sido fecundos.

Hoy deseo reconocer el trabajo sin reservas de Ustedes, Pastores, en sus Iglesias. Pienso en los obispos que están en la selva subiendo y bajando por los ríos, en las zonas semiáridas, en el Pantanal, en la pampa, en las junglas urbanas de las megalópolis. Amen siempre con una dedicación total a su grey. Pero pienso también en tantos nombres y tantos

rostros que han dejado una huella indeleble en el camino de la Iglesia en Brasil, haciendo palpable la gran bondad de Dios para con esta iglesia¹⁹.

Los obispos de Roma siempre han estado cerca; han seguido, animado, acompañado. En las últimas décadas, el beato Juan XXIII invitó con insistencia a los obispos brasileños a preparar su primer plan pastoral y, desde entonces, se ha desarrollado una verdadera tradición pastoral en Brasil, logrando que la Iglesia no fuera un trasatlántico a la deriva, sino que tuviera siempre una brújula. El Siervo de Dios Pablo VI, además de alentar la recepción del Concilio Vaticano II con fidelidad, pero también con rasgos originales (cf. Asamblea General del CELAM en Medellín), influyó decisivamente en la autoconciencia de la Iglesia en Brasil mediante el Sínodo sobre la evangelización y el texto fundamental de referencia, que sigue siendo de actualidad: la *Evangelii nuntiandi*. El beato Juan Pablo II visitó Brasil en tres ocasiones, recorriéndolo «de cabo a rabo», de norte a sur, insistiendo en la misión pastoral de la Iglesia, en la comunión y la participación, en la preparación del Gran Jubileo, en la nueva evangelización. Benedicto XVI eligió Aparecida para celebrar la V Asamblea General del CELAM, y esto ha dejado una huella profunda en la Iglesia de todo el continente.

La Iglesia en Brasil ha recibido y aplicado con originalidad el Concilio Vaticano II y el camino recorrido, aunque ha debido superar algunas enfermedades infantiles, ha llevado gradualmente a una Iglesia más madura, generosa y misionera.

Hoy nos encontramos en un nuevo momento. Como ha expresado bien el Documento de Aparecida, no es una época de cambios, sino un cambio de época. Entonces, también hoy es urgente preguntarse: ¿Qué nos pide Dios? Quisiera intentar ofrecer algunas líneas de respuesta a esta pregunta.

3. *El icono de Emaús como clave de lectura del presente y del futuro.*

Ante todo, no hemos de ceder al miedo del que hablaba el Beato John Henry Newman: «El mundo cristiano se está haciendo estéril, y se agota como una tierra sobreexplotada, que se convierte en arena»²⁰. No hay que

19. Pienso en tantas figuras como, por citar sólo algunas, Lorscheider, Mendes de Almeida, Sales, Vital, Camara, Macedo..., junto al primer obispo brasileño Pero Fernandes Sardinha (1551-1556), asesinado por belicosas tribus locales.

20. *Letter of 26 January 1833*, in: *The Letters and Diaries of John Henry Newman*, vol. III, Oxford 1979, p. 204.

ceder al desencanto, al desánimo, a las lamentaciones. Hemos trabajado mucho, y a veces nos parece que hemos fracasado, y tenemos el sentimiento de quien debe hacer balance de una temporada ya perdida, viendo a los que se han marchado o ya no nos consideran creíbles, relevantes.

Releamos una vez más el episodio de Emaús desde este punto de vista (*Lc* 24, 13-15). Los dos discípulos huyen de Jerusalén. Se alejan de la «desnudez» de Dios. Están escandalizados por el fracaso del Mesías en quien habían esperado y que ahora aparece irremediabilmente derrotado, humillado, incluso después del tercer día (vv. 24,17-21). Es el misterio difícil de quien abandona la Iglesia; de aquellos que, tras haberse dejado seducir por otras propuestas, creen que la Iglesia —su Jerusalén— ya no puede ofrecer algo significativo e importante. Y, entonces, van solos por el camino con su propia desilusión. Tal vez la Iglesia se ha mostrado demasiado débil, demasiado lejana de sus necesidades, demasiado pobre para responder a sus inquietudes, demasiado fría para con ellos, demasiado autorreferencial, prisionera de su propio lenguaje rígido; tal vez el mundo parece haber convertido a la Iglesia en una reliquia del pasado, insuficiente para las nuevas cuestiones; quizás la Iglesia tenía respuestas para la infancia del hombre, pero no para su edad adulta²¹. El hecho es que actualmente hay muchos como los dos discípulos de Emaús; no sólo los que buscan respuestas en los nuevos y difusos grupos religiosos, sino también aquellos que parecen vivir ya sin Dios, tanto en la teoría como en la práctica.

Ante esta situación, ¿qué hacer?

Hace falta una Iglesia que no tenga miedo a entrar en la noche de ellos. Necesitamos una Iglesia capaz de encontrarlos en su camino. Necesitamos una Iglesia capaz de entrar en su conversación. Necesitamos una Iglesia que sepa dialogar con aquellos discípulos que, huyendo de Jerusalén, vagan sin una meta, solos, con su propio desencanto, con la decepción de un cristianismo considerado ya estéril, infecundo, impotente para generar sentido.

La globalización implacable y la intensa urbanización, a menudo salvajes, prometían mucho. Muchos se han enamorado de sus posibilidades, y en ellas hay algo realmente positivo, como por ejemplo, la disminución de las distancias, el acercamiento entre las personas y culturas, la difusión de la información y los servicios. Pero, por otro

21. En el Documento de Aparecida se presentan sintéticamente las razones de fondo de este fenómeno (cf. n. 225).

lado, muchos vivencian sus efectos negativos sin darse cuenta de cómo ellos comprometen su visión del hombre y del mundo, generando más desorientación y un vacío que no logran explicar. Algunos de estos efectos son la confusión del sentido de la vida, la desintegración personal, la pérdida de la experiencia de pertenecer a un «nido», la falta de hogar y vínculos profundos.

Y como no hay quien los acompañe y muestre con su vida el verdadero camino, muchos han buscado atajos, porque la «medida» de la gran Iglesia parece demasiado alta. Hay aún los que reconocen el ideal del hombre y de la vida propuesto por la Iglesia, pero no se atreven a abrazarlo. Piensan que el ideal es demasiado grande para ellos, está fuera de sus posibilidades, la meta a perseguir es inalcanzable. Sin embargo, no pueden vivir sin tener al menos algo, aunque sea una caricatura, de eso que les parece demasiado alto y lejano. Con la desilusión en el corazón, van en busca de algo que les ilusione de nuevo o se resignan a una adhesión parcial, que en definitiva no alcanza a dar plenitud a sus vidas.

La sensación de abandono y soledad, de no pertenecerse ni siquiera a sí mismos, que surge a menudo en esta situación, es demasiado dolorosa para acallarla. Hace falta un desahogo y, entonces, queda la vía del lamento. Pero incluso el lamento se convierte a su vez en un *boomerang* que vuelve y termina por aumentar la infelicidad. Hay pocos que todavía saben escuchar el dolor; al menos, hay que anestesiarlo.

Ante este panorama hace falta una Iglesia capaz de acompañar, de ir más allá del mero escuchar; una Iglesia que acompañe en el camino poniéndose en marcha con la gente; una Iglesia que pueda descifrar esa noche que entraña la fuga de Jerusalén de tantos hermanos y hermanas; una Iglesia que se dé cuenta de que las razones por las que hay gente que se aleja, contienen ya en sí mismas también los motivos para un posible retorno, pero es necesario saber leer el todo con valentía. Jesús le dio calor al corazón de los discípulos de Emaús.

Quisiera que hoy nos preguntáramos todos: ¿Somos aún una Iglesia capaz de inflamar el corazón? ¿Una Iglesia que pueda hacer volver a Jerusalén? ¿De acompañar a casa? En Jerusalén residen nuestras fuentes: Escritura, catequesis, sacramentos, comunidad, la amistad del Señor, María y los Apóstoles... ¿Somos capaces todavía de presentar estas fuentes, de modo que se despierte la fascinación por su belleza?

Muchos se han ido porque se les ha prometido algo más *alto*, algo más *fuerte*, algo más *veloz*.

Pero, ¿hay algo *más alto* que el amor revelado en Jerusalén? Nada es más alto que el abajamiento de la cruz, porque allí se alcanza verdaderamente la altura del amor. ¿Somos aún capaces de mostrar esta verdad a quienes piensan que la verdadera altura de la vida está en otra parte?

¿Alguien conoce algo de *más fuerte* que el poder escondido en la fragilidad del amor, de la bondad, de la verdad, de la belleza?

La búsqueda de lo que cada vez es *más veloz* atrae al hombre de hoy: internet veloz, coches y aviones rápidos, relaciones inmediatas... Y, sin embargo, se nota una necesidad desesperada de calma, diría de lentitud. La Iglesia, ¿sabe todavía ser lenta: en el tiempo, para escuchar, en la paciencia, para reparar y reconstruir? ¿O acaso también la Iglesia se ve arrastrada por el frenesí de la eficiencia? Recuperemos, queridos hermanos, la calma de saber ajustar el paso a las posibilidades de los peregrinos, al ritmo de su caminar, la capacidad de estar siempre cerca para que puedan abrir un resquicio en el desencanto que hay en su corazón, y así poder entrar en él. Quieren olvidarse de Jerusalén, donde están sus fuentes, pero terminan por sentirse sedientos. Hace falta una Iglesia capaz de acompañar también hoy el retorno a Jerusalén. Una Iglesia que pueda hacer redescubrir las cosas gloriosas y gozosas que se dicen en Jerusalén, de hacer entender que ella es mi Madre, nuestra Madre, y que no están huérfanos. En ella hemos nacido. ¿Dónde está nuestra Jerusalén, donde hemos nacido? En el bautismo, en el primer encuentro de amor, en la llamada, en la vocación²². Se necesita una Iglesia que vuelva a traer calor, a encender el corazón.

Se necesita una Iglesia que también hoy pueda devolver la ciudadanía a tantos de sus hijos que caminan como en un éxodo.

4. *Los desafíos de la Iglesia en Brasil*

A la luz de lo dicho, quisiera señalar algunos desafíos de la amada Iglesia en Brasil.

La prioridad de la formación: obispos, sacerdotes, religiosos y laicos

Queridos hermanos, si no formamos ministros capaces de enardecer el corazón de la gente, de caminar con ellos en la noche, de entrar en diálogo con sus ilusiones y desilusiones, de recomponer su fragmentación, ¿qué podemos esperar para el camino presente y futuro? No es cierto que Dios se haya apagado en ellos. Aprendamos a mirar más

22. Cf. también los cuatro puntos indicados por Aparecida (*ibid.*, n. 226).

profundo: no hay quien inflame su corazón como a los discípulos de Emaús (cf. *Lc* 24, 32).

Por esto es importante promover y cuidar una formación de calidad, que cree personas capaces de bajar en la noche sin verse dominadas por la oscuridad y perderse; de escuchar la ilusión de tantos, sin dejarse seducir; de acoger las desilusiones, sin desesperarse y caer en la amargura; de tocar la desintegración del otro, sin dejarse diluir y descomponerse en su propia identidad.

Se necesita una solidez humana, cultural, afectiva, espiritual y doctrinal²³. Queridos hermanos en el episcopado, hay que tener el valor de una revisión a fondo de las estructuras de formación y preparación del clero y del laicado de la Iglesia en Brasil. No es suficiente una vaga prioridad de formación, ni los documentos o las reuniones. Hace falta la sabiduría práctica de establecer estructuras duraderas de preparación en el ámbito local, regional, nacional, y que sean el verdadero corazón para el episcopado, sin escatimar esfuerzos, atenciones y acompañamiento. La situación actual exige una formación de calidad a todos los niveles. Los obispos no pueden delegar este cometido. Ustedes no pueden delegar esta tarea, sino asumirla como algo fundamental para el camino de sus Iglesias.

Colegialidad y solidaridad de la Conferencia Episcopal

A la Iglesia en Brasil no le basta un líder nacional, necesita una red de «testimonios» regionales que, hablando el mismo lenguaje, aseguren por doquier no la unanimidad, sino la verdadera unidad en la riqueza de la diversidad.

La comunión es un lienzo que se debe tejer con paciencia y perseverancia, que va gradualmente «juntando los puntos» para lograr una textura cada vez más amplia y espesa. Una manta con pocas hebras de lana no calienta.

Es importante recordar Aparecida, el método de recoger la diversidad. No tanto diversidad de ideas para elaborar un documento, sino variedad de experiencias de Dios para poner en marcha una dinámica vital.

Los discípulos de Emaús regresaron a Jerusalén contando la experiencia que habían tenido en el encuentro con el Cristo resucitado. Y allí se enteraron de las otras manifestaciones del Señor y de las experien-

23. En el Documento de Aparecida se pone gran atención a la formación del clero, y también de los laicos (cf. nn. 316-325; 212).

cias de sus hermanos. La Conferencia Episcopal es precisamente un ámbito vital para posibilitar el intercambio de testimonios sobre los encuentros con el Resucitado, en el norte, en el sur, en el oeste... Se necesita, pues, una valorización creciente del elemento local y regional. No es suficiente una burocracia central, sino que es preciso hacer crecer la colegialidad y la solidaridad: será una verdadera riqueza para todos²⁴.

Estado permanente de misión y conversión pastoral

Aparecida habló de estado permanente de misión²⁵ y de la necesidad de una conversión pastoral²⁶. Son dos resultados importantes de aquella Asamblea para el conjunto de la Iglesia de la zona, y el camino recorrido en Brasil en estos dos puntos es significativo.

Sobre la misión se ha de recordar que su urgencia proviene de su motivación interna: la de transmitir un legado; y, sobre el método, es decisivo recordar que un legado es como el testigo, la posta en la carrera de relevos: no se lanza al aire y quien consigue agarrarlo, bien, y quien no, se queda sin él. Para transmitir el legado hay que entregarlo personalmente, tocar a quien se le quiere dar, transmitir este patrimonio.

Sobre la conversión pastoral, quisiera recordar que «pastoral» no es otra cosa que el ejercicio de la maternidad de la Iglesia. La Iglesia da a luz, amamanta, hace crecer, corrige, alimenta, lleva de la mano... Se requiere, pues, una Iglesia capaz de redescubrir las entrañas maternas de la misericordia. Sin la misericordia, poco se puede hacer hoy para insertarse en un mundo de «heridos», que necesitan comprensión, perdón y amor.

En la misión, también en la continental²⁷, es muy importante reforzar la familia, que sigue siendo la célula esencial para la sociedad y para la Iglesia; los jóvenes, que son el rostro futuro de la Iglesia; las mujeres, que tienen un papel fundamental en la transmisión de la fe y constituyen esa fuerza cotidiana que lleva adelante la sociedad y la renueva. No reduzcamos el compromiso de las mujeres en la Iglesia, sino que promovamos su participación activa en la comunidad eclesial. Si la Iglesia pier-

24. También el Documento de Aparecida ofrece líneas importantes de camino sobre este aspecto (cf. nn. 181-183; 189).

25. Cf. n. 216.

26. Cf. nn. 365-372.

27. Las conclusiones de la Conferencia de Aparecida insisten en el rostro de una Iglesia que por su misma naturaleza es evangelizadora, que existe para evangelizar, con audacia y libertad, a todos los niveles (cf. nn. 547-554).

de a las mujeres en su total y real dimensión, la Iglesia se expone a la esterilidad. Aparecida destaca también la vocación y misión del varón en la familia, la Iglesia y la sociedad, como padres, trabajadores y ciudadanos²⁸. ¡Ténganlo en cuenta!

La tarea de la Iglesia en la sociedad

En el ámbito social, sólo hay una cosa que la Iglesia pide con particular claridad: la libertad de anunciar el Evangelio de modo integral, aun cuando esté en contraste con el mundo, cuando vaya contracorriente, defendiendo el tesoro del cual es solamente guardiana, y los valores de los que no dispone, pero que ha recibido y a los cuales debe ser fiel.

La Iglesia sostiene el derecho de servir al hombre en su totalidad, diciéndole lo que Dios ha revelado sobre el hombre y su realización y ella quiere hacer presente ese patrimonio inmaterial sin el cual la sociedad se desmorona, las ciudades se verían arrasadas por sus propios muros, barrancos y barreras. La Iglesia tiene el derecho y el deber de mantener encendida la llama de la libertad y de la unidad del hombre.

Las urgencias de Brasil son la educación, la salud, la paz social. La Iglesia tiene una palabra que decir sobre estos temas, porque para responder adecuadamente a estos desafíos no bastan soluciones meramente técnicas, sino que hay que tener una visión subyacente del hombre, de su libertad, de su valor, de su apertura a la trascendencia. Y Ustedes, queridos hermanos, no tengan miedo de ofrecer esta contribución de la Iglesia, que es por el bien de toda la sociedad, y ofrecer esta palabra «encarnada» también en el testimonio.

La Amazonia como tornasol, banco de pruebas para la Iglesia y la sociedad brasileña

Hay un último punto al que quisiera referirme, y que considero relevante para el camino actual y futuro, no solamente de la Iglesia en Brasil, sino también de todo el conjunto social: la Amazonia. La Iglesia no está en la Amazonia como quien tiene hechas las maletas para marcharse después de haberla explotado todo lo que ha podido. La Iglesia está presente en la Amazonia desde el principio con misioneros, congregaciones religiosas, sacerdotes, laicos y obispos y todavía hoy está presente y es determinante para el futuro de la zona. Pienso en la acogida que la

28. Cf. nn. 459-463.

Iglesia en la Amazonia ofrece hoy a los inmigrantes haitianos después del terrible terremoto que devastó su país.

Quisiera invitar a todos a reflexionar sobre lo que Aparecida dijo sobre la Amazonia²⁹, y también el vigoroso llamamiento al respeto y la custodia de toda la creación, que Dios ha confiado al hombre, no para explotarla salvajemente, sino para que la convierta en un jardín. En el desafío pastoral que representa la Amazonia no puedo dejar de agradecer lo que la Iglesia en Brasil está haciendo: la Comisión Episcopal para la Amazonia, creada en 1997, ha dado ya mucho fruto, y muchas diócesis han respondido con prontitud y generosidad a la solicitud de solidaridad, enviando misioneros laicos y sacerdotes. Doy gracias a Monseñor Jaime Chemelo, pionero en este trabajo, y al Cardenal Hummes, actual Presidente de la Comisión. Pero quisiera añadir que la obra de la Iglesia ha de ser ulteriormente incentivada y relanzada. Se necesitan instructores cualificados, sobre todo formadores y profesores de teología, para consolidar los resultados alcanzados en el campo de la formación de un clero autóctono, para tener también sacerdotes adaptados a las condiciones locales y fortalecer, por decirlo así, el «rostró amazónico» de la Iglesia. En esto, por favor, les pido que sean valientes, que tengan parresía. En lenguaje porteño les diría que sean corajudos.

Queridos hermanos, he tratado de ofrecer de una manera fraterna algunas reflexiones y líneas de trabajo en una Iglesia como la que está en Brasil, que es un gran mosaico de piedritas, de imágenes, de formas, problemas y retos, pero que precisamente por eso constituye una enorme riqueza. La Iglesia nunca es uniformidad, sino diversidad que se armoniza en la unidad, y esto vale para toda realidad eclesial.

Que la Virgen Inmaculada de Aparecida sea la estrella que ilumine el compromiso de Ustedes y su camino para llevar a Cristo, como ella lo ha hecho, a todo hombre y a toda mujer de este inmenso país. Será Él, como lo hizo con los dos discípulos confusos y desilusionados de Emaús, quien haga arder el corazón y dé nueva y segura esperanza.

ENTREVISTA en la radio de las Arquidiócesis de Río de Janeiro, Estudios de Radio Central.

Buenos días, buenas tardes, a todos que están escuchando. Les agradezco la atención y agradezco aquí a los integrantes de la radio la ama-

29. Cf. particularmente los nn. 83-87 y, desde el punto de vista de una pastoral unitaria, el n. 475.

bilidad de darme el micrófono. Les agradezco y estoy mirando la radio y veo que es tan importante, hoy día, los medios de comunicación. Yo diría, una radio, una radio católica, hoy día es el púlpito más cercano que tenemos. Es donde podemos anunciar a través de la radio, los valores humanos, los valores religiosos, y sobre todo, anunciar a Jesucristo, al Señor. Darle al Señor esa gracia de darle sitio en nuestras cosas. Así que los saludo y agradezco todo el esfuerzo que hace esta arquidiócesis por tener una radio y por mantener una radio y con una red tan grande. A todos los que me están escuchando, les pido que recen por mí, que recen por esta radio, que recen por el obispo, que recen por la arquidiócesis, que todos nos unamos en la oración y que todos trabajemos, como decía recién aquí el padre, por una cultura más humanista, más llena de valores y que no dejemos a nadie afuera. Que todos trabajemos por esa palabra que hoy día no gusta: solidaridad. Es una palabra que tratan de dejarla de lado, siempre, porque es molesta y, sin embargo, es una palabra que refleja los valores humanos y cristianos que hoy se nos piden para ir contra -como repitió el padre recién-, de la cultura del descarte, todo es descartable. Una cultura que siempre deja afuera la gente: deja afuera a los niños, deja afuera a los jóvenes, deja afuera a los ancianos, deja afuera a los que no sirven, a los que no producen, y eso no puede ser. En vez, la solidaridad, pone a todos adentro. Deben seguir trabajando por esta cultura de la solidaridad y por el Evangelio.

(Pregunta sobre la importancia de la familia)

No sólo diría que la familia es importante para la evangelización del nuevo mundo. La familia es importante, es necesaria para la supervivencia de la humanidad. Si no hay familia corre peligro la supervivencia cultural de la humanidad. Es la base, nos guste o no nos guste: la familia.

DISCURSO en la Vigilia de oración con los jóvenes, Paseo Marítimo de Copacabana.

Queridos jóvenes:

Al verlos a ustedes, presentes hoy aquí, me viene a la mente la historia de San Francisco de Asís. Ante el crucifijo oye la voz de Jesús, que le dice: «Ve, Francisco, y repara mi casa». Y el joven Francisco responde con prontitud y generosidad a esta llamada del Señor: repara mi casa. Pero, ¿qué casa? Poco a poco se da cuenta de que no se trataba de hacer de albañil para reparar un edificio de piedra, sino de dar su contribución a la vida de la Iglesia; se trataba de ponerse al servicio de la

Iglesia, amándola y trabajando para que en ella se reflejara cada vez más el rostro de Cristo.

También hoy el Señor sigue necesitando a los jóvenes para su Iglesia. Queridos jóvenes, el Señor los necesita. También hoy llama a cada uno de ustedes a seguirlo en su Iglesia y a ser misioneros. Queridos jóvenes, el Señor hoy los llama. No al montón. A vos, a vos, a vos, a cada uno. Escuchen en el corazón qué les dice. Pienso que podemos aprender algo de lo que pasó en estos días: cómo tuvimos que cancelar por el mal tiempo la realización de esta vigilia en el *Campus Fidei*, en Guaratiba. ¿No estaría el Señor queriendo decirnos que el verdadero campo de la fe, el verdadero *Campus Fidei*, no es un lugar geográfico sino que somos nosotros? ¡Sí! Es verdad. Cada uno de nosotros, cada uno ustedes, yo, todos. Y ser discípulo misionero significa saber que somos el Campo de la Fe de Dios. Por eso, a partir de la imagen del Campo de la Fe, pensé en tres imágenes, tres, que nos pueden ayudar a entender mejor lo que significa ser un discípulo-misionero: la primera imagen, la primera, el campo como lugar donde se siembra; la segunda, el campo como lugar de entrenamiento; y la tercera, el campo como obra de construcción.

1. Primero, el campo como lugar donde se siembra. Todos conocemos la parábola de Jesús que habla de un sembrador que salió a sembrar en un campo; algunas simientes cayeron al borde del camino, entre piedras o en medio de espinas, y no llegaron a desarrollarse; pero otras cayeron en tierra buena y dieron mucho fruto (cf. *Mt* 13,1-9). Jesús mismo explicó el significado de la parábola: La simiente es la Palabra de Dios sembrada en nuestro corazón (cf. *Mt* 13,18-23). Hoy, todos los días, pero hoy de manera especial, Jesús siembra. Cuando aceptamos la Palabra de Dios, entonces somos el Campo de la Fe. Por favor, dejen que Cristo y su Palabra entren en su vida, dejen entrar la simiente de la Palabra de Dios, dejen que germine, dejen que crezca. Dios hace todo pero ustedes déjenlo hacer, dejen que Él trabaje en ese crecimiento.

Jesús nos dice que las simientes que cayeron al borde del camino, o entre las piedras y en medio de espinas, no dieron fruto. Creo que con honestidad podemos hacernos la pregunta: ¿Qué clase de terreno somos, qué clase de terreno queremos ser? Quizás a veces somos como el camino: escuchamos al Señor, pero no cambia nada en nuestra vida, porque nos dejamos atontar por tantos reclamos superficiales que escuchamos. Yo les pregunto, pero no contesten ahora, cada uno conteste en su corazón: ¿Yo soy un joven, una joven, atontado? O somos como el

terreno pedregoso: acogemos a Jesús con entusiasmo, pero somos inconstantes ante las dificultades, no tenemos el valor de ir a contracorriente. Cada uno contestamos en nuestro corazón: ¿Tengo valor o soy cobarde? O somos como el terreno espinoso: las cosas, las pasiones negativas sofocan en nosotros las palabras del Señor (cf. Mt 13,18-22). ¿Tengo en mi corazón la costumbre de jugar a dos puntas, y quedar bien con Dios y quedar bien con el diablo? ¿Querer recibir la semilla de Jesús y a la vez regar las espinas y los yuyos que nacen en mi corazón? Cada uno en silencio se contesta. Hoy, sin embargo, yo estoy seguro de que la simiente puede caer en buena tierra. Escuchamos estos testimonios, cómo la simiente cayó en buena tierra. No padre, yo no soy buena tierra, soy una calamidad, estoy lleno de piedras, de espinas, y de todo. Sí, puede que por arriba, pero hacé un pedacito, hacé un cachito de buena tierra y dejá que caiga allí, y vas a ver cómo germina. Yo sé que ustedes quieren ser buena tierra, cristianos en serio, no cristianos a medio tiempo, no cristianos «almidonados» con la nariz así [empinada] que parecen cristianos y en el fondo no hacen nada. No cristianos de fachada. Esos cristianos que son pura facha, sino cristianos auténticos. Sé que ustedes no quieren vivir en la ilusión de una libertad chirle que se deja arrastrar por la moda y las conveniencias del momento. Sé que ustedes apuntan a lo alto, a decisiones definitivas que den pleno sentido. ¿Es así, o me equivoco? ¿Es así? Bueno, si es así hagamos una cosa: todos en silencio, miremos al corazón y cada uno dígame a Jesús que quiere recibir la semilla. Dígame a Jesús: Mira Jesús las piedras que hay, mirá las espinas, mirá los yuyos, pero mirá este cachito de tierra que te ofrezco, para que entre la semilla. En silencio dejamos entrar la semilla de Jesús. Acuérdense de este momento. Cada uno sabe el nombre de la semilla que entró. Déjenla crecer y Dios la va a cuidar.

2. *El campo, además de ser lugar de siembra, es lugar de entrenamiento.* Jesús nos pide que le sigamos toda la vida, nos pide que seamos sus discípulos, que «juguemos en su equipo». A la mayoría de ustedes les gusta el deporte. Aquí, en Brasil, como en otros países, el fútbol es pasión nacional. ¿Sí o no? Pues bien, ¿qué hace un jugador cuando se le llama para formar parte de un equipo? Tiene que entrenarse y entrenarse mucho. Así es nuestra vida de discípulos del Señor. San Pablo, escribiendo a los cristianos, nos dice: «Los atletas se privan de todo, y lo hacen para obtener una corona que se marchita; nosotros, en cambio, por una corona incorruptible» (1 Co 9,25). Jesús nos ofrece algo más

grande que la Copa del Mundo; ¡algo más grande que la Copa del Mundo! Jesús nos ofrece la posibilidad de una vida fecunda y feliz, y también un futuro con él que no tendrá fin, allá en la vida eterna. Es lo que nos ofrece Jesús. Pero nos pide que paguemos la entrada. Y la entrada es que nos entrenemos para «estar en forma», para afrontar sin miedo todas las situaciones de la vida, dando testimonio de nuestra fe. A través del diálogo con él, la oración →Padre, ahora nos va hacer rezar a todos, ¿no?». Te pregunto, pero contestan en su corazón, ¡eh! No en voz alta, en silencio. ¿Yo rezo? Cada uno se contesta. ¿Yo hablo con Jesús? O le tengo miedo al silencio. ¿Dejo que el Espíritu Santo hable en mi corazón? ¿Yo le pregunto a Jesús: Qué querés que haga? ¿Qué querés de mi vida? Esto es entrenarse. Pregúntele a Jesús, hablen con Jesús. Y si cometen un error en la vida, si se pegan un resbalón, si hacen algo que está mal, no tengan miedo. Jesús, mirá lo que hice, ¿qué tengo que hacer ahora? Pero siempre hablen con Jesús, en las buenas y en las malas. Cuando hacen una cosa buena y cuando hacen una cosa mala. ¡No le tengan miedo! Eso es la oración. Y con eso se van entrenando en el diálogo con Jesús en este discipulado misionero. Y también a través de los sacramentos, que hacen crecer en nosotros su presencia. A través del amor fraterno, del saber escuchar, comprender, perdonar, acoger, ayudar a los otros, a todos, sin excluir y sin marginar. Estos son los entrenamientos para seguir a Jesús: la oración, los sacramentos y la ayuda a los demás, el servicio a los demás. ¿Lo repetimos juntos todos? «Oración, sacramentos y ayuda a los demás» [todos lo repiten en voz alta]. No se oyó bien. Otra vez [ahora más fuerte].

3. Y tercero: *El campo como obra de construcción*. Acá estamos viendo cómo se ha construido esto aquí. Se empezaron a mover los muchachos, las chicas. Movieron y construyeron una iglesia. Cuando nuestro corazón es una tierra buena que recibe la Palabra de Dios, cuando «se suda la camiseta», tratando de vivir como cristianos, experimentamos algo grande: nunca estamos solos, formamos parte de una familia de hermanos que recorren el mismo camino: somos parte de la Iglesia. Estos muchachos, estas chicas no estaban solos, en conjunto hicieron un camino y construyeron la iglesia, en conjunto hicieron lo de San Francisco: construir, reparar la iglesia. Te pregunto: ¿Quieren construir la iglesia? [todos: «¡Sí!»] ¿Se animan? [todos: «¡Sí!»] ¿Y mañana se van a olvidar de este sí que dijeron? [todos: «¡No!»] ¡Así me gusta! Somos parte de la iglesia, más aún, nos convertimos en constructores de la Igle-

sia y protagonistas de la historia. Chicos y chicas, por favor: no se metan en la cola de la historia. Sean protagonistas. Jueguen para adelante. Pateen adelante, construyan un mundo mejor. Un mundo de hermanos, un mundo de justicia, de amor, de paz, de fraternidad, de solidaridad. Jueguen adelante siempre. San Pedro nos dice que somos piedras vivas que forman una casa espiritual (cf. *1 P 2,5*). Y miramos este palco, vemos que tiene forma de una iglesia construida con piedras vivas. En la Iglesia de Jesús, las piedras vivas somos nosotros, y Jesús nos pide que edifiquemos su Iglesia; cada uno de nosotros es una piedra viva, es un pedacito de la construcción, y si falta ese pedacito cuando viene la lluvia entra la gotera y se mete el agua dentro de la casa. Cada pedacito vivo tiene que cuidar la unidad y la seguridad de la Iglesia. Y no construir una pequeña capilla donde sólo cabe un grupito de personas. Jesús nos pide que su Iglesia sea tan grande que pueda alojar a toda la humanidad, que sea la casa de todos. Jesús me dice a mí, a vos, a cada uno: «Vayan, hagan discípulos a todas las naciones». Esta tarde, respondámonle: Sí, Señor, también yo quiero ser una piedra viva; juntos queremos construir la Iglesia de Jesús. Quiero ir y ser constructor de la Iglesia de Cristo. ¿Se animan a repetirlo? Quiero ir y ser constructor de la Iglesia de Cristo. A ver ahora... [todos «¡Sí!»]. Después van a pensar lo que dijeron juntos...

Tu corazón, corazón joven, quiere construir un mundo mejor. Sigo las noticias del mundo y veo que tantos jóvenes, en muchas partes del mundo, han salido por las calles para expresar el deseo de una civilización más justa y fraterna. Los jóvenes en la calle. Son jóvenes que quieren ser protagonistas del cambio. Por favor, no dejen que otros sean los protagonistas del cambio. Ustedes son los que tienen el futuro. Ustedes... Por ustedes entra el futuro en el mundo. A ustedes les pido que también sean protagonistas de este cambio. Sigam superando la apatía y ofreciendo una respuesta cristiana a las inquietudes sociales y políticas que se van planteando en diversas partes del mundo. Les pido que sean constructores del futuro, que se metan en el trabajo por un mundo mejor. Queridos jóvenes, por favor, no balconeen la vida, métanse en ella, Jesús no se quedó en el balcón, se metió; no balconeen la vida, métanse en ella como hizo Jesús. Sin embargo, queda una pregunta: ¿Por dónde empezamos? ¿A quién le pedimos que empiece esto? ¿Por dónde empezamos? Una vez, le preguntaron a la Madre Teresa qué era lo que había que cambiar en la Iglesia, para empezar: por qué pared de la Iglesia empezamos. ¿Por dónde –dijeron–, Madre, hay de empezar? Por vos y por mí, contestó ella. ¡Tenía garra esta mujer! Sabía por dónde había que

empezar. Yo también hoy le robo la palabra a la madre Teresa, y te digo: ¿Empezamos? ¿Por dónde? Por vos y por mí. Cada uno, en silencio otra vez, pregúntese si tengo que empezar por mí, por dónde empiezo. Cada uno abra su corazón para que Jesús les diga por dónde empiezo.

Queridos amigos, no se olviden: ustedes son el campo de la fe. Ustedes son los atletas de Cristo. Ustedes son los constructores de una Iglesia más hermosa y de un mundo mejor. Levantemos nuestros ojos hacia la Virgen. Ella nos ayuda a seguir a Jesús, nos da ejemplo con su «sí» a Dios: «Aquí está la esclava del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho» (Lc 1,38). Se lo digamos también nosotros a Dios, junto con María: Hágase en mí según tu palabra. Que así sea.

HOMILÍA pronunciada en la Misa celebrada en el Paseo Marítimo de Copacabana, el domingo 28 de julio de 2013.

Queridos jóvenes:

«Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos». Con estas palabras, Jesús se dirige a cada uno de ustedes diciendo: «Qué bonito ha sido participar en la Jornada Mundial de la Juventud, vivir la fe junto a jóvenes venidos de los cuatro ángulos de la tierra, pero ahora tú debes ir y transmitir esta experiencia a los demás». Jesús te llama a ser discípulo en misión. A la luz de la palabra de Dios que hemos escuchado, ¿qué nos dice hoy el Señor? ¿qué nos dice hoy el Señor? Tres palabras: *Vayan, sin miedo, para servir.*

1. *Vayan.* En estos días aquí en Río, han podido experimentar la belleza de encontrar a Jesús y de encontrarlo juntos, han sentido la alegría de la fe. Pero la experiencia de este encuentro no puede quedar encerrada en su vida o en el pequeño grupo de la parroquia, del movimiento o de su comunidad. Sería como quitarle el oxígeno a una llama que arde. La fe es una llama que se hace más viva cuanto más se comparte, se transmite, para que todos conozcan, amen y profesen a Jesucristo, que es el Señor de la vida y de la historia (cf. *Rm 10,9*).

Pero ¡cuidado! Jesús no ha dicho: si quieren, si tienen tiempo vayan, sino que dijo: «Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos». Compartir la experiencia de la fe, dar testimonio de la fe, anunciar el evangelio es el mandato que el Señor confía a toda la Iglesia, también a ti; es un mandato que no nace de la voluntad de dominio, de la voluntad de poder, sino de la fuerza del amor, del hecho que Jesús ha venido antes a nosotros y nos ha dado, no nos dio algo de sí, sino se nos dio todo él, él ha dado su vida

para salvarnos y mostrarnos el amor y la misericordia de Dios. Jesús no nos trata como a esclavos, sino como a personas libres, amigos, hermanos; y no sólo nos envía, sino que nos acompaña, está siempre a nuestro lado en esta misión de amor.

¿Adónde nos envía Jesús? No hay fronteras, no hay límites: nos envía a todos. El evangelio no es para algunos sino para todos. No es sólo para los que nos parecen más cercanos, más receptivos, más acogedores. Es para todos. No tengan miedo de ir y llevar a Cristo a cualquier ambiente, hasta las periferias existenciales, también a quien parece más lejano, más indiferente. El Señor busca a todos, quiere que todos sientan el calor de su misericordia y de su amor.

En particular, quisiera que este mandato de Cristo: «Vayan», resonara en ustedes jóvenes de la Iglesia en América Latina, comprometidos en la misión continental promovida por los obispos. Brasil, América Latina, el mundo tiene necesidad de Cristo. San Pablo dice: «¡Ay de mí si no anuncio el evangelio!» (*1 Co* 9,16). Este continente ha recibido el anuncio del evangelio, que ha marcado su camino y ha dado mucho fruto. Ahora este anuncio se os ha confiado también a ustedes, para que resuene con renovada fuerza. La Iglesia necesita de ustedes, del entusiasmo, la creatividad y la alegría que les caracteriza. Un gran apóstol de Brasil, el beato José de Anchieta, se marchó a misionar cuando tenía sólo diecinueve años. ¿Saben cuál es el mejor medio para evangelizar a los jóvenes? Otro joven. ¡Éste es el camino que ha de ser recorrido por ustedes!

2. Sin miedo. Puede que alguno piense: «No tengo ninguna preparación especial, ¿cómo puedo ir y anunciar el evangelio?». Querido amigo, tu miedo no se diferencia mucho del de Jeremías, escuchamos en la lectura recién, cuando fue llamado por Dios para ser profeta: «¡Ay, Señor, Dios mío! Mira que no sé hablar, que sólo soy un niño». También Dios les dice a ustedes lo que le dijo a Jeremías: «No les tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte» (*Jr* 1,6.8). Él está con nosotros.

«No tengan miedo». Cuando vamos a anunciar a Cristo, es él mismo el que va por delante y nos guía. Al enviar a sus discípulos en misión, ha prometido: «Yo estoy con ustedes todos los días» (*Mt* 28,20). Y esto es verdad también para nosotros. Jesús no nos deja solos, nunca deja solo a nadie. Nos acompaña siempre.

Además, Jesús no dijo: «Andá», sino «Vayan»: somos enviados juntos. Queridos jóvenes, sientan la compañía de toda la Iglesia, y también

la comunión de los santos, en esta misión. Cuando juntos hacemos frente a los desafíos, entonces somos fuertes, descubrimos recursos que pensábamos que no teníamos. Jesús no ha llamado a los apóstoles para que vivan aislados, los ha llamado a formar un grupo, una comunidad. Quisiera dirigirme también a ustedes, queridos sacerdotes que concelebran conmigo esta eucaristía: han venido a acompañar a sus jóvenes, y es bonito compartir esta experiencia de fe. Seguro que les ha rejuvenecido a todos. El joven contagia juventud. Pero es sólo una etapa en el camino. Por favor, sigan acompañándolos con generosidad y alegría, ayúdenlos a comprometerse activamente en la Iglesia; que nunca se sientan solos. Y aquí quiero agradecer de corazón a los grupos de pastoral juvenil, a los movimientos y nuevas comunidades que acompañan a los jóvenes en su experiencia de ser Iglesia, tan creativos y tan audaces. ¡Sigán adelante y no tengan miedo!

3. La última palabra: *para servir*. Al comienzo del salmo que hemos proclamado están estas palabras: «Canten al Señor un cántico nuevo» (95,1). ¿Cuál es este cántico nuevo? No son palabras, no es una melodía, sino que es el canto de su vida, es dejar que nuestra vida se identifique con la de Jesús, es tener sus sentimientos, sus pensamientos, sus acciones. Y la vida de Jesús es una vida para los demás, la vida de Jesús es una vida para los demás. Es una vida de servicio.

San Pablo, en la lectura que hemos escuchado hace poco, decía: «Me he hecho esclavo de todos para ganar a los más posibles» (1 Co 9,19). Para anunciar a Jesús, Pablo se ha hecho «esclavo de todos». Evangelizar es dar testimonio en primera persona del amor de Dios, es superar nuestros egoísmos, es servir inclinándose a lavar los pies de nuestros hermanos como hizo Jesús.

Tres palabras: *Vayan, sin miedo, para servir*. *Vayan, sin miedo, para servir*. Siguiendo estas tres palabras experimentarán que quien evangeliza es evangelizado, quien transmite la alegría de la fe, recibe más alegría. Queridos jóvenes, cuando vuelvan a sus casas, no tengan miedo de ser generosos con Cristo, de dar testimonio del evangelio. En la primera lectura, cuando Dios envía al profeta Jeremías, le da el poder para «arrancar y arrasar, para destruir y demoler, para reedificar y plantar» (Jr 1,10). También es así para ustedes. Llevar el evangelio es llevar la fuerza de Dios para arrancar y arrasar el mal y la violencia; para destruir y demoler las barreras del egoísmo, la intolerancia y el odio; para edificar un mundo nuevo. Queridos jóvenes: Jesucristo cuenta con uste-

des. La Iglesia cuenta con ustedes. El Papa cuenta con ustedes. Que María, Madre de Jesús y Madre nuestra, los acompañe siempre con su ternura: «Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos». Amén.

ÁNGELUS

Al final de esta celebración eucarística, con la que hemos elevado a Dios nuestro canto de alabanza y gratitud por cada gracia recibida durante esta Jornada Mundial de la Juventud, quisiera agradecer de nuevo a Monseñor Orani Tempesta y al Cardenal Rylko las palabras que me han dirigido. Les agradezco también a ustedes, queridos jóvenes, todas las alegrías que me han dado en estos días. Gracias. Les llevo en mi corazón. Ahora dirigimos nuestra mirada a la Madre del cielo, la Virgen María. En estos días, Jesús les ha repetido con insistencia la invitación a ser sus discípulos misioneros; han escuchado la voz del Buen Pastor que les ha llamado por su nombre y han reconocido la voz que les llamaba (cf. *Jn* 10,4). ¿No es verdad que, en esta voz que ha resonado en sus corazones, han sentido la ternura del amor de Dios? ¿Han percibido la belleza de seguir a Cristo, juntos, en la Iglesia? ¿Han comprendido mejor que el evangelio es la respuesta al deseo de una vida todavía más plena? (cf. *Jn* 10,10). ¿Es verdad?

La Virgen Inmaculada intercede por nosotros en el Cielo como una buena madre que cuida de sus hijos. Que María nos enseñe con su vida qué significa ser discípulo misionero. Cada vez que rezamos el *Ángelus*, recordamos el evento que ha cambiado para siempre la historia de los hombres. Cuando el ángel Gabriel anunció a María que iba a ser la Madre de Jesús, del Salvador, ella, aun sin comprender del todo el significado de aquella llamada, se fío de Dios y respondió: «Aquí la esclava del Señor, que se haga en mí según tu palabra» (*Lc* 1,38). Pero, ¿qué hizo inmediatamente después? Después de recibir la gracia de ser la Madre del Verbo encarnado, no se quedó con aquel regalo; se sintió responsable, y marchó, salió de su casa y se fue rápidamente a ayudar a su pariente Isabel, que tenía necesidad de ayuda (cf. *Lc* 1,38-39); realizó un gesto de amor, de caridad y de servicio concreto, llevando a Jesús en su seno. Y este gesto lo hizo diligentemente.

Queridos amigos, éste es nuestro modelo. La que ha recibido el don más precioso de parte de Dios, como primer gesto de respuesta se pone en camino para servir y llevar a Jesús. Pidamos a la Virgen que nos ayude también a nosotros a llevar la alegría de Cristo a nuestros familiares, compañeros, amigos, a todos. No tengan nunca miedo de ser gene-

rosos con Cristo. ¡Vale la pena! Salgan y vayan con valentía y generosidad, para que todos los hombres y mujeres encuentren al Señor.

Queridos jóvenes, tenemos una cita en la próxima Jornada Mundial de la Juventud, en 2016, en Cracovia, Polonia. Pidamos, por la intercesión materna de María, la luz del Espíritu Santo para el camino que nos llevará a esta nueva etapa de gozosa celebración de la fe y del amor de Cristo.

Ahora recemos juntos.

DISCURSO en el encuentro con el Comité de Coordinación del CELAM, Centro de Estudios de Sumaré.

1. *Introducción*

Agradezco al Señor esta oportunidad de poder hablar con ustedes, hermanos Obispos, responsables del CELAM en el cuatrienio 2011-2015. Hace 57 años que el CELAM sirve a las 22 Conferencias Episcopales de América Latina y El Caribe, colaborando solidaria y subsidiariamente para promover, impulsar y dinamizar la colegialidad episcopal y la comunión entre las Iglesias de esta Región y sus Pastores.

Como Ustedes, también yo soy testigo del fuerte impulso del Espíritu en la Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y El Caribe en Aparecida, en mayo de 2007, que sigue animando los trabajos del CELAM para la anhelada renovación de las iglesias particulares. Esta renovación, en buena parte de ellas, se encuentra ya en marcha. Quisiera centrar esta conversación en el patrimonio heredado de aquel encuentro fraterno y que todos hemos bautizado como Misión Continental.

2. *Características peculiares de Aparecida*

Existen cuatro características que son propias de la V Conferencia. Son como cuatro columnas del desarrollo de Aparecida y que le confieren su originalidad.

Inicio sin documento

Medellín, Puebla y Santo Domingo comenzaron sus trabajos con un camino recorrido de preparación que culminó en una especie de *Instrumentum laboris*, con el cual se desarrolló la discusión, reflexión y aprobación del documento final. En cambio, Aparecida promovió la participación de las Iglesias particulares como camino de preparación que culminó en un documento de síntesis. Este documento, si bien fue referencia durante la Quinta Conferencia General, no se asumió como docu-

mento de partida. El trabajo inicial consistió en poner en común las preocupaciones de los Pastores ante el cambio de época y la necesidad de renovar la vida discipular y misionera con la que Cristo fundó la Iglesia.

Ambiente de oración con el Pueblo de Dios

Es importante recordar el ambiente de oración generado por el diario compartir la Eucaristía y otros momentos litúrgicos, donde siempre fuimos acompañados por el Pueblo de Dios. Por otro lado, puesto que los trabajos tenían lugar en el subsuelo del Santuario, la «música funcional» que los acompañaba fueron los cánticos y oraciones de los fieles.

Documento que se prolonga en compromiso, con la Misión Continental

En este contexto de oración y vivencia de fe surgió el deseo de un nuevo Pentecostés para la Iglesia y el compromiso de la Misión Continental. Aparecida no termina con un Documento sino que se prolonga en la Misión Continental.

La presencia de Nuestra Señora, Madre de América

Es la primera Conferencia del Episcopado Latinoamericano y El Caribe que se realiza en un Santuario mariano.

3. Dimensiones de la Misión Continental

La Misión Continental se proyecta en dos dimensiones: programática y paradigmática. La misión programática, como su nombre lo indica, consiste en la realización de actos de índole misionera. La misión paradigmática, en cambio, implica poner en clave misionera la actividad habitual de las Iglesias particulares. Evidentemente aquí se da, como consecuencia, toda una dinámica de reforma de las estructuras eclesiales. El «cambio de estructuras» (de caducas a nuevas) no es fruto de un estudio de organización de la planta funcional eclesiástica, de lo cual resultaría una reorganización estática, sino que es consecuencia de la dinámica de la misión. Lo que hace caer las estructuras caducas, lo que lleva a cambiar los corazones de los cristianos, es precisamente la *misionariedad*. De aquí la importancia de la misión paradigmática.

La Misión Continental, sea programática, sea paradigmática, exige generar la conciencia de una Iglesia que se organiza para servir a todos los bautizados y hombres de buena voluntad. El discípulo de Cristo no es una persona aislada en una espiritualidad intimista, sino una persona en

comunidad, para darse a los demás. Misión Continental, por tanto, implica *pertenencia eclesial*.

Un planteo como éste, que comienza por el discipulado misionero e implica comprender la identidad del cristiano como pertenencia eclesial, pide que nos explicitemos cuáles son *los desafíos vigentes* de la misionariedad discipular. Señalaré solamente dos: la renovación interna de la Iglesia y el diálogo con el mundo actual.

Renovación interna de la Iglesia

Aparecida ha propuesto como necesaria la Conversión Pastoral. Esta conversión implica creer en la Buena Nueva, creer en Jesucristo portador del Reino de Dios, en su irrupción en el mundo, en su presencia victoriosa sobre el mal; creer en la asistencia y conducción del Espíritu Santo; creer en la Iglesia, Cuerpo de Cristo y prolongadora del dinamismo de la Encarnación. En este sentido, es necesario que, como Pastores, nos planteemos interrogantes que hacen a la marcha de las Iglesias que presidimos. Estas preguntas sirven de guía para examinar el estado de las diócesis en la asunción del espíritu de Aparecida y son preguntas que conviene nos hagamos frecuentemente como examen de conciencia.

a) ¿Procuramos que nuestro trabajo y el de nuestros Presbíteros sea más pastoral que administrativo? ¿Quién es el principal beneficiario de la labor eclesial, la Iglesia como organización o el Pueblo de Dios en su totalidad?

b) ¿Superamos la tentación de atender de manera reactiva los complejos problemas que surgen? ¿Creamos un hábito pro-activo? ¿Promovemos espacios y ocasiones para manifestar la misericordia de Dios? ¿Somos conscientes de la responsabilidad de replantear las actitudes pastorales y el funcionamiento de las estructuras eclesiales, buscando el bien de los fieles y de la sociedad?

c) En la práctica, ¿hacemos partícipes de la Misión a los fieles laicos? ¿Ofrecemos la Palabra de Dios y los Sacramentos con la clara conciencia y convicción de que el Espíritu se manifiesta en ellos?

d) ¿Es un criterio habitual el discernimiento pastoral, sirviéndonos de los Consejos Diocesanos? Estos Consejos y los Parroquiales de Pastoral y de Asuntos Económicos ¿son espacios reales para la participación laical en la consulta, organización y planificación pastoral? El buen funcionamiento de los Consejos es determinante. Creo que estamos muy atrasados en esto.

e) Los Pastores, Obispos y Presbíteros, ¿tenemos conciencia y convicción de la misión de los fieles y les damos la libertad para que vayan discerniendo, conforme a su proceso de discípulos, la misión que el Señor les confía? ¿Los apoyamos y acompañamos, superando cualquier tentación de manipulación o sometimiento indebido? ¿Estamos siempre abiertos para dejarnos interpelar en la búsqueda del bien de la Iglesia y su Misión en el mundo?

f) Los agentes de pastoral y los fieles en general ¿se sienten parte de la Iglesia, se identifican con ella y la acercan a los bautizados distantes y alejados? Como se puede apreciar aquí están en juego *actitudes*. La Conversión Pastoral atañe principalmente a las actitudes y a una reforma de vida. Un cambio de actitudes necesariamente es dinámico: «entra en proceso» y sólo se lo puede contener acompañándolo y discerniendo. Es importante tener siempre presente que la brújula, para no perderse en este camino, es la de la identidad católica concebida como pertenencia eclesial.

Diálogo con el mundo actual

Hace bien recordar las palabras del Concilio Vaticano II: *Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo* (cf. GS, 1). Aquí reside el fundamento del diálogo con el mundo actual.

La respuesta a las preguntas existenciales del hombre de hoy, especialmente de las nuevas generaciones, atendiendo a su lenguaje, entraña un cambio fecundo que hay que recorrer con la ayuda del Evangelio, del Magisterio, y de la Doctrina Social de la Iglesia. Los escenarios y areópagos son de lo más variado. Por ejemplo, en una misma ciudad, existen varios imaginarios colectivos que conforman «diversas ciudades». Si nos mantenemos solamente en los parámetros de «la cultura de siempre», en el fondo una cultura de base rural, el resultado terminará anulando la fuerza del Espíritu Santo. Dios está en todas partes: hay que saber descubrirlo para poder anunciarlo en el idioma de esa cultura; y cada realidad, cada idioma, tiene un ritmo diverso.

4. Algunas tentaciones contra el discipulado misionero

La opción por la misionariedad del discípulo será tentada. Es importante saber por dónde va el mal espíritu para ayudarnos en el discernimiento. No se trata de salir a cazar demonios, sino simplemente de luci-

dez y astucia evangélica. Menciono sólo algunas actitudes que configuran una Iglesia «tentada». Se trata de conocer ciertas propuestas actuales que pueden mimetizarse en la dinámica del discipulado misionero y detener, hasta hacer fracasar, el proceso de Conversión Pastoral.

La ideologización del mensaje evangélico. Es una tentación que se dio en la Iglesia desde el principio: buscar una hermenéutica de interpretación evangélica fuera del mismo mensaje del Evangelio y fuera de la Iglesia. Un ejemplo: Aparecida, en un momento, sufrió esta tentación bajo la forma de asepsia. Se utilizó, y está bien, el método de «ver, juzgar, actuar» (cf. n. 19). La tentación estaría en optar por un «ver» totalmente aséptico, un «ver» neutro, lo cual es inviable. Siempre el ver está afectado por la mirada. No existe una hermenéutica aséptica. La pregunta era, entonces: ¿con qué mirada vamos a ver la realidad? Aparecida respondió: Con mirada de discípulo. Así se entienden los números 20 al 32. Hay otras maneras de ideologización del mensaje y, actualmente, aparecen en Latinoamérica y El Caribe propuestas de esta índole. Menciono sólo algunas:

a) El reduccionismo socializante. Es la ideologización más fácil de descubrir. En algunos momentos fue muy fuerte. Se trata de una pretensión interpretativa en base a una hermenéutica según las ciencias sociales. Abarca los campos más variados, desde el liberalismo de mercado hasta la categorización marxista.

b) La ideologización psicológica. Se trata de una hermenéutica elitista que, en definitiva, reduce el «encuentro con Jesucristo» y su ulterior desarrollo a una dinámica de autoconocimiento. Suele darse principalmente en cursos de espiritualidad, retiros espirituales, etc. Termina por resultar una postura inmanente autorreferencial. No sabe de trascendencia y, por tanto, de misionariedad.

c) La propuesta gnóstica. Bastante ligada a la tentación anterior. Suele darse en grupos de élites con una propuesta de espiritualidad superior, bastante desencarnada, que termina por desembarcar en posturas pastorales de «quaestiones disputatae». Fue la primera desviación de la comunidad primitiva y reaparece, a lo largo de la historia de la Iglesia, en ediciones corregidas y renovadas. Vulgarmente se los denomina «católicos ilustrados» (por ser actualmente herederos de la Ilustración).

d) La propuesta pelagiana. Aparece fundamentalmente bajo la forma de restauracionismo. Ante los males de la Iglesia se busca una

solución sólo en la disciplina, en la restauración de conductas y formas superadas que, incluso culturalmente, no tienen capacidad significativa. En América Latina suele darse en pequeños grupos, en algunas nuevas Congregaciones Religiosas, en tendencias exageradas a la «seguridad» doctrinal o disciplinaria. Fundamentalmente es estática, si bien puede prometerse una dinámica hacia adentro: involuciona. Busca «recuperar» el pasado perdido.

El funcionalismo. Su acción en la Iglesia es paralizante. Más que con la ruta se entusiasma con la «hoja de ruta». La concepción funcionalista no tolera el misterio, va a la eficacia. Reduce la realidad de la Iglesia a la estructura de una ONG. Lo que vale es el resultado constatable y las estadísticas. De aquí se va a todas las modalidades empresariales de Iglesia. Constituye una suerte de «teología de la prosperidad» en lo organizativo de la pastoral.

El clericalismo es también una tentación muy actual en Latinoamérica. Curiosamente, en la mayoría de los casos, se trata de una complicidad pecadora: el cura clericaliza y el laico le pide por favor que lo clericalice, porque en el fondo le resulta más cómodo. El fenómeno del clericalismo explica, en gran parte, la falta de adultez y de cristiana libertad en parte del laicado latinoamericano. O no crece (la mayoría), o se acurruca en cobertizos de ideologizaciones como las ya vistas, o en pertenencias parciales y limitadas. Existe en nuestras tierras una forma de libertad laical a través de experiencias de pueblo: el católico como pueblo. Aquí se ve una mayor autonomía, sana en general, y que se expresa fundamentalmente en la piedad popular. El capítulo de Aparecida sobre piedad popular describe con profundidad esta dimensión. La propuesta de los grupos bíblicos, de las comunidades eclesiales de base y de los Consejos pastorales va en la línea de superación del clericalismo y de un crecimiento de la responsabilidad laical.

Podríamos seguir describiendo algunas otras tentaciones contra el discipulado misionero, pero creo que éstas son las más importantes y de más fuerza en este momento de América Latina y El Caribe.

5. *Algunas pautas eclesiológicas*

a) El discipulado-misionero que Aparecida propuso a las Iglesias de América Latina y El Caribe es el camino que Dios quiere para este «hoy». Toda proyección utópica (hacia el futuro) o restauracionista (ha-

cia el pasado) no es del buen espíritu. Dios es real y se manifiesta en el «hoy». Hacia el pasado su presencia se nos da como «memoria» de la gesta de salvación sea en su pueblo sea en cada uno de nosotros; hacia el futuro se nos da como «promesa» y esperanza. En el pasado Dios estuvo y dejó su huella: la memoria nos ayuda a encontrarlo; en el futuro sólo es promesa... y no está en los mil y un «futuribles». El «hoy» es lo más parecido a la eternidad; más aún: el «hoy» es chispa de eternidad. En el «hoy» se juega la vida eterna.

El discipulado misionero es vocación: llamado e invitación. Se da en un «hoy» pero «en tensión». No existe el discipulado misionero estático. El discípulo misionero no puede poseerse a sí mismo, su inmanencia está en tensión hacia la trascendencia del discipulado y hacia la trascendencia de la misión. No admite la autorreferencialidad: o se refiere a Jesucristo o se refiere al pueblo a quien se debe anunciar. Sujeto que se trasciende. Sujeto proyectado hacia el encuentro: el encuentro con el Maestro (que nos unge discípulos) y el encuentro con los hombres que esperan el anuncio.

Por eso, me gusta decir que la posición del discípulo misionero no es una posición de centro sino de periferias: vive tensionado hacia las periferias... incluso las de la eternidad en el encuentro con Jesucristo. En el anuncio evangélico, hablar de «periferias existenciales» des-centra, y habitualmente tenemos miedo a salir del centro. El discípulo-misionero es un des-centrado: el centro es Jesucristo, que convoca y envía. El discípulo es enviado a las periferias existenciales.

b) La Iglesia es institución pero cuando se erige en «centro» se funcionaliza y poco a poco se transforma en una ONG. Entonces, la Iglesia pretende tener luz propia y deja de ser ese «mysterium lunae» del que nos hablaban los Santos Padres. Se vuelve cada vez más autorreferencial y se debilita su necesidad de ser misionera. De «Institución» se transforma en «Obra». Deja de ser Esposa para terminar siendo Administradora; de Servidora se transforma en «Controladora». Aparecida quiere una Iglesia Esposa, Madre, Servidora, facilitadora de la fe y no tanto controladora de la fe.

c) En Aparecida se dan de manera relevante dos categorías pastorales que surgen de la misma originalidad del Evangelio y también pueden servirnos de pauta para evaluar el modo como vivimos eclesialmente el discipulado misionero: *la cercanía y el encuentro*. Ninguna de las dos es nueva, sino que conforman la manera cómo se reveló Dios en la historia. Es el «Dios cercano» a su pueblo, cercanía que llega al máximo

al encarnarse. Es el Dios que sale al encuentro de su pueblo. Existen en América Latina y El Caribe pastorales «lejanas», pastorales disciplinarias que privilegian los principios, las conductas, los procedimientos organizativos..., por supuesto sin cercanía, sin ternura, sin caricia. Se ignora la «revolución de la ternura» que provocó la encarnación del Verbo. Hay pastorales planteadas con tal dosis de distancia que son incapaces de lograr el encuentro: encuentro con Jesucristo, encuentro con los hermanos. Este tipo de pastorales a lo más pueden prometer una dimensión de proselitismo pero nunca llegan a lograr ni inserción eclesial ni pertenencia eclesial. La cercanía crea comunión y pertenencia, da lugar al encuentro. La cercanía toma forma de diálogo y crea una cultura del encuentro. Una piedra de toque para calibrar la cercanía y la capacidad de encuentro de una pastoral es la homilía. ¿Qué tal son nuestras homilías? ¿Nos acercan al ejemplo de nuestro Señor, que «hablaba como quien tiene autoridad» o son meramente preceptivas, lejanas, abstractas?

d) Quien conduce la pastoral, la Misión Continental (sea programática como paradigmática), es el Obispo. El Obispo debe conducir, que no es lo mismo que mandonear. Además de señalar las grandes figuras del episcopado latinoamericano que todos conocemos quisiera añadir aquí algunas líneas sobre el perfil del Obispo que ya dije a los Nuncios en la reunión que tuvimos en Roma. Los Obispos han de ser Pastores, cercanos a la gente, padres y hermanos, con mucha mansedumbre; pacientes y misericordiosos. Hombres que amen la pobreza, sea la pobreza interior como libertad ante el Señor, sea la pobreza exterior como simplicidad y austeridad de vida. Hombres que no tengan «psicología de príncipes». Hombres que no sean ambiciosos y que sean esposos de una Iglesia sin estar a la expectativa de otra. Hombres capaces de estar velando sobre el rebaño que les ha sido confiado y cuidando todo aquello que lo mantiene unido: vigilar sobre su pueblo con atención sobre los eventuales peligros que lo amenacen, pero sobre todo para cuidar la esperanza: que haya sol y luz en los corazones. Hombres capaces de sostener con amor y paciencia los pasos de Dios en su pueblo. Y el sitio del Obispo para estar con su pueblo es triple: o delante para indicar el camino, o en medio para mantenerlo unido y neutralizar los desbandes, o detrás para evitar que alguno se quede rezagado, pero también, y fundamentalmente, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos.

No quisiera abundar en más detalles sobre la persona del Obispo, sino simplemente añadir, incluyéndome en esta afirmación, que estamos un poquito retrasados en lo que a Conversión Pastoral se refiere. Con-

viene que nos ayudemos un poco más a dar los pasos que el Señor quiere para nosotros en este «hoy» de América Latina y El Caribe. Y sería bueno comenzar por aquí.

Les agradezco la paciencia de escucharme. Perdonen el desorden de la charla y, por favor, les pido que tomemos en serio nuestra vocación de servidores del santo pueblo fiel de Dios, porque en esto se ejercita y se muestra la autoridad: en la capacidad de servicio. Muchas gracias.

DISCURSO en el Encuentro con los voluntarios de la XXVII JMJ,

Río Centro.

No podía regresar a Roma sin haberles dado las gracias personal y afectuosamente a cada uno de ustedes por el trabajo y la dedicación con que han acompañado, ayudado, servido a los miles de jóvenes peregrinos; por tantos pequeños gestos que han hecho de esta Jornada Mundial de la Juventud una experiencia inolvidable de fe. Con la sonrisa de cada uno de ustedes, con su amabilidad, con su disponibilidad para el servicio, han demostrado que «hay más dicha en dar que en recibir» (*Hch* 20,35).

El servicio que han prestado en estos días me ha recordado la misión de san Juan Bautista, que preparó el camino a Jesús. Cada uno de ustedes, a su manera, ha sido un medio que ha facilitado a miles jóvenes tener «preparado el camino» para encontrar a Jesús. Y éste es el servicio más bonito que podemos realizar como discípulos misioneros: Preparar el camino para que todos puedan conocer, encontrar y amar al Señor. A ustedes, que en este período han respondido con tanta diligencia y solicitud a la llamada para ser voluntarios de la Jornada Mundial de la Juventud, les quisiera decir: Sean siempre generosos con Dios y con los otros. No se pierde nada, y en cambio, es grande la riqueza de vida que se recibe.

Dios llama a opciones definitivas, tiene un proyecto para cada uno: descubrirlo, responder a la propia vocación, es caminar hacia la realización feliz de uno mismo. Dios nos llama a todos a la santidad, a vivir su vida, pero tiene un camino para cada uno. Algunos son llamados a santificarse construyendo una familia mediante el sacramento del matrimonio. Hay quien dice que hoy el matrimonio está «pasado de moda». ¿Está pasado de moda? [No...]. En la cultura de lo provisional, de lo relativo, muchos predicán que lo importante es «disfrutar» el momento, que no vale la pena comprometerse para toda la vida, hacer opciones definitivas, «para siempre», porque no se sabe lo que pasará mañana. Yo, en cambio, les pido que sean revolucionarios, les pido que

vayan contracorriente; sí, en esto les pido que se rebelen contra esta cultura de lo provisional, que, en el fondo, cree que ustedes no son capaces de asumir responsabilidades, cree que ustedes no son capaces de amar verdaderamente. Yo tengo confianza en ustedes, jóvenes, y pido por ustedes. Atrévanse a «ir contracorriente». Y atrévanse también a ser felices.

El Señor llama a algunos al sacerdocio, a entregarse totalmente a Él, para amar a todos con el corazón del Buen Pastor. A otros los llama a servir a los demás en la vida religiosa: en los monasterios, dedicándose a la oración por el bien del mundo, en los diversos sectores del apostolado, gastándose por todos, especialmente por los más necesitados. Nunca olvidaré aquel 21 de septiembre –tenía 17 años– cuando, después de haber entrado en la iglesia de *San José de Flores* para confesarme, sentí por primera vez que Dios me llamaba. ¡No tengan miedo a lo que Dios pide! Vale la pena decir «sí» a Dios. ¡En Él está la alegría!

Queridos jóvenes, quizá alguno no tiene todavía claro qué hará con su vida. Pídanse al Señor; Él les hará ver el camino. Como hizo el joven Samuel, que escuchó dentro de sí la voz insistente del Señor que lo llamaba pero no entendía, no sabía qué decir y, con la ayuda del sacerdote Elí, al final respondió a aquella voz: Habla, Señor, que yo te escucho (cf. 1 S 3,1-10). Pidan también al Señor: ¿Qué quieres que haga? ¿Qué camino he de seguir?

Queridos amigos, de nuevo les doy las gracias por lo que han hecho en estos días. Doy las gracias a los grupos parroquiales, a los movimientos y a las nuevas comunidades que han puesto a sus miembros al servicio de esta Jornada. Gracias. No olviden lo que han vivido aquí. Cuenten siempre con mis oraciones y estoy seguro de que yo puedo contar con las de ustedes. Una última cosa: recen por mí.

DISCURSO en la Ceremonia de despedida, Aeropuerto Internacional Galeão/Antonio Carlos Jobim.

En breves instantes dejaré su Patria para regresar a Roma. Marcho con el alma llena de recuerdos felices; y éstos –estoy seguro– se convertirán en oración. En este momento comienzo a sentir un inicio de *saudade*. *Saudade* de Brasil, este pueblo tan grande y de gran corazón; este pueblo tan amigable. *Saudade* de la sonrisa abierta y sincera que he visto en tantas personas, *saudade* del entusiasmo de los voluntarios. *Saudade* de la esperanza en los ojos de los jóvenes del Hospital San Francisco. *Saudade* de la fe y de la alegría en medio a la adversidad de

los residentes en Varghina. Tengo la certeza de que Cristo vive y está realmente presente en el quehacer de tantos y tantas jóvenes y de tantas personas con las que me he encontrado en esta semana inolvidable. Gracias por la acogida y la calidez de la amistad que me han demostrado. También de esto comienzo a sentir *saudade*.

Doy las gracias especialmente a la Señora Presidenta, representada aquí por su Vicepresidente, por haberse hecho intérprete de los sentimientos de todo el pueblo de Brasil hacia el Sucesor de Pedro. Agradezco cordialmente a mis hermanos Obispos y a sus numerosos colaboradores que hayan hecho de estos días una estupenda celebración de nuestra fecunda y gozosa fe en Jesucristo. De modo especial, doy las gracias a Mons. Orani Tempesta, Arzobispo de Río de Janeiro, a sus Obispos auxiliares, a Mons. Raymundo Damasceno, Presidente de la Conferencia Episcopal. Doy las gracias a todos los que han participado en las celebraciones de la eucaristía y en los demás actos, a quienes los han organizado, a cuantos han trabajado para difundirlos a través de los medios de comunicación. Doy gracias, en fin, a todas las personas que de un modo u otro han sabido responder a las exigencias de la acogida y organización de una inmensa multitud de jóvenes, y por último, pero no menos importante, a tantos que, muchas veces en silencio y con sencillez, han rezado para que esta Jornada Mundial de la Juventud fuese una verdadera experiencia de crecimiento en la fe. Que Dios recompense a todos, como sólo Él sabe hacer.

En este clima de agradecimiento y de *saudade*, pienso en los jóvenes, protagonistas de este gran encuentro: Dios los bendiga por este testimonio tan bello de participación viva, profunda y festiva en estos días. Muchos de ustedes han venido a esta peregrinación como discípulos; no tengo ninguna duda de que todos marchan como misioneros. Con su testimonio de alegría y de servicio, ustedes hacen florecer la civilización del amor. Demuestran con la vida que vale la pena gastarse por grandes ideales, valorar la dignidad de cada ser humano, y apostar por Cristo y su Evangelio. A Él es a quien hemos venido a buscar en estos días, porque Él nos ha buscado antes, nos ha enardecido el corazón para proclamar la Buena Noticia, en las grandes ciudades y en las pequeñas poblaciones, en el campo y en todos los lugares de este vasto mundo nuestro. Yo seguiré alimentando una esperanza inmensa en los jóvenes de Brasil y del mundo entero: por medio de ellos, Cristo está preparando una nueva primavera en todo el mundo. Yo he visto los primeros resultados de esta siembra, otros gozarán con la abundante cosecha.

Mi último pensamiento, mi última expresión de *saudade*, se dirige a Nuestra Señora de Aparecida. En aquel amado Santuario me he arrodillado para pedir por la humanidad entera y en particular por todos los brasileños. He pedido a María que refuerce en ustedes la fe cristiana, que forma parte del alma noble de Brasil, como de tantos otros países, tesoro de su cultura, voluntad y fuerza para construir una nueva humanidad en la concordia y en la solidaridad.

El Papa se va, les dice «hasta pronto», un «pronto» ya muy nostálgico (*saudadoso*) y les pide, por favor, que no se olviden de rezar por él. El Papa necesita la oración de todos ustedes. Un abrazo a todos. Que Dios les bendiga.

CONFERENCIA DE PRENSA durante el vuelo de regreso a Roma.

Padre Lombardi: Queridos amigos, tenemos la alegría de tener con nosotros en este viaje de vuelta al Santo Padre Francisco; y ha sido tan amable de concedernos un amplio espacio de tiempo para hacer con nosotros balance del viaje y responder con total libertad a las preguntas que le hagan. Le doy la palabra para una pequeña introducción, y después comenzamos con la lista de los que se han inscrito para hablar, escogiéndolos un poco de los distintos grupos nacionales y lingüísticos. A Usted, Santidad, la palabra para comenzar:

Papa Francisco: Buenas tardes, y muchas gracias. Estoy contento. Ha sido un viaje hermoso; espiritualmente me ha hecho bien. Estoy cansado, bastante, pero con el corazón alegre, y estoy bien, bien, me ha hecho bien espiritualmente. Encontrar a la gente hace bien, porque el Señor obra en cada uno de nosotros, trabaja el corazón, y la riqueza del Señor es tanta que siempre podemos recibir muchas cosas hermosas de los demás. Y esto me hace bien. Esto, como primer balance. Diré además que la bondad, el corazón del pueblo brasileño es grande; es verdad, es grande. Es un pueblo tan amable, un pueblo que ama la fiesta, que incluso en el sufrimiento siempre encuentra un camino para descubrir el bien en cualquier parte. Y esto está bien, es un pueblo alegre, el pueblo ha sufrido mucho. Es contagiosa la alegría de los brasileños, es contagiosa. Y tiene un gran corazón, este pueblo.

Además, debo hablar también de los organizadores, tanto de nuestra parte, como de la parte de los brasileños; me he sentido como si estuviera ante un ordenador, ese ordenador encarnado... De verdad, estaba todo cronometrado ¿no? Pero hermoso. Sí, hemos tenido problemas con las hipótesis de seguridad; la seguridad de aquí, la seguridad de allí; no ha habido ni un incidente en todo Río de Janeiro en estos días, y todo era

espontáneo. Con menos seguridad, he podido estar con la gente, abrazarla, saludarla, sin coches blindados: es la seguridad de fiarse de un pueblo. Es verdad que siempre está el peligro de que haya un loco. Eh, sí, que haya un loco que haga algo, pero también está el Señor. Crear un espacio blindado entre el obispo y el pueblo es una locura, y yo prefiero esta otra locura: fuera, y correr el riesgo de la otra locura. Prefiero esta locura: fuera. La cercanía hace bien a todos.

Además, la organización de la Jornada, no de algo en concreto, sino todo: la parte artística, la parte religiosa, la parte catequética, la parte litúrgica... Ha sido muy hermoso. Ellos tienen capacidad para expresarse en el arte. Ayer, por ejemplo, hicieron cosas preciosas, preciosas.

Luego, Aparecida; Aparecida, para mí es una experiencia religiosa, fuerte. Recuerdo la Quinta Conferencia. He ido allí para rezar, para rezar. Me hubiera gustado ir solo, casi de incógnito, pero había una multitud impresionante. Y no es posible, lo sabía antes de venir. Y hemos rezado, nosotros.

También ustedes: su trabajo ha sido, me dicen –yo no he leído los periódicos en estos días, no tenía tiempo, no he visto la televisión, nada –, ha sido un trabajo bueno, bueno, bueno. Gracias, gracias por la colaboración, gracias por haber hecho esto. Luego el número, el número de jóvenes. Hoy, yo no lo puedo creer, pero hoy el Gobernador hablaba de tres millones. No puedo creerlo. Desde el altar –eso es verdad–, no sé si ustedes, algunos de ustedes han estado en el altar, desde el altar hasta el final, toda la playa estaba llena, hasta la curva: más de cuatro kilómetros. ¡Tantos jóvenes! Y dicen, me ha dicho Mons. Tempesta, que eran de 178 países, ¡178! También el Vicepresidente me ha dicho este número, esto es seguro. Es importante. Fuerte.

Padre Lombardi: Gracias. Ahora damos la palabra en primer lugar a Juan de Lara, que es de EFE, y es español, y es el último viaje que hace con nosotros; por tanto, estamos contentos de darle esta posibilidad.

Juan de Lara: Santidad, buenas noches. En nombre de todos los compañeros le queremos agradecer estos días que nos ha regalado en Río de Janeiro, el trabajo que ha hecho y el esfuerzo que ha supuesto; y también en nombre de todos los periodistas españoles, le queremos agradecer las plegarias y los rezos por las víctimas del accidente ferroviario de Santiago de Compostela. Muchísimas gracias. Y la primera pregunta no tiene mucho que ver con el viaje, pero aprovechamos la ocasión de que nos da esta posibilidad y quería preguntarle: Santidad, en estos cuatro meses de pontificado, hemos visto que ha creado varias comisiones para reformar la Curia vaticana. Quisiera preguntarle: ¿Qué

tipo de reforma tiene en mente, contempla la posibilidad de suprimir el IOR, el llamado Banco del Vaticano? Gracias.

Papa Francisco: Los pasos que fui dando en estos cuatro meses y medio, vienen de dos vertientes: el contenido de lo que había que hacer, todo, viene de la vertiente de las congregaciones generales que tuvimos los cardenales. Fueron cosas que los cardenales pedimos al que iba a ser el nuevo Papa. Yo me acuerdo que pedía muchas cosas, pensando en otro. O sea, pedíamos, hay que hacer esto... por ejemplo, la comisión de ocho cardenales. Sabemos que es importante tener una consulta *outsider*, no las consultas que se tienen, sino *outsider*. Y esto va en la línea —aquí hago como una abstracción, pensando, pero para explicarlo—, en la línea, cada vez de la maduración de la relación entre sinodalidad y primado. O sea, estos ocho cardenales favorecen la sinodalidad, ayudan a que los diversos episcopados del mundo se vayan expresando en el mismo gobierno de la Iglesia. Hay muchas propuestas que se hicieron, que todavía no están puestas en práctica, como la reforma de la Secretaría del Sínodo, en la metodología; como la comisión post-sinodal que tenga carácter permanente de consulta; como los consistorios cardenalicios con temáticas no tanto formales — como, por ejemplo, la canonización—, sino también temáticas, etc. Bueno, la vertiente de los contenidos viene de ahí.

La segunda vertiente es la oportunidad. Les confieso, a mí no me costó, al mes de pontificado, armar la comisión de los ocho cardenales, que es una cosa... La parte económica yo pensaba tratarla el año que viene, porque no es lo más importante que había que tocar. Sin embargo, la agenda se cambió debido a circunstancias que ustedes conocen, que son de dominio público y que aparecieron problemas y que había que enfrentarlos. El primero, el problema del IOR, o sea, cómo encaminarlo, cómo delinearlos, cómo reformularlos, cómo sanear lo que haya que sanear, y ahí está la primera comisión de referencia, ése es el nombre. Ustedes conocen el quirógrafo, lo que se pide, los integrantes y todo. Después tuvimos la reunión de la comisión de los quince cardenales que se ocupan de los aspectos económicos de la Santa Sede. Son de todas partes del mundo. Y ahí, preparando esa reunión, se vio la necesidad de hacer una misma comisión de referencia para toda la economía de la Santa Sede. O sea, que se tocó el problema económico fuera de agenda, pero estas cosas suceden cuando en el oficio de gobierno ¿cierto?, uno va por aquí, pero le patean un golazo de allá y lo tiene que atajar, ¿no es cierto? Entonces, la vida es así y, eso es lo lindo de la vida también.

Repito, la pregunta que me hacía del IOR... Perdón, estoy hablando en castellano. Perdón... me venía la respuesta en castellano.

En referencia a la pregunta que me hacía del IOR, no sé cómo terminará el IOR; algunos dicen que tal vez es mejor que sea un banco, otros que sea un fondo de ayuda, otros dicen que hay que cerrarlo. Bien. Se oyen estas voces. No sé, me fío del trabajo de las personas del IOR, que están trabajando en esto, también de la comisión. El Presidente del IOR sigue siendo el mismo de antes; en cambio, el Director y el Vicepresidente han presentado su dimisión. Pero esto, yo no sabría decirle cómo terminará esta historia, y esto es hermoso también, porque se intenta, se busca: somos humanos, en esto debemos encontrar lo mejor. Pero, eso sí: las características del IOR –sea banco, sea fondo de ayuda, sea lo que sea– transparencia y honestidad. Esto debe ser así. Gracias.

Padre Lombardi: Muchas gracias, Santidad. Ahora pasamos a una persona de los representantes del grupo italiano, y tenemos uno que usted conoce bien: Andrea Tornielli, que hace una pregunta en nombre del grupo italiano.

Andrea Tornielli: Santo Padre, tendría una pregunta tal vez un poco indiscreta: ha dado la vuelta al mundo una fotografía en la que usted sube la escalera del avión cuando veníamos, llevando una cartera negra, y se han escrito artículos en todo el mundo que han comentado esta novedad: Sí, del Papa que sube... no se había visto, digamos, que el Papa subiese con su equipaje de mano. Se han hecho incluso hipótesis sobre lo que contenía la cartera negra. Mis preguntas son: una, por qué ha llevado usted su cartera negra y no la ha llevado un colaborador, y dos, si nos puede decir qué había dentro. Gracias.

Papa Francisco: No estaba la llave de la bomba atómica. La llevaba porque siempre lo he hecho así: cuando viajo, la llevo. Y dentro, pues tengo la maquinilla de afeitar, el breviario, la agenda, un libro para leer... Me he traído uno sobre santa Teresita, de la que soy muy devoto. Siempre he llevado una cartera cuando viajo, es normal. Tenemos que ser normales. No sé, me resulta un poco extraño lo que usted me dice, que haya dado la vuelta al mundo esa foto. Hemos de habituarnos a ser normales. La normalidad de la vida. No sé, Andrea, si te he respondido.

Padre Lombardi: Ahora damos la palabra a una representante de la lengua portuguesa, Aura Miguel, que es de *Radio Renascença*.

Aura Miguel: Santidad, quisiera preguntarle por qué pide tan insistentemente que se rece por usted. No es normal, habitual, escuchar a un Papa pedir tanto que recen por él.

Papa Francisco: Siempre lo he pedido. Cuando era sacerdote lo pedía, aunque no tan frecuentemente; comencé a pedirlo con cierta fre-

cuencia en la tarea de obispo, porque siento que si el Señor no ayuda en este trabajo de ayudar al Pueblo de Dios a ir adelante, uno no puede... De verdad, me considero limitado, con muchos problemas, incluso pecador –lo saben–, y tengo que pedir esto. Me sale de dentro. También a la Virgen le pido que rece por mí al Señor. Es una costumbre, pero una costumbre que me sale del corazón y también de la necesidad que tengo por mi tarea. Siento que debo pedirlo... No sé, es así.

Padre Lombardi: Ahora pasamos al grupo de lengua inglesa, y damos la palabra a nuestro colega Pullella de *Reuters*, que está aquí delante.

Philip Pullella: Santidad, gracias por su disponibilidad, en nombre del grupo inglés. El colega Juan de Lara ya ha hecho la pregunta que nosotros queríamos hacer; así pues, prosigo un poco en esa línea, pero sólo un poco: usted, a propósito del intento de hacer estos cambios, me acuerdo que dijo al grupo de América Latina que hay muchos santos que trabajan en el Vaticano, pero también hay personas que no son tan santas, ¿no? ¿Ha encontrado resistencia a este deseo suyo de cambiar las cosas en el Vaticano? ¿Ha encontrado resistencia? La segunda pregunta es: usted vive muy austeramente, se ha quedado en *Santa Marta*, etc. ¿Usted quiere que sus colaboradores, incluidos los cardenales, sigan su ejemplo, y vivan en comunidad, o es algo sólo para usted?

Papa Francisco: Los cambios... Los cambios vienen también de dos vertientes: lo que los cardenales hemos pedido, y lo que viene de mi personalidad. Usted hablaba del hecho que yo me haya quedado en *Santa Marta*: pero es que yo no podría vivir solo en el Palacio, y no es lujoso. El apartamento pontificio no es tan lujoso. Es amplio, es grande, pero no es lujoso. Yo no puedo vivir solo o con un pequeño grupito. Necesito gente, estar con la gente, hablar con la gente... Y por eso cuando los chicos de las escuelas de los jesuitas me preguntaron: «¿Por qué? ¿Por austeridad? ¿Por pobreza?». No, no: por motivos psiquiátricos, simplemente, porque psicológicamente no puedo. Cada uno tiene que llevar adelante su vida, con su modo de vivir, de ser. Los cardenales que trabajan en la Curia no viven como ricos ni con opulencia: viven en un pequeño apartamento, son austeros, ellos son austeros. Los que conozco, esos apartamentos que el APSA da a los cardenales. Además, me parece que hay otra cosa que quisiera decir. Cada uno vive como el Señor le pide vivir. La austeridad –una austeridad general–, creo que es necesaria para todos los que trabajamos al servicio de la Iglesia. Hay tantos matices en la austeridad... cada uno debe buscar su camino.

Respecto a los santos, ciertamente los hay, santos: cardenales, sacerdotes, obispos, religiosas, laicos; gente que reza, gente que trabaja mu-

cho, e incluso que va con los pobres, sin hacerse ver. Yo sé de algunos que se preocupan de dar de comer a los pobres o después, en su tiempo libre, van a ejercer su ministerio en una iglesia o en otra... Son sacerdotes. Hay santos en la Curia. Y también alguno que no es tan santo, y éstos son los que hacen más ruido. Saben que hace más ruido un árbol que cae que un bosque que crece. Y esto a mí me duele, cuando hay estas cosas. Pero son algunos los que dan escándalo, algunos. Tenemos a este monseñor en la cárcel, creo que sigue en la cárcel; no ha ido a la cárcel por parecerse a la beata Imelda precisamente, no era un beato. Estos escándalos, éstos, hacen daño. Una cosa —esto no lo he dicho nunca, pero me he dado cuenta—, creo que en la Curia ha descendido el nivel que tenía hace tiempo, con los viejos curiales... el perfil del viejo curial, fiel, que hacía su trabajo. Tenemos necesidad de estas personas. Creo... las hay, pero no son tantas como antes. El perfil del viejo curial: yo lo diría así. Debemos tener más de éstos. ¿Si encuentro resistencia? Si hay resistencia, todavía no la he visto. Es verdad que no he hecho tantas cosas, pero se puede decir que, sí, he encontrado ayuda, y también he encontrado gente leal. Por ejemplo, a mí me gusta cuando una persona me dice: «Yo no estoy de acuerdo», y esto lo he encontrado. «Esto no lo veo, no estoy de acuerdo: yo se lo digo, usted verá». Éste es un verdadero colaborador. Esto lo he encontrado en la Curia. Esto es bueno. Pero cuando hay esos que dicen: «Ah, qué bonito, qué bonito, qué bonito», y después dicen lo contrario en otro sitio... Todavía no me he dado cuenta. Puede que sí, que haya algunos, pero no me he dado cuenta. Resistencia: en cuatro meses no se puede encontrar mucha...

Padre Lombardi: Ahora pasamos a una brasileña; me parece justo: Patricia Zorzan. También se puede acercar Izoard y así después tenemos un francés.

Patricia Zorzan: Hablando en nombre de los brasileños. La sociedad ha cambiado, los jóvenes han cambiado, y vemos en Brasil muchos jóvenes. Usted no ha hablado sobre el aborto, el matrimonio entre personas del mismo sexo. En Brasil han aprobado una ley que amplía el derecho al aborto y ha permitido el matrimonio entre personas del mismo sexo. ¿Por qué no ha hablado sobre esto?

Papa Francisco: La Iglesia se ha expresado ya perfectamente sobre eso. No era necesario volver sobre eso, como tampoco hablé sobre la estafa o la mentira, u otras cosas, en las cuales la Iglesia tiene una doctrina clara.

Patricia Zorzan: Pero es un asunto que interesa a los jóvenes...

Papa Francisco: Sí, pero no era necesario hablar de eso, sino de las cosas positivas que abren camino a los chicos, ¿no es cierto?

Además, los jóvenes saben perfectamente cuál es la postura de la Iglesia.

Patricia Zorzan: ¿Cuál es la postura de Su Santidad? ¿Puede hablarnos?

Papa Francisco: La de la Iglesia. Soy hijo de la Iglesia.

Padre Lombardi: Volvamos al grupo español: Darío Menor Torres... Ah, perdón, Izoard, que ya le habíamos llamado, así tenemos uno del grupo francés. Y después Darío Menor.

Antoine-Marie Izoard: Buenos días, Santidad. En nombre de los colegas de lengua francesa en el vuelo –somos 9 en este vuelo–. Para un Papa que no quiere dar entrevistas, verdaderamente le estamos agradecidos. Usted desde el 13 de marzo se presenta como Obispo de Roma, con una grandísima y fortísima insistencia. Y quisiéramos entender cuál es el sentido profundo de esta insistencia, si más que de colegialidad se trata, tal vez, de ecumenismo, de ser *primus inter pares* de la Iglesia. Gracias.

Papa Francisco: Sí, en esto no se debe ir más allá de lo que se dice. El Papa es obispo, Obispo de Roma, y porque es Obispo de Roma es Sucesor de Pedro, Vicario de Cristo. Hay más títulos, pero el primero es «Obispo de Roma», y de ahí viene todo. Hablar, pensar que esto quiera decir ser *primus inter pares*, no, no es consecuencia una cosa de la otra. Simplemente, es el primer título del Papa: Obispo de Roma. Pero están también los otros... Creo que usted ha dicho algo de ecumenismo: creo que esto favorece un poco el ecumenismo. Pero, solamente eso...

Padre Lombardi: Ahora, Darío Menor de *La Razón*, de España.

Darío Menor Torres: Una pregunta sobre sus sentimientos. Comentó hace una semana de aquel niño que le preguntó que cómo se sentía, si alguno se podía imaginar cómo se podía ser Papa y si lo podía desear. Decía que había que estar loco para ello. Después de su primera experiencia multitudinaria como han sido estos días en Río, si nos puede contar cómo se siente siendo Papa, si es muy duro, si es feliz siéndolo y si, además, también de alguna manera, ha acrecentado su fe o, por el contrario, ha tenido alguna duda. Gracias.

Papa Francisco: Hacer la tarea de obispo es hermoso, es hermoso. El problema es cuando uno busca este trabajo; eso no es tan hermoso, esto no es del Señor. Pero cuando el Señor llama a un sacerdote a que sea obispo, esto es hermoso. Está siempre el peligro de creerse un poco superiores a los demás, de no ser como los demás, un poco *príncipe*. Son peligros y pecados. Pero la tarea de obispo es hermosa: es ayudar a los hermanos a ir adelante. El obispo *delante* de los fieles, para marcar el camino; el obispo *en medio* de los fieles, para favorecer la comunión; y el obispo *detrás de los fieles*, porque los fieles muchas veces tienen el

olfato del camino. El obispo debe ser así. La pregunta decía si me gustaba. A mí me gusta ser obispo, me gusta. En Buenos Aires era muy feliz, muy feliz. He sido feliz, es cierto. El Señor me ha ayudado en esto. He sido feliz como sacerdote, y he sido feliz como obispo. En este sentido digo que me gusta.

Pregunta de otros: ¿Y ser Papa?

Papa Francisco: También, también. Cuando el Señor te pone allí, si tú haces lo que el Señor quiere, eres feliz. Éste es mi sentir, es lo que siento.

Padre Lombardi: Ahora otro del grupo italiano: Salvatore Mazza de *Avvenire*.

Salvatore Mazza: No consigo ni siquiera ponerme de pie. Perdona, no puedo ponerme de pie con todos los cables que tengo bajo los pies. Hemos visto en estos días, lo hemos visto lleno de energía incluso por la noche, ya tarde; le vemos ahora en el avión que se zarandea, y usted está tranquilamente de pie, sin apenas inmutarse. Quisiéramos preguntarle: Se habla mucho de los próximos viajes. Se habla de Asia, de Jerusalén, de Argentina. ¿Tiene ya un calendario más o menos definido para el próximo año, o todavía está todo por ver?

Papa Francisco: Definido, definido, no hay nada. Pero puedo decir algo de lo que se está pensado. Perdón, está definido ir el 22 de septiembre a Cagliari. Después, el 4 de octubre a Asís. En mente, dentro de Italia, quisiera ir a estar con los míos, un día: ir en avión por la mañana y volver el mismo día, porque ellos, los pobrecillos, me llaman y tenemos una buena relación. Pero sólo un día. Fuera de Italia: el Patriarca Bartolomé I quiere organizar un encuentro para conmemorar los 50 años de Atenágoras y Pablo VI en Jerusalén. También el Gobierno israelí ha enviado una invitación especial para que vaya a Jerusalén. Creo que el Gobierno de la Autoridad Palestina también. Esto se está pensando: no se sabe bien si se irá o no. Por otra parte, no creo que haya posibilidad de volver a América Latina, porque el Papa latinoamericano, el primer viaje a América Latina. Adiós. Hay que esperar un poco. Creo que se podría ir a Asia, pero esto está todo en el aire. He recibido una invitación para ir a Sri Lanka y también a Filipinas. A Asia, hay que ir. Porque el Papa Benedicto no tuvo tiempo de ir a Asia, y es importante. Él fue a Australia, y a Europa, y a América, pero Asia... Ir a Argentina: en este momento creo que se puede esperar un poco, porque todos estos viajes tienen una cierta prioridad. Me gustaría ir a Constantinopla el 30 de septiembre, para visitar a Bartolomé I, pero no es posible, no es posible por mi agenda. Si nos encontramos, lo haremos en Jerusalén.

Pregunta de otros: ¿Fátima?

Papa Francisco: Fátima, también hay una invitación a Fátima, es verdad, es verdad. Hay una invitación a para ir a Fátima.

Pregunta de otros: ¿30 de septiembre o 30 de noviembre?

Papa Francisco: Noviembre, noviembre: San Andrés.

Padre Lombardi: Bien. Volvamos a Estados Unidos, y llamemos a Hada Messia, de la *CNN*, para que le haga una pregunta.

Hada Messia: Hola... Usted mantiene el equilibrio mejor que yo... No, no: está bien, está bien. Mi pregunta es: cuando se encontró con los jóvenes argentinos, un poco bromeando, tal vez también en serio, les dijo que usted también se siente alguna vez enjaulado: quisiéramos saber a qué se refería exactamente...

Papa Francisco: Usted sabe cuántas veces he tenido ganas de ir por las calles de Roma, porque a mí me gustaba, en Buenos Aires, ir por la calle, me gustaba mucho. En este sentido, me siento un poco enjaulado. Pero, esto debo decirlo porque son muy buenos estos de la Gendarmería vaticana, son buenos, buenos, buenos, y les estoy agradecido. Ahora me dejan hacer algo más. Creo... su deber es custodiar la seguridad. Enjaulado, en ese sentido. Me gustaría ir por la calle, pero entiendo que no es posible: lo entiendo. En ese sentido lo dije. Porque mi costumbre era —como decimos nosotros, de Buenos Aires—, yo era un sacerdote *callejero*...

Padre Lombardi: Ahora llamamos de nuevo a un brasileño: está Marcio Campos, y pido también a Guénois que se acerque para el próximo turno, por los franceses.

Papa Francisco: Yo preguntaba el tiempo, porque deben servir la cena, ¿pero ustedes no tienen hambre?

Respuesta general: No, no...

Marcio Campos: Santidad, Santo Padre. Quiero decirle que cuando tenga nostalgia de Brasil, del alegre pueblo brasileño, se abraza a la bandera que le he entregado. Quisiera expresar también mi agradecimiento a mis colegas de los diarios *Folha de São Paulo*, *Estado*, *Globo* y *Veja* por permitirme representarlos con esta pregunta. Santo Padre, es muy difícil acompañar a un Papa, muy difícil. Estamos todos cansados, usted está bien y nosotros estamos cansados. En Brasil, la Iglesia católica ha perdido fieles en estos últimos años. El Movimiento de la Renovación Carismática, ¿es una baza para evitar que los fieles se vayan a las iglesias pentecostales? Muchas gracias por su presencia y por estar con nosotros.

Papa Francisco: Es muy cierto lo que dice sobre el descenso del número de fieles; es cierto, es cierto. Ahí están las estadísticas. Hemos

hablado con los obispos brasileños del problema, en una reunión que tuvimos ayer. Usted preguntaba por el Movimiento de la Renovación Carismática. Les digo una cosa. Hace años, al final de los años setenta, inicio de los ochenta, yo no los podía ver. Una vez, hablando con ellos, dije esta frase: «Éstos confunden una celebración litúrgica con una escuela de samba». Esto fue lo que dije. Me he arrepentido. Después los he conocido mejor. Es también cierto que el movimiento, con buenos asesores, ha hecho un buen camino. Y ahora creo que este movimiento, en general, hace mucho bien a la Iglesia. En Buenos Aires, yo les reunía frecuentemente y una vez al año celebraba la Misa con todos ellos en la catedral. Les he apoyado siempre, cuando me he *convertido*, cuando he visto el bien que hacían. Porque en este momento de la Iglesia –y aquí amplió un poco la respuesta– creo que los movimientos son necesarios. Los movimientos son una gracia del Espíritu. «¿Pero cómo se puede sostener un movimiento que es tan libre?». También la Iglesia es libre. El Espíritu Santo hace lo que quiere. Además, Él hace el trabajo de la armonía, pero creo que los movimientos son una gracia: aquellos movimientos que tienen el espíritu de la Iglesia. Por eso creo que el Movimiento de la Renovación Carismática no sólo sirve para evitar que algunos pasen a las confesiones pentecostales: no es eso. Sirve a la misma Iglesia. Nos renueva. Y cada uno busca su propio movimiento según su propio carisma, donde lo lleva el Espíritu.

Pregunta de otros: ...

Papa Francisco: Estoy cansado, estoy cansado.

Padre Lombardi: Ahora Guénois de *Le Figaro* por el grupo francés.

Jean-Marie Guénois: Santo Padre, una pregunta junto con mi colega de *La Croix*: Ha dicho que la Iglesia sin la mujer pierde fecundidad ¿Qué medidas concretas tomará? Por ejemplo, ¿el diaconado femenino o una mujer responsable de un dicasterio? Y una pequeñísima pregunta técnica. Usted dice que está cansado. ¿Tiene una acomodación especial para la vuelta? Gracias, Santidad.

Papa Francisco: Empecemos por lo último. Este avión no tiene dispositivos especiales. Yo estoy delante, en una hermosa butaca, común, pero común, como la que tienen todos aquí. Hice escribir una carta y llamar por teléfono para advertir de que *yo no quería* ningún dispositivo especial en el avión, ¿está claro?

Segundo, la mujer. Una Iglesia sin mujeres es como un Colegio apostólico sin María. El papel de la mujer en la Iglesia no es solamente la maternidad, la mamá de la familia, sino que es más fuerte; es precisamente el icono de la Virgen, de María, la que ayuda a crecer a la Iglesia.

Pero dense cuenta de que la Virgen es más importante que los Apóstoles. Es más importante. La Iglesia es femenina: es Iglesia, es esposa, es madre. Pero la mujer en la Iglesia no sólo debe... no sé cómo se dice en italiano... el papel de la mujer en la Iglesia no se puede limitar al de mamá, al de trabajadora, limitado... ¡No! Es otra cosa. Los Papas... Pablo VI escribió una cosa hermosísima sobre las mujeres, pero creo que se debe ir más allá en la explicitación de este papel y carisma de la mujer. No se puede entender una Iglesia sin mujeres, pero mujeres activas en la Iglesia, con su estilo, que llevan adelante. Pienso un ejemplo que no tiene nada que ver con la Iglesia, sino que es un ejemplo histórico, en América Latina, en Paraguay. Para mí, la mujer de Paraguay es la mujer más gloriosa de América Latina. ¿Tú eres paraguayo? Después de la guerra, quedaron ocho mujeres por cada hombre, y estas mujeres tomaron una decisión un poco difícil, la decisión de tener hijos para salvar la patria, la cultura, la fe y la lengua. En la Iglesia, se debe pensar en la mujer desde este punto de vista: de decisiones arriesgadas, pero como mujeres. Esto se debe explicitar más. Creo que nosotros no hemos hecho todavía una teología profunda de la mujer, en la Iglesia. Solamente puede hacer esto, puede hacer aquello, ahora hace de monaguilla, ahora lee la lectura, es la presidenta de *Caritas*... Pero, hay algo más. Es necesario hacer una profunda teología de la mujer. Esto es lo que yo pienso.

Padre Lombardi: Del grupo español, tenemos a Pablo Ordaz, de *El País*.

Pablo Ordaz: Queríamos saber su relación de trabajo, no tanto amistosa, de colaboración con Benedicto XVI. No ha habido antes una circunstancia así, y si tiene contactos frecuentes, y le está ayudando en esa carga. Muchas gracias.

Papa Francisco: Creo que la última vez que hubo dos Papas, o tres Papas, no se hablaban entre ellos, estaban peleando a ver quién era el verdadero. Tres llegaron a haber en el Cisma de Occidente. Hay algo que... Hay algo que caracteriza mi relación con Benedicto: yo le quiero mucho. Siempre le he querido. Para mí es un hombre de Dios, un hombre humilde, un hombre que reza. Me alegré mucho cuando fue elegido Papa. También cuando dimitió fue un ejemplo de grandeza. Un grande. Sólo un grande hace esto. Un hombre de Dios y un hombre de oración. Ahora reside en el Vaticano, y algunos me dicen: ¿Pero cómo puede ser esto? ¡Dos Papas en el Vaticano! Pero, ¿no te estorba? ¿No te hace la revolución en contra? Todas esas cosas me dicen, ¿no? He encontrado una frase para responder a esto: «Es como tener el abuelo en casa», pero un abuelo sabio. Cuando en una familia el abuelo está en la casa, es venerado, querido, escuchado. ¡Es un hombre prudente! No se mete en

nada. Yo le he dicho muchas veces: «Santidad, usted reciba, haga su vida, venga con nosotros». Vino a la inauguración y a la bendición de la estatua de San Miguel. Esa frase lo dice todo. Para mí es como tener al abuelo en casa: mi papá. Si tuviese una dificultad o algo que no entiendo, le llamaría; pero dígame, ¿puedo hacerlo, eso? Y cuando he ido para hablar de aquel grave problema, el de *Vatileaks*, él me ha dicho todo con sencillez... al servicio. Es algo que no sé si ustedes saben, creo que sí, pero no estoy seguro: cuando nos habló en el discurso de despedida, el 28 de febrero, nos dijo: «Entre ustedes está el próximo Papa, yo le prometo obediencia». Es un grande, es un grande.

Padre Lombardi: Ahora damos la palabra de nuevo a una brasileña, Ana Ferreira; y que se acerque también Gianguido Vecchi, de los italianos.

Ana Ferreira: Santo Padre, buenas noches. Gracias. Quisiera decir muchas veces «gracias»: gracias por haber llevado tanta alegría a Brasil, y gracias también por responder a nuestras preguntas. A los periodistas nos gusta mucho hacer preguntas. Quisiera saber por qué habló ayer a los obispos brasileños de la participación de las mujeres en nuestra Iglesia. Quisiera entenderlo mejor: ¿Cómo debe ser nuestra participación, como mujeres, en la Iglesia? ¿Qué piensa usted sobre la ordenación de las mujeres? ¿Cuál debe ser nuestro puesto en la Iglesia?

Papa Francisco: Quisiera explicar un poco lo que he dicho sobre la participación de las mujeres en la Iglesia: no se puede limitar al hecho de que hagan de monaguillas, sean presidentas de *Caritas*, catequistas... ¡No! Debe haber algo más, pero más en profundidad, incluso más de místico, es lo que he dicho sobre la teología de la mujer. Y en referencia a la ordenación de las mujeres, la Iglesia se ha pronunciado y ha dicho: «No». Lo ha dicho Juan Pablo II, pero con una formulación definitiva. Ésa está cerrada, esa puerta, pero sobre esto quiero decirle algo. Ya lo he dicho, pero lo repito. La Virgen María era más importante que los Apóstoles, los obispos, los diáconos y los sacerdotes. La mujer, en la Iglesia, es más importante que los obispos y los sacerdotes; el *cómo* es lo que debemos intentar explicitar mejor, porque creo que falta una explicitación teológica de esto. Gracias.

Padre Lombardi: Gianguido Vecchi, del *Corriere della Sera*; ruego que se acerquen a continuación la señora Pigozzi y Nicole.

Gianguido Vecchi: Santo Padre, en este viaje ha hablado varias veces también de la misericordia. A propósito del acceso a los sacramentos de los divorciados vueltos a casar, ¿hay posibilidad de que cambie algo la disciplina de la Iglesia? ¿Que estos sacramentos sean una ocasión para acercarse a estas personas, en vez de una barrera que los separa de los otros fieles?

Papa Francisco: Éste es un tema que se pregunta siempre. La misericordia es más grande que el caso que usted platea. Creo que éste es el tiempo de la misericordia. Este cambio de época, junto a tantos problemas de la Iglesia –como el testimonio impropio de algunos sacerdotes, los problemas de corrupción en la Iglesia, el problema del clericalismo, por poner un ejemplo–, ha dejado a muchos heridos, tantos heridos. Y la Iglesia es Madre: debe ir a curar a los heridos, con misericordia. Si el Señor no se cansa de perdonar, nosotros no tenemos otra elección que ésta: lo primero, curar a los heridos. Es mamá, la Iglesia, y debe seguir por el camino de la misericordia. Y tratar con misericordia a todos. Pero, pienso, cuando el hijo pródigo volvió a casa, el papá no le dijo: «Pero, tú, escucha, siéntate, ¿qué has hecho con el dinero?». No, ha hecho fiesta. Después, tal vez, cuando el hijo ha querido hablar, ha hablado. La Iglesia debe hacer lo mismo. Cuando hay alguno..., no sólo hay que esperarlo: ¡vayan a buscarlo! Ésta es la misericordia. Y creo que esto es un *kairós*: este tiempo es un *kairós* de misericordia. Esta primera intuición la tuvo Juan Pablo II cuando comenzó, con Faustina Kowalska, la Divina Misericordia... Él tenía algo, había intuido que era una necesidad de esta época.

Con referencia al problema de la comunión a las personas en segunda unión, porque los divorciados pueden hacer la comunión, no hay problema, pero cuando viven en una segunda unión, no pueden. Creo que es necesario verlo desde el conjunto de la pastoral matrimonial. Y por eso es un problema. Pero también –hago un paréntesis– los ortodoxos tienen una praxis diferente. Ellos siguen la teología de la *economía*, como dicen ellos, y dan una segunda oportunidad, lo permiten. Pero creo que este problema –cierro el paréntesis– se debe estudiar en el marco de la pastoral matrimonial. Y por eso, dos cosas; primera: uno de los temas a consultar con estos ocho del consejo de los cardenales, cuando nos reunamos con ellos los días 1, 2 y 3 de octubre, es cómo se puede avanzar en la pastoral matrimonial, y este problema saldrá allí. Y, otra cosa: hace quince días, estuvo conmigo el Secretario del Sínodo de los Obispos para el tema del próximo Sínodo. Era un tema antropológico, pero hablando y hablando, yendo y viniendo, hemos visto este tema antropológico: la fe como ayuda a la planificación de la persona, pero en la familia, y tratar por tanto sobre la pastoral matrimonial. Estamos en camino hacia una pastoral matrimonial más profunda. Y esto es un problema que afecta a todos, porque hay tantos implicados, ¿no? Por ejemplo, les digo uno solamente: el

cardinal Quarracino, mi predecesor, decía que para él la mitad de los matrimonios eran nulos. Pero ¿por qué lo decía? Porque se casan sin madurez, se casan sin darse cuenta que es para toda la vida, o se casan porque socialmente se deben casar. Y en esto entra también la pastoral matrimonial. Y también el problema judicial de la nulidad de los matrimonios, esto se debe revisar, porque los Tribunales eclesiásticos no bastan para esto. Es complejo, el problema de la pastoral matrimonial. Gracias.

Padre Lombardi: Gracias. Ahora tenemos a la señora Pigozzi de *Paris Match*, también del grupo francés...

Carolina Pigozzi: Buenas tardes, Santo Padre. Quisiera saber si usted, desde que es Papa, se siente todavía jesuita...

Papa Francisco: Es una pregunta teológica, porque los jesuitas hacen voto de obedecer al Papa. Pero si el Papa es jesuita, tal vez debe hacer voto de obedecer al General de los jesuitas... No sé cómo se resuelve esto... Yo me siento jesuita en mi espiritualidad; en la espiritualidad de los Ejercicios, la espiritualidad que llevo en el corazón. Y tan es así que dentro de tres días iré a celebrar con los jesuitas la fiesta de san Ignacio: diré la Misa por la mañana. No he cambiado de espiritualidad, no. Francisco, franciscano: no. Me siento jesuita y pienso como jesuita. No hipócritamente, sino que pienso como jesuita. Gracias a usted.

Padre Lombardi: Si aguanta todavía, hay alguna pregunta más. Ahora, Nicole Winfield, de *Associated Press*.

Nicole Winfield: Santidad, gracias de nuevo por haber venido «entre los leones». Santidad, después de cuatro meses de pontificado, quisiera pedirle que hiciera un pequeño balance. Nos puede decir qué ha sido lo mejor de ser Papa, una anécdota, y qué lo peor, y qué es lo que más le ha sorprendido en este periodo.

Papa Francisco: Pues no sé cómo responder a esto, de verdad. Cosas graves, cosas graves no ha habido. Cosas hermosas sí, por ejemplo, el encuentro con los obispos italianos fue muy hermoso, muy hermoso. Como obispo de la capital de Italia, con ellos me he sentido en mi casa. Y esto ha sido hermoso, pero no sé si esto ha sido lo mejor.

Una cosa dolorosa, pero que ha entrado bastante en mi corazón, fue la visita a Lampedusa. Porque eso es para llorar, me hizo bien. Cuando llegan en estas barcas, los abandonan a algunas millas de la costa y ellos deben, con la barca, llegar solos. Y esto me hace sufrir porque pienso que estas personas son víctimas de un sistema socio-económico mundial.

Pero lo peor, con perdón, es que me vino una ciática, ¿verdad?, que tuve el primer mes, porque para hacer las entrevistas me hacían sentarme en un sillón, y esto me hizo daño. Es una ciática dolorosísima, dolorosísima. No se la deseo a nadie. Pero estas cosas, hablar con la gente, el encuentro con los seminaristas y las religiosas ha sido hermosísimo, ha sido hermosísimo. También el encuentro con los alumnos de los colegios de los jesuitas ha sido hermosísimo, cosas buenas.

Pregunta de otros: ¿Qué ha sido lo que más le ha sorprendido?

Papa Francisco: Las personas, las personas, las personas buenas que he encontrado. He encontrado tantas personas buenas en el Vaticano. He pensado qué decir, pero esto es cierto. Hago justicia diciendo esto: tantas personas buenas. Muchas personas buenas, muchas personas buenas, pero buenas, buenas, buenas.

Elisabetta Piqué: Papa Francisco, ante todo en nombre de los 50 mil argentinos que encontré ahí y me decían: «Vas a viajar con el Papa. Por favor decíle que fue fantástico, estupendo. Preguntále, cuándo va a viajar». Pero ya dijo que no va a viajar... Entonces le voy a hacer una pregunta más difícil: ¿Se asustó cuando vio el informe «Vatileaks»?

Papa Francisco: No. Te voy a contar una anécdota sobre el informe «Vatileaks». Cuando fui a ver al Papa Benedicto, después de rezar en la capilla, fuimos a su estudio y vi una caja grande y un sobre grueso. Benedicto me dijo, me decía: «En esta caja grande están todas las declaraciones, lo que han dicho los testigos, todas están ahí. Pero el resumen y el juicio final está en este sobre. Y aquí se dice ta-ta-ta». Tenía todo en la cabeza. Pero ¡qué inteligencia! Todo de memoria, todo. Pero no, no me he asustado, no. No, no. Pero es un problema grave, ¿eh? Pero no me he asustado.

Sergio Rubín: Santidad, dos cositas. La primera es ésta: Usted ha insistido mucho en detener la pérdida de fieles. En Brasil ha sido muy fuerte. Tiene la esperanza de que este viaje contribuya a que mucha gente vuelva a la Iglesia, se sienta más cercana. Y la segunda, la más familiar: a usted le gustaba mucho la Argentina, y llevaba muy en el corazón a Buenos Aires. Los argentinos se preguntan si usted no extraña esa Buenos Aires, que recorría en colectivo, en micro, iba por las calles. Muchas gracias.

Papa Francisco: Creo que un viaje papal siempre hace bien. Y creo que a Brasil le hará bien, pero no sólo la presencia del Papa, sino lo que se ha hecho en la Jornada de la Juventud. Ellos se han movilizado y harán mucho bien, seguramente ayudarán mucho a la Iglesia. Pero estos fieles que se han marchado, muchos no son felices porque sienten que

pertenece a la Iglesia. Creo que esto será positivo, no sólo por el viaje, sino sobre todo por la Jornada; la Jornada ha sido un acontecimiento maravilloso. Y de Buenos Aires, sí, a veces me falta. Y eso se siente. Pero con serenidad, es una pérdida serena, es una pérdida serena. Pero creo que usted, Sergio, me conoce mejor que los demás. Usted puede responder a esta pregunta. ¡Con el libro que ha escrito!

Padre Lombardi: Tenemos el ruso y después estaba Valentina, que es la decana y quería cerrar ella.

Alexey Bukalov: Buenas noches, Santo Padre. Santo Padre, volviendo al ecumenismo: hoy los ortodoxos celebran los 1025 años de cristianismo; hay grandes celebraciones en muchas capitales. Si quisiera hacer un comentario sobre este hecho, me alegraría. Gracias.

Papa Francisco: En las Iglesias ortodoxas se ha conservado esa primigenia liturgia, tan hermosa. Nosotros hemos perdido un poco el sentido de la adoración. Ellos lo conservan, alaban a Dios, adoran a Dios, cantan, el tiempo no cuenta. El centro es Dios, y con ocasión de la pregunta que usted me hace, quisiera decir que esto es una riqueza. Una vez, hablando de la Iglesia occidental, de Europa occidental, sobre todo de la Iglesia más evolucionada, me dijeron esta frase: «*Lux ex oriente, ex occidente luxus*». El consumismo, el bienestar, nos han hecho mucho daño. Sin embargo, ustedes conservan esta belleza de Dios en el centro, como referencia. Cuando se lee a Dostoievski –creo que es para todos un autor que se debe leer y releer, porque tiene una sabiduría–, se percibe cuál es el alma rusa, el alma oriental. Es algo que nos hará mucho bien. Tenemos necesidad de esta renovación, de este aire fresco de Oriente, de esta luz del Oriente. Juan Pablo II lo escribió en su Carta. Pero muchas veces el *luxus* de Occidente nos hace perder el horizonte. No lo sé, esto se me ocurre. Gracias.

Padre Lombardi: Y ahora cerramos con Valentina que, así como había comenzado en el viaje de ida, ahora cierra en el viaje de vuelta.

Valentina Alazraki: Santidad, gracias por haber mantenido la promesa de responder a nuestras preguntas a la vuelta...

Papa Francisco: Les atrasé la cena...

Valentina Alazraki: No importa, no importa... La pregunta sería, bueno, de parte de todos los mexicanos. ¿Cuándo va a Guadalupe?, pero ésa es de los mexicanos. La mía sería: Usted va a canonizar a dos grandes Papas, Juan XXIII y Juan Pablo II. Quisiera saber cuál es, según usted, el modelo de santidad que se desprende del uno y del otro, y el impacto que han tenido en la Iglesia y en usted.

Papa Francisco: Juan XXIII es un poco la figura del «cura de pueblo», el sacerdote que quiere a cada uno de los fieles, que sabe cuidar a los fieles, y esto lo ha hecho como obispo, como nuncio. ¡Cuántos certificados de bautismo falsos hizo en Turquía para los judíos! Es un valiente, un cura de pueblo bueno, con un sentido del humor muy grande, muy grande, y una gran santidad. Cuando era nuncio, algunos no le querían en el Vaticano, y cuando iba a llevar alguna cosa o a solicitar algo, en algunas oficinas le hacían esperar. Nunca se quejó: rezaba el Rosario, leía el Breviario, nunca. Manso, humilde, también se preocupaba por los pobres. Cuando el Cardenal Casaroli volvió de una misión —creo en Hungría o en la Checoslovaquia de aquel tiempo, no recuerdo cuál de las dos—, fue a explicarle cómo le había ido la misión, en aquella época de la diplomacia de los «pequeños pasos». Y tuvieron la audiencia ?20 días después murió Juan XXIII? y cuando Casaroli ya se iba, lo detuvo: «Ah, Eminencia, ¿no, no era Eminencia?, Excelencia, una pregunta: ¿Usted sigue yendo donde aquellos jóvenes?». Porque Casaroli solía ir a la Prisión de Menores de Casal del Marmo y jugaba con ellos. Y Casaroli le dijo: «Sí, sí». «No los deje nunca». Esto a un diplomático, que volvía de hacer un recorrido de diplomacia, un viaje tan absorbente, Juan XXIII le dijo: «No abandone nunca a los chicos». Es un grande, un grande. Además, lo del Concilio: es un hombre dócil a la voz de Dios, porque eso le vino del Espíritu Santo, le vino y él fue dócil. Pío XII pensaba hacerlo, pero las circunstancias no estaban maduras para hacerlo. Creo que él [Juan XXIII] no pensó en las circunstancias: lo sintió y lo hizo. Un hombre que se dejaba guiar por el Señor.

De Juan Pablo II se me ocurre decir que fue «el gran misionero de la Iglesia»: es un misionero, es un misionero, un hombre que ha llevado el Evangelio por todas partes. Lo saben mejor que yo. ¿Cuántos viajes hizo? Y él iba. Sentía este fuego de llevar adelante la Palabra del Señor. Es un Pablo, un san Pablo, es un hombre así; esto para mí es grande. Y hacer la ceremonia de canonización de los dos juntos creo que es un mensaje para la Iglesia: éstos son dos magníficos, son magníficos, son dos magníficos. También está en curso la causa de Pablo VI y de Papa Luciani: estas dos están en curso.

Y todavía algo que creo que he dicho, pero no sé si aquí o en otra parte: la fecha de la canonización. Se pensaba en el 8 de diciembre de este año, pero hay un gran problema; los que vienen de Polonia, los pobres, porque los que tienen recursos pueden venir en avión, pero los que vienen, los pobres, vienen en autobús y ya en diciembre las carrete-

ras tienen hielo y creo que se debe reconsiderar la fecha. He hablado con el Cardenal Dziwisz y me ha sugerido dos posibilidades: o Cristo Rey de este año, o el Domingo de la Misericordia del próximo. Creo que hay poco tiempo para Cristo Rey de este año, porque el Consistorio será el 30 de septiembre y queda poco tiempo para final de octubre, pero no lo sé. Tengo que hablar con el Cardenal Amato sobre esto. Creo que el 8 de diciembre no será.

Pregunta: Pero, ¿serán canonizados juntos?

Papa Francisco: Juntos, los dos juntos, sí.

Padre Lombardi: Gracias, Santidad. ¿Quién queda todavía? ¿Ilze? Ya han pasado todos, incluso más de los que se habían apuntado antes en la lista...

Ilze Scamparini: Quisiera pedirle permiso para hacer una pregunta un poco delicada: hay otra imagen que también ha dado la vuelta al mundo, que ha sido la de Mons. Ricca y las noticias sobre su intimidad. Quisiera saber, Santidad, ¿qué pretende hacer en esta cuestión? ¿Cómo afrontar esta cuestión y cómo Su Santidad pretende afrontar toda la cuestión del lobby gay?

Papa Francisco: Lo de Mons. Ricca: He hecho lo que el Derecho Canónico manda hacer, que es la *investigatio previa*. Y en esta *investigatio* no hay nada de lo que le acusan, no hemos encontrado nada de eso. Ésa es la respuesta. Pero quisiera añadir otra cosa sobre esto: Yo veo que muchas veces en la Iglesia, independientemente de este caso, pero también en este caso, se van a buscar «pecados de juventud», por ejemplo, y se publican. No los delitos, ¡eh!, los delitos son otra cosa: el abuso de menores es un delito. No, los pecados. Pero si una persona, laica o sacerdote o religiosa, ha cometido un pecado y después se convierte, el Señor perdona, y cuando el Señor perdona, el Señor olvida y esto para nuestra vida es importante. Cuando vamos a confesarnos y decimos de verdad: «He pecado en esto», el Señor olvida y nosotros no tenemos derecho a no olvidar, porque corremos el riesgo de que el Señor no se olvide de nuestros pecados. Es un peligro éste. Esto es importante: una teología del pecado. Muchas veces pienso en san Pedro: cometió uno de los peores pecados, renegar de Cristo, y con este pecado lo hicieron Papa. Tenemos que pensarlo bien. Pero, volviendo a su pregunta más concreta, en este caso, he realizado la *investigatio previa* y no hemos encontrado. Ésta es la primera pregunta.

Además, usted hablaba del lobby gay. Bien, se escribe mucho del lobby gay. Todavía no he encontrado quién me enseñe un carnet de identidad que diga «gay» en el Vaticano. Dicen que los hay. Creo que cuando

uno se encuentra con una persona así, debe distinguir el hecho de ser una persona gay, del hecho de hacer un lobby, porque ningún lobby es bueno. Son malos. Si una persona es gay y busca al Señor y tiene buena voluntad, ¿quién soy yo para juzgarla? El Catecismo de la Iglesia Católica explica esto de una manera muy hermosa; dice... Un momento, cómo se dice... y dice: «No se debe marginar a estas personas por eso, deben ser integradas en la sociedad». El problema no es tener esta tendencia; no, debemos ser hermanos, porque éste es uno, pero si hay otro, otro. El problema es hacer el lobby de esta tendencia: lobby de avaros, lobby de políticos, lobby de los masones, tantos lobby. Éste es el problema más grave para mí. Y le agradezco mucho la pregunta. Muchas gracias.

Padre Lombardi: Gracias. Me parece que mejor no hubiera podido ser. Incluso hemos abusado del Papa que había dicho que estaba ya un poco cansado y le deseamos que ahora pueda descansar un poco.

Papa Francisco: Gracias a ustedes, y buenas tardes, buen viaje y que descansen.

XXIX JMJ

ROMA, 13 DE ABRIL DE 2014

TEMA: «BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU, PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS» (Mt 5, 3)

MENSAJE enviado por el Papa Francisco, el miércoles, 21 de enero de 2014, festividad de Santa Inés, Virgen y Mártir, para la XXIX JMJ.

Queridos jóvenes:

Tengo grabado en mi memoria el extraordinario encuentro que vivimos en Río de Janeiro, en la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud. ¡Fue una gran fiesta de la fe y de la fraternidad! La buena gente brasileña nos acogió con los brazos abiertos, como la imagen de Cristo Redentor que desde lo alto del *Corcovado* domina el magnífico panorama de la playa de Copacabana. A orillas del mar, Jesús renovó su llamada a cada uno de nosotros para que nos convirtamos en sus discípulos misioneros, lo descubramos como el tesoro más precioso de nuestra vida y compartamos esta riqueza con los demás, los que están cerca y los que están lejos, hasta las extremas periferias geográficas y existenciales de nuestro tiempo.

La próxima etapa de la peregrinación intercontinental de los jóvenes será Cracovia, en 2016. Para marcar nuestro camino, quisiera reflexionar con vosotros en los próximos tres años sobre las Bienaventuranzas que leemos en el Evangelio de San Mateo (5,1-12). Este año comenzaremos meditando la primera de ellas: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5,3); el año 2015: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8); y por último, en el año 2016 el tema será: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5,7).

1. *La fuerza revolucionaria de las Bienaventuranzas*

Siempre nos hace bien leer y meditar las Bienaventuranzas. Jesús las proclamó en su primera gran predicación, a orillas del lago de Galilea.

Había un gentío tan grande, que subió a un monte para enseñar a sus discípulos; por eso, esa predicación se llama el «sermón de la montaña». En la Biblia, el monte es el lugar donde Dios se revela, y Jesús, predicando desde el monte, se presenta como maestro divino, como un nuevo Moisés. Y ¿qué enseña? Jesús enseña el camino de la vida, el camino que Él mismo recorre, es más, que Él mismo *es*, y lo propone como *camino para la verdadera felicidad*. En toda su vida, desde el nacimiento en la gruta de Belén hasta la muerte en la cruz y la resurrección, Jesús encarnó las Bienaventuranzas. Todas las promesas del Reino de Dios se han cumplido en Él.

Al proclamar las Bienaventuranzas, Jesús nos invita a seguirle, a recorrer con Él el camino del amor, el único que lleva a la vida eterna. No es un camino fácil, pero el Señor nos asegura su gracia y nunca nos deja solos. Pobreza, aflicciones, humillaciones, lucha por la justicia, cansancios en la conversión cotidiana, dificultades para vivir la llamada a la santidad, persecuciones y otros muchos desafíos están presentes en nuestra vida. Pero, si abrimos la puerta a Jesús, si dejamos que Él esté en nuestra vida, si compartimos con Él las alegrías y los sufrimientos, experimentaremos una paz y una alegría que sólo Dios, amor infinito, puede dar.

Las Bienaventuranzas de Jesús son portadoras de una novedad revolucionaria, de un modelo de felicidad opuesto al que habitualmente nos comunican los *medios de comunicación*, la opinión dominante. Para la mentalidad mundana, es un escándalo que Dios haya venido para hacerse uno de nosotros, que haya muerto en una cruz. En la lógica de este mundo, los que Jesús proclama bienaventurados son considerados «perdedores», débiles. En cambio, son exaltados el éxito a toda costa, el bienestar, la arrogancia del poder, la afirmación de sí mismo en perjuicio de los demás.

Queridos jóvenes, Jesús nos pide que respondamos a su propuesta de vida, que decidamos cuál es el camino que queremos recorrer para llegar a la verdadera alegría. Se trata de un gran desafío para la fe. Jesús no tuvo miedo de preguntar a sus discípulos si querían seguirle de verdad o si preferían irse por otros caminos (cf. *Jn* 6,67). Y Simón, llamado Pedro, tuvo el valor de contestar: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (*Jn* 6,68). Si sabéis decir «sí» a Jesús, entonces vuestra vida joven se llenará de significado y será fecunda.

2. *El valor de ser felices*

Pero, ¿qué significa «bienaventurados» (en griego *makarioi*)? Bienaventurados quiere decir felices. Decidme: ¿Buscáis de verdad la felicidad? En una época en que tantas apariencias de felicidad nos atraen, corremos el riesgo de contentarnos con poco, de tener una idea de la vida «en pequeño». ¡Aspirad, en cambio, a cosas grandes! ¡Ensanchad vuestros corazones! Como decía el beato Piergiorgio Frassati: «Vivir sin una fe, sin un patrimonio que defender, y sin sostener, en una lucha continua, la verdad, no es vivir, sino ir tirando. Jamás debemos ir tirando, sino vivir» (Carta a I. Bonini, 27 de febrero de 1925). En el día de la beatificación de Piergiorgio Frassati, el 20 de mayo de 1990, Juan Pablo II lo llamó «hombre de las Bienaventuranzas» (*Homilía en la S. Misa: AAS* 82 [1990], 1518).

Si de verdad dejáis emerger las aspiraciones más profundas de vuestro corazón, os daréis cuenta de que en vosotros hay un deseo inextinguible de felicidad, y esto os permitirá desenmascarar y rechazar tantas ofertas «a bajo precio» que encontráis a vuestro alrededor. Cuando buscamos el éxito, el placer, el poseer en modo egoísta y los convertimos en ídolos, podemos experimentar también momentos de embriaguez, un falso sentimiento de satisfacción, pero al final nos hacemos esclavos, nunca estamos satisfechos, y sentimos la necesidad de buscar cada vez más. Es muy triste ver a una juventud «harta», pero débil.

San Juan, al escribir a los jóvenes, decía: «Sois fuertes y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al Maligno» (*1 Jn* 2,14). Los jóvenes que escogen a Jesús son fuertes, se alimentan de su Palabra y no se «atiborran» de otras cosas. Atreveos a ir contracorriente. Sed capaces de buscar la verdadera felicidad. Decid no a la cultura de lo provisional, de la superficialidad y del usar y tirar, que no os considera capaces de asumir responsabilidades y de afrontar los grandes desafíos de la vida.

3. *Bienaventurados los pobres de espíritu...*

La primera Bienaventuranza, tema de la próxima Jornada Mundial de la Juventud, declara felices a los *pobres de espíritu*, porque a ellos pertenece el Reino de los cielos. En un tiempo en el que tantas personas sufren a causa de la crisis económica, poner la pobreza al lado de la felicidad puede parecer algo fuera de lugar. ¿En qué sentido podemos hablar de la pobreza como una bendición?

En primer lugar, intentemos comprender lo que significa «*pobres de espíritu*». Cuando el Hijo de Dios se hizo hombre, eligió un camino de pobreza, de humillación. Como dice San Pablo en la Carta a los Filipenses: «Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres» (2,5-7). Jesús es Dios que se despoja de su gloria. Aquí vemos la elección de la pobreza por parte de Dios: siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Cor 8,9). Es el misterio que contemplamos en el belén, viendo al Hijo de Dios en un pesebre, y después en una cruz, donde la humillación llega hasta el final.

El adjetivo griego *ptochós* (pobre) no sólo tiene un significado material, sino que quiere decir «mendigo». Está ligado al concepto judío de *anawim*, los «pobres de Yahvé», que evoca humildad, conciencia de los propios límites, de la propia condición existencial de pobreza. Los *anawim* se fían del Señor, saben que dependen de Él.

Jesús, como entendió perfectamente santa Teresa del Niño Jesús, en su Encarnación se presenta como un mendigo, un necesitado en busca de amor. El *Catecismo de la Iglesia Católica* habla del hombre como un «mendigo de Dios» (n.º 2559) y nos dice que la oración es el encuentro de la sed de Dios con nuestra sed (n.º 2560).

San Francisco de Asís comprendió muy bien el secreto de la Bienaventuranza de los pobres de espíritu. De hecho, cuando Jesús le habló en la persona del leproso y en el Crucifijo, reconoció la grandeza de Dios y su propia condición de humildad. En la oración, el *Poverello* pasaba horas preguntando al Señor: «¿Quién eres tú? ¿Quién soy yo?». Se despojó de una vida acomodada y despreocupada para desposarse con la «Señora Pobreza», para imitar a Jesús y seguir el Evangelio al pie de la letra. Francisco vivió inseparablemente la *imitación de Cristo pobre* y el *amor a los pobres*, como las dos caras de una misma moneda.

Vosotros me podríais preguntar: ¿Cómo podemos hacer que esta *pobreza de espíritu* se transforme en un estilo de vida, que se refleje concretamente en nuestra existencia? Os contesto con tres puntos.

Ante todo, intentad ser *libres en relación con las cosas*. El Señor nos llama a un estilo de vida evangélico de sobriedad, a no dejarnos llevar por la cultura del consumo. Se trata de buscar lo esencial, de aprender a despojarse de tantas cosas superfluas que nos ahogan. Desprendámonos de la codicia del tener, del dinero idolatrado y des-

pués derrochado. Pongamos a Jesús en primer lugar. Él nos puede liberar de las idolatrías que nos convierten en esclavos. ¡Fíaros de Dios, queridos jóvenes! Él nos conoce, nos ama y jamás se olvida de nosotros. Así como cuida de los lirios del campo (cfr. *Mt* 6,28), no permitirá que nos falte nada. También para superar la crisis económica hay que estar dispuestos a cambiar de estilo de vida, a evitar tanto derroche. Igual que se necesita valor para ser felices, también es necesario el valor para ser sobrios.

En segundo lugar, para vivir esta Bienaventuranza necesitamos la *conversión en relación a los pobres*. Tenemos que preocuparnos de ellos, ser sensibles a sus necesidades espirituales y materiales. A vosotros, jóvenes, os encomiendo en modo particular la tarea de volver a poner en el centro de la cultura humana la solidaridad. Ante las viejas y nuevas formas de pobreza —el desempleo, la emigración, los diversos tipos de dependencias—, tenemos el deber de estar atentos y vigilantes, venciendo la tentación de la indiferencia. Pensemos también en los que no se sienten amados, que no tienen esperanza en el futuro, que renuncian a comprometerse en la vida porque están desanimados, desilusionados, acobardados. Tenemos que aprender a estar con los pobres. No nos llenemos la boca con hermosas palabras sobre los pobres. Acerquémonos a ellos, mirémosles a los ojos, escuchémosles. Los pobres son para nosotros una ocasión concreta de encontrar al mismo Cristo, de tocar su carne que sufre.

Pero los pobres —y este es el tercer punto— no sólo son personas a las que les podemos dar algo. También ellos *tienen algo que ofrecernos, que enseñarnos*. ¡Tenemos tanto que aprender de la sabiduría de los pobres! Un santo del siglo XVIII, Benito José Labre, que dormía en las calles de Roma y vivía de las limosnas de la gente, se convirtió en consejero espiritual de muchas personas, entre las que figuraban nobles y prelados. En cierto sentido, los pobres son para nosotros como maestros. Nos enseñan que una persona no es valiosa por lo que posee, por lo que tiene en su cuenta en el banco. Un pobre, una persona que no tiene bienes materiales, mantiene siempre su dignidad. Los pobres pueden enseñarnos mucho, también sobre la humildad y la confianza en Dios. En la parábola del fariseo y el publicano (cf. *Lc* 18,9-14), Jesús presenta a este último como modelo porque es humilde y se considera pecador. También la viuda que echa dos pequeñas monedas en el tesoro del templo es un ejemplo de la generosidad de quien, aun teniendo poco o nada, da todo (cf. *Lc* 21,1-4).

4. ... porque de ellos es el Reino de los cielos

El tema central en el Evangelio de Jesús es el Reino de Dios. Jesús es el Reino de Dios en persona, es el Emmanuel, Dios-con-nosotros. Es en el corazón del hombre donde el Reino, el señorío de Dios, se establece y crece. El Reino es al mismo tiempo don y promesa. Ya se nos ha dado en Jesús, pero aún debe cumplirse en plenitud. Por ello pedimos cada día al Padre: «Venga a nosotros tu reino».

Hay un profundo vínculo entre pobreza y evangelización, entre el tema de la pasada Jornada Mundial de la Juventud —«Id y haced discípulos a todos los pueblos» (Mt 28,19)— y el de este año: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5,3). El Señor quiere una Iglesia pobre que evangelice a los pobres. Cuando Jesús envió a los Doce, les dijo: «No os procuréis en la faja oro, plata ni cobre; ni tampoco alforja para el camino; ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; bien merece el obrero su sustento» (Mt 10,9-10). La pobreza evangélica es una condición fundamental para que el Reino de Dios se difunda. Las alegrías más hermosas y espontáneas que he visto en el transcurso de mi vida son las de personas pobres, que tienen poco a que aferrarse. La evangelización, en nuestro tiempo, sólo será posible por medio del contagio de la alegría.

Como hemos visto, la Bienaventuranza de los pobres de espíritu orienta nuestra relación con Dios, con los bienes materiales y con los pobres. Ante el ejemplo y las palabras de Jesús, nos damos cuenta de cuánta necesidad tenemos de conversión, de hacer que la lógica del *ser más* prevalezca sobre la del *tener más*. Los santos son los que más nos pueden ayudar a entender el significado profundo de las Bienaventuranzas. La canonización de Juan Pablo II el segundo Domingo de Pascua es, en este sentido, un acontecimiento que llena nuestro corazón de alegría. Él será el gran patrono de las JMJ, de las que fue iniciador y promotor. En la comunión de los santos seguirá siendo para todos vosotros un padre y un amigo.

El próximo mes de abril es también el trigésimo aniversario de la entrega de la Cruz del Jubileo de la Redención a los jóvenes. Precisamente a partir de ese acto simbólico de Juan Pablo II comenzó la gran peregrinación juvenil que, desde entonces, continúa a través de los cinco continentes. Muchos recuerdan las palabras con las que el Papa, el Domingo de Pascua de 1984, acompañó su gesto: «Queridos jóvenes, al clausurar el Año Santo, os confío el signo de este Año Jubilar: ¡la Cruz de

Cristo! Llevadla por el mundo como signo del amor del Señor Jesús a la humanidad y anunciad a todos que sólo en Cristo muerto y resucitado hay salvación y redención».

Queridos jóvenes, el *Magnificat*, el cántico de María, pobre de espíritu, es también el canto de quien vive las Bienaventuranzas. La alegría del Evangelio brota de un corazón pobre, que sabe regocijarse y maravillarse por las obras de Dios, como el corazón de la Virgen, a quien todas las generaciones llaman «dichosa» (cf. *Lc* 1,48). Que Ella, la madre de los pobres y la estrella de la nueva evangelización, nos ayude a vivir el Evangelio, a encarnar las Bienaventuranzas en nuestra vida, a atrevernos a ser felices.

El Domingo de Ramos, 13 de abril de 2014, el Papa Francisco inicia la XXIX Jornada Mundial de la Juventud.

HOMILÍA pronunciada en la Misa.

Esta semana comienza con una procesión festiva con ramos de olivo: todo el pueblo acoge a Jesús. Los niños y los jóvenes cantan, alaban a Jesús.

Pero esta semana se encamina hacia el misterio de la muerte de Jesús y de su resurrección. Hemos escuchado la Pasión del Señor. Nos hará bien hacernos una sola pregunta: ¿Quién soy yo? ¿Quién soy yo ante mi Señor? ¿Quién soy yo ante Jesús que entra con fiesta en Jerusalén? ¿Soy capaz de expresar mi alegría, de alabarlo? ¿O guardo las distancias? ¿Quién soy yo ante Jesús que sufre?

Hemos oído muchos nombres, tantos nombres. El grupo de dirigentes religiosos, algunos sacerdotes, algunos fariseos, algunos maestros de la ley, que habían decidido matarlo. Estaban esperando la oportunidad de apresarlo. ¿Soy yo como uno de ellos?

También hemos oído otro nombre: Judas. Treinta monedas. ¿Yo soy como Judas? Hemos escuchado otros nombres: los discípulos que no entendían nada, que se durmieron mientras el Señor sufría. Mi vida, ¿está adormecida? ¿O soy como los discípulos, que no entendían lo que significaba traicionar a Jesús? ¿O como aquel otro discípulo que quería resolverlo todo con la espada? ¿Soy yo como ellos? ¿Soy yo como Judas, que finge amar y besa al Maestro para entregarlo, para traicionarlo? ¿Soy yo, un traidor? ¿Soy como aquellos dirigentes que organizan a toda prisa un tribunal y buscan falsos testigos? ¿Soy como ellos? Y cuando hago esto, si lo hago, ¿creo que de este modo salvo al pueblo?

¿Soy yo como Pilato? Cuando veo que la situación se pone difícil, ¿me lavo las manos y no sé asumir mi responsabilidad, dejando que condenen –o condenando yo mismo– a las personas?

¿Soy yo como aquel gentío que no sabía bien si se trataba de una reunión religiosa, de un juicio o de un circo, y que elige a Barrabás? Para ellos da igual: era más divertido, para humillar a Jesús.

¿Soy como los soldados que golpean al Señor, le escupen, lo insultan, se divierten humillando al Señor?

¿Soy como el Cireneo, que volvía del trabajo, cansado, pero que tuvo la buena voluntad de ayudar al Señor a llevar la cruz?

¿Soy como aquellos que pasaban ante la cruz y se burlaban de Jesús: «¡Él era tan valiente!... Que baje de la cruz y creeremos en él»? Mofarse de Jesús...

¿Soy yo como aquellas mujeres valientes, y como la Madre de Jesús, que estaban allí y sufrían en silencio?

¿Soy como José, el discípulo escondido, que lleva el cuerpo de Jesús con amor para enterrarlo?

¿Soy como las dos Marías que permanecen ante el sepulcro llorando y rezando?

¿Soy como aquellos jefes que al día siguiente fueron a Pilato para decirle: «Mira que éste ha dicho que resucitaría. Que no haya otro engaño», y bloquean la vida, bloquean el sepulcro para defender la doctrina, para que no salte fuera la vida?

¿Dónde está mi corazón? ¿A cuál de estas personas me parezco? Que esta pregunta nos acompañe durante toda la semana.

ÁNGELUS

Al término de esta celebración, dirijo un saludo especial a los 250 delegados –obispos, sacerdotes, religiosos y laicos– que participaron en el encuentro sobre las Jornadas mundiales de la juventud organizado por el Consejo pontificio para los laicos. Comienza así el camino de preparación para el próximo encuentro mundial, que tendrá lugar en julio de 2016 en Cracovia y que tendrá por tema «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (*Mt 5, 7*).

Dentro de poco los jóvenes brasileños entregarán a los jóvenes polacos la Cruz de las Jornadas mundiales de la juventud. La entrega de la cruz a los jóvenes la realizó hace treinta años el beato Juan Pablo II: él les pidió que la llevaran por todo el mundo como signo del amor de Cristo a la humanidad.



Jóvenes brasileños entregando la Cruz y el icono a jóvenes polacos, en la Plaza de San Pedro.

El próximo 27 de abril tendremos todos la alegría de celebrar la canonización de este Papa, junto con Juan XXIII. Juan Pablo II, que fue el iniciador de las Jornadas mundiales de la juventud, se convertirá en su gran patrono; en la comunión de los santos seguirá siendo un padre y un amigo para los jóvenes del mundo.

Pidamos al Señor que la Cruz, junto con el icono de María *Salus Populi Romani*, sean signos de esperanza para todos revelando al mundo el amor invencible de Cristo.

Saludo a todos los romanos y a los peregrinos. Saludo en especial a las delegaciones de Río de Janeiro y de Cracovia, encabezadas por sus arzobispos, los cardenales Orani João Tempesta y Stanisław Dziwisz.

En este contexto tengo la alegría de anunciar que, si Dios quiere, el 15 de agosto próximo, en Daejeon, en la República de Corea, me reuniré con los jóvenes de Asia en su gran encuentro continental.

Y ahora nos dirigimos a la Virgen Madre, para que nos ayude a seguir siempre con fe el ejemplo de Jesús.

XXX JMJ ROMA, 29 DE MARZO DE 2015

TEMA: «BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZÓN, PORQUE ELLOS VERÁN A DIOS» (Mt 5, 8)

MENSAJE enviado por el Papa Francisco el sábado 31 de enero de 2015, para la XXX JMJ.

Queridos Jóvenes:

Seguimos avanzando en nuestra peregrinación espiritual a Cracovia, donde tendrá lugar la próxima edición internacional de la Jornada Mundial de la Juventud, en julio de 2016. Como guía en nuestro camino, hemos elegido el texto evangélico de las Bienaventuranzas. El año pasado reflexionamos sobre la bienaventuranza de los pobres de espíritu, situándola en el contexto más amplio del «sermón de la montaña». Descubrimos el significado revolucionario de las Bienaventuranzas y el fuerte llamamiento de Jesús a lanzarnos decididamente a la aventura de la búsqueda de la felicidad. Este año reflexionaremos sobre la sexta Bienaventuranza: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8).

1. *El deseo de felicidad*

La palabra *bienaventurados* (*felices*), aparece nueve veces en esta primera gran predicación de Jesús (cf. Mt 5,1-12). Es como un estribillo que nos recuerda la llamada del Señor a recorrer con Él un camino que, a pesar de todas las dificultades, conduce a la verdadera felicidad.

Queridos jóvenes, todas las personas de todos los tiempos y de cualquier edad buscan la felicidad. Dios ha puesto en el corazón del hombre y de la mujer un profundo anhelo de felicidad, de plenitud. ¿No notáis que vuestros corazones están inquietos y en continua búsqueda de un bien que pueda saciar su sed de infinito?

Los primeros capítulos del libro del Génesis nos presentan la espléndida bienaventuranza a la que estamos llamados y que consiste en la comunión perfecta con Dios, con los otros, con la naturaleza, con

nosotros mismos. El libre acceso a Dios, a su presencia e intimidad, formaba parte de su proyecto sobre la humanidad desde los orígenes y hacía que la luz divina permease de verdad y transparencia todas las relaciones humanas. En este estado de pureza original, no había «máscaras», subterfugios, ni motivos para esconderse unos de otros. Todo era limpio y claro.

Cuando el hombre y la mujer ceden a la tentación y rompen la relación de comunión y confianza con Dios, el pecado entra en la historia humana (cf. *Gn* 3). Las consecuencias se hacen notar enseguida en las relaciones consigo mismos, de los unos con los otros, con la naturaleza. Y son dramáticas. La pureza de los orígenes queda como contaminada. Desde ese momento, el acceso directo a la presencia de Dios ya no es posible. Aparece la tendencia a esconderse, el hombre y la mujer tienen que cubrir su desnudez. Sin la luz que proviene de la visión del Señor, ven la realidad que los rodea de manera distorsionada, miope. La «brújula» interior que los guiaba en la búsqueda de la felicidad pierde su punto de orientación y la tentación del poder, del tener y el deseo del placer a toda costa los lleva al abismo de la tristeza y de la angustia.

En los Salmos encontramos el grito de la humanidad que, desde lo hondo de su alma, clama a Dios: «¿Quién nos hará ver la dicha si la luz de tu rostro ha huido de nosotros?» (*Sal* 4,7). El Padre, en su bondad infinita, responde a esta súplica enviando a su Hijo. En Jesús, Dios asume un rostro humano. Con su encarnación, vida, muerte y resurrección, nos redime del pecado y nos descubre nuevos horizontes, impensables hasta entonces.

Y así, en Cristo, queridos jóvenes, encontrarán el pleno cumplimiento de sus sueños de bondad y felicidad. Sólo Él puede satisfacer sus expectativas, muchas veces frustradas por las falsas promesas mundanas. Como dijo san Juan Pablo II: «Es Él la belleza que tanto les atrae; es Él quien les provoca con esa sed de radicalidad que no les permite dejarse llevar del conformismo; es Él quien les empuja a dejar las máscaras que falsean la vida; es Él quien les lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar. Es Jesús el que suscita en ustedes el deseo de hacer de su vida algo grande» (*Vigilia de oración en Tor Vergata*, 19 agosto 2000).

2. Bienaventurados los limpios de corazón...

Ahora intentemos profundizar en por qué esta bienaventuranza pasa a través de la pureza del corazón. Antes que nada, hay que comprender el significado bíblico de la palabra *corazón*. Para la cultura semita el corazón es el centro de los sentimientos, de los pensamientos y de las intenciones de la persona humana. Si la Biblia nos enseña que Dios no mira las apariencias, sino al corazón (cf. *1 Sam* 16,7), también podríamos decir que es desde nuestro corazón desde donde podemos ver a Dios. Esto es así porque nuestro corazón concentra al ser humano en su totalidad y unidad de cuerpo y alma, su capacidad de amar y ser amado.

En cuanto a la definición de *limpio*, la palabra griega utilizada por el evangelista Mateo es *katharos*, que significa fundamentalmente *puro, libre de sustancias contaminantes*. En el Evangelio, vemos que Jesús rechaza una determinada concepción de pureza ritual ligada a la exterioridad, que prohíbe el contacto con cosas y personas (entre ellas, los leprosos y los extranjeros) consideradas impuras. A los fariseos que, como otros muchos judíos de entonces, no comían sin haber hecho las abluciones y observaban muchas tradiciones sobre la limpieza de los objetos, Jesús les dijo categóricamente: «Nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro; lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los malos propósitos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, injusticias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad» (*Mc* 7,15.21-22).

Por tanto, ¿en qué consiste la felicidad que sale de un corazón puro? Por la lista que hace Jesús de los males que vuelven al hombre impuro, vemos que se trata sobre todo de algo que tiene que ver con el campo de nuestras *relaciones*. Cada uno tiene que aprender a descubrir lo que puede «contaminar» su corazón, formarse una conciencia recta y sensible, capaz de «discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que agrada, lo perfecto» (*Rm* 12,2). Si hemos de estar atentos y cuidar adecuadamente la creación, para que el aire, el agua, los alimentos no estén contaminados, mucho más tenemos que cuidar la pureza de lo más precioso que tenemos: *nuestros corazones y nuestras relaciones*. Esta «ecología humana» nos ayudará a respirar el aire puro que proviene de las cosas bellas, del amor verdadero, de la santidad.

Una vez les pregunté: ¿Dónde está su tesoro? ¿en qué descansa su corazón? (cf. *Entrevista con algunos jóvenes de Bélgica*, 31 marzo 2014). Sí, nuestros corazones pueden apearse a tesoros verdaderos o

falsos, en los que pueden encontrar auténtico reposo o adormecerse, haciéndose perezosos e insensibles. El bien más precioso que podemos tener en la vida es nuestra relación con Dios. ¿Lo creen así de verdad? ¿Son conscientes del valor inestimable que tienen a los ojos de Dios? ¿Saben que Él los valora y los ama incondicionalmente? Cuando esta convicción desaparece, el ser humano se convierte en un enigma incomprendible, porque precisamente lo que da sentido a nuestra vida es sabernos amados incondicionalmente por Dios. ¿Recuerdan el diálogo de Jesús con el joven rico (cf. *Mc* 10,17-22)? El evangelista Marcos dice que Jesús lo miró con cariño (cf. v. 21), y después lo invitó a seguirle para encontrar el verdadero tesoro. Les deseo, queridos jóvenes, que esta mirada de Cristo, llena de amor, les acompañe durante toda su vida.

Durante la juventud, emerge la gran riqueza afectiva que hay en sus corazones, el deseo profundo de un amor verdadero, maravilloso, grande. ¡Cuánta energía hay en esta capacidad de amar y ser amado! No permitan que este valor tan precioso sea falseado, destruido o menoscabado. Esto sucede cuando nuestras relaciones están marcadas por la instrumentalización del prójimo para los propios fines egoístas, en ocasiones como mero objeto de placer. El corazón queda herido y triste tras esas experiencias negativas. Se lo ruego: no tengan miedo al amor verdadero, aquel que nos enseña Jesús y que San Pablo describe así: «El amor es paciente, afable; no tiene envidia; no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. El amor no pasa nunca» (*I Co* 13,4-8).

Al mismo tiempo que les invito a descubrir la belleza de la vocación humana al amor, les pido que se rebelen contra esa tendencia tan extendida de banalizar el amor, sobre todo cuando se intenta reducirlo solamente al aspecto sexual, privándolo así de sus características esenciales de belleza, comunión, fidelidad y responsabilidad. Queridos jóvenes, «en la cultura de lo provisional, de lo relativo, muchos predicán que lo importante es «disfrutar» el momento, que no vale la pena comprometerse para toda la vida, hacer opciones definitivas, «para siempre», porque no se sabe lo que pasará mañana. Yo, en cambio, les pido que sean revolucionarios, les pido que vayan contracorriente; sí, en esto les pido que se rebelen contra esta cultura de lo provisional, que, en el fondo, cree que ustedes no son capaces de asumir responsabilidades, cree que ustedes no son capaces de amar verdaderamente. Yo tengo confianza en uste-

des, jóvenes, y pido por ustedes. Atrévanse a «ir contracorriente». Y atrévanse también a ser felices» (*Encuentro con los voluntarios de la JMJ de Río de Janeiro*, 28 julio 2013).

Ustedes, jóvenes, son expertos exploradores. Si se deciden a descubrir el rico magisterio de la Iglesia en este campo, verán que el cristianismo no consiste en una serie de prohibiciones que apagan sus ansias de felicidad, sino en un proyecto de vida capaz de atraer nuestros corazones.

3. ... porque verán a Dios

En el corazón de todo hombre y mujer, resuena continuamente la invitación del Señor: «Busquen mi rostro» (*Sal* 27,8). Al mismo tiempo, tenemos que confrontarnos siempre con nuestra pobre condición de pecadores. Es lo que leemos, por ejemplo, en el Libro de los Salmos: «¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? El hombre de manos inocentes y puro corazón» (*Sal* 24,3-4). Pero no tengamos miedo ni nos desanimemos: en la Biblia y en la historia de cada uno de nosotros vemos que Dios siempre da el primer paso. Él es quien nos purifica para que seamos dignos de estar en su presencia.

El profeta Isaías, cuando recibió la llamada del Señor para que hablase en su nombre, se asustó: «¡Ay de mí, estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros!» (*Is* 6,5). Pero el Señor lo purificó por medio de un ángel que le tocó la boca y le dijo: «Ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado» (v. 7). En el Nuevo Testamento, cuando Jesús llamó a sus primeros discípulos en el lago de Genesaret y realizó el prodigio de la pesca milagrosa, Simón Pedro se echó a sus pies diciendo: «Apártate de mí, Señor, que soy un pecador» (*Lc* 5,8). La respuesta no se hizo esperar: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres» (v. 10). Y cuando uno de los discípulos de Jesús le preguntó: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta», el Maestro respondió: «Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre» (*Jn* 14,8-9).

La invitación del Señor a encontrarse con Él se dirige a cada uno de ustedes, en cualquier lugar o situación en que se encuentre. Basta «tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 3). Todos somos pecadores, necesitados de ser purificados por el Señor. Pero basta dar un pequeño paso hacia Jesús para descubrir que Él nos espera siempre con

los brazos abiertos, sobre todo en el Sacramento de la Reconciliación, ocasión privilegiada para encontrar la misericordia divina que purifica y recrea nuestros corazones.

Sí, queridos jóvenes, el Señor quiere encontrarse con nosotros, quiere dejarnos «ver» su rostro. Me preguntarán: «Pero, ¿cómo?». También Santa Teresa de Ávila, que nació hace ahora precisamente 500 años en España, desde pequeña decía a sus padres: «Quiero ver a Dios». Después descubrió el camino de la *oración*, que describió como «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (*Libro de la vida*, 8, 5). Por eso, les pregunto: ¿rezan? ¿saben que pueden hablar con Jesús, con el Padre, con el Espíritu Santo, como se habla con un amigo? Y no un amigo cualquiera, sino el mejor amigo, el amigo de más confianza. Prueben a hacerlo, con sencillez. Descubrirán lo que un campesino de Ars decía a su santo Cura: Cuando estoy rezando ante el Sagrario, «yo le miro y Él me mira» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2715).

También les invito a encontrarse con el Señor *leyendo frecuentemente la Sagrada Escritura*. Si no están acostumbrados todavía, comiencen por los Evangelios. Lean cada día un pasaje. Dejen que la Palabra de Dios hable a sus corazones, que sea luz para sus pasos (cf. *Sal* 119,105). Descubran que se puede «ver» a Dios también *en el rostro de los hermanos*, especialmente de los más olvidados: los pobres, los hambrientos, los sedientos, los extranjeros, los encarcelados (cf. *Mt* 25,31-46). ¿Han tenido alguna experiencia? Queridos jóvenes, para entrar en la lógica del Reino de Dios es necesario reconocerse pobre con los pobres. Un corazón puro es necesariamente también un corazón despojado, que sabe abajarse y compartir la vida con los más necesitados.

El encuentro con Dios en la oración, mediante la lectura de la Biblia y en la vida fraterna les ayudará a conocer mejor al Señor y a ustedes mismos. Como les sucedió a los discípulos de Emaús (cf. *Lc* 24,13-35), la voz de Jesús hará arder su corazón y les abrirá los ojos para reconocer su presencia en la historia personal de cada uno de ustedes, descubriendo así el proyecto de amor que tiene para sus vidas.

Algunos de ustedes sienten o sentirán la llamada del Señor al matrimonio, a formar una familia. Hoy muchos piensan que esta vocación está «pasada de moda», pero no es verdad. Precisamente por eso, toda la Comunidad eclesial está viviendo un período especial de reflexión sobre la vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo. Además, les invito a considerar la llamada a la vida

consagrada y al sacerdocio. Qué maravilla ver jóvenes que abrazan la vocación de entregarse plenamente a Cristo y al servicio de su Iglesia. Háganse la pregunta con corazón limpio y no tengan miedo a lo que Dios les pida. A partir de su «sí» a la llamada del Señor se convertirán en nuevas semillas de esperanza en la Iglesia y en la sociedad. No lo olviden: La voluntad de Dios es nuestra felicidad.

4. *En camino a Cracovia*

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8). Queridos jóvenes, como ven, esta Bienaventuranza toca muy de cerca su vida y es una garantía de su felicidad. Por eso, se lo repito una vez más: atrévanse a ser felices.

Con la Jornada Mundial de la Juventud de este año comienza la última etapa del camino de preparación de la próxima gran cita mundial de los jóvenes en Cracovia, en 2016. Se cumplen ahora 30 años desde que san Juan Pablo II instituyó en la Iglesia las Jornadas Mundiales de la Juventud. Esta peregrinación juvenil a través de los continentes, bajo la guía del Sucesor de Pedro, ha sido verdaderamente una iniciativa providencial y profética. Demos gracias al Señor por los abundantes frutos que ha dado en la vida de muchos jóvenes en todo el mundo. Cuántos descubrimientos importantes, sobre todo el de Cristo Camino, Verdad y Vida, y de la Iglesia como una familia grande y acogedora. Cuántos cambios de vida, cuántas decisiones vocacionales han tenido lugar en estos encuentros. Que el santo Pontífice, Patrono de la JMJ, interceda por nuestra peregrinación a su querida Cracovia. Y que la mirada maternal de la Bienaventurada Virgen María, la llena de gracia, toda belleza y toda pureza, nos acompañe en este camino.

El Domingo de Ramos, 29 de marzo de 2015, el Papa Francisco inicia la XXX Jornada Mundial de la Juventud.

HOMILÍA pronunciada en la Misa.

En el centro de esta celebración, que se presenta tan festiva, está la palabra que hemos escuchado en el himno de la Carta a los Filipenses: «Se humilló a sí mismo» (2,8). *La humillación de Jesús*.

Esta palabra nos desvela *el estilo de Dios y, en consecuencia, aquel que debe ser el del cristiano*: la humildad. Un estilo que nunca dejará de sorprendernos y ponernos en crisis: nunca nos acostumbraremos a un Dios humilde.

Humillarse es ante todo el estilo de Dios: Dios *se humilla para cami-*

nar con su pueblo, para soportar sus infidelidades. Esto se aprecia bien leyendo la historia del Éxodo: ¡Qué humillación para el Señor oír todas aquellas murmuraciones, aquellas quejas! Estaban dirigidas contra Moisés, pero, en el fondo, iban contra él, contra su Padre, que los había sacado de la esclavitud y los guiaba en el camino por el desierto hasta la tierra de la libertad.

En esta semana, la Semana Santa, que nos conduce a la Pascua, *seguiremos este camino* de la humillación de Jesús. Y sólo así será «santa» también para nosotros.

Veremos el desprecio de los jefes del pueblo y sus engaños para acabar con él. Asistiremos a la traición de Judas, uno de los Doce, que lo venderá por treinta monedas. Veremos al Señor apresado y tratado como un malhechor; abandonado por sus discípulos; llevado ante el Sanedrín, condenado a muerte, azotado y ultrajado. Escucharemos cómo Pedro, la «roca» de los discípulos, lo negará tres veces. Oiremos los gritos de la muchedumbre, soliviantada por los jefes, pidiendo que Barrabás quede libre y que a él lo crucifiquen. Veremos cómo los soldados se burlarán de él, vestido con un manto color púrpura y coronado de espinas. Y después, a lo largo de la vía dolorosa y a los pies de la cruz, sentiremos los insultos de la gente y de los jefes, que se ríen de su condición de Rey e Hijo de Dios.

Esta es la vía de Dios, el camino de la humildad. Es *el* camino de Jesús, no hay otro. Y no hay humildad sin humillación.

Al recorrer hasta el final este camino, el Hijo de Dios tomó la «condición de siervo» (*Flp 2,7*). En efecto, la humildad quiere decir también *servicio*, significa dejar espacio a Dios negándose a uno mismo, «despojándose», como dice la Escritura (v. 7). Este «despojarse» es la humillación más grande.

Hay otra vía, contraria al camino de Cristo: la mundanidad. La mundanidad nos ofrece el camino de la vanidad, del orgullo, del éxito... Es la otra vía. El maligno se la propuso también a Jesús durante cuarenta días en el desierto. Pero Jesús la rechazó sin dudarla. Y, con él, solamente con su gracia y con su ayuda, también nosotros podemos vencer esta tentación de la vanidad, de la mundanidad, no sólo en las grandes ocasiones, sino también en las circunstancias ordinarias de la vida.

En esto, nos ayuda y nos conforta el ejemplo de muchos hombres y mujeres que, en silencio y sin hacerse ver, *renuncian cada día a sí mismos para servir a los demás*: un familiar enfermo, un anciano solo, una persona con discapacidad, una persona sin techo...



Vista general de la Plaza San Pedro.

Pensemos también en la humillación de los que, por mantenerse fieles al Evangelio, son discriminados y sufren las consecuencias en su propia carne. Y pensemos en nuestros hermanos y hermanas perseguidos por ser cristianos, los *mártires de hoy* –que son muchos–: no reniegan de Jesús y soportan con dignidad insultos y ultrajes. Lo siguen por su camino. Podemos hablar, verdaderamente, de «una nube de testigos»: los mártires de hoy (cf. *Hb* 12,1).

Durante esta semana, emprendamos también nosotros con decisión este camino de la humildad, movidos por el amor a nuestro Señor y Salvador. *El amor nos guiará y nos dará fuerza*. Y, donde está él, estaremos también nosotros (cf. *Jn* 12,26).



El Papa saluda a las personas congregadas en la Plaza.

ÁNGELUS

Al final de esta celebración, saludo con afecto a todos vosotros aquí presentes, en particular a los jóvenes. Queridos jóvenes, os exhorto a proseguir vuestro camino tanto en las diócesis como en la peregrinación a través de los continentes, que os llevará el próximo año a Cracovia, patria de san Juan Pablo II, iniciador de las Jornadas mundiales de la juventud. El tema de ese gran encuentro: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (*Mt* 5, 7), entona bien con el Año santo de la misericordia. Dejaos llenar de la ternura del Padre para difundirla a vuestro alrededor.

Y ahora nos dirigimos en oración a María nuestra Madre, para que nos ayude a vivir con fe la Semana Santa. También Ella estaba presente cuando Jesús entró en Jerusalén aclamado por la multitud; pero su corazón, como el del Hijo, estaba preparado para afrontar el sacrificio. Aprendamos de Ella, Virgen fiel, a seguir al Señor también cuando su camino lleva a la cruz.

A su intercesión encomiendo las víctimas del desastre aéreo del pasado martes, entre las cuales se encontraba también un grupo de estudiantes alemanes.

Os deseo una Semana santa en contemplación del misterio de Jesucristo.

XXXI JMJ

CRACOVIA , 25 DE JULIO AL 1 DE AGOSTO DE 2016

TEMA: «BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS, PORQUE ELLOS AL-
CANZARÁN MISERICORDIA» (Mt 5, 8)

MENSAJE enviado por el Papa Francisco, el sábado 15 de agosto de 2015,
para la XXXI JMJ.

Queridos jóvenes:

Hemos llegado ya a la última etapa de nuestra peregrinación a Cracovia, donde el próximo año, en el mes de julio, celebraremos juntos la XXXI Jornada Mundial de la Juventud. En nuestro largo y arduo camino nos guían las palabras de Jesús recogidas en el «sermón de la montaña». Hemos iniciado este recorrido en 2014, meditando juntos sobre la primera de las Bienaventuranzas: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5,3). Para el año 2015 el tema fue «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8). En el año que tenemos por delante nos queremos dejar inspirar por las palabras: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5,7).

1. *El Jubileo de la Misericordia*

Con este tema la JMJ de Cracovia 2016 se inserta en el Año Santo de la Misericordia, convirtiéndose en un verdadero Jubileo de los Jóvenes a nivel mundial. No es la primera vez que un encuentro internacional de los jóvenes coincide con un Año jubilar. De hecho, fue durante el Año Santo de la Redención (1983/1984) que San Juan Pablo II convocó por primera vez a los jóvenes de todo el mundo para el Domingo de Ramos. Después fue durante el Gran Jubileo del Año 2000 en que más de dos millones de jóvenes de unos 165 países se reunieron en Roma para la XV Jornada Mundial de la Juventud. Como sucedió en estos dos casos precedentes, estoy seguro de que el Jubileo de los Jóvenes en Cracovia será uno de los momentos fuertes de este Año Santo.

Quizás alguno de ustedes se preguntará: ¿Qué es este Año jubilar que se celebra en la Iglesia? El texto bíblico del *Levítico 25* nos ayuda a comprender lo que significa un «jubileo» para el pueblo de Israel: Cada cincuenta años los hebreos oían el son de la trompeta (*jobel*) que les convocaba (*jobil*) para celebrar un año santo, como tiempo de reconciliación (*jobal*) para todos. En este tiempo se debía recuperar una buena relación con Dios, con el prójimo y con lo creado, basada en la gratuidad. Por ello se promovía, entre otras cosas, la condonación de las deudas, una ayuda particular para quien se empobreció, la mejora de las relaciones entre las personas y la liberación de los esclavos.

Jesucristo vino para anunciar y llevar a cabo el tiempo perenne de la gracia del Señor, llevando a los pobres la buena noticia, la liberación a los cautivos, la vista a los ciegos y la libertad a los oprimidos (cfr. *Lc 4,18-19*). En Él, especialmente en su Misterio Pascual, se cumple plenamente el sentido más profundo del jubileo. Cuando la Iglesia convoca un jubileo en el nombre de Cristo, estamos todos invitados a vivir un extraordinario tiempo de gracia. La Iglesia misma está llamada a ofrecer abundantemente signos de la presencia y cercanía de Dios, a despertar en los corazones la capacidad de fijarse en lo esencial. En particular, este Año Santo de la Misericordia «es el tiempo para que la Iglesia redescubra el sentido de la misión que el Señor le ha confiado el día de Pascua: ser signo e instrumento de la misericordia del Padre» (*Homilía en las Primeras Vísperas del Domingo de la Divina Misericordia*, 11 de abril de 2015).

2. Misericordiosos como el Padre

El lema de este Jubileo extraordinario es: «Misericordiosos como el Padre» (cfr. *Misericordiae Vultus*, 13), y con ello se entona el tema de la próxima JMJ. Intentemos por ello comprender mejor lo que significa la misericordia divina.

El Antiguo Testamento, para hablar de la misericordia, usa varios términos; los más significativos son los de *hesed* y *rahamim*. El primero, aplicado a Dios, expresa su incansable fidelidad a la Alianza con su pueblo, que Él ama y perdona eternamente. El segundo, *rahamim*, se puede traducir como «entrañas», que nos recuerda en modo particular el seno materno y nos hace comprender el amor de Dios por su pueblo, como es el de una madre por su hijo. Así nos lo presenta el profeta Isaías: «¿Se olvida una madre de su criatura, no se compadece del hijo de sus entrañas? ¡Pero aunque ella se olvide, yo no te olvidaré!» (*Is 49,15*). Un amor

de este tipo implica hacer espacio al otro dentro de uno, sentir, sufrir y alegrarse con el prójimo.

En el concepto bíblico de misericordia está incluido lo concreto de un amor que es fiel, gratuito y sabe perdonar. En Oseas tenemos un hermoso ejemplo del amor de Dios, comparado con el de un padre hacia su hijo: «Cuando Israel era niño, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Pero cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí; [...] ¡Y yo había enseñado a caminar a Efraím, lo tomaba por los brazos! Pero ellos no reconocieron que yo los cuidaba. Yo los atraía con lazos humanos, con ataduras de amor; era para ellos como los que alzan a una criatura contra sus mejillas, me inclinaba hacia él y le daba de comer» (*Os* 11,1-4). A pesar de la actitud errada del hijo, que bien merecería un castigo, el amor del padre es fiel y perdona siempre a un hijo arrepentido. Como vemos, en la misericordia siempre está incluido el perdón; ella «no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con la cual Él revela su amor, que es como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo. [...] Proviene desde lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y de perdón» (*Misericordiae Vultus*, 6).

El Nuevo Testamento nos habla de la divina misericordia (*eleos*) como síntesis de la obra que Jesús vino a cumplir en el mundo en el nombre del Padre (cfr. *Mt* 9,13). La misericordia de nuestro Señor se manifiesta sobre todo cuando Él se inclina sobre la miseria humana y demuestra su compasión hacia quien necesita comprensión, curación y perdón. Todo en Jesús habla de misericordia, es más, Él mismo *es* la misericordia.

En el capítulo 15 del Evangelio de Lucas podemos encontrar las tres parábolas de la misericordia: la de la oveja perdida, de la moneda perdida y aquélla que conocemos como la del «hijo pródigo». En estas tres parábolas nos impresiona la alegría de Dios, la alegría que Él siente cuando encuentra de nuevo al pecador y le perdona. ¡Sí, la alegría de Dios es perdonar! Aquí tenemos la síntesis de todo el Evangelio. «Cada uno de nosotros es esa oveja perdida, esa moneda perdida; cada uno de nosotros es ese hijo que ha derrochado la propia libertad siguiendo ídolos falsos, espejismos de felicidad, y ha perdido todo. Pero Dios no nos olvida, el Padre no nos abandona nunca. Es un padre paciente, nos espera siempre. Respeta nuestra libertad, pero permanece siempre fiel. Y cuando volvemos a Él, nos acoge como a hijos, en su casa, porque jamás deja, ni siquiera por un momento, de esperarnos, con amor. Y su corazón está

en fiesta por cada hijo que regresa. Está en fiesta porque es alegría. Dios tiene esta alegría, cuando uno de nosotros pecadores va a Él y pide su perdón» (*Ángelus*, 15 de septiembre de 2013).

La misericordia de Dios es muy concreta y todos estamos llamados a experimentarla en primera persona. A la edad de diecisiete años, un día en que tenía que salir con mis amigos, decidí pasar primero por una iglesia. Allí me encontré con un sacerdote que me inspiró una confianza especial, de modo que sentí el deseo de abrir mi corazón en la Confesión. ¡Aquel encuentro me cambió la vida! Descubrí que cuando abrimos el corazón con humildad y transparencia, podemos contemplar de modo muy concreto la misericordia de Dios. Tuve la certeza que en la persona de aquel sacerdote Dios me estaba esperando, antes de que yo diera el primer paso para ir a la iglesia. Nosotros le buscamos, pero es Él quien siempre se nos adelanta, desde siempre nos busca y es el primero que nos encuentra. Quizás alguno de ustedes tiene un peso en el corazón y piensa: He hecho esto, he hecho aquello... ¡No teman! ¡Él les espera! Él es padre: ¡siempre nos espera! ¡Qué hermoso es encontrar en el sacramento de la Reconciliación el abrazo misericordioso del Padre, descubrir el confesionario como lugar de la Misericordia, dejarse tocar por este amor misericordioso del Señor que siempre nos perdona!

Y tú, querido joven, querida joven, ¿has sentido alguna vez en ti esta mirada de amor infinito que, más allá de todos tus pecados, limitaciones y fracasos, continúa fiándose de ti y mirando tu existencia con esperanza? ¿Eres consciente del valor que tienes ante Dios que por amor te ha dado todo? Como nos enseña San Pablo, «la prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores» (*Rom 5,8*). ¿Pero entendemos de verdad la fuerza de estas palabras?

Sé lo mucho que ustedes aprecian la Cruz de las JMJ –regalo de San Juan Pablo II– que desde el año 1984 acompaña todos los Encuentros mundiales de ustedes. ¡Cuántos cambios, cuántas verdaderas y auténticas conversiones surgieron en la vida de tantos jóvenes al encontrarse con esta cruz desnuda! Quizás se hicieron la pregunta: ¿De dónde viene esta fuerza extraordinaria de la cruz? He aquí la respuesta: ¡La cruz es el signo más elocuente de la misericordia de Dios! Ésta nos da testimonio de que la medida del amor de Dios para con la humanidad es amar sin medida! En la cruz podemos tocar la misericordia de Dios y dejarnos tocar por su misericordia. Aquí quisiera recordar el episodio de los dos malhechores crucificados junto a Jesús. Uno de ellos es engreído, no se

reconoce pecador, se ríe del Señor; el otro, en cambio, reconoce que ha fallado, se dirige al Señor y le dice: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a establecer tu Reino». Jesús le mira con misericordia infinita y le responde: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (cfr. *Lc* 23,32.39-43). ¿Con cuál de los dos nos identificamos? ¿Con el que es engreído y no reconoce sus errores? ¿O quizás con el otro que reconoce que necesita la misericordia divina y la implora de todo corazón? En el Señor, que ha dado su vida por nosotros en la cruz, encontraremos siempre el amor incondicional que reconoce nuestra vida como un bien y nos da siempre la posibilidad de volver a comenzar.

3. *La extraordinaria alegría de ser instrumentos de la misericordia de Dios*

La Palabra de Dios nos enseña que «la felicidad está más en dar que en recibir» (*Hch* 20,35). Precisamente por este motivo la quinta Bienaventuranza declara felices a los misericordiosos. Sabemos que es el Señor quien nos ha amado primero. Pero sólo seremos de verdad bienaventurados, felices, cuando entremos en la lógica divina del don, del amor gratuito, si descubrimos que Dios nos ha amado infinitamente para hacernos capaces de amar como Él, sin medida. Como dice San Juan: «Queridos míos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios, y el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. [...] Y este amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero, y envió a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados. Queridos míos, si Dios nos amó tanto, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros» (*I Jn* 4,7-11).

Después de haberles explicado a ustedes en modo muy resumido cómo ejerce el Señor su misericordia con nosotros, quisiera sugerirles cómo podemos ser concretamente instrumentos de esta misma misericordia hacia nuestro prójimo.

Me viene a la mente el ejemplo del beato Pier Giorgio Frassati. Él decía: «Jesús me visita cada mañana en la Comunión, y yo la restituyo del mísero modo que puedo, visitando a los pobres». Pier Giorgio era un joven que había entendido lo que quiere decir tener un corazón misericordioso, sensible a los más necesitados. A ellos les daba mucho más que cosas materiales; se daba a sí mismo, empleaba tiempo, palabras, capacidad de escucha. Servía siempre a los pobres con gran discreción, sin ostentación. Vivía realmente el Evangelio que dice: «Cuando tú des

limosna, que tu mano izquierda ignore lo que hace la derecha, para que tu limosna quede en secreto» (Mt 6,3-4). Piensen que un día antes de su muerte, estando gravemente enfermo, daba disposiciones de cómo ayudar a sus amigos necesitados. En su funeral, los familiares y amigos se quedaron atónitos por la presencia de tantos pobres, para ellos desconocidos, que habían sido visitados y ayudados por el joven Pier Giorgio.

A mí siempre me gusta asociar las Bienaventuranzas con el capítulo 25 de Mateo, cuando Jesús nos presenta las obras de misericordia y dice que en base a ellas seremos juzgados. Les invito por ello a descubrir de nuevo las obras de misericordia corporales: dar de comer a los hambrientos, dar de beber a los sedientos, vestir a los desnudos, acoger al extranjero, asistir a los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: aconsejar a los que dudan, enseñar a los ignorantes, advertir a los pecadores, consolar a los afligidos, perdonar las ofensas, soportar pacientemente a las personas molestas, rezar a Dios por los vivos y los difuntos. Como ven, la misericordia no es «buenismo», ni un mero sentimentalismo. Aquí se demuestra la autenticidad de nuestro ser discípulos de Jesús, de nuestra credibilidad como cristianos en el mundo de hoy.

A ustedes, jóvenes, que son muy concretos, quisiera proponer que para los primeros siete meses del año 2016 elijan una obra de misericordia corporal y una espiritual para ponerla en práctica cada mes. Déjense inspirar por la oración de Santa Faustina, humilde apóstol de la Divina Misericordia de nuestro tiempo:

«Ayúdame, oh Señor, a que mis ojos sean misericordiosos, para que yo jamás recele o juzgue según las apariencias, sino que busque lo bello en el alma de mi prójimo y acuda a ayudarla ... a que mis oídos sean misericordiosos para que tome en cuenta las necesidades de mi prójimo y no sea indiferente a sus penas y gemidos ... a que mi lengua sea misericordiosa para que jamás hable negativamente de mis prójimos sino que tenga una palabra de consuelo y perdón para todos ... a que mis manos sean misericordiosas y llenas de buenas obras ... a que mis pies sean misericordiosos para que siempre me apresure a socorrer a mi prójimo, dominando mi propia fatiga y mi cansancio ... a que mi corazón sea misericordioso para que yo sienta todos los sufrimientos de mi prójimo» (Diario 163).

El mensaje de la Divina Misericordia constituye un programa de vida muy concreto y exigente, pues implica las obras. Una de las obras de misericordia más evidente, pero quizás más difícil de poner en práctica,

es la de perdonar a quien te ha ofendido, quien te ha hecho daño, quien consideramos un enemigo. «¡Cómo es difícil muchas veces perdonar! Y, sin embargo, el perdón es el instrumento puesto en nuestras frágiles manos para alcanzar la serenidad del corazón. Dejar caer el rencor, la rabia, la violencia y la venganza son condiciones necesarias para vivir felices» (*Misericordiae Vultus*, 9).

Me encuentro con tantos jóvenes que dicen estar cansados de este mundo tan dividido, en el que se enfrentan seguidores de facciones tan diferentes, hay tantas guerras y hay incluso quien usa la propia religión como justificación para la violencia. Tenemos que suplicar al Señor que nos dé la gracia de ser misericordiosos con quienes nos hacen daño. Como Jesús que en la cruz rezaba por aquellos que le habían crucificado: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (*Lc 23,34*). El único camino para vencer el mal es la misericordia. La justicia es necesaria, cómo no, pero ella sola no basta. Justicia y misericordia tienen que caminar juntas. ¡Cómo quisiera que todos nos uniéramos en oración unánime, implorando desde lo más profundo de nuestros corazones, que el Señor tenga misericordia de nosotros y del mundo entero!

4. ¡Cracovia nos espera!

Faltan pocos meses para nuestro encuentro en Polonia. Cracovia, la ciudad de San Juan Pablo II y de Santa Faustina Kowalska, nos espera con los brazos y el corazón abiertos. Creo que la Divina Providencia nos ha guiado para celebrar el Jubileo de los Jóvenes precisamente ahí, donde han vivido estos dos grandes apóstoles de la misericordia de nuestro tiempo. Juan Pablo II había intuido que este era el tiempo de la misericordia. Al inicio de su pontificado escribió la encíclica *Dives in Misericordia*. En el Año Santo 2000 canonizó a Sor Faustina instituyendo también la Fiesta de la Divina Misericordia en el segundo domingo de Pascua. En el año 2002 consagró personalmente en Cracovia el Santuario de Jesús Misericordioso, encomendando el mundo a la Divina Misericordia y esperando que este mensaje llegase a todos los habitantes de la tierra, llenando los corazones de esperanza: «Es preciso encender esta chispa de la gracia de Dios. Es preciso transmitir al mundo este fuego de la misericordia. En la misericordia de Dios el mundo encontrará la paz, y el hombre, la felicidad» (*Homilía para la Consagración del Santuario de la Divina Misericordia en Cracovia*, 17 de agosto de 2002).

Queridos jóvenes, Jesús misericordioso, retratado en la imagen venerada por el pueblo de Dios en el santuario de Cracovia a Él dedicado, les

espera. ¡Él se fía de ustedes y cuenta con ustedes! Tiene tantas cosas importantes que decirle a cada uno y cada una de ustedes... No tengan miedo de contemplar sus ojos llenos de amor infinito hacia ustedes y déjense tocar por su mirada misericordiosa, dispuesta a perdonar cada uno de sus pecados, una mirada que es capaz de cambiar la vida de ustedes y de sanar sus almas, una mirada que sacia la profunda sed que demora en sus corazones jóvenes: sed de amor, de paz, de alegría y de auténtica felicidad. ¡Vayan a Él y no tengan miedo! Vengan para decirle desde lo más profundo de sus corazones: «¡Jesús, confío en Ti!». Déjense tocar por su misericordia sin límites, para que ustedes a su vez se conviertan en apóstoles de la misericordia mediante las obras, las palabras y la oración, en nuestro mundo herido por el egoísmo, el odio y tanta desesperación.

Lleven la llama del amor misericordioso de Cristo –del que habló San Juan Pablo II– a los ambientes de su vida cotidiana y hasta los confines de la tierra. En esta misión, yo les acompaño con mis mejores deseos y mi oración, les encomiendo todos a la Virgen María, Madre de la Misericordia, en este último tramo del camino de preparación espiritual hacia la próxima JMJ de Cracovia, y les bendigo de todo corazón.

V. EPÍLOGO

«¡HOSANNA EN EL CIELO!»

La Antífona “**¡Hosanna en el Cielo!**”³⁰, es reiteradamente citada por los Papas San Juan Pablo II y Benedicto XVI.

La Antífona comprende el tesoro de las tres virtudes teologales: la humildad de la fe, la esperanza del cielo y el amor a Dios y al prójimo. Tres virtudes que están fundamentadas en la razón y en la experiencia de la vida, para que los jóvenes vivan y sean felices. «Los hechos dan la razón a la sabiduría de Dios» (Mt 11-19).

La Homilía que pronunció San Juan San Pablo II en Roma en la I JMJ, el Domingo de Ramos, 23 de marzo de 1986 (pág. 78), comenzó: “**¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel! ¡Hosanna en el cielo!**”; palabras cantadas por los “pueri hebraeorum” con las que profetizaban la resurrección de Cristo con ramos de palmas.

Han sido pronunciadas a través de los siglos como oración propicia para mostrar el deseo de vivir en presencia del Señor y buscar el rostro de Dios. Es el común denominador de las diecinueve JMJ que presidió, en las que repite hasta treinta veces “**¡Hosanna en el cielo!**”.

En el Mensaje enviado el 22 de febrero de 2004 para la XIX JMJ, última jornada celebrada por San Juan Pablo II (pág. 482), dijo:

«Tu rostro, Señor, yo busco. No me ocultes tu rostro».

[...]

30. La invocación del «HOSANNA» que utilizan San Juan Pablo II y el Papa Benedicto XVI en las JMJ, la explica éste en su obra “Jesús de Nazaret” (página 17):

«La exclamación “¡HOSANNA!” es originalmente una expresión de súplica, como: “¡Ayúdanos!”. Así como la fiesta de las tiendas se transformó en fiesta de súplica, en una fiesta de alegría, la súplica se convirtió, cada vez más, en exclamación de júbilo.»

«Así, podemos reconocer en la exclamación “¡Hosanna!” una expresión de múltiples sentimientos, tanto de los Peregrinos que venían con Jesús, como de sus discípulos: una alabanza jubilosa a Dios en el momento de aquella entrada; la esperanza de que hubiera llegado la hora del Mesías.»

3. *Queridos jóvenes, ¿vosotros también queréis contemplar la belleza de ese Rostro? Ésta es la pregunta que os hago en esta Jornada Mundial de la Juventud del año 2004. No os lancéis a responder. Antes que nada haced silencio en vuestro interior. Dejad que emerja desde lo profundo de vuestro corazón el ardiente deseo de ver a Dios, un deseo a veces sofocado por los rumores del mundo y por las seducciones de los placeres. Dejad que en vosotros nazca este deseo y experimentaréis la maravilla del encuentro con Jesús. El cristianismo no es simplemente una doctrina; es un encuentro en la fe con Dios hecho presente en nuestra historia con la encarnación de Jesús.*

Poned todos los medios a vuestro alcance para hacer posible este encuentro, mirando a Jesús que os busca apasionadamente. Buscadlo con los ojos de la carne a través de los acontecimientos de la vida y en el rostro de los demás; pero buscadlo también con los ojos del alma por medio de la oración y la meditación de la Palabra de Dios, porque “la contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de él dice la Sagrada Escritura” (Novo millennio ineunte, 17).

4. *Ver a Jesús, contemplar su Rostro, es un deseo insuprimible, pero un deseo que el hombre desgraciadamente llega incluso a deformar. Es lo que sucede con el pecado, cuya esencia está precisamente en apartar los ojos del creador para mirar a la criatura».*

El Domingo de Ramos, 20 de marzo de 2005, doce días antes de marchar al Cielo San Juan Pablo II, estaba tan enfermo que no pudo presidir la concelebración Eucarística con motivo de la XX JMJ. En su nombre la presidió el Cardenal Camillo Ruini y San Juan Pablo II siguió la ceremonia desde su habitación, a través de la televisión.

El rezo del Ángelus y la lectura de las palabras escritas por San Juan Pablo II lo hizo el Arzobispo Monseñor Leonardo Sandri, sustituto de la Secretaría de Estado, que fue una meditación mariana en la que, entre otras cosas, (pág. 492) dijo lo siguiente:

«Amadísimos jóvenes, cada vez tomo mayor conciencia de cuán providencial y profético ha sido que precisamente este día, el domingo de Ramos y de la Pasión del Señor, se haya convertido en vuestra Jornada. Esta fiesta contiene una gracia especial, la de la alegría unida a la Cruz, que resume en sí el misterio cristiano».

El Papa Benedicto XVI, que fue inspirado e interpretó fielmente las palabras de San Juan Pablo II, en las JMJ que presidió dijo lo siguiente:

1. En la JMJ XX de Roma el 9 de abril de 2006, dijo en la Homilía (pág. 564):

«Desde hace veinte años, gracias al Papa San Juan Pablo II, el domingo de Ramos ha llegado a ser de modo particular el día de la juventud, el día en que los jóvenes en todo el mundo van al encuentro de Cristo, deseando acompañarlo en sus ciudades y en sus pueblos, para que esté en medio de nosotros y pueda instaurar su paz en el mundo.

Para entender lo que sucedió el domingo de Ramos y saber qué significa, no sólo para aquella hora, sino para toda época, es importante un detalle, que también para sus discípulos se transformó en la clave para la comprensión del acontecimiento, cuando, después de la Pascua, repasaron con una mirada nueva aquellas jornadas agitadas.

Jesús entra en la ciudad santa montado en un asno, es decir, en el animal de la gente sencilla y común del campo, y además un asno que no le pertenece, sino que pide prestado para esta ocasión. [...] Sólo después de la Pascua cayeron en la cuenta de que Jesús, al actuar así, cumplía los anuncios de los profetas, que su actuación derivaba de la palabra de Dios y la realizaba. Recordaron –dice san Juan– que en el profeta Zacarías se lee: »No temas, hija de Sion; mira que viene tu Rey montado en un pollino de asna« (Jn 12, 15; cf. Za 9, 9).

Para comprender el significado de la profecía y, en consecuencia, de la misma actuación de Jesús, debemos escuchar todo el texto de Zacarías, que prosigue así: »El destruirá los carros de Efraím y los caballos de Jerusalén; romperá el arco de combate, y él proclamará la paz a las naciones. Su dominio irá de mar a mar y desde el río hasta los confines de la tierra« (Za 9, 10). Así afirma el profeta tres cosas sobre el futuro rey.

En primer lugar, dice que será rey de los pobres, pobre entre los pobres y para los pobres. La pobreza, en este caso, se entiende en el sentido de los “anawin” de Israel, de las almas creyentes y humildes que encontramos en torno a Jesús, en la perspectiva de la primera bienaventuranza del Sermón de la montaña. Uno puede ser materialmente pobre, pero tener el corazón lleno de afán de

za material y del poder que deriva de la riqueza. Precisamente el hecho de que vive en la envidia y en la codicia demuestra que, en su corazón, pertenece a los ricos. Desea cambiar la repartición de los bienes, pero para llegar a estar él mismo en la situación de los ricos de antes.

La pobreza, en el sentido que le da Jesús –el sentido de los profetas–, presupone sobre todo estar libres interiormente de la aidez de posesión y del afán de poder.

La libertad interior es el presupuesto para superar la corrupción y la aidez que arruinan al mundo; esta libertad sólo puede hallarse si Dios llega a ser nuestra riqueza; sólo puede hallarse en la paciencia de las renunciaciones diarias, en las que se desarrolla como libertad verdadera. Al rey que nos indica el camino hacia esta meta –Jesús– lo aclamamos el domingo de Ramos; le pedimos que nos lleve consigo por su camino.

En segundo lugar, el profeta nos muestra que este rey será un rey de paz; hará desaparecer los carros de guerra y los caballos de batalla, romperá los arcos y anunciará la paz. En la figura de Jesús esto se hace realidad mediante el signo de la cruz. Es el arco roto, en cierto modo, el nuevo y verdadero arco iris de Dios, que une el cielo y la tierra y tiende un puente entre los continentes sobre los abismos. La nueva arma, que Jesús pone en nuestras manos, es la cruz, signo de reconciliación, de perdón, signo del amor que es más fuerte que la muerte. Cada vez que hacemos la señal de la cruz debemos acordarnos de no responder a la injusticia con otra injusticia, a la violencia con otra violencia; debemos recordar que sólo podemos vencer al mal con el bien, y jamás devolviendo mal por mal.

La tercera afirmación del profeta es el anuncio de la universalidad. Zacarías dice que el reino del rey de la paz se extiende «de mar a mar (...) hasta los confines de la tierra». [...] Su país es la tierra, el mundo entero. Superando toda delimitación, él crea unidad en la multiplicidad de las culturas. Atravesando con la mirada las nubes de la historia que separaban al profeta de Jesús, vemos cómo desde lejos emerge en esta profecía la red de las comunidades eucarísticas que abraza a la tierra, a todo el mundo, una red de comunidades que constituyen el «reino de la paz» de Jesús de mar a mar hasta los confines de la tierra.

Esta experiencia de la universalidad forma parte esencial de la Eucaristía.

Las tres características anunciadas por el profeta –pobreza, paz y universalidad– se resumen en el signo de la cruz. Por eso, con razón, la cruz se ha convertido en el centro de las Jornadas mundiales de la juventud. Hubo un período –que aún no se ha superado del todo– en el que se rechazaba el cristianismo precisamente a causa de la cruz. La cruz habla de sacrificio –se decía–; la cruz es signo de negación de la vida. En cambio, nosotros queremos la vida entera, sin restricciones y sin renunciaciones. Queremos vivir, sólo vivir. No nos dejamos limitar por mandamientos y prohibiciones; queremos riqueza y plenitud; así se decía y se sigue diciendo todavía.

Hoy la cruz, que estuvo en el centro de la última Jornada mundial de la juventud, en Colonia, se entrega a una delegación para que comience su camino hacia Sidney, donde, en 2008, la juventud del mundo quiere reunirse nuevamente en torno a Cristo para construir con él el reino de paz. Desde Colonia hasta Sidney, un camino a través de los continentes y las culturas, un camino a través de un mundo desgarrado y atormentado por la violencia.

Simbólicamente es el camino indicado por el profeta, de mar a mar, desde el río hasta los confines de la tierra. Es el camino de Aquel que, con el signo de la cruz, nos da la paz y nos transforma en portadores de la reconciliación y de su paz. Doy las gracias a los jóvenes que ahora llevarán por los caminos del mundo esta cruz, en la que casi podemos tocar el misterio de Jesús. Pidámosle que, al mismo tiempo, nos toque a nosotros y abra nuestro corazón, a fin de que siguiendo su cruz lleguemos a ser mensajeros de su amor y de su paz. Amén».

2. El Domingo de Ramos, 5 de abril de 2009, el Papa Benedicto XVI durante la XXIV JMJ en Roma, en la Homilía (pág. 651) dijo:

«Y saludan a Jesús con la aclamación mesiánica: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!»; y añaden: «¡Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David! ¡Hosanna en el cielo!» (Mc 11, 9 s). No sabemos cómo se imaginaban exactamente los peregrinos entusiastas el reino de David que llega. Pero nosotros, ¿hemos entendido realmente el mensaje de Jesús, Hijo de David? ¿Hemos entendido lo que es el Reino del que habló al ser interrogado por Pilato? ¿Comprendemos lo que quiere decir que su Reino no es de este mundo? ¿O acaso quisiéramos más bien que fuera de este mundo?»

San Juan, en su Evangelio, después de narrar la entrada en Jerusalén, añade una serie de dichos de Jesús, en los que Él explica lo esencial de este nuevo género de reino».

3. Para el XXVI Encuentro Internacional que presidió el Papa Benedicto XVI en Madrid, en agosto de 2011, con el tema “**Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe**”, el 6 de agosto de 2010 envió un Mensaje (pág. 682), en cuyo punto 3, bajo el título “Firmes en la fe”, dijo:

«Queridos amigos, la cruz a menudo nos da miedo, porque parece ser la negación de la vida. En realidad, es lo contrario. Es el “sí” de Dios al hombre, la expresión máxima de su amor y la fuente de donde mana la vida eterna. De hecho, del corazón de Jesús abierto en la cruz ha brotado la vida divina, siempre disponible para quien acepta mirar al Crucificado. Por eso, quiero invitaros a acoger la cruz de Jesús, signo del amor de Dios, como fuente de vida nueva. Sin Cristo, muerto y resucitado, no hay salvación. Sólo Él puede liberar al mundo del mal y hacer crecer el Reino de la justicia, la paz y el amor, al que todos aspiramos».

4. La última JMJ que el Papa Benedicto XVI presidió en Roma el 1 de abril de 2012 (XXVII JMJ), después del Encuentro Internacional en Madrid, envió el 15 de marzo de 2012, fiesta de santa Luisa de Marillac, el Mensaje conocido como **Testamento de la Alegría** (pág. 731) porque pronunció 108 veces la palabra “alegría”.

Y en la Homilía de la Misa del Domingo de Ramos, 1 de abril de 2012 (pág. 741) dijo:

«... las palabras del Salmo 118, las antiguas palabras de bendición de los peregrinos que, en este contexto, se convierten en una proclamación mesiánica: «¡Hosanna!, bendito el que viene en el nombre del Señor. ¡Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!» (vv. 9-10). Esta alegría festiva, transmitida por los cuatro evangelistas, es un grito de bendición, un himno de júbilo: expresa la convicción unánime de que, en Jesús, Dios ha visitado su pueblo y ha llegado por fin el Mesías deseado».

El Papa Benedicto XVI regaló a los jóvenes, en la XXVI JMJ en Madrid, el libro “YOUCAT”, el “Catecismo joven de la Iglesia Católica”, cuyo prólogo vale la pena reproducir porque explica cómo se elaboró el Catecismo de la Iglesia Católica por inspiración de San Juan Pablo II, con la participación activa de los hombres más preclaros de la Iglesia.

«Queridos jóvenes amigos:

Hoy os recomiendo la lectura de un libro poco común, Es poco común por su contenido y también por el modo como se elaboró. Y quiero comentaros algo de este origen, porque a la vez quedará claro así qué es lo especial de este libro.

Por así decir, surgió a partir de otra obra cuyo desarrollo se remonta a los años ochenta. Era un tiempo difícil tanto para la Iglesia como para la sociedad mundial, en el que se necesitaban nuevas orientaciones para encontrar el camino hacia el futuro. Después del Concilio Vaticano II (1962-1965) y en una situación cultural nueva, muchas personas ya no sabían bien qué es lo que creen en realidad los cristianos, qué enseña la Iglesia, si puede siquiera enseñar algo y



“Este libro es un regalo personal del Santo Padre”.

cómo se casa todo esto con una cultura transformada desde su base. ¿No está superado el cristianismo como tal? ¿Se puede ser cristiano hoy de un modo razonable? Éstas eran preguntas que se planteaban también los buenos cristianos.

El papa beato Juan Pablo II tomó entonces una decisión atrevida. Decidió que obispos de todo el mundo tenían que escribir juntos un libro en el que dieran respuesta a estas preguntas. Me confió la tarea de coordinar el trabajo de los obispos y de que de sus aportaciones resultara un libro –un verdadero libro, no una agrupación de textos diversos–. Este libro debía llevar el viejo título de Catecismo de la Iglesia Católica, pero debía ser, sin embargo, algo nuevo y fascinante, Debía mostrar qué es lo que cree hoy la Iglesia Católica y cómo se puede creer de un modo razonable.

Yo estaba asustado ante este encargo. Tengo que confesar que dudaba de que se pudiera lograr algo así. Porque ¿cómo era posible que autores dispersos por todo el mundo pudieran realizar juntos un libro legible? ¿Cómo podían personas que viven en diferentes continentes, no sólo geográficos, sino también en el nivel intelectual y espiritual, realizar juntas un texto que debía tener una unidad interna y ser comprensible también en todos los continentes? A ello se añadía que estos obispos no debían escribir sin más como autores individuales, sino en contacto con sus hermanos obispos y con las iglesias locales. Tengo que confesar que aún hoy me sigue pareciendo un milagro que finalmente se pudiera lograr este plan.

Nos encontrábamos tres o cuatro veces al año durante una semana y discutíamos apasionadamente acerca de los fragmentos que habían surgido en los intervalos. Ciertamente lo primero fue establecer la estructura del libro. Tenía que ser sencilla, para que cada uno de los grupos de autores que establecimos pudiera recibir una tarea clara y no tuvieran que meter a presión sus mensajes dentro de un sistema complicado. Es la misma estructura que podéis encontrar en este libro que tenéis ahora en las manos. Está tomada sencillamente de la experiencia catequética de muchos siglos; lo que creemos – cómo celebramos los misterios cristianos – cómo obtenemos la vida en Jesucristo – cómo debemos orar. No voy a contar ahora cómo nos abrimos paso a través de un montón de cuestiones hasta que finalmente surgió un libro. Naturalmente se puede criticar esto o aquello en una obra de este tipo: todo lo que hacen los hombres es insuficiente y puede ser mejorado. Sin embar-

go es un gran libro: un testimonio de la unidad en la diversidad. A partir de muchas voces pudo formarse un coro común, porque teníamos la partitura común de la fe, que, desde los apóstoles, la Iglesia ha transmitido a través de los siglos.

¿Por qué cuento todo esto? Ya en el momento de la composición del libro pudimos constatar que no sólo son diferentes los continentes y las culturas de sus pueblos, sino que dentro de cada sociedad existen a su vez diferentes «continentes»: el trabajador piensa diferente al campesino, un físico diferente a un filólogo, un empresario diferente a un periodista, una persona joven diferente a una mayor. Por eso tuvimos que colocarnos, en cuanto al lenguaje y al pensamiento, un poco por encima de estas diferencias; por así decir, buscar el espacio común entre los diferentes modos de pensar. Y con ello fuimos cada vez más conscientes de que el texto necesitaba «traducciones» para los diferentes espacios vitales, para tocar a las personas en sus propios pensamientos y cuestiones.

En las Jornadas Mundiales de la Juventud celebradas desde entonces –Roma, Toronto, Colonia, Sídney– se han encontrados los jóvenes de todo el mundo que quieren creer, que buscan a Dios, que aman a Cristo y que quieren una comunidad para el camino. En este contexto surgió la idea: ¿No deberíamos intentar traducir el Catecismo de la Iglesia Católica al lenguaje de la juventud? ¿Llevar sus grandes mensajes al mundo de los jóvenes de hoy? Por supuesto que entre los jóvenes de hoy también hay, a su vez, muchas diferencias. De este modo, bajo la acreditada dirección del arzobispo de Viena, Christoph Schönborn, se ha elaborado un YOUCAT para los jóvenes. Espero que muchos jóvenes se dejen fascinar por este libro.

Algunas personas me dicen que a los jóvenes de hoy no les interesa esto. Yo no estoy de acuerdo y estoy seguro de tener razón. Los jóvenes de hoy no son tan superficiales como se dice de ellos. Quieren saber qué es lo verdaderamente importante en la vida. Una novela policíaca es fascinante porque nos mete en el destino de otras personas, que podría ser también el nuestro. Este libro es fascinante porque habla de nuestro propio destino y por ello nos afecta profundamente a cada uno.

Por eso os invito: ¡estudid el Catecismo! Es mi deseo más ardiente. Este Catecismo no os regala los oídos. No os lo pone fácil. Pues os exige una vida nueva. Os presenta el mensaje del Evange-

lio como la “perla de gran valor” (Mt 13,46), por la que hay que dejarlo todo. Por eso os pido: ¡estudiad el Catecismo con pasión y constancia! ¡Dedicadle tiempo! Estudiadlo en el silencio de vuestro cuarto, leedlo con un amigo, formad grupos de trabajo y redes, intercambiad opiniones en Internet. ¡De cualquier forma, mantened conversaciones acerca de la fe!

Tenéis que saber qué es lo que creéis. Tenéis que conocer vuestra fe de forma tan precisa como un especialista en informática conoce el sistema operativo de su ordenador, como un buen músico conoce su pieza musical. Sí, tenéis que estar más profundamente enraizados en la fe que la generación de vuestros padres, para poder enfrentaros a los retos y tentaciones de este tiempo con fuerza y decisión. Necesitáis la ayuda divina para que vuestra fe no se seque como una gota de rocío bajo el sol, si no queréis sucumbir a las seducciones del consumismo, si vuestro amor no quiere ahogarse en la pornografía, si no queréis traicionar a los débiles ni dejar tiradas a las víctimas.

Y cuando os dediquéis con empeño al estudio del Catecismo, quiero daros aún un último consejo: Sabéis de qué modo la comunión de los creyentes ha sido herida profundamente en los últimos tiempos por ataques del enemigo, por la entrada del pecado, incluso en lo más interno, en el mismo corazón de la Iglesia. ¡No lo toméis como pretexto para huir del rostro de Dios! ¡Vosotros mismos sois el Cuerpo de Cristo, la Iglesia! Introducid el fuego nuevo y lleno de energía de vuestro amor en la Iglesia, por más que algunas personas hayan desfigurado su rostro. “En la actividad, no seáis negligentes; en el espíritu manteneos fervorosos, sirviendo constantemente al Señor” (Rom 12,11).

Cuando Israel estaba en el momento más bajo de su historia Dios no llamó en su auxilio a los grandes y apreciados, sino a un jovencito llamado Jeremías. Jeremías se vio superado por la tarea: “¡Ay, Señor, Dios mío! Mira que no sé hablar, que sólo soy un niño” (Jer 1,6). Pero Dios no cambió de idea: “No digas que eres un niño, pues irás a donde yo te envíe y dirás lo que yo te ordene” (Jer 1,17).

Os bendigo y rezo cada día por todos vosotros».

El Papa Benedicto XVI proclamó Año de la Fe (11-10-2012 al 24-11-2013) para conmemorar el 50º Aniversario de la inauguración del Concilio Vaticano II.

El 11 de febrero de 2013 sorprendió al mundo al renunciar a la Silla de Pedro, con estas palabras humildes y sabias:

«Después de haber examinado ante Dios reiteradamente mi conciencia, he llegado a la certeza de que, por la edad avanzada, ya no tengo fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio petrino.

Soy muy consciente de que este ministerio, por su naturaleza espiritual, debe ser llevado a cabo no únicamente con obras y palabras, sino también y en no menor grado sufriendo y rezando.

Sin embargo, en el mundo de hoy, sujeto a rápidas transformaciones y sacudido por cuestiones de gran relieve para la vida de la fe, para gobernar la barca de San Pedro y anunciar el Evangelio, es necesario también el vigor tanto del cuerpo como del espíritu, vigor que, en los últimos meses, ha disminuido en mí de tal forma que he de reconocer mi incapacidad para ejercer bien el ministerio que me fue encomendado.

...también en el futuro, quisiera servir de todo corazón a la Santa Iglesia de Dios con una vida dedicada a la plegaria».

* * *

El 13 de marzo de 2013 es elegido el Papa Francisco, que presidió por primera vez el Encuentro Internacional (XXVIII JMJ) de Río de Janeiro (22 al 28 de julio de 2013), para el que el Papa Benedicto XVI envió un precioso y largo Mensaje, el 18 de octubre de 2012, que inició con **“Un saludo lleno de alegría y afecto”** (pág. 753).

El Papa Francisco, con un estilo peculiar y marcado acento argentino, en la Homilía que pronunció en la Fiesta de Acogida de los jóvenes, en el Paseo Marítimo de Copacabana, el 25 de julio de 2013, dijo:

«“Bota fe - Poné fe”. La Cruz de la JMJ ha gritado estas palabras a lo largo de su peregrinación por Brasil» (pág. 783).

En el Vía Crucis con los jóvenes, el 26 de julio de 2013, en el Paseo Marítimo de Copacabana dijo:

«... nadie puede tocar la Cruz de Jesús sin dejar en ella algo de sí mismo y sin llevar consigo algo de la cruz de Jesús a la propia vida.

El primer nombre de Brasil fue precisamente «Terra de Santa Cruz». La Cruz de Cristo fue plantada no sólo en la playa hace más de cinco siglos, sino también en la historia, en el corazón y en la vida

del pueblo brasileño, y en muchos otros pueblos. A Cristo que sufre lo sentimos cercano, uno de nosotros que comparte nuestro camino hasta el final. No hay en nuestra vida cruz, pequeña o grande que sea, que el Señor no comparta con nosotros» (págs. 786 y 787).

El Papa Francisco, en la Vigilia del Segundo Domingo de Pascua, 11 de abril de 2015, 3º de su Pontificado, proclama la Bula de convocatoria del Jubileo Extraordinario de la Misericordia, “MISERICORDIAE VULTUS”, en la que se expresa así:

«Es mi vivo deseo ... redescubrir el rostro misericordioso del Padre!».

En el precioso Mensaje (pág. 870) enviado el 15 de agosto de 2015, fiesta de la Asunción de la Virgen María a los Cielos, para el Encuentro Internacional de Cracovia (25 de julio al 1 de agosto de 2016, XXXI JMJ), dice:

« 2. (...)

Sé lo mucho que ustedes aprecian la Cruz de las JMJ –regalo de San Juan Pablo II– que desde el año 1984 acompaña todos los Encuentros mundiales de ustedes. ¡Cuántos cambios, cuántas verdaderas y auténticas conversiones surgieron en la vida de tantos jóvenes al encontrarse con esta cruz desnuda! Quizás se hicieron la pregunta: ¿De dónde viene esta fuerza extraordinaria de la cruz? He aquí la respuesta: ¡La cruz es el signo más elocuente de la misericordia de Dios! Ésta nos da testimonio de que la medida del amor de Dios para con la humanidad es amar sin medida! En la cruz podemos tocar la misericordia de Dios y dejarnos tocar por su misericordia. Aquí quisiera recordar el episodio de los dos malhechores crucificados junto a Jesús. Uno de ellos es engreído, no se reconoce pecador, se ríe del Señor; el otro, en cambio, reconoce que ha fallado, se dirige al Señor y le dice: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a establecer tu Reino». Jesús le mira con misericordia infinita y le responde: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (cfr. Lc 23,32.39-43). ¿Con cuál de los dos nos identificamos? ¿Con el que es engreído y no reconoce sus errores? ¿O quizás con el otro que reconoce que necesita la misericordia divina y la implora de todo corazón? En el Señor, que ha dado su vida por nosotros en la cruz, encontraremos siempre el amor incondicional que reconoce nuestra vida como un bien y nos da siempre la posibilidad de volver a comenzar».

Acaba el Mensaje:

«Queridos jóvenes, Jesús misericordioso, retratado en la imagen venerada por el pueblo de Dios en el santuario de Cracovia a Él dedicado, les espera. ¡Él se fía de ustedes y cuenta con ustedes! Tiene tantas cosas importantes que decirle a cada uno y cada una de ustedes... No tengan miedo de contemplar sus ojos llenos de amor infinito hacia ustedes y déjense tocar por su mirada misericordiosa, dispuesta a perdonar cada uno de sus pecados, una mirada que es capaz de cambiar la vida de ustedes y de sanar sus almas, una mirada que sacia la profunda sed que demora en sus corazones jóvenes: sed de amor, de paz, de alegría y de auténtica felicidad. ¡Vayan a Él y no tengan miedo! Vengan para decirle desde lo más profundo de sus corazones: «¡Jesús, confío en Ti!». Déjense tocar por su misericordia sin límites, para que ustedes a su vez se conviertan en apóstoles de la misericordia mediante las obras, las palabras y la oración, en nuestro mundo herido por el egoísmo, el odio y tanta desesperación.

Lleven la llama del amor misericordioso de Cristo –del que habló San Juan Pablo II– a los ambientes de su vida cotidiana y hasta los confines de la tierra. En esta misión, yo les acompaño con mis mejores deseos y mi oración, les encomiendo todos a la Virgen María, Madre de la Misericordia, en este último tramo del camino de preparación espiritual hacia la próxima JMJ de Cracovia, y les bendigo de todo corazón».

Terminamos el Epílogo con las palabras que empieza la oración de Santa Faustina, apóstol de la Divina Misericordia, que transcribe íntegramente en la pág. 872 del Mensaje, con el «Hosanna!» que cantan los niños hebreos el Domingo de Ramos:

«Ayúdame, oh Señor, [...]»

Este libro se acabó de imprimir el día 2 de abril de 2016,
undécimo aniversario del *Dies natalis* de San Juan Pablo II,
víspera del II Domingo de Pascua o de la Divina Misericordia.
En el Año del Jubileo Extraordinario de la Misericordia.

LAUS DEO



Bendición «Urbi et Orbi» impartida por San Juan Pablo II el 27 de marzo de 2005, cinco días antes del *Dies natalis* el 2 de abril.